[**Fechas autobiográficas**]

Enero 1879. Nací entre el 28 y 29. Recibí el bautismo el 30.

El 29 a las 4 de 1889 entré colegiala en las clarisas de Santa Inés, Granada.

Noviembre: el 21 de 1892 salí del colegio.

El 5 de julio de 1939 nos dio el Sr. Arzobispo Parrado el convento de Sancti Spíritus de Granada.

Julio. El día 10 murió mi madre 1878.

El 28 de julio de 1893 entré en el convento de Capuchinas de Granada.

En el 16 de 1908 me dieron el cargo de abadesa.

El 16 murió sor Teresa de Jesús San Antón, 1923.

Tomé el santo hábito el 21 de noviembre 1896 Presentación de Ntra. Señora.

Profesé solemnemente el 26 de noviembre festividad de los Desposorios de S. José con la Virgen Santísima 1898.

Fui admitida en votación secreta para el santo hábito y al año en el mismo día de S. Simón y S. Judas 28 de octubre 1896.

L8 C35 (40)

Mi primera Comunión

La sumisión y obediencia que debo, padre mío, me obliga hoy a referirle lo que recuerdo de mi primera Comunión, el día de mayor consuelo de mi vida.

Bueno, padre mío, espero que nuestro Señor me ayudará a cumplir la obediencia, no permitiendo diga ni una palabra que no sea verdad. Así lo pido con toda mi alma al Señor.

Ya conoce lo santa que fue mi madre, parecía en familia un sacerdote, y con sus pequeñas hijas una madre con un alma de serafín. No sabíamos hablar y nos hacía pronunciar el “Jesús, María y José” y “Jesús, María y José, os doy el corazón y el alma mía”, y con tal fuerza nos lo decía que cuando acababa sus oraciones y consagraciones, muy hermosas, que nos hacía repetir con ella todos los días mañana y tarde, mi hermana sor Pura, con mucha gracia, abriendo sus manecitas le decía: Mamá ya no tenemos más que darle.

Con esta educación de una madre tan piadosa y santa, qué cuenta tan grande la mía no haberme aprovechado. Nos inculcó tal horror al pecado que no queríamos salir con nadie, y, como ya dije a V. alguna vez, nos tenía en casa una señora pariente y anciana que nos enseñaba a todo, pero la sagrada Comunión no le confió a nadie, era ella la que quería prepararnos.

Como todos los días, sus salidas era al campo, nos llevaba a una finquita muy alegre que gustaba mucho porque tenía viña, frutales, flores y mucha agua. Se llamaba *"Peña María"*, donde hoy han edificado dos fábricas: de tranvías y hidroeléctrica.

Allí, mi papá la escuchaba con mucho entusiasmo sus poesías, mientras que mis dos hermanos mayorcitos, de 10 y 12 años, se entretenían en pescar truchas en un manso arroyuelo o pequeño río que pasaba junto a la finquilla predilecta de mi madre. Como se agolpaban tantos colorines y ruiseñores mi madre nos entretenía comparándonos aquellas avecillas de preciosos colores que veíamos, y nos decía cómo gozaría ella que sus dos niñitas cantaran al Niño Jesús con aquel primor y armonía el día que le recibiríamos en la sagrada Comunión. Nos entusiasmaba tanto del amor y pureza con que debíamos recibir al Niño Jesús en la sagrada Eucaristía. Y no entendíamos de nada, especialmente yo, más torpe y atrasada que mi hermana, a pesar de ser mayor, me iba tras de las mariposas y flores, mientras que Pepita quedaba hablando con mi madre. Tenía la pequeña una memoria feliz lista y perspicaz como ella sola y su lengua tan expedita y graciosa que encantaba a cuantos la oían. Mis padres la querían mucho, especialmente mi madre, que no tuvo nunca que castigarla; así como a mí me castigaba mucho. Ellos me referían después era muy traviesa y no podía estar cinco minutos quieta, me gustaba subir a los sitios más altos y bajar volando, sentía deseos de alas para volar y gustaba en días de mucho aire subir a las cuestas y bajar volando sin tocar casi la tierra. Esto ocasionaba mucho disgusto a mis padres. Cuando íbamos de campo me gustaba adelantarme mucho y que me buscaran, porque especialmente mi padre me quería mucho y nunca me reprendió; por muchas travesuras que hiciera me defendía y disculpaba con mi madre.

Una vez, siguiendo a unas hormigas que llevaban granos de trigo a ver dónde se metían y qué hacían, me perdieron de vista porque las hormigas bajaban del camino a un tajo, que le llamaban "de las Palomas", me dio miedo bajar, pero quedé meditando cómo aquellos animalitos tan pequeños tiraban del grano mucho mayor que ellas y notaba que algunas iban más ligeras con la carga que otras sin ella. Venía muy contenta a referirle a mi madre aquellos pequeñitos animalitos lo llena que tenían su casita.

Entonces me dijo: Aprende, y no seas tan revoltosa, cómo esos animalitos te enseñan a ser aplicada.

Y le dije: ¿Qué hago yo madrecita mía?

Me parecía confuso aquello y entonces me dijo: Tú piensa que eres una pequeña hormiga y que pronto irás a recibir al Niño Jesús convertido en grano de trigo hecho pan, ¿qué harías tú si supieses que aquel granito de trigo iba a convertirse en un Niño y ese Niño era Dios?

Le contesté prontamente: ¡Comérmelo!

Bueno, hija mía, sé muy buena y piensa mucho que has de ir al altar santo a recibir al Señor y como esa hormiguilla llévalo contigo siempre, guárdalo en la cuevecita de tu corazón para

que nadie te lo quite, y cuando tu seas muy obediente y buena, ese Jesús, que todos recibimos, nos comunica la gracia de hacernos como los ángeles.

Y como yo estaba tan atrasada y tonta, le decía a mi madre: Entonces, ¿cuando yo reciba al Niño Jesús, me volveré ángel y volaré al cielo?

Mi madre viéndome tan tonta, me dejaba por imposible.

Y mi primo, que estaba de vacaciones, ya ordenado de menores para sacerdote, con sus amigos íntimos, Ramón Pérez Rodríguez y Luciano Rivas, que fue deán de Sevilla, y ellos me preparaban en los ratos que pasaban de recreos, pues se hospedaban con mi primo, P. Hitos, en la casa.

Y aquel día feliz me hicieron muy buen regalo, y la Vida de la Santísima Virgen, mi primo; la de Santa Teresa D. Ramón, y el Sr. Rivas, la de San Estanislo de Koska con unas estampas comulgando de mano de los ángeles, que me dio tan gran devoción. Y la abuelita hizo gran fiesta, que a mí se me amargó cuando los tres se empeñaron les besara la mano, y como no tenían sotana aunque estaban ya ordenados, no podía vencer la resistencia que sentía porque con frecuencia jugamos todos, y mi abuela me hizo les besara los pies.

Que D. Ramón disipó mis lágrimas, llamándome la atención, diciéndome: ¡Ay Merceditas que se va el Niño Jesús!... Míralo que disgustado está porque no le haces caso... Lo creí que lo veían y salí corriendo a la escalera a ver si se iba o dónde. Entonces les hizo gracia mi inocencia, y yo les preguntaba cómo le vieron, qué traje traía, cómo estaba de alto, cómo tenía el pelito, de qué color los ojos, y cada uno me lo pintaba tan al vivo que me encendieron en amor del Niño, con un ansia de verle que mi madre no me podía hacer dormir hasta que me prometía llamarme si lo veía venir, y mi madre tan contenta y lo mismo mi abuela que con el divino Niño Jesús, consiguieron dominar mis caprichos, pues tenía mucho genio.

En cambio, mi hermanita dos años menor, era muy alegre, obediente y dulce, se sabía a la memoria el santo Trisagio que rezábamos todos los días en familia, los dolores y gozos de san José y el Rosario entero. En varias veces, especialmente cuando salíamos al campo, nos hablaba de las apariciones de Lourdes y de la Saletta, y uno de mis dos hermanos mayores, el segundo, me quería mucho y me convidaba a que le ayudase a decir misa en una piedra grande que formábamos un altar, y el mayorcito que estudiaba ya para sacerdote nos predicaba y siempre teníamos funciones de éstas.

Un día, en el mes de marzo, que mi abuelita cuidaban con mi madre de la capilla de San José de la parroquia, estaban adornando el altar para la novena que entonces se hacía solemne, porque la abuela tenía gran devoción, nos mandó a un huerto cercano, tras de la torre, que cultivaban muchas flores para la Iglesia. Se movió una tormenta tan atroz que no podíamos dar paso con un viento y lluvia que nos arrastraba, y nos hicimos una cuevecita bajo los árboles, que nos queríamos refugiar con la criada, y mi hermana y yo rezábamos recio y llorando el Trisagio,

de vernos solas sin mis padres, gritábamos de miedo, y un anciano venerable llegó y nos dijo: “Marcharos enseguida de aquí que feneceréis” y señalándonos con el dedo la iglesia nos decía aligeraros que viene “huenes” (sic)... En efecto, apenas salimos del sitio donde estábamos, vino una avenida tan atroz que hubiésemos perecido sin duda.

[A] aquel venerable anciano no le volvimos a ver, y mi madre nos aseguraba fue san José, a quien ella le rezaba por sus niñas, y quedamos nosotras tan devotas y agradecidas al Santo bendito que no olvidamos aquel gran favor, como otros muchos incontables que hizo en mi familia.

Aquel mismo año hubo un temporal muy crudo, con heladas y fríos, que se perdieron las cosechas, y yo, que no podía dejar quietos a nadie, me fui con una parienta, a quien mi madre me confiaba para educarnos, y con otra niña. Salimos al camino a coger nieve y vimos en una cascada junto a la casa alta, que vivimos cuando yo nací y entonces tenían estos parientes de colonos, y como el hielo cuajó el agua había verdaderos primores que iba mucha gente a ver, pero yo me fui temprano y comía el hielo como el dulce y quedé helada.

Un transeúnte que me vio, avisó a mi padre que me encontró adherida y casi muerta de frío. Me envolvió en su capa, mandó caldear la casa con grandes lumbres, y yo gritaba al sentir el calor, me metieron las manos y pies en agua templada, y cuando volví a la vida con un dolor fuerte de costado y pulmonía, todos creían moría entonces e hicieron por mi salud grandes promesas, y los Siete Domingos a san José con el fin de que mi padre, que me quería mucho, frecuentase los santos Sacramentos, que aunque muy bueno y honrado, no tenía la devoción que mi madre y abuelos deseaban, y por mí lo hicieron todo, y desde entonces mi padre empezó a ser más piadoso (aunque nunca faltó a misa, ni dejaba a los criados sin obligarlos a misa, aunque abandonasen los ganados y faenas del campo).

Durante la enfermedad, la Santísima Virgen me visitó y curó admirablemente en momentos de creerme muerta. Las noches que me dejaba el P. Hitos, que turnaba con mi padre, por estar mi madre indispuesta no pudo asistirme, y mi padre cariñosísimo no se retiraba de mi lado, y el primo me preparaba para morir hablándome del cielo y del amor que debía tener a la Santísima Virgen y junto a mí rezaba el santo Rosario y yo le oía... y una noche me pareció que la misma Virgen que él ponía sobre la mesita, que me pareció ser la de Lourdes, pues tenía en la mano el Santo Rosario, me cogió de la mano y me incorporó en la cama, que no pude estar mas que tendida por el dolor de costado, y el dolor desapareció completamente, y haciéndome la cruz en la frente con la cruz del Rosario me dijo: “No morirás, quedaréis solas, morirá tu madre, pero yo quedaré en su lugar y desde hoy soy tu madre”. Lo dije a mi padre, que vino a darme un beso porque me sintió hablar y le dije que una Señora vino y me hizo una cruz en la frente, etc., y ni la conocía ni la vi nunca tan hermosa y rodeada de luz con un Niño hermosísimo en sus brazos que me tomaba el corazón diciéndome: *“Tu serás mía”*, y cuando quise llamarlos se marcharon.

Mis abuelos, que me querían mucho, ofrecieron hacer los Siete Domingos a san José en familia si curaba, como los hicieron con gran devoción.

A los dos o tres meses, el día de san Pedro, reunida toda la familia con mucha alegría, fueron al campo, a una finca deliciosa que tenía la abuela, y después de bajar continuaron expansivos y alegres, cuando mi pobre madre, delicada todavía, cogió una pulmonía que duró sólo ocho días. ¡Qué dolor más horrible sintió mi corazón cuando ella murió como una santa! Nos decía señalándonos un cuadro de la Virgen de los Dolores junto a su cama: No os dejo huérfanas, ahí tenéis la que desde hoy cuidará de vosotras y ser vuestra madre... Y desde entonces una serie no interrumpida de gracias especialísimas y singulares favores nos hizo ver y sentir la amorosísima maternidad de María Santísima con sus dos huerfanitas, especialmente su pequeña Mercedicas, que en todas las tribulaciones y penas iba en busca de aquella tierna y divina madre del cielo a decirle: "Madre mía, que sois mi madre, *cuidad de mí*".

Sor Trinidad del P. C. de María

L6 C15 (11-16)

MI ENTRADA EN EL COLEGIO

28 enero 1889

Cumplía diez años de edad, hacía seis meses muerta mi santa madre y mi padre con mi abuela creyeron debíamos entrar en un colegio de clarisas, de Santa Inés de Granada, que entonces abrieron como medio de vida, y allí creyeron ellos nos educarían mejor por tener en aquel convento una religiosa pariente de mucha virtud.

El dolor de dejar por primera vez a mi padre y abuelita, que quería como a mi madre, me hizo llorar tanto, acordándome de los tres hermanitos pequeños que quedaron sin madre y de mí esperaban el consuelo por ser la mayor de las dos niñas, pues los demás fueron varones.

Las religiosas nos recibieron con tanta ternura y amor que mi hermanita entusiasmada (menor que yo) me reprendía al verme llorar, diciéndome: "Eres tonta, Merceditas, ¿no ves que estamos aquí mejor que en casa con tantas monjas y niñas que juegan, y en casa desde que mamá murió no se podía más que llorar, porque la abuelita nos castigaba?"

En mí no entraba consuelo. Qué raro y extraño me resultó todo. Quería aprender mucho en poco tiempo para marcharme. Y aun sin preguntarme, cuando las monjas me venían a consolar les decía: "Yo no quiero ser monja, no vengo más que a educarme y marcharme con mi papá a ayudarle, para que no nos ponga madrastra". Las monjas me alentaban a que estudiara y fuese aplicada para marcharme enseguida; mi hermanita como un ángel no tenía nunca penas, ella decía no salía más.

¡Oh Jesús dulcísimo, que siempre me preparaste caminos distintos a mis proyectos... y allí

querías coger mi corazón con tan fuertes lazos, que nada de este mundo fueron capaz de romper... a pesar que el demonio me perseguía de muerte desde mis primeros años!

Seis o siete meses después, en el antecoro de aquel convento, un devotísimo cuadro del Sagrado Corazón de Jesús me prendió, y quedé presa para siempre. Desde entonces el mundo no tuvo para mí atractivos ninguno.

Como un dardo de fuego, que salía de aquel Corazón divino, pasó mi corazón con tanta fuerza de amor, que quedé embriagada y fuera de mí, toda abrasada de amor. Lo que entonces sintió mi pobre alma no pude expresarlo a pesar de ser interrogada por una santa y venerable religiosa que me cogió del suelo creyéndome muerta... ¡y estaba viva! Jesús dulcísimo dio a mi alma néctar dulcísimo... y con su Sangre purísima me embriagó en amores divinos que en muchos años [no] pude olvidar, siendo mi alegría y dicha el padecer y morir en cruz como el Amor de mi alma.

Desde entonces, 12 de agosto de 1889, aquellas buenísimas religiosas, madre Carmen Guervós y sor María Rosa Robles, cultivaron aquella divina semilla que el Jardinero celestial sembró en mi alma con tanta abundancia, para que en los tres años que viví allí, educándome, ningún pajarillo robara su semilla.

Cuántas gracias me concedió el Señor en aquellos tres años de educanda, a pesar de estar rodeada de muchas niñas sin vocación, y algunas sin piedad.

¡Oh misericordia y bondad del Señor con las almas! Tenía compañeras mayores que yo que eran un amor nada puro, quisieron manchar la inocencia de mi alma, y Jesús dulcísimo permitió que cuando alguna me buscaba para charlar..., se retiraba diciéndome muchas veces, en broma decían: “Merceditas tiene el atractivo y aroma de un rosal pero cuando se le toca deja espinitas que escuecen para días”. Y después, en mis cuentas de conciencia a mi amada sor Rosa Robles, le preguntaba qué espinas tenía para que escocieran y ella me consolaba diciéndome: Esas te las pone Jesús para cercar tu corazón y sólo él puede entrar dentro y posesionarse de los afectos de tu corazón, que lo quiere puro, y en el momento que tú admitas otro amor, Jesús no quiere, ya cuentas contigo, porque lo quiere todo o nada.

Qué contenta y fervorosa me dejaba aquella santa religiosa que me enseñó a amar a Jesús de verdad y para siempre.

Me dolía tanto hacerlas sufrir, a las niñas, que tanto me honraban con su cariño. Ella [sor Rosa] me decía no era yo, era el ángel de mi guarda el que ponía las espinas para que nadie tocase al jardín de mi alma, mas que Jesús dulcísimo; y quedaba tan consolada y creída de ser verdad, que [a] alguna niña más íntima les decía que el ángel bendito de mi guarda era el que ponía espinas que yo no veía nunca.

Y nadie se atrevió nunca a quitarme el tesoro que Jesús guardó en mi alma muchos años. ¡Él sea bendito!

Al salir de aquel colegio sentía arrancárseme el alma, pero vi peligros y pedí a mi abuelita me llevase, saliendo el 21 de noviembre, cuando tenía 13 años y 10 meses de edad.

Cuando me vi en el mundo, tan mimada y querida de mi abuelita y de todos los míos, sentía la falta de mi sagrario, donde yo pasaba largas horas en la reja del coro con mis ojitos fijos en la puertecita del sagrario donde me había dicho sor Rosa Robles que si le llamaba mucho él saldría del sagrario a jugar conmigo... Y me aficioné tanto, que los domingos y días festivos tenían que llevarme a fuerza, porque me pasaba las horas pegada a la reja, diciéndole: "Jesús mío, te amo tanto que quiero verte y jugar contigo, soy tu Merceditas..." Y ya el confesor me mandó le dijese que me diese el anillo de esposa (D. H. García Quintero, canónigo entonces de Sacromonte).

Y después de aquel regalo que Jesús hizo a mi alma el 12 de agosto, que acabo de escribir, me hizo hacer el voto de castidad y consagrarme toda a Jesús.

Muchas luchas tuve que sostener con las compañeras que tanto me buscaban, pero al fin, con una niña de mi edad, muy piadosa, pude conseguir me acompañase de noche a bajar al coro bajo a hacer el Viacrucis con unas cruces de madera muy pesadas y me hacían caer muchas veces, y hacíamos la Hora Santa los jueves y la disciplina, hasta que alguna religiosa nos cogió en estos ejercicios de piedad y nos lo prohibieron.

Entonces nos pareció a las dos encontrar en el coro alto, cuando subíamos de aquellas penitencias, al divino Jesús, pastor divino de mi alma, que llevaba una ovejita blanca en sus brazos divinos y la lavaba en su sangre divina... Qué pena sufrir entonces, pareciéndome que Jesús dulcísimo me hacía ver mi alma en aquella ovejita herida, y desde entonces, cuánto le pedía me librase del lobo infernal y no me soltase nunca de sus brazos misericordiosísimos.

Cuando después de ocho meses luchando con mi padre y hermanos que me dejasen ser religiosa en el convento más *austero* que hubiese y más encerrado, conseguí me dejasen entrar en las capuchinas de San Antón de Granada, me pareció ver a este divino Pastor de mi alma en aquel sagrario, y en un acto de amor me ofrecí a padecer y morir por su amor en aquel Convento que me parecía el cielo! ¡Oh qué feliz me sentí en aquellos benditos claustros!

¡Bendito seas Jesús dulcísimo!, que os manifestasteis en aquellos austerísimos claustros tan dulce y sonriente como si viéndoos en todas las cosas como Esposo dilectísimo de mi alma viese vuestra incomparable hermosura por todos los ámbitos de aquel convento y en cada una de aquellas austerísimas y buenísimas religiosas, que me recibieron con tanto cariño que algunas ancianas y venerables religiosas me solían decir al prestarles algún servicio: "Esta niña es un don de Dios, un regalico que a los doce años ha venido a consolarnos" (pues hacía doce años no había muerto ninguna y tenían el número completo de 33, no admitían más, y por una gracia especial, en atención a la recomendación del P. Ambrosio que entonces predicaba la novena de la Santísima Virgen de las Angustias en Granada, me recibieron gracias a Dios).

Lo que entonces me obligaba aquellas atenciones y cariño de aquellas santas religiosas que llevaban la observancia de la santa Regla con tal rigor, que más parecía un desierto de anacoretas que convento de monjas, pues se guardaba con tal rigor el silencio, que no había recreo, sólo en profesiones o en alguna gran festividad y apenas si las religiosas hablaban unas con otras con tal respeto y recogimiento que sólo en la enfermería nos concedían una poca expansión con las enfermas, pero todo de Dios.

Estaba tan feliz y llena de paz y amor de Dios que cinco años que estuve casi en el noviciado sin compañeras, me parecía vivía en los desiertos de la Tebaida, pues veía las austeridades de aquellas religiosas tan endiosadas, que por nada cambiaría mi dicha.

Como era un poco flaca de estómago y muy joven no quisieron tomase el santo hábito hasta cumplir los 17 de edad, y estuve postulante tres años y unos meses y un año de novicia, con tanta vocación que los trabajos y penitencias que sufría me parecían regalos dulcísimos, y aunque no sabía ni nunca hice trabajos por haber estado en el colegio desde pequeña, me estimulaba tanto ver trabajar aquellas monjas de edad y tan señoras, más que mozas de servicio por amor de Dios, que yo buscaba con ansias de amor, aquellos penosos trabajos de lavar, barrer, repicar la campana, limpiar los suelos, la cocina y lugares más sucios, como el mejor regalo.

Entonces, Jesús dulcísimo se mostraba tan fino y delicado conmigo que alguna vez me parece le vi ayudándome a quebrar los hielos de un lebrillo de ropa que tenía que lavar después de maitines, a las 3 de la mañana, el 15 de enero. Me mandó M. Maestra fuese con las sacristanas a preparar los purificadores y ropas de sacristía que tenían en el huerto-patio, y había escarchado y sentía frío tan grande que miré al cielo que chispeaban las estrellas lindísimas del firmamento... y como si por ellas viese el rostro dulcísimo de Jesús me sentí inflamada de un amor tan extraño y fuerte que sin esperar a las sacristanas me lancé fuera y con el puño empecé a quebrar aquellos vidrios que me parecían espuma de jabón.

¡Oh Jesús dulcísimo! Entonces te vi Pastor divino de mi alma cogerme en tus brazos dulcísimos y llevarme a vuestro Corazón adorable donde me disteis a beber en abundancia aquel vino dulcísimo de tu sangre dulcísima que... hubo para calentar y embriagar aquellas santas sacristanas que me decían con extrañeza: “Pero sor Trinidad, tendrá fiebre que nos calienta...” ¡Oh Jesús dulcísimo, misericordiosísimo, lleno de amor para los pobres pecadores, ten misericordia de mí, tu Trinidad!

Notas

Aniversario de mi consagración a Dios

El 5 de este mes entré en ejercicios para la toma de hábito, dirigidos por el R. P. Francisco de Benamejí, guardián de San Juan de Letrán de Granada (Triunfo).

El 21, festividad de la Presentación de la Santísima Virgen, tomé el santo hábito que me impuso el R. P. Benamejí a las 4 de la tarde solemnemente.

El día 7 del año siguiente entré en santos ejercicios que me dirigió el R. P. Ambrosio de Valencina, provincial de padres capuchinos, y el día 26 del mismo mes, festividad de los Desposorios de la Santísima Virgen y san José, profesé a las 10 de la mañana solemnemente, recibiendo mis votos el R. P. Ildefonso de Cuenca, guardián de Capuchinos de Granada.

Desde entonces renuevo anualmente con todo el fervor de mi alma, mi consagración a Dios en el hábito y mis votos en la profesión... y siempre oigo la voz de Jesús en mi alma que me dice: "¡Oh, si tú, hija mía, hubieras correspondido siempre con generosidad y fidelidad a tantas gracias como te han sido concedidas!..., ¿cuántas misericordias y favores no hubieses recibido en cambio, de mi Corazón que te amó, predilección especialísima, desde que te formé y llené tu alma de gracias antes que nacieras y ya me agradaba *de tu nada*?"

Señor mío y Dios mío, concédeme que grabe en mi alma aquellas palabras que me fueron dichas este día, el más feliz de mi vida, por boca de aquel venerable P. Benamejí, que murió en Granada aquel año siguiente:

"Festinans descende... Apresúrate a venir porque hoy vengo a habitar en tu corazón..." (S. Lucas 19, 2).

Acordaos, oh piadosísima Virgen María, mi dulce Madre, que jamás se oyó decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección e implorado vuestro auxilio haya sido desamparado de vos. Animada yo con esta confianza, Madre mía, a vos también acudo, ¡oh Virgen Madre de las vírgenes! y de los pecadores arrepentidos que fiaron en vuestra protección. Oprimida bajo el peso de mis pecados vengo a implorar vuestro socorro, ¡oh Madre del divino Verbo! Me atrevo a aparecer en vuestra presencia soberana rogándoos me presentéis a vuestro divino [Hijo] y me alcancéis el perdón y la misericordia que espero. Madre mía, no despreciéis mis humildes súplicas, antes bien acogerlas benignamente con los votos de seros fiel hasta la muerte. Amén.

Oh Jesús dulcísimo, que con tanto amor me invitáis a seguiros paso a paso vuestra senda preciosísima de cruz, de ingratitudes y desamparos... Cuando mis naturales

sentimientos buscan alivio y consuelo en esta pendiente que vos subisteis generoso... que en Getsemaní, cuando las mías duermen sin acompañarme en las agonías... me acuerde de vos, dulcísimo Jesús. Tan grande y tan divino quisisteis enseñarnos... hacer que siempre y en toda ocasión repita: ¡mis ingratitudes y pecados, Señor, os hizo sudar sangre... os azotaron, coronaron de espinas, abofetearon, escupieron, enclavaron e hicieron morir en la cruz, a mi Dios y Señor!

L7 C27 (28-29)

Mi Rvda. M. Secretaria:

En septiembre del año 1898, a causa del mucho trabajo de enfermera por las madres ancianas, tenía que subir y bajar continuamente. A veces, para ayudarme a padecer a aquellos grandes trabajos con la presencia de Dios, por no tener costumbre, y por ser fuerte la violencia de mi propio carácter, tan soberbia para mostrarme dulce y cariñosa con las enfermas, me ponía en la suela de la sandalia algún chino o piedrecita que se me hizo un callo y queriendo sacar con unas tijeras la piedrecita que quedó entre cuero y carne, se me infestó, pensando el médico que si no bajaba la inflamación tendría que extraer o amputar el pie. En efecto, me lo sajaron teniéndomelo que curar el médico todos los días. Me llevó una monjita un rosarito tocado a la Inmaculada Concepción que decían hacía muchos milagros. Yo no sentía gran devoción, porque no sentía esa fe que las monjas a esta devoción. Al ponérmelo sentí grande alivio y aquella noche no tuve fiebre, pero me pareció ver en una plaza espléndida, que llevaban en procesión la sagrada imagen de la Inmaculada las siete Fundadoras que repartían aquellos rosarios a cuantos enfermos y devotos los pedían. Yo quise entrar con otras muchísimas personas en aquella cerca custodiada por los ángeles, y no me dejaban pasar. Pero un venerable anciano, de aspecto devotísimo, cogió a varias niñas pequeñas y pobres y me decía: entre con ellas y la Santísima Virgen le dará sus gracias, y al acercarle aquellas cinco niñas pobres, la Santísima Virgen abriendo sus purísimas manos, me entregó una porción de rosarios y parecía decirme: Dale a las niñas que recojas en mi nombre estos rosarios y yo les alcanzaré todas las gracias que por ellos me pidan de mi Hijo santísimo, y cuantos los lleven no morirán en pecado, repitiéndome las mismas promesas que a la venerable M. Concepción.

Al día siguiente había Jubileo circular y las religiosas se fueron a la misa cantada a las 10 de la mañana, y estaban limpiando los albañiles los tejados altos del convento. Se le rompió la soga y el desgraciado Valdivieso, albañil, cayó a la calle de los Frailes haciéndose una tortilla. El ruido que la gente movió me asustó tanto que me eché de la cama al suelo para avisar en el coro, y no podía mover el pie; le recé a la Virgen Santísima, y pude dar algunos

pasos. Entonces me encomendé al santo del día, me descubriese aquel sueño o visión, y estando rezando los maitines de san José a Curpertina, me pareció verlo al lado de mi cama diciéndome: No es sueño lo que viste anoche, la Santísima Virgen quiere recojas las almas abandonadas y pobres y las acerques a la sagrada Eucaristía; para ello sírvete del santo Rosario que la Señora le daba para que sea el anzuelo y cadena con que las prendas a Jesús Sacramentado, en donde la Madre Purísima le alcanzará la gracia de preservarlas del pecado.

Muchos años llevaba grabada en mi alma esta idea... Cómo yo puedo hacer esto... Y me dediqué a enviar grande porción de rosarios a la M. París, de las adoratrices, para que los repartiera a las niñas abandonadas, de las cuales vinieron después a ser religiosas una sor Magdalena de la Divina Gracia, que me decía el Confesor se le apareció la Santísima Virgen y le dijo: “Vete, baja al Pozo y pide a las monjas, mis hijas, con hábito y cuerda negra, como yo vestí después de la muerte de mi Hijo santísimo”.

Esto último sucedió el año 25, cuando fundamos el convento de Chauchina y cuando la Revolución se marchó y murió en San Antón como una Santa.

Sor Trinidad

L7 C26 (11-12)

[**Autobiografía de los primeros años**]

“Vir obediens loquetur victoriam” (Prov 21, 25)
“Los hijos de obediencia alcanzarán victoria”

Capítulo I

Mis padres

Uno de los más señalados favores que me hizo el Señor, el haberme dado unos padres temerosos de Dios y hartamente piadosos, que educaron a sus hijos en la santa fe católica y amor de Dios.

Mi padre, de edad de quince años quiso ser militar y marchó a Guadalajara (según le oí referir muchas veces, pasó su vida en Castilla la Vieja en distintos puntos), y estuvo muchas veces en grave peligro de perder su vida en cumplimiento de su deber, y que la Virgen Santísima, de quien fue devotísimo, le libró cuando la invocaba con fe y amor de hijo. ¡Cuánta fe tenía su corazón refiriéndonos con lágrimas los favores singularísimos de su patrona la Santísima Virgen de las Maravillas de Martos a donde nació!

Sus palabras: “Siempre estaré bendiciendo a mi madre la Virgen Santísima la protección y cariño con que me acompañó siempre en todos los pasos de mi vida militar, y a pesar de mis travesuras en mi juventud, donde quiera que veía una imagen de la Virgen me descubría y rezaba sin temor a las censuras de mis compañeros, que no siempre sentían como yo. Y la bendita Madre cuidó siempre de mí. Mayor ya, me preocupaba del estado que había de tomar; quería encontrar una compañera ideal que me hiciera feliz... y no veía nada que llenara mi corazón, a ella encomendé con toda la fe de mi alma este asunto y puso en mi camino una mujer dotada de un alma hermosísima con un corazón de ángel, ¡vuestra madre!, prudente y discretísima que me dirige”.

“No tenía un céntimo, la divina Providencia dispuso tuviese que ir con mi Coronel a Málaga, y en el mismo hotel, se hospedaba una señora con tres hijas, que pronto hicieron amistad con las hijas de mi Coronel, la mayor me encantaba oírla en las tertulias y reuniones de ambas familias. Era sumamente jovial, discreta, sencilla, alegre, tan simpática en su trato, tan agradable en su conversación que la familia de mi Coronel, pidió a la señora madre, dejase a sus hijas acompañar a las suyas, para hacerles más amena la temporada, que ambas habían ido de recreo. Me parecía todo providencial”.

“Entonces yo buscaba la Patrona de Málaga, y pasaba muchas horas al pie de la Virgen de las Victorias pidiéndole que me diera aquella señorita por mi compañera. Salí de la iglesia, seguro que la Virgen me había oído, y en efecto, aprovechando una ocasión en que fui acompañando a las hijas de mi Coronel, me acerqué a ella y le dije: a la Virgen de las Victorias le confié un encargo de interés para usted, ¿no le ha dicho nada?”

“Quedó en silencio y calló. Su silencio fue la contestación de la Virgen; a ella fui lleno de gratitud, y ella me dio fortaleza para conseguir mi intento, a pesar de la persecución y guerra que tuve que sostener tres años con toda su familia que se oponía a que llegase a ella. ¡Bendita sea la Madre de misericordia!”.

Estas fueron sus palabras siempre que nos contaba siendo pequeños, cómo vino de Jaén a este pueblecito de la vega de Granada.

Tenía un gran corazón para los pobres a quienes repartía cuanto ganaba, hasta el punto de quitarse sus ropas para vestir algún pobre desnudo, como un invierno, volvió a casa sin capa porque encontró un pobre medio muerto de frío y se la dio; y mientras tuvo, no dejó nunca de socorrer todas las necesidades, y siempre llevaba detrás de él muchos pobres que le llamaban su padre. Muchos años después de muerto, cuando venían del pueblo al convento, me decían contristados: “Aquel hombre no debió morir; mientras él vivió con nosotros no se conoció el hambre en el pueblo, nos socorría a todos y no nos cobraba” (tenían almacén o tienda).

Mi madre vivió y murió como una santa mártir, llena de alegría llevaba sus penas, sin

consuelo humano, el Señor la inundaba de alegría. Disfrutó de unos padres piadosísimos y acomodados que vivían holgadamente con lo que les producían sus fincas, y educaron a sus hijos con arreglo a su clase; eran siete; seis hijas y un varón, dos de ellas fueron religiosas, los otros cinco casaron, con la dicha de ver consagrados a Dios en el estado religioso diez nietos, tres jesuitas y siete monjas.

Mucho se gozaba en aquella casa donde se bebía el espíritu de piedad y amor de Dios, y para mi madre fue el amparo de sus hijos (habiéndome tenido a mí como hija única, después de la muerte de mi madre), allí junto a la iglesia que tenía su casa me gustaba vivir porque no me separaba de Jesús Eucaristía mas que un muro, y soñaba oír las campanitas de la misa, y los bautismos. ¡Qué alegría gozaba mi alma junto aquella iglesia en donde recibí la gracia del bautismo!, y tantas otras desde que nací.

Necesitaría mucho tiempo, para describir la vida de mi santa madre, y no es eso lo que tengo mandado escribir. Solo diré que su fe y amor de Dios era tal... que antes de poder hablar, mi corazón amaba a Dios y quería ir al cielo. ¡Con tal unción y amor nos hablaba de Dios que lo veíamos en todo! Sin apenas pronunciar palabra nos enseñó los actos de fe, esperanza y caridad. Sus hermosos ojos de continuo los veíamos llenos de lágrimas, mirar a la Sagrada Familia que la tenía en todas las habitaciones, y cuando alguien la miraba sonreía con una discreción y talento que procuraba distraerlos a todos con su carácter jovial y expresivo. Alguna vez solía decir a su madre: “nada, que mi corazón debió ser todo de Dios, y en un descuido lo dividí, y ahora quiero darle el corazón de mis hijos”.

Siendo de doce años, su madre temiendo que su genio despierto y vivo, se pervirtiera en un colegio con la amistad de las amigas, pensó entrarla en el convento de Clarisas de la Encarnación de Granada donde tenía una hermana, y una hija profesas (con gran fama de santidad), y en efecto la niña entró muy contenta y alegre.

La tía, M. San Gabriel, y su hermana M. Paz, se dedicaron a formar de aquella niña tan amada, una buena religiosa, pero era tan viva y alegre que no la podían sujetar, tan traviesa que en todas partes escribía versos, y les parecía que no tenía vocación, y pensaron volviese a su casa, como en efecto sucedió, siendo la alegría y consuelo de su familia. Después que casó, a disgusto de sus padres y sin su permiso (por no ser persona conocida), aunque después le quisieron mucho, ella lloraba sin consuelo porque creía no había obedecido a sus padres. Esta fue la pena que amargó su corazón.

El Señor le dio once hijos, murieron cuatro y le vivieron siete, yo fui la cuarta, los tres primeros varones, y ella pedía mucho a nuestro Señor y a la Virgen y san José una niña que fuese su consuelo; y el Señor le concedió cuatro niñas seguidas, dos murieron, y quedamos dos que fuimos capuchinas (en el convento de San Antón de Granada).

Nos refería mi madre, que le di mucho quehacer desde antes de nacer, estuvo a la

muerte, y avisaron a mi padre que estaba en Toledo, porque creyeron moría, y al nacer quedó completamente buena y yo nací tan robusta y grande que creían los que me vieron en la iglesia en el bautismo que tenía ya meses, cuando solo contaba tres días. Dicen, era muy traviesa, miraba a todos como si conociera, esto me lo refería mi madre y abuela, cuando me reprendían me decían que venía dando ruido desde antes de nacer. Cuánto les hice sufrir con mis travesuras. Mi hermanita menor fue tan buena que nunca la tuvieron que castigar, por lo que pensaron mis padres, lo conveniente que sería pagar una señora piadosísima y muy instruida (algo parienta) que viniese a la casa a educarnos, ayudando de ese modo aquella familia que vino a extrema pobreza, para evitar peligrara nuestra inocencia que mi madre quería conservar con tanto interés. ¡Temían tanto de mí, tan viva y traviesa, que parecía no se cuidaba de los demás!

Así estuvimos tres años con aquella señora que nos enseñó a leer y escribir corrientemente hasta que hicimos la primera Comunión, que yo la hice de ocho años por esperar hacerla junto con mi hermana menor.

Como nos preparó mi santa madre, no podré expresarlo... todo su afán que Jesús no encontrase en el alma de sus hijas ni la más pequeña sombra... Ella no confió a nadie nuestro cuidado, de noche nos hacía ver cómo quedábamos bajo el manto de la Santísima Virgen, custodiadas por los ángeles... y cuando nos quitó la cuna, y mi hermanita no quería dormir sola, nos pusieron a las dos juntas en una camita junto a su cuarto, y no se iba hasta dejarnos dormidas, hablándonos de Dios, de la Santísima Virgen y de los santos. Nos decía que entre las dos dormía el Ángel de la Guarda, que luego le daba cuenta de lo que hacíamos y nos creíamos como si lo viésemos, y a pesar de mis travesuras me parecía que creía yo más que mi hermana, porque como más pequeñita ella en el invierno quería abrazarse a mí y yo no le permitía, me parecía que el ángel que yo veía entre las dos se podía marchar, y le decía: no permito que el ángel se vaya, anda, abrázate a él, que te calentará más que yo... y el angelito me decía con mucho candor: ¡No, si se marchó ya!, yo no lo veo aquí, ¡déjame acercarme que tengo tanto frío! Y yo, que me parecía ver el ángel, llamaba a mi madre para que ella nos dijera si se disgustaría el Señor cuando ella me pedía la calentara... Fue tanto el temor y respeto que nos infundió a las dos, que habiéndonos criado juntas, pues solo le llevaba 14 meses, no recuerdo nunca que tuviésemos ni una acción, ni palabra ofensiva de la cual el Señor tuviese que pedirnos cuenta. Antes de morir, cuando la vi sufrir horriblemente, pues ella había pedido padecer el purgatorio en vida, en un momento de dolores agudísimos le besé en la frente. Y toda extrañada que la besara me dijo: “¡Cómo, madre mía, me da este consuelo, moriré hoy!” Y me rogaba que después de comulgar fuese hacerle la cruz sobre la parte de sus dolores porque creía que sino curaba se le calmaran o por lo menos le fortalecía el ánimo para sufrirlos mejor por amor de Dios. ¡Él sea bendito que en la fe nos da su amor!

Cuando les parecía a mis padres que debíamos a ir algún colegio, pensaron en meternos internas en Santo Domingo, con el fin que estudiásemos para profesoras cuando tuviésemos la edad; y llenos de temores iban entreteniendo el tiempo para que fuésemos mayores y nos compraban libros con láminas, catecismos explicados y el santo Evangelio que nos gustaba mucho, y yo sentía tanto gusto en dar limosnas que cuanto cogía en la casa lo daba a los pobres, y cuando se descuidaban me metía en la tienda, que junto a la casa tenía mi hermano el mayor, y de cuanto había lo daba a las niñas pobres que yo invitaba en un portal de la casa para enseñarles la doctrina y cómo debían comulgar... Y con el aliciente que las vestía, venían muchos niños y niñas a mi portal. Mi padre me veía tan afanada y él me daba cuartos y chocolate para repartirlo en aquellos pobrecitos que algunos no comían otra cosa que lo que yo les daba. Mi padre fue siempre muy caritativo y me dejaba dar, pero mi madre cuando se dio cuenta me castigaba, no quería que con este motivo saliera de casa para nada. Pero mi padre creyó que debían pensar en hacerme maestra, y lo decía a mi madre.

Al cumplir los nueve años quise obsequiar a estos pequeños el veintiocho de enero, y cogí una pulmonía con dolor de costado, que estuve entre la vida y la muerte gravísima. Entonces toda la familia temió que pudiera morir y se encomendaron al patriarca san José ofreciéndole hacer en familia los Siete Domingos, para lo cual aprovecharon la Cuaresma de aquel año para que confesaran y comulgaran todos. Esta promesa la aconsejó el P. Hitos, que entonces le cogió allí por estar él delicado, tenía pedido permiso en el Seminario para pasar con la familia aquellos meses y él me cuidó por dar ese alivio a mi madre enferma. Y con este motivo él ayudó a que me diese mayor cuenta de lo que debía al Señor en devolverme la vida, estando para morir que san José me había alcanzado la gracia del divino Juez para que revocase la sentencia de muerte por unos años, que debía pensar en serio qué querría de mí el Señor. ¡Oh Dios mío!, había puesto sus ojos en su sierva mi buenísima madre; y cuando aun andaba flaquita y convaleciente, se la llevó el Señor aquel mismo año. El día de san Pedro cogió la misma enfermedad que yo y en nueve o diez días terminó su carrera y murió como una santa en un acto continuo de amor de Dios... Que al recibir el Santísimo Sacramento en el Viático y Extremaunción el día antes de su muerte, delante de un público numerosísimo que asistió, presenciaron que hincándose de rodillas sobre la cama con las manos juntas quedó extasiada, y todos creían había muerto cuando entonó el Tedeum que el Párroco y su sobrino más querido, P. Hitos, alternó con ella hasta terminarlo. Como fue devotísima de la Santísima Trinidad y de la Sagrada Familia los invocaba con tanto amor y les encomendaba sus hijos pidiéndole al Señor se salvaran todos. No murió hasta el día siguiente 11 de julio[1]. El Sr. Párroco les decía a todos: es una santa la que se nos va al cielo. Y las gentes le pasaban

1 En la partida de defunción dice que fue enterrada el 11 de julio de 1888 y murió el día anterior a las 11 del día a la edad de 36 años.

rosarios por su cadáver, diciendo todos: ¡ha muerto la santa!

El mismos día que recibió los santos Sacramentos, por la tarde nos llamó a todos sus hijos que éramos los cuatro mayores, los dos varones, que tenían catorce y dieciséis años, y nosotras dos con ocho y nueve años. Nos encargó el temor de Dios y confiaran todo a la Santísima Virgen; y a mi abuela, que era tan santa y discreta como ella, le encargó hiciese sus veces con sus hijos. Pero de un modo especial me confió a mí a su cuidado y educación, para que el demonio con las vanidades no alucinaran y engañasen perdiendo a Dios, que nos educasen religiosas, que tenía su mayor preocupación con su Mercedes y le pedía no la soltase nunca, y así lo cumplió la santa abuelita y gracias a eso me libró el Señor de las astucias infernales del infierno.

Teníamos una parienta en un convento de Clarisas que entonces tenían colegio, y enteradas que nos preparaban para ingresar en Santo Domingo de Granada, llamó a mi padre y le pidió nos llevase allí, que ellas nos educarían tan bien como en Santo Domingo y se alegrarían después.

En efecto, arreglaron todo, y el 28 de enero de 1889 entramos en el convento de clarisas de Santa Inés de educandas, cuando cumplía aquel mismo día los 10 años de edad y mi hermanita ocho años y meses, nos llevó mi padre y mi abuelita, y quedamos contentas, aunque con la pena inexplicable de la primera separación de mi padre y abuelita que tanto nos habían amado, a los 6 meses de perder a mi santa madre y dejando aquellos tres hermanos pequeñitos, que mi madre me encargó cuidase de ellos cuando las amas los dejasen, pues solo tenían el menor 40 días, le seguía otro de dos años y otro de 4. En el momento de salir el mayorcito de 4 años colgado a mi cuello lloraba inconsolable por venirse con nosotras; me decía: “Mercedes, que mamá te dijo al irse al cielo que cuidaras de nosotros, que fueses buena, y a mí también me dijo: amar a Mercedes como a mí, ella cuidará de vosotros, hará mis veces, no lloréis; y tan pronto te vas tú también al cielo, ¡llévame contigo!”

Mi corazón que con la muerte de mi madre se había hecho más sensible y tierno; el golpe de perder a mi santa madre me pareció el descubrimiento de un mundo nuevo de desengaños. ¡Todo cambió alrededor nuestro! Quedamos en una orfandad verdaderamente tristísima... Días después, mi abuela, que dotada de gran talento y virtud, a quien mi pobre madre nos confió, con encargo especial a sus dos niñas, sobre todo su Merceditas que tanto amaba y temía de su carácter impetuoso y vivo, tuvo que retirarse por completo.

Tenía mi madre dos muchachas de 20 años especialmente la mayor de 21 (algo parientas sobrinas de un primo hermano que vino en decadencia), y ellas le pidieron quedarse de criadas y costureras, y como eran buenas y piadosas, llevaban más de un año en casa, y la mayor se encargó de nosotras para salir y vestirnos, etc. Esta, llamada Victoria, quiso quedarse en la casa al cuidado nuestro; y la abuela se opuso, queriendo quedase en la casa una señora

viuda de cierta edad, que observaba ejemplar conducta, pues mi padre, había recibido y confiado nuestro cuidado a Victoria, en extremo atenciosa con todos nosotros. Pronto se conoció, que mi padre quería casar con ella; y a los tres o cuatro meses de muerta mi madre, en aquella casa que nos sobraba todo, y viviendo mi madre florecía con la esperanza de un porvenir... de bendiciones y paz como teníamos con la ayuda de mi buenísima abuelita, ésta se retiró, y retiró sus ayudas; mis hermanos mayores se oponían, echándola de casa, y nosotras veíamos a mi pobre padre contrariado y violento, perder aquel equilibrio que ayudó tanto en los últimos años a la paz y alegría de aquella casa de bendición.

Oh Jesús mío misericordiosísimo, que de los más grandes males y desgracias sacáis grandes bienes... perseguíais sin duda cazar corazones... el mío, que al parecer querías cortar de la planta antes que marchitara con el pecado en aquella grave enfermedad que a los nueve años me puso a las puertas de la muerte y que por las oraciones y súplicas de toda la familia me volvisteis a la vida, cortando en cambio la de mi buena madre que tanta falta hacía! ¡Bendito seas, Padre de misericordia y bondad, que con tanto amor pusiste vuestra mirada en esta mariposilla que no gustaba más que de andar de flor en flor encantada de sus colores y hermosura y vos, Jesús dulcísimo, preparabais un vallado fuertísimo de espinas para que no entrasen a su campo los ladrones, y robasen los frutos que vos, Dueño mío amantísimo, preparabais desde la eternidad y pusisteis por hortelana y jardinera a vuestra Madre santísima cuando me la dejasteis por madre.

II

[E**n el colegio de Santa Inés**]

Hasta entonces nunca pensé en ser monja, mi ilusión era educarme para marchar al lado de mi papá, a quien mucho amaba, al cuidado de mis pequeños hermanos y ser la ayuda y consuelo de su ancianidad, último encargo de mi inolvidable mamá. Las religiosas me preguntaban cuando nos veían tan piadosas y orando delante del sagrario y al pie de la Santísima Virgen para que resucitara a nuestra inolvidable madre. No queréis quedar con nosotras y seréis religiosas. No señora, no quiero ser monja, quiero marcharme enseguida que me eduquen a casa.

¡Oh Jesús dulcísimo!, me esperabais confirmar esta determinación pública que me salía espontáneamente cuando me llegó la noticia por mis hermanos, venían enfurecidos diciéndonos: “Papá acaba de casarse con Victoria y nosotros nos vamos, no queremos ver otra madre en el puesto de aquella que tenemos en el cielo.”

Se me encogió el corazón de verlos marchar desorientados... y llorando nos fuimos a la Santísima Virgen de Belén, que estaba en la escalera que teníamos que subir al colegio, tenía

su capilla, y allí quedé llorando. Madre mía, le decía, ¿cómo mi papá, tan bueno, que adoraba a mamá, se olvida tan pronto de ella dispersando a sus hijos que no pueden tolerar este dolor? Hondas reflexiones amargaban mi corazón... y mi hermanita que parecía alegrarse de aquella novedad, me dejó diciéndome: “No llores Mercedes, ya tiene papá quien lo cuide”. Y al quedarme sola pedía a la Santísima Virgen fuese la madre de mis hermanitos y no los abandonase nunca, y sentía el consuelo que aceptaba mi oración.

No acertaba a salirme y viéndome sola abrí la puertecita de la capillita y me abracé aquella hermosa imagen y llena de un ímpetu de filial amor y confianza le dije: Madre mía, yo quisiera un hombre cariñoso y fiel que no se olvide de mí, y que si papá ha hecho esto con mamá, poner otra mujer a sus hijos por madre, yo no quiero más que a ti, madre mía. Y vi que la Madre divina me dio el divino Niño que tenía en sus brazos diciéndome: “Este será tu Esposo a quien te entregarás con todo el amor de su corazón y él te dará esa fecundidad espiritual que de tus sacrificios y dolores espera Jesús para su gloria: muchas almas que le sigan y amen”.

Lo que en aquellos momentos sintió mi alma es inexplicable y a los sollozos de gozo y alegría acudió la tornera que pasaba por allí, sor María Rosa Robles, que me enseñó a amarle, a conocerle y adorarle. Me cogió el divino Niño y lo puso en los brazos de la Santísima Virgen y me reprendió cómo me metí en la capilla y quién me alcanzó el Niño. Le referí cuanto me había pasado y me mandó no lo dijese a nadie, más que al Confesor, que era D. Hilario García Quintero, Canónigo del Sacro Monte, que me mandó lo dijese a M. Abadesa, M. Dolores del Martínez de Castilla, que murió en olor de santidad y ella con su acostumbrada dulzura me dijo: Hijita, sé muy fiel al Señor y entrégate a la Virgen Santísima para que ella te eduque y dirija junto a Jesús y te enseñe a vivir y morir en la cruz, y besándome en la frente me dio a besar el escapulario, y marché de allí diciéndoles a todas llena de alegría: quiero ser monja y nadie me arrancará de aquí.

Aquella santa religiosa, sor María Rosa, siguió educándonos para Jesús a todas las pequeñitas que la M. Abadesa le confió, y cuánto bien hizo a mi alma, cómo me aficionó a visitar a Jesús muchas veces... a escaparme al coro y llamarlo dándole toquecitos en la reja cuando estuviese sola, y le dijese: Jesús mío, aquí está tu Merceditas, y él saldrá y conversará contigo, y jugará al esconder y te dirá que eres su esposa... ¡Oh!, qué llena de entusiasmos, de amor, pasé casi los cuatro años de colegio con Jesús que me citaba allí tantas horas, que M. Carmen Guervor, maestra de novicias, alma de gran contemplación, me celaba a ver lo que hablaba con Jesús... de acuerdo con la M. Maestra del colegio. Y después me acechaba en el antecoro... y me examinaba y me decía tantas cosas que no entendía apenas... Cuando le decía deseaba ser grande para ser su novicia, me decía: “No, hija mía, tú no eres para nosotras, el Señor tiene ya preparado otro convento para ti cuando seas grande”, y me

entristecía tanto, que ya procuraba no encontrármela.

La buenísima madre me consolaba diciéndome serás monjita en un convento muy austero y observante, estarás muy contenta y feliz, pues el Señor espera de ti que le seas muy amante y le consueles mucho y le ayudes a llevar su cruz, etc. Entonces le preguntaba y eso de llevar la cruz qué es. Y me enseñó a que buscando las humillaciones, el ser despreciada y sufrir en silencio las pruebas que él nos envía por su amor todo es ayudarle a llevar su cruz y cuando te hagan superiora entonces empezarás a ayudarle aceptando cuanto él te pida.

En estas conferencias se me pasaba el tiempo y las niñas que me buscaban, y sabían el ansia de ir a Jesús, le decían a mi hermanita (que se asustaba): “Merceditas está en la reja con el novio” y la madre las castigó privándoles aquella semana de la sagrada Comunión. Todas me querían mucho, y como era muy traviesa y les hacía mucho reír, no me perdonaban los recreos, y la madre me dejaba ir al coro siempre que se lo pedía, que eran las horas que yo sabía estaba el coro más solo para llamar a Jesús recio como me tenía enseñado sor María Rosa, a veces le tenía que dar muchos golpecitos en la reja otras veces me esperaba él a mí.

¡Oh Jesús dulcísimo de mi alma que con tan gran sabiduría, como misericordia, me atraíais con tanta dulzura! En aquellos primeros años abristeis a mi alma vuestro adorable Corazón como una confitería llena de todas clases de confites para ganar y pegar a vuestra cruz esta leoncilla que tantos males hubiese hecho en el mundo si no hubieseis atado a vuestro corazón la fiereza de este corazón que cazasteis con tanto amor y destreza. Bendito seáis, mi Señor y mi Dios, y tomar de nuevo todo mi ser en aquel momento supremo que me llamáis para liquidar cuentas. Vuestra Sangre divina lave y purifique mis manchas para que con vuestra Madre Santísima me hagas digna del perdón y misericordia.

Sor Trinidad

L8 C38 (66-79)

[**Súplica u oración**]

Comprendo aquellas palabras de san Pablo: “Jesucristo es la verdadera piedra”. Y en sus agujeros quiero vivir... y que vivan todas las almas especialmente... Sí, Jesús mío, vos nos dijisteis: “Han agujereado mis pies, manos y costado...” ¿Para qué, Señor, nos repites tantas veces “ven y ocúltate dentro de mis llagas”? ¡Oh roca divina que así te abres para recibirme y acariciarme, qué dulce eres!

Cuánto me complace, Jesús mío, si me imagino que para vuestras capuchinas adoradoras viene muy bien aquello que repetimos en alguno de los Salmos: Abandonar las ciudades por la cima de las rocas, y sed como la paloma que pone su nido en las cavidades

más elevadas... abandonar los lugares bajos de la tierra, y subir hasta las sublimes regiones del altar... No entendía latín, Jesús en su misericordia, hacía entender o sentir en la recitación del Oficio divino, que nosotras, las almas religiosas, somos las palomas, que hemos de fijar nuestras morada en las heridas de Jesucristo, en las alturas del tabernáculo, si queremos elevar el vuelo a las regiones de la eternidad bienaventurada.

¡Dios mío! Concédeme que todas las almas que lean vuestras misericordias, vean vuestra faz divina... y oigan vuestra dulce invitación y volemos repitiendo lo del Profeta: "Vuestros altares son Dios mío lo que os pido, esa es la cima donde quiero fijar mi morada".

En las pruebas y humillaciones, moraremos con vos dentro de vuestras llagas, lavando nuestras heridas con vuestra sangre preciosa, Jesús mío crucificado y muerto en un sacrificio de amor por mí... ¡Qué dulce es, Jesús mío, sumergirse en vuestra sangre divina que lava, limpia y cura nuestras heridas, qué delicias sienten las almas al recibir una nueva vida con vuestra sangre divina... y cuando me entro humillada en las profundidades de vuestros dolores amarguísimos me llamáis nuevamente diciéndome:

"Sube ahora más arriba", y siento con una fuerza irresistible que se abren mis alas y os repito con todo el fuego que recibo de vos. ¿Quién me dará alas de paloma para volar y reclinarme en los brazos del que ama mi alma? Y siento que me abren las alas del amor sacrificado y humilde, con el amor y caridad ardiente de las almas y como si en un ala cargara con el peso de todos los sacrificios habidos y por haber; y en la otra las penas y trabajos de todas las almas... levanto el vuelo y llego a un reposo que ya no es de este mundo. ¡Oh Dios mío, a dónde conducís estas almas que, heridas en un tiempo infeliz, abristeis misericordioso vuestras llagas, curada y favorecida por vuestras misericordias, posó en la santa Eucaristía donde recibir las finezas de vuestro amor, y aquí siente un inmenso deseo de poseer el cielo. ¡Oh Dios mío, que todas las almas escogidas por vos para vivir en el Tabernáculo... le concedáis ese dichoso vuelo que tanto desean nuestras almas reposar en vuestro seno cuando separada del pesado cuerpo que nos detiene en el destierro, llegue a vos Dios mío y misericordia mía. Amén.

L8 C38 (80-81)

[FUNDACIÓN DE SAN ANTÓN. PRIMEROS AÑOS DE VIDA RELIGIOSA DE LA M. TRINIDAD]

¡Adoremos a Jesús Sacramentado!
En espíritu y en verdad

En el año 1586, cerca de la Navidad de Nuestro Señor Jesucristo, salió para la Curia Romana la ilustre señora Lucía de Ureña, natural de Granada, hija de don Diego Ureña, de la

nobilísima familia de los condes de Ureña, que vinieron a Granada por haber ido con su hermano a la toma de Medina Sidonia y volviendo a la Corte, allí le dieron comisión las Cortes del puerto de Motril, quedando en Granada en donde nació nuestra ilustre fundadora Lucía de Ureña, como consta en el libro de las Fundaciones de las Capuchinas de Granada.

Los trabajos, sufridos con heroico espíritu, de aquella mujer insigne, los relata su vida con edificación de cuantos la leen, pero nada admira más, que la constancia y fe en sus tres viajes a Roma para conseguir le concedieran la fundación de las capuchinas de Granada.

A pie descalza llego a Roma, fuerte y robusta, a últimos de mayo del año siguiente de 1587, alcanzó a besar el pie al Soberano Pontífice Sixto V, sólo por la fe grande que tenía en la divina Providencia que la guiaba, sin otra recomendación ni conocimiento que le pudiera valer. No sin gran asombro de cuantos la vieron conseguir particular audiencia de Su Santidad, besóle el pie, y con aquel aliento y elocuencia que da en semejantes ocasiones el espíritu de Dios, dijo:

“Santísimo Padre: Sola a pie descalza me ha conducido la providencia del Señor desde España a esta Corte Santa. El fin no es otro, que a pedir a Vuestra Santidad su bendición y licencia para hacer en la ciudad de Granada, mi Patria, una fundación y convento de descalzas capuchinas, que viviendo no solo en pobreza total, sino con toda la rigidez de la Regla primitiva de santa Clara, sean y se apelliden entre sus menores hijas las mínimas; para que consagrándose en el desierto de aquella penitente y solitaria vida, víctimas puras de la caridad, vivan cumpliendo la ley del Señor, en verdad y en espíritu, con el más fervoroso y perfecto amor de Su Majestad, y de los prójimos. Ha diez y ocho años que se dignó su infinita misericordia inspirarme su voluntad, y los mismos me han tenido en la prueba del riguroso Instituto, sin otro testimonio de esta verdad, que el que inspirase el cielo a Vuestra Beatitud, me envían para que postrada humildemente a sus pies, solicite de su benignidad el Breve para la fundación de un convento bajo la invocación de los dulcísimos nombres de Jesús y María y con la especialísima gracia que espero de Vuestra Santidad, de que con dote o sin él, se puedan admitir las que tocadas del Señor quisieren abrazar el Instituto". Esta breve propuesta hecha al Sumo Pontífice Sixto V por una mujer extranjera, a quien nadie conocía, y cuya súplica no autorizaba con carta de prelado, ni de ningún otro personaje, parece no era digna del mayor aprecio y aceptación, en espíritu de tanta entereza como el de un Sixto V. Pero el Señor que tiene en sus manos los corazones de los príncipes, y que ha ofrecido la indefectible asistencia de su luz a su Vicario en la tierra, dispensó a Su Santidad tan seguridad interior del hecho, que no sólo la oyó grato, sino con aquella pía afección, con que se hace Dios respetar en el corazón de los justos. (Primer tomo de las Fundaciones de las Capuchinas de Granada, Cap. II, p.19).

Después de conocido el espíritu y santidad de esta insigne fundadora venerable Lucía de Ureña, no es de extrañar que junto a sus cenizas venerables, naciesen espíritus que sintiesen sus inspiraciones y alientos, y así al conmemorar el centenario de la fundación de la Seráfica Madre, próximo a celebrarse también el tercer centenario de la de Lucía de Ureña, quisieran negociar con nuestro Señor que de sus claustros saliesen sus hijas a otro desierto también de penitencia, con el sublime fin de adorar perpetuamente a Jesús Sacramentado en una ermita donde la Santísima Virgen parece quiso le acompañasen en sus dolores desagraviando a su divino Hijo.

En el año 1893 entró una joven en nuestro convento de Granada, el 28 de julio, con una vocación probada y manifiesta, que se podría decir que Dios nuestro Señor la llevaba, como obligada con amenazas y misericordias, a la vida capuchina. Las religiosas que veían en la joven un carácter serio, superior a su edad, les desagradó mucho, creyendo venía más a corregir que a ser enseñada, y al cumplir los quince años ella solicitó de la madre Abadesa, madre Bruna de la Soledad (religiosa de gran espíritu), le diese el hábito para lega, por la gran devoción que sentía a la venerable sor Ursula de San Diego, a quien deseaba imitar en su espíritu y vida admirable, porque sentía grandes deseos de ser muy santa y su constante oración: "Señor, dignaos concederme un amor a vos tal, que me obligue a vivir abrazada a tu cruz en continuo padecer por hacer siempre y en todo vuestra voluntad adorable, si así no he de vivir, no quiero ser capuchina. Si no he de ser santa capuchina, hacer que vuelva al mundo, y no me dejéis en el claustro tibia y relajada".

A esta oración constante, acompañada de algunos sacrificios, el Señor la concedió su cruz y su amor, permitiendo que la comunidad le negara el hábito, que las religiosas prefirieran a otra joven, que aún no había entrado para ocupar su número (pues entonces no querían admitir más de 33 religiosas, y estaba completo el número).

La postulante llevaba un año de duras pruebas ... La negaban todo trato y consuelo, diciéndole no sería capuchina. El confesor, que veía en aquella alma tan firme vocación, la aconsejó marchara al convento de la Presentación, que el Fundador (Sr. Obispo de Guadix) la recibía con gusto y todo se le facilitaría. Al mismo tiempo le ofrecían recibirla las capuchinas de Toledo, en donde una tía suya habló convencida que nuestras capuchinas no la querían y no le darían el hábito nunca.

En esta prueba pasaron tres años sin darle esperanza de hábito, la hacían limpiar el convento, servir las oficinas y en un trabajo superior a sus fuerzas. Viendo ya que no había más remedio que salir, consultó con el R. P. Ambrosio de Valencina, provincial de padres capuchinos, que se hallaba en Granada, y con quien nuestra postulante había consultado su vocación y sus deseos, y a quien la comunidad había manifestado la gran resistencia que

sentían hacia ella, y el deseo de encontrar una causa para expulsarla, porque no querían en manera alguna fuese allí capuchina.

El P. Ambrosio tomó por sí la causa y oyó a la postulanta, que ya conocía por la cuenta de conciencia que en varias ocasiones (en ejercicios y retiros que daba a la comunidad) le había dado, y le dijo: "Hijita mía, Dios quiere hagamos oración especial para alcanzar nos dé a conocer su voluntad sobre tu vocación. He venido diciéndote siempre, perseveres fiel aquí, a pesar de las luchas del demonio, porque entendía ser ésta su voluntad santísima, pero he aquí, hijita mía, que la madre Abadesa me habla y ruega te diga pidas tú irte, porque las *monjas no te quieren*, y como no quieren aumentar el número y tienen a la vista una señorita, que les agrada mucho, están esperando te marches tu para recibirla. ¡No me acabo de convencer... que sea esta guerra del demonio o voluntad de Dios que te marches!. .. Haz, tres días de riguroso retiro delante del sagrario y con la frente pegada al suelo dile a Jesús: Señor, ¿qué quieres de mí? ..

Escucha atentamente. Y yo haré la misma oración, y después volveré y dime todo cuanto entiendas Jesús quiera de ti ... En efecto, la joven manifestó a su Maestra el mandato del P. Ambrosio, y la dejó tres días en una tribuna junto al sagrario que pisa sobre el coro bajo, y tal como el Padre la mandó hizo su retiro, y sintió que Jesús le decía: "Serás capuchina, a pesar de la guerra que te haga el infierno, persevera y sé fiel que yo estaré siempre contigo". A los tres días la llamó el Padre y oído a la joven la dijo: "Hijita mía, en el memento de la santa Misa pedía por ti al Señor me diese a conocer su adorable voluntad, he sentido mucho consuelo porque el Señor te quiere capuchina de *verdad* y que hagas verdaderas capuchinas para su gloria. *¡Quietecita hija mía!* Aunque te hagan chispas déjate estar, *aquí te quiere el Señor* capuchina".

Manifestada así la voluntad del Señor, se resolvieron preparar las cosas para el hábito, para hacer que la votación fuese negativa y la comunidad la echara fuera, porque el demonio enfurecido llevó al ánimo de las religiosas más venerables que aquella niña debía echarse, para lo cual le estorbaron el dote (que D. Valentín Agreda le daba, y le quitaron los medios humanos). Ella, llena de fe, acudió a los divinos, y encomendándose a las venerables Fundadoras les ofreció que si le facilitaban los medios, allanando todas las dificultades, les ofrecía dos cosas, hacer conocer y dar culto en cuanto pudiera a la devoción de las sagradas Llagas que el Señor le pidió a la venerable sor Ursula de San Diego, y trabajar cuanto pudiera en hacer que se renovara el espíritu de la fundadora Lucía de Ureña, de abnegación y retiro, y que volviese a ser un verdadero desierto de penitencia, según el espíritu de Lucía de Ureña.

En marzo del año 1896 se presentó el dote y medios para la imposición del santo hábito que nuevamente quisieron estorbar pretendiendo que el dote de la señora marquesa de Blanco Hermoso, que dejó en su testamento, se le diese a una monja profesa, pero los padres

jesuitas, que fueron los testamentarios, dijeron fuese para una joven con verdadera vocación que quisiese ser capuchina y no había más que esta (dentro).

Después de unos meses de lucha la pusieron en votos, y cuando todos creían se iba, salió por unanimidad admitida, faltándole de las 28 monjas de coro sólo dos, que la misma Abadesa y Secretaria confesaron después fueron ellas por el interés que el dote fuese para otra señorita.

Tomó el santo hábito y profesó a su debido tiempo, habiendo estado cuatro años y medio suspirando por los votos, diciéndole el V. P. Ambrosio: "hoy eres la esposa de Cristo en la cruz, esposa crucificada ... , no te separes de la cruz, que ella te dará dulzuras inexplicables que gustar, si perseveras y eres fiel".

A los diez años de profesión, a pesar de la decidida voluntad de todas en que continuara la Madre[6], fue electa Abadesa, quedando todas admiradas, que en una comunidad de tantas religiosas, sólo dos religiosas había menores, las demás mayores todas.

El V. P. Ambrosio le dijo: "Hijita, sé fiel al Señor y trabaja como una santa en dar al Señor lo que te pide ... , no sea que el Señor te castigue como al siervo perezoso que enterró el talento ... El Señor ha querido vea antes de morir lo que Él se dignó revelarme; acuérdate que El te hizo capuchina, porque te quiere santa y que hagas capuchinas adoradoras".

A esta religiosa, que tan infiel e ingrata fue por un tiempo al Señor, el demonio la perseguía horriblemente hasta ponerla a punto de morir, el Señor le mostró el infierno, le manifestó su voluntad, la devolvió la salud, la probó con terribles sufrimientos y calumnias; y la pidió como satisfacción de sus años de pecados, le llevase muchas almas a la vida capuchina de adoración perpetua y retiro en la más estricta observancia capuchina.

---

[6] La M. Trinidad primero escribió: a pesar de la guerra que la seguía el demonio, luego cambió por: a pesar de la decidida voluntad de todas en que continuara la Madre

[**Cartas desde el colegio de Santa Inés**]

Convento de Santa Inés, 28 de enero de 1889

Querido primo Antolín Hitos:

Acaba de irse la abuelita con tía Prudencia y papá, que nos dejaron aquí de educandas para que aprendiésemos a todo, y una vez educadas volvamos a casa a tomar cuenta de papá y los niños.

Esperamos vengas mañana porque Mercedes llora mucho, por la abuelita y papá. Las monjas son tan cariñosas que no pueden ser mejores con nosotras pero si tu no vienes Mercedes se la llevará la abuelita porque se pondrá mala sin comer y llora mucho. Yo estoy muy contenta y las monjas me quieren mucho porque me dicen soy la más chica y más alegre de las educandas, que estamos veinte.

Adiós, que vengas hoy, tus primitas que te abrazan

Mercedes y Pepita Carreras Hitos

* * *

Colegio de Santa Inés, 12 de febrero de 1889

Querido primo Antolín: Tu visita trocó a Merceditas, y está más contenta, ya estudia y aprende a labores que le gustan mucho.

Yo como soy mas chica ella me dicta las cartas y yo escribo a papá todos los domingo y a la abuelita que nos manda muchas cosas con la mujer que manda papá la leche todos los días. Así que comemos muy bien y nos cuidan mucho las monjas particularmente la prima Sor Pilar nos quiere mucho y nos enseña labores. Las niñas son buenas, y jugamos más, pues es un convento muy alegre y oímos la campana de la vela que me gusta mucho. Cantamos el rosario muy bonito, y yo leí en la comida en un púlpito muy alto. Tenía que leer a voces y me regalaron las monjas medallas y dulces y quieren les diga el Trisagio que decíamos con mamá todos los días que lo sé de memoria y el Vía crucis por los claustros ¡qué bonito!, qué devoción da. A mí me gusta todo mucho Mercedes está triste, y llora mucho a mamá, hace ocho meses murió ayer.

Adiós, mi querido primo pide a Dios que mi Mercedes se consuele, te abraza tu prima

Pepita Carreras Hitos

* * *

Santa Inés, 19 de marzo de 1889

Querido primo: Hoy día de los abuelitos envíale muchos besos si escribes o vas a casa, nos acordamos tanto ese día los dulces que comíamos todos los nietos, qué pena, este año falta mamá, y no se podrán alegrar tanto. ¿Vas a ir tú?... Diles que el día 9 cumplí mis 8 años y

es el primero que no me felicitó nadie, mi Mercedes me guardó de los Reyes un Niñito Jesús pero como es Cuaresma no me lo han querido vestir, en la Pascua me lo van a vestir. Adiós, mi Mercedes quiere que hagamos muchas oraciones, vía crucis y penitencia, para alcanzar de nuestro Señor que nos resucite a mamá, porque están leyendo el Año Cristiano y dicen que san Estanislao Obispo resucitó un muerto de catorce años... y Mercedes cree que rezando nosotras mucho alcanzaremos que mamá resucite, que nos hace tanta falta. Si cantas misa pronto, aplica la misa por mamá y dile que la esperamos en el coro alto, si el Señor nos oyera, ¡qué te parece, la alegría que llevaríamos todos!

Adiós, besos de tus primitas que tanto te quieren,

Merceditas y Pepita

En este momento llega papá; me trae un borreguito y dulces.

* * *

Santa Inés, junio 13, 1889

Querido primo Antolín:

El día de san José vino papá y me regaló un borreguillo y entró él a matarlo por estar con nosotras todo el día nos trajo mucho dulce y alcanzó para todas.

Aunque era Cuaresma la Sra. Abadesa nos quiere mucho y estuvimos todo el día de asueto; nos dijo te ibas de jesuita y que vas a ser un san Francisco Javier. Sor Pilar tiene mucha pena y Merceditas lloró mucho pero yo le digo no sea tonta, que tú cumplirás los encargos que te hizo mamá. Que no dejes de venir, que nos gusta mucho verte de padre con los manteos. ¿Cuándo cantarás misa?

Ya nos dirás muchas cosas para consolar a Mercedes que no olvida a mamá y ya qué remedio nos queda, tener paciencia y desde el cielo pedirá por nosotras, y si papá se casa con Victoria será por bien que cuidará de los niños como ya lo hacía en casa viviendo mamá. ¿Qué remedio queda?

Adiós, a los abuelitos muchos besos y para ti el cariño de tus primas,

Mercedes y Pepita Carreras Hitos

* * *

Granada, Santa Inés, septiembre 12 de 1889

Nuestro querido primo Antolín:

Tardas tanto en venir que mi Mercedes se pone triste; vino Manuel y Carlos a despedirse, llenos de pena porque papá se casa con Victoria y se van de la casa; figúrate estos niños qué pronto se olvidan de los consejos de mamá que nos encargó tanto no diésemos disgustos a papá.

Mercedes dice que si ella fuese grande evitaría que papá se casase. A mí no me parece

mal. Pues ella estaba enseñada por mamá a cuidar de casa y de los niños ya tanto tiempo, peor fuese que entrase otra desconocida, a mí me gusta Victoria; porque dice papá, que como mamá está ya muy contenta en el cielo y no volverá más, no puede estar solo con tantos niños en manos de criadas... ¿No te parece a ti bien? Díselo a mi Mercedes que llora pensar que papá no cuide de Manuel y Carlos. Me encarga les aconsejes tú, "como tutor nuestro".

Adiós que vengas pronto recuerdos de mi Mercedes y sabes desea verte tu prima,

Pepita

* * *

Colegio de Santa Inés, 25 de septiembre de 1889

Querido primo Antolín: Como vino la abuelita con tita Prudencia a felicitar a mi Mercedes anteayer, nos [trajo] tantas cosas que estuvimos muy contentas, pues hubo para dos días merienda para todas; nos trajo dos vestidos preciosos, zapatos muy bonitos y ropita de invierno estuvimos muy contentas, nos trajo un jamoncito y un chotillo preparado que nos lo guardan a nosotras. Qué cariñosa y buena es la abuelita, hace las veces de mamá. Pedimos mucho nos viva muchos años.

¿Fue a verte a ti? Nos dijo te llevaba muchas cosas a ti como a nosotras.

A Mercedes lo que más le gustó son los libros estampas que tía Paz y tía Mercedes le enviaron muchas cositas: la vida de san Estanislao de Kosca que ella quiere mucho y a mí la de san Luis, un rosario de perlitas y un santo Cristo que puso en su cama.

A mí me gustó más un lazo con una flor preciosa para la cabeza, y las niñas quieren igual. Si tu vas dile a tía Mercedes les haga uno para la Pascua yo se los ofrecí, y están muy contentas las 5.

Papa vino ayer, y venía con el Valentín con una carga de uvas, peras y granadas y un borrego muy grande. La Sra. Abadesa se lo agradeció tanto, que lo atendieron mucho y abrieron la puerta para que nos abrazara, y se fue muy contento.

Adiós, mi Mercedes como no gusta escribir, eso aprende, que podía hacerlo. Te abraza tu prima,

Pepita* * *

Octubre 28 de 1889

Querida abuelita: ¿Cómo está V. de salud? Si viera ¡cómo pedimos al Señor por papá, José y por V. nos viva muchos años![2]

L8 C36 (43-47)

2 Así termina la carta y el cuaderno.

28 Julio, en el 1893,

Aniversario de mi entrada de postulante en las Capuchinas de Jesús y María de Granada día que cumplí 14 años y 6 meses de edad, en la que empecé mi postulantado...

¡Oh dulcísimo y benignísimo Jesús de mi alma mi vida mi verdad y mi camino... Oí tu voz dulcísima hacía algunos años... que por primera vez mis padres me entraron en aquel colegio bendito para educarme el año 1889, el 28 de enero... y el día de la Purificación y Presentación en el Templo, oyendo aquella primera meditación, que oí aquella santa religiosa, sor Rosa Robles, de mismo colegio de entonces, Santa Inés, Clarisa.

¡Oh Jesús divino, que dijisteis a tu pequeña esclava cuando era flaquita, miserable y ciega: "Sígueme..." Y cogiéndome de la mano mirándome huérfana y sin madre en los primeros pasos de mi vida, me disteis a vuestra Madre Santísima por Madre Maestra y amparo, que ella me acogió en su Corazón Purísimo, como aceptara a san Juan al pie de vuestra cruz bendita...

Desde entonces no me habéis soltado nunca... Qué impresión recibió mi alma el día de la imposición del santo hábito, 21 de noviembre, que el R. P. Francisco de Benamejí, exProvincial de los Capuchinos y primer Guardián de Granada, le dijo a mi R. M. Abadesa: "Aquí le confío esta novicia, consérvala, que a imitación de la Niña María Santísima entra hoy a formar parte de la comunidad con la misión de hacerse santa y ser una fiel imitadora de las virtudes de tan divina y dulcísima Madre".

Me retiré al coro llena de gratitud, emocionadísima porque quedaba en el Corazón de mi Purísima Madre María Santísima, a quien fervorosa y ardientemente quería imitar. Radiante de consuelos me entré en una tribuna, que era donde pasaba muchas horas de día y de las noches en oración, pues no tenía compañeras y la Maestra creía que no necesitaba instrucción, me creían buena de verdad y en mí no había mas que un corazón fogoso, todo de Dios. Entonces nadie había entrado en él, sólo Jesús dulcísimo.

Al entrar en la tribuna me pareció ver a Jesús dulcísimo acompañado de san Pedro y san Juan, muy depriesa con una niña pequeñita, flaquísima, legañosa, llena de miserias y ciega, que no podía andar, y Jesús no la soltaba; iba tropezando mucho, y Jesús la sostenía y levantaba... San Pedro y otras veces san Juan, quisieron tomarla, y Jesús no la soltaba hasta que llegó a una piscina con cinco caños de agua y sangre y la sumergió allí, y mirándome Jesús parecía decirme: "Esta pobre ciega eres tú, quiero curarte, guiarte y hacerte mía, mi pequeña víctima. Si me eres fiel, en ti haré a las almas singulares gracias y derramaré los tesoros de mi Corazón Eucarístico de amor y misericordia haciéndoos compañeras y adoradoras de mi Amor sacramentado, que atraigáis con oración y penitencias la misericordia y conversión de tantas almas que mueren sin conocerme, y de tantas que conociéndome desprecian mi amor y beneficios, haciéndome las injurias y sacrilegios de mi pasión en el

mismo altar del sacrificio... Deseo repares, desagravies mi amor ultrajado, y atraigáis muchas almas a esta vida de adoración, inmolación y de víctima. Vuestra penitencia la exijo sobre todo en la negación de vosotras mismas. Recibiré la inmolación y en la humildad y perfecta obediencia recibiré la más agradable víctima que de vosotras espero: en pobreza de espíritu, en pureza de alma de cuerpo y de juicio, en obediencia rendida y perfecta con el silencio y amor que me entregué a la muerte de cruz por cumplir por amor vuestro la voluntad de mi Eterno Padre".

¡Oh Jesús, desde ese Sagrario voy tras ti atraída por una fuerza de amor que no resisto!... ¡Le siento levantarme de mi lecho prometiéndome trocar los harapos de mis miserias con la túnica blanquísima de la Hostia santa y con la púrpura de su Sangre divina, bendito sea!

Él dice continuamente a mi alma: Pídeme con fe y humildad y nada te negaré de cuanto pidas.

El 13 empecé un triduo a san Estanislao, protector de mi niñez en el colegio.

Este año me encontré en gran tribulación y las angustias y temores me privaron de la sagrada Comunión. Estando para descansar, un joven sacerdote, me pareció san Estanislao, que me decía: "Jesús te espera para curarte, es tu médico y si te sostienes, quiere le acerques las almas con humildad y mansedumbre... Quiere imites su vida mortal, sé inmitadora fiel".

Quedé tan impresionada que me encontré en el coro sin darme cuenta cómo. Nuestra Madre María Santísima de su Corazón Purísimo sacó como una estrellita de luz clarísima y me pareció decirme: "Te doy el guía y luz que guíe tus pasos en la prueba... No te separes nunca de su consejo que es el padre y amparo que os dio por mis dolores... Jesús mi divino Hijo (y aquella estrellita se posó en la frente del padre que me sacó de la pretura que el demonio intentó destruirnos) que os encomendó a mí vuestra madre para que imitando mis ejemplos y siguiendo fielmente la luz que os doy, seáis las víctimas de reparación y amor, que atraigan a la tierra el perdón, la misericordia y la paz, y con vuestras vidas de abnegación, pobreza y obediencia en la adoración".

Hijas mías:

Jesús no cesa de decirnos desde el tabernáculo: No me contento sólo con que seáis víctimas, os quiero santas.

Jesús tiene sed de almas víctimas de amor, sacrificio, y reparación, exige de sus adoradoras, quiere que le obliguemos nosotras a traer su reinado de paz a la tierra y sólo con una abnegación y entrega total de nuestra propia voluntad en la de Dios se da por satisfecho. Dejémosle formar en nosotras su faz, y fijando en él nuestra mirada lo encontraremos siempre alentándonos y fortaleciéndonos como los rayos del sol a las plantas después de una tempestad.

Así nuestras almas, después de una prueba, renacerán de nuevo al contacto del sol

divino de la sagrada Eucaristía en nuestras almas.

¡Oh Jesús bueno! Te amo, quiero consumirme en vuestro amor. Cuando el fuego de la tribulación quiere abrasarme, vos, Señor, derramáis las dulzuras de vuestra caridad como vuestra pequeña víctima. ¡Bendito seas Jesús mío!

Amén.

L7 C27 (24-27)

ACTO DE CONSAGRACIÓN A JESÚS SACRAMENTADO
QUE HAGO DESDE EL DÍA DE MI PROFESIÓN

¡Oh Jesús dulcísimo sacramentado por mi amor! Compañero inseparable en mi peregrinación hacia el cielo. Venid hoy para siempre a mi corazón, poseedlo, guardarlo para vos puro, amante y fiel, como hoy vengo a consagrárloos, dignaos derramar sobre mi alma la divina gracia con toda la plenitud de vuestros dones. ¡Sed vos para mí todas las cosas! Me consagro para siempre a vos, a fin que seas mi Padre amantísimo, mi dilectísimo Esposo, mi Maestro y director de mi alma. Guiadme vos, dulcísimo Jesús de mi alma, Jesús. *¡Venid a mí Dios mío! Venid* a obrar en mí la perfecta renovación que deseo en vos, por la cual ardientemente suspiro. Ahora prometo fidelidad a todas vuestras inspiraciones y deseos. *¡Que os ame siempre, Jesús mío!*

¡Oh Padre santo!, que desde *ab eterno* me amabais con predilección para que fuese *humilde esposa* de vuestro divino Hijo, víctima de amor en la sagrada Eucaristía y en el Calvario, para lo cual nos enviasteis con amorosísima misericordia a vuestro divino Espíritu que caldeara mi alma en vuestra fe y amor, por el Corazón Purísimo de vuestra dulcísima Madre, María Santísima, confiándome amorosamente a ella en mi orfandad, en las persecuciones y en mi destierro, confiando mi impotencia y miseria a su inmaculado Corazón para formarlo ella según los deseos de vuestro Corazón adorable, Jesús mío...

¡Oh Padre eterno!, concede a mi alma la gracia de pureza y amor con la que dé principio de veras a una vida de inmolación, de adoración y de víctima de vuestro amor sacramentado, reparando los ultrajes y sacrilegios que se cometen contra vos... Concede a mi alma atraeros a vos muchas almas a vuestra adoración, que al contacto de vuestra suprema pureza y amor queden enteramente espirituales, celestiales y divinas para ser dignas esposas adoradoras como lo son los ángeles en el cielo y lo fue en la tierra vuestra purísima Madre, María Santísima, mi dulce madre.

¡Oh divina Eucaristía!, trono de amor donde os veo radiante de gloria en unión de las Tres Personas de la Santísima Trinidad, envía a mi alma las aguas purísimas de las gracias que manan de las tres divinas fuentes de gracias que inundan mi alma de sabiduría, de pureza y amor. ¡Adore a Dios como si lo viera realmente y oyera! pues una fe viva ve, oye, toca, abraza con mayor certidumbre que si lo viera.

FIN DE NUESTRA VOCACION.
COMO HEMOS CORRESPONDIDO A ELLA

"Si alguna por divina inspiración viniera a vosotras para recibir esta vida, la abadesa sea obligada a pedir el consentimiento de las hermanas y si la mayor parte consintiese, habida licencia del Sr. Cardenal nuestro protector, la puede recibir".

Ya sabéis, mis amadas hermanas, cuánto nos dicen estas palabras de la santa Regla. "Si alguna por divina inspiración..." No todas las que vengan a vosotras, por otro cualquier motivo, o mira puramente humanas, como suelen venir muchas, que como no sintieron esta inspiración, en cuanto pasan de los primeros entusiasmos, se cansan, no encuentran gusto ni consuelo en los sacrificios, y viven mártires siendo una carga para la comunidad. Así pues, continúa: "si después de examinada en la fe católica, séale dichas las palabras del santo Evangelio que vaya y venda cuanto tiene... etc., y si en todas estas cosas fuere fiel, y las quisiere fielmente guardar..., pueden recibirla".

¡Qué luz tan divina, y con qué espíritu escribieron nuestros santos Fundadores la hermosa Regla que nos dejaron para facilitarnos y abreviarnos el camino del Cielo!

Todas hemos sentido esa divina inspiración, cuando con tanto fervor vinimos a esta santa casa a ofrecerle nuestros votos al Señor; llenas de generosidad y entusiasmo repetíamos con David: "Al templo acudiré, y a la entrada de él, en medio de ti, oh Jerusalén, y a la vista de todo el pueblo cumpliré al Señor mis votos; porque roto habéis las cadenas que me ceñían, Dios mío, justo es que os muestre mi agradecimiento ofreciéndoos sacrificios de alabanza e invocando vuestro santo Nombre"[3].

Qué fervor sentía nuestro corazón, mis buenas hermanas, cuando en las luchas que el demonio nos levantaba con el mundo, ofreciéndonos sus vanidades y engaños; la sangre que nos sujetaba a la casa paterna; y la rigidez de la vida a que nos sentimos llamadas nos asustaba, temiendo perder la salud, y oímos aquella voz dulcísima, fuerte y suave, que nos decía como Abrahán. "Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tus padres, y ven a la tierra que te mostraré"[4].

¡Qué dulzura celestial inundaba nuestra alma al sentir aquel toque delicadísimo que como viento suave encendía las débiles llamas del fuego que empezaba a sentir arder en nuestra alma! Él, dio valor a nuestro espíritu que lleno de fe y entusiasmo siguió el amoroso llamamiento de su Amado sin que nada, ni nadie, se lo pudiese impedir, y como águila (que atada a la tierra no podía levantar su vuelo) al soplo de aquella voz dulcísima y para ella misteriosa, se remontó sobre las nubes de la carne y sangre que le obscurecían la luz del Sol en donde bebe su vida, y

3 Sal 116,16-19.

4 Gen 12,1.

mirando con desprecio y libertad los vapores viles, que antes de levantar su vuelo, miraba y admiraba como cosa celestial. Porque desde que comienza a subir ve y siente la luz y calor divino que con tan ardientes ansias suspiraba, y que el temor a la distancia infinita de todo un Dios, Ser Supremo de todas las cosas, a una tan vil criatura, no se atrevía a acercarse a el Dios de Majestad infinita, en que parece debe estar nuestro corazón en su presencia, sumergido en el más profundo respeto, sin atreverse a estrecharse en su pecho como a único centro de su amor, para percibir su dulzura en el íntimo abrazo, que el amor exige con la fuerza de una poderosa necesidad, y que sólo parece encontrarse en el Dios de la Eucaristía.

Nuestro corazón naturalmente inclinado al amor, en los primeros años, que comienza a despertar en el corazón de toda mujer, que parece fue criado para amar y ser amado, y en el amor cree haber encontrado toda su dicha, todo lo de la vida, le parece nada a su corazón que se siente llamado a un amor que la haga feliz, a un amor de Cielo en donde encuentre las ternuras y delicadezas que desea para ser dichosa, y no encontrando en el mundo nada que satisfaga nuestras ansias, porque el mundo es pequeño y ruin para nuestros deseos, y sin saber cuál será nuestro destino en la flor de la vida, llena de ilusiones; las nuestras se *concretan* en amar y ser amada, que es la única felicidad por la que con tanto entusiasmo suspiramos en este camino de ilusiones; oímos en el fondo del alma esa voz fuerte y dulcísima: "Sal de tu pueblo, y de la casa de tus padres, y ven a la tierra que te mostraré..."[5]. ¡Oh Dios mío, y cómo se enternecieron mis entrañas cuando en aquella voz viese al que soñaba mi alma para ser mi adorado Esposo... único capaz de corresponder a las fuertes y dulcísimas ansias de mi corazón!... y llena de fe, espera encontrar en aquella promesa, una tierra llena de bendiciones y dichas, felicidad que no es posible imaginar.

Entonces, mis buenas hermanas, entusiasmadas y con el corazón y el alma fijos en Dios nos levantamos valientes "terrible como un ejército bien ordenado" el cual todo lo vence y allana, sin ponérsele cosa por delante que la rinda y sujete, porque ha oído la dulce voz de su amado que le dice: "Levántate y apresúrate, amiga mía, y ven..."[6]. ¡Ay carísimas hermanas cómo sintió nuestro corazón derretirse a la voz dulcísima el Amado!... en el cual encontramos todo el amor y dicha que nuestro corazón soñaba, porque es el más hermoso de los hijos de los hombres, es gracioso, blanco y rubio escogido entre millares, y su amor es regaladísimo.

Como nada había que nos pudiese sujetar, porque suspirábamos por llegar "a la tierra que Él nos mostraría, la santa Eucaristía", y como si la hubiésemos hallado, nuestra alma se sentía ya en la recámara del rey en donde su amorosa mano nos introdujo, participando de las riquezas de su amor y misericordia, y gozándonos con Él perfectamente en la abundancia de todos los bienes; y éstos se gozan con tal exceso que venimos a perder la memoria y gusto de cualquier

5 Gen 12,1.

6 Cant 2,10.

otro placer y contento, pudiendo decir con la Esposa santa: "Corro al olor de tus ungüentos, óleo derramado es tu nombre por eso las doncellas te amaron"[7]. ¡Oh sí, amado mío, Vos sois para mi todas las cosas, descanso verdadero, camino recto, verdad infalible y vida segura, paraíso de deleites, jardín de flores eternas, tesoro de todas las riquezas... ¡sed de amores siente mi alma, Jesús mío, en Vos quiere vivir mi corazón y se me hace largo el camino, mi alma desfallece de amor y necesito de vuestros licores y aromas que me conforten cuando os veo tan distante!... ¡La hermosa tierra de la adoración perpetua a mi Amado Sacramentado!... ¿Qué os detiene almas amantes de la sagrada Eucaristía?... ¿Porqué no volamos al sagrado Tabernáculo donde está el amantísimo Jesús enfermo de amor?... Sí, hermanas mías, gravemente enfermo y no encuentra quien le consuele.

Los hombres no pueden conocer como la mujer a qué punto de sensibilidad llega un corazón que ama y que ama bien como se debe amar, porque estas delicadezas parece las puso Dios en el corazón de la mujer y en el alma de los mártires, y qué somos las monjas capuchinas sino las mártires de amor voluntarias[8].

Así por un don especial de Dios, nos alumbró con la luz, y gracia de la vocación religiosa, en Dios encontramos el digno y único objeto de sus afectos, porque sólo Él puede satisfacer sus ansias, y le proporciona una felicidad y dicha inexplicable, y así nos convida a su amor continuamente desde el Sagrario en donde por nuestro amor está preso desde veinte siglos.

¡Oh hermanas mías! cuál es el júbilo y satisfacción interior en que el alma se anega en delicias inefables que la hacen prorrumpir llena de entusiasmo y alegría aquello del sabio: "La amé (la vocación, Eucaristía) más que a la salud y la hermosura, y propuse tenerla por luz porque inextinguible es su resplandor, y con ella me vinieron todos los bienes, e innumerables riquezas por su mano, porque hay en ella un espíritu de inteligencia santo, único, de muchas maneras, etc..."[9].

¡Cuántas veces las inclinaciones de nuestro corazón nos hacían vacilar en nuestra vocación!... mil veces fluctuábamos confusas en nuestras enérgicas resoluciones y nos preguntábamos a nosotras mismas, con la duda de cómo Dios se abajaría para unirse y satisfacer las exigencias de un corazón tan miserable y apasionado como el mío, y mil veces nos decíamos ¿quién te formó corazón mío[10]?, ¿quién te dio esa propensión que en Él sientes?, con que es evidente que Dios quiere que le ames a Él sólo y le adores; pues con una fuerza tan

7 Cant 1,3.

8 La M. Trinidad tachó: *Así oí una vez (a mi padre) "que los filósofos tienen corazón frío árido y seco, los guerreros de hierro... etc. pero la mujer, destinada para consagrarse al amor, lo tiene de carne, si una vez yerra en la elección del objeto de su inclinación, siente un dolor que no le puede conocer sino quien tuviese la desgracia de experimentarlo"*; y en su lugar escribió: *y en el alma de los mártires, y qué somos las monjas capuchinas sino las mártires de amor voluntarias.*

9 Sab 7,10-12.

10 La M. Trinidad escribe encima: *nuestro.*

grande, bien que suave y sin violencia, te atrae y conduce a su amorosísimo Corazón Sacramentado, queriéndote hacer su pequeña víctima...

Dios le formó de propósito para que le ame, de modo que es trabajo inútil pretender fijarlo en otro fin distinto. Sólo en este norte sosiega nuestro imán, solamente en este centro queda descansando el corazón que sólo a Dios se inclina, y por eso mientras no puede desatar las ligaduras del cuerpo mortal para unirse en el Cielo, viene a la religión en donde sabe puede vivir en la tierra lo más posible en la compañía del Santísimo Sacramento en donde real y verdaderamente quedó con nosotros para que le hiciéramos compañía.

Hermanas mías, si Dios se desdeñara de nuestra pobreza y miseria, y le ofendiera, que quisiéramos asemejarnos a Él, Soberano Señor de todas las cosas, para unirnos a Él con el estrecho lazo del amor purísimo que con su amor y misericordia nos brinda en el estado religioso, y no quisiera nuestro amor, ¿a qué fin por entre la espesa nube del cuerpo se nos había de manifestar tan hermoso y tan amable que nos encanta los ojos del alma?... "¿Para qué Vos me diste tales voces a mi alma, que cedió a vuestras voces mi sordera, brilló tanto vuestra luz, fue tan grande vuestro resplandor que ahuyentó mi ceguedad, hiciste que llegase hasta mí vuestra fragancia y tomando aliento respiré con ella, y suspiro y anhelo ya por Vos; me disteis a gustar vuestra dulzura y ha excitado en mi alma una hambre y sed muy viva. En fin, Señor, me tocasteis y me encendí en deseos de abrazaros"[11]. ¿Para qué todo esto si no es para que le amemos?

Imaginar, hermanas mías, un corazón que no ame y es fingir un fuego que no queme, un peso que no caiga, una llama que no vuele. Dios lo hizo para amar, así como formó los ojos para ver y la lengua para hablar, así es imposible darle otro empleo; mas la razón sobrenatural que ilustra e ilumina al alma, pidió que eligiésemos un objeto que merezca nuestro amor. ¿Quién lo merece más y puede correspondernos al amor con que le buscamos con amor infinito? Sólo Dios que es la hermosura divina, belleza suma, poder inmenso y amor infinito, es el único que no deja vacío, porque llena superabundantemente nuestro corazón, porque contiene en sí, la suma perfección, sin el menor defecto, y es un bien que debemos aspirar, porque siendo pobres nos hace ricos, siendo siervas nos hace señoras y de esclavas nos eleva a la dignidad de reinas y esposas suyas.

Mis carísimas hermanas, es su amor tan tierno, que nos abre sus brazos amorosos y se abaja como Padre cariñoso a su más tierna hija, que con sus manos le toma y levantando sus delicados bracitos se los pone en su cuello divino para que el niño le pueda abrazar y le diga que es su amigo y que le ama. Esto hace con nosotras, hermanas mías, este Padre amorosísimo y soberano, desciende a la Eucaristía de su inefable grandeza, y asiéndonos con el poder de su gracia de los afectos de nuestra alma, nos levanta de las miserias del mundo y sus vanidades, y

11 S. Agustín, *Confesiones*, 10,38.

nos trae a la adoración para que le abracemos dulcemente diciéndole lo mucho que le amamos; desciende del Trono de su incomparable Majestad, para que le amemos aunque seamos pequeñas y vilísimas criaturas suyas.

Todos los demás objetos que no son Dios, hermanas mías, ¡qué variaciones no sufren! ¡a qué mudanzas están expuestos!, que levantan y abaten al mismo tiempo, mudanzas de la voluntad que a pesar de las promesas y de los más firmes y sólidos juramentos, es más voluble que una hoja de un árbol en sitio ventoso y desamparado, mudanzas que el tiempo introduce por el orden incontrastable de la naturaleza. En el mundo no hay rosas sin espinas, sólo quien las llega al pecho sabe lo punzantes que son... ¡Oh Dios mío, toma para Vos mi corazón!

Así, mis buenas hermanas, nunca sabremos agradecer y estimar en lo que vale el don de la vocación[12], que debemos pedir a Dios no lo retire de nosotras nunca a pesar de nuestras inconstancias e infidelidades involuntarias, conservémoslo, como el mayor de todos los bienes, como una singularísima prueba de amor y predilección de nuestro Dios que El mismo nos dice en su Evangelio "que muchos son los llamados y pocos los escogidos"[13]. Si sabemos corresponder con una fiel entrega de todo nuestro ser, seremos felices por el tiempo aquí y eternamente en el Cielo. Él es un Esposo eterno y divino, que no muere nunca, y nada lo acaba; no así cualquier objeto humano, que si se llega a lograr, cualquier pasajera felicidad, ¿quién podrá librarse de la tiranía de la muerte?... que cuando más estrechamente le tuviésemos apretado entre los brazos del alma, entonces haría alarde de arrancárnoslo con violencia, llevándose la mitad de nuestro corazón... ¡Oh! no, hermanas mías, nuestro Esposo no muere nunca, y nos promete un abrazo purísimo y eterno, mientras aquí nos unimos a Él en la Eucaristía.

Estas hermosas reflexiones nos hicieron pisotear con valentía las vanidades que el mundo nos ofrecía, y pasar o cortar generosas los más fuertes lazos de la sangre, despreciando las caricias y halagüeños atractivos del mundo, renunciando a las vanas felicidades que nos ofrecía, porque convencidos que el objeto al parecer más firme se disipa como humo, y huye como sombra, dejando una espina que atormenta, aflige y a veces mata, nos decidimos a renunciar cuanto poseíamos, dejando aun el más lícito e inocente gusto, por amor del dulce objeto, en cuya correspondencia podemos tener una total e infalible certeza que nunca muda, y que tan hermosas promesas nos tiene hechas a los que por su amor hemos dejado todas las cosas por seguirle, entregándole todo el corazón con dulzura indecible, encontrando en Él, la verdadera felicidad, la quietud y descanso de la completa dicha espiritual, que sólo en el Cielo se gozará mayor.

Por último, hermanas mías, esto sienten las almas que vienen al claustro por divina

12 La M. Trinidad escribe encima: *Eucaristía*.

13 Mt 22,14.

inspiración; con verdadera vocación, ésta no la suele Dios dar mas que a corazones grandes, decididos, amantes, capaces de grandes sacrificios. ¡Qué hermosos ejemplos nos dejaron nuestros venerables Fundadores y tantas santas hermanas que se santificaron con nuestra misma Regla y vida.

¡Qué responsabilidad tan grande la nuestra si fieles a nuestra vocación, no correspondemos a tan inestimable beneficio! dejando antes de entrar en esta santa casa, nuestras miserables pasioncillas de soberbia, propia voluntad, vana presunción, de creer saberlo todo, o disipadas, o habladoras refiriendo las cosas del mundo; caprichosa, aun para mantener sus devociones, que les parece que la perfección consiste en rezarle a toda la corte celestial, y cuando se le prohíbe alguna de sus devociones se aflige, y con terquedad insiste en ellas, etc., que aunque al principio parecen cosas pequeñas, si no se matan se harán grandes; son las pequeñas raposas que habla la esposa que asolaron la viña[14]; preferibles son las fieras que asustan, porque se huye con temor, que los pequeños insectos que se toleran y después son lamentables los daños que ocasionan.

Temamos mucho, mis buenas hermanas, a la cuenta que se nos ha de pedir, y que tantas almas mejores que nosotras quedaron allá en el mundo, que se hubieran santificado, con menos gracias que a nosotras nos ha concedido el Señor; sin embargo, ellas quedaron en él expuestas a mil peligros, privadas de los medios que nosotras no aprovechamos, y serán nuestros fiscales con sus buenas obras, aunque pocas, que nosotras, con muchas, hechas sin espíritu ni fervor. ¡Hermanas mías, no nos descuidemos!... vendrá un día el que es ahora Esposo dulcísimo, a ser al mismo tiempo nuestro Juez justísimo y como mucho hemos recibido mucha es la cuenta que nos ha de pedir.

Hermanas mías, no olvidemos lo que sobre esto nos dice en el santo Evangelio: "No todo aquél que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial. Muchos me dirán aquel día (del juicio), ¡Señor, Señor! ¿pues no hemos profetizado en tu nombre y lanzado en tu nombre a los demonios, y hemos hecho milagros en tu nombre? Y entonces Yo les diré claramente: No os he conocido por míos; apartaos de mí los que obrasteis la iniquidad"[15].

¿Quién es entonces el que hace la voluntad del Padre Celestial? El que obedece, y así pues nadie tendrá más responsabilidad en el día del juicio que el religioso, que en los superiores tiene segura la voluntad de Dios y no la escuchan. Así no tendremos excusa, porque derrochó en nosotros su amor y su misericordia. Considerarlo bien, mis buenas hermanas, y antes de hacer vuestros votos, pensad bien que ellos aumentarán vuestra responsabilidad si no los cumplís con exactitud, así como ganaréis la gloria en muy alto grado si con ellos nos santificamos; para ello

14 Cf. Cant 2,15.

15 Mt 7,21-23.

haceos cuenta que vuestra voluntad ha muerto y si no tenéis propia voluntad y si obedecéis no tengáis miedo, todo lo tenéis hecho.

Desechar los miedos y temores que el demonio quiera poneros de que no vais a cumplir y que con los votos os expondréis a no salvaros, desechar con energía estas tentaciones, amar mucho a Dios y no temáis, decidle con san Pablo "todo lo puedo con la gracia de Aquél que me conforta"[16] y emprender vuestro camino valerosa y con entusiasmo y en muy poco tiempo os habréis hecho una gran santa. Él os ama con predilección, y os trajo a la religión porque os quería para esposas suyas muy amadas.

Antes de terminar este primer artículo, no puedo dejar [de] dirigiros, mis buenísimas hermanas, estas humildes advertencias. Miren mucho a quién reciben. No todas las que vienen, vienen por divina inspiración, ni con verdadera vocación, examínenlas bien, y mándenles examinar por personas doctas y experimentadas, que las puedan aconsejar lo que Dios les inspire; y a nosotras lo que más convenga para bien de la comunidad.

Tengan mucho cuidado en averiguar su educación moral y religiosa, infórmense por personas indiferentes (para ella) su conducta moral y religiosa, qué familia tiene, y sobre todo vean sus inclinaciones que por ellas conocerán si es verdadera su vocación, no se fíen aunque os cuente muchas cosas extraordinarias, que sienten muchos consuelos sensibles en la Comunión y Misa etc... éstas suelen ser peores, más difíciles de amoldar. Busquen que sean corazones sencillos y dóciles que como blanda cera se les imprima el espíritu de la Regla que ha de observar, ni que os refieran muchos rezos y novenas, porque las mujeres hasta con Dios nos gusta hablar mucho. El corazón amoroso, humilde y sencillo es donde Jesús suele morar con más frecuencia. Y como muchas veces nos llevamos más de las apariencias que del interior, por eso hoy las comunidades, no son lo que debían ser y fueron en otros tiempos, porque traen a la religión sus caprichos y de ellos se forman las reglas que se creen deben seguir, queriendo acomodar la de los santos fundadores a sus caprichos.

No mis reverendas madres, no todo lo que viene se debe quedar, en la admisión de las novicias poned vuestras miras más altas, si su honradez y educación no está conforme con la piedad de una familia verdaderamente cristiana y culta, no la admitáis, sin que antes no haya dado grandes pruebas, de que recibe la educación y espíritu religioso con verdadero entusiasmo. Y si después en el noviciado observáis, que no es dócil para rendir su juicio, que no obedece con gusto, que mantiene con terquedad sus caprichos aun en las cosas espirituales, y creen saberlo todo, examinarlo todo, criticarlo todo, descuidando su propio aprovechamiento que harto lo necesita, no la admitáis a la profesión, despedirla con caridad, haciéndole ver que en el mundo le será más fácil santificarse si quiere, y no os enternezcáis si llora y gime creyendo que en el mundo se va a perder y que aquí se salvaría. Esto es el demonio quien les pone estos

16 Flp 4,13.

sentimientos, porque sabe que con ella tiene él su ayuda por lo que la comunidad perdería de paz con sus terquedades, y de todo lo demás con su mal ejemplo, siendo una carga para la Comunidad en todos conceptos, porque no habiendo espíritu, no hay salud y aunque la tengan no quieren ni piensan mas que en medicinas y en cuidarse mucho porque se sienten muy débil y todo se le vuelve estudiar qué tomaría para alargarse la vida del cuerpo, descuidando la del alma.

Sobre los votos y profesiones cumplan exactamente con las disposiciones del Derecho Canónico[17] y díganle a la que va hacer la profesión que no olvide, que la vida religiosa tiene que seguir fielmente las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: "El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame"[18].

L1 C1 (17-34)

17 La M. Trinidad tacha: *dadas por la Santa Sede en los últimos decretos, y lo que manda la santa Regla (y que no está ya derogado)*; y en su lugar añade: *del Derecho Canónico.*

18 Mt 16,24.

EL NOVICIADO COMUN
EN LA ADORACION DEL
SANTISIMO SACRAMENTO

Mis buenas hermanas, dice la santa Regla: "A las novicias la abadesa las provea con diligencia de maestra de las más prudentes y discretas de todo el monasterio la cual diligentemente las informe en santa conversación y honestas costumbres según la forma de nuestra profesión".

Como en aquellos tiempos de fervor la voluntad entregada, era blanda cera que se amoldaba fácilmente a lo que se quería imprimir en sus espíritus, valerosos que venían al claustro, entregadas a la voluntad divina que dirigía sus movimientos, y la encontraban en la obediencia. Nuestros santos fundadores se contentaron con dejarnos en la Regla, por indicaciones concisas y abreviadas, lo que después los soberanos Pontífices, han venido expresando con sus Decretos[19] con arreglo a los tiempos presentes, concesiones y dispensas, poniendo a su vez mandatos y disposiciones en sus Decretos, a los que estamos obligadas a observar con la misma exactitud que los puntos de Regla, pues ésta está sujeta en todo a la Iglesia Católica en su Vicario en la tierra, el Sumo Pontífice.

Los noviciados son hoy, mis amadas hermanas, y lo fueron siempre de toda orden e instituciones la piedra sobre la cual descansa el edificio espiritual de las comunidades; las de vida contemplativa no se han penetrado bien de ello, y por eso las vemos acabarse poco a poco, y si no lo remedian con tiempo vendrán a desaparecer, porque ellos por su propio peso se hundirán. Porque la piedra que les sirve de fundamento se ha deshecho, se va desmoronado a causa de los siglos que van pasando, y que hoy los espíritus necesitan otro ambiente distinto para vivir y levantarse hacia el Cielo.

Hermanas mías, si el Todopoderoso no nos envía un diestro arquitecto que reforme los cimientos sobre piedra firme... muy pronto veréis acabarse nuestros conventos y desaparecer los huertos y jardines en donde el celestial Esposo moraba, y que con tanto amor se recreaba en sus hermosas flores y ricos frutos de mortificación y penitencia. Serán destruidos, ¿por qué? por no querer pelear con nosotras mismas para vencer nuestras ideas de mantener las antiguas Constituciones como si todo no hubiese cambiado (con las disposiciones del Romano Pontífice).

Cuando nuestros amados y santos padres, escribieron sus Reglas: mandaron que se ayunara diariamente menos el día de Navidad. Haciéndose imposible su observancia nos lo dispensaron, y así sobre las profesiones de votos simples, admitir dotes, la frecuencia de

19 A lápiz escribe encima la M. Trinidad: *N.C.* (Nuevo Código).

sacramentos o la Comunión diaria, en el Oficio Divino, en todo ha habido cambios, mitigaciones y dispensas y por eso no dejamos de ser capuchinas.

Así pues, hermanas de mi alma, ¡reformar el noviciado! y conservaréis el fervor las comunidades observantes y se reformarán las relajadas.

Hoy las instituciones modernas y las ordenes fundadas en nuestros tiempos de liberalismo, sabiamente inspiradas por Dios dispusieron que cada orden, y cada familia tenga un sólo noviciado, en donde bajo la custodia de una maestra de novicias de gran espíritu y esmerada educación, experimentada en la práctica de las más sólidas virtudes, forme el espíritu de las jóvenes novicias que por divina inspiración se sientan llamadas a la vida capuchina. Allí en una misma fuente beberán la purísima agua de las más sólidas virtudes, y alimentadas con la leche de la más verdadera doctrina y educación, se reformarán las comunidades, sin grandes sacrificios ni violencias.

Y al calor de la adoración del Santísimo Sacramento se formarán y robustecerán los espíritus que saldrán allí como gigantes en la virtud para vencer a los enemigos del alma.

Procuren, mis buenas madres, escoger una maestra, que elegida por las discretas o abadesas de la Orden, vean que reúne las más excelentes condiciones de bondad, prudencia, virtud y educación. Sobre todo observante y amante de la santa Regla y fervorosa entusiasta de la adoración para que forme a los espíritus bajo la influencia y amor de la santa Eucaristía.

Piense la madre maestra, el cargo que le confían, que es, más grave e importante de la Orden, y que toda su alma la ponga en la educación de sus novicias para que formando bien sus espíritus salgan del noviciado muy santas religiosas que como flores de gran valor y hermosura sean trasplantadas a los conventos necesitados de sus buenos ejemplos que seguramente serán una luz brillantísima a donde se dirigirán las miradas de todas para seguir sus huellas. Ellas serán las que llevarán a las comunidades fervorosas la fortaleza para no decaer, y a las relajadas y tibias la reforma y el fervor que las elevará a la verdadera vida del espíritu, que como hermosa savia comunicará a los troncos añejos la vida verdadera que necesitan para subir al monte Sion del Cielo en donde gozaremos de la gloria eterna que nos tiene prometida. Porque aquí en la tierra seguimos su voz y dejamos todas las cosas por Él, y merecimos que nos mostrare su Gloria en el monte de la sagrada Eucaristía en donde nos concedió acercarnos a su fuego divino por medio de la adoración y allí, merecimos nos dijese el Señor: "Juntaos pues, pueblo mío y oír mis palabras, y aprender a temerme y a cumplir todo el tiempo que viváis en la tierra que os daré en posesión. Porque eres un pueblo consagrado al Señor que te escogió para que seas peculiarmente suyo entre todos los pueblos que hay sobre la tierra porque nos amó el Señor nos bendecirá entre todos los pueblos"[20].

Mis amadas hermanas, no dudéis que la adoración con el noviciado común dará una gloria

20 Cf. Dt 6; 7.

hermosísima a Dios y a nuestra amada Orden capuchina. Nuestros claustros volverán a recobrar la antigua nobleza y estimación que tenían cuando venían a ellos las princesas y reinas, y las más ilustres damas, a consagrarse a Dios con verdadero espíritu de amor y sacrificio engrandeciendo con su virtud y nobleza a las pobres de espíritu que seguimos la voz de Jesús.

Las comunidades de vida contemplativa serán la perla preciosa, la margarita escondida.

Hoy las comunidades empobrecidas (más que por el espíritu que nos atrae del amor a la santa pobreza) porque no vienen a ellas, mas que gente pobre ineducada que muchas veces, más que por vocación, vienen por asegurarse la vida material, que tal vez en el mundo no podrían sin grandes trabajos, y con estas bajas miras llevan una vida sin espíritu ni fervor, siendo para las demás una carga; difícil es enumerar las consecuencias y efectos que éstas traen a la religión.

Y como el número de las que vienen se va disminuyendo, en el deseo de que no falte el número, para que perseveren las que vienen, las pobres maestras, condescienden con su mal carácter, toleran sus caprichos, no las reprenden ni corrigen por temor de disgustarlas. Llega el tiempo de la Profesión y por lástima las admiten y no se preocupan de más, si en algo se fijan, es, si podrá ayunar y trabajar...

¡Dios mío! si las maestras se penetraran de la grave responsabilidad que sobre ellas pesa, otra cosa serían hoy los conventos!... ¡y nos lamentamos de que se pierde el espíritu, que se van acabando las vocaciones, que los conventos se van a cerrar!... y no vemos que la culpa es nuestra. ¡Qué cuenta tan estrecha y rigurosa será la de las maestras de novicias que así descuidaron la educación de ellas!

¿Qué queremos más, mis amadas hermanas, para que a veces a las monjas de mejor espíritu se le haga la vida a veces insoportable?... No por las Reglas duras, que ellas son dulcísimas para quien busca a Dios con entusiasmo, no la clausura, que es el más rico tesoro (que buscamos), sino por la poca o ninguna educación que encontramos en aquellas hermanas con quien vivimos.

Así oí a un santo religioso (que ya murió), decir muchas veces. Si me ponen dos comunidades a escoger para hacerme santo y vivir tranquilamente, una observante con mucha santidad sin educación y la otra relajada sin virtud y con buena educación, dejaría la primera y optaría por la segunda, en la seguridad, que en aquella me consumiría de pena, y en ésta me santificaría con más facilidad (P. Aranjuez).

Comprendo, mis buenas hermanas, que en nuestra Orden, como en las demás de clausura, dirán, ¿qué necesidad tenemos de estas novedades? Nuestras comunidades se gobiernan independientemente unas de otras ¿a qué ese noviciado común que nos obligaría que todas las comunidades fuesen gobernadas por una sola superiora general con un discretorio, estando mandado en nuestra Regla que cada comunidad tenga su abadesa la que de acuerdo con las 8

discretas gobierne y dirija todas las cosas?

¡Verdad es, hermanas de mi alma! Esto de la superiora general no me atreveré a tocar mientras Dios no lo diga, por medio del Romano Pontífice que nos lo imponga. El que ha de contestaros no soy yo, hermanas mías, sino aquel Corazón divino que abrasado de amor por nosotros nos habla desde el fondo del Sagrario... Él por medios sobrenaturales os hará conocer que desea ardientemente que sus amadas capuchinas se reformen con el divino fuego de la sagrada Eucaristía y en esta adoración pide que se ensaye el noviciado común, para que las castas palomas beban en la fuente divina del Santísimo Sacramento el espíritu de amor y sacrificio que las hará volar a las alturas de la perfección.

Hermanas mías, éste es el monte de Dios en donde desea el Señor derramar en abundancia sus divinas gracias, y nos manda morar mientras vivamos en este mundo, porque como decía David, "monte pingüe en donde se halla abundancia de todos los bienes porque el Señor morará en él por los siglos de los siglos"[21].

Subamos a él con entusiasmo, hermanas mías, no tengamos miedo que es nuestro Esposo divino el que nos llama, para alimentarnos con el celestial maná de su cuerpo sacramentado. Allí nos dará la leche y miel de sus divinos y dulcísimos consuelos, no temáis. Temed sí, no seguirle, no sea que seamos castigadas con el rigor que castigó la ingratitud de Israel.

Un convento noviciado en España de capuchinas adoradoras del Santísimo Sacramento pide Jesús constantemente en la sagrada Eucaristía, ese Corazón adorable con continuas inspiraciones nos llama, no desde una nube de fuego como a Moisés, ni por medio de ángeles como a Abrahán, a Elías y a los demás profetas, nos habla El mismo, desde la sagrada Hostia consagrada en donde está real y verdaderamente como está en el Cielo. Si necesitáis milagros para creerlo, los hará, cuando y como convenga, pero nosotras no resistamos más sus inspiraciones. Muchos años hace que viene manifestándote sus ardientes deseos de ser adorado de las religiosas contemplativas; de alguna alma sé por qué modos extraordinarios y sobrenaturales ha pedido, que siempre que se acercaba al Santísimo Sacramento, bien para acompañarle en los ratos que no la ocupaba la obediencia, o bien para recibirle en la sagrada Comunión sentía una gran suavidad interior, y como suspensión en las potencias, grande paz interior y olvido de todas las cosas de la vida, porque conforme se acercaba al altar parecía entraba en un campo lleno de flores y cuajado de riquísimos frutos en donde sentía una fragancia tan admirable que no podía expresar a qué olían aquellos riquísimos aromas, que parecían de cielo, porque juntamente de flores y frutos hacía como un pomo de mil confecciones que depositado en el altar la tenían enamorada y perdida en aquel adorado recinto en donde se sentía atraída por una fuerza de amor inexplicable. (Y eran las almas adoradoras).

A esta alma le pedía el divino prisionero, que se hiciese su fiel compañera, que fuese su

21 Sal 68,16-17.

cautiva, que hiciese en el Tabernáculo un nido de amores en donde le llevase compañeras que le hiciesen compañía, cuando ansiosa acudía a Él para apagar su ardiente sed y adormecerlo como paloma amante con amorosos arrullos, queriendo posar dentro del Sagrario como avecilla que duerme con la cabeza bajo el ala en el nido de sus amores como tórtola solitaria que fatigada de volar y buscar por el valle árbol donde anidar y exhalar dulces arrullos... Así el alma cansada de las cosas de la tierra hace su nidada en el Tabernáculo y en él ha colgado su nido para cantar sus amores al amado de su alma, y en su presencia recibir la dulce paz que el corazón goza en silencio... junto al bien que únicamente ama y adora.

No duden, mis amadas hermanas, que el Dios de la Eucaristía, en una ocasión en que manifestando a un alma, lo irritada que estaba su divina justicia por los pecados del mundo, dirigiéndose a nosotras nos decía: "Venid hijas mías, y con vuestras continuas Adoraciones reparar por los que así me ofenden. Atad las manos de mi justicia vengadora, dispuesta a descargar sobre el mundo. Vuestra continua adoración a mi adorable Sacramento, sea un velo que cubra las iniquidades y abominaciones del mundo y ella atraerá hacia él, el perdón y misericordia que vuestro amor, sacrificios y adoración han merecido de mi corazón".

El mundo, hermanas mías, y la religión, cada cual en su estado y según la disposición en que se hallan, parece se van alejando cada vez más de Dios. Necesitamos infaliblemente aquel manjar y alimento divino que dijo el Señor a Elías que comiera, porque le quedaba un largo camino que andar; nosotras le comemos todos los días, pero como nuestro corazón ha perdido el calor del amor divino, y no nos nutre el pan celestial que al par de fuerte es dulcísimo y suave; pero los corazones en donde no hay fuego, están como los estómagos debilitados que cuanto más fuerte es el alimento más difícil se le hace la digestión.

¡Venid, hermanas mías, a la adoración perpetua!... y ella dará fortaleza a nuestros espíritus para que al recibirle nos santifique su alimento celestial. Él es horno de ardiente caridad a su calor continuo el Cuerpo adorable de Jesús nutrirá nuestras almas, las alentará a la lucha y las fortalecerá en la pelea con los enemigos del alma.

El noviciado común desea el divino Corazón de Jesús sea el nido de amantes tortolillas que con sus amorosos arrullos y penitencias aplaquen su ira divina. ¿Cómo nuestro corazón no se enternece a las amorosas inspiraciones de todo un Dios a sus pobres y miserables capuchinas que todo lo más costoso lo tienen ya sacrificado?

En el noviciado sintió esta alma la fuerza de esta especial vocación, Él, como cazador diestro la atrajo con dulces reclamos, la engolosinó con el cebo de los consuelos espirituales y la prendió en redes y lazos de suavísimo amor. ¡*Así la cazó*! y se dejó llevar por el viento divino corriendo hacia el Dios de la Eucaristía, y allí se halló *presa*, con las redes del divino amor sin saber cómo, quedó en ellas, sólo sabía repetir con los Cánticos "Heriste mi corazón, amado mío, tus saetas

se clavaron en mi alma!..."[22]. En la Eucaristía es Jesús el Dios de nuestro corazón, nuestra herencia y patrimonio. Con la adoración perpetua quiere que le paguemos lo mucho que nos ama y los grandes y estupendos sacrificios que ha hecho por nuestro amor diecinueve siglos de vida sacramental para hacerse nuestro alimento y nuestro compañero en la soledad de este mundo en donde las almas creadas para Él, no encuentran más dulce compañía que su Jesús en el Sagrario.

La Santísima Virgen nuestra dulcísima Madre nos convida diciéndonos: "Venid hijas mías al pie del Sagrario en donde mi divino Hijo quiere le consoléis haciéndole compañía, allí encontraréis perdón para vuestras culpas, aliento en vuestras flaquezas, luz en vuestras tempestades y tinieblas, alimento en vuestra hambre, fuente de cristalinas aguas que refrigeren la ardiente sed de vuestro corazón, confianza en los temores, alivio en los trabajos, tesoro en la pobreza y vida para vuestras almas".

¡Qué consuelo, mis buenas hermanas, cuando oímos (aquello de David en los Salmos): "Llegad a mi Tabernáculo y seréis iluminadas, gustad y ved cuan dulce y suave es el Señor"[23]. Y aunque el mundo nos amenace y diga lo que dijo Jetró a Moisés cuando iba a salvar al pueblo de Dios: "Te consumes con un trabajo vano no solo tú sino también tu pueblo que está contigo: sobre tus fuerzas es el negocio, tú solo no puedes soportarlo"[24].

¡Cuántas veces oiremos esto a los que lo tomen por espíritu de novedad, pero creer que Dios está con nosotras en una obra exclusivamente suya, y aunque nos viésemos como acabadas luchando con grandes contrariedades y peligros, nos llenaremos de inefables consuelos cuando habiendo subido al monte santo de la adoración, descansando junto al santo Tabernáculo en donde haremos el nido de nuestro amor, adorándole en la tierra como los ángeles en el cielo nos veamos como dice David: "Seremos como palomas de alas argentadas en cuyo lomo se representa la hermosa amarillez del oro purísimo de la verdadera caridad"[25]. ¡Qué horas tan felices y dichosas pasaremos al pie del altar santo, no acertaremos a retirarnos de él porque lejos del Tabernáculo siente el alma un vacío inmenso.

Entonces sí, mis amadas hermanas, podremos decir con la Esposa: Me senté a la sombra del que ama mi alma que tanto había deseado... Mi corazón palpita con violencia cuando me parece verlo rodeado de ángeles y serafines que baten sus alas impetuosas y sobrecogidas de temor, repitiendo el Santo, Santo mientras un nido de castas palomas le gimen y cantan mil amores...

---

22 Cant 4,9.

23 Sal 34,9.

24 Ex 18,17-18.

25 Sal 68,14.

Hermanas mías, yo siento arder mis entrañas y entusiasmarse en amor mi alma cuando veo en torno a Jesús un coro de capuchinas adoradoras, una sonrisa de felicidad asoma a mis labios y la fe que le contempla, todo mi ser experimenta un placer, una dicha, un gozo y alegría tan inexplicable, que mi lengua enmudece al quererlo expresar, hermanas de mi alma.

Esto que os dejo hoy escrito lo manifesté con todos los entusiasmos de mi alma en los principios de mi vocación siendo novicia cuando el amor está en toda su fuerza, lo comuniqué entonces al padre Valencina director de mi alma, que no sólo sintió como yo sino que me mandó lo escribiese. Pero sin duda el demonio que vio que en manos de tan santo padre mis humildes y pobres deseos tendrían alguna vez efecto, y del cual Dios recibiría alguna gloria en el augusto Sacramento, estorbó la comunicación de mi conciencia con el que también había conocido los sentimientos de mi alma, y entonces me prometió trabajar cuanto pudiera por encender en el corazón de sus hermanas capuchinas el amor a la sagrada Eucaristía dedicándoles el precioso libro de las "Flores del Claustro" en donde les empezaría a aficionar y llevar por camino suave a la adoración y amor al Santísimo Sacramento.

Pero el no volvernos a comunicar más, hizo que nuestros deseos quedaran ocultos y cuando pude volver a comunicarle mis deseos, el Señor cortó el hilo de su preciosa vida para llevarle al Cielo, desde donde me alcanzó del Señor otro guía y luz, que tan... clara como la luz del sol guía mi pobre alma por noches tenebrosas... sacándome al hermoso día de la gracia en donde mi alma comienza a recibir la verdadera vida de Dios, y él me mandó con la misma autoridad que el padre Valencina que escriba los sentimientos de mi alma y por cumplir con la obediencia que le tengo prometida, os dejo este pobre recuerdo, que es la sangre de mi alma.

No dudéis que si ponéis por obra lo que Jesús nos pide, cuando venga como Rey del Cielo a ejercer su juicio sobre los reyes de la tierra en favor de su pueblo (que es las capuchinas de la adoración) "sus moradores se tornarán blancos como la nieve"[26].

Nuestro divino esposo Jesús derramará sobre nuestras almas los tesoros de su amor y misericordia porque en este adorable Sacramento ha visitado nuestra alma y la ha embriagado en su amor enriqueciéndole con todos los bienes divinos de su divino Corazón.

Ensayemos, hermanas mías, el noviciado común en la adoración, o la adoración en el noviciado común; traer las almas puras y fervorosas al pie de la custodia a que beban en aquella purísima fuente el espíritu que las debe animar y formar a que sean después la gloria de la Orden capuchina, que alimentados sus espíritus y fortalecidos con el divino Pan y la adoración de la sagrada Eucaristía, levanten su vuelo de tantas miserias... como aún en los claustros más rígidos van penetrando, y lleguen a ser las humildes capuchinas las águilas reales del Santísimo Sacramento, que con sus fuertes y vistosas alas de variedad de virtudes alegren y hermoseen el cielo del santuario con su vista fija siempre en el sol divino del Santísimo Sacramento.

---

26 Sal 51,9.

Hermanas mías, las novicias son las llamadas a ser las primeras que le adoren para que beban en sus principios el néctar dulcísimo que las haga crecer en la virtud y santidad.

Todas, sin excluir a nadie, ancianas y jóvenes, somos convidadas a estas bodas del Cordero celestial, no os excuséis, hermanas del alma, asistamos todas al gran banquete que nos invita el Rey nuestro Esposo. Él nos llama desde el Tabernáculo donde nos pondrá mesa espléndida de todos los más ricos manjares porque en ese Pan celestial se encierran la dulzura y riqueza de todos los manjares, Él nos convida a comerle diariamente y a que le hagamos compañía.

Si alguna se excusa y niega, tema mucho no sea, que no sean recibidas en el banquete celestial de la gloria.

Tengan seguro que si la Divina Providencia nos ha conservado a las capuchinas de Granada, separadas de las otras capuchinas de España siendo tan fervorosas y observantes como las que más, es porque nos destina a la vida de adoración haciendo que a los tres siglos con la sagrada Eucaristía se multipliquen las capuchinas de Lucia de Ureña como el grano de mostaza.

Sor T. del C. M.

En la enfermería, octava de la Inmaculada del 1915.

L1 C1 (53-70)

REMEDIOS PARA LA

TIBIEZA Y RELAJACION

10XII15

Consideremos, mis buenas hermanas, que cuando el Profeta Elías se retiró al monte Horeb, huyendo de Jezabel, "yendo por el desierto un día de camino, y habiéndose sentado debajo de un enebro, pidió para sí la muerte y dijo: ¡Bástame Señor! lleva esta mi alma, pues no soy yo mejor que mis padres, y echóse, y se quedó dormido a la sombra de un enebro. Y he aquí que un ángel del Señor le tocó y le dijo: Levántate y come... volvió el ángel segunda vez y le dijo: Levántate y come que te queda un largo camino que andar... y después que obedeció al ángel, y confortado con aquel alimento caminó cuarenta días y cuarenta noches, hasta legar al monte de Dios, y habiendo llegado a allá se quedó en una cueva, y en esto le habló el Señor y le dijo: ¿Qué haces aquí Elías? y él respondió: Yo me abraso de celo por el Señor Dios de los ejércitos, porque han abandonado su pacto los hijos de Israel"[27].

Consideremos, carísimas hermanas, este hecho tan misterioso de la Sagrada Escritura que tan bien dice a nuestro propósito y por él tendremos luz clarísima de lo que Dios nos dice a

---

27 1Re 19,4-10.

nosotras por este Profeta que tan bien expresa nuestro estado actual, o sea, el estado de las comunidades de vida contemplativa.

Nosotras, como el Profeta, hemos caído en tibieza, desalientos, más las que nos encontramos a las puertas del sepulcro, que hemos sacrificado la salud y los años en la observancia de la Regla y nos parece haber cumplido lo mejor posible con lo que nuestras mayores nos dejaron, sin embargo en el interior de nuestro corazón parece que Dios Nuestro Señor nos pide algo más... y sostenemos una lucha interior, con el deseo de mayor perfección por medios sobrenaturales, que reforme y aliente nuestro espíritu; y el desaliento y frialdad nos hace creer que aquello que la voz interior nos pide no nos lo dejaron nuestros santos Fundadores que fueron incomparablemente más santos que nosotras, y sentadas a la sombra del enebro de sus hermosas virtudes y santidad que nos dejaron con sus ejemplos, descansamos diciendo como el Profeta: "Bástame Señor lleva esta mi alma, pues no soy yo mejor que mis padres"[28].

Pero aquel divino y amorosísimo corazón de nuestro amado Esposo, no os deja parar, y nos envía un ángel varias veces, pero nosotras seguimos durmiendo, alguna vez decimos: yo seguí como Abrahán la voz del Señor, todo lo he dejado, he venido a la tierra que me mostró de la vida capuchina con verdadero entusiasmo y amor, y dije con David, "ahora Señor comienzo nueva vida"[29], he procurado cumplir con los deberes que me impuse al hacerme religiosa, ¿qué me queda más que hacer?

San Pablo[30] nos dice que Dios nos escogió y llamó no por nuestras obras, sino sólo por el propósito y beneplácito de su divina voluntad, que muchas veces llama a los más indignos y miserables para que entendamos que la vocación nos la concedió nuestro Dios por sola su bondad y merecimientos de Nuestro Señor Jesucristo, gracia suya *gratis data*, para que siendo verdaderos humildes, conozcamos que todo lo recibimos de la misericordiosa mano de nuestro Padre celestial que nos sacó del abismo de nuestras miserables pasiones, y no nos gloriemos vanamente, acordándonos de nuestra miserable flaqueza y propensión al pecado, cuando el Señor nos comunique sus divinas consolaciones, escogiéndonos para cosas grandes en su servicio, para lo cual nos suele preparar con grandes trabajos y humillaciones.

Hermanas mías, preparemos nuestro corazón con fe y humildad porque "el Padre celestial no reveló los grandes misterios a los sabios y prudentes del mundo y los ha revelado a los pequeños y humildes de corazón"[31]. Pequeñas como el grano de mostaza debemos hacernos, y

28 1Re 19,4.

29 Cf. Sal 51.

30 2Tim 1,9.

31 Mt 11,25.

que dejándonos podrir y arar en la hermosa tierra de la adoración, con las grandes humillaciones y trabajos que su bondadosa mano nos envíe, dará hermosos y ricos frutos si abnegadas y sacrificadas hemos consagrado todo nuestro ser al amor y adoración de nuestro celestial Esposo que enviará la luz y fuego divino del sol hermoso de la sagrada Hostia, para que cumplamos con perfección y entusiasmo nuestros votos en la fiel observancia de nuestra santa Regla.

Para esto hemos de preparar la tierra de nuestra alma con el ejercicio de todas las virtudes, sin alternativas, ni vacilaciones seamos generosas, emprendamos llenas de valor y sin miedo a los obstáculos que tengamos que vencer. "No ha de ser el siervo mayor que su Señor; si a mí me persiguieron también os perseguirán a vosotros"[32]. Así pues, mis buenas hermanas, no os acobardéis por el miedo que seremos perseguidas y calumniadas; el divino Maestro continúa en su Evangelio: "Si el mundo os aborrece sabed que primero me aborreció a Mí. Si fuereis del mundo os amaría, mas porque no sois del mundo, sino que os saqué de él y os escogí para que fueseis mi porción escogida por eso el mundo os aborrece"[33].

Consolémonos con tan hermosas palabras de nuestro celestial Esposo; comamos el pan cocido al horno divino de la sagrada Eucaristía y allí recibiremos el amor y fortaleza para llegar al término de nuestro camino, al monte santo de Dios, donde gozaremos eternamente de la divinidad de Dios como premio y galardón de nuestros generosos sacrificios en ver adorado en la tierra con el amor y respeto que es adorado en el Cielo; ensanchemos los senos de nuestra alma a las dulces promesas de su divino amor que nos dice: "No os llamaré ya siervos sino amigos, porque todas las cosas que oí a mi Padre las he manifestado"[34]. Por medio de esta adoración en donde os haréis una misma cosa con Él comunicándoos los secretos escondidos de su adorable Corazón en la santa Eucaristía.

Seamos generosas, Dios no se comunica a corazones ruines y mezquinos, sino a corazones grandes, capaces de grandes sacrificios y mucho amor. De las almas mezquinas y ruines nada nos dejaron que imitar. Así pues, mis amadas hermanas, si en la observancia y en la vida religiosa que vivimos, nuestro espíritu se siente agotado, debilitado y caído hasta el punto de rendirnos, como sucedió al profeta Elías, y sentándonos al cabo de nuestros años a la sombra de la fama de santidad de nuestras venerables fundadoras, nos damos por satisfechas, pidiendo a Dios lleve nuestras almas, porque no siendo más santas que nuestras madres no querramos imponerles esta carga más a las que ahora vivimos, y así queriendo desoír la voz de Dios que continuamente nos llama desde el fondo del Tabernáculo diciéndonos como el Ángel: "Levántate

32 Jn 15,20.

33 Jn 15,18-19.

34 Jn 15,15.

y come que te queda un largo camino que andar"[35].

Cuántos años llevamos, mis amadísimas hermanas, de sueño... durmiendo en este hastío espiritual que a veces se nos hace la vida imposible a pesar de nuestros esfuerzos en convencernos que hemos cumplido con todo, no conseguimos la paz y alegría que anhelamos, y sin casi poderlo evitar, andamos siempre de mal carácter, descontentadizas, con los cuidados de todas menos el nuestro, criticándolo todo, queriendo gobernarlo todo a nuestro gusto sin poder sufrir un consejo de nuestra abadesa que con amor nos amonesta; ni un aviso de nuestra hermana que se interesa por nuestro bien, aspirando siempre a cargos y oficios que tal vez no convenga desempeñe por mil razones; en la oración está seca y sin fervor, como quien labra la tierra dura, pierde el temor, comete innumerables faltas que le hacen caer con frecuencia en pecados veniales, así frecuenta los santos sacramentos especialmente la sagrada Comunión, que casi es diaria sin fruto y sin provecho alguno.

¿Qué remedio habrá para esto, hijas de mi alma, cuando san Bernardo dice, que la enfermedad de la tibieza en el religioso es incurable?... Oí una vez (a un padre) a un santo sacerdote que me contestó a esta pregunta. "Esas almas que prefieren y se contentan vivir así, sin que les cambien un punto de sus costumbres (aunque sean con detrimento de la santa Regla), se las debiera reunir todas en un solo convento a fin de que no contaminaran a las que vienen con buen espíritu y deseos de mayor perfección y que una de ellas fuera abadesa, porque una fervorosa se consumiría de dolor y pena, en no poder remediar aquel estado de tibieza incurable por la falta de conocimiento de las demás que están satisfechas de su observancia".

Gracias a Dios, mis buenas hermanas, que en nuestras Capuchinas no ha entrado todavía ese frío glacial de la tibieza, debido tal vez a las cenizas de nuestras amadas Fundadoras. Por eso nuestro amante y celestial Esposo que tiene sus delicias y regalos con habitar en nuestros jardines y huertos para coger y recrearse en sus hermosas flores y ricos frutos, nos llama desde el Sagrario en donde preso de amor pide le acompañemos en su soledad y le consolemos, ya que en estos jardines encuentra aromas y perfumes que le recrean.

A nosotras, mis carísimas hermanas, nos pide el fruto de la adoración, porque ve nuestra tierra mejor preparada y labrada con la continua penitencia y desea que con nuestro ejemplo como luz clarísima vaya delante alumbrando las tinieblas que en nuestro espíritu deja la tibieza, con el sol de la sagrada Eucaristía que nuestra madre santa Clara tomó en sus manos para hacer huir a los enemigos que querían invadir el convento; ahora desde el Cielo, ella es, la que como el ángel que llamó a Elías, nos llama de la tibieza y nos dice: "Levantaos hijas mías, y comer este pan con fervor... y para que este divino alimento nutra vuestras almas y os fortalezca para luchar con[tra] los enemigos de la tibieza que quiere destruir vuestras casas, venid y adorad a este divino Sacramento. Él os fortalecerá en el largo camino que os queda que andar, y os dará

35 1Re 19, 7.

calor a vuestros debilitados espíritus para que puedan digerir este pan fuerte divino que nutra vuestras almas para la lucha, y seguramente él será siempre, siempre vuestra custodia y amparo".

Ya tenemos aquí, carísimas hermanas, el único y eficaz remedio para todas las enfermedades espirituales. Nosotras quiere el divino Corazón de Jesús que llevemos la custodia como sol lucidísimo delante del mundo entero, especialmente de las religiosas de clausura que tan abandonadas y empobrecidas están, como la columna de fuego que alumbró a los israelitas por el desierto.

Sí hermanas mías, la adoración del Santísimo Sacramento será la verdadera tierra de promisión que nos prometió el Señor nos mostraría, cuando salimos de la casa de nuestros padres; ahora, mis amadas, hemos llegado ya, al pie del monte y sentimos desalientos y todavía queremos dormir en la cueva de nuestros enemigos que nos brindan con una vida más llana y fácil. Y nuestro divino Señor que tanto nos ama y tanta sed siente de nuestro amor, nos ve, y lleno de mansedumbre nos espera, encendiendo dentro de nosotras un deseo interior de seguirle que nos consume y entristece, porque tememos salir de la cueva no sea que los enemigos formidables que nos acechan... quieran devorarnos, y nos tiren de la cumbre del monte al fondo del valle..., allí veremos cómo el liberalismo nos asedia por todas partes y que quiere penetrar en los claustros aun en las almas más delicadas y fervorosas... y cuando el divino Señor nos toca con un amor y misericordia infinita y nos dice como al Profeta "¿Qué haces aquí, Elías?..."[36]. ¿Qué haces aquí hija mía? sal fuera de tus temores y angustias que Yo estaré con vosotras y seré vuestra fortaleza y custodia, y sentimos otra vez "que pasa el Señor, y delante de Él un viento fuerte... y tras Él un terremoto... y el fuego, y un silbo de un vientecico suave... que habiéndolo oído cubrió su rostro... etc."[37], que nos llamó el Señor y nos dijo: ¿Qué haces aquí hija mía? y le contestamos como Elías: "Yo Señor me abraso de celo por el Señor Dios de los ejércitos; porque han abandonado tu pacto los hijos de Israel"[38].

¡Cuántas veces, mis carísimas hermanas, nos hemos sentido abrasadas en el celo de la observancia cuando en alguna ocasión, el demonio ha levantado algún viento de tibieza y frialdad en la observancia!...

Nuestro divino Esposo que nos ama con predilección no ha dejado de llamarnos desde mucho tiempo en distintas ocasiones, y de varios modos, con un esfuerzo de amor y misericordia. ¿Qué haces aquí alma ingrata bañada con mi sangre y colmada de beneficios?... nos dice, continuamente en la sagrada Comunión le hemos oído en los principios de nuestra vida

36 1Re 19,9.

37 1Re 19,11ss.

38 1Re 19,14.

religiosa que por medio de sus ministros, nos han aconsejado correspondamos a sus divinas inspiraciones, que a veces han dejado grabadas en el alma sus palabras de fuego. "Corresponde, hija mía, a la voz de Dios, y no entierres, en la tierra el talento que has recibido para que trabajes con él según te ha inspirado" (P. Valencina, año 1895). "Teme mucho si no correspondes, que el día de la cuenta seas rechazada de Él como siervo inútil y te arroje a las tinieblas exteriores" (P. Ambrosio, año 1895). Y esto me hace vivir continuamente llena de temores.

Después la misericordia infinita del Señor me envió otro aviso, poniéndome contra todo juicio humano en donde con facilidad pudiese cumplir lo que tan claramente me había manifestado desde que en las persecuciones de mi noviciado me manifestó por el mismo P. Valencina lo que Dios quería de mí, pero yo le respondí como Moisés cuando Dios le mandó "fuese su intérprete entre el Señor y su Pueblo para anunciarles su palabra y voluntad"[39] y yo a pesar de oír la voz dulcísima del Señor que me decía como a Moisés: "Yo el Señor tu Dios que te saqué de Egipto y de la casa de la servidumbre, para hacer un pacto (que no hice con vuestros fundadores) con vosotros que ahora sois y vivís... quiero que me adoréis día y noche en la santa Eucaristía".

Y tan perezosa y cobarde, sin fe ni obediencia, le dije: "¿Quién soy yo Señor para sacar los hijos de Israel de Egipto?... No me creerán ni oirán mi voz, sino que dirán, no se te ha aparecido el Señor"... No es Dios el que esto quiere sino tú, que quieres cargarnos con este yugo más, que hará nuestra vida insoportable. Nosotras *no admitimos novedades*, cumpliremos lo que está escrito que es lo que nuestros santos padres nos dejaron... Y a estos temores del demonio, el Señor me dijo: "Yo estaré contigo". Y por temor no quise seguir su inspiración, y seguí en mi sueño...

Tercera vez me habló el Señor por medio de nuestro santo obispo de Equino, que llegando la primera vez a nuestro convento, al llegarnos a besarle el anillo fijó sus ojos en mí, que me encontraba rodeada de 34 religiosas, y sin haberme visto nunca ni conocerme me echó su brazo derecho sobre mi hombro, cuando arrodillada a sus pies le pedíamos la bendición, me dijo: "Tú serás la coleta capuchina... No encierres en ti la luz que te ha sido dada. Sábete que Dios te puso en el candelero sin mérito alguno tuyo, y contra el orden natural de las cosas, porque quiere por medio de ti reformar esta casa. ¡Vaso frágil y roto, hija mía, ha escogido el Señor para cosa tan grande!... pero así, conocerán mejor, que la luz no es tuya, barro miserable, sino bajada del Cielo".

Los temores que asaltaban mi alma me hacían ver que la empresa era superior a mis fuerzas, imposible de realizar, y dejaba pasar el tiempo sin ponerlo por obra, ni intentarlo siquiera, por temor a los grandes sufrimientos; y desconfiando del éxito, quise desechar de mí aquella preocupación que amargaba todos los instantes de mi vida.

---

39 Cf. Ex 3.

Y cuando decidida estaba a soltar la carga de la prelacía para desligarme de aquella preocupación que constantemente se me imponía, vino el Señor como un trueno terrible que hizo caer sobre mí el rayo de su ira para *castigarme*, poniéndome a las puertas de la muerte, y diciéndome con imperiosa voz: "¿Qué haces aquí? te quitaré del candelabro y te humillaré fuertemente... cercándote de enemigos que devoren tu honor, tu estimación y tu salud, porque has desoído mi voz desconfiando de mi palabra, y dejándote guiar del temor de tu inutilidad y miseria" (31 agosto 1915). Entonces le prometí con juramento que si me dejaba la vida la sacrificaría gustosa mi vida y con todas las fuerzas que me concediera en cumplir su adorable voluntad, llevándole al Tabernáculo muchas almas.

Y cuando empiezo a manifestar la orden que del Señor tenía recibida todo se me opone, hasta el punto de tenerlo que dejar en manos de mis prelados que son los que obrarán según su divino querer porque tengo experiencia que el dulce Jesús que nos ama con amor infinito, es Todopoderoso y estoy cierta lo hace todo cómo y cuando mejor convenga, por medios para nosotros desconocidos.

En un instante revolverá todo el universo, parará el curso de la naturaleza, hará sin estrépito de milagros ni obras estupendas, que todo venga a suceder como quiera y su voluntad santísima, como es el Príncipe Soberano del futuro siglo, conducirá con suavidad el presente, de tal manera, que parezca ser todo un puro acaso lo que en realidad, es anticipada disposición de su adorable Providencia. ¡Su bondad sea bendita por siempre!...

Todavía sigue Señor hablándonos como a Moisés "Ve y junta los ancianos de Israel y les dirás: El Señor Dios de vuestros padres se me apareció diciendo: Visitándoos he visitado y he visto todo cuanto os ha acontecido en Egipto, y he dicho que os sacaré de Egipto... y jebuseo y os llevaré a una tierra que mana leche y miel"[40].

Aquí tenemos manifestado como he podido lo que entiendo que Dios nos pide desde mucho tiempo... manifestado más terminantemente en estos últimos años de mi vida, cuando la enfermedad me dejó imposibilitada para trabajar como sería mi deseo, me manda la obediencia escriba la luz que de esto he recibido y que desde que empecé a obedecer, a pesar de la repugnancia en escribir lo que no acierto a expresar, siento que las angustias de mi corazón han desaparecido y conforme escribo, parece voy quitando el peso que durante tantos años ha oprimido mi alma, y aunque no merezca ver en mis tiempos establecida la adoración me consuelo (como Moisés) en ver a lo lejos la hermosa tierra de promisión en donde llueve día y noche el maná dulcísimo y celestial de la sagrada Eucaristía para las almas religiosas, que le han de adorar en espíritu y en verdad.

¡Qué días y noches tan dichosas pasarán mis buenas hermanas en la soledad del santuario en donde Jesús tan dulcemente se dará a vuestras almas! Allí en misterioso y elocuente silencio,

40 *Ex* 3,16-17.

hablarás a nuestras almas... ¡tus escondidos secretos, con lenguaje desconocido y nos obligarás con vuestro amor a que vivamos contigo y a que sintamos a par de muerte separarnos de Ti Jesús mío!...

Hermanas mías, venid y ved cuán dulce y suave es el Señor, cuán dulce y suave es el divino prisionero, el Dios escondido en el Sagrario, su yugo suave es, porque es yugo de amor, *pongámoslo hermanas del alma sobre nuestro cuello; tomemos parte en su glorioso sacrificio, acerquémonos a Jesús para unirnos a Él*; y nos inundará a torrentes sus dulzuras y viviremos gozosas en medio de las mayores pruebas, porque nuestra vida es Cristo en la Eucaristía, y Cristo se ha hecho una misma cosa con nosotras.

¡Oh dulce prisionero! ¡Jesús de mi alma, vida mía! ¡Quién me tuviera siempre cautiva contigo en esta cárcel dichosa!... ¡Qué feliz y dichosa estaría estando presa de tus amores divinos!... ¡Cuán libre sería yo viviendo así cautiva! ¡Oh dulce prisionero mío, conviértete en carcelero y aprisióname contigo! ¡Anda! ¡Date priesa! ¿Qué haces? ¡Préndeme! ¡Atame! ¡Hiéreme! ¡Mátame! ¡que la vida más deliciosa que conozco es morir contigo en la Santa Eucaristía!... Conozco Jesús mío, que no merezco ser tu cautiva; ¡pero déjame que lo sea! déjame reposar aquí junto a tu Sagrario todos los días de mi vida y hacerte compañía en tu prisión, nada valgo porque soy nada pero esta nada tiene un corazón que es tuyo, vida mía, aquí lo entrego sólo por Ti palpita y en sus palpitaciones te pide que su último latido venga a perderse aquí al pie del Tabernáculo envuelto en el último suspiro de mi alma. Amen.

L1 C1 (35-51)

¡Jesucristo vida de mi alma, mi sumo y único bien, vuestra es esta poca nada que vos criasteis!... Y vos solo sois el todo de mi alma que se consume en deseos de amaros más y ser de todos servido y glorificado... Busco vuestra gloria con ansias de amor y muchas almas que os conozcan y a vos solo amen. Pero si este deseo de mi corazón no os agrada, quitármelos vos y dirigirme vos mismo por el camino de la perfecta unión con vuestra adorabilísima voluntad, que busco como el ciervo herido la fuente de agua para saciar su sed.

Bien conocéis, Señor, cuánto os amo, a pesar que tanto os ofendí... pero desde que vuestra bondad hirió mi corazón, no quiero otra cosa que amaros... y llevar muchas almas a vos, aunque para ello os haya desagradado alguna vez con mi rudeza y falta de entendimiento. Pero de tal manera me siento unida a vos, que no quiero más que lo que vos queráis, ni más salud, ni enfermedad, ni gozar, ni sufrir... Pero que viniendo vos, Señor, que sois mi Padre, vida de mi alma, el mejor de todos los padres, todo lo recibiré como los mas ricos dones y dulces caricias de vuestra infinita misericordia, que tantas veces me libro del infierno y de la muerte. ¡Hiriéndome me sanasteis, Señor! Y con la cercana muerte me disteis la vida que tengo, que es vuestra, y gustosa os la ofrezco para que la recibáis, trabajando aquí por vos, o muriendo en vuestros paternales brazos para unirme siempre a vos Dios mío, para ser siempre vuestra, cumpliendo en todo vuestro divino querer, incluso en no ver realizados aquí los deseos de vuestra adoración, haciéndoos voto de no querer más que el vuestro. ¡Dios mío ayúdame! Así sea.

Sor Trinidad del Corazón de María

Diciembre, 23, a las 7, del 1920. Capuchinas.

Ofrecimiento que hago de todo corazón delante del Pesebre de Belén al terminar la calenda de Navidad y que pondré en las pajitas donde descansa un Dios Niño a las 12 en punto del 24 del 1920.

Sor Trinidad del Corazón de María.

* * *

L8 C40 (107-108)

LAS HERMANAS EXTERNAS EN CASO DE TENER QUE TOMAR APOSTOLADO

Las capuchinas eucarísticas y la enseñanza del Evangelio y Catecismo a la niñez

¡Oh divino Maestro, fortaleza y vida de las almas en la santa Eucaristía!. .. Concédenos llevar a vuestra santa ley las almas de los niños (que por obediencia nos encomiende), que el fuego de vuestro espíritu caldee sus corazones, alumbre sus inteligencias, y legiones de almas te conozcan, amen y sirvan, y vayan a ti a beber en abundancia la vida verdadera de tu santo amor, que les lleve a la bienaventuranza ...

Nos hicimos víctimas de amor, ahora queréis sacar de nuestras casas *hermanas* (misioneras) *externas*. Como a Isaac con la leña para el sacrificio ... al tener que abandonar esta casa bendita (de San Antón) ... en donde recibí tantos beneficios y las regaladas misericordias de tu corazón ... en donde viví 33 años escondida ¡me consagré a ti de tantas maneras!. .. y *por la profesión religiosa*; y ahora vamos a levantarte nuevas casas donde te adoren muchas almas ... Al santuario santificado por las plantas de tu Purísima Madre María Santísima de los Dolores ... Nos sentimos con un dolor como de Abrahán cuando Dios le pidiera el sacrificio de su hijo ...

¡Oh Jesús mío! Abandonamos esta morada de paz en donde por tantos años gocé de las delicias de la penitencia oración!. y vamos con tu Madre Santísima a Chauchina ...

Allí se nos exige algo de enseñanza, y nos llenamos de miedo. ¡Las capuchinas del desierto de penitencia, salir ahora a enseñar la doctrina de tu ley ... cuando nunca hubo mayor deseo de morir escondida! ¡Pero! .. ¡hemos *oído*, *Señor mío*, la voz de la *obediencia*, imitando a tu Precursor, después de vivir en el desierto, vino a anunciar a las naciones tu venida y preparar tus caminos con la penitencia!...

¡Tú dirás, Maestro divino, el camino que deben seguir tus víctimas formadas en el desierto de penitencia tantos años ... y sólo saben seguirte amándote ... hasta querer consumirse en el divino fuego de la Eucaristía y *inmolarse* allí junto a ti, Hostia Santa, vida y fortaleza de mi alma!

S. T. C. E.

Cuaresma, año de 1921,9 de abril. Granada.
Capuchinas de Jesús María. Desierto de penitencia

CAPITULO I

Del lugar destinado a los colegios, asilos o talleres, para las hermanas externas capuchinas eucarísticas

Donde se nos ordene por el Prelado diocesano a dedicar las *hermanas externas* de la comunidad a vida activa para cooperar al apostolado de la inocencia, sacando del peligro de malas doctrinas a los niños [1], las *hermanas externas* eucarísticas vayan a este apostolado con el espíritu de san Juan Bautista ... Quel nosotras *mengüemos* para que Él crezca y sea amado y conocido de todos los corazones de sus criaturas.

El lugar destinado al colegio, taller o asilo, sea completamente independiente del monasterio, junto al mismo edificio, con comunicación interna para poder pasar sin salir de clausura a las *hermanas destinadas* por la madre Superiora y Consejo.

Procure sea amplio, ventilado y alegre; constará de dos salones amueblados para recibir el número de niñas que la Superiora con el Consejo designe, y demás habitaciones necesarias para el fin que se dedique.

Tendrán en las clases como patronos: si es colegio al Niño Jesús Pastor y una Inmaculada, madre y amparo de los niños, Pastora; si son asilos, el Sagrado Corazón de Jesús y la Santísima Virgen en su Maternidad Divina; si son talleres o misiones, Sagrada Familia, cuyo amor se ha de inculcar en los tiernos corazoncitos de las niñas de quien es única madre, y bajo cuyo manto hemos cobijado la blanca azucena de la inocencia.

En entrando en las clases se rezarán algunas oraciones y consagraciones en común, e igualmente repetirán en la tarde. Y en sus respectivas festividades darán a las niñas fiesta de tres días, procurando sea en Pascua, por ejemplo: en Navidad el colegio, en Epifanía los talleres o misiones, en Resurrección los asilos, acostumbrándolas con ingeniosas industrias a que celebren con entusiasmo los meses del Niño Jesús de mayo y junio; y se les formará sus congregaciones, y cada asociación tendrá su uniforme.

Si es colegio, habrá sus medallas de la Virgen Santísima con cintas según la advocación a que esté consagrado el colegio: si es la Inmaculada, cinta azul; "El amor Hermoso", encarnada; los Dolores, morada. Del mismo color tengan tres bandas de cinta ancha que se impondrán los domingos y días festivos a las tres niñas que hayan observado mejor conducta durante la semana.

[1] La M. Trinidad añade: o misiones

Si alguna niña por desaplicada merece castigo, antes de ir a cumplirlo irá por sí misma a dejar su medalla sobre la mesa de la madre, y no le será devuelta hasta que haya cumplido su castigo y pida perdón en clase a todas las niñas del mal ejemplo que les dio. Si alguna niña fuese rebelde por instigación del demonio dejándose llevar de su mala inclinación, séale quitado el distintivo de la congregación a que pertenezca delante de sus compañeras, y después de un tiempo prudencial, de una semana, quince días o un mes, séale colocado el distintivo si su conducta lo merece, con la misma solemnidad que le fue quitado.

La edad que deben tener para ingresar y perseverar en nuestras casas [es] desde tres años hasta los 13 lo más. Sólo en caso que alguna se sintiera con vocación religiosa y sus condiciones fuesen aceptables, lo comunicará la Madre a la Superiora General y pasará al postulantado con la aprobación del Consejo.

No debe haber internado. (Sólo en casos de mandarlo el Prelado y el Consejo con Madre General lo determinaran). Para estos casos conviene tengan un dormitorio espacioso y ventilado, dividido en camarillas cerradas con cortinas blancas que durante la noche cubren el lecho, y durante el día están descorridas, sostenidas de dos en dos con una cinta del color del uniforme, estando las dos hermanas encargadas en cada punta de la sala o dormitorio para tener cuidado de las niñas.

Podrá tener cada niña en su camarilla, su lavabo y silla, mesita de noche para tener cada una sus casitas ordenadas, como libros, pañuelos etc ... Dormirá cada una sola en su camita con su crucifijo y medalla de la Virgen Santísima.

Junto al dormitorio tendrán dos habitaciones por si alguna enfermara pueda pasar allí [en una de las habitaciones] con alguna hermana a su cuidado, y en la otra habitación tenga todo lo necesario para el servicio de comidas demás cosas que necesite una anteenfermería, para lo cual la ayudante de la Superiora del colegio tendrá todo a su cargo con sumo esmero.

Lo mismo tendrán un refectorio con sus mesas blancas, para comer las niñas con el mismo orden y seriedad que lo tienen las religiosas, procurando esté todo limpio y aseado, teniendo cada niña sus servilletas con cintas para quedar del todo cubierta y no manchen el uniforme, cada una tenga su cubierto y vaso de aluminio, y las hermanas encargadas estarán a su cuidado para que coman bien y se les enseñe la urbanidad y modestia, que es el atractivo de cuantas las tratan, y en todos los casos consultarán a la madre Superiora.

Tendrán cuarto de baño con sus pilas, grifos... varios lavabos, toallas, barreños para lavarse los pies, repisas en donde cada niña de las mayores tengan los útiles para limpiarse los dientes ... los peines, etc., etc ... Las dos hermanas y hermanitas tendrán sus cuartitos como tienen las celdas para poderse retirar un rato cuando necesiten descanso.

Tengan un patio amplio con jardines donde las niñas puedan saltar y correr, y tenga una grutita rústica de la Virgen de Lourdes para que las niñas se acostumbren a verla con maternal

cariño, invocarla, amarla y vivir siempre bajo su amorosa mirada, de tan celestial Madre. Nunca podrán entrar dentro de clausura por ninguna causa.

II

A las 5 ½ (se turnarán por semanas) la Superiora o hermanas dedicadas a las niñas, les cantarán el Ave María para despertarlas con una campanillita que a este fin tiene el dormitorio; las pequeñas que no tienen que comulgar las levantarán' a las 6 ½.

Inmediatamente se levantarán todas, aseándose y vistiéndose con presteza, cuando estén listas saldrán con sus manos juntas y quedarán de pie cada una delante de su camarilla, cuando estén todas, una palmada de la hermana que vigila, se encaminarán de dos en dos a la iglesia o tribuna para estar en el oratorio o iglesia a las 6, que empezará con las preces y oraciones del "Manualito para las colegiales", se preparan para la sagrada Comunión y santa Misa que oirán con mucha devoción.

Cuando salen de la santa Misa se dejarán los [manualitos] en un armario que al efecto han de tener al entrar en la capilla. Después arreglan sus camas y ordenan su cuartito, a las 7 y 8 el desayuno que tomarán bajo la hermana destinada, que distribuirá la colegiala que esté de semana en el refectorio. Haciéndolo todo por turno de semanales: irán dos a despertar, vestir, dar el desayuno a las pequeñas; otras dos la limpieza y arreglar las camas y ropa de las pequeñas, barrer dos veces por semana y ordenarlo todo todos los días; otras dos sacristanas que cuidarán del arreglo y limpieza de la capilla y de los toques para llamar a cada distribución.

Las dos del refectorio atenderán a la limpieza y orden de las mesas, procurando turnen desde los 9 años para arriba todas sin excepción, las pequeñas quedarán en el patio jugando mientras las mayorcitas cumplen sus oficios sin entrar nunca en las dependencias de las hermanas.

Todas las colegiales acudirán prontamente a las clases al oír la campana, y puestas en dos filas esperarán a la hermana que hará señal, arrodillándose todas delante de la Imagen de la Virgen rezarán un "Ave María" ... "Adoremos a Dios" y la oración de "Actiones nostras", "Mostra te esse Matrem", "Bendita sea tu pureza" y el "Sub tuum presidium". Terminado el rezo, la madre hará nueva señal y se colocarán todas en sus pupitres o bancos en donde tendrán una hora de estudio ... Las pequeñas pasarán al aposento inmediato donde la hermana destinada a las pequeñas las enseñará a rezar, leer el abecedario, y cuando estén capaces, el catecismo.

Después del estudio tendrán una hora de labores, procurando se guarde el silencio y aplicación de las niñas, avisando a las mismas cuando se trate de faltas pequeñas, y dando

cuenta a la madre cuando sean mayores o descuidos voluntarios, para que ésta dé la corrección que bien le parezca. A las 11 1/2 irán a la capilla, rezarán la Letanía, cántico del Trisagio y visita al Santísimo, con unos minutos de examen.

A las 12 la comida, rezarán un Pater noster y Ave María con la bendición "Mensae celestis participes". La lectora por semana, lo mismo que las monjas y por semanas irán dos niñas de las mayores a fregar los platos, después de la acción de gracias tendrán recreación y se les permitirá correr y jugar toda clase de juegos (con modestia) propios de su edad, pero no se les permitirá cogerse o pasear del brazo, ni bailar juntas. Cuando se toque a silencio, las pequeñas se echarán a dormir un rato la siesta, las mayores dedicarán ese rato en visitar el Santísimo Sacramento, vida de nuestra alma, y en lectura espiritual.

III

A las 2 empezarán las clases de labores, durante ellas leerán un rato, en libros instructivos y al mismo tiempo amenos, que al par que recree sus almas se formen para Dios, y rezarán la Coronita Sabatina de Nuestra Señora y las Letanías del Sagrado Corazón de Jesús. A las 4 se les dará una pequeña merienda en los jardines, media hora, y seguidamente media hora de estudio, colocándose cada una en sus respectivos lugares con orden y respeto. Aprenderán además de leer y escribir, las nociones comunes de Aritmética, Gramática, Geografía, Música, Historia Sagrada y de España, Catecismo y Religión sobre todo. De labores a coser, zurcir, remendar, lavar, planchar, guisar, y cuanto conviene a una mujer modelo de madres cristianas deben salir nuestras colegialas. Cuando alguna colegiala desee, y tenga dotes extraordinarias, se la puede enseñar algunas otras labores de adomo ... que con poco trabajo pueden ser útiles, y sea medio de vida en donde con desahogo sea más lucrativo y honroso.

Se tendrá todo el cuidado en que aprendan urbanidad, tan necesaria siempre a la mujer en sociedad, en familia y más en religión.

Los lunes y jueves tendrán clase de Aritmética e Historia Sagrada; martes y viernes Gramática e Historia de España; los miércoles y sábado Geografía y Religión; los jueves de 3 a 4 tendrán explicación de Catecismo, y los domingos de 9 a 10 tendrán clase y explicación también de Catecismo.

La clase que se señala a las 9 a 10 se dividirá media hora de estudio y media de escritura.

En la educación del corazón se ha de poner todo esmero y cuidado, estudiando mucho la hermana maestra las condiciones de cada una, las inclinaciones y vicios, para enseñarles a dominar lo malo y fomentar lo bueno, inculcándoles mucho el santo temor de Dios.

Se pondrá mucho cuidado en la urbanidad y buena educación, tan necesaria siempre en las buenas familias, mucho más en colegios donde se debe guardar con exactitud el buen orden de la vida común y religiosa de una comunidad en donde se vive de la vida eucarística que es caridad y amor.

Condiciones y autoridad que deben reunir las hermanas destinadas a la vida activa bien sea colegios o asilos, etc.

No perderán su espíritu de capuchina víctima adoradora de Jesús Sacramentado y la capilla debe ser *su escuela*.

Serán nombradas por la madre General en Consejo dos o cuatro *hermanas encargadas* para el colegio o asilo, educadas, y sobre todo de muy buen espíritu, observantes y de muy sólida piedad.

La hermana Directora: debe ser discreta y prudente, de condición dulce y suave, que se atraiga el cariño de las inferiores y niñas, pero al mismo tiempo que se gane la confianza de las niñas, sea firme y enérgica para en casos determinados mantener una disposición y hacer cumplir un castigo sin ablandarse. Debe tener corazón de madre, y conocimiento claro del corazón de las niñas, pues el corazón es lo primero que se debe formar en los niños.

Procúrese que esta *Hermana*, que se exige tan excelentes condiciones y don de gobierno, reuniese también, instrucción, habilidad y disposición. Pero como acaso todo junto no sea fácil encontrarlo, preferible es que tenga las condiciones morales que quedan indicadas, y se nombre una Vicemaestra que una y complete lo que a la primera falte.

Debe la Vice estar a las órdenes de la madre Maestra o Directora del colegio, y nada podrá hacer ni disponer sin su acuerdo y consejo: para lo cual se procurará que estas *hermanas unan entre sí* en virtud y condiciones para que no haya discrepancia de pareceres, y todo marche con orden, economía y paz, sumisas y obedientes en todo a la reverenda madre Abadesa de la que dependen.

Se nombrará una tercera para ayudar a las clases, como queda indicado, de las mismas condiciones a ser posible, y que las tres busquen la gloria de Dios en la formación de estas almas, sin descuidar la suya. Para la limpieza, aseo y orden de ropas, etc. procuren sea una hermanita de virtud, buen carácter y docilidad, que limpie todos los días las clases y arregle los pupitres y labores con la hermana tercera, procurando identificarse con los sentimientos de estas, secundando todos sus actos y su espíritu unido a Jesús Sacramentado, obrará llevando en su corazón el calor de la adoración a las niñas.

Autoridad que la hermana Directora-Maestra del colegio o asilo, etc ... tiene en el colegio ... y sobre sus compañeras, las que se dedican al servicio de la capilla y comunidad contemplativa

La *hermana Directora* tiene toda autoridad recibida de madre General, sobre las madres o hermanas que en calidad de maestras y ayudantes bajen a las clases, lo mismo las colegialas la deben sumisión y obediencia; a ella sola toca el régimen del colegio o asilo, sin que nadie pueda inmiscuirse en él; y sujeta sólo a la superiora General.

La hermana Directora debe castigar, corregir y expulsar, aunque si hubiese tiempo para ello contando con la reverendísima madre General, y dando cuanta de lo que va [a] hacerse a la madre Abadesa de la casa, que podrá darle su opinión o consejo, sin imposición, ni molestarse si no fuese atendido, lo más podría avisar de ello llana y sencillamente.

Los motivos para la expulsión deben ser graves, como: insubordinación, chismes, envidias e inclinaciones inmodestas, que sometidas a corrección no tengan enmienda, de donde pueda temerse llegue a dañar a las demás.

La hermana Vicemaestra no tiene autoridad, ni puede corregir a las demás ante la hermana Directora, pero la suplirá en sus ausencias, y entonces hará todo cuanto haría si estuviera presente.

Las niñas, nunca, por ninguna causa, pasarán a la parte del convento, ni acompañadas de la Directora; ni ninguna hermana, fuera de las nombradas, pasará a las habitaciones del colegio, ni hablarán con ninguna colegiala.

Si en alguna grande fiesta les pareciera ordenar alguna funcioncita en la visita de la superiora General... o con un permiso especial que diese en rarísimos casos, podrían pasar con todas las hermanas, [con] las precauciones de no ir más que al sitio señalado para la fiesta, fuera de clausura, sin ir a otros departamentos ni hablar con las profesas, volverán por el mismo sitio a su colegio acompañadas de la hermana Directora y Vicemaestra.

Para evitar abusos y que el espíritu de independencia tan común en nuestros tiempos, entre en nuestros colegios, las colegialas deberán pedir permiso para todo, aunque sean cosas mínimas, como sería salir de clase, del dormitorio, lavarse las manos, etc., etc.

Uniforme

Para vestir, tendrán para diario todas igual vestido rayado [2], de cualquier color que esté más conforme en la época que vivimos, pero todas iguales, no permitiendo que ninguna vista otro distinto, aunque sus familias lo exijan, todas iguales.

Para los días festivos será blanco, con cinturón y cuello [3], y diarios llevarán cuello y cinturón blanco. Estos uniformes los podrán cambiar cuando la madre General y superioras directoras en Consejo crean deben arreglarse a las circunstancias del asilo o colegio y a los pueblos en donde residan, siempre modestísimas y curiosas.

Enseñen a las colegiales a que sean limpias y conserven la compostura y limpieza en el vestido; pero cuando alguna se manchase notablemente, aunque corrigiéndole y castigándole si fue descuido, séale dado otro uniforme para que siempre resplandezca la limpieza, símbolo de la hermosura de sus almas.

---

[2] La M. Trinidad tachó rayado y escribió azul. Se mantiene en el texto la palabra rayado para no destruir el sentido del párrafo y por considerar que la palabra azul es una interpretación de la segunda parte del párrafo, hecha por la M. Trinidad en su corrección.

[3] La M. Trinidad primero escribió dorado, tacho y escribió azul y volvió a tachar.

L2 C2 (15-26)

[PLEGARIA Y RECUERDOS]

Capuchinas de Jesús María. Desierto de penitencia de pobres capuchinas de Granada. Marzo, Viernes de Dolores, año de 1921.

¡Jesús Sacramentado, centro y vida de mi alma, *venid en mi* ayuda!, y ¡perdonarme!

¡Oh Señor mío! ... ¡Oh vida de mi alma y Dios de mi corazón!

Vos mismo formasteis de un poco de barro este pobre y miserable corazón, que sin ti y sin un amor y predilección amorosísima de vuestro adorable corazón, andaría errante como ovejilla sin pastor, y seguramente hubiese perecido en las garras del lobo infernal, que con tanta astucia me acecha para devorarme.

¡Oh mi dulcísimo Jesús! qué derroche de amor y misericordia usáis con mi pobre alma, cuando apenas empecé a seguiros, me enseñasteis por vuestro amado siervo P. Ambrosio de Valencina la senda que había de seguir. .. los peligros y persecuciones que me aguardaban y lo que vos queríais de mí. .. No lo comprendía entonces ... no daba importancia a sus palabras, sólo me acogí a sus consejos, que me agradaron mucho, y en aquel plan que él me

aconsejaba puse yo mis cinco sentidos.

Palabras del P. Ambrosio en mis ejercicios para la toma del santo hábito: "¡Pobre peregrina!. .. ¡Qué largo y penoso camino te espera para llegar a donde Jesús te quiere! Tempestades horribles ... noches tenebrosas ... soledades espantosas en las que llena de miedo te sentirás en los dientes de las fieras ¿Qué hará entonces mi pobre peregrina? .. ¿Quieres que te lo diga, hijita querida? .. Pon tu atención a mis palabras: recibe diariamente la sagrada Comunión y con este divino pan no desfallecerán nunca tus débiles fuerzas (entonces no estaba establecida la Comunión diaria y desde aquel día no dejé de hacerla siempre que podía); toma en tu mano el báculo de la cruz; *abrázate con cariño a ella*; confía en su fortaleza, que apoyada como báculo te defenderá y sostendrá; y eleva tus miradas a la estrella María Santísima, tu madre, de quien no apartarás tus miradas para invocarla, amarla y imitar su vida admirable ... ¡Oh entonces, hija de mi alma! *camina segura* que después de subir al calvario con el divino Esposo padeciendo sus agonías, serás resucitada con Él en el Cielo ... "

¡Me parecieron tan hermosas sus palabras! Encontré tal idealismo en ese camino ... Fortalecida por la Eucaristía, defendida por la cruz y guiada por la Santísima Virgen, que nunca perdí de mi memoria este consejo que me hizo llevar con alegría y entusiasmo las mayores pruebas y persecuciones, pareciéndome nada el infierno mismo enfurecido contra mí; ¡al llevar en mi corazón la santa Eucaristía *lo tenía todo*, no me parecía sino que el que llevaba en mi pecho (*como en el copón*) me defendería antes de entregarme en manos de mis enemigos! ... y como si realmente le sintiera dentro de mí, parecía decirme como a sus discípulos ¿porqué temes mujercilla de poca fe? ... si tu eres una pavesa que lleva el viento y nada puedes. ¿No sabes, estoy yo contigo y seré tu defensa y nadie tocará un cabello de tu cabeza sin voluntad mía? ... ¡Desde entonces! ... ¡oh Dios mío!. .. todo lo veo venido de la mano de mi Dios, y *descanso tranquila*, que Jesús mora dentro de mí y me defenderá de todo mal, que es el pecado, los demás males incluso la muerte, con Él la veo como el principio de la vida verdadera que me unirá a ti, Jesús mío dulcísimo, para no separarme jamás por toda la eternidad. ¡Oh Jesús!. .. mientras viva en este destierro, prende mi corazón en tu divino fuego, concédeme que todos los instantes de mi vida te los consagre llevando ante tu altar santo todas las almas que tú, divino amor mío, pongas en mi camino; dame tu gracia para llevar a las almas a ti, como tú me pides y me parece ser de tu mayor agrado: "almas víctimas que te adoren en espíritu y en verdad en la santa Eucaristía". Que el perfume continuo de sus plegarias y sacrificios lleguen a tu corazón divino día y noche como el humo del incienso que se quema en tu altar. .. ¡Sí, mi adorable Jesús, que tus capuchinas eucarísticas *sean muchas*, que sientan tu soledad, los latidos de tu corazón adorable y la sed de amores que te devora por las almas que redimiste con tu preciosa sangre en ese adorable sacramento.

Concédeme, mi divino Jesús, que yo sienta los abandonos que tú, los desprecios y

burlas que hemos hecho a ti los pecadores y las almas consagradas a ti, que infieles a sus promesas te abandonaron. Solo así me sentiré tuya, tu pequeña víctima, en donde te agrades siempre. ¡Oh Jesús mío, acéptame!

Tu Trinidad

L2 C2 (11-13)

ARTÍCULO III

Adoremos a Dios.
En espíritu y verdad.

15 de diciembre de 1924

La Regla de nuestra seráfica madre santa Clara y en las Constituciones generales de las Capuchinas del Orden de nuestro seráfico padre san Francisco nada dice de colegio y vida activa.

Los santos Fundadores dejaron en ella su espíritu y amor a la santa pobreza, como el único ideal de sus almas enamoradas del divino Verbo, Cristo Jesús, a quien desearon imitar con todo el ardor de sus espíritus verdaderamente seráficos y en sus Reglas quisieron dejar su espíritu, imprimiendo con toda la fuerza de su amor a la santa pobreza, que tanto encarece a sus hijas: “Que por amor de aquel Señor que pobre fue puesto en el pesebre... nunca nos apartemos de la santa pobreza”.

Han transcurrido siete siglos y sus hijos e hijas vienen siguiendo las sendas más difíciles aunque entonces... el cambio de los tiempos, los innumerables decretos que en distintos tiempos han dado los soberanos Pontífices, por último las normas del Derecho Canónico que modifican, si no en todo, en parte, la total pobreza, obligándonos a recibir dotes, sin el cual no se puede admitir... etc.

Al tener que hacer una nueva fundación de Capuchinas con el fin de adorar a Jesús Sacramentado, el pueblo exige que se le ayude con la enseñanza que tanto se necesita en estos tiempos de indiferencia y frialdad religiosa, que a pesar de tantas instituciones religiosas, (que como nunca) trabajan, la sociedad vive cada día más apartada de Dios, sin que nada sea capaz de contener el vicio y la sed insaciable de goces. Se impone, pues, como un precepto que Dios exige a las almas escogidas, que unan la penitencia y oración con la enseñanza, imprimiendo con la sangre del sacrificio la fe en el alma inocente de la niñez, que no está la felicidad verdadera en la vanidad que destruye los dulces deleites del espíritu, si no se busca en Dios por el sacrificio, la oración y penitencia. Y si Jesús lo pide, Jesús lo quiere, ¿cómo negarnos a tanta fuerza de razones?

Rogando con repetidas instancias al Señor nos manifestara su voluntad santísima, estaba al pie de la cruz y bajo el amparo de la divina Madre de Jesús, y pedía y sentía mi alma deseo de ser ilustrada, y abriendo la vida de la seráfica madre santa Clara, y a la primera vista encontré, en el capítulo VII de su vida, cuando el padre san Francisco encomendó el cuidado e instrucción a las nuevas hijas, de cuyo fervoroso celo fiaba la observancia de la Regla:

“Era ya por este tiempo el concepto que tenía de su grande espíritu tan alto, que

hallándose el santo Fundador acongojado con la duda si sería más del gusto de Dios el retiro de las soledades, para darse a la contemplación, o el vivir en los poblados trabajando con el ejemplo y predicación en la conversión de las almas: hízolo la santa con humilde obediencia, y le fue revelado haber nacido Francisco al mundo para bien de muchos, y no para sí sólo, por lo cual intimó al santo Maestro el beneplácito del Altísimo, animándole porque su humildad no estancase la corriente de las gracias, pudiendo fecundar con su apostólica doctrina, el ameno campo de la Iglesia".

Dios nuestro Señor que en su adorable Providencia dirige todas las cosas al bien de las almas que él redimió con su preciosa sangre, y con paternal cuidado vela por el bien de su Iglesia, envía de tiempo en tiempo el divino espíritu con suave y dulce soplo, para que los espíritus envejecidos y faltos de aliento se levanten y emprendan de nuevo la batalla, conquistándole muchas almas que trabajen en su Iglesia como ejércitos bien ordenados contra los tres enemigos capitales del alma. "Así como el capitán general de un ejército, trabada ya la batalla con el enemigo, de algún alto mira con atención el peso de la batalla, y donde, y cuando ve el peligro allí provee... así Dios nuestro Señor, capitán general de la milicia cristiana, por todos los tiempos ha ido mirando de lo alto del cielo, las necesidades de su Iglesia, y conforme a ellas ha proveído, enviando variedad (de hombres) y varones justos en todas las religiones, para reformar su Ejército".

La divina Providencia ve que su porción escogida..., aquellas almas que entendiendo y sintiendo aquellas hermosas palabras del divino Maestro a la Magdalena, cuando fue requerida por su hermana Marta, le dijo "María ha escogido la mejor parte..." (Lc 10,42), siguiéndolo en la vida contemplativa y de clausura este santo consejo, entendiendo que para ellas fue la predilección del divino Maestro, han venido desde siete siglos buscando como único fin de sus ansias, el "único necesario" que el Señor dijo a Marta.

Con la variedad de los tiempos, la debilidad de las naturalezas, que no pueden seguir el rigor de las penitencias que conservaban el espíritu como señor, que regía la corrompida naturaleza, el espíritu decaído, vino resfriando el primitivo fervor que a pesar de las muchas reformas que la Iglesia sabiamente les envía con frecuencia, el espíritu decae hasta el punto de convertir el suave yugo de las Reglas en penosísima carga que a duras penas la pueden soportar, a excepción de un cortísimo número de almas privilegiadas, para las cuales viven en la más alta contemplación, lo mismo en el retiro de su celda, que en los más ordinarios y bajos oficios de la comunidad, porque en cumplir la voluntad de Dios, por la obediencia, encuentran las alas que las remonte a las alturas de la contemplación, que es su vida en Dios escondida.

Deseosas de algo nuevo que nos aliente y empuje a la unión de con Dios, pedíamos algo que nos renovara el espíritu y vida..., ¡ña adoración perpetua a Jesús Sacramentado, único ideal de nuestras almas! y nos fue concedida por uno de esos singulares favores de la divina bondad

para sus capuchinas, que solo buscan la gloria de Dios.

Teniendo que hacer una nueva fundación de capuchinas adoratrices, algunos venerables y santos varones nos previnieron, que al hacer una nueva fundación en estos tiempos nos exigirían el colegio, y aunque sintiendo la dificultad que supone esta innovación, aceptábamos cuanto nos exigieran que no se oponga a la santa Regla con la aprobación y bendición de los Prelados para gloria de Dios, considerándonos obligadas a trabajar en la Iglesia de Dios, en la forma que a él plazca.

La vida capuchina siguiendo, el consejo que la seráfica Madre dio al santo Padre, que ya dejamos copiado, abre campo a todo cuanto la santa Iglesia exija de sus hijas, las que pone en el principio y fin de su Regla bajo su dirección y amparo "como igualmente a los sucesores de nuestro padre san Francisco".

Y así como nada nos dice de colegio, tampoco lo prohibe, dejándonos sujetas a los sucesores del santo padre Francisco. Consultando a un santo padre nuestro este asunto, si sería contrario al espíritu de nuestra Regla, nos contestaron que aprobándolo la Santa Sede cuenten la aprobación y cooperación de nuestros Padres, pudiendo conservar íntegro el espíritu de la santa Regla, recopilado en su Testamento, riquísimo tesoro que sus hijas reciben con especial cariño en estas palabras:

"Por tanto, con las rodillas en tierra, y del alma, y con el cuerpo inclinado, encomiendo a todas mis hermanas, presentes y futuras, a la santa madre la Iglesia Romana y al Sumo Pontífice, mayormente al Sr. Cardenal que a la religión de los Frailes Menores y a nosotras fuere diputado, que por amor de aquel Señor que pobre fue puesto en el pesebre, pobre vivió en el mundo y quedó desnudo colgado en la cruz, siempre críe, favorezca y haga perseverar en la santa pobreza que al Señor prometimos a esta su pequeña grey, que el Padre Eterno engendró en su Iglesia por la palabra y ejemplo del muy bienaventurado padre nuestro san Francisco, para que siguiese la pobreza y humildad de su amado Hijo, y de la gloriosísima Virgen su Madre" (Testamento de Santa Clara, n.7).

Siendo esto hermosísimo, que nos dejó como su última voluntad y espíritu en su Regla y Testamento, parece que ahora siendo tan violenta la ambición de riquezas y placeres que todo lo invade, asolando hasta los más escondidos senos de la tierra que todos van tras ellas sedientos de una felicidad que da tormentos, el Padre de misericordia nos envía a su heredad, que es la Iglesia, a que la desconocida y pequeña semilla de la penitencia y sacrificio la derramemos en el amor de los niños, para que echando raíces, críe fuerza con el ejemplo, y con el fuego de la adoración se derrita el hielo de la indiferencia religiosa... y ganando las almas de las que después serán madres, ellas lleven tras sí a los suyos por el verdadero camino que les lleve al cielo. Si Jesús nos pide que trabajemos en su viña y que del vino que él nos da en la santa Eucaristía, lo comuniquemos con doctrina y ejemplo en la educación moral de la juventud, embriagando las

almas de ellas, llevándolas suave y dulcemente a la divina bodega del Sagrario... Entrando en ella ¿quién no sale tomado?... ¡Bendita sea mil veces la santa Eucaristía!

¿Cómo compaginar la educación, sin que padezca detrimento nuestra vida de contemplación? Jesús nos parece que tranquilizando nuestras dudas nos dice lo que a sus Apóstoles: “En la casa de mi Padre hay muchas moradas: os voy a preparar un lugar a fin de que estéis donde yo estoy: Tened confianza en mí que os he escogido y vencido el mundo” (cf. Jn 14,2ss.)

Estando llamadas las capuchinas adoradoras de Jesús Sacramentado a extenderse por todo el mundo, como el pequeño grano de mostaza en el jardín de la santa Iglesia, no nos atreveríamos nunca a negarnos a las súplicas de un pueblo que nos pida la enseñanza, comprendiendo que las circunstancias de frialdad e indiferencia van apagando la fe hermosísima de nuestros padres.

El alma de una capuchina adoratriz, que dedica toda su fuerza a la santa oración al pie del santo tabernáculo, desde donde recibe a torrentes, luz, bendiciones, gracia y fortaleza, con las armas de la oración y penitencia, vendría muy bien a imprimir su espíritu de fe en las almas inocentes de la niñez, imprimiendo en ellas, como fuego de amor, el amor de Dios y del prójimo que regenera el mundo, siempre que la Santa Sede lo bendijera y aprobara. Con la autorización del dignísimo Prelado diocesano, podría compaginarse la enseñanza de tal manera que no alterase en nada el régimen de nuestra adoración y vida capuchina y sería la Eucaristía para la enseñanza como néctar maternal que nutriría las almas con dulzuras y amor de madre a sus pequeños hijos, el amor de sus almas.

Saldría la capuchina eucarística de la santa adoración llena el alma de amor divino a imprimir el fuego de su amor y caridad en el corazón y alma de los niños, inculcándoles el fuego regenerador de la fe cristiana, tan apagada en nuestros días, con el fuego de la sagrada Eucaristía.

Sean las capuchinas adoradoras en los colegios, como el ángel del desierto, que habiéndose criado entre los rigores de la más austera penitencia, aquel admirable solitario escondido hasta entonces en lo interior de las montañas, a los treinta y un año recibió la orden de empezar a cumplir su alta misión de Precursor del Mesías, porque había vivido en la tierra más como ángel que como hombre. Que de él dijo Isaías: “Él era aquella voz poderosa que sonó en el desierto y enseñó a los Pueblos cómo se habían de disponer para recibir al Mesías que ya estaba entre ellos” (cf. Jn 1,23; Is 40,2ss).

Entre nosotras está y vive diariamente en la santa Eucaristía el Mesías deseado de los siglos, el divino Redentor, nuestro adorable Jesús.

¡Cuántos se extrañarán que habiendo tan innumerables institutos de enseñanza, con los últimos adelantos, vengan unas pobres penitentes del desierto de la clausura a enseñar, estando

necesitadas de ser enseñadas!... Llenas de gran fe y santa humildad, digámosle lo que el santo Precursor contestó a los que interrogaban si era Cristo, Elías o algún Profeta: “Yo soy el que viene del desierto a preparar y disponer los caminos por la penitencia y el bautismo que doy, los corazones y los espíritus, para que reciban dignamente a aquel que viene a salvarlos” (cf. Jn 1,23).

¿Cómo se prepara a la venida del justo Juez?... Con deleites y regalos, saciándose en la iniquidad y en el pecado... ¿Por ignorancia?

¿Cómo negarnos, hermanas mías, al imperio de aquella voz divina que del fondo del tabernáculo parece nos dice: “Id a trabajar en mi viña, salid de vuestro retiro y abstracción, cubiertas de cilicio, y enseñar a los pueblos el camino... Que crean en mí y se preparen por la penitencia a mi venida, no ya con los dulces atractivos de tierno Infante, sino lleno de majestad, como Juez de vivos y muertos. Que quiero salvar todas las almas redimidas con tan gran precio... [Por] la misericordia y compasión de mi Corazón quiero facilitarles todos los medios, haciendo que vuestros sacrificios, adoración y penitencia sea el camino por el que vengan a mí que soy Verdad y Vida, y me abraso en amor de sus almas, que quiero salvar a costa de las almas justas que sacrificando la dulce paz de su retiro... atraigan a mí, con dulces cadenas de amor, manso y humilde, que derramará mi Corazón en vuestras almas... y vosotras que aprendisteis en mi escuela, bajo el profesorado de mi amado siervo y gran maestro de humildad Francisco de Asís, y así como en su siglo regeneró la sociedad su ejemplo de humildad y penitencia, vosotras que os abrazasteis a su espíritu, contendréis el mal en los corazones inocentes, atrayendo sobre vosotras la predilección de mi Corazón, con especiales gracias y el singular auxilio de mi Madre Santísima bajo cuyo amparo os encomiendo viváis, como dejé encomendados a mis discípulos cuando salí de este mundo al Padre, para que ella fuese su Maestra, luz y consuelo que les fortaleciera en sus trabajos apostólicos”.

Este es, amadas hermanas en Jesucristo, el fin único que hemos de buscar en la adoración perpetua, caldear nuestras almas en el fuego divino de la santa Eucaristía, abrasarnos en los divinos amores que nuestro seráfico Padre sentía cuando recibió del serafín las llagas del divino Crucificado, que salía por el Alvernia como loco clamando con amargas lágrimas aquel amoroso gemido de su alma endiosado: “¡El Amor no es amado, el Amor no es amado!...” ¿Cómo abrasó los corazones de tantas almas que le siguieron sin más divisa que el fuego de su ardiente caridad?

Ahora, hermanas carísimas, nos dice señalándonos el camino en la santa Eucaristía: “Hijas mías, el Amor no es amado... Prended con el fuego que recibís en la santa Eucaristía, las almas de los niños grabando en sus tiernos corazones el fuego del amor divino que consume y purifica las pasiones antes de despertar”. Esta llama divina sea la Eucaristía, sea la brasa de fuego que el serafín purificó los labios del profeta Isaías y quitó todas sus imperfecciones.

Mucho ánimo, hermanas del alma, si Jesús lo quiere, y está con nosotras, ¿a quién temer?... Si él nos llamó y trajo con amorosa providencia a su servicio, y le seguimos por solo su amor a su santa casa, nos resta sólo seguirle. Nos pide ahora trabajar en su viña uniendo a la oración y penitencia el trabajo en la salvación de las almas; no nos neguemos. También a sus Apóstoles los previno con la oración y retiro, después los envió a trabajar. Aquí nos tiene. Anímense con aquella promesa a Santiago: "Aquel que aparte del camino de perdición a un pecador, salvará su alma de la muerte, y borrará la multitud de sus pecados" (Sant 4,20).

¡Qué consuelo que Jesús quiere le ayudemos a la obra de su Redención! Ya san Dionisio dijo: "De todas las cosas divinas la más divina es cooperar con Dios a la salvación de las almas". ¡Qué dicha, que Jesús nos mire con la dignación que miró aquellos pobres pescadores que sólo sabían de redes y pesca. Él, que los llamó a ellos, nos llama a nosotras, pobres e ignorantes. Él les enseñó lo que tenían que predicar; también cuidará de sus capuchinas enseñándoles a cumplir su adorable voluntad, antes escondidas, ahora enseñando, mañana aprendiendo, y siempre amando y sirviéndole de todo corazón. De cualquier modo que quiera, nos encuentre dispuestas a morir en los mayores tormentos antes que ofenderle, en la seguridad que para nosotras será aquella promesa del Espíritu Santo: "Los que enseñan la justicia a un gran número de hombres, brillarán en toda la eternidad como las estrellas del firmamento".

Amén.

"Normas"

1º. Junto al Convento háganse unas clases...[41]

L6 C23 (111-118)

41 Así termina este cuaderno.

LA DIVINA PROVIDENCIA
MANIFIESTA SU
ADORABLE VOLUNTAD

Notas y fechas
Desde el 6II16, hasta el 15 de abril de 1925

El día 17 de septiembre del año 1894, al terminar la elección, que salió electa canónicamente la R. M. Carmen de San Gabriel, después de despedir al Excmo. Sr. Arzobispo, D. José Moreno Marón, y a los tres señores que con el R. P. Provincial de Capuchinos, R. P. Ambrosio de Valencina, presenciaron la elección como escrutadores y testigos, quedó el P. Provincial en el locutorio dándonos una plática y exhortándonos al amor y caridad que debía reinar en una comunidad de capuchinas.

El R. Padre, que nos amaba con predilección, encendido en aquel amor divino que le abrasaba el corazón nos pintó el cuadro de la comunidad en esta forma: "Veo vuestras almas, hijas mías deseosas de la mayor perfección. Os confío sinceramente que os conozco a todas, y encuentro en vuestras almas virtudes muy dignas de que Jesús se complazca de vivir muy satisfecho de cada una de vosotras. No os disgustéis, os diré lo que Jesús me hace ver en vosotras... Cada una en particular la veo de una belleza incomparable... He querido coger esas flores para hacer un ramo a Jesús, y al cogerlo para colocarlo en el Corazón divino y encerrarlo en su Corazón, Jesús entristecido quería retirarlo de Sí. ¿Sabéis por qué? Porque no hay en vosotras esa caridad perfecta que Jesús encargó como última voluntad en aquel "mandatum do vobis..."[42] y entended que si no reformáis la caridad, el Señor os va a castigar; aunque me consoló mucho un sueño que tuve anoche sobre una consulta que me hizo la madre maestra..."

Y con toda la gracia que Jesús derramó en aquel bendito padre, decía (dirigiéndose a la maestra de novicias): "¡Madre Sacramento! ¿lo cuento?... ¡Allá va!... Iba en ferrocarril rezando en mi breviario y al pasar por un campo me sorprendió ver a usted arando... y que dos ángeles muy hermosos iban detrás echando la semilla... y vuestra caridad iba muy triste cantando los dos últimos versículos del Salmo 125,6: "Euntes ibant et flevant, mittentes semina sua. Venientes autem..." etc. Llorando iban al lugar de su cautiverio, como el labrador que siembra forzado una tierra que le parece infructuosa. Pero muy presto saldrán de ella contentos, y cargados de los frutos de sus trabajos y paciencia".

La madre Sacramento, que era muy lista y sufría horrorosa persecución en una novicia única que tenía, y que la comunidad quería echarla ingeniando causa y razón, había manifestado al R. Padre que conocía la insistencia de la comunidad en despedir a la novicia, y veía a la maestra

42 Jn 13,34.

sufrir en ver frustrarse sus trabajos en la educación de aquella novicia que ella tanto amaba; creía que su gestión de maestra era perdida y debiera renunciar su oficio por el poco fruto que daba su trabajo. Creyó que aquel sueño del varón de Dios se refería a lo que ella le había consultado... sobre la resolución que tenía.

La comunidad ignoraba lo que la madre Sacramento sabía, pero Dios hizo que aquel sueño que con tanta gracia... y espíritu de Dios lo entendiesen... y la comunidad cambiara en todo recibiendo gustosa y unánimes la novicia a la profesión con gran entusiasmo y cariño, esperando que aquella tierra cultivada como infructuosa daría óptimos frutos de buenas obras después...

Esta novicia profesó y después de quince años la eligieron abadesa y *padeció* y fue muy ingrata al Señor muchos años y como el Señor la amaba mucho, la probó con muchas enfermedades y trabajos, y cuando gemía bajo el peso de una persecución horrible y llena de dolores, el día 6 de febrero de 1916, de 1 a 3 de la tarde, estando adorando al Santísimo Sacramento (en el Jubileo Circular) que estaba en su Iglesia, el Señor se dignó manifestarle lo siguiente al empezar vísperas, al empezar el Santísimo[43].

Quedó privada del sentido y fue en espíritu trasladada a un campo hermosísimo, por muy largo y penoso camino, conducida por un ángel llegó al fin a una solitaria iglesia en donde fue recibida, por un ejército de santas religiosas que la recibieron con palmas en la mano y coronas y llegando a las gradas del presbiterio se arrodilló a adorar a la sagrada Eucaristía, al lado del evangelio estaba un venerable religioso con un libro en la mano que colocó sobre la cabeza de esta religiosa, y al lado de la epístola había dos vírgenes hermosísimas que tomando una de ellas la sagrada custodia la colocó sobre el ara de la santa Regla que sostenía san Francisco sobre la cabeza de la feliz religiosa y que la más hermosa de las dos vírgenes le decía: "Aquí quiero muchas almas que adoren a mi Hijo santísimo día y noche con la oración y penitencia por los pecadores que provocan la ira divina... y Él será vuestro amparo y defensa y yo vuestra Madre y Abogada".

Inexplicable es la luz, consuelo y vida que esta alma recibió, hasta el punto de haber quedado por mucho tiempo sin que sintiese más vida que el amor fuerte e invencible que la hacía vivir como fuera de sí, y de continuo se preguntaba: ¿corazón mío, dónde estás, en dónde vives?... ¡Oh sabiduría incomprensible de Dios! ¡qué grande eres! Bendito seas.

Hacía cinco años, que muy parecido a esta visión le manifestó el Señor su voluntad en la noche del 19 al 20 de marzo que se celebraba con gran solemnidad el Centenario (VII) de la fundación de la madre santa Clara. En ninguna de las dos ocasiones pude entender cuál era el sitio destinado por la Divina Providencia para levantar el trono de adoración a Jesús Sacramentado. Mi confesor y director me humillaba mucho creyéndome ilusa, lo mejor que podía pensar de mí. Después de esta segunda visión el director empezó a creer, fuese voluntad del

43 La M. Trinidad añade: *al empezar Vísperas, al empezar el Santísimo.*

Señor ayudase eficazmente a mi alma, porque llevaba tiempo de sentir en el santo sacrificio de la Misa un fervor extraordinario, y entendía que la Divina Providencia le confiaba esta obra de adoración y desde entonces no perdonó sacrificio por ayudarnos y así estuvimos con grandes luchas y dificultades hasta el año 22, que vino de arzobispo de Granada el Sr. Obispo de Almería, D. Vicente Casanova y Marzol.

Antes de venir a Granada apenas fue preconizado arzobispo, envié a nuestro Sr. Capellán, D. Víctor Ruiz Casas, con una memoria pidiéndole nos ayudara a la fundación que teníamos en proyecto desde el año 1915 o nos concediera la adoración perpetua en San Antón como veníamos pidiéndola desde el año 1912. Le contestó afablemente que cuando viniese a Granada y conociera bien el asunto me concedería lo que le pedía.

Antes de ser obispo, por el año 1905, vino D. Vicente Casanova a decir la santa Misa en nuestro convento de San Antón (siendo abadesa la madre Amalia del Pilar) por encargo que le hizo el Sr. Obispo de Madrid, D. José Salvador Barrera, antiguo confesor y amigo de la madre Amalia del Pilar.

En efecto, D. Vicente Casanova, entonces párroco de Madrid, cumplió el encargo de su Obispo viniendo a celebrar en nuestra iglesia y desayunar en el locutorio; por entonces le servía a la madre Abadesa como de Secretaria particular la que suscribe, y me encargó la Madre fuese a saludarlo mientras desayunaba en el locutorio, y después de cumplir con los encargos del Obispo, nos manifestó el amor y simpatía que tenía a las capuchinas por tenerles mucho cariño a las de Madrid, de quien había sido acólito, capellán y confesor.

La Madre le invitó, si quedaba algún día más en Granada, volviese al día siguiente a darnos la sagrada Comunión y decir la santa Misa y en efecto, lo hizo con gran consuelo de mi alma, aquella Comunión fue muy fervorosa, no sé qué sintió mi alma de extraordinario... Como siempre tuve vehementes ansias que las religiosas de San Antón tuviésemos la adoración perpetua, me pareció que en los momentos de elevar la sagrada Hostia en la santa Misa me decía el Señor: "Este Prelado os concederá la adoración a Jesús Sacramentado". Se lo dije a la madre Abadesa, y me dijo: "No seas tonta hija mía, es que sueñas..., si este Sr. no es más que párroco de Madrid"... Creía el ciego que veía y es la gana que tenía... rendí mi juicio y creí como me decía la Madre, aunque lo que sentí de secreta devoción no se me borró nunca...

Dos o tres años después le hacían obispo de Almería, el mismo año que a mí me obligaba el Rvdmo. Sr. Meseguer a tomar el cargo de abadesa, y al saber que le nombraban obispo de Almería pregunté: ¿hay capuchinas en Almería? y me dijeron que no. Entonces empecé a creer si aquello que me decían ilusión sería que el Sr. Obispo fundaría capuchinas en Almería.

Pasaron los años... hasta que vino a Granada, y en la segunda visita le dije lo que me pasó cuando vino a decir la Misa de párroco... me oyó con atención y me dijo: "¡Ya veremos!... si Dios lo quiere, me gusta mucho la idea, dispuesto estoy".

Cuando empezamos a la obra se presentaron tantas dificultades y algunas tan graves... Que vino y me dijo: "Hija mía, no es voluntad de Dios se haga fundación por ahora. Vamos a hacer aquí lo que podamos y no piense en otra cosa; ofrezca todos sus deseos al Señor con entero entregamiento de su voluntad en la del Señor no queriendo otra cosa que su divino querer".

El 23 de octubre de 1923 (había Jubileo), al recibir al Señor se me presentó en la Cruz desgarrado y lleno de sangre y heridas (en la misma forma que le vi el primero de septiembre al recibir los Santos Sacramentos el 1915) y me dijo (con acento de dolor y amorosa queja): "Y ni mi sangre te mueve a compasión... Tú que tanta me has hecho derramar con tus infidelidades y pecados... ven y bebe en mis llagas... y con esta sangre escribe al Prelado, que él entenderá mi voluntad, es el escogido por mi Corazón para llevar a cabo lo que te vengo pidiendo tantos años: quiero conventos de capuchinas adoradoras que uniendo la oración y adoración a la penitencia y vida de abstracción y recogimiento se consagren a la continua adoración de mi amor sacramentado abandonado en el Tabernáculo. ¡Tengo sed de almas!... No cierres la puerta a cuantas soliciten vivir esta vida con verdadero espíritu y amor. *Yo seré vuestra custodia y amparo*. No temas, yo estaré contigo, siempre que tú perseveres unida a mi voluntad y abismada en el conocimiento de tu nada y a mí sólo atribuyas todo lo bueno y grande que quiero hacer con vosotras desde el momento que os consagréis a reparar y adorarme en la sagrada Eucaristía en espíritu de víctimas con verdadero amor y sacrificio voluntario de abnegación". Salí decidida a escribir al Sr. Arzobispo lo que me pareció quería el Señor manifestado tantas veces y de tan distintas maneras, pero aquel día me comunicó un valor y decisión, que sin consultar a nadie quería hacerle una manifestación humilde y sencilla al Sr. Arzobispo, segura que él me haría ver la voluntad de Dios; y si todo era ilusión me resignaría a obedecer sin volver a ocuparme más de adoración ni en el convento ni en fundaciones.

Aprovechando todo el tiempo libre escribí cuanto sentía, y me pareció que mi madre santa Clara llevaba mi pluma y decía más de lo que pensaba. Estando en el Santo Rosario para la Reserva, me avisaron que un señor a quien yo le había indicado los deseos que tenía de la adoración y las grandes dificultades que encontraba y se asoció mucho a mis deseos, venía a aconsejarme por qué no escribía al Prelado mis deseos, mis luchas y los años que llevaba trabajando sin encontrar una solución... y tampoco me quedaba tranquila, le contesté que acababa la carta en aquellos momentos, que si él se la quisiera presentar a S. E. seguramente la recibiría mejor (era D. Ricardo Pérez Reche, sacerdote ejemplarísimo de reconocida virtud y caridad). No bien habíamos acabado estas palabras, siento llamar a la tornera, acudo y ¡qué asombro! era el Sr. Arzobispo (sin esperarlo) que llamaba a la madre Abadesa para hablarle a solas de un asunto... ¡Dios mío!... cómo acudís a la necesidad sin más intervención humana que la divina.

¡Cómo me impresionaban aquellos planes de la Divina Providencia!... D. Ricardo se retiró

enseguida, diciéndome, entréguele usted su carta en propia mano, y ruéguele usted que la lea con atención... Pero, ¡oh bondad y amor del Padre Celestial que así obráis sin que nadie pueda investigar vuestros juicios!... ¡El Sr. Arzobispo venía a contestarme a aquella carta que no había salido de mis manos!... y como si la tuviese delante me contestaba con un espíritu todo de Dios; y me ofreció ayudarme a todos mis deseos, siempre que conociera en ellos la voluntad de Dios... y me dijo: "No es necesario me dé la carta ya he contestado a ella. Ahora usted escriba las Constituciones que le parezca debe abrazar la comunidad, caso que veamos se puede implantar aquí la adoración, y yo las estudiaré.

A los pocos días volvió otra vez y me confesó no estaba tranquilo, sentía como yo el deseo que las almas religiosas se acercaran al fuego de la sagrada Eucaristía y creía ser la más hermosa misión que el Señor nos daba, adorarle y como víctimas inocentes nos ofreciésemos al Señor por los pecadores: y que le hiciera una solicitud y se la enviara pidiéndolo a Roma. Pero las monjas del consejo se negaron creyendo ser una carga más sobre la que teníamos de Regla. Entonces me dijo: haga usted lo que pueda buenamente en esta comunidad, y esperemos en Dios, que si lo quiere, Él allanará las dificultades.

Yo le referí cómo el año 16 habíamos tenido un ofrecimiento de la Sra. Dña. Rosario Solís de Pérez de Herrasti, condesa de Padul, de hacernos una fundación de capuchinas adoratrices eucarísticas en la Alhambra, ofreciéndonos restaurar el antiguo convento de nuestro padre san Francisco o donándonos un palacio de su propiedad (o de su marido) en la cuesta de Gomerez, a la entrada de la puerta de los Granados, y que cuando tenían avisado a un arquitecto de fuera que hiciera los planos para la iglesia, y todo ofreciéndonos rentas pingües para el sostenimiento de 25 monjas, me pareció una noche ver al seráfico padre san Francisco que me reprendía severamente y que me decía: Esta fundación que proyectas hacer con tanto dinero no es del agrado de Dios, ni conforme con el espíritu de mi Regla y, como el mayor favor que quiero hacerte haré que no llegue a efecto y que el Señor en su misericordia no permitirá que hagáis ningún convento con grandeza humana y dineros, que es contrario al espíritu de Jesucristo. Se cumplirá tu deseo de que seáis capuchinas adoradoras y víctimas de Jesús Sacramentado, pero será en pobreza y trabajos que son las obras más gratas a Dios en donde no se busca más y únicamente que la gloria de Dios. De lo demás el Señor lo dará con añadidura.

No quería dar crédito a esta chifladura, cuando viene mi director y padre diciéndome que los Sres. Condes le habían dicho que desistían de la fundación, y habían escrito a la Excma. duquesa de la Conquista para que recogiera de la Nunciatura la solicitud enviada a este fin, porque les había puesto el Sr. Arzobispo una condición que ellos no aceptaban, por lo que creían no ser voluntad del Señor se hiciera la fundación, y sólo dio la Señora 25.000 pts. echándose fuera por completo. (La condición creo fue que yo no iría porque la comunidad le había pedido no me dejase ir).

¡Qué bueno es el Señor!... que confunde y abate a los grandes de la tierra, y levanta a la miseria y nada para obrar en ella con infinito amor y misericordia!...

Con esta serie de contradicciones había desistido totalmente, *de todo*; y tranquilamente me desentendí, dedicándome exclusivamente a que mi corazón volara al Sagrario, y allí encontré mi ilusión mi amor y mi vida. El Sr. Meseguer (arzobispo de Granada entonces) vino a visitarnos y me dijo: Es usted muy joven, esperaremos el resultado de madre Teresa en su fundación en la Granja y si resulta bien después la hará usted. Acepté gustosa y no volví a pensar más en fundación porque así me lo ordenó el padre director.

Pasaron algunos años, murió el Sr. Arzobispo y por motivo de la gravísima enfermedad yo había renuncia al cargo de abadesa; y consagré aquellos tres años a mi alma consagrándome a la oración, recogimiento y humildad, sufriendo las *mayores pruebas imaginables* y cuando el Señor quiso, en un momento cambió las voluntades y me eligieron por tercer trienio de abadesa. Escarmentada, y avisada de todo lo que el Señor quería entendiese, que era no querer ni buscar en todas las cosas, que hacer la voluntad de Dios. Acepté a ruegos del capellán de la comunidad y confesor ordinario me obligaron a aceptar la carga de la prelacía. Y sólo pensé en obrar con amor y caridad por santificarme, santificándolas a todas; y el Señor me hizo sentir grandes mercedes y gracias que me unían íntimamente más a su adorable Corazón con la sagrada Eucaristía.

Llegó el año 1921 y esperábamos con ansias el nuevo arzobispo y sentí gran consuelo y me pareció que en visión intelectual vi al Sr. Obispo de Almería y que dándome el báculo me decía anda y cuida ese rebañico y llévaselo a Jesús, y con este báculo espantarás a Satanás... se lo dije al confesor que vino aquel día (D. José María Reyes) que me dijo: "Bueno hija pida usted mucho al Señor que sea un santo prelado y no piense en más".

A pesar que [a] mi director le quería mucho porque me ayudaba a santificarme *humillándome mucho*, no quería hablarle nada que tuviese relación con fundaciones porque así me lo mandaba, y quedé tranquila. Pero la primera noticia que estaba preconizado el Sr. Obispo de Almería para Granada fue [d]el Sr. Reyes (el confesor ordinario).

Cuando vino la primera vez el Sr. Arzobispo yo no le dije nada, pero sentía en mi interior una convicción que era él, que nos pediría la adoración, que al acercarme me entusiasmaba, el Sr. Arzobispo sin duda recordó la visita que le envié con el Sr. Capellán a Almería, y me dijo ya vendré por aquí y hablaremos, pero no volvió.

Aquel verano me mandó a un P. Capuchino, y al Sr. Cura de Ogijares, D. Antonio Vargas, a decirme, que habían invitado al Sr. Arzobispo a almorzar a la Granja que le habían hablado que quería hacer una fundación de capuchinas en la iglesia de Santa Ana de Ogijares y le habían pedido a S. E. les concediera viniesen a fundar unas capuchinas de San Fernando (Cádiz), la madre sor María Luisa Dávalos y el Sr. Arzobispo les contestó: "No quiero monjas de otra

diócesis, tengo yo aquí capuchinas, vayan a San Antón y hablen con madre Trinidad y que ella les diga si le parece bien, pidan las preces para fundar en Chauchina en una ermita, donde hay una Virgen que le tienen gran devoción, aquí no vamos a hacer una colonia de conventos".

En efecto, acepté humildemente la proposición del Sr. Arzobispo, hice las preces, y el F. y Sr. Confesor se negó a ayudarnos, diciéndome con qué dinero empezábamos la obra.

Era el 14 de setiembre de 1922. Al salir de vísperas me puse de rodillas delante de santo Tomás de Villanueva pidiéndole me diese alguien que nos ayudase a la fundación; una hora después me avisan llegaban unos señores que me traían una limosna de mil pesetas para las necesidades de la comunidad.

A estos buenísimos señores les había pedido una limosna para pagar al panadero, que debía mucho, ¡estábamos tan pobres!... que Jesús se complacía en vernos sin cuidados por el día de mañana y con su providencia amorosísima cuidaba de nosotras con favores muy singulares como éste.

D. Antonio Martínez Victoria y su Sra. Dña. Juana Vargas fueron los señores que vinieron a traerme mil pesetas de limosna, con lo que se acudió al panadero, y me dio ocasión de hablarles del deseo que sentía de que se hiciera un convento de capuchinas adoradoras que tuviesen la obligación de adorar al Santísimo Sacramento, y fuera su ideal y vida la Eucaristía; en una palabra, ser las pequeñas víctimas de amor que he anhelado toda mi vida, la adoración a Jesús Sacramentado... ¡Les gustó tanto la idea! que me ofreció volver otro día sola, como en efecto volvió al día siguiente: ¡No podía esperar, aquel alma tan de Dios, no podía esperar; el Señor había tocado muy al vivo aquel alma tan amada suya!

Su visita y conferencia, parecía preparada por el Corazón adorable de Jesús, y más que con una criatura la veía encenderse tanto con el amor que llegó a ofrecerme ir al Sr. Arzobispo y ofrecerse a hacerlo todo si el Prelado se lo decía.

En efecto, al día siguiente de esta conferencia, en octubre del año 1922, se presentó al Sr. Arzobispo con su marido D. Antonio Martínez Victoria. El Sr. Arzobispo, D. Vicente Casanova y Marzol, los recibió con tanta benevolencia y cariño, que el noble y piadoso matrimonio sintieron ese entusiasmo que Dios da a las almas que prepara para *un fin especial* que la Divina Providencia tiene decretado ya, y las conduce de tal manera a ese fin, que se sienten como llevadas suavemente al plan divino, y van mucho más allá de lo que se les puede ocurrir.

El mismo día volvió al convento la señora sola a comunicarme todas sus impresiones... ¡con un entusiasmo y fervor!... que de rodillas y con mi santo Cristo sobre la rejilla del locutorio (nuevo) la oía emocionadísima y llena de gratitud ¡Dios mío, cómo obras cuando quieres realizar los planes de tu Providencia divina sin que nada sea capaz de estorbarlo!... ¡Bendito seas, Señor de cielos y tierra, porque tu poder y bondad se extiende hasta este vil gusanillo de la tierra que tanta sed siente de que las almas vengan a Ti y beban en esta fuente viva de la sagrada

Eucaristía, que es la vida de las almas redimidas con tu preciosa Sangre!...

Doña Juana Vargas, toda entusiasmada me decía así: "¡Madre mía, venimos de ver al Sr. Arzobispo mi marido y yo, y no sé hasta a dónde hemos ido...! La verdad, que he visto a Nuestro Señor obrar a su gusto en nosotros, llevamos diez mil pesetas que entregamos al Sr. Arzobispo para que empezara la obra, y S. E. nos habló con tanto interés, y tocó al corazón de mi marido y al mío, que nos hemos ofrecido a todo, y confío que él lo hará todo, y si después de hacer este convento quiere otro, mis rentas todas para él han de ser; lo que el Señor quiera de nosotros aquí nos tiene". En efecto, empezaron la obra y no tuvimos que ocuparnos de más. Ella misma ayudó a hacer el plano, de su cuenta corrió el ir a ver las obras y dirigir la forma y orientación que le dieron a las celdas, coro, refectorio etc...

Se bendijo solemnemente el sitio y pusieron la primera piedra el Sr. Arzobispo acompañado de su sobrino, D. Juan Cuenca, canónigo y confesor nuestro, D. José López y D. Ricardo y algunos más, el Sr. Párroco de Chauchina, D. Antonio Vargas, llevado allí por S. E. para que ayudase a la fundación y el día 24 de abril de 1923, día de san Fidel de Sigmaringa, capuchino, quedó puesta la primera piedra con una Virgen y un Sagrado Corazón, con la fecha de aquel día que D. Ricardo Pérez Reche nos preparó y el mismo entregó al Sr. Arzobispo para que la colocara en aquel sitio santificado el año seis por las plantas benditas de Nuestra Madre Santísima del Espino.

En el 1923, el día 18 de mayo, día de san Félix de Cantalicio, Capuchino, empezó la obra del monasterio que había de ser el primer trono de adoración que se levantaría por las comunidades contemplativas y capuchinas de Granada en Chauchina. ¡Bendita sea la hora, mi Jesús dulcísimo, que abriste aquella nueva morada donde estableciste tu trono de amor, para que tus víctimas... te adoren en la Hostia consagrada, desde donde nos miras con ternura y amor inexplicable! ¡Oh sí, mi Jesús dulcísimo... nos parece mentira veros ya levantar el trono de amor que soñé toda mi vida!...

¿Será posible, Jesús de mi alma, que llegue ya a ser perfecta realidad, que tus capuchinas sean tus víctimas que te adoren en el Santísimo Sacramento del Altar... y que durante muchas horas estemos a tus pies recibiendo tus resplandores de fuego y de luz que atraigan a Ti muchas almas santas... en este pequeño recinto, donde te busco con ansia para colocar el nido de tus palomas, en la soledad más sublime de tu Tabernáculo, que nada es capaz de turbar el silencio y paz del alma?...

Tu eres mi Señor, y mi Jesús, rey y dueño mío el que allí estarás siempre con tus esposas, que quieren ser tus víctimas, que a tus pies anonadadas te adoren con amor y entusiasmo... ¿Las conoces ya, Jesús mío?.. ¡Tus capuchinas de Granada en Chauchina!... y de aquel nido, fortalecidas en tu amor eucarístico saldrán a poblar muchos!...

¡Oh mi Jesús Eucaristía! Cuando veo que las almas se alejan de Ti y te ofenden... se me

despedaza el alma, y querría recoger muchas y muy puras y penitentes... que te consolaran siempre y te adorasen con un gozo y alegría sin fin. ¡Oh qué hermosura la de Jesús en la Eucaristía!... Cuántas riquezas nos da su divino Corazón cuando nos acercamos a la santa Hostia... ¡qué embeleso! ¡qué dulzuras!... ¡qué primores de amor recibimos de Ti, Jesús mío, Hostia santa y bendita!

¡Sé, Jesús mío, que para ser tu adoradora necesito ser muy pura... porque he de vivir unida a Ti siempre por medio de la blancura de una conciencia pura y recta... depurando en absoluto todo afecto que no sea puro, para no avergonzarnos ante tus ángeles, que han de ser nuestros compañeros adorándote como ellos, y volaré sin tocar las cosas de la tierra, a llevar y comunicar a las almas los tesoros de amor que tu reservas en tu altar santo a las que quieran venir a vivir contigo... y gozaré indeciblemente cuando sepa que millones de corazones se postran a adoraros en la santa Eucaristía!...

Tú, mi Jesús, ves mi corazón lleno de ingratitudes y miserias, pero que quiere amarte con humildad, con pureza, con sacrificios, quiero, Señor vivir crucificada contigo siempre; más quiero amarte, que te puedan amar todos los corazones de mil mundos... Yo sé, que el mayor amor lava los mayores pecados, y cómo soy toda una miseria, que no tengo más que pecados, y que puedo condenarme; quiero perderme en tu Corazón divino, para que cuando me llame tu ángel a juicio no puedas condenarme porque me lavaste Tú mismo en tu Sangre divina. ¡Jesús mío... antes de separarme de Ti, humíllame!... y dame humildad y concédeme ser desconocida y despreciada, para ser más amada de tu Corazón adorable. Amén.

L1 C1 (71-91)

Cartas recomendaticias del Sr. Cardenal

En el año 1923 se erigió un convento en Chauchina de religiosas del convento de capuchinas de Granada, que pedían la adoración perpetua al Santísimo Sacramento y el gobierno general de las congregaciones de mujeres, con el nombre de Capuchinas Adoradoras del Santísimo Sacramento, viviendo en comunidad, emitiendo las novicias que pedían unirse a la nueva fundación los votos temporales, y después solemnes los votos de pobreza, castidad y obediencia con la obligación de adorar al Santísimo Sacramento solemnemente expuesto, buscando al calor de la Eucaristía su propia santificación que esta especialísima devoción a la sagrada Eucaristía ofrecida en reparación de las injurias y profanaciones que recibe el Corazón dulcísimo de Jesús en tan augustísimo Sacramento.

Dichas religiosas miran particularmente a procurar buena educación religiosa y social a las niñas de la clase pobre y abandonada con especialidad, y preparan a las que llamadas por vocación especial del Señor a las misiones de África y Oceanía.

Hace algunos años que la Abadesa del convento de San Antón puso en conocimiento

del N. Stmo. Padre el Papa Pío X, por medio del Emmo. Sr. Cardenal Merry del Val los deseos de algunas religiosas que deseaban se estableciese en aquella Comunidad de vida contemplativa el culto perpetuo a la adoración de la santísima Eucaristía, el gobierno general y noviciado común, con una escuelita de niñas pobres internas de las recogidas en la gran guerra.

Por lo cual pedía ardientemente las tres gracias expresadas, adoración perpetua, el gobierno de las congregaciones y un internado de pequeñas niñas abandonadas, pidiéndole a Su Santidad se dignase enriquecer aquella Comunidad, dándole por lo menos algún testimonio de benevolencia por parte de la Santa Sede en la seguridad que había de ser muy oportuno para promover el incremento de muchas vocaciones, y serviría para excitar más y más a las religiosas a trabajar para alcanzar el fin que se han propuesto. Y habiendo leído atentamente sus deseos presentados y leídos por su Eminencia el Cardenal Rafael Merry del Val, Secretario de Estado de S.S. Pío X, contestó a la dicha Abadesa:

"Nuestro Santísimo Padre Pío X, teniendo en cuenta las letras comendaticias de los Prelados de la Diócesis donde se encuentran y del Sr. Cardenal Arístides Rinaldini y queriendo otorgar las gracias especiales a la Abadesa y demás Madres que con ella lo solicitan ha tenido a bien contestar que el blanco o fin que se proponen de adorar perpetuamente la S. S. Eucaristía como Adoradoras de Jesús Sacramentado, es digno de ser sumamente alabado y encomendado, aplazando la concesión que solicitan hasta que la Sagrada. Congregación de O. y R. consulten y aprueben con argumentos seguros su firmeza y estabilidad. Dado en Roma en la Secretaría de Estado 25 de junio de 1910 Cardenal R. Merry del Val".

L8 C37 (51-52)

COMO LA DIVINA PROVIDENCIA CONDUCE A SUS PEQUEÑAS VICTIMAS AL LUGAR DEL SACRIFICIO EN DONDE SE INMOLAN Y ADORAN AL DIOS ESCONDIDO EN ESPIRITU Y EN VERDAD

Empezada la obra del pequeño Belén, de la adoración eucarística, las capuchinas preparadas para el sacrificio, empieza ya a verificarse...

Nuestro amado convento de capuchinas de San Antón, que nos recibió con tanto cariño, que nos formó en la penitencia y negación de nuestros gustos, para ser verdaderas capuchinas de las cuales se disponía hacerlas sus adoradoras en verdad y en espíritu, ¡dándose cuenta que aquellas, que a ellas hicieron buenas, cuando venían llenas de imperfecciones y miserias... habían de separarlas... como el que corta una rama cargada de frutos a un árbol frondoso del que había recibido su savia!... *Resentido*, como es natural, empezó la oposición, cariñosa y fraternal, capaz de hacer desistir a la más fuerte... Un año de continuo penar, a medida que llegaban noticias que el convento se edificaba, arreciaba la tempestad... ¡Oh Dios mío cómo preparabais las víctimas... para el altar que construíais con tan amorosa y especial providencia!...

¡Eran tan santas aquellas buenísimas hijas tan amadas de mi corazón!... ¡tenerlas que dejar!... ¡*imposible*! me decía mi corazón a cada momento, que las veía, o tropezaba con ellas, o venían a pedirme con humildad y con lágrimas que no las dejase nunca; y me contentara, con enviar a la fundación a las que yo quisiera.

¡Cuántas veces, Dios mío, consiguieron convencerme y decidirme, a morir antes que salir de aquella dulce morada en donde viví cerca de 33 años! ¡Besaba aquellos muros que tantos años... me reservaron de los violentos huracanes del infierno, en los días de tempestad... y conservaron con tanto amor mi inocencia, sin que ladrón alguno tocase las riquezas con que el Rey divino de cielos y tierra adornó mi pobre alma... cuando codició su hermosura el día del bautismo... y en mi profesión religiosa!

Sentía, como si me arrancasen el alma, dejar aquellas santas religiosas que con tanto amor e interés me formaran para el servicio del Señor... y yo tan ingrata había de dejarlas en el mayor dolor. ¡Oh Jesús! mi amor y mi vida, *ven*, y aliéntame al sacrificio... todos me detienen aquí presa, ¡sólo Tú me das priesa, bien mío, llamándome a que te siga me dices dulcemente... "Sígueme... levanta tu espíritu... sacude tus alas y vuela en los caminos que tienes a la vista..., corta con generosidad fibra por fibra de tu corazón sensible y afectuoso que te ate y detenga..., es preciso, *destroces* y aniquiles cuantos afectos terrenos, que en el algún punto, te aparten de Mí; recházalo, y deja huir la tentación sin tocarla... y ofrécete a Mí como víctima de inmolación para consumirte como el fuego ante mi altar, amándome por ser quien soy, sin desconfiar jamás de mi bondad que te acompañará siempre. Ven y sígueme: no te crié para el mundo... formé tu corazón, le di vida, lo custodié... ¡*solo para Mí*!..., no te detengas..., acércate a Mí..., a mi

Tabernáculo... recibe mi vida..., acércate hija mía más, y oirás los latidos de mi Corazón que palpita por ti..., y abrazada a mi Cruz busca mi gloria y da a mi Corazón muchas almas que me amen y consuelen!... Quien mucho ha recibido, mucho está obligado a dar; y lo que te di por sola mi bondad, no es para ti sola, es, hija mía, para que por ti vaya a otras almas... Soy delicadísimo en la correspondencia a mis gracias y suelo retirarme y callar cuando encuentro frío en los corazones que amo..., y cuando soy secundario en el amor... me llaman, y no las sigo, ni abro mi corazón..."

¡Oh mi Jesús adorable, vida de mi alma, aquí a tus pies en adoración y amor... oigo las dulces enseñanzas que me dais, antes de consumar el sacrificio... ¡Todo lo sacrifico por Ti!... *Tú lo sabes*... ¡este nido... en donde tantos años gemí al lado de tu Sagrario!... y Tú, mi vida, venías a consolarme y fortalecerme!... lo dejo por Ti; ¡*únicamente por Ti*! porque Tú lo quieres y me lo pides, y me das la mano; y me prometes ser mi fortaleza, mi luz, mi aliento, y mi vida... ¡Jesús mío! ¡tómame en tus brazos!... o llévame de la mano... para que el temor y el miedo no me haga vacilar, y tome caminos extraños... ¡Ven Tú, cielo mío! y ayúdame, para que las almas vean tu trono de amor, tus gracias... tu sed de almas!... y *vengan a Ti* a consolarte y a rendiros adoración y amor!

Encontrábame sí, con la oferta del edificio que había de servir de nido a las capuchinas eucarísticas... pero no habíamos pagado las diez mil pesetas que me prestó un celoso sacerdote, que se ofreció a ayudarme en las fundaciones de capuchinas eucarísticas, que se hicieran, D. José Alonso, coadjutor de Santa Escolástica, fervorosísimo entusiasta de la Eucaristía.

¿Cómo decir este atrevimiento mío, que en esos momentos de fervor no titubeé en buscar lo que fuese necesario con una *fe ciega* que, el que me mandaba ir, me prepararía los medios?...

Estábamos en la octava de la Inmaculada, las preces habían ido a Roma, teníamos todos temor, no viniesen aprobadas, por la oposición que temía encontrar, en una novedad, como creía sería la adoración, en una antigua comunidad tan austera y penitente; había quien creía que la adoración sería una carga, que imposibilitaría a las religiosas a la observancia de nuestras Reglas.

De un modo especial, había encomendado esta fundación a Nuestra Madre Inmaculada (que presidía el coro radiante de hermosura y de gloria...), postrada a sus plantas iba tres veces al día a repetirle mis oraciones, plegarias y *encargos*!... "¡Madre mía dulcísima, le decía: que vengan negados los permisos, si no es voluntad de Dios, si no hemos de ser perfectas y santas capuchinas que reformando el espíritu de nuestra santa Regla y viviendo *unidas* en la vida de sacrificio, abnegación y humildad, practicando la caridad y amor que la adoración exige; para que lejos de ser carga, ¡*sean alas* que lleven a las almas capuchinas a la santidad!, que *vengan negados los permisos*, y tantos entorpecimientos se presenten, que nunca se realice salir de esta

vuestra casa tan amada de vuestro Corazón purísimo Madre mía si no hemos de ser santas!". Salí del coro tranquila, que la Virgen Santísima me había escuchado, y al bajar al torno (que me llamaron) para decirme un buenísimo sacerdote, que por el interés que sintió siempre por el convento, me aconsejaba desistiera de aquella fundación, que venía a destrozar aquella comunidad que era el consuelo de los prelados, que veían en ella un espíritu de paz y unión en donde Dios Nuestro Señor se agradaba y no podía permitir que para levantar una nueva casa, se derrumbara aquella tan favorecida de Dios...

Con este consejo, se amargó tanto mi corazón, aunque lleno de fe, que la Virgen Santísima no consentiría dieran el permiso si no había de ser muy del agrado de Dios, porque así se lo pedía con muchas lágrimas, todos los días.

Salí al huertecico que teníamos en el patio, a tomar un poco aire, que las religiosas no me conocieran mis lágrimas... y para ¿qué decir? si nunca me dejaban... ¡me seguían a todas partes con tanto cariño!... El Señor fue siempre tan misericordioso conmigo que ocultaba de tal manera mis miserias y pecados que todas me creían buena, bondadosa, y no se qué más cosas buenas pensaban de mí... ¡y es que Jesús me amaba tanto!... ¡y quería servirse de este montón de miserias, para hacer este jardincico de flores para adornar el altar santo de la Eucaristía!... ¡y Él con un amor y misericordia infinita, me ocultaba en su divino Corazón y me vestía de su bondad y encendía mi corazón en su amor, como un carbón cuando lo echan en una hoguera, y como su amor divino purifica, no veían mis monjas lo malo y *asqueroso* que había en mí, sino lo bueno, con que me vestía mi divino esposo Jesús... su fuego, su amor, sus gracias!... ¡Bendito sea mil veces, la bondad con que se dignó limpiarme y hacerme suya! ¡Oh Jesús mío, mi amor y mi vida! Como digo; al salir al huerto venía conmigo madre Aurora y sor María de Gracia, y nos paramos entre un naranjo viejo, que nos servía de meditación; tenía todo el tronco hueco, sólo medio tronco, sólo en corteza, y echaba más naranjas que hojas... tenía tantos siglos como el Convento, y nunca le vimos sin fruto... ¡cómo lo envidiaba!... Le decía al Señor muchas veces me concediera a mí, diese frutos de santidad aunque no me quedase más que el pellejo y los huesos... Frente al naranjo había dos granados uno frondosísimo que el año anterior nos había dado riquísimo fruto, pero este año, *ni una* ¡todo hojas!... el pequeñín sí tuvo doce granadas que lo tenían casi en el suelo de su peso.

Con estas consideraciones que me gustaba pasar unos raticos de recreo, con las dos y alguna otra que se me acercó, esperábamos nos tocaran a la oración, y sor María de Gracia que llevaba una vareta en la mano me la dio diciéndome: "Madre, tome y péguele una paliza a ese árbol flojo que no ha dado fruto".

Me hizo gracia la ocurrencia y entonces levanté mi espíritu al Señor y le pedí si era su voluntad santísima le amaneciese alguna señal de flores o fruto, que me diese a conocer si quería aquella fundación... y que si no, amaneciese seco. Sentí tanta confianza de que Nuestro

Señor me había oído, que cuando tocaron a la oración, se me fue toda ella pidiéndole: que si la fundación no conseguía el fin de la adoración al Santísimo Sacramento no la concediera; que si las almas adoradoras capuchinas no habían de vivir unidas y entrañadas con Jesús Hostia, como los granos lo están a las fibras blancas, que une la granada, con la cáscara amarga del sacrificio y penitencia; que aquel arbolico me dijese su voluntad, en la forma que le fuese más agradable. Si amanecía como estabamos entendería no quería el Señor decirme nada; si seco, desistiría; si con fruto, lo llevaría a cabo como quiera que fuese, aunque me costase sangre del corazón no quería otra cosa que agradar al Señor...

¡Oh mi buenísimo Jesús!... ¡vida de mi alma! que como Padre amantísimo das a su pequeña hija, los dulces que te pide... para exigirle mayor amor y correspondencia!... ¡qué bueno eres mi Jesús! ¡Oh amor, el mayor de todos los amores! Yo quisiera tener para Ti un amor sobre todos los amores! ¡Oh mi Jesús Sacramentado, mi delicia y mi única ilusión!, ¿quién pudiera arder en tu amor, que se identificara mi pobre alma con la tuya... que amándote más que los serafines, se derritiera mi corazón, y me abrasara, hasta hacerme cenizas en tu honor, por tu gloria?... ¡Oh mi Jesús Eucaristía, si estas almas que me dais, me conocieran... huirían de mí como de un apestado... y de tu misericordia, me cubrís, poniendo un velo sobre mis pecados, para lo cual hacéis conmigo tan grandes maravillas! ¡Alábente Señor todos los ángeles por mí!

Al salir de Misa el día siguiente, 10 de diciembre de 1922, me esperaban las monjas que me acompañaron al paseo la tarde antes para decirme que *el granado* había sido tan obediente que avergonzado de mi reprensión había amanecido con cinco muy hermosas flores, cuando ya sus hojas empezaban a palidecer: en efecto, vi por mis ojos que no ponderaban la hermosura de la flor que adornaba la corona de cinco granaditas del tamaño de una nuez... y fueron creciendo tanto que se pusieron de postre la fiesta de los Santos Reyes (tocando dos cascos a cada religiosa en la tabla cantada de la Epifanía) y quedé consoladísima, pareciéndome que el Señor quiso alentarme con aquella fruta... tan llena de misterios, en aquellos días amarguísimos en los que nadie se atrevía a aconsejarme por temor de equivocarse, y yo deseaba con toda mi alma saber la voluntad de mi Dios y Señor, y cumplirla fielmente.

Ninguna sabía, mis peticiones, mis deseos, ni mis penas... pero sor María de Gracia, que me acompañó y vio la pena con que miraba a aquel árbol sin frutos... y oyó cómo le reprendía (en broma), diciéndole ¡cómo te pareces a la higuera del santo Evangelio! esto habrá que hacer contigo flojo... para que no ocupes la tierra en vano... etc. Y a esta buena religiosa no se despintaba que yo tenía un motivo de consuelo, al ver aquellas flores, que admiraba con ternura indecible... veía la mano bendita de mi Señor y mi Dios... que hablaba elocuentemente a mi alma de tantas maneras... que se derretía mi corazón en amor y gratitud... y como fuera de mí le decía ¡Señor no me deis más toques, que quedo sin fuerzas para seguir! ¡Oh mi Jesús esposo divino de mi alma que adoro!... No habléis a mi corazón sin sostenerme la vida porque tu palabra pasa

mis entrañas, y no podría vivir y ya querría atraeros a tu Hostia santa más almas que hojas tiene este árbol... y más corazones que te amen que granos tiene su fruto... ¡Oh qué dulce eres para las almas que te dignas mirar con los ojos de tu misericordia, Jesús mío, mi vida y mi amor!... ¡Si todas las almas te oyeran vendrían a Ti, Jesús, a beber de tus divinos labios la vida..., el amor, la fortaleza!... ¡Bendito seas Jesús mío dulcísimo!, ¡esposo dilectísimo de mi alma ven y toma lo que es tuyo, o dame tu Corazón porque el mío lo robaste ya!...

Siento una fuerza y abstracción que me arrastra de continuo al Tabernáculo... hacia el altar donde se inmola mi Jesús. Quisiera ser víctima y derramar mi sangre por mi Dios escondido y abandonado en el Sagrario... Me hace sentir tan fuertemente su soledad en el Sagrario y sus ansias de que las almas le consideren con amor verdadero... con negación de sí mismas, y con humildad dándonos completamente a Él para que haga de mí lo que quiera que me triture o me mate como guste con tal de más amarle. Por mi parte iré con la mira puesta en su adorable rostro en la Hostia santa a donde quiero consagrar mi última mirada y suspiro.

L1 C1 (93-103)

LLEGADA DE LAS VICTIMAS AL ALTAR DEL SACRIFICIO

Dios Nuestro Señor nos habla en la Sagrada Escritura de cuando sacó a su pueblo de la servidumbre de Egipto, e iba a introducirles en la tierra de promisión; que Moisés en el momento que iba a concluir su misión celebraba con un cántico las maravillas que el Señor obró en favor de su pueblo, y presentándoles delante, los grandes bienes que iban a gozar les decía: "Dios ha conducido a su Pueblo, a una tierra alta en donde le dará a recoger miel de la piedra, y aceite de roca durísima"[44]. Esta me parece ser la vida de la capuchina adoradora de Jesús Sacramentado, la tierra alta a la que el Señor nos conduce con un amor y fineza inefable que nunca sabremos comprender, la Eucaristía.

¡Oh mi Jesús dulcísimo del alma, ¿a quién te diriges? con tan dulces y regaladas finezas!... También me dices, que esta tierra alta que no es aún el Cielo está muy por encima de todas las bajas regiones del mundo... ¿Qué otra cosa puede significar que el altar?... el Tabernáculo, de donde sacarán nuestras almas la miel dulcísima de celestiales consuelos, *adorándole, amándole* y recibiéndole!... será el alimento más precioso y más dulce que el panal; ¡el Cuerpo y Sangre de nuestro divino Salvador en la agrada Eucaristía!... ¡Pero antes de saborear las dulzuras y consuelos que Tú, Jesús bendito, nos ofreces en la sagrada Eucaristía, escucharemos fielmente,

---

44 Dt 32,13.

y con profunda humildad, vuestra divina voz, que nos invita al sacrificio sobre ese mismo altar donde Tú te inmolas por mí.

Y Tú nos dices: "Vosotras, las que os halláis sin energías ni fuerzas para marchar por la senda de la virtud, venid al altar... y os diré como al paralítico: todos vuestros pecados os han sido perdonados, ¡levantaos y marchar! Aquí os espero para fortaleceros en el sacrificio"... ¡Oh mi Jesús, vida dulcísima de las almas que tienen su mirada en ti!... Si todas entendiésemos lo que nos exige esta predilección de tu Corazón divino al llamarnos!... y escogernos para un sacrificio, que es gozo y alegría del alma, es descanso de dulcísima paz... ¡Oh almas que subís a esta tierra alta de la vida de adoración, vida de Cielo en la tierra ¡corred, daos prisa, para llegar a este monte santo de la unión perfecta en la sagrada Eucaristía... Entrad en sus santos atrios y adorad al Señor: Vosotras mismas seréis las hostias dignas de Dios, por vuestra unión con aquel que dijo: "Ego et Pater unum sumus"[45]. Con Jesús en la Eucaristía la unión es perfecta, estable y verdadera, porque mientras el alma está unida a Jesús, tiene que estar necesariamente a Dios, y estar y ser a Él semejante.

¡Oh amor dulcísimo del alma, mi buen Jesús! ¡Qué dicha tan grande la del alma adoradora que, por su unión con Jesús está hecha una verdadera hostia digna de Dios, que, revestida de Él, de sus méritos, puede entrar en sus atrios y, como Jacob cuando se presentó a su padre para ser bendecido cubierto con los vestidos de su hermano Esaú, recibir también ella del Padre celestial la bendición, tan abundante y copiosa que se extiende a pueblos y naciones... ¡Oh divino Jesús! quién pudiera penetrar en estos santuarios interiores, y supiera apreciar su valor, y viera lo que allí pasa entre Tú, Dios mío, y el alma hostia!... ¡Cuántas gracias y bendiciones bajan del cielo a los hombres por una sola de estas almas, cuántos castigos detienen, cuántas misericordias atraen!... Cada una de estas almas víctimas es una mina inacabable de oro purísimo y diamantes de verdadera riqueza!

Ciertamente que cuando el Señor se digna escoger las almas para esta vida eucarística en donde tan estrechamente se unen a Dios, no se puede formar idea quien no haya penetrado en lo íntimo de la propia alma por una muy grande unión con Dios!... y en esa adoración se realizan esos misterios de amor, sin que el alma tenga que hacer otra cosa, sino es una dulce mirada de amor... con la que estrecha y renueva más su unión con Aquél que es su vida y su todo: y cesan para ellas, todos los afanes, ansias, preocupaciones... manteniéndose siempre en una paz serena y tranquila aun en medio de las mayores penas: ellas poseen a Jesús, Aquél que es su amor y su todo, en el cual están todas las cosas deseables!... Ve y entiende el alma víctima que ella de por sí es una nada, que nada puede, nada sabe nada hace: pero tampoco quiere saber ni hacer nada... Conoce que su Dios obra en ella, y a la acción de éste se abandona y descansa siempre tranquila como en el seno materno. Están escondidas estas almas, en Aquél que lo hace

45 Jn 10,30.

todo por ellas, que es su hostia, su víctima, su sacrificio perenne. Como ya no cuentan en nada consigo mismas, con lo propio ni con lo que hacen, sino solo con Aquél que adoran por quien viven y a quien verdaderamente aman, en Él tienen fijas su mirada para ver su voluntad y fielmente cumplirla, pudiendo decir con el Apóstol: "Vita vestra est abscondita cum Christo in Deo"[46]. ¡Oh mi Jesús dulcísimo y deleitable sobre todas las dulzuras creadas! que das a las almas en este Sacramento todo lo que eres y lo que tienes, que te has hecho manjar para sustentarlas y nutrirlas de tu vida... ¿Cómo no ha de gozar y descansar el alma que te adora?...

Sí, ¡oh alma capuchina que adoras con amor al Dios escondido!... Alma afortunada, ¡*esfuérzate* en consagrarte verdadera víctima! No desconfíes, no temas... ni huyas... ofrécete con constancia en cuerpo y alma por la conversión de los pecadores, por la santificación de los sacerdotes, por la gloria de Dios. ¡*Por su amor*!... ¡Por reparar las ingratitudes y sacrilegios de tantas almas consagradas!... *debemos sufrirlo todo*, con gusto, trabajos, persecuciones, angustias, necesidades, enfermedades, injurias, calumnias, reprensiones, humillaciones, menosprecios... ¡Nunca más agradable a Jesús Sacramentado la oración, expiación y adoración, que cuando se hace mediante el vencimiento y repugnancia de sacrificarlo todo, incluso el consuelo de ir a Él con dulzuras y como único y verdadero aliento, acercándonos con fe a la adoración seca y sin consuelo, falta de devoción sensible, pues entonces somos tan gratas a Jesús!... ¡por darle la verdadera prueba de amor!... ¡Cuando a veces llega al límite del sufrimiento, nos sentimos impulsadas por una fuerza irresistible a ofrecernos *sus víctimas*... con el peso abrumador de los pecados y sacrilegios de tantos sacerdotes y falsos católicos!, ¡que nos veremos rodeadas de penas de infierno!... *Entonces*, fijar la mirada en el divino Maestro... y se disipan... el dolor y el sufrimiento velozmente, y vienen hacerse deliciosamente dulces, cuando más se siente unidas completamente a Él en las agonías de Getsemaní..., los consuelos del padecer y pelear, son los mayores goces de toda alma eucarística que solo anhela llevar almas que le consuelen en la soledad del Sagrario y no hay medio más poderoso para convertir pecadores en santos que la oración y el sacrificio.

Las capuchinas víctimas son las que salvarán a sus hermanos, aun sin pensarlo y si hay tan pocas conversiones, es porque hay muy contadas almas que sepan orar junto al Sagrario y aquel elocuente silencio de un alma junto a la Hostia santa... gana muchas más almas, que la predicación sin oración ni sacrificio.

(Sé de un alma)[47]. Un día que ofrecía al Señor las primeras adoradoras por la conversión de los malos sacerdotes... me pareció sentir gemir de dolor un niño... y echándose a mis brazos parecía decirme "dame calor que muero de frío!..." Al querer desimpresionarme de aquello, por si fuera tentación, encontré que mi corazón se había encendido como si el niño pasara mi pecho

46 Col 3,3.

47 Este paréntesis y su contenido es añadido con posterioridad por la M. Trinidad.

con un acero candente... y entonces creí que sería Jesús quien encendía mi helado y frío corazón, y le dije: "¡Jesús mío! ¿y pides calor al hielo y Tú me quemas?"... Y abrasándome un fuego y calor suavísimo que jamás sentí me dijo: "Este fuego que te hago sentir es, el que quiero consuma las víctimas de mis capuchinas adoradoras... y abrasadas en este fuego, calentéis continuamente mi corazón de la frialdad y tibieza con que me tratan en este Sacramento mis sacerdotes que no oran ni sienten el calor de mi corazón, porque llegan al altar, sin fe, sin oración, ciegueecicos; y así siento, cuando me toman consagrado, el dolor que sintió mi cuerpo en la Cruz cuando levantado en alto me dejaron caer sobre aquella piedra dura que se estremeció todo mi ser... y cada día siento renovarse aquella crueldad, al través de los siglos, cada vez que bajo a las manos de un mal sacerdote. Y así quiero que esta nueva reforma de capuchinas víctimas de mi amor sacramentado se dediquen y consagren a reparar, expiar las profanaciones y sacrilegios de todos los malos sacerdotes que diariamente me consagran en pecado mortal... y de los buenos sacerdotes, que sin preparación ni oración consagran mi Cuerpo y Sangre... y quiero que vosotras, con vuestra inmolación y amor, os convirtáis cada una en un sacerdote que espiritualmente se presenta en el altar y cuando ellos me consagren vosotras encendáis el fuego de la caridad con vuestros sacrificios, para que alcancéis (cada capuchina víctima y sacerdotisa) la conversión de un sacerdote haciéndole santo, y daréis con vuestras oraciones fe y amor muchas almas sacadas del paganismo por el sacrificio de estas almas unidas al sacerdote en su apostolado de mi Corazón; que en ese fuego purísimo de mi amor, en vuestros sacrificios se consumirá el sacerdote con la víctima... ¡Amo tanto a mis sacerdotes que es el mayor dolor de mi corazón ver el mayor número de ellos, la perfidia y dureza del obstinado Judas que me venden por una vil moneda con un beso de amigo... ¡Uniros, y hacer con ellos de coadjutoras catequistas!" ¡Oh mi Jesús amantísimo, si me dieses el amor que entonces sentía para cada una de tus capuchinas víctimas, consolarías el dolor que siento al verme a tus pies tan miserable y mezquina, ¡es tan pequeño y débil el corazón humano para daros un amor digno del Tuyo!... ¡Querría en este momento hacer conocer a todo el mundo, las ansias y la sed que Jesús tiene de ser amado de todos los corazones de los hombres! y así siento que me pide de continuo... reparación, amor..., sacrificio..., unidas al sacerdote que consagra la Hostia santa... Y como nada valgo ni puedo en las horas que dedico al descanso, no me deja de pedir con insistencia por lo menos le consagre una hora todas las noches, y en esa hora, Jesús mío, cuánto habláis a mi alma, y entonces no me separaría de vuestros pies, y pides otras veces tres horas o dos, y más cuando siente su Corazón divino sed de alguna alma... me urge a pasar con Él la mayor parte de la noche en la forma que Él quiere!...; siente resistencia mi cuerpo muchas veces..., pero es tan fuerte que no puedo negarle nada; y me parece verlo muchas veces pedirme noches de oración, adoración y reparación... Estas noches y horas que Jesús me pide, son dulcísimas y llenas de fervores y gracias; especialmente cuando estoy más enferma se me hace tan duro levantarme

cuando apenas me he dejado caer y siento viene el sueño a darme descanso...

Pero una vez vencido..., me parece voy al altar a ofrecerle a mi Jesús el pequeño sacrificio con el corazón de muchas almas; se me enciende el corazón en su amor más tierno y dulce que todo lo deseable hasta que me siento transformarme enteramente en Él... porque de un carboncillo negro y feo, al acercarme aquel fuego divino, soy un ascua capaz de encender el corazón de muchos sacerdotes... si me dejo triturar por su amor en las pruebas con humildad.

L1 C1 (105-114)

UNION DE LAS VICTIMAS EN EL ALTAR DEL SACRIFICIO

En la Sagrada Escritura nos dice el Señor: "Yo amo a los que me aman... y me hallarán los que madruguen en buscarme"[48].

Después de lo expuesto, no debe quedar duda a la capuchina eucarística de su misión en la tierra "hostias puras y santas, hostias santas ofrecidas al Señor", como nos dice san Pablo[49]. Comprenderéis, hijas mías, lo que quiere decir capuchinas eucarísticas, que su misión en la tierra es adorar a Dios en el Santísimo Sacramento como le adoran los ángeles en el Cielo... "en espíritu y en verdad"[50]. Procurar su gloria y atraerle almas que le amen y adoren y nosotras servir al Señor en todas nuestras obras haciéndonos una misma cosa con Él y si Él es fuego divino de amor, destinado a abrasar las almas e inflamar en nuestros corazones las llamas de la más pura y ardiente caridad. ¿Y cómo dejar de amar a ese amor infinito oculto en el Santísimo Sacramento, que se hace nuestro alimento, que nos fortalece y abrasa los corazones con el deseo de los bienes eternos, y que produciendo en nosotros el deseo de amarle hasta morir... nos comunica el celo del bien de nuestros hermanos, especialmente de aquellos que partiendo y comiendo el sagrado Pan lo venden haciendo traición [a] aquel Corazón que nos amó y quedó con nosotros para ser el consuelo y alimento de nuestras almas?... Y por buscarle almas... padecería todos los tormentos...

¡Y he aquí nuestro ideal de víctimas, o sea capuchinas eucarísticas!... que como por el cumplimiento fiel de nuestra santa Regla debemos imitar al seráfico padre san Francisco que fue el más perfecto imitador de la víctima divina, nuestro divino Salvador, debemos entender que no abrazamos con la Eucaristía otra vida, sino que perfeccionamos ésta, con el fuego del Tabernáculo.

Si estos ideales fuesen secundados, por una instrucción más clara sobre sus deberes,

---

48 Prov 8,17.

49 Rom 12,1.

50 Jn 4,23.

elevaría a todas las almas religiosas a realizar nuestro fin único "completo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo"[51].

Todas hemos sido llamadas a revestirnos de Jesucristo e identificarnos en su vida de inmolación y de víctimas, y por eso nos hicimos capuchinas crucificadas, así la vida de Cristo palpita en nuestras almas: y sufrimos con alegría a veces penas muy grandes... porque sentimos que Cristo divino quiere así sufrir en nosotras, y saciar sus ansias de padecer... y su sed de almas... y de aquí nace unir a nuestra vida de pasión, la inmolación de víctima, para identificarnos más con Jesucristo en la sagrada Eucaristía, y reproducir en nosotras todas las virtudes que Él practicó, vida de abnegación y sacrificio y vivir crucificadas con Él... ¡Qué felices si haciéndonos con Él una misma cosa, penetrásemos las grandezas sublimes de la vida eucarística que tan dulcemente nos asimila a Cristo recibiéndole..., adorándole y viviendo de su vida divina!, no tardaríamos en poder decir con pleno gozo y verdad "vivo yo, ya no yo sino Cristo vive en mí"[52].

De modo que ya donde quiera que vivamos, nos sentimos guiadas por una luz que alumbra al través de las muchas sombras y obscuridades... y dejándonos en Él con quien nos hemos fundido como los granos de trigo en una hostia. Pronto sentimos los efectos de nuestro completo abandono en Dios, que gusta dirigir su obra... ¡Oh bondad y misericordia infinita de mi Dios, para con sus pequeñas víctimas!

Tú, mi Jesús amantísimo, nos tomas a tu cuidado, cuando nos entregamos a Ti totalmente sin discurrir ni pensar mas que abandonarnos por completo en tu cuidado (que es la perfecta obediencia de juicio y voluntad) y amorosamente aquietas el espíritu; y acallas la imaginación, de manera que ya adorando o fuera de la adoración, sacrificándose o orando, el alma siente una paz y un bienestar indefinible en que goza y no sabe explicar cómo goza: y sabe que no hace nada, pero no padece inquietudes por su inacción... nos hace sentir en lo más íntimo del alma una persuasión dulcísima, de que ella no vive ni se pertenece y que dejó hacer a Dios lo que quería en ella y Dios puso mucho más que lo que ella con su trabajo en discursos y razonamientos pudiera producir... Y así las flores más preciosas de la santidad, no son los trabajos activos de las almas, los que hacen brotar y florecer, sino esa entrega absoluta pasiva y a veces involuntaria a que las almas sin darse cuenta, sin procurarlo, y sí solo por gracia del Señor que las escogió para altísimos designios, es atraída suave e irresistiblemente.

¡Oh mi dulcísimo Jesús, Hostia santa, que adoro con toda mi alma!... ¡Cuántas veces en la adoración a secas y sin fervor sensible en que parece que todo calla... corazón, voluntad, entendimiento, imaginación..., el alma sin hacer nada encontró hecho lo más: dominada una tendencia imperfecta; descubierto el secreto móvil de algunas acciones al parecer buenas o

51 Col 1,24.

52 Gal 2,20.

indiferentes, borrados los vestigios de sus pasados hábitos contrarios o incompatibles, con el perfecto desasimiento de mí misma: vencido el temor a padecer...

¡Hostia santa!... ¡Jesucristo, con quien vivimos identificados!... busca asemejarnos a Él, por eso nos desea víctimas, por eso simplifica nuestras operaciones, mitigando poco a poco la influencia de nuestros temperamentos hasta reducirlo hasta la inmolación para que no sea obstáculo a las operaciones divinas.

¡Qué transformaciones hace Dios en las almas que se abandonan totalmente a su divina operación después de entrar con Él en su Altar santo y ofrecerse víctima!... ¡Cómo van callando las pasiones que le dominaban, replegándose y perdiendo por días terreno, hasta dejar a las almas víctimas libres de su tiranía!...

La voluntad tan variable en sus deseos ¡cómo va transformándose y simplificándose cada día, hasta llegar al deseo único al anhelo vehemente de poseer a Dios y ser de Él poseída!...

¡Oh divina vida y amor de las almas mi Jesús Eucaristía!... ¡Cómo ya reposa sosegada mi alma en un "*fiat*" de abandono perfecto, sin querer otra cosa, que lo que Tú dispones a cada instante... sin vacilaciones, ni temores, ni dudas congojosas, ni sobresaltos por el éxito o fracaso de nuestro ideal, fuera de Dios no quiere nada, y en Dios lo quiere todo, solo aquello que es su voluntad divina concedérnoslo..., goza de la paz que se halla en el centro, en el verdadero sacrificio que es amar solo a Jesús, su vida, su amor y su todo, amando lo que verdaderamente se debe amar, y deseando lo que únicamente es deseable!, cesando toda solicitud por su propio interés, por su provecho aun espiritual... solo abandonarse totalmente en el divino beneplácito es la única aspiración de la verdadera víctima que inmolando sus gustos, y su sentir humano, vive en los brazos divinos abandonada amorosamente a una voluntad santísima que la gobierna y educa, reprende o regala según la necesidad.

¡Qué seguridad la de un alma víctima que por votos se ha consagrado totalmente a Dios, que en la obediencia ve sin engaño y sin ilusión lo que Dios quiere... y ella rendida, humilde y entregada vive en brazos de sus superiores como los pequeños en los de una madre cariñosa.

Todo es para estas almas víctimas... la voluntad de Dios; sabe que ella es la que alimenta con sus divinas instrucciones, la que amonesta y corrige con suaves amonestaciones las imperfecciones, si no se corrige corta por lo sano, para que más rápidamente llegue a conseguir la santidad a que está llamada el alma víctima consagrada a la adoración.

¡Oh cuántos bienes alcanza el alma víctima! ¡Qué deliciosa paz emana de esta amorosa entrega en la obediencia humilde y rendida!... y de esta despreocupación de olvido de sí misma... no se preocupa de lo pasado, ni teme el porvenir que desconoce: el alma que verdaderamente llegó a este abandono perfecto en Dios tampoco se preocupa de su honra, de su bien, de su conveniencia... sino que esperándolo todo de Dios, a Él le deja dirigir y arreglar los acontecimientos según su voluntad, y la víctima capuchina que vive nutrida del precioso alimento

de la Eucaristía en continua adoración, paladea en un gozo inefable los divinos regalos y consolaciones que de Él recibe... y cuando se oculta y retira sus consuelos dejándola al parecer sola, entonces se abandona en los brazos de su amorosísima providencia que vela por ella... ¿Quién podrá decir la paz y sosegado descanso que el alma encuentra al dormir abandonada en los brazos del Esposo divino!... ¡Nada le turba ni la inquieta, lo espera todo de Dios, y todo lo acepta de su mano! Pero para recibir esta superabundancia de gracias que las almas (humildes) víctimas reciben, es preciso ser humildes y pequeñas de verdad como lo fue el seráfico padre san Francisco y madre santa Clara. Renacer a esa vida nueva que Dios pide a sus adoradoras ¡*inmolación* y *sacrificio*! Como lo dice el apóstol san Pablo: "Todos los que quieran vivir piadosamente en Jesucristo padecerán persecución"[53], persecución de los enemigos de dentro y de fuera. Por eso la inmolación constante en el servicio de Dios es el *indicador* más seguro de que vivimos, de su vida, de ese amor divino que supera todos los obstáculos y triunfa de todas las resistencias, no dejándose vencer ni por adversidades, ni trabajos, ni por los dolores, ni fatigas, ni siquiera por la misma muerte. "El amor es fuerte como la muerte"[54]. Y cuando el amor divino es intenso no sabe alimentarse mas que de estos frutos de la cruz que es su pan cotidiano... ¡Oh, cómo las almas víctimas de todos los tiempos que viven enamoradas de Dios y le aman con locura... entendieron que el divino Maestro les decía aquello... "que Dios debía ser adorado en espíritu y en verdad"[55]!

¡Oh almas que habéis sentido esta vocación y este llamamiento de nuestro divino Jesús Sacramentado!... ¿Sabéis lo que quiere de nosotras hoy más que nunca? ¡*Reparación, adoración, amor y sacrificio*!

Jesús vino y se quedó con nosotras para que viviésemos su vida y unidas a Él atrajésemos a su divino Corazón todas las almas por el amor y la misericordia y a este fin nos pide la inmolación y el sacrificio... para ayudarle a la salvación de las almas especialmente de sus sacerdotes: ¡Quiere reinar en todos los corazones!... ¡Oh cómo quiere su amor llegar hasta donde está la miseria, para remediarla y levantar hasta su Corazón divino a los miserables pecadores!

¡Oh mi dulcísimo Jesús!... qué grande e invencible que llega a lo inmenso e infinito el amor que tenéis a los hombres... a los desgraciados, a los miserables, a los débiles... dejas al fuerte que haga lo que quiera: y al pobre y al enfermo le levantaste con tus brazos, y lo sostuviste para que, así ayudado, invictis imanente, quisiera lo que es bueno ¡y jamás quisisteis dejarlo abandonado!

---

53 2Tim 3,12.

54 Cant 8,6.

55 Jn 4,23.

¡Oh amor de Dios en el santo Tabernáculo esperando a las almas veinte siglos!... ¡Oh cadenas de amor divino!... que están hechas de eslabones de misericordia, de fragmentos, de tiernísimo amor!... No hay imán más poderoso para atraer partículas de hierro ¡como atrae el imán divino los corazones objeto de su amorosa abstracción!

El divino Jesús desde el fondo del Sagrario nos invita a todos: "Praebe, fili mi, cor tuum mihi", "dame, hijo mío, tu corazón"[56]. A esta tiernísima invitación de Jesús hemos acudido respondiendo con todo el amor de nuestros corazones. "He aquí tus víctimas que se inmolan y sacrifican contigo".

Y el Padre de misericordia y bondad nos dice abriendo las puertas de su amorosísimo corazón... ¡Traerme los fatigados en los caminos duros y difíciles de la culpa!... los pobres..., los enfermos, los moribundos, los perseguidos de la infamia, ¡los defensores del honor!, los fracasados en la vida... ¡a los abandonados en la miseria!... Encontrarán en mi Corazón consuelo, socorro y remedio en sus necesidades..., calmante en sus penas, alivios en sus dolores, y descanso los fatigados ¡y el paño de vuestras lágrimas!...

¡Qué enfermo no encontró salud, ayuda el necesitado, consuelo el afligido, perdón el pecador!... ¡Venció a Pedro en el palacio del pontífice, a la Magdalena en casa del fariseo, a la samaritana junto al pozo de Jacob, al ladrón en el patíbulo, a Pablo en el camino de Damasco, a Agustín en el huerto de Milán!... ¡Y Él, nunca fue vencido de nadie! porque cuando los hombres no hacen lo que quiere, Él hace de los hombres lo que no quieren los hombres, y siempre invicto... atrae con amor y misericordia a las almas extraviadas, y las alberga cerca de su corazón, los retiene y atrae a los que llama, inclina dulcemente su mirada y los atrae a Sí.

¡Oh mi Jesús, que en tu amor y misericordia querrías que todos tus hijos viniesen a Ti para enriquecernos con tus gracias!... y cuando conviertes a un pecador, o sostienes a un justo, le mantienes en tu corazón... una hora... un año... cincuenta... etc.

¡Oh qué portento de amor y misericordia ¡cómo llega hasta donde está la miseria!... ¡Eres grande Jesús mío, muy grande!... y por eso no temo venir a Ti tan pequeña y miserable cargada, no solo de mis pecados y miserias, sino recogiendo las miserias y pecados de todos mis hermanos y cargando con ellos nos presentamos a Ti víctimas de amor, a semejanza del amor con que Tú te ofreciste al Eterno Padre y unidas todas tus víctimas eucarísticas que te adoramos en la Hostia santa te decimos cada día y a cada hora que nos unimos a Ti en perpetua adoración... ¡Jesús mío, yo soy tu víctima capuchina! ¿nos conoces? Sí, Jesús mío, somos tus víctimas... Cada día recogemos los pecados... los sacrilegios, profanaciones e ingratitudes de todos los pecadores; de las almas ingratas a quien Tú colmaste de beneficios... de los sacerdotes que endurecieron su corazón y te persiguen a Ti y a tu Iglesia santa... Recogemos todos los dolores penas angustias de los pobres de los enfermos y de todos los que sufren etc...

56 Prov 23,26.

y así cargadas con este peso venimos a tu altar santo, Jesús mío... a inmolarnos contigo, víctima divina, por nuestros pecados propios y los de nuestros hermanos, por nuestras miserias y por las de mis hermanos los hombres, de todos los tiempos, especialmente los presentes; y que os digamos: ya ves cómo vengo divino Amor de mi alma! apenas si conserva algo de aquella imagen divina que Tú dibujaste en mí con tu misericordia...

¡Oh mi divino Jesús Redentor de los hombres oculto y sacramentado en este santo altar donde os adoro con toda mi alma! ¡Estas miserias! y tus misericordias son mayores... Jesús mío, óyeme lo que quiero decirte: estos pecados, aunque míos, y de mis hermanos... no me corresponden a mí; no me toca a mí cargar con ellos... sino a Ti que te hiciste deudor de tu Padre por todos los hombres... Luego si Tú eres el deudor divino Salvador de mi alma... Tú debes pagar la deuda... tómala pues, Jesús dulcísimo!... Toma mis pecados, Jesús mío, que son tuyos, porque tu los has tomado... y dame lo que es mío que es tu gracia, que es el precio de mi rescate, que es la amistad de Dios, que es la participación de la herencia eterna, porque Tú me la has dado, Jesús mío... Esto es justicia firmado por la voluntad del Padre...

Toma, pues, lo que es tuyo, Jesús mío, y te pertenece, y toma tus víctimas que nos ofrecemos contigo cada día y a cada momento, y muele a la víctima divina que ofreces a tu Padre, y dame lo que es mío, y me corresponde... tu gracia, tu amor, tu misericordia... Tu mismo en alimento y vida y lo tengo todo.

Amén.

L1 C1 (115-127)

Apunte 9. **Fundación de Chauchina**

(Copia de unos apuntes de conciencia)

Por el mes de abril del año 1922 vino a nosotras (a San Antón) el Excmo. Sr. Arzobispo a felicitarnos las pascuas y me llamó a solas, pues quería saber cómo el Señor me hizo sentir el deseo de verse adorado en el Santísimo Sacramento por almas penitentes consagradas a su servicio, que día y noche se inmolaran con víctima divina en expiación y reparación de los pecados y sacrilegios que recibía en le Santísimo Sacramento por almas consagradas... ¡Se interesó tanto de aquel deseo de mi alma que se nos pasó una hora y 20 minutos en aquella cuenta de conciencia que me pedía con tanto interés que me encargó orase mucho, que él me ayudaría todo porque sentía lo mismo, pero “que tenía antes que romper los moldes viejos...”, y aunque nada dije a S. E. comprendí perfectamente no era allí donde Jesús quería aquella

adoración; mi vida de víctima que había sentido y expuesto.

Las religiosas, que esperaban la visita, extrañadas del tiempo, esperaban les hablase después alguna cosa, ¡pero!... Aquel momento me sentí en el altar del sacrificio. *"Hay que romper los moldes viejos..."*

Fue como una espada de dos filos que dividió mi corazón, cuando al terminar me dijo: Quiero darles el santuario de los Dolores en Chauchina que tienen grande devoción y fe y llevan mucha cera y podrán tener a S. D. M. expuesto sin gran costo...

Le interrumpí con un sentimiento espontáneo: ¿Señor, por qué eso aquí, padre mío, que me parece es aquí donde el Señor me pedía esta reparación? Y enérgico insistió: "No, aquí no, no me hagas cosas nuevas en moldes viejos... en el santuario de Chauchina..."

Nada más, mostreme humilde y sumisa; pero al llegar a mi Virgen María Santísima de los Dolores me deshacía en lágrimas: "Madre mía, de corazón quiero entregarme a vuestra voluntad santísima; pero concédeme morir antes que dejaros... no permitáis, Madre mía, que mis pies pisen los umbrales de esta clausura bendita, que me recibió, conservó tantos años y preservó de tantos males; madre mía, sois mi madre y no me dejaréis salir de vuestra mirada divina en donde treinta y siete años o más viví junto a vos, madre mía, al calor purísimo de vuestro Corazón Inmaculado junto al Santísimo Sacramento de quien me consideré desde mi entrada al convento como la lamparilla del sagrario, como me llamaba el capellán, mi primer confesor ordinario los seis primeros años que viví de postulante, novicia y religiosa".

"¿Qué haces siempre en el coro? La M. Abadesa me dice trabajas tanto todo el día que teme enfermes y yo siempre que voy a la iglesia a rezar u orar de día o de noche te siento con Jesús... y le digo Señor aquí tienes dos lámparas una de aceite que se apaga; y un corazón que arde de amor por vos; que no se apague nunca Señor que te sea siempre fiel y la santifiquéis..."

Y estos consejos y alientos me encendían en mayores deseos de adoración, cuando venía a confesarme cada semana y me preguntaba: "¿Cómo anda la lamparilla de mi Sagrario? ¿Se apagó alguna vez? ¿Dejó a Jesús sin el calor y luz de ese corazón que parece lo trajo aquí para que me ayudase con sus oraciones al salvarle almas? Vienen a esta iglesia tantos pecadores extraviados a confesarse arrepentidos por un toque de la divina gracia, que quedo admirado y lo atribuyo a la fuerza de la oración de tantas almas como siento en esta iglesia orar y hacer penitencia toda la noche, y Jesús te escogió a ti ahora que todas son ancianas para que te formes en este ambiente de amor a Jesús Sacramentado, y me parece te escogió para lamparilla de mi Sagrario, ora mucho y no te canses de estar con Jesús S.S. que es el cielo de las almas de fe".

Este fue el antiguo capellán y confesor D. Francisco F. Alcántara, R. I. P. Amén.

* * *

En 11 de abril del año 1925 la divina providencia que había dejado como destruidos los planes de una fundación eucarística de capuchinas adoradoras del Santísimo Sacramento, las condujo como por milagro al corazón de la Vega Granadina junto a una devota ermita de la Virgen Santísima de los Dolores (llamada vulgarmente del Pincho o Espino).

Trece años hacía que esta fundación nació en el centenario de la Regla de santa Clara en el convento de San Antón en la noche del 18 al 19 de marzo, manifestada la voluntad del Señor con singulares muestras, comenzóse a trabajar en ella bajo el consejo y ayuda de un sabio y virtuoso sacerdote con la aprobación y permiso del Sr. D. José Meseguer, arzobispo de Granada, consultando las grandes dificultades que se presentaban con el Sr. Cardenal Benardini el que facilitó [...] y se ofreció abreviar las gestiones en la Curia Romana para que concedieran la adoración perpetua a la nueva fundación de capuchinas.

La Sra. Duquesa de la Conquista facilitó los medios enviando al Sr. Arzobispo carta que ya tenía el Sr. Obispo de Madrid, que ayudaba a facilitar lo solicitado, cuando todo parecía un hecho y los señores Pérez de Herrasti ofrecían una hermosa casa palacio, que tenían en propiedad en Cuesta de Gomerez a la entrada de la Alhambra junto a la Puerta de las Granadas tratado con el imaginero el arreglo de la capilla y demás dependencias, una nueva contrariedad viene a detenernos todos los planes y el Sr. Arzobispo suspendió la fundación por tiempo indefinido.

Esto no hizo desistir a las religiosas que habían sentido junto a la Eucaristía un impulso fuerte como la muerte de que se fundara un nuevo convento de capuchinas observantes de la primera Regla de santa Clara que se dedicara al culto y adoración perpetua a Jesús Sacramentado. “He venido como fuego a prender vuestras almas y no quiero otra sino que ardan días y noche junto a mi sagrario como lámparas vivientes en torno mío”. ¡Tengo sed de vuestras almas! Repetidas veces habían sentido las hijas de la ilustre fundadora Lucía de Ureña la voz del Esposo que las decía como a la esposa santa: Levántate... ¡Oh!, como se me renuevan en el tabernáculo las amarguras de Gesetmaní, cuanto siento el hielo de tantas almas que viven bajo el mismo techo y no siente el fuego de mi caridad perpetua ¡sed de almas!

* * *

Inmaculada Madre María Santísima, hija del Eterno Padre, Madre del Hijo y Esposa inmaculada del Espíritu Santo. Templo purísimo de la Santísima Trinidad, Madre mía. Vuestras humildes hijas las religiosas capuchinas descalzas del seráfico padre san Francisco, postradas a vuestros pies santísimos, hacen voto de ser siempre vuestras humildes esclavas, eligiéndoos desde este día por nuestra amantísima Madre Abadesa y Prelada perpetua de esta comunidad

que de un modo especial se consagra hoy totalmente a vuestro amor y servicio, suplicándoos humildemente nos concedáis la adoración perpetua a vuestro santísimo Hijo sacramentado con quien queremos vivir y morir en un continuo acto de amor y adoración para lo cual esperamos de vos Madre singular gracia de ser nuestra Madre Maestra Protectora y Abadesa y en prueba de nuestra fidelidad a los pies del Augusto Sacramento que todo rendimiento y amor adoramos, y bajo vuestro amparo renovamos nuestros votos... Amén.

* * *

Historia de un alma

Jueves Santo 9 de abril de 1925

La Santísima Virgen de los Dolores, madre consuelo y amparo del pecador, lo había sido siempre de esta alma pecadora e ingrata que desde su entrada en San Antón había sentido hacia su sagrada imagen de los Dolores (que se venera con gran devoción de la comunidad en la escalera principal) cuando extraviada y loca caía en las manos del demonio, ella la atraía a sus pies para salvarla, la inspiraba acudiera a ella. Ayudada de esta misma gracia se postraba muchas veces al día durante 32 años no interrumpidos, y la decía contrita: “Madre mía, una lágrima de tus divinos ojos lavaran mis manchas... y por ella vuestro Hijo me perdonará y me hará toda suya”. ¡Cuántas veces se acerco a la Sagrada Comunión (cuando le parecía increíble...) toda bañada en el licor de aquellas lágrimas purísimas de tan dulce Madre a ellas debe la unión y vida íntima que el Señor le ofrece con singular amor.

Todo el año fijando fecha para el traslado de las religiosas al nuevo convento de Chauchina, y no llegaba. Al fin, como cosa resuelta, se señaló para el Domingo de Ramos en memoria de la profesión de la madre santa Clara, y las personas que intervinieron en ello, especial un venerable sacerdote íntimo del Sr. Cardenal con el Sr. Provisor y el sobrino del Prelado, le hablaron con razones poderosas para convencerlo, y molesto contestó: ¿qué empeño en que vayan las monjas? No irán hasta último de septiembre o primeros de octubre.

Vino el Jueves Santo a la hora de los oficios el buen sacerdote, que conocía por su propia experiencia el estado de violencia de la comunidad, y con el mejor deseo creía conveniente resolverlo y le dijo a la pobre religiosa: “Madre, no hay que pensar en el traslado de las mojas a Chauchina, aquí hay algo que no vemos, y que detiene la voluntad del Prelado, ya no nos queda medio, esperar a septiembre... Si usted conociera a tal señora..., esta podría pedírselo al Sr. Cardenal al que le está prestando un servicio al cual le está muy obligado, y tal vez lo concediera”.

Esta pobre religiosa no sintió contrariedad ninguna, pareciéndole que la intervención de

los seglares sería contraproducente, se fue a su adorada Madre de los Dolores, que estaba sobre una mesa en el coro, se echó a sus pies, mientras la comunidad estaba en los oficios de Viernes Santo, volvió a ella y le dijo: “Madre mía, esta es tu obra, no tengo quien me lo arregle mas que tú. No quiero más que en todo se cumpla vuestra voluntad, que es la de vuestro santísimo Hijo”. Entonces la Santísima Virgen le dijo: “No temas ni acudas a ninguna señora mas que a mí, que yo estoy contigo, escribe de mi parte al Cardenal y dile que os quiero la noche del Sábado Santo en Chauchina para que me acompañéis en mi soledad y de madrugada en compañía de las Marías vayáis al sepulcro a por mi Hijo resucitado”. Escribió la carta que envió después[57].

* * *

L8 C40 (108-114)

INMOLACION DE LAS VICTIMAS

"Miré y vi que estaba un Cordero como inmolado y oí la voz de muchos ángeles alrededor del solio: y su número eran millares de millares... los cuales decían en alta voz: Digno es el Cordero que ha sido sacrificado, de recibir el poder, y la divinidad, y la sabiduría, y la fortaleza, y el honor y la gloria, y la bendición"[58].

¡Esto que nos refiere san Juan, lo vemos en este monte santo de la vida de adoración a donde El mismo nos condujo por sola su misericordia y bondad!... siendo esta la tierra de bendición y de gracias que nos prometió el Señor al llamarnos a esta nueva vida eucarística en donde nos pide rodear su Tabernáculo y "adorarle en espíritu y en verdad"[59]. Así como le adoran sus ángeles en el Cielo, y por medio del sacrificio e inmolación de una verdadera víctima, las capuchinas eucarísticas se consumirán en ese fuego divino en que se consume la divina víctima Jesús... y es la más eficaz reparación que Jesús exige de nosotros. ¡Oh qué hermoso es el fuego abrasador del purísimo Corazón del Dios hecho hombre en el Tabernáculo! y sus adoradores deben consumirse en los mismos ardores, de amor vivo pronto ardiente y sacrificado en traerle muchas víctimas puras que consuelen aquel Corazón traspasado de dolor por el abandono que le dejan sus hijos. ¡Oh Dios mío, tus capuchinas han merecido ser ungidas con el aceite de justicia y santidad, y por tu divina gracia hemos sido aptas para el delicioso privilegio de la adoración y unión más íntima con la misma divinidad oculta en el sacramento de Amor, la

---

57 Así termina este escrito. De este tema habla en el cuaderno 4, Escr. 2, p. 103 y ss.

58 Ap 5,11-12.

59 Jn 4,23.

sagrada Eucaristía.

¡Oh amor de todo un Dios sacramentado! ¡Qué embriagadoras dulzuras das a las que contigo quieren morar todos los días de su destierro!... y esa adoración perpetua que unida a las alabanzas del divino Oficio y oración, se asemeja al gemido de la paloma... es la ocupación más dulce y la alabanza más perfecta que podemos dar al pie del trono del Cordero. ¡Una hora con Jesús en el Tabernáculo debe ser un segundo de gloria!... y allí junto al nido de nuestros amores, nos refugiamos felices... separadas de la tempestad del mundo nos conservamos por la gracia de Dios unidas a Aquél a quien nos hemos consagrado, y su voz fue oída... y le hemos seguido y entendimos que a nosotras se dirigía aquello de san Juan... "Bienaventurados los que son convidados a la cena de las bodas del Cordero"[60].

¡Oh dicha inefable de la capuchina adoradora! ¡Quién podrá expresar toda la dulzura de sus sacrificios e inmolaciones en estar tan unida a Jesús y consumirse en el mismo fuego de su amor!... ¡Qué gozo se experimenta en la humillación y en el abandono que tantos bienes reporta!...

¡Cómo querría, hermanas del alma, que estos sentimientos tan mal trazados fuesen el néctar de dulzura divina que nuestro padre san Francisco bebió en el costado divino del Crucificado cuando repetía lleno de amor...: "Es tanto el bien que espero que en toda pena me deleito", porque sabía que en el sacrificio encontró el amor. ¡Qué seguro y qué hermoso es el sacrificio que nos une a la divina víctima que adoramos con todo el entusiasmo del alma!... El amor al sacrificio abrevia el camino de la santidad... ¡Se goza tanto permaneciendo víctima en el ara del sacrificio... para ser consumida por el amor!... impulsa al alma con rapidez y seguridad al amor verdadero y puro que adoramos en la Hostia santa en donde se siente feliz.

¡Oh mi buenísimo y divino Jesús, si os dignaseis enseñar a vuestras adoradoras víctimas este amor al sacrificio, ellas gustarían sus dulzuras en tu altar, que muchas no han probado las mieles que produce en el alma la renunciación de si misma; y sólo sienten dura y sin atractivo la senda que el puro amor va trazando con bondad infinita, para facilitar la unión que hace la felicidad que busca con ilusión... ¡Tiene tan secretas delicias una victoria sobre nosotras mismas! ¡Se encuentra tanto placer en sonreir para no apenar a las otras con nuestras tristezas! Se goza tanto en callar, cuando el corazón sube a los labios con un reproche, una queja, una murmuración... que el amor a Jesús contiene y transforma, en una palabra de paz, de sumisión... de caridad... y como entonces más dichosa el alma víctima que podía soñar, se dispone a subir felizmente, abreviando con rapidez asombrosa la cumbre de la santidad a que ha sido llamada en la vida capuchina, víctima, adoradora.

Hermanas del alma, muchas veces abandonamos el sacrificio, y por lo tanto renunciamos al amor porque vemos en nuestro camino... la senda como quebrada; porque olvidamos a veces, el

60 Ap 19,9.

atractivo que el verdadero amor de Dios hace sentir a la aniquilación y destrucción completa de nosotras mismas, y buscamos pequeñas complacencias... breves descansos que nos apartan de esa subida a la perfecta unión con Dios: y a medida que avanzan esas concesiones y gustos a la naturaleza y a nuestras inclinaciones, nos vamos apartando del camino..., y si el amor revive vuelve a la senda con generosidad y con un acto de amor humilde y generoso que siente la presencia real del amado, ¡conoce que si sufre es porque ama, y saber que ama es ya una consolación! y al ser herida por las tempestades y vientos de la tentación... vibra el amor divino, produciendo un bellísimo sonido, tanto más bello, cuanto más tempestuoso y fuerte es el soplo que la hirió, y muerta el alma a su vivir humano... sin mas vida que su amor Eucaristía. Víctima con quien unida se inmola constantemente en el altar siente realizados el logro de sus más grandes ideales, vivir en Dios a quien deseamos adorar aquí junto a su Tabernáculo todos los días de nuestra vida en espíritu y en verdad, y subiendo por esta senda a la santidad lleguemos un día reunidas todas cuantas hemos vivido a la sombra del Tabernáculo a seguirle como nos dice san Juan: "Regocijémonos y saltemos de júbilo y demos gloria a Dios porque llegaron las bodas del Cordero y las Esposas salieron con sus galas a recibirle"[61]. Que las nuestras sean teñidas con la sangre de nuestros sacrificios. Amén.

Viernes Santo, 10 de abril de 1925.

L1 C1 (129-134)

Breves consideraciones sobre la santa Regla de mis santos Fundadores. Que el seráfico padre san Francisco de Asís dio a mi gloriosísima madre santa Clara de Asís y que profesan solemnemente las religiosas Capuchinas de la Eucaristía de Chauchina.

11 de abril de 1925.

INTRODUCCIÓN

"Con un amor eterno te amé y por eso, apiadándome de ti te atraje a mí".

En estas hermosas palabras del profeta encontré, mis buenas hermanas, explicadas las breves consideraciones que quiero haceros, en estas pobres letras en donde quiero dejaros mi corazón, para que leáis la sed que le consume y abrasa por la gloria de Dios, que en ninguna vida mejor y más fácilmente que la capuchina se puede dar a Dios.

En todas las vidas, o sea, todas las órdenes e instituciones tienen por fin único la gloria de Dios, según el Señor ha sido servido llamar a los operarios a su viña.

---

61 Ap. 19,7.

Las Capuchinas Eucarísticas que profesamos la primera Regla de la madre santa Clara, entienden que Jesús en la Eucaristía, las llama a una vida de mayor perfección, y que viviendo en la abstracción, adoración y penitencia le demos la gloria que le dieron los santos, empezando por la imitación del Bautista y continuando el ejemplo de aquel Serafín humanado bajo cuya bandera hemos de militar sus hijas.

Animo pues, y junto al santo tabernáculo enciéndanse nuestras almas en su divino amor, y fuertes como el seráfico Padre heridas de aquella voz que gemía en el Monte Alvernia: "El Amor no es amado..." Resolvamos a emprender una vida *de verdad, de Dios*, a hacernos santas por la oración y el sacrificio. ¡Oh amabilísima voluntad de mi Dios, seáis para siempre cumplida en esta nueva fundación!... ¡Oh designios eternos del amor de mi Dios a esta pequeña grey! Yo os adoro con toda mi alma, y os consagro y dedico toda nuestra voluntad, para querer y abrasar gustosísima y eternamente lo que vos habéis pedido y querido de estas (reforma) capuchinas. Porque así fue vuestro beneplácito desde toda la eternidad! ¡*Cúmplase*..., mi dulce Jesús, vuestro designio en atraernos a ti por vuestra infinita misericordia!. Amén.

Primera consideración

El primer capítulo de nuestra santa Regla, empieza: "La forma de la vida de la Orden de las sorores pobres, la cual el bienaventurado padre san Francisco instituyó, es esta: conviene saber, guardar el santos Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, viviendo en obediencia, sin propio y en castidad". (Primera Regla de la madre santa Clara de Asís a sus monjas, cap. 1).

De aquellas que quieran tomar nuestra vida, cómo serán recibidas.

Si alguna señora, por inspiración divina, viniera a vosotras y quisiera tomar esta vida, la abadesa sea tenida (u obligada) de requerir el consentimiento de todas; y si mayor parte consintiere, habida licencia del Sr. Cardenal nuestro protector, puédanla recibir. (Ib., cap. 2).

Nota:

Estando esta Regla sacada de la vida y Crónicas antiguas de nuestra Orden, y siendo ésta que venimos observando desde el principio de nuestra fundación de Granada el año 1515, que trajo de Roma con su Bula de confirmación del Papa Sixto V, de feliz memoria, nuestra venerable Lucia de Ureña, y habiéndola profesado con indecible consuelo del alma las innumerables religiosas que por espacio de tres siglos han observado con el mejor espíritu, dando en su fiel observancia mucha gloria a Dios, encontrando en ella dulcísimos deleites que han hecho progresar en la virtud y santidad a tantas almas, no es menos el amor, veneración y cariño que la profesan hoy las Capuchinas del Santísimo Sacramento y de la Virgen Santísima de los Dolores de Chauchina.

Habiéndosenos concedido, por la infinita misericordia de nuestro Señor Jesucristo, la gracia singularísima de ser las escogidas de la Soberana Reina y Madre de los Dolores, las que vengan a éste santo lugar, santificado por las plantas de tan divina Señora, a dar culto y adoración a su Hijo Sacramentado, haciendo oración y penitencia por los desgraciados pecadores que no temen a la divina justicia, *queremos, y es nuestra voluntad firme y decidida, cumplir en todo* los deseos de la Santísima Virgen en esta fundación, cumpliendo exactamente nuestra santa Regla (1ª de santa Clara).

Habiendo empezado esta fundación, al cumplirse el III. Centenario de las Capuchinas de Granada en donde gracias a la divina Providencia fuimos llamadas y consagradas a Dios, libre y espontáneamente, para amarle y servirle, y habiendo tenido que venir con las doce religiosas que la divina Providencia escogió para primeras plantas de este ameno jardín eucarístico que siempre fresco y lleno de suavísimos perfumes de santas virtudes, diésemos a Jesús Sacramentado perpetuo recreo y compañía.

Teniendo pues, que unir la adoración perpetua a la santa Regla, con arreglo a las Normas del Derecho Canónico que en algunas disposiciones cambia algo, si no la substancia en la forma, nos ha parecido dar alguna explicación de la misma, haciendo en cada capítulo una nota que declare el espíritu de la reforma y espíritu eucarístico, nacido en el seráfico de la santa madre santa Clara junto a su espíritu y en sus manos purísimas con la Eucaristía, sintió el alma de su pequeña hija su decisión en el momento de hacer sus votos.

Tal suavidad amor y fuerza tiene este pequeñito Evangelio dado por el seráfico padre san Francisco a la hija primogénita, nuestra madre santa Clara, que el alma que la profesa cada vez que la lee después de muchos años de practicarla, le parece panal de ricas mieles, encontrando en ella más jugo y deleite que en los principios de abrazarla. Ella nos coloca junto al divino Infante en el pesebre, llenando nuestras almas de amores divinos que robustecen la propia debilidad y flaqueza para que junto a él le sigamos decididas su carrera hasta morir con él en la cruz, quedando continuamente con él Sacramentado, teniendo por Maestra y Madre a su Madre Santísima.

L6 C20 (65-67)

Chauchina, 1925

Festividad del Santísimo Corpus Cristi

R. M. Mercedes de Jesús Crucificado, capuchina de Granada.

Muy amada en nuestro Señor, mi inolvidable y querida tía. Tengo varias cartas de vuestra reverencia que no me atreví a contestar tan pronto como deseaba. Pedía a Jesús dulcísimo por el Corazón purísimo e inmaculado de María santísima, templara los sentimientos naturales, y pusiera en mi alma y en mi pluma todo aquello que pudiera consolarla, le sirviera de lenitivo a su dolor y la hiciese conocer cómo somos movidas por el Espíritu Santo cuando los superiores mayores nos señalan el camino, muchas veces tan contrario al que nosotras nos trazamos en días de grandes fervores o de grandes penas

Vuestra caridad, que me recibió tan pequeña y siguió mis pasos hasta ahora, y que por sus años y muchas virtudes ha sufrido tanto por hacerme religiosa muy perfecta y observante de nuestra santa Regla, que profesé con tanto cariño y entusiasmo, con vivísimas ansias de hacerme santa, *muy santa*, pero llevo 33 años con estos deseos ardientísimos sin haber conseguido empezar; a pesar de sus continuos y santos consejos que durante 33 años que viví en su compañía (sin merecer, menos 3 meses) viendo tan santos ejemplos de heroicas virtudes en vuestra caridad y esa santa comunidad, hasta ahora mi mayor dolor ¡que pasé tan precioso tiempo en deseos!

¡Pobrecita mía, cuánto la hice sufrir con mi mal carácter... para desprenderme de mí misma, de mi propio juicio, de mi propia voluntad! ¡Cuántas lágrimas derramó mi buenísima tía, M. Mercedes, para hacerme humilde y desprenderme de los mimos y caricias de la familia, de las maestras y compañeras de educandas que me amaban y alababan lo que fue tan detestable en mí y me hace tan soberbia! *¡Perdóneme, mi carísima tía, a quien amo como a mi madre!* y que su amor en castigarme la miraba como mi enemigo, cuando me castigaba el carácter impetuoso y enérgico, aún para los trabajos que buscaba superiores a mis débiles fuerzas, que vuestra caridad preveía y me anunciaba enfermaría, y, *cuánto me tiene que perdonar* y olvidar aquellos seis u ocho años que me entregué a los trabajos más penosos de lavados y veladas, siendo enfermera y sacristana, sin querer admitir dispensas de observancia, ni de alivio alguno, creyendo que por aquellos trabajos y penitencias me haría más santa, y vuestra caridad quería templar mis ardientes ansias de santidad, sin entender yo que el camino más breve sería la obediencia!

¡Dios sea bendito!... Sé que de todo aquello se olvidó ya, perdonándome tan amargos ratos en los primeros pasos de mi vida religiosa, y que después quise desquitarle siempre con el deseo de seguir sus ejemplos... hasta ahora que el Señor nos pedía a las dos *este sacrificio de la separación temporal*, pues en el cielo nos alegraremos mucho en haber ofrecido por amor y por su gloria lo que nunca imaginé me pediría el Señor, a quien pedí morir donde me ofrecí a

él para siempre ¡Oh Jesús dulcísimo de mi alma! Y cómo desearía que llenases de consuelo, de amor y de paz a mi buenísima M. Mercedes y demás religiosas que con tanto dolor sienten mi venida a esta nueva fundación de Capuchinas Adoradoras de Jesús Sacramentado de Chauchina.

¡Mi Virgen de los Dolores!... Me consuela mucho, recuerdo que vuestra caridad me alentó muchas veces y me creía obligada a darle al Señor almas víctimas que reparasen las ofensas que recibe en el Santísimo Sacramento, y se entusiasmaba pensando nos lo concederán ahí. ¡Ninguna esperábamos la negativa! Y al contrario esperaba y espero que todas nos hemos de unir para darle mucha gloria al Señor y a su Madre santísima nuestra madre.

En otra le diré muchas cosas que la consolarán mucho. El Sr. Cardenal nos visita con mucha frecuencia y me dijo muy paternal: “ahora soy yo su director y ayuda, me he convencido es obra de Dios”. Casi cada ocho días viene y se está con nosotras toda la tarde lleno de alegría y satisfacción, y esto nos anima mucho y alienta a todas, que sólo por la gloria de Dios se pueden hacer estos sacrificios. Después de tantos años, nos pide Jesús le sigamos a su Pasión santísima con su Madre dulcísima, llena de dolor; con sus dolores santísimos los nuestros no tienen nombre, por eso ahora quiere seamos sus compañeras, y tras él vamos contentas abrazadas a su Cruz, a morir *con él*, dónde y como quiera.

Así le dije a mi Madre dulcísima de los Dolores aquel Viernes Santo, que me miró con dulzura inefable al despedirme de ella, 33 años a sus pies le pedía fuese mi madre y cubriese con sus purísimas lágrimas mis grandes miserias: ¡Madre mía, adiós!... Y ella, con su celestial mirada, me dijo: “Voy contigo y seré tu compañera hasta el cielo...” Me confortó ella para no morir de dolor al dejarme esa comunidad tan amada de mi corazón, que me pareció salían a despedirme hasta las que habían muerto, felicitándome en aquel arranque de amor a Jesucristo.

Adiós, no puedo más por hoy. ¡Perdóneme que en dos meses no le haya dado señales de vida! Con Jesús y María no he dejado de enviarle mis especiales oraciones y cariño, pero no puedo atender a tantas cosas, y el recuerdo vivísimo de esa santa comunidad me manda Su Eminencia Reverendima. “*haga por olvidarme”* y no quiero salir de los consejos paternales que me da. Veo a Dios en mi Prelado y santo Cardenal. Adiós, rogar al Señor por vuestra fiel y cariñosa sierva en Jesús, María y José.

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María

L5 C11 (37-39)

Santuario de los Dolores de Nuestra Señora del Pincho

Chauchina, junio 25 de 1925

R. M. Mercedes de Jesús Crucificado Hitos.

Muy amada en el Señor, mi buenísima tía. Recibo sus obsequios y el hermoso palomo que le regalaron M. Consuelo (de la Encarnación), que hace los recreos de estas monjitas, especialmente las que fueron sus novicias, que la recuerdan con especial veneración y cariño, y el animalito es tan gracioso y lo tiene tan bien educado que hace nuestros recreos muy alegres y hasta nos enseña a obedecer, pues al terminar los recreos se viene dentro y le mandé salir hasta la tarde después de la reserva, y salía diligente al jardín como si tuviese entendimiento. Le dije: ¡Vete a buscar palomitas! Levantó el vuelo y fue por aquella hermosa vega volviendo a la tarde con 8 ó 10 palomas que obsequiaron las monjitas con su poquito trigo. ¡No necesito más para alabar y ver la bondad del Señor!

Todos los días tenemos el patio lleno de palomas entran en el refectorio cuando estamos comiendo y vienen a las mesas a tomar las miajas de pan... ¡Qué meditación tan hermosa! Recordamos tanto al seráfico padre san Francisco que parece vive con nosotras!

Ayer vino a visitarnos S. E. R. y gozó tanto con nosotras que se le veía radiante de alegría, y queriéndome alentar me decía: "¿No ve V. qué bendición de Dios? ¡Hasta estos animalitos le hablan que es obra de Dios! Acaban ustedes de venir y tienen aquí un palomar que les dice lo que son para Jesús Sacramentado ¡*La obra* es de Dios, M. Trinidad, y hay que lanzarse a ella con generosidad, sin miedo a los grandes trabajos y dolores que le esperan, ¡muchos y muy grandes!, pero acuérdese siempre de lo que le tengo repetido: ¡La Obra es de Dios! Dios está aquí y la llevará adelante. Necesita V. olvidar ya a San Antón, y, vida nueva con gran fervor. Yo estaré con V. mientras el Señor me dé vida y haremos un convento o palomarcito donde estas almas adoren al Señor en la sagrada Eucaristía y nos alcancen sacerdotes santos..."

Me manifestó el dolor que siente con algunos sacerdotes, que quería convirtiésemos al Señor, y esto sí que nos interesa a todos por la gloria de Dios y bien de las almas, especialmente algunos que no están lejos de aquí. Dios nuestro Señor nos oiga, y vuestra caridad, que tan unida está a nuestro Señor, ofrezca con nosotras sus penitencias para que convierta tantas almas consagradas, desviadas de Dios, que tantas almas arrastran al pecado.

Como le gusta le diga algo de lo que el Señor nos pide, sigue sintiendo las mismas ansias que vengan muchas almas víctimas sacrificadas a adorar a Jesús en el Santísimo Sacramento y veo con consuelo vienen muchas vocaciones y, como soy tan torpe, las mañanas hermosísimas en este campo de la Virgen Santísima de los Dolores, tiene algo sobrenatural y divino los encantos con que la naturaleza nos refleja la hermosura del Cielo: antes que claree la luz del amanecer y los luceros de la mañana van ocultando sus rayos, los

ruiseñores vienen a posarse en nuestra huerta y los pajarillos en las ventanas de la huerta son los despertadores... y me acuerdo tanto del seráfico padre san Francisco, que cuando el cántico de golondrinas y alondras o mirlos (no conozco estos pajarillos), que me distraen y no me dejan rezar, me encomiendo al seráfioco padre san Francisco y le pido le sea agradable al Señor esta fundación y nuevo modo de vida, que nos bendiga siempre... Y así despierto muy temprano; pero al día siguiente de venir, tan cansada me dormí de madrugada y quiso el Señor viese al seráfico padre san Francisco resplandeciente y lleno de luz que volaba por el dormitorio, claustros y dormitorios bendiciéndonos con paternal amor, y me decía: "¡El Amor no es amado! Adorarle vosotras en el Santísimo Sacramento y reparar, con vuestros sacrificios, humildad y pobreza, los pecados de odio y soberbia con [los que] el mundo provoca la divina justicia. Vosotras, hijas mías, llevar el fuego del amor divino a las almas pequeñitas abandonadas... Recogerle muchas almas a Jesús y adorarle. ¡Si vuestro amor es humilde y sacrificado, redimiréis las almas extraviadas y atraeréis al mundo la luz de la doctrina del divino Salvador y salvará de nuevo al mundo, llamado a desaparecer si la caridad y amor de Jesucristo no hace renacer la fe, la esperanza y caridad. El Amor no es amado, amarle sacrificándoos y adorarle en espíritu y en verdad".

Me pareció entraba en las celdas y nos bendecía parecía un serafín que prendía fuego en las almas y desapareció.

Aquel día vino el Sr. Cardenal y le conté el sueño como lo había sentido y la grande consolación de mi alma y que me daba escrúpulo, porque bajo esta impresión lo conté a las monjas, y el Sr. Cardenal muy impresionado me dijo: "El Señor habló a san José en sueños por medio de un ángel, Vd. haga se aprovechen de esto que más creo que sueño sea un aviso misericordioso del Señor para que oréis mucho y pidáis por los seminarios y sacerdotes".

Ya otro día le contaré lo contentas que todas están y la providencia con que cada día nos visita el Señor misericordiosamente. No se olvide de mí en sus horas de oración, encomiéndeme muy de veras a las oraciones de esas buenas madres y hermanas que recuerdo con tanta gratitud y afecto filial. Vuestra caridad, mi buenísima tía, pida siempre a Jesús y a nuestra Madre Inmaculada, María Santísima por su pobre y afma. sobrina y hermana en Jesucristo para que le sea fiel hasta el cielo, que le sepa dar el amor y reparación que me pide,

Sor Trinidad

Chauchina, 2 de agosto de 1925
día de la Porciúncula

M. R. M. Mercedes de Jesús Crucificado Hitos.

Mi buenísima tía, M. Mercedes de Jesús Crucificado: Son las 12 de la noche, que termino el último jubileo por nuestra inolvidable abuelita, que para mí hizo las veces de mi querida madre, para ellas han sido las últimas visitas, aunque las creo en el Cielo. Mientras se juntan todas para rezar maitines le pongo estas letrillas para que sepa el mucho fruto que parece ha hecho que se gane en la ermita el jubileo. Anoche no se pudo cerrar y ahora acaban de irse la gente. Si el Señor se vale de estos sacrificios para convertir estas gentes tan atrasados... y fríos. Pídalo vuestra caridad a nuestro Señor y encárguele a todas lo pidan.

Sólo para que sepa de nosotras, yo le prometo hacerlo más largo para su fiesta de nacimiento o *profesión* que vuestra caridad celebraba con tanto cariño. Le ruego que en la novena de nuestra Señora de Gracia, recen una salve a la Virgen Santísima que tanto amo, y recuérdele a nuestra dulce Madre, las veces que le vestí su divino Niñito desde el noviciado. ¡Con cuánto amor celebrábamos su fiesta! En espíritu espero poderlas acompañar en esas hermosas festividades de tan gratos recuerdos *¡Adiós!*

Sor Trinidad

L5 C11 (43)

Santuario de Nuestra Señora de los Dolores del Pincho
Chauchina, 8 de septiembre 1925

R. M. Mercedes de Jesús Crucificado.

Mi amada M. Mercedes en el Corazón de Jesús Eucaristía: Hoy cuando me acordé de vuestra caridad para ofrecerle mi comunión por sus aniversarios tan consoladores ¡me acordé de los 3 años que hace voló al Cielo mi hermana sor Pura (q.e.p.d.), quien el Señor no quiso darme el consuelo de verla morir! Cuando la oía quejarse y se me iba el corazón a quererla acompañar en aquellos últimos momentos, perdía el uso de las piernas con un temblor que me tenía que retirar, me parecía morir con ella. ¡*La quería tanto*... que sólo por esto la ofrecí al Señor cuando quiso venirse conmigo!... Y la recomendé se fuese a la Encarnación y ella me obedeció siempre, ¡desde pequeñita fue tan buena, que no merecí la fuerza y valor que necesitaba para la hora del sacrificio tremendo! ¡El Señor se lo dé de gloria!

Y basta ya de recuerdos amargos cuando me proponía consolarle con las noticias de las muchas postulantes que vinieron en los primeros meses, y ya son 10 entre postulantes y novicias. Ayer vino S. E. R. el Sr. Cardenal con un compañero suyo canónigo de Zaragoza, me parece, y con un entusiasmo y amor paternal le decía: "¿No ve V. qué bendición de Dios en estos tiempos?... Cómo se abrió esta casa levantada de cimientos para casa noviciado de una transformación de vida completamente reformada para los tiempos actuales. Aquí se ve a Dios... Esta madre Trinidad necesita las Tres divinas Personas en su ayuda para la obra que ha emprendido, ¡y que no quería salir de la clausura, quería dirigirlas desde San Antón! Pero no era esa la voluntad de Dios sino que ella vaya delante de ellas... ¡Cuántas querían seguirle, como antorcha que la alumbra y alienta en el camino, *que aún no empezó*!... Tiene que abrazarse a las Tres divinas Personas para *no retroceder y seguir a Jesucristo* hasta muerte de cruz que la espera... penas amarguísimas ha de padecer su alma... y contrariedades que no ve, pues si el Señor nos da vida, quiero ir con ella ayudándole hasta dejar en cada diócesis una casa... Venían con su custodia llamándose adoradoras y esclavas de la Eucaristía y yo les he dicho que no; no quiero lleven custodia ni se llamen adoradoras, pues sería quitarle el nombre a las adoratrices. No, quiero que sigan solamente capuchinas, hasta que la santa Iglesia hable y apruebe las Constituciones que he mandado a la Madre escriba como Dios nuestro Señor parece se lo inspiró. Yo las llevaré a Roma y pediré a Su Santidad me las apruebe, y entonces podrán cambiar el nombre".

Con esta promesa, figúrese vuestra caridad, cómo me consuela el Señor, en que el Sr. Cardenal, que varias veces procuró en público humillarme, diciéndome delante de todas, incluso novicias, "que no se fiaba de mí hasta que fuese a Roma y consultara, porque temía estuviera chiflada como don Juan Cuenca, no sea que hiciésemos como D. F. con las

infantitas, etc... y por eso me quería tener sujeta a su dirección; pues no quería que entre D. Francisco y D. Juan hiciese de nosotras *las sacramentadas*... etc."

¡Bendito sea Dios!... Este día fue tan fuerte, la prueba, que temí quedarnos deshechas, pues si las monjitas que me siguieron no les hubiese dado el Señor tanto cariño y fe en mí, ¡por misericordia del Señor!, pues nada bueno hay en esta pobre capuchina que, encerradica y olvidada en mis cuatro paredes gozaba más con el Señor, delicias inexplicables, como vuestra caridad sabe, que M. Maestra le contaba mis cinco primeros años, que parecía –después de las grandes tempestades y pruebas con M. Gabriela– el infierno, se desbordaba para echarme de su santa casa, aparecía entonces el Señor a mi alma radiante de majestad y de gloria, y que atraída por una fuerza irresistible de amor fuerte y radiante, dejaba el cuerpo para vivir con él en regiones tan desconocidas para mí, que volviendo a mi ser natural mi M. Maestra, que me probaba y estudiaba y dirigía. ¡Contaba a vuestra caridad mis caminos! tan extraños y desconocidos como vuestra caridad sabe por ella misma, que fue mi guía y aliento en aquellos momentos que fui despedida por el Sr. Arzobispo Moreno Mazón, y que queriendo obedecer, acepté pasar a las capuchinas de Toledo, donde estaba admitida, antes que entrar en la Compañía de María, donde el P. Hitos me quería, ni en el colegio de la Presentación que acababa de fundar el Sr. Rincón, obispo de Teruel y después de Guadix.

Prefería salir a Toledo con clausura, a quedar en Granada sin ella. Vi los grandes peligros que exponía mi vocación sin clausura. Me llenaba de temores de muerte pudiera encontrarme con el *primo*, que esperaba verme religiosa para irse de jesuita, ¡y yo que le prometí solemnemente que nos juntaríamos en el Cielo! Lloré a los pies de Jesús Sacramentado tantos días y noches, y al fin, compadecido el Señor de mis ruegos, vino en la sagrada Comunión a consolarme diciéndome con voz inteligible y clara como la de la Virgen Santísima el día de su Purificación: "No irás porque tienes dote, aquí te mostrará mi Hijo santísimo lo que quiere de ti". Y como si despertara de un sueño le dije a la que tenía a mi lado (sor Ventura) ¿quién me habla soror mía?... Me contestó muy serena y candorosa: "Habrá sido el Señor, porque nosotras nada hemos dicho". Al salir de misa, como vuestra caridad recordará llamó la M. Maestra al Capellán, que era mi confesor, y diciéndole lo ocurrido, me dijo: "Efectivamente hace meses tiene dote, pero M. Abadesa lo quiere para otra, y nos encargó no dijéramos nada hasta que marchases a Toledo".

Desde aquel día feliz, 2 de febrero del año 1896, me parece, ¡cómo cambió todas las dificultades en bendiciones!, y ¿no fue aquella Madre Santísima la que me libró de aquella prueba entonces durísima para las dos? Consuélese mi amada sor Mercedes, deseche y cuídese para poder seguir la observancia.

Le recuerdo esto, para que piense que si entonces me hubiese marchado a ninguna de las dos nos hubiese costado tanto el sacrificio entonces como ahora, que es el Señor el que se

impone y me manda salir. En la ocasión que después de la grave enfermedad que estuve a morir, me obligaron a aceptar el cargo por tercera y cuarta vez; que me sentía tan atada a esas buenísimas madres y hermanas, que prefería la muerte a dejarlas... Y el Señor, por medio del Prelado, como todas vuestras caridades tienen oído al Emmo. Sr. Cardenal el Viernes Santo de este año 1925, y con el corazón exprimido al pie del sagrario quería expirar en su divina presencia, cuando cogida a la reja le pedía Señor: déjame aplastada bajo estos muros, antes de dar un paso que no sea expresa voluntad vuestra. ¡Dios sabe que la última mirada a la Santísima Virgen de los Dolores me dio valor y energía ¡para coger *la leña* y salir a *consumar mis sacrificios*!... ¡Sus lágrimas, mi querida tía, las llevaba ya en mi alma y cuando subimos al autobús tuvieron que cogerme las tías de D. José López, porque me veían cadáver más que persona servible.

¡Así llegué a Chauchina, donde nos esperaba el Sr. Cardenal y familiares y el Sr. Cura y pueblo con demostraciones de especial entusiasmo y cariño; mientras, yo buscaba dónde reponerme esperando que nuestro Señor que leía en el fondo del alma mi dolor en dejaros, me diría como el ángel a Abrahán... contentándose con la obediencia y que me volvería otra vez. ¡Oh Señor! y como nos amáis queriendo probar nuestro amor diciéndome: “¿para qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo” y entonces le repetía todo el camino aquello del Salmo 118: “Juré y determiné guardar los decretos de tu ley justísima, me entragaré a la obediencia de tu Vicario y seguiré por tu amor y tu gloria, seguiré y permaneceré en estos caminos ásperos”, por ser fiel a la obediencia que por boca de mis Prelados recibo como de tu boca, Señor y Dios mío!

Adiós, corto ya esta carta interrumpida tantas veces y que con tanto consuelo le diría de palabra. Hágase cuenta, mi querida tía, M. Mercedes, que ese Corazón divino que vuestra caridad tanto ama, me confió al Corazón purísimo de María Santísima desde el momento que Vds. al entrar me bautizaron nuevamente cambiándome el nombre y allí me encontrará siempre fiel y agradecida,

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María

L5 C11 (44-48)

Chauchina, 1 de noviembre de 1925
Festividad de Todos los Santos

M. R. M. Mercedes de Jesús Crucificado.

Muy amada en nuestro Señor: He recibido las cartas que me envía de esas buenísimas religiosas que me recuerdan y piden les diga algunas palabritas de consuelo. ¡Quién me diese poder llevarlas en estas letras y encenderlas en ese fuego de amor divino que nos da el Señor en este hermoso Tabor... No yo, que como palo seco necesito me acerquen la mecha de los buenos ejemplos de todas estas hijas que ardan... Créame, que Jesús se hace sentir fuertemente en las almas y repetimos aquello de san Pablo: ¿Quién me separará de la caridad de Cristo? (Rom 8,35). Parece increíble lo que nos reservaba el Señor, ¡por *un acto de obediencia* al Prelado, por un momento de sacrificio, ¡cruento sí!, pues creí no resistir mi corazón el arrancarme de esa casa donde como en taller de esculturas el Señor me tuvo 33 años, poco más o menos, labrando y bruñendo este corazón tan duro y apegado a la casa que me crió, y a las madres que me enseñaron los caminos del Señor! Él rompió las cadenas de bronce que me entrañaban y unían a vuestra vida y parece quiere despojarme *de todo* y *en todo* para hacerme una hostia con él.

Ayer estuvimos de retiro para empezar el santo Adviento para nosotras, o sea, la Cuaresma de san Martín, y todo el día lo pasamos junto a Jesús dulcísimo y nuestra madre María santísima de los Dolores, y veo venir tantas almas queriendo ingresar, y ya son diez las postulantes que tenemos de muy buen espíritu. Aproveché la venida de un padre capuchino que vino, muy amigo nuestro y muy santo y nos hizo dos pláticas de provecho, nos alentó mucho a seguir, que era *obra de Dios muy clara*.

A mí me pronosticó muchos trabajos y persecuciones, que sería molida como el trigo, porque el Corazón de Jesús pedía hostias que se inmolaran con él, fuesen víctimas de reparación y desagravio... Dispuesta estoy a lo que el Señor quiera de mí, a dar mi vida por su amor y su gloria, ¡como él quiera! Él me pide le siga sin condiciones, que me deje del todo en su Corazón purísimo de su Madre María santísima y ella nos ofrecerá con él, hostia inmaculada, en reparación y amor. Presiento un dolor intenso en el alma de los peligros que me esperan... ¡En *él confío*!

Espero que vuestra caridad se una a nosotras y ofrezca sus espinas a Jesús dulcísimo, que las convertirá en rosas de caridad que recree su divino Corazón sediento de almas adoradoras, que se inmolen cada día. No se amargue M. Mercedes, mi querida tía, vea vuestra caridad cómo el Señor nos bendice y multiplica y si nos pidió esta separación tan dolorosa en el destierro, nos concederá unirnos con él en el cielo donde esperamos nos tendrá un rinconcito bajo el manto de su Inmaculada Madre.

Dígale a sor Filomena que no la olvido, ni a mi sor Natividad, a todas las llevo a Jesús antes de recogerme, no me olvido de ninguna, me uno a todas como si estuviese ahí, me parece todas somos unas, con la única pena de causa de sufrimiento, tan lejos de mi voluntad, deseosa de consolarlas y ayudarlas a todas, como todas me ayudaron a seguir con valor al dulcísimo Jesús, ¡Maestro mío! ¡*Sola la obediencia* a tan santo Prelado tuvo fuerza para dejar mi nido!

Por hoy no me detengo más tocan al coro y querría se llevasen ésta para que con las cedulitas que anoche sorteamos vean mis buenas hermanas no las olvido ante el sagrario y me encomiendo a las oraciones de todas especialmente a las de vuestra caridad que tan estrechamente nos une el amor de Jesús y María y José, nuestros abogados y protectores santísimos,

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María

L5 C11 (49-50)

Diciembre 8, 1925

M. R. M. Mercedes de Jesús Crucificado.

Muy amada en el divino Corazón y nuestra madre Inmaculada María Santísima. Qué recuerdos en estos días de preparación para tan hermoso misterio, que durante 30 años nos uníamos a [...] para preparar su altar con flores y luces que nos parecía aquel coro el cielo. ¡Qué amor y qué entusiasmo sentían nuestras almas en tan hermoso Misterio! ¡Cuántas gracias derramó en nuestras almas nuestra purísima Madre! ¿No me vio vuestra caridad ahí durante los maitines? Ella me concedió asistir en ese coro a los cultos que le tributaban y gocé una hora de gloria. ¡Bendita sea la Madre de mi Dios!

Desde el 8 de diciembre del año 1889 que asistí a los primeros maitines solemnes que con órgano y voces oí rezar por vez primera aquellos maitines en Santa Inés cuando tenía 10 años, se conmovió mi corazón con la fuerza del amor que mi madre nos encomendó a ella al morir, creyeron que alguna causa acababa con mi vida, me impresionaba tanto al verla en el cielo rodeada de una gloria inexplicable a lengua humana. ¡Oh madre mía, Madre de Dios, qué grande eres! Madre mía.

Bueno, y la dejo, ¡estoy tan impresionada!... que no sé lo que escribo. Adiós, mi madrecita, pida a nuestra Reina y Madre María Santísima, que sus brazos purísimos y dentro de su Corazón Inmaculado me lleve a Jesús cuando deje este mundo y vuele al cielo donde deseo vivamente alcanzar.

Ya en Pascua les prometo escribir y lo harán sus novicias que la recuerdan con especial cariño.

A todas cuanto quiera, especialmente a nuestra reverenda madre a quien le envío mis saludos,

Sor Trinidad

L5 C11 (51-52)

DE LA FUNDACIÓN DE CAPUCHINAS DE LA ADORACIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE CHAUCHINA

11 de abril, 3 de la tarde del Sábado de Gloria del 1925. *(parece escrito o terminado de escribir en 1926*)

"Dominus regit me, et nihil mihi deerit", Dios me dirige, tiene cuidado de mí y nada me faltará (Sal 23,1). Yo espero en vos Señor y Dios mío, por que habéis socorrido mi alma en mis aflicciones (íd. 31).

I

¡Qué bueno es el Señor en todas sus obras! Y sus misericordias son superiores a todas, porque no tarda en cumplir sus promesas, aun con aquellos que han provocado sobre manera su justicia después de haber conseguido el perdón, provocándole nuevamente con ingratitudes ... y el Señor tan bueno que de *tanto mal*, se valió, para hacer a este su pueblo escogido tan grandes bienes, llevándole como de la mano al través de horribles persecuciones y calumnias ... al término feliz de sus amorosos designios. Desde el 19 al 20 de marzo del 1912 al 11 de abril de 1925, en que triunfando de la infinidad de oposiciones y luchas la trajo como de la mano, allanando montes insuperables de obstáculos y dificultades que se presentaron como se disipa una pequeña nube con el más suave viento. ¡Cuán grande sois, Señor!, y qué pequeño y nada nuestro ser delante de ti, Dios mío, escogiendo lo más flaco y despreciable del mundo para confundir lo fuerte y precioso.

II

Todo lo es posible a Dios (Lc 18,27)

"Hay muchas moradas en la casa (de Dios) mi Padre", dice san Juan (Jn 14-2). Por esto no hay que extrañar que viviendo santamente en un claustro de penitencia, el Señor saque de él a las almas que su amorosa providencia escoge para algún fin de su mayor gloria, y así, las almas, impulsadas por ese viento suave de la divina inspiración se sientan volar por las más ásperas sendas, hasta llegar a su término que es Dios, obrando según aquello de "esfuérzate, pues, por acumular tesoros para el Cielo" (Mt 6,20), porque se sienten en manos de su Dios que las conduce amorosamente a su fin, por medios proporcionados a la naturaleza de cada una de ellas, aunque quede oculto a la mirada del hombre, que juzga tan distinto a los juicios de Dios.

III

Desde el centenario de la gloriosa madre santa Clara que se celebró con gran solemnidad en el convento de San Antón de capuchinas de Jesús y María del desierto de penitencia de Granada, celebrando un manifiesto menor todos los domingos del año 1912, solemnizando la fecha del 18 al 20 de marzo con un triduo en el que estuvo Su Divina Majestad en forma de jubileo, con un trono hecho ex profeso para esta fiesta, en donde se consumió centenares de velas ardiendo los tres días y la noche del 19 al 20 toda la noche (como el Jueves Santo) y en la Misa que a las 12 en punto de la noche se celebró a toda orquesta, después, al consumir, comulgaron las religiosas y fieles que asistieron, innumerable gentío llenó la espaciosa iglesia de San Antón, mientras que el divino Salvador se dignó al bajar al corazón de una pobre religiosa decirle: "¡Quiero trabajes por cercarme el tabernáculo de almas penitentes, consagradas, a adorarme día y noche en este sacramento de amor que instituí para consuelo y vida de las almas y me tienen abandonado, aun aquellas que me están consagradas". Esta religiosa confesó sinceramente que el Señor mostrábale el corazón en una hoguera de llamas encendidas, pero destrozado y manando sangre por cinco llagas que en forma de Cruz se veía en medio del Corazón de Jesús, diciéndole: "Sed tengo ... " y dejando en su alma una suavidad y dulzura que le duró hasta la Pascua de Pentecostés, que volvió a sentirse como ordinariamente (juguete de Satanás) con las grandes tribulaciones de la más fuerte tempestad que venía sufriendo. Sin embargo, ella comenzó a pedir y suplicar sin descanso porque en aquel convento se concediera el jubileo perpetuo, que manifestó a su confesor que la hizo firmar (unas Preces) y firmó con otras dos superioras unas Preces a Su Santidad pidiendo para todas las comunidades la adoración que presentó el Sr. Cardenal Vives y Tritó, sin resultado alguno.

IV

El año 1913, siendo el M. I. Sr. D. Juan Cuenca director de esta religiosa, a quien ya trabajaba por esta obra con un ardiente fe de ver a Jesús Sacramentado adorado por todas las religiosas contemplativas, hizo una memoria impresa a ruegos de otras religiosas, que presentó a los señores obispos, que con motivo de la coronación de la Santísima Virgen de las Angustias vinieron a Granada, y en plena asamblea presentó su instancia, que al fin no llegó a efecto, y quedó ya a lo que Dios manifestase a los superiores, creyendo se había trabajado lo que humanamente se podía.

V

El 31 de agosto de 1915, acometió un gravísimo ataque cerebral que creyeron moría la religiosa aludida, y cuando le dieron la Extremaunción, el Señor le mostró el infierno devorador que la llenó de espanto ... La reprendió severamente y le dijo moriría si no le daba lo que le tenía pedido. Señor, yo pobre pecadora, que no he sabido más que ofenderos con cruel ingratitud, enferma y sin fuerzas humanas ... "No eres tu, soy yo el que todo lo hará. A ti solo te toca corresponder a mi voluntad, síguela ciegamente, pon la fe en mí y nada te faltará, enferma me servirás más que sana". El director tuvo luz del Cielo, de que no moría, y que, a pesar de la opinión de los médicos que creían moriría de aquello, fue el único que aseguró "que aquella religiosa no moría, porque tenía que cumplir los designios de Dios".

VI

El 6 de febrero de 1916, esta religiosa sufría la mayor prueba de su Superiora, que la quería expulsar del convento por horribles calumnias. Ella se sentía morir bajo el peso de las tribulaciones y de la enfermedad, el demonio la probó queriéndola ahogar. Había jubileo circular en su iglesia y ella permanecía medio muerta en la adorable presencia de Jesús, y de la una a dos de la tarde, en la tribuna que da a la capilla de san José, quedó privada de sentido por unos minutos y vio claramente cómo el Señor la conducía por una senda escabrosísima a un campo espacioso en el que se levantaba un trono de adoración, rodeado de una comunidad capuchina, como ella manifestó a su confesor, convencida ser revelación de Dios que no era en aquel convento donde el Señor quería la adoración, sino en aquel donde le mostraba, siendo consagrado a su madre la Santísima Virgen. Cuando volvió de aquella suspensión, se encontró en vísperas, sin saber cómo ni quién la colocó en el coro. Se rezaba de feria II (pues era lunes) y en el salmo CXV, v. 16, "O Domine, quia ego servus tuus", quedó otra vez en la misma forma, entendiendo que Dios la pedía el sacrificio de dejar aquella su comunidad que tanto amaba, para que fundase un convento que le hiciera voto de adoración por la consagración que hizo al ingresar en aquel convento, a su Dolorida Madre, a la que tomó por su misma madre y de la que recibió singulares favores. ¿Cómo ... ? Le fue oculto por entonces, que todo era obscuridad y tinieblas, solo descansaba en el corazón de la Purísima Madre.

VII

El 16 de julio del año 1920, al terminar su trienio la Abadesa de aquella comunidad, la

madre Aurora de Jesús, fue elegida canónicamente para Abadesa la que cuatro años antes había sido postergada y calumniada, por las mismas religiosas fue elegida. Este fue el primer paso que confirmó lo pronosticado ocho años antes por el I. P. Fr. Francisco de Orihuela, obispo de Equino.

Sin duda de ninguna especie, la mandó su confesor empezase a trabajar para ver dónde y cómo quería el Señor la nueva fundación. Haciendo oración especial para este fin, manifestó al Sr. arzobispo D. José Meseguer y Costa, el deseo manifestado ya en varias ocasiones de que se concediera la fundación en una casa junto a la Alhambra que les daban los señores condes de Pérez de Herrasti y Señora, condes de Padul, que por entonces se ofrecían a patrocinarla mientras conseguían permiso del Gobierno para restaurar el antiguo convento de San Francisco. Por entonces se negó el Sr. Arzobispo a conceder el permiso, temiendo que otra fundación de capuchinas en Granada pudiera padecer detrimento el de San Antón. En estas contrariedades y luchas murió el Sr. Arzobispo en diciembre de aquel año. Y estando en gran tribulación la noche de Navidad esta religiosa, la consoló el Señor haciéndola entender que vendría el Sr. obispo de Almería a Granada y les concedería la fundación. De esto no hizo caso el confesor y la mandó no volver a pensar más en la adoración mientras Dios no manifestara más claro su voluntad adorable.

Habiendo quedado la Diócesis a cargo de D. Jesús María Reyes, chantre de la Catedral, veía fácil el que le concedieran su deseo, temiendo que el retardar más, no fuese del agrado del Señor, sino trazas del enemigo para estorbar su obra.

VIII

Al empezar el año 1921, no se sabía quién vendría, porque todos creían venía de Arzobispo el de Málaga. Un dignísimo Sr. párroco de Almería, que recibió a nuestro Administrador y bienhechor, el presbítero D. José López Muñoz, capellán del convento de San Bernardo, que por encargo de las religiosas adoratrices tuvo que ir a Almería varias veces, le tomó gran amistad, rogándole viniese a Granada donde deseaba tenerle en su casa unos días. En efecto, la divina Providencia, que se vale de tan extrañas trazas para dirigir sabiamente sus mejores obras, hizo que el buenísimo Sr. López Muñoz le llevase como primera visita a nuestras capuchinas de San Antón creyendo que la mayor prueba de afecto que les hacía y el mejor favor sería presentarle su caro amigo Sr. D. Ricardo Pérez Reche (el dignísimo párroco a que nos referimos). Y en efecto, la Abadesa entendió que aquel señor iba allí a cumplir una misión divina ... ¿Cómo? No se explicaba por entonces, lo cierto es que ella comenzó a sentir esperanzas consoladoras, a veces pensaba si sería en Almería donde el Señor quería la fundación cuando en Granada no había medio de poderla realizar.

Comprendiendo por luz divina que al Sr. D. Ricardo Pérez Reche le enviaba el Señor como medio para allanar los montes de dificultades que se oponían a la fundación, le manifestó con toda sinceridad, sus deseos, inspiraciones y luchas, y el consuelo grande que con su visita sentía su alma, y este la alentó, asegurándole que vendría a Granada el Ilmo. Sr. obispo de Almería, D. Vicente Casanova y Marzol, de arzobispo, y que no dudase que concedería la fundación si era del agrado del Señor.

En efecto, a pocos días anunciaban los periódicos era nombrado ya arzobispo de Granada el de Almería. Pasaron algunos meses, y no siendo probable la venida de Almería de D. Ricardo, por los trabajos de su parroquia, y viniendo favorables los medios materiales, pensó mandar a su capellán, de San Antón, T D. Víctor Ruiz Casas, a Almería para pedir el permiso para empezar la obra del convento, puesto que ya estaba preconizado. Pero, aunque le recibió muy deferente, le dijo que no daba permisos sin tomar posesión de la mitra, y como esto se retardaba, dio ocasión a nuevas luchas, incluso que el mismo capellán, que fue de tan buen grado a Almería, cambiase de opinión y trabajara en contra de que esto llegara al efecto.

Llegó el 29 de noviembre del 1922, que hizo su entrada solemne en Granada el dignísimo señor arzobispo D. Vicente Casanova y Marzol, y con este motivo volvió el dignísimo párroco de Almería, y conferenciando con nuestras capuchinas, les ofreció presentar a S. E. en la primera ocasión la nueva fundación, y encontró las mismas luchas y contrariedades, sirviendo la recomendación para que se preocupara de ella, y aprovechando las dos visitas que hizo a la comunidad, le dijese a la Abadesa en la primera que no admitiría la fundación [a] menos que no le diesen capital suficiente de 40.000 duros, que asegurara la subsistencia material de las monjas; y en la segunda le dijo a la Abadesa que no volviesen a pensar en nueva fundación, que lo que había de hacer en una nueva casa, lo hiciera en San Antón, y que cuando los señores Pérez de Herrasti diesen las 20.000 pts. quedara en aquella comunidad con la obligación de la adoración perpetua.

IX

Viendo la resolución dada por el Rvdmo. Prelado, la Abadesa rindió su juicio, y deseando cumplir con la voluntad del Sr. Arzobispo, habló a la comunidad, consultó a su director y algunos padres que tenían noticias de la fundación. La comunidad se negó a obligarse a una carga sobre la Regla, pues había muchas enfermas y ancianas. El director la mandó, en virtud de santa obediencia que no volviese a ocuparse más de fundación, ni pensar en ella. Del mismo parecer el Sr. D. Ricardo, a quien veía hasta entonces como el precursor de la adoración, que se lo enviaba el Señor para allanar los caminos ... Este la decía: "Madre no es voluntad del Señor, cuando el Prelado lo prohíbe no piense usted más en ella, la adoración

que usted desea no la quiere el Señor por ahora". Los padres que consultó entendieron lo mismo, y esta pobre alma, que de tantas maneras y en tan repetidas ocasiones el Señor le apretaba... pidiéndole la adoración, se entregó diciéndole al Señor, fiat…. Pero como el Señor no dejase de instarla, trabajase con humildad hasta conseguirla, el día 23 de octubre del año 1923, estando Su Divina Majestad expuesto en forma de jubileo, la dio tan fuertes inspiraciones (como ella manifestó a su director) que no pudiendo resistir más, salió del coro, a las 4 de la tarde, para escribir al Sr. Arzobispo y decirle, como al confesor, cuanto le pasaba y que la dijera qué debía hacer en aquella lucha. Terminada la carta se presentó D. Ricardo Pérez, y le dijo cómo había tenido que salir del coro a escribir a S. E., y no sabía cómo enviar la carta. No bien había terminado de decir esto, cuando llegó S. E. que tenía que hablar con la Abadesa y ¡oh bondad y amor incomprensible del Señor! D. Ricardo tuvo que alentarla a que de palabra manifestara sus deseos, pero el Señor se adelantó a sus deseos y hizo sentir al Prelado lo mismo que ella pedía y le dijo: "Vengo a decirle que se me han presentado los Sres. Martínez Victoria y Sra. Dña. Juana Vargas y entregándome la cantidad de 10.000 ptas., se ofrecen a hacer la fundación donde yo disponga. Entiendo que la voluntad de Dios es que se haga en Chauchina, en una ermita que allí hay a la Virgen de los Dolores y no donde ustedes quieren (o sea en la Alhambra), pida usted las Preces para la fundación, y empiecen ustedes las obras".

¡Qué juicios de Dios, qué amor y misericordia tiene con las almas que le buscan con fe! .. Y ¡qué claramente manifestó su voluntad santísima!

X

No parece pasar en silencio la visita que hicieron los señores Martínez Victoria a nuestras capuchinas. En septiembre del mismo año, se encontraron en un gran apuro económico, tenía una deuda que le acosaba el panadero, salían de las primeras vísperas de santo Tomás de Villanueva, y delante de un cuadro que tenían del Santo en el claustro principal, se quedó la Abadesa rezándole con otras dos o tres religiosas pidiéndole en cruz nos alcanzara del Señor algún socorro. No había pasado 40 minutos, llegan estos Señores con mil pts. para las necesidades de la comunidad. ¡Qué bueno es el Señor, para los que en Él tienen su confianza!, y le *aman*.

La comunidad salió de su apuro y quedó dando gracias al Señor que nos había presentado aquellas almas en las que sentíamos algo más que lo ordinario, interiormente sentía la Abadesa que Dios se los enviaba para otro fin, pero ella no se atrevió a decirles nada. Quince días después, vino un hermano de la Señora, D. José Vargas, a decirle a la Madre que tenía una cantidad de 50.000 pts. para la fundación que pensaban hacer, que él tenía para hacerla, pero que sus padres le dejaron los bienes bajo la inspección de su hermana, y esta

quería hacer suya la fundación. Entonces llamó a su señora hermana, la que entusiasmada de esta obra, se ofreció ayudar y hacer cuanto el Señor quisiera de ellos ... Bajo esta hermosa impresión fueron al Sr. Arzobispo, y este, vio en ellos la providencia de la fundación de capuchinas de la adoración en Chauchina.

XI

Todos cuantos intervenían en estos asuntos vieron la mano amorosísima del Señor que, sin presión ni mediación humana, cambia el corazón de los hombres para la realización de sus designios. ¡Bendito sea el señor! Como ya en el año anterior 1922. Los señores Pérez de Herrasti le entregaron al señor Arzobispo 25.000 pts. nominales en papel del estado al 4% interior, para el mismo fin y que dejó depositado en la Caja de Capitales (o sea de los dotes), percibiendo la comunidad de San Antón el cupón para las necesidades hasta tanto que se empezara la obra (y que después se vendió por D. José López para los gastos de obra), en abril, 18 del 1924.

XII

El 2 de diciembre salieron las Preces, firmadas e informadas por el Excmo. Sr. Cardenal, para Roma; y el día 27 del mismo mes, día del evangelista san Juan, volvieron a Granada concedida y aprobada la nueva fundación.

Cuando parecía que el Sr. Arzobispo se inclinaba decididamente a que la fundación fuese en Chauchina, junto a la ermita de Nuestra Señora de los Dolores (llamada del Espino o Pincho), la Abadesa rogó a un virtuoso sacerdote, coadjutor de Santa Escolástica, entusiasta de las obras eucarísticas y que le venía ofreciendo su casa (en Lanjarón) para la fundación, le suplicó le comprase los 15 marjales de terreno junto a la ermita para empezar a edificar en cuanto viniesen aprobadas las Preces, y que en efecto compró a D. José Castro Carmona, padre de una religiosa de Santa Catalina de Sena, entregando a este señor 10.000 pts. que hicieron el trato; y cuando se pudo reunir el dinero se le pagaron, de las limosnas recogidas con muchos trabajos y sacrificios del M. I. Sr. D. Juan Cuenca, a quien Dios le pedía tomase como suya la fundación.

El Sr. D. José Alonso (que así se llamaba el coadjutor de Santa Escolástica) siguió prestando su ayuda y nos ofreciendo para la iglesia un precioso tabernáculo dorado casi todo, y que hoy tiene la preciosa ermita en el altar mayor y otras cosas que facilitó a las religiosas en los principios, cuando todo faltaba en lo material, porque el Señor superabundó en consuelos y bienes celestiales. Donó algunos muebles utilísimos, las mesas del refectorio, cuadros, dos

Niños Jesús, libros y otras cosas de *mucho provecho.*

XIII

En abril de 1924, día de san Fidel de Sigmaringa, el Sr. Arzobispo con el Sr. Provisor, el M. I Sr. D. Juan Cuenca, el Sr. D. Ricardo Pérez, D. José López y los señores Martínez de Victoria y Vargas Chacón, a las 3 de la tarde, en auto particular fueron a Chauchina, bendijeron el terreno y puso la primera piedra para el convento, con la asistencia del Sr. Párroco y principales del pueblo. Fue un acto conmovedor a todo el pueblo que no creía ver realizados sus deseos del convento. Desde este día empezaron a traer materiales. El 3 de mayo del mismo año comenzó la obra, bajo la dirección de D. José López Muñoz, con arreglo a los planos del ingeniero y fundador Sr. D. Antonio Martínez Victoria.

Desde el momento que comenzó la obra, la lucha del convento de capuchinas de Granada fue indecible, teniendo que ocultar por prudencia cuanto se hacía en esto, porque las religiosas que se amaban tanto no podían pensar en la separación; y esto ocasionó amarguísimas penas a la Abadesa que las amaba a todas como a una sola, y de algunas se tenía que separar forzosamente porque a todas no podía llevar, o retener.

XIV

Habían terminado la iglesia y una parte de convento, suficiente para establecer la comunidad (de 18 religiosas cabrían), dormitorio, celdas, coros, refectorio, cocina, torno, locutorio y confesonario. Todo pequeño, pero muy bien dispuesto. Era el mes de marzo de 1925 y todas verían con gusto que el 19 al 20, día del patriarca san José, y aniversario de la consagración a Dios en la catedral de Asís de la madre santa Clara y fundación de la Orden, entrasen en la nueva fundación y convento las 12 religiosas que estaban designadas para la nueva fundación.

Parece que el demonio, que trabajaba por todos los medios por deshacer la fundación, puso en algunas personas la idea que no debían irse hasta el otoño, que se secara bien la obra porque enfermarían; y en efecto, el Sr. Arzobispo a todos les contestaba que hasta octubre lo más no las dejaría ir.

La Abadesa, que veía el sufrir de la comunidad, unas y otras, sin poder evitado, no veía más solución que la oración, se encomendó a la Santísima Virgen diciéndole: Madre mía, tuya es la obra, en el Calvario estoy con vos, recibir mis penas y sufrimientos... dispuesta a sufrirlos... lo que vuestro Hijo santísimo quiera, pero si es de vuestro agrado cambiar el corazón el Sr. Arzobispo (que acababa de decir a D. Ricardo: "¡Qué interés tienen en llevar las monjas

tan pronto!, hasta octubre no irán"). Era Viernes Santo, 10 de abril, cuando la Abadesa y la Secretaria desconsoladas y sin esperanza en lo humano, depositaban a los pies de la Santísima Virgen de los Dolores (que estaba en el coro alto sobre una mesa) sus penas, diciéndole: Madre mía, no queremos mas que vuestro Hijo y vos seáis glorificados, *hágase* como sea su voluntad santísima; quedó en todos los oficios del viernes la Abadesa a los pies postrada de nuestra Señora y hablándole interiormente le dijo: "Ve y escribe al Prelado y dile de mi parte que quiero que el sábado vayáis a mi Santuario, me acompañéis en mi soledad y salgáis de aquí el sábado y la primera comunión la hagáis con la fe que fueron de madrugada al sepulcro con las Marías a recibir a mi Hijo santísimo el Domingo de Resurrección en la ermita donde yo deseo deis culto perpetuo a mi divino Hijo Sacramentado, en donde quiero le encontréis por primera vez con las ansias que le buscaron las Marías Resucitado".

Sin terminar los oficios divinos, los dejó para ir a escribir al Sr. Arzobispo según el impulso recibido de la Santísima Virgen, al terminar el refectorio, a las doce y media, envió la carta a Palacio; con una confianza grandísima en las palabras de la Virgen Santísima, esperando se resolviera como fuese del agrado del Señor.

Cuatro horas después, cuando se preparaba la comunidad para ir a las tinieblas (el Viernes Santo), llegó el Sr. Arzobispo, a las cinco de la tarde, con el Sr. Provisor. Mandó abriesen la clausura, y entró como un santo y como un padre bondadosísimo, *inspirado* por el Espíritu Santo y llevado por la Madre divina de los Dolores, que es vida y dulzura, consolándolas y animándolas a todas, leyó el Rescripto de Roma, a la comunidad toda, que estaba reunida y el oficio firmado por las 12 religiosas que voluntariamente querían ir a la nueva fundación.

Las exhortó a la caridad y unión que debía reinar entre las dos comunidades, dándoles a las que salían sus ropas y todo lo necesario como buenas hermanas, recibió la renuncia de la Abadesa, diciéndola, entregase las llaves y cuentas a la Vicaría, que desde aquel momento quedaba de Presidenta, y las aconsejó mucho se ayudaran mutuamente, viendo en la nueva fundación una gracia singularísima del Señor que manifestaba cuánto le agradaba aquella comunidad cuando de ella sacaba una fundación con tan altos fines, en unos tiempos tan indiferentes y relajados, y dispuso que al día siguiente a las 3 de la tarde, Sábado de Gloria 11 de abril de 1925, fuese el Sr. Provisor y D. Ricardo Pérez (con otras dos Sras. tías de D. José López Muñoz), con un auto, a acompañar a las religiosas a Chauchina, procurando avisar al Sr. Cura de Chauchina para que lo prepararan todo para el Sábado Santo a las cinco de la tarde, encargándole al Sr. Provisor preparara comida y cuanto necesitaran en las despensa para que quince días comiesen por su cuenta, y bendiciéndolas a todas y lleno de bondad se despidió hasta el siguiente día, diciéndoles que si alguna más de las que habían firmado quería ir, se pusiera de pie, y aunque había muchas que se hubiesen venido, ninguna pidió por temor a que

no se lo concediesen, y así lo permitió la divina Providencia para nuestro mayor bien.

XV

Es de suponer cómo quedaría aquella comunidad que temía el día de la separación, ¡qué noche de tan amarga prueba, aunque de dulcísimos consuelos!

Amaneció el Sábado Santo, 11 de abril, preparando las camas y ropas, entre lágrimas y penas se despedían unas con cariños y otras con amenazas, ¡un día de *grande angustia*! El Señor alentaba el corazón para el *gran sacrificio*, había que separarse de unas hermanas que nos recibieron y educaron, otras que recibimos y ayudamos, una iglesia hermosísima de continuos y hermosos cultos, un convento lleno de todo, acomodado y edificante, besábamos sus muros y parece se abrían para escondemos de nuevo, la continua reflexión que nos hacían: "Se van a un pueblo donde no las quieren, a una casita que no caben, sin acabar, a morirse de hambre y de aburrición" ... Cuando tantas calamidades nos anunciaban parecía veíamos a la Santísima Virgen de los Dolores, nuestra dulcísima y adorada madre, que abriendo su manto nos acogía a todas diciéndonos: "No temáis, yo seré vuestra madre y amparo". ¡Qué valor y ánimos nos daba esta fe en nuestras almas, dispuestas a mil martirios, por seguir la fuerte inspiración de la gracia!

Al dar las tres de la tarde, nos avisan que llega el auto, con el Sr. Provisor, D. Juan Villar, D. Ricardo Pérez Reche y D. Antonio Martínez Victoria, en quienes había delegado el Sr. Cardenal para que nos acompañasen con dos señoras, Dña. Ángeles y Dña. Josefa Muñoz, tías de D. José López, capellán de San Bernardo.

La R. M. Presidenta (Vicaría entonces), sor Clara de Jesús María, quedó sola en la portería para despedir a las 12 religiosas que debían marchar a la nueva fundación, porque las demás religiosas porteras no podían sufrir la despedida de la que había sido trece años su Abadesa y Madre (*indignísima*) y de las buenas hermanas que se separaban para siempre.

La madre Trinidad les dijo a todas se hincaran de rodillas, y antes de salir pidió la bendición a la madre Presidenta, que con muchas lágrimas las despidió, destrozando todas el corazón por amor de aquel Señor a quien con toda el alma le sacrificamos todo, entregándole, por orden del Sr. Provisor, los dotes en papel del Estado al 4% interior de la Deuda perpetua:

El de la madre Trinidad, de 9.000 pts. nominales.

De la madre Patrocinio, de 5.000 nominales.

De la madre Concepción, de 10.500.

De la madre sor María del Carmen del Corazón de Jesús, de 11.500.

La madre Luisa de la Ascensión. Sin dote por la plaza Cantora.

Sor Jacoba de San José, 11.500.

Sor Esperanza del Santísimo Sacramento, 11.500.

Sor María de la Paz del Santísimo Rosario, 11.500.

Sor Inés del Niño Jesús, 11.500.

Sor Ana María del Espíritu Santo, 11.500.

Sor Sacramento de la Madre de Dios, 11.500.

Sor Adoración de la Santa Cruz, 11.500.

Con la bendición de la madre Presidenta salieron las 12 religiosas arriba nombradas de dos en dos con sus rostros cubiertos, entraron al auto con las dos señoras ya citadas, mientras el Ilmo. Sr. Provisor, D. Juan Villar, y el Sr. D. Ricardo Pérez Reche y D. Antonio Martínez Victoria en el auto del Sr. Cardenal se adelantó para avisar al Sr. Párroco, que con estos señores y la gente del pueblo vinieron a recibirlas, que llegaron una hora más tarde, por venir el auto despacio por el mal camino, temiendo se mareara alguna por falta de costumbre, como sucedió a la madre Trinidad.

Cuando las religiosas de San Antón sintieron cerrar la puerta del auto (escribían después) creían caer sobre su corazón la losa del sepulcro, sin hallar consuelo en muchos días; las nuestras se dejaron caer en el auto como en brazos de Dios, tranquilas (aunque penadas de las que dejaban en San Antón) completamente, sabiendo que solo la gloria de Dios nos llevaba a aquel pequeño santuario (visto por un alma hacía algunos años).

Al pasar por Santafé la gente que se apercibió, se agruparon al auto con pañuelos y voces decían: ¡Vivan las monjas, vivan las monjas!, hasta que nos perdieron de vista. Llegamos a la pequeña puerta de nuestro convento, y no nos dejaban bajar del auto el innumerable gentío que acudió, nos esperaba el Sr. Provisor, el Sr. Cura Párroco, D. Antonio Vargas, D. Ricardo Pérez, y el caballero fundador y ingeniero que hizo el plano del convento y obra, D. Antonio Martínez Victoria, y entramos por el portón de la huerta, y si mareadas venían, no fue menos la impresión que sintió el alma cuando nos vimos en aquel campo ... que el Señor nos mostró al pedirnos la fundación, y la contrariedad ... *que faltara* en aquel día memorable el padre a quien el Señor pidió la fundación con tan señaladas pruebas de su voluntad santísima, el M. mo. Sr. D. Juan Cuenca.

(Lo del 6 de febrero). El M. Iltre. Sr. D. Juan Cuenca, canónigo de la Catedral, al mismo tiempo que a la M. Abadesa había sentido la inspiración de unas capuchinas con la adoración perpetua que se consagraran a la vida de penitencia y adoración (con una nueva reforma), había pasado muchos trabajos, negativas, sacrificios, y cuanto Dios sabe de luchas. Cuando se acercaba este día, que tanto anhelaba, por razones de salud tuvo que ausentarse tres meses al Sanatorio de la Alfaguara (en Alfacar) y hasta últimos de mayo no bajó, cuando ya estaba la

comunidad en serenidad instalada en su pequeño convento. Al entrar nos llevaron al refectorio, muy hermoso y espacioso por cierto, donde nos sirvieron un poco de café con galletas que nos llevó el Sr. Cura, D. Antonio Vargas. Entraron muchas familias del pueblo que atendieron mucho a las deseadas religiosas, especialmente las profesoras y el farmacéutico D. Evaristo Benavides y familia y otras, que no conocíamos a nadie, sólo a las familias de tres religiosas del pueblo que quedaron en San Antón, que al ver no venían sufrieron con mucha prudencia la contrariedad natural, mostrándose con nosotras muy obsequiosas y afables.

Una hora después llegó el Sr. Cardenal con su familiar, nos bendijo cariñosamente, nos alentó mucho, bendijo con el Sr. Provisor y D. Ricardo y el Sr. Cura el convento, nos impuso la clausura, despidiéronse las familias del pueblo y los señores que habían venido, y después de un rato de consuelo y aliento, nos dejaron a las ocho de la noche para ver el convento y arreglar las tablas en donde habíamos de descansar.

El Sr. Cardenal, antes de marcharse, nos encargó no nos levantásemos a media noche; durante 15 días nos dispensó la observancia de ayunos y rigidez, mientras nos instalábamos.

El Sr. Cura nos mandó un jamón y una caja de galletas, otras personas nos trajeron pan, D. Ricardo nos envió garbanzos, azúcar y cosas para que pudiéramos atender a nuestras necesidades 15 días.

Cuando arreglamos el dormitorio, a las 11 de la noche salimos a la huerta por una poca leña para calentar alguna cosa que comer, y no encontramos fósforos; aquel día ninguna había podido tomar nada de comida, y ya sentíamos decaimiento de fuerzas, que la Madre mandó tomar algo, temiendo nos diesen las 12; tomamos un poco de chuletas que nos dieron en San Antón para comer fiambre antes de venirnos; rezamos y dando las 12 nos echamos a descansar. Dormimos sobre las tablas sin almohadas, por no encontrar las cosas que nos habían mandado.

A las 5 nos levantamos a la oración, rezamos las horas y con gran fervor deseábamos recibir (el Domingo de Resurrección) a Jesús resucitado, como Magdalena llegó al Sepulcro, nuestras almas recibíamos, en ardorosas ansias de amor, a Jesús Sacramentado por primera vez en esta pequeña ermita de los Dolores de la Santísima Virgen, con quien quisimos vivir y morir. ¡Madre mía, *bendita seas*! ... ¡Cuánto te aman tus hijas conducidas por vos a vuestro santuario! ¡Bendita seas, madre mía, bendita mil veces ... por el corazón y el alma de tus capuchinas!

Vino a decimos la primera Misa nuestro insigne bienhechor D. Ricardo Pérez, que con tanto interés trabajó para que viniésemos; por medio del Sr. Provisor hicieron convencer al Prelado nos dejase ver resucitado al Señor en el nuevo convento y celebró la Misa con manifiesto mayor. ¡Qué consuelo recibimos en esta primera Misa y en este primer manifiesto ... viendo

cumplidas las promesas que el Señor nos tenía hechas!

Al salir de la santa Misa tomó el desayuno nuestro buen Sr. D. Ricardo y nos dijo unas palabritas de fervor y amor a Jesús, que nos había dispensado tan singular gracia de vemos este día de alegría en la nueva fundación, en donde nuestra alma debía empezar una nueva vida de fervor, se despidió dejándonos una limosna, que rogué se la diese a las de San Antón para que se ayudasen un poco. Con gran resistencia accedió a nuestra petición, pues su gusto era que la limosna fuese para nosotras que suponía no teníamos nada.

En efecto, en el refectorio y cocina todo nos faltaba, estuvimos 15 días comiendo sin servilleta ni cubiertos, de un pliego de papel de estraza hacíamos 4 servilletas, y así todo, pero esta falta de cosas materiales las suplía y superabundantemente daba el Señor en gozos espirituales indecibles, parecía vivíamos en San Damián, porque el espíritu de observancia, de unión y

caridad, nos hacía ver el espíritu de los seráficos padres Francisco y Clara. En todas cosas veíamos al Señor, en todas partes le sentíamos con verdadero entusiasmo y faltándonos todo lo material se escapaba al encontrarnos: "¿Quid retribuam Domino ... Qué os daremos Señor por tanto como nos habéis dado? .. " (Sal 116,12). En la pobreza nos considerábamos ricas con el Señor. ¡Qué bueno es el Señor para los que de verdad le aman y le buscan!.

En aquel mismo día 12 de abril, Domingo de Resurrección, vino mucha gente de Granada a visitamos, entre ellos fue el Sr. Presidente de la Audiencia de Granada y su Señora y otras personas principales que nos traían limosna.

El padre de dos religiosas nos envió una vaca de leche, cinco cabras y dos docenas de gallinas y un ciento de huevos, y todos traían algo. Los del pueblo también acudieron con algunas cositas, y la divina Providencia nos fue enviando lo necesario, para la vida, acudiendo a socorrer las necesidades antes que las sintiéramos.

A los 3 ó 4 días, 13 de abril, vinieron de San Antón una novicia y una postulante leguitas, que pidieron venirse sufriendo con muy buen espíritu las contrariedades y oposición que le hicieron, aun sus mismas familias. Una de ellas tenía el noviciado para terminar, llamada por Dios a la vida de adoración, rogó y suplicó a la madre Abadesa la admitiera aunque tuviese que empezar de nuevo el postulantado y noviciado, como en efecto se hizo, empezando el postulantado el 14 de mismo mes, y ésta fue sor María del Pilar de la Eucaristía Plata, natural de los Ogíjares. Sor María de los Ángeles de Cogollos Vega venía con los 6 meses de postulantado terminados, que no quiso pedir el hábito en San Antón, por esperar a recibirlo aquí de lega. Ocho días después pidió se le admitiese como las anteriores, una novicia del colegio de Carmelitas Terciarias (Recogidas, vulgo), que había terminado su noviciado y admitida por unanimidad para la profesión, enterada de nuestra fundación, pidió con instancia a su confesor (nuestro bienhechor D. Ricardo Pérez Reche) nos suplicase se le admitiese

empezando aquí un nuevo postulantado, como en efecto vino el día 15 de abril admitida por esta comunidad por unanimidad también, dado los buenísimos informes que teníamos de aquella comunidad (y de cuantos la conocían), que sentían mucho desprenderse de ella, ésta probó después su vocación y excelentes condiciones en su postulantado y noviciado, ésta es sor Rosario de los Dolores, natural de Dílar.

El día 18 de abril del mismo año vino sor Teresa de Jesús natural de los Ogíjares muy piadosa y con mucha vocación, que estuvo de doncella con la madre del Sr. Cura Párroco mientras se hizo la obra, doña Encarnación García de Vargas, en donde durante un año dio muy buenas muestras de vocación, dejando muy edificado al pueblo por su solidez, piedad y virtud.

Estas cuatro postulantes hicieron su noviciado con gran fervor, tomaron el santo hábito el 24 de octubre del mismo año, siendo las primeras novicias de esta fundación de capuchinas adoradoras.

(A las 10 de la mañana del 24 octubre del 1925, con gran solemnidad, se esperaba la imposición de los santos hábitos, para lo cual estaba delegado por S. Emcia. Rvdma. Sr. Cardenal, en el Provisor y Vicario (hoy Obispo electo de Jaca), que por un compromiso improvisado no pudo asistir, viniendo a celebrar la santa Misa y ceremonias del Ritual, el Sr. D. Ricardo Pérez Reche, que les hizo los santos ejercicios de preparación con una asistencia y bondad que nunca sabremos agradecer, porque la comunidad gustosísima aprovechó tan grata ocasión de hacerlo también, con un fervor indescriptible ¡El Señor sea bendito, que tan misericordiosamente nos favorece!)

Siguiendo el curso de nuestra historia y terminado el mes de abril con la admisión de las cuatro postulantas ya citadas, entramos en el mes de mayo preparando la solemne octava de inauguración de la iglesia ya terminada, que por ser una ermita muy pequeña se le adosó otro tanto espacio de terreno (toda la capilla mayor). El día 29 de mayo se presentó el Sr. Cardenal, a las cinco de la tarde, con el Ilmo. Sr. Provisor D. Juan Villar (hoy Obispo de Jaca) a visitar nuestras capuchinas, con gran afecto y consuelo [al] ver florecer la naciente comunidad en virtudes y buenas vocaciones, paseó con el Sr. Vicario, acompañado de las religiosas en la huerta, deteniéndose en lo hermosa y bien cultivada que tenían la tierra, y después entró en el refectorio a descansar.

Su Eminencia Rverendísima, entusiasmado y muy satisfecho, habló familiarmente con las religiosas, la madre Trinidad le presentó la tabla y distribución de los oficios y cargos para que S. E. los aprobara si lo tenía a bien, en la forma siguiente: sor María Patrocinio de San José, de edad de 37 años y 14 de profesión, vicaría; maestra de novicias, sor María de la Paz del Santísimo Rosario, de 41 años de edad; sor Concepción de la Santa Cruz y sor María del Carmen del Sagrado Corazón de Jesús, porteras; torneras, sor María Jacoba de San José y

sor María Esperanza del Santísimo Sacramento; sacristana, la madre vicaría y sor María Luisa de la Ascensión; secretaria, sor María de la paz del Santísimo Rosario; provisoras, sor María Luisa y sor María Esperanza; enfermeras, sor Inés María del Niño Jesús y sor Ana María del Espíritu Santo; ropero, sor María Sacramento de la Madre de Dios y sor María Adoración de la Preciosa Sangre; refectoleras, las postulantes coristas, sor Anunciación y sor María de Gracia; y cocineras, las cuatro ya citadas anteriormente.

Su Eminencia, bondadosísimo, las aprobó y en el momento procedió a la elección que fue pública, preguntó a todas a quién querían de Abadesa y todas de pie unánimes pidieron a la madre Trinidad, la que quedó confirmada en aquel momento, todas le rindieron obediencia, entonó S. E. el Tedeum, estuvo un rato exhortándolas a vivir siempre unidas en amor y caridad y bendiciéndolas como un padre cariñosísimo se despidió, dejándonos a todas gratísimos recuerdos.

Encargó se apuntara las cositas que encontramos en la ermita, y dejásemos escrito la obra que se le ha hecho; de pequeñita ermita una iglesia bastante amplia, para lo cual se hicieron flores y ornamentos, que se pidieron algunas telas, y lo que faltó lo pedimos a San Antón prestado, devolviéndolo todo después.

La ermita tenía 1 cáliz de oro bastante bueno, 1 copón pequeñito de plata y vinajeras de cristal, con 3 casullas, 2 encarnadas y 1 blanca, y 4 manteles y 1 alba. Nosotras hicimos de todo, 3 albas, algunas casullas, 1 misal nuevo, 1acetre de plata, y el incensario nos lo regaló D. Ricardo Pérez, 1 cáliz de plata sobre dorado D. Ramón Fernández Alcántara, 1 copón de plata sobredorado muy hermoso el P. Fundador M. I. D. Juan Cuenca, la custodia nos la prestó D. José Alonso de la Adoración Nocturna hasta que nos hicimos de la que tenemos, dorada muy preciosa (regalada por un P. Jesuita de Málaga, a quien la pedimos, P. Arnaiz).

El día 31 de mayo del mismo año 1925, empezó el solemne octavario con jubileo todos los días y Misa solemne con sermón.

Por la mañana predicaron los señores siguientes:

1°. 31 de mayo, R. P. Eugenio Cantera Agustino.

2°. 1 de junio, M.I.Sr. D. José Gutiérrez Tienda, canónigo de la Catedral.

3°. 2 de junio M.I.Sr. D. Modesto Iriarte magistral de la S.I.C.

4° .3 de junio, Dr. D. José Fernández Arcoya, párroco de Nuestra Señora de las Angustias de Granada.

5º 4 de junio, M. Iltre. Sr. D. Manuel Medina Olmo, canónigo del Sacro Monte, obispo auxiliar de Granada.

6°. 5 de junio, Dr.D. Joaquín María Reyes, catedrático.

7°. 6 de junio, R. P. Rafael de Antequera, capuchino.

8°. 7 de junio, R. P. Goy, redentorista.

Por la tarde estuvieron todos a cargo del R. P. Eusebio de Revollar, capuchino.

Y los 8 días de jubileos fueron a devoción de los señores siguientes:

31. Los Excmos. Sres. Condes del Padul, D. Isidoro Pérez de Herrasti y Dña. Rosario de Solís y Maissier.

1. Excma Sra. Condesa del Padul.

2. Señores Vargas Chacón y Martínez de Victoria.

3. Señores Marqueses de Montesfuertes.

4. Sr. D. José Gómez Mancilla y Señora.

5. Sra. Dña. Jacoba Vega, Vda. de Cuenca.

6. D. José Alonso, coadjutor de Santa Escolástica, por el Centro de los Jueves Eucarísticos.

7. D. Ramón Fernández Alcántara y D. Francisco Fernández Alcántara, capellán del Refugio.

El domingo 7 de junio, festividad de la Santísima Trinidad, a las 8 Misa de comunión general, por el M. Iltre. Sr. D. Juan Cuenca, con plática; el mismo día al terminar el ejercicio de la tarde salió la procesión bajo palio, con Su Divina Majestad a la iglesia parroquial y dio la bendición con el Santísimo Sacramento el Emmo. Sr. Cardenal Casanova y Marzol, arzobispo de Granada.

Precedió a este solemnísimo octavario la traslación solemne de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de los Dolores de la Iglesia parroquial a su ermita, ya restaurada y ampliada (casi la mitad) toda la capilla mayor, estrenando un precioso tabernáculo,

regalo del Sr. D. José Alonso, coadjutor de Santa Escolástica y director de los Centros Eucarísticos de Granada. La procesión de la Santísima Virgen se hizo el30 de mayo a las 8 de la noche, que resulto solemnísima, a la que acudieron muchos pueblos con un entusiasmo y fe indescriptible, especialmente, de Santafé, que asistió la música municipal de la villa, que acompañó a la sagrada imagen de Nuestra Madre Santísima del Espino, los pueblos de Lafuente, Cijela, Romilla, Jau, Maracena, Cúllar Vega y mucha gente de Granada dio un esplendor y culto a la procesión que entró en nuestra iglesia (su antigua ermita) a las 10 de la noche, con bengalas, castillo, y palmillas reales, que parecía estábamos en la capital en los entusiasmos de la Santísima Virgen de las Angustias. El Sr. Cura, D. Antonio Vargas, hizo la entrega de la sagrada imagen en nombre del pueblo a la comunidad con gran entusiasmo y vivas, que correspondió el pueblo con fe.

A estas solemnidades se preparó la comunidad con sus ejercicios espirituales, que los dirigió el virtuoso capuchino R. P. Eusebio de Revollar, el día 11 de mayo, festividad de la Ascensión del Señor. Y en este mismo día entraron dos jóvenes postulantas, que hacía días esperábamos y llegaron el mismo día de empezar los santos ejercicios, y que bendijo el R. P. Capuchino, hoy ya novicias muy fervorosas y de muy buena vocación, sor Anunciación de las Tres Ave Marías y sor María de Gracia del Sagrado Corazón de Jesús, las dos naturales de

Monachil, y a los diez meses de su ingreso tomaron el santo hábito (al año siguiente, día de la Encarnación, 25 de marzo de 1926).

Hicimos el mes de junio al Sagrado Corazón de Jesús con mucho fervor y julio a la Preciosa Sangre, aunque por no estar terminada de pintar la capilla lo hicimos privado. En agosto se terminó la pintura para el jubileo de la porciúncula, el que se celebró solemnemente con sermón que predicó el Sr. Capellán, D. Luis Molina Carmona; privadamente hicimos el mes a la seráfica madre santa Clara, y la novena que empezamos el tres, solemnemente con exposición mayor todos los días y función que predicó el Sr. D. José López, catedrático del seminario, acudiendo casi todo el pueblo por el amor a la Santísima Virgen y a la comunidad.

El 15 hicimos a la Santísima Virgen solemne función y procesión por la huerta, cantándole las tres partes del Rosario.

En septiembre, preparamos la solemne novena a nuestra Soberana Reina bendita Madre de los Dolores. Con el santo jubileo todos los días y hermosos cánticos en su honor con Misa solemne (todos los días) y sermón todas las tardes por el R. P. Francisco de Sevilla, capuchino, que fue tanta la concurrencia que ni en el atrio de la iglesia cabían, estado con paraguas, sin temor a las lluvias de aquellos días ¡Gloria sea dada a la Madre de Dios que hizo tan grandes mercedes a este pueblo!

El último día se hizo la solemne función que predicó el Ilmo. Sr. D. Manuel Medina Olmo, obispo auxiliar de Granada, y por la tarde terminado el ejercicio se hizo la solemne procesión de Nuestra Señora estrenando un hermoso manto que el pueblo costeó con gran fe y amor, resultando hermosísima por la concurrencia y fervor que tenían todos a la Santísima Virgen con entusiasmo grandísimo. Además de la música, que costeó D. José Gómez Mancilla, los colegios de niñas iban cantándole los Dolores de la Virgen con tal orden y fervor, que los sacerdotes y religiosos capuchinos de Granada que acompañaron la procesión, asombrados del amor a la divina Señora veían una cosa extraordinaria que no se explicaba en la concurrencia de Granada y muchos pueblos, si no es que la Madre de Dios favorecía este pueblo con un favor y gracia singular.

La comunidad, que oía los repiques, castillos, vivas y bengalas, lloraban de alegría y consuelo, que la Santísima Virgen escogiera a las pobres capuchinas para custodias de tan rico tesoro

y para su culto y cuidado, y al entrar en la iglesia a las 11 de la noche cantaron una Salve las religiosas que el pueblo aclamó con vivas. Su entrada en su ermita fue conmovedora. El P. Francisco de Sevilla, testigo ocular y confesor de la anciana Rosario Granados Martín, dijo cómo la Santísima Virgen pidió a Rosario viniesen a su iglesia una comunidad franciscana, cupiéndole la suerte a las capuchinas de Granada, de donde vinieron estas religiosas. ¡El Señor sea bendito y su Santísima Madre de los Dolores! ...

Su Emcia. el Rvdmo. Sr. Cardenal, que miraba con especial cariño como obra particular suya, nacida en el espíritu de amor eucarístico que tanto prueba el celo de la gloria de Dios en todas sus obras, no dejó de visitamos con alguna frecuencia, complacidísimo de ver el crecimiento de la comunidad, y la paz y alegría que nunca esperaba en este pequeño convento. Gustaba pasear por la huerta acompañado del Sr. Vicario y de las religiosas a quien preguntaba por las plantas y frutos, cuando alguna quedaba atrás distraída, las llamaba gozando como buen pastor que sus ovejitas le cercarán, al terminar el paseo entraba en el refectorio a descansar, y las llamaba preguntando a todas cómo estaban, y cuando convencido del espíritu de caridad y paz que reinaba en todas, lleno de entusiasmo repetía: ¡Qué bendición de Dios!, ¡qué bendición! Aquí está, hijas mías, Dios con vosotras cuando así os bendice.

Este bondadosísimo padre siguió favoreciendo a la naciente comunidad que con entusiasmo y fervor suspiraba por la deseada adoración, fin de la nueva fundación.

En 11 de diciembre salió la petición hecha en la forma que mas convenía, se envió al Sr. D. Ricardo Pérez, que estaba con el Sr. Cardenal en Roma para ganar el Año Santo y allí la presentó a la aprobación de N. E. Sr. Cardenal, que lo hizo favorablemente siguiendo los trámites en la Curia Romana por manos de Mons. P[7], interesado por el Fundador, Sr. Cuenca.

A fines de noviembre ingresaron dos jóvenes postulantas, el día 21 sor Dolores de la Cruz de Gójar, y el 28 del mismo, sor María de Jesús del Buen Pastor Ribero, natural de Guadalcanal, Sevilla (y sor Dolores de Gójar, Granada). En octubre del mismo año tomaron el santo hábito, el 24, día de san Rafael, las cuatro postulantas antes citadas para leguitas, sor Pilar de la Eucaristía, sor Ángeles del Crucificado, sor Rosario de los Dolores y sor Teresa de Jesús, con gran entusiasmo del pueblo, que por ser la primera fiesta que habían visto se hizo indispensable invitar a la Guardia Civil, que no podía contener el gentío que se aglomeraba a la reja por ver a las novicias, no siendo suficiente la iglesia para la mucha gente que acudió. Aunque estaba nombrado para la imposición de los hábitos el Sr. Provisor, por asuntos de su cargo no pudo asistir, delegando en el Sr. D. Ricardo Pérez que hizo una plática hermosísima que entusiasmó mucho a los oyentes y comunidad.

La comunidad aprovechando los santos ejercicios que D. Ricardo dirigía a las postulantas para el santo hábito, los hizo también haciendo en ellos las dos visitas diarias y dos horas de oración, una por la mañana y otra por la tarde, que nos señaló el párroco para ganar el Año Santo, que todas con mucho fervor y gozo espiritual hicieron para prepararse mejor para la fiesta de la Inmaculada Concepción, que nos concedieron la gracia de vestir el hábito capuchino, que hasta entonces vestíamos el color mezclilla que visten las franciscanas, y que usan nuestras hermanas de San Antón.

Todo el mes de noviembre, al par que preparábamos los hábitos exteriores de color capuchino, marrón o castaña, disponíamos los espíritus con mortificaciones y oración para que

renunciando al hombre viejo, nos vistiéramos de nuevas gracias y virtudes que nos hiciéramos dignas hijas e imitadoras de los santos fundadores.

---

[7] La M. Trinidad deja espacio para completar el nombre

Llegó la víspera de la Inmaculada y Purísima Madre, y todas vestidas con el nuevo hábito y manto capuchino, en la calenda de nuestra Inmaculada Madre parecía el coro adornado con luces y flores, un cielo. ¡Qué hermosísimo aspecto tenía nuestro coro! La Reina del Cielo radiante de luz, rodeada de las 22 hijas, renovadas en un nuevo espíritu, que sus rostros, iluminados por el fervor y alegría de sus almas, nos creíamos trasladadas a la bienaventuranza! ¡Qué bendiciones celestiales derramaba sobre estas almas sacrificadas en aras de la más rigurosa penitencia, la bendecían y alababan mientras la excelsa Señora nos colmaba de gracias y bendiciones!... ¡Bendita seas, madre mía! ¡Qué memorable y gratísimo será para siempre el recuerdo de este día dichoso, tan lleno de gracias y júbilo, el de vuestra Inmaculada Cocepción, 7 y 8 de diciembre del año 1925 y en toda la octava!

Así pasamos estos días de cielo, esperando la venida del Mesías, el divino Infante Jesús, y ¡cómo dudar de que la bendita Madre dejaría de interceder con su divino Jesús para que se dejara ver y sentir dulcemente con sobrenaturales consuelos en el corazón de sus capuchinas que con tanto amor se venían preparando para su nacimiento!. .. Anhelábamos la hora de las 12 para recibirle sacramentado, y el demonio, que rabioso quería hacerlas desistir de los fervorosos anhelos de estas purísimas almas, después de haber vencido grandes dificultades para tener Misa del gallo (a la que se oponía el mismo Párroco), empezó una tempestad de lluvia tan espantosa a las 6 de la tarde que, creyendo imposible la venida del Capellán (D. Gabriel García, que hacía de Capellán y vivía en el Jau con su hermano, el Párroco del pueblo), nos vimos obligadas a desistir de la Misa, mandándole recado viniese a las 6 del día de Pascua a celebrar las tres misas.

Dios nuestro Señor que penetra los corazones y no deja sin premio los más pequeños deseos de las almas que le aman, quiso quedarse sacramentado dentro del coro. Con motivo de arreglar el nacimiento en el altar mayor, trasladaron el sagrario [al] comulgatorio, con el fin de evitar las irreverencias que podían cometerse, con intención que al terminar por la tarde volvería el Sr. Cura a trasladar Su Divina Majestad al altar, pero como se presentó aquella lluvia torrencial no volvió el Sr. Cura, y quedó Jesús con sus capuchinas que abriendo las puertecitas del comulgatorio le tenían como dentro del coro.

El consuelo de las religiosas fue inexplicable ... se cantaron los Maitines solemnes a canto llano a las 11, a las 12 se entonó el Tedeum durante el cual las religiosas fervorosísimas hicieron la comunión espiritual, y algunas recibieron singulares favores del dulcísimo Jesús,

mereciendo la indecible dicha que la Soberana Reina pusiera al divino Infante Jesús sobre su corazón como en el pesebre de Belén sintiendo su alma el suave contacto del cuerpecito purísimo de Jesús que al suavísimo contacto curó de algunos trabajos espirituales y dolencias corporales durando en el fondo del alma una suavidad y dulzura tal que desde aquella bendita hora hasta el día de la Purificación, no dejó de sentir la presencia real de Jesús dentro de su alma que la tuvo como embriagada en tal amor que aún durante el sueño no perdió la presencia y suavidad de la gracia sobrenatural que recibió. ¡Qué grande es el amor de Jesús para las almas que arrepentidas le buscan misericordioso!... ¡Bendito sea mil veces, que su misericordia infinita derrocha sus tesoros en las almas! ... ¡Bendito seas Jesús dulcísimo de mi alma! Por siempre sea bendito vuestro santo Nombre. Amén.

Llegó el año 1926 y Jesús continuaba encendiendo en estas almas su amor, y a pesar de la extrema pobreza material, había en las almas riquezas de amor, y así empezaron el año obsequiando al divino Infante que en el día de su dulce Nombre, hasta una vaquita nos dio leche y con aquel suave alimento, nos dio ayuda para no desfallecer las fuerzas materiales que con los ayunos y penitencias necesitaban reponerse, y fue una bendición de Dios el consuelo de poder socorrer las necesidades que padecían por falta de medios materiales.

El Sr. Cardenal, que había estado en Roma todo el mes de diciembre, vino a visitamos y nos ofreció una medalla a todas, y nos consoló mucho su visita; D. Ricardo Pérez nos trajo una cruz muy preciosa que besándola se gana una indulgencia plenaria, y la pusimos en la puerta del coro (con su patente en el archivo); D. José López nos trajo un Niñito Jesús (de escayola) y un clavo tocado al de nuestro Señor Jesucristo (que tenemos en una urnica en el ante coro); y D. José Alonso una bendición apostólica para "articulis mortis" y otra nos trajo D. Ricardo que conservamos en un cuadro.

Así pasamos las Pascuas y entramos en Cuaresma, que con tanto fervor empezaron los ayunos y penitencias, sin faltar los tres capítulos de culpas todas las semanas en el refectorio y la disciplina todos los días. Los viernes, después de hacer en el refectorio los pasos de la Pasión, 7 religiosas en la forma que de amos dicho en la página ... [8] La comunidad comió pan y agua todos los viernes en el suelo, y de noche pedía alguna la colación de limosna. ¡Qué deseos de sacrificarse y padecer por Jesús tenían estas almas llenas del más ardiente amor a Jesús! Hicimos el quinario a las sagradas Llagas todos los viernes, para lo cual nos envió un santo Cristo de expiración de un metro que tenemos con gran devoción en el refectorio, que la comunidad mira con gran devoción y cariño. Nos lo regaló D. Ramón Fernández Alcántara con algunos cuadros y un hermoso terno bordado en oro para el Jueves Santo, que se estrenó con gran consuelo de la comunidad, que sin acabar de pagar los cinco que tomamos fiados de la "Casa Aranda de Zaragoza" nos daba el Señor uno mucho mejor. ¡Él sea bendito!, ¡que así premia el amor con que se le sirve!

[8] La M. Trinidad no narración en este cuaderno el hecho referido.

Al señor san José se le hicieron los siete domingos y su Misa solemne; el 25 tomaron el santo hábito las postulantas sor Anunciación de las Tres Aves y sor María de Gracia del Sagrado Corazón de Jesús, por la tarde, tuvimos la elección a nuestra Soberana Reina y Madre de los Dolores, como se hacía en nuestros fundadores, que en este día de la Encarnación del Verbo, se elegía anualmente por Abadesa y Madre y terminada la elección se cantaba con toda solemnidad el Tedeum de nuestra Señora por san Buenaventura, y se celebró esta elección con el mayor entusiasmo y fervor.

Llegó Semana Santa y el espíritu se encendía en santos deseos, y la comunidad toda, en compañía de nuestra Soberana Reina y Señora, seguía en todo a Jesús en su acerba Pasión ... ¡Cuánto se ama a nuestro buen Jesús! ... Él sea bendito por siempre. A pesar del rigor con que se practicó las penitencias de Regla y de devoción, que las postulantas y novicias se impresionaron tanto especialmente los viernes al ver los pasos de la Pasión que rompieron en llanto, y no se les podía hacer comer de impresionadas que quedaban al ver las penitencias que hacían las religiosas.

El día 25 de marzo tuvimos Misa solemne que ofició nuestro Capellán interino, el virtuosísimo D. Gabriel García, que con gran generosidad y sacrificio venía del pueblo del Jau en donde vivía con su buen hermano el Párroco del mismo, D. Miguel García (profesor del mismo pueblo).

Es tan grande el consuelo que nos dio este venerable sacerdote que a pesar de sus cargos de administrador y catedrático del Seminario nos asistía con tal puntualidad sin faltar nunca a su hora señalada.

Siguiendo la costumbre que había en las capuchinas de Granada de obsequiar como prelada y madre a nuestra Reina, le renovamos nuestros votos, le rendimos obediencia y le consagramos nuestra casa, comunidad, nuestros cuerpos y alma, para que Ella nos condujera bajo su amparo a la presencia real de su adorable Hijo Sacramentado disponiéndonos a la santa adoración con el amor y humildad que la Señora le adoraba en sus brazos purísimos cuando Niño y después de muerto en la Cruz, que purificara nuestro corazón de todo afecto que no fuese puramente de Jesús y de su gloria, y nos concediera ver pronto nuestro tabernáculo rodeado de sus esposas, como está adorado en el Cielo por sus ángeles, en espíritu y en verdad.

Tuvimos los Oficios de Semana Santa muy solemnes, y todo con gran fervor de la comunidad, y el refectorio el Jueves Santo como el Cenáculo, porque las almas amantes del divino Nazareno sentían vivir con Él.

¡Qué hermoso es el amor a Jesús en las almas que unidas viven para el Cielo! ¡Que más cielo que amarle!. ..

Desde el Miércoles Santo se adornó el refectorio con colgaduras y flores poniendo un altar con el divino Niño de Pasión, y en la mesa presidencial el hermoso Cristo que nos regaló D. Ramón Alcántara. La noche del miércoles tomó la comunidad la colación en el suelo, después de las Tinieblas solemnes, y la disciplina durante los tres Misereres (que se hacen los cuatro días de la semana mayor).

El jueves se hizo la comida con toda solemnidad y el refectorio parecía conmemorar aquella grande cena que Jesús hizo con su Apóstoles, el amor de aquellas purísimas almas se revelaba en sus rostros, y toda la noche del jueves acompañaron al divino Maestro que tan majestuoso se ostentaba en un monumento hermosísimo, que la piedad de los fieles consagró centenares de cirios a Jesús Sacramentado y a su dolorida Madre de los Dolores.

(A las 8 se celebraron los divinos Oficios estrenando un hermoso terno de raso blanco bordado en oro que la piedad de los señores D. Francisco y D. Ramón Fernández Alcántara donaron a esta comunidad).

El Viernes Santo la comunidad que permanecía en el coro desde el día antes, empezó el Viacrucis a las tres de la mañana rezando las estaciones con la mayor devoción, a las 6, las Horas menores y a las 9 los Oficios, con igual solemnidad asistiendo a ellos el Sr. Capellán, D. Francisco Navarro, D. Gabriel García y el Coadjutor de Romilla, quedando Su Divina Majestad en un sagrario en el comulgatorio en donde la comunidad encendida en el fuego del divino amor acompañaba dulcemente a Jesús sepultado en unión de nuestra amantísima Madre de los Dolores hasta el Sábado Santo que a las 3 se rezó la Soledad de la Santísima Virgen (llamada Tortolica) y continuamos en sus devotos obsequios hasta la hora de los Oficios a las 7, que comulgó la comunidad con toda devoción y entusiasmo, conmemorando el primer aniversario de nuestra venida a este hermoso santuario, en donde tanto culto, amor y gloria se daba a Jesús Sacramentado y a su Madre Santísima.

El Domingo de Resurrección se cantaron los Maitines solemnes a las 3 de la madrugada, a las 5 se celebró la santa Misa solemne y la sagrada comunión, después rezamos Prima, el desayuno y a las 9 Tercia, Sexta y Nona.

En el refectorio, adornado con flores, se hizo algunas expansiones espirituales de santa alegría con el Deo gratias solemne, dispensado aquel día el silencio.

El día 18 de marzo, víspera de san José recibimos un oficio de Palacio comunicándonos nos concedían la adoración como artículo en las Constituciones y nos pedían la votación, que por unanimidad espontanea y alégremente todas pedían.

Esta noticia nos llenó a todas de santo regocijo, entonando un Tedeum solemnísimo (a las 9 de la noche).

El 9 de abril se celebró con gran solemnidad el 20 aniversario de la aparición de la Santísima Virgen del Espino. Tuvo la Misa el M. I. Sr. D. Jesús Mérida, canónigo de Sacro Monte de Granada y predicó su compañero canónigo D. Julio [9], que el pueblo conmovido entonó vivas y cantó el himno con gran fervor.

---

[9] La M. Trinidad deja blanco poner el apellido.

El 11 celebramos el primer aniversario de nuestra venida con repique de campanas, Misa solemne con sermón a cargo del Sr. D. Francisco Tapia, párroco de Santa Escolástica de Granada, y al final se cantó un solemne Tedeum, que la comunidad con inmenso júbilo daba gracias a Dios de ver concedida la adoración tan deseada, antes del año. Con tan singulares pruebas de la misericordia del Señor no nos quedaba la menor duda que nuestro Soberano Rey y Señor estaba complacido del amor con que sus capuchinas adoratrices buscaban la gloria de su amor sacramentado, cumpliendo así los deseos de la Virgen Santísima nuestra madre.

Empezó el mes de mayo con todo fervor, acudiendo el pueblo con entusiasmo a las flores que el coro cantaba con tanto amor y ternura que se oía gritar: "benditas sean, que son ángeles que la Virgen nos ha traído".

El cinco de mayo, a las 7 de la noche, se nos presentó una religiosa compañera y hermana maestra que después de repetidas súplicas había conseguido del Emmo. Sr. Cardenal el Rescripto de Roma para trasladarse a este convento, por el deseo de participar de la gracia de la adoración.

La comunidad que la esperaba, aunque no sabía el día, la recibió con el mayor cariño, porque lo había pedido y deseado mucho, y, como esperábamos, es muy buena religiosa, con deseos de ser muy santa, sor Inmaculada del Santísimo Sacramento. El mes se terminó con mucho fervor, y vino el Sr. Cardenal a visitamos con una bondad y cariño inexplicable que no sabremos nunca agradecer.

Empezó el mes de junio, después de unos ejercicios fervorosísimos que nos dirigió D. Ricardo Pérez Reche, viniendo todos los días de Granada, entusiasmado del espíritu de las religiosas para que se prepararan al insigne favor que nunca sabríamos estimar bastante, que la Santa Sede nos concediera la adoración diurna como parte de las Constituciones ... ¡Qué días de inexplicables consuelos! ...

El día 2 de junio, víspera del Corpus, después de una comunión fervorosísirna, se inauguró solemnemente, empezando un solemne novenario al Santísimo Sacramento para terminarlo la octava del Corpus, que predicó toda ella el R. P. Eusebio de Rebollar.

La Misa solemne la ofició el Ilmo. Sr. D. Manuel Medina Olmo, obispo auxiliar de Granada y el sermón el M. I. Sr. D. Juan Cuenca, fundador de esta casa y padre espiritual

nuestro, y por la tarde hizo la reserva y bendición el Ilmo. D. Juan Villar obispo de Jaca.

Todos los días del mes estaba el jubileo a devoción de las señoras bienhechoras de esta fundación y de algunas personas principales del pueblo, como se conserva en unas hojitas impresas.

El pueblo continuó costeando algunos días de jubileo que con las Misas ofrecidas a la Santísima Virgen resultaba una solemnidad diaria que hacía venir todo el pueblo con devoción inexplicable a rezar, y hacer continua adoración a Jesús Sacramentado, y a rezar a la Santísima Virgen.

El día del Corpus fue un día de cielo, las religiosas alrededor del augusto Sacramento ardían en el amor divino sin aceptar a separarse de aquella hoguera de divinos amores, porque en el coro parecían serafines humanados. Y así se pasó la octava, durante la cual se hizo la novena al Corazón adorable de Jesús, y en este día 11 tomó el santo hábito la postulanta de Guadalcanal, sor María Jesús del Buen Pastor Ribero.

Nos preparaba el Señor una gran prueba. Habían sido los días de junio de inefables consuelos y con grandes esperanzas de terminar nuestra obra, por haber salido bien de la operación quirúrgica nuestra insigne bienhechora doña Juana Vargas, que nos hizo el convento y nos ofrecía terminarlo si mejoraba. También vino a visitamos por primera vez el día del Corpus la Vizcondesa de Termens, que nos pagó 750 pts. de cera que debíamos y nos ofreció con devoción y cariño ayudarnos a terminar el convento que no tenía mas que un pabellón.

A fines de junio se agravó tanto de un ataque al hígado la señora doña Juana Vargas, muriendo el 4 de julio como una santa, resignada y con un amor grandísimo al Santísimo Sacramento.

Pidió a su esposo nos terminara el convento, y éste que tan identificado estaba con su señora cumple su encargo con b verdadero interés y afecto.

La comunidad le hizo un novenario de sufragios como a una religiosa, y en el Cielo bendecirá los sacrificios que hizo para hacer este convento que tan hermosa recompensa la espera en el Cielo, si no es que goza ya de él.

Al fin de julio, dos hermosas imágenes del S. Pod[10]

---

[10] Así termina el cuarto cuaderno

[SENTIMIENTOS [1]]

Padre mío: Durante la oración siento que Jesús me dice mostrándome su Corazón como una hoguera de amor ... "Yo te amo tanto como si no tuviese más que a ti sola, obedece al director y a mí, yo cuidaré que el que te guíe, te lleve a mí, según mi voluntad, y no temas".

Raro es el día que pasa sin que Jesús llene mi alma de gloria; y digo de gloria porque Él es la gloria de los bienaventurados y cuando le siento descansando en mi corazón como en su trono no sé, padre mío, si estoy en la tierra o en el cielo; me enciende en su amor, y nada turba aquella paz que dura lo que Él quiere, y solo me hace sentir una sed abrasadora de salvar muchas almas y atraerlas a la Eucaristía como fuente perenne de gracias, en donde Jesús pide vengan a Él y beban la verdadera vida y felicidad, que buscan fuera de Dios, encontrando desgracia de pecados y muerte.

Estas ansias las sentía mi alma desde muy pequeña, que me ingeniaba en recoger muchas niñas pequeñas para enseñarles el Padre nuestro, Credo, Ave María y la Salve, y cómo debía comulgar (cuando aún no había recibido al Señor por no tener los ocho años). Le quitaba a mi madre chocolate para repartirlo en las niñas, hasta que acudían tantas que, dándose cuenta mis padres de lo que hacía, me quitaron de la casa y me enviaron con mi abuela, que era muy santa y me tenía muy apretada bajo su cuidado. El Sr. Cura del pueblo -don Manuel Carranza, que fue de virtud muy ejemplar- le decía a mi madre que había llevado yo en aquel tiempo más niñas a la iglesia que la maestra, sin duda porque les daba chocolate, porque en verdad yo nada sabía, lo que mi buenísima madre me enseñaba que era mucho, aprendía muy poco, pero ya de cinco años me decía mi abuela que quedaban admirados cómo sabíamos de memoria el Trisagio, como el Padre nuestro, que rezábamos mi hermanita y yo en familia cada noche al empezar el santo Rosario. Entonces me gustaba mucho rezar con mi madre y mi abuela que las dos eran muy de Dios, y en casa no se hablaba más que de Dios.

---

[1] Este apartado está escrito en una cuartilla encartada en este cuaderno. Previamente ha estado doblada

Las capuchinas de la adoración a Jesús Sacramentado, bajo el manto y protección de la Santísima Virgen de los Dolores, madre amorosísima, en cuyo Corazón Purísimo, fueron engendradas las hijas del seráfico padre san Francisco y madre santa Clara de Asís para la adoración perpetua de Jesús Sacramentado. En el Centenario VII de su Fundación. El 19 al 20 de marzo del 1912.

VIDA EUCARÍSTICA EN JESÚS HOSTIA,
MORADA PERPETUA DE LAS CAPUCHINAS EUCARÍSTICAS

ADORADORAS DE JESÚS SACRAMENTADO

"Et nolite conformari huic ... "
(Rom 12,2)

San Pablo hablaba a los primeros cristianos de la Iglesia inspi-rado por el Espíritu Santo, sabiduría infinita que todo lo tenía pre-sente, y su santa doctrina parece que sale ahora como rayo de luz que ilumina nuestros pasos por la nueva senda que nos señala Dios nuestro Señor anunciada ya hace algunos años por el reverndo pa-dre Valencina, y después por el ilustrñisimo señor obispo de Santa Malta, R. P. Francisco de Orihuela, que habéis oído todas, cuando sin habernos tratado nunca ni conocemos, inspirado por el mismo divino Espíritu que movió a san Pablo, cuando dijo a los Romanos "Y no os conforméis con este siglo, sino reformaos con novedad de vuestro espíritu, para que experimentéis cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta" (Rom 12,2).

¿Cómo dudarlo, mis amadas hermanas, habiéndonos enviado el Señor, como bajado del cielo, a este santo Obispo capuchino que ni conocíamos, ni oímos hablar de él nunca, y penetrar en nuestra clausura, y conocemos a todas y cada una como si hubiese vivido con nosotras, descubriendo los secretos del corazón como si llevásemos escrito en nuestra cara?

Vosotras, hermanas carísimas, que lo visteis y presenciasteis y oísteis sus palabras... ¿lo podéis negar? *No*. Me lo decís todas, confesando que Dios estaba en aquel Obispo que os leía el interior de vuestras almas y conciencias.

Su primera visita, el 14 de septiembre de 1913, mandó se abriese la clausura, autorizado por el señor don José Meseguer y Costa, arzobispo de Granada, acompañado de su familiar y el canónigo señor Navarro Segura, al abrir la puerta reglar las religiosas de rodillas esperaban su bendición, y él cubriéndose la cara con las manos, decía extrañado: ¡Ah hijas, no sois capuchinas! ... ¡esos hábitos tan feos!. .. no, no hijas, no os conozco capuchinas ... los padres no os conocen, y fijando su mirada penetrante en la abadesa, como para reprenderla, ésta se arrodilló a besarle el anillo, y echándole la mano sobre el hombro le dijo con voz clara que le oyeron todas: "Tu, hija mía, tienes que ser la coleta de las capuchinas ... sufrirás mucho ... no seas cobarde, que tu juicio será terrible si niega usted a Dios lo que le pide, no entierre usted las gracias que le da el Señor aunque para hacer lo que Él quiere de usted, derramará su sangre y si esta comunidad, a pesar de sus esfuerzos y de oír hoy la voz de Dios que me envía a vosotras dispuesto a que seáis las capuchinas que Jesús y María quiere de este desierto de penitencia, y ayudaros como quiere la divina madre María Santísima de quien soy indignísimo esclavo de la Reina de los Corazones, le aconsejo sacuda el polvo de sus sandalias y se vaya

a otra parte a cumplir la voluntad de Dios haciendo capuchinas verdaderas como el modelo que Él le ha mostrado".

Cuando recuerdo los santos consejos y palabras proféticas de aquel santo Obispo ... y contemplo la serie de acontecimientos desde aquella fecha a la presente, siento un sentimiento de gratitud inmensa que sólo sé decir al Señor ¿cómo corresponder, Dios mío, a tan inmensos beneficios, obligándome con tantas misericordias a serviros! ....

[CAPÍTULO I]

¡Adoremos a Jesús Sacramentado
en espíritu y en verdad!

I

La Santa Iglesia, madre amantísima, bendice amorosamente a sus fervorosos hijos que llenos de fe y amor ardiente al divino Redentor en todos los tiempos sienten con el Apóstol: "Yo por mí gustosísimo expondré cuanto tengo y aun me entregaré a mí mismo, por la salud de las almas" (2Cor 12,15).

La divina Providencia, hermanas de mi alma, en su misericordia adorable dirige todas las cosas al bien de las almas que Él redimió con su preciosa Sangre, y vela con paternal cuidado por el bien de su Iglesia enviando de tiempo en tiempo el soplo de su divino Espíritu, para que los espíritus envejecidos y faltos de aliento se levanten y emprendan de nuevo la batalla como ejército bien ordenado contra los tres enemigos capitales del alma.

Hermoso espectáculo y a maravilla fortificante y consolador que la divina Providencia haga nacer obras que respondan a las exigencias del día y tan admirablemente adaptadas a las circunstancias actuales. "Así como el capitán general de un ejército, trabada ya la batalla con el enemigo, de algún alto mira con atención el peso de la batalla y donde y cuando ve el peligro allí provee, así Dios nuestro Señor, capitán general de la milicia cristiana, por todos los tiempos ha ido mirando de lo alto del cielo las necesidades de su Iglesia y conforme a ella ha proveído, enviando variedad de religiones para reformar su ejército".

La Historia de la Iglesia atestigua con evidencia esta verdad, este hecho: tan pronto como se ha sentido una necesidad o se ha visto un peligro en la sociedad cristiana, ha aparecido invariablemente una institución reclamada por la necesidad de entonces, formas todas inspiradas y formadas por el Espíritu Santo, manifestando así su benignidad y amor para con los hombres.

Cuántas veces, hermanas de mi alma, preguntamos y lo oímos preguntar en nuestras pláticas y conferencias espirituales, lamentándonos de los males presentes ... ¿De dónde vendrá la salvación de la sociedad presente tan ciega y tan alejada de Dios? .. Nuestras

oraciones, penitencias y sacrificios ¡qué poco pueden para aplacar la ira del Señor que así castiga a las naciones tan católicas en otros tiempos!. .. nos preguntamos con ansiedad al observar las victorias del demonio en las almas que se llaman cristianas, por las modas ... en la corrupción de la vida en todas las clases y esferas donde reina el sólo deseo de gozar...

Al pie del altar, en aquella noche memorable que rodeando el tabernáculo de almas y de luces se celebraba el séptimo centenario de la fundación de la Orden de nuestra madre santa Clara, sus hijas caldeadas en un amor seráfico, oyeron una voz clara e inteligible que venía como del altar que nos decía: "La adoración perpetua a Jesús Sacramentado por mis hijas observantes de mi Regla bajo el amparo y protección de la Virgen Santísima al pie de la Cruz harán violencia al Corazón del divino Redentor, y derramará a torrentes su amor y misericordia sobre el mundo entero, que vendrá a saciar su sed en esta fuente adorable de la Eucaristía".

Entonces sentíamos, hermanas del alma, que Jesús ardía en ansias de ser adorado por las almas de todas las comunidades contemplativas ... En aquel centenario el fuego de la Eucaristía hacía sentir en muchas almas el mismo anhelo de acercarse más y más al fuego divino del tabernáculo a rendirle perpetua adoración y amor. ¡Cuántas veces se preguntaban algunas santas religiosas admiradas de los sublimes efectos producidos en aquel triduo solemnísimo que se celebró en nuestra iglesia de San Antón de Granada.

Me decían: ¿Habrá querido la seráfica madre santa Clara dejar caer una centella de su amor a Jesús Sacramentado en nuestras almas para que seamos las primeras que nos consagremos a la adoración? ..

II

Desde entonces, hermanas mías, las almas que fueron tocadas por el divino fuego de la Eucaristía se han mantenido en las más duras pruebas, humillaciones y sufrimientos, como una roca en medio de la mar en las más fuertes tempestades ... veía a su Jesús sobre las olas que dándole la mano le decía: "Noli timere" (Mt 14, 27), Y no temí a la muerte, estaba segura, que aquellas pruebas so-portadas por su amor, aumentarían el progreso de la obra de Dios.

Se necesita la Pasión de Cristo visible y sensibilizadora en la mortificación y penitencia de las almas contemplativas que viven sólo y exclusivamente para Dios en la vida eucarística, de ellas nacen las flores de santas virtudes, a estas flores la estufa de la vida de adoración le es necesaria para no quedar heladas por las escarchas de pequeñas pasioncillas, que como viento viene a destrozar las mejores plantas.

III

"Yo conduciré al alma fiel a la soledad y le hablaré al corazón" (Os 2,16).

Amadas hermanas, amemos la soledad, conservemos el recogimiento y la paz del alma, que con la mortificación en la vida de adoración aseguraremos el resultado de nuestra propia santificación, venciendo al enemigo que nos ha de combatir con duras y horribles tentaciones.

El deseo de Jesús es que viviendo su vida de amor fortalecidas con las gracias que en la Eucaristía recibimos, en las grandes pruebas por donde hemos de pasar, como toda obra regenerada en Cristo, en días aciagos de luchas y persecución, como toda obra de Dios, que no dudéis vendrá por parte de aquellos que podían ser nuestra ayuda, no vaciléis, decid entonces con el Apóstol: "Mihi vivere Christus est..." (Flp 1,21), ¡Cristo en la Cruz, Hostia bendita, *es mi vida* y nada temo!

Este es el emblema, amadas de mi alma, que la Capuchina Eucarística debe llevar grabado en su alma, en circunstancias inexplicables de luchas y pruebas inesperadas hacen vacilar y aun renunciar a lo ya comenzado, poniendo en riesgo los bienes espiri-tuales, sintiéndose tentadas a abandonar la lucha, descorazonadas.

De estas verdades nos da bastante experiencia la historia de la santa Iglesia en el trascurso de los siglos, hallando en la oración y en el sacrificio, fuerzas para arrostrar con valentía las dificultades que se opongan a la obra comenzada inspirada por el Espíritu Santo.

Formas todas inspiradas y formadas por Dios, que tan pronto como ha sentido una necesidad o se ha visto un peligro en el seno de la vida cristiana ha aparecido invariablemente una institución reclamada por la necesidad de entonces. Como abrasado en el amor de Dios decía san Pablo: "Dios nuestro Señor ha manifestado su benignidad y amor para con los hombres" (Tit 2,11).

IV

¿Cómo apartar nuestra vista de Jesús en la Eucaristía, hermanas carísimas? Substrayéndonos o huyendo de su llamamiento divino a una vida de mayor perfección ocultándonos a los dulces y amorosos requerimientos del divino y amoroso Jesús que nos ha dicho:

"Vosotras seréis los instrumentos que quiero valerme para derramar sobre la humanidad los tesoros de amor y misericordia, que están escondidos en este adorable sacramento de la Eucaristía, consagrándoos a mi adoración ... Cuando os encontréis en la lucha que el demonio levantará para destruir mi obra, no perdáis el animo yo seré vuestra custodia y amparo".

Sí, hermanas carísimas, Jesús desde su trono real escoge hoy a las capuchinas penitentes y escondidas para compañeras perpetuas del solitario tabernáculo, tiene sed de almas que le hagan dulce violencia ... nos llama, sí, hermanas del alma, no lo dudéis ... Nuestra Regla, votos y Constituciones, los sufrimientos, penitencias y humillaciones, todas estas cosas, si vivimos de la adoración de las divinas alabanzas, nos deben parecer amorosas disposiciones de la bondad divina, que como amigo y esposo nos anima y alegra en el Señor. Ver a Jesús en todo cuando por modo manifiesto y claro, cuando por trazas interiores y amorosas, manteniendo en el alma relaciones íntimas y constantes, y amigable comunicación y familiaridad, y caldeadas en este amor aquilatado, hallamos fácil lo que al principio nos parecía inasequible.

Así, hijas del alma, no dudemos un momento, que Jesús exige de la Capuchina Eucarística una vida de mayor perfección, se debe conocer en todo, como el pájaro se conoce que tiene alas hasta cuando anda, si se trata de un acto heroico de desprendimiento, de una obligación difícil que cumplir, o de un sufrimiento o de una injuria que soportar, el alma verá a su Jesús Crucificado, Hostia en el altar, invitándonos a la inmolación completa de nuestra alma y todo nuestro ser.

V

La vida de adoración es vida sobrenatural y divina, es la vida de Jesucristo identificada en nosotras por la fe, la esperanza y la caridad perfeccionada en la santa Eucaristía, vida de nuestra vida. Si desperdiciamos estas gracias, haciéndonos indignas de esta predilección del Señor, caeremos en la tibieza, se disipará vagamente la inteligencia, se debilitará la voluntad viniendo después el endurecimiento del corazón.

No, hermanas del alma, seamos fieles a Dios y llevemos en todas nuestras cosas la presencia activa de Jesús cuando tenemos que ejercer los actos de las virtudes, trabajos, sufrimiento, enfermedades, humillaciones, abnegación, obediencia, pobreza y actos de caridad, Oficio divino y devoción a la Virgen Santísima; canales por donde se difunden las gracias del Espíritu Santo en la santa Eucaristía viviendo en nosotras Jesús, por los actos meritorios de los actos referidos, que no se consiguen sin esa vida de amor y adoración, que decía el Apóstol: "Ya no soy yo quien vivo, Jesús es quien vive en mí" (Gal 2,20), y esta vida de amor divino, consiste esencialmente en la pureza y generosidad del corazón que vive de la vida interior de la Eucaristía.

Si, hermanas carísimas, cuando llega el momento de practicar la caridad o un acto de abnegación, de obediencia, de humildad y paciencia, miremos a Jesús presente dentro del alma, como en el viril que le adoramos, y renovando nuestra fe con actos de amor y adoración

le decimos: ¡Oh Jesús mío, es cierto que vos mismo os presentáis a mí, estáis escondido en mi misma continuamente presente, y solicitáis mi cooperación a vuestra gracia para acrecentar en mí vuestra vida divina! Cómo debemos entusiasmamos con nuestra vocación. "¡Oh vida angelical, estás llena de bienes de los cuales muy pocos conocemos!"

¡Qué dichosa suerte la nuestra, vivir en íntima familiaridad y compañía de Jesús, vida de nuestra alma! Gran favor y consuelo nos ha hecho el Señor en llamamos a ser como los serafines humanos que junto al santo tabernáculo hagamos en la tierra el oficio de los án ejes en el cielo.

Esta vida eucarística ha de ser el emblema o divisa de las Capuchinas Eucarísticas que como un nuevo árbol seráfico, bajo la Regla austera de los serafines de Asís, nuestro padre san Francisco y madre santa Clara, vivan escondidas en las llagas de Jesús en la Hostia consagrada.

Sí, Jesús Hostia quiso quedarse con nosotras en este Sacramento adorable para que nuestras almas vivan junto a Él. ¿Quién duda, hermanas del alma, que Jesús quiere nuestra vida escondida e inmolada en el fiel cumplimiento de nuestra santa Regla y Constituciones?

En el año 12, cuando Jesús pidió esta reforma, las verdaderas capuchinas sintieron una renovación de espíritu extraordinaria. Jesús derrochó sus misericordias sobre las almas de las hijas de la seráfica madre santa Clara.,. La abadesa, que ardía en deseos de cumplir lo que creía le pedía el Señor, veía para su realización un mar insuperable de dificultades, y, viendo su pequeñez e insuficiencia, pidió con ayunos y penitencias a la seráfica madre santa Clara nos diese a conocer la voluntad de Dios clara, con alguna manifestación que convenciera a los superiores; y suspendida de los sentidos del cuerpo, y abstraída y como fuera de sí, vio a una religiosa trasladada a un desierto retirado del mundo, en una iglesia, que arrodillada sobre las gradas del altar mayor y que el seráfico padre san Francisco poniendo sobre su cabeza la santa Regla, la seráfica madre santa Clara cogiendo la sagrada Custodia del altar la puso sobre la Regla que estaba en la cabeza de la capuchina y un venerable sacerdote y le dijo: "Hija mía, la gracia que hoy te manifiesta nuestro Señor Jesucristo, que adoréis en el Santísimo Sacramento, su vida divina, en espíritu y en verdad, me fue revelado antes de mi muerte, que enviaría en los últimos tiempos la estufa de la santa adoración al jardín seráfico para que los hielos de la glacial indiferencia no secara sus flores, que entre las espinas de la rigurosa penitencia quería se conservaran en la perfecta observancia, para que con su perpetuo perfume dieran a su Corazón adorable la reparación y amor que le obligara a derramar sobre el mundo los tesoros de su amor y misericordia".

Vio esta abadesa que aquella religiosa vestía un hábito marrón con color de sangre, ceñida con burda cuerda, y no conocía aún el misterio que cinco años después le volvió a

manifestar el 6 de febrero del 1916, con la luz clara que necesitó para seguir la voluntad de Dios, y que el 11 de abril [de 1925] vio clara, sin sombra de engaño, realizado todo cuanto el Señor le había manifestado el 19 al 20 de marzo del año 1912, después el 6 de febrero de 1916 como quedó escrito en la Crónica de esta Fundación (cf Escritos 2, Cuaderno 4°,

CAPÍTULO II

"Venid y retiraos conmigo en un lugar solitario y reposaréis un poco" (Mc 6, 31)

¡Cuán llenos de sabiduría y bondad están los caminos de Dios, hermanas carísimas!. .. ¡qué maravillosa dirección de almas en todas las ordenes! y cómo la vida de la Eucaristía, como la sabia que ha de regenerar las almas en Cristo escondido y oculto en el tabernáculo. ¿Quiénes son las almas escogidas que han de llevar este contraveneno al contagio de los males presentes para preservar a las almas de la muerte? ... Las que hacen una vida con Él en el tabernáculo, las religiosas escondidas y mortificadas; se necesita la pasión de Cristo en nosotras, que unidas con Jesús víctima divina llevemos, por la vida de adoración, a las almas un suero vivificador mucho más activo y enérgico. Almas embriagadas en el vino euca-rístico, dispuestas a derramar su sangre aniquilando su ser en la penitencia y ayunos, en la continua adoración, en el retiro y silencio harán que como rayos de luz, bajen a la tierra el perdón y la misericordia para los pobres pecadores.

En la oración, cerca de la Eucaristía, aislada completamente de los objetos visibles, tratando con Dios invisible como si lo viese; adversidades de la vida, tormentas levantadas de pasiones, nada es capaz de desviamos de Dios, recibiendo de su amoroso Corazón consuelos especiales como recompensa de nuestros sacrificios y amor.

Y con este amor que Dios encarna en el alma de la capuchina adoradora, aunque oculto, pero activo por su penitencia y con-templación eucarística, es quien despierta en el mundo de los pecadores las voces de la misericordia divina, cuya sentencia y castigos detenemos por el poder de la oración y penitencia, capaz de contener la mano de Dios dispuesta a lanzar el rayo de su cólera sobre los crímenes del mundo.

Hermanas del alma, en la Eucaristía y por la Eucaristía alcanzaremos las luces de la fe para innumerables almas que viven separadas del gremio de la Iglesia, para que vean el camino del Cielo, y poniendo en la Hostia santa el alma de misioneros, su acción, sus trabajos y privaciones, alcanzan la fortaleza y amor de Dios que como la aureola que iluminaba a Moisés cuando regresaba del Sinaí para hablar a los israelitas, lleven la Eucaristía en sus almas para prender el fuego que ha de iluminar sus almas para abrazar la fe de Cristo nuestro Rey y Señor.

Si no queremos entrar en tibieza haciéndosenos la vida de adoración penosa, es necesario, hermanas del alma, vivir una vida interior con Jesús en el Calvario, con Jesús en la Eucaristía, pero siempre con Jesús víctima. Siendo fieles a la gracia que recibimos en la oración humilde, los progresos del alma no cesarán de alentarnos, y poseyendo la paz y verdadera alegría, aun en medio de las más duras pruebas, realizándose en nosotras el sacrificio del corazón para ser la víctima que con Él se ofrezca al Eterno Padre en reparación y desagravio.

Debemos temer no aspirar seriamente a esa vida dulcísima con Jesús en el interior del alma, para cumplir con lo que Dios exige de nosotras, acrecentando nuestro amor y sed de que Jesús sea conocido y amado de todos los hombres, atrayendo a su adoración todas las almas.

Avivemos nosotros nuestra fe y amor, deseando arrostrar todas las dificultades que se opongan a nuestra marcha por el camino de la santidad, agradando a Dios en todo, buscando su gloria en las cosas ordinarias, que hechas con perfección con el único fin de agradarle, nos dará la fortaleza que necesitamos para marchar en espíritu a Jesús, unas veces a Belén, otras a Nazaret o al Cenáculo, y salir con Él y su Madre Santísima por los tribunales, calle de Amargura y Calvario ... y a los pies del divino Maestro poner el corazón en sus llagas divinas, a fin de que la Sangre viva y palpitante de Jesús nos bañe y purifique, disipe nuestra ceguera y despegue de nuestra alma y corazón todo afecto que no sea la pureza y generosidad que Dios exige de nosotras, para que no sea ahogada la voz de Jesús que nos pide la guarda del corazón por el recogimiento y vida interior que nos ha de hacer adoradoras verdaderas que en espíritu y verdad le adoremos aquí como le adoran los ángeles en el Cielo.

I

Hermanas carísimas, asociando nuestro espíritu a la vida eucarística y gloriosa de Jesucristo en el tabernáculo, ella nos facilitará de una manera sencilla y suave la vida de adoración, haciéndose sentir en el alma una fuerza atrayente y eficaz hacia la rigurosa observancia de nuestra santa Regla y Constituciones y al ejercicio de todas las virtudes, especialmente del santo *silencio* que ha de conservar el calor de la verdadera caridad y unión que ha de ser la divisa y sello que nos han de conocer por verdaderas Capuchinas Eucarísticas, en que el fuego ardiente del amor se comunique a cuantas almas se acerquen a nuestros muros, sin que jamás admitamos en nuestro progreso intervalos ni tibiezas.

Si esto hacemos, llegará el día, veremos delante de nosotras a Jesús lleno de amor, que nos repetirá la promesa que a nuestra seráfica madre santa Clara: "Ego vos semper custodiam ... " yo seré siempre vuestro amparo y sostén, custodiándoos para que el enemigo de vuestras almas no perturbando jamás vuestro perpetuo reposo, cubriendo vuestras almas

con resplandores de gloria. 'Oh sí, mis amadas hermanas, cuántas veces oímos la voz de Jesús que desde el fondo del Sagrario nos dice: "Aquí estoy para vuestra salud y vida, y de mi Corazón saldrá un manantial de abundantísimas aguas que fertilizará mi huerto para que jamás falten en él los sabrosísimos frutos que quiero recoger de las plantas que escogí y planté para mi recreo y consuelo"!

¿Cómo hacer que las flores y frutos de este campo eucarístico sea del agrado de Jesús y de su Madre Santísima, que ella santificó con sus plantas divinas para gloria de su Hijo? Conservando la vida interior, la vida de adoración, en nosotras por el amor dulce que eleva el alma sobre miserias que impiden el progreso espiritual de tantas almas en el claustro, para lo cual no hay más, hermanas carísimas, que trabajar con todas las energías del alma por conservar en nosotras la *verdadera caridad* con la guarda del *silencio*. *Vivir en obediencia* con espíritu de *verdadera humildad*, arraigar la *pobreza de espíritu* con el desprendimiento generoso del amor propio y de todo lo que no sea *Dios solo y Dios en todas* las cosas.

Este es el credo de la vida capuchina de adoración y amor, y lo que constituye en nuestras almas la base de su existencia, asegurándonos en esta vida una participación de la vida del cielo, esta vida de recogimiento interior, de caridad verdadera en la que una capuchina adoradora vive, responde al fin que Dios se propuso al crearnos, vida de predestinación.

Sí, carísimas del alma, ¡vida celestial es la nuestra que hacemos en la tierra el oficio de los ángeles en el cielo ... nuestras almas se convierten en un cielo viviente ... en la oración en el Oficio divino en la adoración sobre todo, es el comienzo de la felicidad eterna o bienaventurada, la compañía constante de Jesús en el tabernáculo es nuestra vida, *es*, el cielo en germen.

En la contemplación de la vida de Jesús en la Eucaristía recibimos todos los bienes, porque aumenta la energía de la voluntad y grado de gracia santificante, con la constante identificación de, nuestra alma con Jesús, afluyen más méritos y hace obrar al alma por un principio de caridad y amor sacrificado, abandonándose totalmente a la divina voluntad, acepta los acontecimientos agradables como los desagradables, encontrando alegría en las contradicciones, aflicciones y humillaciones, juzgándose feliz en llevar la cruz porque ve las pisadas de Jesús marcándole el camino con amor indecible que la entusiasma y anima a subir a la cumbre de la santidad y se sirve de las más amargas pruebas para elevarse a su Dios, es para ella la permanencia aquí abajo una continuada ascensión hacia la luz, ascensión que la muerte viene a hacer incomparablemente mas hermosa, brillante y rápida.

El cielo no es una región extranjera e inaccesible para el alma que siente la vida de Dios desarrollarse dentro de sí por un deseo, una necesidad que nada de esta vida es capaz de satisfacer, sino sólo Dios, único centro de su amor. El Corazón del divino Crucificado es el mismo que adoramos en el tabernáculo, que recibimos dentro de nuestra alma en la sagrada

Comunión, y que brilla sobre los elegidos y les asegura la consumación del amor por la unión y posesión de Dios en la Eucaristía, y en el sacrificio de nuestra inmolación como víctima en la vida de adoración.

La capuchina adoradora tiene por fin *único* la gloria de Dios, viviendo en espíritu y en verdad, renunciándoos a nosotras mismas, vigilando sobre nuestro corazón y nuestra mente para que la lucha del enemigo del alma no deje inquietudes ni luchas en nuestro espíritu, porque las pequeñas dudas o vacilaciones en el camino de la santidad a la que somos llamadas nos detendrán ... y la mera parada voluntaria en este camino, es una derrota; el amor a Jesús y el deseo de su gloria, subordinará nuestras pasiones al yugo suave de la virtud y del sacrificio, haciendo que por nuestra oración y penitencia se salven muchas almas y se conviertan a Dios los pobres pecadores.

En cada hora de adoración debemos considerarla como centro de abastecimiento, en donde sacaremos cuanto nos es necesario para terminar la jornada llenas de méritos. Si en la adoración no encontramos el consuelo del progreso en la virtud que deseamos, es porque en ella no buscamos a Dios sólo por amor, sino a nuestros propios consuelos, y el pobre espíritu es zarandeado por toda suerte de pensamientos, de vanos deseos y de amor propio, y así no tenemos fuerzas para mirar hacia el cielo, porque queriendo volar, sentimos atadas las alas a nuestras propias miserias que no acabamos de renunciar del todo.

Jesús nos pide el corazón por entero, y lo quiere de un modo absoluto, es cierto que es duro luchar, pero con la gracia todo lo podemos. En los comienzos hay que dar un golpe grande, el golpe de la muerte que será el de la victoria a nueva vida en donde nos uniremos a Jesús, fuera del cual no hay nadie que pueda hacernos felices, para lo cual tenemos que morir a nosotras mismas para vivir la vida de Dios, y en la santa Eucaristía debemos ver a Jesús invitándonos a la inmolación, en la observancia de nuestra santa Regla y Constituciones, en las enfermedades, humillación, en las pruebas y tentaciones, en todo debemos ver a Jesús si vivimos su vida, todo lo recibimos como amorosa disposición de la divina bondad, y en vez de razonar me alegraré vivir con Jesús por modo manifiesto y claro en el sacrificio, como víctima de expiación.

A consecuencia de esta vida de continua presencia y comunicación con Jesús vivo en el tabernáculo, el alma adelanta sobre todo cuanto más se esconde y aniquila en su propia nada, se enciende en deseos que Él lo sea todo, y con una sed ardiente de amor, se siente amada hasta el punto de ser preservada, y llevada por el amor, mientras se mantiene bajo su influencia Jesús es su luz y su fuerza, que despiden toda amargura y temor.

Jesús Hostia no es un abstracto; es algo con lo que vivimos y vemos en todo como norte, el fin y el término, el primer móvil y el modelo, le da participación en los sentimientos de compasión, devoción, abnegación y desinterés de su razón adorable; el alma al recibir esta

participación de la bondad de Jesús, le hastía todo lo que no es su Jesús, y desprecia todo lo de la tierra que no le acerca Él, y se sumerge en los sentimientos de su propia pequeñez y bajeza, y su fe en Dios le da el exacto conocimiento de su nada, y abrasada en el amor a la bondad divina, prospera en la virtud, recibe fuerza, y la misma vida de adoración semejante a la sabia que corre de la cepa a los sarmientos, recibe el alma de la Eucaristía, la gracia y fortaleza para subir a la más alta perfección.

Sí, hermanas carísimas, la adoración debe desarrollar en nosotras el hambre de la unión de Jesús en nosotras, en la que hemos de recibir las gracias que Jesús nos ofrece sin medida, porque su corazón adorable es un océano inmenso de bondad y misericordia que no tiene límites, y cuyo desbordamiento corre sobre nosotras sin que jamás pueda agotarse, las derrama sin tasa en el alma generosa que por constante anonadamiento ha transformado poco a poco sus facultades hasta hacerlas flexibles a las inspiraciones celestiales y capaces de aceptar con gozo las contradicciones, desgracias, pérdidas, decepciones, humillaciones y sufrimientos; anonadadas por enfermedad, no tiene más que abandonarse en el beneplácito divino, viviendo de tal manera con Cristo en su cruz que parece no vive por sí misma, sino que Jesús es su vida, sin la cual fuera incapaz de soportar las agonías que, según los designios de Dios, deben acabar de madurarla y así podrá probar a Jesús el martirio interior de su corazón en el testimonio, no de sangre, sino de sí misma por el entregamiento total de su voluntad en la divina, diciéndole ¡Jesús mío quiero ser para siempre sin reserva alguna, *toda de vos*!

Lejos de ser insensible el alma, tomando la adoración como rutina o pura fórmula, hace que vibre más, mucho más, por esas cimas de luz en las que reside por la gracia, y consolaciones en el amor a Jesús no cesa de crecer en generosidad para sacrificarse con más ardor que solo se explica por la penetración de la vida de Jesús en el alma que se siente fortalecida con tal amor que ya puede tratarla como un espíritu fuerte, conduciéndola por los caminos de un abatimiento cada día más profundo o por los senderos arduos de la expiación interior o exterior, poco importa; la vida de adoración es para ella como un delicioso baño de amor en el que se sumerge, como si se abismara en el fondo ... y esta presencia real de Jesús en la Eucaristía hace sentir y gustar íntimamente el don de Dios haciéndole gozar y saborear la dulzura del amado que ya posee y adora.

¡Jesucristo! Nuestro Padre Celestial, que se dedica con especial amor al gobierno de un corazón que se le consagra por entero para su gloria, en donde Él reina, más que al gobierno natural de todo el universo, prefiere seguir el orden establecido por Dios, nuestra intimidad con Él le glorifica más que todo el bien posible por nosotras, procurado con detrimento de nuestra propia santificación.

Así exige de nosotras, que fuimos llamadas por Él con una vocación especial a una vida de mayor perfección por la Regla capuchina aumentada por la vida de adoración, mayor

correspondencia a la gracia, con un generoso entregamiento de nuestro ser en la voluntad de Jesús a quien nos consagramos por entero; el alma animosa y llena de aliento contribuye con sus esfuerzos a conseguir el reino de Dios dentro de sí misma, y sedienta de reparar los ultrajes inferidos a Dios, se inmola gustosamente delante del tabernáculo y se ofrece a su Esposo divino como víctima de expiación, trabajando por adquirir el espíritu y virtudes de Jesucristo a quien ama y adora en espíritu y en verdad.

Este amor oculto y sacrificado, que Él recibe como perfume de incienso en su altar, es el que despierta en el mundo de los pecadores las voces de la misericordia y del perdón. Nadie sabe a qué obedece la conversión de muchas almas ... la perseverancia heroica de los cristianos perseguidos en Méjico y en todo el mundo, la alegría celestial de los misioneros y católicos martirizados ... todo esto está individualmente ligado a la oración y sacrificio de una pobre monja que en el retiro del claustro, despreciada y desconocida, que se sacrifica y se inmola al pie del sagrario por la salvación de sus hermanos los pecadores.

Conocido el valor de la oración y la fuerza que hace a Dios un alma humilde y penitente que se presenta a Jesús, prisionero y solitario, a pedirle misericordia para tantas almas que no le conocen ni le aman ¿cómo no atraer las gracias del cielo sobre las almas redimidas con la sangre de Jesús? Puesto el dedo en el teclado de las misericordias divinas y de las luces eternas, un alma silenciosa y retirada junto a la Eucaristía preside la salvación de las almas y las conquistas de la Iglesia; esta vida de adoración es manantial puro y abundante de las grandes obras en beneficio de las almas, y de caridad en beneficio de los graves males de este mundo.

Satanás, con su espíritu perspicaz e infernal, adivina dónde están escondidos los tesoros del cielo, y levantará contra nosotras las furias del infierno para hacernos desaparecer si nuestro Dios y Señor no estuviera con nosotras en la lucha y nos alentara con sus promesas divinas que coronará nuestras victorias en el cielo.

Jesús recompensa, aun en esta vida, con las dulzuras de la paz y del amor, nuestros pequeños sacrificios, y su medida es pagar ciento por uno con una generosidad regia, pues se nos da en la sagrada Comunión cada día como pan de vida que nos fortalece en la larga peregrinación, para poder llegar como Elías al monte Horeb en cuya cima reposaremos contemplando a nuestro divino Esposo, Salvador y Redentor de nuestras almas, bebiendo a largos sorbos de aquella agua de vida que ofreció a la Samaritana, de la cual Jesús es la fuente y venero inagotable que puede saciar la sed de nuestras almas criadas para Jesús con una misericordia inefable que no tiene límites. Seámosle fieles, y Él nos concederá su espíritu de humildad y amor, de abnegación y sacrificio, que nos hará dignas de llamarnos las amantes de Jesús en el Tabernáculo; y en el cielo será Él mismo nuestra gloriosa recompensa por toda la eternidad. Amen.

CAPÍTULO III

"Constituit eum super excelsam terram ... ut sugeret mel de petra".

Dios estableció a su Pueblo sobre una tierra alta ... para hacerse recoger miel de la piedra y aceite de roca durísima (Dt 32,13)

La vida capuchina, consagrada al culto perpetuo de Jesús Sacramentado por la vida de adoración, es un doble sacrificio -del sacrificio continuo que supone toda vida religiosa-, pero *es suavísimo* y lleno de vida de dulzura y de paz, siempre que el amor a Jesús no se amortigüe nunca en nuestro corazón; llevándole cotidianamente con verdadero entusiasmo y cariño sobre el corazón como hacecito de mirra con la fe viva de que lleva grabado en su alma a su amado Jesús crucificado y sintiendo dulcísima toda cruz y sangre que mana del corazón de su Amado ... constituye sus delicias su gloria y su tesoro.

I

Hermanas carísimas, Dios nuestro Señor había sacado al pueblo de Israel de la servidumbre de Egipto para introducirle en la tierra de promisión. Moisés al concluir su misión, iba a celebrar con un cántico nuevo las maravillas que el Señor había obrado en favor de su Pueblo, y mostrándoles los bienes inefables que iban a gozar les decía: "Dios ha conducido a su Pueblo a una tierra alta en donde le dará a sacar miel de la piedra y aceite de roca durísima" (Dt 32,13).

¿Cuál es pues, hermanas del alma, esta tierra alta a la que el Señor nos conduce? Esta tierra alta no es el cielo, y sin embargo está muy por encima de todas las bajas regiones de este mundo. ¡El Tabernáculo la sagrada Eucaristía! Ved pues, hijas mías, donde recogeremos miel de la piedra y aceite de roca durísima, de la roca del Calvario donde fue sacrificada la Víctima divina para la salvación del mundo, y que continua todos los días este sacrificio en nuestros altares, es la roca y la piedra de la pasión cruelísima del divino Redentor, al mismo tiempo que el altar nos presenta la Víctima divina ¿Qué miel sacaremos de esta piedra y que aceite de esta roca?

En la Pasión nos dice: "Si quieres ser mi discípulo toma tu cruz y sígueme". En la Eucaristía añade: "Si la carga de mi cruz te es pesada, si el trabajo de mi pasión te fatiga, ven a mí y te aliviaré". En la Pasión nos dice: Si quieres ser mi discípulo muere para el mundo y para ti misma, sacrificándome todo tu corazón con sus afectos. En la Eucaristía añade: Pero si mueres para el mundo me poseerás todo entero, y no vivirás más que para mi que soy tu Rey y

tu Esposo, si me sacrificas todo tu ser, cuanto hay en ti, yo te prepararé un delicioso festín en el que recibirás el céntuplo.

Quiere el divino Salvador que en este adorable Sacramento veamos su Cuerpo lacerado y su Sangre derramada, para que cuando nos hallemos sin fuerzas ni energías para marchar por la senda del sacrificio que nos conduce a la santidad, al ejemplo de mi Dios crucificado, extendamos nuestros brazos en la cruz, y bebamos el cáliz hasta consumarlo. ¡Qué mayor dicha que vivir y morir con el Amado de nuestra alma que nos escogió para compañeras perpetuas de su soledad Eucarística! Animémonos con aquello del V. Kempis: "En hermanos vamos juntos: Jesús estará con nosotros. Verdaderamente la vida del buen monje es cruz, pero cruz que conduce al Paraíso. Ya hemos comenzado: no se debe volver atrás ni conviene dejar el camino emprendido. Mirad a nuestro Rey que va delante de nosotros y peleará por nosotros". ¡Oh cuántas gracias debemos dar al Señor que se dignó de mostramos el camino recto y seguro para llegar a su santuario, su trono en la tierra, que nos ha de conducir a su reino eterno en los cielos ... ! Si el Señor no nos hubiera escogido y traído a Él en la vida de adoración, ¿cómo podríamos venir sin luz, por caminos tortuosos y sembrados de enemigos, que amenazan devorarnos? ... sería ilusión pensar en subir esa tierra alta que os decía al principio; y de aspirar a esta vida que aceptamos de pequeños sacrificios, para llegar a ser un perfecto holocausto, que Jesús reciba en nuestra vida de víctimas de amor a Jesús Eucaristía.

Hermanas del alma, ¿tenemos el corazón preparado para que Jesús encuentre el perfecto holocausto que espera de nosotras? ¿tiene sus fundamentos bastantes profundos por la humildad verdadera? .. ¿Está purificada nuestra alma hasta de las menores manchas? ¿está bastante adornada de virtudes? ¿está pronto para sacrificar el amor propio, dejándose humillar y abatir por más que nos cueste, para que el fuego del divino amor arda continuamente en nuestro corazón, para que llegue al tabernáculo los aromas de nuestros continuos y puros sacrificios de un amor verdad, digno del corazón de nuestro Esposo Jesús Sacramentado? Adorar a Jesús y unir a sus dolores pasión y muerte de cruz nuestras oraciones, sacrificios, penitencia de Regla y cuantas obras meritorias ejercemos, suplicándole que en reparación de las ingratitudes, pecados y sacrilegios como se cometen en el mundo, acepte los sufrimientos y penas que nos sobrevenga durante el día y todos los de nuestra vida, unidos al mérito de su preciosa sangre derramada en la cruz, como amor infinito en rescate de nuestras almas, y a los dolores y penas del corazón purísimo de la Virgen Santísima al pie de la Cruz y en el curso de la pasión de su divino Hijo, para que por ella seamos todos perdonados y salvos.

Hagamos nuestra adoración en unión de la divina víctima Jesús Hostia, rogando al Padre Eterno bendiga a la Iglesia Santa al Sumo Pontífice y prelados de ella, por nuestro Rey y familia, por los buenos sacerdotes y misioneros, por las ordenes religiosas que las conserve en su primitivo fervor, siendo fieles a la gracia de la vocación, por la perseverancia de los justos,

por la conversión de los pecadores, por nuestros bienhechores y familias, amigos y por nuestra comunidad, la gracia de una verdadera caridad y perseverancia, dejándole nuestro corazón con todos sus afectos, pidiéndole su bendición, salir de la adoración como centella de fuego divino que prenda en el corazón de cuantos tengamos que tratar y convivir, y suplicarle humildemente a Jesús dé a nuestras almas el amor al sacrificio, para que por Él atraígamosle gracias a las almas que han de venir a adorarle y darle gloria ... Dígamosle con amor ¡Oh Jesús mío! una sola ambición tengo, el aventajarme en amarte, el emular en amor a los mismos ángeles, que en el cielo os adoran con amor y júbilo perpetuo ... Dilata Señor los senos de mi alma en tu amor, y todos mis deseos quedarán cumplidos. Quiero sólo permanecer en tu voluntad tan conforme en todas las cosas con tu divino querer. .. Concédeme, mi buen Jesús, una voluntad decidida y generosa para amaros con alegría y fervor en las grandes pruebas ... que las vea siempre venidas de tu mano divina y ellas enciendan mi corazón en amor, el amor de los amores, ¡la Eucaristía! mi vida y mi todo. Sí, mi Señor escondido empequeñecido por mi amor en la santa Hostia, no permitáis me entregue a la tristeza y desidia natural que me priva de la inestimable dicha de amarte sin medida, antes bien, Jesús mío, excita en mi corazón tu amor sacrificado, empújame con tu gracia divina, renueva en mí tu caridad, destruye en mi el amor propio y mezquino y pon en mi espíritu el tuyo, manso y humilde, alentado y fervoroso, que no me deje enfriar en la caridad con mis hermanas, a quien tú tan repetidas veces me pides: "Atraerme muchas almas, todas las almas, con la humildad y mansedumbre que os dejé de modelo en este corazón dulce y manso, con esta suavidad harás eficaces en las almas mi divina doctrina y ejemplo, único camino para la vida eterna en el cielo. Jesús mío, hacernos para siempre vuestras y fieles hasta morir a nuestra santa vocación de adoraros en la tierra como os adoran los ángeles en el cielo.

Así, mis buenas hermanas, debemos pedir siempre con espíritu de amor entregado y generoso, y nuestros deseos de santidad serán cumplidos, con las gracias que alcanzó el seráfico padre san Francisco para él y sus hijos, especialmente su primogénita nuestra amantísima madre santa Clara que con la custodia en la mano, como ninguna otra santa, nos dice a sus hijas: "Venid y adorarle que Él será vuestro amparo y defensa".

La prueba de tantos siglos nos asegura que nosotras hemos sido el benjamín de sus hijos, cómo hemos de corresponder a esta predilección y amor delicadísimo de nuestra santa Madre siguiendo su ejemplo y última voluntad. "Que no nos separemos nunca del espíritu de la santa pobreza. Ni deben avergonzarse, pues el Señor se hizo pobre por nosotros en este mundo. Esta es aquella excelencia de la santísima pobreza que a vosotras, carísima hermanas mías, os instituyó herederas y reinas del reino de los cielos, os hizo pobres de bienes temporales y os sublimó en virtudes. Sea esta vuestra herencia que conduce a la tierra de los vivientes. A la cual, amadísimas hermanas, adheriéndoos de todo en todo por el nombre de

nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre, ninguna otra cosa debajo del cielo para siempre queráis saber".

¡Oh, mis buenísimas madres y hermanas carísimas, cuando leo el testamento hermosísimo de nuestra gloriosísima madre santa Clara, siente mi alma los mismos efectos que el santo Evangelio, pues siento el espíritu del divino Maestro practicado a la letra por una mujercita, flaca, como nosotras, pero que bebió en el Corazón divino de Jesús la esencia de la vida verdadera que nos enseñó en su vida apostólica al decir al mancebo que le preguntó: "Niégate, vende cuánto tienes y sígame ... " (Mt 19,21).

L3 C6 (73-96)

Chauchina, primero de enero de 1926

M. R. M. Mercedes de Jesús Crucificado Hitos.

¡Felices Pascuas!, mi buenísima tía, mi M. Mercedes, y ¡feliz año nuevo!

He recibido con inmenso agradecimiento sus cartas y ricos dulcitos que todas tomaron con tanta gratitud y cariño, como si estuviésemos juntas. Leyeron y releyeron sus cartas, con pena que vuestra caridad se adelantara a nosotras, pero Dios nuestro Señor sabe ¡qué recuerdos tan vivos atormentaban mi corazón, acordándome las lágrimas que derramaría con la vestimenta solemne de nuestra Madre Inmaculada! Qué octava al final de sus años le daba el Señor, y no quería escribirle por no renovarle penas, lo mismo las Navidades, que tanto trabajábamos las dos por adornar y dar culto a la Reina de los Cielos en su Inmaculada Concepción y en las jornadas obsequiando a la Sagrada Familia.

No sé ¡cómo me creen en el Tabor, cuando me siento en pleno Calvario! Sí mi buenísima madre querida, como a pesar del cambio durísimo de pasar de un convento de tres siglos y medio a una casa pequeña y pobre, aunque nueva sin acabar, todo desordenado, sin el orden y regalos que ahí teníamos ¡en *todos sentidos*!... son tan buenas humildes y obedientes que es un encanto, el cuidado que todas tienen de hacerme llevadera la vida, después de mis años y enfermedades faltándome todo lo que teníamos en abundancia en esa casa bendita que tanto amo.

Claro que no puedo negarle que aun en estas privaciones, cuando todo se hace puramente por *amor de Dios*... el Señor no es mezquino en dar, y lo que materialmente nos falta nos lo da el Señor, superabundantemente en el sentido espiritual, y cuando miro el coro y refectorio con tantas monjas y novicias y postulantes, en nueve meses de fundación, me lleno de regocijo, y cuando el Sr. Cardenal tan paternalmente me habla de una vida de mayor perfección, cogiendo lo mejor de lo antiguo con lo mejor de lo moderno, si para ello el Señor pide víctima ya le ofrecí mi vida para que su amor fuere conocido y adorado en la sagrada Eucaristía, y no sé ocultarlo, llevo esa comunidad tan amada en el Señor como Abrahán su hijo Isaac, esperando que algún día me volvería el Señor a esa tierra de Promisión donde mi alma gustó el maná del Cielo, en esas tribunas que preparé para vivir escondida con Jesús Eucaristía, ¡ilusión de toda *mi vida la sagrada Eucaristía*, vivir adorándole *¡en espíritu y en verdad!*, vivir donde me colocase la obediencia, en la enfermería, sacristía, ropería, en los mayores trabajos *confiaba* que al lado de una enferma, que en la hornilla de una cocina o en el lavado de ropa, que era lo más duro a mi naturaleza, se me abrirían los muros de la Iglesia y mi corazón y mi alma le adorarían con todo el amor de mi alma, reparando las ingratitudes, olvido y abandono en que le dejan tantas almas.

Así que teniendo a Jesús dulcísimo solemnemente expuesto, creo que éstas crecerán y se harán fuertes para volar a donde el Señor nos envíe, aunque sea a las misiones de la China, a salvarle almas.

Recuerdo que cuando era pequeñita en Santa Inés tenían un cuadro de san Francisco Javier con el pecho abierto y le salían llamas de fuego y quedé admirada y sor Catalina Rico, que me veía tan fija en aquel santo, me preguntó: ¿Qué haces aquí? Y yo toda ignorante le contesté: ¿Quién abriría a este santo el pecho y le pegó fuego? Y riéndose mucho me dice: "El Señor se lo abrió para que llevase ese fuego a los indios que salvó en las misiones". Yo también querría ir con él pero mi papá de seguro no me deja ir. Y entonces me dijo ofreciese las oraciones, comuniones y mortificaciones por los misioneros y salvaría tantas almas como el santo, y desde aquel [día] ofrezco mucho por los misioneros. Pero ahora aquí veo que sin ir a misiones podríamos acercarle muchísimas almas a Jesús cogiendo tantas niñas abandonadas que no conocen a Dios, y siento unos ímpetus a veces de disfrazarme y ir en busca de esas almitas que vemos desde aquí en esos campos ofendiendo al Señor. Si nosotras más generosas y sacrificadas diésemos a esas almas unas horas de doctrina cristiana y las atrayésemos con cariño maternal a Jesús, y evitásemos que esas almas pecasen, enseñándolas a amar al Señor ¿no le parece sería una misión hermosísima?

Cuántas veces he meditado la Presentación al Templo de Nuestra Señora. Ese nuestro convento como titular, *lo tenemos en la Iglesia*, el cuadro hermosísimo. Como esa purísima Niña María recogiésemos en su obsequio 15 almitas bajo el maternal amparo de la Niña Inmaculada, ¿no le parece sería el mejor obsequio que haríamos a Jesús y María?

Pues este es el ideal que llevé siempre en mi alma, que las monjitas de clausura recogiesen 15 niñas de 3 años hasta los 15 ó 20, y esas almas llevarían el sello de la maternidad de la Virgen, nuestra madre María Santísima, y Jesús recibiría de ellas el holocausto de su virginidad en su oración ferviente, aplacarían la ira del Señor que diariamente provocan los pecados y deshonestidades en el vestir de las mujeres cristianas sin fe.

¡Bien sabe!... Esto, como vuestra caridad conoce, fue mi tendencia, que las monjas de clausura educaran las pequeñitas cristianamente y a hacer labores y trabajos que ganasen su vida en cualquier estado... y nadie me negó que aquel anhelo de mi alma fuese locura ni ilusión; al contrario, me animaban a ello confesores, padres y prelados a quienes consultaba. Por último, el Sr. Cardenal me prometió ayudarme, como lo hizo. Pida al Señor que sepa darle a Jesús lo que quiere de mí y me perdone y salve.

Sor Trinidad del Corazón de María

Chauchina, 2 de febrero de 1926

Festividad de la Purificación de Nuestra Señora

M. R. M. Mercedes de Jesús Crucificado Hitos.

Carísima en nuestro Señor, mi buenísima M. Mercedes: Agradezco mucho las carticas que me enviaba de felicitación de sor Natividad, Filomena, Purificación, etc., especialmente la suya, siempre triste por lo que le decía de las 15 niñas que darían a Jesús esas almitas que después serían religiosas tal vez... Nunca pensé tomara vuestra caridad en serio lo que yo nunca lo expresé, ni dije a ninguna, sólo a mi M. Mercedes, que me disuadía, y yo quedaba encantada, pues no era inclinación natural mía, pues vuestra caridad sabe, mejor que nadie, la tendencia del Sr. Obispo de Guadix cuando tomó posesión y pensó en su fundación allí, el interés que tuvo por medio de D. Francisco Alcántara en llevarme a su fundación haciéndome maestra y fundadora allí, y me resistí ofreciéndome a nuestra Madre a ser leguita antes de salir y la Madre, Bruna de la Soledad, no me permitió ser lega, a pesar que tanto se lo rogué.

Después sabe la tenacidad con que el P. Hitos que tanto me quería tuvo en llevarme a la fundación que proyectaban de colegio la Compañía de María, y me negué enérgicamente porque no me sentía con fuerzas para vida mixta: temía que el trato con el mundo perdería la *unión con Dios* que apetecía mi alma como único refugio para no naufragar por los peligros que me rodeaban fuera y me parecía que las rejas de una clausura serían mi defensa.

Cuando a los 45 años ó 46 me mandan salir, teniendo mi plan ensayaran en Chauchina las que se prestaban ir, yo toda contenta en quedarme y ayudarlas desde ahí, mientras fuese superiora. Pero el Señor me pedía la entrega por medio de la obediencia, y cerré mis ojos y me eché en los brazos de Jesús y María y me ofrecí a no negarle cuanto quisieran de mí. Y como no soy capaz de cumplirlo, por lo apegado que siento mi corazón y mi alma a esa vida austera y penitente, hoy que vino el Sr. Cardenal a visitarnos, me habló del sacrificio como si leyese en mi alma las agonías que padecía. Le abrí mi alma, le dije cómo volvería ahí gustosísima en cuanto quedase establecida la comunidad, y acabaría mi vida donde la empecé. Como un santo me oyó, y cuando creía se había convencido me dijo: “Todo cuanto me ha manifestado es lo mismo que me dijo V. en San Antón antes de salir de allí, y como entonces le vuelvo a repetir lo mismo: rompa V. su corazón a los pies de Jesús Sacramentado. ¿No me pide ser su adoradora? Esta es la adoración que Dios le pide, la oblación completa de su voluntad en la de Dios que le pide un perfecto holocausto de reparación y amor. Yo le prometo, mientras viva dirigirla, y como la obra es de Dios, V. irá delante de todas enseñándolas a entregarse al Señor en la forma que la santa Iglesia Romana les dé, yo mismo hablaré a Su Santidad y pediré la aprobación. V. necesita entregarse de verdad y olvidarse de San Antón. Diga conmigo: Señor ahora empiezo a serviros, enséñame a cumplir tu voluntad,

generosamente hoy comienzo. ¡Mucho ánimo! A no retroceder nunca y a seguir a Jesucristo paso a paso. Yo le ayudaré siempre".

Si el Sr. Arzobispo Cardenal, le hablase así, ¿vuestra caridad le parece se resistiría? Yo, con fe no puedo más que seguir a Jesucristo hasta el martirio si fuese necesario. Confío muchísimo en sus oraciones, que me ha de ayudar, y adelante con mis cruces, que no son chicas, a pesar de la fe, fervor de espíritu de estas almas tan unidas y pendientes de la obediencia.

Estoy admirada de las virtudes y fe con que han venido todas entusiasmadas. Una novicia que vino del convento de San Antón, me dijo: "Si las monjas conocieran el fervor y observancia de esta casa de la Virgen de los Dolores, escalarían los muros y los dejarían vacíos". Ya ve, con tantas vocaciones y limosnas, que el compás o atrio se llena de coches, con ansias de ver terminado el convento hecho con tanto cariño y fe de estos señores Vargas y Marínez Victoria Victoria.

Ayer vinieron los Condes del Padul con el R. P. Roca y Ponsa, Magistral de Sevilla y Rector de los Filipenses, y si viera qué plática me dio de cómo el Señor traza los caminos a las almas que escoge para víctimas de amor. ¡Quedé encantada! Vi que el Señor me manda estos santos, como los ángeles que envía a confortar y alentar las almas, en los caminos de la vida, y así me sucedió ahí cuando estos mismos señores me llevaron al R. P. Ibarreta, maestro de novicios en los PP. Dominicos de Sevilla (me parece que en Arjona o un convento parecido que no recuerdo). Pero este santo dominico que me pareció muy sabio y santo dio a mi alma mucha luz y quedé consoladísima, pues todos coincidían que la obra era de Dios, y en las vocaciones buenas que han venido ¡son prueba de su voluntad santísima! Creo que vuestras oraciones me ayudarán mucho, para que nuestra Madre Santísima imprima en nuestras almas, el total abandono en su amorosa providencia y por eso le repito, no dejen de rezar por su pobre sierva en Jesús María y José que tanto las ama,

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María

L5 C11 (56-58)

Chauchina, marzo, 25 de 1926

M. R. M. Mercedes de Jesús Crucificado Hitos.

¡Que nuestro Señor nos conceda la gracia de imitar a nuestra madre María Santísima en este admirable misterio de la Encarnación, que tanto entusiasma el alma que siente una chispa de amor de Dios.

¡Oh!, mi querida sor Mercedes. ¡Aquel Fiat! que nuestra Señora dijo al Ángel nos trajo un Salvador, Redentor del linaje humano. Cuántos bienes y gracias llovieron sobre la humanidad entera, ¡el Fiat!, la aceptación con la divina voluntad.

Vuestra caridad, que tanto medita y ama a nuestra madre María Santísima, comprenderá este misterio inefable de amor, y a su ejemplo, muchas almas que la eligieron por Madre y Maestra. Estos ejemplos de humildad de aquella Purísima doncella mereció la grandeza de ser Madre de Dios, cuando el Ángel la saludó y le dio la embajada de ser Madre de Dios.

La Santísima Virgen hará que vuestra caridad vaya reponiendo sus fuerzas y alegrándose que el Señor me cogiera como una pelotita y me invitara a dejarme tirar al fondo del valle como a las alturas de las montañas para votar con más fuerza y caer en sus manos santísimas... ¿Para qué, al fin, darle vueltas a lo que ya ofrecimos a nuestro Señor con tan buenos deseos? ¿No le parece que al cumplir el año, vuestra caridad me ofrezca al Señor para que él haga de mí lo que quiera?

Esta es la voluntad del Señor, mi querida tía, que ofrezcan al Señor el holocausto completo, y que ese incienso que a vuestra caridad gustaba quemar en el altar de la Inmaculada Concepción nuestra madre, le recuerde siempre que su sobrinita quiere ser esas ascuas, que el carboncillo de mi corazón lo purificase (el fuego de amor de Dios) de tantas miserias y sirva para que[62]

62Así termina este apartado

DELANTE DE MI SAGRARIO EN LA TEMPESTAD

"Toda la vida de Cristo fue cruz y martirio; y ¿tú buscas para ti descanso y gozo?"
(Kepis, lib.2, cap.12,7)

Mi primera cuaresma en Chauchina. Año 1926

¡Oh Jesús mío, me habéis hecho comprender desde el principio de mi vocación, que para vivir esa vida de fe que me enseñasteis misericordiosamente, al pedirme *la muerte de mí misma*, y que para ello no había más camino, para vivir según los deseos de vuestro corazón, que la cruz; para hallar la paz interior; *la mortificación*. Segura que en la cruz hallé la salud y la vida cuando fijé en ella por la fe y esperanza que me comunicabais en las ocasiones que con valor me abracé a ella, encontré protección contra los enemigos que luchaban contra mí, en la cruz la fortaleza e infusión de la suavidad divina y el gozo del espíritu y la santidad deseada. Sólo en ella me sentí víctima unida a vos, mi Jesús amado! Amén.

L5 C12 (69)

Día de gracias

13-IV-26

Jesús mío, por vuestra Santísima Madre concédeme amaros mucho, unirme en todo con vuestra voluntad y ser fiel a vuestra gracia hasta la muerte; os suplico humildemente por vuestra preciosa Sangre, perdonéis mis gravísimos pecados, y ... concédeme, Señor, mucho amor. .. siempre vivir y morir abrazada a vuestro amor divino. Amén.

- *El Señor*: "Quiero que te prepares a la venida del Espíritu santo 40 días de recogimiento interior, de oración continua y de penitencia de corazón y de sentidos, viviendo unida cuanto posible sea a mi corazón, sin desatender a los cuidados de tu cargo de tal manera, que tu espíritu obre viéndome a mi presente en todo momento, sin que mi presencia falte un momento en tu alma".

- *Mi alma*: La fuerza de esta inspiración cambió totalmente el estado de prueba horrible que padecía, de desaliento, tentación y tibieza ... Mi espíritu sintió una fuerza interior, sobrenatural y con la frente en el polvo, le ofrecí ayudada de su gracia divina corresponder a ella:

1°. Procurando evitar visitas inútiles, palabras que no sean del todo necesarias, y aprovechando las recreaciones para hablarles solo y exclusivamente del amor de Dios, de la felicidad de las almas que le aman, de las dulzuras del amor de Dios en la práctica de la virtud, procurando ver a Dios en cada una de las religiosas con quien he de tratar.

2°. Además de la oración de comunidad, que procuraré seguir en todo, haré tres horas cada día en presencia de Jesús Sacramentado, siguiendo las inspiraciones de la gracia en aquellos momentos, permaneciendo allí en la forma y tiempo que Jesús quiera, sea de día o de noche siguiendo, en todo la voluntad de Dios en la obediencia.

3°. Reprimiré, ayudada de la gracia, las impaciencias interiores y exteriores; reprenderé con dulzura a las que me causen alguna repugnancia, de carácter o de afectos, tratándolas con caridad y amor; me ejercitaré en la mansedumbre y paciencia dominando los movimientos de ira siendo igual para todas; negaré a mis sentimientos todo gusto, haciendo a Jesús entrega total de mi corazón y de todo mi ser. Amén.

***

En mi retiro

13-IV-26

1°. Seré fiel a las inspiraciones de la gracia divina, haciendo generosa entrega de toda mi voluntad: haciendo que mi corazón no sienta más querer que el de Jesús: imitando la humildad· y mansedumbre de su divino corazón en la *cruz* y el *sagrario*: viviendo en sus llagas y en su corazón divino (presa en el tabernáculo con cadena de amor) todos los momentos de mi vida, escondida en Cristo, viviré dulcemente en abyección y humildad, gozándome en ser despreciada, buscando solo la gloria de Dios en todas mis obras, aunque para conseguirla me encarcelaran, y dejase mi vida en horribles tormentos ...
2°. En estos 40 días negaré mi voluntad en[9].

[9] Así termina este escrito

6 marzo 1927

El don supremo que el Eterno Padre nos donó en el preciosísimo y dulcísimo sacramento de la Eucaristía, en donde están escondidas las dos naturalezas de Cristo, divina y humana, en él esta persona divina y el Verbo encarnado, puesto que éste no puede separarse de la persona divina. Verdad Católica que ha disipado los errores en contrario.

El fin principal que lleva a las almas al culto y adoración a Jesucristo Sacramentado digno de ser amado y honrado con suprema adoración, que tantas y tan grandes cosas hizo y padeció por nosotros, compensa en lo posible con el fervor y piedad en la adoración, todas las injurias y sacrilegios con que es día y noche ultrajado el Corazón eucarístico de Jesús, imitando en cuanto nos es posible, revistiéndonos de los mismos sentimientos y afectos que animaron en su vida activa y paciente a Jesús, ahora en la vida eucarística y bienaventurada del tabernáculo.

Las almas que por inspiración divina o inclinación natural se sientan movidas a unirse totalmente con las almas adoradoras, que constantemente viven con Jesús en la Eucaristía, ya sea en el afecto y deseo con las que en efecto consagran su vida a este culto y adoración perpetua, deben limpiar sus almas de todo pecado mortal, del amor mundano y desordenado afecto a sí mismo, de tal manera que prefiera todo antes que ofender mortalmente a nuestro Señor. “Muchos trabajan en grande, pero aprovechan poco”.

Es engaño muy frecuente en las almas piadosas, que buscan con afán la suavidad y dulzura de la virtud, sin la práctica, porque no han llegado a persuadirse que sin purificar el alma del pecado venial deliberado y del desordenado amor propio que seca todo jugo de devoción verdadera, aborreciendo al mundo y odiándose a sí mismo, para que libre de las faltas e imperfecciones voluntarias se haga digno y fiel a la divina gracia.

Cuántas almas llevan la cruz sin experimentar la unción divina, a penas si gustan la suavidad de la virtud y aun cuando se salven, se privan a sí mismas de por toda la eternidad de la inmensa dicha de dar a Dios aquella gloria que fácilmente hubieran merecido, purificando en un todo su corazón, negocio de suma importancia para disfrutar aun en esta vida, los regalos que Dios tiene ofrecidos a los limpios de corazón.

A esto deben aplicarse las almas que deseen sinceramente unirse a la vida de adoración perpetua: 1) huir del pecado y de las ocasiones de pecar; 2) evitar los pecados veniales deliberados; 3) negarse las propias satisfacciones del amor propio, aunque sean en las devociones ordinarias.

Dice un santo padre: “Creedme, lo que se ha podado retoña, lo ahuyentado vuelve, lo extinguido se enciende, lo adormecido despierta otra vez. Poco es, pues, podar una vez sola, es necesario podar muchas veces, continuamente si es posible, porque si bien te examinas, siempre hallarás alguna cosa que podar”.

Por esto no debemos olvidar nunca la necesidad de purificar nuestro corazón de todo afecto, limpiándolo de toda mancha de pecado, y así Jesucristo nos concederá llegar a la íntima unión con su Corazón adorable, recreándonos familiarmente con él entre las flores de la virtud, que con su gracia divina vayamos adquiriendo, gozando con él de los suavísimos frutos de nuestros sacrificios y adoraciones.

El corazón del hombre tiene sus inconstancias, sus tedios, sus sequedades, y no está siempre tan fervoroso ni tan fecundo, como fuera de desear, para entretenerse con Jesús en la Eucaristía, en donde él nos llama continuamente por medio de los sentimientos, en la prueba unas veces, con voz secreta que sin ser articulada no deja de hacerse entender de aquel a quien se dirige con consuelo inexplicable; otras veces con abundancia de deseos y suspiros del corazón, que busca con ansia refrigerar una sed ardiente que en nada encuentra satisfacción; un sentimiento ya de amor paciente, ya de amor fuerte, ya de amor tierno hacia Dios.

Pero arrebatado por el contacto de la Eucaristía es como estar bajo la poderosa atracción del imán, es trocar los pobres andrajos de las miserias en blanca vestidura de los elegidos. El alma y todo el ser se siente divinizado al suavísimo contacto de la Eucaristía, es vivir entre cantos de serafines, envuelto en aromas de cielo, en céfiros de luz, en suaves aromas que la viva y deliciosa flor de la Eucaristía embriaga el alma con sus divinos olores.

Es néctar suavísimo más rica que la ambrosía, y los panales de dulcísimas mieles, porque junto a la Eucaristía no se siente las amarguras de la adversidad, ni se siente la tribulación ni el abandono, porque el que tenga el gusto de las cosas divinas, que superan todo sentido e inteligencia, es en vano que se esfuerce en comprender por sus luces naturales, porque menos dista el cielo de la tierra y el oriente del ocaso que las cosas de Dios de las cosas humanas.

Pero en cambio, los que tuvieron ese conocimiento sabroso, ese gusto de las cosas divinas, a cien leguas comprenderán lo que es y lo que no es Dios, y por una especie de instinto u olfato sobrenatural, adivinarán dónde está el espíritu de Dios, porque como dice el divino Salvador: “mis ovejas conocen mi voz” (Jn 10,27).

Así que conociendo el espíritu bueno o malo, recto o torcido, religioso o mundano, divino o humano de una persona, ya podemos adivinar cuáles son sus obras.

Porque para juzgar las cosas divinas, lo primero que se necesita es alejar de nosotros el juicio propio y humillarse y adorar en espíritu de fe y de amor.

Dios es tan bueno que saliendo del impenetrable misterio donde habita, se reveló al mundo por amor de las almas; no es mucho que cada una de estas en la medida que Dios le haya dado y en cuanto le sea posible se esfuerce en pregonar las inefables grandezas de Dios.

Hemos de tener presente que en la vida de la gracia el espíritu que en nosotros se desarrolla, no es nuestro espíritu propio, es el espíritu de Dios. El alma en la vida espiritual se va

haciendo más pasiva a medida que avanza, porque va muriendo al espíritu propio y viviendo en el espíritu de Dios, que es todo reposo y tranquilidad, porque es acto puro; es una verdad capital en la vida del alma, su fin es el reposo por la muerte de sí misma.

Es necesario para llegar a este fin, que el alma se mueva y tienda a Él trabajando con todas sus fuerzas por secundar cuanto le sea posible la acción de la gracia en su despojo y purificación.

Es un gravísimo error, las almas presuntuosas que pretenden hallar ese reposo mientras Dios da las lleve e introduzca a él. A nosotros solo nos toca seguir fielmente la acción de Dios, y [a] nosotros toca solo acatar, aceptar, y adorar, estando muertas a nosotras mismas, buscando solo el conocimiento y cumplimiento del divino beneplácito.

"El Señor os ha introducido en una tierra que mana leche y miel. Aleluya".

El camino de la perfección religiosa y de la santidad no es más que sencillez de espíritu, humildad, rendimiento y entrega absoluta a Dios y despojo de sí mismo.

El alma es solo un instrumento en manos de Dios destinado a ser feliz honrándole y glorificándole a él solamente. El alma debe entregarse, prestándose a Dios como simple instrumento de su gloria y beneplácito, quedándose tan vacía de todo, como si nada fuera o lo comunicara, y aceptar de igual modo la cosa más baja como la más elevada, si es voluntad de Dios, porque de su divino beneplácito recibe y toma la cosa su valor.

¡Oh divina sencillez de espíritu, tú eres la nota para conocer donde se encuentra el espíritu de Dios.

El amor sin sacrificio es una flor sin fruto; el sacrificio sin amor, es fruto imperfecto que nada satisface.

He aquí los primeros sentimientos de las almas víctimas en sus constantes ejercicios de oración y sacrificio, al par que de amor y oración van ennegreciendo su carne y marchitando su tez, al par que embellece su alma con el amor dulce que de Jesús recibe en la santa Eucaristía, blanqueando su tez de sus antiguos pecados con el contacto espiritual de las sagradas Especies que adora y de las que recibe a torrente raudal de luz y pureza.

"Nardus mea... Fasciculus mirrhae dilectus meus mihi" (Cant 1,11-12). No es posible estar el alma recibiendo los ardores del sol de justicia, y no perder dichosamente los rastros de la delicadeza.

Jesús con el dulce atractivo de su amor ha engolosinado las almas en el padecer por agradarle, que se le acerca al tabernáculo llena de fe, que cuanto más sufra con humildad, tanto más esparce en su puerta el perfume de su amor sacrificado.

Pero una carne que huye del padecer, que se alarma y estremece y subleva a la menor maceración, que sucumbe a las primeras gotas del dolor, y su inclinación es al placer y regalo, ¿podrá lisonjearse que ama a Dios cuando no ha comenzado a sufrir ni a sacrificar nada por ese

amor divino que con sangre nos amó?

Qué lejos estamos de poder decir con la esposa santa que el sol ha ennegrecido su carne y tostado su tez (cf. Cant 1,5-6).

Solo al calor de la Eucaristía se siente disminuir la sensibilidad y delicadeza de mi natural mal inclinado.

Qué ceguedad tan grande será imaginar que se puede amar a Dios sin llevar la cruz sobre el corazón, sin amar al que nos pide llevemos la mirra que nos da en los trabajos y mortificación de los gustos y pasiones.

El amor del mundo es dulce y seductor en los principios, pero lleno de hieles al fin.

El amor de Cristo presenta sus amarguras al principio, pero después de aceptadas derrame de dulzuras celestiales en el alma que aun aquí se llama dichosa y llena de gracias.

L6 C21 (71-75)

CUADERNO VIGÉSIMO SEGUNDO

Escrito este cuaderno por mandato del R. P. Rebollar en los ejercicios que nos dirigió el año 1927 en septiembre.

Sor T. del C.

Dios mío, tú fuiste siempre Padre bondadosísimo que sigues a las almas que criasteis para vuestra gloria hasta las puertas del infierno, y en aquel abismo de males forcejeabais para salvarla... ¡Qué recuerdo aquel tan consolador!... Veníais tras ella *jadeante*... y acelerado... a sacar de los dientes del lobo a la pobre oveja que moría destrozada... Pastor divino... este alma... hacía 20 años, que a los 12 abriles, cuando conservaba la flor de la inocencia blanca como la azucena junto a vuestro Corazón divino, único amor de su corazón, os dignasteis manifestarle por medio de una visión el peligro que le prevenía el demonio; vio su alma... ¡qué dolor!, devorada y en las garras del demonio que la despedazaba... viéndola morir, lejos de ti, Pastor divino... Saliste al encuentro, buscándola amoroso... la encontrasteis agonizando, y sin vida... cogiéndola misericordioso, curasteis sus heridas... y llevándola a tu rebaño la introducisteis en lo más íntimo de tu Corazón adorable, después de lavada con los cinco caños de aquella fuente misteriosa...

A los 33 años te fue ingrata y alejándose de ti cayó en derroteros... que de no sacarla vos, hubiese muerto infaliblemente de espanto.

Rescatada de la muerte segura con una misericordia infinita, abrió sus ojos a la luz, vio los horribles peligros a donde el demonio quiso sepultarla... y en aquella tremenda hora que la llamabais a juicio (1IX15), vos mismo le devolvisteis la vida. Ella os *prometió fidelidad*... y os consagró para siempre su ser con todo su amor y vida.

Y 10 años después la llevasteis [a] aquel hermoso campo, en donde aquel V. P. Valencina (su primer director) pasando por un camino vio arando una religiosa muy triste y que sembraba; dos ángeles que echando el trigo, o simiente muy menuda, y oía unas voces dulcísimas que decían las palabras de los dos últimos versículos del Salmo 125,78. (el 6 de febrero de 1916 el Señor le manifestó en presencia de Jesús Sacramentado aquel campo cargado de flores y frutos que cogía con indecibles consuelos, que ofrecía a Jesús Sacramentado en perpetua Adoración).

En cuántas ocasiones esta pobre alma, se veía en horribles martirios... tenía a su vista como en un cuadro todos sus gravísimos pecados y miserias... y cuando se postraba a vuestros pies a pediros perdón y misericordia, vos como si no la vieseis... decíais a este alma: “Tengo sed ardiente de ser adorado por almas puras y penitentes que tú me traerás a mis pies”... Asustada quería distraer aquella voz creyendo una ilusión y fantasía... y vos Señor, con una bondad indecible le repetíais siempre: “No me espantan ni alejan tus ingratitudes pasadas, con tal de hallar en ti voluntad dispuesta y generosa para ejecutar la mía. Mi corazón se deleita consumiendo tus miserias... y cuantas mayores veo en un alma, con tal que las llore arrepentida y humillada, más me agrada, porque en estas almas ostento mi amor y misericordia. Mis mayores obras las realizo en lo más despreciable. Mi corazón tiene hambre y sed de almas que vengan a mí y beban la vida que yo les daré. Y cuando un alma arrepentida me busca amante, no solo la

perdono, sino que olvido cuanto me ofendió con tal que su amor sea humilde y sacrificado".

Esta miserable mendiga, a pesar de conocer su inmensa pobreza, quiere servir a su Señor, y siguiendo sus mandatos, emprende su misión, y él mismo le prepara los caminos... y la lleva y trae según su querer como la paja que mueve el viento... ¡Oh viento fuerte y suave, que llevas a donde quieres y como quieres las almas que escoges para instrumentos de tu voluntad!... Y que cuanto más débil... mejor la llevas con el suave soplo de tu querer divino.

Esta pobre alma, deseosa de complacer a su amado Señor le hizo voto de cumplir en todo la voluntad de su Soberano Rey y Señor, y este día que sintió esa nueva gracia que él la concedió, haciéndola fuerte e invencible en la misión que le confió, la prepara con una visión.

En noviembre, 21 de 1925, después de la sagrada Comunión quedó privada por breve rato... sintió que diluviaba... que llamaban a la puerta de la huerta y al abrir la puerta vio un pequeño zagal que traía el rebaño de su padre para librarlo de la tempestad; quiso ponerle la dificultad que no tenía sitio para librarlas de la lluvia, pero sin atender a esto entró el zagal con sus ovejas blancas como el ampo de la nieve... ¡tantas!... que salió en busca de las porteras que le llevaran al sitio que había; y al volver al instante, el zagalito había crecido y cambiado en una hermosura encantadora y divina, que *extasiaba* viéndole tan divino... Le dijo: ¡Niño mío dónde vas tan hermoso, si ahí no es el sitio del ganado... si ese es el coro... "Ahí van mis ovejas, contestó dulcemente, guárdamelas".

Entré tras él y no vi ninguna, y le dije: Niño divino, pero ¿dónde están? Y señalándole con el dedo a la Virgen Santísima que estaba al pie del altar, desapareció escondiéndose en el sagrario. Abrió su manto y mostrándole innumerables almas le dijo la Santísima Virgen: "Aquí, adorando a mi Hijo Sacramentado vivirán estas almas que él me ha confiado. Tú acoge todas las almas que él te traiga... ¡Tiene sed ardiente de verse adorado de almas puras e inocentes que se sacrifiquen y hagan penitencia por los pecadores, que provocan su ira divina! Yo he venido para vuestro amparo y defensa, confiad en mí, que nunca os abandonaré".

Esta alma consoladísima no sabía reprimir su gozo, que sin poderlo evitar lo comunicó a sus hermanas, y como recuerdo de esta memorable visita puso el nombre del Divino pastor a una jovencita que ingresó el 28 del mismo mes (de 1925), y como prueba de la verdad de este amor de Jesús, la dejó enferma (de la impresión por unos días), recibiéndola en cama.

Después de la noche de Navidad, que aún no había podido desimpresionarse de los dulces efectos de esta visita, tuvo muchos trabajos y contradicciones que sostener con los mismos superiores que le negaban cuanto pedía, pero aquella noche dichosa Jesús la quiso alentar con sus dulces consuelos, sintiendo algo sobrenatural que ella no supo manifestar.

Después del día de san Juan Evangelista, 27 del mismo mes, entendió que Jesús le concedería la adoración perpetua, que ella trabajase mucho para que la comunidad se formase en ese espíritu de humildad y sacrificio que quería de las

que habían de hacer en la tierra el oficio de los ángeles en el cielo, una pureza y sinceridad de vida ideal... que como pequeñas niñitas, no anhelaran más que vivir pegadas a su Corazón adorable, bebiendo a raudales el amor dulcísimo que ardía en su pecho abrasado de amor por las almas que redimió a tanta costa... que si le era generosa y fiel *en servirle* le comunicaría a esta reforma de la adoración a las capuchinas adoratrices, el espíritu de humildad y amor que dio en tan alto grado al seráfico padre san Francisco, haciendo de esta nueva rama la infancia espiritual de toda la Orden, siendo las pequeñas Capuchinas de la Eucaristía y dándole una prueba más clara de su predilección y amor a la vida de pureza y humildad que quiere de esta reforma espiritual del espíritu capuchino. La privó del sentido y llevándola por un momento al valle de Josafat vio el juicio final, y estando el Señor sentado en el Trono, con gran poder y majestad, mandaba a los ángeles abriesen paso aquella pequeña porción de almas penitentes... y acercándoselas las hizo sentar con las doce tribus a juzgar a todas las gentes, porque su vida penitente pura y sacrificada cooperó a la salvación de innumerables almas.

Vuelta en sí encontróse arrodillada y confusa en el rincón del coro bajo, en donde quedó después de recibir la sagrada Comunión, repitiendo enardecida aquellas palabras del salmo: “Yo espero en vos, Dios mío, porque habéis socorrido mi alma en mis aflicciones... vos que me dirigís por esta senda, nada nos ha de faltar. Cuanto más pequeña me hago más grande os veo Jesús y Salvador mío”.

Parecía oír a mi seráfico Padre repetirme las palabras que dijo a las primeras hijas de San Damián, reprendiéndome duramente del interés que tenía en que viniese una señora que pretendía de Valverde del Camino, por el deseo que se hiciera la obra que tenía sin terminar y otras. Con semblante severo dirigiéndose a mí me decía: “No entrarán bienes temporales; tú, hija mía, has seguido el llamamiento que Jesucristo desde el tabernáculo, os pide, no para violar el espíritu de mi señora vuestra madre, la santa pobreza, sin la cual estorbarías los designios que Dios tiene en vosotras, mis muy amadas hijas, donde gustosamente me complazco y bendigo desde el cielo, como amaba y bendecía a San Damián, al cual quiero que imites y sigas fielmente el espíritu y vida de vuestra santa madre Clara, que como yo, os ama y bendice, esperando que seguiréis sus ejemplos hasta la fin, de no apartaros nunca por consejo de alguno de la santa pobreza que prometimos a Dios, adorando la santa Eucaristía con la fe y amor que le adoraron los pastores en el Portal de Belén. Os ruego, amadas hijas, que esta nueva reforma sea para la Orden el Belén eucarístico que os haga imitar la pobreza y humildad de nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre, viendo en el tabernáculo que adoráis aquel misterio de amor. Meditar que la custodia es la madre purísima que sostiene su pequeño Infante, esperando vuestros corazones desprendidos de todo afecto humano, y a medida que os desprendáis más de todo lo de la tierra, gustaréis con mayor abundancia las dulzuras del amor a Jesús, que os busca en pobreza, para colmaros de los bienes

que tiene prometido a los pobres de espíritu, de los cuales es el Reino de los Cielos. Mas es necesario poneros en guardia para que jamás por consejo o enseñanza de otras personas os dejéis desviar de esta forma de vida que os he inculcado en la Regla que di a vuestra madre santa Clara, la que ella defendió hasta morir. Sed fieles, no os acobarden las amenazas de los hombres, *Dios no muda*, y así no ha cambiado su Evangelio, que es y será hasta el fin de los tiempos, y su palabra, dada a su siervo Francisco y a sus hijos subsistirá hasta el fin de los siglos. Amar la santa pobreza que os hará ricas en el Reino de los Cielos y aun en la tierra os colmará de los bienes que no acaban con la muerte".

Como embriagada de una dulzura celestial que no se puede expresar quedó toda el alma por muchos días. Volviendo como de otro mundo superior a éste, quedó una luz, una fe y conocimiento que en muchos días no podía darme cuenta que ni cómo pasó el santo Padre para darme seguridad de ser Dios quien le enviaba para mi luz y consuelo, dejó tomado mi espíritu en el licor de sus seráficos amores, y dejóme embriagada de amor de Dios tan fuerte y dulce que hasta el 6 de enero de 1926 no pude entender que vivía en este mundo. Qué dulces recuerdos las primeras Navidades del año 1925 para mi pobre corazón!...

Desde esta fecha empezó la tempestad de grandes pruebas... La pobre barquilla flotando sobre las olas, permitiendo Jesús que quede sobre sus espumas como corona de oro sobre cabezas de barro. Los hombres empeñados, que sin dinero es un absurdo emprender tan grandes empresas. Dios empeñado en hacer conocer que su Providencia de nada necesita, cuando se pone a su disposición las almas rendidas y entregadas a cumplir su voluntad. Bendito seas, Jesús mío, ¡qué tan grande eres, sobre la pequeñez del corazón humano! Tuyo es Señor el cielo y la tierra, y los tesoros todos del mundo son escoria al imperio de tu voluntad en las almas que te siguen. "Sin bastón, bolsa ni calzado..." Cuántas veces abrí tu santo Evangelio que llevaba en mi corazón y me decías por santo Evangelista.

Este Evangelio que me desvanecía todo temor ante los razonamientos de los hombres, que me querían convencer de locura... y abuso en la Providencia, el seguir tu inspiración, que me llevaba con la fuerza de un río tempestuoso, que me trasladó a este hermoso desierto, en donde en tanta abundancia nos das a gustar el divino maná, que nutre nuestras almas, debilitadas en las abundancias de las cebollas de Egipto; porque cebollas es todo lo que no es espíritu de sacrificio y amor a vos. Abandonos, desolaciones, desvíos y recriminaciones de todos, aun de los mismos que me ayudaron sufrí más de dos años sin encontrar en lo humano palabras que diesen un poco de fe y alientos en mis pruebas... En cambio la fe sentía, se aumentaba: que mi amor hacia el ideal de mis ansias, *Jesús en la Eucaristía* adorado por las capuchinas del desierto de penitencia, crecía; que mi esperanza que la obra llegaría a su fin sin mí y sin la aprobación de criatura alguna se aumentaría; que la voluntad de Dios era y que tenía que cumplirse.

La adoración que hasta entonces se venía haciendo por vía de ensayo de hora en hora,

Jesús movido a las continuas oraciones de la comunidad quiso que al terminar esta Cuaresma de retiro y pequeñas mortificaciones, viniese aprobada la adoración con exposición mayor, como adición a las Constituciones. ¡Qué dulces consuelos!... Cuánto premia Jesús las humildes plegarias de las almas llenas de fe... dándoles más que pedían. Ellas pedían el jubileo menor o sea la adoración en el sagrario, y Jesús quería más, estar solemnemente expuesto para que todas las almas que vinieran a visitar a su Madre Santísima, le adorasen en unión del amor y adoración que le rendían las almas que viven a él consagradas y que con él subieron al monte de la mirra y al collado del incienso, donde a pesar de sus ingratitudes e infidelidades pasadas

El Señor quería probar el amor y fidelidad de aquel corazón que tanto le amaba, y la sacó de su amada cuna, y la trajo a este nido mariano eucarístico, donde tiene para sus almas adoradoras, reservado un manantial de aguas purísimas... que saciará la sed ardiente tantas almas, porque se ahogan en cisternas sucias y en arroyitos de agua, que no dan al alma la hartura que necesita para calmar su sed... ¡Sí, Jesús mío, Eucaristía divina! Tú eres la fuente de aguas vivas... que prometiste a la dichosa Samaritana... ¡Tus capuchinas adoradoras tienen sed de vos... y aquí contigo en este brocal divino de tu tabernáculo están cercándote, amor de mi alma, y todas unidas te piden aguas... Danos siempre Jesús divino en abundancia tu amor santo... sacrificado, ferviente, operativo y fiel... y que ninguna de las que han probado tus celestiales aguas... busque jamás charquitas de aguas sucias que lejos de ti vivirán sin descanso, sin paz y sin vida.

¡Que las hagas ver, Jesús mío, que tus capuchinas adoradoras son aquella barquilla que mostrasteis visiblemente a tu pobre mendiga, sobre un turbulento, mar que sumergía en sus bravas olas todos los barcos y grandes buques y que ella iba sobre las espumas de las olas pequeña, iluminada y segura con un grupito de almas, que, apoyadas en aquel foco de luz, iba señoreándose sobre la tempestad con la majestad de una reina, y tú, Jesús dulcísimo, le diste a entender que aquella barquilla era tu Madre Purísima donde habíais acogido a vuestras capuchinas adoradoras, que aquel foco luminoso que alumbraba con celestial claridad la noche horrible de la tempestad eras tú, mi Jesús Eucaristía... y que solo aquella tripulación que se acercaba a tu barquilla... a tu Madre y a ti en la Eucaristía, se salvaron de aquella borrasca. ¡Cuantas almas se acogieron a ella Jesús mío!

Amén.

1º. ¡Oh mi soberano Señor, oculto por mi amor en la Hostia santa! ¡Qué lecciones tan elocuentes leo en ese velo que oculta a nuestros ojos vuestra divinidad que adoran los ángeles! Nosotras, unidas en espíritu, queremos como ellos adoraros en espíritu y en verdad, y copiar vuestra vida a imitación de vuestra Madre santísima y nuestra, y del padre san José, los primeros adoradores del mundo al nacer en [el] establo de Belén.

¡Sí, Jesús mío, ya vos mismo os comunicasteis a la seráfica madre santa Clara cuando en su santa Regla nos deja sus encarecimientos de madre en estas palabras admirables que conmovieron mi espíritu la primera vez que las leí: "Y por amor del santísimo y amadísimo Niño, envuelto en pobrísimos pañales y reclinado en el pesebre, amonesto, ruego y exhorto a mis hermanas que se vistan de vestiduras viles" (Regla de santa Clara, cap. 2,6). Y en su testamento vuelve otra vez a encarecernos la santa pobreza como el único ideal de su regla y de su espíritu en estas palabras: "Por amor de aquel Señor que pobre fue reclinado en el pesebre, pobre vivió en el mundo y desnudo permaneció en el patíbulo, haga que su pequeña grey que el Señor y Padre engendró en su Iglesia santa con la palabra y ejemplo del bienaventurado padre san Francisco, siguiendo la pobreza y humildad de su amado Hijo y de la gloriosa Virgen su Madre, observen siempre la santa pobreza que prometimos a Dios y al beatísimo padre Francisco, y se digne alentarlas siempre y conservarlas en ella" (Testamento de santa Clara, 7).

Esta fue la luz o inspiración que el Señor me dio desde el principio de mi vocación, servir al Señor en la vida de humildad recogimiento y pobreza, que después encontré en el convento de capuchinas de San Antón de Granada, que su observancia y buen espíritu me llenó el alma de consolación y de paz. ¡El Señor sea bendito por siempre!

2º. Andando el tiempo en los comienzos de mi noviciado, pues el Señor dispuso para probar mi amor y mi fe me tuviesen más de tres años de postulante, pues temían que mi débil complexión no pudiese observar los rigores, las penitencias que se observaban entonces de rigurosa abstinencia y ayunos sin lacticinios (sólo de pescado, incluso los domingos). Quiso el Señor concederme tan buena salud que pudiese observar este rigor hasta que ocho años más tarde los padres capuchinos nos dispensaron la vigilia, en razón de la extrema pobreza, que resultaba el sostenimiento mucho más costoso que las carnes, y sólo quedó dos días en semana de vigilia, viernes y sábado.

Entonces comprendí que el Señor quería de mí la penitencia del corazón y el desprendimiento de mí misma, y así comprendí exigirme el Señor, desde aquel momento que el P. Ambrosio me aconsejaba la inmolación y entrega de mi misma, haciéndome en todo la pregunta: "¿Quid ad te? Attende tibi. *¡Dios y tu alma!* y nada más; Santifícate y ya el Corazón amantísimo de Jesús te señalará el camino, te dará la luz y fortaleza para afrontar los grandes

trabajos que te esperan. ¡Ama mucho la Cruz! y no temas, el Señor estará siempre contigo aunque todas te abandonen y desprecien no te bajes nunca de ella, que a Jesús no le bajaron hasta después de muerto. Pudiendo él bajarse de ella, no quiso por cumplir la voluntad de su Eterno Padre".

3º. ¡Tuvo el Señor en los comienzos de mi vida tantos mimos, que hubiese creído hacía con mi corazón, lo que los padres hacen con los niños enfermos que antes de aplicarles los medicamentos amargos que les pueden curar, les dan dulces.

¡Oh mi buenísimo Jesús, cómo me engolosinabas con tantos consuelos en el padecer, que buscaba las mortificaciones y trabajos con ilusión hasta el punto que la madre maestra, extrañada me decía: "Qué extraño es lo que noto en esta soror, no se la ve contenta más que en el trabajo y cuando se la regaña o castiga". Y al preguntar la madre abadesa y comunidad para la admisión del hábito, les dijo: "Para verla entusiasmada y contenta no hay mas que humillarla, y a las hermanas que más ama son las que más la ejercitan".

Todo esto lo hacía el Señor con un amor misericordiosísimo, porque de mío *era soberbia*, con un genio *fuertísimo*, propensa a impacientarme siempre, y cualquier cosa mal hecha en las oficinas, labores, etc., sentía los movimientos de ira y propensión a reprender y castigar, que nada me hubiese amansado la fiereza de genio, si en esos momentos el buenísimo Jesús [no] se presentaba a mis ojos con tan grandes atractivos de amor, me pedía: "Atráeme a las almas con mansedumbre y humildad". En el momento trocaba mi corazón en *blanda cera* y se derretía con solo mirarlo *a él*, tan amable y dulce en la sagrada Eucaristía, me parecía ver sus miradas dulcísimas y penetrantes. ¡Oh mi buenísimo Jesús, cuánto os debe esta pobre esclava!

4º. ¡Tuvo Jesús misericordiosísimo tanto amor a este barro tan quebradizo que me miraba con tantos mimos! ¡Se bajaba tanto para coger esta nada tan antipática!, que un día de limpia general sentía las pasiones con tal fuerza... que si su divino Corazón no me diese gracia y fortaleza para vencer, aquel día hubiese dejado la vocación.

La contrariedad de vivir con tantas ancianas y enfermas, y algunas no tan educadas y finas, como me inclinaban a vivir como en el colegio... y el pensamiento que aquello no cambiaría nunca, me atormentaba... Sus virtudes las admiraba, pero las groserías, que muchas veces la vida de penitencia y pobreza lleva consigo, me hacía sentir tan gran repugnancia que decía para mí: en todas partes se puede ser santa... en el cielo no se verán estas cosas... soy muy joven, yo buscaré vivir vida religiosa que más se parezca al cielo.

¡Qué soberbia y ciega estaba aquel día! Merecía que el Señor me

echase al infierno; sentía tan duramente dentro de mí con mis prójimos pobres que me estremecía pensar que aquella vida fuese para siempre y, como era la única joven novicia, quería acabar pronto aquellas limpiezas que empezamos a las tres, después de maitines (era enero 16) y con un frío horrible nos bajaron de la oración, que hacíamos al terminar maitines, al huerto a lavar los purificadores y ropa de sacristía hasta la hora de comulgar, después de misa y parvedad, a limpiar los coros y claustros para la fiesta de San Antón que tenían jubileo circular.

5º. ¡Oh Jesús mío, cómo hicisteis con mi alma entonces, como los niños cogen pajarillos con liria y quedan pegadas sus plumitas al palito!

Así hacía el Señor conmigo entonces. Me hacía sentir tal fervor y amor en los maitines a media noche, que jamás los dejé por nada, por cansada que estuviese soñaba en la hora de maitines como los niños en los confites, desde que era postulante, pensar en las doce de la noche hasta las tres, ¡qué ilusión!, por ellos solamente hubiese sido capuchina.

En esas horas dulcísimas, *le veía, le sentía, me amaba, me regalaba, me ofreció ser su esposa* y llevarme siempre con él a su lecho, *en su mismo Corazón*... ¡Qué dulzuras tan inexplicables gozaba en dejar el sueño con frío o calor, que no parecerme duro dejar el lecho en lo mejor del sueño y volar a cantar sus alabanzas que comprendía mejor que el castellano, que pasarse las horas en su presencia de rodillas sin molestias ni cansancio, aun estando enferma, me sentía más feliz, que la criatura más dichosa!

Ni sentía hambre con el ayuno, ni dolor en la penitencia, toda la vida ideal... un oasis de delicias celestiales era aquel convento durante doce años.

Sólo sentía disgusto y amarguras insoportables en el trato con aquellas santas, hasta que un día, de enfermera me avisaron que una anciana se había caído, un colapso, y la deja bañada en suciedad. Me entretenía a ver si la compañera encargada aquella semana de enfermería llegaba antes que yo, pero no fue así. Hice un acto de fe y, dominando mi amor propio, le dije: Jesús mío, por vos iré y por ti haré como si te viese con mis ojos. ¡Ayuda, no puedo si tú no me fortaleces!

Allá, cogí a la enferma en mis brazos y, cuando la tenía sucia, la abracé con el mayor amor. Fue él que hizo aquel acto, es [el] más dulce de mi vida. Cuando a la violencia del olor vomitaba, vi a Jesús junto a mí que dándome a besar la llaga de su mano derecha me hizo sentir tan dulcísima fragancia que la enferma me dijo: “¡Soror mía!, ¿qué perfumes son estos? Vaya, gracias a Dios que le dieron esta caridad, pues yo no podía sufrirlo”. ¿Cómo quedó entonces mi alma? Nunca sabré expresarlo, porque no sé.

Las enfermas casi siempre lo notaban, que Jesús venía conmigo, porque le pedían a nuestra madre que yo las asistiera. A pesar de mi carácter tan enérgico y fuerte gustaban las cuidase. Como eran viejecitas las seis enfermas que tuve impedidas, necesitaban las tomase

en brazos para sus necesidades, y decían no les hacía daño, que las levantaba como una pajita, a pesar que yo era muy delgada y flaca, porque era Jesús dulcísimo y divino el que venía al lado mío, y como le veía todo fervorosa y ardiente, veía en las enfermas perlas preciosas que codiciaba a toda costa, porque en cada acto veía a Jesús colocarme en mi cuello una perla *preciosísima*. Y yo no perdía ocasión de practicar la caridad con un amor que él me daba tan grande, que no cedía a ninguna mis trabajos, escogiendo lo más penoso y difícil, porque era mayor y más rico el premio que me daba el divino compañero.

¡Oh Jesús mío dulcísimo, así me engolosinaste y me regalasteis con las finezas de tu amor con tal extremo, que en la cruz busqué ansiosa, mi tesoro, mi vida y todo el amor de mi alma!

¡Bendito sea su misericordiosísimo Corazón para con su pobre esclava y sierva! ¡Bendito sea!

6º. El divino Esposo cogiéndome en el monte de la mirra toda afanada, se escondió... dejome como sola y ya no le veía con la hermosura y finezas que otras veces... vinieron las tinieblas de la noche... y me horrorizaba pensar en vivir aquella vida... ¡Se acabó la confitería y empezó para mi alma las tempestades más horribles que me duraron diez años. ¡Oh Jesús mío, bendito seas! Amén.

6º, 1ª. Enferma, una santa religiosa que fue la que se oponía a que fuese religiosa, era penitentísima le llamaban San Pedro Alcántara, ayunaba diariamente y muchos días a pan y agua, era observantísima de la santa Regla y no permitía a su cuerpo ningún alivio, siempre estuvo de rodillas en el coro muchas horas, era ejemplarísima.

Aquella cuaresma cogió una tisis de intestinos tan fuerte... duró cinco meses en mi enfermería. Como sólo tenía 19 ó 20 años; la madre abadesa encargó a una religiosa mayor la cuidase, pero la enferma pedía y suplicaba a la madre volviese sor Trinidad a cuidarla, pues la que encargaron estaba delicada y no podía limpiarla ni moverla sin grandes molestias.

Enfermó[63], y yo pedí a la madre abadesa encargarme, pues no tenía aprensión. ¡Tenía tantas pruebas de ver a Jesús en el enfermo, que esperaba en aquella obra de caridad, mayor que todas las anteriores, ver el cielo abierto, cuando cogía su cuerpo ardiendo en unas fiebres altísimas quería ver a Jesús... Pero parecía se escondía en aquella ocasión. Qué sequedades, que no sentir a Jesús, ni humanas ayudas, consuelos sensibles... llorando muchas veces y agobiada de trabajos y penas me iba de noche al coro y cogida de la reja le llamaba: ¡Ven Jesús mío, que si no te siento en mi alma desfallezco! y me volvía esperando verle. Pasaron la

63La enfermera encargada.

cuaresma entera sin alivio ninguno sensible...

Claro que aquella fe amor y esperanza venían de su dulcísimo Corazón, pero era tan flaca que me rendía a veces, y me quejaba a la Santísima Virgen, mi dulcísima Madre de los Dolores, que se veneraba en la escalera grande, y de noche, antes de recogerme y avisar a la veladora para que llamase a las monjas, iba a ofrecerle los trabajitos y obras de aquel día y le pedía que se los presentara a Jesús y me concediera sentir antes de mi muerte lavara mi alma de toda mancha antes de morir, y me retiraba contenta como si me lo otorgase, y me retiraba tan contenta que todos mis cuidados los dejaba a mi Madre Santísima y ella como mi madre, me alcanzaría volviese su Hijo santísimo su rostro misericordiosísimo hacia mí.

7º. Llegó el Jueves Santo y [en] la enferma crecían sus fiebres y demás, añadiendo el Señor a su enfermedad otros trabajos mayores de espíritu, hasta tal punto que entré en temores de muerte, y me decía: si así Señor tratas el leño verde ¿qué será del seco? Comparaba aquella vida ejemplarísima de virtud y penitencia y me llenaba de temor... Entonces me parecían ya pocos todos mis trabajos y acepté las sequedades y pruebas por amor a Jesús dulcísimo.

Aumentándose de día en día la enfermedad, crecían mis trabajos con resignación por amor de Dios, hasta que el día de la Ascensión, cambiándole de ropa me echó un vómito que me cubrió el hábito de pies a cabeza, y con las manos llenas volví mis ojos a Jesús, que teníamos un cuadro Crucificado, y le dije: ¡Por tu amor, Jesús mío!

8º. Entonces, me pareció verlo lleno su rostro divino radiante de gloria y que de su sagrado Corazón salía como un volcán de fuego que abrazó el mío, dejándome sin sentido. Entonces creyeron debía retirarme de la enferma. Referí a mi reverenda madre abadesa la violencia que sentí ¡y el regalo que me hizo el Señor en aquel momento dichoso! Y me concedieron seguir.

Ya desde entonces, después de más tres meses de pruebas y sequedades, Jesús me ofreció acompañarme y ayudarme y la enferma le decía a la madre abadesa: madre mía, el Señor mitiga mis angustias con esta enfermera que me coge como una leoncilla y me limpia y traslada sin dolor alguno, en cambio cuando vienen las otras no puedo resistir el daño que me hacen.

9º. ¡Claro, era Jesús quien me ayudaba, y sostenía mis brazos, porque la enferma parecía de plomo, aunque no tenía ya más que los huesos. La agonía fue larguísima y penosa, no se la vio mas que sufrir sin humanos consuelos... pues, [el] 24 de junio cuando

murió, la comunidad no podía asistir, como a todas, por estar separada, y el calor hacía insoportable la estancia. ¡Aquella alma privilegiada del Señor, voló al cielo!, no me cabe duda.

10º. Quedó el cadáver preparado, cuando lo bajaron se oyó un oficio solemne cantado por los ángeles que rodeaban su cadáver, mientras estuvo de cuerpo presente estuvo su alma en el Purgatorio, y cuando le daban sepultura, varias de las presentes oyeron el "Audivi vocem..." que al responder *a coros*, los ángeles con los santos de la Orden que contestaron. Me hizo tal impresión aquella gloria hermosísima que aquella pobre monja recibió después de una enfermedad y muerte tan angustiosa, que ella agonizando ya y echaba de menos a las religiosas, que ella acostumbraba ver junto a la cama de todas las enfermas, me decía con un profundo dolor y resignación, mirándome: "Así morirán los leprosos ¿verdad sor Trinidad que cuesta no ver a las monjas?" Yo la consolaba mucho animándola que ya vendrían, por ser muy fuerte el calor le temían subir... y que el Señor la amaba tanto que quería purgar sus faltas en aquella tan penosa enfermedad, besaba dulcemente el crucifijo repitiendo: "Bendito seas Jesús mío, soy toda tuya, ten misericordia de mí".

Así murió sor María Antonia del Espíritu Santo, de 52 años.

11º. Pasaron aquellos primeros años de escuela, y [de] las ancianas admiraba su espíritu de penitencia y de mortificación tan grande, que en la oración y examen, me veía tan lejos de imitarlas, que, llena de temor, me veía tan lejos de practicar aquellas virtudes, que buscaba permisos para penitencia y no me concedían mas que los de regla y sentía una sed de penitencias que la mayor mortificación era no hacerlas. La madre abadesa me decía: "Jesús te quiere más humilde que penitente; haga todo lo de regla y cuando sientas deseos de grandes penitencias ¡véncete!, humíllate mucho; cuando te adviertan o reprendan recíbelo con sonrisa interior, mira a Jesús, que él entonces te dará gracia para creer que los que se vencen a sí mismos entrarán en el reino de los Cielos".

Aquella santa abadesa parece que quería hacer de mí una víctima y me ejercitó mucho en negarme el gusto, aun los más santos, y a esto creo, debo las dulzuras inexplicables que mi alma sentía de ordinario en la meditación de la Pasión, pues sola la consideración de Jesús en el huerto me llevaba el alma junto a él queriendo participar de su agonía y sudor de sangre, y a veces se dejaba sentir su amor tan intensamente que me sentía sin vida, y como nada oculté nunca a mi madre abadesa de cuanto me ocurría, ella temía me pusiese tuberculosa por no poder resistir mi corazón aquellos ímpetus de amor a Jesús paciente.

En estos años primeros de mi vida religiosa vivía *tan feliz, la obediencia era mi norma*, sentía que Jesús me pedía negarme a mí misma y seguir en todo la obediencia y no sentía violencia en obedecer, aunque las obediencias fuesen tan penosas como el asistir una

enfermedad contagiosa y repugnante, o lavar de noche y con frío quebrando con la mano el hielo, velar, etc. De mi cuenta nunca pude prestarme a ello, por creer perdería la salud y me haría inútil. Si la obediencia me indicaba que convenía ayudar a tal o tal trabajo, sentía que con el Señor lo podía todo y entraba en el trabajo por penoso que fuera con toda la fuerza de mi alma y alegría de mi corazón, pues allí tenía fe, que daba gusto a Jesús, a quien deseaba servir y amar con todas mis fuerzas.

Quince años viví pendiente de la obediencia, y fueron tan sabrosos los frutos de la obediencia que pedía en mis oraciones al Señor me concediese obedecer siempre, pues la paz que sentía obedeciendo me daba fe, que obedeciendo subiría al cielo, pues no tendría el demonio de qué acusarme, y el dulcísimo Jesús me abriría las puertas de su misericordia.

A la madre abadesa le pedía me concediera ir a los oficios siempre de menor. Aunque la oficiala mayor tuviera muchos años o enferma o de mal genio no me importaba, le decía: madre, sor fulana (que ninguna la puede sufrir) démela vuestra reverencia a mí, si le parece, que me gustan las ancianas, aunque me den más trabajo *¡se obedece con más mérito!*

En un oficio, sacristana, me pusieron dos compañeras delicadas y dificultosas de carácter. Ya en la enfermería nos enseñaban a vencer las repugnancias y antipatías, que por amor de Dios se llegaba a buscar estas ocasiones de vencerse a sí mismas por amor de Dios; pero yo como tenía mucho genio y muy soberbia naturalmente, lo que más me costaba es vivir con personas de pocas luces o de educación menos esmerada. Para esto tropecé con violencias, a veces imposibles de vencer. Eran dos compañeras de grandes virtudes, de carácter expansivo y hablaban mucho y me distraían de continuo la presencia de Dios que llevaba cada día. Interiormente sufría horriblemente, y en cierta manera andaba mal ejemplada de oírles charlar tantas tonterías, me parecían chifladas todo inútil e inofensivo, pero me costaba tanto vencerme y sonreír, que así me lo mandaba el confesor, *sufrir y sonreír*, cuando ofrecí al Señor vencerme en la obediencia.

Un día sentía agotarse mis fuerzas y salí de la sacristía resuelta a dar cuenta de mis angustias a nuestra madre abadesa, al bajar la escalera grande y saludar a la Santísima Virgen de los Dolores, mi dulcísima madre, sentía que la culpa era mía, que pedí me llevasen con mayores, aunque fuesen enfermas y chifladas, y que veía triste a mi Madre Santísima a quien recurría en mis penas, sentía que la Santísima Virgen me pedía la *imitase en sus virtudes* y en sus penas, y me parecía oír aquellas palabras del Magnificat “quia ancilla humilis...” y ya no quería buscar el consuelo en las criaturas, deseaba encontrar un rato con mi divino Jesús, unir mi oración a la suya en Getsemaní y beber el cáliz.

Suspiraba terminara el refectorio y irme a limpiar los coros para estar un rato con Jesús

y pedirle perdón. Entré en el coro bajo a rezar la estación y sentí me llamaban al tiempo de besar el suelo frente a la capilla de nuestro padre Jesús Nazareno.

¡Qué sorpresa Dios mío! Era Jesús el que me llamaba y le vi venir a mí, hermosísimo y divino como Dios y Hombre, le acompañaban san Pedro, san Juan y Santiago y una muchedumbre de gente pobre y grosera que no le dejaba andar, ni me dejaban acercarme a él, yo lo intentaba con todas mis fuerzas, porque miraba su rostro divino que me llamaba y oía su voz dulcísima que me llamaba... y no había medio; y en un arranque de fervor le dije: Señor si tú quieres puedes retirar esta gente, que me hagan lado... yo, como no tomé un palo, no puedo retirarlos de ti.

Jesús, lleno de amor y misericordia, llevando su mano benditísima a su Corazón, me dijo: "*Quiero* aprendas mi ejemplo con los enfermos desgraciados y ineducados... todos son mis hijos y mis hermanos, todo el que sigue mi ejemplo y cree en mí, *es amado de mí*. Aprende la humildad y mansedumbre de mi corazón; siendo humilde te vencerás a ti misma y atraerás a mi Corazón muchas almas, y me darás en este vencimiento de ti misma la mayor prueba de amor, con mucha gloria".

Salí de aquel coro bendito curada. Jesús dulcísimo curó mi soberbia, y ya no tenía que esforzarme en vencerme, iba tras las ocasiones más repugnantes, porque Jesús dulcísimo me había mostrado su Corazón inflamado todo de amor, y me mostró claramente cuánto le agradaba la humildad de corazón en las almas consagradas a su servicio, y apartaba *de sí* a las soberbias e inobedientes.

Aquella oficina que me atormentaba tanto por el choque interior de caracteres y modo de ser de las dos, desde aquel día fue para mi alma "la oficina predilecta", no ya solo por los consuelos que experimentaba en arreglar y servir al Señor Sacramentado, limpiando y preparando los cálices y cuantas cosas servían al santo sacrificio de la Misa y Eucaristía, que eran los ratos de mayores deleites y dulzuras espirituales, pensando que allí bajaba Jesús divino, era inmolado y ofrecido al Eterno Padre como víctima de amor por nosotros y yo quería encerrar mi corazón en el copón, en los corporales en la patena como pequeña partícula pegadica a la sagrada Hostia; le pedía me admitiese su pequeña víctima y me ofreciese con él al Eterno Padre.

Entonces empezó para mi espíritu una nueva fase de vida, y parecía pedirme el Corazón de Jesús dulcísimo una vida de más vencimientos y de más amor... y se me hacía tan agradable y dulce el trato con aquellas personas más idiotas o indiscretas, que hasta entonces se me hacían insoportables.

El Señor, que se complacía tanto en estos vencimientos, permitió enfermasen tanto las dos compañeras, mucho más la mayor, que la oficiala mayor me encargó de todas sus atribuciones y trabajos, como la de bajar y subir la custodia todos los días de jubileo y

exposición mayor, que lo había tan frecuente entonces, meses de tener 15 días de jubileos concedidos además de los circulares, y yo orgullecida como una dama del divino Esposo, subía abrazada con el tálamo del Esposo amantísimo de mi alma y sentía cómo aun en el destierro Jesús recompensa superabundantemente los pequeños sacrificios hechos por su amor. *¡Bendito sea! ¡Amor de mi alma!*

Ya podían hacerme ejercicios de paciencia aquellas buenísimas compañeras "de la oficina predilecta", que el divino y dulcísimo Jesús venía a mi alma en medio de las turbas y mirándome amoroso me repetía: "Aprende de mí a ser mansa y humilde de corazón". ¿Cómo no seguirle con la ayuda de su gracia divina?

Hasta muchos años después que me decían algunas religiosas que me amaban mucho: "Madre, cuánto ha cambiado vuestra reverencia desde que fue sacristana. Antes tan seria siempre y despegada y ahora tan dulce y prudente, que me la llaman las mayores 'la abadesa prudente'".

¿De dónde vinieron las uvas dulces a un espino tan brusco y pinchudo?... ¡Oh Jesús mío dulcísimo! De vuestro Corazón adorable escuela de obediencia y de humildad... que se dignó misericordiosísimo abrirse a mi pobre alma y tomar de aquellos divinos y dulcísimos confites la miel de vuestro Corazón. *¡Bendito seas... Jesús amantísimo, delicia de mi alma y amor único de mi vida! ¡Bendito seas! ¡Jesús dulcísimo!*

Mas tarde, muchos años después en Chauchina, me volvió Jesús a llamar, a su divina escuela y allí ¡oh amor de mi alma! me disteis lecciones sapientísimas de amor y humildad, y me disteis vuestra Purísima Madre *por madre y superiora y maestra de las futuras capuchinas víctimas eucarísticas adoradoras de vuestro santísimo Hijo*.

Madre mía, Virgen Santísima, Madre de Jesús, dame tus lágrimas, y tu amor y tú me iluminarás en los pasos de mi vida para que vaya a Jesús por tu mano purísima. Madre mía, bendícenos a todas, presentes y futuras, ya que oyendo la voz dulcísima del divino Maestro le seguimos, con vos recurrimos al calvario de la vida presente y cogida de vuestra mano, por vuestro corazón inmaculado, seamos presentadas con vos en el divino tribunal que por vos sea juzgada con misericordia y lavada con la Sangre de Jesucristo, vuestro Hijo, y por vuestras lágrimas dulcísimas, merezca unirme a Jesús y a vos eternamente. Amén.

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María
Chauchina 29 de noviembre 1928

¡Oh mi Jesús! que [tienes] tanto amor y misericordia para conmigo. ¡Bendito seas, quiero amaros! y cuando me mostráis el horno abierto de vuestro Corazón adorable, vivo en un intenso dolor porque no acabo de perder el temor de ofenderos... y de arar mis caminos tan sellados con tu Sangre divina.

Esta mañana contestando a las angustias de mis tinieblas en noche obscura me llevasteis con tanta misericordia [a] aquel campo espinoso que con tanto amor labraste en mi alma cuando en mi noviciado le reveló a mi santo director P. Valencina, en sueños, que nadie se atrevía a labrar por parecerles piedra dura, y vio que mientras araban la tierra los ángeles echaban simiente y cantaban los dos versículos "Euntes ibant et flebant" (Sal 125,6).

Este día cargada de cruces, años, enfermedad y trabajos, en noche obscura, sin humano consuelo, me mostráis este campo lleno de frutos con muchos operarios cogiendo las mieses... y cuál fue mi espanto al ver que mi seráfico padre san Francisco, como Patrón, repartía aquellas mieses a muchos santos que allí estaban: san Benito, san Bernardos, san Jerónimo, san Antón, san Agustín, santo Domingo, san Juan de la Cruz, san Francisco de Sales, etc., y cómo extrañada de aquella corte de gloriosos patriarcas esperasen del pobrecillo de Asís aquellos frutos.

L5 C12 (83)

Voz de Jesús a mi alma: Hija mía dame tu corazón, lo quiero todo sin reserva, te quiero santa, con santidad interior verdadera y solidez para ser la compañera perpetua de mi corazón en la santa Eucaristía. Humíllate en mi presencia, por tus pecados perdonados y por tus defectos involuntarios con sosiego en mi presencia y procura evitar cuanto conozca puede desagradarme. No te turbes ni te acongojes por aquellos pecados que tienes perdonados, los mayores santos tuvieron muchos semejantes, miserias y mientras vivieron su recuerdo y memoria les atormentaba más que el martirio, y saca de este dolor gran provecho.

Dame tu corazón, hija mía, que quiero hacerte santa si cooperas fielmente a las gracias que derramaré en tu alma sin que tu me las pidas, por la gloria que me proporcionas en el culto y adoración que recibe mi corazón sacramentado de estas almas que has congregado bajo el amparo de mi Madre Santísima cuando al morir os la di por madre.

Si con deseo eficaz recibes mis gracias te haré santa por sola mi misericordia y amor sin que por parte tuya hayas mérito alguno no hagas caso de tu propensión y apatía, si de la sugestión del demonio, que levantará el infierno en contra tuya para retirarte del estado de santidad que exijo de ti; ni te amedrante los juicios de los hombres que se burlarán de ti, antes con ánimo generoso levanta tus ojos a mí, échate en mis brazos que siempre los encontrarás abierto para estrecharte, esfuérzate en la lucha, cobra ánimo y vencerás con mi protección y ayuda.

Quedé como embriagada en el amor a mi Jesús que me sentía del todo entregada sin que este miserable cuerpo me sirviera, porque el espíritu arrebató todas las partes superior del alma en Dios y le dije[10]

***

El verdadero amor consiste en la determinación decidida en la voluntad de agradar a Dios en todo. Procurar con todas nuestras fuerzas no ofenderle y rogarle con humildad sean todas nuestras obras para su gloria y salvación de las almas. Mientras nuestra voluntad esté unida y entregada a la de Dios, nuestro entendimiento empleado en sus divinos misterios y nuestra memoria a ocuparla en los beneficios recibidos, y en las ingratitudes con que hemos correspondido a tan soberano. No nos inquietemos porque la imaginación las lleve el pensamiento a las cebollas de Egipto, únase nuestra voluntad al Señor y procuremos vivir en paz, aunque el exterior nos atormente que sus furias nos harán mover mucho más.

***

[10] Así termina este escrito, que son dos hojas arrancadas de una libreta.

Historia de una pecadora (18 de mayo 1930)
Convertida por la gracia divina

De una carta al Rvdo. P. Tomás Vega, superior de padres redentoristas de Carmona el 18 de mayo en 1930 sobre causas de fundación de Berja.

Muy Rvdo. P. en Jesús: La última visita del Sr. Cardenal dejó mi espíritu así... Naturalmente me siento mas unida a Dios, le busco con más ansia a medida que me encuentro mas sola... y nada apaga el deseo vehementísimo de amarlo a *él solo con toda la fuerza de mi corazón*... Pero algunas veces se *esconde*... y solo me hace sentir las espinas de la divina corona... tan *sin consuelo*... que algunas noches me retiro de la oración seca como un palo, sin poder resistir a la lucha y temor que me embarga. ¿Estaré engañando a todos los que me rodean?

Con mi soberbia e ilusiones, ¿perderé la amistad de mi Dios? Cuando el Prelado que es su representante en la tierra me trata así... y me deja llena de dudas, ¿está paz y tranquilidad que me queda, ¿será endurecimiento de corazón? ¡Dios mío!, ¿estaré abandonada de vos?

Con estas luchas me dejaba el coro y me iba a la terraza a mirar el cielo el 18, domingo, de once a doce de la noche. ¡Qué hermosura! ¡Qué silencio!... Me parecía que el chisporrear de las estrellas me convidaban a subir a él; había un lucero tan brillante y hermoso que me imaginaba sería aquel el alma que más amara el Señor y recibiera de él mayores luces y gracias... Otro mas pequeñito junto al más grande brillaba y quería ser yo, pareciéndome que aquel lucero sería o representaba el alma de V. R. que llevaría tantas almas al cielo cuantas estrellitas estaban en el caminito de Santiago; y yo, pobre y pequeñita, le ayudaría con mis sacrificios, adoración y obediencia.

Con esa alegría de poderle ayudar a salvar almas me volvía hacia la izquierda para retirarme al dormitorio, consoladísima ante la idea de que hubiese en la tierra tantas almas que amasen con entusiasmo a Jesús Hostia y le consolasen, cuando al volver para retirarme choqué con una persona que me llenó de *un miedo y pavor horrible*; no era ninguna monja, parecía a Conchita cuando venía con el abrigo gris, con un gesto de burla me dice: ¿tú vas a salvar almas estando la tuya perdida?... ¡Con tus ilusiones llevarás muchas contigo al infierno! Desaparecieron dejando un humo a matojos verdes que molestan. Tomé la cruz del Rosario y empecé a besarla e invocar el dulcísimo nombre de Jesús y de María, y al entrar en el coro empecé a llorar de gratitud y consuelo, porque me daba el Señor el tiempo y vida de convertirme y hacer penitencia. Recé mucho a la Santísima Virgen con muchas lágrimas y *me pareció verla hermosísima y llena de gracia* que como en una pradera tenía aquel pastorcito, su Hijo divino, guardando un rebaño numerosísimo de blanquísimas lanas pastando en el vastísimo campo, que me mostró el Señor otras veces en mis primeros años de vida religiosa...

Al cuidado de aquellas ovejas me pareció ver a V. R. al lado de la graciosa Zagala, la Soberana Madre del divino Pastor, mi madre dulcísima, que me había librado aquella noche de las astucias del demonio. Allí a sus divinos pies la pedí intercediese con su divino Hijo me librase del demonio y de cualquier sombra de pecado; *primero morir*.

Renové mis votos y le prometí hacer una confesión general de toda mi vida y empezar con su gracia una vida de mayor perfección haciendo un voto (si V. R. me lo permite) de aspirar a mayor perfección y trabajar con mas empeño en salvar del demonio a cuantas almas pueda quitar de sus garras y traerlas a la adoración de Jesús Sacramentado... y cuando postrada en tierra hacía este voto (bajo condición que V. R. me lo conceda) parecía sentir al rededor de mi las ovejitas que vi en el rebaño con Jesús y como fuera de mi le decía: ¿madre mía!, ¿a dónde voy a meteros tantas? Cuida de ellas, que yo seré su amparo; y su guía mi amado siervo... Y rescalando bajo su manto volví a ver a V. R. que me lo mostraba para consuelo y guía de su rebaño.

Esto fue el domingo 18 de este mes de mayo. Quise escribir y no pude decirle nada, y quejándome al Señor cómo me dejaba sola en estas pruebas sin poder comunicarme con nadie mis dudas, sentí que Jesús me decía: “Te quiero hacer sentir mis desamparos y amarguras para que busques en mí la fortaleza y amparo que necesitas para cumplir la misión que quiero de ti en la tierra. Ve y escribe al padre que yo guiaré tu pluma para que no escribas mas que lo que yo te inspire”.

Afma en Cristo,
Sor Trinidad del C. de María

* * *

L8 C40 (97-99)

La hora santa, 26-VI-30

A la media hora de agonía, cuando pensé retirarme a descansar, como la luz de un relámpago, al ofrecerle a Jesús con entera resignación mi agonía, se llenó mi alma de amor inexplicable, y Jesús abriéndome su amante Corazón me hizo ver la luz de una piedrecita preciosa como la de un brillante, y me parecía alentarme y que me dijo: “esta luz que guardo con tanto amor te hará ver mi voluntad y dejará caer sobre tu alma el aliento, luz y consuelo que te asegure más designios. Ten fe y no temas, yo estaré siempre contigo y en la obra que te he confiado”.

* * *

(Siento una fuerza y atracción que me arrastra hacia el sagrario. Me hace sentir tan fuertemente su soledad en el sagrario y sus ansias de que las almas le consuelen...) y luego el dolor con que veo a sus pies, cuan pequeño y débil es el corazón humano para darle un amor digno de él... Querría hacer conocer a todo el mundo las ansias y la sed de Jesús por ser amado de todos los corazones. Mis horas de adoración me son más fácil en las horas más quietas y tranquilas de la noche... y parece que él me pide sacrifique el descanso y sueño haciéndome sentir vivamente que me llama y se siente dichoso y consolado cuando me ve a sus pies cuando todas están durmiendo... Si me retiro por encontrarme cansada o mala me parece oír los latidos y palpitaciones de su amante corazón y tengo que ir y abrirle mi corazón y dejar que Jesús se esconda en él para descansar en él con el amor más tierno, y darle mis caricias y tierno afecto hasta que siento transformarse en sí de tal modo que repito con san Pablo mi vida está escondida en Cristo, y no vivo yo sino que Cristo vive en mi.

Estas horas con Jesús son ricas en gracias especialmente ahora, y se me hace duro pensar ni hablar, ni ocuparme en otra cosa que en Cristo y en su amor... ¡Oh, cuánto deseo unirme de veras a Jesús, que me llama blanda y tiernamente! Jesús me urge de continuo le dé por lo menos tres horas todas las noches de oración y reparación. Me cuesta, por qué negarlo, pero siento que Jesús me pide noches de oración, adoración, reparación y expiación... Siempre que coge mi alma y mi corazón en esas horas que le consagro siento que me pide con mayor eficacia la regeneración y santificación de los sacerdotes, la misericordia y el reinado social del Corazón de Jesús en el mundo se hará, conduciendo las almas a él en el Santísimo Sacramento por medio de la oración, expiación y sacrificio, y nunca más agradable a Jesús el sacrificio que cuando se hace mediante el vencimiento y repugnancia de sacrificarlo todo por ir con fe a la adoración seca y sin consuelo ante el Dios escondido en la Eucaristía. Pero los bienes que se reciben no pueden compararse a nada de esta vida, porque una vez que Jesús

se hace sentir en el corazón que con fe y humildad le adora, se asemeja nuestra vida al cielo como jamás hubiéramos podido esperar y esto sólo lo siente mi alma cuando me acerco a la adoración seca y falta de devoción sensible, pues la oración entonces es tan grata a Jesús... por ser la verdadera prueba de amor.

* * *

Cuando Jesús se hace sentir en mi alma estoy en él o Dios dentro de mi alma tan unido para obrarlo todo, que siendo dos, no parecía ser más que uno: tan uno que nunca soy yo la que obro sino que siento ser Dios el que obra en mi sin dejar de atender a los trabajos y ocupaciones inherentes al cargo, siento no soy yo la que trabajo, hay en mi un ser divino que es el que obra, y yo me siento como impulsada del amor aquel que opera en mí.

* * *

“Quisiera que las monjas supieran los milagros que sus oraciones obran durante las misiones en los corazones de los pobres pecadores que están alejados de Dios hace muchos años. Esto les haría rogar mucho más”.

“Creo que hay demasiados trabajadores en la mayoría de las casas religiosas, pero no hay ni la mitad de obreros que trabajen de rodillas...”

“Cuanto más tengo que hacer, más necesidad siento de oración”.

“La santidad personal es la base de la salvación de las almas”.

No es la ciencia ni ningún otro don natural lo que levantará y sostendrá su obra, sino la verdadera humildad que lleva a la santidad, es la única que abrirá camino a los corazones, y los llevará cautivos al pie del Tabernáculo en donde recibirá la verdadera adoración.

Las almas se ganan por la oración y el sacrificio.

* * *

Refranes

Para ser aquí feliz bien poco se necesita: un cocidito modesto y una conciencia muy limpia.

El ruiseñor tiene su nido entre espinas y canta; el buen religioso vive entre penas y sonríe.

¡Corazón de Jesús trono real del Verbo divino, ten misericordia de nosotros!

Los que más se mortifican así mismos son los que menos mortifican a sus hermanos.

Fray ejemplo es el mejor predicador.

¿Quieres hallar a Dios? Lo habéis de buscar en los trabajos y en el sacrificio.

En el corazón de la caridad se encuentra siempre a Dios, la perla de la justicia.

Las enfermedades purifican al alma.

La Religión y los votos manda al rico ser pobre, so pena de nos ser para él el reino de los cielos.

Hemos nacido para reinar, obedecer a los superiores es asegurar el reino.

La mejor mortificación es aceptar las molestias ordinarias con la mirada en Dios.

La soledad es como el oro, mientras más se tiene más se desea.

Vas a nacer el día en que vas a morir. Y puedes nacer como tu quieras.

La caridad verdadera ha de tener tres cualidades: generosidad, humildad y delicadeza.

¡Bienaventurado, Señor, aquel que por ti, Señor, ha dejado todas las cosas de la tierra!

Guárdate de hablar mucho, recógete en el santuario de tu Dios, goza las dulzuras de su amor, pues tienes tuyo al que todo el mundo no te puede quitar.

¡Oh dichosa hora que con Jesús se une nuestro corazón en la santa adoración! Esta hora es de cielo con Jesús.

Vive siempre preparada, vive de modo que la muerte no te coja desapercibida, aprende ahora a morir para que entonces estés unida a Cristo.

L8 C40 (118-122)

Del 18 de julio de 1930

Rvdo. Padre: ¡Qué temores sufría! El demonio me atormenta horriblemente y me pone a punto de sucumbir ya hace 10 ó 15 años que me hizo una guerra feroz, me destrozaba sin compasión y me dejaba medio muerta. El Señor compadecido de aquel martirio le prohibió volver y me hacía no penar las penas que con relativa paz han venido sobre mí alma después. Pero ahora el Señor le manda me atormente y excuso decirle que no me deja ni un momento de reposo, especialmente en la oración cuando mi alma estaba tranquila, serena en las grandes luchas, como en un lago clarísimo en donde se reflejaba la hermosura del cielo... y el demonio se ha metido en él y alborota sus tranquilas aguas. En la oración me hace visiones horribles...

Cuando voy a la adoración allí se me presenta el demonio y vuelven mis temores. ¡Qué tristeza siento, padre mío! Tengo que hacerme gran violencia para alegrarme y comunicarme con las sores. Padre mío, el día antes de venir esta tempestad, hoy hace 8 días a las dos de la tarde me pareció ver en la celda, al entrar un rosal grande, segado por medio, sin verde ni rosas... y de el medio de aquella (como) zarza espinosa salía una varita delgada y alta, como dos metros, muy derecha cuajada de grupitos de florecillas blancas, (como las varas de celindas) muy olorosas y menudas y que se movía desde la raíz, como si fuese a arrancar, y al acercarme vi con pavor la mano de un hombre fenomenal que metida en aquella zarza quería cortar la varita sin que el movimiento y fuerza la hiciera soltar ni una hojita de sus perfumadas flores. Al ver aquella mano velluda y fea me llené de pavor, invoqué el dulce nombre de Jesús y desapareció. Dentro del alma sentía una inmensa alegría de ver cómo aquella varita tan delgada y derecha quedó tan fuerte y hermosa como el cedro, y decía para mi: ¿qué es esto? El demonio no será, porque he sacado provecho y profundas meditaciones...

Se pasaron dos días sin poder desecharlo, quería preguntar y no me atrevía, cuando se me presentó el demonio delante de mí con aquel papel de demonio desenfrenado, atacándome de los mayores pecados y contrarios a la fe, y al recordar aquella visión me pareció si la varita sería mi alma, pero encendida entendí que era la Iglesia de Cristo combatida por las furias del demonio, que aquella mano era del anticristo que no tardaría en venir, pero que sería cortadas y segadas todas las sectas y la Iglesia de Cristo triunfaría y aquella varita cubierta de blancas flores subiría al cielo cubierta toda de almas puras y sacrificadas que confesarían la fe y amor de Cristo. ¡Qué consuelo, padre de mi alma, pensar que en aquellos grupos de almas estaría también la mía, confesando que amaría a mi Cristo hasta derramar mi sangre!

* * *

(Interpretación de la anterior por el venerable P. Vega.)

Muy Rvda. Madre Trinidad:

Aquella varita delgada y alta que vio subir de un rosal, sin verde y sin hojas ni rosas, cuajada de grupitos de flores blancas puede significar la Iglesia Católica, que empezó a subir hacia el cielo cargada de almas santas del lodazal del paganismo, árbol sin vida, pero fecundada con la sangre de Jesucristo, y aunque la mano del infierno la sacuda constantemente a ver si puede derribarla, la varita sigue derecha, sostenida por el Espíritu Santo produciendo siempre flores blancas de pureza y santidad. Pero al leer en su carta la visión, encendida me pareció ver en ella la varita o rama de las Capuchinas Eucarísticas, fecundizada con la sabia de san Francisco que principia a subir hoy, en pleno siglo veinte, de un mundo cenagoso, rodeada de florecitas blancas, que son las Capuchinas Eucarísticas, blancas en sus almas por la pureza, y vivos en su corazón por el amor a Jesús Sacramentado. Esa varita irá rodeándose cada vez mas de nuevas florecitas blancas, almas buenas que salen de un mundo peligroso y se adhieren a ella como a un árbol de vida, del cual no se desprenderán, pese a las sacudidas que recibirá del infierno, que querrá arrancarla del jardín de la santa Iglesia, pero que no lo conseguirá por que está sostenida por nuestro Señor Jesucristo sacramentado. Estas no son ilusiones, son realidades que ves y que veremos ampliamente. V. R. dele muchas gracias a Dios, por esos consuelos que le concede, que son muy grandes, y no concede a todos sus amigos.

L8 C40 (99-102)

Consagración a mi Madre Santísima de los Dolores

Día de la Asunción de la Virgen. Una de la madrugada. 15-VIII-30

¡Oh María llena de dolor al pie de la Cruz! ¡Oh Madre mía amabilísima! ¡Mi madre al pie de la Cruz! Subes hoy a ser coronada de gloria por el Eterno Padre, que te abraza, como a hija dilectísima, el Hijo y el Espíritu.

Madre mía, yo hija tuya indignísima quiero recibir de ti, madre mía, una gracia singularísima antes de empezar la obediencia que debo... y no puedo cumplir, si tú no me ayudas y diriges mi corazón y mi mente...

Hoy día de vuestra mayor gloria... que en ella quedan como olvidados vuestros dolores y vuestras lágrimas lleváis en vuestro inmaculado corazón, madre mía, un dolor... Sí, madre mía, me amáis mucho... y las horribles pruebas del demonio, cuántas veces al pasar por vuestra bendita imagen dejabais caer en este corazón ingrato, una perla de vuestros ojos, que apagaba

el fuego y lavaba mis manchas... y fortalecía mis desalientos.

Hoy, madre mía, más amante y confiada en vuestro amorosísimo y maternal corazón, vengo a vos como el mendigo enfermo y andrajoso, que ve a su Reina y Madre, no ya al pie de la cruz donde tantas veces me disteis la vida dándome a gustar la Sangre preciosa que recogisteis de las llagas de vuestro Hijo muerto, sino en el cielo, Reina y Señora de cielos y tierra; allí os veo inclinar vuestra mirada misericordiosa prometiéndome ser tan madre mía en ese trono de gloria que gozáis, como lo fuisteis para mí en Belén y en el Calvario.

¡Oh madre mía, María santísima! He sentido el consuelo de tus promesas... He recibido el licor que me envías con el ángel de mi guarda. Te vi, madre mía, inclinaros a mí en las primeras palabras del "Invitatorio" y mi corazón saltó de alegría como Lázaro del sepulcro cuando oyó la voz del divino Maestro... Era muerta, madre mía, sí, pero tú como la madre de aquel hijo (viuda de Naín) me alcanzaste de vuestro Hijo divino, la resurrección y la vida; cuida de mí, madre mía amabilísima, para que jamás vuelva a morir, para lo cual hoy, ¡oh madre mía, me consagro de nuevo a vos para siempre!

¡Sois madre mía! Yo vuestra hija y te ofrezco para siempre, todo lo que me resta de vida: mi cuerpo con todas sus miserias... mi alma con todas sus flaquezas... mi corazón con todos sus afectos y deseos; todas mis penas, trabajos, amores, sufrimientos, combates, en especial la muerte con todo lo que le acompañe, mis últimos dolores, desamparos, tristezas y agonías. Mis oraciones, adoraciones, reparaciones y sacrificios. Ofrécelos tú, madre mía, a tu Hijo divino. Y todo, todo, ¡oh Madre mía!

L8 C38 (59-60)

Notas para las hermanas auxiliares, porteras y limosneras

1930

1. La Puerta no esté nunca abierta ni sola. Haya una hermana profesa de edad y buen espíritu, de buena conciencia, amante de la Congregación, que vigile a las que entran y salen; con discreción y buen espíritu hablen lo necesario, sin dar noticias de los recados ni noticias fuera de las órdenes que reciba de la *encargada mayor* de la puerta y torno, a quien la M. Superiora confía la puerta, torno y teléfono que tendrán dentro del mismo recinto con llave, y ninguna llegará a la puerta, torno, ni hablar en el teléfono sin licencia de la M. Superiora o encargada mayor, que se sujetará a lo ordenado.

L7 C28 (45)

Notas para las hermanas activas o externas que salen a pedir

Berja, 3IX-1930

Viva Jesús.

I

La puerta no la dejen nunca sola, la encargada procure estar junto a ella para no hacer esperar a los que llaman. Tome los recados por la ventanilla que tendrá reja de hierro que puedan tomar o dar las cartas que le traigan de fuera como las que la Madre le den, y no abra la puerta ni deje entrar ni salir a ninguna sin licencia de la M. Superiora.

Las niñas de la escuela tendrán su puerta aparte con un recinto aparte de la comunidad, que las niñas no pasen dentro ni las monjas vayan a la escuela sin licencia especial fuera de las dedicadas a las clases.

Para salir lleven velo negro que las cubra todas, y para las escuelas un velo fino más corto que las cubra los brazos, un poco más de un metro. Lleven calzado de piel o que resista la lluvia, sin novedades, pero sólido y bueno, que dentro de casa pueden substituir por sandalias o alpargatas de piel con medias.

Los hábitos limpios todos del mismo color negro y forma, que no barran el suelo, suficientemente largo, que descanse en el zapato o sandalia.

La cuerda negra de lana o algodón, todas igual y con la misma forma, con la corona seráfica colgada de la cuerda. El Cristo del pecho del *mismo formato, todos iguales* (o el escudo del Corazón de María con la sagrada Hostia).

Las tocas como se usan hasta el presente, se usan con el velo corto que cubra la frente y cortas, que no tengan mas de una cuarta el peto.

II

Las hermanas que salen a la limosna hagan antes su meditación, sagrada Comunión y santa Misa. Antes de salir preparen su espíritu con súplicas fervorosas y humildes a la Madre Santísima de quien somos verdaderas hijas y encomiéndense a ella depositando en su purísimo Corazón sus sentidos y potencias, para que ella las preserve de todo cuanto pueda desagradar, con el corazón y el alma pedirlo a su santísimo Hijo y les dé su gracia para recoger la providencia necesaria para las hermanas, que se consagran al divino servicio, pidiendo como dice la santa Regla “pidiendo con confianza” por amor de Dios para las niñas pobres. Y a los bienhechores ofrezcan las oraciones y bendiciones del Señor y de la Madre María Santísima.

No quieran saber novedades; no se detengan ni en las calles ni casas más de lo indispensable, despidiéndose con gratitud y cortesía; no den ocasión a vanas preguntas ni amistades; no refieran nada de cuanto en casa haya, ni den satisfacción a vanas curiosidades... ni lleven al convento recados ni nuevas del mundo. Y sin licencia de la Superiora, no lleven cartas ni papeles ni recados, aunque sean de padre o hermanos, ni traigan al convento recados, cartas o papeles que no den antes a la Superiora.

III

Procuren recogerse antes de la puesta del sol, *nunca solas*, lleven una compañera siempre de probada virtud, guarden silencio en los vehículos o trenes, procuren no quedar de noche fuera de casa, ni venir tarde.

Si tuviesen que postular fuera no se hospeden en casas de seglares ni posadas. Busquen casas religiosas en asilos o comunidades de piedad y fervor, no entablen amistades ni refieran interioridades ni nada de nuestra vida.

Contesten con dulzura y agrado, palabras de edificación y de amor de Dios.

Pidan las reciban en caridad, y de lo que recojan dejen alguna limosna que no exceda del gasto que calculen hicieron en alimentos y hospedería; si no lo aceptan, ofrézcanle vuestras oraciones y de las comunidades.

No prolonguen los viajes, ni busquen pretextos de ir a sitios por ver alguna persona amiga o familia que no esté previsto y ordenado por la superiora, a quien deben dar cuenta minuciosa de sus viajes, estancias, limosnas, visitas, etc... del tiempo y lugares de la postulación, entregándole con la limosna nota detallada de los gastos e ingresos desde el día

de la salida hasta el presente. Que la noche sea en casas que puedan cumplir el rezo y santa oración, con los 15 minutos de lectura espiritual.

Reciban diariamente la sagrada Eucaristía y a ser posible oigan la santa Misa y media hora de oración, mañana y tarde o noche, examen y santo Rosario.

Todo con obediencia, por servir al Señor. Nada sin licencia de la superiora.

L7 C28 (46-48)

Las hermanas de obediencia (legas)

Estas hermanas, como dice la santa Regla, sigan la comunidad en todo y recen el Oficio divino por Pater noster como allí se ordena, y mientras tengan trabajos extraordinarios la superiora las puede dispensar de esta obligación. Se dedicarán con todo interés al desempeño de oficinas que les confíe la santa obediencia como cocina, ropería, refectorio, lavabos y limpiezas, pudiendo hacer de segundas oficialas en portería y torno, sacristía, etc... donde la madre superiora las ordene.

Procuren las hermanas cumplir sus oficios con toda exactitud y conciencia como que sirven a Dios nuestro Señor en la persona de todas y cada una de las religiosas.

Llenas de caridad y amor de Dios, vean en aquellos trabajos más humildes a Jesús dulcísimo y a nuestra Madre María Santísima, en su casita de Nazaret: cosía, lavaba, trabajaba la Reina de los cielos y tierra para servir a Jesús y a san José.

Sean las hermanas las esclavitas de nuestra Madre María Santísima. Sirvan en todo, lo más suave como lo menos agradable, como si sirviesen a Jesús y a María nuestra Madre. Qué hermoso deber ser este oficio dirigido por Jesús dulcísimo, que mira nuestras obras bien hechas por su amor, que escribe en el libro de la vida para premiarla y recompensarle de gloria en el cielo.

Si las hermanas de obediencia conservan la presencia de Dios, y sus miradas en el cielo... qué ricas de méritos se encontrarán en el cielo.

Qué feliz debe ser una religiosa que sabe que obedeciendo hace la voluntad de Dios... y que va segura al cielo, que es la Patria bendita de los escogidos.

L7 C28 (49)

Las coristas

Nuestra vocación de servir a nuestro Señor Jesucristo en la adoración del Santísimo Sacramento, de reparación y desagravio de las ofensas que recibe en la sagrada Eucaristía de los pecadores y almas consagradas, nos obliga a una vida de mortificación interior, de presencia de Dios en todos nuestros actos, adorándole en espíritu y verdad, en unión con los ángeles del cielo, ofreciéndonos víctimas de reparación y amor con la Víctima divina del Calvario en la sagrada Eucaristía, y en unión con el amor y reparación del Corazón Inmaculado de María Santísima, nuestra dulce Madre, obligar al Eterno Padre envíe la paz y el Reinado de su Hijo santísimo en el mundo, especialmente en los países donde no es conocido ni amado.

El Señor nos escogió para esta misión, escogida en darnos como medio eficacísimo de amor y desagravio, la adoración perpetua que debe ser como la vida de nuestras almas; la sagrada Eucaristía como víctimas de amor.

Las religiosas enfermas y ancianas, que no puedan dedicarse a los trabajos ordinarios ni a la vida activa, se consagrarán con toda su alma a la adoración de Jesús Sacramentado en la forma que les sea encomendada por los Estatutos y obediencia. Después de manifestarle sus necesidades y ansia de reparar a Jesús Sacramentado, seguirán en todo lo establecido y indicaciones de obediencia.

Procuren formarse todas en ese espíritu del Bautista que fue inspirado por el Espíritu Santo cuando nos confió la misión que hemos querido seguir con su llamamiento y vocación: “Es necesario que él crezca y yo disminuya...” Para que Jesús reine en nuestras almas, en nuestro corazón y en nuestras obras, es necesario desaparecer *el yo*; nos pide negarnos, morir a nosotras mismas para que Cristo reine y viva en mi, en nosotras mismas, en nuestra amada Congregación. Sin esta muerte de nosotras mismas no habrá paz, ni entraremos nunca en el camino que nos señaló Jesús al llamarnos del desierto a enseñar su santa Doctrina a los niños y encender el fuego de su caridad en una nueva generación cristiana que reconozca por Rey y Señor del mundo al que es el Soberano Señor, Rey y Salvador del mundo, Cristo Jesús y a su dulcísima Madre María Santísima y san José.

Amen.

Querría que grabásemos en el alma las palabras de Jesús en su Evangelio: “Yo soy camino, verdad y vida” y que sentimos con la vocación en el fondo del alma, y cuando por el santo bautismo... por la luz de la gracia y educación cristiana de nuestros buenísimos padres, vimos como por revelación... pues nuestra inteligencia no alcanzaba a comprenderlo, que para ir al cielo había *un camino*... que no todos iban, y sentíamos deseos de ir por el sin apenas conocerlo. Entendíamos había una luz clarísima, bajada del cielo, que nos señalaba la senda *sin engaño*, y que para verla con claridad, por necesidad teníamos que *negarnos*, que vencernos y buscarla con ansia... y se nos daría de lleno... porque dando gustos a la naturaleza, quedábamos oscuras y sin luz, no encontrábamos esa vida divina y celestial que Jesús nos da, cuando por la negación y fe encontramos en la tierra, aun en las mismas tribulaciones, al Señor.

¡Oh Jesús dulcísimo, que al morir mi madre me encargó amase mucho a la Santísima Virgen, que desde aquel momento sería mi única y verdadera madre y lo enseñara a mis hermanitos!

¿A dónde iría a mis 9 años con toda la fiereza de carácter y condiciones que empecé a despertar, con las caricias y halagos de mi madre que no me negaba ningún gusto? Si Jesús dulcísimo, desde muy pequeñita, no me hubiese dicho: “Yo soy Jesús y quiero que me ames a mí sólo, yo te daré el camino, la luz y la vida, fía en mí, sígueme y te daré mi amor, que te dará dulzuras inexplicables el padecer por mi amor y tu corazón no descansará ni encontrará descanso ni hartura verdadera mas que en mi cruz”.

¿Cómo conocí entonces, tan pequeñita, mi camino?... Meditaba aquellas palabras de mi madre al morir: “Desde ahora no tendréis más madre que aquella”, señalándonos un cuadro de la Virgen de los Dolores que tenía a los pies de su cama.

Y al sentir el dolor de la orfandad *amarguísima*, tan pequeñitos y sin madre, volvía mis ojos aquel cuadro de nuestra Madre María Santísima y le decía con dolor: ¡Madre mía *sois mi madre*, no nos abandonéis...! Y ella cuidó de nosotras llevándonos a un colegio de religiosas donde la Santísima Virgen de los Dolores presidía el coro. y allí volví a repetir con más amor y conocimiento la misma súplica: Madre mía, sois mi madre; no nos abandonéis. Y desde entonces puso delante de mis ojos el camino sembrado de espinas que tenía que seguir para imitar a Madre tan divina y celestial. Pensaba y decía a mi hermanita: ¿No ves que para ser hija de la Virgen Santísima tenemos que ser muy buenas, porque somos hermanas de Jesús? Y para que decir, desde aquel día que la dulcísima Madre nos recibió por hijas, veíamos que la gracia del Señor corría a nuestro favor en todos los momentos de nuestra vida. Mi madre, q.e.p.d., me había dicho que la abuelita se encargara de mí para que quedes con papá y cuides de él y de tus hermanitos. Y con ese último consejo de mi madre al morir, nos entraron

en Santa Inés, que entonces tenía colegio. Nos reuníamos 20, todas niñas mayores. Sólo otras dos hermanitas como nosotras, y otra de mi edad muy educada (y nos queríamos mucho). Como éramos 5 pequeñitas de 8 años y 9, nos pusieron de maestra una santa religiosa, sor María Rosa Robles, aunque aprovechamos de la madre maestra, M. Rosario Aparicio, las instrucciones generales, pues era una santa y discretísima religiosa.

La entrada en el colegio fue el 28 de enero, a los 6 meses de la muerte de mi madre, el mismo día que cumplía 10 años. Nos acompañó mi abuelita y mi padre, que tanto le costó dejarnos, y *¡a mí, Dios mío!* no resistía mi corazón aquel segundo golpe: separarme por primera vez de lo que más quería, *mi padre y mi abuelita*, que fue mi madre siempre y con quien vivía ordinariamente. Entonces se renovó la muerte de mi santa e inolvidable madre, q.e.p.d.

Desde aquel día tenía delante de mi memoria el cuadro de la casa... mi padre sólo con cinco niños; los dos mayores querían escapar y mi padre pensó contraer matrimonio y ni mis hermanos mayores ni yo resistíamos ver otra en lugar de mi santa madre. A los pocos días vinieron a vernos los dos mayores, que se fugaban, y mi dolor llegó a decirle a la madre maestra: “Madre, querría me educasen pronto y marchar a casa para que mi papá no nos ponga madrastra”, y me contestó: es tarde, hija, y tu estarás hasta que seas mayorcita. Entonces convinimos mi hermanita y yo en hacer mucha penitencia y mucha oración para alcanzar de nuestro Señor resucitara a mi mamá antes que mi papá contrajese el matrimonio, y buscábamos en el jardín las ortigas y nos las metíamos en las medias y en el pecho, y chinos en los zapatos y echábamos a la comida cosas amargas, no bebíamos agua, nos poníamos zarzas en el pecho en forma de cruz y andábamos el Vía Crucis con cruces que nos hacía caer buscando las horas que podíamos escaparnos, para lo que nos ayudaba la madre maestra sor Rosa.

La maestra sabía todo y nos dejaba porque leyeron en el Año Cristiano la vida de san Estanislao, obispo, que resucitó un muerto de 14 años y nosotras le pedíamos con mucho fervor y lágrimas resucitara a mi madre al hacer el año.

¡Cuántas cosas se nos ocurrieron! El día de comunión, que era jueves y domingo, le decíamos, le pedíamos: ¡Señor y Dios, tu que eres todo poderoso resucita a mi madre como san Estanislao resucitó aquel hombre... Tú puedes mucho más, dile que venga, que nosotras la esperaremos donde tu le digas a la madre maestra!... Y nos íbamos tan contentas a preguntarle: ¿A dónde íbamos a esperarla? Así pasamos tres meses... Que el día de la Ascensión, en mayo, nos dijo sor Rosa: Ir al corredor más alto, que le llamaban de “Juanica”, rezad el santo Rosario con mucha devoción mirando al cielo... y si no baja, es porque su mamá estará en el cielo muy contenta con el Señor, que le habrá aplicado vuestras penitencias y oraciones y le ha dado tanta gloria que ya no quiere bajar a la tierra, os espera en el cielo...

Nos quedamos las dos muy tristes; aquel día esperábamos el milagro al entrar el Señor en el cielo.

Nos bajábamos las dos muy tristes y al pasar por delante de la Virgen Santísima de Belén, mi hermanita me llamó la atención y me dijo alborozada y llena de entusiasmo: ¿No ves que la Virgen de Belén te da el Niño?

Esta hermosa imagen la tenían en una capilla en el claustro del torno y portería, y siempre le rezábamos al pasar las educandas para el coro y para confesar, y le pedíamos con mucha fe nos diese el divino Niño y salíamos del confesonario con el convencimiento que si el Señor nos había dado su santa gracia, algún día nos daría la Santísima Virgen al divino Jesús que tenía en sus brazos. ¡Qué horas de cielo nos pasábamos delante de aquella sagrada imagen, porfiándonos la vez de merecer recibir en nuestros bracitos aquel Niño, imán dulcísimo de nuestras almas!... Cuando nos retirábamos por obediencia de allí no salíamos vacías... Qué gozo llevábamos en el alma, y mi pequeña Pepita, con su natural viveza, me decía: ¿Qué tendrá el Niño de la Virgen... será de carne? Porque las muñecas las tomamos y soltamos y no dicen nada, pero este Niño parece vivo... ¿Qué sientes?, le decía yo... No podía ella expresarse más. ¿Qué será el cielo? Se nos pasaban las dos solitas refiriendo lo que sentíamos en la oración, y cómo suspirábamos por los días de comunión, que no lo recibíamos mas que los jueves y domingos hasta cumplir los 12 años, que comulgábamos todos los días... ¡Qué ansias de recibirlo!... ¿Qué consuelo quedaba en nuestras almas los días de comunión? Buscábamos las ortigas del jardín para llevar a Jesús alguna mortificación dolorosa... No podía olvidar cómo Jesús dulcísimo llevaba grabada en su alma su pasión santísima que tanto amargaba el Corazón purísimo de aquella Madre Virgen, que llevaba en su alma la espada de Simeón. Benditos dolores que nos merecieron a Jesús Salvador nuestro.

Cada día nos imponían las santas religiosas, que nos preparaban, tres mortificaciones: 1) *obedecer* siempre a las religiosas encargadas; 2) no querer saber mas que cómo se santificaron los santos, pero no preguntar nunca por curiosidad, y 3) dejar la mitad del postre, lo que más gusta, a Jesús y durante los recreos visitarlo con mucho amor y devoción, le diese unos toquecitos en la reja y le dijese muchas veces: ¡Jesús mío ven, que tu Merceditas te espera para abrazarte y cambiar nuestro corazón con el tuyo. ¡Cuántas horas pasaba delante del sagrario, esperando que Jesús saldría a jugar conmigo, porque aquella religiosa me *afirmaba* que, si se lo pedía mucho, y con constancia, lo conseguiría. En efecto, un día de grande fiesta, que celebraba la madre santa Clara y tocaban mucho el piano y las niñas saltaban de alegría, y yo quería bailar, oí una voz como de la Virgen Santísima que me decía: “Márchate al coro, que Jesús te espera”. Solté la compañera que me hacía bailar, como era un poco mayor que yo me costó me dejase, y escapé.

En el antecoro había un cuadro del Corazón divino de Jesús con unas llamas de fuego

que le salía de la llaga del costado, y sentí un ímpetu de besarle que, subiéndome en el espaldar de una silla, llegué a besarle, cayendo al suelo abrazada con él como fuera de mí... Salió del coro una religiosa anciana, maestra de novicias 16 años, y cogiéndome del suelo, me decía ella después, y lo refería a las monjas: “Cuando logré quitarle el cuadro, que lo tenía muy fuertemente abrazado, la cogí de la mano como una pluma, pesaba nada, y pude llevarla a mi cama por si era alguna impresión fuerte sobrenatural que no pudo resistir con tan pocos años. Esperaba fuese alguna visita de nuestro Señor, porque soy testigo de las muchas visitas y largos ratos que la veía junto a la reja, llamándole: ‘Jesús dulcísimo, ven, que tu Merceditas te espera’. Yo la esperaba en el antecoro algunos días para preguntarle qué hacía allí en las horas de recreo y quedaba meditando la predilección que Jesús tenía por esta niña que, a pesar de lo traviesa y juguetona en los recreos, se la veía una inclinación sobrenatural a las cosas divinas, que me atreví a comunicarle lo que el Señor me tenía inspirado sobre aquella niña, que me pedía oraciones para quedar con nosotras, y un día que la observaba en la oración, sin que ella lo notase, Jesús me dijo: No será con vosotras, la preparo para otra vida distinta de la que busca. Será religiosa en una vida más austera. Allí le diré lo que doy a mis mejores amigos, la cruz, y en ella morirá conmigo, padecerá mucho para salvarme muchas almas... Y vi, como un relámpago, el cuadro de su vida grabada en el Corazón divino de Jesús, como su divino Rostro en el lienzo de la Verónica. Me decía grabara en su corazón las agonías de mi pasión, para mitigar con su correspondencia la ingratitud de tantas almas consagradas que me ofenden”. Hasta aquí copié la carta que esta religiosa escribió a nuestra reverenda madre Abadesa el día de mi profesión, el año 1897, en Navidad.

Después, M. Pilar Rodríguez, abadesa que fue muchos años en aquel convento, refería muchas cosas de los 4 años de educanda que estuvimos en su convento. Pero era tanto el amor que nos tenían, y la estima grande que hacían de la buena educación de mis cristianos y buenísimos padres y abuelos, que ocultaban lo que les hacía sufrir con mis grandes travesuras que, con mi carácter y fuertes pasiones de amor propio y grande soberbia, les daba bastante que hacer... Pero aun de este amor se valió el Señor para hacerme suya, empezando por quitarme mi madre, y ver otra en su lugar al año de morir... y el tener por madre a la que había sido el aya... (aunque muy buena, pues como algo parienta, mi madre la educaba con mucho cariño, porque en ella descuidaba nuestra educación y cuidado). Así di a conocer mi resistencia en vivir con ella, y la abuelita se encargó de mí en la edad más peligrosa que se decidía mi vocación religiosa. Al salir del colegio todo eran lazos, y el peor peligro, que donde quiera que iba, en el colegio y con la abuela, que viajaba siempre con ella a visitar sus hijas que eran 6, en todas partes me sentía querida y respetada como una persona mayor; pues estimaban en mí las cualidades de mi santa madre sin fijarse en el abismo que había entre madre e hija, rodeada de grandes peligros, que yo no conocía, y que mi abuelita, al verme ya religiosa de

votos solemnes, repetía el cántico de Simeón, con una devoción y alegría inexplicable de haberme consagrado al Señor antes de morir. *Dios nuestro Señor* sea bendito por siempre, que se dignó poner sus ojos en este leoncillo y hacerla ovejita de su rebaño... Bendito seas Señor y Dios mío por la misericordia que usaste con tan indigna sierva y esclava vuestra hija amantísima del Corazón purísimo e inmaculado de vuestra Madre María Santísima que nos tomó bajo su amparo y protección

Sor Trinidad del P. C. María

Berja, 8 de septiembre, festividad de Ntra. Sra. de Gádor, en la preparación de nuestro segundo convento, que el Sr. Cardenal aplazó al 24, fiesta de las Mercedes de Ntra. Sra., por querer celebrarlo de Pontifical ese día.

L7 C28 (51-58)

21IX30

Sr. D. Ricardo P. Reche.

Mi reverendo padre en nuestro Señor:

Por *obediencia* le envío hoy la relación, que me pedía le pusiese por escrito, ¿cómo me llamó el Señor a esta nueva vida?

La llamé nueva vida después de 39 ó 40 años de vida religiosa, porque desde que cumplí los diez años... me llevó el Señor cogida de su mano, repitiéndole con mucha fe el *Pater noster: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo"*. Iba segura de su mano divina, llena de fe y contentísima en obedecer... pues nunca recuerdo haber hecho mi voluntad en nada, *sino la suya*. Pues el mundo me atraía y me sentía feliz, viéndome rodeada de simpatías y cariño... pero sentía en el fondo de mi alma una voz interior que me llamaba con un atractivo *más fuerte* que el mundo, que me decía: "¡Ven, amiga mía, y sígueme al monte de la mirra!..." Tantos misterios veía encerrados en esta invitación que me ofrecí su víctima, a morir con él. Cuánto me costó dejar mi primer convento donde tantas gracias recibí del Señor, haciéndome religiosa y viviendo felicísima, obedeciendo a mi superiora y a las oficialas mayores que yo, a quien servía como a nuestro Señor los 14 años que gocé de súbdita.

No así cuando me eligieron por primera vez abadesa, quedé espantada y no acertaba a comprender que siendo para mi alma tan grande felicidad obedecer, había perdido el camino para mí tan seguro y que tanta paz sentía. Cuando alguna me contrariaba, hacía un acto de fe y amor, *repitiéndole* muchas veces: *¡Señor eres tú!*... Y como si le viese en mi superiora o compañera saltaba de gozo y entraba cantando alabando al Señor que ordenó aquella

obediencia difícil, para venir a mi alma y llenarla de gozo. ¡*Eres tú*, Señor y Dios mío! ¡*Bendito* seas, que así me enseñas a cumplir *tu voluntad*!

Entré en el cargo el 16 de julio del año 1908, y desde entonces, parecíame un soldado que le toca la quinta al servicio. Hasta entonces me consideraba como una colegiala que estaba bajo las disposiciones de mis superioras, mi M. Abadesa, Vicaria y oficialas mayores todas, a quien tenía que servir y *obedecer*, encantada de ser la última de todas, que me buscaban con cariño unas enfermas para que les lavara la ropa, otras ancianas para que les limpiase sus celdas, otras oficialas les lavase los suelos, otras que les bordase o fuese a rizar o planchar. La M. Abadesa que le escribiese paquetes de cartas para [que] las hermanas llevasen a la demanda... etc. ¡Madre mía, a qué hora si no me dejan tiempo!... Me contestaba: "Llévate a nuestra celda el reloj y dígale a la veladora que S. C. tocará a maitines".

Esto me daba consuelo, quedarme de veladora. Procuraba terminar a las 11 y me iba al coro con mi Jesús dulcísimo, a las 12 menos cuarto llamaba a maitines, quedaba en ellos llena de fervor y después de terminada la meditación me retiraba al dormitorio a las 2,30 de la mañana hasta las 5. El Señor me dio salud y fuerzas, como un roble, me decían las monjas que "como no las tenía ejercitadas, se despertaron con brío".

Entré como soldado a la pelea y el ambiente de respeto y veneración que aquellas venerables ancianas, que habían sido mis superioras y maestras durante 15 años, eran humildísimas, llenas de respeto y de amor... que no merecía, y yo hacía todo cuanto la M. Abadesa que salía me aconsejaba, y pedía en todo consejo y sentía descanso porque me lo daban todo hecho. Pero al venir a los 4 años y salir reelegida, *renuncié* y supliqué al Sr. Arzobispo admitiese mi renuncia que no pude conseguir, diciéndome que mientras fuese Arzobispo de Granada tenía que ser la Abadesa.

Vi la voluntad del Señor y me ofrecí su víctima, pues veía grandísimos peligros para mi alma; y salí de la confidencia de S.E.R. como el soldado a la plaza a pelear hasta vencer... o morir.

¡Oh Dios mío, qué furias de infierno pasé... recurría a vos, Dios mío, y dormíais... y sola luchaba con la mirada en tu cuerpo colgado de la cruz, ensangrentado y muerto por salvarme... recurría en súplicas y lágrimas a mi Madre Santísima y me salvó de los más graves peligros... ¡Dios mío, qué bueno eres con las almas que tienen sed de ti!...

Vencidos algunos enemigos, vinieron otros, las alabanzas, las amistades y cariños de dentro y fuera eran mi mayor tormento y cuando cualquiera pensaba que en aquel ambiente de alabanzas y simpatías yo gozaría, mi corazón y mi espíritu se encontraba acosado de fieras que tiraban a condenarme, y Jesús dulcísimo venía cubierto de sangre, su Corazón santísimo abierto me pedía quedarme en sus llagas y allí le repetía mis promesas de víctima, morir antes de separarme por un momento de su divina gracia. ¡Oh Jesús dulcísimo, cómo obrasteis

milagros para conservarme tuya cuando las furias del infierno luchaban por ganar la victoria que siempre fue tuya. Por ti, Jesús mío, me dejaría morir, y entonces... cuando me resistía salir, hiciste el milagro de alejarme a seguiros a tierras extrañas, llamándome vos mismo, por medio de los prelados que me ofrecieron la fundación, y el Sr. Obispo preconizado de Badajoz, me dijo, al darle cuenta de mi conciencia como a padre buenísimo, que siendo seminarista con mis primos P. Hitos nos preparó para la primera Comunión, y entonces era Vicario General, sede vacante, de Granada, me dijo, como el Señor a Abrahán, "*sal de tu tierra* y dale al Señor la gloria que te pide, llevándole las almas de los niños a la sagrada Eucaristía y buscándole almas que le adoren y le amen". El me aconsejaba con familiar afecto y comprendía que Dios nuestro Señor me imponía como ley a mi corazón *romper las cadenas*... (Sus palabras): "Rompe Señor las cadenas al águila que vos criasteis para que levantara sus alas y llevase tras sí otras almas que te amasen y diesen reparación y amor en la sagrada Eucaristía". Y dirigiéndose a mí me repetía: "Valor y fuerza, hija mía, sigue al Señor hasta los confines de la tierra cuando le llame".

Y las horas de noche, de 11 a 12, me bajaba a los pies de nuestra Madre María Santísima de los Dolores (de la escalera grande) que tantas veces espantó los enemigos que quería destrozarme: Me pasaba muchas noches horas enteras pidiéndole fuerzas y valor para el sacrificio de dejar aquellas monjas que tanto bien me hicieron, aquel convento donde había recibido tantas gracias del Señor en mi noviciado, en mi profesión en toda mi vida. Me parecía si el Señor me echaba fuera de mi centro por no ser santa, como me dijo el P. Valencina al entrar: "Dios nuestro Señor te trae para que te santifiques y hagas muchas santas con tu ejemplo".

¡Oh mi buen padre, creo he obedecido a V. R. en darle cuenta de mi alma y esto le hará comprender cómo me trajo tan lejos a esta Alpujarra la indicación del Sr. Cardenal, que me promete ayudarme en la aprobación y demás fundaciones.

Sor Trinidad

[CARTA DESDE BERJA]

Berja (Almería), 4 de octubre de 1930

M. R. Madre María paz del Santísimo Rosario, abadesa de mis capuchinas de Chauchina.

Hija mía muy amada en Jesús Hostia:

Dos letras solamente por encontrarme enferma en cama (y casi todas), después del viaje *despedida* de esas hijas y casa tan amada que nunca creí nos doliera tanto ... *todo por Jesús*, *por su amor, por su gloria*, ya darán a vuestra caridad cuenta de esta casa e inauguración solemne, que el Señor nos ha sostenido de pie, pues llegamos a las 6 de la tarde del día 22 de septiembre, nos esperaban todas las autoridades y familias distinguidas de Berja (muchas de Almería), el señor arcipreste párroco de Adra, P. Luis Gascón, el señor Magistral, tan cariñoso y entusiasmado, lleno de celo y amor a la divina madre nuestra Señora de Gádor, apenas nos bajamos del coche, más muertas que vivas, nos llevó al santuario hermosísimo, al camarín de la Santísima Virgen, donde rezamos con grandísima devoción. Nos consagramos a ella ofreciéndonos a ser sus capellanas y compañeras perpetuas hasta la muerte. ¡Cuánto recordé a todas mis hijas tan amadas de Chauchina! ... Las ofrecí a la Santísima Virgen, le pedí extendiese sobre vosotras su maternal manto y cuidara de vosotras como madre nuestra, especialmente por mi Pacica ... que ella sea su consuelo, fortaleza y ayuda hasta que volvamos por ahí. . Ánimo pues, hijas mías! Ya os escribiré la inauguración, aunque ya el señor Cardenal y compañeros me ofrecieron contároslo todo. *Pidan por mí,* pues me veo con Jesús en la pendiente del Calvario. Adiós.

Sor Trinidad

L3-C6 (97)

Soliloquios con mi padre san Francisco de Asís

Capuchinas Eucarísticas bajo el amparo
de nuestra Madre Santísima, María Santísima.
"Víctimas Esclavas" de la sagrada Eucaristía.
4 de octubre de 1930

¡Así mi seráfico padre san Francisco! hicisteis sentir en mi pobre alma cuando por primera vez confiaba a mi cuidado (el Sr. Arzobispo), representante de Dios en la tierra, aquella amada comunidad de Capuchinas de Jesús María, Desierto de Penitencia (San Antón) Granada. El 16 de julio de 1908.

Aquel día memorable, confundida en mi propia nada, no acertaba a entender aquel misterio, la última de todas... sin edad canónica, superiora de mis (superioras y) abadesas y maestras, y de tantas venerables y santas religiosas!... Una niña sin experiencia, sin virtud y sin dotes para ocupar, no ya el cargo de abadesa, ni aun el de humilde lega (para lo que siempre tuve vocación, pedí y supliqué sin lograrlo nunca).

Espantada, confusa y llena de asombro, me sentía bajo un peso que me inutilizaba, y como una demente, entraba y salía en el coro bajo, y acercándome a la reja le decía a nuestro Señor, unas veces callando y otras recio (cuando me veía sola): pero ¡Jesús mío!, ¿qué has hecho conmigo? ¡No habíamos convenido los dos el vivir siempre contigo, escondida en tus llagas y clavada contigo en la cruz de las humillaciones y desprecios!... Una de las veces que oraba con más dolor e intensidad salió como del sagrario un rayo de luz... y me pareció oír una voz dulcísima que me decía: "¿No me has pedido siempre desde que me consagraste tu corazón que te dé a gustar de los frutos de mi cruz?... Ahora te he sentado a la sombra de mi cruz... A ti te toca ahora comerlos con delicia y saciad tu sed de amor. Ahora conoceré si me amas... Dame almas que me adoren en este Sacramento de mi amor y nunca te faltaré yo. Aunque todos te abandonen y desprecien, yo seré tu fortaleza y ayuda. Sedme fiel y confía en mi amor para ti, que te sigue desde que fuiste formada, desde entonces mi protección y amorosa providencia velaba por ti y por la madre que había de enseñarte a amarme con todas las fuerzas de tu corazón y de tu alma".

Aquella voz que me pareció salía del fondo del sagrario, volvió la paz y el consuelo a mi alma... Veía delante de mí los años que venía enamorada de la cruz, de los desprecios y humillaciones que nunca me veía satisfecha por grandes que fueran... Había el Señor infundido en mí una fe y amor tan grande, que viéndole muerto en la cruz y encerrado tantos siglos en el sagrario, todas las penas me parecían nada en comparación de lo que un corazón amante desea sufrir por su amor; y sólo el corazón de mi seráfico padre san Francisco era el único que me explicaba las ansias de amar y sufrir... ¿Porqué no imprimes en mi alma las llagas que

Jesús abrió en tu cuerpo en el monte Alvernia?... Hiéreme Seráfico Padre con aquel dardo de amor que te hacía exclamar: ¡El Amor no es amado!... Y ese eco divino de amor que ardía en tu pecho, que repercuta y encienda en amores eucarísticos los corazones de las hijas todas, las que han sido llamadas a la vida de víctimas de tu Amor Sacramentado, que quiero hoy unirlas a ti y que todas las que por especial vocación quieran ser Capuchinas Eucarísticas, sobre las cuales tiene vuestro Corazón especial predilección y amor.

"Muchos serán los trabajos y penas que has de soportar en este destierro, pero nada te ha de negar mi Corazón de cuanto me pides en favor de mis víctimas, mientras ellas sean fieles para corresponder a mi amor; siendo amantes de mi cruz habrán comprendido la santidad de vida; quiero de ellas para que reparen y expíen los enormes pecados del mundo que constantemente provocan la ira de mi Eterno Padre que ha de enviar terribles castigos si (como en otro tiempo a Abrahán) no os ofrecéis víctimas que con adoraciones y penitencia calmen la divina justicia. A esto os invita nuevamente mi Corazón enamorado de los hombres, a que os consagréis por completo a orar, amar y reparar, y si perseveráis en oración y súplica, alcanzaréis el perdón y la misericordia para el mundo ingrato y ciego".

20 de marzo 1931. Voz de Jesús: "Quiero víctimas que se inmolen en continuos sacrificios y amor como pequeñas hostias, unidas a la Hostia Santa que cada día ofrece el Sacerdote a mi Eterno Padre, en reparación y amor en la santa Eucaristía".

El noviciado de las Capuchinas Eucarísticas debe ser uno. Sólo en el caso de ser mucho el número de casas y vocaciones, y entonces el Consejo con la Madre General definirán dónde y cómo convendría establecer otro en todo iguales, de tal manera que en la formación del espíritu no se encuentren discrepancias.

La Madre Maestra[64].

L7 C29 (69-71)

Octubre 25X30

¡Paz y Bien!

M. R. P. Tomás Vega, Superior de Redentoristas, Granada.

Mi venerado padre en nuestro Señor:

¡Qué impresión la muerte del Emo. Sr. Cardenal, nuestro protector y padre bondadosísimo, se nos va al cielo en el camino de Roma!... ¿Qué pasará de nuestras Constituciones que nos prometió a la Sra. Vizcondesa y a nosotras llevaba a Roma para pedir *él mismo su aprobación*?... ¡Qué juicios los del Señor! ¡Todas sus obras llevan el sello de la cruz!... ¿Y la nuestra? Me parece decirnos en esta ocasión aquellas palabras que a sus

64 Así termina el escrito.

Apóstoles: “Así como me amó el Padre, yo os amo” a vosotras, no a gozos temporales sino a grandes pruebas y trabajos, no a gozos, alabanzas y honores, sino a *santificaros*, [no] por honras y descanso, sino a desprecios y calumnias, que gozaréis sufrir por mi amor. No a ocio y vanidades, sino a grandes trabajos, no a descanso, sino a recoger grandes frutos de humildad y paciencia. Es el sello de los hijos de Dios. Y estas palabras las medito mucho con provecho espiritual de mi alma, en esta *amarga orfandad* de nuestro padre.

¡Qué hermosa *es la fe y amor a Dios*! ¡Qué feliz pasamos junto a Jesús el calvario de la vida presente!... Mi mayor pena y tormento es no ser comprendida de las almas que me rodean; de muy poquitas *tengo esperanzas consoladoras*, porque leo en sus almas las mismas ansias y sed de Dios... ¡Verdad!... Pero de la generalidad, que ni me comprenden, ni siente conmigo, antes al contrario me toman, como de persona que vivió en siglos pasados que hacían el camino de la santidad enojoso y imposible con sus extravagancias.

¡Oh Jesús dulcísimo de mi alma, que vuestra ley divina es la misma, es el mismo vuestro Evangelio, vuestros mandamientos y vuestro Corazón divino abierto con una lanza, muerto por mí en la cruz desnudo sin ser comprendido, vuestro amor por nosotros que tanto os costó salvarnos!

Confío mucho en el Señor que el nuevo Arzobispo será para nosotras tan buen padre. ¡Oh Señor y Dios mío, fortalecernos y guiarnos, pues presiento que el nuevo Vicario Capitular, sede vacante, nos hará sufrir porque no fue conforme con nuestra salida de San Antón, por parecerle había abandonado aquella comunidad para una cosa nueva. Padre, todo lo he puesto [en] el Corazón dolorido de nuestra Inmaculada Madre y de ella espero las gracias de amor y aliento, para perseverar en [?] por de Jesús dulcísimo que nos invitó a seguirle. Fiat.

Aquí en este santuario bendito de Ntra. Sra. de Gádor me siento dichosa... pues no oigo las falsas alabanzas de los que miran más la tierra que al cielo... creyendo que atraerían los afectos de mi alma... Pero créame, R. P., huyo del extremado amor de las criaturas como del mismo infierno... Cuando en labios humanos oigo alabanzas, siento agonías de muerte; no sé si será el infierno que tira a enredarme y aquí en este bendito Santuario me siento feliz... con sed de oprobios por amor de Dios... Es verdad que estas humillaciones no llegan... porque sólo hace un mes... que la inauguración solemnísima, con el pontifical y subida de las autoridades de Almería, Berja y muchos de Granada, especialmente nuestro veneradísimo Cardenal, Sr. Vicente Casanova y Marzol, hizo grandes alabanzas al público repitiéndoles con entusiasmo, “Os traigo en estas lo mejor de lo mejor que he visto *en mi Diócesis*”. Y en el refresco hizo una pública confesión del trato y pruebas humillantes que me sometió en Chauchina, porque temía que el amor de aquellas monjas me fascinara. Pero convencido que la Obra era de Dios iba dispuesto a Roma [a] pedir la *aprobación* de las Constituciones y a seguir ayudándome a llenar de nuestra fundaciones todo el mundo”.

Esto se lo repitió varias veces, como V. R. también lo oyó, delante de D. Francisco González, Magistral de la S.I.C., que trabajó y nos trajo con tanto cariño y entusiasmo a Berja, y de la Señora Fundadora que costeó las obras del convento, Vizcondesa de Termens, Dña. Carmen Jiménez, Vda. del General B., que V. R. convirtió, como san Francisco de Sales, hizo en su alma un cambio de vida admirable; abandonó la Corte y se entregó a obras de caridad.

Haciendo jirones mi corazón me dejé con el mayor dolor mis dos conventos donde consagré mi vida toda en acercarle las almas al Corazón Eucarístico de Jesús. Con qué gozo rompía los purísimos lazos de amor espiritual que me unían aquellas dos comunidades que me dio el Señor, como una gotita de su preciosa Sangre las sentía al darme el cargo de Abadesa a los 29 años, y sentir que la misma Madre de Jesús, el Viernes Santo, me consoló diciéndome: "*No temáis*, hijas, voy yo con vosotras; encontraréis en mi corazón el de la Madre que os acompaña hasta el cielo; sois mis hijas, imitar la vida de mi divino Hijo Jesucristo y cuidaré de vosotras si sois fieles esclavas de su Corazón Eucarístico, siendo vosotras el consuelo en su vida escondida *del tabernáculo* atrayéndole almas abnegadas y humildes que reparen y desagravien del olvido y muchas ofensas que recibe en el Santísimo Sacramento".

Al día siguiente, cuando me mandaron salir... me encontré sola, no había quien abriese la puerta, hasta que el Señor quiso que entre lágrimas y sollozos viniese la M. Vicaria y alguna a despedirnos. El Sr. Vicario pidió los dotes, que le entregaron de las que íbamos; y llamando al dulcísimo Jesús moviese mis miembros, porque no podía moverme, oía su voz dulcísima: "Ego sum..." y corrimos tras él... El Sr. Arzobispo Cardenal con el Párroco y varios señores de la Curia nos esperaban en la entrada del Pueblo. Los chicos de Santa Fe nos saludaban con gritos de alegría y los pañuelos veían a lo lejos cuando pasamos por la carretera de Málaga.

Fue un himno de gloria a nuestro Señor que llevaba a aquel Pueblo una comunidad Religiosa que cuidaría del culto de la Virgen de los Dolores... ¡Madre mía, Maestra divina de las almas que sufren, "Regina Martirum", ruega por nosotras, especialmente por mí, vuestra indignísima esclava y sierva. Amén.

L7 C28 (63-66)

¡Viva Jesús Hostia!

Berja, enero de 1931

A mi reverenda M. Vicaria.

¡Que nuestro adorable Jesús Hostia, haga que sepa expresar en mis pobres letras los deseos que cada día me animan más a pedir a mis buenísimas hijas, me ayuden a que nuestros conventos sean verdaderos jardines, donde Jesús *venga a recrearse en las virtudes de cada una*... que como flores perfumadas den recreo y consolación al Corazón adorable de nuestro Soberano Rey y Señor, Esposo de nuestra alma, oculto y abandonado de tantas almas... en el tabernáculo santo de nuestros altares, que junto a la cera que se consume en nuestros altares *no falte nunca* las perfumadas flores de las virtudes de sus Capuchinas!

A mi M Superiora y mi querida M. Vicaria con cuánto consuelo la veo ir diariamente a regar los arbolitos de la huerta, no como un labrador jornalero, sino como el dueño de una tierra propia, que espera recoger abundantes frutos.

Este trabajito que hace con tanto gusto por la obediencia, me recuerda siempre aquellas palabras de la Sagrada Escritura que las aplico con mucha devoción y cariño a mi fiel jardinera: “Tempus putationis advenit” (Cant 2,12). Ha llegado ya el tiempo de podar nuestra viña, dice la Esposa de los Cantares.

Así me parece oír a mi hermanas de Berja que nos decimos llena de fervor y santo entusiasmo: Hermanas, el invierno ha pasado... Mi viña no producía mas que racimos amargos... porque me descuidaba en su riego y en cortar de ella la leña inútil... El Sol de la santa Eucaristía... me ha iluminado tanto... que veo mis miserias, que no soy más que tierra... y que llevo dentro de mí, cuanto es capaz de humillarme... no soy mas que miseria. Sin embargo, siento que mi amor hacia Dios me transporta alguna vez hasta el cielo... mi alma no querría amar otra cosa que a Jesús Hostia bendita, que adoro. Pero siento también mi carne, que me detiene y me hace volver alguna vez en el desaliento y en la tristeza... ¡Qué humillación para mí!... si no me desprecio y humillo no puedo presentarme delante de él adornada... Sin verdadera humildad el sol que tanto necesitan mis plantas no ilumina ni calienta. Si conociéndome a mí misma bajara con profunda humildad muchas veces al abismo de mi nada, estoy segura que gozaré su amor divino siempre que supiera negarme todo, y despreciarme a mí misma. Mi corazón todo de hielo, siente ya derretirse e inflamarse, y por eso le busco con ansia, para que venga a podar esta viña de mi alma que es suya, *enteramente suya*.

¡Mi alma es una viña escogida del Señor que debía llevar frutos dignos de él! ¡Ah Señor y cuántas ramas estériles tengo que cortar todavía en mi viña! ¡Haber vivido tanto tiempo sin amaros!... No guardé como debía mi viña... Pero Jesús mío, ven, entra en ella y poner vos mismo las flores y frutos de un amor *fiel, humilde y perseverante*...

¡Me da vuestra caridad esta libreta que él escriba algo!...

Sí hija mía, la veo con consuelo aplicada a cultivar el jardín de su alma... viña escogida del Señor, y me agrada el amor con que vuestra caridad invita al divino Esposo que venga a reposar en su viña y que haga de su alma sus delicias y su amor.

Yo creo, hija mía, que vuestra caridad no trata ya de flores, que a veces se marchitan y dan mal olor, de pequeñas infidelidades que hieren el Corazón del Esposo divino. A vuestra caridad le pide Jesús frutos abundantes de la viña de su corazón, y que habiéndole encontrado ya en la viña de su corazón, al que ama su alma, y habiéndole oído tantas veces... llamarla... convidándola: ¡Levántate Esposa mía, amiga mía y ven... al jardín de mis delicias... las flores se marchitan... su belleza se aja, su olor se pasa tan pronto como se ha cogido... la viña de tu alma produce muchas veces flores agradables a mi Corazón, con la fidelidad a mi amor en esos momentos felices que te das a mí sin reserva, toda fuego... y toda perfumada con el gracioso olor de la caridad que yo derramo en las almas que son fieles a mi amor.

Corra mi amadísima hija a esta dulce invitación del celestial Esposo, que *tanto la ama*, pídale con humildad y constancia, cuide él mismo de su viña querida, que le dé fuentes de agua cristalina para regar su jardín... y detenga el aire aquilón que seca todas las plantas. ¡Mándame el viento del mediodía que fertilice la tierra de mi corazón con el amor a vos!

Es cuanto deseo y pido al Corazón Eucarístico de Jesús con toda mi alma, que en mi juicio pueda presentarle las almas que me dio, para que conmigo bajo el amparo del manto purísimo de María Santísima, nuestra dulce madre, nos formásemos para ser como ella, perfectas adoradoras en la tierra a Jesús Sacramentado como los ángeles le adoran en el cielo. Que él nos fortalezca y bendiga, desea vuestra pobre madre y esclava,

S. Trinidad

L6 C16 (29-31)

Por obediencia, Jesús mío, dejaré en este papel lo que tú quieras.
Por daros gusto quiero ser obediente.

11 de febrero de 1931

La gripe me tiene agotada. Valgo tan poco, Jesús mío, que tu cruz, que es mi delicia y consuelo, me deja agotada y sin fuerzas...

Hace días en cama padecía un poquito el cuerpo, y el alma gozaba. ¿Iré a unirme a ti?... La fiebre me privaba hacer la vida de comunidad, y aun ni podía rezar el breviario, mi cabeza no servía ni para rezar el Avemaría, aprovechaba los ratos de alivio para rezar los Pater noster que señala la santa Regla a sorores legas. Nada me daba más pena como el no poder rezar el breviario, en donde mi alma siente a Dios, como no sé expresarlo, es donde mayores fervores

sentí desde mis primeros años.

Ahora me quería el Señor privada de este consuelo, levantada ya y asistiendo a lo que podía, lo único que podía rezar durante la hora de adoración eran las horas menores, pero tan mal... y con tanto trabajo que repetía muchísimo, tenía que dejarlas sin terminar, convencida y llena de amargura de que aquel rezo no agradaba al Señor y volvía a rezar por Pater noster, así estuve casi un mes desde que me dio la gripe, la cabeza no me quería servir y lo que hacía no sé.

Tenía el corazón angustiado con tantas calamidades como nos contaban de política y trastornos, amenazándonos con una revolución casi segura. Yo quería hacer muchas cosas, y no sabía, quería hiciéramos una quincena a la Virgen Santísima y no me resolvía, estaban todas malas con la gripe y tan agobiadas de trabajo con la obra... que al fin llegó el 11 de febrero y estando rezando mis horas sin acordarme que era festividad de la Virgen Santísima, tomé el breviario y recé las horas de la feria que correspondía, feria IV.

Me sentía con un sentimiento de fe no acostumbrado, pronunciaba las palabras con un ardor que no podía reprimir... no era dueña de mí. (Hacía unos días que recibía cartas angustiosas pidiendo oraciones por el triunfo de la fe en España y que se cernía sobre nosotros una revolución espantosa, nos decían que tal vez necesitara el Señor mártires que debíamos estar preparadas). ¿Qué haremos para obligar al Señor? Tenía decidido hacer la quincena a la Virgen Santísima de Lourdes, en comunidad es poco, me sentía con deseos de algo más, ¿qué hacer?... y ofrecí rezar despacio con devoción y toda atención el oficio divino en comunidad y en particular. Así discurría en mi interior mientras rezaba las horas.

Al pronunciar el primer versículo del tercer Salmo de nona, feria IV “Deus repulisti nos et destruxisti nos: iratus es et misertus es nobis” (Sal 59,3), me pareció que el cielo se bajó al coro... me pareció ver a la Santísima Virgen en su Inmaculada Concepción sostenida por los ángeles y extendía su manto azul sobre el mundo todo, que me pareció ardía en guerras, y hacia el lado derecho me pareció ver a Conchita que cogía una punta del manto de la Virgen y extendido sobre España que estaba a punto de estallar, y en actitud de súplica me pareció oírla pedir así: “¡Madre mía, tu España... bendícela y defiéndela de los enemigos de Dios!”

Me pareció ver bajo el manto de la Virgen, serpientes horribles que llevaban en sus dientes una corona como si fueran a tragársela, y la Virgen Santísima, con una expresión un poco triste, sacaba de su pecho purísimo una Hostia resplandeciente como el sol y cogiéndola en sus manos purísimas (como el sacerdote al alzar) pidió al Eterno Padre tuviese misericordia de España y la defendiese en aquellos momentos horribles. Me pareció que el Eterno Padre aceptó la ofrenda divina de su Hijo... y me pareció que, bajando un poco la Hostia santa donde veía a Cristo Crucificado, la inclinó hacia donde estaba Conchita y sobre España allí congregada en lucha... ella permanecía en su actitud suplicante, y, como un sol cuando envía sus rayos todo lo ilumina, pareció iluminarse aquel abismo y desaparecer aquellas fieras. La Virgen Santísima mandó a

Conchita quitase la corona de la boca de aquella serpiente y colocarla en el manto extendido de la Reina del Cielo. Conchita volviéndose a mí me pareció decirme: “Otra vez ha sido salvada España por la Inmaculada Madre de Dios, nuestra madre; hubiese sido ahora asolada, y destrozada la Corona Real. Sí, nuestra Madre Purísima presentó al Eterno Padre a su divino Hijo Hostia formado en sus virginales entrañas, adorado por vosotras en la santa Eucaristía y con ella apagó los rayos de la ira divina... Orad mucho... Hacerle violencia con vuestras penitencias y adoraciones... Ofrecerlo todo por los que provocan más la ira del Señor y por todos los pecadores... Dispuesto está el Señor a castigar las ingratitudes de su pueblo, *su ira está a punto de estallar*”.

Quedé pasmada y no sé expresar lo que en aquellos minutos vi delante de mis ojos... mientras el rezo de nona durante aquellos tres Salmos de la feria IV, me pareció un segundo, y comprendí cuán grato es al Señor el oficio divino bien rezado, y cuánto obliga a derramar su misericordia sobre nosotros.

L6 C17 (38-40)

Día 12 de febrero.

¡Qué pena Dios mío! Cuando hoy al terminar de escribir por obediencia lo que ayer me pareció me manifestó el Señor por sola su misericordia para consolarme y alentarme a que infunda en todas las almas que me están encomendadas, la atención, devoción y amor con [que] quiere Jesús se rece el divino oficio en todos nuestros coros, *advierto*, ¡cómo pasó desapercibido para mí el rezo de la aparición de la Inmaculada Concepción en Lourdes!

¡Cómo estaría mi cabeza para no mirar la tabla del rezo al ir a rezar las horas! ¡Cuántos días Dios mío he venido rezando sin saber hablar con vos!, preparando hacer la quincena, como en efecto se empezó ayer, y yo en babia.

¿Cómo estará la Madre de misericordia con su pequeña y miserable esclava que moriría por probarle mi amor? ¡*Perdóname*, madre mía purísima! *Soy toda de tu maternal corazón*, tenme de tu mano, para que jamás vuelva a seros infiel...

Madre mía, perdona también a tu pobre mendiga que os pide una limosna de tu amor y misericordia para que empiece de nuevo a servir a vuestro Hijo y a vos como un corazón agradecido que os ama desde [que] me acogisteis [por] vuestra amante hija, indignísima esclava, y hoy a las puertas de vuestro corazón mendiga de tu amor y misericordia.

Sor Trinidad del P. C. de M.

L6 C17 (41)

Marzo 5 de 1931

Me habían escrito pidiéndome les dijese algo de Conchita. *¡Qué tormento* me da, tener que decir algo de ella!...

Ruego a todas se compadezcan de mí, y me tengan ya por una pobre anciana que cuando el Señor se digna *calentarla* un poquito, se cree en el cielo... ¡No por Dios!, en la tierra y muy *terrena... y miserable*.

El cinco de marzo, estando en la santa misa, pidiéndole mucho a Jesús Hostia me concediera conocer clara la voluntad del Señor (en decir de Conchita lo que me parece ser cierto, cuando la obediencia me lo mande, y *con paz*). Era un santo prelado el que me pedía le manifestase con reserva las comunicaciones que tuviese con Conchita. Sentía tentaciones si el demonio, que tantas veces quedó burlado..., vendría a mí transfigurado en Conchita para perderme, llenándome de ilusiones y engañándome... Sentía un dolor tan vivo en el alma que a pesar de no poder llorar, nunca caían mis lágrimas hilo a hilo.

¡Me vine a Berja contenta, Dios mío, porque iba a esconderme en estas hermosas montañas antes de morir... y Conchita me trae y me lleva como si estuviese en Granada!... A veces siento hastío de mí misma, y quiero enfadarme: ¿cómo estuve, para decir a todos mis tonterías... tan enemiga como fui siempre (y aún sigo) de cosas extraordinarias en almas tan vulgares como la mía?

Bueno, cortaré aquí mis repugnancias, y escribiré sólo lo que me *mandan*, porque si callo, no estoy tranquila.

Toda la santa misa fue una súplica a Jesús Hostia, para que alejase de mi alma toda sombra que pueda desagradarle, quería conocer la voluntad del Señor y cumplirla.

Me pareció, como otras veces ver a Conchita junto al altar, al lado del evangelio hermosamente vestida y adornada como nunca, casi me pareció exageradamente vestida, muy hermosa y agraciada, resplandecían sus vestidos como el sol, pero sobre todo un gorrito muy elegante que llevaba sobre su cabeza tan brillante que la hacía extremadamente graciosa, y sobre esto una como diadema en forma como de triángulo con letras de oro, que se leían con gran facilidad: “¡Cuánto vale el padecer y ser santos!”... En la mano derecha llevaba un pan blanquísimo y grande y en la izquierda una vasija de cristal de agua cristalina, que lo ofrecía con mucha bondad a infinidad de pobres, miserables y enfermos que la rodeaban; daba primero el agua y después el pan, y me pareció que muy pocos aceptaron beberla y que aquellos que bebían de ella quedaban curados y ricos.

Yo quería entender todo aquello, y no me atrevía a preguntar porque esta vez no se dirigía a mí, ¡había tantos pobres!... y parecía que quería darles a todos. A mí lo que más me extrañaba era verla con aquellos vestidos, casi a la moda, y le pregunté: Conchita, ¿con ese vestido no

estarás en el cielo?, ¡que los hábitos y vestidos pobres sean glorificados, sí me lo explico, pero así!...

Entonces me miró, y con solo su mirada entendí perfectamente lo que después me dijo, dulcemente: “Estos trajes los vestí sin ilusión ni cariño alguno; sólo por complacer a mis padres, tan temerosos de Dios, los recibía, sin gusto y sin la menor resistencia, sólo deseaba dar gusto a Dios, en dárselo a ellos, que amaban al Señor más que a mí; enseguida se los ofrecía al Señor antes de vestirlos, y ahora me los devuelve el Señor llenos de gloria”.

Y desapareció todo, como un relámpago. Me quedé con pena en no poder preguntarle lo del pan y agua, qué significado tenía, pero desapareció cuando más deseosa me sentía de preguntarle algunas cosas más.

El Señor sea bendito y nos conceda ver la realidad en el cielo eternamente, alabándole.

Amén.

L6 C17 (42-43)

* * *

Con un gesto de grande tristeza me parecía decirme: “Se extiende por el mundo una ola de odio a Cristo y su Iglesia, no se la nombra más que para blasfemar y ultrajarla. La espantosa y descorazonante multitud de pecados públicos y manifiestos y la frialdad y abandono de sus sacerdotes reclama víctimas expiatorias que con oración y penitencia atraigan el perdón y la misericordia para aquellas almas que habiendo sido favorecidas con una especial vocación se hacen sordas e indiferentes a su llamamiento; y Jesús espera vengan a su corazón a pedirle gracias y amor y llenarla de sus consuelos”.

* * *

Siento fuertemente que nuestro Señor quiere que yo trabaje con toda mi alma por habituarme a la unión interior, para que ni por un momento me olvide que está presente dentro de mi corazón y le dé mi corazón y le dé de continua adoración con espíritu de fe y amor. Y solo así siento la inspiración o dirección del Espíritu Santo... y mi parecer me deja abismada en Dios, dulcemente sintiendo su divina presencia realmente (como cuando le recibo sacramentalmente) y la oración quieta sin palabras ni discurso enciende más el amor y abandono en él, dejándole a él que obre, sea en consolaciones o sequedad... de cualquier modo siento que vive en mi o yo perdida en él, unión y amor dulce y tierno como el de la madre que vela junto a la cuna de su hijito pequeño que ama con delicia y ternura, aunque sin decir palabra dejando obrar al corazón, aunque el pequeño no lo sepa como lo sabe Jesús: no hay amor que santifique más que este.

* * *

Nuestro señor quiere que el déficit del pecador se cubra con el superávit de las almas eucarísticas que serán verdaderas víctimas de expiación.

Siento tanto atractivo hacia la eucaristía que cuando me encuentro en un trance apurado me acerco al altar y postrada a los pies de Jesús Hostia le miro y le hablo directamente como la esposa que toca al esposo, a la fibra más íntima de su Corazón adorable y le pido por la conversión y santificación de sus sacerdotes que más que nunca los quiere apóstoles y santos.

* * *

Tantas veces me favoreció el Señor.

Sentía dentro de mi una ley misteriosa que gobernaba los movimientos y energías de mi espíritu y una divina economía en las operaciones de la gracia, de donde recibí una fuerza más profunda y eficaz que la que recibía en la dirección de otras almas que se me ofrecían ayudarme, sentía de ordinario que venía del Corazón divino en la Eucaristía un torrente de luz y de gracia que me absolvía toda, y sin pensarlo ni poner nada de mi parte me parecía pasar de un abismo de miseria a un oasis de delicias inexplicables y en nada conocía más el poder y grandeza del Señor como en este cambio súbito de mi pobre alma, y me decía ¡Has vuelto Señor a sacar de la nada al ser a esta ruin criatura!

Tus ángeles del cielo y criaturas todas de la tierra te bendigan Señor, que os dignasteis mirar con tanto amor y misericordia a este gusanillo y dándole un destello de tu amor le colocasteis al pie de tu altar para traer a ti muchas almas que te adoren.

* * *

De ordinario me sentía al hablar en capítulo con las monjas, que Jesús me encendía en intensos deseos extraordinarios de arrastrar todas las almas a la sagrada Eucaristía y saciad la sed de todos los corazones sedientos de felicidad en aquel océano inmenso de caridad del Corazón de Cristo sacramentado.

¡Y que las almas no te sienten ni te conozcan Jesús mío! Y sentía deseos de aniquilarme y deshacerme porque sumes en adorarle muchas almas. ¡Tan fuertemente siento el ansia, sed de Jesús de por atraer a sí las almas de sus sacerdotes y santificarlos! Arrastrar el corazón de todas las criaturas al corazón de Jesús en la Eucaristía... más como no es posible, ofrecía mi corazón y mi alma como víctima de expiación para que Jesús atrajera a sí todas las almas...

La Eucaristía tiene una fuerza, unas horas delante de la Hostia santa habitualmente hacen una impresión y efectos en el corazón inexplicables.

* * *

Mis fechas

Nací el 28 de enero del 79
Me bauticé el 31 de enero del 79
1ª Comunión en mayo del 86
Murió mi madre el 88
Ingresé en Santa Inés 89
Salí el 19 de noviembre 92
Entré en San Antón el 23 de julio 93
Tomé el hábito 21 noviembre del 96
Profesé el 26 de noviembre del 97
Eligieron abadesa el 16 julio del 8
Enfermé gravemente el 31
Me reeligieron el 19 de julio 19
Salí para la fundación abril 25

* * *

Jesús a mi alma:

"Hija mía, mi mendiga; a pedir limosna... si te dan, bendíceme a mí que te doy sin merecerlo... Si te niegan... abrázate al palo que te despide, y bésalo como a mi cruz que quiero lleves siempre en el corazón".

Febrero de 1931
Sor Trinidad.

* * *

Escrito a la Presidenta de Chauchina

Mayo, 1 de 1931

Por este tiempo la Presidenta de la amada comunidad de Chauchina al ver aproximarse el día de la elección de Abadesa (que sin duda caerá sobre ella) rehusaba con todos los medios el aceptarlo previniéndose antes que llegase con mil excusas a causa de su mucha humildad. Esta buena religiosa era de toda la confianza de madre Trinidad y la más capaz, por entonces, de gobernar en aquella casa y ayudarla en la gran obra eucarística; pero viendo que tanto se resistía, le escribió una carta reprimiéndole con mucha dureza, y para suavizarle algo la represión y hacerle ver los designios que Dios tenía sobre ella, a pesar de su imaginativa incapacidad, le escribió el siguiente sueños:

Vi mi querida madre Paz, un campo fertilísimo y lleno de frescura y verdor y en un sitio apartado había un árbol frondosísimo que además se le dejaba ver una ramita seca, yo fui a

quitar aquella rama inútil de aquel árbol hermoso para que no le afectase, pero he aquí que al ir a echarle mano tropecé con un nido de pajarillos hambrientos y casi sin plumas todavía, que abrían sus picos esperando alimento, por lo que al ver aquel nido desistí de desgajar el tallo que seco lo contenía, pues aunque estaba seco y se movía pareciendo que se iba a caer pero vi que un poco mas abajo (en el mismo árbol) salía una varita muy delgadilla, pero verde y fuerte que impedía se desprendiese la rama seca con el peso del nido, y aunque débil era suficiente a sujetarla por la condición de estar verde y lozana en su natural estatura. Debajo de aquel árbol había un fraile franciscano (vestido muy pobremente) haciendo oración, y se vio bajar en dirección al nido una hermosísima paloma blanca que tiernamente alimentaba aquellos hambrientos pajarillos y he pensado que el campo tan hermosísimo es la Iglesia de Dios; el árbol, la frondisíma orden franciscana, bajo el cual velaba el padre san Francisco en continua oración desde el cielo; la rama seca y sin jugo una servidora que caería al suelo con el peso que lleva (que eran los pajarillos, nuestras hijas, todavía tiernos pajarillos), si no le ayuda mi madre sor Paz del Santísimo Rosario, con toda su energía mas o menos fuerte y yo a ella con mis consejos débiles, pero llenos de un ardiente deseo de que coopere conmigo mi madre Paz a la misión que Dios nuestro Señor nos ha confiado en su infinita misericordia de llevarle muchas almas a la sagrada Eucaristía, acogiéndolas en el nido de nuestras comunidades (las dos presente) y las que vendrán después, porque tengo gran confianza que estas turbulencias de la Patria en nada se han de oponer a nuestra gran obra. En fin, la paloma blanca que alimentaba los pajaritos es la Virgen Inmaculada, nuestra madre, que nos llevará siempre a fundar a los santuarios a ella dedicadas (como al presente lo han hecho) y nos alimenta y alimentará sus hijas con el alimento divino, la divina Eucaristía. Ya puede animarse viendo manifestaciones tan consoladoras como lo que le acabo de decir...

Esto dice ella ser sueño, y esto lo dudamos, pues también dijo ser sueño cuando el pastorcito le llevó las ovejas y la bendición de despedida en la muerte del Sr. Cardenal Marzol, y ambas cosas se supo ser realidad (por ella misma); lo mismo nos obliga a pensar del antecedente.

L8 C40 (103-104)

Fiesta de nuestra Madre del Amor Hermoso, 31 de mayo

Todas la noche pasé en agonía, el corazón agitado y mucha tos, quería comulgar, eran las cinco y deseaba tomar agua para calmar la tos. Sor Luisa llegó después de tocar y le pedí la bebida, deseaba descansar un poco. Ella me dijo: Madre se acuerda es hoy la fiesta tan amada de Amor Hermoso, su Virgen (mi cariño lo puse en ella cuando me encomendaron ser

su camarera en San Antón al profesar).

¡Madre mía, así me recuerdas tu cariño! Le ofrecí mis angustias y mi sed hasta las 7,30 que calculaba ser hora de tomar algo. Ofrecí mis pequeñas molestias y penas con mi corazón a mi madre del Amor Hermoso para que ella limpiara sus miserias y lo ofreciera a Jesús para que lo aceptara víctima por España y en junio viésemos reinar a Cristo con el entusiasmo y amor que le es debido. Todo el día estuve ofreciéndome con todo el amor de mi corazón sacrificado y sin consuelo... pero con mucha fe. Llegó la noche y quería esperar las 12 de la noche para presenciar en oración la entrega que haría la Virgen Santísima a su Hijo Santísimo del corazón de su pequeña esclava... y tiré... A las doce parece que la Virgen Santísima me pedía los corazones de todas las Capuchinas Eucarísticas de Chauchina y de Berja y se las ofrecía con todos aquellos que habían contribuido a estas dos fundaciones moral y materialmente, y así lo ofrecí con todas las veras de mi alma a pesar que el demonio me hacía una guerra horrible... No me estorbaba para sentir una fuerza y amor al ofrecerle tantas hostias... como corazones, y por ello esperaba perdón y misericordia para lavar mis niñerías en la sangre divina, para[65]

* * *

L8 C40 (122-126)

El primero de julio de este mismo año 1931, recibí al Señor ahogada de pena de oír las grandes calamidades en toda España. Parecía la erupción de un volcán de infierno que a todas partes alcanzaba la lava y los demonios, como fieras querían destruir la Iglesia de Cristo.

Me pareció ver la misma aparición del 11 de febrero con más encarnizada lucha... Me ahogaba de pena.

Cogí el corazón de todas las almas a mí confiadas y con el mío le ofrecí al Señor en expiación de los sacrilegios y profanaciones de toda España, deseaba desagraviarle de tantos pecados... Empezó la santa misa y yo seguía mi súplica y unía a las agonías de la cruz las penas de todas las almas fieles que se unían a reparar tanto pecado. Al elevar la santa Hostia el sacerdote, sentí como si se hubiese iluminado el altar y que de la Hostia santa caían en el corporal cinco caños de sangre viva... Me pareció que una virgen vestida de blanco, acercó un cáliz [a] aquella Sangre divina y la recogió toda y la empezó a dar de beber a muchos que allí estaban congregados durante la santa misa, me pareció conocer a muchas personas, y que al primero que le dio me parecía ser el Sr. Cardenal de Toledo, que bebió con gran devoción, el P. Valencina, dos jesuitas y otras almas...

---

65 Así termina el papel.

Pareciéndome en todo Conchita, le pregunté varias cosas que algunas me contestó y otras no entendí. Al desaparecer, que fue como un relámpago, oí claramente su voz dulce y clara como un ángel: “Orar mucho y reparar, que el Señor desea ardientemente perdonar a España, pero ésta ha pecado horriblemente y merece castigo. Orar y pedirlo por su Madre Santísima, que ella salvará a España”.

Quedé rendida y tan fuera de mí que hasta 24 horas después no podía ni rezar... como tonta y llena de una luz, confianza y consuelo inexplicable que no sabía ocultarlo. ¡El Señor tenga misericordia de mí! Amén. Viva Jesús y María.

Sor Trinidad

L6 C17 (46)

¡Padre nuestro que estás en los cielos!

Berja, 30 de agosto de 1931
XVI Aniversario [de Berja], XXXIII de mis votos

¡Oh bondad y misericordia de mi Dios en mi alma!... ¡Bendita seas!...

Quince años hace Padre de misericordia que os dignasteis mirar con infinito amor a mi pobre alma y después de llevarla a las puertas de la muerte, la enseñasteis los lugares profundos del infierno, y allí... conocí más y mejor vuestra misericordia y amor a mi pobre alma, y ella se consagró para siempre a vos con la mayor hartura de mi corazón.

¡Padre mío, Dios de mi corazón, qué bueno sois... con las almas que te aman!

Desde el cielo mirabais esta pobre hija que con tanta fe y amor os miraba y repetía: “¡Padre nuestro que estás en los cielos!”... Y este clamor llegó a vuestro Corazón, como la madre que siente llorar a su hijo pequeño que cae al suelo por su ignorancia... Y vos, cogiéndome en vuestros brazos, me sacasteis de tantos peligros, me librasteis de la muerte... y me colocasteis más cerca de vuestro corazón adorable, junto a vos en la sagrada Eucaristía, en condición de víctima, y aceptar los padecimientos, las pruebas y las cruces por su amor, ofreciéndome con él al Eterno Padre, realizando la oblación de mí misma con la sagrada Hostia, en disposición de Jesús en el ara de la cruz, segura que el Padre recibe el homenaje más grato de mi corazón.

De Dios es el derecho de disponer con entero poder de esta pequeña víctima que se le inmola, rendida totalmente a su divino beneplácito.

¡Sí, Padre mío que estás en los cielos, y en la tierra en la santa Eucaristía! Lava, Señor, mi pobre alma, renuévala y fortalece con vuestra divina gracia para que aquí y en el cielo experimentemos vuestra paternal protección. Amén.

Ahora Dios mío, que me dejáis esta larga convalecencia, quiero curar de las llagas de mis pecados más que de la flaqueza del cuerpo, y que con tanta misericordia me mostrasteis el lugar del infierno que merecía, cuando vio tan próxima de su fin, y me volvéis la vida para que sane las grandes flaquezas de mi alma, y aquí postrada junto a vuestro tabernáculo, Jesús mío misericordiosísimo, y bajo la mirada amorosísima de vuestra dulcísima Madre, María Santísima de los Dolores, quiero renovar mis *votos* y propósitos hechos en tantas ocasiones con todo el fervor de mi alma. Con el Cristo en mi pecho. Hoy, que realmente os veo expuesto en esa hermosa custodia desde donde mi alma recibe de vuestro amorosísimo Corazón rayos de luz y de fuego que consume y aviva en mi alma la fe y amor que prende vuestro adorable Corazón, mi Jesús Sacramentado, extiende tu divino fuego a toda la tierra, que se amen como tú nos amaste y repitamos con amor y fe. “Padre nuestro que estás en los cielos... Vénganos tu Reino”, y a vuestros pies renuevo con toda mi *alma mis votos*.

1º. *Quiero* no negar a Jesús nada de cuanto me pide y evitar cuanto esté de mi parte, cuanto entienda puedo desagradarle, buscando en todo contrariar mis gustos por dárselos a Jesús siempre.

2º. *La Oración*. No dejaré nunca las dos horas de comunidad por mi culpa; solo en caso que la obediencia me ocupe, y entonces las tomaré de las horas de descanso, además de la hora especial que le ofrecí al Señor hacerle siempre de noche.

3º. No daré a mi cuerpo más descansado de noche que cinco horas, lo más, dedicando las restantes horas de la noche a Dios y mi alma, sea de madrugada o a media noche. La primera vez que despierte me pondré el cilicio y lo tendré todo el tiempo que pueda sufrirlo (sin dañar la salud), por tenerlo ordenado por el director (que me manda mire por la salud, que no es mía, para servicio de la comunidad), y aunque entiendo le serviría más con la penitencia, quiero obedecer y negarme a mí misma, aun en el deseo de hacer penitencia que me es tan provechosa al alma, no quiero guiarme yo por mis inclinaciones o sentimientos, sino por la obediencia, que no me equivoca.

4º. Trabajaré con entusiasmo por *dar gusto a Jesús, y ayudar a las almas*, aunque para ello tenga que hacerme la mayor violencia a mí misma.

5º. Renunciaré por amor a Jesús al amor de las criaturas, que tanto me agrada el verme amada de ellas. Deseo sacrificar por su amor esta satisfacción natural de mi corazón y poner mi amor especial en aquellas de las cuales reciba algún reproche, murmuración o calumnia, desprecio, ingratitud o perjuicio personal, favoreciéndolas en todo con más cariño, para que amen más al Señor, y no admitiendo nunca demostraciones de afecto de ninguna especie, de ninguna.

6º. Y cuando el Señor me manifieste más claro que debo huir de este ambiente de estimación, veneración y cariño que encuentro en todos cuantos me rodean dentro y fuera del convento, en eclesiásticos, monjas y seglares, arrancaré sin piedad por todos los medios y huiré

de toda alabanza y cariño que me engría y ensoberbezca (sin darme cuenta), y antes que con estas simpatías pueda desagradar al Señor, en poderme perder por soberbia... pediré a mis superiores y prelados me alejen de las criaturas, colocándome en la oficina o celda que menos comunicación tenga, y me den de compañeras de oficio las más díscolas de carácter y nerviosas, por amor de Dios.

7º. Iré siempre que la obediencia me lo permita [a] ayudar a los trabajos de cocina y humilderas, especialmente a la enfermería, a servir en el aseo y cosas más repugnantes a mi natural, sin miedo a perder el estómago, especialmente las enfermedades contagiosas. ¡Por amor!... Me ofreceré a cuidar la tuberculosa y a las más ancianas y como la experiencia que llevo ya con varias enfermas, que en el monasterio de ver a Jesús contento en ellas, se trueca en dulzuras inexplicables, cuando antes se me hacía insoportable a la naturaleza... ¡Que el amor a Jesús me consuma.

8º. Quiero con muchos sacrificios unirme para siempre a Jesús Sacramentado y así como la hostia se hace de muchos granos de trigo, quiero ser una pequeña hostia con Jesús a fuerza de negarme a mí misma todos mis gustos y ser una víctima que Jesús acepte y me ofrezca con él al Padre Eterno, en expiación y desagravio. Amén.

Sor Trinidad

L6 C16 (32-34)

¡Viva Jesús Sacramentado!

¡Jesús mío! ¡Hostia santa! ¡Bendita seas!... que fortaleces mi pobre alma, le das vida, aliento y fortaleza para vivir de ti, contigo y junto a ti adorándote con todo el ardor de mi alma y con el amor todo de este corazón, formado por ti para *amarte siempre a ti sólo, eternamente*. ¡Concédeme el amarte cada vez más hasta morir!... Déjame alimentarme *de ti*... todo otro manjar me mata. ¡Dame Señor unas gotas de esa agua, que muero de sed... *tu agua es mi vida*!... ¡Déjame, Jesús mío, vivir y morir a tus pies! Hostia santa... que mis ojos contemplen tu faz... purísima... y tu mirada divina recoja el último aliento de este corazón que solo por ti y para ti vive... Tu lo sabes. Todo lo que no sois vos me cansa y fastidia... Os veo en cualquier trabajo, enfermedad o muerte y gozo en las más amargas pruebas, creyéndome me abracé a tu cruz y soy ya bienaventurada... ¡Te amo tanto... que si me abriesen las puertas del cielo y las del infierno, y viese toda la alegría de los bienaventurados en el cielo y no te viera a ti... y, lo que no es posible ni imaginarlo, te viese en el infierno, naturalmente me atrae tu amor de tal manera... que caería allí buscándote por unirme a ti y amarte. Así en la tierra no podría separarme sin morir de la Hostia santa donde te siento y te gozo, ¡Jesús mío!

Así sea.

L6 C17 (37)

[**Oración o plegaria**]

¡Viva Jesús Sacramentado, nuestra dulcísima madre María Santísima y el bendito patriarca san José!

Sea todo a mayor honra y gloria de Dios, provecho y aliento a las almas, que llamadas a la vida de adoración a Jesús oculto y abandonado en el santo tabernáculo, las Capuchinas Eucarísticas de Chauchina y Berja, y las que vengan después a asociarse a las que hoy viven enamoradas del sacrificio, deseando ardientemente unirse al divino Esposo víctima y holocausto en la cruz, crucificando nuestro ser, y en la Eucaristía inmolando nuestra voluntad haciéndonos una hostia que continuamente se ofrezca al Eterno Padre con su Hijo sacramentado, en reparación y desagravio de las ofensas y sacrilegios que recibe diariamente en el Augusto Sacramento del altar.

* * *

¡Oh mi dulcísimo y buen Jesús! ¡Hostia santa!... Que desde que bajasteis al seno de vuestra Purísima Madre para salvarnos, dejando el cielo, os hicisteis hombre y os quedasteis con nosotros en la santa Eucaristía para consuelo y vida de las almas, luz, y ejemplo que imitar, las que elegidas por vos, a vida de perfección siguiésemos vuestro ejemplo perfectísimo de obediencia y humildad; especialmente en Belén, en el Calvario y en la santa Eucaristía; desde donde mi pobre alma se siente llamada a seguiros a vos dulcísimo Jesús mío, verdadera y única vida de mi alma y a imitar fielmente las virtudes de vuestro adorable Corazón.

Sí, mi divino Jesús víctima, un acto de santa obediencia practicado por vos, me obliga a emprender confiada en vuestro auxilio y gracia divina; me obliga a empezar esta difícil obra que la obediencia me impone. ¡Confío en vos Jesús mío, tanto como desconfío de mí misma!... que nada soy y nada puedo de mí, si vos Jesús de mi alma, no me lo hacéis todo, nada podré decir.

Esta historia de mi vida, de no pequeño trabajo, y muy grande sacrificio; en las actuales circunstancias, me es casi imposible, si no creyera y esperara que vos, Señor mío, lo haréis todo; al fin de mis días, cuando siento que decae el día de mi existencia, próxima anochecer, cuando he perdido casi la memoria, y los entusiasmos y energías de la juventud pasaron sin realizar este mismo mandato, porque al empezar, siempre se presentaban asuntos de mayor importancia que absorbían mi tiempo, que pasé tranquila dedicando todas mis fuerzas, en formar las almas, que desde muy joven vuestra bondad y misericordia infinita mi buen Jesús, confiasteis a mi cuidado, encargándome las formara para vuestra adoración en el Augusto Sacramento del altar en donde vuestro Corazón adorable tiene sed ardiente de ser adorado por

almas puras y sacrificadas que se identifiquen cada día con vos, víctima de amor por nosotros los pecadores... ¡Oh Jesús mío! Qué elección tan divina hicisteis de vuestras Capuchinas Eucarísticas que arden en deseos de consolaros y reparar con el amor sacrificado de completa víctima, los abandonos y olvidos de vuestras criaturas. ¡Oh amor de mi alma! ¡Qué felices somos en cumplir vuestro deseo... de adoraros, por los que no os adoran ni os aman! ¡Enséñanos a amaros y a cumplir vuestra voluntad, no buscando otra cosa que agradaros en todo, víctima adorable!

Me confunde, Jesús mío, pensar en la obediencia de escribir mi vida, tan llena de miserias y pecados, tanto como recibidas misericordias y favores patentes de vuestro adorable Corazón que tanto me ama.

Vos, ¡oh Dios de mi alma!, que adoro con amor en la santa Hostia y en la cruz, puede fortalecerme, alumbrarme y dirigir mi pluma, para que cada letra que estampe en el papel sea un acto continuo de amor y reparación, que unido al sacrificio, suba hasta vos, como el incienso que se consume delante del altar, y llegue a vuestro trono unido a las adoraciones que recibís de vuestras capuchinas adoradoras.

¡Señor mío! Sed vos el que me ayudéis; la obediencia expresa da ánimo a mi pobre corazón e impulso a mi pluma para cumplir lo que me mandan sin que me aparte, Dios mío, de las reglas que me ordenan, humildad, sencillez y verdad. Vienen a mi mente multitud de ideas... que no sé expresar... se presenta un cuadro tan maravilloso ante la vista interior de mi alma... que no sé desarrollar... ¡Qué multitud de pensamientos acuden a mi mente e imaginación, que quisiera desenvolver en un instante! Y no puedo... ¡Oh mi divino Jesús, vida de mi alma! ¡Qué vida la mía tan llena de misericordias y de vuestro amor, tan colmada de favores y beneficios! ¡Me vieron Señor tus ojos divinos a mí, vil gusanillo de la tierra, antes que me formaseis de la nada... y con amor infinito pensabais en mí y me amasteis... mariposilla veleidosa que buscaba la luz para abrasarse, y os encontré a vos divina luz en el santo tabernáculo, me trajisteis con el calor del amor de vuestro corazón, y allí quedé presa, Jesús mío, en los amores divinos de la Eucaristía!

¡Oh entonces! Mi pequeño corazón cómo dejaba sus infantiles juegos para ir a vuestro sagrario donde me atraíais con una fuerza irresistible... y vos Rey de cielos y tierra esperabais tantos años este corazoncito para hacerlo vuestro, cuando no conocía más amor que el vuestro, y extrañada decía a mis padres después que salí de educanda: ¿Cómo podéis vivir contentos, sino vais al sagrario?

Así, mi Jesús, robasteis el corazón de vuestra esclava y me disteis una madre tan santa que desde antes de nacer, me ofreció a vos, y así preparabais mi corazón para vos, colmándome de misericordias a esta ruin y pequeña esclava y víctima de amor a vos, Eucaristía divina. Todas estas verdades me abisman y confunden, me anonadan e

incapacitarían por el temor; si la confianza grande que siento hacia mi Dios no me animara a cumplir la obediencia, que hará milagros.

Sí, Jesús mío, en toda mi vida ha resplandecido siempre el poder y bondad de vuestro Corazón divino, tanto más cuanto más vil y miserable, indigna y despreciable, he sido el instrumento de que se ha servido el Señor para manifestar su omnipotencia y amor... ¡Oh Jesús, Esposo dulcísimo de mi alma, que sería tan continuada y encadenada de gracias y favores por parte de vos, Dios mío, y de culpas y pecados e ingratitudes por parte mía! ¡Qué amor y misericordia habéis usado conmigo! Déjame pensar en ellos, Dios mío, hasta sentir mi alma embriagada de amor y gratitud hacia vos, y saltar de júbilo, acordándome del amor sin límites que supone en todo un Dios amar a un gusanillo miserable, que tantas veces había de revelarse contra su hacedor... ¡Cuántas veces, Jesús mío, os fui infiel! Y vos, ¡cuántas veces me habéis perdonado... con tanto amor, como si olvidaseis mis ingratitudes e infidelidades! ¡Qué amor y misericordia, Jesús mío, la vuestra!... ¡Qué delirio y locura de amor por mí, Dios mío!

No sería tanto, si todas las gracias y beneficios que a mí me habéis dispensado se las hubieras hecho, Señor, a otra alma más fiel y agradecida que la mía. Este pensamiento me llena de pena y dolor, y grandísima confusión, al mismo tiempo que me alienta a trabajar y obedecer con más entusiasmo y ahínco en la santificación de mi alma, y de las almas que me tenéis encomendadas. Así podré llenar los amorosos designios, que no puedo dudar tenéis vos, Dios mío, formado de mí, vuestra indigna esclava; vos, Señor, os complacéis en buscar los instrumentos más miserables y viles para ejecutar vuestras obras, para que reconociendo la nada del instrumento para vos solo sea la gloria y alabanza.

En las distintas épocas de mi vida, cuatro directores me mandaron escribir mi vida, el primero P. Valencina en el año 1899. Mi buenísima M. Abadesa me lo prohibió, entendiendo debía dedicarme antes a formar mi espíritu y practicar virtudes, antes que referir las misericordias del Señor en hacerme sentir locura de amor por la cruz, y por la santa Eucaristía. Aquel santo capuchino que nos dejó su seráfico espíritu en sus hermosos libros, ¡ayudó tanto a mi alma... enamorándome del sacrificio y la inmolación en la cruz de la penitencia y del sacrificio!

Ahora conozco, Dios mío, que es vuestra voluntad, como me queréis unida a vos en la cruz. Ahora es mayor el sacrificio, y más claro y terminante el mandato del director actual de mi pobre alma, que siendo un santo varón muy dado a la oración y muy amado de Dios, confío que me ayudará a cumplir como debo el querer divino, desterrando el temor y recelo que se apodera de mi ánimo, pareciéndome imposible poder cumplir como me lo mandan. Espero Señor en vuestro auxilio, y recibir en descuento de mis infidelidades; mis temores, por lo difícil que se me hace este sacrificio que hoy empiezo en vuestro nombre y en el de vuestra Madre y

nuestra María Santísima en su fiesta del Pilar de Zaragoza, doce de octubre de mil novecientos treinta y uno.

Sor Trinidad del Corazón de María.

L8 C38 (61-65)

[EN CASOS QUE LAS RELIGIOSAS TENGAN QUE ABANDONAR EL CONVENTO]

Recurso para que las capuchinas eucarísticas continúen su vida de víctimas a Jesús Hostia, en caso de alguna Ley gubernativa, en las actuales circunstancias de revolución, nos disolviesen hasta el punto de tener que abandonar nuestros santuarios de adoración; quedaríamos todas unidas al servicio de las parroquias y del clero, en las condiciones que la superiora General con su Consejo les ordene. ¡*Aparta* de nosotras, Señor mío, el castigo, y no nos eches *nunca de tu nido*! *¡Que el gavilán acecha!...*

I

Reflexiones sobre nuestro porvenir en las actuales circunstancias. Amenazas de exclaustración y revolución antirreligiosa y masónica

Enero, año 1931 *(Al final pone 1932*)

¡Adoremos a Dios, en Espíritu y en verdad!

Hijas mías: ¡El Señor nos dé su paz!

Si somos hostias de Jesús Hostia, escondidas en nuestros monasterios, como Jesús en el Sagrario, por la obediencia que es una muerte voluntaria, somos realmente hostias, vacías de sí mismas, llenas de Jesús, de su amor y celo, de su gloria por la obediencia voluntaria, virtud que tiene la especial propiedad de santificar todo lo que toca, y divinizar todo, aun las cosas más indiferentes y sencillas, elevándolas al orden sobrenatural; la religiosa obediente es víctima, rica de méritos, limpia de culpa, es hostia pacífica que se inmola sin cesar por el amado, sobre el altar divino, querer Jesús en la persona del superior, que es el Dios verdadero de la religiosa obediente, que de continuo se sacrifica en unión de la Hostia santa y como esposa amante hizo entrega por su voto de obediencia total, incondicional y amorosa a su amado Jesús Eucaristía. ¡Qué dichosa el alma que ha merecido de su amado Jesús esta dilección!

¡ Cuán felices somos las capuchinas eucarísticas si logramos ser dignas hostias con Jesús Hostia! ¿Podremos decirle con verdad a Jesús, nada tengo, nada quiero, que me impida decir con nuestro seráfico padre san Francisco "Dios mío y todas las cosas"? Encendamos en

nuestro corazón, en ese fuego divino que arde en el tabernáculo cuando nos acercamos a Él a adorarle ... imitando las virtudes de esa Hostia pura, santa, inmaculada; y nosotras, que por vocación especial somos sus adoradoras, ahora Él nos exige nos convirtamos en sacerdotes con el sacerdote, y en la hostia eucarística por Jesús y con Jesús, en el sacrificio y en las ofrendas, haciendo de nuestro ser un pan sin levadura (purificado de las escorias de nuestros vicios) para que Jesús quede en nuestras almas a fin de animar y santificar todos nuestros actos.

¡Oh qué felicidad la nuestra si la ofrenda que hoy hacemos al Señor en medio de la persecución y amenazas que nos invaden por todas partes, nos acercamos al Esposo amantísimo de las almas puras, el dulcísimo Jesús Sacramentado! Ofreciéndonos nuevamente a Él en servicio de sus ministros para coadyuvar con nuestros sacrificios y cooperación a la salvación de las almas en las parroquias, y a donde nos destinen los prelados, para auxiliar al clero en la parte doctrinal y catequesis ...

Si el divino Maestro nos acepta, ¡oh felicidad la nuestra, capuchinas adoradoras! Si nuestra ofrenda es irrevocable, entera, no reservándonos nada, alma, cuerpo, entendimiento y corazón, nuestro holocausto de amor ha sido verdadero y para siempre.

II

Las capuchinas eucarísticas externas auxiliares de las escuelas (sólo en caso de exclaustración forzosa) atenderán a las nuevas necesidades de las escuelas creadas por los males de la época presente, (en la parte y servicios que los diocesanos les concedan), que tiende a perfeccionar el concurso aportado por las señoras piadosas que de buena voluntad ayudan a las obras parroquiales, y iglesias pobres y abandonadas.

Ahora, por desgracia, empieza ya a sentirse en nuestra patria la necesidad de un nuevo apostolado.

Nosotras, sin apartamos nunca de nuestro fin de vida eucarística, uniremos a la vez la activa, cooperando al apostolado, de un modo especial a honrar en el Santísimo Sacramento el sacerdocio de nuestro Señor Jesucristo en Él mismo y en sus sacerdotes, coadyudando a las parroquias y clero generosa y humildemente; principalmente por la oración y el sacrificio, especialmente las que puedan quedar reunidas en alguna casita, que puedan tener a Jesús expuesto y le adoren, como serán las novicias y maestras superioras y enfermas.

Las probadas y útiles, prestarán su a da activa obras parroquiales, asilos o centros de formación a donde las destinen las superioras, empleando su celo en laborar, en catequesis, reclutamiento, la santificación, y el ministerio del sacerdocio, unidas incesantemente a sus sacrificios, a su oración, adoración y a su labor de apostolado.

La característica de su piedad y de su espíritu son la sencillez y alegría seráfica, la humildad y generosidad de sus actos hará más fecunda su labor en unión con la Virgen Santísima nuestra madre divina que se llamó "Sierva del Señor".

No sólo viven unidas a Jesús en el santo sacrificio de la Misa, ofreciéndose víctima con Jesús víctima, y como hostias pacíficas se unen a la ofrenda y a la inmolación de nuestro Señor y a todos los actos del sacerdote divino: adoración, alabanza, acción de gracias, suplicación, reparación y sacrificio.

III

La formación de la capuchina eucarística auxiliar de colegios y asilos, tanto intelectual, pedagógica y psicológica, debe desarrollarse no sólo en el noviciado, sino en el trienio de votos simples; oran y elaboran por Cristo sacerdote y víctima, con Él y por Él con la Iglesia, su Esposa triunfante, militante y purgante; sacrifican su vocación de recogimiento y contemplación para unir su vida y oración a la vida de apostolado en las escuelas; harán su hora de oración (a ser posible con Jesús Sacramentado).

Abandonan sus méritos para el reclutamiento y santificación del clero, y su hora de oración la dividirán en dos medias por mañana y tarde; media hora de lectura y dos exámenes; el Oficio divino: las Horas menores, Vísperas y Completas; suprimiendo Maitines y Laudes; cuando la labor del apostolado excede de la mayor parte del día, procuren rezar el Santo Rosario.

En el noviciado, que no debe ser menos de dos años, se les ejercitará mucho en la oración, mortificación y obediencia absoluta, la vida humilde y sencilla, laboriosa, la hará generosa en todas las ocasiones.

IV

Deben observar fielmente las sagradas Constituciones. Se dirige a cada una según sus aptitudes, imponiendo a cada una la labor difícil y ardua de unir la contemplación al apostolado; las inicia una fuerte disciplina en ministerio tan delicado, que tiende a formar "almas de sacerdote y de víctima" para conquistar almas para Dios; y se consagran a todas las obras parroquiales que interesan al sacerdote: apostolado, catecismo, catequesis, organización del canto, patronatos, cruzada eucarística, apostolado de oración, obras de perseverancia en las jóvenes.

Los estudios del noviciado, después de los que mandan las Constituciones, siguen cursos regulares de Teología y de Moral y de Liturgia, y de formación en las obras.

V

Las capuchinas externas auxiliares de parroquias, desde el momento que salen no usarán el hábito que [llevan] dentro de clausura, y pueden usar un vestido que por su color, por su forma
y por su materia contraste con las vanidades del mundo; para que su labor sea más provechosa deben aparecer como una de tantas que pasan desapercibidas en la presente persecución sobre la cual pesa hoy tan graves amenazas.

De todos modos, aunque conformes con las reglas de la más perfecta modestia, no se distingan del de las señoritas de buenas familias mas que por su extremada sencillez.

Como insignia religiosa llevarán un Crucifijo y medalla de la Inmaculada de plata, y en la profesión le impondrán un anillo en el anular de la mano derecha con una piedrecita blanca en forma de hostia que le recuerde su consagración de víctima de la sagrada Eucaristía que hacen por voto.

VI

No olvidemos nunca que el apostolado que hemos de ejercer, es misión delicadísima y, con frecuencia, difícil y penosa; su misión es misión de amor, y debe desempeñarla con mansedumbre, caridad y paciencia.

El buen Jesús de la Eucaristía es quien nos inspira y dicta esta nueva misión. Él nos da la ciencia del sacrificio, de la abnegación, de la inmolación. Es el Dios de la luz y del amor; al pie del altar santo, con nuestros ojos fijos en la Hostia consagrada ... en silencio del amor y adoración, habla al alma víctima, al alma de su esposa a quien se ha unido por amor en su profesión y en sus votos, y esa alma que se ha dado completamente a Él, oye su voz y le sigue ... le ve y le siente en la Eucaristía con tal fuerza, unida con los indisolubles lazos de la caridad... al oír su voz dulcísima que le subyuga y en esa adoración entregada siente las inefables comunicaciones de su amor, descubre los encantos y amabilidades infinitas de su
corazón, todos sus secretos, ternuras, prodigios y excesos de su amor. De la Hostia santa recibe la capuchina eucarística el amor al sacrificio, a la inmolación, la luz que alumbra la inteligencia, y el calor que abriga las almas e inspira las más sublimes concepciones del amor, al pie del tabernáculo como en un nuevo tabor, siente que la tierra ha desaparecido ya para ella

y su vida es un cielo, porque ¿qué es el cielo, sino Dios conocido, amado, poseído? .. Se siente el alma que así ama, amada, conoce y posee a su amado y el amor le da la inteligencia de las palabras y voluntad del amado.

Y cuando Dios se ha hecho comprender y estrecha contra su corazón el alma adoradora, la embelesa con inefables delicias de su amor y de su cruz; y no tiene ya más deseo, que *uno:* comprenderle y amarle cada vez más durante los días de este destierro ... Se siente deseosa de comunicar a sus hermanos su felicidad, quiere compartir con todos los que conoce y los que viven en el destierro, aquellos goces divinos que ella con tanta abundancia siente junto a su amado en el santo tabernáculo ... Y de aquí nace el deseo y celo por la gloria de Dios, ultrajada y perseguida en estos tiempos de persecución, y no se contenta ya sólo con ser víctima, quiere ser sacerdote, y siente la noble ambición de arrastrar tras sí el mayor número de almas que pueda conquistar para Dios.

VII

En cuanto el Señor en su infinita misericordia diese el triunfo definitivo a la Religión Católica Apostólica Romana y en nuestra España vuelva la fe y libertad religiosa, que nos dejen vivir en clausura según el espíritu de nuestra santa Regla, se volverán a formar nuestros monasterios, y todas las religiosas volverán a sus nidos, a ser las adoradoras y compañeras perpetuas de Jesús Sacramentado con el espíritu de recogimiento, silencio, abnegación y santa simplicidad y pobreza que manda nuestra santa Regla, sujetas en todo y para todo con lo dispuesto por los Sumos Pontífices de la Santa Iglesia Romana a quien prometimos obediencia y amor como Vicario de Jesucristo nuestro Señor. Amén.

1932, Berja (Almería).
S. Trinidad.

[VIAJE AL EXTRANJERO]

¡Paz y Bien!

Granada, 15 de julio de 1933.

A mis amadas hijas en Jesús Sacramentado, RR. MM. Abadesa y Vicarias, y todas mis hijas de Chauchina y de Berja. Les deseo paz, amor y caridad en nuestro divino Jesús Sacramentado.

Amadísimas en Jesús mis hijas del alma: Me pedíais (todas) noticias de nuestro viaje, y no siéndome posible contestar a cada una, a vuestras cariñosas cartas, he pensado escribiros a todas en esta libreta, que compro en Granada, para anotar las cosas que merezcan llevar a la Crónica de nuestras fundaciones. Así os lo diré todo aquí, y las encargadas de la Crónica tomarán lo que convenga, y lo que no, deseo os dé algún aliento y ayuda para santificaros, que es el único deseo de mi alma, que todas mis capuchinas adoradoras beban en esas tres hermosas fuentes de la *adoración, oración y oficio divino*, la vida y fortaleza para seguir el camino, *hasta la cumbre*... ¡*hasta el cielo*!

Llegamos el viernes 14 a Granada, después de 8 horas de penoso viaje, pues madre Patrocinio y yo, todo el camino mareadas, madre Paz muy fuertecilla y doña Rosa tan cariñosa y amable como siempre para nosotras. ¡El Señor sea bendito que tanta misericordia y amor derrocha con sus capuchinas!

Al llegar a Granada con nuestras maletas, llegamos a casa de señorita Sofía, donde deseábamos descansar, y hacía dos días marchó a Madrid. Cargamos las maletas, llegamos a casa de Carmencita Arjona; su buena madre cariñosísima, no pudo recibirnos con más bondad, pero no era allí donde quería el Señor que descansáramos. Por último llegamos a casa de las señoras tías de don José López, y allí encontramos la casa abierta, llenas de caridad; nos hospedamos las tres, comimos y descansamos muy bien.

El mismo coche llevó a sor Adora a Chauchina, acompañada de doña Rosa, que tan cariñosa y complacida volvió de vuestras caridades. ¡El Señor sea bendito!

Al día siguiente comulgamos y oímos la santa misa en los Hospitalicos, y después de desayunar nos fuimos a las Esclavas para quedar allí los días que fuesen necesarios para ver al médico y visitar al señor Obispo, a quien deseábamos exponer nuestro plan y recibir sus santos consejos y bendición.

Ya ven, mis amadas hijas, cómo el Señor bendijo nuestros buenos deseos... y sigue acompañándonos como Padre amorosísimo que lleva en sus divinos brazos sus pequeñas hijas. Ya en otras os seguiré dando cuenta de todo.

Al reverendo padre Luis, de Adra, decirle cuánto sentimos no poder llegar a visitarle, ya lo haremos a nuestro regreso, si Dios quiere. Saluden al padre Capellán y a todos cuantos pregunten por nosotras, y piensen, hijas mías, que vamos todas confiadas en vuestras oraciones. Sólo deseo cumplir la voluntad de Dios que me empuja... sin la cual no podría mi corazón hacer ciertos sacrificios superiores a nuestras fuerzas. La última mirada a esos benditos santuarios de nuestra madre bendita de Gádor y de los Dolores... parecía sentir un aliento y fe que fortalecía mi debilidad, que fue *mucha, tuve momentos* horribles, hasta que Jesús se posesionó de mi corazón y me fortaleció... repitiendo con san Pablo: «Todo lo puedo en Dios» (Flp 4,13).

Que el Señor os conceda todo su amor y gracia para más amarle y servirle con entusiasmo y alegría, y el Seráfico padre os dé su santa bendición, como de corazón os envía vuestra menor hermana y amantísima madre en Jesús, humilde esclava de María Santísima,

Sor Trinidad del Corazón de María, abadesa.

L4 C8 (13-15)

¡Paz y Bien!

Granada, 16 de julio de 1933.

A mis amadas MM. Abadesa, Vicarias y hijas, todas muy amadas en Jesús Hostia de Berja y Chauchina.

Muy amadas en Jesús Hostia, hijas mías de Chauchina y de Berja. Hoy hemos visitado al señor Obispo; tan amable y bondadoso como siempre nos recibió como verdadero padre, y su señora hermana señorita Apolo, estuvo extremosísima y graciosa, cogió una silla y sonriendo se puso a mi lado diciendo: "Voy a ponerme al lado de madre Trinidad a ver si me pega su santidad (¡pobrecita, qué engañados están!), sus cosas". Después de hablar largamente con Su Excelencia y de recibir con gratitud sus consejos, quedamos en irnos a Madrid a pedir al señor Nuncio nos conceda la fundación de París, si es voluntad de Dios, con carta de recomendación; y nos dijo que le esperemos en Madrid, que el 23 piensa pasar por allí de paso para San Sebastián, donde piensa pasar una temporadica de descanso en el colegio de padres Agustinos de aquella capital.

Ayer llegamos a las Esclavas las tres, donde nos atendieron mucho, y nos instalamos en unas habitaciones de las señoras que hacen ejercicios, nos dieron de todo y una hermana que nos servía la mesa, que era una sierva de Dios, ¡qué cariñosa y qué buena! ¡El Señor sea bendito... que tantas dilecciones tiene con nosotras!

Nos concedieron entrar en su capilla interior donde teníamos al Santísimo a un paso, y así tuvimos el consuelo de estar con él día y noche, aun durante la noche al primer despertar volábamos a prosternarnos delante del sagrario... y en aquel silencioso altar qué bien oí a Jesús *pedírmelo todo*, que yo en su divina presencia le ofrecí con todo amor y entusiasmo de mi alma agradecida.

Me pareció tan contento el divino Prisionero cuando al ofrecerle vuestros corazones, que yo me esforzaba por cubrir las miserias del mío con las virtudes de mis hijas... todas; pero como me veía tan manchada y llena de pecados, quería que su misericordia me ocultara en sus llagas... y, ¡oh mi Jesús amor misericordiosísimo, que siempre dejas caer sobre el alma arrepentida las gotas de bálsamo y de dulzura, que convierte en amor suyo todos los pesares de la vida!... y cogiendo mi corazón como una pelotilla de barro le dije con un ímpetu de amor que él me dio. *¡Tómalo todo!*... y dame ahora una chispa de tu amor divino, para que jamás os desagrade... Y me parecía ver en su mano divina como una conchilla sucia y fea y al tocarla Jesús con su dedo divino, soltó todas sus miserias... y al acercarla a su Corazón amorosísimo y sentir el calor de aquella hoguera divina se *abrió*, y me pareció ver dentro el corazón de todas mis hijas de Chauchina y Berja que Jesús acariciaba con delicadezas divinas y guardó dentro de su amorosísimo Corazón.

Yo creo, hijas mías, que Jesús me ve tan niña, que cuando teme abandone su cruz y deje el camino que él me señaló, de *víctima* en el calvario, me enseña estos dulcecillos para alentarme.

Hoy tarde, domingo 16.

Nos levantamos temprano, comulgamos y oímos misa en la iglesia de las mismas religiosas Esclavas, desayunamos y salimos a recoger las maletas y despedirnos del padre don Juan, del señor Magistral, etc. y ya nos quedamos con doña Sofía, que nos llevó a Chauchina, donde almorzamos.

¡Qué recibimiento tan fraternal y cariñoso el de aquellas hijas tan amadas de Dios y del corazón de su pobre madre! ¡Cómo nos pedían entrásemos dentro! ¡Y qué sacrificio tener que comer con rejas de hierro, teniendo nuestros corazones tan estrechamente unidos! En Jesús Hostia el amor se identifica y se hace más grande y fuerte nuestra unión. Nos despedimos ofreciéndoles volver con licencia para estar unos días dentro antes de nuestro regreso a Berja, y en la iglesia donde estuvimos a despedirnos de nuestra madre bendita de los Dolores y pedir la bendición a nuestro Amor sacramentado, sentíamos los suspiros y ansias de aquellas almas

que ofrecían gustosas sus sacrificios a Jesús en unión de los nuestros, que al despedirse de aquel primer nido de palomas eucarísticas dejé mi corazón sobre el ara santa donde quería inmolarme totalmente con Jesús, mi única y verdadera vida de mi alma, como su *pequeña víctima*.

Volvimos a Granada, en donde nos esperaba la familia de don José López, para despedirnos de cuantos nos esperaban y salir a las 8 en el rápido para Madrid.

Al llegar a la casa encontré a su padre (mi hermano Carlos) y me dio una plática de las suyas... para convencerme no saliera de España, que era incomparablemente mejor que las demás naciones en paz... me anunció el martirio... y no sé cuántas razones para hacernos desistir de lo que creíamos nos pedía el Señor. Pronto lo convencí que sus razones me daban una decisión y alientos para seguir nuestro camino en pos de Jesús... y de las almas que él me manda conquistar para víctimas y adoradoras de su Amor sacramentado.

A las 6 llegó doña Sofía con el auto que nos había de conducir a la estación, llegamos a doña Jacoba a despedirnos... ¡Qué rato de tanta alegría!... Ella nos pagó el coche y nos dio 100 pts. para ayuda del viaje. Llegó nuestro buenísimo padre don Juan Cuenca y nos aconsejó tomásemos el tren de las 8 para Córdoba la mañana siguiente y pasásemos por Cabra unas horas a despedirnos de la señora Vizcondesa de Termens, y siguiendo sus santos consejos dejamos el viaje para el 18. Vamos avisar a don José Alonso que nos espera en la estación y quedaremos en casa de doña Sofía esta noche.

Adiós, hijas de mi alma. Encomendarnos mucho a nuestro Señor en vuestras oraciones, una muy especial por mi intención. Escribiré desde Madrid, Dios mediante. Que el divino Amor sacramentado encienda más su amor en nuestras almas. Vuestra madre y hermana sierva en Jesús Eucaristía,

Sor Trinidad del Corazón de María.

Sor Patrocinio de San José.

L4 C8 (16-19)

Madrid, 19 de julio de 1933.

Jesús Eucaristía reine en el corazón de todas mis amadísimas hijas. En su divino amor nos abrase para que me haga digna de ser su humilde sierva.

Amadísimas hijas en Jesús Sacramentado: Ayer no pude escribiros, llegamos muy cansadas. Hoy, después de oír la santa misa y comulgar con las buenas Esclavas de la Divina Infantita, donde nos hospedamos, gracias a Dios, voy a deciros algo de nuestro viaje.

Como os decía en mi última, el domingo hicimos noche [en] casa de doña Sofía, después de dejar en el sanatorio de la Inmaculada a madre Paz, la pobrecita muy resignada y triste, yo me traería esa espina en el corazón, me costó mucho dejarla, pero su enfermedad necesita estar allí siquiera un mes bajo el plan del médico.

Nos levantamos muy temprano el lunes, fuimos al Perpetuo Socorro a comulgar y oír la santa misa, desayunamos, y llegó don José Alonso con el auto, cogimos las maletas y al tren, en donde doña Sofía nos dejó recomendadas a unas buenas señoras que iban a Málaga, que estuvieron con nosotras muy cariñosas hasta que cambiamos de tren. Cuando tomamos el de Córdoba nos quedamos solas, porque el buenísimo de don José se salía al pasillo a hablar con otros caballeros, y así pudimos nosotras rezar el Oficio divino, el Rosario y hacer oración... ¡Cuántas cosas pensaba en el tren pasando por tantos pueblos! Buscando nuestros corazones *¡su nido!*... Cada pueblo, nos parecía ver el sagrario en aquellas torres... y no acabábamos una visita, en cada cual rezaba una estación y hacía ¡lo que él me dejaba hacer!

¡Qué lejos me parecía Cabra! Llegamos a Cabra a las 4,30. La señora Vizcondesa nos esperaba con Carmencita en la estación, tan cariñosa y buena como siempre lo fue con nosotras, nos llevó a su hotel, nos hizo tomar una cerveza y vimos aquella morada tan rica de todo, con muchos jardines y agua que elevaba el corazón a Dios... ¡Aquellas montañas en donde se divisaba la amada patrona Nuestra Señora de la Sierra!...

¡Madre mía Santísima, cómo atraes este pobre corazón a vuestros santuarios! ¡Bendita seas! En el mismo coche nos llevó a su hermosa casa, en donde vimos todas sus riquezas en tantas cosas preciosas, y sobre todo su oratorio, en donde tenía imágenes hermosísimas, rezamos en él al santo Cristo, hermoso de verdad.

Nos dio nuestra amadísima bienhechora una espléndida comida, y pasamos con ella un rato gratísimo bendiciendo al Señor que nos había dado en aquella excelentísima señora Vizcondesa el corazón de una madre para sus capuchinas... Estuvo Carmencita cariñosa y expresiva como una hermana de verdad, y sus tres niñas parecían tres angelitos preciosos y mimitos, muy cariñosa.

Tomamos el coche, que dentro de la misma casa de la señora Vizcondesa subimos, a las 8,30 de la noche (desde donde hablé con mis hijas de Berja en el teléfono, antes de salir de casa de la señora). Salió el coche hacia Aguilar del Campo donde tomamos el tren rápido para Madrid, que la señora nos pagó en primera, a los tres, y nos despedimos de la señora agradecidísimas. ¡El Señor se lo premie todo!

Entramos en el tren, que iba todo lleno, y quedamos en un vagón que iban dos caballeros (uno nos pareció sacerdote). Ellos iban casi durmiendo, nosotras nos pusimos en un rinconcillo con nuestro rosario muy apretado. El pobre de don José se encargó de las maletas, y a madre Patrocinio se le derramó en el asiento una botella de limonada y tuvimos que volver el asiento.

Allí sin movernos, porque el padre cura que iba con nosotras no nos decía nada, y nos daba susto de verlo como enojado de vernos allí. Nosotras no podíamos dormir nada, pero muy callandito, para no molestar aquellos señores. Don José no tenía paciencia y se salía a los pasillos. Antes de clarear el día nuestra pena era dónde podríamos comulgar... serían las 6. Despertó aquel buen sacerdote y se salió a los pasillos con don José; le preguntó quien eran aquellas dos benditas monjas que se le habían metido allí. ¡Qué sorpresa cuando nos vimos sin conocernos a los 12 años, que fue a San Antón a dar los Santos Sacramentos a mi querida hermana sor Pura! Era el señor Vicario de Melilla, don Sebastián Carrasco, que venía de pasar mala noche de vapor, y le sentó mal no estar solo para dormir toda la noche.

Nos quedamos nosotras dos rezando, y al rato volvió don José Alonso a presentarme aquel buen sacerdote que considerábamos desconocido.

Madre Patrocinio, que como enfermera de sor Pura le trató mucho, tuvimos una verdadera alegría, pues entonces tenía por San Antón fama de santo por las cosas extraordinarias que nos refería mi hermana, de su ardiente celo por las almas y por su amor a la Eucaristía.

Hablamos de todo en la media hora que faltaba para llegar a Madrid; se nos ofreció aun para arreglar todos nuestros asuntos con un padre paúl de mucha confianza suya, quien también lo era del señor Nuncio, y nos dijo si teníamos dónde hospedarnos.

Le dio tanta compasión de nuestra pobreza que tomó un coche, que él pagó, y nos recomendó con interés a las Esclavitas, y quedó en volver al día siguiente a decir la santa misa y comunión. A don José se lo llevó al mismo hotel, y nosotras quedamos dando muchas gracias al Señor que nos deparó esta ayuda. ¡Él sea bendito!

Pidan mucho mis dos comunidades por nuestra obra, que veamos la voluntad del Señor en la decisión del señor Nuncio y que en todo cumplamos la voluntad del Señor. ¡Adiós, hijas de mi alma! En otra os seguiré dando cuenta de todo lo que Dios quiera. A vuestras oraciones confío mis cuidados. ¡Pedir por mí!... Lo necesito mucho... Soy cada vez más flaca y pobre, y,

sin embargo, siento mayores deseos de amar y sufrir. Vuestra madre y sierva en Jesús Eucaristía,

Sor Trinidad del Corazón de María.

L4 C8 (20-23)

Madrid, 20 julio de 1933.

Jesús Eucaristía sea el único ideal y amor de nuestras almas, hijas mías muy amadas en su divino Corazón, madres e hijas de Chauchina y Berja.

Hijas mías:

Damos gracias a Dios, descansando mucho hemos encontrado en estas santas religiosas de la Divina Infantita algo del espíritu seráfico y sencillez franciscana, que se nos hacen muy simpáticas. ¡Son tan cariñosas y buenas con nosotras que parece vivíamos unidas!

En esta pequeña capillita, tan adornada y devota, oímos la santa misa y comulgamos, y pasamos muchos ratitos con el buen Jesús, pidiéndole encienda nuestros corazones en su santo amor, para que cumplamos nuestra misión en la tierra como los ángeles en el cielo, adorándole en la santa Eucaristía en espíritu y en verdad, y expiando cuando adoramos y nos sacrificamos por la conversión de los pecadores. ¡A cuánto nos obliga Jesús, hijas de mi alma! Si vieran qué loco está el mundo... y ¡qué pocos hay que sirvan a Dios! En cambio, cuántos esclavos del demonio se ven por las calles... en cafés y plazas. ¡Da horror salir por la calle... qué escándalos en el vestir!... Parece este Madrid otro Babilonia... y cómo el alma al entrar en alguna iglesia y acercarse al sagrario parece oír a Jesús aquello del salmo: "Busqué quién me consolase y no lo hallé" (Sal 69,21).

¡Qué raticos de consuelo con el buen Jesús!... en la iglesia de padres Capuchinos nos bajaron la sagrada imagen para besarle el pie... le besé por mis hijas y le recé por todas y cada una. El reverendo padre Antonio, guardián de Capuchinos, nos recibió muy cariñoso y lo mismo los hermanos que nos atendieron mucho, y el buen padre muy enterado de nuestras fundaciones y de Roma... me dio algunos consejos que le agradecí mucho.

De paso visitamos San Francisco el Grande que es una maravilla... Pasé unos raticos junto aquel sagrario y vimos los cuadros de la vida del padre san Francisco. ¡Qué consuelo ver tan al vivo la vida de nuestro santo Padre en aquellos hermosos lienzos!

De paso para casa visitamos a la sobrina de doña Jacoba, que estuvieron muy atentos y cariñosos, nos encontramos a Jesús y a su señora que regresaban del viaje y se alegraron mucho.

Hoy no puedo continuar porque no me dejan la visita de algunas jóvenes que quieren venir con nosotras; yo pienso enviarlas ahí, pues conviene probar su vocación en el noviciado de una comunidad ya formada. Sobre esto ya les daré detalles, por hoy nada más.

Mañana pensamos ir a visitar al señor Nuncio, y os daré noticias de todo. Pidan mucho a Jesús por nosotras, que no nos separemos jamás de su divino querer, que es lo único que deseo cumplir y por él voy de paso por este destierro, estando mi espíritu aprisionado y feliz en esos benditos muros. Vuestra madre y sierva en Jesús,

Sor Trinidad del Corazón de María.

Nota: Se me olvidó decirles que el buenísimo de don José Alonso, una vez que esto va largo, me dijo se marchaba a Granada, no dejen de agradecerle lo muchísimo que nos ayuda *en todos sentidos*, yo cuando lo veo me parece el san Pedro Alcántara que el Señor puso a santa Teresa: ¡Qué buenísimo y desinteresadamente, en todos sentidos, con nosotras!

Os ruego, hijas mías, pidáis mucho a nuestro Señor por su salud, que buena falta nos hace para la obra que llevamos entre manos en la tercera fundación, en la que me hace sentir el Señor nos esperan grandes trabajos, y él nos ayudará por Jesús.

Que nuestro amor sea cada vez más generoso y fiel, que con su ayuda nada tenemos que temer, y los muchos trabajos y penas suelen encender el fuego del divino amor en este corazoncillo ruin de vuestra madre y sierva,

Sor Trinidad

L4 C8 (24-26)

Madrid, 22 de julio de 1933.

A mis amadísimas hijas en Jesús Sacramentado, M. Abadesa y Vicarias de Chauchina y Berja.

Muy amadas en el Corazón adorable de Jesús, mis buenísimas hijas:

Ayer no pudimos ir al señor Nuncio; a la hora de salir llegó la señora marquesa de Montefuerte, tan cariñosa y amable, que me dio confianza para manifestarle los motivos de nuestra venida a Madrid y, al mismo tiempo, mi deseo de buscar una fundación en el extranjero o en algún pueblo de la frontera, en prevención de que el Gobierno nos obligara a salir de los conventos, no tuviesen que volver a sus casas, de donde no vuelven como van.

A la señora le agradó mucho mi deseo y me ofreció ayudarme un poco, no tanto como ella querría, porque los hijos la dicen que primero es el sostenimiento de las escuelas

católicas... y está muy gastada y sin rentas... ¡El Señor sea bendito... que tanto gusta vernos mendigar para su gloria! Toca al corazón de estas buenas almas... pero quiere que nosotras pordioseemos por su amor, sino ¿qué mérito tendrían nuestros trabajos?

La señora quiso llevarnos en su coche a San Ginés y me ofreció volver por la tarde con el auto a recogernos a las 8. Fuimos con ella y rezamos el santo Rosario delante de aquella hermosa imagen de nuestra amadísima patrona de las Angustias, y si vieran, reverendas hijas de mi alma, ¡cuánto gocé en aquel rato! Parecía que la Virgen Santísima me ponía el cadáver de su Hijo divino en el corazón... sentía mi alma todas las agonías del Corazón purísimo de nuestra madre dolorida, y todos los consuelos del Cuerpo y Sangre de Cristo... Parece quería preparar mi corazón, para *grandes trabajos*... y se *estremeció unos instantes* la humana naturaleza... Pero, fortaleciéndome la divina Madre, me ofrecí completamente a su divino querer... sea como él quiera, soy de él y deseo me acepte por su pequeña víctima.

Salí de la Iglesia transformada completamente, entré en ella *seca como un palo*... En aquel altar purísimo, de los brazos de la Virgen Santísima adoré la divina Víctima, suplicándole me aceptara y me uniera a ella, y sentí venir a mi alma, como un volcán de fuego que me consumía *toda*, un amor... que no es solo un ansia, un calor de fuego abrasador, de llamas infinitas, que no las sé expresar, dispuesta a seguir la empresa que me parece él me ha confiado, su divino amor. Aunque todos me abandonen... el amor quedará unido a la Víctima divina, que *ha recibido*, y continuará adelante, sola *con él, intrépida* ¡porque el amor que siento en mi alma, nunca está satisfecho! ¡Cuanto más contrariedades encuentro más fuerte e invencibles son la operaciones del divino amor en mi alma! ¡Oh, entonces el alma tira con todo y dice: me basta solo su amor! el amor desnudo, *despojado de todo*, como desnudo y despojado de todo murió sobre la Cruz la Víctima divina que ayer recibí de los brazos de nuestra madre querida de las Angustias. Bueno, ya se me fue la idea que llevo en estas cartas de daros cuenta por donde voy y encomendarme mucho a vuestras oraciones con todo el interés que saben tengo, que me ayuden mis hijas en todos mis pasos... La oración es invencible, todo lo puede, y con esta confianza he venido, segura que cumpliremos en todo con alegría la voluntad del Señor, aunque las cosas resultaran contrarias a los planes que tenemos. Sólo hacer su santísima voluntad, debe ser nuestro ideal.

Esta se va haciendo demasiado larga, en otra os daré cuenta de la visita que vamos en este momento a hacer al señor Nuncio, para pedirle el permiso para París, si nos lo concede será una prueba de que quiere el buen Jesús un palomarcito de Capuchinas Eucarísticas en aquel país donde Jesús quiere bendecir.

Hasta mañana. Madre Patrocinio muy animadica la quieren mucho estas buenas religiosas y se pasa muy buenos ratos con ellas en la capillita, me encarga las salude, y que el Señor os bendiga a todas desea su madre y sierva,

Sor Trinidad del Corazón de María.

L4 C8 (27-29)

Madrid, 23 de julio de 1933.

Colegio de la Divina Infantita. Travesía de 1º, 3.

Reverendas madres e hijas muy amadas de Berja y Chauchina. ¡Jesús Eucaristía sea siempre en nuestros corazones!

Hijas mías:

Como os decía ayer, llegamos a la Nunciatura, y después de un rato, para que los guardias y porteros nos hicieran pasar al despacho de Su Excelencia Reverendísima, un capellán nos pasó a una sala de visitas mientras nos llegara la hora. Nosotras tres, pues nos acompañaba sor Ángeles, rezábamos con mucha devoción al Corazón de Jesús nos iluminara para no pedir más que lo que fuese de su agrado.

El excelentísimo señor Nuncio abrió la puerta de su despacho y nos hizo pasar bendiciéndonos y dándonos a besar el anillo: nos preguntaba amablemente quienes éramos y a qué veníamos, extrañándose fuésemos tan solas, sin que nadie nos diese carta ninguna de presentación. Le manifesté cómo deseábamos hacer una fundación en París, y antes de acabar nos dijo: «No, no hijas de mi alma, a París no, de ninguna manera, vayan a Portugal y allí la vida es más barata y el país muy tranquilo, estarán muy bien...». Yo le dije: no conocíamos a nadie, y en París unas señoras nos lo daban todo.

Y con carácter más enérgico repitió: «A París de ninguna manera, vayan a Portugal, y díganles a los padres Jesuitas que yo las envío, que cuiden de ellas». Después de casi una hora preguntando por las dos comunidades con muchos pormenores e interés, nos bendijo, diciéndonos: «Tienen mi permiso y bendición para ir a Portugal, a Italia o América etc., donde Dios las lleve, menos a París». Nosotras muy rendidas y humildes le prometimos obedecer, le rogamos mirase por nosotras, etc., y salimos muy consoladísimas del paternal cariño con que fuimos acogidas... pero sin saber a qué padres Jesuitas acudir, porque aquí no conocimos a ninguno.

Al volver a casa, estaba allí don Sebastián Carrasco, a quien referimos las buenas impresiones que traíamos del señor Nuncio, y lo que nos había dicho, esperando su santo consejo.

¡Oh, hijas de mi alma, y cómo Jesús quería que empezara aquí mi calvario... y no podía consentir que la esposa le soltara de sus brazos... y clavó fuertemente en mi corazón su cruz!...

Me reprendió fuertemente y me dijo don Sebastián: «Desde primera hora le dije a usted lo mal que hizo en venir sin carta ninguna de su Obispo, ni de presentación. Es que una cosa así ¿cree usted que le van atender nadie por su propia persona sin más ni más...? Yo si fuera su director la mandaría se volviera a Berja, y se dejara de fundaciones...»

Me despedí con un nudo de lágrimas que no podía hablar... y me retiré a la capillita donde hablé un largo rato con mi Jesús dueño de mi alma, que *cambió del todo mi corazón, me dio fortaleza y ánimos de seguirle*. Al salir de la capilla me entregan el correo con cartas vuestras, y una de nuestro buenísimo padre don Juan que me dice: «Viene aquí el señor Obispo y que el 24, dirá la santa misa en la parroquia de San Marcos a las 8, que no dejemos de ir a verle y ultimar los permisos».

Pidan mis hijas a Jesús que mañana veamos a nuestro amado Prelado y que por él veamos la voluntad del Señor, ya os escribiré dándoos cuenta de todo, si el Señor nos concede llegar allá.

Tengo una confianza grandísima en nuestro buen Jesús Sacramentado que siempre fue la luz y fortaleza de mi pobre alma. ¡Cuántas veces doy gracias al Señor que en mi noviciado me deparara aquel director santo, el padre Ambrosio de Valencina, que con tanto interés me mostró este camino, que entonces no comprendía...: Hija mía... -me decía- necesitas alimentarte diariamente de la Eucaristía (entonces no se comulgaba todos los días), vivir de la Hostia Santa... tu mirada fija en ese divino Sol del que has de recibir el aliento y fortaleza que necesitas para subir a la cumbre del Monte santo de Dios en donde el Señor quiere le adoréis en espíritu y en verdad... habrá en el camino tigres y leones que te acecharán para devorarte... pero no temas, aunque te veas sola... el Señor será tu fortaleza, y solo en él pon siempre tu confianza...»

¡Cuántas veces me alientan aquellos consejos, que sin duda eran inspirados por el Espíritu Santo, para estos momentos presentes que él me anunciaba entonces y yo no conocía!

A mis amadas hijas me encomiendo muy de veras me alcancen del Señor la luz, el amor y la fortaleza para emprender un viaje lejos de la Patria, no a donde nos esperan con deseo de ayudarnos, sino a donde ni conocemos, ni me pasó por la mente el ir, a Portugal. Este es el consejo que hemos recibido del señor Nuncio, y allí vamos llenas de fe, que allí nos envía el Señor. Ya en otra os daré más detalles. Que el divino Jesús nos bendiga a todas, su hermana, sierva y madre,

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María.

Madrid, 30 de julio de 1933.

A mis amadas hijas de Berja y Chauchina. Jesús Sacramentado *nos una siempre* y nos encienda en su divino amor.

Hijas mías, ¡recibo vuestras cartas ansiosas de saber qué es de vuestra pobre madre en este Madrid!... en la casa de la Divina Infantita, que según nos dicen, fue la casa del hermano de santa Teresa, en donde la Santa se hospedó cuando venía a Madrid, y esto me ha servido de consuelo muy grande, pues ella vendrá también con nosotras a Portugal, ¡pues me encomiendo mucho a ella! El 24, como os decía, fuimos a oír la santa misa a San Marcos, saludamos al señor Obispo, que nos dijo fuésemos a las 7 de la tarde.

A esa hora llegamos y no estaba, tuvimos que esperarle un rato, que llegó y nos recibió con mucha bondad. Le referimos nuestra visita al señor Nuncio, y se *extrañó* que nos aconsejara ir a Portugal, y nos dijo volviésemos otra vez a verle, que había comido con Su Excelencia Reverendísima (convidado) y habían hablado de todo. Le manifesté que ya nos habíamos despedido y nos daba fatiga insistir en la licencia de París porque se molestaba... «A pesar de eso -nos dijo- vaya usted y haga usted un milagro como don Bosco, y le concederán lo que pida...» (¡Yo soy una gran pecadora para hacer milagros, pero el Señor los hará cuando convenga!). Después de un rato de mucho consuelo, en que nuestro Señor le hiciese ver a nuestro santo Prelado la ruindad y miseria de esta indignísima capuchina, nos despedimos, ofreciéndole volver al señor Nuncio, como nos aconsejaba. A pesar que sor Ángeles, su amiga, me rogó no fuésemos, quise obedecer. El 25 volvimos al señor Nuncio y nos recibió un poco más serio; nos dijo que el señor Obispo le había hablado de lo que yo deseaba, y se mostró más opuesto, hasta el punto de decirnos: «Si van a la fundación buscando lugar de refugio tienen mi permiso, si es otra cosa, les retiro el permiso... estoy enterado de todo por el señor Obispo, que dice tiene usted pedido a Roma... y creo no se lo concederán, etc.».

Allí, a los pies del señor Nuncio, me sentí llena de consuelo, sus palabras me daban luz, aliento y deseos de seguir tan santos consejos... Muy agradecidas nos despedimos, manifestándole humildemente *que solo deseábamos en todo y únicamente* cumplir la voluntad de nuestro Señor... Nos bendijo a las tres y volvimos a nuestra casita a darle gracias a nuestro Señor, que más franco que en la primera visita me mostraba las disposiciones que deben animarnos para empezar *sus obras*... Nuestras miradas en Cristo Crucificado... y subir a él, sin mirar para nada la tierra, que tan fea es cuando miramos con fe las delicias y hermosuras del Cielo.

Al salir de la Nunciatura noté venían las compañeras tristes y asustadas de aquel cambio en el señor Nuncio... Yo las animé mucho, ¡que así son todas las obras de Dios en sus

principios! y que como nosotras no queremos ni buscamos otra cosa que la gloria de Dios en la obediencia, que sujetándonos a ella, no debemos temer, que tengan fe y veamos una providencia del Señor en aquella reprensión.

Madre Patrocinio muy apurada y con lágrimas en los ojos, me dice: «Madre, vamos a Berja... ¿no ve lo que nos ha dicho el señor Nuncio?». Yo las dije: Si vuestras caridades quieren irse a Berja, *las envío enseguida* y yo me voy a Portugal, que creo haber entendido del señor Nuncio nos da permiso en las condiciones indicadas, que deseo cumplir en todo para gloria de Dios.

Las dos se animaron al verme decidida, y me prometieron seguirme a donde el Señor quiera llevarnos, sintiendo mucho el mal rato que creyeron había pasado, que fue todo lo contrario, mi corazón no descansa de verdad hasta que se siente clavado con Cristo en la cruz.

No he podido escribir estos días preparando el viaje y despedidas. No teníamos dinero ninguno. Pedí al Señor si era su voluntad moviera el corazón de la señora marquesa de Montefuerte a darnos para el viaje, y ayer tarde vino tan cariñosa y amable, y me entregó *dos mil pesetas*, que yo no esperaba. Vi que nuestro Señor había tocado aquella buena señora para ayudarnos a realizar este viaje que [es] tan del agrado de su divino Corazón.

Mañana a las 8 salimos para Salamanca. Si nos detenemos allí algunos días os escribiré. Pidan mucho a Jesús Sacramentado para que nos acompañe en nuestro viaje y sea nuestra luz, fortaleza y aliento. ¡Adiós, mis amadas hijas, en vuestras oraciones confío, que hagan mucha oración, y vivir tan *unidas* a Jesús Eucaristía, que por vosotras el Señor ayude e ilumine a vuestra pobre madre, que solo desea servir y amar a quien me tiene tan obligada,

Sor Trinidad del Corazón de María.

L4 C8 (33-35)

Salamanca, 2 de agosto de 1933.

A mis amadas hijas, R. M. Abadesa y Vicarias, y todas mis Capuchinas de Berja y Chauchina, la paz amor y gracia de Jesús Sacramentado llene sus corazones de paz y alegría. Amén.

Hijas mías muy amadas: El día 31, día de san Ignacio, salimos de Madrid para Salamanca a las 8,30. Nos despedimos de aquellas buenas religiosas que nos atendieron con mucho cariño desde nuestra llegada a Madrid, prometiéndonos pedir mucho en sus fervorosas oraciones por nosotras, y una señorita muy piadosa que comía con nosotras, llamada Carmencita, vino al tren a despedirnos... ¡Era tan buena! que la animaba a venirse con nosotras...

Hicimos el viaje bastante bien y muy fervorosas las tres... nos encomendamos a santa Teresa, que parecía venir con nosotras, sentíamos de verdad su protección y amor. Me parece que, a pesar de la guerra tan feroz que el demonio me hizo en este viaje de Madrid a Salamanca, nunca sentí más al vivo la presencia real de Jesús Sacramentado en mi alma. La sagrada Comunión la sentía como acabada de recibir cuando entré en esta hermosa capilla de las Hijas de María Inmaculada. ¡Pedí a san Ignacio tantas cosas!

Me parece me voy apartando del fin de estas cartas, que es sólo anotar lo que convenga para seguir la historia de nuestras fundaciones. Perdonarme y borrar lo que no aproveche. ¡Estoy llena de fe!

Llegamos aquí cerca de las 11 y pedimos a estas buenas religiosas nos tuviesen allí unos días hasta recibir los pasaportes, que quedaron en arreglárnoslos las religiosas reparadoras de Madrid.

Aquí nos prepararon dos buenas habitaciones, donde fuimos muy cuidadas y atendidas de estas buenas madres que con tantas atenciones y cariño nos miran, que una señorita, Juanita Martínez de León, que se hospeda también en esta casa, nos ha mirado con tanta caridad, que se nos ha ofrecido a arreglarnos el visto bueno, en la cédula personal que traíamos, del Cónsul portugués, que es muy amigo suyo, y no tenemos que esperar los pasaportes de Madrid.

¡Cuántas pruebas del amor y misericordia del Corazón amorosísimo de Jesús Sacramentado recibimos!... ¡Y cuánta es su divina Providencia con nosotras desde que nos decidimos a emprender el viaje a Portugal, sin más ideal... que seguir a Jesús Hostia a donde él nos coloque!... pues humanamente hablando, vamos desorientadas de todo, y con poquísimos recursos, para instalarnos en un país extraño... pero llevamos dentro de nuestros

corazones al Todopoderoso que nos sacó de ese bendito palomar, para que coloquemos otro nido de palomicas que le arrullen y adoren por el triunfo de nuestra Religión en España... y nos saca a país extraño desde donde él quiere que ofrezcamos nuestros trabajos y sacrificios para conservar esos dos palomarcitos sin que le toquen las uñas sangrientas del infernal gavilán... ¡Oh hijas mías, y cómo Jesús dulcifica así a vuestra pobre madre las angustias inexplicables de vuestra separación!

¡El buen Jesús me unió tan estrechamente a vosotras desde el momento de salir de ahí!... que nunca fue mi amor más sólido y verdadero en Dios que cuando al salir de Granada iba mirando las montañas y pueblos que nos separaban, quizá para siempre... y al pensar y mirar mi Cristo os veía a todas dentro de sus llagas divinas y yo a la puerta, queriendo llevar en mi alma el fuego y amor que siente mi alma hacia la sagrada Eucaristía, vida de amor, de inmolación y de víctima; y como esto es lo que siente mi pobre corazón, eso ofrecía y pedía a Jesús por vosotras, que viváis todas unidas en caridad y amor, que debe ser la divisa y lema de las Capuchinas Eucarísticas... Si no hay amor verdadero que nos *una* y nos identifique con el Corazón del Esposo divino de nuestras almas... pido al Señor no retenga entre vosotras ni una sola que no sienta ese fuego abrasador de la caridad de Cristo, que hizo del Cenáculo un solo amor y sentir con su Madre santísima y amados Discípulos cuando envió su divino Espíritu...

Esto pido a nuestro divino Maestro, que todas nuestras casitas sean un cenáculo, puesto que él nos lleva siempre a la casa de su Madre santísima.

Adiós, que me alargo demasiado, y no sé por qué se me va la idea. Que él os bendiga siempre y os de su paz, hijas de mi alma. No olvidéis de pedir mucho al Señor por nosotras, que en todo cumplamos su voluntad adorable, y tenga misericordia de mí, vuestra sierva y madre,

Sor Trinidad del Corazón de María.

Nota: Se me pasaba deciros que esta mañana fuimos a ganar el jubileo de Porciúncula a la iglesia de nuestros padres Capuchinos, confesamos con el reverendo padre Guardián, reverendo padre Gaspar de Cebrones, que parecía un santo, conoció todo cuanto yo sentía... con gran facilidad le manifesté *todo*, y cómo veníamos a Portugal, él me alentó muchísimo, asegurándome *era obra de Dios*, que él nos ayudaría cuanto pudiera, que tendría mucho que sufrir... que no me acobardase, ¡que adelante!... con las miradas en Dios... ¡Oh qué ánimos y consuelos sentimos en aquella hermosa iglesia de nuestro seráfico padre san Francisco! ¡Delante de la divina Pastora, que parecía bajada del Cielo, rezábamos con un fervor...! ¡Sentí allí algo que no se sabe explicar! ¡Parecía que habíamos encontrado allí la casa de nuestro Padre!

Todo cuanto os diga de esta hora de cielo que pasamos hoy en la Porciúncula de Salamanca es poco... El reverendo padre Guardián quería tomásemos el café, pero la señora que nos acompañaba no podía detenerse, y esta tarde ha venido el reverendo padre a traernos unas cartas de recomendación y a despedirnos y bendecirnos con mucha caridad. Adiós, hagan al Señor todos los días una visita de cinco minutos por mis intenciones y con vosotras está unida en el Corazón eucarístico de Jesús, su esclava y madre,

Sor Trinidad.

L4 C8 (36-39)

Braga, 6 de agosto de 1933.

RR. MM. Abadesa, Vicarias y hijas todas muy amadas en Jesús Sacramentado, de Chauchina y Berja, ¡salud y gracia del Señor os deseo!

Hijas mías muy amadas en Jesús: Ayer 5, festividad de Nuestra Señora de las Nieves, llegamos a esta piadosa capital, a las 7 de la tarde, y en estas buenas Hijas de María Inmaculada, fuimos recibidas con mucha caridad y cariño. ¡El Señor sea bendito!

Como son españolas, y con la recomendación que traíamos de la Superiora de Salamanca, nos atienden y animan mucho, a que en esta ciudad fundemos, pues es lo más piadoso de Portugal, pues la llaman la "Roma portuguesa".

Hoy la madre Superiora nos acompañó a la visita del señor Arzobispo, que estuvo muy cariñoso y con gusto dice nos acepta por "filias". Ahora haremos las preces, que Su Excelencia Reverendísima nos ha ofrecido informar favorablemente. De palacio fuimos a visitar a los padres Jesuitas portugueses, que les entregamos las cartas de recomendación que traíamos, nos atendió mucho un hermano que es muy ilustrado y piadoso, y se ofreció ayudarnos en todo cuanto pudiesen, y me dio unos consejos que me servirán mucho.

Después nos vinimos a casa a descansar, y mañana seguiremos nuestras gestiones para buscar una casita pobre, pero en condiciones de colocar nuestro nido de adoración.

Hoy sólo os diré, hijas de mi alma, cómo llegamos a Porto con intención de fundar allí, pero me pareció una capital muy poco piadosa, y las madres del Servicio Doméstico me dijeron que quizá ni el señor Obispo nos admitiría, porque no conocen a las monjas de clausura; y me parecía otro Madrid ¡qué mundo tan loco en estas capitales sin Dios! ¡Es muy bonita y vistosa, pero, Dios mío, qué loco es el mundo! ¡Cuántas gracias tenemos que dar las que fuimos llamadas a vivir encerradas en nuestros claustros... salir de ellos y pasar por el mundo, *es cruel martirio para el alma* que vive en el claustro viendo los buenos ejemplos y virtudes de nuestras hermanas, que estimulan y animan a la santidad! ¡No así en el mundo, hijas de mi alma... que

si los sentidos no se esconden en Cristo, nos arrastran el escándalo de tanto mal! ¡Gracias que hay tantas iglesias y al entrar percibe el espíritu ese oxígeno divino de la santa Eucaristía que preserva el alma del contagio! ¡Bendito sea Jesús Eucaristía!

Desde que dejamos España el corazón latía fuertemente... y estrechando mi Cristo sobre mi pecho, pedíale fortaleza para que las compañeras no notaran mi debilidad, tuve momentos de quererme volver a España, todo lo veía obscuro y la naturaleza luchaba atrozmente, era el 4 de agosto, hicimos noche en las Hijas de María Inmaculada de Porto. ¡Qué noche de desalientos y penas! Llegamos muy tarde y no quisimos pedir de cenar, sólo un refresco. Así hicimos la meditación y nos acostamos en unas camas de paja que aquí se usan. ¡Qué noche de tentaciones! sin comunicarnos nada se nos escapaba a las dos ¡vámonos a España!

Comulgamos, oímos la santa misa, y salimos a entregar las cartas de recomendación que traíamos a los padres Jesuitas, y a recibir un consejo para marcharnos.

Allí nos recibió un hermano que nos hizo entrar en la capilla mientras el único padre que había despachaba una visita, ¡que fue larga! ¡Qué consuelo recibimos en aquella piadosa capilla!... Allí nos dio Jesús fortaleza y alientos... y una señorita piadosa, que había orando en el comulgatorio, me animó mucho a que quedásemos en Portugal, aunque sufriría muchísimo, «pues cuanto mayores penas sufriéramos, la obra sería más acepta al Señor, en quien únicamente debíamos poner nuestra confianza... que no nos abandonaría...».

Nos avisan que pasáramos al recibidor, cuando más contenta y feliz me encontraba al pie de aquel sagrario y junto aquella señorita, ¡que tantos alientos me daba!

Pasamos, y entregué mi carta y la recomendación del señor Nuncio de España que nos confiaba a los padres Jesuitas... No era el padre Superior porque éste estaba fuera y sólo quedaba allí este padre que nos dijo le parecía una locura que viniésemos a fundar aquí cuando todos estaban en el aire, que era un país muy pobre, que no conocían las monjas de clausura y que aun ni el Obispo nos admitiría, que en Porto en manera ninguna, que lo mejor que él veía para religiosas era Braga, donde él nos aconsejaba de quedarnos, residir allí, que viésemos al señor Arzobispo y él nos diría lo que teníamos que hacer. En todo coincidió con la señorita.

Sentimos tal desaliento con el padre, que casi pensé no sería voluntad de Dios, y antes de gastar el poco dinero que traíamos volvernos a España... Llegamos a la casa y dijimos a la madre Superiora lo que nos había dicho el padre, y ella nos alentó a venir a Braga dándonos una cartica para la Superiora de aquí que nos recibió con igual cariño. Preguntamos la hora del tren, y salimos de Porto para Braga a las 2,30 de la tarde, llegando aquí a las 7,30.

Ya en otra les diré, hijas mías, cuanto vaya ocurriendo. Pidan mucho a Jesús Sacramentado en todas las horas de adoración, que nos ilumine y fortalezca para conocer y cumplir en todo su adorable voluntad, sin apartarnos nunca de su divino querer.

Que el Señor nos bendiga a todas y nos tenga unidas en su Corazón adorable, le pide vuestra pobre madre y sierva,

Sor Trinidad del Corazón de María.

L4 C8 (40-42)

Capuchinas Eucarísticas de Braga, 12 de agosto de 1933.

R. M. Abadesa y Vicarias de Chauchina y Berja, y a todas mis hijas en Jesús Hostia ¡salud y paz! unidas en el Corazón amorosísimo de nuestro divino Jesús. Amén.

Hijas mías muy amadas: Hoy, día de nuestra madre santa Clara, quiero dedicaros estas pobres letras, animándoos a amar y servir a nuestro Señor con el espíritu de amor, humildad y sencillez de nuestros seráficos santos padres Francisco y Clara que nos dejaron en la santa Regla que profesamos con tanta fe y cariños.

Hoy han salido para Roma las Preces informadas por el señor Arzobispo para fundar aquí un convento de Capuchinas Eucarísticas. ¡El [Señor] haga que cumplamos su adorable voluntad y que si no ha de ser un nido de almas enamoradas de Cristo, no nos aprueben lo que pedimos!

Seguimos buscando casa, sin haber visto todavía ninguna que reúna condiciones de clausura, tal vez nos quedemos con una demasiado vistosa en la plaza de Santa Cruz, que la llaman "Casa do Coimbras en S. João de Souto".

Ya en otra os diré si nos mudamos, para la dirección de las cartas, mientras no escriba, dirijan las cartas aquí, a las "Hijas de María Inmaculada", Rua do Raio, Casa das Preladas, Braga.

Gracias al cariño y bondad de estas buenas madres que nos recuerdan mis hijas de Berja y Chauchina, cuando de noche estamos en la capilla delante de Jesús Hostia y entran al examen, me da un vuelco el corazón, me parece estoy con vosotras, y este sacrificio me da ocasión para ofrecer a Jesús nuestros sacrificios y pedirle con más fervor... ¡Qué bueno es el Señor con nosotras concediéndonos vivir en casas religiosas donde tenemos el Santísimo Sacramento a todas horas! ¡Qué vida y fortaleza da a nuestras almas la sagrada Eucaristía! ¡Bendita sea la hora que fue instituida!

Un ruego quiero haceros, hijas mías. Desde hoy día de nuestra madre santa Clara conceder la noche de todos los jueves al viernes de adoración por turno; consulten al señor Capellán si podría manifestar a las 11 y dejar después expuesto el Santísimo hasta la hora de la santa misa, y si os lo concede pedirlo al señor Vicario, y hacer todas las horas, "*la Hora Santa*", a las que les toque de vela; ofrecerlo por mi intención, que son tres: el reinado de Cristo en España; la aprobación de las sagradas Constituciones, si es voluntad de Dios, y la fundación de Braga, si es del agrado de nuestro Señor que pronto formemos aquí otro nidico de palomicas adoradoras. Sí, hijas mías, anímense a pedir, para que vuestra pobre madre cumpla *siempre* y en todo la voluntad del Señor, que es el único ideal de mis aspiraciones de toda mi vida.

Y por hoy no puedo más, todas hagan por consolar al buen Jesús y darle lo que nos pide: reparación, amor y adoración. Que el Señor os bendiga y os dé su paz. Vuestra madre,

Sor Trinidad del Corazón de María.

L4 C8 (43-44)

Capuchinas Eucarísticas en Braga, 15 agosto 1933.

A mis hijas de Chauchina y Berja, que la Madre santísima de Jesús nuestra dulcísima madre nos lleve al cielo con ella a cantar sus glorias cuando salgamos de este destierro. Amén.

Hijas mías muy amadas en el Corazón amorosísimo de Jesús Sacramentado:

Sin nada de particular, no puedo pasar estas hermosas fiestas de nuestra Madre santísima sin enviaros un saludo y pediros algo... En la sagrada Comunión os tenía a todas presentes y le pedía con toda mi alma al Corazón de Jesús nos hiciera alguna gracia en obsequio de su Madre santísima en su Asunción y Coronación... ¡Oh si pudiese hablaros mejor que escribiros, cuántas cosas querría deciros! En el camino del Calvario, Jesús se encontró con su santísima Madre y al mirarse aquellos dos corazones divinos ¡cuánto se dirían! El Hijo divino a su Madre santísima... y esta a su adorado Hijo... ¡Madre mía, en este calvario que seguimos por vuestra gloria... encontremos también la mirada de tu Jesús, que nos fortalezca y aliente... y la vuestra, Madre mía santísima, que nos enseñe el camino seguro para llegar con tu Jesús y con vos al Calvario y hasta el Cielo... ¡Que así sea Madre mía!

Bueno, mis hijas amadísimas del alma, al fin mañana nos mudamos a la casa de Coimbras y aunque no reúne condiciones para el recogimiento y retiro que conviene a las religiosas de clausura, pero estaremos aquí hasta esperar las Preces de Roma. Si nos conceden la fundación, ya veremos si el Señor nos depara una como conviene, aunque sea más pobre y pequeña. Ya os avisaré cuando venga el permiso. Pídanle no tarde mucho, pues

no nos acostumbramos a vivir las dos tan solas sin vida de comunidad, pues sor Ángeles se volverá a su casa, no es esta vocación para nosotras. En fin, ya irá el Señor mostrándonos su santísima voluntad que tanto deseo.

Estas buenas madres antes de separarnos nos animaron a visitar el santuario del Bom Jesus, y al fin fuimos con ellas, pues teníamos que ver a los padres Jesuitas que están en la montaña cerca de Nuestra Señora de Sameiro.

¡Verdaderamente este santuario es estupendo! Tiene una escala inmensa, y en ella, a los dos lados, hay unas preciosas ermitas con la *vía sacra* en tamaño natural, algunos pasos imponen, verdaderamente parecen vivos los personajes... En la de la noche que nuestro Señor pasó en el calabozo con los ojos vendados y en algunas otras me impresioné tanto que me saltaban las lágrimas, parecía que las miradas de Jesús... se fijaban en mí como si le viese vivo... Ya se pueden perdonar las fatigas del camino por el consuelo de ver a Jesús... ¡Oh! que cuando Magdalena le pregunta al hortelano dónde le han puesto... ¡es *emocionante*! parece viva y llena de fuego... y la de partir el pan con los discípulos de Emaús... ¡Ay, mis hijas! que hay cosas como estas que no son para decirlas, ¡sí sentirlas!... y darle gracias al Señor que con tanta fe y amor estos portugueses conservan este santuario con tanto esmero y devoción.

A todas mis hijas las presentaba al buen Jesús y pedía por ellas y lo mismo haré, si no tenemos la clausura, el día 27 que nos ha convidado el buenísimo señor Abad de San João de Souto para llevarnos en auto al santuario de la Patrona, Nuestra Señora de Sameiro, que es la Inmaculada Concepción, creo que hacen una peregrinación de todas las aldeas y capitales más próximas el último domingo de agosto.

Más me gustaría ir en día cualquiera que no en la peregrinación, que habrá mucha gente, pero como nos pagan el auto, porque está más lejos que el de Buen Jesús, en un monte más alto que se ve desde toda Braga. De noche da gusto ver los dos santuarios iluminados, verdaderamente que se ve en estos santuarios la gran fe de los pueblos, pues a pesar de las revoluciones y guerras de tantos siglos, ¡con qué amor y fe conservan estos santuarios!

Y por hoy ya va demasiado larga esta carta con noticias que no son del caso, pero el Señor hace que las amarguras de tantas contrariedades y pruebas se nos dulcifiquen viendo que aun hay fe en Israel.

Me daba tanto consuelo cuando nos decía un padre pasionista, que aunque había mucha gente de todas clases, masones, protestantes, espiritistas, etc., pero que en los tres años que lleva aquí, no han oído una blasfemia, ni en mayores ni en niños en ninguna parte, ¡en cambio en España...!

Las iglesias diariamente llenas de fieles y muchos hombres en la santa misa. ¡Bendito sea el Señor que atrae a su Tabernáculo las muchedumbres, aun sin apenas conocerle, y se

sienten atraídos por aquel imán divino que adoramos en la sagrada Eucaristía ¡Bendito sea el amor de aquel Corazón divino que vino a prender fuego en los corazones de los hombres!

Adiós, hijas de mi alma, que os acerquéis a Jesús siempre con corazón humilde y lleno de fe, que él lo llenará del fuego del amor y os dará fortaleza y alientos para haceros santas. Pedir por vuestra pobre madre y humilde sierva que os desea la bendición de nuestra madre santa Clara y padre san Francisco: «El Señor os dé su bendición y *os guarde*, muéstreos su rostro y tenga misericordia de vosotras, y convierta su rostro a vosotras y déos su paz a vosotras, hermanas e hijas mías, y a todas las que han de venir y permanecer en nuestro colegio y a todas las otras, así presentes como futuras, que [perseveren] hasta el fin en todos los monasterios (de pobres Capuchinas Eucarísticas) de las dueñas pobres, etc.»

Es cuanto pide y os desea vuestra esclava e indigna madre en Jesús,

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María.

L4 C8 (45-47)

Braga, 20 de agosto de 1933

Reverendas madres e hijas muy amadas en Jesús Sacramentado de Chauchina y Berja. La paz y gracia, amor de nuestro Jesús Sacramentado sea la vida de nuestras almas.

Hijas mías: al fin vinimos a esta casa el jueves; tiene la parroquia junto a la huerta o compás de la casa, se ven las luces por las ventanas de la iglesia y se oye los cánticos como si estuviésemos en la iglesia.

La noche del jueves tenían la Adoración Nocturna, y se oían los cánticos, y por un cristal de la vidriera veíamos la custodia, ¡estábamos encantadas! toda la noche, pues en la plaza hay otras religiosas e iglesias donde hacían la Hora Santa y nosotras nos uníamos en espíritu y toda la noche la pasamos arrodilladas mirando a Jesús y pidiéndole gracias... Y por vosotras ¡cuánto pedí de amor y de gracias... ¡Oh, cómo el amor de Jesús nos hace cada vez más suyas!

Aquí no podremos estar mucho tiempo; además de ser muy cara, está muy dominada y vistosa, y yo querría una casita escondida y retirada donde podamos dedicarnos por completo a nuestra vida de adoración y recogimiento. Confío que si el Señor nos quiere aquí nos dará los medios. Veremos cuando lleguen las Preces de Roma dónde ponemos el nido.

En mi anterior se me pasó deciros nuestra visita a los padres Franciscanos en el Monteoriol. Teníamos que ver una casa que nos aconsejaban tomásemos junto al cementerio,

que desde allí se veía muy bien la casa de los padres, y en medio camino ¿quién no sube aquella montaña?

Era el día de nuestra madre santa Clara. Después de almorzar subimos al Monteoriol, llegamos rendidísimas... ¡Qué hermosa iglesia en aquellas alturas!... Madre Patrocinio, sor Ángeles, con la madre Desamparados, del Servicio Doméstico, pasaron al recibidor a ver al padre Guardián de padres Franciscanos, y yo sola quedé en la iglesia con mi amor escondido en el sagrario. Sólo con él necesitaba hablar y descansar... Una hora larga pasé junto aquel sagrario. Se oía ensayar una misa en el coro alto, en órgano algún padre, mientras me parecía estar en mis primeros años de religiosa en el convento de San Antón. ¡Se parecía tanto la iglesia y el coro!... sin retablos y muy limpia. Entró un niño pobrísimo como de 12 años a pedirme limosna, y salí a darle lo que llevaba, un escudo, y él llamó a la portería diciendo que yo esperaba.

¡Allí mis compañeras en sus glorias!... con el padre Guardián tan cariñoso; nos enseñó todo el colegio, soberbio y espléndido como para 200 niños y haciendo obra. ¡Qué cansada me sentía! ¡No sé cómo pude bajar! Agradecidísima a las atenciones de aquellos buenos padres nos despedimos tomando la cuesta abajo y llegamos al colegio de María Inmaculada para cenar, y después del examen y un ratico con Jesús nos recogimos a descansar. Cuando nos mudemos a la nueva casa os avisaré y seguiré dándoos más detalles de todo, mientras tanto, rogar por mí a Jesús, le ame mucho y le sea siempre fiel. ¡Adiós mis hijas del alma! No os canséis de amaros mucho, disimulando mutuamente vuestros defectos hasta el punto de no fijaros más que en las virtudes que se practican, y los defectos encomendarlos a la Madre bendita que nos aceptó por sus hijas, y si tomamos de ella ejemplo, que es modelo perfectísimo de las Capuchinas Eucarísticas, se harán santas muy pronto, que es lo que más anhelo, pide a Jesús Sacramentado para todas sus hijas, vuestra p. madre afma. en Jesús,

Sor Trinidad.

L4 C8 (48-49)

28 de agosto de 1933, Braga (Portugal)

Amadísimas hijas en Jesús Sacramentado: Ayer bajamos muy tarde de Nuestra Señora de Saneiro. ¡Qué hermosa resultó la peregrinación, qué concurrencia y qué fe se veía en aquel hermoso santuario tan concurrido de todas partes! Yo pasé casi el día en el coche, tenía un dolor de reuma en la cadera, que no estaba para nada, y hoy al salir a misa me quedé sin movimiento y no sé cómo pude llegar a la casa, y cada día peor, se trata de una ciática y no sé los días que estaré en cama y sin saber si estaré para mudarnos a la casa nueva. Parece ser

un regalico de Jesús, que me quiere toda suya, y con gusto le he ofrecido cuanto quiera enviarme, para que bendiga esta fundación que no estaba en nuestros planes, pero sí en los de Dios. Él sea bendito que tanto nos favorece.

Al fin viene Ducinda, la buena criadita que nos dieron en el Servicio Doméstico, que aunque de mucho genio, tiene gran caridad para con mis dolencias. ¡Dios acude a la mayor necesidad, y aunque tan sola de criaturas él suple con paternal providencia! Y tomo una casa por 300 escudos, bastante buena, en la Rua do Alcaide, muy cerca de los padres Pasionistas españoles, que me ofrecen traerme todos los días la sagrada Comunión. ¡Dios sea bendito! que es el mayor y único consuelo en el destierro.

Esta mañana vino el señor cura párroco de S. João de Souto a darme la sagrada Comunión. Sin duda conoció que la noche había sido dolorosa. No recuerdo las horas de agonías que sufrí, pero él me escogió para víctima y quiere le siga en su pasión santísima... Procuro refugiarme en su divino Corazón. Allí me da a beber su sangre preciosísima que fortalece mi miseria y debilidad... y al mostrarme el camino espantoso que me prepara, a sufrir abandonos de aquellas almas que preparé para su gloria con toda la ternura de mi corazón... Parecía decirme Jesús: «quiero hacerte sentir el mayor dolor que yo sufrí, cuando Judas me vendió y los demás huyeron en los momentos que mi corazón buscaba algún consuelo, no lo encontré... Yo haré este favor a tu alma, que sientas la soledad y abandonos que yo sentí... para que me acerques almas penitentes y sacrificadas que calmen la sed de amores que mi corazón siente en el sagrario tantos siglos abandonado y ultrajado de aquellos amigos que escogí para mi gloria y consuelo».

Al despedirse el señor Cura me preguntó: Madre ¿sufre mucho? ¡coladita doente!... ¡Oh Jesús!... había entrado en mi corazón en el momento *más decisivo*, de muerte o vida; no encontré enfermera que limpiara mis sudores, ni oía aquellos pasos, que en las enfermedades sentía venir a darme algún consuelo... Lo buscaba y sólo mi Jesús me mostraba su rostro divino, y su mirada dulcísima me alentaba a beber el cáliz... ¡Qué dolores venían a mi alma!... ¡Qué pocos amigos tienes Jesús mío! Y comprendía perfectamente que Jesús cogía de su Corazón adorable un rayito de fuego, acercándolo a mi corazón, sentía quemarlo cauterizando sus llagas... porque quería posesionarse de él para siempre... y no dejaría ni rastro de tierra, para formar en él su pequeño cielo como trono para descansar en la tormenta que *se acerca*, ¡que los españoles preparan para echarlo de su nación predilecta! y quiere buscar un número de almas escogidas donde descargue su Eterno Padre el brazo de su ira vengadora, ofendida por los malos cristianos y ministros suyos...

¡Oh! qué espanto siente mi espíritu al ver los acontecimientos horribles que les espera a muchas almas, entre ellas muchas de vos-otras padeceréis persecución hambres y trabajos... pero confiar mucho en el Señor y no temáis, la Santísima Virgen, nuestra dulce madre, ha

pedido para vosotras indulto, y no moriréis ninguna, velar mucho y orar para que os hagáis dignas de las misericordias del Señor.

Y basta por hoy, encomendarme mucho al Señor y ofrecer por mis intenciones unos minutos de adoración, rogar al Señor me guarde en su divino Corazón, en donde quiero viváis todas unidas amándole, y amándoos como él desea de nosotras. Escribirme a la nueva casa, Rua do Alcaide, nº 21. Braga; decirme cómo van de todo, lo mismo en Chauchina que ahí, mientras el Señor me conceda volvernos a reunir,

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María.

L4 C8 (50-52)

Septiembre, 22 de 1933, Braga (Portugal)

RR. MM. Superioras de Chauchina y Berja.

Muy amadas madrecitas y hijas carísimas en el Señor y su santísima Madre y nuestra.

He recibido vuestras cartas, que me llenan de consuelo vuestro fervor y buenos deseos. ¡El Señor os haga suyas!

Hoy vino el médico, y no pudiendo encontrar la causa de esta ciática, quiere quemarme la oreja y ponerme botones, que creen me levantarán ya de la cama, más de un mes. ¡Bendito sea nuestro Señor, que tan pegadica me deja a su Corazón adorable! Como lo esperamos hoy, tal vez después de esta operación os escriba mejor. Es tan fervoroso y tan bueno el médico del colegio de las religiosas del Corazón de María, don Jacinto Torres, es muy cariñoso y no cobra nada. ¡Dios se lo pague!

Adiós, os ruego con el mayor interés permanezcáis unidas a Jesús y María como lo estuvieron los discípulos en el Cenáculo, como dice el santo Evangelio: «Perseveraban unánimes en oración» (Act 1,14). Este es, hermanas carísimas, el espíritu de nuestra transformación de Capuchinas solamente, en Capuchinas Eucarísticas, pues Jesús dulcísimo y su Madre santísima y nuestra, exige de nosotras la *imitación* de su Escuela, su Cenáculo, y que encuentre en cada comunidad un Cenáculo donde el divino Espíritu nos visite amorosamente, y nos cubrirá de sus *dones y frutos* dulcísimos.

No olvidéis que el amorosísimo Corazón de Jesús en la Eucaristía tiene sed de almas que con sus adoraciones y penitencias obliguen al Padre Eterno a enviar al mundo su Santo Espíritu como lluvia de fuego que purifique los enormes crímenes y pecados de que está cubierto, porque el fuego de la verdadera caridad se ha convertido en heladas de odios y rencores... y la caridad, aun de sus mejores amigos, entibiada por los egoísmos y soberbia. El

Padre, el Hijo y el Espíritu Santo quiere de nosotras una nueva misión en la tierra, quiere formemos un apostolado de oración, adoración y penitencia alrededor de sus tabernáculos... No quiere las riquezas ni nobleza de los grandes del mundo que se consagran a él sin dejar el señorío y alteza con que vivieron en el mundo. Quiere que, a su imitación, dejemos las glorias y comodidades del mundo, por la cruz *del sacrificio*, de la pobreza voluntaria, por la obediencia sincera y entregada y por la pureza angélica, para que viviendo fijas en su vida eucarística de *humildad y silencio*, hagamos de cada comunidad un Nazaret bajo la dirección y gobierno de las divinas personas, Jesús, María y José, y formadas en esa escuela sigamos cada una los ejemplos de Jesús, Maestro divino, y de María santísima nuestra dulcísima madre, y todas nuestras comunidades unidas con *esta vocación y este espíritu* formemos *ese* cenáculo eucarístico en el cual se pueda decir con toda verdad de nosotras lo que dice san Lucas: «Todos estos perseveraban unánimes en oración» (Act 1,14).

Esta es, hijas del alma, *nuestra vocación*, no lo olvidéis nunca, y dejar con vuestros ejemplos de *caridad y amor, humilde* y sincero, a las presentes y futuras, lo que tantas veces habéis oído de vuestra sierva e indignísima madre que desde esta cruz... me uno en espíritu a vosotras, esperando que por vuestras oraciones me alcancéis el perdón y misericordia, que merezca reunirme con todas vosotras en el Cielo, y aquí en la llaga del Corazón abierto y traspasado de amor. ¡Oh Amor insaciable de las almas! no permitáis nunca que ninguna de estas almas llamadas por vos a esta vida eucarística, formada por vos y vuestra santísima Madre, se separe de vos... ni tuerza la senda marcada por vos en el santo Evangelio, «el que tenga sed, venga a mí y beba» (Jn 7,37), «porque mi yugo es suave y mi carga ligera» (Mt 11,30). Que ningún sacrificio les repugne, que por vuestro amor, Jesús mío, conservéis nuestros corazones de toda ingratitud y te seamos siempre fieles y amantes a nuestra vocación de Capuchinas Eucarísticas, ¡que tenemos que ser víctimas con él!, y así termino con san Pablo: "Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos a Dios en hostia viva» (Rom 12,1), continuamente inmolado por la mortificación y el sacrificio nos haremos semejantes a él, que con él nos ofrecemos para expiación, desagravio y reparación al Eterno Padre que nos concede el reinado de amor y de paz del Corazón adorable de Jesús.

Adiós, hijas mías. Confío en vuestras oraciones para poder morir de amor en su cruz santísima,

Sor Trinidad.

Octubre, 4 de 1933, Braga, Rua do Alcaide
¡Fiesta de N. P. San Francisco!

R. M. Abadesa y Vicarias de Chauchina y de Berja.

Muy amadas en el Señor: A pesar de vuestras cartas tan deseosas que vuelva por ahí, ¡*mucho lo deseo* si esta fuese la voluntad de Dios, pero hasta la presente veo me quiere con él crucificada en su Cruz! ¡*Dios sea bendito*!

Mucho siento haber interrumpido mis cartas tanto tiempo, pero a pesar de la operación de quemarme la oreja y botones de fuego sigo lo mismo, confío que cuando convenga, él me curará; no siento que Jesús me pide el morir tan lejos de mis amadísimas hijas... aunque quiero *lo que él quiera*; y si me da este cáliz a beber, me dará las fuerzas necesarias para aceptar la muerte como él quiera. ¡*Soy suya*! y como me entregué totalmente a él para que corte y queme y haga de mí lo que quiera, siempre le espero con amor y confío cuente conmigo incondicionalmente. Pues cuando no estaba tanto, y quería conservarme algún derecho, queriéndome quedar en San Antón, cuando con lágrimas me pedían aquellas santas religiosas *no las dejase*... quise darle al Señor las almas para la adoración que me pedía, y desde allí formar las nuevas que le adorasen... pero él cortó mi voluntad *de un golpe*... y el señor Cardenal, que para todo sintió con entusiasmo conmigo, no me dejó hacer, y con toda autoridad contestó a la comunidad y a mí: «*Usted marche* delante de ellas a mostrarles el camino a seguir. ¡La que recibió la vocación de Dios debe ir delante de ellas en todo!... Dios pide el sacrificio que ustedes todas ofrecerán gustosas al Señor, ya que él las honró en sacar de este convento una fundación de la cual espero será de grande gloria de Dios». Y bendiciéndonos a todas se despidió. (Día de Viernes Santo, 10 de abril del 1925).

Me parece que el salir de aquella comunidad, después de 33 años recibiendo ejemplos y espíritu de aquellas venerables religiosas que me amaban como santas y yo las quería como madres mías muy amadas, me costó más que salir de la casa de mis padres. Conocí entonces como nunca que Jesús me quería víctima; en Chauchina todavía gocé dulzuras inefables del amor misericordiosísimo de Jesús, que me hizo dulcísimos los trabajos, ingratitudes, calumnias y persecuciones, que con nuestra salida se valió el demonio para levantar el infierno, y ver si podía derrumbar aquella primera casita *cuna* de las Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios y nuestra al pie de la Cruz. ¡Oh madre mía, cuánto me costó dejaros a los 6 años! cuando aún todavía estaban en principios... y mi alma engolosinada con las dulzuras de los regalos divinos que recibía en tanta abundancia, no me daba cuenta del calvario que me reservaba Jesús.

La primera vez que el eminentísimo señor Cardenal me anunció que quería enviarnos al santuario de Nuestra Señora de Gádor, de Berja, hecha un mar de lágrimas le pedía a la Santísima Virgen de los Dolores, nuestra dulce madre, como san Pedro dijo al Señor: «Buenos estamos aquí, Señor...» (Mt 17,4; Mc 9,5; Lc 9,33).

¡Chauchina! había sido para mi espíritu *un Tabor* de dulcísimos consuelos, no tuve allí ocasión de desagradar al Señor (me parece), le decía un día a un santo padre que predicaba la Cuaresma en la parroquia, y nos dio alguna plática (me parece el reverendo padre Guerrero, jesuita) y diciéndome cómo llevaba aquellas tempestades levantadas en Granada con motivo de nuestra salida de San Antón, le contesté: no las siento o no llegan aquí, pues el demonio me parecía que no se había enterado todavía, estábamos en Chauchina, pues sentía una paz y consolación mayor, que hasta entonces venían las penas y trabajos... pues ninguno de ellos aunque algunos fueron fuertes por parte del Vicario que me aseguró varias veces, que si él le coge en Granada de ninguna manera me hubiese dejado salir de San Antón nunca. A pesar de cuantas cosas me decía, me parecía todo *nada*, ¡fueron tantas las gracias y consolaciones del Señor aquellos pocos años!... que no vi nunca las tinieblas del pecado ni las angustias y temores que pone al alma en dudas si hice o no la voluntad de Dios. El tiempo que estuve en Chauchina fue un día claro sin nubes, le llamaba ¡*mi Tabor*!... No así en Berja, que desde el viaje, más suave y con mayores medios humanamente, fue tempestuoso, y empezó mi calvario... Tres años llevamos de pruebas y amarguras en el alma... Allí la misma señora Vizcondesa, que tanto debemos y *nos ayuda*, es tormento para el espíritu, hay que hacer dispensas, conceder más visitas de las que nos permite la santa Regla... Son dispensas con permisos del señor Cardenal; pero aun así, no es ya aquella libertad de espíritu en donde, como en Chauchina, se marcó el primer día el camino a seguir, y terminados los 15 días de dispensas y asuetos, que no nos acomodamos, que nos concedió el señor Cardenal, no se quebrantó un punto de Regla; y con aquella paz y alegría de espíritu nada nos faltaba, a pesar de nuestra gran pobreza que no teníamos ni plato en donde comer de nada, ¡la divina Providencia llovía el maná y todo nos sabía a Cielo!... *Vi allí* obrarse milagros... que aumentó grandemente mi fe, mi amor y confianza en Dios y en la Virgen Santísima, que cuidaba de nosotras como de su amada familia, cumpliéndose a la letra las promesas del Señor a los que buscan el reino de Dios y su justicia, porque las demás cosas las recibíamos como añadidura (cf. Mt 6,33), el Reino de los Cielos.

Salí por mandato de obediencia de aquel nido de amores, dejando aquellas palomitas sin plumas apenas, como me dice sor Ana en su carta con muchísima razón. Pero confío que teniendo el nido tan cerca de Jesús, *su calor divino fortalecerá vuestras almas* y seguiréis fieles al Señor y firmes hasta la fin. Así lo espero del Corazón amantísimo de Jesús y de su Madre santísima.

Hijas mías; ahora en Berja, más pequeñas que en Chauchina todavía, pues sólo llevamos ahí tres años, parece por los trabajos y penas sufridas más viejo que el de Chauchina; pues esa fundación lleva el sello de *la cruz desde su principio* y ahora más amenazado que ninguno a ser derrumbado por las furias del comunismo feroz que ya quiso barrer esa morada de paz y de amor, pues no hay amor más grande y verdadero que el probado en la lima del calvario.

¡Dios sea bendito! que hoy ha sido más larga mi carta de lo que pensaba. Me llegan unas cartas avisándome que debéis salir de ahí, que estáis en peligro por lo lejos... A Jesús os confío y espero nos dejará morir junto a su sagrario. Adiós a v. o. confío,

Sor Trinidad del C., abadesa.

L4 C8 (56-59)

Noviembre, 21 de 1933. Capuchinas Eucarísticas de Braga.

RR. MM. Superioras, Vicarias y todas mis hijas de Chauchina y Berja.

Muy amadas en Jesús Sacramentado madres y hermanas carísimas. El Señor os bendiga y os dé su paz y amor.

He recibido todas vuestras cartas de felicitación por mi toma de hábito y profesión, y cuando recibí la sagrada Comunión conocí que hubo alguna de vosotras que pedía por mí con más fuerza y obligaban mucho al Señor a concederme más gracias, lo he sentido tan Padre nuestro, se ha disipado el temor que me hacía sufrir horriblemente de que no os volvería a ver, me decían aquí, que quedaría baldada en una silla, etc. y a veces me daba tristeza quedar fuera del convento, pues aquí sólo tres... (La sor Ángeles la tendré que despedir, no le veo espíritu, está disipada y desobediente y a madre Patrocinio no le hace provecho; gracias a Ducinda, la criada, que tanta caridad tiene conmigo).

Bueno, hija mía, he dicho más, que quería solo deciros las grandes consolaciones del Señor en el día de hoy, que me siento muy mejorcita y hemos empezado una novena a la Santísima Virgen pidiendo ir el día 8 de diciembre a comulgar a su santuario de Saneiro, que se celebra la gran fiesta de la Virgen Santísima. Me han hecho unas muletas, y he probado, y no me duele tanto, aunque estoy completamente encorvada, no puedo sentar el pie en el suelo. Confiamos en nuestra madre dulcísima, me pondré buena y si quiere, si no podemos hacer la fundación, que vuelva a vuestro lado, ya que recibo un telegrama de don José López diciéndome que aunque reciba de Roma la aprobación, que el señor Obispo me manda ir a Granada. ¡Veremos lo que Dios quiere!

He recibido también, entre otras muchas, la de la señora Vizcondesa diciéndome vendrá por mí en su coche, por Dios le quitéis esto de la cabeza, es mucho gasto, y yo no me encuentro en días para dar un paso, ya le escribiré agradecérselo mucho; pero no penséis que estoy para un viaje tan largo, pues me dio un dolor fuertísimo hasta la cadera, cinco minutos que estuve levantada, el frío es atroz y me hace mucha impresión. Sigan pidiendo a la Santísima Virgen que venga aprobada la fundación y creo podrían venirse algunas para Pascua, que pongamos la clausura, que es lo que más deseo, y el reservado que sería para nosotras la mayor consolación y ayuda, pues así como estamos, sufro muchísimo más que por mi enfermedad. Los padres Pasionistas me traen al Señor y tengo un consuelo grande en que viene a mi alma diariamente sin merecerlo. ¡Le veo tan contento de verme en la cruz con él! Qué bueno es, su bondad no tiene límites. ¡Bendito sea su Corazón adorable!

Sigan pidiendo mucho para que España no sea víctima de la terrible tragedia que se ve venir... Ofrezco mis dolores y oraciones para que no permita tengamos que abandonar nuestras moradas de paz, y los conventos los libre de las furias del infierno.

Por aquí aparecen cada día nuevas fundaciones de españolas en busca de refugio, por lo que veo anda la cosa mal, parece vienen buscando casa las Concepcionistas, Esclavas y Carmelitas, etc. Veremos si hacemos violencia al Corazón de Jesús y barre de España tanto mal. Pero presiento que Jesús nos quiere castigar con misericordia y no sabemos si nos tocará algo. *Orar mucho*, no canséis de pedir al Señor tenga misericordia de nosotras, el mundo anda lejos, muy lejos de Dios y merecemos el castigo que nos amenaza su justicia. Que Jesús nos reciba en su Corazón misericordiosísimo, c. af.,

Sor Trinidad.

Hoy 21-XII-33. No dejéis de encargar al padrecito que pida alguna vez por nosotras que solo queremos cumplir la voluntad de Dios.

Hoy 22, 1933. Llega una carta cariñosísima del eminentísimo señor cardenal Segura enviándonos el *Rescripto* de la Sagrada Congregación de Religiosos *concediéndonos la fundación en Braga*. ¡Qué misericordia tan grande del Señor, hacer una octava al Santísimo Sacramento y a la Santísima Virgen de acciones de gracia!... y dé luz para ver lo que más conviene, pues desearía viniesen y dejar terminada esta fundación; *decirlo al padre* y si les parece bien vayan al señor Obispo y le pidan os deje venir siquiera 6, para que la señora Vizcondesa os trajera en su coche y se economizarán gastos.

Espero que el Señor nos bendiga e ilumine, confiarlo todo al Corazón Eucarístico de Jesús y a su Madre Santísima en donde encontraréis a vuestra pobre esclava,

Sor Trinidad.

“Non mea voluntas, sed tua, fiat”.
“Padre mío hágase no la mía voluntad, sino la vuestra”.

21 de marzo de 1934. Berja. ¡Madre mía de Gádor!

Perseveremos, hermanas mías, en la oración... No cedamos jamás bajo pretexto alguno si queremos ser fieles a nuestra santa vocación. Caeríamos en el reproche de Jesús a los Apóstoles, dormidos y rendidos por el cansancio, en el huerto de Getsemaní: “Así pues, no habéis podido perseverar una hora conmigo en oración. Velad y orad” (Mt 26,40-41). Esto mismo, en la santa adoración, nos dice Jesús en esa hora santa de la adoración que él nos escogió por sus más amadas entre su porción escogida como hizo con los tres amados discípulos.

Muchas veces [con] la desaparición de los consuelos sensibles comienza la prueba del alma ganosa de oración... Este sufrimiento abre la puerta a todas las demás tentaciones; pero es muestra de gran valor resignarse a estar privada, a la vez, de los consuelos sensibles y de los alientos divinos y sobrellevar pacientemente por amor de Dios el destierro del corazón.

¡Oh! Entonces, cuánto gana el alma en esta entrega generosa que hace a Jesús de toda sus potencias interiores de su voluntad y todo su ser... El corazón se consume de amor... Quería huir y se halla prendido... Camina sobre la tierra prendida. El amor nos hace vivir como enajenada y exclama amor de caridad: ¿por qué me has herido... cuando huía de ti? Siento un fuego que abrasa mis entrañas y enciende una sed inextinguible... Vos, mi Jesús, suspirabais con gran dolor en la cruz: “sitio”, tengo sed. Esta sed ardiente siente mi corazón cuando al acercarme a ti en la santa adoración os veo en la Hostia santa como en el Calvario... ensangrentado, llagado, agonizando y morir por aquellas almas redimidas ya, y favorecidas con tu divina predilección... que os han vuelto la espalda, os abandonan y renuevan las afrentas de tu pasión en este altar santo donde a cada momento te inmolas por nosotros...

Si muchos santos al mirarte en la cruz se abrasaban en el deseo de salvar las almas... ¡qué sentiría la mía después que, corriendo como loca a saciar la sed del martirio... detuviste mis pasos y acercándome a tu Corazón divino, me mandaste abrir la boca y llenaste el vacío inmenso de mi corazón de un agua purísima y divina que apagó la sed de las cosas temporales... y diste otra sed ardiente de traerte muchas almas que reparen, oren y consuelen con sus adoraciones vuestro Corazón adorable en la santa Eucaristía, donde vives realmente como en el cielo!...

¡Oh mi Cristo, víctima de amor en la santa Eucaristía! Al abrigo del tabernáculo y de la cruz, quiero se cobijen todas las almas que has escogido, que sientan que en vos está la vida verdadera, y que fuera de vos todo es nada, todo es muerte. ¡Oh cuán dulce es para las almas consagradas a tu amor el cumplimiento de este deber de adoraros en el santo tabernáculo! ¡Qué bien se está junto a ti amado Jesús mío! ¡Cuán puro y vivificante es el aire que se respira en

vuestro altar a la sombra de tu tabernáculo! ¡Oh Dios mío, reposa el alma cansada y agitada por tantas miserias, la consuela y repara sus fuerzas y escucha tu voz divina que nos dice: “Esposa mía, dame tu corazón”! ¡Oh, y quién podrá concebir los divinos ardores con que se abrasa el alma de la capuchina cucarística, que te sigue tan de cerca: “tú me bastas y no puedo contener tu grandeza; si falto en ello, tuya es la falta... porque me amaste sin medida”.

¡Oh!, sí, mi divino Jesús de mi alma... Que muera víctima de amor por ti al recibiros sacramentado, en un acto de inmolación y de entrega. Siento tan vivo tu amor en mi alma... ¡Bendito seas Jesús mío! Amén.

L6 C23 (121-122)

19 de mayo de 1934. Vigilia del Espíritu Santo,
último día de mis santos ejercicios.

¡Cuántas cosas he aprendido en estos días de retiro con mi Jesús sacramentado!

Mi pobre alma, seca y árida como nunca... resignada y conforme con su divina voluntad en una prueba casi no interrumpida de tres años de sequedades... en la más obscura noche de una prueba a la que mi buen Jesús colocó a su pobre esclavilla...

¡Seis años se hizo sentir en mi pobre alma... en nuestro tabor de Chauchina... que a veces pedía a Jesús detuviese el fuego si quería servirse aquí de su víctima!... Lo escondía para avivarlo más y más.

Con este amor fuerte que el Corazón misericordiosísimo de mi Jesús dejaba prender en mi corazón, mi alma iba tras él llevada suavemente por las mismas humillaciones y calumnias, como se levantaban en contra de aquella bendita casa.

Cuando llegaban a mí golpes de esos, que sin amarle mucho habría retrocedido... me encontraba tan fuertemente unida a Jesús, que no sabía quién me había clavado con él en la cruz, los golpes y heridas fueron fuegos que convertían el dolor en amores dulcísimos, que me hacían salir de noche, por no ser vista de las demás. ¿Cómo agradeceré a mi Dios se haya dignado levantar del polvo esta pelusilla que se quema al contacto de ese fuego?... ¡Oh amor divino, que me consumes y abrasas de amor de solo verte venir a mi pobre alma, la que no vive si no es perdida en ti, amor de mi alma!

¿Cómo, Jesús de mi alma, al traerme a este calvario y desear traeros junto a tu tabernáculo almas que, en unión de tu divina Madre de Gádor, consuelen vuestro Corazón adorable, me priváis de aquel fuego... que me hacía repetir de continuo con tu Apóstol: “¿Quién me separará de la caridad de Cristo...?” (Rom 8,35).

¿No estáis contento, Jesús mío? He buscado aquí algo que no seas tú y tu gloria, con la de tu Purísima Madre?... ¿Y así me echáis fuera, Jesús mío, de vuestro divino Corazón?... ¡Dejándome sola, sin ti, amor de mi alma!... ¡El polvo me ha dejado ciega en el camino y no sé

dónde voy... con tantos precipicios, pendientes, barrancos en donde el demonio me acecha para derrumbarme y perderme!

¡No lo espero, Señor! ¡Vuelve esos ojos divinos, luz y vida de mi alma, a esta pobre esclava, que quiere ser libertada por vos, Esposo de mi alma!... Si tú no me das tu mano pereceré infaliblemente... Cuántas veces quise cogerme a las flores tiernas de un arbolito plantado por tu divina mano para tu gloria... y el peso de este corazón sin ti se hace de plomo, y lo hubiese arrancado hasta sus raíces si tu altísima providencia no cuidara de él con una misericordia infinita... ¡Bendito seas, Jesús mío!

De vez en cuando veía vuestro divino rostro entristecido, quejándose de mis infidelidades... Corría tras ti sedienta... pidiéndoos ese agua viva que me dais en la santa Eucaristía... pero encontraba a mi paso algunas gotas de esa agua y allí esperaba saciar la sed ardiente que de ti sentía mi pobre alma.

¡No me dejes más sola, Espíritu divino, en estos caminos tan desconocidos para este corazón que vivió dentro del tuyo divino como en un relicario!

¡Quítame este corazón que es tuyo, mi divino Jesús! ¡No me lo dejes a mí nunca!... Tú que me has formado de la nada, sabes el barro con que me hicisteis, y no quiero derrochar los dones que me disteis para que los empleara en amaros.

De hoy más, os prometo, con vuestra divina gracia, daros todo mi corazón, mi alma, mi cuerpo, con todas sus potencias y sentidos, de tal modo que no *quede nada mío*.

Concédeme, ¡oh Espíritu divino!, una vida de amor *tan fuerte*, que mi corazón *no busque, ni ame, ni piense, ni desee, ni se goce*, ni sienta, ni apetezca, ni vea, ni mire, ni hable, ni respire, ni se mueva *por nada, nada, nada fuera de Dios... de Dios... y solamente de Dios toda, toda*, toda suya. ¡Oh Espíritu divino! ¡*No me neguéis*, por el amor con que formasteis en las entrañas de vuestra Purísima Esposa, la Virgen Santísima, en la Encarnación del Verbo hecho carne, el cuerpo divino de nuestro Señor Jesucristo! ¡Renovar vuestro amor y vuestra virtud santísima en esta pobre alma que espera hoy en vuestro amor misericordiosísimo, purifica las manchas de mi alma, cura la lepra de mis pecados y me encienda en el amor ardientísimo que os dignasteis conceder a san Pablo, la Magdalena, san Agustín y tantas almas que te amaron con más fuerza e intensidad, después de levantadas de sus culpas!

¡Oh mi divino Espíritu! Recibid *la entrega* que hoy os hace en presencia de los ángeles, de vuestra purísima Esposa, mi Madre Santísima y san José,

Sor Trinidad del P. C. de María

---

19 de junio de 1934

Quisiera, mi divino Jesús, me concedieras, por el amor con que os quedasteis por mí en el Sacramento del altar, el quedar hoy completamente vuestra, como si por primera vez naciera a vuestra gracia... vivir como si os hicieses una misma cosa conmigo, que no sintiera otro amor ni otro anhelo que *amaros*... sin admitir en mi corazón ni la más pequeña sombra de desagradaros.

¡Sólo vuestra misericordia y amor pueden triunfar en este pobre corazón!... Para conseguirlo, os ruego humildemente me concedáis una sola gracia: amaros con la intensidad de amor que siento hoy, me obligáis a amaros.

¡Ahora más que nunca necesito esta gracia de vos!... Me siento impulsada por vos mismo a levantarme del abismo, de tedio y desalientos en donde he caído por mi gran soberbia y muchas infidelidades, ¡que no merecía vuestra misericordia!... Pero vos me podéis librar de las asechanzas del demonio que visiblemente quiere dejarme caer en la desesperación, llevándome al infierno en donde me siento horriblemente penas, que me hago indigna de vuestra misericordia; para lo cual hoy vengo a entregaros, con todo el buen deseo de mi alma, mi pobre corazón, todo cuanto más amé, como en el primer propósito os hago voto de entrega absoluta de todos los afectos y deseos, etc.

En este segundo, ¡os ofrezco para siempre *mi obra*, que *como tuya* la acepté, dejando con todo el dolor y amor de mi corazón la primera casa en donde me consagré a vos por los santos votos, y en donde tantas veces me favoreció vuestra bondad infinita con tantas misericordias y amor!... ¡Allí os dejé cuanto más amaba... y salí por vuestro amor y vuestra gloria a padecer pobreza, *calumnias* y desprecios, por vuestro amor!

A los seis años me trajisteis a esta bendita casita donde encontré el calvario que vos me preparabais!... ¡Bendito seas!

Siguiendo aquella vocación, salí donde fui conducida por el Sr. Nuncio; no a París, donde nos ofrecían; sino a Portugal sin nada... Allí me regalasteis dulcemente con vuestra *cruz bendita*, y la enfermedad de cuatro meses consumó mi sacrificio. ¡Oh, qué bueno es Jesús, vuestro divino Corazón para conmigo!...

Ahora vengo a renunciarlo todo por vuestro amor, aun las probabilidades de aquella fundación!... Quiero vivir escondida y muerta con vos en la cruz, y en el sagrario mi sepulcro... ¡Concédeme, mi Jesús, esta gracia!... y el consuelo de morir a todo... para vivir tu vida de amor y sacrificio para siempre. Amén.

¡*Acordaos*, amor de mi vida! *Vos sabéis*, dulcísimo amor de mi alma mi divino Jesús sacramentado, que en el colegio jugabais con vuestra pobre esclava, cuando atraída a vos con una fuerte y dulce abstracción, dejando a mis compañeras y juegos infantiles, *corría* despavorida al coro, sin que nadie me pudiera detener, y desde el sagrario a aquella reja, te llamaba tu

Merceditas, y tú venías a mí, y pasábamos muchas horas jugando (desde donde me cela dos santas religiosas, M. C. Guervós y Rosa Robles), que cada día me preparaba para la sagrada comunión con tanto fervor que no había nada que se interpusiera entre Jesús y su Mercedicas, que había encontrado el lleno de su corazón en ti, que buscaba un amor que no lo hallaba en la tierra. ¡Oh Jesús, mi dulce amor¡ ¿Cómo entonces no llevasteis a vos este corazón que aún no había perdido (me parece) tu gracia e inocencia bautismal? ¡Tú me amabas tanto, mi Jesús divino!, que mi corazón no podía negaros nada de cuanto me pedías, y me consagré a ti para *siempre*, como tu me enseñaste el 12 de agosto del año noventa: me diste como regalo una cestica con todos los instrumentos de tu pasión, que tú me enseñabas a ponerme la corona y los clavos y me ponías la lanza y me mojabas los labios con la esponja, que no podía resistir su amargor; y eras tan dulce y hermoso que toda fuera de mí gustaba mucho me punzaran las espinas que tu me dabas, etc... y me ofrecí gustosa a recibirlas en serio cuando me decías: "Quiero sepas este es el canastico de bodas que ofrezco en juego para ensayarte. Te ama tanto, tanto, tu amante Esposo, Jesús".

L6 C23 (126-127)

Braga, monasterio de Capuchinas Eucarísticas de Madre de Dios, diciembre, 22 de 1934.

M.R.M. Vicaria y religiosas todas de Berja (Almería).

Mis buenísimas madres y hermanas:

Hoy he pedido mucho a Jesús en los momentos de la elevación en la santa misa que os llene de amor y mansedumbre como él la dio a sus Apóstoles que merecieron vivir en un mismo espíritu de amor y caridad. Comprendo la razón con que os quejáis del comportamiento de nuestras hermanas de Chauchina. Si ellas siguen el camino señalado y adoran al Señor en espíritu y en verdad, no temáis se equivoquen, están confiadas a la amorosa protección de nuestra madre dulcísima de los Dolores. Vosotras seguir fieles al Señor y amaos las unas a las otras, si no ya en el trato, que quieren cortar, en vuestras oraciones pedir siempre por ellas como hermanas nuestras tan queridas, las que esperamos ver en el Cielo alabando al Señor.

Leídas vuestras cartas, que son muchas, con vuestros sentimientos y quejas, se me ocurre contestaros a todas juntas, porque después de la meditación que cada día hacemos en la pasión de nuestro dulcísimo Salvador que tan hermosos ejemplos nos dio en su vida santísima... ¿cómo no aprovecharnos ahora de tan hermosa ocasión para aceptar esta prueba amarguísima de vernos despojadas de la *Casa-Madre* en donde la Santísima Virgen en sus Dolores santísimos nos llevó a ofrecernos en la adoración a la divina Víctima con ella en reparación y desagravio de las muchísimas ofensas que recibe en el Santísimo Sacramento?

Decirme, hijas del alma tan amadas todas en el Corazón Eucarístico de Jesús, ¿qué podríamos ofrecer más grato a Jesús dulcísimo... que aquello que siente el alma como si le arrancasen del cuerpo? pues un cuerpo y un espíritu y un alma siento que Jesús me pedía desde el principio de mi vocación de esta nueva familia eucarística y seráfica y cuando con lágrimas desahogaba mi corazón junto al sagrario sin aceptar a decirle a Jesús mas que ese *fiat* forzado por el amor y la fe de que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios... con el corazón en la más extrema agonía... acordándome de aquellas hijas que tanto amé y colmé de beneficios, y guardaba en aquella Casa-Madre como un relicario, para que formándose en el sacrificio y privación de la que llamaron su madre y la siguieron con tanta fe... que cuando creí darles la mayor prueba de cariño viniendo aquí por inspiración divina a buscaros lugar de refugio para colocaros un nido eucarístico donde os refugiaseis el día no muy lejano que caerá sobre España el castigo, que el 24 de octubre del año 30, en el coro de Berja, de 10 a 11 de la mañana, que hacía la adoración al Santísimo Sacramento, me pareció el Señor me mostraba de una manera tan clara, sin temor a duda, que la persecución será infernal contra la santa Iglesia y seguidores de Cristo... y derribados los nidos... el gavilán infernal se cebaría en las palomas... y *él* me mostró el camino... mandándome salir a país extraño, donde el señor Nuncio nos enviase... y a eso vine a los pies del excelentísimo señor Nuncio que nos envió a Portugal, y como del divino Salvador recibí aquel sapientísimo consejo que llevo grabado en mi alma: «No, hijas mías, a París no, vayan a *Portugal sí y díganles* a los Jesuitas españoles de mi parte que cuiden de ellas, y tiene mi permiso para marchar y mi bendición. España está en gravísimo peligro de ser deshecha si la mano divina no detiene el azote sobre ella, es terrible...».

Al salir de allí, como os dije entonces, empecé a sufrir luchas y oposición con las mismas compañeras, que ofreciendo al Señor aquel dolor me previno con otros mayores... y estremecida, acogida al manto de nuestra madre santísima de las Angustias, en la Iglesia de San Ginés, en Madrid, me pareció que Jesús santísimo, al recibirlo sacramentado en mi pecho me decía como a los hijos del Zebedeo: «¿Podrás beber el cáliz que yo bebí?...» (Mt 20,22; Mc 10,38) y acogiéndome a su divino Corazón Sacramentado, que latía con el mío, acepté por su amor cuanto él quisiera enviarme, confiada sería confortada y asistida de su amor y gracia. Amen.

¡Hijas mías!... Pues si acepté el cáliz cuando él me preguntó y me ofrecí a unirme con él y morir con él si necesario fuese... no me extrañaría que todas me abandonasen, pues mis pecados son muchos y la deuda con que he de pagar y la voluntad con que me ofrecí víctima siempre que le miraba crucificado... *espontáneamente le pedía*: Señor, bájate de la cruz y déjame morir en ella. Claro que entonces no conocía la muerte que Jesús me preparaba, sólo sentía el corazón como un volcán que le amaba y no podía sufrir verlo en la cruz... y así me

decía el P. Ambrosio cuando le manifestaba mis ansias de padecer: «No es el padecer que pides, verlo como sufrirlo... ¡Jesús te ha cogido la palabra, prepárate a ser *su víctima y acuérdate* entonces cuando te veas en Getsemaní y en los tribunales, en la calle de la Amargura y en el Calvario... Acuérdate siempre que te ofreciste víctima... cómo le amabas y te consagraste a él para siempre, y no temas, ni huyas nunca de la cruz por erizada y ensangrentada que la veas, mira a tu Jesús dulcísimo... no olvides los dones que recibes... y las gracias "*gratis data*..." y serle fiel hasta la muerte, que encontrarás la vida verdadera y la plenitud de la felicidad eterna». ¡Así aquel santo director, padre Valencina!.

Bueno, hijas carísimas y hermanas del alma en Jesucristo, vida nuestra, si el Señor me pide que aquellas primeras hijas que con vosotras me siguieron voluntariamente con promesas de seguirme hasta el fin se separan... ¿no será ese el cáliz que Jesús me pedía bebiese?... Si él así me lo pide, él cuidará de ellas y me concederá lo que tanto le he pedido que ninguna de cuantas abracen y observen la vida que os mostré desde el principio se aparte jamás del divino Maestro, ni salga de *su escuela* y que nuestra Madre dulcísima sea siempre vuestra madre Superiora y *Maestra* que las lleve a Jesús, abogue en mi juicio para que perdonados los pecados, como yo *las perdono y amo con toda mi alma, les conceda el Reino de Cristo*; que con todas las veras de mi alma pido a la Santísima Trinidad por la Sangre preciosísima de Jesús, y los Dolores de su Madre María Santísima, nuestra dulce madre, y del bendito padre san José, nuestro celestial patrono y administrador y abogado, y el seráfico padre san Francisco y madre santa Clara, nos conceda reunirnos todas con él en la Patria verdadera del Cielo. Vuestra pobre esclava y sierva,

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María.

Braga, 22 de diciembre de 1934.

Aniversario del día en que recibí de Roma la Bula de fundación canónica de nuestro convento de Braga. ¡Dios sea bendito!

L4 C8 (63-66)

[A MODO DE RECORDATORIO][66]

[Debajo de una fotografía del Arzobispo de Granada, recortada de una revista y aquí pegada, que lleva el píe de imprenta: "ARZOBISPO DE GRANADA, EXCMO. SR. D. AGUSTÍN PARRADO Y GARCÍA", la madre Trinidad escribe:]

Por su autorización y permiso salimos de Berja para Portugal ocho Religiosas el día 20 de noviembre de 1934.

66 Este apartado, que titulamos "a modo de recordatorio", está escrito con posterioridad al resto del cuaderno.

Este dignísimo y santo Arzobispo, en la elección y visita que nos hizo en noviembre del 1934, nos autorizó para la fundación de Braga, Portugal. Leyó decreto concedido por la Sagrada Congregación el año 33 y nos alentó a volver a esta bendita tierra.

* * *

Salimos de Berja a Granada el día de san Buenaventura, 14 de julio[67], por encargo del Vicario General, Sede vacante, de Granada, don Lino Rodrigo, obispo auxiliar de nuestro inolvidable señor Cardenal; esperamos en Madrid hasta el 24 que llegaría a pasar unos días en San Sebastián, y, en efecto, el Señor nos proporcionó con su visita al señor Nuncio de Su Santidad, una nueva prueba de sus amorosos designios... cambiando nuestra ida a París, a la que su excelencia reverendísima, el señor Nuncio, nos negó su permiso y aconsejó paternalmente fuésemos a Portugal, encargándonos de una manera providencial al cuidado de los padres Jesuitas españoles que encontraron allí tan buena acogida.

Seguimos la voz del santo Prelado, y confiadas sólo en la divina Providencia, trocamos todo nuestro plan y preparamos nuestro viaje a Portugal. ¡Todo providencial!

El día del gran san Ignacio salimos de Madrid para Salamanca, y el 5 llegamos a Porto, y dejando allí a unas pocas[68], nos fuimos tres a Braga a ver a los padres Jesuitas españoles y cumplir con el encargo del excelentísimo señor Nuncio.

Madre mía de las Nieves, en este día empecé mi postulantado en San Antón el año 1893. ¡Qué distintos fueron entonces mis caminos... buscaba con ansiedad la orden más austera y retirada para vivir muerta al mundo y a solas con Jesús Eucaristía, dar suelta a las ansias insaciables que sentía mi alma de Dios... y en el mundo sentía asfixiarme... Jesús dirigió mis pasos, aquel desierto de penitencia en donde me pareció entrar en el cielo en la tierra...

L4 C8 (11-12)

67 de 1933.

68 Parece que la M. Trinidad mezcla aquí su llegada a Portugal con dos religiosas en agosto de 1933, con la llegada de las otras religiosas, en noviembre de 1934, para establecer la vida conventual en el primer convento fundado en Portugal.

18 al 19 de marzo de 1935. Berja.

En mi santuario, bajo el manto de mi Virgen de Gádor. En mi retiro.

¡Oh Jesús mío, amantísimo de mi alma!, dulzura y deleite purísimo de mi corazón, aquí vengo resuelta de una vez a hacerme santa, no por ser contada en el número de los santos en la tierra, sino para daros gusto y glorificarte entre los santos en el cielo; no por miedo al castigo, ni con la esperanza del premio, sino solo por tu amor, mi divino y dulcísimo Jesús. Lo deseo por amarte y honrarte más, ahora y en la eternidad.

Sí, Jesús mío, quiero ser santa, porque tú lo quieres y te lo mereces. Es una deuda que tengo con vos, porque estoy obligada a satisfacer en cuanto pueda, las deudas a tan inefables beneficios recibidos de tu misericordiosísimo Corazón para conmigo, tantos años derrochando sobre mi alma los tesoros infinitos de gracias y amor, que has tenido conmigo después de tantos pecados y miserias. ¡Ingrata de mí!, qué mal correspondí a las incontables finezas de amor de tu Corazón adorable, siendo tú digno de todo el amor de las criaturas; mucho más obligada yo por tu gracia y misericordia a ello, que todo me lo haces dulce y suave cuando te presentas a mi alma como lo haces. ¿No es que vienes a mí para hacerme tuya, proporcionándome medios abundantes y eficaces, supliendo tu lo que me falta, para que me entregue a ti del todo, como tu pequeña víctima? ¡Oh mi Señor, y qué bien me amas, cuando me avisas a recurrir a ti solamente por medio de la oración sencilla y humilde!

¡Quiero amarte Señor mío y Dios mío, hasta perderme en ti, y que seas tú el que vivas en mí!... Conozco que solo así descansaré tranquila... He tropezado muchas veces cuando en las criaturas quería buscar luz, consejo y aliento, entonces... me quedaba pobre y sin luz, de nada me aprovechan los consejos si no voy a ti a mostrarte mi alma, a pedirte llenes mi corazón de luz, de amor y de fuego que me consuma y me pierda en ti, mi divino Señor, a quien más amo y deseo amar eternamente. ¡Eres tan bueno conmigo, Jesús mío! ¡Has derrochado conmigo tanto amor y misericordia que no debía nunca olvidarme de ti! ¡Quiero más amarte y mejor servirte!...

Estoy convencida que vuestras lecciones de tantos años... que consagré a ti, son verdad y vida, y que lo demás es todo vanidad y *mentira*. ¡Cuánto hay que nos aparte de ti, dulcísimo Jesús mío!

Hoy vengo a pediros, mi divino Señor, una nueva gracia, el don de poseerte, de vivir en tu divina presencia y adorarte como te adoran los ángeles en el cielo y justos de la tierra. Esta gracia la pido, para todas aquellas almas que me confiaste y pusiste bajo mi cuidado y a las que ayudé a consagrarse a ti por medio de los santos votos.

Concédeles, Jesús mío, a todas ellas el don de piedad y amor, para que identificadas contigo, vivan tu vida en la forma que te agraden más cumpliendo su vida de víctima y adoradoras

de Jesús sacramentado.

Ilumina con tu divina luz estas almas!...

Hazles conocer que están llamadas a la mayor perfección de su estado de capuchinas víctimas de la Eucaristía, que como lamparitas ¡ardan siempre delante de ti en continua adoración, en espíritu y en verdad! ¡Dales luz para que conozcan que la muerte de sí mismas, y del amor propio, les dará la vida verdadera del espíritu, y se harán dignas de los tesoros de tu adorable Corazón; en la medida de sus disposiciones tú las llenarás de estos dones que ellas harán llover sobre las almas, y volverán a ti de nuevo los pueblos y naciones a bendecir y alabar vuestra santa Doctrina y Evangelio.

Os suplico le mostréis a estas mismas almas vuestros designios de amor y su misión sublime y escogida de vivir esa vida de adoración y sacrificio, que sólo tu divina presencia en nuestras almas es la que conserva tu divina presencia dentro de nosotras mismas y te adoramos como si te viésemos real y verdaderamente presente en la santa Eucaristía, y sin dejar los trabajos que la obediencia nos destine, teniendo el hábito adquirido de la santa adoración, recurriendo a ti a cada hora o momento, nos harás vivir en Dios, cumpliendo tu adorable voluntad en todas las cosas con espíritu de fe. Te adoramos en el coro en la adoración y oración, cada vez que practicamos una obra por obediencia (por ordinaria que fuese) es muy gratísima a tu divino Corazón que nos quieres delante de ti ofreciéndonos a cada momento, por la salvación del mundo entero en reparación de tantos pecados, como verdaderas víctimas identificadas contigo en este adorable Sacramento, ofreciéndonos a tu Eterno Padre por las ofensas que recibís de continuo en este Augusto Sacramento.

¡Oh mi divino Jesús, mi Señor y mi Dios!, dignaos escuchar mi pobre oración hoy, al hacer el XVI Aniversario de aquel solemne aniversario del VII Centenario que celebramos en nuestro convento de San Antón en Granada. En aquella noche memorable que su recuerdo estrecha más mi alma a vuestro Amor sacramentado, aquella amorosísima dignación de vuestra misericordiosísima bondad *me tiene tan obligada a vos*..., mi Dios mío y mi Señor amantísimo, que siempre me veo al descubierto..., no cumplo como debo, mis vacilaciones y dudas en este punto, comprendo son verdaderas tentaciones para impedirme el obrar el bien que tu deseas y pides a tu pobre víctima.

Hoy, en tu divina presencia, vengo de nuevo a renovar las promesas que entonces te hice, Jesús mío. ¡Óyeme bondadoso y concédeme lo que te pido!: que todas tus víctimas tus Capuchinas Eucarísticas todas, todas, presentes y futuras, sean hijas de tu Madre Santísima en la imitación perfecta de sus virtudes; que vos nos reconozcáis por tales...; que la santa Iglesia nos reconozca por vuestras víctimas Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios, y que la práctica de su imitación lo confiese siendo tan humildes como ella, viviendo ocultas como ella, pobres y modestas con un amor y caridad ardiente para vos y para el prójimo reconociéndola Superiora y

Madre de nuestra Orden, de nuestras casas y de sus hijas. Y por vuestra Madre, Señor mío y Dios mío, *cura mis llagas* y concédeme tu amor y tu gracia para aceptar a serviros como vos me lo pedís.

S. Trinidad

L6 C23 (128-130)

Jueves Santo. Año 1935.

Berja, Santuario de Nuestra Señora de Gádor

¡Quiero obedeceros, mi amado Jesús, al decirme en vuestro Evangelio que obedeciendo a tus ministros y superiores a ti obedezco... y si los desprecio, a ti haría semejante agravio...

Si en vuestro nombre me mandaron escribir aquellas gracias o favores recibidos de vuestro Corazón misericordiosísimo, que desde la eternidad me *amó*, y compadecido de mi gran debilidad me confiaste a vuestra purísima Madre, de una manera más especial al llevarse a mi madre, me encuentro obligada por obediencia a escribir lo que buenamente me acuerde de las misericordias que el Señor tuvo con mi pobre alma, *tan obligada* a ser toda de mi divino Maestro y Señor.

Vine a este mundo de padres cristianos, y una madre llena de virtudes y muy grande amor de Dios educando a sus hijos en el temor de Dios.

Vine al mundo el 28 de enero de 1879 en Monachil. Fui bautizada el 30 del mismo mes y año y confirmada por el Excmo. Sr. D. José Moreno Mazón, el día de la Ascensión del Señor en mayo de 1885.

Recibí mi primera Comunión en Pascua del Espíritu Santo, domingo, en el 1886.

Perdí a mi santa madre el 10 de julio de 1888.

Entré por primera vez en la casa de Dios, para educarme en las clarisas de Santa Inés de Granada el 28 de enero de 1889.

Salí del colegio, al mundo el 21 de noviembre de 1892 y volví a vivir (en mi oratorio) con mi santa abuelita desde este día hasta mi ingreso 1893 en San Antón, muy recogida con mi Dios y Señor. Teniendo mi cuarto junto al muro de la iglesia parroquial de Monachil, quise, en aquellos 7 meses, vivir con Jesús sacramentado lo más íntimamente unida para que él se dignara manifestarme el estado de vida que debía abrazar, que fuese conforme con su adorable voluntad.

En santa Inés, de educanda, el 12 de agosto de 1890, en el colegio, tuve una visita amorosísima del Corazón adorable de Jesús y me obligó a hacerle mi voto de castidad que quería conservar intacto, y por eso me encerré en casa de mi abuelita de donde sólo salía acompañada de ella a la Iglesia y a la Vega (con mi tía Prudencia, que murió en olor de santidad).

¡Me vigilaban todos con tantos cuidados!... Y todos cuantos me rodeaban, me ayudaban a

ser buena, porque mi natural vivo y ardiente se hubiera extraviado, si la divina Providencia no me hubiese colocado al lado de mi abuela que cuidaba de mí como una florecilla delicada en un invernadero.

Mi padre quería llevarme a casa con mis demás hermanos y madrastra, pero mi abuela, queriendo cumplir la última voluntad de mi madre que antes de morir le dijo: “Madre mía no le encargo mas que mi Merceditas, *cuide V. de ella* para que el mundo no la coja”.

Nunca me obligó mi abuela a nada, me quería mucho y no me faltaba nada de nada. Pero yo entonces no quería más que el Señor me manifestara qué quería de mí; y por entonces me olvidé, olvidé del voto que hice a los 11 años y luchaba si el Señor me querría en el mundo o religiosa, pues mi abuela me dejaba en entera libertad. Yo sentía lucha porque mi corazón sentía agrado en las manifestaciones de afecto puramente espiritual de un primo que estudiaba en el seminario de San Cecilio de Granada (de una conducta respetuosa, intachable).

El Sr. Párroco me mandó (en marzo) hacerle los Siete Domingos a san José (que me encargó hiciera el buenísimo Sr. Cura, D. Manuel Carranza).

Quiso el señor san José darme a conocer que me quería el Señor religiosa en la regla más austera, con un aviso tremendo, haciendo estallar en mi mano un pequeño “muset” que tenía mi abuelo en una cajita de papeles, que yo registraba en un estante, y cuando volví del espanto, me vi buena y con perfecta salud y vida para consagrarme a Dios, cuando toda espantada me lloraban muerta.

Desde aquel día no quedó en mí la más pequeña *duda*, ansiaba por verme en mi nido, y supliqué con repetidas instancias me dejaran ir a las capuchinas de San Antón.

Mi abuelita se oponía; todos querían fuese religiosa en la Compañía de María que entonces se fundaba en Santa Fe; pero yo no sentía vocación a la vida activa, y después de muchos ruegos y lágrimas, y no sin muchas dificultades por parte de las capuchinas, me admitieron las monjas por consejo del R. P. Ambrosio de Valencina, Provincial de los Capuchinos, que se hospedaba en el convento por estar predicando en Granada la novena de la Porciúncula, en Nuestra Señora de las Angustias.

La mayor dificultad que encontré era haber más número de monjas que el que ellas tenían 33, y por esto mismo me tuvieron tres años y medio de postulante y uno de novicia.

Entré en mi bendito convento de San Antón con grandísimo entusiasmo y fervor de hacerme santa y *pronto santa*. Era 28, viernes, de julio de 1893, a la 1 del día, y todo me pareció una revelación del cielo. ¡Qué dichosa fue mi alma en medio de aquellas santas y penitentes religiosas, en donde estaba la comunidad en perfectísima observancia. ¡Bendito sea mi Señor Jesucristo que hizo a mi alma tan grandes mercedes!

Sor Trinidad del C. de María.

La Santísima Virgen de los Dolores que se veneraba en la capilla de la escalera grande, me recibió por hija y cuidó de mí con maternal amor, haciéndome *muy grandes y singularísimos favores, de los cuales fue testigo, en algunos de ellos* una venerable y religiosa, que fue camarera de la santa imagen y me quería mucho, M. Francisca de Borja Heredia, ex abadesa, ex maestra, ex vicaria muchos años de la comunidad con ejemplarísimas virtudes. Esta santa religiosa (trabajó o inclinó a la comunidad me eligieran el año 1908) cuando, en rogativa, pedían a la Santísima Virgen les inspirase a quién habían de elegir, pues habiendo enfermado la R. M. Abadesa de una parálisis, creyeron no podía continuar, según el criterio de los médicos.

No encontraban qué hacer, pues el gobierno de tres trienios que había desempeñado la R. M. Amalia del Pilar la hizo acreedora al amor y veneración de la comunidad.

El Sr. Arzobispo amonestó fervorsamente a la comunidad a que eligieran a la que el Señor les inspirase, y a la tercera, que en las dos primeras recaían todos los votos en la misma madre, que querían reelegir para el cuarto trienio. En la tercera votación, quién lo creyera, recayó en la menor de las que formaban la comunidad, aunque de profesión había dos profesas menores sor Presentación y sor Teresa de Jesús.

Sólo aquella Madre amantísima de los Dolores, en donde depositaba de continuo al pie del su altar mis dolores y penas, alentó mi pobre alma, que sintió en aquellos momentos el peso abrumador de una cruz y de una *pasión*, como me prevenía mi Señor y mi Dios, a quien amaba con toda la fuerza de mi alma. ¡Él sea bendito!... Bendito y alabado sea y amado por siempre su Corazón sacratísimo en la santa Eucaristía y en la cruz y su dulcísima Madre y mía al pie de la cruz, su indigna hija y esclava enamoradísima de sus Dolores santísimos y lágrimas.

Sor Trinidad del C. de María, capuchina eucarística y de la Madre de Dios.

Llegó el 16 de julio de 1908 y a las 4 de la tarde se presentó S. E. R. el Sr. Arzobispo a la nueva elección acompañado de su Secretario, canónigo y rector del seminario, D. Ramón Pérez Rodríguez (más tarde Obispo de Badajoz, Patriarca de las Indias o de Sión, y más tarde de Cádiz), que nos conocía mucho desde muy pequeña (le veía en casa de mi abuela, donde se reunían de vacaciones los veranos, el P. Hitos y el compañero fidelísimos).

Como sólo tenía 29 años al salir elegida, creyeron todos debía recurrir a Roma por dispensa (claro que entonces no estaba establecido el Código del Derecho [de la] Iglesia) y al leer el capítulo de la santa Regla sobre la elección vieron que no hacía falta recurrir a ninguna dispensa, pues la santa Regla lo atestigua, me proclamó abadesa canónicamente electa, y desde aquel día se extrañado tanto aquel cambio de pareceres y de juicio, les pareció una gracia de singular protección de Jesús, que según el parecer del P. Valencina, en su primera visita al convento me dijo: “Hija mía, ya te ha puesto el Señor donde puedes empezar hacer esas capuchinas que Dios te pide, primero hazte santa y gánalas a todas para Dios; no hagas cambios,

sigue prudentemente lo que tu anterior hacía, únicamente evita cuanto puedas las relajaciones y lleva con fervor la vida de comunidad con espíritu de caridad y de amor, y Dios te lo dará hecho cuando sea su voluntad santísima".

Las palabras de aquel santo infundían en mi alma una fe y amor de Dios... ¡Conocía tan bien mi alma y cuanto Dios nuestro Señor quería de mí!, que no recuerdo con seguridad si llegó a 20 veces las conferencias espirituales que tuve con él en los 19 años que fue mi padre espiritual, pues el Señor permitió que en los cinco últimos años de su vida dejó a casi todas las religiosas y por escrito alguna vez atendía a nuestras necesidades..., encargándonos, o citando de sus escritos los párrafos que debíamos aplicar.

Ya empezó a prepararme para el sacrificio, y en el último retiro que dio a la comunidad para el Sagrado Corazón de Jesús, me dijo: "Necesitas pedir y orar mucho para que el Señor te depare un santo director que te conozca y ayude a santificarte, y cumplir la voluntad del Señor que *te prepara un camino desconocido*... y opuesto a tus deseos... Pero el día que el Señor te pida el sacrificio de lo que más amas (la clausura), extiende tus brazos sobre la cruz y dile: "Jesús mío, soy tu víctima, inmólame tú". Y desde ese día muere completamente a ti misa. No planes sobre lo que tú sientes vocación... Entrégate totalmente ciega, llena de fe. *Espera, confía, ama, sufre alegremente*. Él te llevará dentro de su Corazón y te defenderá. Tú, fiel, siempre llena de fe y amor, alimentada con el Pan de los ángeles, fortaleza de los débiles, abrazada al báculo de la cruz santa, que tanto amas, emprende tu camino hacia la patria bendita... Fija siempre en la estrella María, que te iluminará siempre como a los Magos, y ella, al llegar a la patria te cogerá en sus brazos para introducirte en el tálamo nupcial del Esposo, y ella te dará sus galas para cubrir tus miserias, y que aparezcas muy hermosa al Rey celestial que codiciará tu hermosura, y saldrán al encuentro tantas almas... y la de tu pobre padre, que con tanto interés quise ayudarte... Pide por mí siempre, ya no nos volveremos a ver más en la tierra. Pide que nos alegremos en el cielo el habernos ayudado en la tierra".

Cuando salí de allí, tan encendida me dejó en amor a la cruz y a morir a todo y a mí misma, que tan fuertemente deseaba ese día dichosísimo que él me anunciaba, que temía encontrarme con ninguna religiosa que me conociera el fuego que abrasaba mis entrañas de deseos de ver a Dios cara a cara. Entré en el coro y caí sobre la reja del coro sin poderme contener, pedía al Señor acabara mi destierro, porque no podía vivir si no apagaba el ardiente deseo de unirme a él para siempre, exclamaba con un ímpetu de amor que dejó mi cuerpo inerte, no podía moverme, no veía ni sabía dónde estaba y le pedía me dejase ya subir dentro de su Corazón divino y me perdiese en ese océano inmenso de amor, como se confunde y pierde en el mar una chinita o una gota de agua... Sentía que al apartarme otra vez del Señor quedaba como el ciervo alejado de su madre, perseguido por cazadores que corren sin descanso por buscarle. Una hora sin Jesús me parecía una eternidad. Después que el Señor me daba esos toques, quedaba por muchos días

tan tonta para tratar con las criaturas, que tenía que irme a la enfermería, porque me daba fiebre, y hubiese muerto si el Señor no se escondía, porque el dolor no me dejaba tan enferma como el amor.

¡Pobre alma mía, y cómo el Señor sin fijarse en mis gravísimos pecados, venía con *más amor* cuando estaba más negra y manchada de ingratitudes! ¡Me creía que el amor de las criaturas me serviría para acercarle almas, y me alegraba de ser tan amada de todas y atrayente, como me decían, porque así le acercaría todos los corazones, haciéndome dueña de ellos, y me gozaba del amor de cuantos me conocían y si me alababa! ¡Gracias Señor que me das gracia para llevarte muchos corazones!

¡Cuántos engaños del demonio, Dios mío, y qué tonta y ciega estaba para no ver con los muchísimos peligros que el demonio me presentaba... y qué milagrosamente me salvó vuestra misericordia infinita! *¡Dios mío, gracias! ¡Bendito* seas mi Señor y mi Dios, bendito seas Jesús mío, que tuviste tanto amor y compasión de esta enferma miserable, que formada por vos para amaros eternamente, tal vez ciega dañaba a las almas, en vez de hacerlas tuyas!

Y cuánto sufría al verme metida en pantanos sin salidas, y mi ignorancia me hizo ignorante. ¡Oh Jesús, si tu misericordia y amor a las almas no hubiese rayado en locura, ésta pobre esclava y sierva vuestra, merecía ser arrojada a los infiernos, por atrevida y orgullosa e ignorante, desafiaba al mismo demonio! ¡Que era una mariposa incauta que pude morir en las llamas del infierno, y vos, Jesús mío misericordiosísimo y lleno de bondad, os dejasteis las 99 por venir a recoger la ovejita herida en la boca del lobo!... ¡Bendita y glorificada sea vuestra misericordia y amor con los pobres pecadores!... Y a mí me tocó la dicha de ser privilegiada con vuestra amorosa predilección. ¡Mi Jesús!, vos Señor que me criasteis, os compadecisteis del barro que fui formada... y con vuestra sangre divina lavasteis mis manchas y me recibisteis de nuevo con más amor y ternura que a una reina ataviada... ¡Gracias, Jesús mío! ¡*Gracias* infinitas os sean dadas, que oíste los ruegos de mi Madre Santísima, vuestra Madre y me perdonasteis, colmándome de bienes y perdón y amor, soy vuestra, recíbeme,

Sor Trinidad del C. de María

Aquel trienio pasó apaciblemente. Aquella comunidad, observantísima y fervorosa, vio aquella pobre Abadesa como bajada del cielo; el respeto y cariño que las dos maestras (que tuve en los 4 años y medio que tuve de novicia) tenía la comunidad como dos santas, me prestaron su espíritu y veían a ellas en mi pobre persona; era una niña sin experiencia ni virtud ninguna..., una cantidad de buena voluntad porque el Señor me dio una gran vocación de capuchina víctima.

Las monjas me hicieron tan suave y dulce aquel trienio que casi me da miedo pensarlo; me querían todas tanto, que me parecía exagerado el amor y concepto que tenían de mí.

¡Ah, Señor mío, y qué responsabilidad la mía tan grande!... No encontré dificultades en

nada, a pesar que emprendí grandes obras en el convento, confiada sólo en la providencia. La casa estaba viejísima, incómoda, fría, húmeda y antihigiénica; y, como el P. Ambrosio me encargó no hiciese nada sino seguir a la anterior, entendí ser la voluntad de Dios restaurar lo material de la casa mientras preparaba lo espiritual; y en efecto se renovó la casa. Una parte del convento se hizo terraza y después de renovar las oficinas y coro de porlans [sic], porque los pisos y pavimento todo era molido, terrizo, y los sótanos se sanearon; el huerto y patio se reformó completamente. Se gastó 60.000 pts. que todos los amigos contribuyeron en esta obra.

Todas sufrían pensando el gasto; ocasionaría gastos que en muchos años no se podría pagar, y el Señor quiso se pagara todo; con tanto amor el Señor salió a mi paso... Como en todo me salvó. ¡Bendito sea mi Señor..., que su providencia divina respondió superabundantemente!, ¡bendito sea! Mis grandes penas entonces es, cómo el Señor cubría con tanta misericordia mis grandísimas miserias, y aunque no me faltó siempre una o dos que me labraran la corona, la comunidad me obedecía, miraba como santa y yo temía tanto que era lo que más me hacía sufrir.

Sor Trinidad

L6 C23 (143-150)

Braga. Monasterio de Capuchinas
Eucarísticas de la Mãe de Deus.
Mis ejercicios de agosto del año 1935

¡Dios mío y Señor mío, que tan bueno y generoso sois con las almas que te buscan desnudas de todo afecto que no es vos mismo, vida de mi alma, hermosura y gloria mía, mi Señor Jesucristo, víctima en la Hostia santa inmolada cada día en el santo Sacrificio de la misa y con ella yo también uno y consagro no solo mi corazón y mi alma y mi ser todo, que también os ofrezco y *uno todas* aquellas almas que vos me diste para que siguieran fielmente la vocación que vos os dignasteis comunicar con tanto amor, para que vos nos unáis a las intenciones de vuestro Corazón adorable y las ofrezcáis con vos a vuestro Padre, como víctimas de expiación, en la adoración y observancia fiel de nuestra santa Regla.

Aquel espíritu seráfico de nuestra madre santa Clara y padre san Francisco es el que vengo a pediros delante de vos, Jesús mío amantísimo de mi alma, en este tabernáculo donde me pedís constantemente vengamos a ti a ofreceros la adoración y amor que en Belén recibisteis de los pastores y reyes y de vuestra Madre Santísima y san José!...

En vuestros sagrarios os sentís muy solo de vuestras criaturas, porque derramasteis vuestra Sangre preciosísima, y por nuestro amor os quedasteis prisionero de amor en la santa Eucaristía... y esperabais vendrían adoraros legiones de almas penitentes y sacrificadas,

fortalecidas en la adoración perpetua del Santísimo Sacramento en espíritu y verdad. Siguiendo vuestro divino llamamiento hemos levantado en esta tierra bendita de Braga el tercer altar de adoración. Aquí nuevamente quiero ofreceros... cuanto vos, Jesús mío, sabéis queremos sacrificaros en unión de vuestra Madre bendita y san José en Beben. *¡Así sea! Amén*.

L6 C23 (130-131)

En la enfermería

¡Oh Jesús mío!, concédeme que sepa sufrir con vos, y que mis enfermedades, que me saben a cielo por la unión que siento con Cristo paciente, como oración continua mantiene en mi interior una gran paz, de tener ocasión de satisfacer al Señor por mis gravísimos pecados, y siento una fuerza interior de vivir abrazada con mayor amor con la voluntad de Dios, presente siempre a mi alma con una dignación y merced tan grande de su amorosa providencia, que al par que con mis dolores quiero reparar y expiar mis gravísimas deudas, no puedo pedir ni salud ni enfermedad, estoy tan contenta en sus manos que ni pido ni rehuso; si quiere que deje ya esta vida, o quiere que viva con él padeciendo, contenta estoy y confiada en el amor de su Corazón divino para conmigo.

Me da el Señor tanta estima y amor grandísimo a sus disposiciones providenciales, aun en esta enfermedad de debilidad y caimiento de ánimo que trae consigo esta enfermedad me ofrezco al Eterno Padre por el Corazón de Jesús en manos de mi dulcísima madre María Santísima... y entonces deseo repetir ese himno de acción de gracias. ¡Gracias Jesús mío, gracias!, que me tienes contigo en la cruz; oculta a los ojos humanos mis continuas agonías; sólo mi Jesús... cuenta los latidos de este pobre corazón que se entrega tantas veces como pulsaciones me faltan... ¡Bendito seas, Señor y mi Dios, que me ponéis donde más os agrada!

Mi único ejercicio es ponerme en sus manos, y como si me viese en ellas las beso amorosamente entregándome por entero sin querer cosa que el Señor no quiera y aceptando cuanto él disponga de su esclava con todo amor y gozo por venirme de su mano; y con esta entrega que hago a Dios de toda mi alma con sus facultades, mi cuerpo con sus sentidos, mi salud, mi vida y todo mi ser, sin querer nada mas que agradable. La enfermedad me parece ha sido mi mayor ayuda para esta vida de inmolación y de amor que ahora me pide el Señor... Cada dos pulsaciones pierdo una, y como la oigo repercuten en el estómago, en el cuello y en la cabeza. Cuando late hago, un acto de amor y reparación; cuando pierde, un acto de entrega a su voluntad santísima, y quedo con una paz, que como me creo dentro de su Corazón adorable tan feliz padeciendo, que me parece que la muerte no es más que cambiar de postura: aquí con él unida en la cruz, allí con él en la gloria. Pero con él la cruz es gloria, pues se gustan en ella manjares deleitosos y dulces; *la prueba* del verdadero amor, *es padecer*, y en la cruz estamos

atados a él. ¡Bendito sea!...

En la cruz se aprende la verdadera ciencia y los males se convierten en bienes... y alabanzas al divino Salvador que nos dejó en ella dónde acogernos para alcanzar la posesión del reino de Dios.

Después de largo tiempo de enfermería, empiezo hoy la asistencia a los actos de comunidad, y al llegar al coro y tomar el breviario me sentí como el ave sedienta que encuentra la fuente cristalina y se baña con estremecimiento, alegría inexplicable.

Siempre el breviario para mi alma es vida. ¡Cuántas veces, en mis primeros años de religiosa, siendo enfermera y sacristana, que agobiadísima de trabajos... me dejaban el tiempo contado para rezar el breviario junto a una enferma, o al lado de un canasto de manteles y albas que lavar..., al tomar el breviario quedaba como extasiada y fuera de mí! Me preguntaban las compañeras: "¿Qué le pasa a vuestra caridad? Está cansada, no está para rezar, ¿verdad? Y queriéndome arrancar el breviario, que estrechaba sobre mi corazón, les repetía: ¡Oh no!, quiere el Señor, no espera vayamos al cielo para recompensarnos estos pequeños trabajos; y aquí, en este breviario nos da a gustar las dulzuras inexplicables del cielo a tan poca costa... Y en todos los momentos de vida religiosa, que empezó para mí a los diez años, la noche de Navidad, siendo educanda, gocé tanto que como fuera de mí me acerqué al pesebre durante el Tedeum y merecí tener en mis brazos al divino Infante. ¡Oh grandeza de las finezas de Dios en darnos a las pobres mujercitas el gran privilegio de rezar el oficio divino en unión de los ángeles!... ¡Qué hermosa dignidad y a qué altura de contemplación nos eleva el Señor al concedernos el don de las divinas alabanzas!... Más de 40 años llevo de rezar el breviario, y crece mi amor a Dios con las gracias y altísimas mercedes que en él me hizo el Señor con amorosísima misericordia, pues sin estudiarlo se entra en la posesión de Dios y en el rezo se comprenden las grandezas del poder, la sabiduría y misericordia del Señor en todo tiempo, como no la da a conocer otro libro. Sólo en la bienaventuranza se completará lo que falta a nuestro pequeño entendimiento... Entrar en el oficio divino siente el alma como si entrara en el cielo.

¡Bendita sea la infinita bondad del Señor, que nos escogió para que le hagamos compañía, adoración y alabanza en la tierra como le hacen los ángeles en el cielo! Contemplando los inestimables tesoros de amor y bondad con que nos obliga dulcemente amarle, viles gusanillos de la tierra, nos hace iguales a los ángeles del cielo!...

Y todavía nos atrevemos a levantarnos de nuestra pobre miseria, para ensoberbecernos llenas de agobios, tiramos a veces su cruz bendita, y no sabemos seguirle en los tormentos y humillaciones de su pasión... y queremos gozar con él de los celestiales e inefables gozos de su Resurrección!...

¡Oh Jesús dulcísimo!, divino deleite de las almas puras, no permitas Señor que tus pequeñas víctimas, tus capuchinas eucarísticas, hijas y siervas de tu Madre dulcísima, nuestra

dulce Madre de los Dolores... Líbranos de las grandes amarguras y tormentas de la soberbia y del amor propio; forma nuestros corazones a la medida de tu Corazón adorable, suave siempre *humilde* lleno de caridad para con todos; concédenos que nuestro ejemplo de abnegación y humildad verdadera le atraiga muchas almas a beber de la fuente de tu humildad en el divino Sacramento. Haz, Jesús mío, una morada pura y digna de ti, para que te posea y te goce, siempre contigo, tu esclava enamoradísima de tu verdad. Amén.

L6 C23 (132-134)

RECUERDOS

10 de noviembre de 1935

Diez de noviembre, domingo, llegamos a Roma a las 7,30 de la mañana, tomamos un taxi que nos dejó en Reparadoras. Comulgamos, oímos la santa misa, y las buenísimas madres nos dieron el desayuno, que nos atendió la M. Santa Teresa, a quien le entregamos la tarjeta que llevábamos de Madrid de la Superiora M. Virgen de los Dolores que tan buenísima fue con nosotras en Madrid.

La M. Santa Teresa (única española en aquella casa) nos manifestó la imposibilidad de admitirnos allí por tener la casa llena por la tanda de ejercicios que hacían allí, y la casa muy pequeña.

Avisó por teléfono a las Damas Apostólicas y ellas nos recibieron con mucho cariño, quedando allí hospedadas en definitivo.

Después de descansar y comer nos volvimos a Reparadoras. Allí nos indicaron dónde estaba el P. Ulpiano López, jesuita, a quien nos *envió con mucho encarecimiento su señor tío Obispo de Cádiz*, muy amigo y bienhechor nuestro, que me dijo: “Busca a mi sobrino y dile todo lo que quieras que yo haga en la obra que el Señor te ha confiado y que siempre quise ayudarte, pero él en Roma sabe más que yo de esas cosas y él me dirá a quién tenemos que recurrir”.

En efecto, la Gregoriana estaba a dos pasos de Reparadoras, y, en efecto, al llegar nos recibió con tanta bondad. Le expusimos el objeto de la visita y viaje... Después de enterarlo de todo nos envió a la iglesia de Jesús donde estaba el P. Torres, confesor del Sr. Card. Segura, que estaba enfermo, con quien podíamos hacer llegar a Su Excelencia que estábamos allí, y él nos diría cómo andaban nuestras cosas allí.

El P. Torres había salido y no pudimos hablarle, entramos en la iglesia, hermosísima, y había una concurrencia atroz. Allí oramos junto al sepulcro de san Ignacio... y allí sentí un atractivo y tanta luz y aliento a pesar de las amarguras que interiormente sentía al ver las contrariedades que encontraba en todos sentidos. Volvimos a la mañana siguiente a confesar y

comulgar allí.

Día de san Martín, 11 de noviembre, no olvidaré nunca. Confesé con el P. Torres que tenía un confesonario atroz, y desde las 8 hasta las 10 no me tocó confesar. El buen padre me oyó con mucha caridad, pero no me dio luz, no era aquella la hora de consuelos, sino de trabajos. Temían todos ante la separación de Chauchina, Casa Matriz de la Obra.

Mi alma todo lo esperaba de Dios, y cuanto más pruebas, me sentía más firme y lo que más me dolía que el P. Ulpiano no estaba como su señor tío y siendo él el que creíamos que nos podía o debía ayudarnos, y estaba del todo desorientado. No teníamos más remedio que volvernos sin hacer nada, pues no me llegó la licencia del Sr. Nuncio que me prometieron enviar de allí el Superior de PP. Jesuitas de Madrid en Reparadoras, a quien consulté si podría irme a Roma con la licencia que traía para Portugal y me dijo que sí, ante la promesa de M. Virgen de los Dolores, que me prometió recogerla y enviarlas.

Tres días fuimos a Jesús a comulgar y hablar con el padre; no encontrado ayudas ningunas ni casi alientos para arrostrar tantas dificultades. Empecé a temer que el Señor estuviese disgustado de aquel viaje, que lo hice por sola una inspiración... y sin consultar me metí en el tren para Roma, llena de fe y confianza... Y todo estaba cerrado para mí... ¿Dónde estabais Jesús mío dulcísimo que os buscaba con ansias y no lo veía en parte alguna? Aquella mañana, 16 de noviembre, me fui a San Pedro (que la Superiora me dijo buscase el confesonario del Penitenciario español).

Allí me arrojé a sus pies, hice confesión general de toda mi vida, y después le di cuenta de la obra que me llevaba allí; los años que llevaba trabajando en ella, apoyada por prelados y confesores... y al final Chauchina se retira y todos me miran como chiflada que pido en contra del Derecho Canónico, etc... El P. Penitenciario me oyó con mucha paciencia *todo*.

Y al terminar le dije lo mismo que cuando empecé: padre sólo le pido en caridad lo que vea en la presencia de Dios... Yo me volvería con mucho más entusiasmo al convento de San Antón, en donde me consagré a Dios y viví 33 años como los ángeles, que seguir esta obra con tantos trabajos y sacrificios, y que no sea del agrado de Dios!

No me ha movido a ello ningún fin ni idea mas que *creí Dios me lo pedía* y que hacía en todo su voluntad santísima, y impulsada por la obediencia de los Prelados, Cardenal Arzobispo Casanova que me mandó ir a Chauchina...

Entonces el P. Marcos, que era el Penitenciario, me dijo: “Ofrezca a Jesús sus penas y trabajos y *siga adelante con mucha fe que hace la voluntad de Dios. Es obra suya*, y cuando no tenga quién le ayude y atienda y me necesite o quiera yo le ayude, no tiene mas que avisarme, que con mucho gusto le ayudaré a todo cuanto necesite”. Me quiso presentar al Prefecto de la Sagrada Congregación para que hablase con él; y no pude porque nos íbamos enseguida (nos faltó dinero).

Después de esta confesión, que estuve cerca de dos horas, con el gozo que no me cabía en el corazón comulgamos, y había tantas misas en todos los altares... y yo me metí en una capilla a dar gracias al Corazón eucarístico de Jesús que en aquel día había visto y sentido los excesos del amor misericordiosísimo de su Corazón adorable para mi pobre alma... En aquella capilla me encontré un religioso humildísimo y agradable, que no podía expresar, y venía con un sacerdote venerable... que tenía aspecto y mirada penetrante, estaba calvo, muy agradable, me saludaron en español, y enseguida sentí en mi alma algo extraordinario. El religioso, que al principio creí sería el P. Procurador General de los Capuchinos a quien estuve el día antes... Pero pronto me di cuenta que aquellos dos venerables padres no estaban aquí... mi espíritu sintió un no sé qué... No puedo expresarlo.

En un impulso le dije: ¡Oh Padre mío san Francisco, quiero seguir, vivir y morir en vuestra santa Regla según nos la dejó la madre santa Clara, y bendiciéndome con el rostro todo iluminado y con las sagradas llagas resplandecientes como el sol, me dijo bendiciéndome: “Hija mía, no solo has copiado y bebido el espíritu de mi Regla que recibí del divino Maestro Cristo Jesús, sino has merecido que este divino Maestro te la muestre adaptada a los tiempos actuales, para lo cual quiero que unas al espíritu de humildad y pobreza de la santa Regla que profesáis, el gobierno y orden que el mismo Cristo mostró a este glorioso santo Ignacio de Loyola, que tanta gloria da a Dios en el cielo por su inquebrantable adhesión y apoyo a la santa Iglesia.

¡El Señor te bendiga! Y san Ignacio, mirándome con los ojos llenos de luz y de fuego me prometió su protección y ayuda por medio de sus hijos y en aquel momento comprendí con una luz sobrenatural, que debía sujetarme a la dirección del P. Morán, a quien no podía entregar mi espíritu, que ¡sentía *un choque*!... cada vez que hablaba con él, que hacía el propósito de no volver... y volvía por una interior inspiración, tan clara...

Alguna vez dije al Señor: ¡Jesús mío, si te empeñas que vaya a ti a secas, sin jugo alguno, iré al P. Morán! Me daban más alientos los PP. Hernández y Berrocal...

Después de esto nada más puedo discurrir, sólo que es la voluntad de Dios. Salí de aquella capilla de cielo, y no podía ni andar... y me acerqué a la baranda de San Pedro y había tanta gente que no podía sostenerme y allí sentí tanta fortaleza y alientos que no podía reprimir; los consuelos y gracias extraordinarias me anegaban el corazón, y el cuerpo lo tenía como cortado y enflaquecido del gozo interior que tenía. Al día siguiente volvimos al mismo sitio, pero muy ligeramente, pues teníamos que irnos a España y antes terminarlo todo. Queríamos volver a la Gregoriana y a Reparadoras y no pudimos, llovía muchísimo, y tomamos un tren que iba a Génova. Allí estuvimos varias horas esperando un tren que nos llevase a España. Y allí, ¡qué recuerdos! ¡Me hacían tanto bien a medida de las pruebas amarguísimas que sufría mi corazón, fue la abundancia de consolaciones celestiales que el Corazón de Jesús embargaba mi alma! ¡Cuántas veces, al entrar en el tren, me encontraba dentro del Corazón divino descansando como

en los mejores días en nuestra amada celdita de San Antón, cuando él me pedía aquella peregrinación... y veía como un sueño... con las penalidades de mi dulcísima Madre, María Santísima en su ida a Belén y a Egipto! Ella me dio al divino Niño cuando meditaba en aquellos primeros años..., pero en la realidad, en los amargos trabajos, él me escondía en su divino Corazón y me fortalecía en la peregrinación.

Llegamos a San Sebastián sin haber comido nada, sólo la sagrada Comunión. Buscamos hospedería en seis casas religiosas y en todas nos negaron hospedería, excusándose no tenían sitio. Cansadas y desfallecidas, eran las 4 de la tarde, y mi pena de la compañera sin comer desde el día anterior, pedimos de limosna una peseta, y como era domingo y todo cerrado, no encontramos pan. Entonces pensé telegrafiar al P. Fundador a Granada y le pedía para seguir el camino, y en giro telegráfico envió 200 pts. a las Reparadoras, y entonces nos ofrecieron de todo... Sólo dio tiempo a tomar una taza de café con leche con un bollito, por salir a las 6 el tren para Salamanca, y allí descansamos y comulgamos y tomamos el tren para Oporto y Braga, llegando a Braga el 26 de noviembre a la hora de comulgar. ¡Qué consuelos nos dio el Señor al encontrarlas ya establecidas en la nueva casa de San Gonzalo, 24!

Todas fervorisísimas y entusiasmadas bendecían al Señor que tanto bueno me encontraba en aquellas hijas tan amadas que pedían por esta pobre pecadora que quiere ser santa.

Sor Trinidad.

L6 C23 (138-142)

[CARTA DESDE ASÍS]

Asís, 21 de noviembre de 1935

A las M. R. M. Abadesas y Comunidades de mis Capuchinas Eucarísticas de Chauchina y Berja y Braga (Portugal), ¡Salud y Paz en el Señor!

Reverendas madres abadesas, muy amadísimas en el Corazón Eucarístico de Jesús, mis buenísimas madres abadesas y todas mis hermanas amadísimas de esas santas comunidades, *Casa Matriz* donde nacieron las Capuchinas Eucarísticas Víctimas de Jesús Hostia, o sea, donde la divina Providencia les fijó el nido bajo el manto dulcísimo de nuestra Soberana Reina y Madre Santísima de los Dolores María Santísima *en Chauchina*.

¡*Ella nos acogió* y formó bajo su maternal y divina mirada, en Granada, en aquel relicario de santas religiosas, junto a las cenizas de sus santas fundadoras! Mi pobre corazón quería copiar sus heroicos ejemplos: durante 33 años oraba al pie de la imagen bendita de los Dolores (en la escalera principal del convento que tenía su capilla) de Capuchinas de Jesús María, desierto de penitencia (San Antón) Granada. Allí fue el taller, en donde el divino Corazón de Jesús nos dio tan santas superioras maestras y hermanas, que trabajaron 33 años en limpiar este palo nudoso, que solo para el fuego serviría, ¡con dificultad, pues *estaba verde*!. .. y no había modo de entrar la mano de escultor humano para formar ni los pies del altar en donde quería se colocara el trono y custodia de Jesús Sacramentado, mi Soberano Rey y Señor para ser adorado.

Allí sentía estremecerse mis entrañas de dolor cuando entendía y sentía el sacrificio y separación de aquellas madres y hermanas que tanto amaba. Llegué a creer que el Señor me dejaría llegar a las puertas de la clausura ... como Abrahán al altar donde debía de sacrificar a su hijo Jacob ... y *esta confianza* mantuvo mi corazón fuerte hasta el momento mismo de salir. .. ¡que creí encontrar el ángel que detuvo el brazo del Patriarca!. .. ¡y no fue sin duda ésta la voluntad de Dios!. .. mi pie pasó la clausura de aquel santo monasterio que tantas veces besando, abrazada a sus muros, pedía al Señor morir antes que volver a salir. .. y mi fe no vaciló, creí que antes me aplastarían sus muros que dejarme salir.

¡Oh mi divino Jesús! ... Ya el Viernes Santo, postrada a los pies de la imagen bendita de la Santísima Virgen de los Dolores, le pedía con lágrimas que el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo se contentase, si era la voluntad de Dios, con 12 religiosas de las más fervorosas y santas que él escogiera, y me dejase a mí allí morir. ¡Eran tan fuertes y estrechos los lazos purísimos de amor con que Jesús me tenía atada a *aquella santa* casa y comunidad *tan amada*!. .. que como si la santa imagen me contestase, le dije por última vez: ¡*Madre mía Santísima*!. .. ¿será posible me dejes salir habiendo sido *tú siempre mi madre, mi prelada y superiora* tantos años? .. ¿Quién será capaz de arrancarme de ti? .. ¡Madre mía dulcísima! Y aquella imagen bendita, como si animada

me quisiera alentar -me pareció verla como en el cielo, hermosísima y resplandeciente de gloria- me dijese: "Sacrifica y muere a ti misma y vivirás cumpliendo la voluntad de Dios, mi Hijo y yo no te dejaremos nunca ... Donde quiera que vayas, *allí nos encontrarás* y seré tu madre y superiora y de todas tus hijas ... *Siempre me encontrarán junto a mi Hijo Sacramentado*, como estuve al pie de la Cruz hasta después de muerto mi Hijo santísimo. Así permanezco en espíritu junto a mi santo Hijo en el Santísimo Sacramento, y así como en aquellas horas tristísimas de mayor dolor, las piadosas mujeres y Magdalena y mi hijo Juan consolaron mis inmensas amarguras, así ahora tu deseo de acercarme almas penitentes y puras, consagradas a mi Hijo exclusivamente por voto, es tan consolador y agradable a mi corazón que os congreguéis a adorarle y ofrecerle sacrificios de oración y penitencia como víctimas de expiación y reparación de tantos sacrilegios y crímenes como se cometen diariamente contra el Santísimo Sacramento, no sólo de los malos cristianos, sino de los ministros del Señor y de tantas almas consagradas que infieles a su vocación le odian y blasfeman ... y mi Hijo divino, lleno de misericordia por las almas redimidas con su sangre, espera de vuestras adoraciones y sacrificios y alabanzas que sean *tan verdaderas y tan fervientes* que suban al trono de su Eterno Padre unidas al sacrificio que continuamente se ofrece en la santa Misa de su Cuerpo y Sangre, y esta armonía de sacrificios y alabanzas suban al cielo y confundan las furias del infierno que quiere levantarse contra Dios ... ¡Haced vosotras con vuestro amor inmolado a la faz del mundo como hizo san Miguel con los ángeles rebeldes! *¿Quién como Dios*? ... *Repetirán* vuestras obras, oraciones y sacrificios sobre las furias del infierno" ... ¿Quién podrá borrar del mundo la Sangre de Jesucristo, ni negar que su Cuerpo Sacramentado vive en nosotros hasta la consumación de los siglos?

¡Hijas mías! En estas tres horas hermosísimas que me ha concedido el Señor delante del cuerpo de nuestra seráfica madre santa Clara ... toda impresionada y conmovida he quedado sin fuerzas para moverme ... La compañera me pide ir a visitar san Damián y nuestra Señora de los Ángeles, que tanto he deseado ver ... pero, antes en la basílica del seráfico padre san Francisco, orando junto a su sepulcro y viendo su santo hábito, sandalias, cuerda, capachito o alforja donde pedía, etc., perdí fuerzas físicas, a medida de las emociones que no había sentido ni en la basílica de san Pedro, junto a sus cenizas la grandeza y majestad de la santa Iglesia me hizo repetir ¡qué grande y magnífico es el Señor en su Iglesia Católica Apostólica Romana! ¡*Bendita sea*! ... y mi fe se sintió robustecida.

Al llegar a la iglesia de santa Madre, al bajar las escaleras de la cripta y ver el sepulcro donde estuvo su cuerpo (de piedra sin labrar) y llegar a la urna de su santo cuerpo y ver en su rostro, después de siete siglos, aquellos labios que nos dejaron los tesoros de su espíritu en su santa Regla y testamento, y sus facciones, ennegrecidas por los siglos ... ¡son los vestigios de aquel cuerpo virginal y purísimo! las lágrimas salían de mis ojos ... y le pedía perdón si con este sistema de vida que yo había entendido de unir a todas las Capuchinas Eucarísticas Clarisas

viviesen unidas todas como una sola familia bajo el gobierno de una abadesa general al igual que nuestro seráfico padre san Francisco formó de tantos hombres una sola familia seráfica, añadiendo a nuestra vida y Regla la adoración a Jesús Sacramentado, y que creí me lo pidió ella en su aniversario en la fiesta del 18 al 20 de marzo [de 1912] que celebramos con tanta solemnidad su Centenario ... empecé a sentir en mi alma una dulzura y una paz interior tan grande, que no me podía sostener ... dije a la compañera, si quiere vuestra caridad ir a ver algo vaya y déjeme sola aquí junto al sagrario (que caía el altar sobre la urna y en las gradas había una rejita que se veía perfectamente el cuerpo de la santa Madre).

Estaba de rodillas adorando a Jesús Sacramentado y viendo el cuerpo de la santa Madre. Las monjas ensayaban con órgano una misa preciosa, parecía el cielo (obscura la iglesia completamente) se iluminaba cuando de aquel sagrario salía un rayo de luz como la luz del sol que no permitía a mis sentidos corporales contemplar las hermosuras y grandeza de Dios humanado, oculto en el adorable Sacramento del altar!. .. y como si yo dejara de existir, el cuerpo perdió su movimiento y la parte superior del alma entró dentro de aquel tálamo nupcial que la madre santa Clara me alcanzó del divino Prisionero ... y ¡*allí*!. .. solo repetía aquello de Tobías: "¡Oh Señor, aunque me entregue por esclava no será paga digna de Tu *grande providencia*" ... Y parecía como si oyese que el seráfico padre san Francisco repetía aquellas palabras de la Escritura ;aplicándolas a nosotras, queriendo levantar nuestras almas a *la Obra de Dios*: "La (divina sabiduría edificó para sí una casa (la santa Iglesia) puso una mesa con pan y vino, y *envió a sus esclavas* para que llamasen y subiesen al alcázar y muros de la ciudad diciéndoles de su parte:

Venid y comed mi pan y bebed el vino que os tengo aparejado" (Prov 9,1-5), ¡A vosotras mis adoradoras y victimas!. .. ¡*Qué promesa tan rica*! ¡Bueno hermanas mías carísimas, basta por hoy, pues no tengo licencia para manifestar las dulces intimidades que se dignó concederme el Corazón Eucarístico con nuestra santa madre santa Clara y gloriosísimo padre san Francisco. Lo que puedo deciros a vosotras, madres y hermanas amadísimas, presentes y futuras, que lo que hoy os propone vuestra indigna hermana y sierva *no es mío*, ni se me pudo ocurrir jamás... Si la divina misericordia, movida a compasión de mis gravísimos y enormes pecados, quisiera compadecerse de mis miserias y me pidiese el *sacrificio* de formar de sus Capuchinas Clarisas Eucarísticas Franciscanas de la Madre de Dios, *víctimas expiatorias* que con su adoración perpetua a su Corazón Eucarístico *aplacarán la divina justicia y atrajeran sobre nuestra* patria y el mundo entero el perdón y las gracias de salvación y de amor, por nuestra vida penitente y *contemplativa eucarística*, ayudadme vosotras, mis amadísimas hijas, a dar muchas gracias al Señor que se dignó escogemos para tan alto fin ... La Reina de los Ángeles y madre nuestra dulcísima que aceptó el encargo de su divino Hijo, hoy también se ofrece a ser nuestra Superiora, Maestra y Madre que nos enseñe cómo ella supo unirse a su Hijo *víctima* desde su Encarnación,

nacimiento ... hasta la muerte de cruz ... Nosotras debemos imitar su vida con el mismo amor y espíritu que el seráfico padre san Francisco se hizo *otro Cristo* en su vida humilde, pobre, abnegada, obediente e inflamada en la más ardiente caridad ... Así nosotras debemos imitar *en todo* a nuestra Soberana Reina y Madre María Santísima, desde su Encarnación empezó ya a inmolarse y hacerse víctima con su divino Hijo *víctima* ... y con ese *Fiat generoso* y *humilde* aceptó todo cuanto con su divino Hijo debía padecer. .. ¡*Este es nuestro espíritu de Víctima* Capuchinas Adoradoras Eucarísticas! Entendedlo bien. ¡Hijas mías! El divino Corazón de Jesús en la Eucaristía nos habló muy claro en la noche del 19 al 20 de marzo del año 1912 en el solemne Centenario, que celebramos en el VII Centenario de nuestra santa Regla. ¡Carísimas! Hace 23 años que venimos orando suplicando y trabajando para llenar los deseos del Corazón Eucarístico, manifestado con tanta claridad en aquella noche memorable y dichosa que como otro Jueves Santo nos parecía asistir con todas nosotras a otra Cena ... a la que nos convidaba Jesús con una ternura y amor inefable, preparándonos un *vestido nupcial riquísimo* para que nos acercásemos a adorarle como los ángeles le adoran en el cielo, en *espíritu y en verdad* ¡no ya con túnicas de luz y de gloria, *sino de sangre y penitencia*! ¡*de heroicos sacrificios de humildad y de amor*! Que con *Él* nos ofrezcamos al Eterno Padre en expiación y reparación, para aplacar la divina justicia.

¡*Oh mi Jesús!* ... ¡Son tantas las dificultades y contradicciones que encontramos, que parece el infierno se desató para destruir la obra de Dios!. .. Pero hoy me he consolado mucho cuando la madre santa Clara me animaba a trabajar hasta morir en esta su obra que ella en el cielo alcanzó del Altísimo para su amada Orden, la que más se *adapta* a la vida de humildad, pobreza y obediencia y penitencia que pide el Corazón Eucarístico a sus almas víctimas, de las cuales quiere sea su maestra, superiora y madre, la madre benditísima de la divina víctima *Cristo Jesús*: en Belén, despreciado y pobre; *en Nazaret*, perseguido y huyendo de sus enemigos; en su vida pública, salvando almas; en el desierto, preparándonos para la inmolación; en Jerusalén, en el Cenáculo, en el Calvario y en el Sepulcro. ¡La Celestial Maestra nos concederá *imitarle!* alcanzándonos del Señor las luces, *para ver* ... para *entender* ... bien, el espíritu de aquella divina Víctima ... ¿cómo se entre a al Eterno Padre aquel Hombre Dios? ... ¡Con *una humildad de verdad, sin condiciones*! ... ¡Con un amor generoso y desinteresado, que todo lo abraza sin murmuración y sin queja!. .. ¿Quién como el Salvador y Redentor nuestro pudo quejarse y echarnos en cara, nuestras *miserias e ingratitudes*? Y, ¡*oh no*!... ¡nos ama, Jesús víctima! y todo lo acepta, todo lo sufre ... a todo calla ... con humildad con amor... como si agradeciera a los verdugos le mataran ... ¿Qué hace su Madre Santísima? ¿Qué les dice en Belén a los parientes que no le recibieron? ... ¿Qué dijo a san José cuando el ángel le mandó salir a Egipto y dejar su casita? ... y antes a Simeón cuando circuncidó a su divino Hijo tan pequeñito y tierno?

¿Qué habló con san José del comportamiento de aquellas gentes con su Hijo divino? ... y ¿cuando su santísimo Hijo salía a predicar, cómo quedaba sola y recogida en su casita de Nazaret? Cuando pasaba las noches Jesús en el desierto orando, ¿le reprendía? ¿no oraba con Él? .. y así en toda su vida. La Santísima Virgen *se unía a su Hijo, y callaba*. En la calle de la Amargura, en el Calvario, ¿con quién se quejó? la más amante y pura de las madres ¿qué hacía? .. *Sufrir, obedecer, amar y callar*.

Estas son, mis amadísimas madres y hermanas carísimas, las virtudes que han de practicar las Capuchinas Víctimas Eucarísticas de la Madre de Dios. Entregarse a sufrir *alegremente por amor* y sin queja, *obedeciendo con humildad, amando (sin condiciones) la pobreza de Jesucristo* y conservando *la unión y caridad entre sí*, como la observó Jesucristo, María Santísima y los Apóstoles, en recogimiento, oración y *silencio*.

Esto pido, amadísimas hijas y hermanas carísimas, con las rodillas en tierra y la frente pegada a las llagas sacratísimas de Jesús crucificado, víctima de amor en el Santísimo Sacramento, *que cumpláis siempre como* empezasteis vuestra vida de inmolación y de amor a Jesús Hostia... ¡*Sea Él, vuestro único amor, el ideal de todas vuestras aspiraciones*! y con vuestra mirada fija en Jesús, cuando se os exija cualquier obediencia costosa... ¡trasladaros de casa, cambiar de compañeras, dejar las que más amáis!... etc. Entonces... yo os ruego, por el amor de Jesucristo Sacramentado y muerto en la cruz, os trasladéis junto a Él... *miréis su Corazón Santísimo* y a la divina Madre, cuando en Belén se vio sola y sin abrigo para aquel tierno Niño Dios... caminando a Egipto, ¡*colocaros junto a Ella*... pedidle el riquísimo tesoro que lleva en sus brazos!... ¡estrecharlo sobre vuestro corazón y volar con Él donde la obediencia os destine!... ¡que *Él* pondrá su dedito divino en vuestro corazón y saltará una fuente de gracias y de amor!... como ya hizo con otras almas más rebeldes que la vuestra y las convirtió en fuego de amores divinos... cuando lejos corría a su perdición ¡Oh Dios mío!... ¡Confío, hermanas amadísimas en el amor de Jesús Sacramentado, que os formará humildes y generosas como hizo del seráfico padre san Francisco un serafín abrasado y que junto al altar santo, os presentaréis a *Él* llenas de amor sacrificado, para que Él os abrase en aquella divina caridad que formó los santos de barro miserable y quebradizo como el nuestro.

Así espero seáis agradecidas a su divino Corazón que nos escogió por una predilección amorosísima para guardianes y custodios de su tabernáculo, dándole el amor y reparación que nos piden hoy los seráficos padres san Francisco y santa Clara, a los que he pedido para todas, presentes y futuras, una especialísima bendición para las tres comunidades que existen por la misericordia del Señor, Chauchina, Berja y Braga (Portugal) y a todas las que después de

vosotras vengan a nuestra vida y quieran observar nuestra santa Regla primera de santa Clara y santas Constituciones, que el Señor os bendiga desde ahora y por siempre aquí en el destierro y después en el Cielo por toda la eternidad; y ahora os ruego humildemente, en nombre del Señor Jesucristo y de la Santísima Virgen, nuestra dulce madre, que cuando os llegue la noticia de mi muerte recéis por mí al Señor y durante cinco años ofrezcáis sufragios para que el Señor se digne abreviar mi purgatorio que no sería mucho estuviese en él hasta el fin del mundo, porque al que mucho se le dio más se le ha de pedir... ¡y temo mucho a mi juicio! pues si los santos que tantas penitencias hicieron temblaban pensando en el juicio, qué debo pensar me sucederá a mí, sierva inútil que tanto recibí del amor de Jesús y de la Santísima Virgen, mi dulce madre, a quien con toda mi alma os encomiendo y me encomiendo a vosotras por las que espero alcanzar la misericordia y amor de su Corazón adorable, mi amor Jesucristo, mi Señor y mi Dios, perdón, salvación y misericordia. *Amén*.

Asís, 21 de noviembre de 1935, en la Iglesia de religiosas de santa Clara, junto a su sagrado cuerpo y bajo la mirada de Jesús Sacramentado, su indigna sierva y madre,

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María, abadesa.

Festividad de la Presentación de Nuestra Señora María Santísima y XXXIX aniversario que tomé el santo hábito de Capuchina de Jesús María de Granada, la primera vez que solemnemente subí al altar a consagrarme a Dios, pues en este acto me dio el Señor unas luces extraordinarias... y me favoreció con una cantidad de amor tan fuerte... que todo el año de noviciado estuve como fuera de mí... no sé cómo me admitieron a la profesión, pues creo vivía más en Dios que en la tierra... y mi santa maestra suplía mi inutilidad con mucha caridad.

Súplica que hice en Asís junto al sepulcro del seráfico padre san Francisco en noviembre del año 1935

(copia)

¡Oh gloriosísimo padre mío san Francisco de Asís, bendice a todas tus hijas las Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios!... a todas las que fieles a tu voz corrieron a vuestro llamamiento por tu primogénita y dignísima hija vuestra y madre santa Clara, cuando el 18 al 20 de marzo del año 1912 y 1913 prosternadas en adoración ante el santo tabernáculo oyeron la voz dulcísima de Jesús en aquel santo viril: “quiero me atraigas muchas almas

consagradas que me adoren y reparen las ofensas que recibo en este Sacramento de mi amor..."

"Santo mío, padre mío amantísimo, hemos sido llamadas por Dios a seguir tus huellas, abrazando gustosamente por amor de Dios la Regla que disteis a nuestra madre santa Clara el 18 de marzo el año de 1212. Gustosísimas abrazamos tu santa Regla; tu espíritu de humildad y pobreza nos atrajo a la vida capuchina eucarística... Allí junto al sagrario al pie de la santa custodia, el alma enchida y abrasada de amor divino, que tu corazón ardía suspirando por "que el Amor no es amado", nuestras almas queriendo interpretar tus ansias, corrimos hacia la seráfica madre santa Clara como iría el joven del Evangelio al divino Maestro.

Madre mía, qué haremos para llegar a la sagrada Eucaristía a reparar los pecados y sacrilegios de los sacerdotes y religiosos, qué haríamos para llegar a la santidad que merecisteis del Señor y mostrándonos la alegría y gozo de los ángeles en el santo viril, parecía decirnos a tus hijas, como el profeta Elías: "Tomad y comed que os queda un largo camino que andar" (1Re 19,7), y cogiendo con el amor que da tu espíritu seráfico, recibimos y tomamos la fuerza y valentías para amar, adorar y reparar a Jesús Sacramentado por los pecadores.

L5 C14 (112-113)

[CARTA DESDE ROMA]

Roma, 22 de noviembre, fiesta de santa Cecilia, año de 1935

M. R. M. Vicaria de mis Capuchinas Eucarísticas de Braga.
Muy amadísimas en el Corazón Eucarístico de Jesús mi M. Paz del Santísimo Rosario, vicaria, y mi M. Concepción:

¡Cuántas cosas querría decirles en estas pobres letras, después de las grandes impresiones y consuelos que me concedió el Señor! Ayer, 39 aniversario de mi toma de hábito fiesta de la Presentación de Nuestra Señora, que mi alma guarda siempre los más gratísimos recuerdos de la primera consagración solemne que hice al Señor de todo mi ser. .. Y ¡ayer en Asís! ... ¡No sé si podré deciros algo! ... *pues allí sintió mi alma una renovación ta!* ... que *no sé decir nada* ... de palabra me concederá el Señor pueda deciros y os aprovechará mejor... *¡estoy emocionadísima!* ... Estuvimos en Asís todo el día, primero en la basílica del padre san Francisco, oramos junto a su sepulcro, los RR. PP. Conventuales nos dieron muchas estampas y medallas, otras compramos nosotras; estuvimos junto a las santas Reliquias, vimos el hábito que vistió, tan remendado ... la capacha que pedía el pan, las sandalias que le hizo la madre santa Clara y

¡tantas cosas!. .. ¡que no se podía contener las impresiones! ... de allí salimos después de ver la iglesia, de rezar y besar el sepulcro y reliquias de los cuatro primeros compañeros del padre san Francisco ... Salimos para ir a la iglesia de la santa Madre ¡que ansiaba por ver su sagrado cuerpo y orar delante de ella y consultarle mis cosas! ... *todas* ... y de mis hijicas y de la obra que el Señor nos confiara por su misericordia y amor... ¡Bendito sea!

¡Hacía mucho frío! ... Lloviznaba y al fin subiendo pendientes llegamos a la explanada donde está el monasterio e iglesia de la madre santa Clara, llegamos y aquellas buenas hermanas nos enseñaron todas las reliquias que conservan primorosamente ... El alba que hizo nuestra santa Madre al padre san Francisco. ¡Tantas ... cosas!. .. que nos llenaba de devoción. Después bajamos a la cripta o *urna* donde está el cuerpo de la santa Clara y allí ¡*quedé frita*, como las mariposillas que se acercan a la luz!. .. ¡Parece que nuestro Señor me preparaba en esta visita *algo* que no comprendía!. .. Pero sin duda mi cobardía y desalientos parece me curó el Señor hablándonos por nuestra madre bendita santa Clara ¡*tan íntimamente* como si me encontrase con *Ella*!' .. Mi madre y maestra y yo, arrodillada, recibía sus órdenes terminantes, y como fuera de mí no podía ni moverme de *junto a ella*, que llenaba de luz y de fortaleza, a mi pobre alma tan angustiada y abatida ... (por no llegarme el permiso del señor Nuncio que me prometió la R. M. Superiora de reparadoras que me aseguró lo encontraría aquí a mi llegada, por encontrarse el señor Nuncio en Avila enfermo, la Superiora me animó a venir... y ahora me dice que no dan el permiso que lo pida aquí) y claro aunque ya lo tenía de palabra cuando pasé por Madrid, ahora me lo exigen por escrito y sufrí... a pesar que el R. P. Marcos me dijo lo tenía y que él me lo pediría.

¡Así lo habrá permitido! ¡*El Señor sea bendito*! Muchos y muy grandes consuelos me reservaba el Señor que no los esperaba ... pues desde que llegué a Roma tantas dificultades y penas llevo sufridas ... ya, que creí me iba en la cruz como llegué. Pero es tan bueno el Señor. .. y cuando aceptamos con humildad las contrariedades y pruebas de los buenos ... entonces ... nos da más que pedimos, como me sucedió en aquella visita a nuestra seráfica madre santa Clara.

Madrecita mía tan amada, querría expresarle lo que pasó por mí. .. *y no puedo*. La pobre compañera sufrió mucho conmigo, me pedía fuésemos a san Damián, que yo tanto deseaba, y a nuestra Señora de los Ángeles ... pero *no podía moverme*, quedé en aquella comunicación íntima que me concedió el Señor misericordiosísimamente, poniéndome *en comunicación íntima* (como si dijera) *personal con mi seráfica madre santa Clara* (como si hablase con ella en el siglo trece ...), que no quedé para nada ... Sor Teresa salía y entraba en la iglesia molesta (madre vamos de aquí a san Damián, esto ya lo hemos visto ... y yo inmóvil le decía, hija no puedo moverme, estoy enferma), pues no sabía que el cuerpo tan débil y miserable no resistía las emociones y gracias sobrenaturales ... y sufría porque no podía decir lo que me pasaba.

Por hoy no puedo más, queremos ir esta tarde a visitar las fiestas que hacen hoy en santa

Cecilia, besar sus reliquias y pedir por todas y cada una de vuestras caridades, que tanto deseo abrazar a todas, y llevarles las reliquias, y cuanto nuestros Santos Padres me dan para sus hijas más amadas y predilectas de todas sus Capuchinas Eucarísticas víctimas de Jesús Hostia, que nos escogió para la misión más alta y escogida: ser víctimas con la Divina Víctima en el Santísimo Sacramento. Adiós, muy unida en el Corazón de Jesús, vuestra esclava y madre,
Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María.

[CARTA DESDE BRAGA]

Braga, 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción, Patrona de nuestra Orden, diciembre de 1935.

En nombre de Jesús, María y José, a mis M. R. M. Abadesa de Chauchina y M. R. M. Vicaria Sor María Inés del Niño Jesús.

Presidenta de nuestro Monasterio de Capuchinas Eucarísticas de Nuestra Señora de Gádor, Berja (Almería) y Superiora de Braga, salud y paz en el Señor y a las de Porto y Orense[69].

Hijas mías muy amadas en Jesús Hostia: Por mis cartas tenéis ya noticias de nuestro viaje y regreso de Roma, y aquí nada he de añadir.

Me pide con tanta insistencia le deje por escrito lo que deben hacer para estar en todo unidas con estas hermanas del monasterio de la Madre de Dios de Braga (Portugal), que ya no sabiendo cómo excusarme a sus repetidas instancias, y teniendo mandado por el Padrecico que les escriba (mi vida), y a esto no doy pies con cabeza, tal vez Dios nuestro Señor permita esta torpeza para no escandalizaros, porque es difícil encontréis un alma más perseguida del demonio, desde que me decidí a seguir este camino, ni tampoco más favorecida y amada del Corazón divino de nuestro amado Rey y Señor en la santa Eucaristía, ni más *ingratona*. Ahora que en Roma y en Asís he sentido con más fuerza el deseo que siempre tuve de haceros algunas reflexiones o consideraciones sobre nuestra santa Regla, y no pude realizar por la falta material de tiempo y buscando "un mañana que nunca llega", han pasado casi 20 años sin llegarlo a realizar (no habrá llegado la hora de Dios) hasta ahora que delante del cuerpo de nuestra seráfica madre santa Clara sentí emociones dulcísimas, luces del Señor muy claras y parecía recibir inspiración para realizar aquellos deseos que sentí el año 12 en la noche del centenario de nuestra santa Madre, y como si me alentara y bendijera, salí de *aquella noche bendita*, donde el Señor había concedido a mi pobre alma *una renovación* fuerte y dulcísima, como ahora las tres horas que pasé delante de sus santas reliquias en Asís, el día 21 del pasado

69 Al principio escribió: *M. R. M. Vicaria Sor Mª Inés del Niño Jesús, Presidenta de nuestro monasterio de Capuchinas Eucarísticas de Nuestra Señora de Gádor, Berja (Almería)*. Con posterioridad añadió el resto.

[mes], hubiese estado *en confidencias íntimas*, recibiendo enseñanzas divinas y celestiales, que no se borrarán jamás de mi corazón y de mi memoria, y lo que allí sentí y aprendí es lo que hoy quisiera dejaros escrito con la sangre de mis venas, porque venía pensando en el martirio, cuando en el camino se me presentaron ocasiones de conocer, cómo el demonio triunfa en las almas, y qué odio se respira en los trenes y por todas partes, especialmente en nuestra Patria contra Dios y contra nuestra santa Religión. De esto nada os diré, solamente rogaros *oréis mucho*, adorar y reparar con amor y sacrificios, a nuestro amado Señor y Rey amorosísimo Salvador nuestro en el Santísimo Sacramento *por España* y por el mundo entero, que parece apartarse de Dios cada vez con más descaro. ¡Pobrecitos ciegos!... ¿a dónde van? ¡qué nos diría santa Teresa en estos tiempos!... Si entonces caían como copos de nieve, cómo caerán ahora, que no se puede ni hablar de Dios ¡si estamos como en tiempos de las catacumbas!... Pedid y orad mucho, hijas de mi alma, pues hay ¡tan pocas almas que oren! Nosotras, como los misioneros predicando, nosotras orando alcanzaremos el reinado de Cristo de su Corazón adorable como lo tiene prometido.

Aquí nos consagramos ahora a pedir más que nunca por el reinado del Corazón divino de Jesús, no sólo en España, sino en el mundo entero ¡traigo el corazón tan destrozado de ver qué poco se conoce y se ama al Señor!... y lo más doloroso es, que si lo conocen es para ofenderle. En este viaje por Francia, Italia, España y Portugal buscaba con ansia aquella fe de otros tiempos, que se entraba en una Iglesia y se veía la fe y amor a Dios en todos; ahora, ¡qué poca piedad y qué corto número de amigos, verdad se encuentran! A cada momento le decía a la compañera: ¡cómo podrán vivir sin Dios! Claro, veníamos en 3ª y aquellas gentes no se podían oír sin levantar el corazón al Señor y decirle: ¡Dios mío perdónalos que no saben lo que hacen!... Por eso nace con más fuerza el deseo de que ya que somos tan pocos los que seguimos sus caminos, no nos entibiemos y le demos con todo el amor de nuestro corazón una vida llena de virtudes y de sacrificios dignos de Él, como sus verdaderas víctimas, por las que perdonará a los pecadores y atraerá a la adoración del Santísimo Sacramento almas formadas para el sacrificio, que le den reparación y amor.

Pedidle al Señor, hijas de mi alma, que Él os diga lo que sea de su mayor agrado y de más provecho para vuestras almas y mía, porque, ¡querer aconsejar la que no sabe obedecer!... no podría hacerlo, a pesar de mi deseo, si los repetidos consejos de un santo capuchino no me hubiese mandado os escribiese alguna cosa sobre nuestra santa Regla y Constituciones con nuestro cambio de vida por la adoración, llana y sencillamente os diré lo que Él quiera, porque si Él no mueve mi pluma yo llenaría el papel de borrones, y nada bueno sacarían de todo cuanto quiera deciros vuestra sierva y madre,

Sor Trinidad.

Braga, 8 de diciembre de 1935.

Convento de Capuchinas Eucarísticas de Madre de Dios.

Rúa de San Gonçalo 24, Braga.

L3-C6 (98-112)

Año 1936

Primer Viernes de Cuaresma junto a Jesús en el Calvario.

Delante del Santísimo Sacramento.

Madre mía dulcísima al pie de la cruz, aquí tienes a tu pobre hija traspasada de dolor al ver las primeras hijas separarse por miserias humana. ¡Madre mía, mi dolor es que no veo la gloria de Jesús en ello!... Me atormenta ver el primer triunfo del demonio en vuestra obra y de tu Hijo santísimo

Si en este separarse viese la mano de Jesús... Si como otras veces y en grandes *pruebas,* hubiese oído su voz dulcísima que me decía: “Soy yo, no temas, estoy contigo”.

Pero aquí en estas amarguras que embargan mi alma no oigo su voz; quiero resignarme y vivir en paz y siento dentro de mí un reproche que me dice: “¡Las dejaste muy solas, no las visitaste y el enemigo tomó el campo...!”

Madre mía, son tus hijas, vos sois nuestra Madre y Superiora. Os elegimos desde el primer [momento] por modelo, por Madre Superiora capuchina y el todo de esta pequeña obra que nació en la coronación de tu sagrada imagen de las Angustias el año 1912, séptimo centenario de la madre santa Clara.

Dicen que yo busco algo que ellas no quieren, que en Roma no me aprobarán el *plan que recibí de vuestro adorable Hijo, mi Señor Jesucristo víctima de amor*; que *grabó en mi alma como ley* que nada ni nadie ha podido cambiar.

Aquel 6 de febrero del año 1915 vuestro maternal Corazón, que fue testigo, me hizo ver durante las vísperas (el primer salmo) que el Señor me libró de la muerte para que *sin cobardías ni miedos* le diese almas consagradas que unidas todas bajo una sola familia gobernada por una madre General y su Consejo, con noviciado común, y hermanas externas, que pudieran trabajar en algún apostolado externo, uniesen la vida activa a la contemplativa en la forma que la santa Iglesia, como regida del Espíritu Santo, sabiduría infinita, y gobernada por su representante en la tierra te dirigirá. “Tú pides cuanto te tengo manifestado en tantas ocasiones, especialmente el 20 de mazo del año 1913, y el 1 de septiembre del año 1915, que descontento de tus cobardías y respetos humanos, movido a misericordia te mostró en aquella terrible enfermedad cuánto desagradaba a mi corazón, que dejándome a mí, tu Dios y Señor te guiaras por la prudencia humana, que ve la tierra sin mirar al cielo”.

Y me mostró el castigo misericordiosamente. Cuando el confesor me administraba la santa Unción, vi el infierno y los grandes castigos que me esperaban si seguía aquella vida de tibieza, desentendiéndome de la voz interior que constantemente me atormentaba y me angustiaba sin cesar: “*Dame* almas consagradas y penitentes que me adoren en el Santísimo Sacramento en espíritu y en verdad como te tengo mostrado”... Y ¿cómo yo, pobre y miserable monja de

clausura, podré ser atendida? El amor entrañable [de la] comunidad me hacía encontrar pretextos para decir: ¡Señor no puedo más! Si tú quieres busca esas almas en congregaciones ya establecidas que me dicen muchos.

Y vos, mi divino Jesús, me esperasteis tantos años, tocándome de mil maneras. El consejo del confesor y director que me aseguraba *era Dios*; y yo dura y cobarde buscaba padres a quienes consultar, y no encontré ni uno que me dijese que no. El R. P. Corda, Superior de los Jesuitas, me dijo era el Espíritu Santo el que me hablaba. D. Ramón Pérez Rodríguez, Provisor y Rector del Seminario, a quien consulté muchas veces manifestándole mis temores y cobardías, me dijo siempre: Creo que todo cuanto te pasa y sientes es de Dios, ora mucho, ponlo en obra y si te lo aprueban es de Dios, y si no, descansa en los superiores, a ellos oye, y si ellos te aprueban, cuenta conmigo, yo te ayudaré lo que pueda.

D. Juan Cuenca, que me dirigía y confesaba, me hizo muchas pruebas, y me mandó empezar.

Y desde que el Sr. Card. Casanova vino a Granada, y me dijo, a empezar, yo estaré con V., pues entiendo es obra de Dios, no vaciló mi fe y mi confianza en Dios y en la Santísima Virgen, mi dulcísima María al pie de la cruz, bendita seas, ¡Madre mía!...

Muchas veces me mandaron pedir Congregación en vista de las grandes dificultades y luchas... Empezaba mis oraciones y rogativas (novenas al Espíritu Santo y al Sagrado Corazón, al Santísimo Sacramento, a la Santísima Virgen y Sagrada Familia).

Y terminadas, el Señor me hacía sentir siempre *lo mismo*: “Quiero almas contemplativas y penitentes que me adoren en el Santísimo Sacramento”.

Y hemos pasado 15 años pidiendo como Orden las gracias que me parecía me pedía el Señor, y la Sagrada Congregación calla... y los monseñores que la componen aconsejándonos una nueva familia Clarisas Eucarísticas como Instituto... Y Jesús divino y su Madre Santísima me hacen sentir reciba con humilde sumisión lo que la santa Iglesia nos dé *con todos los privilegios de Orden,* oficio divino, clausura, menos para los traslados justificados por la Superiora General y Consejo, con torno y rejas como se observa en la primera Regla de santa Clara, nuestra madre, con algunos cambios que en las nuevas Constituciones y Estatutos están expresados.

Madre mía de los Dolores al pie de la cruz, vengo a ofreceros de nuevo la separación que aquellas hijas tan amadas piden. Tu casa donde piadosamente creímos, curaste a la anciana Rosario, y en donde empezamos con el mayor fervor cuanto vos, madre mía, me disteis durante 33 años a sentir en las horas que durante la noche pasaba a vuestros pies postrada hasta que vos me consolabais bañando mi corazón enfermo con vuestras purísimas lágrimas, que sentía caer en mi alma como precioso rocío celestial y divino, que embargaba mi alma en celestiales dulzuras. Ven, madre mía, en mi ayuda y ayúdame a ofrecer a vuestro Hijo mi dolor de ver morir para mí la primogénita de las hijas, ¡Chauchina! *¡Bendícelas, Madre mía!*

L6 C23 (159-161)

¡NUESTRA CONFIANZA EN SÓLO DIOS*!*

"El que tiene fe, todo le es posible"
"Omnia possibilia sunt credenti" (Mc 9,22)

Víspera del Patrocinio de San José. 29 de abril de 1936

Si nosotras en vez de confiar en el Señor, confiamos en nuestras propias fuerzas, él permite sigamos en pobreza y toda clase de miserias para convencernos de nuestra impotencia.

¡Si contamos con el Señor, que con su ayuda y gracia todo lo podremos, el éxito es seguro, porque confiamos en aquel que está lleno de gracia y de verdad y que nos dará cuanto le pidamos, siempre que nuestra petición se funde en una verdadera confianza en él, buscando su santa gracia y beneplácito. ¡De cuánta paz y gozo disfrutan las almas que solo confían en Dios!...

El patriarca san José es un buen maestro espiritual de las almas y no desampara a los que de un modo especial le confían su dirección.

Una pobre religiosa se veía mucho tiempo en un abismo sin fondo, creía vivía sin Dios a pesar de sentirse como atada al sagrario, hacia el cual sentía una abstracción irresistible y siempre que podía pasaba el tiempo junto a él, cuando nadie la veía, y *lloraba sin consuelo amarguísimamente* hasta el punto de sentir agotadas las fuerzas físicas; se veía sin Dios a quien tanto *o más* amaba..., ¡sin hijas!..., unas amenazadas por los rojos a morir, otras sin recursos ni medios de vida... Todo para acabar rendida y como resuelta a terminar con todo, se abrazó a Jesús y sobre el banco del coro llorando decía: ¡*Señor que no puedo más*... si tú no me miras... yo siento morir!... ¡Aliéntame, Jesús mío!, para poderte ofrecer aquellas hijas que más amo... y que sufren el cautiverio y la muerte... Este pensamiento me hacía desfallecer llorando sin consuelo y sin esperanza... La situación de las cinco comunidades tan necesitadas y pobres me partía el corazón... Quería confiar el cuidado y gobierno a cada superiora y yo prepararme para morir...

Era el día 29 de abril, víspera del Patrocinio de San José, quien tan poco me oía, a mi parecer. ¡Vivía tan sola!...

Estaba de rodillas como si me preparase para morir formando el testamento de las pequeñas Capuchinas Eucarísticas. ¡No sé qué me pasó, ni qué fue de mí!... Sentía que una voz me repetía muchas veces, primero tan calladito como si alguien me hablase al oído: "¿Y eres tú la que quería formarme de las Capuchinas Eucarísticas una legión de víctimas que se inmolasen conmigo a mi Eterno Padre en el altar, con el sacerdote, y que vuestra vida de adoración y penitencia sea el holocausto que ofrezcáis con la Hostia santa?... ¿Tú mi víctima? Y, ¿te bajas de

la cruz y me dejas? Y, ¿tantos años hace que me pides ser mi víctima y morir conmigo en la cruz desamparada y sin consuelo?... ¿Eres tú aquella que en el noviciado y al hacer tus votos, te empeñabas en bajarme de la cruz para tú subir y morir en ella por mi? ¿Eres tu la que en tantas ocasiones te ofreciste a mí a morir por mi gloria llena de oprobios, calumnias, hasta morir deshonrada por darme gloria, y en las almas adoradoras y penitentes que querías rodear mi sagrario para consolarme?... Y ahora que mi Corazón angustiado y odiado de los hombres busca en tu corazón el amor y la promesa... y que estando para morir te prorrogué la vida para que me *unieras* las almas en la vida de adoración según te tengo *mostrado*, ¿te retiras, te sueltas de mis brazos y me dejas el rebaño en otras manos... sin preocuparte de que se dispersan las ovejitas de mi manada eucarística? ¿Cómo quieres merecer la corona de la victoria... si no trabajas ni luchas como mis santos?... No me seas cobarde, sé pues valiente, ¡estoy contigo más unido a ti que nunca!... ¡Valiente y firme te quiero ver pelear y luchar hasta morir!... Entra sin miedo a la batalla, vuelve llena de *fe en mí*, a Granada y si el Prelado te concede ir a Chauchina, entra llena de valor como yo entré en el Huerto... y bebe conmigo el cáliz que me dio mi Padre. ¡Entra sin miedo en la batalla!... Sufre con paciencia las heridas mortales que has de recibir. Yo extenderé mi mano para ayudarte; cuando te veas más sola, yo estaré entonces en medio de tu corazón, ¡no temas!, estoy a tu lado en la lucha, y aunque a veces te parezca perdida la victoria y que se glorían de tus ruinas, ¡no temas!, yo lo permito, con mayor amor, para que ganes más y yo sea más glorificado, haciendo que sobre esas ruinas se levanten mis tronos de adoración con mayor esplendor y mayor gloria, aunque tú no lo veas cumplido y terminado como deseas, en el cielo gozarás más, que si lo vieses aquí terminado. Cuando todos te tengan por muerta, entonces yo te daré a mí mismo por recompensa".

¡Oh Dios mío!... ¡No sabía la pobrecita alma de dónde venía!... Atontada y fuera de sí no sabía qué hacer!... Deseaba una luz y un consejo y parecía que el Señor me mostraba su ministro: *"al Prelado"* y me decía como a san Pablo, ve a Ananías y haz lo que él te diga. Llena de paz y gratitud besé sus llagas y quise encerrarme en ellas para siempre.

S. Trinidad.

L6 C23 (162-164)

Copia de dos cartas interesantes para guardar[70].

¡Paz y Bien!

Muy Ilustre Señor Don Juan Cuenca:

Padre mío, hoy primer día de junio ¡qué dulces recuerdos para nuestra casa de Chauchina! ¡10 años de la visita canónica y primera elección de nuestro primer monasterio! ¡Qué gozo y entusiasmo el del Sr. Cardenal Casanova cuando nos avisó con tanto cariño preparásemos comida y habitación para 4, que vendrían a la visita canónica y pasarían el día con nosotras. Como así fue y V. recordará las impresiones de cariño y entusiasmo de aquel Prelado que veía las dos fundaciones como una bendición del Señor. Desde que murió ¡qué orfandad la nuestra tan amarga hasta que llegó este santo Prelado, en el que veía resucitar de nuevo a mejor vida esta pequeña obra tan combatida del demonio... ¡Perdone, padre mío, este pequeño desahogo que se escapa del fondo del alma ante la prueba de ver desaparecer aquella casita tan amada de la Virgen Santísima!... ¿Será posible que permita nuestro Señor entre en la casa de su Madre Santísima la serpiente que ella pisó?

Otras veces se me ocurre la idea si el Señor permite esta tempestad para arrojar de ella la mala semilla que ahoga el trigo... y limpiando la era vuelva a renacer aquel trigo que ella (según piadosamente creemos) bendijo y tocó con la orla de su manto... Todo esto consuela y alienta a esperar vuelva para nosotros y para nuestra querida Patria días de bendición y de paz si sabemos abrazar con amor y resignación la mirra amarguísima de la prueba que llevamos... ¡El Señor nos conceda saber sacar el bien y la gloria que su divina Providencia nos prepara! ¡Bendito sea!

Tengo un amago de corazón fuerte, la doctora me mandó completo reposo y descanso y sin preocupaciones, etc. (lo de siempre). Estuve en cama tres días. Ayer el Espíritu Santo me levantó y el ratillo de lucidez que tuve escribí al Excmo. Sr. Arzobispo saludándolo, no me atreví a manifestarle el impulso que sentía hasta consultarlo con V., a quien el Señor le dio la luz y consejo que seguí 25 años.

Tengo una carta del P. Esteban (de Roma) que al nombrar Prefecto de la SS. CC. al Cardenal Sr. de la Puma (amigo suyo) le envíe nuestra felicitación pidiéndole nos recomendase.

A este Sr. es a quien la Sra. Vizcondesa nos recomendó hace cuatro o cinco años; y éste le recomendó *absoluta reserva si queríamos conseguir algo*. Pensé escribírselo todo al Sr. Arzobispo nuestro de ahí y presentarle una petición, hecha en forma, para que nos la recomendase eficazmente y devolviéndola aquí este Sr. Arzobispo que nos quiere haría su información con arreglo a lo que viniese de ahí y entonces la mandaría al P. Esteban (que me

70 La letra de la copia de estas dos cartas es de otra religiosa.

habló con mucho cariño del Sr. Parrado cuando yo le decía lo mucho que lo venerábamos como a un santo y le amábamos como a tan buen Padre), pero no me atrevo. No sé si no sería oportuno, ya V. me dirá si lo querrá el Corazón de Jesús Sacramentado, poner en su corazón de padre el amor a esta obra como suya y entonces veré clara la voluntad del Señor a quien todo lo confía su pobre hija,

Sor Trinidad

* * *

+

J.M.J.

¡Paz y Bien!

1VI36

Confidencial, de conciencia para mi padre solico

Padre mío: Le adjunto carta que le escribo, es para si tiene ocasión y le parece bien leérsela al Sr. Arzobispo y vea cómo la recibe y si querría informar las Preces que ahora me piden de Roma (en absoluta reserva para el nuevo Prefecto). Yo querría a ser posible no lo sepa más que el *Sr. Arzobispo* y *V., padre mío*, solamente (Así me lo encargan). Las pide este padre con gran interés, es muy amigo suyo.

Aquí habló el Capellán con el Sr. Arzobispo de aquí y éste le ha dicho "que si el Sr. Arzobispo de Granada informa, él lo hará con igual interés". Yo querría le dijese V. que nosotros dos no queremos ya pedir esto ni aquello, *queremos sujetarlo todo a su juicio* con la seguridad de que Dios nos hablará *por él*, que él le indique qué le parece, qué siente que nosotros pidamos que sea del agrado de Dios *que nosotros sentimos de verdad que lo que él nos diga es lo que Dios quiere, y eso es lo que queremos nosotros pedir*. Si él insiste en que nosotros lo hagamos, entonces V., padre mío, *después de una misa muy fervorosa el primer viernes de mes*, que querría la aplicara por este fin y nosotras nos uniremos a V., dígame por escrito en borrador que querría me hiciese antes de salir en la acción de gracias que su corazón siente tanto a Dios como un santo lleno de fe. *Dígame lo que Dios le inspira* y eso nos lo concederá el Señor ahora que ya no queda en nosotros nada más que querer cumplir su voluntad santísima.

Yo me encuentro agotarme el corazón por día, estas almas me piden las deje aseguradas nuestro ideal antes de morirme. Ahora parece se nos ofrecen ayudas ¡Esto será un éxito si el Prelado de ahí toma la obra como suya! Y por eso deseo y le ruego le pida nos

manifieste su voluntad. Espero lo conseguirá V. si lleno del Espíritu Santo como V. estaba cuando nos lanzamos a la obra y subimos al altar del sacrificio, me inmoló haciéndome arrancar de San Antón cuando allí todo se me florecía; sacrifiqué con alegría aquel trono... *por la cueva de Belén. Gracias a Dios*, padre mío, que alentó mi alma a extender mis brazos sobre la cruz tan amada de mi Señor Jesucristo, su humilde hija.

Sor Trinidad

L7 C29 (72-75)

Para mis horas de cielo junto al sagrario donde Jesús Hostia nos atrae con fuerza irresistible... a *reparar, amar, sacrificar y morir a mi misma, para vivir la vida de inmolación y de víctima*: ¡Bendito sea su Corazón eucarístico!

En mi hora de adoración:

¡Oh Corazón Eucarístico de mi amabilísimo Jesús Hostia! Me presento delante de vos ante vuestro altar, donde permanecéis oculto por mi amor. Vengo a adoraros y haceros compañía. Preparad vos mismo mi corazón para recibir las gracias y amor que vos os dignéis comunicarme; recoged, Jesús mío, mis sentidos; dirigid mi espíritu; iluminadme; borrad con vuestra preciosísima Sangre todos mis pecados, que son muchos: los detesto con toda mi alma, y os pido humildemente perdón. Concededme aquel espíritu de caridad, sacrificio y abnegación de que estuvo penetrado el Corazón purísimo.

L7 C29 (75)

DESAHOGOS EN MI RETIRO EL JUEVES

Junio, 19 de 1936

¡Oh qué amables son, Señor, tus tabernáculos, oh Señor de las virtudes!... Alma mía, levanta tu mirada a la Hostia santa y olvidando ahora tus penas, en esta noche dichosa en que adoras a tu Dios sacramentado, mira y contempla con el entendimiento aquel ejército de serafines que arden de amor en la presencia de Dios, aquella multitud de coros angélicos que le adoran y dan gloria, y pregúntate a ti misma: ¿Dónde están las penas amarguísimas y desolaciones espirituales, pensando ahora y viendo con los ojos de la fe, que habiendo sido escogida *"su*

víctima" en la vid eucarística de la capuchina adoradora?... Desaparece todo dolor y lágrimas derramadas en medio de las más duras pruebas... y recibiendo de esa santa Hostia la luz y el calor que ilumina y parece descorre el velo de la eternidad para ver cara a cara aquella hermosura increada que ni el ojo vio... ni entendimiento humano pudo comprender... ¡Oh Señor cuán ocultos y escondidos son para el mundo tus juicios! ¡Tú, Señor mío, has hecho sentir las dulzuras inexplicables de tu amor junto a tu amor sacramentado... y este ruin corazón se encendió y corrió embriagada de tus amores en busca de almas que te adorasen día y noche.

Sentí fuertemente tu llamamiento y salí como el criado que mandaste convidase a las bodas a cuantos cojos y lisiados encontrase... ¡Yo, Señor mío, coja y miserable entré y comí de tu pan y bebí de tu vino y me curaste y tomé fuerza y corrí a donde tu me guiaste!... Tú, Señor, cuántas veces descorriste el velo de tu gloria y en tu Sacramento adorable me mostrasteis tu gloria, y hubiese desfallecido si tu misericordioso Corazón compadecido de mi debilidad no me confortaste.

Dime, Señor mío, ¿dónde estabais cuando yo, balbuciente e ignorante, cogía en el campo los gusanillos de luz y llevándolos a mi madre le decía: "mamá yo querría ser como este gusanito en la llave del sagrario, para que todos los niños que viniesen a buscarme entrarlos dentro y decirles cuánto Jesús los ama".

Entonces me parecía que Jesús me encendía tanto el fuego, y le veía tan hermoso, que todas las hermosuras de la tierra me parecía basura. ¡Cuántos años me engolosinabas, Señor, y como jugando conmigo me pedías fuese tu esposa y me iba los días y las noches (que podía escaparme) a las rejas de aquel coro, siendo educanda de 10 y 12 años, *esperándote* y mirando sin "palpaguear" la puertecita del sagrario, para que no se me escapase cuando salieras a la cita que me dabas los días de Comunión (que entonces sólo comulgábamos en el colegio jueves y domingo) y me dabas la canastica de bodas, instrumento de tu pasión. ¡Cómo entonces Señor mío este gusanillo el más ruin le mirabas con más predilección que a las otras niñas que yo convidaba viniesen a verte y no e hacían caso, y tú Señor mío me cogías y me pedías el corazón cuando si apenas te conocía!

¡Te vi tan hermoso tantas veces, que en la reja te llamaba tu Mercedicas! Y tú, mi divino Señor, haciéndote niño como yo, lleno de celestial hermosura, arrebatabas mi corazón y mi alma, y cuántas veces jugando los dos al esconder junto al sagrario, cogía los rizos de tu dorada melena y la entretejía con la mía, y tirando de mí, quedaba mi cabeza con la tuya unida hasta que tu madre amantísima nos arreglaba a los dos, y cubriéndome de besos nos separaba y besándonos como dos hermanos nos despedíamos cuando mi corazón no quería separarse de ti!... ¡Cuántas ternuras y pruebas de amor me diste Señor en el Sacramento adorable de tu altar!

Después, en las alternativas de tantos años me olvidé de ti. En ocasiones de quererte servir mejor, tropezaba y me hería... Y tú, médico divino, venías en mi socorro y me curabas,

devolviendo mejor vida. ¡Oh Jesús mío, y cuánto gozó mi alma junto a tu Sacramento de amor!... Días de 40 horas, de jubileo, me pasaba junto a ti... y salía a la torre a respirar, pidiéndote apagases ya el fuego, porque así no podía vivir. En medio de grandes trabajos y penitencias vivía como en el cielo... Cuántas veces la maestra de novicias me llamaba y me decía: "¡Déjate hija tu cielo, que aún estás en la tierra!"... ¡Oh amor de mi alma, si entonces me hubieses dicho te ibas a esconder tantos años me consolaría ahora tan sola y abandonada!... Pero sé que me amas, porque yo no amo otra cosa que a ti, tu Trinica.

L6 C23 (135-136)

EN MI RETIRO

"Oh cruz bendita tan ardientemente deseada y por tan largo tiempo apetecida".

¡Oh mi divino y dulcísimo Jesús de mi alma, ahora que dejáis caer sobre mi corazón el peso de tu cruz... me recuerda aquellos días de fervor que me comunicabais tan misericordiosamente en mis primeros años... y en esta nueva pasión que me dais, recuerdo aquel cestico que me traíais, pequeñito como yo, después de la primera Comunión, que yo no estaba sino para dulces... Venías todo hermoso, como te vistiera tu purísima y divina Madre con la túnica más rica y linda que los lirios del campo y el manto real, como las lindas amapolas de los jardines te venías a mí para jugar con un cestico de instrumentos que no conocía, pero que tu, amor de mi alma, me enseñabas a ensayar en mi alma, y cuántas lágrimas derramé al enseñarme los clavos, la cruz, la corona, el martillo, la esponja, etc... Pero el gallo..., ¡sentía un dolor!... ¡Oh mi Jesús dulcísimo de mi alma..., ¡qué hermosos me parecieron tus pasos!... y ¡con qué ilusión me abrazaba a tu cruz!... ¡Tálamo bendito de los más puros amores!... Pasaron los años corriendo tras ti, mi divino Nazareno... y al fin me encuentro con tu gracia en la cima del calvario, en donde, en compañía de vuestra Purísima Madre y mía, quiero entregar mi espíritu en la cruz, abrazada a ella, y beber en vuestro Corazón herido, el agua y sangre, que me lave y purifique para al consumar el sacrificio...; [quiero] recibáis la víctima, "*consumatum* est", en holocausto de amor, alegre en vuestros brazos y en los de vuestra Madre Santísima; quiero me trasladéis del destierro a la Patria celestial, donde os alabaré con los ángeles y santos en la eternidad de los Bienaventurados! A vos, mi amado Jesús Hostia, santa, inmaculada y pura os encomiendo vuestras víctimas, pequeño rebaño que vuestra divina Madre aceptó y se encargó de él. ¡Salvadlo! Amén.

L6 C23 (137)

Septiembre, 14 de 1936

R. M. Inés, Superiora (Vicaria) de nuestro monasterio de Berja y las amadas hijas, que en manos de sus enemigos padecen los tormentos de la persecución. ¡La Paz de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotras en el destierro.

¡Confiar en el Señor!... Hoy llega una carta vuestra desde Almería, en donde en tan breves palabras veo el calvario sufrido para llevaros ahí como ovejicas al matadero!... ¡Sea como el Señor tenga decretado en sus altos designios!... Y que vuestras almas y corazones unidos y fieles al Señor, no se separen nunca de su fe y amor. Amén.

24 de septiembre de 1936
VI aniversario de la fundación de nuestro
monasterio de Nuestra Señora de Gádor

Capuchinas Eucarísticas. Berja (Almería).

¡Virgen Santísima, madre mía dulcísima, que nos habéis conservado seis años bajo tu manto amorosísimo, siendo vuestras hijas amantísimas que cuidaban de ti, madre mía, y de tu Hijo sacramentado como el único ideal y amor de nuestras almas...

¡Madre mía, cómo te dejaste destrozar por tus ingratos hijos después de tantos siglos en esas montañas sola... y ahora que rodeada de almas que te idolatran te dejas avasallar por la ola de infierno que ciegos no saben lo que hacen!... ¡Madre mía, temo el castigo que les espera, y me estremece ver deshecho el nido de tus palomas eucarísticas, y el gavilán infernal persiguiendo su fe y castidad...

¡Eres su madre y Madre de Dios!... Cúbrelas con tu manto de misericordia y no permitas que ninguna de ellas caiga... en la tempestad... ¡Escóndelas en los pliegues de tu amoroso manto!... Líbralas, madre mía, y no las desampares que vuelvan a tu sombra bendita sanas y salvas. ¡Sálvanos a todas tus hijas que te adoran! Madre mía Santísima, por tus dolores santísimos, salva a tu España querida y a tus hijos, especialmente a tu indigna esclava. Madre mía, tu ,

Sor Trinidad

4 de octubre de 1936
Día del seráfico padre san Francisco

R. M. Inés, Vicaria de mis capuchinas de Berja, salud y paz en el Señor os desea y pide de

todo corazón vuestra indigna abadesa y madre, que por seguir la obediencia (a mi santo director) vine a buscaros un asilo, como refugio, en el día que os he venido anunciando desde marzo último, que el Señor me dio a conocer los grandísimos males que pesan sobre nuestra Patria querida. ¡No me hacen caso!... ¡Cuánto os habéis de acordar de vuestra pobre madre cuando os veáis pasar por los peligros que ya os previne de parte de Dios!... Y, ¡gracias que el Señor me salvó estas cinco que llegaron en el momento crítico..., que si se detienen no llegan!

¡Hijas mías, sufrirlo todo por amor de Dios!... No os intranquilice el no haberme obedecido, pues creo habéis obedecido a los padres y prelados que creían más prudente guardaseis la casa de la Santísima Virgen de Gádor... Yo creo y espero en el Señor que esa fidelidad en perseverar, a pesar de los peligros, por obediencia a los que ahí os gobiernan en nombre de Dios, os preservará de caer en manos de nuestros enemigos y nuestra Santísima Madre cumplirá su promesa: "Que cuando los enemigos de su Hijo santísimo vengan a vosotras a cebar su odio, ella desde el cielo os ocultará a sus ojos, y su protección sobre vosotras, como nube misteriosa, os ocultará y pasaréis por medio de los enemigos sin mancharos... y cuando su odio venga a vengar, en vosotras verse burlado; su providencia os sacará ilesas del horno de Babilonia..." ¡*Yo espero* contra toda esperanza! en mi Dios y mi Señor, que por su Madre Santísima a quien escogimos y nombramos Prelada Superiora y Madre de sus Capuchinas Eucarísticas os salvará de las manos del demonio.

¡Hijas mías! Hubo para mi corazón días de angustia y de muerte... Yo sentí muchos días agonías que no resistiría sin una gracia especial del Señor. El día 28 del pasado, el demonio me hizo creer habíais sido profanadas y muertas y desaparecido el monasterio y santuario con todo cuanto bienhechores nos ayudaron incluso el padrecico. No me faltó nada para morir en aquel momento de dolor, donde me pareció presenciar con vosotras los mayores *crímenes y pecados*... En aquellos momentos, fijando mi vista en nuestra dulcísima Madre cuando en Chauchina me concedió veros a todas entrar bajo su manto bendito por aquel Pastor divino que las llevó en medio de aquella *horrible tempestad*, y sin duda fortalecida por ella, recobrando fuerzas que las creí perdidas, le dije al Señor...: ¡Dios mío y Señor mío!, ¡fiat!, ¡haced de ellas y de mí como queráis, yo creo y sé que si queréis vos, del mismo infierno las podéis salvar!... ¡*Haced* Señor de ellas y de mí como queréis! Acepto cuanto queráis enviarme por daros gusto y porque seáis amado y glorificado de todas las almas...

Vino a mi alma una luz y una paz tan grande como si a todas os viese dentro del Corazón eucarístico de Jesús y sentí que desde aquel momento repetía sin cesar; ¡*Sagrado Corazón de Jesús* a vuestro Corazón eucarístico las confío!... ¡Corazón misericordiosísimo *todo lo confío a vos*! Salí repitiendo de día y durante las noches *lo repetía cada vez con más fe* y confianza en Dios nuestro Señor y en su Santísima Madre, nuestra Madre adorada al pie de la cruz y en el sagrario.

Hoy día de nuestro padre san Francisco he sentido el mayor consuelo; las noticias de España han sido hoy horribles; no sentí ya esas agonías ni penas tan amarguísimas de otras veces, a pesar que nos han contado los padres españoles que están martirizando, frailes y monjas, ¡que es un horror! Pero siento paz, sé que estáis cubiertas por el manto de nuestra Madre Santísima, y Jesús hará de vosotras lo que quiera, y él os ama más que yo... ¡Él sea bendito! Voy a comulgar.

¡Qué bueno es el Señor cuando nos dejamos totalmente a su divino querer, entregadas... ¡Oh Jesús dulcísimo, *gracias, Jesús mío, gracias*!... La noche en prueba.

Pero hijas mías, mientras estabais en vuestro destierro o cautiverio en poder de los rojos, el Señor me obliga a pegarme del todo a Jesús, y nunca estuve con él tan unida como me siento desde que abracé su voluntad, ¡a beber su cáliz!, *¡como él quiera!* ¡Él quiere obras y no palabras, quisimos adorarlo y ser sus víctimas con él en la Eucaristía... y ahora quiere probar nuestra fe!... ¡Bendito sea! Hoy acaba de celebrar la santa misa un padre negrito franciscano, que vuelve sacerdote a la China, su país, y nos pidió las oraciones. ¡Con qué fervor celebró la santa misa de inauguración de esta capillita en Porto, Rua do Rosario, 31, que la Sra. Vizcondesa de Pisqueira nos da para que vivamos en ella mientras dure la guerra en España. ¡Es pequeñita pero qué bondad la del Señor, cuando nos quita nuestra casa de Berja nos da el Señor una casita en esta nación vecina que con tanto amor y misericordia nos acogió y estas delicadezas del corazón de Jesús para con nosotras me confunden y obligan tanto...

Bueno, bajé muy temprano a la capilla, que dejamos arreglada a las 12 de la noche; pero yo, temiendo nos durmiésemos, cansadísimas todo el día para arreglar la capillita no dormía, tenía sobre mí un peso de preocupaciones..., ¡que sólo Jesús sostenía mi corazón agotado de trabajos... Pero a veces estos trabajos parece yesca que prende en mi corazón carcomido de miserias... y arde como tea. ¡Oh qué amor el de Jesús con esta pobre pecadora!, que su amor la quema y purifica... Pues bien, eran las 4,30 y esperaba diesen las cinco para llamarlas, a las monjas, a todas, y me pareció que encendían las luces del pasillo y entraba el padre a decir misa. Pero esperaba se metiese en la sacristía para pasar, y al arrodillarme delante del altar se vuelve y me bendice tres veces: la primera bendición sentí algo especial, en la segunda ya estaba iluminado...; en la tercera me bendijo como a Fray León...

¡Oh Padre mío san Francisco de mi alma, que me olvidé entonces que vivía en este mundo!... Salía de sus pies, manos y costado cinco rayos de luz que me dejaban como ciega, y bendiciéndonos decía la Bendición que nos dejó escrita, añadiendo: “Y a vosotras, mis hijas más amadas, que siguiendo mis pisadas os abrazáis gustosísimas con la amada pobreza que os legué como el más rico patrimonio que recibí del costado amorosísimo de mi Señor y mi Dios, os bendigo plenamente y os ofrezco desde hoy mi predilección, mi amor y la protección amorosísima de Jesucristo camino verdad y vida en el Augustísimo Sacramento, y quiero que fortalecida con la

fe y amor en la santa Eucaristía, sigas trabajando sin vacilaciones ni temores ni dudas en la obra que te confió el Señor por medio de sus prelados. El demonio te perseguirá y hará horrible guerra. No temas aunque te veas despreciada y sola, el Señor está contigo, la obra es *suya* y tiene ya en ella decretado sus amorosísimos designios, de gloria, reparación y amor, en este nuevo mundo que ahora comienza. Después de un bautismo de sangre, las almas víctimas que unidas a la Eucaristía en espíritu de adoración, expiación y penitencia, alcanzaran gracias abundantísimas de fe y amor que redimió al mundo, con el fuego de la caridad fraterna, sostenido por la penitencia pobreza y humildad que nos enseñó el divino Maestro, tenéis que salvar al mundo agonizante. El Señor te escogió, lo más pobre y miserable, lo más despreciable a los ojos del mundo, para manifestar a la santa Iglesia su voluntad. Quiere víctimas puras y agradables que desprendidas de los bienes de la tierra, de las comodidades y orgullo, se sacrifiquen día y noche en su pobreza voluntaria, en perfecta castidad, en ciega obediencia. Contrarrestar a las ciegas pasiones que han entorpecido a la mujer, que revelándose y queriendo ser superior al hombre ha corrompido los caminos de aquella Virgen Corredentora del linaje humano, que llena de sabiduría divina pronunció el cántico que ningún hombre supo cantar... "Porque vio la humildad de su sierva me llamarán bienaventurada todas las generaciones". Copiar e imitar la vida y virtudes de la Santísima Virgen, y mereceréis volver al mundo la paz, el amor, la caridad de hermanos. Formar vosotras esa única y verdadera familia que comenzó en el Cenáculo. No os apropiéis nada, vivir como nos enseña el divino Maestro. Y bajo el amparo y mirada de la Virgen Santísima me encontraréis siempre bendiciéndoos y bendiciendo a cuantos os ayuden y favorezcan. Vosotras seréis el honor y la gloria de mi Orden, si fieles cumplís la voluntad del Señor, manifestada a ti con tan gran dignación y amor de Jesús sacramentado a tu pobre alma, cuando menos lo merecías. ¡El Señor cuidó de ti y te sacó de la muerte!, para que le dieses víctimas de amor que le adorasen en la santa Eucaristía, y por ese camino te lleva y quiere vivas muerta para las cosas de la tierra, y solo en él encuentres tu vida y bienaventuranza eterna en el cielo".

Cuando yo me di cuenta que no estaba ya en el coro, se conoce saldría enajenada y sin duda al tocar al refectorio alguna me avisó, y al tomar el café me di cuenta de lo que por mí pasó durante unas horas.

Muchos días duró en mi alma gozo espiritual tan profundo, que tenía que esforzarme mucho para ocuparme de lo demás.

Y embebida en Dios con un sentimiento de gratitud profundísimo no sabia cómo agradecer al Señor aquella visita tan inesperada que dio a mi alma una luz clarísima en aquella prueba, y encendió en mi corazón el fuego de su amor con una confianza ilimitada en el amparo y protección que sobre nosotras tenía el Corazón eucarístico de Jesús por medio del seráfico padre san Francisco.

Vamos siguiendo la senda de la santa pobreza que en su Regla nos recomienda sobre

todas las cosas la madre santa Clara dada por el padre san Francisco, teniendo el corazón desprendido de los bienes de este mundo, vamos al cielo sin apego a imitación del Niño Jesús y su Madre Santísima y san José, que no encontró para nacer ni una humilde cama y murió desnudo en la cruz. Esta es, hijas de mi alma, lo que el divino Jesús Sacramentado nos pide, la fiel imitación de su vidas y virtudes, y de su bendita Madre, que en su Regla y Testamento nos dejó la seráfica madre santa Clara.

Y teniendo esta obra por Superiora y Madre amantísima, María Madre de Jesús y teniendo obligación de imitarla en toda su vida oculta y humilde, como la violeta, en su casa de Nazaret, sacrificada y amante en Belén, sin posada para su divino Hijo, sin más brasas para calentarle que el amor de su Corazón y de san José, en su huida a Egipto tan prudente y sufrida llevaba en sus brazos sin alivio al divino Infante. En el Calvario, siguiendo a su santísimo Hijo hasta dejarlo en el sepulcro. Allí recibió el encargo de Jesús de ser nuestra Madre, y nosotras le acompañamos al Cenáculo donde Jesús quiere imitemos su vida de reparación y de amor en la santa Eucaristía,

S. T.

L6 C23 (152-158)

"Haced de mí Señor lo que quisiereis, porque sé que me amáis" (S. Agustín)

Octubre, 4 de 1936

¡Así siente en estos momentos mi pobre alma al tener que dejaros, hijas de mi alma, para volver a Granada, en donde veo mi cruz!... ¡Chauchina!, cada día más ingrata a su alto fin para lo que fue fundada.

Ellas, con el mejor deseo y buena voluntad, obran así, porque el Señor parece ha puesto un velo delante de sus ojos y no ven... o no quieren ver lo que las equivocan, los buenos amigos, que ignoran el fin de la obra que con consejo y voluntad expresa de nuestro inolvidable Prelado se edificó aquel convento, que todas oyeron repetidas veces la advertencia que les hacía: *"No vamos a hacer un convento más"*, que hay muchos; el *Señor nos pide una cosa nueva, que la que no quiera abrazar se quede aquí* en San Antón. Y todas por *unanimidad* y entusiasmo me prometieron con estas palabras: "*Todas vamos* con V. R. *a donde vaya; todas vamos con gusto* y fiadas que nos unirá más a Dios y llegaremos con fe y entusiasmo hasta donde Dios quiera".

Y en efecto, el Señor nos concedió esta fe y unión que deseaba. ¡Durante los seis años que todas reunidas en aquella casita, edificada para ser la Casa Madre con toda la fe y entusiasmos de nuestras almas junto a Jesús Sacramentado y bajo el amparo de la Santísima

Virgen de los Dolores, se pasaron seis años en el Tabor o mejor dicho *en el Cenáculo*. No había más que un solo corazón y una sola alma; bajo la protección de la Santísima Virgen de los Dolores, nuestra dulcísima madre, crecían en virtud y santidad hasta que nos arrancó de allí el Prelado para la fundación de Berja. Aquella casita se resintió; vino el huracán de la calumnia y la desunión, y se separó... Mi alma sufrió una de las más terribles pruebas. Me acerqué al divino Jesús y con él bebí el cáliz que me ofrecía. *¡Fiat!*

S. T.

L6 C23 (165)

A SOLAS CON MI JESÚS EN MI RETIRO DEL
PRIMER VIERNES DE OCTUBRE

¡Mi Dios y Señor Jesucristo, Redentor de las almas!... ¡Hubo un día feliz en mi vida que como diestro cazador cazaste mi corazón antes que ningún otro amor de la tierra turbase su inocencia y su paz!...

¡Al sentir el dulce golpe de tu dardo divino, volví a ti loca de amor!... Y te vi adornado con sangre y heridas, estabas sujeto al madero de una cruz, exánime y muerto... y como si te creyera dormido, te llamaba con quejas amarguísimas del alma y con besos de amor quería despertar tu sueño, diciéndote: ¿Cómo haces esta crueldad conmigo? Me hieres y te quitas la vida para que buscándote ardiente, te encontrase muerto.

¡Oh mi Jesús! Volví a ti a darte lo que me pedías y te encontré colgado de la cruz. ¿Cómo permites llamar un avecilla sin alas y la sueltas?... Vengo a tu cruz a posar mis pies y veo tus llagas... Entro en ellas y formo el nido... ¡Oh nido preparado por los dos desde entonces... que me hiciste tuya para siempre, para siempre! Y tú solo sabes lo que hiciste conmigo. *¡Soy tuya!*...

Entonces sentía mi alma derretirse de amores en tu cruz. Jesús mío, me hiciste comprender con una luz clarísima que en ella había de encontraros, amor de mi alma... Y el espíritu de mi santa Regla y los gemidos del "Amor no es amado" del seráfico padre san Francisco, repercutía en mis entrañas como si tu amor fuese la respiración de mis pulmones, la sangre de nuestras venas, la vida de mi vida. ¡*Te amé hasta morir*, si en aquellos momentos no me volvieses a la vida!, y muriendo sin morir junto a tu cruz preciosísima... Me enseñaste que sin abrazarse con alegría verdadera a tu cruz no gustaría las delicias inefables que das a los que llegan a morar en ella...

¡Oh Señor y Dios mío, muerto de amores!... Sólo así dejaste entrar en tus llagas esta miserable avecilla que embriagada en el zumo dulcísimo de la vid fecunda de esa cruz, cuyo racimo cogí y guardé en mi pecho para el día de la prueba... fuese el aliento y bebida de mi pobre alma para alimentar tus pollicos que morían!...

¿Qué hacías muerto, divino Jesús, con esta pobre enamorada cuando me acercaba a tu santo cadáver y se abrían tus llagas para que entrase a guardar tus polluelos? ¡Entonces enseñaste a mi alma que querías *almas víctimas* que guardaran tu sepulcro (la santa Eucaristía), que junto a él cantásemos cánticos dulcísimos de reparación y expiación, adorándoos día y noche en ese sagrario, oculto y odiado de los hombres, tus redimidos!... Tú, mi Jesús, pides a quien no sabe ni puede darte mas que su nada y miseria: has levantado un puñado de barro para que, endurecido por las lluvias de la tempestad y ardores del estío y rigores de los hielos, se convirtiera en una durísima piedra sobre la cual tú, vida mía, colocases tu cruz sobre la cual tus víctimas viniesen a colgar sus nidos junto al santo sepulcro de la Eucaristía... y todas las avecillas, con sus distintos trinos alegraran tu soledad, te consolasen de la ingratitud de tantas almas tan amadas de tu Corazón... consagradas a ti. ¡Oh! Venid, pastores de tus rebaños...

Oh mi divino Amor sacramentado, sólo muriendo de veras a los gustos y ambiciones... sin más ideal que amaros, viviendo desasida de todo lo que aquí abajo ciega y ata a las almas que de ti se alejan, desnudas de todo afecto y muriendo a sí mismas, viviendo en pobreza y humildad es como conseguiremos reparar, expiar, desagraviar las penas del Corazón del Esposo sacramentado y detener la justicia del Eterno Padre, irritado por los pecados y odios de los hombres hermanos, engendrados con su Sangre Preciosísima en la cruz. ¡Oh caridad divina, ven y prende los corazones de todas las almas capuchinas; dadles a sentir las ansias de tu Corazón adorable, de verte cercado de almas víctimas!... ¡Que lo sientan, Jesús mío dulcísimo, como más os agrade hacer de cada una de estas Capuchinas Eucarísticas una pequeña hostia que, unida a ti sea ofrecida en el santo Sacrificio al Eterno Padre, contigo divino y misericordiosísimo Salvador y Redentor nuestro.

¡Que de una vez para siempre aprendamos a ir a ti de verdad, desprendidas y humildes como nuestro seráfico padre san Francisco, que imitó tan fielmente tus ejemplos!

¡Alienta y aumente nuestra fe y amor Jesús mío!... Y enséñanos el camino de darnos a ti sin reserva, como cosa tuya; tu harás entonces de cada una esa hostia que tanto nos pide tu Corazón adorable, tan perseguido y odiado de los hombres; pide víctimas de amor de reparación y expiación en la adoración a Jesús Sacramentado.

En el noviciado me sentía constantemente obligada por él, me parecía pedírmelo todo, y yo toda me daba a él y Jesús me prometía con una promesa que nunca dejó de cumplirme durante tantos años de pruebas: “Entrégate toda a mí, con todo cuanto de mí tienes recibido, sin que quede en ti nada tuyo, y yo me haré dueño de ti, pensaré en ti y tus intereses serán míos y tomaré más a pecho tu unión conmigo y yo me ocuparé de ti y de tu obra que *es mía* y la quiero perfeccionar según los deseos de mi Corazón, y esto será cuando tú comprendas la desnudez que de ti misma exijo... Entonces te daré a conocer el espíritu de amor y reparación que ha de ser el ideal de las Capuchinas Eucarísticas, víctimas de amor. Es la suerte más envidiable que puede

caber a una alma; tiene que asemejarse lo más posible a mi amor crucificado en la cruz y en la Hostia y que, unidas al sacerdote, oren, reparen y expíen por el Eterno Padre. Esto es lo que mi Corazón pide y exige de las Capuchinas Eucarísticas víctimas revestidas de un nuevo sacerdocio, consagradas por completo a la adoración y amor al Santísimo Sacramento como una nueva falange que el Corazón divino quiere formar de sus capuchinas víctimas para reparar y suplir la insuficiencia que en estos tiempos de persecución y marxismo, que de los sacerdotes por su falta de amor verdadero, de celo ardiente y fe viva para dirigir a mi Corazón las almas que lejos de ayudarlas las espantan con sus malos ejemplos. Vosotras, las almas víctimas, formaréis un ejército que harán la guardia de honor junto a mi tabernáculo".

No viviendo ya para sí, sino para el divino Maestro, prontas a inmolarse con él y ganarle almas con el sacrificio y la adoración... Y si más adelante, caldeadas en ese divino fuego eucarístico que, con la penitencia y mortificación del seráfico padre san Francisco nos enseñó en su santa Regla, fortalecido el espíritu de caridad y amor, nos ordenasen salir de nuestra amada clausura para ayudar a las almas que vean la luz del Evangelio, del bautismo de los sacramentos, el camino de salvación y del cielo, salir con el espíritu del Bautista del desierto de vuestra penitente vida y ya en pueblos abandonados en la Patria, ya en el extranjero, en América, en China, en África, en Oceanía, en los confines del mundo... donde la obediencia de la santa Iglesia Romana Católica os enviare a buscarle almas a Jesucristo Salvador, nuestro amantísimo... Leer la santa Regla cuando dice: "Guardar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo viviendo en obediencia, sin propio y en castidad"; y el Testamento de la gloriosísima madre santa Clara es el espíritu de inmolación, desprendimiento y pobreza de una verdadera víctima con Jesús pobre y crucificado, ¡cómo ella alentó al padre san Francisco *a las misiones*, cuando el seráfico Padre le pidió lo encomendase al Señor.

Y ella, no lo dudéis, hijas de mi alma, cuando delante de su cripta bendita en Asís, *donde estuve tres horas orando*, le mostraba a todas sus hijas presentes y futuras, pidiéndole no me dejase salir viva de aquella visita si nuestra obra se apartase de su espíritu... y cuando con la frente pegada a la reja, junto a su sagrado cuerpo casi incorrupto, esperaba me diese el Señor alguna luz, de aquellos labios que aun secos conservan la apariencia de aquella purísima virgen fundadora y madre nuestra, sentía grabarse en mi alma: "*Tienes mi espíritu, mi predilección y mi amor*, que desde el cielo te aprueba conmigo el seráfico padre san Francisco, siempre que en esa transformación *conservéis el espíritu de humildad y pobreza, de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra Madre Santísima* en su vida mortal, *desde Belén al Calvario y al Cenáculo. Seréis bendecidas por el Padre* que mira bondadoso y acepta vuestros sacrificios, *del Hijo que os une a sí*, en el altar del sacrificio por las almas, y *del Espíritu Santo* que os comunica sus luces clarísimas de la santa Religión, os *comunicará sus* Dones y frutos para que la obra dé copiosísimos *frutos de santidad* a la santa Iglesia Católica y a nuestra Orden".

Sor Trinidad del P. C. de María, abadesa.

L6 C23 (166-169)

Mi última voluntad

Braga, 12-X-36

Capuchinas Eucarísticas de Mãe de Deus “Misiones Franciscanas Clarisas” - Braga y Porto. Portugal. Y a las (primeras) de España Chauchina y Berja.

A mis Rvdas. M. Vicarias y Superioras de Chauchina, Berja, Braga, Porto y Orense[71], y a todas mis amadas hermanas e hijas en el seráfico padre san Francisco y madre Santa Clara. Salud y paz en nuestro Señor Jesucristo Sacramentado.

Ruego encarecidamente con todo el amor y caridad que para todas vosotras, presentes y futuras, se dignó nuestro Señor comunicar e imprimir en mi corazón y alma, el deseo intenso y sincero de que todas unidas en amor y caridad de aquel Corazón divino y adorable que en compañía de su amantísima Madre María Santísima moró en el Cenáculo con sus amados discípulos y les comunicó la vida espíritu que había de vivir después de su Ascensión a los cielos dejando a su Madre Santísima de maestra y madres de aquel sagrado Colegio. ¡Desde entonces aquel Corazón divino nos encomendó a nosotras a su Madre bendita!

Esta es, amadísimas madres y hermanas e hijas en nuestro divino Amor Sacramentado, la vocación que sentimos siempre, ¡que nosotras todas las que quisieran seguirme, fuéramos las verdaderas hijas imitadoras de aquella celestial Madre y Maestra que nos encomendó nuestro adorable Salvador en la Cruz y en el Cenáculo (y en todos los sacrosantos misterios de nuestra redención), quiere el Señor la sintamos y veneremos como madre amantísima y maestra de nuestras almas.

Y deseando yo cumplir siempre y en todo momento la voluntad santísima de nuestro Señor, manifiesta a mi pobre alma en todos los momentos de mi vida desde que su amor misericordioso se dignó alumbrar mi torpe inteligencia y se hizo sentir en mi pobre corazón adueñándose de todos sus sentimientos de amor, y tomándome por suya sin que nadie tomase parte de mi ser más que él, dueño absoluto de mi existencia y todo mi ser, y queriendo mi alma y mi inteligencia a su adorable Corazón oculto y abandonado en la Eucaristía santa, y despertando en mi corazón el deseo de acercarle más y más las almas, adorándole día y noche en el tabernáculo, en el altar o en el sagrario (como le adoran los ángeles en el cielo) desagraviando las ofensas y sacrilegios de los malos cristianos con una vida consagrada al sacrificio y adoración siendo verdaderas víctimas que se inmolan por su amor al Eterno Padre

---

71 Chauchina, Berja y Orense, lo ha añadido más tarde.

en todos los momentos del día y de la noche, en unión de la Hostia santa que se ofrece e inmola en todos los altares del mundo, en cada momento del día y de la noche en el santo sacrificio de la misa que se celebra en todo el mundo.

Quiero, por que siento que Jesucristo Sacramentado lo quiere y pide, que todas y cada una de mis Capuchinas Eucarísticas sean una verdadera víctima que esté constantemente unida al Corazón divino tomando parte del sacrificio y de la inmolación de Jesucristo nuestro Señor en el momento de ofrecerse a su Eterno Padre en expiación, reparación y amor por todos los pecadores e infieles de todo el mundo.

Esto quiere Jesús, hijas amadísimas y hermanas carísimas, de nosotras todas, de un modo especial aquellas que se sienten más atraídas por este amor y este ideal, que tanto agrada al Sagrado Corazón de Jesús Sacramentado y a la Santísima Virgen, nuestra madre, y a nuestros[72].

L8 C40 (127-129)

72 Así termina este escrito.

19-III-37[73]

¡Oh divino Señor sacramentado!

¡Cómo querría Dios y Señor mío sacramentado!, que estas piadosas meditaciones que hoy el bendito patriarca san José nos envía en su fiesta a estas pobres capuchinas eucarísticas de la Madre de Dios de Orense, que tienen encomendada a la protección del bendito patriarca esta nueva casita de adoración; que estas hermosas meditaciones sean fuego que caldee nuestras almas en el amor divino y acreciente cada vez más en nuestro espíritu de práctica de las virtudes y la unión íntima de todas estas almas reunidas junto al divino Sacramento. Y siendo esta gratísima fecha aniversario de grandísimos consuelos para todas las hijas de nuestra seráfica madres santa Clara que tal día como hoy (Domingo de Ramos, 19 de marzo de 1912[74]) su solemne consagración a Dios en manos de nuestro seráfico padre san Francisco, y coincidiendo esta fundación de Orense en esta fecha, quedar *la sagrada Eucaristía con nosotras*, y por lo tanto empezar *nuestra vida de adoración*. Pido humildemente a nuestros seráficos padres san Francisco y santa Clara infunda su seráfico espíritu en todas y en cada una de sus hijas que ansiosas de imitar su espíritu de amor y sacrificio vienen a saciar la sed de amor en la fuente viva que tú, madre mía, nos pusiste con tus purísimas manos, como diciéndonos "adorarle, *él será vuestra custodia"*.

19-III-37, Orense, Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios[75]

Este libro de meditaciones que la divina Providencia nos regala en esta nueva fundación de Sobrado del Obispo - Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios de Orense 19-III-37.

¡Quiera el bendito patriarca san José que en su bendita fiesta nos regala para el alma tan exquisito alimento, que todas las "víctimas de Jesús Hostia sepan nutrir sus almas en la santa adoración con estas hermosas *meditaciones tan útiles* y tan sana doctrina, que dulcemente habitual y engolosina en largas horas de oración delante de Jesús Sacramentado, *junto a su altar* prendidas con cadenas de amor en las variadas meditaciones de la vida de Jesucristo modelo y vida de nuestras almas *consagradas a él en la vida eucarística en reparación, adoración y amor*. Vida de inmolación, de sacrificio y víctima, pido humildemente al Señor en cada meditación que todas mis hermanas carísimas que tan entrañablemente amo en

73 Este escrito está en la primera página del primer tomo de meditaciones titulados Nuevas meditaciones pláticas para todos los días del año sobre la vida y doctrina de N.S. Jesucristo para uso principalmente de las comunidades religiosas, por el Rvdo. P. Bruno Vercruysse, S.J.

74 El Domingo de Ramos de ese año no fue el 19 sino el 18 de marzo.

75 En el tomo II del libro de meditaciones antes citado.

el Corazón eucarístico de Jesús y de María, nuestra madre y del patriarca san José. *Se abracen y mueran de amor*.

S. T. del C. de María

19 de marzo de 1937. Orense.

* * *

L8 C40 (129-136)

[CARTA DESDE ORENSE]

Orense, marzo de 1937.

M. R. Madre Paz del Santísimo Rosario, superiora de mis Capuchinas Eucarísticas de Madre de Dios de Porto.

Muy amada en Jesús Sacramentado, mi buena madre superiora de Capuchinas Eucarísticas de Porto.

Es el tercer viaje que hicimos a esta piadosa capital, y aunque aun no hemos logrado la casa e iglesia de las Mercedes que nos ofrecieron, estamos instaladas en la Carretera de Circunvalación en una casa buena que nos dieron el 4º piso con capilla humilde y la santa misa todos los días no nos falta.

Aquí nos trajo el Señor por su misericordia cuando el señor Obispo nos concedió la fundación en "Sobrado del Obispo", que el demonio estorbaba esta fundación. Después volvimos madre Teresa y yo de paso para Roma y ya el señor Obispo tan cariñoso me ofreció concedernos aquí la fundación para que nos quedásemos aquí después de esta tempestad horrible; los ánimos no están favorables, aunque la revolución no llegó aquí. Sin embargo, llegan los efectos dolorosos, todo carísimo. En el Señor pusimos nuestra confianza y no será defraudada, a veces me parece que nos encontrará ahí vuestra reveremcia cualquier día. Madre Concepción tan animosa y valiente con sor Inmaculada se metieron en este piso por no encontrar lo que nos ofrecieron en el primer viaje, que don Martín Fernández, secretario del señor Obispo, se ofreció bondadosísimo a todo como conocía sus cartas. Después de estas luchas todo parece ha cambiado... y la pobre madre Vicaria, a pesar de su buen espíritu, tan animosa, encuentra mucho retraimiento en todos, y los más interesados, que son el P. Calonge y doña Modesta, les dice mucho que se marchen, que Orense es muy pobre.

Hoy hemos visitado al señor Obispo, que es santo Obispo tan espiritual y humilde, nos ofreció ayudarnos y nos dio las llaves de las Mercedes; con ellas fuimos a la iglesia, antigua pero

hermosa, parecía un hospital robado, sucia y llena de cascajo. Necesitamos mucho dinero para entrar allí. Me consoló mucho ver allí en el altar mayor una imagen hermosísima de la Santísima Virgen de las Mercedes, preciosa; al lado del evangelio otra igual de san José, y en la epístola nuestro padre san Francisco, de igual tamaño y muy buena talla. Le limpiamos el polvo, desnudamos los altares que tenían puestos los manteles negros como el velo, y en una capilla una Purísima vestida de tela muy sucia. Hacía 12 años cerraron la iglesia y sólo encontramos lo que dejo dicho. Nos trajimos las llaves del sagrario y los manteles que sólo podían servir para flores.

Mucho pido en mis pobres oraciones y hago que pidan veamos la voluntad de Dios y la cumplamos, Él sea bendito por siempre. Amén.

Ahora parece quieren llevar los heridos de la guerra a las Mercedes y vendrán a hacerse cargo las Terciarias Franciscanas, por lo que creo tendremos que marchar todas ahí y a Braga, pues sin clausura no las quiero tener más tiempo, y les he dicho que si no nos dan casa a Portugal. Pero como ahí tampoco estamos seguras y la casa pequeña les he pedido oren mucho y ofrezcan al Señor alguna penitencia para alcanzar la gracia que tanto necesitamos, de conocer a dónde nos quiere el Señor y si nos quiere, como lo creo, nos dará los medios de podernos establecer con arreglo a nuestra vida de contemplación y clausura. Espero hoy a don Martín para resolver de una vez lo de las Mercedes, pues ya han salido en el periódico.

Adiós mi buena madrecica, ruega a esas almas pidan mucho al Señor que vea... y tenga misericordia de mí,

Sor Trinidad.

L3-C6 (113-114)

Jueves Santo, 25 de marzo de 1937

A mi M. Inés del Menino Jesús en su destierro de Almería durante la revolución del año 1936 y a todas mis amadísimas hermanas.

Muy amada en Jesús Hostia, mi buenísima M. Vicaria y todas mis hijas carísimas de la comunidad de Berja (desterradas en Almería) sufriendo los horrores de la Revolución. ¡El Señor sea bendito por siempre! *¡Amén!*

Con vosotras más unida que nunca, amándoos entrañablemente en el Señor con toda mi alma estoy desde el momento que el Señor me dio a conocer un día en la oración que me quería pedir lo que más amaba, es decir, la comunidad que por ser actualmente abadesa me pertenecía y miraba *tan mía* como el pastor su rebaño. Nada he de deciros de cuánto vengo sufriendo,

queriendo recogerlas todas en este, así lo que busqué con tanto cariño para refugiarlas el día de la tempestad... El Señor me hacía ver claramente que me las sacrificaría. "¿Quieres ser mi víctima? Tantos años te vienes ofreciendo a morir conmigo en la cruz... (no como tú quieres ni piensas). *Te sacrificaré lo que más amas* (más que a ti misma) *tu rebaño de Berja*. (Si mueres tú, *gozas*, ya no es el sacrificio cruento que te pido de aquel monasterio de mi Madre Santísima que yo amo con predilección, necesitando víctimas que contengan la divina justicia de mi Padre, escojo lo que más amas y en ello acepto tu ofrecimiento de darme víctimas, en tus hijas las Capuchinas Eucarísticas escojo las que más amo y por lo tanto te sacrifico a ti... Y aún no tendrán la gloria del martirio... *¡Quiero tu sacrificio!*

¡Oh Señor y Dios mío! Tuya soy tomar lo que más queráis, y *¡fortalecer mi* fe! Os doy cuanto y como sea vuestra voluntad, pero si vos no me dais fuerza y valor moriré con ellas sin el consuelo de verlas y ayudarles. *¡Cuida tú de tu obra! ¡Tuya es*, Señor y Dios mío de mi corazón!

Me retiré del coro sin fuerzas, salía más muerta que viva; desde entonces no encontré momento de humano consuelo..., sentía y siento en mi alma de continuo ese pedirme la promesa hecha como el padre que pide cuentas al hijo que derrocha y tira su hacienda.

¡Oh Dios mío, mi soberano y amabilísimo Dueño!... Cómo se estremece mi ser a tu voz. ¡Fiat! ¡Cúmplase como te agrade!

L6 C23 (151)

Mi viaje a Granada[76]

Salimos de Oporto para Orense el día 23[77] de mayo. Estuve en Orense hasta el día de la Santísima Trinidad que a las 8,30 salimos de Orense para Astorga.

Durante los días que pasé en Porto el Señor me visitó con un decreto del Sr. Arzobispo de Braga y lleva el sello de mi cruz en mi alma... Esperando el Señor decidiera. El tercer día de Pascua de Pentecostés llegué a Orense y allí preparé mi viaje...

Con mi buena M. Vicaria, M. Concepción, salimos para Astorga dejando a sor Adoración del Santísimo Sacramento al cuidado de aquella pequeña casita, todavía sin formar y sin clausura. Pero confiaba en la virtud y espíritu de las religiosas, sor María de Gracia, sor Jacobita, sor Inmaculada, sor Josefina, y la experiencia y buena voluntad de sor Adoración marcaría con igual espíritu hasta nuestra vuelta, lo mismo las tres novicias sor Lurdes, sor Visitación y sor Laurinda.

---

76 Dos redacciones tiene este viaje que la M. Trinidad hizo desde Oporto a Granada y Gibraltar desde el 17 de mayo a finales de julio para llevar monjas a Braga y rescatar las monjas de Berja que vivían bajo la dominación roja en Almería. Son dos escritos de fechas distintas que aquí se ofrecen juntos.

77 Debe ser 17, como dice en la segunda redacción, pues el 23, día de la Santísima Trinidad sale de Orense.

El domingo 23 llegamos a Astorga a las 7 de la tarde, dormimos en la casa Hermanas de Ancianos Desamparados. Después de bajar del tren iba la procesión de la Santísima Virgen del Perpetuo socorro que salía de la catedral que con un repique de campanas llenaba la capital de alegría.

El 24 salimos de allí a las 7 de la mañana a Zamora. Llegamos a las 11. Almorzamos en la Milagrosa, colegio. Fuimos después de almorzar al colegio del "Amor de Dios". Cenamos y nos hospedamos allí. Vino a visitarnos la hermana de sor Jacobita y me dejo 5 pesetas y una medallita para su hermana. Aquellas religiosas nos atendieron mucho. Y salimos al día siguiente a las 7 de la mañana para Salamanca y llegamos a las 11 de la mañana y nos quedamos a almorzar en las Adoratrices y después de comer a las 7 de la tarde tomamos el tren para Cáceres. Pasamos la noche en el tren, con grandes molestias toda la noche y estos trabajos nos unían más a Dios. Al pasar a las 3 de la madrugada por Plasencia quería quedarnos para comulgar, pero el tren paró poco.

Llegamos a Cáceres a las 8 de la mañana. Estaban las hermanas del hospital (a donde llegamos) en la santa misa. Entramos en ella, comulgamos allí. Rezamos el Breviario, desayunamos, y fuimos a los PP. Franciscanos que nos atendieron y enviaron a las Clarisas. Allí encontramos a las religiosas de San Pascual de Madrid y M. Francisca lloró al vernos y no poder hacer con nosotras lo que hizo con tanta caridad y amor en Madrid. Como no podían hospedarnos nos enviaron al colegio de las Teresianas que nos dieron de cenar con mucho cariño y nos hospedaron. Al día siguiente, día del Corpus 27 jueves comulgamos y oímos la santa misa y tomamos la camioneta para Sevilla a las 7 de la mañana sin desayunar. ¡Qué consuelo nos dio al pasar por los pueblos donde se veían los rasgos de la procesión del Corpus llenos de colgaduras, flores, alfombrados de verde el paso; con las niñas vestidas de ángel y todo con un ambiente de piedad y fe como en años de paz. Llegamos a Sevilla con el mismo entusiasmo de fe y amor a la Eucaristía, llegamos a las 2,30 y pedimos hospedaje a las Adoratrices, que nos negaron y mandaron a Reparadoras, donde estuvimos muy bien atendidas toda la octava en la que procuré hacer ejercicios espirituales junto a Jesús Hostia como preparación para presentarme en Granada al Sr. Arzobispo.

Salimos de Sevilla para Granada el día del Corazón de Jesús, 4 de junio, llegamos a las 6 de la tarde. Nos esperaba Gertrudis con su coche que nos llevó a las Esclava, donde nos hospedaron con mucha caridad. Al día siguiente vino a visitarnos el P. Juan, el P. D. Luis y la familia de sor Concepción, el lunes 7 de junio, fuimos al Sr. Arzobispo por la tarde con Sofía. Nos recibió muy amable. Leyó el rescripto y me dijo que no me daba permiso para que me llevase las monjas a Portugal, que viese Santo Espíritu y si convenía nos quedásemos con él. Lo recibimos como una misericordia del Señor y salimos para Gibraltar el 10, en tren hasta San Roque a las 9 de la noche. Nos esperaba D. Diego y D. Felipe en su coche a su casa "*Príncipe*

Alfonso". Nos dieron de cenar y por la mañana nos llevó en su coche a Gibraltar en el "Vapor de Tánger" a la una el día 12 de junio y llegamos a Tánger a las Adoratrices, nos dieron café y fuimos al Sr. Obispo de Tánger, que nos recibió el P. López, secretario, nos recomendó a las Terciarias Franciscanas, nos hospedamos 2 días. Las Adoratrices nos dieron de comer y nos acompañaron las hijas de casa a comprar algunas sedas... El 13 de mañana el P. López, secretario, fue por nosotras en coche con D. Mariano Dames, que nos llevó al vapor y nos colocó en primera y nos arreglo los pasaportes. Hicimos el viaje en vapor delicioso... y llegamos a Gibraltar y nos hospedamos en el Asilo Gabino, que nos dijeron no podían hospedarnos muchos días. Fuimos al día siguiente a presentar al Sr. Obispo de Gibraltar la visita que traíamos y dos cartas del Sr. Obispo de Tánger recomendando a nuestras religiosas de Almería para que nos rescataran aquellas hijas tan amadas. Nos ofreció trabajar con el mayor interés y esperaba vendrían en el primer vapor inglés. Y nos mandó quedar en el Asilo todo el tiempo hasta que llegasen las monjas. Pasamos en el Asilo 15 días deseando volver con ellas a Granada... Pero Jesús no quería entonces aquel consuelo. No supimos nada más que habían recibido 700 pesetas que por D. Diego Cuenca se les mandó sin esperanzas ciertas volvimos.

Mayo 1937

De Porto salimos para Orense el Día 17 y después de unos días de descanso el 23 de mayo salimos de Orense para Astorga y llegamos a las 18 del mismo día a las Hermanitas de los Desamparados donde quedamos aquella noche muy atendidas.

El lunes 24 a las 7 salimos para Zamora y llegamos a las 11. Almorzamos en la Milagrosa y nos dieron 25 pesetas y después cenamos y dormimos en el Amor de Dios (la hermana de sor Jacobita nos dio 5 pesetas).

El martes 25 salimos a las 7 en camioneta para Salamanca y llegamos a las Adoratrices a las 10. Salimos a las 7 tarde para Cáceres. Llegamos a Cáceres a comulgar al Hospital a las Hermanas de San Vicente a las 9 que empezaba la santa misa, desayunamos y nos fuimos a los PP. Franciscanos y de allí a Santa Clara y después de almorzar en el Hospital fuimos a cenar y dormir al Colegio de Carmelitas, y nos dieron merienda. A las 6 del día del Corpus fuimos a comulgar y oír misa el día del Santísimo Corpus Cristi en los PP. Franciscanos. Llegamos a Mérida a las 11 y seguimos hasta Sevilla, llegamos a las 2,30 a las Adoratrices y de allí nos mandaron a reparadoras, allí nos hospedamos 8 días.

Salimos de Sevilla el jueves 3 de junio a las 8 para Granada y llegamos a las 6 de la tarde que Dª Gertrudis nos esperaba con el coche y nos llevó a las esclavas del Sagrado Corazón. Estuvimos en las Esclavas 8 días y el jueves 10 de junio llegamos a la Línea y quedamos aquella noche, el 12 sábado a las 2 vinimos a Gibraltar y nos embarcó para Tánger

y llegamos a las 5,30 y las Adoratrices nos esperaban.

* * *

Carta de Súplica al Corazón eucarístico de Jesús Hostia

19-XI-37

Corazón amantísimo de Jesús Hostia, Rey amado y ofendido, ¡óyenos y sálvanos!

¡Corazón de Jesús dulcísimo y misericordiosísimo de nuestras almas, que por tu amor y por tu gloria lo dejamos todo por seguiros, incluso te dejé a ti, amor de mi alma cuando encantada y dichosa en aquel desierto de penitencia había vivido enamorada de tu cruz y abrazada en tu amor 33 años consagrada a ti, sin otra ilusión que santificarme obedeciendo a mis preladas y santa Regla! Y cuando me sentía próxima a mi fin... cuando mi cuerpo rendido por la observancia y penitencia apetecía el descanso de cargos, que abruman el alma... y una abstracción de todo lo de la vida, me mandáis salir... y seguiros...

Eras tú aquél que me pidió la noche del 18 al 20 de marzo del año 12: “Atraerme las almas consagradas a mi Corazón Eucarístico a la santa adoración. ¡Tengo sed de almas que me amen y adoren por los que tanto me desprecian!”

¡Cómo, Jesús dulcísimo, negaros mi sacrificio de salir... de allí para acercaros las almas, cuando el Prelado, Cardenal Casanova, me mandó salir a Chauchina, y cuando aquél estaba formado a Bérja, a Portugal, etc. y ahora me dejáis... tan pobre y desamparada!

No Jesús mío. Tú lo dijiste a tu amada santa Madre: ¡Cuida tú de mí y de mi gloria que yo cuidaré de ti y de tus cosas!...

Corazón eucarístico de Jesús, en vos confío y espero todo de ti. Yo sin ti lo destruiría. Pero *es tu obra* tan amada de tu Corazón adorable *¡Somos tus víctimas!* Te amamos con toda el alma, lo esperamos todo de ti, amor de mi alma.

¡Corazón eucarístico divino de Jesús, danos *casa*, no nos dejes perecer! ¡Darme tus hijas!... santas *unidas* y sacrificicadas.

¡No me abandones, Corazón eucarístico! Somos barro y miseria. Si tú nos dejas nos hacemos polvo... Si tú nos toma a tu cuidado nos hará dignas de tu predilección y amor.

¡No nos niegues tu amor y tu cuidado, Corazón Sacramentado! Danos tu amor, danos morada digna de que te demos el amor, la adoración y reparación que pides a tu miserable víctima que solo suspira amaros, daros gusto y gloria. Bendito seas, Corazón Eucarístico, amado y adorado de todos los corazones de la tierra y más de tu miserable esclava y víctima,

Trinidad

* * *

16

Orense, 3 de diciembre de 1937

Había venido de Granada, en donde esperaba la llegada de mis monjas de Berja, de Almería, donde llevaban 14 meses en poder de los rojos... Tuve el consuelo de recibir y colocar en el monasterio de Santa Paula las cuatro primeras que habían llegado; me faltaban seis por venir... que esperaba de un día a otro... Las instancias y ruegos de éstas me obligaron tanto a venir que, sin escuchar el amor propio que me aconsejaba esperase a mejorar, salí enferma y con el corazón apretado, me puse en camino desde Granada a Orense, con la confianza en el Señor me ayudaría al viaje como siempre, sólo contaba con 50 pts. para las dos desde Granada a Orense.

En Sevilla no encontramos a nadie a nuestra llegada, anduvimos en busca de fonda lloviendo mucho, encontramos una que sólo por dormir nos cobraron 12 pts., en mozo y coche 18, no nos quedaba para comer si teníamos que guardar algo para el viaje. Anduvimos todo el día 15 de noviembre en varias casas, buscando nos ofreciesen un poco de pan con algo caliente... y el Señor quiso que nos mantuviésemos con la sagrada Eucaristía, en donde pasamos la mayor parte del día en la iglesia de San Buenaventura que estaba Su Majestad expuesto, y allí recibimos el aliento y amor que necesitábamos.

A las 4 nos fuimos a la iglesia de Reparadoras en donde nos hospedaron otras veces y después de una hora de adoración llegamos a saludar a la madre que otras veces hizo tanto por nosotras. Esta vez tan amable y fina se olvidó preguntarnos si habíamos comido. Entonces quedé yo en la iglesia pidiendo a Jesús diese a mi compañera un bocadico de pan, y llevó una carta a D. Francisco Rincón a quien venía recomendada, y este buenísimo Señor nos ofreció arreglarnos el billete de caridad y en su coche nos llevó al Gobierno para arreglarnos el salvoconducto y demás, y después de presentarnos a su familia, nos aconsejó quedásemos en las capuchinas, y con un criado suyo fuimos a ellas que nos recibieron con extraordinarias muestras de amor, nos prepararon comida llena de caridad y camas para descansar, nos dieron tantas muestras de amor seráfico que derramaba lágrimas de gratitud al Señor que tan amable se mostró con sus pobres hijas.

Nos dieron breviarios y un hábito, buenísima madre abadesa, me pareció una santa, nos dio 15 pts. y nos envió su hermano que nos llevase al tren, y todo fue una providencia regaladísima de Jesús a quien dedicamos nuestras horas de necesidad a darle amor y adoración.

Salimos el 16 a las 8 de Sevilla en un tren de militares hasta Salamanca, que llegamos a las 10 de la mañana de 17. Qué horas de tren oyendo tantas... ¡Gracias que un soldado, a quien le socorrimos, nos metió en primera, y venían tres oficiales que nos consideraron mucho. Y al llegar lloviendo y con frío... encontramos en Salamanca la iglesia de San Juan diciendo misa, y

recibimos el pan de los ángeles que fortaleció y nutrió nuestras almas y fuimos a las MM. Adoratrices que nos dieron un cuarto para descansar una hora y almorzar. Después fuimos a los PP. Dominicos para hacer tiempo de tomar el tren y estuvimos con el bendito padre [...][78], que es un santo.

L6 C23 (170-171)

[COMENTARIO A LA REGLA Y CONSTITUCIONES]

Regla de mi madre santa Clara de Asís, dada a ella por nuestro seráfico padre san Francisco, para las Religiosas Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios de Chauchina, Berja, (Granada), Braga y Porto (en Portugal), Orense (en Galicia) y cuantos monasterios se funden en España y en todo el mundo, para la gloria del Corazón eucarístico de Jesús, a quien adoramos en el Santísimo Sacramento, unidas todas en espíritu de amor, reparación y penitencia, en desagravio de las ofensas, sacrilegios y blasfemias. Las Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios, ¡víctimas con Jesús víctima!, cumplirán fielmente esta santa Regla y Constituciones con amorosa devoción y amor al Santísimo Sacramento, ofreciéndose en holocausto al Eterno Padre con la santa Hostia por los pecados de España, de Portugal y del mundo entero.

¡Así sea!

Para gloria, reparación y adoración al Corazón eucarístico de Jesús!

Así sea.

¡Oh dulcísima y divina madre nuestra María Santísima! bendicenos, ayudanos, protegenos y haznos dignas hijas vuestras y esposas de tu Hijo divino, Jesucristo Sacramentado, y concédenos la gracia de que esta nueva familia u orden de Capuchinas Clarisas Eucarísticas lleven todas el nombre de la *Madre de Dios*, y seáis vos, madre mía amantísima, nuestra protección y defensa, y todas las comunidades y religiosas, superioras y súbditas estén bajo vuestro amparo, dirigidas y custodiadas por vos, madre mía, como su titular, su superiora y madre, y vos presidáis nuestras casas, iglesias, coro, noviciado, refectorio y dormitorio, como si de vos sola dependiéramos, todas humildes, dulcemente unidas en perfecta caridad y amor, como vivieron con vos en el Cenáculo los Apóstoles y discípulos esperando la venida del Espíritu Santo y que vos, madre mía dulcísima, nos enseñéis la vida de víctima e inmolación que vuestro dulcísimo Hijo Sacramentado nos pide desde el principio de nuestra vocación.

---

78 Deja espacio para poner el nombre.

Concédenos, madre mía, que aprendamos de vos esa vida eucarística que en vos quiere Jesús copiemos el modelo perfectísimo de la vida de adoración que vos nos enseñáis desde la Encarnación del Verbo en vuestras purísimas entrañas en ese *Fiat* de vuestro ser en la voluntad del Eterno Padre, en esa vida de sacrificio penitencia y mortificación, inmolándonos en el sacrificio cuando en el cáliz se inmoló humilde y sinceramente, aceptando con la muerte afrentosa la voluntad de su Eterno Padre. Con Él vivamos todas unidas a la Hostia Santa...

¡Oh Eucaristía divina, cuánto os amo!

Regla y vida de las hermanas pobres del monasterio de San Damián de Asís.

Regla, capítulo 1º:

De la Regla evangélica y de la obediencia católica.

En el nombre de nuestro Señor Jesucristo comienza la Regla de las sorores pobres, la cual el bienaventurado padre san Francisco instituyó.

La forma de vida de la Orden de las sorores pobres que instituyó el bienaventurado san Francisco es esta: Guardar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, viviendo en obediencia, sin propio y en castidad...

Notas:

Breves consideraciones sobre el primer capítulo de la Santa Regla.

1ª. La Regla de las Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios, es la misma Regla primitiva de la nuestra madre santa Clara. Debe su origen a nuestro seráfico padre san Francisco. Fue aprobada y confirmada por el Papa Inocencio IV un 9 de agosto de 1253 y mitigada en cuanto a los preceptos, a su gravedad y a las disposiciones y oficios por la Bula de Su Santidad Pío XI, 12 de julio de 1937.

2ª. Ninguna soror podrá profesar la Regla primitiva de madre santa Clara sin las Constituciones propias de nuestra orden de Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios, y si la da en otro modo o en otra forma, no puede adoptar más que dichas Constituciones.

3ª. Las religiosas Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios profesarán votos solemnes, y observarán clausura canónica.

4ª. El fin principal de la orden de Capuchinas Eucarísticas es la santificación de las religiosas por medio de la observancia del santo Evangelio de los votos de la Regla y Constituciones, en la

adoración al Santísimo Sacramento en expiación, reparación y desagravio por los pecadores, especialmente por los malos sacerdotes y religiosos, y en desagravio de la blasfemia.

5ª. Haya en todos nuestros monasterios hermanas externas que estén sujetas, igualmente que las monjas de clausura a la superiora del monasterio lo mismo en lo referente a la disciplina religiosa que en lo tocante a sus servicios; y como fin secundario, y con la aprobación de la Santa Sede, podrán estas hermanas, según las condiciones de los tiempos y de los lugares, asumir la instrucción cristiana y social de niñas mediante la enseñanza que se da gratuitamente: como catequesis, misiones, asilos y horfelinatos, etc., según las necesidades de los países y bajo el consejo de los diocesanos al recibirlas, según las sagradas Constituciones sujetas a la abadesa y a las directoras o más religiosas designadas de votos solemnes para directoras de la escuela.

6ª. La orden de las Capuchinas Eucarísticas, todos sus monasterios o casas y religiosas, están bajo la protección de la Santísima Virgen en cualquiera de sus advocaciones, muy especialmente en sus Dolores santísimos, siendo la titular de todas sus iglesias y monasterios "*de la Madre de Dios*", bajo cuyo amparo y defensa hemos sido encomendadas por el amorosísimo Jesús, Esposo de nuestras almas desde la cruz antes de morir: "*Ecce Mater tua*" (Jn 19,27). El seráfico padre san Francisco y madre santa Clara serán sus patronos. Todos los conventos se llamarán de *Capuchinas Clarisas Eucarísticas de la Madre de Dios,* y por *éste* serán conocidas.

7ª. La obligación de observar el santo Evangelio, de vivir según la perfección evangélica y de abrazar la pobreza y humildad de nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre, debe entenderse en el sentido de que los preceptos se observen como preceptos y los consejos se guarden como consejos.

8ª. Y aquellos consejos que se prometieron observar como fórmulas de precepto, como serían los votos, deben observarlos (como votos), como preceptos con obligación grave. Mas a los otros consejos, aunque no sean verdaderos preceptos, se consideraran tanto más obligadas que los otros fieles, cuanto por su estado de perfección se han ofrecido a Jesús Sacramentado en suave holocausto, como víctimas de amor y reparación, y han despreciado por su amor las pompas y vanidades del mundo para mejor servir al Señor.

9ª. En las demás cosas contenidas en la Regla y Constituciones, ya de precepto, ya de consejo, no están obligadas a su observancia por el voto a menos que se encuentren consignadas en aquella.

Santa Regla, capítulo 2º:

De las sorores que han de ser recibidas en el monasterio.

"Si alguna por inspiración divina viniera a vosotras con deseos de abrazar esta nuestra vida, la abadesa está obligada a pedir el consentimiento de todas las sorores... y si fuese hallada idónea, dígale el precepto del santo Evangelio, "que vaya y venda todas sus cosas y procure repartirla entre los pobres" (Lc 18,22), y sino lo pudiese hacer, bástele la buena voluntad... y guárdense la abadesa y sus sorores de afanarse por sus cosas temporales, sino que haga libremente de sus cosas lo que el Señor le inspirare..."

Constituciones 1ª, 2ª:

Deseando que la Orden capuchina progrese en virtud y perfección y espíritu religiosos más que en número, se ordena que la superiora sea muy cauta en admitir las aspirantes a la religión...

Notas, capitulo 2º:

10ª. Las señoras que por divina inspiración soliciten entrar en religión deben ser fieles católicas, célibes, de buena salud, de excelente conducta, sin ninguna nota infamante. Deben tener verdadera vocación, que provenga de fin sobrenatural, sin otra mira que la de consagrarse a Dios en espíritu de inmolación y de víctima en la adoración del Santísimo Sacramento y todo se comprobará por documentos remitidos por el párroco o por otra persona eclesiástica, *según derecho*.

11ª. Las que soliciten entrar en religión pueden ser recibidas como manda la santa Regla y Constituciones por la abadesa general y su consejo (que deben ser de las abadesas locales con el consentimiento de la mayor parte de las religiosas del consejo y con licencia del Ordinario para la profesión solemne).

12ª. Antes de ser recibidas serán examinadas acerca de su vocación exigiéndole la documentación canónica. Además, se dará a conocer a las jóvenes la aspereza de la vida capuchina adoradora que quieren abrazar, que es la doctrina (en práctica) del divino Maestro. "*Niégate a ti mismo, toma tu cruz y sígueme*" (Mt 16,24; Mc 8,34; Lc 9,23).

13ª. No tienen edad fija, con tal que sus condiciones morales y físicas no le impidan la observancia regular, estando dotadas de tales cualidades y salud que a juicio del consejo sea útil y de provecho a la Orden, por su buen nombre y probada virtud cristiana, y devoción ardiente a la Sagrada Eucaristía.

14ª. No se admitirán a nuestra vida, quien padezca alguna enfermedad crónica o debilidad de cabeza, ni aquella cuyos padres o abuelos hayan tenido cualquier debilidad de cerebro o hayan sido mentecatos; ni enfermedades contagiosas, etc.

15ª. Una vez admitida por el consejo, la madre abadesa general, vistos los documentos canónicos que aseguren las buenas cualidades de la demandante, con la aprobación (del Prelado diocesano), se la puede recibir al postulantado. (De la abadesa y consejo la mayor parte).

16ª. La abadesa general con el consejo nombrarán alguna persona recta de buena conciencia (que extraña a la comunidad), a fin de que con su consejo distribuyan sus bienes a los pobres, lo cual si pueden hacerlo, lo harán de modo que no se produzcan disturbios en las familias, y las religiosas no podrán recibir por sí, ni por medio indirecto, cosa alguna de las aspirantas que soliciten el ingreso en la religión, a no ser que sea la abadesa a título de limosna para la comunidad y en pequeña cantidad para no dar después motivo de queja o de odiosidad.

17ª. Antes de ser recibidas al noviciado, tengan un año de postulantado (como manda el Derecho Canónico y santas Constituciones seis meses, ya puede un año) bajo la dirección de la maestra de novicias o de otra religiosa que la abadesa con el consejo nombre, para que separadas del noviciado, se ejerciten en desterrar los malos hábitos y adquieran las virtudes que para preparación del noviciado deben practicar estudiando la santa Regla y vida de las Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios. Se le hará la entrada en el postulantado con las ceremonias del ritual imponiéndole la medalla del Santísimo. A las postulantes se les cortará el cabello en redondo hasta las orejas. De esto no podrá dispensarse ninguna sin causa justa y razonable.

18ª. Antes de comenzar el noviciado hagan ocho días de santos ejercicios, y si el confesor lo juzga prudente hagan confesión general de la vida pasada.

19ª. Toda postulante aporta cierta cantidad, según tengan acordado en el consejo establecido ya por el Ordinario, según derecho, como limosna a la comunidad para remedio de sus necesidades (como mandan las Constituciones generales de la Orden, si no nos admiten la total pobreza).

20ª. (Santa Regla nº 14). Y la abadesa provea solícitamente así a éstas como a las demás novicias, de una maestra elegida de entre las más discretas del monasterio, la cual las instruya con diligencia en santa conversación y buenas costumbres, según la forma de nuestra profesión... (N. Const. 32, una maestra que tenga por lo menos 35 años de edad y 10 de religión). La maestra de novicias puede ser de las discretas con tal que esté libre de cualquier otra carga u oficio que le dificulten el desempeño de su principal obligación que es cuidar y educar a las novicias.

21ª. En el monasterio habrá un local separado en el que habiten las novicias con la maestra, el cual se llamará noviciado. Las novicias están sujetas a la ley de clausura lo mismo que las profesas; las novicias no podrán hablar con las profesas, ni éstas con las novicias por más distinguido que sea el cargo de aquellas y para asegurar mejor la formación de las novicias, el noviciado debe estar separado, en cuanto sea posible, de aquella parte en que habitan las profesas, de manera que sin especial licencia de la abadesa y de la maestra no pueden hablar nada, evitando toda comunicación y trato con las profesas ni estas con las novicias.

22ª. La maestra ejercitará a las novicias en la práctica de la humildad y penitencia religiosa, y prudentemente las probará con algún acto de humildad, haciéndolas renunciar a su propia voluntad, y disponiéndolas dulcemente a la práctica habitual de todas las virtudes, que es la mejor educadora, la humildad: los lunes, miércoles y viernes dirán su culpa con las otras sorores públicamente en el refectorio (o en el coro), y la abadesa las reprenderá y exhortará con prudencia a la práctica de las virtudes, etc.

23ª. Solamente la maestra de novicias tiene el deber y el derecho de proveer a la formación religiosa de las novicias, y a ella sola incumbe el régimen del noviciado; así que a ninguna otra es lícito entrometerse en él, con pretexto alguno, a excepción de la abadesa y del Visitador; mas en lo concerniente a la disciplina general del monasterio, maestra y novicias están sujetas a la madre abadesa como las demás religiosas. Y las novicias están subordinadas, así a la autoridad de la maestra como a la de la madre abadesa, y deben obedecerlas.

24ª. La maestra está obligada gravemente a emplear toda su actividad y solicitud para que las novicias se instruyan diligentemente en la observancia y disciplina religiosa, por razón en extremo considerable, que el año de noviciado se destine cabalmente a modelar el espíritu e índole de las novicias, acomodándolas al espíritu y sentido de la Regla y de las Constituciones, con el estudio de las mismas, con piadosas meditaciones y frecuentes oraciones, aprendiendo bien todo cuanto conviene a los votos y a las virtudes, desarraigando los vicios para sojuzgar las pasiones y hacer acopio de santos hábitos. Las novicias serán instruidas bien en la doctrina cristina que deben decir de memoria en el refectorio la primera parte antes de la imposición del santo hábito, para lo cual tendrán por lo menos una o dos veces en semana una conferencia especial, para que comprenda bien su espíritu y aprendan bien a rezar el Oficio divino con espíritu, devoción y fe, bien pronunciado.

25ª. Durante el año de noviciado, cuando se trate de admitir a las novicias a la profesión, la maestra informará fielmente al capítulo de la comunidad del comportamiento de cada novicia y si no fuese satisfactorio su comportamiento y esperan de su buena voluntad su enmienda, puede concedérsele su segundo año de noviciado, si la abadesa lo cree conveniente de acuerdo con el capítulo.

Artículo 3º. De la formación del noviciado:

26ª. A fin de que Dios bendiga la Obra y que las novicias trabajen fructuosamente en su santificación, deben aplicarse en adquirir una gran perfección y esforzarse por llegar a un alto grado de oración, al mismo tiempo a una grande unión con Dios.

En efecto, así como el carbón simplemente frío no puede encender otro carbón como no esté encendido, así mismo las maestras no pueden pretender encender el fuego de la caridad en las almas llamadas por Dios a formar este ejército de víctimas que Él escogió para sus perfectas adoradoras, si las maestras que han de enseñarles, no están abrasadas en el divino Amor Sacramentado.

27ª. A este fin deben inclinarlas a ser atentas en la oración, para recoger esta gracia excelente y este don perfecto, que viene de lo alto y que desciende del Padre de las lumbres (Santiago), su apostolado será eficacísimo, es lo que la Sabiduría increada, nuestro divino Salvador nos enseñó diciendo: "El que mora en mí y yo en él lleva mucho fruto, porque nada podréis hacer sin mí" (Jn 15,5).

28ª. La duración del noviciado canónico es un año, pero si a la madre general por el dictamen de la maestra de novicias cree conviene prorrogarle la profesión, la madre general puede concederle un año más.

29ª. La primera profesión temporal puede emitirse el mismo día, segundo aniversario de la toma de hábito.

30ª. El primer año de noviciado, que es el canónico, si es interrumpido, es necesario empezarlo de nuevo y completarlo de nuevo bajo pena de nulidad si se verifica en los siguientes casos:

a) Si la novicia despedida por la superiora sale del monasterio.

b) Cuando la novicia sin licencia de la superiora sale... todo como está ordenado en las Constituciones y el Reglamento del noviciado..."

31ª. La formación de las novicias fue mi preocupación constante; decíame repetidas veces mi santa maestra: "Lo que sea de novicia será después monja: si piadosa, obediente, humilde novicia; fervorosa, observante y santa capuchina. Lo que seas ahora de novicia serás después de monja..." Esto querría infundirles a madre maestra y madre abadesa, en la formación del noviciado hay que probarlas mucho, en el postulantado, y aun antes, yo pediría una casa de formación donde se educasen *en piedad sólida y verdadera* y en los demás elementos que deben llevar después al noviciado, ejercitándolas en la mortificación interior, en el vencimiento del amor propio, en la abnegación de la propia voluntad; el atender a sí mismas y no preocuparse en curiosidades y vida de las demás; en esa vida interior perfecta que llega al convencimiento que la felicidad de una religiosa está en atender "*a Dios y a mi alma*", el alma toda entregada a

Dios, para que Dios entre en posesión completa de todo su ser. Que empieza para ellas una nueva vida, que lo único sólido y verdadero en este mundo es asegurarnos la vida inmortal y eterna que es Dios en todas las cosas, sin esta vida interior jamás llegaremos la perfección sobre todo para las almas llamadas a ser víctimas de Jesús Sacramentado, y por lo tanto aspiran a la santidad ligadas por los santos votos y Regla debe hallarse enteramente animada por ese espíritu interior de presencia de Dios y fervoroso amor.

32ª. La víctima de Jesús, la Capuchina Eucarística debe ser alma interior como dicen los santos: "Desde el cielo a la celda hay poca distancia", porque en el retiro siente a Dios que la alienta y consuela, la inspira y llena de su amor, la alumbra con su divino Espíritu y la prepara para esa inmolación completa de entrega... No encontrando Jesús dulcísimo, obstáculo alguno para sus amorosos designios sobre ella, le exige grandes sacrificios de sí misma, se deja inmolar de la manera que Dios quiere que sea inmolada, la une íntimamente a sí, en cuya celestial unión, íntima sumisa y humilde.

Fechas de los Rescriptos de las fundaciones de las Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios

¡Corazón eucarístico de Jesús *a vos las confío todas y todo*!

¡Virgen Santísima!

¡Madre mía dolorida al pie de la cruz, *sed vos nuestra Madre y Maestra* y concédenos la gracia que cada convento *sea un cenáculo* donde vos nos enseñéis amar, reparar y adorar a vuestro divino Hijo Sacramentado con la fe, unión y amor que reinaba en vuestra compañía en los 40 días hasta la venida del Espíritu Santo!

¡Concédeme, Madre mía, que todas estas hijas reciban el fuego de la sagrada Eucaristía, como los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo, y con ese fuego divino se santifiquen y den gloria al Dios Sacramentado, bajo vuestra maternal mirada!

¡Madre mía, alcanzarme de vuestro divino Hijo el perdón de mis pecados y la gracia de morir en un acto de ardiente amor, y sea presentada al divino Juez por vos, Madre mía dulcísima, al ser encomendada, Madre nuestra, al pie de la cruz. Y lavada con aquella Sangre preciosísima sea presentada al divino Juez!

Sor T. del C. de María, Cap. E.

* * *

Granada España

1ª. *Chauchina*: Dado en Roma, el 2 de diciembre 1923. En Granada, 27 de diciembre año del 1923

2ª. BerjaAlmería (Granada). *Rescripto* del Sr. Nuncio de S.S. en España,. 3 de febrero de 1930. Ejecutado por el Emmo. Sr. Cardenal Casanova y Marzol en Granada el 13 de febrero de 1930. Inaugurado solemnemente con misa pontifical por S.E.R. el 24 de septiembre de 1930.

3ª. *Portugal Lusitania*

Concedido el Rescripto de la fundación canónica en Braga pedida por el Excmo. Sr. Arzobispo Primar, el día 22 de diciembre de 1933.

Se inauguró la primera capilla (rúa de D. Pedro V, nº[79]) y casa (preventiva) el día 8 de diciembre de 1934 donde estuvieron reunidas haciendo su vida religiosa hasta que adquirieron una casa más amplia y capaz en Santa Tecla y se inauguró solemnemente la clausura por el

79 Deja blanco para poner el número.

Excmo. Sr. Arzobispo Primado, el día[80].

Habiendo comprado una casa en condiciones de clausura en la rúa de San Gonzalo, fue trasladada la comunidad con todas las condiciones canónicas hasta el día de la fecha, que la comunidad aumentada con buenas vocaciones es una de las comunidades más observantes y fervorosas de Braga. Hoy día 1 enero 1938.

4ª. Porto. Rescripto concedido en Roma. Día 23 de junio de 1936.

Esta fundación fue pedida para una casa en Peñafiel (Guillufa) que dejaban las Salesas que iban a Leria.

Por razones económicas no pudimos aceptar el bondadoso ofrecimiento de las Salesas, por las circunstancias de España, y tomamos una casa que la Sra. Vizcondesa de Pisqueira nos dio en la rúa do Rosario nº 31, que inauguramos el 15 de septiembre, con licencia del Sr. Obispo de Porto que nos dio bondadoso todos los ornamentos de la capilla y allí reducimos el personal hasta poder rescatar nuestras Religiosas de Berja con los rojos hasta el 31 de diciembre que llegaron a Granada las últimas, del 1937.

5ª. Orense España.

Siéndonos imposible prescindir de una casa en España, por consejo de nuestro padre confesor, Superior de PP. Franciscanos, fuimos a Orense, donde la Revolución no había llegado, y presentándonos al santo e Ilmo. Sr. Obispo, D. Florencio González, M. Trinidad, M. Teresa de Jesús y sor Inmaculada, nos recibió bondadosísimo, ofreciéndonos lo que tenía: el monasterio de San Esteban de Cid o el Palacio de “Sobrado del Obispo”, que aceptamos por parecernos más fácil de arreglo que San Esteban de Cid, antiguo monasterio de benedictinos, muy estimado del Sr. Obispo.

Hicimos las Preces para “Sobrado del Obispo”, que S. E. R. informó favorablemente y la Sagrada Congregación aprobó; el día 6 de febrero de 1936 se pidieron, y el 15 de febrero nos fueron aprobadas en Roma.

El Señor nos conceda amarle y servirle en espíritu y en verdad. Amén.

El 2 de noviembre de 1936 me fue concedido por la Sagrada Congregación ir a España a recoger las religiosas de Almería, que cogieron los rojos de nuestro convento de Berja, “*con facultades del Sumo Pontífice para hospedarse con su compañera en el monasterio de Chauchina* y permanecer en la clausura todo el tiempo necesario para el cumplimiento de la obra *que entiende emprender*”.

80 Deja blanco para poner la fecha.

¡Corazón Eucarístico de Jesús en vos confío! ¡Madre mía al pie de la cruz, *cuida de mí*... para que jamás me despegue de la cruz santísima de vuestro Hijo, y de vos, Madre mía socorrerme!

Apuntes de mis últimos ejercicios espirituales del 4 de agosto al 12. Año 1938.

Dirigidos a la comunidad por nuestro Veneradísimo R. P. Isacio Morán, jesuita español, en el colegio de Entre os Ríos. (Domo) Portugal.

En nuestra casa, Rua do Rosario 31, Porto. Capuchinas Eucarísticas de Madre de Dios.

Mi Oración diaria

¡Oh Jesús mío! Así como el agua se mezcla con el vino en el santo sacrificio de la misa, así quiero yo unirme con vos, Jesús mío amantísimo, y ofrecerme en holocausto con vos, víctima divina, a la Santísima Trinidad en reparación, expiación y desagravio por las ofensas, sacrilegios y abandonos que recibís en el Santísimo Sacramento del altar, y que todas las Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios sean vuestras adoradoras perpetuas en espíritu y en verdad, como os adoran en el cielo los ángeles. Amén.

¡Que yo desaparezca, Jesús mío, para que vos reinéis sólo en mí, mi Soberano, Señor y Dueño!... Amén.

L6 C25 (183)

Ruego a mi venerable y santo P. Morán se digne dejarme consejo en estas dudas que tengo en mi conciencia que me angustian tanto en ocasiones.

Como no sé escribir con orden y concierto las pondré como el Señor me inspire... No las verá nadie, mas que en mis retiros mensuales, como examen; y *sus respuestas o consejos será de luz y aliento en mis pruebas*.

¡Jesús mío, ayudarme! ¡Madre mía!...

Con respecto a mis deberes para con Dios, le diré el estado presente de mi alma:

Primero. Después de grandes contrariedades, en las cuales, ofrecidas al Señor dejan mucho que desear, llena de temores y angustias si cometía pecado y sin luces especiales para conocer el estado de mi alma, y en este estado de temor, malestar y desgana de la vida, me encuentro a nuestro Señor en un salmo..., en una antífona..., en una lección o en cualquier parte del oficio divino, que con muchísima frecuencia me sucedió en este mes tan amargo; ¡llevo dos

visitas *tan fuertes*!... que parece mi naturaleza no las resiste; quedo sin fuerzas y como si me faltara alientos para vivir.

El 1 de agosto, en el invitatorio de Nuestra Señora de los Ángeles, quedé sin sentido delante de la Santísima Virgen (en casa de doña Helena, en Lisboa, de 3 a 6 de la tarde, en el cuarto que dedicó para nosotras).

Aquel día no había sido tan fiel al Señor como en otras ocasiones. Me retiré sola a mi cuarto, la compañera quedó en el hospital de Jesús. Sentía la contrariedad de no poder ganar el jubileo de Porciúncula, no había confesado, hacía examen... y llena de dolor empecé a rezar vísperas, acordándome de la solemnidad de otros años en nuestros conventos.

Terminé vísperas y completas como las empecé, de rodillas delante de una imagen de la Virgen de Lourdes. ¡Madre mía, la miraba y pedía con mucho cariño!...

Como no esperaba salir más del cuarto y estaba cansada y enferma, pensé seguir rezando para levantarme temprano para confesarme.

Al empezar el invitatorio me encontré como si me trasladaran al cielo, y me pareció ver a la Santísima Virgen con su Hijo santísimo rodeada de innumerables bienaventurados, salvados por este jubileo que se repetían con los ángeles el invitatorio de maitines... y, como si entrase yo con ellos..., perdí el sentido y quedé tan abismada en aquel goce o deleite celestial, que no sabía qué pasaba en mí. Tres horas después entró la señora María Helena para cenar. Yo no acertaba, ¡un alma hermosísima! No comprendía qué me pasaba; ella procuró alentarme; me creía enferma (por la impresión o contrariedad de Sintra). Al contrario no me podía acomodar a tener que alternar y pedí me dejasen descansar, no me sentía bien del corazón.

Me duró 48 horas, entorpecida para todo. En el viaje y aquí me quedé seca... mis trabajos arreciaron tanto que vuestra reverencia fue testigo de mis caídas y miserias en la caridad, tantas faltas (invo-luntarias es un hábito), mis impaciencias tan fuertes...

¿Cómo después de un beneficio que no se puede comparar a nada de esta vida, cómo caigo en las mismas miserias...? ¿Será el demonio para engañarme?...

Algo parecido me hizo el Señor en Santiago, cuando comulgué y me vine creída que no se iría el Señor de mi alma jamás... y no me dejaría caer en tantas miserias... y ya ve vuestra reverencia... Anteanoche en la meditación de la oración del huerto, sentí las agonías de Jesús con tal intensidad..., sus palabras taladraron mi corazón seco y helado como una piedra... y tanto han conmovido mi corazón las meditaciones de estos dos días..., que no puedo ni hablar con vuestra reverencia de lo que siente mi alma. Parece que mi dulcísima Madre María Santísima me coge en su compañía y me da a sentir *su amor y su dolor*, como si dejase mi ser o se separase mi alma de este saco de miseria y viviese dentro del Corazón purísimo de mi Madre de los Dolores al pie de la cruz, y solo siento amor y dolor... y todo lo demás que pasa en mí lo veo o siento como en el prójimo; aquello mío, me parece no es, y sólo siento con una fuerza inexplicable aquello que

recibo sin procurarlo. *¡Amor que embriaga* y dolor de sus ofensas! ¡Cuántas veces lo deseo y pido con oración y penitencia, y Jesús parece no me oye!... Y cuando como ahora venía como de paso a escaparme para Orense, *él me detiene* sin que nadie me pudiera mover de aquí...

Por caridad, padre mío, ¿qué debo hacer en estas ocasiones, que se repiten ahora con más frecuencia, para no engañarme?... Su santo consejo será mi luz, ayuda en el camino, que encuentro tan difícil y sola... Y así aquel 12 de julio, en la capilla del Sagrado Corazón, de Santiago de Compostela, que me concedió el Señor el mayor favor y gracia del santo jubileo, cuando al recibir la sagrada Comunión en aquel amor y dolor de mis pecados, le pedía a Jesús divino, llena de fe, pues me parecía verlo realmente venir a mi alma como estuvo con sus Discípulos al partir el pan, toda fuera de mí, le pedía con *un ardor capaz de acabar conmigo* si él no me fortaleciera: "*¡Señor, quédate ya conmigo que acaba el día de mi vida y sin ti moriré!*... Y él, con un amor inexplicable me pareció concederme cuanto le pedí, y desde aquel día me parece es otra la vida que vivo, nada me separa de él, lo veo donde quiera que estoy, lo encuentro dentro y fuera de mí y me absorbe toda, y me parece me inutiliza para vivir aquí abajo su divina presencia.

Segundo. Para con mis hermanas del Consejo, ¿cómo he de habérmelas? Si yo veo delante de Dios lo contrario de lo que me proponen o sostiene la mayoría, ¿*cedo*, aunque sienta lo contrario?...

Este vencimiento de rendir mi juicio al de las otras... aunque me parezca no ser tan agradable al Señor como lo que yo creo me pide el Señor, ¿cumpliré lo que el Señor me pide?... ¡Temo tanto de mí!... que el juicio de las demás, si no concuerdan, ¿tendré que ceder... por temor de equivocarme... y entonces quedaré tranquila? Dígame vuestra reverencia por caridad.

Si yo creo que es Jesús amorosísimo el que me pide aquello... y mi natural se inclina más al parecer de todas que quede quieta en cualquier casa de las fundadas y no siga adelante, y cuando entro en oración y me coloco al pie de Jesús y de mi Madre dulcísima, que me piden víctimas de expiación y reparación en la adoración del Santísimo Sacramento... y yo me encuentro como paralítica y enferma al pie de la cruz y me parece que del Corazón de Jesús muerto, sale a mi alma una voz que me manda levantarme y andar con la camilla de mis miserias sobre mis hombros..., creo y siento una fuerza superior a lo que naturalmente siento... y emprendo el viaje... y paso por todos los abismos y montañas y llego hasta donde él me dice. *Basta*, y sin hacer nada creo he cumplido su adorable voluntad.

Tercero. Siendo la superiora, el tiempo que el Señor me tenga en su cruz..., ¿dónde debo fijar mi residencia?...

¿Cuántas veces le parece debo visitar las casas que me lo pidan? ¿Debo proponer las elecciones en cada casa... contra el parecer del P. D. Juan que no quiere elecciones, por el temor

se repita lo de Chauchina...)? ¿Debo pedirlas?

Yo he deseado mucho en estos santos ejercicios conocer la voluntad del Señor en la renuncia del cargo en definitivo. En Santiago me pareció ver cercano mi fin, y querría si es voluntad del Señor quedar un poquito libre de cargos preparando el viaje hacia la eternidad... No quiero en nada hacer mi voluntad, sino la de mi Señor y mi Dios a quien únicamente amo y deseo servir con toda mi alma en lo que él quiera de mi pobre alma.

En estos días hermosísimos de retiro, repito mis propósitos, y llevo al sagrario los corazones de todas mis monjas para que por ellas y por los sacrificios que ellas hacen por el Señor, me perdone, borre mis ingratitudes y me conceda amarle hasta morir, y que ya que imprimió en mi alma los dolores de su pasión santísima, muera y resucite con él para gozar de su amor eternamente en el cielo. *¡Su amor es mi vida! Él me sostiene* en el destierro, y me eleva a su corazón misericordiosísimo como Padre de misericordia y de amor. ¡Bendito sea eternamente! Amén.

L6 C25 (184-187)

DÍA DE NUESTRA GLORIOSÍSIMA MADRE SANTA CLARA

12 de agosto de 1938

¡Dios mío y Señor mío! Os amo, concederme amaros con tal intensidad que muera en un acto de amor, que purifique y consuma todas mis miserias...

Virgen Santísima, mi dulcísima Madre, concédeme la gracia de imitar vuestras virtudes con toda perfección... Deseo ardientemente *amar a Jesús* con la pureza y humildad que vos le amasteis!... ¡Os pido, Madre mía, *vivir con vos cada día, y a cada hora junto a Jesús!... En Belén*, junto al sagrario; en Nazaret, trabajando, imitando vuestro silencio y obediencia en el trabajo de cada día; en Egipto, de esclava vuestra, llevando a *mi Jesús*... en los trabajos, pobreza, *sed... y estrechándolo en mi corazón*, aceptar los incómodos y angustias de los viajes, pensando voy con vos a Egipto... mi dulce amor... En toda la vida de Jesús, os buscaré a vos para que me hagáis participar de vuestros trabajos y amor a mi Jesús. ¡Madre mía! En Jerusalén, en el Calvario y en el Sepulcro... *no me separaré de vos*... ¡Si vos, Madre mía Santísima, me conserváis en vuestra santa compañía, me salvaré! ¡Oh, *sí*!... Estoy segura, Madre mía llena de amor y misericordia, que por *vos* enseñada y conducida a Jesús, vuestro Hijo, no sería rechazada en mi juicio!... *¡Ha de ser terrible!*... ¡Por ser que es mi cuenta tan larga..., que si vuestro Corazón Inmaculado no se interpone..., temo condenarme!

¡Madre mía, *mi Madre*! En aquel momento decisivo, que sólo *vos seréis mi abogada*,

¡ruega por mí!

1º. ¡Madre Santísima! Concédeme un corazón manso y humilde como el de vuestro Hijo y el de vos...

2º. ¡Madre misericordiosísima! Que sacrifique mi honra, mi estimación, aun las luces y consuelos espirituales que busco para aliento y seguridad en mis pruebas..., si con esa privación de todo consuelo y ayuda puedo desagraviar el Corazón sacramentado de vuestro Hijo santísimo.

3º. Madre mía dulcísima, que por amor a vuestro Hijo santísimo me abrace con mis cruces alegremente, aunque sola y abandonada vea deshecho cuanto he trabajado por esta obra de vuestro amor, que como en la cruz *os encomiendo a vuestro* dulcísimo maternal Corazón y al de vuestro divino Hijo, y *hazme sentir*, como lo hacéis, el cuerpo llagado, ensangrentado y muerto de Jesús que estrecháis en vuestros brazos, cuando *colocáis su sagrada cabeza en mi corazón*... ¡Es el sepulcro frío de mi corazón que vos, Madre mía, caldeáis junto al divino Sacramento eucarístico, con vuestra divina mirada que llevo grabada en el alma!... Acepto la privación absoluta de todo humano consuelo por amor a vuestro Hijo víctima. Como víctima quiero vivir y morir, concediéndome el consuelo que disteis a vuestro divino Hijo: ¡Morir a vuestro lado amparada por vos, Madre mía! ¡Cuando perdida en mis trabajos y viajes... me vea sola defendiendo tu obra... *que te vea a vos, Madre mía, junto a mí*! *Os lo ruego*, Madre mía, cuando abrazada con mis cruces... cubierta de afrenta y escarnio siga los pasos de vuestro dulcísimo Hijo, ¡que vuestros ojos *dulcísimos me miren*!

¡Madre mía Santísima!... Que cuando llegue el momento de partir, abandonada de todos, que vos, Madre mía Santísima, recibáis mi última mirada, mi último aliento, *mi último latido de amor*...

Entonces, Madre mía, recoge a todas tus hijas bajo vuestro manto... ¡Acordaos nacieron junto a tu Corazón purísimo!, que vos sois la Madre y Maestra de tus hijas Capuchinas Eucarísticas. ¡Sois vos *la Madre, la Superiora y la* Maestra!... Cuidar de ellas todas y a presentarnos vos misma como cosa vuestra a Jesús vuestro Hijo y mi Señor Jesucristo. Amén. Vuestra esclava y sierva,

Sor Trinidad del C. de María.

L6 C25 (188-189)

¡Siempre esperé en vos Dios mío, y *confío* en vuestra misericordia y amor, que jamás seré confundida!

Orense, 15. Fiesta de nuestra soberana Reina y Madre amantísima de los Dolores.

¡Madre mía!... En todas las épocas de mi vida os encontré, y cuando oía una voz en mí: *"Haced aquello que es agradable a los ojos de nuestro Dios..."* Hace muchos años que oigo como una voz en lo más íntimo de mi alma, y siempre que buscaba de dónde venía a mí aquella fuerza sobrenatural y divina, que como una saeta entraba en mi alma y me despertaba, si andaba dormida, me encontré con vos, Madre mía dulcísima, que con la mirada de dolor y amor al pie de la cruz... y derretías mi corazón en amor y dolor como el vuestro, y me pedías almas sacrificadas por la penitencia y la muerte de sí mismas, que se ofreciesen a tu divino Hijo en el Santísimo Sacramento como hostias vivas en expiación y desagravio de los horribles odios y pecados del mundo, y con su amor atrajeran a la tierra la fe y amor a tu santísimo Hijo muerto en la cruz por las almas *elegidas*... de las cuales se queja amarguísimamente el Señor y por ellas nos pide reparación adoración y expiación.

Vos, mi dulcísima Madre María Santísima, que alentasteis mis temores, cuando a los primeros pasos del camino que me mostrasteis cuando la obediencia me mandó salir (a los 33 años de vida religiosa) por primera vez a fundar la casa de Chauchina..., vuestra promesa de ser mi Superiora, Maestra y Madre me suavizó el mayor sacrificio de mi vida, que era salir de mi amada y estrecha clausura a formar un nuevo convento de Capuchinas Eucarísticas víctimas, según el modelo que recibí del Corazón amorosísimo en la sagrada Eucaristía...

Vos, Madre mía amantísima, que conocéis mis penas y trabajos... y mi grandísima miseria y *ruindad, ¡apiadaos de mí!*, venga a mi corazón atribulado una mirada maternal y alentadora y ahora que el día de mi vida baja y declina hacia el horizonte sin fin de la eternidad... *¡Madre mía!*, no os pido que arranquéis de mi senda las espinas y llenéis de flores el término de mi camino: ¡No, Madre mía! *No*, mis pies están habituados a las asperezas del terreno, mi corazón se encariñó con la cruz desde que Jesús vuestro Hijo y Salvador mío me la dio por báculo en mi orfandad, y desde entonces, que empezó mi peregrinación y por herencia la elegí con todo el amor de mi alma, sólo ella puede asegurar mis últimos pasos, y apoyada en ella es como quiero terminar mi carrera en este mundo. Bajo vuestra mirada dulcísima y maternal quiero morir en ella junto a Jesús, vuestro Hijo, y que mi corazón participe de aquellas divinas palpitaciones del adorable Corazón de Jesús. Amén.

ORENSE. SEMANA SANTA

Sábado Santo, 8 abril 1939

El Señor trocó mis planes de hacer los santos ejercicios con la comunidad de Braga, y varios avisos recibidos de Orense, con los ánimos y consejos del R. P. Santiago que me decía debía estar ya en Almería. No sabía qué hacer.

Mi único recurso que siempre es la oración, ahora era mi tormento. Mis súplicas eran contestadas en lo más íntimo del alma: "Conviene a mi gloria las dejes solas en Braga, tu sacrificio en no hacerlos ahora les será a ellas de más provecho y ayuda". Y con el corazón torturado por una tristeza y angustias indescriptible acepté el cáliz, al sentir con la misma fuerza: "Haz el bien que puedas en Orense y consolida en definitivo aquella fundación furiosamente combatida por el demonio... y no te espanten ni arredren los grandes trabajos que te esperan... Se opondrán a ella los que tú esperas la mayor ayuda... No temas, en cambio yo estaré contigo hasta el fin". Confiada en sólo Jesús dulcísimo y su purísima Madre, [que] en unión al divino Maestro salió del Cenáculo para el Huerto, así salí de Porto, elevando mi corazón a su sagrado pecho abierto, y con la mirada en el cielo, repetía en el secreto de mi alma: "para que el mundo vea, creo y amo a mi Padre que está en los cielos y en el Santísimo Sacramento y quiero hacer su voluntad, y me levanto de aquí y voy contenta a Orense, donde el Señor me prepara el cáliz".

Y con estos sentimientos hicimos el viaje penosísimo en dos días. Me acompañaban dos religiosas fervorosísimas a quien ocultaba las inmensas amarguras de mi alma.

Y la noche en Redondela la pasé en la cruz. Nos dieron una sola cama para tres. Ellas me instaban me echase y ellas se quedarían en oración. Nos había llovido mucho, desde el tren de Tuy al fielato, y tantas peripecias sufrimos por amor de Dios, que las mandé echarse vestidas y quedaron completamente dormidas y yo quedé echada en el filo o palo de la cama sin abrigo. Ofrecí al Señor aquellos trabajos para que me concediera saberle ofrecer los que me esperaban. ¡Me sentía en la cruz!

Al llegar a Orense encontré la comunidad tan fervorosa y unidas todas que a una me decían: ¡Madre, el Señor nos quiere en Orense, no sufra! La casa que nos ofreció D. Diego en Santa María de Melias la dieron ya a otras religiosas que tienen casa en la Barrera.

Sentí el corazón contrariado y sobrecogido... Vino a mi alma la mirada dulcísima del divino Maestro, que me lo avisó con tanta misericordia, y fui en busca de consejo, pues me sentía con deseos de retirar de aquí las monjas, y, en efecto, el confesor ordinario me dijo como el "ad casum": "creo deben Vdes. marcharse de aquí y lo que han de hacer mañana háganlo hoy", etc.

Con el alma en agonía me vine al sagrario, y procurando ocultarme a las religiosas, que entusiasmadas esperaban mi venida para resolver, desahogué mi corazón en el pie del altar derramando abundantísimas lágrimas de dolor, viéndome tan sola y contrariada por los que creía

ayudarnos... Pasé unas horas de inmensa agonía, hasta que el buen Jesús desde el fondo del sagrario, me alentó muchísimo, y sólo quería que bebiese el cáliz. *¡Fiat!*

Y en un momento, como rayo de luz, inundó mi alma de consuelo cuando me pareció que el divino Corazón de Jesús recogiendo mis lágrimas, me decía: "¿Y tanto te cuesta beber mi cáliz que yo bebí por vuestro amor, y quieres ser mi víctima y acercarme muchas almas que me adoren, reparen y expíen tantos pecados y sacrilegios como recibo en mi Sacramento?" Y como si se hubieran disipado todas las angustias que oprimían mi alma todos aquellos días de pasión, y como si el divino Maestro inundara mi alma de luz y de paz, cobré alientos para trabajar sin descanso hasta dejar encerradas las monjas como Jesús quería, y sin más ayudas que la fe ciega en sus divinas promesas, con mis ojos fijos en el cielo, esperando contra toda esperanza, fueron a Sobrado las dos compañeras de viaje para tratar de tomar el Palacio enseguida. ¡Dios sea bendito!

¡Aleluya! Cristo ha resucitado para consuelo de las almas y gloria del Padre. ¡Aleluya!

Hoy 14, volvieron contentas y agradecidas al Señor, porque el buen párroco las recibió con suma benevolencia y les ofreció para todo su influencia y ayuda.

Hoy salieron para tratar en la Curia del documento formal de donación a la comunidad y empezar las obras, ¡sin una gorda! Sólo confiamos en Dios y su Madre Santísima.

L6 C15 (24-26)

¡Que yo desaparezca, Jesús mío,
para que vos reinéis sólo en mí!...

Orense, 26 de abril de 1939.

Llegué a esta casita del Puente el [...][81] de marzo para arreglar nuestro viaje para Berja y salir enseguida a ver si recogíamos nuestro amado convento y bendito santuario de nuestra Madre Santísima de Gádor a la [que] deseamos con nuestro amor y reparación, desagraviarle de tantas ofensas y sacrilegios cometidos contra su sagrada imagen y nuestro amor dulcísimo Jesús sacramentado.

De siempre encontré mis planes deshechos, *¡gracias a Dios!*, pues así me da gozo aquello de san Juan de la Cruz: "Si quieres llegar a poseer a Cristo jamás le busques sin la cruz... ¿Qué sabe el que por Cristo no sabe padecer? Cuando se trata de trabajos, cuantos mayores y más graves son, tanto mejor es la suerte del que los padece".

¡Cuántas veces experimentó mi alma la gran ganancia de esta doctrina!... y bendigo al Señor que desde muy pequeña me diese por padre espiritual y maestro a tan gran santo. Y a propósito recuerdo ahora, que después de mi primera Comunión el demonio me perseguía mucho, y mis travesuras y genio muy vivo. Mi madre me reprendía mucho, y me encargaba al salir de casa hiciera siempre la señal de la cruz para empezar o salir, y nunca me olvidé; y quedaba dormida haciendo por repetidas veces la señal de la cruz, persignándome con mucha devoción, porque advertía que si no la hacía, el demonio turbaba mi sueño con horribles fantasmas, que decía a mi madre, que procuraba no nos faltase el agua bendita y medallas de la Santísima Virgen y del Sagrado Corazón; porque me tiraba muchas veces de sitios altos como para matarme, y aquella cuaresma a mediados de abril hubo unas heladas tan fuertes que en los caños y fuentes quedaban las aguas heladas y se perdieron las cosechas y frutos.

Un día nos llevaba la criada a una casa de campo (donde todos nacimos) llamada "Casa Alta", pero después les pareció a mis padres mudarse a la plaza principal, para lo que compraron unas casas para poner un comercio a mi hermano mayor (que dejó la carrera eclesiástica y mi padre quería ocuparlo y estar a su vista por lo que todos fuimos allá). En aquella casa teníamos colonos muy queridos que echaban grandes lumbres y venían por nosotros para calentarnos, y mi padre nos mandaba con mucho gusto... y una pequeña de mi edad me convidó a ir con ella a ver unas figuras de hielos que había en la finca junto al camino. Me admiró tanto aquel poder de Dios de ver las aguas cuajadas en aquella enorme cascada que bajaba de una montaña que me

81 Deja espacio para poner la fecha.

entretuve tanto allí que quedé casi helada y no volví a ver a nadie más por allí. Decía mi padre que un hombre que pasaba por allí me vio casi muerta y avisó a la casa que me llevaron muy abrigada y el calor de aquella lumbre me hacía gemir hasta que con agua caliente me metían las manos y pies y al fin reaccioné. Nadie supo quién me llevó allí, los colonos no se dieron cuenta, la criada negaba que allí hubiese más niños que nosotras dos. Al fin decía mi madre, no me cabe duda que el demonio la tomó con ella y cualquier día nos da un disgusto que no tenga remedio.

Se desarrolló una pulmonía con dolor de costado que creyeron todos moría; y como mi madre estaba muy delicada y próxima, temieron todos la vida de mi madre peligrara si yo moría, (pues todos me querían tanto que parecía ser el ídolo de la familia), y al decir el médico moriría de un momento a otro ofrecieron, a san José hacerle los Siete Domingos toda la familia si me curaba, y una misa cantada a la sagrada Familia, y el Señor oyó la oración de aquellos venerables ancianos (mis abuelos), que oraban con una fe y amor de Dios y lo mismo toda la familia, especialmente mi primo ordenado ya de sacerdote (P. Hitos Jesuita) y que por su extremada delicadeza de conciencia no se atrevía a celebrar la santa misa sin hacerse religioso.

Y a él se le ocurrió la idea de los Siete Domingos con el fin de hacer confesar algunas personas que él deseaba acercarlos a los sacramentos. Él velaba de noche al lado de mi cama para darme las medicinas y que mi madre descansara, porque en él tenía tanta fe... En efecto, él me leía algunas historias de la Santísima Virgen, y del amor del Corazón de Jesús a los niños, y después me hablaba de la hermosura del cielo, y de lo que gozan los justos... Así ¡veía la muerte con unos encantos!, de [que] la Santísima Virgen me recibiría en sus brazos.

Después me alentaba mucho a que le ofreciese mi corazón todo entero, sin dar parte de mi amor a ninguna criatura, y para lo cual me dio una estampa del Niño Jesús, con una cruz, tendido sobre ella y tenía en sus manecita un corazón que lo estrechaba en sus bracitos con mucho cariño... y si entonces hubiese muerto... ¡Oh Jesús mío, vuestra misericordia fue tan grande, que al acercarme la Virgen del Perpetuo Socorro a mis labios para besarla aquel divino Niño, que tenía en sus brazos la milagrosa Virgen, me hirió el corazón con tal fuerza, con aquella lanza bendita, que parecía moría de dolor y de gozo... Momentos después volviendo de aquel deliquio de amor, (pues ya mi corazón sentía fuertes ímpetus de amor cuando mi madre nos hablaba de la pasión del Señor y de los dolores de su Santísima Madre al pie de la cruz, lloraba con un dolor tan intenso, que mi padre le prohibió me hablase de las penas de Jesús).

Me vi rodeada de toda la familia creyendo había muerto, y toda extrañada les preguntaba: ¿vieron lo que el Niño de la Virgen del Perpetuo Socorro me hizo para curarme?... Me dio con una punta que tenía el ángel y me dijo venía a curarme.

Todos alegremente oían aquella relación como si delirara de la fiebre altísima que tenía, pero el P. Hitos observó el termómetro y notó que la fiebre había desaparecido. Pero quedé tan débil... y aquel recuerdo del Niño de la Virgen me lo distraía, porque no podía con aquellas

avenidas de amor que su recuerdo me dejaba sin vida. Desde entonces no me dejó nunca, cuidaban de mí como si fuese mi padre y me decía: “No olvides Merceditas que la vida te la dio el Señor para que seas santa... y muy santa. ¡Me estremezco pensar el infierno que te espera! ¡Si vieras cómo pido por ti para que seas fiel al Señor!...” A los dos meses poco más, mi madre murió de la misma enfermedad en ocho días por encontrarse a los 30 días de nacer mi hermano, Jesús José y María.

Este golpe horrible hacía repetir a muchos, especialmente a mis abuelos: ¡Se conoce el Señor nos pedía víctimas y como tanto rezamos por la niña, el Señor se llevó a su madre!... ¡Qué dolor tan profundo amargó para siempre la felicidad y paz de la familia “*Levítica* de los Hitos Linares!”... Esta prueba fue seguida de otras, y aquella casa de Dios, en donde se observaban las leyes, como los primeros cristianos..., fueron desapareciendo todos, y ya había que mirar al cielo y repetir llenos de fe: ¡sólo en el cielo se gozará sin penas!

Pensaron mis abuela y padre en internarnos en un colegio, y al fin entramos en un colegio de clarisas, que abría entonces en Santa Inés de Granada. Y allí me esperaba el Señor para hacerme suya.

¡Oh, cuánto podría decir!, al verme la maestra, M. Clara Álvarez con las Obras de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa en mi baúl, que me dio a leer mi primo P. Hitos después de la enfermedad... Y venían las religiosas a oírme cantar con mucha devoción aquellas preciosas canciones de su "Noche obscura"... Con cuánto gusto las repetía. Y de estas ansias de amor se aprovechó el Señor para confiarnos a las pequeñas a una fervorosísima religiosa, sor María Rosa Robles, para que nos hiciera la meditación y preparación para la sagrada Comunión. Y cuánto bueno aprendí de aquella santa religiosa.

S. T.

L6 C15 (192-195)

PRIMER VIERNES DE MAYO DE 1939

¡Corazón de Jesús en vos confío!

"La obediencia vale más que los sacrificios", y ¡es tan dulce sacrificarse si ve a Jesús en sus superiores cuando mandan por obediencia, o sin mandato manifiestan su voluntad!... ¡Qué bueno es el Señor para con su pobre esclava!

El día que cumplí los 10 años de edad con mi hermanita de 8, a los seis meses de muerta mi santa madre, entramos en el convento de clarisas de Santa Inés para educarnos. ¡Qué dolor sentía mi corazón al separarme por primera vez de mi padre y abuelita, que tanto amaba!... Al despedirme de ellos, les dije: ¡*cuidado* que yo no quiero ser monja, que vengo a educarme para ayudar a mi papá, de aquí a dos años ya podré encargarme de la casa, papá no nos pongas madrastra!... Mi padre y abuela quedaron desconsolados, llorando y nosotras cogidas de la mano de aquellas santas religiosas que nos llenaron de atenciones y cariño, cuando yo toda enzurruñada no sabía corresponder aquellas delicadezas maternales mas que contestando con grosería: yo no quiero ser monja quiero educarme pronto para marcharme con mi papá.

Las monjas me dejaron como para no hacerme caso, y todas encantadas con mi hermanita que alegre como un ruiseñor, las tenía admiradas de su alegría y candor como un ángel. Ella, en cambio, quería ser monja aquella misma noche, pues llegamos a las 5 de la tarde el 28 de enero 1889. Nos hicieron cenar y yo caprichosa tomé sólo dos pasteles de los regalos, que llevábamos mucho dulce que es lo que más gustaba; la pequeña tomaba cuanto le daban, y se puso mala de madrugada... Cuánto sufría mi corazón, que todo me extrañaba... Al día siguiente nos llevaron al coro, y nos ofrecieron a la Santísima Virgen y al Niño de Belén. Ha, qué hermoso Niño vi en aquel pesebre bendito, le miraba con tanta atención que no me podía nadie arrancar de su lado, cautivó su hermosura mi corazón y mi alma. Decía a mi hermanita cuando estábamos solas: "Yo no podré irme sin este Niño celestial... Si papá lo comprara nos lo llevábamos, y si no lo quieren dar yo no me podré ir sin él... He sentido que el Niño robó mi corazón y yo no puedo vivir sin él... y como lo han subido tan alto no alcanzo, y yo quisiera me lo dejaran sólo para llenarlo de besos y abrazarlo... ¿Y tú no viste que movía los ojos y parecía se sonreía como queriendo le tomásemos en brazos?" Y ella con su natural gracejo me contestó: "Yo vi que era muy rico, pero al besarle el pie vi que era de barro..." Me dio una pena... que me quería reprimir las lágrimas. Yo al besarlo sentía la blandura y calor de un Niño hermosísimo que tanto me robó el amor de mi corazón.

A la M. Maestra le hablaba del Niño, de su hermosura, de lo que gustaría tenerle un ratico en mis brazos... Ella me oía con atención y me decía: "El Niño Jesús vendrá a tus brazos cuando quieras ser su esposa, pero ahora que quieres irte con tu papá, ¿cómo vas tú a merecer mecerlo

y besarlo y después te marchas...?" ¡Oh, no, madre mía, que si beso a ese Niño yo seré lo que él quiera, o su esposa, o su niñera... y la maestra me seguía el hilo y me decía: "Tienes que pedírselo a su Madre Santísima, la Virgen Santísima, y no sé que le parecerá". Y cogiéndome de la mano, me dijo: "Ven conmigo". Y me llevó al coro y me puso de rodillas delante de la Santísima Virgen, y me dijo: "Ahora pídeselo tú con mucha fe y fervor". Y me dejó mientras ella me alcanzó el Niño de la capillita, y me lo trajo diciéndome: "Toma, hija mía, el divino Niño que me da la Virgen para que lo beses"... Oh, entonces qué feliz me encontraba con él en mis brazos, le *estrechaba*..., le besaba y me ofrecí a él para siempre. Entonces sentí fuerzas para sacrificarle mi papá, mis hermanitos pequeños, mi abuela, ya no quería volver al mundo, entonces me sentí consagrada a él para siempre. Fue el 2 de febrero del mismo año... Después Jesús me regaló. Dios sea bendito. Amén.

S. T.

L6 C15 (196-197)

Recuerdo de mi entrada en Sobrado del Obispo - Palacio

2 de mayo de 1939

El 30 de abril, toda agobiada de trabajos en noche oscura y llena de temores de muerte, acerquéme al sagrario mucho, mucho, y como el ciego de Jericó pedía con toda humildad ¡Señor que vea!... un rayito de luz para conocer tu santísima voluntad. Solo deseo conocerla y cumplirla fielmente hasta la muerte... 15 ó 20 minutos permanecí con la frente apoyada sobre el ara del altar ¿Qué haré Dios mío con esta casa de Orense que no se sostiene ni puede continuar sin clausura. La Santísima Virgen, mi dulce madre, cuyo mes empieza mañana sea mi abogada y para su obsequio en este mes que empieza mañana haré los propósitos siguientes: desecho todo pensamiento o todo sentimiento de amar quien contra nuestros superiores cuando nos reprenden o amonestan por querer mantener con sabia firmeza de observancia regular y castigan nuestras faltas para sostener la disciplina religiosa: cuando nos advierten nuestros defectos o se oponen con energía a las primeras exigencias de nuestras inclinaciones desordenadas, y agradecidos mostrémonos agradecidas a nuestros superiores verdaderamente caritativos y corregirnos, y roguemos por ellos. Concédeme Señor imitemos la humildad y mansedumbre del dulcísimo Jesús ante los Pontífices y a su vista nada nos parecerá difícil por su gloria y para probarle nuestro amor llevando con gusto nuestra cruz a ejemplo suyo, y cuando nos veamos humillados repetir aquello del santo Rey David: Bueno es para mí que me hayáis humillado. Y mirar las penas como fruto de la cruz de mi Señor... ¡Oh cruz bendita! ¡En ti está mi salvación y mi vida! ¡Tú eres el tálamo nupcial de mi dilectísimo Esposo! En tu cruz bendita le encontré atado a mi corazón con lazos dulcísimos de amor. En ti celebramos las citas de amor, y en ti nos juramos fidelidad y amor eterno. Tú fuiste el asilo y coraza contra mis enemigos... Tú mi báculo y fortaleza para caminar por pendientes desconocidas sin temor a las asechanzas de mis enemigos. En ti hallé la alegría del espíritu, la perfección de las virtudes y el colmo de la santidad y la cátedra de la verdadera ciencia. En ti encontré la abundancia de las consolaciones del cielo, pues en ti encuentro siempre el dulcísimo fruto que sostiene mis flaquezas y da vida a mi alma!... Clavadme Señor contigo y alimenta mi corazón sediento de vos, Dios mío, de sus frutos amargos a la naturaleza como dulcísimos a mi alma. Y en esta comunicación y entrega sentí inflamarse mi corazón y como una voz dulcísima y maternal que me decía: “Vete al Palacio de Sobrado con fe y límpiame tú aquella casa que muchas almas te seguirán fervorosas, y allí mi corazón hallará el consuelo y descanso que tanto necesito”. Lo prometí al Señor y tal como me fue ordenado del Señor lo hice. Bendita sea su misericordia.

S. Trinidad

* * *

+

J.M.J.

Domingo del Espíritu Santo, en mayo de 1939

Berja. Granada

“Mi vivir es Cristo y mi morir ganancia”

Muy Rvdas. Madres del Consejo y Superioras, Vicarias y todas mis religiosas, presentes y futuras, de nuestra amada Congregación de Clarisas Capuchinas de la Santísima Eucaristía y Madre de Dios.

A mis amadas madres y hermanas carísimas en nuestro Señor Jesucristo, vida de nuestras almas y nuestra Inmaculada Madre María Santísima.

En esta hermosa fiesta del Espíritu Santo ha querido la amorosísima providencia de Jesucristo entremos en este santuario vacío sin la Reina y Madre María Santísima de Gádor, que el año 30 cobijó bajo su maternal manto aquellas palomitas eucarísticas que ella escogió con tanto amor, del palomarcito de sus dolores santísimos de Chauchina. ¡Oh Madre mía dulcísima y celestial!, ¿quién había de decirme que aquella súplica diaria que os hacía, arrodillada y llena de fe y amor, antes de recogerme todas las noches bajaba la escalera cuando todas dormían y *allí, Madre adorada de mi alma*, tú me enseñabas a pedirte amor sacrificado a tu Hijo Jesús, ofreciéndome a ser tuya, a esconderme en sus sagradas Llagas y a buscar en la cruz, junto a vuestro Corazón Inmaculado, las luces y enseñanzas de las víctimas de reparación y amor que me pedíais tantos años... Vuestro divino Hijo y vos, Madre mía amantísima, al salir de aquel desierto de penitencia que vos escogisteis, y como vuestro, mi corazón se deleitaba en amores junto a vos, mi dulcísima Madre, queriéndoos consolar y morir a los pies de aquella milagrosa imagen vuestra, que tan especialísimas gracias derramasteis en mi alma, librándome del demonio que quería llevarme al abismo... y vuestra imagen dolorosísima se interpuso, destrozó los ardides del infierno y cubriéndome con tu manto divino me ocultaste... que pasando el demonio por mi lado no me tocó, librándome milagrosamente de muerte segura. ¡Oh Madre mía Inmaculada, *sois mi* Madre! y con esta confianza salí confiada en la obediencia... y aquel *arranque tan fuerte*, me hizo merecer me recibiese Jesús por su pequeña víctima, *que le llevase almas generosas*, que se entregasen al sacrificio que me pedía Jesús y que no conocía, me pedía mi ilusión de toda la vida, ¡mi amada clausura!, que me libraba del mundo y sus peligros, para entregarme a la vida *de unión íntima con Jesús dulcísimo* a quien sentía abrasarme de amor por él, y no conocía camino más corto y seguro que el retiro del mundo, en una estrecha clausura, ¡Dios y mi alma, a solas con Jesús dulcísimo

gozaré en la tierra las delicias del cielo!... aunque me faltase el alimento, la compañía de quien más amaba, la salud y la vida... gozaré a solas con Jesús Sacramentado en aquella tribuna (que perforé) para vivir cerca y hacerle compañía hasta morir!... Repetía aquel Salmo 144: "Memoriam suavitatis tuae eructabunt"...

Ahora, después de 15 años de trabajos y grandes luchas, el Señor nos mostró que sacrificásemos los entusiasmos de aquella vida soñada con tanta ilusión (desde la niñez...) para inmolarnos como verdaderas víctimas en salvarle muchas almas llevando el fuego de la fe y amor de Dios a las almas de los niños... acercándolas a Dios por la adoración y la penitencia de buscar en los niños pobres abandonados, no el lucro de las pensiones... ni el brillo de grandes colegios... ni otra ciencia que la caridad de Cristo y del prójimo... La primera vez que recibí *esta ley de los labios de Jesucristo*, al lado de una agonizante que moría santamente, pero sin consuelo alguno, se quejaba al Señor diciéndole: "Después de 50 años de penitencia, ¿me abandonáis así Señor?..." Y llena de temores de muerte vine a vuestros pies llorando sin consuelo, os decía: ¡Madre mía, si esta monja que le llaman san Pedro Alcántara de penitente es tratada así con este rigor, sin consuelo alguno, ¿qué haréis conmigo que a los 20 años (no cumplidos) me hallo perezosa y fría en la penitencia? *¡Os amo!*, pero no sé sacrificarme... Entonces me pareció asistir aquel juicio rigurosísimo al pedirle cuentas de la obediencia... dejó caer aquel peso... que la Madre de misericordia intercedió por ella y se salvó... pero, ¡qué apuros pasó aquella penitente religiosa! y ¡cómo Jesús la reprochaba aquellas penitencias hechas por propia inclinación, sin negar su voluntad y su juicio! Cuánto más se agrada de un alma obediente, que se entrega enteramente a Dios, obedeciendo ¡que las que por propia voluntad se martirizan!... ¡Oh Jesús dulcísimo, cuánto aprendí en aquel Juicio! ¿Que hubiera presenciado tantas almas que cifran la santidad en una penitencia rutinaria, teniendo las superioras que ceder, por no turbar sus ansias de martirizarse rutinariamente como si allí estuviese vinculada la santidad, y no importándoles los demás puntos de Reglas y Constituciones, con tal de cumplir su voluntad, hechas con el mejor deseo, pero tan equivocadas... Cuánto me sirvió aquel juicio en el segundo año de mi vida religiosa. ¡Oh Señor mío, qué juicio aquel *tan tremendo*! en alma toda espiritual y sacrificada, pero flaqueó en la obediencia y Jesús dulcísimo Esposo de aquella tan pura... la sometió a un examen rigurosísimo que estuve enferma muchos meses y la Rvda. M. Abadesa me prohibió asistiese a otras ancianas que murieron en mi trienio de enfermera.

No merecía aquella consolación de ver morir a una religiosa que deja hermosísimas enseñanzas. Después de 10 años (abadesa ya) asistí a las que morían y cuánto podría escribir de aquellas santas religiosas que me consolaron tanto y dieron luces hermosísimas para seguir el camino de mi misión en la tierra. No dejaré de hablaros en otra, de las enseñanzas que el Señor me dio en los largos años de mi vida religiosa. Ahora quiero terminar esta carta con el fin

que la empecé. ¡Oh si Dios nuestro Señor quisiera que todas supiésemos entender cómo el Señor se dignó manifestar a su indigna sierva la misión que el Señor nos confió en los niños pobres y abandonados, sin apartarnos de la vida de oración y contemplación que en la adoración perpetua al Santísimo Sacramento quería; y estas luces las pedía al Señor cuando en la lectura espiritual encontré este mismo sentir de Dios en mi alma, expresado por san Gregorio sobre aquellas del santo Job (38 y 35) "¿Por ventura enviarás tú los rayos y ellos irán y, volviéndose a ti te dirán, aquí estamos?". Y el santo, sobre estas palabras, dice a los misioneros y predicadores, lo que yo querría aplicásemos a nosotras: "Son enviados y van cuando de los secretos de la contemplación se derraman y extienden por la anchura de la vida activa, y después de las obras exteriores de vida activa, que nos señala la obediencia, se recogen al abrigo de la contemplación, para rehacer allí la llama de su ardor y encenderse con la presencia de aquella soberana caridad. Porque muy presto se enfrían estos rayos entre las ocupaciones de afuera, aunque sean buenas, si no tuviesen cuidado de volverse al punto al calor de la contemplación que está encendido allá dentro en la oración. Porque si con gran cuidado no volviesen luego a contemplar en Dios, la misma sequedad interior de su espíritu secaría sin duda y haría estériles las palabras exteriores". Y cuando los santos afirman: "Hay ciertas obras de vida activa, como es enseñar y predicar, que proceden y se derivan de la plenitud de la contemplación". Y lo cierto es que ninguna cosa les da mayor entrada y autoridad con los hombres que el estar persuadidos que son hombres de oración y familiaridad con Dios. Así resumen los grandes santos "que el trato con los prójimos para llevarlos a Dios, tiene su tasa cuanto pide la necesidad y utilidad de ellos, conforme a la medida que pone la discreta caridad y humilde obediencia; pero el trato de Dios se mira como fin porque si las que se dedican a la vida activa no dedicasen parte de su tiempo al recogimiento y oración, avivando en la oración su unión con Dios, la misma sequedad interior de su espíritu secaría sin duda y haría estériles sus consejos y enseñanzas, por quien desea enseñar y dar luz de la fe a las almas... ¿Cómo lo podrá hacer si no tiene encendida su candela?... Y nuestro gloriosísimo san Buenaventura nos dice en sus libros de oro: "Una de las principales causas de haberse destruido las religiones es la demasía de ocupaciones exteriores que distraen el corazón y apagan el calor de la devoción".

¡Oh Jesús dulcísimo!... Y aquí encuentro, mis amadas madres y hermanas del alma, mis grandes temores en la vida mixta o de apostolado que nos pide el Señor, con cierta moderación, sin que nos absorba tanto el celo de la vida activa, que abandonemos el fin principal de nuestras sagradas Constituciones que es, aspirar a la perfección de nuestros santos votos por medio de la observancia de nuestra santa Regla y Constituciones en la adoración del Santísmo Sacramento en la que nos ofrecemos víctimas de amor y reparación de las injurias que tan frecuentemente se infieren a Jesucristo en la sagrada Eucaristía. Y aquí os

doy la explicación de lo que creo me pidió Dios nuestro Señor: *Este espíritu de sacrificio y de víctima* para suplir las primitivas abstinencias y ayunos con el de la obediencia, abnegación y humildad; tenéis explicado el espíritu *de víctima, que sacrificando* los deseos más íntimos del alma por la gloria de Dios en la salvación de las almas, le damos los *dos brazos y los dos pies*, que él *nos dio*; en la entrega que hicimos, en el momento sublime de nuestra consagración a Dios, *inmolamos nuestra voluntad en la suya, por la obediencia; nos ofrecimos al sacrificio voluntario* de todo nuestro ser entero, *por amor a Dios nuestro Señor en el Calvario y en la Eucaristía y él nos dio en su Madre Santísima la Madre y Maestra* que nos enseñará el camino de Jesús dulcísimo... y en su Corazón Inmaculado, el viril donde quería ser adorado de sus pequeñas víctima *en espíritu y en verdad*.

Esto que os escribo, carísimas madres y hermanas en Jesucristo, lo aprendí en Asís... en aquellas tres horas que estuve delante de su sagrado Cuerpo, al pie del altar mayor y del sagrario... Se veía la cripta de nuestra santa Madre, a quien pedía con *muchas lágrimas* no me dejase salir de su iglesia sin que me hiciese sentir ¿qué haría ella si viviese en aquellos momentos en que tenía que decidir? para la aprobación de nuestra nueva transformación de vida: *Orden, como la que vivíamos, o Congregación con el nuevo régimen y vida mixta*, que nos aconsejaban en Roma (en noviembre del año 1935), después de 15 días de estancia en la Ciudad Eterna, *en oración y consultas* con padres y obispos que me aconsejaban y animaban a recibir lo que me facilitaba la aprobación tan deseada de la santa Iglesia.

El R. P. Esteban Marcos, O. M. (nuestro protector), me mandó ir Asís, antes de volverme a España.

Allí fuimos... Enferma, y llena de dolores quedé tres horas orando con fe, amor y entrega total. A sus pies puse el proyecto de las nuevas Constituciones, que por mandato del Emmo. Sr. Cardenal Casanova y Marzol, Arzobispo de Granada, escribí, y le decía: ¡Madre mía! si aprobáis vos esta transformación de vida, alcanzarme del Corazón divino de Jesús Sacramentado que la santa Iglesia nos apruebe y bendiga, y si no es voluntad de nuestro Señor y del santo padre san Francisco y vuestra este cambio de vida, *déjame* aquí morir sepultada a tus pies, antes que pueda separarme, y conmigo vuestras hijas presentes y futuras, de vuestro espíritu de penitencia, humildad y pobreza que nos dejasteis en vuestra Regla. Y como un rayo de luz sentí que, levantándose del féretro o urna que contenía las reliquias de su sagrado cuerpo, *me abrazó* felicitándome, dijo: “Bebiste el espíritu en nuestro colegio, formando en tu corazón de niña en el amor que al Seráfico Padre le consumía ¡El Amor no es amado!, y el Espíritu Santo desarrolló en tu alma los dos amores, ideales que hasta ahora no vieron en los siglos pasados *amor, adoración y reparación a Jesús Sacramentado*, y repartir ese Pan divino Eucarístico a los niños pobres que mueren de hambre, porque teniendo un alma, sin alimento espiritual mueren en la indigencia; alimentar las almas de los desvalidos,

enfermos de alma, con el Pan de los ángeles, lavando sus miserias con los Sacramentos y la Doctrina cristiana, para que el mundo no perezca en la incredulidad y en el paganismo; no perdéis nada, ganaréis en el cielo la palma y corona de los apóstoles y misioneros".

¿*Qué sentí*? Salí de allí toda cambiada: curó el dolor que me tenía agobiada y no podía andar, y el alma fortalecida con la gracia que el Señor acababa de hacerme; bajaba del santuario acompañada de la M. Secretaria, sor Teresa de Jesús, que me preguntaba ¿qué le ha dicho la santa Madre? *¡Mucho*!, le dije; no podía hablar. Ni en Roma sentimos a Dios nuestro Señor hablarnos tan claro como en Asís.

Sor Trinidad del C. María

L7 C32 (105-112)

En mi última hora, o sea cuando Jesús dulcísimo se digna visitarme en mis últimos años, que los médicos me avisan la proximidad de mi muerte:

Como Jesús, Padre amantísimo, oye benigno las plegarias que por mí hacen las buenas y fieles hijas, se rinde a sus ruegos y me concede seguir con él en el destierro, para purificarme más de mis muchos pecados y hacerme digna de aquella deseada y eterna unión que espero con aquel Esposo divino, a quien amo ardientemente con toda mi alma en la tierra.

Sor Trinidad del P. C. M.

L7 C32 (113)

Lisboa, día 26V38. *(Por el contenido de la carta no puede ser de 1938*)

Vinimos a ver un colegio en Coruche que nos ofreció el Sr. Arzobispo de Évora que se encontraba en Lisboa. Nos hospedamos en el hospital de San Luis, francesas de San Vicete. Allí fuimos atendidas por las hermanas de él; y por las señoras que allí se curaban. La Sra. Dña. Luisa de Coladinho, que estaba al cuidado de su hermana enferma, nos visitó y con gran empeño nos rogó nos encargásemos de una escola de raparigas que no conocían a Dios. Yo le hablé que las religiosas del Servicio Doméstico tenían esa misión. Ella insistió con gran empeño, y yo le dije: nosotras éramos de clausura, etc., que lo consultaría y le contestaría pasados unos días. En efecto, consultamos con el P. Teófilo, P. Juan Tindades, franciscano, y el P. Casimiro, jesuita. Todos nos aconsejaron tomásemos aquella obra por el bien de aquellas almas, unos meses y después se vería lo que Dios quería.

Nos llevó la señora a Sintra, nos acompañó el P. Teófilo y a todos gustó y aconsejaron probásemos para gloria de Dios una vez que la Sra. María Luisa parecía ofrecernos en octubre, que quería despedir aquel personal, quedásemos nosotras con aquella escola si en estos tres meses veían llenar sus deseos. Al terminar los 3 meses en Sintra, comprendimos que aquella vida no la podíamos unir a la nuestra, y no habiéndonos comprometido mas que por 3 meses, nos despedimos volviendo a Braga, de donde salieron el 30 de septiembre de 1938.

En enero de 1939 tomamos la casa rúa Cinco de Octubre, 200, que se emplearon en obra todo el mes y parte de febrero, y deseamos abrazarnos con nuestra vida de clausura y recogimiento.

L7 C27 (21)

Comentarios sobre el principio y fin de nuestras fundaciones

Granada, 31 de mayo. Convento de Sancti Espiritus, año de 1939

En el año 1920[82] el Excmo. Sr. Arzobispo de Granada, D. Vicente Casanova y Marzol, al entrar en Granada visitó el convento de capuchinas de Jesús María; y por su antigüedad, color de hábito y extrema pobreza... llamó a la abadesa diciéndola que había que reformar aquella casa, que no estaba conforme con el espíritu de la Iglesia... "¿Si sois capuchinas, por qué no vestís el hábito marrón y os sometéis a las leyes de la Iglesia?"

La Abadesa manifestó, que el espíritu de la comunidad era bueno y ferviente; pero no quería cambios ni innovaciones; mucho el número (cuarenta) y la mayoría ancianas; le dijo la Abadesa y le rogó no tocase a reformas, que varios intentos habían fracasado; le estremecía turbase la paz sin conseguirlo. "No tema usted tanto a que se turben, la que se resista y oponga la echamos fuera", contestó el Prelado, y se marchó. Dándonos su bendición me dijo: "V. ayúdeme, y vamos a hacer unas capuchinas nuevas con la adoración al Santísimo Sacramento que V. desea, según tengo entendido de usted en varias cartas recibidas en Almería".

Se pensó exponer por escrito a S. E. R. sus razones y de acuerdo con el Consejo, manifestaron en un Oficio que firmaron las madres del Consejo rogándole, no amargase la vida a las pobres ancianas tantos años sirviendo al Señor con el mejor deseos y buen espíritu, etc.

Pasados unos meses, volvió S. E. R. y me llamó al locutorio y me dijo: "Voy a darles a Vds. una ermita muy devota de la Virgen de los Dolores que los devotos llevan mucha cera y les ayudará para tener la Exposición mayor, que V. desea, y será ciertamente vuestra vida de reparación y amor a Jesús Sacramentado. Pero aquí no haga V. nada, los conventos antiguos es mejor dejarlos que sigan sus caprichos, en moldes viejos no haga V. nada que perdería V. el tiempo. Yo ayudaré a V. para que haga unas capuchinas de vida eucarística con el espíritu de la Iglesia en estos tiempos en que la salud no permite los rigores que llevan. ¿Prefieren Vds. que en vez de conventos sean hospitales? Sigan. Si quieren una Congregación Pontificia que la santa Iglesia bendiga y apruebe, hágame unas Constituciones como Dios la inspire y me las manda V. que yo las estudie, yo pediré la aprobación (si sus frailes no lo estropean) y vamos a llenar de religiosas eucarísticas que en abnegación, obediencia y sumisión, aventaje a las antiguas, que no dejan sus alcayatas..."

La Abadesa le dijo que el Sr. Meseguer y Costa (su predecesor) le pidió escribiese unas Adiciones que se unirían a las nuevas leyes del Código: por indicación y ruego que le hizo el

82 La fecha de nombramiento es 7-03-1921.

Ilmo. P. Francisco de Orihuela, obispo de Santa Marta (América) en la visita que nos hizo el año 14, que celebró de Pontifical el 17 de septiembre y tenía hecho esta misma indicación a la Abadesa (que suscribe...) y que desistió en vista de la oposición de la comunidad que estaban encariñadas con sus austeridades y modo de vida, muy piadosa por cierto.

Enviadas las Adiciones al Sr. Obispo D. Vicente Casanova y Marzol, vino de nuevo, y dijo a la Abadesa "Estas serán vuestras Constituciones que yo mismo llevaré al Papa. Quedo con ellas, para consultarlas, escriba V. otras y me las envía".

La Abadesa no dejó copia, y con el capellán, D. Víctor Ruiz Casas, le mandó a pedir el original que no quiso dárselo, insistiendo escribiese otras. El apuro de la pobre Abadesa fue muy grande por no saber si escribiría conforme a las primeras, y consultándolo al confesor de la Comunidad, D. José María Reyes García, le aprobó hiciese los santos ejercicios de 10 días para pedir las luces del Espíritu Santo y durante ellos escribiese con paz lo que el Señor le inspirase en las meditaciones u oración, que consagró los diez días, dirigidos por el Sr. Reyes (por encontrarse ausente de vacaciones el director espiritual D. Juan Cuenca). No contaba con medios humanos, y pidió a D. José Alonso nos comprase el terreno, que lo hizo con devoción.

Terminados los santos ejercicios el 8 de septiembre del año 1922, se presentó el Sr. Arzobispo al locutorio, llamó sola a la M. Abadesa que le entregó las segundas Constituciones (adiciones) y después de darle cuenta de conciencia, dijo: "Haga V. las Preces para la fundación de Chauchina y no lleve V. viejas, sino jóvenes, de mejor espíritu".

Hicieron las Preces pidiendo siete religiosas para la ermita de la Virgen del Pincho, y las envió a Roma, y empezaron las obras del convento con 25 mil pesetas, que dio la condesa de Padúl, y la promesa que le dio doña Juana Vargas y su marido de entregarle al Sr. Arzobispo (ya Cardenal de la S. I. R.) el convento hecho de nueva planta para casa noviciado, como lo hizo y entregó a S. E. R. el día del Viernes Santo para que entrásemos en el nuevo convento el Sábado de Gloria, 11 de abril del año 1925, con la aprobación de la Santa Sede, como consta en dos rescriptos que se conservan en el archivo de la Comunidad.

L8 C34 (11-13)

1ª Parte

Historia y origen de nuestro Instituto de religiosas Clarisas Capuchinas de la Santísima Eucaristía y Madre de Dios

El 11 de abril del 1925, a las cuatro de la tarde, salieron del convento de religiosas capuchinas de Jesús María once religiosas y dos novicias, con el decreto y permiso de la Sagrada Congregación de O. y R.

El Emmo. Sr. Cardenal D. Vicente Casanova y Marzol, arzobispo de Granada esperaba en el nuevo convento con su Secretario D. Juan Morell, canónigo (después obispo de Jaca). D. Ricardo Pérez Reche y sus familiares esperaban con entusiasmo la llegada de las religiosas para bendecir el nuevo convento y ponernos la clausura, como en efecto lo hizo varias horas después, que hicieron salir las innumerables personas del pueblo que invadían el convento entusiasmadas a la llegada de las religiosas desde Santa Fe que nos aclamaban con cánticos y pañuelos, nos manifestaron manifestación de cariño y entusiasmo.

El Sr. Párroco D. Antonio Vargas García les preparó un café con un espléndido regalo de galletas y jamón, y el Sr. Cardenal dio encargo a D. Ricardo Pérez nos llenase la despensa de lo necesario para tres meses, que D. Ricardo de su cuenta aumentó para un año.

El Señor bendijo plenamente la fundación, de las que después de gozar cinco años en aquella casita de tantas fatigas y penas, al llegar al convento, Jesús Dulcísimo abrió su amorosísimo Corazón y nos cubrió a todas de sus gracias y amor, para después asegurarnos su voluntad santísima en aquellos primeros pasos de gloria, bebiésemos con Jesús el cáliz de su Pasión santísima *con fe y amor hasta morir*.

L8 C34 (14-15)

2ª Parte

El fin de esta nueva fundación llamada por la Sede Apostólica Clarisas Capuchinas de la Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios, aprobada por el Emmo. Sr. Cardenal Casanova y Marzol desde el año 1920, y por dos decretos de la Sagrada Congregación de O. y R.

El Emmo. y Rvdmo. Cardenal Casanova, Arzobispo de Granada, en virtud de las facultades recibidas por Su Santidad el Papa Pío XI, nos autorizó para hacer una casa noviciado en Chauchina para la formación de una nueva congregación pontificia de religiosas eucarísticas con Superiora general. y noviciado común que pudiesen dedicarse a la educación

de niñas pobres (en los pueblos necesitados) de instrucción católica, doctrina cristiana y labores, para formar hogares verdaderamente cristianos, que debía ser hoy impuesto a todas las órdenes, y bajo ese consejo fuimos a Chauchina por voluntad del Señor, que la Abadesa aceptó como prueba venida del Señor, y desde aquel día se entregó a la obediencia del Prelado, *uniéndose* al Corazón sacratísimo de Jesús. Salió de aquel monasterio meditando aquellas palabras de nuestro Señor: "Para que todo el mundo vea amo a mi Padre, levantaos y vamos..."

Y con esta humilde aceptación, se ofreció en holocausto con las que voluntariamente pidieron seguirle aquel Sábado Santo, acompañando a nuestra madre María Santísima en su soledad, le pedíamos que ella nos llevase a su santuario a recibirlo Sacramentado: "Haec dies quam fecit Dominus".

Empezado el domingo 12 de abril la observancia (de las futuras Constituciones con el nombre de Manual o Costumbrero) que bendecidas por el Emmo. Prelado y con el Santísimo Sacramento, nos parecía el paraíso antesala del cielo.

La M. Abadesa repitió sus exhortaciones, que particularmente les explicó muchas veces antes de salir: que midieran sus fuerzas y pensaran íbamos a la fundación para una vida enteramente nueva, que si no se sentían con disposiciones de abrazar una vida de mayores sacrificios y abnegación, no salieran de allí, donde tenían ya marcada su vida... que nosotras empezábamos ahora con la adoración perpetua a Jesús Sacramentado, pero el fin de nuestra fundación no solo se concretaba a la santificación mediante los santos votos con perfección, consagrándonos a la adoración perpetua del Santísimo Sacramento, dedicándonos con todo el celo y amor a atraerle muchas almas que le adoren y cogiendo las niñas pobre y abandonadas, formarlas en la doctrina cristiana educarlas piadosamente para que lleven la fe y amor a Jesucristo a sus hogares.

Entregándose a la obediencia sin excusas ni razones, dispuestas a vivir en cualquier parte del mundo donde nos destine la obediencia: con el único fin de salvar las almas y acercarlas al Corazón divino de Jesús en la Eucaristía, estando indiferentes a todos los lugares y ocupaciones que nos destine la obediencia; incluso a misiones.

L8 C34 (15-16)

3er Artículo
Sobre el ingreso en la Congregación

El fin secundario de esta Congregación de adoradoras de la santísima Eucaristía es procurar también intensamente ayudar a la salvación y santificación de las doncellas y niñas pobres. Con la gracia de Dios deben formar una escuelita apostólica en aquellas casas que la

Superiora y Consejo designe, escogiendo de las que lo soliciten aquellas niñas de diez a trece años, de familias cristianas, verdaderamente piadosas e inclinadas a la oración, y al estudio de profesoras, de música, de labores, de corte, etc., y también de lenguas, de las cuales se tendrá especial cuidado de sus inclinaciones, y según ellas se prepararán al aspirantado y postulantado con algunos años de prueba, que después al ser recibidas al noviciado, aseguren su vocación la conducta que las directoras o maestras hayan observado y las den útiles para bien y progreso de la Congregación. Así en la elección de las aspirantes que han de admitirse en la escuela apostólica como al postulantado les pidan que solo se admitan aquellas que son llamadas por Dios a vida más perfecta.

Ante todo se han de excluir con sumo cuidado aquellas que son envidiosas y suspicaces, que se les note propensión a mentir y a observarlas a todas para tener motivos de murmuración y crítica. Estas no se reciban en estas escuelas apostólicas que deben llamarse aspirantado. Escoger las almas más delicadas y decididas al sacrificio, y a la obediencia.

Es mucho de advertir y aconsejar a las superioras y maestras, que antes de admitirlas se penetren bien del espíritu de Jesucristo nuestro Señor, que deben seguir perfectamente los consejos del santo Evangelio: en cuánto aprovecha abandonar el mundo, aborrecer en todo y no en parte para consagrarse enteramente a Dios, haciendo cuanto se les mande, estando indiferentes respecto a todos los lugares u ocupaciones que les destinen los superiores; y cuánto aprovecha a la vida espiritual que aspiramos, renunciarlo todo a favor de los pobres y obras pías, y no a favor de parientes, a no ser que la caridad exija otra cosa, y esto con consejo del confesor y de la Superiora.

Procurar que frecuenten la santa oración y compañía a Jesús Sacramentado, por lo menos media hora cada día a la adoración con espíritu de fe viva y ardiente amor a Dios muestro Señor, aborreciendo el mundo y cuanto el mundo ama, y desear con todas las fuerzas posibles cuanto nuestro Señor ha amado y abrazado. Pues si el mundo y los mundanos que le siguen aman y buscan con tanta diligencia honores, fama y estimación y codicia de ser amado de los hombres; así, los que van en espíritu en pos de Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente vestirse de la misma vestidura de Jesucristo que por su amor desean pasar injurias, afrentas y oprobios por amor a Cristo nuestro Señor.

Las que se sientan con vocación decidida y sean admitidas a nuestra Congregación se señalarán en dos clases:

Las primeras, que serán destinadas a la asistencia del Oficio divino y al estudio de las obras apostólicas, serán coristas, que se dedican al gobierno de la Congregación.

Las segundas, auxiliares, que se dedican a los trabajos domésticos y demás obediencias, que se sientan más inclinadas por habilidades a cualquier trabajo.

Todas puede [vestir] hábito sencillo y modesto de lanilla negra para todas, con un velito

negro o blanco, todos como las superioras elijan; según el clima del país podrá modificarse el género, pero no el color del hábito que debe ser siempre negro, no así el velo que en viajes o en países, donde no se permite el hábito, vistan honestamente, según los usos del país donde sean destinadas.

Estas hermanas, que hacen solo promesa por cinco años, y el noviciado en cualquier casa bajo la dirección de la superiora que puede encargarles alguna religiosa mayor, nunca con el nombre de maestra sino de instructora, las educará limpias, activas y curiosas para el servicio de capilla, escuelas y casa y limosneras, etc. La que lo merezca por sus buenos servicios, espíritu de piedad y amor a la Congregación, se le podrá conceder los votos simples que renovarán cada 5 años. Estas hermanas que en su principio llamábamos “esclavas y víctimas” que celaran y suplieran la adoración en las horas que por ocupación y agobios de poco personal faltasen a la adoración del Santísimo Sacramento.

L8 C34 (16-19)

Artículo 4º
La 2ª Fundación en Berja (Almería)

En el día de 22 de septiembre de 1930. Por orden del Sr. Cardenal Casanova y Marzol, arzobispo de Granada, salimos de Chauchina a las cuatro de la mañana, las catorce religiosas nombradas por S. R. S. Sr. Cardenal en tres coches grandes que la Sra. Dña. Carmen Jiménez vizcondesa de Termes[83].

L8 C34 (19)

83 Así temina el cuaderno.

¡Dios sea bendito!,
y nuestra Madre dulcísima

Granada, 5 de julio de 1939

Acabamos de ver al Sr. Arzobispo y hablar con Su Excelencia largamente en su palacio de la Zubia. Nos acompañó N. P. D. Juan, M. Teresa y su pobre esclava.

¡Nada teníamos resuelto! Me decía que Su Excelencia no quería volviésemos a Berja, que estábamos muy mal asistidas sin capuchinas y la miseria de aquel pueblo, que no quería que volviésemos... Y quemada la sagrada imagen que no debíamos volver, etc... Rogué al padre nos acompañara, y él presenció con consuelo la amabilidad del Prelado, oyéndonos con interés, atendió a mis ruegos de dejarnos volver a Berja la mitad de la comunidad a probar si podíamos obrar la casa y si podíamos vivir si encontrábamos capellán; y que la otra mitad quedase en el convento de Sancti Spiritus, y si comprábamos el convento nos quedásemos allí, que Su Excelencia quería el noviciado en Granada.

Volvimos admiradas y llenas de gratitud al ver al Prelado, tan padre y tan santo... No puedo seguir hoy, necesito este ratico para expansionar mi corazón junto al sagrario y darle gracias porque se ha dignado mirar a su sierva con tanto amor,

S. T.

L6 C23 (172)

Un momento con Jesús

16-VII-39

"Muchos formamos un solo cuerpo, y participamos de un mismo pan". Un solo cuerpo y un solo espíritu dice el Apóstol y fundida en este espíritu desde el noviciado, hice propósito único de un amor a la cruz tan fuerte, que [en] ella encontré mi único ideal y mi mayor dicha, en ella hasta el punto que el día que no hallaba una humillación y sufrimiento, buscaba en la Eucaristía lenitivo y mi pena, creyendo a Jesús lejos de mí... ¡Cuánto amor me daba el Señor entonces queriendo ser loca de amor! ¡Oh mi dulce Jesús, os amo con menos ardor, pero no permitáis nunca me separe de vos por la culpa! Amén.

Sentía una fuerza interior que me impulsaba a Berja y los consejos y humanas razones de los hombres nos despedían de aquella morada de paz donde la Santísima Virgen nos llamaba con ternura maternal, Madre mía, María Santísima, ¡bendita seas por siempre!

Amén.

¡Oh Jesús dulcísimo de mi alma, bendito seas, que no faltáis a vuestras divinas promesas, cuando fieles a tu amor buscamos vuestra gloria y el Reino de los cielos.

¡Bendita seas Madre de Gádor que acogisteis de nuevo a tus hijas las Capuchinas Eucarísticas que tus dolores santísimos nos cobijaron en Chauchina 6 años!

L7 C27 (31)

DE GRANADA A BERJA

28 de julio de 1939

Al fin nuestra Madre dulcísima parece quiere allarnos en su compañía para desagraviarle y expiar los crímenes y sacrilegios cometidos en su santuario. Ella se dignó hacerlo sentir a este corazoncillo miserable la primera ver que entré en su santuario destruido y su camarín desierto... ¡Qué dolor y qué consuelo sintió mi alma en aquellos momentos que parecía haberse trasladado el cielo a aquel rinconcito de gloria!...

¡Nunca vi aquel camarín tan celestial y divino!... Nuestra Madre Santísima de Gádor, que siempre graciosa y alegre atraía con su precioso Niñito en sus brazos, aquel día que radiante de gloria se hizo ver en su camarín, nos pedía no la dejásemos sola y consolásemos a su Hijo santísimo de los pecados y crímenes allí cometidos... Se lo prometí con toda mi alma cuando parecía decirme: "¿Qué va hacer de mis hijos vigitanos si ahora les falta el brazo de vuestra oración y penitencia?... *Orar por ellos y hacer penitencia"*.

Bueno, *todo se cambió*, y conseguimos el permiso, y hoy en Jesús, María y José emprendemos nuestra ida a Berja y mañana llegaremos a nuestra casa bendita de nuestra Madre de Gádor. Bendita sea.

Hoy 29, llegamos aquí, Madre, a lo que tantos años fue tu ermita y sólo quedan las paredes. Cuando bajamos del camarín no veía ni andar, ni acertaba qué decir a cuantos me esperaban, desanimada y entristecida. Pero la Santísima Virgen de Gádor había cambiado mi corazón y me pedía orásemos e hiciésemos penitencia por su pueblo ingrato a quien quería salvar por medio de la penitencia y la oración de sus hijas, las Capuchinas Eucarísticas, que hiciesen fuerza nuestras plegarias y oración para aplacar la divina justicia... ¿Cómo no fiarme de la que me las había salvado a todas, librándolas del infierno de los enemigos implacables de Cristo?...

Sí, Madre mía, *os lo prometo*... Volverán tus hijas y yo con ellas a consolaros, desagraviaros y haceros compañía, aunque el pueblo nos rechace, *fío de ti, Madre*, eres consuelo de los que *en ti esperan. ¡Sed tú nuestra Madre* siempre!

L6 C23 (173-174)

¡Corazón Eucarístico de Jesús, en vos confío!

M. R. Padre Isacio Morán, S.J.

¡Día de san Estinaslao de Koska!

Mi venerado padre en Jesucristo

Recibimos su hermosa carta del 8 del actual el domingo 13, (que se cruzó con mi última, que supongo en su poder). Dimos muchas gracias al Corazón Eucarístico y a nuestra Madre Santísima por este singular favor que nos hacía en aquellos momentos de tribulación y de prueba tan dura... Tratábamos en aquellos momentos cómo allanar las grandísimas dificultades de la fundación de Orense y de Porto.

Allí el dueño de la casa pedía muchísimo dinero. Aquí el Sr. Obispo ponía dificultades para establecernos en definitivo... Encontramos casa, pero no los permisos para la vida de clausura como la profesamos. Tan enferma e inútil como me encuentro, en todos sentidos, y las dificultades que encuentro para salir, unas veces por cobardía mía, y otras porque no me dejan. Si voy a Braga, no querrían me viniese, y son violencias para todo; igual sucede a las de Orense y aquí. Temen ponerme peor. Y ante esta lucha, y mis temores grandísimos... que vuestra reverencia conoce.

Excuso decirle el efecto que produjo su carta... En el momento mismo que M. Paz y servidora... contemplando el cuadro que teníamos a la vista resolver, y por lo que a mí toca sólo veía, que yo estorbaba la obra de Dios... Y cómo el demonio más listo se aprovechaba de mi completa inutilidad para ver de deshacer una obra que la persigue de muerte. No por esta idea pierdo la paz, porque confío tanto, tanto en el Corazón Eucarístico de Jesús y en su Madre Santísima, nuestra dulce Reina y Madre... que vería todo destruido y deshecho, y esperaría que de sus ruinas haría Jesús renacer su obra más gloriosa y perfecta... y de ahí ver mi muerte, como la vida de la obra tan amada de su Corazón misericordiosísimo.

Después de dar muchas gracias a nuestro Señor y a la Santísima Virgen, en cuya presencia abrimos su carta como si bajara del cielo... ¡Qué carta tan inspirada del Espíritu Santo, como de un santo padre mío!... Precisamente aquel día habíamos empezado la novena a la Santísima Virgen y al Espíritu Santo en comunidad para terminarla el día de la Presentación, confiadas de que para ese día tendríamos ya resuelto el asunto de Orense y el de aquí (acababa de llegar de Orense sor Inmaculada para estos asuntos...) y necesitaba tantas luces del cielo, que pedí en Braga la hicieran también por mis intenciones... Pues ese día aniversario 46 de mi consagración a Dios, esperaba me alcanzaran del Señor esa gracia.

Su carta, padre mío, la llevé junto al sagrario, y cada día pasaba mi oración pidiendo sus luces especiales sin las cuales no sabía cómo empezar.

No dejaba de preocuparme el estado inacción en que me encuentro para todo... y más para poder expresar el principio de las primeras inspiraciones del Señor! Vuestra reverencia como tan buen maestro de espíritu, en su carta me lo daba todo hecho. ¡*Dios nuestro* Señor se lo premie dándole en premio las riquezas inagotables de amor y bondad de su divino Corazón!...

Hoy, gracias a la intercesión de la Santísima Virgen, nuestra Madre Santísima que tanto nos ama, sentí un rayito de luz y de consuelo, y algo así como sentí en Roma junto al altar de san Ignacio en la Iglesia de Jesús, donde recibí tres días la sagrada Comunión pidiéndole al santo me diese luz y ayuda en el asunto que me llevaba allí... Algo así sentí hoy después de la sagrada Comunión, una confianza ilimitada en el Corazón Eucarístico de Jesús y en su Madre Santísima, que como obra suya la ponga en manos de vuestra reverencia y "obedeciéndole ciegamente es como más agrado a su divino Corazón, obediente a la voluntad de su Eterno Padre desde su Encarnación hasta su muerte de cruz".

Hoy, por tercera vez he sentido en mi alma el deseo del divino Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento, me quiere víctima por la entrega completa de mi voluntad en la suya, por medio de la perfecta obediencia a vuestra reverencia, para lo cual entendí claramente debía darle perfecta cuenta de cuanto sentí, prometiendo al Señor ayudar a mi memoria para que sencilla y llanamente conteste a su carta como más convenga a su gloria. ¡Corazón Eucarístico de Jesús, en vos confío! Madre mía Santísima, ¡ayudadme!

Padre mío. Mi santa madre y abuelita me enseñaron amar a Dios desde antes de conocerle. Le oí decir a mi madre: "Os he enseñado a Dios antes que supierais hablar". En efecto, allí se temía a Dios y no vi pecado alguno. Pero yo de genio muy fuerte y vivo le hice mucho sufrir, porque fui muy traviesa y alegre.

El Señor, que sin duda quería salvarme, me quitó mi madre cuando me iba dando cuenta de la vida, y *entonces*, cayó sobre mi alma una tempestad que en aquel momento de dolor intensísimo, me llevó mi abuelo al pie de la Sagrada Familia, que tenía en la casa una capillita, y nos dijo a mi hermana menor y a mí: "¡Desde hoy ahí tenéis a vuestra Madre que ella os salve siempre!"... Ella desde entonces cuidó de nosotras como Madre divina.

Después de seis meses de orfandad amarguísima, pensó mi padre y abuela internarnos a las dos en el colegio de Santo Domingo. Enterada una parienta religiosa clarisa de Santa Inés de Granada, pidió a mi padre nos llevase a su convento, que ella cuidaría de nuestra educación como una madre, porque hacía un año que habían puesto colegio y tenían ya 15 educandas de muy buenas familias.

El mismo día que cumplía 10 años, el 28 de enero de 1889 entramos en el convento de Clarisas, donde fuimos recibidas con mucho cariño. Mi hermana sólo tenía 8 años.

Las madres como vieron la buena educación y que sabíamos leer y escribir correctamente,

nos preguntaron: Vosotras, ¿qué queréis aprender, a qué sentís inclinación?... Yo muy impresionada no sabía mas que llorar... Llevaba delante de mí el cuadro de mi casa...: mi padre con pretensiones de casarse con una parienta que tenía mi madre de criada, mi abuela y dos hermanos mayores disgustadísimos, dos hermanitos con amas, y uno con tres años. Mi madre al morir y darme sus últimos consejos: "Y tú hija mía al lado de la abuelita siempre, sé siempre muy buena y cuida de tus hermanos pequeños para que papá, no os ponga madrastra".

Mi hermanita muy viva y más lista que yo, contestó con mucha gracia a las religiosas que querían hacernos hablar: "Mi Mercedes lo dirá".

Yo no podía hablar; sentía una pena separada de mi abuela que tanto me amaba y con quien mi madre quería me educase. Siendo ya muy de noche y queriendo la superiora que nos acostasen, mi hermanita me instaba les contestase, y yo con mucho genio y grosera les dije: yo no vengo a ser monja, vengo a educarme para irme enseguida con mi papá a tomar cuenta de casa, y esta mi hermanita quedará aquí más tiempo.

Aquí el Señor me cogió *¡de verdad!*, por suerte pusieron al cuidado nuestro una religiosa de gran virtud que cuidaba en absoluto, de las pequeñas (que sólo éramos tres). Desde el primer día que al levantarnos nos hizo la primera meditación yo me encontré totalmente cambiada, abrí mi corazón aquella santa religiosa (de alguna edad) y vi en ella a una madre y a una santa.

Ella me decía siempre, ¡ay Merceditas mía que Jesús la ama tanto!... Entonces, con inocencia, la dije: eso de que Jesús me ama tanto me gusta mucho..., ¿cómo lo sabría yo de él?, porque mi papá, que tanto amaba a mi mamá y hace seis meses que murió y piensa casarse..., *¡me duele tanto!*..., que ya no creo en ningún amor... Yo querría un amor tan grande como el mío, *¡que no me olvidara nunca!*...

Entonces acariciándome y limpiándome las lágrimas que no podía contener me dijo: "Sí, hija mía sea, siempre todo tu amor para Jesús, que mucho más que tú *te amas, te amará siempre*... Yo te enseñaré lo que él me diga para ti"...

Entonces creí que Jesús le hablaba y me aficioné tanto a Jesús que nadie me sujetaba en estar pegada en la reja junto al sagrario, donde me decía que llamándole mucho él vendría a jugar conmigo, y cómo la constancia de aquellas visitas largas y continuas... al sagrario me alcanzaron su amor misericordiosísimo, que comulgaba jueves y domingos y sentía dentro de mi alma a Jesús conmigo, hasta que al año y ocho meses, el 12 de agosto, que con gran entusiasmo celebraban la fiesta de la madre santa Clara, tocaban piano y bailaban todas las niñas en el patio jardín del convento después del refresco y cena, yo sentí en medio de aquella fiesta que una fuerza interior me llamaba al coro, iba a jugar con el Niño Jesús, con quien compartía mis recreos... Allá fui... y al llegar al antecoro, un cuadro del Sagrado Corazón que había, me pareció verlo iluminado, y el Corazón entre llamas como una hoguera y sentía una abstracción tan fuerte que subiéndome sobre una silla o no sé cómo conseguí poner mis labios en aquel Corazón todo

inflamado. Quedé embriagada en aquel fuego tan ardiente que me consagré a él para siempre, haciéndole voto de castidad. Yo sentí que me prometía ser mi Esposo para siempre y que él me pedía fidelidad y después me daría su gloria, si aquí aceptaba su cruz y sus clavos, y sentí desde entonces que venía a mi corazón con todos los instrumentos de su pasión y me convidaba a subir con él al Calvario, etc... Yo le decía todo a aquella monja, sor María Rosa Robles, y ella me decía que, el Niño Jesús que yo le veía como yo, de 10 a 12 años, quería enseñarme que las almas que él escoge por esposa deben vivir crucificadas con él.

Después de algún tiempo me dijeron que en la fiesta de la madre santa Clara me echaron de menos, y la religiosa que la madre superiora envió por mí, me encontró en el suelo tendida, y creyendo si estaría mareada o habría tomado algún licor que aquel día repartieron, que yo nunca pude probar, me cogió para llevarme a la cama, y que le extrañó que no pesaba nada y me llevaba como si nada, y se dieron cuenta que no había tomado ni dulces, pues los había ofrecido en sufragio de mi madre (q.e.p.d.) por quien hacíamos penitencias mi hermana y yo para alcanzar del Señor la resucitara si era de su divino agrado.

Pasados unos días, al salir yo de mis visitas al sagrario, en donde siempre seguía el consejo de sor María Rosa Robles, daba unos golpecitos en la reja del coro y le decía: ¡Jesús mío, aquí está tu Merceditas!, y esperaba un ratico pidiéndole me diese su amor y me hiciese toda suya... Y él venía a mi alma y me daba aquellos consuelos... que sólo él sabe, y que me hizo la vida en aquel colegio de cielo.

Una religiosa anciana, maestra de novicias, de gran espíritu y muchas virtudes, supe después que me celaba por extrañarse siempre verme tanto en el coro, y me esperaba en el antecoro delante de un Señor (de lo que ya dije en otra ocasión le reveló estaba en pedazos en un retrete por unos masones y lo trajeron al convento y hoy tiene allí mucho culto y desagravios).

Bueno, esta M. Carmen Guervós me esperaba un día al salir del coro, estaba sentada en la misma silla que me subí a besar el Corazón de Jesús, frente a la sagrada imagen del Cristo de la Agonía. Me dijo: “Dime, aquí delante de Jesús que te está mirando, ¿qué haces tú con Jesús tantas horas en el coro en vez de irte con las otras niñas al recreo y a brincar?, ¿quién te trae aquí con tanta frecuencia?”... *Me trae Jesús; porque me llama*. Y siguió preguntándome todo cuanto se le hacía sentir Jesús, y entonces echándome su brazo sobre mi hombro izquierdo, como si quisiera abrazarme, me dijo: “Ya sabes hija mía que el Señor te quiere religiosa no aquí, sino en otro convento en donde te preparará para que seas abadesa, sufrirás mucho, pero como Jesús te ama, te prepara su cruz; si eres fiel a su amor le darás muchas almas y mucha gloria”.

Entonces no entendía aquello. Apenada le dije: y ¿por qué no aquí?... Yo querría ser su novicia, y no irme de aquí nunca... Ella me repitió: “*aquí no*; ya estás destinada a otro convento, sé siempre muy buena y acuérdate de las gracias que recibiste aquí del Señor”.

Esto se lo refirió ella a varias religiosas de aquel convento, y cuando profesé me escribió

diciéndome que ya habían dado principio a sus profecías... Y si mal no recuerdo M. Pilar (mi parienta) me dijo que todo lo que había pasado en San Antón haciéndome abadesa tan joven, y las fundaciones también se lo había manifestado ella antes de morir, que se lo había revelado el Señor.

Esto lo fui entendiendo, a medida que me ocurría el caso recordaba me lo habían dicho, pero no me preocupó nunca la curiosidad de lo que podría ser.

Vinieron unas niñas sin vocación y sin vocación ninguna; hablaban de cosas del mundo y sufría mucho. Pedí a mi abuelita me llevase a otro convento de clarisas de la Encarnación, donde estaba una hermana de mi madre de abadesa y mi madre se educó allí también.

Mi abuela y mi padre creyeron debía quedarme en el mundo y se dedicaron a ponerme en condiciones de encargarme de la casa, pero el Señor no me dejó. Yo no podía vivir en el mundo, me ahogaba en él. Me llevaron con unas primas muy buenas y piadosas que no tenían vocación y viví con ellas unos meses.

A pesar del cariño y buenas acciones que me tenían, el mundo me pinchaba, y allí encontré peligros. Unos primos que estudiaban en el seminario empezaron a entretenerse. Yo sentía que mi corazón se apegaba aquellos regalos y cariños. Empecé los Siete Domingos a san José, y le dije al Sr. Cura, D. Manuel Carranza, un santo y venerable sacerdote, mis luchas y mi vocación. Quería ser trapense o cartuja, deseaba huir del mundo, me temía a mí misma, sentía en mi corazón un fuego de amor ardiente a Jesús,. y temía que las criaturas me lo pudiesen robar, temía quedarme en Granada por mi familia a quien mucho amaba.

El Sr. Cura, que me conocía desde muy pequeña, pues tenía su casa junto a la de mi abuela donde yo viví más años y por su huerto veía el interior de la casa de mis padres, se trataban y conocían muy bien, veía se interesaba mucho por mí, y yo le pedía me dijese dónde me quería el Señor. *¡Con qué rigor me avisó!*

El último Domingo de san José, me dijo: “Dios te quiere capuchina, vete allí, que es la trapa y la cartuja que tú buscas; se hace mucha penitencia y viven como sepultadas en vida, tienen clausura y no se las ve nada”.

Entonces sentí alegría, pero temía que no negara del todo al mundo mi amor por tener allí una hermana de mi madre muy santa... y quería vivir desprendida. Pero el Sr. Cura me alentó asegurándome que allí me quería el Señor:

Lo pretendí, pedí permiso a mi padre y me lo negó, primero con cariño y después con amenazas.

Veía con gusto, y aun con consuelo que aceptara una proposición, que ya preparaban en familia en donde el demonio quería enredarme y atarme a él...

Al fin a escondidas de mi padre se arregló todo y entré en el convento de San Antón, Capuchinas de Jesús María, Desierto de Penitencia de Granada, el 28 de julio de 1993 a la 1 del

día, viernes.

Me acompañó mi padre, todo disgustado y amenazador, y una hermana de mi madre, mi tía Prudencia, de gran virtud, que la confió mi abuela no me dejara hasta que quedara dentro de clausura, como lo hizo.

En mayo de aquel año vine por primera vez a pretender, y la Santísima Virgen del Amor Hermoso, que estaba en un altar hermosísimo, me miró con tanto amor que allí me consagré de nuevo a ella, pidiéndole me facilitara la entrada si era para ser santa y si no que no me admitieran. La Santísima Virgen, mi Madre amantísima, me *miró*... y mi alma sintió una especialísima providencia. ¡Madre mía, bendita seas y la hora en que vuestro divino Hijo nos la dio por Madre. Amén.

El 28 de julio cumplía los 14 años y 6 meses de edad, hacía 8 meses que salí del colegio, llevaba en casa una temporada de mundo toda contrariada, sentía mi alma aficionarse, a pesar de vivir en un ambiente de piedad y virtud de una familia no solo cristiana sino muy piadosa que decía el Sr. Cura era la familia levítica de aquel pueblo. Yo vivía como el pez fuera del agua..., no tenía deseos de ser de este ni aquel convento, *quería ser de Dios*... en un convento que tuviese todo el menor contacto con el mundo... No lo quería escoger, quería me lo dijese el Señor por medio de sus ministros, y así quedé contentísima a pesar de las grandes dificultades que encontré en la familia por mi salud, y en la comunidad por tener completo el número de 33, y por una gracia rompieron el número, y yo hacía 34, al consejo que en mi favor les dio el R. P. Ambrosio, que acababa de darles los santos ejercicios en aquella ocasión.

En las Capuchinas de San Antón de Granada entré como si me viese en el cielo... Fue tal el gozo y alegría que sintió mi alma al cerrar aquella puerta bendita dejando a mi tan querido padre lleno de dolor, que al llegar al coro me caí en tierra y pegando mi frente con el polvo le dije: ¡Señor mío y Dios mío!, concédeme no dejaros hasta que me una en el cielo con vos. ¡De aquí al cielo!... y ¡cuidar vos de mi padre y *salvarlo*!, ¡que mis hermanitos los libréis del infierno y de todo pecado!, *¡que se salven todos!* ¡Allí me pareció le dejé todos los cuidados de mi vida, para desde aquel día no tuviese más cuidados que Dios y mi alma!... Así lo proponía con toda la fuerza de mi alma, y empecé en el noviciado el postulantado, que fue de tres años y medio.

Hacía 12 años tenían cerrado el noviciado, no había muerto ninguna religiosa, ni había entrado ninguna postulante. La madre maestra ofreció a las religiosas la buena voluntad de la postulante, pues había muchísimas ancianas y enfermas, necesitadas de juventud que las ayudara a sus trabajos y observancias.

Así disculpaban con tanta caridad y amor mi torpeza y falta de habilidad para los trabajos serviles, que no sabía y pronto aprendí, encontrando siempre en lo más penoso mi mayor dicha de encontrar algo con qué obsequiar a Jesús. Me parecía el cielo los trabajos en la casa de Dios, y los prefería con entusiasmo a los regalos del mundo, que despreciaba con toda la fuerza de mi

alma; y sin casi saber lo que decía, repetía con mucha frecuencia lo que me dijo un padre, el P. Hitos, que me veía las penas que sentía en el mundo, fuera de mi convento, cuando todos me querían sujetar en él: “Tú no has nacido para el mundo, *no*; tú has nacido para el cielo”. Y era mi estribillo en todos los momentos difíciles, me lo decía. ¡No eres de la tierra, y aquí no acierto a vivir; vivo para el cielo donde está mi Dios y mi Padre, a quien sirvo con toda mi alma! ¡Mi Dios y Señor!...

Premió tan superabundantemente el Señor el sacrificio que le hice de dejarme aquellos tres hermanitos pequeños sin madre, de quien yo era su consuelo en los ocho meses que viví con mi abuela. ¡Se me venían como si vieran en mí a mi madre!, y yo cuidaba de todas sus necesidades, y cuando salí de la casa a pesar de querérselo ocultar, los tres se cogieron a mí... y tuve que pisarlos para saltar en un momento que para consolarlos los retiró mi padre, pero el más pequeño que tenía poco más de tres años quedó tendido en el suelo porque decía no me atrevería a pisarlo.

El Señor es el que da la fuerza y valor para seguirle, y no se turbó nunca mi paz, me parecía prometerme cuidaría de ellos, y no los abandonaría nunca, y descansaba en la fe y confianza en sus promesas.

Viví dos años de postulante con la primera madre maestra que miraba por mí con el amor de una madre, pero como se me pasaba todo el día trabajando y limpiando el convento, y sirviendo en las oficinas y casi no pisaba el noviciado, me decían algunas si había entrado de criada o para monja. Entonces comprendí debía tomar el santo hábito; lo pedí, y me lo negaron por temores de que les parecía no tendría fuerza para el ayuno diario y porque no podría con la vigilia y ayuno diario, y empecé a enflaquecer; tenía tanta debilidad de estómago que yo misma creí no podría tirar de aquellos rigores. Entonces le pedí a la Santísima Virgen, mi dulce Madre, a quien acudía en todo, me diese fuerzas y me enseñara a trabajar, no permitiese me echasen de allí donde los trabajos y austeridad de vida me daba ocasión de continuo de llevar la pasión de mi Señor Jesucristo grabada en mi alma, que tan al vivo se presentaba el Señor en cada ocasión como modelo y maestro de la vida que él me pedía abrazara, de víctima de trasformación espiritual en Cristo Jesús paciente... Como tenía un genio fuertísimo, con naturales inclinaciones de soberbia, orgullosa, fogosa, activa con un temperamento decidido, para conseguir el camino que Jesús me mostró, tenía Jesús que llevarme de la mano, con luces claras de que él era el que me guiaba, y un día que de trabajos extraordinarios había tenido varios choques..., como eran religiosas mayores y cada una me decía una cosa..., tuve un acto tan fuerte de ira interiormente que me fui a la reja del coro y llorando le dije con toda el alma: Jesús mío, si tú no me haces paciente me voy de aquí, para no ser santa no merece la pena, en el mundo te serviré mejor. Tuve dos días de sequedad espantosa... Buscaba a Jesús en la oración que me consolara y fortaleciera y no le hallaba... ¡Qué penas tan amargas sufrí entonces! Me veía tan sola... ¡Pobre

de mí, Dios mío!

Como no tenía compañeras y la M. Maestra veía mis afanes de vivir junto a la Eucaristía, *mi vida* y aliento, me concedió la M. Abadesa que en una tribuna que tenían llena de muebles viejos, fuese siempre que quisiera de día o de noche. Mi pobre alma, tan sedienta de Dios..., corría veloz, aprovechando todos los ratos libres, a beber en aquella divina fuente con el ansia de un amor fuerte como la muerte, que no había nada capaz de detenerme... Había Jesús robado mi corazón en aquel día 12 de agosto, cuando me invitó a consagrarme a él para siempre, que desde entonces no recuerdo, si hubo instante en mi vida que no fuese de *él todo el amor de mi corazón* y todas las ansias de mi alma.

¡Oh Jesús mío, con qué alegría sacrificaba los momentos, aun de mi descanso, para pasar junto a Jesús mis horas libres, aun privándome del sueño, por recrear mi corazón y mi alma en aquellas íntimas comunicaciones de Dios y mi alma... ¡Qué torrentes de luz inundaban mi alma, que fuera de él... quedaba como ciega! ¡Qué amor a las humillaciones y trabajos, que sin él no podía soportar! ¡Qué estima y amor me daba a aquella vida de penitencia y pobreza, que veía practicar con tanta antipatía y violencia, y junto a vos, en aquella tribuna..., en donde tantas veces regalasteis mi alma con vuestra divina presencia!... Os dignasteis enseñarme que solo iría segura a vuestro adorable Corazón, *abrazando* aquella vida *que vos mismo le disteis al seráfico padre san Francisco*, y allí repetidas veces me confirmasteis vuestra adorable voluntad de quererme víctima en la vida capuchina, adorándoos en el Santísimo Sacramento en espíritu y verdad, *y acercándole muchas almas*.

¡Cinco años de prueba y de noviciado pasé en la cruz de las más duras persecuciones y trabajos... como un momento de gloria! Porque las horas pasadas junto a Jesús sacramentado, frente a aquel sagrario... desde donde salían a mi alma torrentes de luz de amor y de consuelo, que robustecía mi fe y daba alientos a seguirle en aquella vida de penitencia, de continua abstracción de criaturas (no tuve ni compañeras en el noviciado), y mi santa maestra gozaba en verme toda entusiasmada en padecer y trabajar por dar gusto y consuelo al Amor no amado, a mi adorable Esposo sacramentado.

Mi santa tía, religiosa anciana de gran virtud, fue mi mayor tormento durante el noviciado. Como me veía cargada con los mayores trabajos de la comunidad, y que los buscaba fuera de los ya confiados por la obediencia de ir ayudar a la cocina y servir el refectorio, me prestaba a limpiar las celdas a las ancianas que había muchas de lavarles la ropa, y servir a las enfermas en la enfermería a lo más trabajoso, etc.

Mi tía, que nunca nos hablamos por el riguroso silencio que entonces se observaba (sin recreos nunca, ni sala de labor), no tenía ocasión de hablarme. Un día en el locutorio hablando con mi abuela me dijo: “Prepare sus cosas que se va con la abuelita, porque su caridad no tiene cabeza y antes que se enferme o inutilice, que la tengan que echar por enferma, se va con su

padre y le ahorra la criada y la lavandera". Me cogió aquello tan mal y tan desprevenida que llena de soberbia le contesté mal, con muy mal ejemplo, que mi abuela me reprendió mucho y me amenazó con retirar la pensión de una peseta que venía pagando diariamente, y se negó en darme el dote que me tenía ofrecido, si me empeñaba en continuar allí. Encantada de aquel acontecimiento, que nunca esperaba de mi abuela que me amaba más que mi madre y yo a ella, que desde muy pequeña me tenía siempre a su lado... y de mi tía, que siendo de tan gran virtud no viese que había escogido el camino de la cruz por vocación especial, que me entré en la tribuna hecha un mar de lágrimas... El demonio aprovechó aquel momento para tentarme de soberbia, y cuando vino la Madre a buscarme, le dije: "¡Si mi madre viviese no trataría V. tan mal a su sobrina que solo desea santificarse!"... El Señor se desagradó tanto de mi soberbia, que se ocultó, y a pesar de buscarlo arrepentida... aquella turbación interior le desagradó tanto a Jesús, que estuve todas las horas allí seca como un palo y sin poder desechar aquella pena horrible de desconfianza y despecho. No sabía qué hacer; al día siguiente no me atrevía a comulgar, a pesar que quise desechar el consentimieto [a] aquel tropel de tentaciones que venía sufriendo desde el día anterior y toda la noche. Vino la M. Maestra y me mandó comulgar; a pesar que yo le manifesté todos mis pecados, insistió que comulgase bajo su responsabilidad, y con muchos actos de contrición recibí la sagrada Comunión con más fe, amor y humildad. ¡Con cuánto amor me esperaba el Señor. Su Corazón adorable me había seguido en aquella prueba, y me amaba tanto que me lo dio todo en aquella Comunión tan feliz, me quería con él humilde y mansa, sacrificar por su amor todo, todo... y ya volví a repetirle mi consagración; le di cuenta a mi M. Maestra y le pedí hablar con la M. Abadesa, a la que fui a rogarle me concediera quedar religiosa de obediencia, para lo cual sentía gran atractivo, y nunca me lo permitieron, pero una vez que mi abuela retiraba la pensión y la promesa de dote entendía ser aquella la voluntad del Señor.

La M. Abadesa, que me quería mucho, y ya en otras ocasiones me evitó saliera de allí, cuando las religiosas creían estaba enferma, y que no podría observar, etc..., y que con un carácter tan serio y retraído, no era para aquella vida... Ella, que con un amor maternal alcanzó del Sr. Arzobispo me dejase un año más, me dijo: "*No*, de ningún modo te consentiré nunca seas religiosa lega, pues creo no cumplirías los designios de Dios, que te quiere para mayores pruebas y trabajos... Si Dios te quiere te dará dote, y no necesitas el de tu abuela. Si se disgusta, tú procura que Jesús esté contento de ti siempre". La M. Abadesa entonces, R. M. Bruna de la Soledad Collado.

Qué penas me llevé de no conseguir ser lega y consagrarme al Señor tomando el santo hábito para profesar al año siguiente. Fui a Jesús, y él me dio tal fe de que me amaba..., que incluso quedaba contenta a no ser religiosa y quedar allí como una simple criada. En aquellos días hubo cambios de oficios y me mudaron la Maestra... Nueva tempestad... Incomparablemente mayor que todas las sufridas hasta entonces. La amaba mucho, me dejaba sola casi siempre y

gozaba mucho pasarme en la tribuna muchas noches con Jesús sin que nadie lo supiese, y ella me dejaba gozar de estos consuelos. Su educación y su carácter jovial y expansivo me ayudaba mucho... y la quería como a mi madre.

Qué lucha y qué tormento aquel, ¡Dios mío!... Cosa que creí no poder soportar y pensé marcharme en definitivo, pues la nueva maestra, tan santa como la primera, tenía enteramente otra educación y carácter, enteramente distinto, muy seria y muy rigurosa para la observancia, y no me dejaba un momento sola. y no la podía sufrir... Se unía la preparación a la elección, toda dificilísima como el P. Valencina la cuenta en sus "Cartas a sor Margarita". Entonces me resolví a buscar un convento de clausura que no hubiese elecciones y esperaba la venida del P. Ambrosio para tomar su consejo y me dijese la voluntad de Dios, que era la única que deseaba cumplir, a pesar que la nueva Abadesa, me parecía me la daba el Señor para mi santificación. Amén.

S. Trinidad

L6 C25 (198-210)

Notas

8 de septiembre de 1939

¡En Berja, después de los rojos!

El 8 de septiembre teníamos la obra muy adelantada y quería festejar a nuestra amadísima Patrona la Virgen de Gádor con misa cantada, jubileo, etc., en desagravio de los muchos sacrilegios cometidos en esta iglesia contra *su sagrada, imagen quemada, desaparecida* y su trono y las riquezas con que la obsequiaron sus hijos fieles en tres siglos... *Nada*, pobreza y tu casa, Madre mía, de garaje de los rojos que con sus imágenes altares y retablos hacían grandes hogueras...

Estamos hoy 9 entristecidas, ni tus mejores hijos subieron ayer como esperábamos a los cultos que hicimos... Nadie subió, solo el Sr. Capellán y sus Capuchinas Eucarísticas quisieron obsequiarla. ¡Qué pena, Madre mía! ¡Cómo esperábamos que se acordaran de tu casa!... Y tu nueva imagen quedaba en la Parroquia, donde el Señor también recibió culto, pero la Santísima Virgen quería venir a su casa y nosotras la obsequiamos con nuestros obsequios y sacrificios porque vos, nuestra Madre amantísima desde el cielo, recoges las oraciones y súplicas de tus hijas, que desde lejos venimos a consolaros, y junto a tu Santuario en tu mismo camarín, colocaron su nido... *¡el Sagrario!* Junto a tu santísimo Hijo arrullan con cariño tus palomas *eucarísticas*.

* * *

L7 C27 (32)

15 de septiembre de 1939

¡Pasó el 8 sin que apareciera en el santuario de la Santísima Virgen de Gádor ni un alma!... Parecía que la Santísima Virgen esperaba que este año acudieran fervientes sus hijos a consolarla. En la parroquia la obsequiaron, pero la nueva imagen no pudo venir, le preparaban grandes fiestas y querían andas de plata, etc...

¡Madre mía!, qué triste nos pareció el santuario de la Virgen de Gádor, no tenían priesa en traer su imagen y ella sala, ¡solo su camarín, vacío, esperaba que sus hijos le consolasen!... ¡Madre mía, qué pocos son los que te aman! Se ocupan de arreglar sus casas, de mejorar sus fincas, etc.. ¡De ti, Madre mía, qué pocos se sacrifican y te desagravian a pesar que tanto nos amas, Madre mía!

El rezo de los Dolores gloriosos celebrado en nuestro coro con toda solemnidad conmovió nuestros corazones y parecía que ella, nuestra Madre amantísima, se quejaba en su dolor de sus hijos y parecía sentirla tan vivamente en nuestras almas, que no esperase a las andas, que trajesen su imagen a su camarín donde quería recibir los votos y oraciones de sus hijos de Berja, a quien deseaba colmar de gracia y bendiciones... Y entonces le ofrecimos hacerle nosotras las andas de flores, y valiéndonos de la Srta. Lola Faura, ella se encargó de mover en Granada al Sr. Magistral, y la Santísima Virgen llegó radiante de gloria el día primero y quedó en la parroquia para hacer allí su novena, que tantos años se hace en su ermita, pero sus hijos ingratos quemaron la sagrada imagen de tantos siglos, y pareció a todos que el pueblo viese y diese culto a la nueva imagen, y mientras sus hijas oraban y ofrecían su sacrificio al Señor de no tener tan hermosos cultos allí.

Este día 15 sentíamos todas un fervor en los Dolores gloriosos que aquella noche no podíamos dormir; era domingo y oíamos en los barrios cercanos unos cánticos que nos imaginábamos la procesión que otros años hacía a la Santísima Virgen de los Dolores en Chauchina, y allí en Berja a nuestra Señora de Gádor al terminar la novena.

Con esta impresión cogimos el sueño y no sé cómo sentíamos aquellos cánticos subir la alameda arriba. Me levanté varias veces a las ventanas y no veíamos nada. Todas oíamos aquellos cánticos. Llamé a María y le pregunté: ¿Oye cantar?, ¿qué es esto? Ella seguía durmiendo y conseguía me contestase alguna vez: “Sí, *oigo cantar*, pero son en los parrales las gentes que guardan las uvas”.

Me volvía a echar, y las melodías de unos cánticos dulcísimos me levantaban de nuevo y entonces me arrodillé, pues vi iluminarse la antigua alameda, camino de la ermita y me pareció ver a la Santísima Virgen hermosísima, con una gloria inexplicable, con el divino y preciosísimo Niño en sus brazos volver a su ermita, acompañada de muchos coros de ángeles, cantando el rezo de la santa Iglesia a dos coros, que empezaban los ángeles y alternaban los mártires y

confesores que tanto amaron la celestial Reina y murieron por Jesucristo Señor nuestro en esta persecución.

Cada vez que los ángeles repetían el ¡Oh vos omnes quit transistis per viam...” así como responsorios que decían los mártires, quedaba yo traspuesta, me inundaba el gozo del alma y el corazón dejaba a mi parecer de latir... Me pareció que el cielo se bajaba a la ermita, el santuario parecía la gloria, entre los mártires me pareció conocer al P. Luis y a otros padres que habían muerto y así como estuvo la ermita engalanada de luces y flores el día que el Emmo. Card. Casanova inauguró nuestra fundación, celebrando de pontifical el día 24 de septiembre del año 1930, se repetía aquel pontifical aquel día 15 de septiembre en el santuario de la Virgen Señora, nuestra Madre amantísima de Gádor, el año 1939, después del triunfo de la gran persecución. ¡Dios sea bendito! y haga que de tan grandes males y pérdidas que hoy lamentamos, venga el Reinado del Corazón dulcísimo de Jesús a España, y el triunfo definitivo de nuestra santa Religión en España y en el mundo entero.

Santuario y monasterio de Nuestra Señora de Gádor, 15 de septiembre de 1939

Sor Trinidad del P. C. de María, abadesa, Capuchinas Clarisas Eucarísticas de Madre de Dios.

L6 C23 (175-176)

15 de septiembre de 1939

Había manifestado a las señoras más piadosas, que la Santísima Virgen necesitaba, una vez terminada su imagen, venirse a sola su iglesia; me lo hacía entender muy claro el Señor, y estuvimos tristes, asegurándonos que la Virgen no vendría a Berja hasta que tuviese sus andas de plata, que seguramente no estaría hasta febrero... ¡Y el camarín sin Virgen! ¡Y estas hijas sin Madre tantos meses!... Si esta es la voluntad del Señor, ¡hágase, fiat!

La noche del 15 nos recogimos temprano, teníamos que madrugar, y acostadas ya sentimos cantar como por la antigua alhameda (porque ya no existe) voces de niños cantando a la Santísima Virgen. Me levanté, y acercándome a la ventana oía las voces más cerca. Llamé a M. Goya para que oyera aquellos cantares, pero ella se volvió del otro lado, tenía mucho sueño, y yo me volví a mi cama. Volvíamos a oír cánticos de voces de hombres, y volví a levantarme y llamé a María, que en la misma forma me contestó: “Es de los parrales”. Le insistí preguntando, si parece suben la Santísima Virgen... Ella siguió durmiendo y yo preocupada me quedé pensando qué fiesta tendrían en aquellos campos tan tarde.

Sin duda yo me dormiría o no sé lo qué me pasó. Yo vi que al oír aquella música todas salimos al camino y me pareció ver una procesión hermosísima con palmas en las manos cantándole divinamente... ¡Bendita sea!... Nos acercamos a verla, y entonces vimos el rostro de la Santísima Virgen muy dolorido y dándome el divino Hijo, nos decía: “Consolarlo vosotras y adorarle y así repararéis las graves ofensas que recibí de mis hijos. No quiero fiestas, ni que me tengan fuera de mi casa, donde pasé otro calvario de dolores”... Y como si mirara hacia el Pueblo parecía repetir con nosotras aquella antífona: “Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus”. Y aquellos mártires repetían como un responsorio: “O vos omnes”, que conmovían de dolor las piedras.

Cuando volví en mí o desperté, no sabía dónde estaba y prometí a la Santísima Virgen consolarla con amor y penitencia y humildad para pedir viniese en seguida a su casa aunque se opusiera todo el infierno. Lo conté a Lolita y de ella se valió el Señor para su gloria. Amén.

* * *

30 septiembre 1939. Berja

El 30 de septiembre, víspera de la subida de la Santísima Virgen al Santuario de su nombre, Nuestra Señora de Gádor.

Se presentó a las 5 de la tarde el Sr. Cura Párroco, como delegado del Sr. Arzobispo, acompañado del Sr. Cura propio D. Fausto Lachica, y del Sr. Capellán D. Sebastián Urbano Baena.

Pusieron la clausura que por las obras de restauración no se pudo observar con el rigor que ahora, gracias a Dios, se observa, por haber dejado el convento destruido los marxistas que lo acomodaron a su servicio militar.

Después se procedió a la elección, que no pude renunciar, como eran mis ardientes deseos, por no tener permiso, asegurándome el P. Director que Dios nuestro Señor quería muriese en la cruz con él y mi deseo de renuncia no era de Dios, etc.

Ante el temor de desagradar al Señor, a quien sólo a él deseo servir y amar, acepté con la muerte. ¡Dios sea bendito que de tantas maneras ayuda a mi alma!

Quedaron elegidas también por unanimidad las 4 Discretas: la 1ª, como dicen las Constituciones, fue la Vicaria, M. Inés; 2ª, sor Matilde de 1ª Tornera, y 3ª, sor Sagrario 2ª Tornera. Se terminó con alegría y paz en todas, gracias a Dios.

* * *

Primera dominica de octubre, día primero de 1939

A las 4 de la tarde del día primero de octubre de 1939, subió la nueva imagen de nuestra Patrona, la Santísima Virgen de Gádor, a su Santuario de Berja.

La comunidad llena de regocijo por tener la clausura Papal, que tanto deseábamos, y la elección canónica después de tantos años fuera de nuestro amado convento, nos preparábamos con el mayor cariño.

La Santísima Virgen llegó a las 8 ó 9 de la noche con un entusiasmo y fervor de todo el pueblo indescriptible.

Y nosotras, qué amor y gratitud al verla subir por donde tantos crímenes y pecados cometieron los rojos. El infierno rugía por aquellos campos, [los demonios] desesperados y rabiosos, mientras que los ángeles del cielo alternaban con los cánticos de los piadosos fieles, alabando a su Soberana Reina y Madre aquel himno de gloria...

Subía hermosísima en unas andas de preciosas flores que sus hijos le fabricaron

supliendo así a las de plata que le robaron...

La iglesia, la plaza y todo el camino hasta Santa Lucía llegaba el gentío que venía con cirios encendidos.

Quisimos obsequiarla con todo el amor del alma en nuestra pobreza.

El 9 de octubre, por la mañana, salí de Berja con M. Goya para Almería donde me esperaba sor María Luz, postulante, que me acompañó a Granada donde me llamaron nuestras monjas para que se pusiera la clausura en Sancti Spiritus antes de marcharme a Portugal.

Allí estuve en Granada hasta ordenar muchas cosas para establecer la clausura papal, que por falta de celosías no se pudo dejar terminado todo. Salimos de Granada el 24 día de san Rafael, en Almería nos detuvimos un día. D. Ricardo con su noble corazón nos atendió misericordiosamente y nos dio de comer y los billetes hasta Madrid.

Llegamos a Madrid el 27 de octubre. No encontrábamos dónde hospedarnos. Al fin nos recibieron en las Jerónimas de Corpus Christi con mucha caridad dos días y 2 noches.

El 28 comulgamos y oímos misa en San Ginés y el Señor nos confortó con su amor misericordiosísimo. Alentó nuestra fe, prendió en nuestras almas el fuego de la caridad, y con una esperanza en su soberana providencia, a pesar de cerrarnos todo, el Cónsul Portugués nos pidió un absurdo. No teníamos para volver a Granada. En un acto de fe fuimos a los padres de M. Teresa, y su hermano nos arregló los billetes para Salamanca, y dormimos en su casa las 4, y nos dieron desayuno y 50 ptas. ¡Dios sea bendito que tanto nos ama! Llegamos felizmente, y las tres postulantes fervorosas y animadas como tres ángeles llenas de fe, el 30 de octubre. Nos hospedamos en el Servicio Doméstico de Salamanca. Llovía a diluviar, nos caía el agua, entramos en las Esclavas y estuve un buen rato adorando al divino Amor sacramentado, *Cristo Jesús*.

Descansamos y fuimos muy bien atendidas. El 31 [de octubre de 1939] a las 6 de la mañana salimos para Oporto tomando el tren a Barco de Alba. Fuimos muy bien acompañadas de un P. Benedictino hasta Porto, donde nos esperaban en la estación.

Dios sea bendito y su Madre Santísima. Amén. Tomamos el coche que nos llevó a nuestra casa, rúa Cinco d'Octubro 200, llegamos a las 8 y toda la comunidad nos recibió con entusiasmo y cariño. ¡Dios se lo pague y el Señor sea bendito por los siglos. Amén.

Permanecimos en Porto 8 días, muy contentas las postulantes de sus sacrificios en dejar sus padres y patria por seguir a Jesucristo nuestro amor, y el Señor cumplió sus promesas amorosísimas, pues ellas se les veía entrar en su centro.

El día de los Santos fue hermosísimo, el amanecer en la nueva Patria con toda la corte del cielo y del purgatorio.

Dios sea bendito, todo el día expuesto, y todas adorándole con amor, *¡en obras!* ¡Oh qué

feliz el alma que busca en Dios su felicidad y dicha! *¡Bendito sea!*

El 13 [de noviembre de 1939], a los 13 días de estar en Porto nos trasladamos a la casa noviciado de Braga. Qué gozo dejar allí aquellas tres postulantes llenas de fervor y entusiasmo.

Me volví a Porto para salir por Valença a España, y visitar nuestras casas de Sobrado, Orense.

Una nueva orden que no me fuese a España sin hacer la elección canónica de abadesa nos hizo volver a Braga. El 10 de diciembre [de 1939] se mandó la comunicación al Sr. Arzobispo Primar, el que contestó hiciésemos el oficio al Sr. Vicario, el que se personaría con sus testigos el día 13.

Se procedió a la elección con mucha unión, saliendo electa por unanimidad la M. Consuelo de Jesús Hitos, y Vicaria sor Carmen de la Adoración.

El 15 de diciembre volvimos a Porto, y después de unos días de descanso, salimos el 26 para Orense, y de allí a Sobrado del Obispo donde llegamos a las 2 de la madrugada con mucha lluvia y frío.

¡Dios sea bendito, que allí nos esperaba la comunidad con mucho amor y caridad! ¡Gracias a la Divina Providencia!

Pasados unos días se arregló el viaje de M. Luisa, Vicaria, a Porto, donde iba ya a reemplazar a M. Paz por el rescripto concedido en Roma, quedando M. Concepción aquí.

* * *

L7 C27 (32-38)

Granada (Berja), 10 de octubre de 1939

¡Oh Jesús mío dulcísimo!, que en la festividad del glorioso padre san Francisco vimos poner nuevamente la clausura y en la elección canónica establecida de nuevo la comunidad de Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios, echada de nuestro monasterio y errantes y perseguidas de muerte por los rojos más de dos años.

Pobre y desmantelado el nido de palomas se vuelve a cobijar bajo el manto de nuestra Inmaculada Madre María Santísima de Gádor y cuando entusiasmada y fervorosa en unión de las hijas creía empezar de nuevo mi vida de clausura, soy llamada a Granada para el arreglo de la nueva fundación, para el noviciado común en Sancti Spiritus de Granada, que el Excmo. Sr. Arzobispo nos dio con tanta bondad y paternal cariño. ¡Dios nuestro Señor sea bendito!

El 28 de mayo nos hicimos cargo del convento de Sancti Spiritus, ya vacío, y el 5 de julio estuvimos en la Zubia a ver al Sr. Arzobispo, en su palacio, y pedirle nos firmara la escritura del convento y nos concediera enviar a Berja 8 ó 10 religiosas a probar si podrían sostenerse allí.

Con dificultades me concedió el permiso, que fuésemos a experimentar si encontrásemos sacerdote que fuese allí de capellán, pues D. Fulgencio lo necesitaba en Granada. Aquel día el Excmo. Sr. Arzobispo *estuvo inspiradísimo, paternal* y lleno de bondad, nos parecía un santo... Hacía tiempo desde que murió el Sr. Card. Casanova que mi espíritu se sentía huérfano y una nube me ocultaba, aquello que el divino Maestro nos decía.

Al fin, el 5 de julio del año 1939 cumplió el dulcísimo Jesús sus amorosas promesas... En aquella hora que junto al sagrario de Porto, el año 1936, me sentía morir con la noticia de que habían invadido nuestro convento de Berja los rojos.

¡Oh Jesús dulcísimo, cómo derramáis en las almas superabundantemente las dulzuras de vuestro amor, cuando con vos hemos bebido el cáliz amarguísimo que en distintas ocasiones quisisteis probar la fe y el amor de vuestra indigna sierva y esclava. ¡Bendito seas!

Con nuestro buenísimo padre D. Juan Cuenca y M. Teresa volvimos. De allí nos volvimos agradecidísimas y llenas de fe y amor. Le decía a mi buena compañera M. Teresa de Jesús como los discípulos de Emaús: ¿No sentía vuestra caridad cuando nos hablaba Su Excelencia al divino Maestro consolándonos y premiando el sacrificio de un viaje tan doloroso, que hasta por teléfono me decía el Sr. Párroco: “Ahí no piensen Vds. volver más, hasta el Prelado se opondrá a que vuelvan”.

Nadie nos quería recibir... Sólo la Reina del cielo nos esperaba en su camarín vacío de todo lo de aquí abajo, que tanto adornaban su sagrada imagen. Aquel día lo ocupaba la Reina del cielo con una corte de ángeles que en dulces Cánticos llenaban el santuario de gloria. y ella llena de maternal dulzura dándome su benditísimo Hijo que tenía en sus brazos, parecía decirme: “Aquí te esperaba para pedirte no abandonéis nunca este santuario donde yo quiero seguir recibiendo el

culto y amor de mis hijos, mientras que vosotras, con vuestras adoraciones y oración desagraviáis la Santísima Trinidad de los pecados y sacrilegios cometidos en este y en tantas ciudades y pueblos de esta región; orar mucho y tener fe que si amáis y buscáis la gloria de mi Hijo santísimo en la salvación de mi pueblo, yo os estaré a la puerta del reino del cielo y os daré un trono con mi Hijo santísimo que corresponda a vuestras obras y amor de Dios y de su gloria".

Salí de allí y no podía ni hablar; la emoción me tenía muda, me encontré como si hubiera bajado del cielo.

¡Qué podré decir, Madre mía dulcísima, ahora que no sé ni hablar! Sentía en mi alma la presencia de Jesús Niño dulcísimo como si le llevase en mis brazos... La Santísima Virgen me lo dejó en el corazón, y escribiendo estos borrones no sé decir nada... mas que como san Pablo; a él invoco para que me ayude a decir, si fuese necesario y por obediencia, los misterios profundísimos de amor y misericordia que aquel día me dio a entender en su camarín la Reina del cielo, María Santísima de Gádor, nuestra dulce Madre, que con un amor maternal nos pide le ayudemos con nuestras oraciones y penitencias a salvar a su pueblo, que empezará a ser ferviente y entusiasta de Cristo Salvador nuestro y de su Madre Santísima en la medida que nuestros brazos, como los de Moisés, pidan al Señor, tres veces santo, su amorosa misericordia y perdón.

Se me fue la pluma y dije más de lo que quería y podía. Dios nuestro Señor sea amado y bendecido por siempre y su dulcísima Madre, María Santísima y el bienaventurado patriarca san José, nuestro padre y administrador de todas nuestras casas. Amén.

L6 C23 (177-179)

Recuerdo de una visita

Primer Viernes de diciembre de 1939

A mi Jesús: ¡Oh Belén!... ¡Cuántas cosas me enseñaste!... y qué hermosas virtudes toman junto a ti los santos y mi seráfico padre san Francisco!

¡Humildad dulcísima!... Veía un libro abierto en aquel celestial portal de Belén y sus letras de oro purísimo en *aquel pesebre* que contenían en aquel preciosísimo Niño toda la divinidad que dejó escrito a la posteridad de los siglos: ¡El Verbo se encarnó he hizo hombre por nosotros los pecadores!... *¡Oh humildad encantadora de Jesús en el pesebre!* ¡Dios hecho hombre sin ropas, sin abrigo, sin calefacción, sin colchoncito, sin almohada... la toca de su purísima Madre cubría aquellas virginales carnes para defenderle del frío... ¡Y yo que le he dado protesta de amor, y de seguirle con voto!... ¿imito la humildad y pobreza de Jesús? Cuánto nos cuesta que nos falte abrigo. Jesús mío dulcísimo, concédeme, que *frente* a vos, dulcísimo amor de mi alma, *me examine cada día sobre mis votos*... *¡junto al pobre!*... Quiero amaros más que todas las criaturas juntas; como tu purísima Madre adorarte, calentarte con el fuego de una caridad ardiente, estrecharte sobre mi corazón sin que halle ni una pajilla que os moleste, modificando mis sentidos y delante todo cuanto de ti he recibido.

¡Oh Jesús mío! Los viernes iré al calvario a examinar mi conciencia frente al divino cadáver... ¡Oh paciencia y humildad de Jesús! Cómo me confundes... por mi amor has recorrido los tribunales sin quejaros ni defenderos... has subido la pendiente del Calvario... coronado de espinas y extenuado por azotes, cayendo y levantando solo por mi amor sin prorrumpir ni una queja... y yo, tu esposa indignísima, a cada momento quiero soltarla... me quejo y no sufro con humildad los ab.

¡Oh humildad de Jesús, sálvame!

* * *

L8 C40 (136-139)

Sobrado del Obispo, Orense, 1 enero 1940

Después de mi llegada de Porto, 27 de diciembre de 1939, 2º día de Pascua de Navidad.

(Después de privarnos del nombre Eucarísticas)

¡En el Calvario! al pie de la cruz, junto a Jesús, Esposo de mi alma.

¿Dime, Señor mío, mi dulcísimo Jesús qué quieres que haga?

¡Oh! qué doctrina, qué palabra de vida más elocuente que oyeran las Cátedras de los Sabios de Grecia. Te oigo sí, Jesús mío, que me mandas: ¡*Sígueme*! y aprender de mí, os he mostrado mi voluntad... os quiero víctimas de amor conmigo. Os doy ejemplo: ¡*seguirlo*! No contentaréis al mundo, pero me agradáis a mí. ¡*Seguirme*!

Es Jesús Salvador divino el que salió a mi encuentro y me dijo: “La santidad se revela en las obras. Si tus obras son santas, santa serás; si son imperfectas, imperfecta serás. Ser santa como yo lo soy”.

Alma mía, ¿qué haces? Si Jesús te llama para que obres el bien, él te dará la gracia... (a pesar del mal que tienes). En él, con él y por él todo lo puedes, y nadie podrá contra ti, si eres fiel en seguirle camino del Calvario, tus miradas en su Rostro divino, tu corazón unido al suyo... ¡Adelante! No temas... S*íguele*... Y encontrarás la paz, y llena de inefables consuelos vivirás segura que cumpliendo tu santa Regla serás la víctima Capuchina que él te pide, y te santificarás, y que nada ni nadie te podrá arrebatar tu tesoro: Jesús, y en sus divinos brazos descansarás, después de haberle seguido, guiada por su amorosa mano, y que abrazada a su Corazón adorable *te salvarás*... Sin que nada, ni las criaturas, ni todo el infierno, ni la muerte me separará de él, a quien deseo amar ardientemente, a ser inmolada por su amor, muriendo en su cruz sin más consuelo que el suyo y el de mi madre María Santísima. Amén.

L6 C23 (89)

Sobrado. Orense, 7 enero 1940

¡En mi calvario junto a Jesús, busqué mi luz y consuelo!

¡Oh! dulcísimo Salvador mío, qué triste se presenta a mis ojos la subida a la cumbre... donde queréis recibir tu víctima...

Oigo los bramidos del infierno y las griterías de los judíos que como a ti, dulcísima vida de mi alma, gritan con furor: ¡crucifícala... crucifícala!... Ha sido negado sus Constituciones, no se les aprueba nada, es indigna, crucifícala, oían mis oídos en el calvario!... Es mi Dios mi Salvador... el Esposo de mi alma que me llama... y poniéndose delante de mí como un Nazareno, me mira amorosamente y me dice: ¡Sígueme!, te quiero víctima y sólo así tendrás derecho a ser la más amada de mis esposas, quiero víctimas... sígueme... Y echándome sus brazos me introdujo en su adorable Corazón y me prometió sería siempre y eternamente suya.

¡Oh Jesús dulcísimo, déjame descansar en tu cruz, donde quiero morir contigo! Sálvame Jesús mío. ¡Soy Tuya!

Amén

L6 C23 (90)

En mi calvario con Jesús y su Madre Santísima y mía, nuestra Señora, *acepté todo, incluso la muerte*.

15 de enero de 1940, en Sobrado, Orense

¡Oh Jesús Salvador y vida de mi alma!... Rezando el oficio de la Sagrada Familia, al abrir el breviario me pareció ver en el estampado la imagen de tu divino Rostro y que vuestra mirada divina dulcísima con una expresión de amor y misericordia se grababa en los ojos de mi alma, que no he podido perder ni un instante. Parecía que tu mirada dulcísima, que la luz purísima y clara como la luz del cielo, me hablaba y pedía el amor todo de mi corazón en la prueba. Sus divinos ojos entraban en mi alma como dos flechas penetrantes que me dejaban sin acción.

¡Oh seráfico padre mío san Francisco, qué sentiría tu corazón cuando el serafín abrasó tu carne y pasó con su fuego vuestras manos pies y costado haciéndoos una viva imagen del Salvador divino! ¡Dime, santo Padre, es así como tú sentías!...

Han pasado varios días y vuestra mirada dulcísima me sigue en todas partes y penetra hasta en mis huesos... Parece como si quisieras pagarme con tan indescriptible consuelo la continua meditación de tus acervísimos dolores, pasión y muerte, que llevo cada día en mi mente,

como si en compañía de tu Madre Santísima y mía, siguiera tus pisadas desde el Cenáculo al Calvario; desde el Calvario al Cenáculo en espera de tu Santo Espíritu.

Así cumpliste en mí la promesa que hiciste a tu sierva santa Gertrudis: "Por muy tibia que sea un alma, la miraré no obstante con mucho amor si medita alguna vez mi pasión". Y gracias a una santa religiosa debo, siendo muy niña pasaba largos ratos sin decir nada mirando el santo Cristo de la escuela, como sin ella no encontrase más libro que estudiar. Y notándolo la maestra (M. Clara Álvarez) me dijo las palabras de santa Gertrudis que acabo de copiar, y que no pasa un día que no busquen mis ojos ese Cristo divino que llevo grabado en mi alma desde muy pequeñita.

Tu pasión y tu muerte, Jesús divino, fue mi vida, y en ella buscó mi alma su refugio, su fortaleza y su amor. Muy pequeña volaba a tus divinas llagas como pajarillo a su nido... Allí encontré calor y fortaleza para volar a la vida religiosa más austera que encontré por imitaros y vivir unida a ti. En el noviciado, tan largo y probado ante el temor de mi débil complexión para vida tan austera, cada vez que me despedían, volaba a vuestro divino Corazón; en cada tempestad, escondida en tan divina morada se fortalecía aun las mismas fuerzas físicas, y al cuarto año, merecí recibir la santa profesión solemne. Así se pasaron los primeros años de mi vida religiosa. Enamorada de la hermosura de vuestro Corazón adorable viví escondida dentro de ti, Jesús dulcísimo mi divino mártir, bebiendo vuestra Sangre divina en abundancia, cada vez que me ofrecíais *el cáliz*... ¡Oh cáliz bajado del cielo por el ángel en el Huerto de los Olivos!... Allí lo aceptasteis por mi amor... dejándonos ¡aquel "Fiat" divino! que es el aliento y vida de las almas.

¡Misericordia, Jesús divino¡ ¡Sálvame Señor por vuestra divina Sangre! ¡Lávame! ¡Purifícame! ¡Sálvame! Ten piedad de mí.

Después, al encargarme de cargos... rechacé en más de dos veces beberlo, y ¡qué amargo fue para mi corazón aquellas cobardías que me costaron tan caras!... Volví herida a vuestro divino Corazón atraída por tu divino llamamiento y seguí tus divinas inspiraciones... La naturaleza se resistía, temía horriblemente seguir lo comenzado por tu amor. ¡Soy tan pobre y débil que con leve soplo caigo... ¿Cómo subir sola la pendiente... si te escondes cuando más entusiasmada busco vuestros brazos donde descansar junto a tu Corazón adorable, vida mía?

He llegado a lo más difícil, y parece os veo cubierto entre nubes cuando os miro llena de fe en la Hostia santa y lo mismo en aquel nido de amores, en Braga, junto a tu sagrario... que en Oporto... al recibir el 20 de diciembre una carta del Excmo. Sr. Arzobispo de Granada [...][84] comunicaba de Roma que no podríamos llevar el nombre de Capuchinas Eucarísticas. Os vi Señor a vos entre esa nube bendita de la Hostia santa, que avivando mi fe, mi amor y mi esperanza me decía: "*Acepta todo cuanto* mi representante en la tierra te dé... sigue pidiendo cuanto te tengo manifestado desde el principio, con humilde sumisión, segura ser esa mi

84 No se puede leer una o dos palabras por haber sido guillotinadas en la encuadernación.

voluntad... Mi Iglesia, como regida del Espíritu Santo, sabiduría infinita, y sustentada por infinito poder, *te dirigirá*; como mi Padre me hizo beber el cáliz cuando en el Huerto le pedía de ser posible pasara de mí, ahora yo deseo lo bebas tú, pues de *esta muerte (de escoger la mejor parte)* mi Corazón será más glorificado, y bendeciré con mayor amor y gracia esta obra, *totalmente mía*, para la que te escogí por víctima conmigo".

Fiat.

S.T.

L6 C23 (91-93)

20-I-40

Gracias al Corazón misericordiosísimo de Jesús y a su dulcísima Madre María Santísima, mi salud empezó a resentirse con el mucho frío y cansancio. Se dignó el Señor mirar como si me invitara dulcemente a las celestiales bodas, y el 19 después de las Horas canónicas que recé con la comunidad con un fervor más que de ordinario, en la comunión me sentía invitada por el Señor a sus bodas, y parecía oír durante la meditación como si alguien me dijese: "Consumatum est".

Al salir de la santa misa me sentí afónica, no podía hablar, formóse un nuevo bulto en la garganta que no podía respirar. Pero aun así yo no salía de mí misma, preparé como pude lo más necesario, quedé mareada sin dar cuenta de mí, pero me sentía dulcemente caer en brazos de la Santísima Virgen, mi dulce Madre; entonces me parecía entrar en el cielo sin amarguras, me sentía toda cubierta con la Sangre purísima de Jesús, que valía infinitamente más que mis muchos pecados, y la Sangre de Jesús me confortó y alentó a vivir.

Cuando Jesús divino avisó su llegada, una oración de un alma víctima se interpuso, y el Corazón misericordiosísimo de Jesús, revocó su mandato y me concedió vivir un poco más para que te pulimentes más en tu estado de víctima...

Gracias al Señor, me costó no poca pena me quedase de nuevo en el destierro, pues deseaba ardientemente morir para ver a mi Dios y unirme eternamente a su adorable Corazón, mi Rey y Señor. Amén.

S. Trinidad

* * *

El día 16 de febrero [de 1940] llegaron de Oporto M. Paz con sor Clara, sor Francisca y sor Pilar para el convento de Sancti Spiritus de Granada y viéndome tan grave no acertaban a

seguir su camino.

El día 19 bajé por encargo del médico a los rayos X y aprovecharon mi bajada para trasladarme a Granada. ¡Dios sea bendito! Llegué viva y mi alma en brazos de Jesús y su Madre Santísima. Quedé allí reponiéndome hasta el 1-V40, que volví a nuestro convento de Berja, donde creí y deseaba no moverme hasta el cielo. Pero aquí estuve dos meses y medio y la obediencia de nuevo me envió a Granada para el arreglo de las Constituciones. Terminadas, marché a Orense y Portugal, que pedían la visita con tal fuerza de razones, que marché en seguida a Madrid el día 27 y el 30 de agosto, a la 3 de la tarde, viaje penoso y largo. (Nos hospedamos en las Hermanitas de los Pobres Desamparados, Lagasca 17, Madrid). Descansé algo en dos días para arreglar el viaje a Portugal de dos postulantes que llevaba al noviciado y sor Víctima de compañera.

El 31, a las 11 de la mañana llegamos a Orense, donde nos esperaban dos de nuestras hermanas. El mismo día, a las 9 de la noche, subimos a nuestro convento de Sobrado del Obispo, que ya nos esperaron todas llenas de entusiasmo y fervor.

L7 C27 (37-38)

* * *

Sobrado, 2 de febrero de 1940

Hoy, 2 de febrero, día de nuestra Señora y Madre Santísima en su Presentación al Templo, me visitó el Sr. Obispo de Cádiz, don Ramón.

Ayer pasé el día en cama con una poca fiebre y neuralgias en la cara y cabeza, que tuve ocasión de ofrecer algo a nuestro Señor, pues al par de los dolores, el Señor quiso probar mi fe con varios trabajos, que *a secas*, sin luz ni consuelo alguno permanecí con él en las agonías del Huerto hasta las doce de la noche del jueves, víspera del primer viernes de mes. Uní mis agonías a las de Jesús, y desde las ocho que me dejaron despachada de medicinas y asistencia, sentada sobre la cama como de costumbre, empecé mi hora santa con Jesús, repitiendo muchas veces mi habitual jaculatoria: ¡Jesús mío, *os amo, en vos confío*, *en vos espero*! Y meditando en la pasión seguí mi hora santa entre dolores agudos y agonías de espíritu, seca como un palo y a *obscuras*...

A las once y media se encendió la luz eléctrica, y no queriendo despertasen las que dormían allí, quise levantarme a apagarla, y vi acercarse a mi cama un venerable sacerdote, alto y delgado que no conocí y me bendijo varias veces como si fuese a confesarme, que me dijo: "¿Qué temes?... ¿Qué te turba tanto? ¿Te crees abandonada del Señor como de las criaturas?...

Si tienes a Dios contigo, de ¿quién es la obra que con tantos trabajos llevas?... ¿No sabes que él pudo confiarla a otra más digna y mejor que tú, aun con milagros si quisiera? Sí, es el Señor que te quiere víctima. ¿Por qué no lo fías todo a su Providencia amorosísima para contigo, que no te abandona? Aquí, como entonces, te aconsejo manifiestes todo lo que de mí quieras, a mi sobrino, él te ayudará en todo. Déjate guiar por él. Ora mucho, que el Señor está contigo y la obra como suya la llevará a su perfeccionamiento cuando convenga a su gloria". Y al desaparecer conocí estaba glorificado, porque al pronto no sabía quién era y no me atreví a hablarle palabra. Pero cuando empezó a hablarme iba iluminándose todo en una claridad hermosísima, y lleno de luz se perdió en ella después de bendecirme y darme a besar el anillo. Desapareció dejándome inundada de una paz y alegría inexplicable, con una seguridad, como ciertísima, de que D. Ramón es un santo que goza en el cielo de una gloria hermosísima, y que será ante el Trono del Señor mi mejor abogado y defensor, mucho más que en este destierro, que fue siempre tan buenísimo padre y por quien empezó a darse la gloria del Señor en esta obra el año 1913 y 1914.

Sor Trinidad

2 de febrero de 1940.

L6 C23 (94-95)

Sobrado. Orense. *Mi Viático*. 6 febrero 40

¡Oh Jesús mío dulcísimo! Siento que el frío y el invierno de mi vida va pasando... y pronto, muy pronto cesarán las tempestades de luchas humanas... y siento el oasis de una primavera celestial...

Oh mi adorado Jesús, me parece me mostráis ya los campos llenos de mieses que empiezan a crecer y las flores del huerto que tú plantaste en mi corazón; cuando niña te venías a sembrar y regar con tu mano divina; las veo abrirse para esparcir su perfume... Y tus viñas cargadas de fruto esparcen su celestial olor convidando a beber el adorado vino que nos brindas en la Esposa de los Cánticos. ¡Oh Jesús vida de mi alma, dame de ese vino delicioso de tu amor que das en tu reino a los más amados, embriágame en ese convite eterno que me introduzca para siempre junto a ti en tu Reino!

Ya siento el arrullo de la tórtola que me anuncia tu venida, Esposo amantísimo de mi alma, y viéndote tan cerca siento extender mis alas y remontarme hacia ti y esconderme en tus llagas divinas, nido eterno que me ofreces en tu divino Corazón, que mana leche y miel dulcísima. No puedo más vivir en el destierro sin unirme a ti, Corazón amantísimo. Ciérrame la puerta para que mis ojos no vean más las miserias de la vida presente. Ven, oh amor de mi alma, y muéstrame tu divino Rostro, y suene tu voz dulcísima en mis oídos, y mándame ir a ti, para que con tus ángeles

y santos te bendiga por los siglos de los siglos. Amén.

L6 C23 (96)

28 de febrero de 40

Aquí se me presenta mi buena M. Paz con sus dos compañeras de Porto para llevarme a Granada.

¡Qué cambio, Dios mío!... ¡Tan consentidica como estaba de irme con vos, Dios mío, y todavía me dejas en la tierra!... Si esta es vuestra santísima voluntad no rehusó cumplirla. Cumpliré vuestra Santísisma voluntad.

¡Fío Señor en vuestro santísimo Corazón que me llevéis en vuestros brazos y me clavéis con vos en la cruz. A Granada voy, Jesús dulcísimo, y allí os espero tan Padre misericordiosísimo que cuidéis de mi pobre alma. Sálvame, Jesús mío, y lávame con tu Sangre divina y quedaré blanca como la nieve.

Sor Trinidad

L6 C23 (97)

Sobrado del Obispo, Orense, 1 marzo 1940

¿Mi última hora? ¿Será ya Jesús mío?

¡Oh Jesús dulcísimo! Sed vos siempre para mí.

¡*Jesús, Jesús, Jesús, Jesús* mi Jesús misericordiosísimo! para mí, en mis últimos momentos *sed mi Jesús En vos confío, en vos creo, a vos amo, en vos espero*... (15-II-40).

En mi juicio, *mi Jesús* dulcísimo misericordia mía, *lávame* con vuestra preciosísima Sangre, y con las lágrimas de vuestra Purísima Madre María Santísima, y por ella *olvida y perdona mis pecados e ingratitudes*, y hazme digna de perdón y misericordia...

¡Jesús Divino! Os amo con todas las veras de mi corazón y de mi alma, *cuanto puedo y sé*. Concédeme consumirme completamente en vuestro amor como en el fuego se purifica y pierde el orín del metal, así *consumir* y pierde en ese fuego divino este hierro viejo ¡que tanto manchó la blancura de tu obra!, que pusiste en mis manos para que copiase en él las virtudes de tu adorable Corazón, y las de tu Purísima Madre María Santísima, Madre nuestra; para modelo y copia de estas hijas que me diste vos mismo, para que viviesen siempre cada casa como vuestra casita de Nazaret, obedientes, humildes, silenciosas y pobres *como la Sagrada Familia, laboriosas* ganando el sustento con el trabajo: *bajo la obediencia, abnegada y humilde* y llena de fe y amor de Dios, *sin ostentación ni ruido ni propio*.

¡*Con la unión, amor y caridad que en el Cenáculo* copiando la humildad del divino Maestro.

Amen.

L7 C31 (87)

¿Mi última hora?

"Haz Señor Jesús, que todas aquellas a quienes alimentas con tus Sacramentos, imiten constantemente los ejemplos de tu Sagrada Familia para que en la hora de nuestra muerte, saliendo a nuestro encuentro la gloriosa Virgen tu Madre, con el bienaventurado san José merezcamos ser recibidos por ti en las moradas eternas. Señor que vives y reinas..."

Muy amadas todas en nuestro Señor Jesucristo y nuestra Madre María Santísima. Me siento cerca de mi fin y querría reuniros a todas en torno mío y deciros a todas y a cada una todo cuanto el dulcísimo y divino Corazón de Jesús me hace sentir en estos momentos, que con tanta dificultad muevo la pluma.

Mucho deseé siempre desde que el Señor me llamó para sí hace cincuenta y dos años, poco más o menos, le pedía con lágrimas me concediera ser su pequeña víctima, y mirándole crucificado (siendo muy niña, sentía deshacerse mi corazón de dolor y le pedía se bajase él de la cruz y me subiese yo y así se lo pedí muchos años). Consultando al confesor, me dijo: Que engaño hija... el nombre de víctima es bonito y gusta mucho eso de ser víctima de Jesús... pero los efectos reales de una víctima son horribles... y antes se debe pedir *saber ser víctima*. Me asusté y ya lo pedía con miedo. Ahora me siento pegadica a su Corazón divino y parece acepta ya mi deseo, y creo voy a él... ¡Qué dichosa me siento cuando me parece que al recibirle en mi alma Sacramentado me siento en el baño de su Sangre purísima, limpia y adornada con la gracia divina que purifica y perdona mis muchos pecados. Repito aquello de san Pablo a los Filipenses que expresa lo que yo quiero deciros en mis últimos momentos, y no sé expresaros mis deseos y sentimientos y empiezo este pequeño Manual que deseo guardéis siempre en vuestros corazones, como la última voluntad y expresión que nuestro dulcísimo Jesús puso en mi alma para todas vosotras, hijas amadísimas de mi alma, que me seguisteis con tanta fe, perseverancia y amor en este largo Calvario que llevamos desde el año veintiuno que salisteis conmigo, llenas de fervor de aquel bendito convento de San Antón, por orden del Sr. Arzobispo, Emmo. Sr. Cardenal Casanova y Marzol, y todas las que por inspiración del Señor vinieron y voluntariamente siguieron el camino comenzado por la santa obediencia aquel santo e inolvidable Prelado que nos tomó como "una bendición de Señor en su episcopado" como lo repetía muchas veces en público y en privado, especialmente en el pontifical que celebró el 24 de septiembre en la inauguración solemne de nuestra fundación del convento de Nuestra

Señora de Gádor en Berja.

Os ruego por amor de Dios, a todas, presentes y futuras, y os repito amadísimas en el Señor, *vivir siempre unidas* a la voluntad de Dios por *una obediencia humilde y abnegada* a sus Prelados y Superiora y caminaréis alegres y contentas *viendo a Dios* que os dirige por vuestras legítimas superioras. ¡Si tenéis fe en las promesas de Jesucristo, yo os prometo que seréis felices en las mayores pruebas... "¡*El Señor es*!..." *El* os dará valor y fuerzas para vencerse y seguirle con mérito y provecho de vuestras almas, y la paz y amor de Dios y la caridad y unión perfecta de unas con otras hará de vuestras comunidades un pequeño cielo en la tierra. Si obedecéis como a Dios a vuestras legítimas superioras os prometo las bendiciones del Corazón Eucarístico de Jesús y de su Madre Santísima y bienaventurado san José, a quien os encomiendo diariamente, especialmente en estos momentos que cerca de mi juicio he de presentarme al divino y justo Juez nuestro Esposo dilectísimo, Padre amantísimo de nuestras almas y Salvador misericordiosísimo que vino a nosotros del Padre a padecer y morir por salvarnos... ¡Bendito sea! Y él os bendiga siempre y os de su amor divino, su caridad perfecta y su paz como yo desde este momento os envío a todas con todo el amor que él se dignó comunicarme para todas y cada una de vosotras a quien pido me encomendéis al Señor en vuestras oraciones, y perdonéis de corazón cuanto os di de penas y malos ejemplos, que yo de todo corazón y con el mayor cariño os encomiendo al Señor y perdono, no mis ofensas que no recibí siempre de todas sino atenciones y pruebas de sumisión y amor, perdono de corazón a las que se sintieron heridas de mis consejos imprudentes tal vez, y no siguieron el camino comenzado. A todas perdono, amo y encomiendo al Señor para que perseveréis fieles en el servicio de Dios.

Amén.

Amadísimas hermanas mías: Os *suplico y encomiendo la unión, amor y paz entre sí*. Detestar la soberbia, envidia, rencillas y murmuraciones... Vivir como Jesús vivió en la casa de Nazaret. *El mayor y más grande de todos*, allí es más pequeñito y humilde. "Et erat subditus illis". Sea este nuestro modelo, el divino Jesús obediente y humilde, imitad a la Santísima Virgen... ¡seguirle! en todos los pasos de su vida hasta la muerte de cruz... No os separéis nunca *de nuestra Madre Santísima*, Maestra divina de nuestra Orden. ¡*Imitarla, hijas mías*, es ella nuestra Superiora General, nuestra Maestra, *nuestra Madre*.

Cuando el demonio os turbe con alguna tentación, inmediatamente buscarla... 15 minutos de consulta y oración a sus purísimos pies os habrá desvanecido todas vuestras luchas, y castillos de imaginación, que el enemigo[85] forma para turbar vuestra paz, disipará las nubes que el amor propio os forme; y saldréis de su escuela ilustradas, caritativas, humildes,

85 Cambia *demonio* por *enemigo*.

llenas de paz y alegría; haciendo bien a vuestro paso, llevaréis en vuestro rostro los destellos de la luz de la que es “Sedes sapientiae” y con perfume de humildad en vuestros pasos, iréis rociando la caridad y amor a vuestras hermanas como los niños llenan los caminos de flores. Así vosotras hijas mías iréis difundiendo por todas partes las virtudes de la Santísima Virgen María, Madre nuestra. Porque bebisteis su virtud en su misma fuente, en Nazaret... No salgáis de allí hasta que formadas como Jesús; empecéis mayores ya a padecer por su amor y su gloria. *Mucho amor y fe*, que Jesús dulcísimo será su amor vuestra recompensa aquí y su posesión segura en el cielo. Amén.

I

¡Oh Jesús dulcísimo!, que en estos momentos oiga estas palabras: “Mira las delicias de la casa de mi Padre, y ven a gozar de ellas por siempre”.

“Qué buscáis”. Dijisteis a mi corazón cuando os llevasteis a mi madre. Sentí con la orfandad la luz de tu divino espíritu para deciros como vuestros primeros Discípulos. “Maestro, ¿dónde moras?”. Os repetía más de tres años en la puerta del Sagrario de aquel primer convento donde mi padre nos llevó para educarnos... Maestro mío, dónde moras quiero vivir siempre contigo... y vocación de ser monja no tengo. Dónde moras Tú, Jesús mío... Así empezó mi vida, al acabar la de mi madre.

¡Oh Jesús dulcísimo, son 50 años los que hoy hace perdí a mi madre, y como el ciervo herido busco en ti el agua purísima para saciar aquella sed de felicidad y de vida que soñaba con todo el amor de mi alma... Y te encontré, mi vida, en la sagrada Eucaristía, donde sin conocerte iba muchas veces al día y a la noche (cuando creía nadie me veía) a preguntarte, Jesús mío, a dónde moras... Quiero venir a jugar contigo... Sorprendida por una santa religiosa que me observaba, me dijo: “Llámalo mucho que él te ama mucho y vendrá a desposarse contigo”. Tan chica yo, y así tras él llevo 50 años de buscarle... pero con tantas imperfecciones unas veces, y pecados tantos... Fui tan impetuosa y fuerte en mis ansias, me acordaba de mi padre y hermanos y salí unos meses... y nadie me podía sufrir... En todo encontraba peligros... la familia y parientes me atraían, y temí pegarme al mundo, que no me soltara; el corazón empezó a sentirse atraído por halagos y promesas... y Jesús salió a mi encuentro preguntándome severamente: ¿Qué buscas en las criaturas?, me dijo (en un próximo peligro). Señor y Dios mío qué queréis os haga, dime, ¿dónde moras para ir a ti, Señor y Dios mío?

Mostróme su camino, *de calvario*... las estaciones a seguirle, me llevó a Getsemaní... me dio a beber su cáliz, me pidió me ofreciese su víctima y atrajese a su sagrario muchas almas que le adorasen y reparasen con su penitencia y oración las ofensas que recibe en su Sacramento de Amor por los malos sacerdotes, religiosos y almas consagradas, y por los que odian su Sacramento de Amor.

He sacrificado por su amor cuanto más amaba Dios mío, he querido consolaros, he consagrado a vuestro servicio mi vida entera con el único deseos de amaros más, de daros gloria. Que muchas almas te amen, te adoren y consuelen. Ahora espero de vuestro corazón misericordiosísimo me recibáis en vuestras llagas por nuestra Madre María Santísima.

II

¡Oh Jesús dulcísimo de mi alma, os amo con todo mi corazón! Veo el fin de esta vida presente que pasa veloz... en espera del Juez, y tengo que dar cuenta estrechísima de mis actos... tal cual sean sin disculpas ni recomendaciones... ¡Seré juzgada por mi Juez justísimo!... Si fui hasta la hora presente fiel al amor y correspondencia que me pidió en el momento de consagrarme a él para siempre... Entraré con él a celebrar mis bodas eternas... ¡y *para siempre*! y seré enriquecida de su gloria según el aprecio y estima que hice de las gracias y beneficios que recibí; y si desgraciadamente encontrase ingratitudes y tibiezas... qué dolor sentirá mi alma ¡verlo triste y descontento de mi amor después de tantas promesas y sacrificios por amarle siempre con toda mi alma!... *Sólo a Jesús, mi Jesús mi dulcísimo Jesús de mi alma*.

Unos momentos me restan de vida, Jesús amantísimo de mi alma. ¡Déjame el Corazón Purísimo de vuestra Madre para amarte como ella te amó... ¡Madre mía, sed mi Madre de misericordia! Concédeme tu maternal influencia, dile al divino Jesús vuestro Hijo santísimo que *sois mi Madre amantísima,* que olvide mis ingratitudes y *perdone mis pecados*, y me reciba en su amorosísimo Corazón donde me refugié siempre que las tempestades amenazaban mi ruina. ¡Madre mía María Santísima, san José, protector y abogado amantísimo, presentarme al Soberano Juez y decirle celebre las bodas conmigo y sois mis más nobles y ricos padrinos. Confío y espero de vuestra piedad y misericordia, benignísimo Jesús, que por vuestra Pasión y muerte seré sana y salva. ¡Jesús mío ten misericordia de tu Trinidad que sólo a vos ama con todas las fuerzas de su alma.

¡Jesús dulcísimo! Volved a mí vuestra mirada amorosísima; y *limpia mis miserias*, con vuestra gracia y piedad; acordaos que acosada por el lobo infernal (siendo muy pequeñita) me cogisteis en vuestros brazos, curando con vuestra Sangre divina las heridas y mordiscos de aquel infernal dragón y quede escondida en vuestro Corazón adorable, y no me dejasteis salir jamás... Allí enseñasteis a mi alma ciencias divinas... alimentaste mis debilidades con manjares fuertes, y de una vil mariposilla, gusanillo miserable, encenagado en tantas miserias y halagos de las criaturas que me perseguían de muerte... El demonio conocía los lazos de amor que me tenían ligada a ti, Dios mío, a quien me consagré a los 10 años de mi vida... inocente y sencilla vio mi alma dispuesta a despertar... y me disteis fortaleza para luchar y vencer, y en los momentos más arriesgados de la lucha me disteis alas para remontarme a las regiones de luz

y de paz... donde esta cieguecilla con la influencia de vuestras misericordiosa mirada... con el soplo suavísimo de vuestro espíritu entró en la luz verdadera, donde vos lo llenáis todo de paz de bienes inexplicables e incomprensibles a nuestro humano entendimiento. ¡Oh grandeza y sabiduría de Dios!... ¡Quién podrá comprender tus divinos arcanos y volver la luz y fe a esta tierra de tinieblas y pecados!... ¡*Solo tú, Señor y Dios mío* Todopoderoso e invencible, trocar en polvo y ceniza las grandezas y poderío de los hombres que serán eternamente reprobados, los que no os reconozcan por el Dios de Majestad infinita, hecho hombre y esclavo, morir en una cruz para quedar con nosotros Sacramentado de compañero y alimento de las almas!... ¡Bendita y alabada sea vuestra misericordia y bondad para con nosotros pobres pecadores! ¡Tu grandeza es igual a tu misericordia!

¡Jesús dulcísimo, frente al sepulcro que dentro de pocos momentos quedará mi cuerpo sepultado y mi alma volará a ti, mi Señor y mi Dios, os pido me dejéis ir en espíritu a aquellos palomarcitos que vos formasteis para vuestro consuelo, recreo y descanso y visitar antes de partir aquel santuario, relicario de tantas santas que nos educaron cristianamente y prepararon nuestro corazón para que vos fueseis absoluto dueño de mi ser, y a los pies de aquellas santas religiosas con quien conviví, (colegiala 3 años y medio en las Clarisas de Santa Inés y después en mi amado convento de capuchinas de San Antón 33 años) donde dejé por vuestro amor y por vuestra gloria impulsada por el santo cardenal Casanova a abrirle nuevos palomares que os adorasen en espíritu y verdad día y noche en reparación, expiación y desagravio, y a los pies de todas aquellas buenísimas madres, pedirles me perdonen los malos ejemplos, inobservancias, faltas de caridad, de silencio, de mortificación, etc... y cuanto con el carácter impetuoso y poco humilde hice sufrir a mis maestras y superioras; y cuando superiora a todas las súbditas que me concedió el Señor y lo mismo a los demás conventos de Chauchina, Berja, Granada, Orense, Melias, Sobrado, Braga, Porto y Lisboa, *a todas pido por amor de Dios me perdonen y encomienden al Señor* para que pronto cumpla el purgatorio y llegue a gozar eternamente de mi Reino de Dios en el cielo.

Sor Trinidad

III

Mis amadas hermanas en Jesucristo, vida de nuestras almas.

Todavía parece que Jesús dulcísimo quiere padezca con él nuevas tribulaciones... y cuando me entregué a él para entrar en su Reino llena de regocijo por parecerme verlo en su Reino hermosísimo, radiante de gloria, hermosísimo y rodeado de sus ángeles y santos... con su Madre Santísima, nuestra Madre Purísima Reina de los cielos y tierra... parece que viene a mi encuentro como anunciándome un nuevo calvario, y oigo sus palabras en el fondo de mi alma...

“Acordaos de las palabras que os he dicho, el siervo no es mayor que su amo. Si a mí me han perseguido, a vosotras también os perseguirán... Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo; mas porque no sois del mundo, antes yo os escogí del mundo, por eso os aborrece el mundo... Esto os he dicho para que cuando viniere la hora, os acordéis que yo os lo dije. No os dije estas cosas al principio porque estaba con vosotros”.

Como de costumbre abrí el santo Evangelio, y en su meditación, comprendí a nosotras, especialmente en estos momentos de vida quería el divino Maestro *sellarnos en nuestros corazones* esta doctrina como si nos anunciara nuevos trabajos y penas por su gloria, y como recordando sus ejemplos admirables me repetía como otras veces: “Soy vuestro Maestro imitarme, aprender las virtudes de mi Corazón, practicarlas...” Mi Madre os enseñara mis ejemplos desde Belén al Calvario...”

Qué palabras tan consoladoras me habla el Señor como si en esta enfermedad se constituyera mi compañero, mi hermano, mi padre. La enfermedad es un regalo dulcísimo porque con él en la cruz me hace sentir sus dolores y su amor; sus desamparos y el deseo ardiente de padecer por la gloria de su Padre celestial, y por amor nuestro; su sed ardiente de salvar almas sin recibir de los hombres mas que ingratitudes y la muerte... Y cuando agobiada de trabajos junto a su Corazón adorable mis penas... mis desalientos... mis desolaciones y abandonos, y lo más difícil de aceptar, que las almas que conmigo fueron escogidas para inmolarse y amar la pobreza, las humillaciones y desprecio por ofrecernos en reparación expiación y desagravio, nos olvidamos... y como cansadas de nuestra pequeña cruz nos retiramos en el camino del Calvario y dejamos muchas veces a Jesús solo con nuestra Madre María Santísima y San Juan; y queremos el Tabor, gozar con Jesús el cielo en la tierra, pero no conformarnos con él en la pobreza, humildad y obediencia que él nos enseñó y eligió entre muchas almas que le siguen. Él a nosotras nos eligió por compañeras de su Amor Sacramentado y como su Madre Santísima, nuestra dulce Madre, perseveró al pie de la cruz con él, siguiéndole amorosa en sus trabajos y reparando en su Corazón Inmaculado le ofrecía ya a sus hijas, que imitándola en toda su vida con Jesús, le presentaba su pequeña porción de almas humildes que darían reparación y amor por los que pecan y no le aman.

¡Oh Madre mía dulcísima, que permanecisteis al pie de la cruz de vuestro divino [Hijo] hasta recibir su adorable cuerpo en vuestros purísimos brazos estrechándole en vuestro Inmaculado Corazón!... Entonces, Madre mía, veíais en vuestras ansias de consolaros, que estas hijas os acompañarían siempre con fe y amor, abrazarían la pobreza, el sacrificio y la obediencia con fe, que vos llevaréis en vuestro dulcísimo Corazón nuestros dolores y trabajos y le ofreceréis, Madre mía, a tu Jesús divino, el amor de nuestras almas.

Para cumplir nuestras promesas de amarle siempre no apartemos nuestra mirada de Jesús, María y José. Sí, hijas del alma. ¡Viendo a Jesús nacer en un establo sin abrigo, no

daríamos por su amor cuanto nos pidiese!... Él quiere que siguiendo con ellos nuestros días en la tierra, sigamos sus ejemplos y los de su Madre Santísima y san José. No busquemos agua en otros acueductos, ir a la fuente purísima que salta a la vida eterna... ¡Vamos a Jesús!... detengamos en los dones que él repartió gratuitamente como a nosotras para santificarnos. Saquemos el agua de la fuente divina del Corazón adorable de Jesús, y el Purísimo de nuestra Madre. Seguidla, aunque os cueste el camino, y así como nuestra divina Madre María Santísima fue a Egipto, a Jerusalén y a Judea, tan en Dios, que le llevaba dentro de sus purísimas entrañas, y nosotras, que le recibimos cada día en la sagrada Comunión imitemos a nuestra celestial Maestra subiendo las montañas de Judea a *servir*, a *servir* a su prima santa Isabel, y llenó de gracia aquella casa y familia... Así nosotras imitémosla con generosidad y amor, y llenas de fe llenaremos las almas del don de Dios en nuestra santa vocación que nos eligió el Señor como quiso, y nos concederá en esta vida y en la otra, que con nuestra dulce Madre, María Santísima, cantemos un perpetuo *Magnificat anima mea Domino*. *Así sea*, y pido al Señor para todas, presentes y futuras, y para mi vuestra sierva en el Señor.

Sor Trinidad.

IV

Sólo me resta, carísimas madres y hermanas, nuestra Congregación de esclavas y víctimas perpetuas de Jesús Sacramentado y siervas humildísimas de nuestra Madre María Santísima, Madre de Jesucristo, nuestro divino Señor y Esposo dilectísimo, a quien adoramos como fidelísimas esclavas en espíritu y en verdad.

Nos ofrecemos sí, madres y hermanas carísimas, al Corazón eucarístico de Jesús, por el de nuestra Madre María Santísima, a la que confío, pido y recomiendo nuestra amada Congregación en la que intervino su Corazón Inmaculado como todas sabéis. Oh Madre compasiva y amantísima de vuestras humildes y hijas y fidelísima siervas, queremos vivir y morir bajo vuestra maternal protección, dignáos, Madre mía Santísima, acoger vuestra pequeña familia en el número, pero grande en los deseos de atraer las almas a la sagrada Eucaristía por vos, Madre de amor y misericordia, somos tus hijas, escuchad nuestras súplicas, inclinad vuestro Corazón Inmaculado a esta tu familia predilecta, presentadla vos misma al Tribunal del Soberano Juez y reclamadla como la parte de vuestra herencia, pues vos fuisteis la que conociendo nuestra gran debilidad al pedirnos vuestro divino Hijo salir a salvar las almas de los niños y acercarlos a la sagrada Eucaristía antes de ser manchados por el pecado mortal... llena de temores acudía a vuestros pies santísimos a pediros intercedieras para que derogasen su misión en otras almas más fuertes... que le siguiesen y vos, mi dulcísima Madre, como en el Cenáculo, nos encomendaréis la misión apostólica enviando la mitad a las misiones de los niños pobres y abandonados y la otra mitad adorando la sagrada Eucaristía día y noche,

uniendo las dos vidas en esta vuestra amada familia que vos, mi dulcísima Madre, tomasteis en vuestro Corazón Purísimo, y hoy que creo estar próxima a terminar mi carrera fortalecerme y fortalecer a estas hijas tuyas imprimiendo en sus almas el sello de esclavas de la sagrada Eucaristía, a quien adoramos en espíritu y en verdad... con vuestra ayuda y especial protección no temeré decaiga nunca el espíritu eucarístico que vos, mi Madre dulcísima, imprimisteis en mi alma en la Primera Comunión.

Y así como Elías sostenido por un pan, que sólo era figura de tan divino alimento, pudo caminar cuarenta días hasta el monte Horeb... el Pan eucarístico que nos alimenta y da vida en 40 años de luchas y oscuridades, nos ha de fortalecer hasta el fin si vos, mi Madre Santísima, protegéis y guiáis, como a los Apóstoles y primeros discípulos para llevar a las almas del mundo entero la fe y el amor a este augustísimo Sacramento de amor. Madre mía dulcísima, a vos entrego vuestras hijas, que Jesús divino os confió a vuestro Corazón Inmaculado como Madre Maestra y protectora de las esclavas y víctimas de la Sagrada Eucaristía y siervas de vos, mi adorada Madre al pie de la cruz.

¡Oh Madre mía, que visteis correr las últimas gotas de Sangre de vuestro Hijo en la cruz, agonizar y morir, que contasteis los últimos latidos de aquel Corazón divino muriendo de amor por los hombres de los que recibía aquellos tormentos y la muerte... Vos, Madre afligidísima, que oísteis la voz dulcísima y moribunda, encargaros nos tomaseis por Madre nuestra ¡como último encargo, que aceptasteis con tanto amor y dolor, para cumplir su voluntad adorable, Madre mía santísima, aceptar hoy la consagración que os hago antes de morir... cuando mi corazón, con el de vuestro Hijo santísimo en la cruz completamente unido sienta con él el c*onsumatum est*.

¡Oh Jesús mío dulcísimo, danos vuestra Madre, Madre mía, aceptar mi vida y mi ser como hostia de reparación y desagravio!... *Deseo únicamente cumplir la voluntad de Jesucristo en vida y en muerte*; y su voluntad Santísima, manifestada *tantas veces, es* que os tengamos a vos por modelo, maestra y madre de esta familia eucarística y apostólica que vos, Madre mía, habéis fortalecido y educado en la escuela de vuestro Purísimo Corazón desde los primeros pasos (que como prueba en sorteo de aquel consejo de santas y venerables madres hicieron para darme el nombre, cuando pedía con insistencia me dejasen el que recibí en el santo bautismo).

Salió primero el de *Trinidad* y hicieron para el segundo, y salió *del Purísimo Corazón de María*. *Nadie dudó ser aquella* la voluntad del Señor (porque proponían otros) y la Rvda. M. Abadesa, M. Bruna de la Soledad Collados nos dio una preciosa exhortación para que renunciando aquel apego en conservar mi nombre me hiciese merecer de la Santísima Trinidad me regalase el Corazón Inmaculado de María Santísima para librarme de las furias del infierno que se levantaría contra mí y fuese el refugio, navecilla que me condujese a la Patria del cielo,

sin sucumbir en la difícil carrera que me esperaba... Desde entonces, Madre mía adorada, me habéis salvado como madre amantísima. ¡Salvar hoy, en los momentos difíciles, en la barquita de vuestro Corazón Inmaculado a *vuestra Congregación, que vos me confiasteis* aquel Viernes Santo... ¡Madre mía, *conducidla vos misma a vuestro Hijo santísimo* y presentársela en vuestro Corazón Purísimo! *Me desapropio y entrego en vuestras manos cuanto puedo hacerlo de la responsabilidad que con el cargo me confió Jesús en su Vicario en la tierra, y os proclamo y reconozco como la única persona dueña y directora de estas hijas, presentes y futuras,* para que vos, con vuestro Hijo santísimo, forméis las almas víctimas hostias *con él* en el Santísimo Sacramento. *Renuncio, pues, desde este momento al cargo y dirección eligiendo a vos por cabeza y Madre de vuestras hijas,* víctimas adoradoras o esclavas de la Eucaristía y de vuestro Corazón Inmaculado a quien *me entrego con todo mi ser, corazón y alma*, vuestra h. h. esclava,

Sor Trinidad.

L7 C31 (88-101)

1 de mayo de 1940

Convento de Capuchinas, Sancti Spiritus

Primer aniversario de esta fundación. *Granada*

¡Mayo!... Mes consagrado a nuestra dulcísima madre nuestra María Santísima y primer aniversario de nuestra venida a esta nueva fundación de Granada. El 28 de mayo de 1939 entramos para empezar una nueva vida de sacrificios, adoración e inmolación al Santísimo Sacramento, a quien nos hemos consagrado para siempre bajo el amparo y protección de nuestra dulcísima madre, María Santísima, que como Madre, Maestra y Superiora General de esta nueva familia seráfica, que desde sus primeros comienzos fuimos consagradas a ella, correspondiendo a los deseos de su purísimo Corazón que “quiero que vuestros conventos sean verdaderos cenáculos en donde unidas en espíritu y en verdad, abrasadas en el divino amor a mi Hijo Sacramentado con él os ofrezcáis víctimas de expiación, reparación y desagravio por los pecados del mundo, que provocan la ira del Eterno Padre, que quiere castigar al mundo... *Inmolarse con amor, haced penitencia, reparar los pecados horribles* y tened caridad para con vuestros hermanos que no perezcan, orar mucho y no ceséis de clamar”.

Gracia especialísima de nuestro divino Salvador, que por su Madre Santísima ha querido darnos después de la guerra espantosa sufrida, darnos el convento de Orense y el de Granada en el mismo mes y año. Dos años estuvimos refugiadas en Orense durante la guerra, en casas alquiladas, y el primero de mayo, el dignísimo y santo obispo de Orense nos dio, de acuerdo con su Cabildo, el palacio de Sobrado, y agradecidas y llenas de fe y amor entramos en aquel palacio bendito, ansiosas de santidad.

Establecida allí la comunidad el 20 del mismo mes, vinimos a ver nuestro convento de Berja (Almería) completamente destruido y robado... Llegamos allí el 26 y la Santísima Virgen nuestra dulce madre nos pidió le restaurásemos la casa y volviésemos a ella para acompañarla y pedir por aquel pueblo que tanto habían ofendido y ultrajado su sagrada Imagen. Eran sus hijos y quería salvarlos, y quería le ayudásemos nosotras a orar y hacer penitencia.

Se lo prometí solemnemente y dejé allí dos religiosas y una novicia que empezaran a pedir y recoger lo que quisieran darle (y una postulante). Ellas cumplieron el encargo, y nosotras vinimos a Granada el 28 para tomar posesión de esta casa de Sancti Spiritus, que nuestro P. D. Juan Cuenca había pedido al Sr. Arzobispo para nosotras. ¡Dios sea bendito! y nos concede por su Madre Santísima que le demos la gloria que espera de nosotras y que nos santifiquemos en el cumplimiento fiel de nuestra santa Regla y Constituciones en la adoración del Santísismo Sacramento. Amén.

Granada, 1 de mayo de 1939. Entramos en el convento de Sancti Spiritus que nos dio el Excmo. Sr. Arzobispo con tanta bondad y benevolencia. ¡Dios sea bendito! y su Madre Santísima de las Angustias, que mirándonos con el amor de madre lejos, perseguidas, desterradas (y obedientes a su voluntad) volvió sus maternales ojos misericordiosos a sus hijas esparcidas y fieles a su vocación... y con sus purísimos ojos nos atrajo a sí, bajo su celestial manto de las Angustias... ¡Ella nos hizo nacer cuando la Coronación el [...][86]. Que mi buenísima maestra, M. Sacramento (q.e.p.d.), las mandó ir en figura de bandadas de palomas que alrededor de su sagrada Imagen volaban sobre la muchedumbre, mientras la comunidad oraba en el coro con inexplicable fervor. El Señor le manifestó a una religiosa que “aquellas palomas que salieron de sus torres a coronar o presenciar aquel memorable acontecimiento, serían las almas que saldrían más tarde a fundar las capuchinas víctimas adoradoras de su santísimo Hijo Sacramentado”.

Y que el Sábado Santo del año 25 saldrían de madrugada al santuario de sus apariciones de la Virgen del Espino, y de allí llenarían muchos Santuarios de almas víctimas, que unidas a la Víctima divina alcanzaran al mundo las divinas y amorosísimas misericordias del Corazón dulcísimo de Jesús por mediación de su divina Madre María Santísima nuestra madre amantísima al pie de la cruz, y Madre de las Angustias.

Ella nos trae a Granada sin pretenderlo; queremos volver a nuestro convento de Berja, y el Sr. Arzobispo nos manda quedar en Granada. Qué amor tan grande el de Jesús y María. ¡Benditos sean por siempre! Amén.

Hoy, 13 de mayo, el Señor me regaló con su cruz bendita. *Amén*.

Hoy, 13 de mayo de 1940, el Sr. Arzobispo nos concede el Carmen de Conchita para el primer noviciado común, si tenemos quien nos haga la obra. El Señor me tiene en su cruz y por

86 Deja espacio para poner la fecha.

añadidura más enferma y más inútil... hasta el punto de no sentir ni alegría, ni entusiasmo al recibir esta nueva gracia tan deseada en mejores tiempos.

Llevo tres días angustiada, sin ánimos, con miedo. ¿Quién hará la obra? Cómo caerá en Granada con tantos enemigos buenos que les cayó tan mal nuestra venida a Sancti Spiritus ¿Cómo caerá ahora el Carmen?... Casi preferiría otra o en otro sitio más lejos...

El 15 fue completo de angustia y penas. Al fin me entregué en manos de Jesús y toda inútil me metí en la cama, en la enfermería... Cerca de las 12 oía los gritos del infierno. ¡Cuántos pecados públicos entristecían grandemente mi corazón, y entonces elevé mi espíritu al Señor y quise rezar el santo Rosario por aquellos infelices... y no podía; entonces repetí el Alma de Cristo, No me mueve... etc. y varias Aves Marías, sintiendo que el castigo lo merecíamos, y pedía mucho al Señor tuviese misericordia y enviase el fuego de su amor por el Espíritu Santo, como llenó a los Apóstoles de aquel divino fuego. En esta meditación perecía ver aquella grande escena de Pentecostés y que la Santísima Virgen extendía su fuego sobre todo el mundo y parecía el cielo abierto y el mundo bañado de luz y de fuego divino, y muchas almas de las que aún viven, recibían aquel fuego divino en forma de lenguas de fuego. Me parecían tantos pecadores convertidos que corrían a recibirle con fe... En fin no sé explicar lo que sentí en aquellos momentos. Me pareció [ver] a Conchita junto a la Santísima Virgen, y queriendo desentenderme si no sería ella, se me acercó diciéndome: "¡Qué esperas ya... con tan poca fe ¡Si el Señor te da el Carmen, te dará los medios si tu fe corresponde a la misericordia con que el Señor te bendice en la obra! Así como te concedió el noviciado y la casa, coronará la obra con la aprobación según los deseos de su Corazón divino, aunque no como tú deseas es el gusto y voluntad de Dios... Acéptala con amor y entusiasmo. Él y su Madre Santísima nuestra madre cuidará de vosotras, de su formación, y os bendecirá; pero no esperes fácil conseguir el Carmen, mi padre será el primero en oponerse, mientras el viva no lo conseguirás... Solo la oración y penitencia de vuestras comunidades alcanzarán del divino Corazón de Jesús esta gracia por intercesión de nuestra amada Patrona y Madre de las Angustias, que tanto os bendice y ama". Me dejó esta visita tan consolada y tranquila, que no volví a insistir más.

Lo encomiendo a las oraciones de todas y me marcho a Berja donde la Reina de cielos y tierra me espera para acabar de formar aquel nido de palomas eucarísticas que ella guarda en los pliegues de su manto purísimo, para que adoremos a su Hijo divino donde fue tan ultrajado.

Madre mía dulcísima, Madre de Jesús y de tus Capuchinas Eucarísticas ¡sed nuestra madre en estos momentos, y condúcenos tú misma, madre mía, a tu Hijo divino para que coloquéis el noviciado único, donde sea vuestro divino querer; sólo deseo cumplir vuestra adorable voluntad, y que seáis siempre vos, madre mía, la Maestra y Madre de tus hijas compañeras y esclavas de Jesús Sacramentado, y forméis vos las almas, según vuestro Corazón purísimo, humildes, silenciosas, recogidas, pobres y sacrificadas por amor a Jesús... como vos,

madre mía, vivíais en Belén, en Nazaret y en el Cenáculo. Sean estas casas, madre mía, *tu escuela*. Madre mía, ser tú la Maestra y Superiora, y que todas las postulantes y novicias imiten las virtudes de tu Inmaculado Corazón. Madre mía, que su espíritu de sumisión y obediencia sea el tuyo en el momento de la Encarnación del Verbo. ¡*Fiat*! Y su amor y caridad unas con otras, lo tomen de ti, madre mía, que jamás se despegaron tus purísimos labios, para justificarte con san José; ni cuando Herodes perseguía a Jesús, ni aun cuando te faltó abrigo, ni viéndolo crucificar y morir, y vos, madre dulcísima, pedíais perdón y misericordia para tus hijos los pecadores, para quien vos tuvisteis corazón de madre.

Madre mía, concédenos la fe y amor a la santa Iglesia Católica Romana para que aceptemos lo que vos habléis por vuestro Vicario en la tierra, y que sepamos recibir con humildad y amor lo que queráis de nosotras, aunque tuviésemos [que renunciar] a nosotras mismas por vuestra gloria santísima; que os hicisteis víctima de amor por nosotras. Preséntanos, madre mía, a vuestro Hijo amantísimo y haznos dignas de morir por su amor y por su gloria.

Sor Trinidad del P. C. de M. _____

L6 C23 (98-102)

Julio 1940

Estando en oración sentíame con sed ardiente de hacer penitencia, tomé la disciplina y parecíame que para alcanzar la gracia que con tanto interés pedía al Señor podría repetirla cinco veces al día durante 8 días.

Consulté al confesor para que llevase el mérito de la obediencia y me contestó negativamente, añadiéndome: “Es poca la penitencia con la terrible humillación que llevará V., cuando las órdenes sepan el paso que va V. a dar... toda la Orden capuchina cómo mirará a V., qué pensará de V., lleve V. esta terrible humillación con paciencia y humildad y ya tiene bastante penitencia hecha con todo lo que lleva V. entre manos”. (Es un sacerdote muy espiritual y de gran virtud).

Atormentada llena de angustia y temores, pues ya me habían repetido dejaba lo mejor por lo peor.

Pedía con lágrimas al divino Corazón y a la Santísima Virgen que se concediera como teníamos pedido, por creerlo del agrado de Dios, y sentí que el dulcísimo Corazón de Jesús y nuestra Madre Santísima me alentaban ofreciéndome sus bendiciones y gracias para la nueva obra que era suya. Me sentí toda confortada y valiente cuando me pareció oír: “¿Quieres imitarme, víctima de expiación y reparación? ¿Quién sufrió mayores humillaciones que yo por vuestro amor? Acepta lo que te doy, que esa es mi voluntad, que mueras a lo tuyo para que pueda vivir en ti y obrar en ti como obra mía”.

Se desvaneció los temores y angustias que oprimían mi alma y me consagré por entero

a él, sin reserva, desapareciendo desde aquel momento todo lo que llevaba de penas dentro de mi alma desde que perdí toda esperanza de Orden.

Dios sea bendito que me quiere de verdad muerta, negándome todos mis gustos, aun los más santos, es decir, aun aquellos de querer hacer penitencia y vivir una vida eremítica que eran las ilusiones de mis primeros años.

Cuántas veces me quejé a solas con Jesús: Señor y me tienes más de 20 años padeciendo trabajos, calumnias y humillaciones por conseguir Orden... y me das Congregación, que pude aceptarla, si lo queréis vos, en principios. Y Jesús me contestó: "Qué son esos 20 años comparados a los 20 siglos y más que vengo esperándote con tanto amor y paciencia para que te des toda entera voluntariamente a mí sin reservarte nada, nada. Te quiero otro Cristo muerto sin consuelos ni goces; bebí el cáliz... bébelo tú por mi amor". Fiat.

L7 C27 (23-24)

Primero de septiembre de 1940

Amanecimos en el Palacio de Sobrado del Obispo. Allí Jesús dulcísimo quería favorecernos de nuevo con su cruz bendita y como siempre regaló mi alma con nuevo trabajo, pues ya en Berja, junto al sagrario, que ocupó el camarín de nuestra Madre de Gádor (profanado por los rojos), el Corazón Eucarístico de Jesús me pedía víctimas que desagraviasen a su Eterno Padre en aquel lugar donde se habían cometido tan grandes sacrilegios y pecados. Yo me ofrecí con todo el amor que él me daba, que era muy fuerte, y le prometí que por nuestra parte nunca dejaríamos aquel lugar donde por tantos siglos había recibido amor y culto su Madre Santísima, y que nosotras, con nuestras adoraciones y amor le repararíamos...

Y entonces, ¡oh Jesús dulcísimo!, volvió a repetirme su regalada promesa que dio a mi alma en mi noviciado y en Chauchina: "Que me preparase a sufrir con él la pasión, dolores e ignominias de su pasión, no en el cuerpo, que padecería mucho... sino en el corazón, que sería sometido a agonías de Getsemaní, sentiría el desamparo de aquellas almas que atraje con beneficios... que me negarían con más obstinación que san Pedro que reconoció con su mirada santísima aquella debilidad y confesó con tanta penitencia y ánimo, que me grabaría sus cinco llagas y me daría a gustar sus hieles amarguísimas... con la sed de almas... y abrasaría mis entrañas... y no vería en la tierra cumplidas mis ansias, sino en el cielo. Aquí rodearía mi corazón con su corona de espinas para que el suyo dulcísimo descansara en el mío... y le consolara de la ingratitud de tantas almas..."

Esta visitación me la ha repetido aquí, sintiendo en las agonías el sudor de muerte. Dios

sea bendito, amado y adorado de su pobre víctima.

S. T.

Mis 7 horas: de adoración cada noche

9. Por Su Santidad y demás intenciones.

10. Por los misioneros y conversión de los infieles.

11. Por el reinado del Sagrado Corazón en España, Portugal y el mundo entero.

12. Por las buenas vocaciones y formación espiritual de nuestro Instituto en la vida contemplativa de adoración al Santísimo Sacramento, víctimas de amor con María Santísima, nuestra dulce Madre de los Dolores al pie de la cruz en Altar Sacramentado, y ayudar con espíritu de fe y caridad a las crianzas, acercando a Dios con doctrina, caldearlas en amor de Dios y en las misiones.

A la 1. Por todas las comunidades y religiosos presentes y futuras, vivan con el espíritu de obediencia y mortificación, sencillez y pobreza de nuestra santa Regla.

2. Por mi director espiritual, sus intenciones, su santificación y luz para llevar la mía alma a la santidad anhelada.

3. De reparación y expiación de mis pecados, tibiezas y negligencias en el servicio de Dios; y por todo el mundo, se convierta al Señor, le ame y sirva como es debido, y todos le demos reparación, adoración, alabanza y gloria por toda la eternidad. Amén.

Para las Constituciones

Julio, 15 de 1941

Notas: Que en atención a las frecuentes cartas de la Sagrada Congregación, por el R. P. Marcos, hemos visto una providencia especialísima del Señor, el que la prueba larga de nuestros trabajos durante más de veinte años, en querer amoldar a nuestra vida la vida nueva que con la adoración al Santísimo Sacramento queríamos adaptar a nuestra vida de clausura el gobierno de los religiosos a las que hoy se amoldaron las congregaciones de religiosos y religiosas.

Antes que tuviese yo conocimiento de las congregaciones pedía a León XIII por medio del Sr. Card. Merry del Val, nos concediesen el gobierno de los religiosos por el año 1897. Después, en el año 1898, rogué al Sr. Nuncio Arístides Rinaldini en su visita a San Antón: "¡Señor!, queremos alcanzar la gracia de Su Santidad León XIII se nos conceda a las monjas el mismo gobierno de los frailes. Una Madre General para todas las Capuchinas, que con su Consejo nos den las abadesas locales, sin que nosotras pequeñas, ignorantes, que venimos a ser enseñadas, tengamos que elegir". (De fechas ando mal me falta la memoria que tenía). Después de una contestación como merecía la petición: "Solo la oración de almas santas haría cambiar a la Iglesia su plan de tantos siglos; *orar, orar* y lo concederá el Señor, si conviene".

No perdí la esperanza que con oración y penitencia lo conseguiría y desde aquella fecha redoblé mis penitencias y oraciones, firme y confiada en el Señor, hasta que 10 años después, al elegirme abadesa de San Antón, me dijo el R. P. Ambrosio de Valencina, provincial de PP. Capuchinos: "Ya te ha puesto el Señor en el candelero para que trabajes por santificarte para que el Señor te conceda lo que deseas". Muchos años han transcurrido ya, y a las puertas de la muerte me encuentro tan firme y animosa como cuando empecé.

Y hoy preparo esta nota que entregaré al Prelado para que haga de ella lo que Dios le inspire sobre las Constituciones ya hechas el año 1922 por mandato del Sr. Card. Casanova, arzobispo de Granada.

Nota

1ª. Si en las Constituciones hay que modificar o corregir algo me parece sería muy conveniente que en el capítulo 2º se añadiera:

Que las religiosas, de ser posible, no queden en su país natal, hasta pasados por lo menos 12 ó 20 años de profesas, cuando el amor a los parientes se ha amortiguado por el amor de Dios que dio fuerza al primer sacrificio de dejar sus padres y parientes por seguir a Cristo Jesús.

Sólo en caso de convenir por su calificada virtud, y la R. M. General y su Consejo tienen plena confianza no ha de entibiar su amor y espíritu de sacrificio, para el mayor bien de la Orden.

De ser posible convendría de ordinario no estén donde residan las familias. Está probado por larga experiencia que las religiosas que quieren santificarse, de nada les aprovecha las frecuentes visitas de los parientes.

2ª. Si a la R. M. General y Consejo pareciere que las hermanas o parientas no las aprovecha vivir en el mismo convento, sería conveniente para su aprovechamiento espiritual y bien de las comunidades, viviesen en monasterios distintos; sólo en caso que el Consejo con la M. General viesen convenir por alguna causa lo contrario que lo justifique, aun entonces yo las rogaría, prefiriesen lo indicado, probado por larga experiencia los bienes espirituales de la paz y unión que reina entre ellas cuando no las une más lazos que los del espíritu y caridad de Jesucristo nuestro celestial Esposo. ¡Él sea bendito y amado de todas las almas, reunidas en nuestros cenáculos bajo el amparo y dirección de la Soberana Reina y madre dulcísima, María Santísima.

Estas mismas normas deberán observarse, cuando se note alguna estrecha amistad en alguna religiosa con otra, que los consejos o amonestaciones no den resultado, se traslade a otro convento donde el Consejo crea conviene, y esto convendría en principios antes que la separación tuviese peores consecuencias por cualquier causa.

Si las de Chauchina no se unen voluntariamente y convencidas de su equivocación lo pidiesen, en Granada se establecerá el noviciado único y Casa Madre, si la M. General y su Consejo no tuviesen razones más convenientes y de mayor provecho al progreso espiritual de esta nueva Orden o Instituto de Capuchinas Clarisas Eucarísticas y de la Madre de Dios. Amén.

Y en esta debe fijar su residencia, por ahora, la R. M. General y su Consejo hasta que lleguen a establecerse en Roma o donde sea voluntad de Dios, pues ya sería un consuelo que en Asís, junto a las santas reliquias de los seráficos padre san Francisco y madre santa Clara ayudaran a conservar su espíritu de amor y pobreza que vivieron imitando la de Jesús, María y José. Amén.

Esto de la residencia o Casa Madre lo definan en Consejo y con el del Rvdmo. Prelado. Verán si conviene más en Granada o Berja, por ser la segunda casa fundada y con capacidad y espacio para noviciado, pero como las circunstancias actuales que hoy sufre España no dan facilidades para ver dónde convenía más, ni el Señor me da luces especiales para ello, en estos momentos lo someto al juicio del Consejo y de los Prelados.

Ruego humildemente a todas mis amadas madres y hermanas, presentes y futuras, que en unión y caridad, con amor muy estrecho en el Corazón dulcísimo de Jesús y de María, se amen y vivan bajo el amparo de nuestra dulcísima madre en la adoración amor y culto a Jesús Sacramentado, *sin* apartarse jamás del espíritu de humildad y pobreza que nos dejó el seráfico

padre san Francisco y madre santa Clara en nuestra santa Regla, que profesamos, y en su Testamento y última voluntad: *humildad y pobreza*, que ofrecimos al Señor.

Deseo que después de mi muerte, reunidas todas con espíritu de fe y humildad, hagan ocho días de santos ejercicios y ofrezcan por mi alma los sufragios que el Señor les inspire a las madres que en mi lugar queden.

Terminados estos, pidan al Sr. Arzobispo su bendición y consejo para nombrar en Capítulo la primera superiora General, que será la Madre y Maestra de todas, más por el ejemplo y virtudes que por el cargo. Que deberá tener por lo menos 40 años cumplidos, piadosa, temerosa de Dios, amante de nuestra vida en sacrificio, piedad, ilustración, mortificada, enemiga de visitas y amistades, aunque sean eclesiásticos o religiosos, enemiga de comunicarse con los de fuera, ni de ser alabada ni amada, con detrimento de la edificación y confianza que debe reinar en todas las hijas que vean en ella el espejo o imagen de nuestra madre santa Clara.

Las religiosas todas unidas en fidelidad, sinceridad y amor, como los discípulos lo estaban en el Cenáculo con María Santísima nuestra, madre dulcísima, elijan a la Madre General perpetuamente mientras viva, que fiel y fervorosamente mantenga el espíritu de fe, de mortificación, humildad y pobreza que prometimos al profesar la santa Regla.

Después de aprobada la elección de madre General, con la bendición del Excmo. Sr. Arzobispo y del padre, elegirán las ocho Consejeras como mandan las nuevas Constituciones, que esperamos serán muy pronto aprobadas si la divina Providencia las lleva hasta el fin.

Ruego a la nueva madre General y a todas las madres del Consejo, que supongo seguirán las que *fieles, unidas* y llenas de amor de Dios recibieron la vocación de seguirme por los caminos de amor y sacrificio que el [Señor] me inspiró desde mi noviciado, más claramente y con mayor claridad y consejo el 19 al 20 de marzo del año 1913, que celebramos en San Antón el VII Centenario de la Santa Madre Clara.

Agradecidísima a la bondad infinita de Dios nuestro Señor, que dio a vuestras caridades tan hermoso espíritu y ánimo de seguir lo más perfecto en la adoración perpetua de Jesús Sacramentado ofreciéndonos víctimas de amor con él al Eterno Padre en reparación y expiación por los pecados del mundo.

Suplico encarecidamente por las entrañas de amor de aquel Corazón amantísimo en la noche del Jueves Santo, cuando nos pidió y mandó el "*Mandatum novum*" a sus Apóstoles al despedirse para la pasión que iba a padecer por nuestro amor, uno mis pobres súplicas, deseos y consejos al Corazón divino de nuestro Padre Celestial, Esposo amantísimo de nuestras almas, que *os améis las unas a las otras* como nos amó el dulcísimo Maestro Jesús, y viváis siempre fijas, tomando como modelo de vuestras comunidades y casas, como vivieron Jesús María y José *en Nazaret* y en el Cenáculo con la Santísima Virgen todas unidas en amor y caridad, en humildad y pobreza de espíritu como nos lo manda la santa Regla.

Y si, lo que Dios no permita, alguna de vosotras hubiese desunida y poco conforme con la nueva transformación de vida (o de gobierno general) que por las presentes Constituciones hemos pedido y obtenido como esperamos de la Sagrada Congregación de la santa Iglesia Romana, y de algún modo, directa o indirectamente, se manifieste hostil o contraria a lo dispuesto en las presentes Constituciones, séale pedida la dispensa y pueda marchar a otra religión o a donde quiera.

Así, para evitar mayores males después, ruego encarecidamente con las rodillas y rostro en el suelo, que por amor de Dios no elijan nunca para superioras ni consejeras generales ni locales, ni para ningún cargo, a cualquier religiosa por buenas condiciones y virtudes que tengan, si la notan poco conforme con lo dispuesto, o manifieste deseo de cambios o reformas; quede privada de voz activa y pasiva y de los cargos de la Orden.

Que Jesús misericordiosísimo con su preciosa Sangre ratifique en vuestras almas, para su mayor gloria, nuestros deseos de vuestra santificación y de que en todo cumplamos su adorable voluntad con la ayuda y protección de nuestra dulcísima madre María Santísima, a la que pido en estos momentos, imploro y pido su maternal bendición plenamente. Que Jesús dulcísimo os bendiga a todas en tiempo y eternidad. Amén.

Es cuanto en estos momentos termino lo empezado.

Sobrado, 16 de febrero del año 1941

Sor Trinidad del P. C. de María

L6 C23 (103-107)

+

J.M.J.

25VII41, Porto

Paz y Bien

Revdas. Madres Abadesas, Superioras, Vicarias y todas mis amadas hermanas, novicias y postulantes de nuestros conventos de Berja y Sancti Spiritus, (Braga, Porto, Portugal) y Sobrado del Obispo y Santa María de Melias en Orense (España) y Portugal.

Muy amadísimas en el Corazón de nuestro divino Salvador Jesús y su Santísima Madre y nuestra, María Santísima y san José, patrono y administrador general de nuestras casas, saludo con el mayor respeto y cariño a todas y cada una.

Hoy, día de nuestro gloriosísimo patrono Santiago, aniversario de mi entrada en las Capuchinas de Jesús María de Granada el año 1892, recibo carta de nuestro buenísimo y R. P. Esteban Marcos, C. M., penitenciario de Roma, que la divina Providencia me conduciera a sus pies y abrirle mi alma y pedirle su santo consejo, cuando fui a Roma y me encontré las puertas cerradas, me fui a san Pedro y en su hermosa Basílica me postré ante su sepulcro y hecha un mar de lágrimas me sentí que me conducían como de la mano al confesonario de lengua española, me veía cubierta con las alas misericordiosísimas de amor y luz del divino Espíritu, que como llama de fuego, y con fe... abrí mi alma toda como un libro, aquel buenísimo Padre, le hice *Confesión General de toda mi vida*, le di cuenta detallada de toda mi vida, mi vocación y la causa de ir allí.

Los grandes temores de ver una ilusión cuanto me mandó hacer el santo cardenal Casanova, sin cuyo mandato jamás hubiese abandonado aquel santo Monasterio observantísimo, donde recibí todas las gracias de mi consagración al Señor, de quien recibí esta vocación el 18 al 20 de marzo del año 13, aniversario de nuestra madre santa Clara, y tan grande amor las tenía que prefería la muerte a salir; tuvo que imponérseme su santo mandato para separarme de aquellos muros que [me] habían defendido de gravísimos peligros y del dragón infernal.

Aquellas severísimas palabras, que delante de la Comunidad me dijo, cuando le pidieron algunas religiosas que me dejara allí y que irían todas las que mandase, y yo *le insistí* si le parecía enviaría las pedidas y yo quedaría, pues no me encontraba con fuerzas para salir. Era el 30 de septiembre del año 1923. "*De ninguna manera*, V. va *delante de todas*, pues V. ha recibido la vocación y debe *ir delante de ellas*". Insistí que prefería entonces empezar allí y experimentar la vida de adoración, etc..., pues contaba ya con la voluntad del Consejo de

Discretas que, reunidas las 8 en la última reunión que se trató de esto, las 8 arrodilladas me pidieron hiciera allí lo que quisiera, antes de salir, y me contestó con nueva energía: "*No quiera V. hacer cosas nuevas en moldes viejos*; haga V. las preces para hacer la fundación en la ermita de la Virgen de los Dolores de Chauchina y haga V. allí el noviciado para esas almas que Dios le pide y *fórmelas V.*" En efecto, todas conocimos la voluntad de Dios y aceptamos el sacrificio... el mayor que hice hasta entonces, confiada hasta el último momento que mi Madre dulcísima de los Dolores, a quien me consagré totalmente que cuidara de mí como su más amante hija, me enviaría la muerte si aquella Fundación no fuese de Jesús, su Hijo samtísimo. que nos pedía le adorásemos, acercándole muchas almas inocentes a la sagrada Eucaristía. ¡El Señor, Dios nuestro se hacía sentir en mi alma fuertemente. El me amenazó con el infierno... si por cobardía dejaba de cumplir aquella misión que me pedía... y como todas sabéis el primero de septiembre del año 1915 me hirió de muerte y cuando me vi en su adorable presencia *¡mi juicio!* ¡Qué terrible fue, Dios mío!... Cómo tu misericordia infinita me quemó con fuego... fuego divino que vino a quemar aquella escoria que consumía mi vida, y matando la raíz de mis grandes tibiezas e ingratitudes hizo nacer de nuevo aquella luz que me dio en mis primeros pasos de mi vida religiosa y, abrazada a sus pies, contrita, le prometí solemnemente consagrarme, con todas las fuerzas de mi alma, a la obra que me pedía si me concedía diez años de vida más... y me lo otorgó por su Madre María Santísima que, en aquellos momentos, fue mi Madre y Abogada.

¡Madre mía Inmaculada, que presenciaste mi juicio y tus dolores santísimos me salvaron!... También ahora mi Madre, para que mi inmolación sea completa y reciba la cruz ensangrentada de Jesús que grabó en mi alma aquella hora... de 6 a 7 de la mañana, que en el colapso que me creían muerta, aquellas dos religiosas decían: ¡esperar a ver si vuelve! Entonces Jesús me concedió la vida y vi claramente, sin dejar lugar a duda, ser esta la voluntad de Dios, expresada por su Prelado. Pero pronto el demonio levantó la tempestad que por muchos años me hacía temer si no sería la voluntad del Señor, como personas muy dignas me lo hacían ver, que no debía dejar aquella Comunidad antigua, que era el modelo de todas.

Decidí irme a Roma, como en efecto lo hice, y allí me presenté como el padre san Francisco, *llena de fe*, sin recomendación ninguna por escrito. Al pedírmela, comprendí mi ignorancia, pues de palabra me la concedió el Excmo. Sr. Nuncio para venir a Portugal, Italia y América (menos a Francia).

Acudí al confesor español que me guió la divina Providencia, dispuesta a que nos volviésemos a San Antón y confesar mi equivocación si el padre me decía ser esa la voluntad de Dios.

¡Qué dicha la mía!... Me oyó con la paciencia de un santo, me aconsejó mucha fe y constancia para sufrir mucho; mas me aseguró *ser la Obra de Dios*, a la que debía

consagrarme con toda mi alma y, cuando no tuviese quien me ayudase, recurriera a él, que me ayudaría cuanto el Señor le inspirase. Me ofreció presentarnos a S. E. Prefecto de la Sagrada Congregación y pedimos audiencia particular a S.S. el Papa Pío XI, a quien estuvimos breves momentos, recibiendo su paternal bendición y besándole el anillo.

Nos recomendó no volviese a España sin visitar el sepulcro del seráfico padre san Francisco y madre santa Clara, de quien recibí gracias consoladísimas, y me volví a España como si lo trajese todo aprobado en la tierra y en el cielo, pues traía plena confianza que en R. P. Esteban Marcos, penitenciario (Franciscano Conventual) nos daba el Señor cuanta ayuda necesitaba en la tierra, y del cielo en la visita a Asís y la luz y fortaleza que necesitaba para seguir mi Calvario como pequeña víctima de la Víctima divina en el Santísimo Sacramento de los altares.

Hoy he recibido, después de otras muchas cartas consoladoras, la que más nos asegura la aprobación de las deseadas Constituciones, que quedarían aprobadas, si las dificultades de la guerra no retrasaran las cartas, y hubiesen llegado a tiempo los documentos necesarios quedarían aprobadas en estos días, antes de cerrar la Curia Romana a las vacaciones. Pero de todos modos, la carta de hoy me da la seguridad como si hubiesen sido aprobadas, y que os copio aquí para vuestro consuelo (que os envío adjunto).

Como esas palabras de la carta del buenísimo y Rvdmo. P. Esteban me dan a entender algún cambio que tenemos que aceptar, pues solo así nos las aprueban...

No han llegado aun la nota que me anuncia viene por correo con una copia de las Constituciones, para que yo firme la conformidad con el informe del Sr. Arzobispo de Granada.

Como no sé si cuando llegue podré escribiros, en estos últimos días de retiro, que he querido hacer aquí, como san Ignacio lo tiene en sus Ejercicios de 4 semanas, como preparación para recibirlas, si llegan y ganar el Jubileo de Porciúncula si el Señor se digna concederme estas gracias. Os escribo hoy, después de la reserva. Como recreo espiritual os haré un resumen de mi voluntad, para las presentes y futuras, mi última voluntad que la empecé en Sobrado del Obispo en mi última enfermedad: “Mi última Hora”, pues creí que no saldría de ella sin un milagro. ¡Me lleva hechos tantos el Señor por vuestras oraciones, que tanto piden por mí, Dios os lo pague, y no os preocupe mi próxima muerte, pues espero en el Corazón misericordiosísimo de Jesús y de nuestra Madre Santísima ayudaros más desde el cielo.

Aquí en el destierro, me seguís con fe buscando mayor perfección en la vida de adoración hermosísima, y a pesar del calvario que venís en pos... veréis días de resurrección y de gloria en Jesucristo Señor nuestro que nos pide seamos con él víctimas de amor y sacrificio, en reparación y expiación de tantos pecados que provocan la ira del Señor, y su divina justicia nos pide oración, vida de pobreza y humildad, abnegación y obediencia para salvarle las almas

redimidas con su preciosa Sangre. “Almas, muchas almas quiere Jesús de nuestras adoraciones, oración y penitencia, que no hay penitencia que más poderosa sea que la entrega de nuestro juicio y voluntad a la *obediencia*. *Nunca olvidéis que vuestro distintivo de almas víctimas es la obediencia* a la santa Iglesia Católica Romana y a vuestras legítimas superioras.

Y que si la Sagrada Congregación de religiosos nos quitase de las nuevas Constituciones cuanto tenemos pedido y presentado de Orden, de clausura, etc... ¡aceptado con humildad! será el momento solemne en que digamos con nuestra Madre Santísima en el momento de la Encarnación... “Fiat”, ¡Señor, hágase como vos queréis! Y creerme, carísimas de mi alma, ese será el momento que espera la Santísima Trinidad para aceptar el holocausto solemne de sus amadas víctimas.

Como esclavas eucarísticas, mientras tanto llega el deseado momento de la aprobación, orad mucho... falta poco, cualquier día llegará la fausta nueva que debemos recibir como nuestra Madre María Santísima recibió al divino mensajero. ¡Fiat!

Las ruego por las entrañas amorosísimas de Jesús Sacramentado en la noche que instituyó tan admirable Sacramento, no olvidéis mi ruego por amor de Dios, que somos Capuchinas Clarisas Eucarísticas de la Madre de Dios.

Que nadie por ningún motivo haga cambiar el espíritu de nuestra nueva familia eucarística, contemplativas de adoración, reparación, expiación y desagravio. *¡Esclavas de Jesús víctima!, adorándole en espíritu y en verdad. Este es nuestro lema*.

En la práctica de la *verdadera pobreza y humildad* que es nuestra santa Regla, *abnegación y obediencia*, con aquel espíritu de penitencia y mortificación del seráfico Padre y madre santa Clara, nuestros amantísimos Fundadores, que ellos grabaron desde el noviciado en mi alma y en la vuestra ese grito de amor seráfico: “*El Amor no es amado*”, tan repetido en aquel primer convento que él cantaba a coro con los ángeles del cielo y sus santos.

Vivan, carísimas madres y hermanas, presentes y futuras, bajo la dirección, compañía e imitación, lo más posible, de la Sagrada Familia, Jesús, María y José. Que la Santísima Virgen sea siempre nuestra Madre Superiora y Maestra, el modelo de las Capuchinas Clarisas Eucarísticas *Esclavas de Jesús Víctima y de la Madre de Dios*.

Esto que les dejo escrito, como el ideal de toda mi vida, quiero y ruego a VV. RR. y CC. graben en sus almas con el mayor cariño y favor a su vocación de víctima eucarística. Que miren y copien y mediten nuestros divinos modelos, Jesús, José y María en Nazaret, en Belén, en Egipto, en Jerusalén: en Jesús y María en el Cenáculo, en el Calvario, en el Sepulcro. Viviente en el sagrario, como el sepulcro donde María le vio resucitado, vivo y glorioso... lo encontrará la Capuchina Clarisa, Esclavas Eucarísticas, que imitéis toda su vida con ferviente fe y amor, su divino modelo, Jesús, María y José.

Entenderlo bien, hijas de mi alma, ahí está la Regla y leyes que Jesucristo en la sagrada

Eucaristía nos pidió siguiéramos su vida oculta, paso a paso. Con la protección singularísima de nuestra Madre María Santísima espero proteja, guíe, ampare y conduzca a Jesús víctima a sus pequeñas víctimas, que desean imitarle desde Belén, en pobres pañales, hasta la cruz, encomendándonos en la persona de san Juan, su amantísima y benditísima Madre y Madre nuestra, que desde entonces nos guardó en su Inmaculado y purísimo Corazón, el lugar de sus predilecciones y amor.

¡Madre mía, que no nos soltemos nunca de vuestro Corazón santísimo! Por lo tanto, en tierra y pegada al polvo del altar, donde al calor que recibo en la santa adoración, os escribo mi última y expresa voluntad a todas cuantas conmigo siguieron la elección del Señor santísimo en aquel santo monasterio y todas las que después viniesen con voluntad decidida y enérgica, ahora y después en todos los países de la tierra, querría corroborar con mi sangre esta mi voluntad.

Aunque las circunstancias de los tiempos dedicamos a trabajos que los Superiores y Prelados Mayores ordenen o manden, como misiones, instrucción de catecismo, escuelas gratuitas, orfelinatos, etc., etc., nuestras hermanas externas activas para ayudar a los misioneros y prelados a la conquista de las almas con nuestras oraciones y penitencia, no debemos negar nuestra cooperación cuando los Prelados, Superiores y Consejo lo ordene, quedando *el grueso de la Comunidad el tronco en su vida de contemplación, adoración y clausura*, como mandan las sagradas Constituciones pasadas por el crisol de 25 años de consultas, pruebas y transformaciones, según lo ordenaban los que Jesucristo, vida nuestra, nos mandó oír como a su divina Persona.

Las comunidades conserven cuanto les sea posible el recogimiento y vida interior de la tan amada y recomendada clausura para no enfriar jamás su espíritu de vida contemplativa eucarística. Que Jesús se recree en sus esclavas de adoración perpetua, en el recogimiento, humildad, obediencia y pobreza tan amada de Jesucristo y de nuestros santos fundadores Francisco y Clara. Esta de humildad, pobreza y obediencia hará fructuosísimo y eficaz el apostolado externo, sujeto y dirigido siempre por la M. Superiora General bajo la inspección y vigilancia de la Visitadora General que nombrará el Consejo (como Directora de las obras externas) y las internas con su oración y trabajos de mano para el culto de las iglesias pobres y misiones y nuestros Asilos, alcanzarán las mismas gracias y privilegios y un tesoro de gracias y méritos que, como la seráfica madre santa Clara nos dio el ejemplo, trabajando con su espíritu de fe y amor de Dios en su lecho, en sus enfermedades nunca les faltó lo indispensable. Como vivieron Jesús, María y José en su casita de Nazaret, de sus trabajos, y sus Apóstoles y discípulos mientras reinó en aquel colegio “un solo corazón y un espíritu, dirigido y amparado por la Madre y Reina de los Apóstoles, nuestra dulcísima Madre, María Santíma. Que la más santa y la más *humilde* y *silenciosa*, sin dejar al mundo escritos, sino ejemplos santísimos de

caridad, humildad y silencio, dio más gloria, reparación y amor en todos los siglos, que todos los santos. Humildad y amor os pido,

Sor Trinidad

L7 C32 (114-122)

Lisboa, 15 de agosto de 1941

Lisboa, día de la Asunción y Coronación de nuestra Madre María a los cielos

M. R. M. Consuelo, Vicaria General y M. Superiora de Lisboa.

A mis carísimas madres y hermanas, paz y amor en el Corazón amorosísimo de nuestro Salvador y Maestro Jesucristo; presentes y futuras.

Es mi deseo que todas cuantas pertenezcan a esta sagrada familia eucarística seráfica mariana, todas cuantas vivan en nuestras casas, sepan que soy esclava y sierva de nuestra dulcísima Madre María Santísima, y como leí en un librito, la carta de esclavitud de un siervo de Dios muy devoto de nuestra Soberana Madre y Reina, os la copio como hoy la hice en la sagrada Comunión para que vosotras la repitáis cuando sintáis devoción hacerlo:

Renuevo... Yo sor Trinidad del Purísimo Corazón de María, me vendo y doy voluntariamente por esclava perpetua de la Virgen María nuestra Señora y Madre dulcísima, con donación pura, libre y perfecta de mi persona, voluntad y de toda la Congregación que ella, en sus Dolores santísimos confió por obediencia (de nuestro dignísimo prelado y padre Emmo. Sr. Cardenal Casanova y Marzol, Arzobispo de Granada, el Viernes Santo 10 de abril del año 1925, a nuestro cuidado y dirección). Hoy como aquel día de mi entrega e inmolación completa a la voluntad de Dios, me consagré al Corazón de Jesús con todas las que conmigo seguían la inspiración del Señor y todas las que después de nosotras sigan la vida de reparación, amor y desagravio en nuestra vida de adoración perpetua, como víctimas de amor. Hacemos donación y entrega de todo nuestro ser, para que la Madre y Reina de cielos y tierra, disponga a su voluntad como verdadera Madre y Señora y Reina mía de mí y de todas sus hijas que conmigo os hacen promesa solemne de humildes *esclavas siervas e hijas fidelísimas* a la santa Iglesia Católica Apostólica Romana que por Jesucristo nuestro Señor nos dirige y gobierna para su gloria.

Somos discípulas de la Soberana Reina de cielos y tierra, nuestra Superiora y Madre amantísima que tanto nos ama e intercede por nosotras sus esclavas y siervas. Y con este *espíritu de fe*, es el que sostiene nuestras almas a seguir trabajando con entusiasmo en la Congregación que el Señor me confió por verla siempre dentro del Corazón Inmaculado de

María Santísima y hoy en la santa misa y al terminar la exposición, que quedé en el coro mientras las religiosas desayunaban, parecía que la dulcísima Madre estrechándome en su maternal corazón me llevaba al cielo con todas las religiosas *más unidas y fervorosas a la obra de Dios*, en los pliegues de su manto purísimo iban como ángeles cantándole al par que los coros angélicos que le hacían corte el "Magnificat", con celestial armonía entraba la Reina de los cielos engalanada... con su nueva Congregación que presentaba a la Santísima Trinidad como obra de su Hijo santísimo, nacida como fruto de sus dolores al pie de la cruz...

¡Nada sé decir del amorosísimo recibimiento con que fuimos recibidas en el cielo!... y las bendiciones con que la Santísima Trinidad daba a las presentes y futuras hijas de la Reina de cielos y tierra, que nosotras correspondíamos con el "Ave maris stella", repitiendo en cada estrofa "Monstra te esse Matrem".

¡Oh Jesús mío dulcísimo que todas sepamos seros fieles y corresponder a tan grandes misericordias que por vuestra Madre Santísima nos mostrasteis en este día de tan admirable amor y misericordia. ¡Que os amemos en el sacrificio hasta morir trabajando y orando con amor por acercaros las almas a la santa Eucaristía, que *por vos*, en quien esperamos daros reparación y amor, vivamos unidas a vos, mi Dueño divino Señor y Padre amorosísimo Salvador nuestro.

Sor Trinidad. En nombre de todas vuestras humildes esclavas del Corazón Purísimo de María. Amén.

L7 C32 (147-149)

Lisboa, 13 de septiembre de 1941

El día 4 de septiembre vinieron de las Clarisas del Desagravio de Camide, Lisboa, tres religiosas que nos pedía el Excmo. Sr. D. Teófilo, obispo de Nampula, para experimentar si se podían unir con nosotras... A los 8 días me escribió llamándome para resolver lo que conviniese más de acuerdo con los deseos del Sr. Patriarca, y el día 13 salimos de Porto sor Amada con sor Angelina y sor María José, novicias; me sentí tan mala en el (que en Coimbra camino) que al llegar a Alfares pregunté si había convento alguno pues repetía en mi interior aquello de San Pablo, llena de entusiasmo en la cruz y en el sacrificio, que me consolaba repitiendo: "consumado y acabado he mi carrera, y en ella he guardado la fe y lealtad que ofrecí y debía a mi Señor y mi Dios..." ¡Oh mi Jesús dulcísimo, cómo mi corazón se enardece y vuela hacia ti, cuando siento acabar con la vida de este cuerpo miserable! ¡Me parece veo la vida venidera donde he de unirme a ti sin temor a perderos! ¡Concédeme la gracia que al cerrar mis ojos a la luz de este mundo, vea la claridad de vuestro rostro santísimo que constituye la gloria de los bienaventurados en el cielo! ¡Jesús dulcísimo, ten misericordia de mí cuando me

vea en tu juicio.

Bendito seas, misericordia mía y mi Salvador amantísimo. Amén.

Llegamos bien. Fuimos recibidas con gran caridad y amor y descansamos. ¡Dios sea bendito! M. Concepción, M. Carmen y sor Magdalena que vinieron el 4, se vieron tan animadas esperando que la divina Providencia resolvería aquí la situación tan difícil y oculta. ¡Dios sea bendito!

L7 C27 (22)

¡Y qué bien y qué pronto me has consolado!...
¡Ay qué triste Dios mío viene a tu lado!...
¡Qué bueno eres conmigo... Dios del sagrario!...
Has calmado las penas de mi calvario,
has bañado mi alma con tu consuelo.
En este sagrario me has dado mi cielo.
A este cielo en la tierra, Jesús divino,
vendré siempre a buscarte... *¡ya sé el camino!*
¿Qué tienes Jesús mío, por qué lloras?
"Esperando adoradoras"

Vivir obediente hasta la muerte, como Jesús murió por mí
Sin gustar el *bebió el cáliz* por que *nos amó.*

* * *

CARTA DESDE LAVEIRAS]

Laveiras, 11II42

M. R. M. Teresa de Jesús, superiora

Muy amada madre Superiora en Jesús sagrado: Hoy entramos en la nueva casa de Laveiras (Caxias), iglesia de nuestra madre Santísima de los Dolores... ¡Qué recuerdos gratísimos de mis primeros años y vida religiosa que la escogí por madre y maestra amantísima de mi alma... Después, en Chauchina la Virgen Santísima en sus Dolores al pie de la cruz. ¡Oh madre mía Santísima que como modelo perfectísimo nos vas mostrando el camino de Jesús!

Hoy, la Santísima Virgen en su Inmaculada Concepción aparecida en Lourdes, a quien profesé especial devoción al entrar en el noviciado, me trae dulcísimos recuerdos de gracias muy especiales que hizo a mi alma en su hermosa quincena que entonces se celebraba con toda solemnidad (por ser más pequeña la parroquia de la Magdalena la traían a nuestra iglesia de San Antón por ser mayor para contener al público que no cabía).

Aquellos 15 días de solemnísimos cultos y misas aprovechábamos con fervor los hermosos sermones predicados por los más sabios y santos doctores de la santa Iglesia y nos daba instrucciones de fe hermosísimas que no se olvidan jamás. ¡Qué cuenta me pedirá el Señor si no me santifico, habiendo vivido desde mi infancia entre santos que se esmeraban tanto en darnos una educación religiosa como para conservar en nosotras la gracia bautismal... y después de educanda, tan ricos ejemplos de santidad en aquellas venerables religiosas que con tanto interés nos educaron... y una vez conseguido el permiso de mi padre entré en el desierto de penitencia de clarisas de San Antón, como en el Cielo!... Allí me preparó el Señor como director espiritual al R. P. Ambrosio de Valencina que me llevó por los mismos caminos que empezó el señor cura don Manuel Carranza, fervorosísimo sacerdote, que al terminar los siete domingos a san José, que hice para conocer la voluntad de Dios en la Cuaresma del año 94. Entré el 28 de julio del mismo año al terminar los ejercicios la comunidad, y allí me recibieron por recomendación del R. P. Valencina, que siendo Provincial de los capuchinos, que intercedió para que me admitiesen por tener completo el número.

Desde aquel día me tomó bajo su dirección el Rvdo. Padre, y entonces escribía en el Mensajero Seráfico, "Cartas a Teófila, y me prometió que el próximo número de agosto vendría para mí algún párrafo especial que me indicaría... ¡Cuánto bien hicieron a mi alma su lectura!... y en aquellos principios de fervor, ayudó a conocer el mérito del padecer y las delicias de las almas que aman la cruz, y siguen a Jesucristo en su vida paciente.

Al siguiente año dio los santos ejercicios, y a pesar de no ser novicia todavía, me permitió asistir a los santos ejercicios, los primeros que hacía en aquella santa casa. ¡Cuánto les podría decir! de aquellos diez días de completo recogimiento y oración... que empezaba el Señor a dar a conocer a mi alma la senda que quería siguiese... y aunque encontré tan distinta la dirección primera del colegio, que nos confió mi primo el R. P. Hitos, al Sr. Lectoral, don Maximiano F. de Rincón, propuesto ya de obispo de Teruel, nos dio al colegio todo los santos ejercicios, que no olvidé nunca donde recibir del Señor el don de la vocación religiosa ¡con un amor a la vida contemplativa y una abstracción muy fuerte a Jesús crucificado, a quien recurría para que me escondiese en sus sagradas Llagas! y gozaba mucho en padecer y sufrir cualquier cosita... pues las religiosas, por este carácter mío tan reconcentrado y serio desde la muerte de mi madre, no me querían, decían siempre que no tenía espíritu franciscano, expansivo y alegre...

Sentía delicias inefables mi alma con Jesús en los desprecios que recibía, sirviendo a todas las oficinas especialmente en la enfermería, que había muchas ancianas y enfermas con ganas les contase cosas que las distrajesen, y me enviaban por noticias a la cocina, etc... Y me sentía tan inhábil para aquella comisión ¡tan difícil!... que volvía llena de vergüenza a decirles, no encontré a quién preguntar, pues entonces se guardaba mucho silencio en los claustros, sólo en la cocina se hablaba siempre, y sin ser cocinera o refectolera de semana no podía entrar.

El Señor me humillaba, que siendo tan jovial y expansiva con las educandas en el colegio, en el convento donde yo buscaba retiro, no sabía hablar nada más que contestar cuando era preguntada con las menos palabras posibles.

Esto me hacía antipática y no tenían confianza, y me humillaban y despreciaban de continuo diciéndome que me fuese a otro convento, que ellas no querían monjas tan serias. Así pasé dos años (o tres de trabajos y pruebas), pero muy unida a Jesús víctima de amor, que el día que no llevaba el hacecito de mirra, que el P. Ambrosio me decía, quería llevase en mi corazón al sagrario, me creía abandonada de Él, y me quejaba pidiéndole trabajos... que no me faltaron y muy amargos desde la elección de M. Gabriela, que dejó de ser abadesa la R. M. Bruna, que tuvo la dicha, en aquellos dos primeros años que pasé con ella, las ternuras de una madre con el espíritu de una santa, que me alentaba a padecer... y me enseñaba a vivir con alegría en medio de las pruebas.

Así, cuando salió elegida el 17 de setiembre del año 95 la R. M. Gabriela, que era la que me aconsejaba marcharme (y fue la primera elección que conocí (*desastrosa*), y habló al Sr. Arzobispo para que aquel día me despidiese, que ella no se atrevía a despedirme por tener una tía, y deber mucho socorro a la abuelita que las socorría mucho, especialmente enviándoles en Cuaresma y Adviento una gran limosna de aceite para el pescado, y no quería disgustarlas.

El Sr. Arzobispo, don José Moreno Mazón, me llamó antes de salir, y me dijo había entendido era muy niña... y me solicitaban para un colegio, que debía estudiar para maestra, y que le parecía saliese de la clausura aquella tarde misma...

¡Oh Jesús mío!... ¡Quedé muerta de dolor!... y sin esperar una despedida tan brusca y enérgica. Entonces la abadesa que salía se acercó a S. E. R. y le pidió me concediera unos meses de permiso, que mi padre viniese de un viaje que hizo a Toledo, etc... y entonces el Secretario les dijo: déjenla estar, que yo les enviaré mañana el permiso por escrito; yo me marchaba ya.

Porque ya vino mi abuela y quiso que saliera, porque la madre abadesa quería me fuese a toda costa; y las monjas que me necesitaban como de lega para ayudante de cocina y trabajos, y el confesor me hizo ver que como tanto amaba a Jesús crucificado y le pedía ser víctima con Él, me resignara a padecer humillación y desprecios por su amor, y quedé contenta y en paz, esperando ver más clara la voluntad de Dios por el Prelado. Pero aquella tormenta disipó las nubes y todas volvieron por mí, ¡les gustaban mis traba-jos! y andaba de oficina en oficina limpiando y trabajando enseñándome a ganar el pan con el sudor de mi frente, pues hasta entonces sólo sabía de labores y costuras de bordados, etc. que enseñan en el colegio, pero no sabía trabajar, y ya le decía a mi padre: si me echan, me podría buscar la vida guisando, porque la cocinera me quería mucho y me enseñó todos sus primores en cocina.

Después de un año, luchando con el confesor y la familia en llevarme a otros conventos a escoger... me rindieron a que aceptase ir a las capuchinas de Toledo donde estaba admitida, y antes de entregarme a este sacrificio, pues llevaba tres años contentísima pidiendo ser leguita... no quería hacer mi voluntad, el confesor me mandaba antes de salir, el mismo me dirigió y me concedió tres días de retiro que le tenía pedido (al R. P. Valencina)... y el tercer día, al entregarme a que me llevasen donde quisieran, estando en la santa Misa dando gracias de la sagrada Comunión, el día 25 de marzo, oí una voz que claramente me dijo: "No te marcharás, tienes dote, que será para ti". Creí me hablaba alguna religiosa que tenía cerca, aunque no me pareció voz conocida... y todas me negaron; no habían oído voz ninguna... Salí de la santa Misa y dije todo a madre maestra, que ella era muy santa religiosa y quiso llamase al confesor D. Francisco F. Alcántara (capellán del convento), que vino al terminar las gracias de la santa Misa.

¡Oh cuánto hizo el Señor de gracias especialísimas del Señor a mi pobre alma!... Tenía yo una aficioncilla a la primera maestra, madre Sacramento, que como entré tan jovencita y no había nin-guna novicia ni postulante me tomó grande aprecio, y mi corazón se sintió apegado con la veneración y estima de una madre cariñosa que cuidaba de mí para que no trabajase, cuando las leguitas me buscaban para confiarme sus trabajos las despedía siempre diciéndolas no era esa obligación de una postulante corista...

Llegó el tiempo que cumplía su cargo, me cambiaron de maestra, y me sentó tan mal que me quejaba al Señor como si con tanta crueldad me dejaba sin la segunda madre a quien amaba tanto como a la que me dejó huérfana de nueve años... ¡*qué sufrimiento no poderle hablar, ni tratar con ella más*!...

Cada vez que la nueva madre maestra venía, era una violencia y un tormento, sentía una resistencia inexplicable... Lo que antes me parecía un afecto filial, ya pasó a una amistad que podía llegar a peligrosa, pues sentía deseos de marcharme a otro convento, antes de vencer la repugnancia que sentía a la nueva maestra, muy santa, observante, penitente y con muy singulares virtudes, pero contraria enteramente a la primera, lista, educadísima, simpática y cariñosa; la segunda callada, seria, severa y recta en no conceder dispensa alguna a las leyes estrechísimas del noviciado...

Un año de vencimientos horribles y de penas sin mérito, empezaron mis temores y escrúpulos... y como la abuelita que me daba el dote supo me tenían de cocinera, me dijo me fuese a la Encarnación donde su hija mayor era abadesa y me llamaba, y si no quería ir allí, quedase lega (fue un convenio de las dos hermanas de mi madre, sor Mercedes aquí y madre Paz, abadesa de la Encarnación, que no sufrían llevase tanto trabajo por temor enfermase), y lo que nada me hizo salir, ahora, por la maestra, apetecía irme, y les dije, como mi abuela no me da el dote me voy a las capuchinas de Toledo que me admiten sin él.

En la santa Misa pedí al Señor me ayudase a vencer aquella pasión, y me manifestase su voluntad, que quería seguirle aunque me costase la vida... y una voz dulcísima que me dejó curada oí con los oídos corporales, "no saldrás de aquí tienes dote serás mi víctima y quedarás curada".

Llena de gozo lo manifesté a la nueva madre maestra, que por primera vez la sentí madre de verdad y sin violencia, y ella me oyó con lágrimas diciéndome: "Hija mía ¿será revelación, llamaré al señor capellán, dile lo que te ha sucedido y él te dirá si es de Dios, decirlo a nuestra madre y avisar a sus padre y abuela que no se vaya.

Mientras llegaba la hora de llegar el señor capellán me mandó quedase abajo en el jardín lavando una toca y cuando la tornera me avisara acudiera sin detención al confesonario.

La primera maestra, madre Sacramento, que le extrañó verme tan temprano lavando, vino como arreglando macetas para saludarme y me preguntó: ¿Qué haces aquí tan temprano? (yo asustada me viesen hablar, pues me celaban de muerte porque llevaban con mucho rigor no hable conmigo).

Le dije llena de gozo: Espero al señor capellán. ¿Y qué te pasa de nuevo?... He oído en la santa Misa una voz que claramente, sin temor de duda alguna, me ha dicho: "*Tienes dote no te irás de aquí*"... No esperó a terminar le dijese lo que me había sucedido, muy turbada me

contestó: "Si ya temíamos nuestra madre y yo que el capellán no callara"... Me avisaron enseguida al confesonario y no se cruzó ni una palabra más.

Llegué al confesonario con una espina en el alma. Aquellas palabras y gestos de M. Sacramento me daban a conocer había algún misterio... y que ella, que creía yo darle una alegría... le daba un disgusto... ¡Me habías curado ya Señor... sin que criatura alguna tuviese intervención!... ¡Qué grande es Señor tu misericordia y amor incomprensible con las almas que escoges para ti Señor y Dios mío!... ¡Bendito seas mi Dios y Señor que tanto amor derrocháis con este miserable gusanillo que merecía ser pisado de las criaturas todas!...

El padre capellán me preguntó: ¿Qué te pasa, hija mía, tan temprano me llamas que tengo tanto confesonario en la iglesia?... Le referí lo ocurrido y me contestó: ¡Sí, hija mía, Dios revela a los humildes y limpios de corazón... lo que oculta a los sabios... pues ya previne a M. Abadesa y a M. Sacramento que aunque yo no te dijese nada te enterarías que tienes dote (que querían fuese para una monja de las que no tienen dote) y que tu abuela te lo diese a ti, pero como no es justo pues no hay en el noviciado otra y como los padres jesuitas son los albaceas, les han contestado que la cláusula del testamento de la marquesa es para una joven con vocación que tome el santo hábito y profese, con 500 pesetas para los gastos de hábito y profesión que ya las mandaron y la M. Abadesa, pagó deudas, etc., porque creen que tu no eres pobre.

Al decirle la impresión de mi tan amada madre Sacramento... y cómo me curó el Señor, se alegró más que del dote. ¡Oh misericordia del Señor, qué grande eres!... pues temía tanto verte atada con ese hilito que no te dejaba volar... ¡Cuánto te obliga el Señor si no eres santa!...

La comunidad, que no sabía nada de este dote, protestó que llevando tres años de postulante detuviesen aquel dote, dejándome incluso salir si el mismo Jesucristo Sacramentado no hubiese descubierto el secreto con voz inteligible, que no dejaba la menor duda, de lo que había tantos testigos fuera y dentro, pues mi primo el P. Hitos arregló y declaró que el dote era dejado para la que estaba en el noviciado, que así se lo habían pedido a la señora en su última visita al convento de quien fue tan grande bienhechora, la señora marquesa de Blanco Hermoso.

+

Laveiras, 28II42

¡Hijas mías!...

Que el Corazón dulcísimo de Jesús Sacramentado os bendiga siempre y nos abrase en aquel amor y caridad que en el Cenáculo abrasó los corazones de su Madre, María Santísima, nuestra dulce Madre y Maestra, y a sus amados discípulos cuando instituyó la sagrada Eucaristía y se dio a nosotros en alimento y compañero perpetuo en el Santísimo Sacramento. Amén.

En estos momentos que con Jesús Sacramentado y muerto en su sagrada y venerada imagen, que miro y me mira con amor y dulzura inexplicable, os recuerdo a todas y cada una y parece que él, consolando las amarguras que siente mi alma al no haberos enseñado, con ejemplos prácticos, la vida de víctima que él me pidió tantas veces, y suplicándole en este momento, en que me siento con agonías mortales, que ni fuerzas me queda a mi vida para suplicaros, por amor de Jesús Hostia santa, que como fieles esclavas de Jesús Sacramentado y de María Santísima nuestra Madre, viváis unidas en amor y caridad como los Apóstoles con María Santísima, y para dejaros estos borroncillos que con tanto trabajo os trazo en estos momentos, y os pido como recuerdo, lo que su Corazón divino me pide tantas veces en los 52 años que me parece hace me consagré a él. *Él se me dio todo*, y yo le prometí ser suya toda, suya para siempre, el 12 de agosto de 1889, en mis primeros años de colegio, Jesús robó mi corazoncillo para él de tal manera, que nadie fue capaz de apartarme de aquel compromiso eterno que él me pidió entonces, como él sabe.

Perdonarme, hijas de mi alma, que no sirvo más... Querría empezar pidiéndoos *viváis siempre unidas en amor y caridad*, amándoos, sirviéndoos con humildad unas a otras, como el divino Maestro sirvió, lavó los pies y dio de comer a sus amados discípulos, sin descubrir sus miserias... sin echarles en cara sus groserías, sin hacerles reprensiones ni palabras duras. Amó a los suyos, cuidó de ellos sin preferencias, los miró a todos con amor y cuido como madre cariñosa de sus hijos.

Así querría que todas vosotras copiaseis aquella mansedumbre y humildad del divino Maestro [que] nos enseñó con su ejemplo y doctrina. Qué respeto, qué veneración, qué amor en aquellos hombres groserísimos, y supieron disimular a Judas y compadecerse de Pedro... y en aquella comunidad no hubo rencillas, ni envidias, ni divisiones. Jesús, Maestro divino, fue todo caridad y amor, y todo lo cubría, como hizo tantas veces con Magdalena, la adultera, etc.

Pues si somos hostias vivas con Jesús Hostia, si somos sus víctimas de amor,

adorándole día y noche en la sagrada Eucaristía, ¿cómo iremos a él a que nos perdone y reciba en su divino Corazón si vamos llenas de envidillas... con los cuidados de todo menos de nosotras mismas? ¿Somos sus esclavas fieles a su amor? Que Jesús dulcísimo nos encuentre siempre pidiéndole con el "Pater noster", perdónanos Señor nuestras deudas, *como nosotras perdonamos*. Todo será alegría y paz entre vosotras como reino en la casita de Nazaret: todos obedecían, reconocían en san José el superior. Y aquella Purísima reina de cielos y tierra obedece y se somete a las órdenes de san José, y aquel divino Jesús, Dios y hombre verdadero obedece, porque ama a su Eterno Padre, que lo envía a morir por nosotros. Allí el menor era el mayor y como la Reina y Madre había aceptado "*aquel fiat*" llena de amor de Dios, obedeció con Jesús y allí vio esta nueva Familia que en los últimos siglos vendría a consagrarse por entero a su fiel imitación en la vida de adoración y amor a Jesús Sacramentado, bajo el *Magisterio y Maternidad de la Madre de Dios*. ¿Nos quiere sus Esclavas?

Lo habéis entendido todas, presentes y futuras, mis reverendas madres mías y hermanas presentes y futuras.

Nuestra vida consiste en copiar toda la vida de Jesús y María, desde su Encarnación, *fiat*, en Belén, Nazaret, pobreza, humildad, silencio, amor, caridad. En Nazaret: *obediencia*, recogimiento, oración. En Egipto: aceptación, fe, confianza, fidelidad. En Jerusalén: ejemplos, sacrificios, entrega y muerte, inmolación completa, humillaciones, desprecios, abandono. Si nuestra misión es adorar y desagraviar a Jesús acercándole muchas almas, qué misión dilectísima la de sus esclavas adoradoras y eucarísticas que pueden llevar a cabo la más hermosa obra que Jesús nos confió. En su Madre nos da el modelo vivo de la vida de abnegación y sacrificio. Es, pues, nuestra Madre, nuestra Superiora y Maestra, qué pureza de vida, qué disposiciones nos pide Jesús para cumplir dígnamente con tal Madre, que se nos presenta con majestad de Reina, con sencillez y humildad de Virgen, con amor y ternura de Madre, mostrándonos a su Hijo divino, obediente y humilde siendo Dios hombre y herido y muerto como víctima divina, al pie de la cruz para enseñarnos con su divino Jesús niño, adolescente y hombre Dios, muriendo en los tormentos más atroces sin una queja, sin un reproche ni del Hijo ni la Madre. ¡Oh sublimidad del amor purísimo de tal Madre, que nos enseña prácticamente los deberes sagrados que hemos contraído al obligarnos por el cuarto voto a la adoración perpetua, a nuestra vida de abnegación y de víctima. Esto es, hijas del alma, lo que Jesús dulcísimo me viene pidiendo y la Madre Santísima, enseñándonos a morir a nosotras mismas para vivir la vida de Dios. Inmolemos lo que más nos cuesta, estemos firmes con nuestra Madre divina al pie de la cruz, prontas a cumplir su divina voluntad, que hemos de conocer claramente en lo que la santa Iglesia nos da después de más de 20 años de oración, de consultas y ruegos. Nos da, no lo que veníamos pidiendo y sentíamos durante muchos

años, sino lo que ha sido su voluntad adorable clara y manifiesta.

Por los años 1914, cuando por mandato de un santo prelado, tuve que escribir lo que creí nos pedía el Señor en aquella noche dichosa y memorable de 18 a 20 de marzo de 1913. Después de 10 días de retiro y consagrar aquellos 10 días al ayuno y penitencia para que el Espíritu Santo nos iluminara y dirigiese mi pluma para escribir lo que Jesús dulcísimo en la Sagrada Eucaristía, aquella noche sentía que me pedía con una insistencia y fuerza sobrenatural que no podía sustraerme en muchos días después que en todas partes oía en lo más íntimo del alma: “Quiero almas, muchas almas víctimas que me adoren en el Santísimo Sacramento y reparen y me desagravien de las injurias y ofensas, que recibo en este Sacramento, de los hombres, especialmente de aquellas almas que me están consagradas... por mis sacerdotes y religiosos...”

Veía delante de mí... la serie de trabajos y penas que me esperaban... El sacrificio que me pedía Jesús al tener que abandonar mi tierra de promisión, donde por 33 años gocé las delicias inefables del Corazón divino, y donde me sentí favorecida de tantas misericordias y predilecciones. *¡Me pedía víctimas!*... Tenía que ser *inmolada* y me ofrecí a él *como él quiso*; yo, incapaz de entregarme. Quería obedecer y escribir lo que sentía y una fuerza superior, que no podía resistir, llevó a mi pluma lo que sigue: “He aquí que yo mando mi ángel delante de vosotras, seguirle”. san Juan en el desierto, 30 años entregado a la más rigurosa penitencia que no creyó poder quedar en el seno de una familia santificada, la santidad con que Dios le prevenía desde que fue santificado en el vientre de su madre cuando le visitó la Madre de Dios, ¡se retiró al desierto, puro como un ángel!, se entrega a la más austera penitencia, solo con Dios explaya su alma en la oración y en la contemplación de las obras divinas... ninguna mitigación en el rigor de esta soledad, ningún deseo de consuelos ni aun espirituales. Despreciando la gloria mundana se ocultó en el desierto para dedicarse completamente a Dios, sacrificando la dicha de vivir cerca de Jesucristo por seguir su vocación que le llamaba a la soledad. El Espíritu Santo, que le había conducido al desierto, le llamó y le hizo dejarle para que trabajase en la salvación de las almas primeramente con su ejemplo y después con su palabra nos dice y anima como entonces a sus discípulos: “Haced penitencia, pues el Reino de Dios se acerca...” Combate fácilmente el mal con que no fue manchado, y mostró que el mundo no tiene peligros para quien se guarda de sus seducciones. ¡Qué autoridad daba san Juan a sus palabras con la santidad de su vida!...

¡Oyó al Espíritu Santo que le manda dejar el desierto. No busca atraerse muchos discípulos, sino preparar el reinado del divino Maestro... Su celo ardiente e infatigable con los pecadores endurecidos se dulcificaba completamente con los que hacían penitencia y daban limosnas. No se disgustaba ni cansaba nunca por muy numerosos que fuesen los que acudían a él, ni de su importunidad, ni los despedía sino después de haberles instruido y confirmado en

la fe y alentado en sus buenas resoluciones y propósitos: su predicación atrajo a él una porción de discípulos y la estimación de la nación.

L7 C32 (123-127)

Súplica que me enseñó la Reina del cielo en las horas de mi agonía, septiembre 24, 1942

Laveiras 30-IX-42

¡Oh María!, esperanza de los que en ti esperan, Madre mía dulcísima e inmaculada y llena de gracia desde vuestro primer instante, vos, ¡oh madre mía!, que firme al pie de la Cruz en agonía de muerte contemplabais morir a vuestro Hijo y contabais en silencio, en las más dolorosas angustias, los últimos suspiros de la divina Víctima, que se ofrecía por nosotros al Eterno Padre, que visteis correr las últimas gotas de sangre de vuestro amado Hijo; que sentíais los últimos latidos de su Corazón adorable y oísteis de su voz moribunda el encargo que os hacía de vuestros hijos, y al encargaros, Madre del linaje humano, en la persona de san Juan, y por último, ¡oh madre santísima!, la más dolorida de todas las madres, le visteis cerrarse sus ojos divinos e inclinarse su cabeza y morir... Y no obstante en aquellas horas horribles de dolor solo supisteis adorar la voluntad del Padre, que con tanto rigor atacaba la divina Víctima, y vos, resignada con la divina voluntad, permanecisteis firme hasta recibirlo en vuestros brazos y dejarlo sepultado, para cooperar a nuestra salvación por el doloroso sacrificio que de su amor y de su Jesús hace a la justicia de Dios. ¡Oh María, madre mía!, ¿qué madre, de no ser la de un Dios, podía ostentar la Majestad de semejante dolor, y aparecer tan heroicamente tranquila, amándole sin quejarse jamás del rigor con que visteis morir a vuestro Hijo divino?

Por estos dolores de vuestro Corazón Inmaculado os ruego, mi dulcísima madre, que toméis bajo amparo y protección a vuestras hijas que reunidas bajo vuestra maternal mirada esperan ser introducidas en el Corazón divino de Jesús Eucaristía, tálamo incomparable de las almas que se consagraron de una manera especial a la adoración perpetua de Jesús Sacramentado al hacer nuestros votos perpetuos y que prometimos cumplir solemnemente, y que hoy, Jueves Santo, que fue instituido el Santísimo Sacramento, y siguiéndoos, madre mía dulcísima, hasta consumar el sacrificio de la pasión y muerte de vuestro Hijo santísimo os acompañamos con san Juan en aquellos momentos en que quedaste por madre nuestra constituida, acompañándoos en la muerte y sepultura con vos, Madre amantísima, queremos recibir en nuestro corazón el cadáver de vuestro amantísimo Hijo y adorarlo en vuestros purísimos brazos, y seguir al Cenáculo todos los días de nuestra vida hasta que con vos, Madre de Dios y madre nuestra, subamos con vos a los cielos. Esta gracia imploramos hoy de vuestro Corazón Inmaculado de tan madre nuestra a quien renovamos de todo corazón en

estos momentos, todas unidas, con el mayor fervor renovamos nuestros votos y consagración.

En presencia de Dios Omnipotente, que adoramos en el Santísimo Sacramento del altar, en unión de las adoraciones que nuestra Madre Inmaculada, santos y ángeles del cielo os dan en el cielo, y del patriarca san José, que escogemos por testigos con los Ángeles custodios.

Declaramos solemnemente al renovar nuestros votos de pobreza, castidad y obediencia en la adoración perpetua del Santísimo Sacramento, a quien adoramos con todo el amor del alma y corazón, la consagración que hacemos de esclavas y víctimas del Corazón eucarístico de Jesús y del Inmaculado de nuestra Madre Santísima, sea valedera en tiempo y eternidad, como todas unidas pedimos a la Santísima Trinidad acepte nuestra consagración.

Suplicándole con toda la fe y amor de nuestro corazón por el Corazón Inmaculado de nuestra Madre María Santísima, que nos acepte por esclavas y víctimas de reparación, expiación y desagravio del Corazón eucarístico de Jesús; pues queremos vivir y morir consolándole en acercarle muchas almas que le den culto y adoración trabajando con todas las fuerzas que me da en cumplir su voluntad santísima consagrándolo todo a su mayor gloria.

L8 C39 (91-93)

+

Festividad de Cristo Rey, 31 de octubre del año 1942

Laveira. Caxias. (Portugal)

M. R. M. Superiora y Madre Maestra del Noviciado de Braga.

Mis reverendas madres y muy amadas hermanas en Jesucristo vida de nuestras almas. El espíritu de amor y de fe que recibí en mis primeros pasos de mi vida religiosa del Corazón de mi dulcísima Madre de los Dolores María Santísima es el que hoy me sostiene y anima a seguir trabajando con todo el ardor de mi alma en la Obra que el Señor me confió y que acaba de aprobarnos la santa Iglesia "ad experimentum por siete años". Y en el Corazón dulcísimo de Jesús por el Inmaculado de su Madre Santísima, espero que quedará en definitivo aprobada la Obra tan combatida por el demonio como amada es de Jesús. Ahora todas debemos trabajar por conocerla más y más, y que todas la conozcan y amen, y con tanto más ardor cuantos mayores sacrificios me cuesta. ¡Adelante!, pues, hijas mías... ¡Adelante, cueste lo que costare! Dios nuestro Señor va delante de nosotras, y *está con nosotras*.

El sigue nuestros pasos, y escribe en su divino Corazón nuestros sacrificios, ve nuestro corazón, y cuanto trabajamos por servirle y va ordenando todo, del modo que redunde a su mayor gloria. Este es el deseo ardiente de mi corazón y de mi alma de toda mi vida, y en él descanso tranquila, viviendo abandonada en sus brazos amorosísimos. ¡Oh con qué amor me arrojo en su adorable Corazón, cuando tan amoroso me abre aquella puerta divina de su sagrado costado, donde me da a beber con tanto amor ese agua divina que sacia la sed ardiente de darle muchos corazones que le amen y muchas almas que conociéndole le adoren en el Santísimo Sacramento en espíritu y en verdad!... Vivo toda abandonada en él sin que nadie sino él sepa las amarguras inmensas que por su amor y por las almas he bebido a grandes sorbos cuando me ofreció este cáliz... que bebí. Por su amor él desde la cruz me enseñó a beber con él las hieles que le ofrecieron. Cuando yo buscaba un asilo donde nos separásemos completamente del mundo, renunciando aun las comunicaciones de parientes y amigos, para consagrarnos exclusivamente a la adoración perpetua de Jesús Sacramentado en espíritu y en verdad, veinte años esperando la aprobación, hoy recibo un telegrama de Roma: "Firmada aprobación".

Esta fue la vocación de toda mi vida, mi único ideal *¡Dios y mi alma!* y cuando daba a la Madre Maestra de Novicias cuenta de mis tentaciones y luchas, si podría o no con las asperezas y rigores de aquella vida... le decía abriéndole mi alma con ingenuidad: "¡Todo lo hará el Señor!"... Y con esa fe llevé las pruebas de tres años sin darme el hábito!... No me

siento enferma, trabajo con alegría y veo a Jesús salir a mi encuentro y me ayuda a lo más difícil, otras veces la Virgen Santísima me da su mano, y me enjuga el sudor en los trabajos más penosos, de lavar, tomar grandes pesos sola, ¡y repicar las campanas! *sola* cuando no encontraba mas que ancianitas y enfermas... La campana necesitaba a tres o dos con mucha fuerza para tocar en las primeras y segundas clases, y cuando me colgaba del cordel no podía volver la campana, rezaba a la Santísima Virgen cuando me veía colgada casi a dos o tres metros de altura, y en el momento se me volvía la campana sin esfuerzo alguno... Cuando en los más crudos trabajos me encontraba sola para trasladar pesos que sin una compañera imposible moverla, el Ángel de mi Guarda aparecía visiblemente y suplía aquellas compañeras ancianas o enfermas que me miraban trabajar con tantas energías y fuerzas que ellas quedaban admiradas, alabando al Señor, que envía a sus ángeles que me ayudasen. ¡Me sentía tan feliz! y me retiraba todos los momentos libres y en la tribuna, donde nadie me veía, le adoraba con toda mi alma, y le decía: Señor mío, cómo os dignáis favorecerme con este amor tan fuerte, que volaría a la China, a África, al Japón a decir a aquellos hermanos las finezas inexplicables, que vuestro Corazón siente sed ardiente de darles a gozar las dulzuras y deleite que el mundo no conoce, los tesoros de amor que derrocháis a los que os aman...

Volvía a cumplir con las obediencias alegremente por *su amor*, todo me sabía a cielo, aun los más humillantes y penosos, me acercaba a la enfermería y las enfermas que me veían deseosas de servirles se avisaban: “Ya está aquí la leoncilla”, por este nombre me conocían. Porque veía en aquellas almas que padecían tanto (y que por el contagio no iba mas que la enfermera y alguna ancianita que la llamaban san Juan de Dios), las dos nos encontrábamos siempre que teníamos que levantarlas o limpiarlas. Y aquella santa madre Francisca de Borja, que muy viejecita sólo podía acompañarme a rezar, tenía más de 70 años, y curaba las úlceras cancerosas de unas y le ayudaba a limpiarlas levantarlas en peso, teniéndolas en mis brazos mientras le mudaban o vestía de limpio, y eran tan santas que no me pesaban nada... pues yo era flaquita por naturaleza. Pero el amor que el Señor encendía en mi corazón y en mi alma por su amor, era terrible de atrevida. Y él me salvó con tanto amor, que cuando iba a recibirle en la sagrada Comunión y sentía en mi corazón los latidos de aquel Corazón divino... le preguntaba: ¡Señor mío y Dios mío!, te vienes todo a mí miserabilísima y ruin como si no tuvieses más corazón que el mío, te das todo a mí, ¿*a mí*?, ¡Jesús mío!, *andrajosa y manchada*. Tú Señor purísimo, poderoso, omnipotente te rebajas a este corazón tan ruin!... Y sentía como si me dijese: “¡Te crié pobre, miserable y llena de imperfección porque te quería formar una esposa perfecta donde encontrase descanso mi Corazón dándome muchos hijos!...”

¡Oh Jesús mío dulcísimo! Me pedíais os reuniera y acercara las hijas.

Sufría, ¿cómo me pedía desde el principio hijas? y ahora a la vejez cargada de años y enfermedades voy conociendo los hijos que me pedía el Señor. ¡Almas redimidas con su

preciosa Sangre que no le conocen ni le aman! La mayoría de los pueblos le odian y persiguen, y ahora por su Madre Santísima me muestra su voluntad Santísima en la aprobación de este nuevo Instituto como *Congregación mixta*. Adoración al Santísimo Sacramento en espíritu y en verdad, y recojas por su amor los niños abandonados y pobres y prepararlos a la sagrada Comunión grabando en sus almas la verdadera doctrina católica que ha de salvar al mundo.

Si trabajamos con fe, nuestra Congregación será un nuevo apostolado que su Madre Santísima nos comunicará el amor y fe que Jesucristo quiere que seamos a ejemplo de los apóstoles y los sesenta y dos discípulos. Nos ha guiado a su cenáculo paso a paso con un misterio que guardaba en su Corazón divino y que no veíamos en la unión íntima que nos venía pidiendo *tantos años*, en la adoración perpetua en el Santísimo Sacramento, otra cosa que la contemplación más perfecta de la vida religiosa y con esa ilusión trabajábamos ofreciéndole sacrificios, que no para expresarlos... y al aprobarnos la santa Iglesia las sagradas Constituciones aparece en medio de nosotras como si dijera... y nos da su ley, cortándonos todos nuestros planes y nos muestra su divina voluntad: quiere víctimas de reparación y amor... y nos pide encendamos el fuego de amor que él nos comunicará en la vida y horas de adoración junto a su santo tabernáculo; recibiremos el don de su caridad perfecta y santa, para que nosotras repartamos y demos a las almas de los niños, sellando con nuestros sacrificios su amor en las alma antes que el pecado endurezca sus corazones.

Esta es, hijas de mi alma, la labor de Jesucristo al formarnos de la nada, y llamarnos a la vida de penitencia que vivimos escondidas casi 40 años en su divino servicio... y que entre relámpagos y truenos de grandes contradicciones nos muestra hoy su ley.

Aquí, en esta tribuna donde llevo más de un año enferma, velándole Sacramentado, con su Madre Santísima de los Dolores en su camarín, ¡*tan hermosa*!, yo [a] oscuras y sin ruido humano, parece que oigo la voz de Jesús dulcísimo... (Operan a una religiosa joven de grandes virtudes... muere otra santa religiosa, sor Dolores, q.e.p.d., que parecía ser una esperanza), dificultades insuperables... para cumplir los deseos que en esta fundación nos recomienda el Sr. Patriarca por el Sr. Obispo de Nampula, nuestro P. D. Teófilo, insigne bienhechor nuestro, y cuando menos alientos ni esperanzas humanas (ni condiciones divinas) pues desolado el espíritu, sin más luz ni guía que la fe... me preparaba a morir. ¡me llegó lo que tantos años esperaba!: "*Hoy se ha firmado la aprobación*" (P. Esteban Marcos. Roma).

Pues así es. ¿Ven ya, mis reverendas madres y hijas carísimas, las obras del Señor?... Cuando ni lo esperábamos ni sentía ilusión mas que de morir en la cruz, "*Consumatum est*"*, les* decía muchísimas veces, creía haber terminado mi vida, el Señor me da una nueva Ley que destruye completamente mis planes: y siento que él me dice ese "*Ego sum*" que me obliga a decirle ¡*Señor, hágase como vos queráis*! Fiat.

Siento en el alma que nuestro Dios y Señor quiere seamos suyas como los Apóstoles,

sin otro fin que como ellos, *servirle y seguirle... imitándoles*, siguiendo sus ejemplos santísimos, dándole todo nuestro amor y nuestra voluntad, todo lo que tenemos y somos... *¡nunca nos podremos separar del Señor!* Si lo tenemos solemnemente expuesto, y le acompañamos día y noche, pues sin la Eucaristía el Instituto no tendría razón de ser, pues su fin desaparecería, y el hermoso privilegio que nos fue concedido de adorarle en espíritu y en verdad, ¡desapareceríamos! Nosotras no acertamos a entender muchos secretos que solo al pie del altar, en las horas de adoración él nos instruye y comunica los secretos más íntimos de su Corazón amorosísimo, nos enciende en su amor y aumenta en nosotras la fe y valor para arrostrar las mayores dificultades y esas íntimas comunicaciones que en la sagrada Comunión, en la santa misa y en las horas de adoración nos da el celo y valor de los apóstoles para imprimir el fuego de la caridad y de la fe en el corazón e inteligencia de los niños para preparar sus almas para recibir con amor y temor el Cuerpo y alma de nuestro Señor Jesucristo en la sagrada Comunión.

Nosotras, que por profesión y voto solemne somos eucarísticas, debemos predicar a Jesucristo víctima de amor en el Santísimo Sacramento con el ejemplo y con la palabra encender las almas de los niños en el fuego eucarístico. La Eucaristía debe ser para nosotras el centro de vida, y nuestro poder de acción y de apostolado. ¡No experimentamos, hijas mías, cuando adoramos a Jesucristo en el tabernáculo, después de purificados y preparados con algún sacrificio, una transformación que nos envuelve como los apóstoles en el Tabor! ¡Qué pronto pasa entonces la hora!... Los apóstoles, que le siguieron en la predicación del Evangelio dieron su sangre por confesar a Jesucristo Maestro divino que nos enseñó con el ejemplo y con la palabra. Nosotras, que le adoramos sacramentado recibimos su doctrina y bebemos su Sangre y Cuerpo, que recibimos diariamente en la sagrada Comunión. Pedirle grabe en nuestras almas su amor, y nos haga fieles imitadoras de su Madre María Santísima que nos engendró al pie de la cruz cuando al morir su divino Hijo nos encomendó, especialmente a nosotras, que nos acogió en su Corazón Purísimo, dándonos la prueba de su especial predilección el Viernes Santo en los santos Oficios nos envió el recado, que envió al santo varón que le pidió el Sepulcro para su santísimo Hijo, a nosotras nos envió el Sr. Cardenal aquel Viernes Santo a pedirle nos diese recibirle sacramentado en unión de las fervientes Marías: “Haec [est] dies quam fecit Dominus...”

Ruego con todo el amor que del Corazón dulcísimo de Jesús recibí por nuestra Madre María Santísima, a todas VV. RR. y amadas madres y hermanas presentes y futuras oren mucho y ofrezcan sus penitencias y sacrificios, especialmente las horas de adoración que hagáis en todas las comunidades, y en particular por la perfección y acrecentamiento en las virtudes y santidad de toda la Congregación en cada uno de sus miembros: especialmente por las superioras mayores que sean *santas*, para que con su ejemplo, santo consejo y dirección

crezcan en virtudes y santidad cada una de las religiosas, observando fielmente la santa Regla que nos dio su divino eucarístico Corazón cuando nos mostró esta transformación de vida en su Centenario y en Asís.

En muchas ocasiones os lo repetía en los principios de las fundaciones en aquellos años de gloria y de fervor que como en el Tabor gozábamos las dulzuras que por nuestra Madre María Santísima sentíamos, a los clamores del seráfico padre san Francisco que paseándose por nuestra casa con llamas de fuego nos llamaba: “El Amor no es amado, hijas mías, amarle, adorarle y darle gloria...” Nos repitió su visita por muchos días, que vosotras sentíais los efectos del amor divino que nos dejó curadas de aquellos temores y desalientos que sentíamos al desprendernos de las cosas de abajo... y mirando al cielo como los discípulos en el Tabor... quedamos pegadas al Corazón purísimo de la Madre de Dios, nuestra Madre Santísima

Que no pensemos en extendernos más de lo que el Señor se digne manifestarnos por la obediencia, que corta como inspirada por Dios, pero si en la primera casa hubiéramos podido vivir los 20 años que llevamos de existencia: formadas junto a Jesús en el tabernáculo el fruto sería copiosísimo, porque los principios fueron abundantísimos de bendiciones y gracias espirituales... El Señor necesitaba víctimas para no castigarnos como merecían nuestros pecados, y nos escogió a nosotras para expiar y reparar los pecados ocultos, y nos echaron a las religiosas enviándolas a sus familias, ante el temor que fuesen profanadas... Qué dolor sentía mi alma, cada vez que venían las familias veía desaparecer aquel nido eucarístico que nuestra Madre, María Dolorosa, escogió, y aunque consiguió al fin separarlas, dejó morada digna donde pudiesen recogerse las más fervorosas al calor de la santa Eucaristía... lo mismo en Chauchina que en Berja.

Un nuevo arranque nos exigió el Señor buscando lugar de refugio, se multiplicaron las casas antes de tiempo: sin personal formado aún y, como era de esperar, se disipó aquel espíritu primitivo de fervor que vivíamos unidas indisolublemente con Jesús y María Santísima en la sagrada Eucaristía.

El Señor tenía predilección especial por Portugal y allí nos envió el Emmo. Sr. Cardenal Tedeschini, Nuncio Apostólico en España, que compadecido de nuestra niñez espiritual nos envió a los padres jesuitas españoles en Portugal que cuidasen de nosotras, y ellos nos recomendaron con interés al Sr. Arzobispo Primado, que nos acogió con benevolencia, y pidió la fundación a Roma, que el demonio quiso estorbarla, y que de aquellos trabajos vino el que Portugal nos acogiese con especial cariño, y nos ayudase incluso a pedir la aprobación de nuestras santas Reglas por 7 años ad experimentum, el 31 de octubre de 1942.

Dios nuestro Señor, sea siempre servido, amado y adorado de su familia eucarística de las Clarisas Capuchinas de la Sagrada Eucaristía y Madre de Dios, María Santísima. Amén.

No puedo cerrar esta carta, mis amadas madres y hermanas carísimas, sin repetirle mi ruego de oraciones. Sí, hijas mías, la experiencia de casi 50 años de vida religiosa, pues el Señor al quedar huérfanas de madre, nos llevó mi padre a un convento observantísimo de clarisas para educarnos a mi hermanita de 8 años y yo de 10, el mismo día que los cumplía. Por tanto no viví en el mundo mas que 10 años y 8 meses después en el traslado del colegio al convento de capuchinas de San Antón, estuve 8 meses con mi abuelita, que quiso mi vocación y temiendo enfermase conseguí el permiso de mi padre después de muchos ruegos me dejase ingresar sola, porque mi hermanita quedó en el colegio dos años más.

Para haceros fuerza y atendáis a mis ruegos recurro a mis 50 años de vida religiosa, con experiencias dulcísimas en los primeros años... De súbdita obedeciendo pasé 15 años de cielo... No encontré dificultades ni violencias ni penas, veía a Dios en mis superioras y en sus brazos descansé dulcemente como el niño en los regazos de su madre... ¡Vino la Prelacía!

¡Oh Dios mío!... ¡Cómo sufría mi corazón! ¡Cuánto sufrí Dios mío!... Pequeña e ignorante, recibí por obediencia aquel cargo... y con él estoy llena de preocupaciones y amarguras, me ofrezco al Corazón eucarístico de Jesús con todas las que me dio el Señor; las llevo al Corazón de la Madre de Jesús para que ella nos lleve a él y nos guarde de caer en pecado... y nos conserve fieles a nuestra vocación hasta la muerte, que seamos admitidas a las bodas del Cordero.

Que éste sea, amadas madres y hijas carísimas, el único ideal de nuestra vocación eucarística. *Pedirle* que nos dé buenísimas vocaciones con ansias y deseos de santidad. Si no es así, yo les rogaría no recibáis a ninguna, que mejor son poquitas y santas, que no muchas sin vocación verdadera y sin espíritu que vendrían a destruir la Congregación que Jesús eucaristía formó para hostias y víctimas que con él y su Madre María Santísima nos ofreciésemos al Eterno Padre en reparación y amor adorándolo en el Santísimo Sacramento del altar.

Así, hijas mías, por las entrañas de amor y caridad de Jesucristo, amor y vida de nuestras almas, orar mucho, para que no se multipliquen las casas, sino las santas que con su ejemplo edifiquen a las demás.

Ya san Francisco de Sales, decía a sus hijos: “Poco, pero bueno”. Conocía que las almas escogidas no tienen precio y no se estiman nunca su justo valor, y temía confiar el gobierno de sus monasterios a personas incompetentes; y así decía nuestro santo Padre: La vitalidad de una Orden o Congregación no está en la cantidad y no en el número de sus miembros, “hay que pesar los sujetos y no contarlos”. Y san Ignacio decía: “Si el deseo que mi vida se prolongara preocupase mi mente, sería para redoblar de vigilancia en la selección de sujetos”.

Si así pensaban y aconsejaban los santos padres de la Iglesia, nosotras tan pequeñas y

ignorantes cuánto debemos orar y pedir con repetidas súplicas al Señor que nos dé a conocer como a san Francisco de Sales que decía: “más vale que los religiosos crezcan por las raíces de las virtudes que por las ramas de las fundaciones”. Debido a una excesiva y precipitada propagación varios Institutos han perecido. Así pues, vuelvo a repetiros, más vale pocas, pero buenas, y mejor santas si fuese posible. Porque como dice un santo fundador: “No debemos empeñarnos en multiplicar las casas, sino en dotarlas de religiosas santas. Pocas casas, que haya un superior santo al frente de cada una”. Y de este santo fundador refiere un religioso que viendo el desenvolvimiento de su Instituto y rápida propagación, le dijo un día: “¡Qué cosas tan estupendas haría V. Padre, si dispusiese de algunos centenares de miles de pesetas!...” Y el santo fundador le contestó: “¡Hay hermano!, si la Providencia me diera cincuenta buenos religiosos las hacíamos más maravillosas aún; no el dinero lo que nos falta, sino buenos sujetos. Una comunidad es siempre sobradamente rica cuando cuenta con religiosos santos y es lo que pido a Dios todos los días”.

Esto es lo que pido al Señor en todas mis oraciones y ofrezco hace muchos años mis horas de insomnio, que ofrezco al Señor como lo que más le agrada para que nos dé religiosas observantes, de buen espíritu y *superioras santas, que deben ser los pilares* que sostengan este santo Instituto, tan de Dios y de su Madre María Santísima

Hagan esta oración diariamente al Señor que yo aprendí de un devoto devocionario y que le pongo lo que me da más devoción.

¡Oh Dios y Señor mío!, que después de apartarnos de las vanidades del siglo, nos estimulas con el premio de la vocación eucarística, desciende a nuestros pechos, purifícalos e infunde gracia con que perseveremos junto a ti para que, defendidos con tu protección y auxilio, cumplamos cuanto con tu gracia prometimos, y cumpliendo los deberes de nuestra vocación, consigamos el premio que te has dignado prometer a los que perseveran en tu servicio. Dígnate, benignísimo Jesús por tu santo nombre darme el espíritu de mi Religión, infunde en mi corazón, te lo suplico, tu santo Nombre para que me regale con su dulzura y con su amor, me enardezca hasta morir en ti, Jesús dulcísimo. ¡Oh Dios mío!, que preparas mansiones en el cielo a los que renuncian a este siglo, ensancha con los dones celestiales el corazón de nuestros superiores y hermanos nuestros, para que vivan estrechamente unidos en caridad fraterna, guarden todos tus preceptos, reconozcan con su vida sobria, sencilla y pacífica el don de la vocación que gratis nos concedisteis; concuerde su vida con el nombre de este santo Instituto, respondan nuestras obras a la profesión que hicimos en vuestra real presencia delante del cielo y de la tierra. Hazlo así, oh Santo Espíritu, que con el Padre y su Hijo, nuestro Señor, vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Omnipotente y sempiterno Dios, único que hace obras portentosas: extiende sobre todas las superioras de la Congregación especialmente la R. M. General, tu humildísima sierva y

esclava, y sobre la familia eucarística que le habéis encomendado, el espíritu de tu gracia saludable, y derrama sobre todas tus hijas y siervas fidelísimas el rocío de tu bendición, para que te sirvamos con alegría y en verdad en una continua adoración y acción de gracias. Y a vos, Madre mía Virgen Santísima, te suplicamos que guardes en tu Corazón Inmaculado a todas tus hijas que en esta Congregación eucarística, consagrada a ti por vuestro Hijo santísimo, no perezca nunca en manos de sus enemigos. Sea vuestro maternal Corazón nuestro refugio y amparo en las pruebas de esta vida. Alcánzanos de vuestro divino Hijo la gracia de corresponder fielmente a nuestra santa vocación hasta la muerte, que nos alcances a todas tus hijas, reunidas bajo vuestro manto, un corazón según el Corazón de tu divino Hijo, para que ya se alegren de haber sido llamadas a esta santa Religión, por tu favorable intercesión experimenten siempre tu auxilio y tu gracia. ¡Amén Jesús!

¡Sí, hijas mías! hace muchos años que amargas experiencias me enseñaron: que por los superiores indiferentes, que no dan importancia a las santas Reglas, Constituciones y costumbres viene la relajación; no porque no se lleven antigüedades, que a veces están derogadas por el Código, sino porque se enfrían en la *caridad y unión* que debe reinar en los Institutos y casas religiosas, les repugna la humildad y pobreza, creyéndola miseria, y venimos a una tibieza deplorable, que nos hace indignas de las misericordias del Señor.

“Una santa superiora de un Instituto floreciente se me quejaba de esto mismo en los principios de nuestra fundación... y cuando con lágrimas me refería las penas que padecía porque no había vocaciones de santas, sino de colocarse donde más cómodamente y con menos preocupaciones se pasase la vida”. ¡Me extrañaba tanto!, que repasaba las nuestras y no me parecía ser aquello tan exacto, porque miserias, las tuvieron los santos, y quedé con la idea que aquella santa superiora sería un alma toda de Dios y veía exageradas las flaquezas humanas...

No tardó el Señor en hacerme sentir aquel dolor... quizá más amargo de lo que podía imaginar, al separarse aquellas hijas que tanto amaba, y donde tenía tan grandes esperanzas de que serían las más fuertes columnas de la nueva vida que nos pedía el Señor; *víctimas de reparación y desagravio*.

Sor Trinidad

Aprobación Constituciones

19-XI-42

Después de 6 horas de agonía, a eso de las 3 de la mañana, sentí iluminaciones, todo creí como otras noches (encendían la iglesia cuando sienten ruidos) abrazada a mi Cristo, ofreciendo aquella agonía tan larga ahora que estoy para morir, esta carga... Me parecía abría el cristal de la tribuna y me saludaba, venía la Santísima Virgen María Dolorida con el divino Jesús en su Inmaculado Corazón como una Hostia y que la madre santa Clara parecía dármelo de manos de la Soberana Reina y me dijo: Hija mía, no rehuyas la cruz y los trabajos que te esperan, humilde, obediente, pobre y sacrificado; os quiere Jesús víctima de amor y reparación y nuestra dulcísima Madre María Santísima; os mostrará el camino, ¡no temas!, confía en el Señor que os dio nuestra Madre y Maestra en su corazón, y hace nacer este nuevo Instituto en su Corazón Inmaculado; con ese espíritu de inmolación y de víctima, humildad, amor y sacrificio salvará al mundo. Y dejó mi alma inundada de paz.

L7 C27 (30)

MANUAL Y CEREMONIAL PARA LAS RELIGIOSAS CLARISAS CAPUCHINAS DE LA SAGRADA EUCARISTÍA Y DE LA MADRE DE DIOS

J.M.J.

¡Mi vivir es Cristo y mi morir ganancias!

¡Oh María, mi dulcísima madre, escribir en el corazón de vuestras hijas los deseos de vuestro Hijo santísimo, Jesucristo, vida de nuestras almas! Que imitemos vuestros ejemplos de pureza, de amor, de abnegación, humildad, obediencia y desprendimiento de cuanto el mundo ama. Identificada con el corazón amantísimo de Jesús, elijo la pobreza voluntaria para reparar y expiar las ambiciones y amor a las riquezas.

Que comprendamos, madre mía santísima, que fuera de la senda que vos y vuestro Jesús dulcísimo nos enseñó en Belén, Nazaret y el Calvario no hay vida religiosa, sino apariencias de religiosas sin espíritu verdad.

Madre mía santísima, por vuestro Corazón Inmaculado, hacednos dignas de llamarnos víctimas de reparación de Jesús Sacramentado y vuestras hijas fieles y amantes a dar la vida por estos dos amores. Amén.

MODO PRÁCTICO PARA MEJOR CUMPLIR LA OBSERVANCIA DE LAS SAGRADAS CONSTITUCIONES

Amor a nuestra vocación eucarística de víctima de reparación y amor a Jesús Sacramentado.

Art. 1. El espíritu de nuestro Instituto consiste esencialmente en trabajar con todas nuestras fuerzas por la más perfecta imitación de la vida de Jesús, María y José, en Belén, en Nazaret, en Jerusalán y en el Cenáculo, que hemos de conocer como distintivo de nuestra vida en estos tres puntos:

1º. Amor de Dios en el despego absoluto del mundo, de la carne y sangre; para seguir libremente al divino Maestro, como sus discípulos, cuando dijo a san Pedro: "*Sígueme*", él comprendió la alteza de su vocación y siguió a Cristo –dejándolo todo– y sin condiciones (cf. Mt 4,18-19).

2º. Renunciándonos a nosotras mismas *sin propios, "Abneget semetipsum"* (Mt 16,24), negando nuestra voluntad y a nuestro *yo*, tomando la cruz de la obediencia por su amor sin ver en lo mandado la criatura, sino la voluntad de Dios expresa, con esa fe que Él nos pide: "El que a vosotros oye a mi me oye y el que os desprecia a mi me desprecia" (Lc 10,16). Y seguros llegaremos al tercer punto.

3º. La íntima unión con Dios, que en la adoración perpetua de Jesús Sacramentado daremos a Jesucristo en su vida eucarística, ofreciéndonos con Él víctimas inmoladas de expiación, reparación y desagravio al Eterno Padre, atraeremos al mundo el reinado de paz y amor que su adorable Corazón nos tiene prometido.

Art. 2. La excelencia de nuestra vida eucarística es sublime, no sólo nos convierte en esposas de Jesucristo, sino que al calor de la sagrada Eucaristía nos trasforma en ángeles que le adoran en la tierra como los serafines en el cielo, transformándonos el alma en templo del Espíritu Santo y trono ardiente de amor eucarístico, pues la santidad de nuestro estado nos eleva a morar con el espíritu en el cielo, pues compañeras de Jesús en el sagrario, nuestra ocupación, nuestras ansias y nuestra vida está unida e identificada con Jesús en la Eucaristía que junto a Él, oculto y abandonado en el sagrario, nos dice: "Os amo y he querido morar con vosotras para que me améis y deis la adoración y amor que los ángeles me dan en el cielo". ¿Podía amarnos más el Corazón eucarístico de Jesús? Pues si la Eucaristía es la vida de nuestras almas y la escuela del verdadero amor, la Clarisa Capuchina de la Sagrada Eucaristía debe aprender de Jesús que para amar hay que padecer, hay que inmolarse por aquél a quien se ama... en las horas que junto al sagrario le adoramos con espíritu de reparación y amor, que en la inmolación aceptada por voluntaria vocación de víctima generosa y entregada por obediencia a cuanto encierre de difícil y penoso nuestros empleos y cargos, nuestros ejercicios de vida común y trabajos mortificantes en la penitencia y pobreza, que es el distintivo de nuestra Congregación... Adoradoras y almas hostias y víctimas, uniendo a los abandonos y desprecios de Jesús en la Eucaristía a su Corazón agonizante, unamos con resignación nuestras penas y padecimientos corporales por amor, con María Santísima, nuestra dulce madre, a la pasión interior de Jesucristo, nuestro divino Maestro y modelo.

Para poner en práctica ese "*Abneget semetipsum*" (Mt 16,24) –que nos pidió Jesús divino cuando oímos su amoroso llamamiento... y le seguimos valientes y generosas, rompiendo los lazos de la carne y sangre y país y cuanto el mundo nos halagaba, y cumplir como dice el apóstol san Pablo "*quotidie morior*" (1Cor 15,31), para morir de esa muerte continua que es nuestra vocación de víctima que nos conduce hacia la vida verdadera– no se nos exige más que el cumplimiento de nuestros votos y Constituciones conservando el espíritu de la santa Regla que abrazamos voluntariamente por inspiración divina.

No se nos exige mas que la fidelidad en la observancia, a toda esa serie de ejercicios espirituales, la constancia en llevarlos perfectamente a cabo, aun en medio de las arideces y frialdades tan ordinarias en la vida espiritual, la observancia de las sagradas Constituciones y santa Regla; una religiosa fiel a sus santos votos y Constituciones adelanta más en unos meses que muchos años por otras vías; en su observancia no hay tiempo perdido, todo es ganancia para el gran día de la cuenta; este amor y fidelidad a nuestra vocación nos atrae del Señor ríos de gracias y una paz de conciencia que nos da alas para volar y adelantar con nuevos progresos en la virtud.

La puntualidad en la guarda del gran silencio, que es uno de los puntos más esenciales de nuestras Constituciones y Reglas y que mayor encarecimiento nos lo ordenan desde el principio de nuestra vida religiosa por la grande experiencia, que la infracción de este punto tiene gravísimas consecuencias.

El silencio bien observado es la señal más cierta que en una comunidad reina la unión y paz, que en el Cenáculo con María Santísima, Reina y Madre de los Apóstoles, preparó aquellas almas para la venida del Espíritu Santo: oraban con un espíritu y un alma (cf. Act 1,14), Dios habitaba en ellos. Nosotras, émulas de aquella escuela, debemos grabar en nuestros corazones el amor, el silencio y la unión del Cenáculo. Hablemos con Jesús en el sagrario y nuestras almas con grandísimas ventajas nos indemnizarán las consolaciones que fuera de Dios buscamos en las criaturas. Que el silencio sea para nosotras una ley inviolable en todo tiempo y lugares que nos mande la santa Regla y Constituciones y Manual, en todos los sitios y lugares señalados, en todas las horas del día fuera de los recreos.

La previa petición de los permisos más exiguos, la mortificación en cualquier momento, especialmente contra nuestras inclinaciones... la inmolación de nuestro amor propio y voluntad hasta el menor de nuestros caprichos y pareceres... y si nos sintiésemos con valor para cumplir nuestra misión de víctima en la adoración perpetua de Jesús Sacramentado, depositar nuestras cruces de cada día siguiendo en eso los designios de la divina Providencia, aceptar otras muchas más pesadas que la obediencia nos propusiera, ¿no nos consolaríamos en un estado de inmolación habitual de víctima por amor de Jesús?

Unidas a los deseos del Corazón eucarístico de Jesús, pongamos todo nuestro cuidado, todo el celo que de nosotras dependa, para cumplir exactamente con cuanto la obediencia nos haya confiado, y estaremos en estado de víctima, en unión con Jesús y María, que tan perfectamente se hallaron siempre dispuestos a conformarse con los más pequeños deseos que el Padre les comunicaba. Tomar del Corazón Inmaculado de María, nuestra dulce madre, el espíritu de humildad y pobreza, de mortificación, de abnegación y obediencia, que Jesús practicó durante su vida mortal, y que nosotras debemos manifestar hasta en los más insignificantes detalles de nuestra vida religiosa, eucarística, mariana, obligándonos a practicar los empleos más humildes

de la vida oculta de Jesús y María, y aceptando gustosas la carga de todas las pruebas y de todas las cruces que Dios nuestro Señor tenga a bien enviarnos.

Solo así, hermanas carísimas del alma, podremos consolar a Jesús dulcísimo de las continuas ofensas que recibe en el augusto y adorable Sacramento, y es el holocausto continuo que pide a sus pequeñas víctimas de reparación y amor en la adoración a la sagrada Eucaristía. Es nuestra madre Inmaculada María Santísima la que mostrando su maternal Corazón traspasado de dolor al verlo nacer en tanta pobreza a su Hijo Dios, Rey de cielos y tierra en un establo, cuando lo vio circuncidar a los ocho días de nacer... cuando en el Templo oyó la profecía de Simeón, quedando desde aquel momento grabado en su Corazón Inmaculado de Madre sapientísima la pasión de su adorado Hijo, Dios verdadero... cuando le buscó perdido con el mayor dolor de la mejor de las madres... aquel contemplarle durante sus 33 años buscando sólo la gloria de Dios su Padre, en su vida oculta en aquella casita de Nazaret... ¡Qué escuela de divinas enseñanzas nos dejó Jesús dulcísimo y su Madre María Santísima y san José!... Más de 50 años contemplando ¡aquel santuario divino de la Sagrada Familia!... ¡El Evangelio viviente! Para nosotras, ¡sí carísimas hermanas! No entendíamos lo que nuestros ojos contemplaban en aquel hermoso retiro de Nazaret, que la maestra –santa religiosa– nos llevaba pequeñitas a contemplar a Jesús en Nazaret... ¡Qué sentimientos de amor imprimía en el alma aquella Madre Purísima, con el Hijo divino Jesús riquísimo, nos ofrecía las virtudes de su corazón adorable: humildad, mansedumbre, pobreza, recogimiento, caridad, obediencia, abnegación, desprecio de honores y honras!...

¡Oh Jesús dulcísimo, que nos dejaste fundadas a vuestras pequeñas adoradoras víctimas de amor, en aquella gruta de Belén y casita de Nazaret, donde los santos encontraron la escuela de santidad!

Donde aprendió la ciencia del amor nuestro seráfico padre san Francisco, loco de amor en Belén y en la cruz... Ellos nos dejaron su espíritu de pobreza y humildad en su santa Regla... Y nuestra seráfica madre santa Clara en su testamento admirable lo compendia todo en estas palabras hermosísimas: "Ruego y amonesto en el Señor Jesucristo a todas mis hermanas que son y han de ser, que siempre trabajen de seguir el camino de la santa simplicidad, humildad y pobreza y pureza de santa conversación... de las cuales cosas, no por nuestro merecimiento, mas por sola su gracia y misericordia, aquel altísimo Padre de las misericordias, que las concedió, derrama el olor de buena fama de ellas así a los que están cerca como a los de lejos. Por lo cual, amadísimas hermanas, amándoos unas a otras con la caridad de nuestro Redentor Jesucristo, mostrad de fuera por obras este amor, que dentro tenéis, porque por este ejemplo provocadas las hermanas, siempre crezcan en el amor de nuestro Señor Jesucristo y caridad fraterna..."

¡Qué testamento que en el cielo veréis escrito con letras de oro!... ¿Dónde aprendió, sintió y escribió nuestra madre santa Clara este testamento y última voluntad a sus hijas?... *En Belén en Nazaret*, con Jesús, María y José copió sus celestiales virtudes, meditólas todos los días de su vida, las practicó y las dejó como su único caudal a sus hijas... Ella contemplando a Jesús dulcísimo, Niño envuelto en pobres pañales... (cf. Lc 2,7), bebió su espíritu, se sintió herida de amor y nos narraba así, enamorada de la dulzura y humildad de aquel hermosísimo Niño Dios y hombre verdadero, lleno de dignidad y hermosura, hacía grande lo pequeño y enaltecía la pobreza voluntaria... La santa Madre se derretía de amor contemplando aquella víctima que crecía para ser inmolada. En Nazaret lo encontraba todo... Veía a Jesús dulcísimo ayudar con sus manitas divinas a trabajar, en silencio acudía a la voz de su Madre María Santísima y san José. ¡Oh ejemplos admirables de obediencia y humildad la de Jesús!... Que podía repetir aquello de su Evangelio: Obedeció siempre hasta morir en la cruz (cf. Flp 2,8). ¡Oh ejemplo admirable de perfecta obediencia para mis amadas hermanas, que no conoce ni excepción, ni demora, ni excusa!... ¡Allí aprendieron los santos esta profunda filosofía que abrazaron por su amor los trabajos y muerte!

¡Oh obediencia Santa!... Obediencia perfectísima, suavísima y dulce, mirando nuestro modelo Jesús, que nos enseña a no mirar la capacidad ni la virtud del que manda, sino la voluntad de Dios y la autoridad de que están revestidos nuestros superiores... ¡Cómo enaltece Jesús con su conducta las más obscuras condiciones!... Y consuela su ejemplo a los que por su voluntad adorable, siguiendo su ejemplo abrazaron la obediencia llena de fe, que obedeciendo cumplimos la divina voluntad... y "estaba sujeto a ellos" (Lc 2,51), ¿y nos costará a nosotras someter nuestra voluntad a los que tienen autoridad viendo a Jesús divino obedecer por nuestro amor a las criaturas?... Y así en su Regla y testamento la madre santa Clara, la *pobreza, humildad y obediencia*. Sí, su vocación la imprimió Jesucristo en su purísima alma dándole por luz y guía aquel Seráfico imitador de Cristo y de su Evangelio, que, enamoradísimo, como otro san Pablo, de Cristo crucificado, le llevó en alas de su ardentísima caridad a la más alta perfección evangélica de pobreza, humildad y obediencia a la santa Iglesia y sus legítimos superiores. Así amaron ellos a Jesucristo. Así arribaron a la santidad en tan corto tiempo para ser otro Cristo. ¡Si sus hijas aprendiéramos de su vida tan abnegada y tan humilde!, ¿no seríamos las víctimas de reparación y amor que Jesús nos pide en la perfecta inmolación que Jesús y María Santísima, nuestra dulce madre, nos pide en estos momentos de prueba? ¡Dios mío! Haced que estando nosotras por elección voluntaria obligadas por nuestras sagradas Constituciones a la fiel imitación de nuestra Inmaculada madre María Santísima, y debiendo ser nuestros conventos una perfecta copia de Nazaret... entremos en ella y meditemos con frecuencia aquellas virtudes, que Jesús divino desde el Tabernáculo nos pide al darnos la vocación de víctimas adoradoras de Jesús Eucaristía, nos ha dicho elocuentemente en muchas

ocasiones: "Imitar mi vida desde Belén hasta el Cenáculo, desde que nací al mundo hasta que subí a los Cielos en mi gloriosa Ascensión a los Cielos no me separé de mi Madre Santísima a quien os encomendé de un modo especial a vosotras, mis pequeñas víctimas, para que imitaseis sus virtudes y admirables ejemplos y sea vuestra madre y maestra". ¡Madre mía, bendita seas!

Hermanas carísimas, pensad en las agonías que a veces sentirá vuestro espíritu, agotado de trabajos, enfermedades o pruebas de otra especie... Mirad a vuestra Madre Santísima y mía, recogida en el templo de Nazaret, pues con ella vivirá y morará su Hijo Dios. ¡Nazaret más grande y rico que el templo de Salomón, moraba en aquella y pobre casita *todo un Dios poderoso* y grande que formó el cielo y la tierra con solo su querer, habita en aquella casita recogida, silenciosa y humilde donde se practican las más sólidas y perfectas virtudes!...

Así quiere Jesús dulcísimo nuestras casitas, *moradas de Jesús, María y José*, nuestros maestros en la más alta sabiduría, la perfección de las más heroicas virtudes... En los principios de estas fundaciones recordarán– se hicieron unas rifas en billetes, que en Navidad del primer año nos matriculamos todas. ¿Recuerdan, en recreos, cómo se repartían las asignaturas de humildad, de obediencia, de caridad, etc.? ¡Que todas recibían como del mismo Jesús, que se examinaban en Pascua de Pentecostés!... Recuerdo con grandísimo consuelo que aquel año veíamos crecer en entusiasmo y amor, aun las que no parecía interesarles... ¡Y qué contentos estaban en sus tronos de gloria, aquel divino tribunal, Jesús, María y José con el seráfico padre san Francisco y madre santa Clara que nos repartían llenos de gozo matrículas de honor!... ¡Qué principios aquellos!

Pues si los comienzos de estas fundaciones mereció que el Emmo. Sr. Card. Casanova y Marzol, al celebrar de pontifical el 24 de setiembre de 1930, dijo con gran entusiasmo: "diez años hace preparábamos, por vocación especialísima del Señor, el grano de mostaza, que el Señor me reservaba a mí al traerme a Granada, con la consolación y fe que tengo, *es obra de Dios* de la cual busca la reparación y desagravio en estas almas que hoy os traigo como lo mejor de lo mejor de mi Diócesis". Todas o casi todas de las que hoy formamos la Congregación *le oísteis* en el santuario de nuestra Señora de Gádor, en Berja, con demostraciones de paternal bondad derrochó con nosotras cuanto el Señor puso de fe y caridad, que en aquel memorable día de nuestra Señora de las Mercedes, nos inundó las almas todas de gracias y amor diciendo con S. Excia. Rvma. las palabras del salmo "Me regocijé cuando me dijeron: Iremos a la casa del Señor..." (Sal 122,1). *Sí*, no en vano os llevó el Señor a un santuario de la Virgen de los Dolores; a los seis años (menos algunos meses) os trae la Madre de Dios a otro santuario de su advocación hermosísima "llena de gracia". Esta es la Virgen de Gádor, la idolatrada Madre y Patrona de esta ciudad. ¿Sabéis para qué? ¡Para que aprendáis de Ella! Vuestra regla de conducta es la fiel imitación de la Virgen Santísima, que como dice san Ambrosio: "Era no sólo Virgen del cuerpo, sino del alma, humilde de corazón, grave en sus conversaciones, prudente en

su manera de obrar, sobria en sus palabras... aplicada al trabajo, no buscando las miradas de los hombres, solo las de Dios, atenta a no ofender a nadie, y pronta a hacer bien a todos... Sus acciones eran acompañadas de discreción y jamás quedaban suspendidas por falta de constancia... María Santísima era atraída hacia Dios con toda la intensidad de sus facultades, separándose cada vez más de las criaturas y de los más legítimos afectos: había escuchado las palabras del Salmista "Oye hija mía... olvida tu pueblo y la casa de tu padre y el Rey codiciará tu hermosura, pues es el Señor tu Dios" (Sal 45,11-12). Nunca santo alguno correspondió con tan perseverante energía a la acción de la gracia, ni se abandonó a los designios de Dios con más completa abnegación..."

Retirada en su casita de Nazaret, nuestra dulcísima madre María Santísima nos invitaba y veía al través de los siglos sus pequeñas hijas que querían imitarla, amarla y elegirla por prelada, maestra y madre... Y si en aquel templo de Nazaret María oraba, trabajaba y obedecía bajo las miradas de Dios, que los ángeles contemplaban, sin interrogar curiosamente el porvenir... sin temor de desviarse de la voluntad de Dios, pronta a cumplirla en todo y "como Jesús estaba sujeto a ellos, su Madre conservaba todas estas cosas en su corazón" (Lc 2,51).

Ante estas virtudes, que Jesús dulcísimo nos lleva con una dulce y suave atracción a nuestra dulce Madre que Él nos dio a fin de que bajo la protección del Corazón purísimo que más amó, aprendamos de ella a entregarnos enteramente a Jesucristo sin ninguna ligadura terrena que divida y separe nuestro corazón, ni nos separe, ni por un instante, de la entrega que hicimos ya de nuestro corazón a Dios.

Hermanas carísimas, una vez que hicimos el sacrificio entero y voluntario por los santos votos al Señor y ella, nuestra madre y maestra amantísima, que nos lleva a la Eucaristía para que adoremos con nuestros sacrificios y amor, reparando las ofensas de tantas almas y ofreciéndonos víctimas de amor con Jesús presente en la sagrada Eucaristía, que el espíritu de inmolación exige una gran fuerza de voluntad en los sacrificios que continuamente se ofrecen en la vida religiosa y la fidelidad en la práctica constante de pobreza y humildad en todas las ocasiones que se ofrecen de obediencia, humildad, caridad y pobreza, pide un valor heroico... Nada hay pequeño a los ojos de Jesús amorosísimo cuando con fe se siguen sus pisadas y sus ejemplos como su Madre santísima y san José que jamás se separaron de Jesús.

¡Oh Madre dulcísima, no dejes de tus brazos maternales a tus Hijas, que *ninguna salga de el aprisco de tu mas querido rebaño*! Es Jesús tu divino Hijo, el que os confió desde la cruz las primeras víctimas y adoradoras de este Cenáculo Eucarístico, y sálvanos a todas, llévanos en vuestro Inmaculado Corazón al de Jesús Eucaristía. Amén.

ELECCIÓN DE LA SUPERIORA GENERAL[1]

Para el Capítulo General y elecciones aténganse con exactitud a las normas de las nuevas Constituciones arts. 266 y siguientes.

Sea elegida para el cargo de superiora General, tan importante para el progreso de toda la Congregación, la religiosa que tenga mejor espíritu, celo de la gloria de Dios y del aumento, bienestar, paz y santidad de nuestro Instituto.

Debe estar adornada de virtudes naturales y propias de las superioras: caridad, discreción, prudencia, delicadeza exquisita de conciencia y corazón de madre sacrificada y humilde, con entereza de carácter. En cuanto a las condiciones de edad, etc. se someterán a las leyes del Código y de las sagradas Constituciones.

A la superiora General se le pueden aplicar las palabras de la santa Regla. La elegida considere la carga que sobre sí ha tomado y a quien ha de dar cuenta de la grey que le ha sido encomendada...

Tenga presente que antes que superiora y maestra es madre y esclava de sus hijas para las que debe tener entrañas de madre amante y cariñosa al mismo tiempo que recta, dulcificando las energías con la caridad de Cristo.

Consuele a las afligidas y sea el último refugio de las atribuladas, como aconseja nuestra santa Regla, esforzándose en presidir a las demás antes con el ejemplo que con la palabra y considerando la responsabilidad que tendrá ante Dios si en vez de edificar destruye.

Nuestro divino Salvador le ha confiado una legión de almas víctimas, predilectas y compañeras perpetuas de su tabernáculo, escogidas para adorarle como los ángeles en el cielo y rendirle continua alabanza, reparación y amor. Él es el que las encomienda a sus cuidados, para que las guarde y santifique, no perdonando sacrificio ni trabajo para alentarlas, esforzándolas por todos los medios a la santidad de vida que Él exige de la Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía.

La superiora General debe considerar seriamente a cuánto la obliga su cargo, debe ser santa, de espíritu recto y puro, y alma de intensa unión con Dios y continua oración.

---

1 A partir de este apartado comienza la letra de sor Aurora, secretaria de la M. Trinidad, y sigue hasta la p.60. No obstante, la M. Trinidad corrige y añade texto en esta parte del cuaderno. Ello indica, como se dijo en la introducción, que la autoría es de la M. Trinidad.

Dada la constante intervención de la letra de la M. Trinidad y para evitar prolijidad, no se indican los cambios de letra en el texto publicado.

Sólo la gloria de Dios y salvación de las almas han de ser los móviles de sus actos; olvidada de sí misma, de su provecho y comodidad, se desvivirá por el bien y santificación de las almas y el progreso de las comunidades. Que todas sus hijas encuentren en ella consuelo, amparo, consejo, esfuerzo y ejemplo de todas las virtudes, pudiendo recurrir a ella confiadas que encontrarán remedio en todas sus necesidades.

A todas alentará con santas palabras llenas del espíritu de Dios, corrigiendo sus faltas sin condescender con miserias opuestas al estado de perfección y santidad que esta Religión profesa.

Esto no impedirá la prudencia y tacto en el modo y tiempo de corregir, adaptándose a las disposiciones de cada almas, pues como el divino Maestro decía de sí, no ha de quebrar la caña cascada, ni apagar la mecha que aún humea (Mt 12,20).

Para todos los asuntos graves en general y de cada monasterio en particular, consultará y contará con el parecer y aprobación del consejo, pidiendo y teniendo en cuenta sus dictámenes.

VICARIA GENERAL

Se elegirá una religiosa de las mejores condiciones, después de la madre general, ya que más de una vez le tocará suplirla en su oficio.

Cuando sucediese fallecer la madre general, desde el momento que ésta reciba los santos Sacramentos, madre vicaria asumirá el cargo y quedará al frente de la Congregación hasta que se elija nueva general, que procurará sea cuanto antes.

La virtud característica de la madre vicaria, después del celo por el aumento y provecho espiritual de la Congregación, ha de ser la obediencia, sumisión, amor y respeto a la reverenda madre general.

Será también muy solícita, como hija mayor, de la salud de su madre; cuidará de que sea asistida de cuanto pueda necesitar, puesto que el trabajo intelectual y moral es el que más desgasta, y todas las religiosas, pero la madre vicaria en particular, debe atender a conservar a su madre en las mejores condiciones para la gloria de Dios y bien y provecho del Instituto.

De ella deben aprender todas a ver a Dios en su madre. Ella ha de inculcar con su ejemplo a sostener y cumplir siempre las disposiciones de la obediencia, siempre que algo ordene o disponga la superiora general.

Debe asimismo procurar ser un perfecto modelo de observancia regular y exacto cumplimiento de las sagradas Constituciones.

ASISTENTAS GENERALES

Estas religiosas deben ser almas de mucho espíritu y oración, que sepan hacerse cargo de todos los asuntos y busquen con rectitud la mayor gloria de Dios en el floreciente progreso del Instituto.

Siempre que la madre general les pregunte o consulte, responderán, exponiendo su parecer según Dios. También, sin ser preguntadas, podrán hacer, con mucha humildad y respeto, las indicaciones que les parezca convenientes. Pero no pretendan que sus indicaciones y pareceres sean siempre atendidos y puestos en prácticas, pues esto sería querer asumir el régimen y su deber es sólo exponer su criterio.

Nuestro Señor será servido y les recompensará el celo que en ello desplieguen, aún cuando jamás se llevara a obra cosa alguna que aconsejen.

De otro modo será cargarse con responsabilidades que Dios no les ha confiado.

Abténganse exactamente a cuanto, referente a su cargo y obligaciones, ordenan y disponen nuestras sagradas Constituciones en el art. 342 y siguientes.

SECRETARIA GENERAL

La secretaria debe ser una religiosa prudente y de mucha religiosidad y espíritu.

Como el título de su cargo implica, debe guardar perfecto secreto de cuanto le sea confiado y pase por sus manos.

Ha de ser muy solícita en ayudar a la madre quitándole cuanto trabajo le sea posible. Una secretaria diligente y servicial, es un consuelo y descanso para la superiora y nuestro Señor que tomará como hechos a sí mismo sus servicios, le recompensará liberalmente.

La secretaria es también miembro del consejo. A ella toca escribir y leer las actas en el consejo. Hacer y contestar los oficios que vengan de nuestras comunidades y todo lo que ordenan nuestras sagradas Constituciones en el art. 356 y siguientes.

En una palabra, debe estar a cuanto la superiora le confie que cumplirá como quien sirve a Dios.

ECÓNOMA GENERAL

La ecónoma general debe ser religiosa de muy buen espíritu que sepa emplear en su cargo la solicitud debida sin degenerar en ansiedades por las necesidades que encuentre. Tenga gran confianza en Dios y espérelo todo de la divina Providencia.

Pondrá gran exactitud y diligencia en llevar la administración tanto de la casa generalicia como de cada comunidad según la provean de datos las ecónomas locales.

Consagrada a la sagrada adoración, por una oración embalsamada, por la más perfecta confianza y abandono en el Corazón amorosísimo de Jesús, alcanzará la luz y gracias que necesite para el fiel cumplimiento de tan difícil cargo.

MAESTRA DE NOVICIAS

Las mismas cualidades que se exigen para madre General, se requieren para maestra de novicias. Ha de estar dotada de tacto y prudencia para hacerse cargo de las condiciones y aptitudes de las jóvenes que se le encomienden.

Ha de ser verdadera madre espiritual y atenderá con singular caridad a todas las necesidades espirituales y corporales de sus novicias, infundiéndoles confianza para que acudan a ella sin cohibición.

En sus manos está el porvenir del Instituto. Ella preparará y formará las almas encargadas de adorar y consolar al divino Prisionero del sagrario, Esposo dilectísimo de nuestras almas.

Del noviciado han de salir las verdaderas víctimas que Jesús pide y espera de sus Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía.

¡Qué cargo y qué responsabilidad tan tremenda la de la madre maestra de novicias!...

Que nunca el divino Salvador pueda reprochar su conducta por su negligencia en formar las almas amantes y sacrificadas que espera encontrar en esta pequeña grey eucarística para consuelo de su divino Corazón.

Almas ha de formar que sean verdaderas víctimas, que se ofrezcan al Eterno Padre con la Hostia santa, en desagravio, reparación y expiación por los sacrilegios que se cometen en el augusto Sacramento del altar.

Dos son los deberes principales que el Código impone a la madre maestra de novicias.

1º. Obligación grave de emplear toda diligencia para que sus novicias se ejerciten cuidadosamente en la disciplina religiosa según las Constituciones, de modo que con sus frecuentes exhortaciones, instrucciones y correcciones, ha de imbuir a sus novicias en la disciplina que deben observar en el coro, refectorio y demás actos de comunidad conforme al espíritu de nuestro Instituto.

2º. Dentro del año de noviciado, dará cuenta a la superiora general de la conducta y observancia de cada una de las novicias.

Este informe oficial lo ha de dar dos veces. El primero cuando cumplidos los cuatro meses de postulantado, hayan de ser admitidas por el consejo a la vestición del santo hábito y el segundo a los diez meses de noviciado que es el tiempo de la admisión a la profesión temporal.

La madre maestra ha de formar el espíritu y ordenar las costumbres de las jóvenes que llegan a la religión para que sean miembros aptos de esta porción escogida de Jesús Sacramentado, formándolas no según las normas ordinarias de la perfección, sino según el espíritu de nuestro Instituto.

Por eso necesita un molde para modelar las almas víctimas que se le han encomendado a fin de que todas lleven impresos en sus espíritus y corazones el sello indeleble de una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía.

Este molde no es otro que la santa Regla y presentes Constituciones. El estudio de las mismas, hecho cada vez con más atención, más esmero y fervor, dará a las novicias el conocimiento íntimo del grado y aspecto de santidad a que son llamadas.

Procure inculcarles el amor a la adoración, característica de nuestro Instituto, instruirlas en todo lo concerniente al Oficio divino y demás obligaciones de una perfecta Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, explicándoles y haciéndoles estudiar profundamente la doctrina cristiana y las verdades de nuestra santa fe católica.

Les enseñará además el modo de hacer con fruto el santo ejercicio de la oración, ejercitándolas en la práctica de todas las virtudes en cuyo desarrollo y cultivo sea de la religiosa hasta llegar a su perfección.

PRECEPTORA DE JÓVENES

El cargo de esta religiosa consiste en vigilar los actos externos de las jóvenes profesas durante el tiempo de votos simples temporales.

Como declaran nuestras santas Constituciones este cargo puede desempeñarlo la superiora local.

La preceptora debe ser tal que con su ejemplo, mucho más que con sus avisos, enseñe a las jóvenes la práctica perfecta de todos los actos de la vida de comunidad.

Los avisos los ha de dar con humildad y caridad, en particular, nunca en público ni donde pueda ser oída, excepto cuando se trate de una falta común o pública de la que las demás han podido tomar parte o mal ejemplo.

Sea el primer cuidado de la preceptora preparar a las jóvenes para la emisión de los últimos votos, instruyéndolas y educándolas para que sean verdaderas víctimas de Jesús Hostia.

DIRECTORA DE POSTULANTES

La directora de postulantes debe ser religiosa de gran prudencia y de un profundo espíritu religioso.

Estudiará el carácter, índole y condiciones de las postulantes. Les hará conocer lo que es la vida religiosa y a que se obligan abrazando un instituto de santa perfección.

Les mostrará los defectos que tienen y el trabajo y medios que han de poner de su parte para corregirlos, extirparlos y adquirir las virtudes contrarias.

Será también ocupación primordial del tiempo de postulantado, inculcarles el espíritu de adoración y de víctima, característica de nuestro Instituto, e instruirlas en la doctrina cristiana.

SUPERIORA LOCAL

A las superioras locales toca el régimen de la comunidad, sin olvidarse que son superioras menores y que la verdadera y única madre de todas las casas y de todas las religiosas es la reverendísima madre general; por lo tanto, no deben mostrar disgusto ni oponerse directa e indirectamente. Acudan a ella cuantas veces quieran y necesiten.

Las superioras locales han de dar ejemplo de obediencia, sumisión, respeto y amor a la reverendísima madre general y mostrarse siempre prontas a ser ellas mismas canal que una a las hijas con la madre.

En cuanto a la súbditas, ayuden a sus superioras a llevar la carga que les ha tocado; respétenlas, ámenlas y hagan confianza en ellas.

Excusado será decir las prendas de prudencia, caridad, humildad, paciencia, espíritu de oración y sacrificio que han de adornar a las superioras locales. Tengan en cuenta que no es suyo el rebaño, sino que está confiado a su cuidado solamente y han de dar cuenta cómo cumplen tan sagrada misión.

En cuanto a la vicaria, ecónoma y secretaria locales, tomen para sí las advertencias que se hacen a la madre vicaria, ecónoma y secretaria generales sobre el espíritu que las debe animar.

La ecónoma local, llevará la administración de la comunidad y enviará las cuentas firmadas por su superiora a la madre ecónoma general.

Exhortamos a las superioras que no se ensorbebezcan, antes bien, sean tanto más humildes cuanto mayor es la carga que pesa sobre sus hombros y piensen que si las religiosas están obligadas a obedecer a sus superioras, éstas como siervas humildísimas de sus hermanas,

deben atenderlas, amarlas, consolarlas y aliviarlas en sus necesidades, máxime en las espirituales, fomentando el espíritu y vida de Dios en sus súbditas.

Tengan las religiosas mucho respeto a sus superioras, considerando que Dios nuestro Señor las asiste con sus especiales gracias, y viendo en ellas a Jesucristo.

La superiora es verdadera madre y prelada de sus súbditas, por eso debe gobernarlas con benignidad de madre y corregirlas como prelada. En las reprensiones sea prudentísima, prefiriendo la corrección privada a la pública y tenga en cuenta el carácter y condición de la corregida, porque a veces se consigue más hablando a solas en tiempo y lugar oportuno que públicamente.

Si alguna religiosa –para tranquilidad de su conciencia y para adelantar más en el camino de la santidad, pues las superioras son el camino recto y seguro que nos llevan a Dios– libre y espontáneamente le manifiesta los secretos de su conciencia, la superiora está estrictamente obligada a guardar el secreto y solo a la superiora general lo podrá comunicar cuando lo crea más oportuno y necesario. No se queje de ninguna con otra, solo con Jesús Eucaristía para que le dé luz y convencimiento.

Cuiden mucho las superioras de la observancia de la santa Regla y sagradas Constituciones; no sea fácil en dispensan de ellas si la caridad o necesidad no le obliga. Haga gran concepto de la observancia y gobierne siempre por ella, castigando a las transgresivas. En cuanto a las enfermas y ancianas vea con frecuencia si están bien atendidas de medicinas y alimentos convenientes a su enfermedad.

Las superioras deben de ser almas de oración y a ella deben acudir en todas sus necesidades y apuros, encomendando a Dios todos sus negocios y el provecho común y particular de todas y cada una de sus súbditas de las que han de dar estrecha cuenta en el tribunal de Dios.

Por último, procuren las superioras ser amadas de sus súbditas, como dice san Buenaventura: "Desear ser más amada que temidas, pues con más facilidad se obedece a quien se ama que a quien se teme".

Amen y estimen a sus religiosas y no sean de aquellas superioras que solo ven defectos en sus súbditas. Como buena madre disimule en cuanto sea posible lo que crea es inadvertido y de poca monta, advirtiéndoles con maternal cariño antes de castigar y castigando solo cuando se convenzan que las amonestaciones son inútiles.

Animen y alienten los esfuerzos que cada una haga para santificarse, entusiasmen con espíritu todo seráfico a las débiles y defectuosas, y confirme en sus deseos y esfuerzos a las fuertes, apreciando los sacrificios y buenos deseos de cada una.

Las súbditas deben guardarse del espíritu de crítica y murmuración de su superiora y no ver en ella los defectos que como mujer puede tener, sino solo las gracias con que el Señor favorece

y asiste a quienes confía el cargo de superiora. Atienda cada una a sus propios defectos, trabajando por corregirse y enmendarse porque cuanto más atiendan a si propias, que es lo que de veras les importa, menos defectos verán en su superiora y mayor respeto, amor y gratitud tendrán para con ella. Dios nuestro Señor suele castigar visiblemente a las súbditas que afligen y desprecian a sus superioras.

PORTERAS

Nuestra santa Regla hablando de las porteras dice: La portera sea madura en costumbres, discreta y de conveniente edad.

La portera mayor sea de las discretas y además de la compañera que dice la Regla, nómbrense otras dos religiosas de edad que puedan ser legas que acompañen a las que entran en la clausura. Por ninguna razón quedará una portera sola donde haya hombres y mucho menos cuando esté abierta la puerta reglar. Escójanse religiosa de probada virtud.

La puerta no se abra nunca sin licencia de la superiora, y observen tanto fuera como dentro aquel género de silencio, respeto y circunspección que reclama la casa de Dios.

Deben llevar las porteras una campanilla que avise a las monjas para que de nadie que entre en la clausura puedan ser vistas ni oídas.

No hablen más que cuando sean preguntadas, con las menos palabras posibles y las encarguen; eviten abrazos y demostraciones de afecto, ni con la familia, si los dan recíbanlos con mayor respeto, presente la compañera; hablen lo necesario con atención y delicadeza, evitando las groserías y faltas de educación que dejan a la comunidad un mal concepto, que estorba el bien a las almas.

No se detengan en la portería más tiempo del necesario para el fin para que se abrió la puerta, evitando toda manifestación de afecto, considerando que cualquier condescendencia en este oficio, pueda dar mal ejemplo a las demás y ser de poca edificación a los seglares.

Sean las porteras, religiosas de mucha oración y buen espíritu, que cumplan fielmente sus obligaciones y obren como si en aquel momento tuvieran que presentarse en el tribunal de Dios. El amor de Dios hará más intenso el amor natural cuando se reprime las demostraciones externas.

Qué consuelo para una virgen del Señor poder decir: ¡Jesús mío! pasé por los del mundo sin separarme de ti, porque mientras cumplía la obediencia, mi alma y sentidos se encerraban en sus llagas, para no mancharme ni con el más ligero pensamiento ni sombra de desagradarte.

Las llaves de la puerta queden todas las noches en poder de la superiora y sean exactísimas en la guarda de la clausura que nos está seriamente recomendada y establecida por las nuevas Constituciones.

No entren dentro ninguna persona seglar fuera de los operarios, confesor y médico para enferma, cuando sea necesario, y procuren no salir nunca las religiosas con seglares sin velo largo que les cubra, ni aún con aquellas personas que le han de tratar por necesidad en visitas (previstas ya de antemano y con licencia de la superiora general). En la clausura todo el rigor que guarden es poco para evitar abusos y relaciones.

Ruego encarecidamente no vayan nunca ninguna religiosa sola con seglares, aunque sea con familia, pues da el ejemplo de una comunidad unida y ordenada, y se evitan conversaciones que no aprovechan al espíritu y fervor de la comunidad. En la puerta no reciban visita, acuérdense que lo prohíbe la santas Regla en el capítulo IV.

Y las hermanas externas o activas, que son las auxiliares, procuren no dejar nunca la puerta externa abierta, fuera de las horas señaladas, y ellas avisen a las torneras que pasen al locutorio las religiosas llamadas, procurando cerrar.

TORNERAS

Para que religiosas que se dedican a la vida contemplativa puedan mejor conservar el recogimiento y unión con Dios, del torno se encargarán dos hermanas conversas, estando una religiosa corista de las del consejo al frente para gobernarlas y vigilarlas, a quien avisaran en cuanto tengan que contestar o despachar asuntos que a ellas no se les encomiende, solo atender al llamado.

Procuren desempeñar este oficio con gran delicadeza de conciencia, para que no se disipe la fragancia de la vida religiosa ni entren de fuera máximas del siglo.

La primera obligación de las torneras es impedir la comunicación de las religiosas con el exterior, ya de palabra, ya por escrito, a menos que intervenga legítima licencia de la superiora. (Se advierte que las religiosas no deben enviar ni recibir cartas sin que las lea antes la superiora, a no ser los casos exceptuados por el Derecho y presentes Constituciones). Las religiosas no den, ni tomen, ni lleguen a la puerta, ni torno con encargo, que los darán a la superiora.

Sean las torneras religiosas prudentes y reservadas, que solo a la encargada mayor, para que lo comunique a la superiora, comuniquen los asuntos del torno, y procuren la menos comunicación con los de fuera, para evitar se disipe el espíritu y se les haga más difícil el recogimiento y oración.

Ninguna religiosa ha de llegar al torno ni aún entrar en la habitación, los recados que tenga délos a la superiora y ella ordenará a la encargada de lo que sea necesario. La tornera conteste por ella amable y cortésmente, cuidando no alargar las pláticas, ni preguntar cosas curiosas, hablando en voz baja y edificante. No dará cuenta a ninguna, sino a la encargada mayor y a la superiora, de lo que en el torno ha oído o hablado, so pena de culpa grave; no dará recado

alguno así de dentro como de fuera, sin dar primero cuenta a la encargada para que ella lo haga a la superiora, y cuando venga alguna visita al locutorio comuníqueselo con toques de campanilla que cada una tiene señalado y pasará al locutorio con escucha.

Tengan mucho cuidado de los encargos o recados que reciba de la madre encargada mayor, pues de lo contrario causaría muchas quejas y trastornos al buen gobierno de la comunidad, evitando que del torno proceda turbación o molestia en las religiosas.

No pongan a los seglares al corriente de lo que pasa dentro. Sean muy cautas y reservadas con las personas de fuera, aunque sean religiosos, o eclesiásticos, o parientes; a los que le pregunten, contesten palabras de edificación, que siempre producen muy buen efecto; y no refieran nunca a las religiosas nuevas del siglo; en esto sean exactísimas por la gran responsabilidad que tienen en la presencia de Dios, de las tentaciones o distracciones que por su imprudente tenacidad ocasionen en el espíritu de algunas religiosas.

Por lo tanto, sean las torneras hermanas de gran espíritu y oración, pues solo en ella encontrarán la gracia que necesitan para cumplir su oficio sin angustias de conciencia.

Deberán hacer anualmente algunos días de santos ejercicios particular.

Las llaves del torno, locutorio y confesonario queden todas las noches en poder de la superiora; nunca den toques para abrir sin pasar antes recado a la superiora, de quién es y con qué objeto.

Y porque las religiosas están hechas espectáculo a los ángeles y a los hombres, y ninguna cosa ofende más a los ojos de la gente que la fácil comunicación de locutorios y amistades mundanas, aunque sean parientes, por el gran daño que ocasiona al espíritu los cuidados del mundo, aprovechen el locutorio para salvar sus almas y llevarlas a Dios con espíritu de fe, como a pensamiento de cosas celestiales, y en sus corazones se enciendan el amor de nuestro dulcísimo Jesús, Esposo de nuestras almas, importa mucho eviten conversaciones inútiles y aprovechen toda ocasión de acercar las almas a Dios con exhortaciones que lleven la paz y fe a las almas extraviadas cortando las visitas que no sean de provecho.

Por último, procuren las torneras tener despachados los asuntos del torno de manera que puedan asistir al refectorio en el acto de comunidad, especialmente la adoración, que no deben dejar nunca, procurando dar al Señor las primicias de su oblación.

SACRISTANAS

Las sacristanas pueden ser dos o tres, según el número de religiosas que haya, la mayor corista, por lo mismo cuide con su ayudante de la Eucaristía. A invitación de la seráfica madre santa Clara, pongan todo su cuidado y esmero en todo cuanto pertenece al culto divino,

trabajando por el adorno y limpieza de las ropas, vasos sagrados, ornamentos y cuanto tiene relación con Jesús Sacramentado, cuidando de las lámparas, que estén limpias y luzcan siempre, y como esposa vigilante y fiel que desea agradar a su Esposo amado. Las hermanas encargadas del culto divino deben limpiar la iglesia y los coros, con el espíritu que lo hacían aquellas almas santas enamoradas de la Eucaristía, como lo fue nuestra madre santa Clara, y así no harán el trabajo viles mercenarias, arrastrando, sino como amantes esposas que no ceden a nadie el cuidado de su Esposo amado, repitiendo aquellas palabras: "Mi amor a Jesús, presidirá mi trabajo, lo animará y lo hará meritorio, este amor despertará la inacción a que me siento inclinada y derramará sobre mi trabajo las dulzuras del verdadero amor a Jesús, porque el verdadero amor sacrificado constituye la santidad de mi estado, paz, alimento y sostén de mi alma, deseosa de santidad en esta vida que escogí por su amor, de penitencia y adoración a la santa Eucaristía.

Turnarán por semanas el cuidado de preparar los ornamentos, cálices, etc... limpieza de los coros y demás, pudiéndose repartir el trabajo según les parezca con la aprobación y consejo de la superiora. El toque de comunión y misa, corresponde a la semanera de comulgatorio.

La semanera de limpieza de iglesia y coro, procure tener todo muy limpio y, como es de suponer, deberán estar suficientemente acomodados al número de monjas. En la reja del coro haya un paño negro que nunca se quite, si no es para oír la santa Misa o alguna otra función, procurando no vean a las religiosas desde la iglesia; solo estando el coro sin luz, pueden tenerlo levantado para edificación y ver la sagrada custodia y ceremonias del altar.

Procure la superiora, si fácilmente puede hacerse, que en el coro haya algunas sillas, reclinatorio o bancos acomodados para las religiosas ancianas o enfermas que no puedan estar de pie durante el rezo del Oficio divino. Cuando estando su Divina Majestad manifiesto se reza el Oficio divino, quede siempre un coro mirando al altar, alternando los dos coros, con unión de voces, clara, devota e inteligible, a lo que todas están obligadas a rezar mientras la obediencia no las dispense, y a esto quedan también obligadas la superiora y la vicaria.

Cuando a una enferma se le dan los santos sacramentos, o sagrada comunión, la sacristana mayor con la compañera de semana, prepara la mesa con el mantel muy limpio, santo Cristo, candeleros, corporales que estarán sobre el altar y un vasito con agua para purificarse los dedos el sacerdote y la bandejita para la comunión.

Si la enferma recibe la extremaunción, llevará en una bandeja los santos óleos, con siete u ocho bolitas de algodón blanco para secar las partes ungidas y un purificador o toallita lisa o rizada para limpiarse y una palangana con jabón y toalla para lavarse después los dedos el sacerdote, al que alumbrará con una palmatoria la sacristana de semana, y también ayudará a las enfermas a cubrir la cama con una colcha blanca y adornar la celda o enfermería y paso del Santísimo Sacramentado con flores y plantas olorosas. Una de las sacristanas llevará el

incensario y cuidarán de tener sobre la mesa el ritual registrado. Al espirar la enferma encenderán cuatro faroles o cirios; ayudarán a las enfermeras a bajar el cadáver al coro bajo que ya tendrán ellas dispuesto y quedarán al cuidado de la difunta hasta dejarla enterrada. Prepararán los ornamentos y libros para los sacerdotes que asistan al funeral.

Por último, en el centro del coro haya un altar consagrado a la Inmaculada madre y señora nuestra María Santísima nuestra superiora y maestra divina y las sacristanas cuidarán de adornarlo con flores y luces teniéndole siempre muy limpio; también prepararán los coros para la imposición de hábito y profesiones. Cuanto se relaciona con el culto pertenece a las sacristanas, adornando a nuestra madre María Santísima en todas las festividades con flores y luces.

Las lámparas del Santísimo Sacramento y la cera, procuren tenerlas preparadas dobles para que no quede oscura, y repuesto limpio y arreglado como merece nuestro Señor, y con amor y esmero vean todo lo que se relaciona al culto divino sin que falte detalle, es nuestro Rey y Señor Esposo dilectísimo de nuestras almas, que si premia un vaso de agua que se da en su nombre y lee lo más íntimos sentimientos del corazón, cómo premiará estas delicadezas de las almas que se consagraron a Él y lo eligieron entre todas las cosas.

Y si en el mundo por las obras se mide el amor el Señor que es delicadísimo, ¿cómo verá la religiosa que no se ocupa de la limpieza y ornato del culto divino a su adorado Sacramento?

¿Cómo preparaba la seráfica madre santa Clara los corporales y ropas de iglesia que ella tanto amó?

¡Oh Jesús Eucaristía, que tus siervas y pequeñas víctimas os den el culto y gloria que tenéis merecido como Soberano Rey y Señor de nuestras almas.

VICARIA DE CORO

Se nombrará una religiosa vicaria de coro, que podrá ser al mismo tiempo celadora de la adoración. Estas se encargará del orden y dirección de los oficios en tablas de coro cada semana, estudiará cuidadosamente la cartilla y las rúbricas para que todo se haga digna, devota y ordenadamente en el Oficio divino y Dios sea debidamente honrado en nuestras comunidades.

Todos los sábados hará la tabla de los oficios de coro –con aprobación de la madre superiora– y esta tabla se leerá en el refectorio los sábados. Suplirá las oficiales del coro cuando estas fallen y sea necesario, avisará a las sacristanas los días que sean de indulgencia y absolución, rezará la Corona, el santo Rosario y leerá los puntos de meditación cuando falte la lectura de tabla.

Ella suplirá también a la esclava y víctima cuando sea menester y desempeñará sus oficios. Nombrará además a la veladora de cada semana, turnando cada quince días con la religiosa a quien corresponda y si alguna vez se hallare enferma o en alguna ocupación que la impida

cumplir con su oficio, la suplirá en todo la esclava y víctima. Nombrará en la misma tabla de semana los cultos y novenas, y también las que corresponden de limpieza de semana y ayudas de cocina, etc.

Ella debe cuidar de los coros, ténganlos arreglados en las festividades y novenas del sagrado Corazón de Jesús, en todos los primeros viernes y de nuestra madre María Santísima en sus festividades y misterios.

Cuando haya rezos nuevos, procure prevenirlos para no interrumpir el rezo después, y se procure el rezo a sus horas y la puntualidad en su asistencia. El primer toque acudan y a las 5,10 minutos den el segundo toque al empezar el "Deus in adjutorium" y cuando las superioras no puedan acudir a su hora, la vicaria de coro suple o haga sus veces y nunca se deja para otra hora ni se retarda el empezar de la hora señalada.

PROCURADORA Y PROVISORA

Las provisoras serán: una corista que dirija y dos hermanas que turnen por semanas, diligentes y económicas y con dotes de administración. A su cargo han de estar todas las provisiones. Esta religiosa es la que de un modo especial cumple en nuestras casas el oficio de Marta. Hágalo con la caridad que ella lo hacía, pero cuiden no merecer del divino Maestro la misma reprensión que dirigió a la Santa.

Han de cuidar con verdadero interés natural que todas y cada una tenga la alimentación y cuidado que necesitan, especialmente las religiosas jóvenes que están formándose, para que no enfermen, y las que se dedican a la vida activa y trabajo intelectual de estudios, sin que esto degenere nunca en regalo y relajación y mucho menos se falte al espíritu de la santa pobreza y mortificación que debe adornar la Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios.

Consideren que del cuidado que tengan de las religiosas enfermas y de la comunidad dependerá el mayor o menor fervor con que se sirva a Dios con paz. No hagan singularidades con ninguna y vigilen para que en la cocina no se excedan en gastos innecesarios, que aunque en cosas de poca importancia nuestro Señor se agrada mucho de las mortificaciones en la comida, ya que no podemos guardar los ayunos de nuestros santos fundadores.

Si los alimentos están mal condimentados y dañan la salud o falta la debida alimentación, faltaran también energías para el servicio de Dios y de la comunidad. Y si por el contrario pasase a proporcionar a la comunidad lo que fuese regalo innecesario, sofocaría la vida espiritual y el espíritu de la santa oración y adoración en estado de víctima. Vean pues de cuanta importancia es este oficio y oren al Señor para que así como Él con cinco panes y unos pececillos alimentó a la muchedumbre que le seguía para que no desfalleciese en el camino, antes volvieran a sus

casas glorificando a Dios, así la procuradora sepa presentar a las esposas del divino Maestro, manjares sencillos pero sanos y bien condimentados, aunque pobres, para que mediante la conservación de las fuerzas físicas se mantengan en todo su vigor las energías morales para que se sirva a Dios con alegría y fervor.

A la procuradora toca, previa licencia de la superiora, hacer la cuenta de los pedidos y artículos necesarios, con la debida anticipación, para que nunca falte lo necesario para las comidas y tenga con tiempo preparado todo para tocar con puntualidad, para conservar el orden.

La procuradora debe cuidar de todo lo concerniente a la despensa y cocina y disponer, previo conocimiento de la superiora, lo que ha de comer la comunidad.

A su cargo estarán las hermanas conversas y bajo su dirección en todo lo que se refiere a sus trabajos y oficio de cocina. Ella les ha de enseñar a trabajar convenientemente con espíritu de humildad y amor, y el modo, curiosidad y esmero con que han de servir a la comunidad, como si sirvieran al mismo divino Salvador sirviendo a sus esposas. Y ninguna religiosa se entrometerá en los asuntos de esta oficina.

Les corregirá con dulzura y gravedad las faltas que durante su desempeño cometieren, y si hallase terquedad y reincidencia en los mismos defectos, avisará de ello a la superiora, absteniéndose de tomar medida alguna correctiva, ya que no es de su incumbencia, y a la madre superiora con las madres toca la corrección o castigo.

Procure la procuradora que haya el conveniente aseo y limpieza en los utensilios de cocina y ropas, que de esta limpieza y cuidado evitarían las enfermedades causada por falta de higiene, y es la nota que revela el buen orden y educación de una comunidad, la limpieza y aseo de la casa e individuos.

ROPERAS

Se nombrarán para este oficio una religiosa mayor discreta y cuatro religiosas de las más diligentes, hábiles y cuidadosas, que sepan coser, cortar y conservar los hábitos. Cada religiosa tendrá dos hábitos, uno puesto y otro reservado.

La directora mayor, encargada de la dirección, cuidará de que las encargadas de semanas cuiden y repartan la ropa de la comunidad cosida y limpia, no desechándola fácilmente y remendándola con primor, pues no hay cosa más hermosa y edificante en una religiosa que un hábito pobre pero bien limpio y remendado. Nunca harán un hábito nuevo sin permiso de la superiora, a quien presentarán el que era inservible. Tengan mucho cuidado de que las religiosas que salen tengan con hábito, toca, velo, etc., curiosa para que se presenten dignamente según conviene a una esposa de Jesucristo. Todas iguales.

Cuiden con diligencia, esmero y cuidado de la ropa interior, repásenla y compónganla con humildad y paciencia, como si fuera la ropa de la Virgen Santísima o de Jesús.

Tengan además alguna ropa prevenida para ir reponiendo la que haga falta, a fin de que nada falte a las religiosas de lo necesario, no condescendiendo tampoco con lo superfluo y exigencias inútiles.

Si por algún motivo una religiosa necesita mudarse con más frecuencia de ocho días, no averigüen las roperas la causa, ni juzguen por si mismas de la necesidad que hubiere para ello, básteles saber que la superiora lo tiene autorizado. Esto no impide, sin embargo, que cuando las oficialas de esta u otra oficina adviertan algún abuso o capricho, avisen de ello a la superiora a fin de que corrija las culpables en tiempo oportuno. Pero por regla general, no han de ser las religiosas fiscales unas de otras, sino hermanas llenas de caridad y atención, que se hallen dispuestas a servirse mutuamente y a disimular los defectos, sin murmurar ni referir lo que no quisieran dijeran de si propias. Las superioras no dejarán sin castigo a las propensas a la crítica y a inmiscuirse en los defectos de sus hermanas a quienes deben amar como a si propias.

No solo deben cuidar las roperas de las ropas de las religiosas, sino del lavado y planchado de la misma, así como del orden y limpieza de la ropería, procurando que en todo se mire por la santa pobreza y se guarde el silencio y la caridad; antes de entregarse al trabajo rezarán algunas preces, a fin de conservar la presencia de Dios que tanto ayuda a trabajar con alegría y entusiasmo para agradar a Jesús.

Se nombrará directora de la ropería una de las religiosas mayores, designada por el Consejo para cada casa, de buen espíritu, caritativa, económica y amante de la santa pobreza, que vele por la oficina a ella encomendada, pues de ello le ha de pedir Dios estrecha cuenta.

Tengan una habitación bastante amplia para ropería con armarios o cajones para la ropa de lana y algodón; además tendrán para los colchones un sitio fresco y sin polvo, y de todo cuidará con esmero la ropera de semana, siempre bajo la dirección de la directora de ropería. Quitará el polvo y rociará con hierbas o con otras sustancias propias para matar la polilla, los estantes donde se guarda la ropa de lana, la que sacudirán con frecuencia durante el verano; la sacarán de noche al aire libre y las piezas de lana las envolverán en lienzos limpios. Por pequeñas y despreciables que les parezcan las piezas de sayal deberán guardarlas, pues todo sirve en la casa de los pobres.

Hagan el lavado dos veces por semana con gran recogimiento y silencio. También es de su incumbencia el mandar dos veces por semana las toallas al lavatorio común.

Procuren en el lavado purificar bien la ropa, cuidando que tome mucho sol y aire. A todos esos trabajos de lavado, etc., ayudarán las hermanas conversas o las religiosas más jóvenes cuando la directora lo pida.

El proveer de ropa a las religiosas pertenece a la superiora, pero la directora procurará informarla de las que tienen más necesidad. Y a ninguna religiosa la den el sayal o lienzo para

cortar, ni hábito, ni toca, ni pieza alguna, pues perderían la uniformidad en el vestir y al espíritu de mortificación.

Procuren las oficialas que las ropas de las enfermas se tenga separada en un armario o cajonera exclusivamente para este fin, y lo mismo en el lavado, habrá tinas ex profeso donde separadamente se lave la ropa, para evitar contagio y que alguna lo pida.

ENFERMERAS

Nómbrense para enfermeras dos religiosas coristas de gran virtud. La primera enfermera ha de ser religiosa muy discreta y de singularísima caridad, paciencia y humildad, llena de misericordia y amor del todo maternal. Ha de tener en cuenta que no se practica de cualquier manera la asistencia a las enfermas, sino como corresponde a esposas de Jesucristo en la casa de Dios.

Es oficio este de grandísimo merecimiento, y mediante él le será dado hacer al Señor todos los servicios que están a su alcance, ya que en cada una de las enfermas ha de cuidar y regalar al mismo Jesucristo.

Tanto mayor ha de ser la caridad con ellas, cuanto más pesada sea la enfermedad o dolencia que padezcan, aunque a veces resulten fastidiosas y descontentadizas; cuanto más toleren por amor de Dios, más aceptos serán ante sus divinos ojos sus servicios.

Sea cuidadosa y limpísima, diligente y solícita en cuanto exija la abnegación por dar alivio y consuelo a sus hermanas enfermas. No le nieguen sus servicios y procuren adelantarse a sus deseos, antes que ellas reclamen ayuda en sus dolores.

La primera enfermera ha de ser de las religiosas mayores, ha de estar dotada de gran bondad y prudencia para cumplir y hacer se cumplan en todo las prescripciones del médico, teniendo cuidado para que no se cambien las medicinas ni los alimentos ordenados a las enfermas. Debe vigilar a las dos enfermeras menores para que cumplan lo que la obediencia manda y sean toda caridad para consolar a las enfermas, pues como dice la santa Regla, todas son obligadas a proveer a sus hermanas como querían ellas ser servidas.

Eviten toda queja y murmuración que tanto entibian la verdadera caridad y procuren cumplir exactamente las órdenes facultativas. Oculte a las enfermas los gastos y molestias que ocasionen sus enfermedades y muéstrense ante ellas con rostro alegre, dulce y apacible. La que proceda de manera contraria será depuesta de su oficio, si castigada y amonestada por la superiora no se enmienda.

Las enfermas, por su parte, deberán obedecer a las enfermeras y todas se guardarán el respeto y amor de una familia santa. Sufran sus dolores, enfermedades y privación con gran

paciencia y humildad. Sepan disimular cualquier descuido o inaptitud de las enfermeras, pues no por estar enfermas deben olvidar sus estado de víctimas, aprovechando todas las ocasiones que el Señor les envía para inmolarse y sufrir por Él. Si de algo carecieren o echasen de menos algún cuidado, acuérdense que su celestial Esposo careció en la cruz de todo consuelo humano y divino. Comparen su estado con el de Jesús y verán cuan lejos están de asemejarse a Él. Ante este modelo divino ¿no estaremos dispuestas a tolerar y a padecerlo todo por probarle la fidelidad de nuestro amor en nuestro estado de víctima?

Tengan las enfermeras gran unión y caridad entre sí y si hubiesen nuevas enfermas, la superiora nombrará una tercera enfermera para que les ayude principalmente de noche.

Las celdas de la enfermería tendrán cada una campanilla que dé a la celda de la enfermera, a fin de que la enferma pueda llamarla cuantas veces lo necesite sin necesidad de levantarse ni moverse del estado en que el Señor la colocó, y la enfermera sea muy diligente en acudir cuantas veces la llame aunque sea por motivos de peor importancia. Por la noche, antes de recogerse, procure dejar consoladas a las enfermas, arreglándoles la ropa, cama y almohadas; si hubiese alguna grave, visítela varias veces durante la noche, consolándola siquiera con su presencia y mirada.

Conviene que la enfermera mayor, por lo menos, sea instruida y experimentada y se encargue de las medicinas para que no se cambien de una enferma a otra o cualquier otra cosa grave en que por la poca experiencia se pudiera incurrir. No trate a las enfermas con palabras ásperas, juzgándolas quejumbrosas o de poco espíritu, antes aliéntelas con dulzura y cariño a resignarse con la voluntad de Dios en sus enfermedades y dolores recordándoles la gloria que por ello las espera en el cielo.

Tengan mucho cuidado las enfermeras para que la ropa de la enfermería no se lave con la de comunidad, aunque la enfermedad no sea contagiosa, ni cambien la ropa de una enferma a otra.

Se ordena que las enfermas confiesen una vez por semana y comulguen a diario si es posible, por el gran bien y consuelo que reciben y por las gracias y fortaleza que el Señor les da para soportar la enfermedad y aceptar la muerte cuando el Señor quisiera enviársela.

Si alguna enferma se agraviare, avise la enfermera a la superiora, para que disponga se le administre a su debido tiempo los últimos sacramentos no sea que por su descuido se muera sin los auxilios espirituales.

La superiora por su parte, quédese a solas con la enferma por si tiene alguna cosa que comunicarle y como madre llénela de consuelo y aliento, preguntándole lo que quiere o necesita. En estos momentos debe de atenderse a las enfermas con mayor solicitud y no se limiten los cuidados de las enfermeras únicamente a lo corporal, sino ayúdele en lo tocante a lo espiritual,

con palabras de aliento y confianza en Dios que por medio de sus sufrimientos purifica y santifica sus almas.

Fomenten en ellas los deseos de ir a Dios y de verle cara a cara en su gloria. En estos momentos estarán siempre a su lado las dos enfermeras con alguna otra religiosa designada por la superiora que las acompañen, las demás religiosas estarán todo el tiempo que les permiten sus oficios, pero sin hablar, y la directora vigile para que allí no se hable nada que pueda turbar a la enferma y darle el consuelo, aliento y fervor que le una a Dios, y encomendando a Dios a su querida hermana en aquel trance supremo, particularmente la superiora, surgiéndole jaculatorias y palabras de consuelo.

Las enfermas no prefieran unas religiosas a otras para que les sirvan por capricho en sus dolencias; sólo en caso que alguna tuviera con estudios de enfermería o alguna habilidad especial, v.g. para poner inyecciones, etc... podrá encargarle para estos casos la superiora, amonestándole a la enfermera que con gran humildad y paz cuide de la hermana, proporcione este consuelo a la enferma, pues ante todo debe desear el alivio y bienestar de Cristo en sus miembros enfermos y de hermanas unidas en Él.

El sacerdote que administre los sacramentos, que debe ser el confesor o capellán de la comunidad, lo hará según el ritual.

Dos o tres religiosas que a cierta distancia recen los salmos penitenciales y la letanía de los santos, mientras se le administra el sacramento de la Extremaunción, y la directora con la enfermera de semana quedarán al lado de la enferma para que pueda ungirle el sacerdote sin gran dificultad, tendrá preparada una palangana para que el sacerdote se pueda lavar las manos después de la unción. Desde este momento procure la superiora que el confesor asista a la enferma lo más posible, y que no falten al lado de la enferma dos o tres religiosas que le ayuden corporal y espiritualmente a morir dulcemente en los brazos de Jesús y María, acomodándose a las circunstancias, capacidad y estado de la enferma; de ver en cuando digan alguna jaculatoria, exhortándola dulcemente al desprecio de esta vida y deseos del cielo, al amor y confianza en la Santísima Virgen que la recibirá en sus brazos. No la cansen demasiado con muchas y frecuentes palabras, y la enfermera aprovechando el primer momento de lucidez de la enferma, estando presente la superiora, ayúdele a renovar los votos.

La superiora prohíba terminantemente se hable en la enfermería ni una palabra que no sea de Dios y de la Virgen Santísima; no se fíen que la enferma no oye, las más veces conservan el oído hasta la muerte, aunque no hablen, y cualquier palabra podría turbar su espíritu en aquella hora que el demonio tanto codicia; en voz baja y sin voces díganle al oído jaculatorias y recen el santo Rosario.

Procuren que el padre confesor la absuelva en el momento de la agonía, en que la comunidad debe estar presente rezando las letanías de la Santísima Virgen y algunas

invocaciones al Corazón agonizante de Jesús y apliquen la indulgencia de la Orden y absolución general.

Si llegasen los últimos momentos de la agonía y la comunidad estuviese en el Oficio divino u oración, no la suspenda; la madre vicaria quedará con la comunidad en el coro y al lado de la enferma permanecerá con el confesor, la superiora, la directora y enfermeras y porteras y alguna sacristana que la superiora designe; mientras la comunidad en el coro la asiste con una oración fervorosa y eficaz que la ayude hasta el último momento.

Las enfermeras, mientras se ejercitan en esta obra por excelencia cristiana, estarán dispensadas de todo y cumplirán con el Oficio divino en la forma y modo que permita el estado de la enferma.

Al expirar la enferma, el padre confesor le dirá el responso con la comunidad y se marchará. En la habitación más inmediata a la de la difunta quedará la comunidad rezando los cincuenta Pater noster con requiem eternam que manda la Regla y un oficio de difuntos.

Pasando como una hora que expiró la enferma, las enfermeras con tres ó cuatro religiosas que la superiora designe, quedarán amortajando a la difunta con todo el respeto, modestia y veneración que merece el cuerpo de una virgen consagrada a Dios; le lavarán la cara y manos, y le mudarán la túnica si hubiere necesidad, poniéndole un hábito, el más usado y pobre, pero limpio y debajo de la toca le atarán un pañuelo a la barba para que quede la boca cerrada; le pondrán velo y manto y ceñirán cuerda como si estuviese viva y cruzadas las manos se la atarán por las muñecas, poniéndole una crucecita de madera o cera y el Rosario y esto no se lo quitarán ni en la tumba; también le atarán los pies, dejándolos descalzos y cubiertos con el hábito.

Las mismas religiosas colocarán el cadáver en la caja que tendrán preparada a este fin, con una almohada de madera para que quede la cabeza más alta que los pies. Cubrirán el cadáver de flores y todo ya dispuesto se toca a comunidad para trasladar el cadáver al coro bajo, donde pondrán la cruz procesional a la cabecera, cuatro cirios o faroles alrededor, a los pies el acetre y custodiando el cadáver hasta el sepelio, tres ó cuatro religiosas. Las sacristanas le ponen una corona de flores en la cabeza, y sobre el pecho la santa Regla abierta y un crucifijo, que las mismas le quitarán antes de enterrarla.

Una vez ocurrida la defunción, se comunicará por oficio al Ordinario del lugar. No se dará sepultura hasta las veinticuatro horas (y antes en el caso que el médico lo ordene por la clase de enfermedad) y comunicará al juzgado.

Al enterrarla déjenle en las manos el rosario, la crucecita y medalla o escapulario que tuviese de su uso, para que hasta en la sepultura sea adornado nuestro cuerpo con la señal de nuestra redención y la imagen de nuestra Inmaculada Madre que cogió nuestra alma para llevarla al cielo. Todo lo que se refiere a la sepultura y funeral, aténganse a las disposiciones del Código (c. 1230 § 5).

Las enfermeras recogerán toda las ropas, libros y demás cosas de su uso, que lavarán y limpiarán muy bien, dejándolo todo ocho días al aire, pasado los cuales la superiora lo distribuirá como convenga; y si la enfermedad fuese contagiosa no aprovechen nada.

Procuren que en todas las casas haya una habitación bastante capaz para convalecencia y para esas otras enfermas crónicas, anciana o impedidas que sus años o enfermedad incurable no les permite seguir el rigor de la observancia y vida común, y sin embargo no necesitan médico; es muy justo que se les asista con solicitud y caridad, pues ellas emplearon su vida y fuerzas en servir a la comunidad en cuanto pudieron y supieron y son acreedoras a que se les toleren sus impertinencias, sufriéndolas con mucha paciencia y solicitud maternal. A estas enfermas las asistirá la enfermera de descanso.

Al dormitorio no deben ir las monjas a visitar a las enfermas, más cuando pasen dos días en cama, si se ve han de continuar se las trasladarán a la enfermería, porque en el dormitorio no se dispensa el silencio.

En la enfermería y convalecencia tenga un altarcito con el Sagrado Corazón y la Virgen Santísima adornado con flores y luces para que a su vista la enferma se consuele y fortifique en sus dolores.

Tengan en la enfermería un pequeño refectorio donde tengan todo lo necesario para comer las impedidas y enfermas, que las enfermeras les leerán durante la comida, si son más de dos ó tres, un capítulo del Kempis, o unas palabricas espirituales, vida de santos o de nuestro Señor que anime y alienta a sufrir y padecer por amor de Dios con alegría y fervor.

Tengan un pequeño botiquín con todo lo necesario para cualquier momento de dolor o enfermedad acudir con algún remedio.

REFECTOLERAS

Las refectoleras sean dos religiosas jóvenes y a su cargo ha de estar todo cuanto corresponde al refectorio. Tengan mucho aseo y limpieza en todo, procurando tenerlo siempre cerrado con llave para evitar los abusos y suciedad que suele haber en las habitaciones abiertas. Media hora antes de la comida, preparen el pan y el agua a cada religiosa, para que cuando acuda la comunidad nada falte de cuanto sea necesario para el buen orden. Los toques del refectorio estarán a su cargo y después de cada comida limpiarán las mesas y demás que corresponde al servicio de la misma.

Adornarán el refectorio con colgaduras y flores el Jueves Santo, día del Corpus, Santos Padres, Inmaculada Concepción, Dolores Gloriosos y el día de la superiora general y local en cada casa.

El Miércoles Santo, después de limpio y adornado el refectorio, se pone el divino Crucificado, sobre una mesita, una cajita de incienso y algunas velas que lucirán desde este día hasta el Viernes Santo en todos los actos de comunidad.

El Jueves Santo, con fervorosísima piedad, se conmemora la santa Cena: las refectoleras procuren adornarlo todo primorosamente; pongan las mejores servilletas y en este día formen otro altarcito en el que pondrán una copa grande de cristal con un poco de vino y una hostia grande, y al terminar la comida repártase entre todas las religiosas. En este día sirve la mesa la superiora, ayudada por la refectolera mayor, y tanto en la comida como en el servicio de ella se ha de procurar el mayor esmero. El Viernes Santo come la comunidad en el suelo; no se sirve más que un plato y lo mismo la colación.

En Pascua de Resurrección y Pascua de Navidad se pondrá en el refectorio el Niño Jesús según conviene a cada fiesta.

Las religiosas se colocarán en el refectorio en el mismo orden que en el coro.

Procuren ser muy puntuales para asistir al refectorio, pues a la vez que es orden para las comidas no pierden la lectura espiritual, pero si alguna, por justa causa, entra después de empezada la comida, diga su culpa delante de la presidencia.

La superiora procure sirvan con puntualidad la mesa para que todas hayan acabado al hacer señal y hagan la visita al Santísimo Sacramento en comunidad.

La bendición de la mesa la echa la hedomadaria con arreglo al breviario. En las fiestas solemnes, la bendición es cantada y la vicaria de coro prevendrá los libros para el salmo que corresponde a la fiesta que se celebre.

Ninguna religiosa, provisora o cocinera abrirá ningún cajón de las mesas sin licencia de la superiora. Cada religiosa cuidará de tenerlo muy limpio. En honor de la santa pobreza no se usarán manteles en nuestras mesas, sino solo servilletas, que pondrán limpias todas las semanas. Sean muy cuidadosas con la ropa del refectorio que esté cosida y limpia; el agua que esté muy limpia y fresca y los cántaros muy curiosos; los jarros del agua que no estén rotos ni sucios y lo mismo los platos de postre; que no falte la sal en las mesas; cuando alguna religiosa entra tarde o tenga que salir la refectolera de semana, avise a la cocinera para que le lleve la comida o la retire al calor y las religiosas al servirles la comida, no tomen lo que no se han de comer ni para darlo a otra.

Tres veces se toca al refectorio: después de misa al desayuno o parvedad, y reunida toda la comunidad, todas de pie se reza una Avemaría y la bendición, según costumbre, durante el desayuno no habrá lectura y al terminar recen de pie el Avemaría; a las doce se toca a comer y reunida la comunidad se reza el "De profundis" según se costumbra antes de la bendición; la cena o colación, a las seis en invierno y a las siete en verano con la bendición según el breviario y los días de ayuno como en el desayuno y lo mismo las gracias.

Cuando la superiora por alguna ocupación urgente entra empezado ya el refectorio o tiene que salir, la lectora interrumpe la lectura y todas se ponen de pie hasta que les mande sentarse y entonces sigue leyendo.

En la segunda mesa que solo deben quedar las encargadas por obediencia y cocineras, no se les permite hablar, ni se dispensa el silencio, y para evitar cualquier transgresión que sea motivo de desedificación en las demás, la madre vicaria cele el silencio, procurando se lea un capítulo cuando hubiese más de una, y en el Refectorio procuren cerrarlo terminada la comida para más curiosidad y buen orden.

COCINERAS

Las cocineras sean muy amantes de la santa pobreza; tengan mucho cuidado con las carnes y pescado, procurando tenerlo en sitio limpio y fresco; eviten todo gasto innecesario.

Con muy poca cosa se puede aderezar la comida a consolación de las hermanas si lo hacemos con el buen espíritu que merecen nuestras obligaciones en la casa de Dios.

En la cocina tenga un altarcito o cuadro de nuestro Señor y la Santísima Virgen que adornarán con flores, y a su vista se enfervoricen y alienten en sus trabajos, conservando, en cuanto sea posible, la presencia de Dios, pensando que en el casa de Dios servir es reinar, y encuentren abrevado el camino del cielo, llevando sus trabajos dulcemente con el espíritu elevado en Dios, siendo muy obedientes a su superiora y muy humildes y condescendientes con sus compañeras tratándose entre sí con mucho respeto y caridad.

Las hermanas conversas acudan al coro cuando estén libres de sus ocupaciones, y recen el Oficio de Pater noster como manda la Regla. No se las dispense de la oración mental, aunque sea a distinta hora de la comunidad o por menos tiempo, según las ocupaciones, o como la superiora vea prudente. Las semanas de descanso de cocina, ayuden a la limpieza de la casa y a las labores y trabajos con que se ayuda la comunidad[87].

La media hora de adoración al Santísimo Sacramento no la deben omitir sin grave causa, pues a los pies del sagrario sus almas recibirán la fortaleza y la gracia para experimentar las dulzuras de sus trabajos que el Señor nos prometió que su "yugo es suave y su carga ligera" (Mt 11,30). Cómo parecernos pesada la cruz que nos proporciona un mérito de bienes en el cielo si hemos sabido santificar el momento presente ofreciéndonos con Jesús víctima de amor en reparación y desagravio por lo pecadores.

87 Aquí termina la letra de la sor Aurora. Continúa hasta el final del cuaderno escribiendo solamente la M. Trinidad.

La seráfica madre santa Clara en su Regla nos da con su seráfico espíritu las normas para estas hermanas externas activas, que como auxiliares de las demás que por sus cargos, oficio y obediencia no pueden salir, siendo ellas como los ángeles custodios en cada casa, sujetas como las demás a las sagradas Constituciones, Costumbrero o Manual que para este fin se hizo con mucha oración, para que el Espíritu Santo nos acogiese bajo sus alas y nos abrasase en el ardiente y seráfico amor a la sagrada Eucaristía y a nuestra madre santísima María al pie de la cruz, nosotras con ella al pie del sagrario, adorar, reparar e inmolarnos por su amor, por el bien de las almas que su amorosa Providencia nos confió.

Para estas hermanas nos parece escritas estas palabras de la santa Regla, que copio, lo que entiendo fue escrito a ellas por inspiración divina. Dice así:

"Si alguna señora por inspiración divina viniere a vosotras y quisiese tomar esta vida, la abadesa, con el consentimiento de la mayor parte... etc., diligentemente las examine... y si todas estas cosas cree y las quiere fielmente guardar... y no tiene varón o si le tiene y ya entró en religión con autoridad del obispo diocesano, no siendo impedida para la observancia de esta vida por larga edad o por enfermedad alguna o locura, séale declarado diligentemente el tenor de nuestra vida... e acabado el año de la aprobación sea recibida a la obediencia... La abadesa provéalas de vestiduras discretamente, según las calidades de las personas, según los lugares y tiempos y frías regiones, así como la necesidad viere convenir... En la examinación y recepción de las señoras serviciales que son fuera del monasterio... las cuales pueden tener calzado... Ninguna resida en el monasterio con vosotras sino fuese recibida según la forma de vuestra profesión... Amonesto, ruego y exhorto a mis sorores que sean vestidas de vestiduras viles. De ahí adelante no les convenga salir fuera del monasterio *sin causa provechosa*, razonable, manifiesta, probable".

Como ven y pueden meditar a la luz del Espíritu Santo, tienen en la santa Regla el Reglamento de nuestras queridas hermanas activas o externas, sin que nos deje la menor duda que para ellas fueron escritas, basada en el santo Evangelio aquella angelical y discretísima Santa bebió en el Corazón del divino Nazareno su santa doctrina, y vio y leyó aquella lección misericordiosísima de Padre en el convite, mandar venir a todos lo que encuentran pobres, enfermos, etc. (cf. Mt 22,8-9; Lc 14,23).

Nuestra santa madre no excluye si no es a aquellas que por mucha edad, enfermedad o locura no pueden observar la santa Regla; no admite aquellas que por incapacidad no observan la vida de austeridad y pobreza que necesariamente lleva privaciones y trabajos, que enfermas exigirían desde el noviciado dispensas y gastos imposibles de atender como exige la verdadera necesidad.

Estas hermanas tendrán un espacio de 15 ó 20 días de experimento o probación, durante ellos se ocupan las aspirantes en ir conociendo nuestra vida, y a su vez nosotras, o sea, la comunidad, a la aspirante antes de contraer compromisos, y por lo tanto, deben vivir aún fuera de la comunidad –en el recinto de la portería– y sea como una huéspeda que solo tiene que robustecer su decisión de dejar el mundo, y ver con toda sinceridad si le conviene o no la vida religiosa que ha elegido. La directora de postulantes explicará las Leyes, Manual o Constituciones o santa Regla, para que conozca la forma de vida que ha de abrazar, y algunos ratos entrará con la comunidad a trabajos en las clases... o oficinas que señale la superiora, y pueden someterla, la directora o la superiora, a varios exámenes: encargándola su cuidado a una novicia o hermana mayor, sensata y discreta, llena de piedad, que le acompañe y enseñe lo esencial de la vida de postulante y novicia, y tres días antes del ingreso hará un triduo de preparación a Jesús Sacramentado para prepararse mejor a empezar el postulantado, que empezará inmediatamente, al terminar la santa Misa la superiora le dará el uniforme y medalla de postulante, incorporándose con las otras compañeras a la comunidad bajo la dirección de la madre directora de postulantes. Este momento es de inmensa alegría para la aspirante por haber dejado para siempre el mundo, y aunque este acto no reviste solemnidad alguna, como la toma de hábito, la postulante empieza ya desde este día la vida ordinaria del postulantado y en el recreo de la tarde recibe un abrazo de bienvenida de todas y cada una de la casa donde ingresó.

El postulantado, aunque son seis meses, estas hermanas deben estar un año de preparación para el noviciado por su especial género de vida, y por la amplitud de obras a que se dedicarán después, hay que someterlas a más larga e intensa probación antes de admitirlas en su seno. Por lo tanto, la labor única del postulantado y noviciado es conseguir tal espíritu de obediencia, humildad, mortificación y demás virtudes, que al terminar los dos años de postulante y novicia esté en completa disposición de darle la profesión y encargarse de la delicada misión que se le confíe externa, sin peligro de perder ese espíritu sobrenatural, único que dará eficacia a sus trabajos de labor externa para gloria de Dios. Amén.

DECRETO

Decreto de la Santa Sede aprobando el nuevo instituto religioso de las Clarisas Capuchinas de la Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios.

1. Originarias de las Capuchinas de Granada, España. Su Emcia. Rvdma. el Sr. Cardenal Casanova y Marzol, Arzobispo de Granada, las llevó a fundar en Chauchina y Berja, de donde

providencialmente salieron a fundar en Braga, Portugal, durante la persecución religiosa en España en 1933.

2. El mismo 31 de octubre de 1942 en que S. S. Pío XII consagró el mundo al Corazón Inmaculado de María en el mensaje radiofónico a la Nación Portuguesa, dio por medio de la SS. CC. de Religiosos el Decreto de aprobación del nuevo Instituto con las condiciones en él expresadas.

Decreto N. 471341 G. 79 (Ex Secretaria SS. CC. de Religiosos).

Las Superioras de los Monasterios de Clarisas Capuchinas de la Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios que residen en Berja, Almería, Granada, Sobrado del Obispo y Santa María de Melias, Orense, y en Braga, Oporto, Lisboa (Portugal) han pedido de acuerdo con sus monjas, que cambiada la forma de Monasterio para trabajar con más empeño en provecho de las almas, se reúnan en una Congregación de votos simples, bajo el régimen de una Superiora General con su Consejo y Oficialas Generales: han presentado además, a la aprobación de la Santa Sede un texto adaptado a una Congregación Religiosa consignando las obras de vida activa conforme a sus fines especiales.

La Sagrada Congregación encargada de los asuntos de los Religiosos, pensado todo maduramente y en vista del voto favorable de todos los Ordinarios de lugar interesados en ello, en particular por el del Emmo. Cardenal Manuel Gonçalvez Cerrejeira, Patriarca de Lisboa, con aprobación de Nuestro Santísimo Señor Papa Pío XII remite al mismo Emmo. Patriarca el conceder la gracia solicitada, el designar la Superiora General con su Consejo para seis años, previa consulta de los Ordinarios interesados en ello, el determinar la sede de la Casa Generalicia y aprobar el texto de las Constituciones para siete años como experimento, observando lo que hay que observar de derecho.

Sin que obste nada en contrario. Dado en Roma en la Secretaría de la Sagrada Congregación de Religiosos el día 31 de Octubre de 1942.

Vinc. Card. La Puma.

Pref.

+ F. Lucas M. Passeto

Secr.

3. Su Emcia. Rvdma. el Sr. Cardenal Patriarca de Lisboa, cumplidas con toda fidelidad las condiciones previas señaladas por la Santa Sede quiso con paternal benevolencia escoger para la ejecución del Decreto precisamente el 24 de junio [de 1943], fiesta del Santísimo Corpus Christi.

Mons. Honorato Carlos Nunes. C. S.

Sufriré el castigo y la ira de Dios porque pequé contra él.

¡Pequé y verdaderamente delinquí! Y no he recibido tanto castigo como mi pecado merecía.

Oh Jesús mío dulcísimo que vinisteis al mundo en busca de pecadores y con tanta misericordia y amor me trajisteis a vuestro santuario para que adorándoos en espíritu y en verdad expiara mis gravísimos pecados, y os desagravie de las innumerables ofensas que recibís en vuestro sacramento de amor *de aquellas almas a vos consagradas*. Amén.

Quien me confesare delante de los hombres, yo le confesaré y honraré delante de mi Padre y de sus ángeles (Mt 10,34).

Quien me siguiere estará donde yo estoy (Jn 12,26).

¡Oh Salvador mío dulcísimo que me llamasteis cuando no existía y de la nada tomasteis esta miserable y *pobre Víctima*... conduciéndola a vuestro santuario!... y me sufristeis ingrata y loca cuando alucinada por la mucha soberbia y alabanza de los hombres... *estimé* como propios los bienes que recibí de vuestro corazón misericordiosísimo "gratis date". ¡Perdóname Jesús mío! ten misericordia de mí y olvida mi maldad.

J.M.J.[88]

MIS VOTOS

26-XI-42

Yo, Sor Trinidad del Sagrado Corazón de María, (*renuevo*) *hago voto y prometo* a Dios Todopoderoso, que adoro con toda mi alma en el Santísimo Sacramento; a la bienaventurada Virgen María nuestra dulcísima madre, patriarca san José, nuestro padre san Francisco, madre santa Clara y todos los santos; a nuestra reverenda madre General; de observar la Regla de religiosas pobres de santa Clara, dada a ella por el bienaventurado padre san Francisco, todo el tiempo de mi vida (o por ... años), viviendo en obediencia y entrega de mi voluntad en la santa Iglesia Católica Romana y sus legítimos[89] y superioras, sin propio y en castidad, adorando al Santísimo Sacramento en reparación, expiación y desagravio por los pecados e ingratitudes de las almas consagradas en unión con Jesús, víctima divina en el santo sacrificio de la misa, y de María Santísima, nuestra madre, guardando la clausura establecida en las presentes Constituciones aprobadas por su Santidad Pío XII.

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María

L4 C13 (158)

88 Esta fórmula de renovación o misión de los votos está escrita en un papel pegado al principio de este cuaderno.

89 Tacha la palabra *delegados*.

ESPÍRITU Y VIDA DE LAS CAPUCHINAS CLARISAS DE LA SANTÍSIMA EUCARISTÍA Y DE LA MADRE DE DIOS

SU ORIGEN

Dios en su infinita saduría e inescrutables designios, suscita a través de los siglos ordenes y congregaciones religiosas, cuyos miembros se dedican según las necesidades de los tiempos, a hermosear el vastísimo y bellísimo campo de su Iglesia.

En el siglo actual, Jesús siente necesidad de reparación y desde el sagrario busca como ahora en Getsemaní almas amigas que le acompañen y consuelen en su soledad.

¡Jesús está muy solo!... Los hombres, aun los que se dicen cristianos, embebidos con los cuidados y ocupaciones terrenas, se descuidan de su principal obligación, se olvidan de Dios y lo desprecian.

Una de esas almas amantes y celosas del honor y gloria del Señor, que por dicha nuestra aún existen en el mundo, sintió en su corazón esta amargura del Corazón eucarístico de Jesús que le pedía reparación.

Era el año de 1912, del 18 al 20 de marzo...

Se celebraba en la iglesia de las capuchinas de Granada el centenario de la virgen eucarística santa Clara de Asís. Llegó la hora de hablar Jesús... ¿qué le negarían en esos momentos las hijas de su seráfica esposa, que con intrepidez varonil de forma confiadamente en sus virginales manos para confundir a sus enemigos?

Jesús habla... pide... quiere que las Clarisas Capuchinas le adoren perpetuamente en el Santísimo Sacramento.

Un alma le escucha y resuella a vencer todos los obstáculos por dar gusto a su Dios, pone manos a la obra. Quiere convertir aquella comunidad en su palomar de adoración.

No lo comprendía bien empero. No era eso lo que pedía y quería Jesús. No bastaba que aquella comunidad se consagrase al culto eucarístico. Jesús pide más, pide mucho más.

El eminentísimo señor cardenal Casanova, entonces arzobispo de Granada, con espíritu profético e inspirado por Dios, la manda que salga de su convento, constituyéndola fundadora del nuevo Instituto.

Lo que usted quiere hacer, le dijo con paternal bondad, es de mucha gloria de Dios y no debe reducirse a un solo convento. Sálgase y extienda por el mundo esas almas reparadoras, esos tronos eucarísticos.

Pero, ¿cómo dejaría aquel convento, para ella tantos años tabor de delicias? Sólo la obediencia a su prelado le da valor y emprende con fe y entusiasmo el nuevo camino del calvario.

El año 1925 salen 12 religiosas al santuario de la Virgen de los Dolores de Chauchina, donación del eminentísimo señor Cardenal y empiezan la nueva vida de adoración y reparación.

Su Eminencia quiere extender la obra y funda el año 1930 el monasterio de Berja, en el santuario de la Virgen Santísima de Gádor. El 24 de septiembre, festividad de la Virgen Santísma de las Mercedes, Su Eminencia celebra de pontifical en la inauguración del nuevo convento y en un transporte de entusiasmo dice al pueblo: Os traigo lo mejor de lo mejor de mi Diócesis.

Luego dice a las monjas: Cuando este convento esté lleno iremos a otra parte, lo que no pudo cumplir por llamarle a sí el Señor unos meses más tarde cuando se dirigía a Roma para presentar personalmente las nuevas Constituciones al Santo Padre.

Bajo el amparo y protección de la Virgen Santísima de Gádor se siguen formando las almas para repartir por toda España, para atravesar mares y fronteras y con celo seráfico abrasar las almas en el fuego eucarístico, haciendo conocido el amor que no es amado.

Después de duro y serio examen la santa Iglesia aprueba el nuevo Instituto y como madre amorosa, entrega a sus miembros las almas inocentes de los niños para que al calor de la Eucaristía y bajo el manto de María se formen sus tiernas almitas y el día de mañana evangelicen el mundo con su buen ejemplo y su fervor eucarístico mariano.

La santa Iglesia aprobó las sagradas Constituciones el día 31 de octubre de 1942, el mismo día y año que nuestro santísimo padre el Papa Pío XII consagro el mundo por primera vez al Inmaculado Corazón de María en el mensaje radiofónico a la nación portuguesa.

¿No será esto un presagio de la futura misión del nuevo Instituto? Con la sagrada Eucaristía preparó el señor por medio de un ángel a los pastorcitos de Fátima para la próxima revelación de Corazón Inmaculado de María. Antes que la Virgen Santísima en la cueva de Iría enseñe su Corazón Inmaculado y pida reparación por las amarguras y ultrajes hechos contra él, les enseña el ángel a desagraviar al Santísimo Sacramento y a adorarlo en todos los sagrarios donde es desconocido.

La Eucaristía y el Inmaculado Corazón de María tienen entre sí relaciones tan íntimas que es un absurdo quererlos separar.

Llegó la hora que "ab aeterno" existía en la mente de Dios de consagrar el mundo al Corazón Inmaculado de María, consagración que queda incompleta sin la reforma de costumbres, sin la consagración personal de cada individuo reformando su vida según las normas de la Ley de Dios.

La consagración está hecha; ahora hace falta el apostolado y la oración para realizar ese complemento, y una vez más quiso la Virgen escoger almas eucarísticas, que al formar en las niñas las futuras madres cristianas, hagan triunfar el Corazón Inmaculado de María en las familias, presagio seguro de un pronto y absoluto reinado de Cristo en la sociedad y en el mundo entero.

L4 C13 (161-163)

SU ESPÍRITU

Las religiosas Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios observan la primera Regla de la madre santa Clara teniendo por característica la adoración perpetua al Santísimo Sacramento.

Comprende el Instituto parte de vida contemplativa y parte de vida activa.

Es su principal misión reparar y desagraviar el Corazón eucarístico de Jesús en el Sacramento de su amor, orar por las necesidades de la santa Iglesia e intenciones del Sumo Pontífice y ayudar a los sacerdotes y misioneros con sus oraciones y sacrificios, apartadas con la comunicación con el mundo para conservar más puras sus almas y más agradables al Esposo de sus almas, el Cordero sin mancilla.

Guardan para este fin la clausura establecida por la santa Regla. Pueden salir para cambiar de convento y en otros casos mencionados en las sagradas Constituciones.

La santa Regla permite la salida y entrada de las hermanas que se dedican al servicio externo, como se deduce de las palabras de la Madre que ordena refiriéndose a dichas hermanas: No se detengan fuera del monasterio sino el menos tiempo posible que exija la necesidad; y procuren andar modestamente y hablar poco, de manera que sirvan de edificación a quien las vea (Regla propia de santa Clara, 24).

Aquí nos da la madre santa Clara la regla que debemos observar en nuestros viajes y salidas del monasterio.

La misma Santa, como consta en las Crónicas de la Orden, salió un día a visitar el convento de Nuestra Señora de los Ángeles y tener allí una comida con el seráfico padre san Francisco, y su hermana santa Inés de Asís vino de su monasterio donde era abadesa a visitar a la Santa en su última enfermedad.

De todo lo cual se colige que a pesar de la clausura tan rigurosa que guardaban y ordena la santa madre en su Regla les estaba permitido salir en casos razonables y de necesidad.

En la perfecta observancia de la santa Regla y Constituciones se funda la perfección de una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía que debe esmerarse en cumplir las antiguas austeridades, imposibles en nuestros tiempos, con la completa y total renuncia de su voluntad y de sus gustos naturales, en un desprendimiento total y absoluto de todo, que pueda satisfacer la naturaleza, dispuestas a la menor señal de la obediencia a dejar alegre y generosamente patria, familia, convento, a ir a tierras extranjeras, misiones, etc.

Para seguir de cerca a Jesús, que diariamente tiene expuesto en el Santísimo Sacramento, no deben olvidar la doctrina del divino Maestro: El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (Mt 16,24).

Sin embargo, las sagradas Constituciones prudentemente prescriben algunas penitencias exteriores, necesarias para domar nuestra carne y sujetar las pasiones, como los ayunos prescritos por la santa Regla, disciplinas, los maitines a media noche, etc., a imitación de nuestro seráfico padre san Francisco y santa Clara, que aún en su lecho de muerte castigaban ásperamente su cuerpo causa de nuestros pecados.

El mundo perece, sus pecados atrayen el castigo de Dios justamente airado contra el hombre que viola sus preceptos y para detener la ira de Dios, Jesús busca víctimas que uniendo sus sacrificios al sacrificio de la Cruz, con su vida de oración y penitencia detengan la justicia de Dios.

Las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios deben ser los pararrayos del mundo que perpetuamente postradas a los pies de Jesús Eucaristía atraigan las bendiciones del Cielo a la santa Iglesia, nuestra madre, que se ve perseguida de los mismos que profesan su fe.

Con la Sagrada Eucaristía, a imitación de nuestra madre santa Clara, debemos confundir a los enemigos de Dios, atraer las almas a Jesús y derramar por todas partes, con el óleo suavísimo de la oración y sacrificio, la luz, el calor y el consuelo, que en vano buscan las almas que no conocen a Dios.

L4 C13 (165-166)

VIDA ACTIVA

Las Religiosas Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía, según las normas de las nuevas Constituciones, se dedicarán a la enseñanza y educación de las niñas pobres. No deben guardar para sí solas el fuego eucarístico, sino esparcirlo a su alrededor, formando las almas de las niñas, abrasándolas en el amor de Dios para que el día de mañana sean los apóstoles de sus familias y de la sociedad con la palabra y particularmente con el buen ejemplo de una vida profundamente piadosa e irreprensible.

En el principio de la Orden Franciscana estando el seráfico Patriarca indeciso sobre la vida a que debía dedicar sus frailes, si sólamente a la vida de oración y al retirar o juntar la oración al apostolado envió uno de sus frailes a consultar este asunto a la madre santa Clara, que después de pedir luz al cielo le contestó: No ha sido solo para provecho propio, sino para utilidad de la santa Iglesia, que Dios por medio de vos fundó la Orden.

Eso es lo que repite la santa madre a sus hijas: No os puso el Señor en el campo de su Iglesia para vuestro único provecho. Sed útiles a tan santa madre que en estos tiempos más que nunca necesita cooperadores en su apostolado.

Además de los asilos y orfelinatos, se dedicarán más tarde, cuando el aumento de personal lo permita, a las misiones extranjeras y cuidado de los leprosos en las mismas, por ser ésta una característica muy franciscana, como se refiere en la vida del Serafín de Asís que al principio de su conversión limpiaba con sus propias manos las llagas asquerosas de los leprosos, consiguiendo con dulzura y humildad convertir sus almas a Dios.

La Congregación consta actualmente de 8 casas siendo 4 en España: Berja (Almería), Granada, Santa María de Melias y Sobrado del Obispo, en Orense, y cuatro en Portugal: Braga, Porto, Lisboa y Laveiras (Caxias). Tienen escuela en Sobrado del Obispo y Santa María de Melias; escuela y casa de trabajo en Laveiras.

Quiera el Señor enviarnos muchas almas generosas y sacrificadas con buena vocación que llenen nuestros claustros y puedan las Capuchinas Clarisas Eucarísticas poblar el mundo, levantando en todas partes del globo tronos de amor a Jesús Eucaristía, atrayéndole por medio del Corazón Inmaculado de María las almas de los niños que reformen el mundo con su buen ejemplo en el fiel cumplimiento de la ley de Dios, y gocemos en breve de esa paz que tanto anhelamos y no podremos disfrutar mientras los hombres no reconozcan a Dios y le amen como a su dueño real y absoluto.

¡Adelante! A orar y trabajar para que pronto triunfe el Corazón Inmaculado de María y haya un solo rebaño y un solo Pastor dentro del gremio de nuestra santa madre Iglesia.

A.M.D.G.

L4 C13 (167-168)

LAS BIENAVENTURANZAS APLICADAS AL ESPÍRITU DE LAS RELIGIOSAS CAPUCHINAS CLARISAS DE LA SAGRADA EUCARISTÍA Y DE LA MADRE DE DIOS, PARA MEJOR COMPRENSIÓN Y OBSERVANCIA DE LAS NUEVAS CONSTITUCIONES

Señor, ¿a quien iremos? Tú tienes palabras de vida eterna (Jn 6,68)

CAPITULO I

BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU, PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS

[1. POBREZA]

No queráis atesorar riquezas para vosotros en la tierra (Mt 6,19)

Para hacernos dignas de la promesa concedida a esta primera bienaventuranza, las religiosas Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios que profesan la primera Regla de nuestra madre santa Clara, están obligadas a la observancia de la más estricta pobreza.

Nuestro seráfico padre san Francisco la llamaba su esposa y quería que sus hijos la amaran como a una madre.

Siempre nos aconsejó y amonestó con la palabra y el ejemplo a que perseverásemos en la santa pobreza, y no contento con esto nos escribió muchas cartas para que después de su muerte en ninguna manera nos apartásemos de ella. Y como el Hijo de Dios que en cuanto vivió en el mundo nunca la quiso abandonar, así su siervo Francisco, cuyas pisadas seguí, nunca jamás se apartó de ella.

«Por tanto, con las rodillas en tierra, del alma y el cuerpo inclinado, encomiendo a todas mis hermanas presentes y futuras a la santa madre Iglesia romana, al Sumo Pontífice y particularmente al señor cardenal protector que nos fuere dado para que por amor de aquel Señor que pobre fue puesto en el pesebre, pobre vivió en al mundo y quedó desnudo y colgado en la cruz, siempre aliente, favorezca y haga perseverar en la santa pobreza que al Señor prometimos a esta pequeña grey que el Padre Eterno engendró en su santa Iglesia» (Testamento de santa Clara, 7).

En nuestra santa Regla y Testamento de la seráfica Madre, tenemos las más perfectas normas de la santa pobreza según el espíritu del santo Evangelio sin necesidad de recurrir a fuentes extrañas.

Ningún elogio más digno se puede tributar a esta virtud que el ejemplo del Hijo de Dios, que bajó del cielo, donde como Dios gozaba suma felicidad, a desposarse con ella, que cual

hermosa doncella, según la bellísima parábola de nuestro seráfico padre san Francisco, estaba en el desierto abandonada, desconocida y despreciada de los hombres.

Las reglas del mundo son diametralmente opuestas a las reglas de Dios; en concepto del mundo las riquezas son el fundamento de la grandeza; a los ojos de Dios la pobreza es el fundamento de la santidad.

No debemos contentarnos con cumplir el voto de pobreza, que consiste en la renuncia por amor de Dios del dominio de los bienes temporales, sino aspirar a la perfección de la virtud alegrándose de carecer aun de lo necesario a imitación Jesucristo participando de su pobreza.

Y qué ejemplos nos ha dado el Señor en todas las edades, en todas las cosas que son materia de pobreza, porque escogió pobre Madre, pobre Patria y un pobrísimo portal para nacer, siendo reclinado en un pesebre; ejerció pobre y despreciable oficio, ganando el sustento con el trabajo de sus manos el que era dueño absoluto de todo lo creado. Su alimento era pobre y no tenía casa propia ni donde reclinar su cabeza.

Escogió discípulos pobres, amó los desprecios, huyó las honras, desapropiose de su voluntad y de sí mismo con excelentísima pobreza interior. Murió desnudo en una cruz y recibió de limosna la mortaja y sepultura.

Pone la pobreza por fundamento para ser su discípulo y para animarnos a ella nos hace herederos de la vida eterna que vale incomparablemente más que todos los reinos y riquezas de este despreciable mundo.

Y cómo no abrazamos la pobreza de espíritu, pues la abrazó nuestro divino Maestro y tales premios se alcanzan con ella. Arrojémonos confiadamente en sus manos que no nos faltará su providencia ni dejará de cumplir su palabra: Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura (Mt 6,33).

Procuren las religiosas ser fieles a Dios y a su Regla y Constituciones y despreocupadas del día de mañana; dedíquense solamente a su divino servicio que el Señor si hace falta hará milagros; si no los hace sea su gozo completo al sentir los efectos de la santa pobreza y tendrán la dicha y el honor de asemejarse a su divino Esposo.

El tesoro de una Capuchina Clarisa debe estar en el cielo y usar de las cosas de la tierra por estricta necesidad, buscando y pidiendo las cosas más pobres y despreciables.

Si son fieles al Señor, él les hará sentir ese amor a la santa pobreza y desprendimiento de las cosas de la tierra, haciéndolas comprender el fin más elevado y noble para que fueron criadas, porque si Dios es nuestra única posesión miraremos con desprecio y desdén lo que los mundanos llaman riquezas y comodidades, que el Apóstol compara muy acertadamente al estiércol y a la basura.

No seamos tan mezquinas y apocadas que quieran comparar y elegir un manjar delicado, un hábito, una pluma, una mesa, un libro y mil y una niñerías a que miserablemente

pegamos nuestro corazón que ha sido creado para Dios, no queramos comparar esas nadas al Rey del cielo y tierra, que aunque chicas son impedimento para unirnos perfectamente al Esposo divino de nuestras almas.

Cuiden de las cosas que para su uso les conceda la santa obediencia, pero con desprendimiento y libertad de espíritu, pues ya que dejamos lo mucho no nos atemos ahora con hilillos que nos hacen esclavas de pequeñas aficciones, que nos impiden el rápido vuelo a la santidad.

Si le niegan alguna cosa no se ofendan como quien realmente no tiene derecho a nada, antes bien, gócense de carecer de ella; si se la dan recíbanla con gratitud como el pobre recibe una limosna. Las cosas de su uso mírenlas como propiedad de Dios y cosas consagradas a su servicio.

No retengan en las celdas cosas fútiles o inútiles, sino solamente aquellas cosas necesarias que no desdiga de la pobreza y siempre bajo la dependencia de su superiora.

No se quejen ni murmuren de sus superioras sino les conceden lo que piden para su uso, porque se exponen a que la superiora, para condescender con su debilidad y poca virtud, les conceda lo que en conciencia debía negarles y entonces dichas súbditas no pueden excusarse en la presencia de Dios que cuentan con permiso y pecan contra la virtud de la pobreza.

Repasen con frecuencia revista a sus celdas y cosas de su uso, y si encuentran algo superfluo o a que siente alguna afición, entréguenlo sin demora a la superiora, a la que no deben ocultar nada de cuanto tienen a su uso.

Debiera la religiosa portarse de tal manera en el simple uso de las cosas aún necesarias, que pudiera su superiora, sin darle cuenta, quitárselas y disponer de ellas sin que le asomara la menor turbación.

¿Tiene el pobre derecho a quejarse porque su bienhechor le despojó de un traje que caritativamente le había emprestado? ¿Se quejó o resistió Jesús cuando injustamente le despojaron los soldados de sus vestidos y los repartieron entre sí?

No se apropien nada para sí y tengan en cuenta que cuanto más chica y de menos valor es la cosa a que nos aficionamos más indignas y mezquinas nos mostramos.

Con cosas pequeñas nos vamos atando y se contentaría el demonio por vernos entretenidas con estas niñerías porque más daño le hace una alma generosa que camina a pasos agigantados a la santidad, que mil almas de una virtud común que se contenta con evitar lo que es pecado.

La Capuchina Clarisa para llenar el fin de su vocación debe vivir desprendida sin prenderse a su patria, familia, a un convento, celda u oficina, a un hábito, un libro, un velo, etc.,

mas vivir como peregrina y extranjera en este mundo donde no tenemos patria fija, ni posesión segura y estable.

L4 C13 (171-174)

2

DEL DESPRENDIMIENTO DE LOS PARIENTES

He venido a separar al hijo de su padre y a la hija de su madre... (Mt 10,35)

La herencia del verdadero pobre de espíritu está en el cielo, donde Dios es nuestro Padre, María nuestra madre y los bienaventurados nuestros familiares.

Si el apego a los parientes no acarrease grave daño no nos hubiera amonestado con tanto ahínco Jesucristo a desasirnos de ellos. Nos dice terminantemente que quien no lo antepone a sus familiares no merece ser su discípulo.

En otro lugar nos dice: A nadie llaméis padre en la tierra; uno solo es vuestro Padre que está en los cielos (Mt 23,9) En el negocio de nuestra santificación no tenemos enemigos más terribles que nuestros propios familiares.

En este mundo la patria de una Capuchina Clarisa es la santa Iglesia romana; su pueblo natal la Congregación, donde ha renacido a una vida más perfecta por la vocación religiosa; sus padres, sus superiores; sus hermanas las religiosas, que hacen su profesión, y sus parientes todas las almas redimidas con la preciosísima Sangre de nuestro Señor Jesucristo, que nos debe interesar más que mediando la carne y la sangre.

Una grande obra de misericordia es enterrar a los muertos recomendada por nuestros Señor y, sin embargo, cuando aquel joven del santo Evangelio le pidió que le dejara ir [a] enterrar a su padre, sabida es la contestación de Jesús: Deja a los muertos que entierren a sus muertos (Mt 8,22).

Es muy difícil, a no mediar una virtud muy sólida y arraigada, que cuando se trata de remediar a los parientes nos mueva un amor sobrenatural, como nos recomienda Jesús amemos a nuestros hermanos.

No se puede ser feliz, ni santificarse una Capuchina Clarisa que tiene repartido su corazón entre Dios y su familia.

Era conveniente que, para su mejor formación, a lo menos los primeros 20 años las Religiosas vivan lejos de su tierra natal y de la familia, para evitar distracciones y abusos, a no ser que el consejo lo vea muy conveniente y después que la Religiosa haya dado pruebas de sólida y arraigada virtud.

Cuando la santa obediencia las llame de un convento a otro, con espíritu libre y magnánimo no se entretegan a dar cuenta de ello a sus familiares ni mucho menos en despedidas que no aprovecharán nada al espíritu.

Las superioras pueden disponer de una religiosa, lo mismo de votos temporales que de votos perpetuos, sin dar ninguna razón a sus familias, pues la Congregación tiene absoluto derecho sobre las religiosas desde el momento de su consagración a Dios por la profesión.

Desde el instante que pronuncian sus votos, y según frase del Apóstol, dan muerte al hombre viejo, empiezan a vivir una nueva vida y hacen parte de los miembros de una nueva familia según el espíritu del Instituto.

Imagínense las religiosas que han nacido en medio de esta familia eucarística, donde Jesús por solo su amor y misericordia nos ha traído, y háganse desentendidas de todo lo que existe fuera del Instituto como de cosas extrañas y desconocidas.

Amen [a] todas las almas y encomiéndelas al Señor para que todos se sometan a sus leyes y triunfen en todas partes nuestra santa madre Iglesia, pero con amor espiritual sin mezcla de carne y sangre.

Dentro del vastísimo campo de nuestra santa madre Iglesia amen con particularidad el Instituto a que el Señor las ha llamado, porque aunque todos son buenos y excelentísimos el mejor para nosotras es el de la congregación de las Capuchinas Clarisas Eucarísticas. Este aprecio, amor y estima a nuestro Instituto debe ser muy recomendado a nuestras religiosas porque amándolo se cumplen con fidelidad los deberes que él impone y se aleja la peligrosa tentación de disgusto o arrepentimiento.

En él debemos encontrar nuestro lleno y buscar todo el cariño y afecto de la familia cuyo padre es Jesús Sacramentado y la madre la Virgen María.

Para eso, procuren conservarse unidas íntimamente con sus superioras y entre sí, sin distinción de caracteres, nacionalidad o condición; somos hermanas todas las Capuchinas Clarisas, tenemos un mismo fin, profesamos una misma Regla y Constituciones, vestimos un mismo hábito, debemos ser todas un solo corazón y una sola alma, aunque las distancias que nos separan sean muy grandes y muy distinta la misión a que pertenecemos.

Así se conservará el Instituto en unión y caridad sin que echemos de menos a nuestros parientes y familiares de los que está expresamente prohibido aún hablar entre si. No refieran nada sobre su nacimiento, nobleza o condición de su familia, que dan origen a turbaciones.

Es igualmente conveniente que no vivan en la misma casa dos hermanas o parientes. Pueden verse cuando convenga, bien sea por traslados, en el capítulo, cuando se reúnan a hacer ejercicios espirituales, etc., pero nunca habitualmente.

3

OBEDIENCIA

Obedeced con simplicidad de corazón como obedeceríais a Cristo (Ef 6,5).

Y porque la perfección de la pobreza de espíritu exige el desprendimiento de nuestra propia voluntad, las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios debe esmerarnos en llegar a la perfección de la virtud de la obediencia, pues por ella damos a Dios lo mejor que tenemos y más aprecia el hombre, su propia voluntad y juicio.

Tengan siempre delante de los ojos el ejemplo de nuestro divino Maestro que se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz.

La obediencia es la que nos une más con el fin de nuestro Instituto, porque ella es la que nos dice y manda que se ejercite en las cosas que se ordenan para conseguir su fin.

Poco le servirá a una religiosa hacer mucha oración y penitencia y ejercitarse en todas las demás virtudes sino deja su propia voluntad y sigue la voluntad de Dios manifestada claramente, sin temor de engaño por sus legítimas superioras.

La perfecta obediencia es el camino más breve y más seguro para conseguir la perfección.

Si no procuran con ahínco conservar el espíritu de obediencia, sumisión y perfecta unión a sus superioras, no podrá conservarse ni durar mucho tiempo en el Instituto, pues según el mismo santo Evangelio, todo reino dividido será destruido (Mt 12,25).

No miren la persona de la superiora, sino a Dios a quien representa, y obedezcan con sencillez y docilidad, teniendo un mismo querer y no querer con ella conformando así su voluntad con la de Dios. No juzguen sus mandatos, aunque le parezcan desatinados y mucho menos guárdense de murmurar de sus disposiciones, pues el Señor suele castigar estas faltas muy severamente aún en esta vida.

El perfecto obediente no espera la orden, sino que procura adivinar el deseo de su superiora para ponerlo inmediatamente por obra sin dilaciones ni tardanzas, con alegría y docilidad.

Las súbditas que están siempre dispuestas y contentas con todo lo que manda la superiora, ya sea agradable o desagradable, fácil o dificultoso, honroso o humillante, hacen a Dios el más grato y sublime sacrificio que puede ofrecerle el hombre sobre la tierra y forman aquí las delicias del Señor.

¡Con qué complacencia y amor mirará Jesús a una Capuchina Eucarística que en nada obra según sus gustos y caprichos! Nosotras que le adoramos en el Sacramento del amor en las horas de adoración que pasamos a sus pies meditamos ejemplos de obediencia que allí nos da Jesús.

Baja desde el cielo a las palabras de la consagración con la misma prontitud a un sacerdote santo o malo. De uno y de otro se deja coger libremente. Si le exponen en un trono magníficamente adornado bueno y si encierran en un sagrario no respira. Le llevan y le traen, le sacan y le encierran, le llevan a las habitaciones de un enfermo, se deja recibir de un corazón en pecado mortal, le consumen y le vuelvan a encerrar en el sagrario, le consumen y le privan de las delicias de vivir en una iglesia más etc. ¿Qué dice Jesús? ¿Qué hace?

No se queja, no murmura, no da señales de vida, parece un ser manipulado que no siente y carece de voluntad.

¡Que otro modelo quiere una Capuchina Clarisa Eucarística para practicar perfectamente la obediencia que le exige su dulcísimo Esposo desde el sagrario, siendo ella la víctima de adoración que él nos pide!

Sean muy puntuales a todos los actos de comunidad, haciéndose cargo que el sonido de la campana es la voz de Dios que las llama. A no estar impedidas por legítima causa, acudan con presteza, dejando la letra comenzada, pues estas primicias las aprecia el Señor como los capullos de la flor.

Con la misma indiferencia deben dejar una ocupación por otra, si lo ordena la superiora, convencidas que no han venido a la religión a hacer esto o lo otro, sino a servir al Señor según su voluntad.

«Las hermanas que son súbditas acuérdense que por amor de Dios negarán sus propias voluntades y así quiero que obedezcan a su madre como libre y voluntariamente prometieron al Señor» (Testamento de santa Clara, 10).

El Instituto de las Capuchinas Clarisas Eucarísticas debe distinguirse por un espíritu de total renuncia de su propia voluntad y juicio y por la unión y caridad entre sí.

Esta es la verdadera adoración en espíritu y en verdad que nos pide y agrada a Dios y le honra la renuncia de nuestra propia voluntad y juicio en que le reconocemos como a nuestro dueño real y absoluto.

Desapropió Jesús de su voluntad diciendo que dijo que no vino a hacer su voluntad y que no ha querido hacer nada por sí, sino lo que viese hacer a su Eterno Padre, con tal perfección y desnudez de espíritu, que tomó por precepto y mandamiento el morir por los hombres al ver que aquella era la voluntad y complacencia de su Eterno Padre.

La verdadera Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe dejar con presteza todo lo que tenga entre manos a la menor insinuación de su superiora, como quien tiene más en

cuenta la obediencia que todo lo demás. Esta es aquella verdadera p. de [...] que nos hace dueños del Reino de los cielos.

Y para que esta obediencia les sea más suave y no carga pesada e insoportable, amen a su superiora como a una madre mirando en ella a Dios a quien representan, un Dios suavísimo y amabilísimo, cuyo yugo es suave y su carga ligera, para que obedezcan con amor y alegría, sin los cuales no hay perfecta obediencia.

Respeten y veneren su superiora como representante de Dios y si alguna se rebela con sus órdenes y les falta al respeto con desedificación de las demás, sea severamente reprendida y castigada para evitar relajación en un punto tan delicado de nuestras Constituciones.

Guárdense de mostrar enfado o tristeza por lo que se ordena, de manera que dé motivo a que la superiora deje de mandar. Si les repugna y es contra su naturaleza, no es falta sentirlo, al contrario, si lo disimulan interior y exteriormente puede ser causa de un vencimiento grande y de un acto de virtud heroica. Y si la obediencia es dificultosa, si una alma tiene fe ¡qué paz! ¡qué satisfacción! ¡qué consuelo poder decir al Señor!: Señor yo no vine aquí por mi gusto, no hago en esto mi voluntad propia, tú me trajiste aquí, tú me lo has mandado. De tu cuenta corre ayudarme, defenderme y cumplir en mí tu palabra de hacer canten victoria al obediente.

Un santo padre de la Iglesia dice que la obediencia es una excusa delante de Dios, es navegación segura y camino que durmiendo se pasa.

Así como el que va en un navío sentado y durmiendo va caminando y no tiene que tener cuidado de su camino, porque el piloto lo tiene; así el religioso que vive bajo la obediencia sin trabajo ni cuidado, va caminando al cielo y a la perfección, porque velan por él sus superiores. No es poco sino mucho pasar el golfo de este mundo en brazos y hombros ajenos, pues esa es la merced que hace Dios a la religiosa que vive debajo la obediencia que toda la carga la eche a cuestas de las superioras y ella va descansada y descuida de si seria mejor esto o lo otro.

L4 C13 (177-180)

4

LA VIDA COMÚN

No queráis atesorar riquezas para vosotros en la tierra (Mt 6,19)

La perfecta observancia de la pobreza evangélica, ese vivir sin propio que manda la Regla y nuestra Constitución y prometimos en la fórmula de nuestros votos, sería un imposible en esta vida mortal sujeta a tantas necesidades sin una perfecta y acabada vida común, que

consiste en que todas las religiosas tengan el mismo régimen en la comida, vestido, habitación, muebles, etc., todas conformes, sujetas a una mesa común, sin la menor dispensa ni privilegio en favor de nadie, a no ser que una enfermedad u otra causa razonable lo exija[90].

Esta vida común es la personificación del espíritu de pobreza, por eso las superioras estén firmemente obligadas a mantenerla con solicitud y todas las religiosas a observarla con puntualidad, huyendo toda singularidad sin una necesidad manifiesta, participando en común bajo la dependencia de su superiora de todos los trabajos y regalos de cada religiosa en particular.

En el hábito guarden perfecta y completa uniformidad, para lo cual se ordena que en cada casa haya una habitación espaciosa y bien ventilada para ropería con cajones acomodados para guardar la ropa de todas las religiosas.

Esta oficina debe estar cerrada a llave y cuidar de ella una religiosa de las mayores, de buen espíritu y amante de la santa pobreza.

Esa religiosa, que debe ser nombrada por el consejo para cada casa, llevará la dirección de dicha oficina, teniendo a su cargo dos o tres religiosas jóvenes que turnarán por semanas en el lavado, planchado y demás cuidado de la ropa, para que las religiosas se puedan entregar libremente al cumplimiento de sus oficios.

Ella dará cuenta a la superiora de las necesidades de cada religiosa y dirigirá el corte de hábitos, tocas, esclavinas y todo, que para perfecta comodidad sometiéndose fielmente a los detalles del hábito común.

Y esto a ninguna sea permitido por ningún motivo mas que a la ropera nombrada a las encargadas bajo su dirección.

Procuren guardar igualmente completa uniformidad en el dormitorio, ropa de la cama, utensilios de las celdas, etc.

Ninguna se atreva a quejarse del corte, costura, etc., y si alguna se atreve a hacerlo, sea amonestada como la superiora vea conveniente, pues sólo a la ropera con la superiora debe cuidarse o cambiar, renovar alguna prenda que sea necesaria.

Lo mismo en las oficinas de sacristía, refectorio y cocina, las oficiales mayores o encargadas deben cuidar de sus respectivas ropas en la misma forma que la directora de la ropería.

L4 C13 (180-181)

90 Tacha: *y en este caso la vida común puede tenerse por firme, porque sabido es que la excepción confirma la regla*

CAPÍTULO II

BIENAVENTURADOS LOS MANSOS, PORQUE ELLOS POSEERÁN LA TIERRA

1

HUMILDAD

Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis descanso para vuestras almas (Mt 11,29)

La vida de nuestro divino Esposo desde el pesebre hasta nuestros días en el Santísimo Sacramento, es un dechado de perfecta humildad y mansedumbre, lo que no ha cesado de predicarnos con la palabra y el ejemplo.

El ejemplo de Jesús debe movernos más que la esperanza en sus divinas promesas.

¡Qué alma amante no se sentirá movida a humillarse al ver a Jesús, Hijo de Dios reclinado en un pesebre, envuelto en pobres pañales, desconocido y desechado de los hombres!

La Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios contemple frecuentemente a Jesús, su divino Esposo, todo dulzura, amabilidad, humildad en la casita de Nazaret sujeto a María y José y empleado en un vil oficio de carpintero.

Entre allí con fe y humildad y mírelo todo con los ojos de su alma. ¿Qué ve? Jesús, Sabiduría infinita. Déjense enseñar de un pobre oficial en una carpintería que le dice con amor cuando a su orgullo le duele que la enseñen o la corrijen, porque en realidad de verdad no lo hizo bien. ¿Sabes tú más que yo? Quizás reciba una instrucción de otra hermana con menos talento y aptitudes, pero si mira a Jesús ¿Sabía él menos que san José y la Virgen Santísima?

Le duele porque nos anteponen una más joven, quizás recién profesa, llevando ella quizás muchos años en religión, de menos talento, o desea cargos, dignidades, etc... Entre entonces en aquella santa casita, morada de paz y felicidad. ¿Quién gobierna allí? ¿Quién obedece?

Según el dictamen humano, Jesús, siendo Dios Eterno, Sapientísimo, Poderosísimo, debía ser la cabeza, pero son muy distintos los juicios de Dios de los nuestros.

Allí el primero es el último. Y Jesús no se queja ni murmura, ni lo siente como injusticia. Es esa la voluntad de su Padre Celestial, hace falta para nuestro ejemplo y Jesús como un mansísimo Cordero, todo dulzura, humildad y afabilidad vive allí a las órdenes de José y María. Y nuestra dulcísima Madre, Santísima, Sapientísima, con qué humildad y rendimiento se sometía a san José. No le hirió ni se disgustó, porque el ángel avisó a san José sin decirle a ella nada cuando le manda huir a Egipto y sin recibir la orden directamente de Dios con entero rendimiento de juicio que es hijo de una perfecta humildad, deja su descanso, su casa, su patria y se pone en camino.

Allí no hay ambiciones, ni rencillas, ni puntillas de honor, ninguno desea ser, todos están contentos en el puesto que el Padre celestial les ha destinado y así reina la paz, la unión, la caridad.

No se crean nunca con capacidad o derecho de algo. ¿Tenía Jesús derecho a morir en una cruz? ¿Era eso lo que Jesús merecía?

Pero una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe particularmente pararse en el ejemplo de Jesús en la Eucaristía, que perfectamente adoran y es el modelo que nos debemos proponer imitar.

Qué humildad y qué pequeñez la de Jesús, escondido, oculto bajo las apariencias de un poco de pan en un estrecho sagrario, sin aparatos ni lucideces, con una humilde lámpara por compañera

La verdadera Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios, fiel a su promesa de adoración, si se acerca a Jesús en el Sacramento, él le hará sentir y comprender esa vida de humildad prática que nos manda aprendamos de su Corazón.

¿Qué somos nosotras sino la nada y el pecado? ¿Por qué entonces nos ensoberbecemos y creemos algo? ¿Qué merecemos más que el infierno sino contáramos con los méritos de Jesús? ¿Por qué entonces pretendemos puestos elevados, dignidades etc.? Si merecemos el infierno y estamos compenetradas de ello, nos parecerá una delicia el último lugar de la casa del Señor que no se puede comparar a ninguna dignidad mundana.

¿Qué mayor dignidad podemos aspirar que la de ser esposas de Jesús, adoradoras y reparadoras de su Corazón eucarístico, de recibir diariamente en nuestros corazones al Rey del cielo y comunicar con él íntimamente?

Suelen los santos apellidar la humildad base y fundamento de las virtudes.

Para ensalzarla y recomendarla a los hombres descendió del cielo el Hijo de Dios, anonadándose a si mismo y tomando la forma de siervo. Decía san Agustín refiriéndose a los ejemplos de Jesús: Si esta medicina no ataja nuestra soberbia, ignoro qué medio puede haber más eficaz para curarla. El mismo santo dice: Cuando tú te humillas el Señor desciende hasta unirse contigo; si te ensoberbeces huye de ti. Si quieres ser santo sé humilde; si quieres ser

muy santo sé muy humilde. Dios se complace en las almas humildes y en ellas obra sus maravillas.

Ya lo dijo la Divina Madre: Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava... ha hecho en mi cosas grandes el que es poderoso (Lc 1,48-49).

La humildad por grande que sea no puede causar temor de menoscabo alguno, mas por el contrario, mucho da que recelar la más ligera altivez de ánimo porque puede precipitarnos en un abismo de males.

Las Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía que tiende a santificar su vida, no debe permitirse más ambición que la de ser empleada en los más viles oficios del convento y debe ofrecerse espontáneamente a su superiora para ser empleada en las faenas más pesadas y repugnantes a la naturaleza.

Reciban con humildad y alegría la corrección o amonestación que caritativamente le hace su superiora u otra religiosa prudente, virtuosa y experimentada, pues dice el Espíritu Santo: El aborrecer la corrección es indicio manifiesto de hombre pecador.

Recíbanla con humildad interior y exterior y aunque se juzguen inocentes no se disculpen y pida humildemente perdón. Más inocente era Jesús y ¿qué dice de él el Evangelio cuando lo juzgaban y acusaban? Dos palabras: Jesús callaba.

Amen y siéntanse agradecidas a quien las reprende, pues les ayudan a conseguir el fin a que han venido a la religión, que es corregirse y enmendarse.

La religiosa imperfecta no ama, sino antes aborrece a quien la avisa de sus defectos y le dice la verdad.

Algunas suelen decir claramente cuando las andan corrigiendo y avisando, que las andan persiguiendo y tienen ojeriza de ellas y se desconfían. Tales religiosas no podrán progresar jamás en la virtud.

Dice san Gregorio: Estamos tan llenos de soberbia y la tenemos tan arraigada que no podemos oír nuestras faltas ni recibir la reprensión, porque nos parece que aquello es desestima nuestra y caso de menos valer; y como nos toca en lo vivo que es nuestra honra, luego saltamos y en lugar de agradecerlo lo tomamos por agravio, por injuria y por persecución.

2

LA MANSEDUMBRE Y MODESTIA

Eis aquí el Cordero de Dios (Jn 1,29)

Las Capuchina de la Sagrada Eucaristía que adoramos perpetuamente al dulcísimo Jesús en el Sacramento de su amor, el mansísimo y divino Cordero que con su dulzura y encantos atrae y cautiva las almas, debemos resplandecer por una dulce modestia que nos hace amadas de Dios y sirve de mucha edificación al prójimo

Tengamos presente las palabras de nuestras sagradas Constituciones: Procuren que todo su porte sea humildad y modestia. Eviten mover los ojos y la cabeza ligeramente y sin necesidad. Que su modo de hablar sea dulce y modesto. (Art. 230 y 233).

Debemos guardarnos mucho de palabras picantes, que son muy contrarias y muy perjudiciales a la dulzura y benignidad. Algunas suelen decirlas por gracia, pero si a cualquier gracia en boca de la religiosa la llama san Bernardo blasfemia y sacrilegio, ¿a las que son contra la caridad, cómo las llamará?

Estas gracias son muy indignas de las religiosas y deben estar muy lejos de una Capuchina Clarisa. Nuestra boca, que todos los días es posada del Cordero mansísimo Jesús, debiera al abrirse no destilar más que perlas preciosas, palabras dulces y divinas, encendidas en amor divino y bien de las almas. Dice el Señor que las palabras dulces y afectuosas son panal de miel y dulzura del alma.

Guárdense de hablar de apodos o referir coplas que toquen a falta o descuido de alguna.

Si de las palabras ociosas tenemos que dar cuenta a Dios, ¿qué será de las que tocan a nuestros hermanos? ¿qué será de las perniciosas?

Debemos guardarnos también de porfiar y contradecir. Al siervo de Dios no le conviene porfiar sino ser dulce y manso con todos, dice el Apóstol.

La que porfía, fuera de la desedificación que en eso da causa, pierde la paz y se siguen de ahí muchos inconvenientes.

A imitación de nuestro divino Maestro, seamos más dulces y afables con las más débiles e imperfectas, haciéndonos todas a todas por ganarlas todas a Cristo.

Algunas veces una palabra dulce y afable dicha con oportunidad y espíritu de caridad, puede ser causa de llamar al interior a alguna de nuestras hermanas, que quizá no era causa de mucha edificación, y moverla a mudar de vida.

Una Capuchina Clarisa modesta en su porte, afable en su trato, servicial con todas, es un estímulo para sus hermanas y le puede hacer más provecho que los sermones más elocuentes.

Cuando nos ocupemos en algún servicio de caridad debemos [hacerlo] con buen modo, con blandura y suavidad en nuestras palabras, para que las demás entiendan que hacemos aquello con caridad y les sea grato nuestro servicio. Esta es la sal que dice san Pablo que ha de hacer gustoso y sabroso todo lo que hacemos.

No demos nunca respuestas sacudidas y ásperas a nuestras hermanas, aunque estemos muy ocupadas y tengamos mucho que hacer.

Por el contrario, si nos pide alguna algún favor que por nuestras ocupaciones no podamos atender, sea nuestra respuesta tan buena, dulce y agradable que ella se vaya tan contenta como si la atendiésemos. Si no podemos por carecer de permiso, digámosle amablemente: Ahora mismo voy a pedir permiso.

Si alguna por debilidad humana falta a esto repárelo enseguida pidiendo humildemente perdón a la hermana ofendida. No hablen nunca a voces y desde lejos.

Si nos ofendemos o herimos de alguna, devolvámosle dulzura y cariño. ¿Qué mansedumbre la de nuestro divino Esposo en el tribunal de Caifás cuando recibió una bofetada del criado del Pontífice: Si he hablado mal, dime en qué y si bien, ¿por qué me hieres? (Jn 18,23).

Como dicen nuestras sagradas Constituciones, art. 233, no se toquen unas a otras, ni por juego, ni por señal de amistad.

Todo nuestro porte y modales deben respirar modestia y mansedumbre.

Cierto que esto es difícil a nuestra naturaleza y exige un espíritu heroico de mortificación.

Nuestro andar sea moderado, ni ligero ni demasiado lento, evitando todo ruido; en el convento y siempre que la necesidad no la pida, conservemos nuestros ojos bajos, evitando de querer verlo y oírlo todo.

Quid ad te? ¿qué te importa a ti lo que va y lo que pasa no viniste a santificarte? Pues entonces adelante mirando solo a Dios y no queriendo saber mas cosas que del cielo.

Cuando se sienten no se recuesten cómodamente sobre la silla, a no ser que una enfermedad o la avanzada edad lo exijan. No crucen los pies ni los tengan muy separados uno del otro, evitando todo movimiento ligero y poco modesto.

Pregúntese cada una así misma ¿qué posición tomaría en mi lugar la Virgen Santísima?, ¿con qué modestia, recogimiento y comportamiento andaría, se sentaría, sin reír nunca a carcajadas, ni levantar la voz? Aunque en nada se hacía singular y aparentemente parecía una

mujer como otras, sin embargo su modestia y su dulzura la denunciaban de tal modo que cautivaba los corazones y era la alegría y admiración de la gente de Nazaret.

L4 C13 (186-187)

CONTESTACIÓN A VARIAS CONSULTAS

M. R. M. Teresa de Jesús, superiora de la casa de Lisboa

Artículo I

Vida de obediencia

Amadas en Jesucristo: Nuestra vida debe copiar la vida de Jesucristo en su vida mortal. ¿Cuáles han sido los caracteres de Jesús dulcísimo desde que nació en un pesebre y expiró en la cruz?...

¡*Belén, el Calvario, la Eucaristía*!... Anduvo siempre por la senda de la obediencia hasta la muerte; obedeció siempre sin excepción ni distinción.

1º. El primer paso que dio al venir al mundo fue obedecer la voluntad de su Padre celestial, jamás se apartó de ella, fue su única regla hacer la voluntad de su Padre; estuvo sometido a todos los que ocupaban para Él el lugar de Dios, ya fuesen justos como su Madre Santísima y san José, ya fuesen perversos enemigos como Pilatos y Herodes... La generosidad de su obediencia, lo más penoso y duro, los trabajos y penas de su pasión, los rigurosos tormentos de su pasión, los oprobios e ingratitudes de aquel pueblo tan colmado de beneficios... todo fue aceptado por obediencia pudiendo decir a cada momento de su vida: "Factus obediens usque ad mortem"... (Flp 2,8).

Este es el ejemplo que desearía que todas y cada una de nosotras imitásemos, carísimas hermanas, Jesús dulcísimo, nuestro divino modelo. Le escogimos, nos entregamos a Él, nos consagramos voluntariamente con todo el amor del alma, lo escogimos, le adoramos y sabemos que Él nos pidió le "adorásemos en espíritu y en verdad"; y estamos obligadas a seguirle hasta morir en esta vida de perfecta obediencia, sin restricciones, sin dilaciones sin excusa... que quitan a la obediencia todo su mérito; llevando la obediencia contra su voluntad se arrastra el yugo de mala gana y se introduce la rapiña en el holocausto que ofrecimos gustosas al Señor el día de nuestra Profesión. ¿Verdad que entonces estábamos dispuestas a obedecer en todo?... ¡Oh hijas mías! Una religiosa Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía que prescinde de la obediencia, buscando en la superiora sus gustos o simpatías, escudándose con razones cuando ésta no es de su gusto, o la soslaya de alguna manera, ya no la mueve el espíritu de Cristo. Será

movida por su propio espíritu, su propio juicio, capricho, inclinación y sus obras llevarán el sello y estilo del espíritu humano... ¡Qué amarguras damos al divino Esposo Jesús!...

La obediencia religiosa es la que directamente anula la propia personalidad activa del que obedece... La obediencia, dice san Agustín, es madre y guardiana de las demás virtudes, es suma y compendio de la vida moral de Jesucristo. No cabe abnegarse más enteramente una criatura libre, ni ofrecer a Dios sacrificio más excelente. Por la obediencia el religioso da a Dios, no sólo los frutos, sino también el árbol que los produce, verdaderamente un holocausto en reconocimiento de todos los derechos que tiene Dios sobre la criatura, sin ningún deber por parte de Dios, fuera de los que Él mismo se ha impuesto por amor a sí mismo y a la criatura.

El divino modelo que escogimos para imitar, Jesucristo, en su vida mortal y en el Santísimo Sacramento, debe ser la regla de nuestra conducta, hermanas carísimas de mi alma... Cuando después de 53 años de vida religiosa, vividos en rigurosa clausura más de 40 años... y buscando asilo en la persecución del año 33, salí de España para librar las almas de los peligros que nos amenazaba, el comunismo, y todo con consejo... y *permisos de los prelados, especialmente el Excmo. Sr. Nuncio de España* que me aconsejó ir a Portugal, protegida o amparada por los padres de la Compañía de Jesús, españoles. Y después de largas pruebas y trabajos en Portugal, el Emmo. Sr. Cardenal Patriarca nos recibió con el paternal cariño que el Emmo. Cardenal Casanova, arzobispo de Granada en los años 21 hasta el 30 que murió, dejándonos huérfanas, pues en su inauguración de la Casa de Berja nos decía "yo soy vuestro padre y si el Señor me da vida vamos a llenar a España de vuestra transformación de vida eucarística".

Desde el cielo no nos abandonó sus bendiciones paternales, en sus frecuentes visitas eran como de un santo que me anunciaba *la pasión que nos esperaba sufrir muchos años*, para conseguir el deseo ardiente de darle almas... que le amen y adoren en la sagrada Eucaristía. ¡Oh Dios mío, que muramos amándote y en el cumplimiento fiel de vuestra voluntad santísima!...

Como me tienen pedido con tanto interés os declare particularmente el género de vida en cada caso particular, como éste de nombraros vicaria general, que aquí en España como en Portugal haga las veces de la superiora general... Consultado este asunto con padres muy doctos y santos que me recomendaron lo que precisamente siente mi alma, la oración, retiro de unos días, de santos ejercicios, con alguna penitencia que el Señor inspirase... y de todo me ayudo del mérito de vuestras oraciones y penitencias, que con la gracia del Señor os diré lo que entendiese. *Sobre la obediencia*, que llevo explicado, por la experiencia que si no entendemos bien el espíritu de nuestro santo Instituto, que es el del divino maestro Jesucristo "hecho obediente hasta la muerte y muerte de Cruz" (Flp 2,8).

Art. 306: "La que entre las consiliarias es elegida en primer lugar, obtiene la dignidad de vicaria general". Y al teneros que decir, hermanas carísimas, que a la reverenda madre vicaria general obedezcáis y respetéis como al mismo Jesucristo, debo repetiros lo de siempre.

Quiero que todas conozcan el espíritu de perfecta sumisión y obediencia a las superioras, obedeciendo con resignación verdadera de nuestras voluntades y abnegación de nuestros juicios, nunca mirando la persona a quien se obedece, sino en ella a nuestro Señor por quien se obedece; y como me tienen oído desde el principio de nuestra transformación de vida que en *la obediencia más particularmente* que en ninguna otra virtud, que todas deseo practiquéis con toda perfección, *la obediencia* sea el distintivo de nuestro santo Instituto, que como dice san Gregorio: "La obediencia es una virtud, que sola ella ingiere en el alma las otras virtudes, e impresas las conserva"; y como dice san Ignacio: "Y en tanto que ésta floreciere, todas las demás se verán florecer y llevar el fruto que yo en vuestras almas deseo, y el que demanda el que redimió por obediencia el mundo perdido por falta de ella hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz". Y como amonesta este santo gloriosísimo pues ni porque el superior sea muy prudente, ni sea muy bueno, ni muy cualificado en cualesquiera otros dones de Dios nuestro Señor, sino porque tiene sus veces y autoridad debe ser obedecido, diciendo la eterna verdad: "El que a vosotros oye a mí me oye, y el que a vosotros desprecia a mí me desprecia" (Lc 10,16). Ni al contrario, por ser la persona menos prudente se ha de dejar de obedecer, pues representa la persona del que es infalible, sapiencia que suplirá lo que falta al superior.

Con cuánto consuelo copiaría aquí la doctrina de todos los Santos Padres de la Iglesia; que tantas veces tenéis leído en los santos ejercicios y en la vida de los santos más esclarecidos en la Iglesia de Dios, y que todas vosotras deseáis imitar con tanto fervor de vuestras almas, pero baste ya lo dicho, para que entendáis que el divino Maestro Jesucristo quiere este santo Instituto lleve el sello de la obediencia que Jesús marcó con su Sangre divina en la cruz: "Obedeció hasta la muerte y muerte de cruz" (Flp 2,8), y en esta obediencia se nos hará dulcísima la pobreza, tan amada de nuestros seráficos padres, y la castidad purísima de la Reina del Cielo nuestra madre Inmaculada María Santísima, a quien nos hemos consagrado sus hijas amantes y fieles hasta la muerte, y en el cielo... eternamente.

¿Qué vemos en los 33 años que vivió Jesús, sino un largo acto de obediencia que empieza en la Encarnación y no solo concluye en el Calvario, sino que por inaudito prodigio de humildad... en la Eucaristía no tiene más voluntad que la de sus ministros, renovando para con el más indigno de ellos la sumisión que tenía cuando niño en la casita de Nazaret?... ¡Oh Dios mío! Qué prodigio de humillación. ¡Qué profundo misterio de humildad y obediencia la de Jesús a su Purísima Madre María Santísima y san José... En el huerto de Getsemaní, se entrega a sus enemigos, tiende sus divinas manos a los grillos y cadenas y se deja arrastrar como un criminal, no opone la menor resistencia a los malos tratamientos que le abruman... no abre su divina boca para responder a las injurias y calumniosas acusaciones de los testigos falsos, permanece mudo... ¡A estos excesos de amor se somete Jesús por nuestro amor, para enseñarnos su sed de obediencia... y ya en el cielo, en nuestros altares! oculto en el Santísimo Sacramento.

¡Hijas mías, vengamos con estas provechosas consideraciones al pie del sagrario, y reconocidas y llenas de humildad preguntar a Jesús si terminó su vida de obediencia con su muerte de cruz!... ¡Oh no hijas mías! que a eso hemos venido sus Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía, a aprender a obedecer de su mansísimo Corazón eucarístico, consolarle, desagraviarle, reparar y expiar las ingratitudes de las almas consagradas... y las abominaciones de los malos cristianos.

Esta es nuestra misión en la tierra, imitar la vida de Jesucristo desde su Encarnación hasta su muerte, y ahora en la sagrada Eucaristía, atrayéndole muchas almas que le amen y adoren víctimas de amor en la abnegación propia.

¡Oh Jesús mío dulcísimo, que una mirada a mis miserias pasadas, de aquellas cuyo recuerdo me entristece más el corazón de lo pasado y hace correr muchas lágrimas de mis ojos para convencerme que todas tuvieron origen en la propia voluntad y la experiencia de aquellos primeros años sin experiencia me sirva ahora, que aceptando gustosa el suave yugo de la obediencia para librarme de ese espíritu de insubordinación e independencia buscando siempre hacer mi propia voluntad que ha sido para mí fuente de *tantas miserias*! Y concédeme Señor que cumpla fielmente mis sagradas Constituciones. Art. 108: "Las Religiosas (cumplan) obedezcan a las superioras como a Dios, cuyo lugar ocupan". Esto deseo para todas mis carísimas Hermanas que me confió el Señor y os encomiendo roguéis por mí.

Sor Trinidad.

Artículo II

"Nunca indaguen curiosamente lo que la superiora hace, ni se tolere crítica alguna sobre su gobierno" (S. Const. cap. XI, art. 114)

Carísimas madres y hermanas en el Corazón eucarístico de Jesús: Les copio esto que dice Tomás de Kempis en el camino real de la santa Cruz: "Esta palabra parece dura a muchos: 'Niégate a ti mismo, toma tu cruz, y sigue a Jesús'(Lc 11,23). Pero mucho más duro será oír aquella postrera palabra: 'Apartaos de mí malditos, al fuego eterno' (Mt 25,41). Pues los que ahora oyen y siguen de buena voluntad la palabra de la cruz, no temerá entonces oír la palabra de la eterna condenación... ¿Por qué teméis tomar la cruz, por la cual se va al reino?" (Lib. 2, c. 12, 1-2). ¡A donde vamos voluntariamente caminando hace quizá muchos años... con tantas interrupciones... que en empezar se nos va la vida, Dios mío... oyendo vuestro consejo divino que viene al alma de vuestros divinos labios! "Mira que todo consiste en la cruz, y todo está en morir en ella". La obediencia, ésta es, mis amadas hermanas. Cuando cada día al despertar leo un párrafo de la Imitación de Cristo, digo para mí, ¡Señor! si leyésemos y aprendiésemos (las religiosas particularmente) este libro como aprendimos el Catecismo, cuánto nos aprovecharíamos de todo... para hacernos santos. Y por aquí empiezo a contestar a tantas

cartas como recibo cada día de cada casa, y que no me es posible contestar a pesar del consuelo que sentiría en ello, y el provecho espiritual que siento al leerlas, recojo con interés vuestros sufrimientos y los llevo a Jesús dulcísimo para que Él llene vuestras almas de su amor y gracias para mejor servirle.

Si meditamos delante de Jesús aquellos deseos de santidad que nos dio el Señor al principio de nuestra vocación religiosa y eucarística, de morir a nosotras mismas y seguir su adorable voluntad, ¡como Él fuese servido!, no miraríamos la vida religiosa como un yugo insoportable la obediencia, que como dicen los Santos Padres es la esencia, o lo que nos hace religiosos; las demás virtudes y votos los hacen los seglares viviendo en el mundo y buscan perfección, hacen muchos votos y los cumplen fielmente; el de la obediencia sólo en la vida religiosa porque es el más difícil de cumplir, porque *es morir a nuestros gustos, a nuestro propio juicio y voluntad por amor de Dios, por agradarle más*, con la seguridad que *obedeciendo es*, como mejor conocemos la voluntad de Dios... Y así dice las sagradas Constituciones en el cap. XI, 107: "La obediencia es la más noble de todas las virtudes... por la obediencia se ofrece y se inmola a Dios lo más excelente que hay en nosotros, cual es la propia voluntad y el propio juicio". Y aquí tenemos entregada nuestra voluntad a la de Dios, obligándonos a conformarnos y cumplir alegremente, voluntariamente con las disposiciones de las Constituciones, de las Reglas y de nuestros superiores.

Creo firmemente, que si vuestras caridades leyesen después del examen un capítulo de las sagradas Constituciones y grabasen en su alma el espíritu con que el Señor se dignó dárnoslas cuando por mandato del Emmo. Sr. Cardenal Casanova nos mandó escribirlas en aquellos santos ejercicios que hice de retiro, en aquella tribuna donde [a] *oscuras y sola* miraba al sagrario invocando el divino Espíritu con lágrimas... pues no sabía ni el abecedario para poder expresar lo que mi alma sentía, como un bloque de piedra permanecía en su divina presencia esperando que Él bajase a estampar en aquel papel lo que quería de mi... Diez años llevaba por suspirar por la adoración perpetua en aquella Iglesia de San Antón donde sentía pedírmelo el Señor (desde el año 13, el 19 de marzo) y nunca vi ningún obstáculo grave que se opusiese.

¡Oh hijas mías, cuán incomprensibles son los juicios del Señor y los caminos que prepara a las almas!... A la mía tenía que pasar por las agonías de la cruz... para ver algo claro sus amorosos designios. Después de la gravísima enfermedad que me llevó a las puertas de la eternidad el año 15, me creí libre de este deseo y creí que había cumplido ya mi misión sobre la tierra; y que en aquella tribuna haría mi adoración en espíritu y verdad, inmolándome en una vida de obediencia; había terminado mis dos trienios de cargos y mi enfermedad me obligaba a pensar moriría a cualquier hora (avisada así por los médicos y confesores, que creían padecía angina de pecho) y el coro era para mí el cielo anticipado; allí había formado mi antesala de la eternidad, les repetía con entusiasmo a mis monjas... ¡de aquí al cielo! ¡Dios mío! repetía

siempre con mi mente fija *en la eternidad*. ¿Te gozaré eternamente Jesús mío? pues no siento más amor que a vos, ni otro deseo ni ilusión que agradaros siempre, obedeciendo a mis superioras, ¿*os tendré contento*?...

Así se deslizaron tres años, los más felices de mi vida, *obedeciendo escondida, retirada como enferma incurable*, que no espera más vida que morir en gracia de Dios... ¡Qué tres años tan felices!... La madre abadesa, viendo que no moría, me encargó del noviciado, que acepté por obediencia y procuré cumplirla en llevar aquellas almas a Dios, haciéndolas víctimas de reparación; eran tan fervorosas y buenas que me ayudaban a esperar de ellas lo que para mí pedía al Señor, y encantada con aquellas almas, hacen la elección y vuelve de nuevo la cruz sobre mí, enferma y descuidada de aquel cargo (que a los dos trienios renuncié por prescripción facultativa). ¡Oh Jesús mío! ¡qué poco generosa fui, renuncié y el señor Arzobispo me *obligó aceptara*! y tomé la cruz de nuevo, sin saber ni conocer los juicios del Señor, pues manifesté a la comunidad, continuaría mis trabajos gustosa si aceptaban la adoración, y todas me dijeron que sí, y seguí trabajando por establecerla en aquella iglesia para la comunidad... y así estuve tres años, esperando al nuevo Prelado, porque el Vicario General de la Diócesis, don Ramón Pérez Rodríguez, canónigo provisor y rector del Seminario, había sido preconizado y consagrado obispo de Badajoz, y quedó de Vicario General, ¡que me *alentaba mucho*!, y este reverendísimo Prelado tuvo interés en darnos un santuario de la Virgen Santísima en su Diócesis donde estableceríamos la adoración perpetua en Badajoz que no llegó a efecto, por trasladarlo de Patriarca de las Indias y obispo de Sión en Madrid, y falleció doña Juana Vargas de Martínez Victoria, que quería hacer en su Diócesis el segundo monasterio.

La comunidad tan unida y fervorosa me ayudaba mucho con la confianza que enviaría a las que nombrase el señor Arzobispo y yo quedaría con ellas como lo pidieron en la última visita a S. E. R., que no aceptó, obligándome a ir yo la primera dando ejemplo, y ofrecí al Señor mi sacrificio... Tomando del Corazón eucarístico de Jesús sus sentimientos amorosísimos, dije a las compañeras lo que Él dijo a sus amados discípulos: "Levantaos y vamos, que el mundo vea amo a mi Padre" (cf. Jn 14,31).

¡Vamos al sacrificio que Jesús nos pide víctimas de reparación y amor! Nos pide almas... y que le acerquemos a la sagrada Comunión las almas de los niños abandonados, que no conocen a Dios, y la doctrina grabarla en sus almas con vuestro fuego sacado al calor de la Eucaristía, que sin una fuerza sobrenatural de oración y penitencia, no podrán ganar esas almas abandonadas, dispuestas a todo lo malo sin instintos de ningún bien... Solo así atraerán el reinado de Jesucristo a la tierra desolada por los pecados del mundo sin fe.

(Estremecíase mi corazón y mi alma cuando veía una obra tan desconocida que me mostraba el Señor en los niños abandonados en la pobreza y miseria de los vicios y pecados de unas guerras y revolución casi desconocida. ¿Cómo, Dios mío, unas pobres monjas escondidas

en un claustro de penitemncia podremos cumplir esta misión enorme que los misioneros como un san Francisco Javier convertirían?)

"No vosotras, yo mismo abriré los caminos para que, como el Bautista, del desierto vengáis a recoger esas almas antes de caer en el abismo de los vicios que han envuelto la humanidad en una lava asquerosa de males. Llevarme esas almas llenas de fe a recibirme Sacramentado y la gracia no ha de faltarles después para reformar y encender la fe en el mundo católico que ha de restaurar las costumbres de los primeros cristianos; y a todas las religiosas que abracen por mi amor esta misión, les daré el premio que tengo prometido a los apóstoles y misioneros de mi Corazón santísimo y la especialísima asistencia y protección de mi Madre Santísima María, Reina de los Apóstoles.

Esta misión me la confió el Señor en el VII Centenario de la gloriosa madre santa Clara, y que como ignorante no entendía entonces mas que esa víctima de reparación, oración y penitencia que observando la santa Regla, no nos pedía más el Señor... En varias ocasiones escuché algunas veces esa voz interior que me pedía almas víctimas y me ofrecía llena del mayor amor... Pero Jesús *insistía*...

"Quiero almas víctimas que me adoren en espíritu y en verdad"... Señor mío y Dios mío, ¿qué más quieres que estas que os tengo ofrecidas en esta fundación, le decía al empezar en Chauchina nuestra vida de reparación y penitencia?... y Jesús sentí que me insistía: "¡Quiero más, almas víctimas que se acerquen a mi Mesa eucarística!".

Después de nuestra salida a Portugal, cuántas veces en aquellos meses de enfermedad en Braga el año 33, que creía morirme sola y sin mis monjas, qué dolor tan intenso sufrí en aquella casa de Coimbras donde el reloj de Santa Cruz, me renovaba la oblación que le ofrecía al Señor como reparación de mis pecados, y un hermano jesuita iba a visitarnos y nos llevaba alguna cosita y nos alentaba a sufrir, tenía mucha caridad, y se acordaba que a ellos les recibieron en España con mucha caridad (el hermano Pires, parece se llamaba).

En aquellos dolores que sufría y los médicos me decían quedaba inútil y baldada, pensé no volvería más a España y la Virgen Santísima en su Inmaculada Concepción la vi aquella noche y me pareció venía con un manto de oro extendido sobre muchas almas vírgenes. Bendita seas madre mía, ¿quién son vuestras hijas? "Sois vosotras, que al calor de la Eucaristía extenderéis el fuego de la caridad por todo el mundo salvando las almas de los niños y niñas pobres y abandonadas, que atraerán sobre la tierra el reinado de Jesucristo..."

Madre mía, y nosotras, ignorantes y pobres de clausura ¿podremos convertirlos con la oración y la penitencia?... "Sí, esa mortificación constante en salvar estas almas, y la adoración a la sagrada Eucaristía será la fuerza, el calor y amor eucarísticos que prenderéis en el alma de los niños que mi Hijo santísimo os pide las acerquéis al fuego de su Corazón eucarístico y será la misión más agradable a su divino Corazón Sacramentado... Conquistarle almas que le amen y

conozcan, otros les darán la ciencia y conocimientos teológicos y morales, vosotras el pan eucarístico con conciencia pura y fe ardiente que sus almas nutridas de doctrina de caridad y fe atraerán del Cielo la lluvia de bendiciones y gracias, que atraigan sobre el mundo el reinado de paz y amor en el Corazón del divino Salvador, ser las madres bondadosas de los niños abandonados hasta recibir el Pan eucarístico que les llena de fortaleza para vencer y luchar contra los tres enemigos del alma".

Ya ve, mi buena Madre Teresa, que me pedía datos y no sé cómo me entretengo tanto en esto que con dos palabras os podría decir. Pero me queda más y aprovecharé otro rato, por hoy basta, ya estoy para ir al coro. Adiós.

S. Trinidad.

[CARTAS A SUS RELIGIOSAS]

[1ª carta]

J.M.J.

Madres reverendas, madres del consejo y superioras de las casas de España y Portugal.

Carísimas en el Señor, mis buenas madres y hermanas: ¡Que Él nos una cada vez más a su Corazón santísimo, con el de su Inmaculada Madre María Santísima, nuestra madre, y nos dé su paz!

A pesar de mis achaques y muchos años, me da pena no escribiros como lo hacía otras veces, que vuestras cartas me llenaban de consuelo ver vuestra constancia en seguir las pisadas del divino Maestro, a quien deseamos todas seguir desde el principio que fuimos llamadas a esta santa vocación por sola su bondad y misericordia. El Señor nos abrió el camino y, como a su pueblo escogido, nos condujo con innumerables beneficios y amorosísima providencia a la tierra prometida, donde nos da a gustar los frutos sabrosísimos de su cruz, que todas gustáis con el espíritu eucarístico... que es el pan (subcinericio, que como a Elías, fortalecía sus débiles fuerzas). Que adoramos a Jesús Hostia en espíritu y en verdad, para lo que fuimos llamadas desde el principio.

Las muchas cartas que recibo de casi todas, preguntándonos con ansiedad ¿cómo compaginar la vida contemplativa de la adoración a Jesús Sacramentado con la vida activa de las escuelitas de niños pobres abandonados y acercarle las almas de los niños a la sagrada Eucaristía fuente perenne de vida, de salud y felicidad?...

Cuando pienso en la hermosura de nuestro apostolado... viene a mi alma como un torrente de luz divina que pido al Espíritu Santo inunde vuestras almas y las llene de su amor para conocer las dilecciones de Jesús dulcísimo con sus pequeñas esclavas y siervas... que no

podríamos jamás llenar nuestro apostolado sin ser eucarísticas... y que en cuanto dejemos esa contemplación amorosísima en la santa Eucaristía no ejerceríamos en las almas la misión de Dios.

Sí, hijas mías, ¡acercarle las almas de veras, que no conocen a Dios!... y despiertan a la vida con ese ansia de bien y felicidad... ¡Si no estamos empapadas y llenas de esa agua purísima que apaga, lava y nutre el alma de Dios!... ¿cómo dar a beber de ella a los pobrecitos niños que nacen y viven en la indiferencia e incredulidad más absolutas? Si no hay un corazón de fuego, que calienta esas almitas pequeñas que han de ser las futuras madres de mañana... que Jesús dulcísimo nos pide cooperemos con Él, en la restauración de la fe y caridad cristianas... que atraigan el reinado verdad sobre el mundo entero. ¡Que *Él reine siempre en todos los pueblos* y reinos del mundo! y atraiga así el corazón de todos los hombres.

Cuando me siento próxima a morir me viene a la memoria la doctrina de san Pablo que desde el noviciado me aconsejaba aquella santa madre maestra sor Antonia cuando me veía deseosa de director, me decía: "Tome su caridad de director a san Pablo y la enseñará mucho, y preparará su alma para el amor que Jesucristo nuestro Señor pide de su corazón de leoncilla".

Esto creo me decía por el deseo vehemente que sentía en servir a las enfermas y ancianas necesitadas de consuelo y ayuda, y ellas tan fervorosas me agradecían aquellos pequeños servicios con oraciones, que me hacían verlo en cada enferma a Jesucristo paciente, y me encendía en fervor cuando me hablaban de Dios nuestro Señor ¡las maravillas con que premia lo que se hace por los enfermos!... Y de decir verdad no encontré dificultades ni penas en la vida pensando que en cada obra por indiferente que fuese, la recibía el Señor como prueba de amor, y con ilusión y amor del alma repetía mi Señor y mi Dios recíbelo todo mi obrar y sentir... que a ti lo hago y a ti te lo ofrezco... Y cuántas veces venía a fortalecerme y consolarme haciendo de mis trabajos y humillaciones en la vida religiosa mi mayor felicidad, pues vivía más en el cielo que en la tierra. ¡Oh Jesús Dulcísimo que tanto nos amáis... dignaos derramar en todas las almas que llamasteis a este apostolado, los tesoros infinitos de amor y caridad, da luz para conocer las delicias inexplicables que se gustan junto a ti en la sagrada Eucaristía y en la cruz!... Bendito y amado seáis siempre de estas hijas que os encomiendo con toda la ternura que de vos recibí para ayudarlas a ir a ti Señor...

Y termino con aquellas palabras de san Pablo a Mileto y os pido lo toméis dicho a vosotras, pues así lo siente mi alma próxima a morir, pues estoy al final de mi carrera. (Aplicároslas con sus mismas palabras).

"Velad sobre vosotras y sobre toda la grey en la cual el Espíritu Santo os ha instituido... porque sé que después de mi partida os han de asaltar lobos voraces que destrocen el rebaño... y de entre nosotros mismos se levantarán hombres que sembrarán doctrinas perversas con el fin de atraerse a sí discípulos; por lo tanto, estar alerta... Vosotros sabéis de qué manera me he

portado en el tiempo que he estado con vosotros... sirviendo al Señor con humildad y entre lágrimas en medio de las adversidades que me han sobrevenido... cómo nada de cuanto era provechoso he omitido de anunciároslo y enseñároslo. Al presente, constreñido por el Espíritu Santo voy a Jerusalén (a las misiones que el Señor nos pide) sin saber las cosas que me van a acontecer allí: solamente puedo deciros que el Espíritu Santo en todas (partes) ciudades me asegura y avisa. Que en Jerusalén me aguardan cadenas y tribulaciones. Pero yo ninguna de estas cosas temo, ni aprecio más mi vida que a mí mismo, siempre que de esta suerte concluya felizmente mi carrera y cumpla el ministerio que he recibido del Señor Jesús..."

"Y ahora, por último, os encomiendo al Señor Dios y a la palabra o promesa de su gracia a aquel que puede acabar el edificio, y haceros participar de su herencia con todos los santos".

Así quisiera saber expresaros los sentimientos de mi alma para con vosotras todas las que me siguieron en pos del divino maestro Jesucristo, a quien pido con toda mi alma os bendiga plenamente a todas, presentes y futuras, y nos una a Él en su reino.

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María.

2ª carta sobre el mismo asunto

¡El Señor nos dé su amor y paz!

Carísimas madres y hermanas en el Corazón eucarístico de Jesús:

Si el Señor me fortalece y ayuda, quiero comentaros sobre los puntos que especialmente me pedís de vida activa, que según las vuestras, no saben qué hacer para *unir las dos vidas* que el Señor nos pedía y que la santa Iglesia nos aprobó el 31 [de octubre de 1942].

En nuestras *escuelas gratuitas y asilos* desearía que las religiosas que designen la madre superiora con su consejo para prefectas o encargadas... reciban la formación intelectual y pedagógica, que se requiere para la educación completa de una mujer católica que ha de ayudarse después a vivir con los conocimientos necesarios para formar una familia netamente cristiana.

La madre general y su consejo determinarán las que sean más aptas para el estudio por su inteligencia y virtud sólida, que no le haga perder su espíritu de humildad y obediencia que ha de conservarlas en unión y caridad que tanto nos amonesta las sagradas Constituciones que ha de ser nuestra Regla tomada del espíritu de nuestra santa Madre en su Testamento y primera Regla que profesamos y observamos hace 50 años. Pero teniendo por el transcurso de los tiempos derogadas sus disposiciones... como "ayunar en todo tiempo, no tomar más que dos refecciones

al día... confesar y comulgar doce veces al año, no admitir bienes... y que los den a los pobres, etc., etc.

Nos fue aconsejado por nuestro buenísimo P. Esteban Marcos, O. C., que hiciésemos las Constituciones, Regla, tomando de la seráfica madre santa Clara su espíritu como lo tiene según el Espíritu Santo nos inspiró, y el consejo de santos prelados y sabios padres nos aconsejan.

Dirán mis amadas hijas que esta Regla no está aprobada por la Santa Sede. Pero con todo eso, la aprobación de la Congregación por la Santa Sede es una aprobación indirecta de la Regla, que ha sido examinada por la Sagrada Congregación en lo que intervino directamente nuestro santísimo padre Pío XII, creyendo los venerandos padres examinadores que era apta para formar religiosas con el fin útil para la santa Iglesia y capaz de glorificar a Dios, y de santificar a las almas. La han alabado en su conjunto aprobándolas por siete años "ad experimentum".

La santa Iglesia, madre prudentísima, no dio la aprobación definitiva hasta pasado este tiempo, se experimente cualquier cambio, quitando o añadiendo, que nosotras podemos hacer todavía, y aun es necesario en sus comienzos. Por lo cual, os suplico no debéis respetarlas y amarlas menos por no estar aprobadas definitivamente. Es necesario para conseguir la aprobación *que nuestra conducta* apruebe la Regla, la santa Iglesia quiere saber si se observa o no... Observarla hijas mías, guardarla respetuosa y amorosamente... Si no la observamos ¿para qué queremos que la aprueben definitivamente? Debemos amarla... como medio seguro de santificación.

No les pido, carísimas madres, la observancia con tanta insistencia, porque la hiciéramos nosotras en los momentos de grandes penas y tribulaciones rodeada de grandes miserias y amarguras. Ni tampoco pretendo que creáis bajó del cielo un ángel a dármelas de parte de Dios, no; todas me conocen y me han oído siempre: Que pedí tan solo unas adiciones para la adoración perpetua, noviciado común y escuelita gratuita de niñas pobres, y el Sr. Cardenal Arzobispo Casanova me mandó escribirlas por obediencia, por tres veces, pues nunca conservé copia de nada de cuanto escribía. Siempre obligada por obediencia a los Prelados el año 17, por consejo expreso de D. Ramón Pérez Rodríguez, y habiéndole manifestado al confesor la cuenta de mi alma, me mandó que confesara con el Sr. Vicario, D. Ramón Pérez Rodríguez, canónigo y rector del Seminario, mis ansias de pedir la adoración perpetua en aquella comunidad, las dificultades que encontré, y cuanto entendía me pedía el Señor después de la enfermedad de muerte que había padecido el año 15. El confesor, el M. I. Sr. D. Juan Cuenca, que con tanto interés nos dirigía, pensó que D. Ramón Pérez, de tanta prudencia y amor de Dios, nos daría luz más clara de la voluntad de Dios.

En efecto, en marzo del año 1917, celebrábamos el quinario a las sagradas Llagas y le pedí confesar para la festividad de san José y la Encarnación de Nuestra Señora, que acostumbraba

a prepararme con especial recogimiento, y vino con mucha caridad, y me oyó con toda paciencia con un examen minucioso, pues ya D. Juan, nuestro buen padre, le tenía hablado, me alentó mucho, me dio consejos prudentísimos cómo debía portarme con toda humildad al Sr. Arzobispo todo como le hablé a él. y viese en lo que resolviese la voluntad de Dios.

Di cuenta al Sr. Arzobispo Meseguer y Costa, que me tenía muy grande estima, y me dijo: "Creo que estas gracias de adoración y entusiasmo por la adoración eucarística la reserva el Señor para estos tiempos tan indiferentes y de persecución a la santa Iglesia. Pero yo que creo es el Señor el que a usted le pide, como a madre Teresa de Jesús, carmelita descalza, esta vida de adoración, espere un poco, a que madre Teresa experimente en su nueva fundación el resultado, que lo veo difícil porque sus frailes se le oponen, no quieren novedades en la Regla de santa Teresa, y si ella lo consigue, irá usted con su petición a Roma que yo recomendaré, pero después de ver el resultado de ella".

Quedé muy consolada y descansé tranquila mientras el Prelado no me avisara.

Dos o tres años después, el Señor le llamó para sí, muriendo casi al empezar madre Teresa su fundación, quedando de Vicario Capitular, sede vacante, D. Ramón Pérez Rodríguez, preconizado ya obispo de Badajoz; y el Sr. Vicario, con su gran prudencia me aconsejó esperase al nuevo Arzobispo, que le diese cuenta de con- ciencia, y él estaba seguro que el nuevo Sr. Arzobispo lo tomaría de su cuenta, la fundación que él creía tan de Dios.

¡Dios nuestro Señor me ayude! Me aparté del objeto de esta carta, que voy a terminar rogando a vuestras reverencias encarecidamente encomienden al Señor para que pueda expresaros, como sea del agrado de Dios, la parte de vida activa que el Señor nos confió, desde el principio: recojamos las pequeñas almas abandonadas de los niños pobres, y los acerquemos a la sagrada Eucaristía para que reciban los tesoros de gracia y de amor que desea derramar en sus corazoncitos antes que el pecado endurezca sus inteligencias, ejerciendo en ellas la caridad que recibimos en la sagrada Comunión y adoración al Santísimo Sacramento.

Sor Trinidad del Purísimo corazón de María.

3ª sobre el mismo asunto

¡Adoremos al Señor en espíritu y en verdad!

Como saben vuestras caridades, amadísimas madres y hermanas carísimas, por escrito y de palabra os tengo repetido que nuestra vida eucarística tiene mucha vida contemplativa, aunque en verdad nos obliga a la par el apostolado de las almas. Es la vida de Jesús Salvador y Maestro, y es la que nos pidió tantas veces: "Tengo sed de almas que me adoren en la sagrada Eucaristía".

¿Quién le traerá esas almitas de los niños pobres y abandonados? y les harán conocer las riquezas infinitas del Corazón eucarístico de Jesús que nos llama... "¡Venid a mí"... Nosotras somos esas corredentoras con el Corazón Inmaculado de nuestra madre María Santísima... ¡Es muestra madre y maestra la Madre de Dios!

Meditando hace unos días sobre nuestra vocación... encontré unas palabras de santo Tomás que parece dichas a nosotras, y que os copio para que las graben en vuestras almas y las recibáis como dichas a nosotras, pues nuestra Congregación pontificia es propiamente dicha *mixta*, pues tenemos por Regla el dedicarnos a la adoración perpetua del Santísimo Sacramento, y a la enseñanza de niñas pobres huérfanas y abandonadas, no ya como dos cosas que se suceden la una la otra, sino más bien como a dos cosas que se compenetran y se ayudan mutuamente, en cuanto que la acción recibe alientos de la adoración y contemplación y la misma acción recibe alientos de la adoración, y la misma adoración y contemplación adquiere nuevos bríos con el ejercicio de la vida activa practicando la caridad, que el divino Maestro nos dejó el ejemplo, y es lo que entiendo yo explica muy bien santo Tomás:

Considerada en sí misma la vida contemplativa es sin duda más perfecta que la vida activa... Pero en casos particulares, atendidas las necesidades de la vida presente, pueden darse circunstancias en las que la vida activa haya de preferirse a la vida contemplativa. A ambas sin embargo ha de preferirse la vida *mixta* (*que es la nuestra*) porque "así como es más perfecto alumbrar que el solo arder, de igual suerte, el comunicar a otros las cosas contempladas es más excelente que el guardarlas uno para sí" (S.Th. II-II, 188,6); por eso Jesucristo y los Apóstoles abrazaron una forma de vida mixta.

Esta doctrina que hemos bebido más de 50 años en la sagrada Eucaristía, en el mismo divino Corazón dulcísimo de Jesús desde que por primera vez vino a mi corazón... y alumbró mi alma en su fe divina y grabó en mi inteligencia con lenguas de fuego, la he leído y meditado cada día, desde que en esta meditación la escuchaba mi alma... que aún no había oído más doctrina que la suya, ni había conocido más Maestro que Él en la cruz y a su Purísima Madre María Santísima que Él nos dio por madre.

Y cuando quise aprender en otros libros, fuera de la cruz, donde le contemplaba crucificado y Maestro, fuera de Cristo en la Eucaristía... salió a mi encuentro cuando en el coro bajo me despedía, para salir por orden superior, encontré al divino Nazareno que me dijo: "¿Dónde vas hija mía, yo soy tu camino, verdad y vida. Yo te preparo y guío por donde no ves ni conoces, ¡*fíate de mí y sígueme*! que he de conducirte segura a mi Reino si fielmente te entregas a mi voluntad haciendo morir en ti todo lo tuyo; te seguirán muchas almas que preparo con mi Madre Santísima para restaurar la fe y amor que ha de atraer al mundo el reinado de mi Corazón; ¡*Sígueme*!"

Allí quedé como el que sueña y dije al P. Valencina cuanto me sucedió. Y me dijo "¡Síguele hijita que Él te enseñará y dará fuerzas para la jornada!... que *es dificilísima* y dura humanamente, pero si eres fiel en seguirle en la pasión que te espera... ¡Él te conducirá a aquella patria dichosa! Comulga todos los días, abrázate a su cruz y busca la estrella María que te guiará segura al puerto... No te acobardes en las noches sin luz, rodeada de fieras que saldrán a tu camino, y repite abrazada a ese pan celestial, apoyada en su cruz: "Viam mandatorum tuorum cucurri... (Sal 118,32) (que se dice todos los días en el último salmo de Prima) y dilatarás tu corazón, Él que es camino, verdad y vida ¡que no puede engañarnos, síguele con fe hijita!"

Algo así *ocurrió*: (el mismo día que este venerable padre Valencina asistía a aquella elección, que él refiere en sus Cartas a sor Margarita) que llevaba dos años de postulante y el Sr. Arzobispo me mandó salir; con una amargura inmensa entré al coro bajo a tomar la bendición para marcharme, cuando Jesús me salió al entrar en el coro.

Ya ven mis amadas madres cómo me distraigo y digo lo que no es del caso. Perdonarme y tomen sólo lo que aproveche a vuestras almas.

Y continúo sobre el mismo asunto que empecé esta carta que nuestra Congregación pontificia es *mixta*: que *tanto tiene de contemplativa como activa, es la vida que Jesús dulcísimo nos dio*. No como muchos creen que es solo activa. No, hijas mías, muy hermosa es esta vida como todo lo que Jesús nos enseña, pero a nosotras primero nos *pidió le adorásemos en espíritu y en verdad*, y segundo que le acercásemos las almas de los niños pobres y abandonados a la sagrada Mesa, donde quería enriquecer sus almitas de los tesoros inmensos de gracias y amor que nos tiene reservado a todos los que vamos a la sagrada Eucaristía, fuente de vida y de salud.

Expresado como es posible a mis cortas luces, y como el Señor me va alumbrando, no quiero terminar estas sin pediros, por el Corazón del divino maestro Jesucristo y su dulcísima Madre, que sigáis con fe y amor a Jesús en esta vocación eucarística de quien hace más de 20 años nos ofrecimos como adoradoras y esclavas de Jesús Sacramentado (en la casa de Chauchina y que por dificultades ajenas nos vino negado de Roma). Ahora nos lo concederan al aprobar las Constituciones, en definitivo quedaremos con el nombre de Adoradoras Esclavas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios.

Así espero que desligadas de todo otro nombre cumpliendo las sagradas Constituciones bajo la Regla de nuestra santa madre santa Clara, dada a ella por nuestro padre san Francisco, nos bendecirá como a sus pequeñas y humildísimas hijas que interpretando sus deseos de adoración al Santísimo Sacramento y acercarle las almas de los niños que ella nos hizo sentir el año 13 en su centenario VII de su Regla, y después el año 35 en Asís. La santa Iglesia por su Vicario en la tierra nos tiene aprobado desde el año 42.

Esta creo es la voluntad del Señor, hijas mías tan amadas en Jesucristo, por su amor, no os apartéis de esta ley, que de su Corazón eucarístico recibimos con tantas pruebas de predilección y de amor... Él nos va defendiendo amorosamente de las emboscadas de los enemigos que querían hacernos desaparecer, y nos puso en los caminos hijos y siervos fieles que nos llevaron a su Vicario en la santa Iglesia, alcanzándonos la inmensa gracia que tanto nos tiene pedido el divino Maestro desde el Sagrario. ¡Bendito sea y adorado de todas sus criaturas! ¡Su aprobación!...

Próxima a morir, en el ocaso de mi vida, el Señor aviva mi fe, y alienta mi esperanza que cumpliréis fielmente al Señor su voluntad santísima y deis reparación al divino Corazón que nos pide *almas* y la adoración. No olviden, mis carísimas madres, lo que nos tiene pedido Jesús por María Santísima su Madre, y que la seráfica madre santa Clara me alentó y fortaleció en Asís, curando mis enfermedades para que volviese a vosotras a llenaros de sus predilecciones y amor con su maternal bendición y amor.

¡Sí!... Que es, Jesús Sacramentado el principal ideal de su Obra: ¡Ser adorado de muchas almas en la sagrada Eucaristía, *en espíritu y en verdad*! Sin descuidar, que siendo dos cosas las que nos obliga la Congregación que abrazamos: *la adoración y las almas de los niños* pobres, nos sometamos en todo a la regla... *como son las Constituciones, que nos dio el Señor en Roma*, y como dice muy bien un santo padre de la Iglesia "que el recogimiento y silencio en la soledad ayuda muchísimo a la vida activa. Porque así como la tierra que no se siembra de alguna semilla provechosa no puede producir de suyo, sino espinas y maleza... así el entendimiento, si no medita y lee ¿qué puede concebir sino discursos estériles? y ¿qué puede hablar sino palabras inútiles y sin peso ni provecho?"... Como dice muy bien san Ambrosio: "Nunca estoy menos solo que cuando parece estoy solo; ni menos ocioso que cuando estoy ocioso; entonces llamo a mi gusto a los que me parece y me allego a los que quiero; y trato con aquellos que me aprovechan"... porque con Dios y los santos nos deleitamos en amarle y servirle. Y san Gregorio habla de la hermosura de estas dos vidas, maravillosamente cuando dice el santo: "Cuando volviendo (de estos trabajos) a Dios (en la meditación y adoración), aquí estamos: porque después de las obras exteriores se recogen al abrigo de la contemplación (en la adoración) para renacer allí la llama de su ardor, y encenderse con la presencia de aquella soberana caridad (en la Eucaristía), porque muy presto se enfriarían estos rayos, entre las ocupaciones de afuera, aunque sean buenas, si no tuviésemos cuidado de volver al punto, al calor de la contemplación que está encendido allá dentro (en esas horas felices de adoración)... Porque si con gran cuidado no volviesen luego a contemplar en Dios (en su adorable presencia), la misma sequedad interior de su espíritu secaría sin duda y haría estéril" (vuestras obras de celo y de caridad con los niños).

Porque quien quiere dar luz a los otros ¿cómo lo podrá hacer si no tiene encendida la candela?... y con tanto acierto encontramos en los Santos Padres esos consejos, que no sabría expresaros este encargo del recogimiento y silencio tan necesario para encender después con la doctrina el bien que buscamos hacer en las almas cuando dice en sus comentarios sobre la Regla del silencio, dice: "Que guarden a la letra la regla de no salir a hablar con los de fuera si no fuere llamado con obediencia del superior... sean todos amonestados seriamente que guarden la regla del silencio que es tan clara y manifiesta, y dése penitencias a los que no lo guardan... Mucho es de temer que acostumbrándonos a hablar, poco a poco nos venga a parecer menos mal el quebrantarla y no haciendo mucho caso del silencio tan recomendado desde el principio de nuestra fundación, venga la regla del silencio a estar del todo caída, sin quedar de ella mas que estar escrita en el manual y ordenaciones que se vienen escribiendo desde el principio".

Tengo para mí que no tenéis olvidados aquellos capítulos con que en los principios de todas nuestras fundaciones os rogaba y encarecía con la fuerza y fervor que entonces ponía el Señor con tanta misericordia en mi corazón y en mis palabras que os daba tanta fuerza para preferir los trabajos y pobreza al regalo y gustos que antes gozabais en la vida de los principios, que todo lo teníamos llano... Dos son, hijas del alma, las ruedas que han de llevarnos al fin de nuestra vocación, hermosísima por cierto, la *obediencia* y recogimiento interior que se conservará con el *silencio*, que tantos bienes nos trae. Se conserva la caridad, se reprimen y ahogan los ímpetus de las pasioncillas de amor propio, quejas y murmuraciones que destruyen la unión y paz común y nos obliga a ser humildes de corazón para que el Maestro divino nos abra los tesoros de su amorosísimo Corazón en la sagrada Eucaristía, hablando con Él íntima y familiarmente como dos almas y dos corazones enamorados, fundidos en el purísimo de Jesús Sacramentado... ¡Oh Jesús dulcísimo, hacer que mi lengua te alabe y te haga conocer de los niños y de cuantos la obediencia me confíe, sin que una inutilidad, ni una palabra vana y ociosa, deje a ningún alma seca y vacía de tu espíritu de caridad y amor!...

El Cristo que ha de llevarnos al fin... son las sagradas Constituciones y Reglas... las ruedas, la *obediencia y silencio que conserva en nosotras la vida de adoración y reparación a Jesús Hostia divina de amor*.

Ahí tenemos, amadísimas madres las *dos vidas unidas: la adoración y la acción*. La una sin la otra quedaría sin efecto y nosotras mismas nos deshacemos. ¡El Señor nos reprocharía como al siervo infiel. ¡*No lo permita el Señor nunca* que abandonéis vuestras Reglas!... La madre María Santísima que es nuestra madre y maestra nos bendiga a todas y bajo su amparo seamos presentadas en su purísimo Corazón a su Hijo santísimo el día de nuestro juicio.

S. Trinidad.

NOTAS O REGLAMENTO PARA LA CASA DE FORMACIÓN

I

Reglas y orden que pueden observar en las casas, según los medios y facilidades que el Señor os dé, aplicar las reglas que la obediencia, por medio de la madre general con su consejo, ordene en cada casa, procurando la uniformidad posible según ordenan las sagradas Constituciones.

1ª. Procuren que una de las casas de mejores condiciones económicas... en todos los sentidos: de higiene, campo y céntrica para facilitar más las clases, sin tener que salir demasiado de una parte a otra.

2ª. En esta casa de preparación o estudios en las cuales las religiosas recibirán la formación intelectual y pedagógica, será constituida por la superiora General y su consejo según las exigencias y necesidades de los tiempos y lugares.

3ª. Las jóvenes aspirantes, o las religiosas anteriormente preparadas para colegios: serán ordinariamente enviadas inmediatamente después de su profesión temporal; pero pueden enviarlas también más tarde si hay motivos para ello.

4ª. En las casas de estudios o formación, las religiosas estudiantes, pero no las que enseñan, serán dispensadas de rezar el Oficio divino (excepto los domingos y días festivos) y de un cuarto de lectura espiritual y media hora de adoración y las Horas menores. Sólo por cansancio o molestias físicas. (De la oración de la mañana nunca se dispense).

5ª. Todo lo que se relacione a la dirección de los estudios, bajo el punto de vista espiritual o del espíritu de la Congregación es de la incumbencia de la superiora general.

6º. Por lo que respecta a los programas y métodos de enseñanza la superiora general no podrá cambiar nada sin el consentimiento de la madre provincial y su consejo.

7ª. Podrá la superiora General autorizar a las religiosas más competentes y de mejor espíritu y amor a la Congregación de directoras o prefectas de la casa de estudios, y preparar en ellas también las que han de ir a misiones, a enfermeras, farmacéuticas y lenguas.

II

Administración de las casas de estudios

1ª. Las casas de estudios serán administradas como las otras casas del Instituto, con la sola diferencia que la superiora local, administradora y la prefecta de estudios serán nombradas por la superiora general.

2ª. La superiora y administradora deben tener por lo menos 35 años de edad y 10 años de profesión desde la primera profesión.

3ª. La superiora de la casa de estudios debe ser una religiosa inteligente, instruida, acreditada, y si es posible que tenga título, que sobresalga por su acendrada piedad, prudencia y educación, y su perfecta regularidad.

4ª. Si la superiora no puede encargarse al mismo tiempo de la dirección espiritual de las religiosas, (y aspirantes) estudiantes la confiará a la religiosa que tendrá a ser posible las cualidades exigidas a la maestra de novicias.

5ª. Escribirá todos los meses a la madre provincial y dos veces al año (o cuando lo crea necesario) a la superiora general.

III

De la dirección y de la instrucción de las jóvenes

1ª. La vida de las Religiosas Adoradoras Esclavas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios debe ser una vida santa. La primera condición de la fecundidad de su acción es acercarle a Jesús Hostia las almas de los niños pobres abandonados, que conozcan a Dios y le amen.

2ª. No podrán animar eficazmente al bien de los niños, ni reprenderles sus defectos, si no son ejemplares.

3ª. Su vida y su conversación debe ser suficiente para entusiasmarles en el amor a Dios a la práctica de la virtud sólida y a las obras del apostolado. Ante todo serán fieles en avalorar el precioso tesoro que nuestro Señor les ha confiado en los niños. Amarán a todos (sin excepción) igual, y no se consideren como superioras sino como sus madres.

4ª. Las formarán con delicadeza y solicitud. Para esto se esforzarán en imprimirle una gran idea de Dios, un filial deseo de agradarle, un pesar grande de ofenderle. Les inspirarán particular amor a la verdad, horror a la mentira y a la ociosidad, el respeto a la presencia de Dios. En fin, para asegurar lo más posible su perseverancia, emplearán todos los medios para hacerles adquirir el espíritu de sacrificio, la costumbre de abnegarse y la fuerza de voluntad.

5ª. Las religiosas que se dediquen a la enseñanza de las niñas mayorcitas o jóvenes es ante todo para formarles en la vida cristiana, les enseñarán ante todo la doctrina cristiana en el estudio de la santa religión. La joven aprende a conocer, a amar, a servir a Dios, a ser hija respetuosa y tierna, a convertirse un día en digna esposa y en digna madre de una familia netamente piadosa. El conocimiento de la religión crea el sentimiento del deber, inspira el amor de la virtud y excita a la lucha del bien contra el mal, las reglas que deben seguir no tan solo clara, precisa, completa, sino también piadosa, afectiva y moral.

6ª. Les enseñarán además a rezar, a examinar la conciencia, a recibir con frecuencia los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, la asistencia a la santa Misa, a leer buenos libros, a tomar parte de los cantos litúrgicos.

7ª. Las animarán a vivir con la santa Iglesia, les acostumbrarán al ejercicio del celo apostólico en conformidad con las decisiones de la santa Iglesia. Las instruirán en los deberes de la vida de familia y de la sociedad, y la obligación de dar limosna según sus medios.

8ª. Y para atraer a las jóvenes a esta Congregación y quitarles de las escuelas laicas o neutras, se les enseñarán todo conforme a su educación y condiciones.

9ª. Se las instruirá gratuitamente por amor de Dios, especialmente a las niñas de las clases pobres y populares. Lo harán con el mismo celo y abnegación que a la clase rica o mediana que quieran ayudar con alguna limosna.

10ª. El deber de instruir a las niñas pobres en todas las casas del Instituto es un deber de conciencia movido por la vocación de nuestro Instituto que cada religiosa debe cooperar como un medio de imitar más cerca a Jesucristo nuestro Señor y atraer las bendiciones del cielo sobre nuestra Congregación que escogió el Señor de una manera especialísima para acercarle las almas de los niños a la sagrada Eucaristía en la Comunión frecuente.

EN LA FRONTERA: MIRANDO A MI PATRIA ¡*EL CIELO*!

En aquellos días de prueba, que las circunstancias nos obligaban a buscar refugio, antes de desaparecer, el Excmo. Sr. Nuncio nos mandó ir a Portugal bajo el amparo y dirección de los padres jesuitas españoles que habían sido recibidos allí con especial cariño.

El día de san Ignacio salimos de España y llegamos a Oporto donde estuvimos unos días hospedadas en el Servicio Doméstico (españolas); y convencidas que allí no quería el Sr. Obispo monjas de clausura los padres nos aconsejaron ir a Braga, capital muy piadosa donde tenían su residencia los padres jesuitas españoles.

Salimos temprano después de la santa Misa de Oporto a Braga, donde llegamos a las 10 de la mañana del día 5, festividad de Nuestra Señora de las Nieves. En la estación tomamos el carro eléctrico (tranvía) que decía "Bom Jesus" y dejando en consigna el equipaje subimos en busca de los padres de la Compañía de Jesús españoles, esperando que allí el Señor nos manifestaría su divina voluntad que tanto deseaba cumplir.

El camino largo rezaba el breviario, pues las dos compañeras protestaban de aquel viaje tan largo en país extraño, y se distraían mirando aquel hermoso viacrucis para llegar al santuario.

Preguntando a unos y otros llegamos a la casa o colegio de padres jesuitas, entre Buen Jesus y Nuestra Señora de Saneiro. entre estos dos santuarios, tenían su casita los padres de la Compañía; y allí llegamos al medio día, y el hermano tan bueno, nos dio un refresco mientras bajaba el R. P. Superior.

El R. P. Superior nos oyó bondadoso, agradeció la visita que le llevábamos del Excmo. Sr. Nuncio y el encargo que les hacía de que "cuidaran de nosotras y nos ayudasen". Nos alentó con palabras tan espirituales y consoladoras que mi espíritu sintió allí un descanso como si todos mis cuidados los dejase allí; y como se encontraba muy enfermo nos dijo: Como yo no puedo atenderlas les daré un padre que se encargará de ustedes y hará cuanto pueda por ayudarlas, esperen un poco en la capilla, que cuando el reverendo padre baje las avisará.

En efecto, a los 25 ó 30 minutos nos avisa el hermano que el R. P. Isacio Morán nos espera en el recibidor... y muy amable nos oyó y dijo: les daré unas letritas de presentación para el Excmo. Sr. Arzobispo Primado, háblenle con toda humildad lo que me dicen a mí, como a padre y hagan cuanto S. E. R. les diga... pueden hospedarse en las Hijas de María Inmaculada (Servicio Doméstico) que yo voy a confesarlas todas las semanas, y allí pueden ustedes venir a confesarse o a lo que necesiten de este pobriño, que serán atendidas en lo que me permitan mis ocupaciones, etc...

Al bajar de aquel monte de Bom Jesus, ya veníamos dando mil gracias a nuestro Señor que por su Madre Santísima nos había dado tan grandes consuelos... y con su carta llegamos al Sr.

Arzobispo que nos recibió paternal y bondadosísimo, y al decirle veníamos a buscar una casa de refugio para mis religiosas amenazadas, me contestó lleno de compasión y ternura paternal: "Sí filhias, no refugio, sino casa o convento canónicamente que yo pido a Roma". Así lo hizo. Y quedamos en el Servicio Doméstico 15 ó 20 días, teniendo ocasión de hablar varias veces con el R. P. Morán y confesarnos.

[CARTA AL VICARIO DE CAPUCHINOS DE GRANADA][91]

M.R.P. Benito de Illora, Vicario de PP. Capuchinos de Granada.

M.R. y amado padre en los seráficos padres san Francisco y Clara. He recibido una carta de S. C. de la Inmaculada, capuchina de Andújar, que con mucho interés nos pide ingresar en nuestro S. C. Me dice que conteste al R.P. Provincial o a V.R.

Como estuvo a visitarnos en mayo si mal no recuerdo, y nos ofreció volver a visitarnos a su regreso, esperándolo no me atreví a felicitarlo su día, porque no pude saber si regresó ya, que lo pregunté dos veces a madre Paz si sabía dónde se encontraba. Agradecería mucho a V.R. le haga presente nuestras oraciones que en su onomástica tuvo todas las oraciones de la Congregación que tanto le estiman y veneran como al delegado del S. P.

Bueno mi venerado padre, le ruego a V.R. me dé algunos informes de origen y vida de esta religiosa que me [...[92]] diariamente la exposición mayor y mucho culto, le envío un pequeño folleto de nuestra vida y le agradecería le enviase, está incompleto, lo hizo una religiosa nuestra, sin descender todavía a apostolado de vida activa que se nos vino cuando a los 20 años veníamos pidiendo la transformación del *gobierno y noviciado común*. En Roma S. Santidad Pío XI nos manifestó que la voluntad del Señor era que uniésemos las dos vidas y salvásemos las almas de los niños que perecían sin conocer a Dios. Me dirigieron a Asís, y allí más que en Roma, durante las 3 horas que me concedió el Señor delante del cuerpo de nuestra madre santa Clara, vi con más claridad que aquella era la divina voluntad, incluso las misiones... y acepté el cáliz como ofrecía el Señor, acordeme entonces del consejo del divino Maestro "Niégate a ti mismo" y así como Él aceptó la hiel y vinagre en la cruz por mi amor acepté lo que el Señor me pedía tan claramente en Asís al ofrecerme a padecer por su amor cuanto Él quisiera enviarme.

En la próxima semana marcho a Lisboa y con este motivo ruego a V.R. nos encomiende al Señor y al seráfico padre Francisco en quien me considero la última de sus pobres hijas.

Sor.

91

92 No se puede leer el resto de la línea por haberse borrado con la cola al pegar y encuadernar esta cuartilla.

NOTA: EN EL PESEBRE. MI CONSAGRACIÓN A JESÚS NIÑO

25 de diciembre de 1942

¡Oh dulcísimo y amado Jesús! ¡Oh Maestro de humildad, aquí junto a ti, Niño anonadado en el pesebre, vengo a tu presencia a aprender de ti la virtud de la humildad... mirando vuestra dulcísima sonrisa y sintiendo junto a ti dulzuras inexplicables veo que la virtud de la humildad no rebaja ni envilece, antes me sublima y ennoblece en participar las riquezas inexplicables de tu amor haciéndome semejante a ti vida de mi alma que eres por esencia noble! Confieso arrepentida no haber conocido la humildad verdadera, que sólo a tu lado he aprendido; aspiren y busque sobresalir... Yo quiero Jesús divino estar junto a ti, alegría de los cielos y gozo de los bienaventurados, solo ambicionaros hasta donde pueda ocultarme, desaparecer, humillarme, segura que así estaré contigo y en tu compañía, dichosa en colocarme junto a ti aquí para estar contigo eternamente en el cielo.

¡Oh Jesús humildísimo, qué grande es el amor de tu corazón misericordiosísimo, humillado y obediente! ¡Cuán grandes y profundas cosas me enseñas! Dame Jesús mío, te lo ruego, tu gracia y amor para que se grave hoy en mi alma lo que me enseñas con tu ejemplo! Me queréis humildísima como tú y que sepa conducirme por tu sabiduría infinita. He de ser dirigida por vos en la obediencia con toda perfección, agregando mi propia voluntad y juicio, siguiendo con fe sencilla la divina autoridad y tu voluntad manifestada por mis legítimos superiores. Estoy, Señor y Dios mío, dispuesta a someterme con humildad y entregarme de todo corazón a tu santísima voluntad.

Jesús mío fortalecerme para que a vista de mis ingratitudes no desfallezca mi fe, ni se debilite mi amor hacia ti que lo sois todo. Nos quieren quitar la posesión de vos nuestros enemigos, estorbando esa vida que vos pedisteis a vuestra indigna sierva, adorando en espíritu y en verdad, y que vivamos distanciadas del fuego que necesitan nuestras almas junto a vuestro Corazón sacramentado, para impedir el medio de nuestra vocación de mayor perfección, y condenarnos a una vida sin calor y sin cielo en la tierra, que sois vos, Eucaristía divina, dejándonos frías y tibias sin esa oración recogida de adorar en unión de los ángeles del cielo. Les duele que vivamos sólo para vos, Jesús dulcísimo, y a cada paso nos ponen un obstáculo para estorbarnos nuestra vocación. En éstas pruebas que tanto nos humillan y difaman, hacer Señor que no nos tronchen las alas para subir a la santidad que con tanto anhelo buscamos, y que desplegándolas con nuevos bríos, fiados en ti Dios mío, busquemos vuestra voluntad adorable en las humillaciones, para reinar y poseeros en el cielo para siempre. Amén.

De 8 a 12,30, las reverendas madres ancianas.

De 12,30 a 3, las profesoras.

De 3 a 7, el postulantado y comunidad

¡*Adorar, amar, reparar y desagraviar al Corazón eucarístico de Jesús por el inmaculado de María Santísima, nuestra dulcísima madre*, por los sacrilegios e ingratitudes que se cometen cada día contra el agustísimo sacramento de la Eucaristía!

Nuestras vidas sacrificadas en la obediencia, nuestras privaciones y penurias de la santa pobreza, nuestra negación absoluta de nuestras bajas inclinaciones, es la *penitencia*, el desagravio y la reparación que Jesús nos pide para llenarnos de las riquezas y tesoros infinitos de su amor, haciéndonos dignas de esa unión que con él y su santísima Madre nos pide a las Clarisas Capuchinas Esclavas de la Madre de Dios.

Amén.

L5 C12 (97)

Cuando me despedí la noche del Viernes Santo del año 1925 de mi Madre de los Dolores de San Antón, ¡la amaba tanto!... que jamás pensé separarme de ella y llena de amargura mirando sus ojos divinos le dije: “Madre mía, ¿es que no me quieres aquí?, ¿cómo me dejas ir sin ti después de 32 años de vivir contigo y venir a recibir tus lágrimas en mi corazón todas las noches?”

La amaba tanto... tanto... sentía al decir esto ¡tal dolor en el alma que me pareció que la Santísima Virgen me abría su Corazón purísimo y que por la herida de la espada me mostraba, a mi y a las que venían conmigo a la fundación (como si nos llevase dentro de su Corazón) y que me decía: “Ve hija mía donde la obediencia te envía a consolar a mi Hijo divino, llévale muchas almas que le adoren, ofrecer vuestros sacrificios y adoraciones en desagravio de las ofensas que recibe en el agustísimo Sacramento del Altar. Yo ejerceré con vosotras el oficio de madre como lo hice con los apóstoles y no os dejaré solas. Déjame aquí, que yo iré con vosotras".

Y con una energía y fortaleza desconocida para mí hasta entonces me levanté.

Me preguntaban después en Chauchina: ¿Madre no le cuesta dejarse esta Virgen tan hermosa, por la de Berja tan pequeñita? Después de un momento de pena, sentía en mi alma

lo mismo que al salir de San Antón y al despedirme de esta del Espino parecía decirme: “Lleva a mis santuarios muchas almas que adoren a mi Hijo, y es como mejor puedes enjugar las lágrimas de tu madre”. Y ella me dio la fortaleza para dejarme aquella casita y comunidad de ángeles que es lo que más amaba en la tierra.

L5 C12 (98)

Beatísimo Padre

La abadesa de Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios de Braga, P. a los Sdos. Pies de V.S. humildemente expone:

Que siendo este convento casa noviciado y siendo muchas las vocación que no podemos recibir por falta de local: Suplico a V.S. dé su permiso para que las religiosas Sor Mª de Jesús del Sagrario, Sor Mª de Gracia, Sor Mª Lourdes de la Sta. Faz, Sor Pura de la S. Familia puedan pasar al convento de Cap. Clarisas (E. de la M. de D.) de Granada; Sor Mª Gádor, Sor Mª Luz y Sor Mª del Sdo. Corazón para Berja; Sor Inmaculada del Espíritu Sto., Sor Sagrario de Jesús y si tiene alguna más para Orense y así quedara local para admitir las muchas que solicitan el ingreso. Gracia.

Reservada

Mi buenísima madre abadesa en Jesús: Madrecita mía, he tardado en darle este borrador que comprendo le hará sufrir pues la falta de monjas santas nos amarga y hace sufrir mucho, es la prueba más dura que el Señor nos envía, y que solo con la ayuda de vuestra reverencia mitiga y consuela mis grandes amarguras de verme con esta casa de Santa María de Melias (que aceptar sin querer más fundaciones) y sin personal allí, sor Sacramento de vicaria y sor Inmaculada encargada de la administración y de la escuela por orden del Obispo, que incluso la quería superiora y me tuerce todos mis planes por ahora... ¡Dios sea bendito!... en una montaña que quedan completamente solas con colonos extraños, y sin saber lo que de aquello resulte (ella va contenta pues las soledades le gustan).

Pida por mi, madre mía, que no sirvo para nada. ¡Dios me crió y conoce mi inutilidad, responderá él por mí, *en él confío*! Obra de sus manos soy ¡bendito sea! que me tiene atada a su cruz.

Va sor Teresita con encargo mío que le ayude a vuestra reverencia y como medio para comunicarle muchas cosas que no las puedo decir por escrito, y ella le dirá como sufro con Granada. El padre *quiere monjas* que no sean de allí, que unan con sus señoras auxiliares... etc., y allí no se puede más, *que amen a todas* sus cosas, que no se le puede contradecir, pues es de buena, es la única ayuda que tenemos en Granada, que es como un avispero todas las

monjas en contra nuestra y el Sr. Tomás y me trae, *"que le mande monjas"*... y ¿cómo le mando éstas que aquí necesito? Tendré que enviárselas, y aquí nos quedamos solas, así que, madre mía, me gustaría que vuestra reverencia le ayude, y sea su consuelo y vuestra reverencia me la forme una santa y así es como me desquitaría tantas penas.

En el Corazón de Jesús afma.

Sor Trinidad.

L5 C12 (99-100)

[...[4]] birrias en que te decía esperaba si Dios lo quiere ir por ahí para la 2ª, 15 de octubre, allá por el 20 espero dejar en marcha las dos comunidades de Laveiras y ésta que ha dado la fuerza y nombre a la nueva Congregación. Ha sido la prueba que manifiestamente ha dado el Señor a nuestra obra, *ser suya y de su agrado*, pero con *espíritu de adoración perpetua contemplación y clausura* en un nuevo Instituto que tiene todo lo más *de orden contemplativa*, aunque ahí no la reconozcan, así la santa Iglesia la reconoce y bendice. Dios sea bendito, que en éste santo Cardenal ha comprendido y sentido el espíritu como el Señor lo quiere. ¡Él sea bendito por siempre!

Las visitadoras no me hablan más que la necesidad del noviciado ahí, y yo querría y espero conocer *mas claramente la voluntad de Dios por el Prelado*, pero como parece que ahí nadie se atreve con el padre y yo que tanto lo venero y estimo sentiría ir y que no pudiésemos entendernos, pues el me conoce muy bien, y sabe que nunca entra conforme con su plan, y que el camino señalado por Dios nuestro Señor casi desde mi entrada en religión, que no comprendí hasta el año 1912 y 1913, y más claramente en Asís delante de la madre santa Clara el año 1935. No querrá el Señor dejarme caer en la flaqueza de ser infiel a mi vocación de capuchina clarisa eucarística con algo de vida activa cuando tengamos personal preparado, *no ahora* que se están formando las almas al calor de la adoración y del sacrificio... y las almas respondan bien, pues hay que ver los trabajos de una fundación en estos tiempos que en vez de dar, piden se les ayude, socorra y enseñe, pues el Señor nos pone en la precisión de practicar las catorce obras de misericordia encerradas y sin salir de nuestro convento, pues yo aquí no he salido nada más que al patricardo tres veces y nadie, nada más que las dos hermanas legas que salen, sor Piedad a la plaza y mandados sor María Fe, a recoger y repartir cartas, que vienen la pobre cansadísima ¡con un espíritu heroico!

Me acuerdo tanto que si ahí en Granada tuviésemos estas vocaciones... es educada y humilde, de buena familia levítica, es hermana del hermano Abilio, que estaba de Portero, en San Bernabé, cuando íbamos en busca de misa en Santa Tecla y nos tomaba a broma, y tiene primos y tíos jesuitas y padres con algo de dote bien, es seria, callada y valiente no se

acobarda ante las dificultades y a ella se debe esta casa y lo mismo sor Piedad tiene un hermano padre y buen dote, seria y callada, de conciencia recta. Cuando tengamos hermanas así en España ya se podía prestar algún servicio. Ahora no puede ser. Adiós se va el correo,

Sor Trinidad.

---

[4] Este escrito evidentemente tiene una parte anterior que no está aquí.

L5 C12 (101-102)

NOTA: DE LA VIDA DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO[5]

De humildad

Cap. C. IX. "Señor, mis religiosos son llamados Menores para que no presuman hacerse mayores: su vocación les llama a permanecer en llano, siguiendo las pisadas de la humildad de Cristo, para que al fin en la exaltación de los santos sean glorificados... Esto te ruego Padre para que no sean más soberbios cuanto son más pobres, y para que no se insolenten contra los demás, no permitáis por modo alguno sean elevados a las dignidades".

Cap. CVII. "Nosotros hemos sido enviados a la salvación de las almas, como auxiliares de los clérigos... a fin de que lo que no pueda hacerse por ellos lo hagamos nosotros, cada uno recibirá su galardón, no según el honor sino según el trabajo". "Sabed, hermanos, que el fruto en las almas es agradabilísimo a Dios, que es más fácil obtenerlo estando en armonía, que no en oposición. Por tanto estar sumisos a los prelados para que por culpa vuestra no haya incidente alguno... Encubrid siempre sus caídas, suplid las muchas deficiencias y practicando estas cosas sed más humildes".

"No me creería yo fraile menor si no me hallara en el estado que voy a describirte: Siendo yo prelado de los religiosos me presento a un capítulo, predico y exhorto a los religiosos, y por final se dice contra mi: No nos conviene un hombre sin letras y despreciable; no queremos seas nuestro superior, por que eres un hombre sin letras simple y despreciable. Por fin soy arrojado de allí con oprobio y vilipendio de todos. Yo te aseguro que si entonces no escuchas estas palabras con inalterable rostro, con igual alegría espiritual, con el mismo deseo de camino a la santidad, en manera alguna soy yo verdadero fraile menor.

---

[5] Esta nota copiada de la vida de san Francisco sobre la humildad y la obediencia, es síntoma de cómo la M. Trinidad se esforzaba por imitar las virtudes de san Francisco. Estas ideas se ven reflejadas en muchos de sus escritos. Por ello, aunque no es texto de M. Trinidad, sino copia, se transcribe aquí.

De obediencia

"Entre otros dones que con gran dignación me ha otorgado la divina piedad concediéndome esta gracia que con la misma prontitud obedeciera el novicio de una hora, si se me diese por guardián que a cualquiera otro, muchísimo más antiguo y discreto. Por que el súbdito no debe considerar en su prelado a un hombre, sino a Aquel por cuyo amor se ha sujetado, cuanto más vil es el que presida tanto más meritorias es la humildad del obediente". Dijo a fray Pedro Cataneo a quien anteriormente había prometido obediencia santa, delegando en él el cargo de General de la vida que había renunciado: "Ruégote por amor de Dios, que en representación tuyas delegues a uno de mis compañeros a quien como a ti obedezca con rendimiento. Por que sé cuál es el mérito de la obediencia y que para quien sabe sujetarse al yugo de otro no pasa un instante de tiempo sin su ganancias".

L5 C12 (103-104)

Recuerdos. De conciencia

¡Oh Jesús mío! Ya veis que no tengo más que un deseo único, el de serviros, adoraros y amaros hasta aniquilarme en vos para haceros vivir y reinar en mí y en estas almas que me tenéis encomendadas desde el principio de mi completa entrega y consagración a vos.

En vos, Dios mío, con vuestra luz divina os encontré "camino, verdad y vida", llegué a la Eucaristía para que nos instruyerais con vuestros ejemplos, y vos, mi dulcísimo Jesús, nos dieseis la regla de conducta y la senda segura que nos llevase a vuestro divino Corazón y al cielo.

Nos disteis a vuestra Purísima Madre María Santísima para que ella fuese la madre, la consejera, el modelo y guía de nuestra Congregación, tomándola vos mismo de vuestra cuenta.

Y para amoldarme a sus sublimes ejemplos y elocuentes enseñanzas me repetías las palabras de vuestro santo Evangelio: Renuncia a ti misma, aun a las cosas más amadas que de mí recibieras... toma con mi cruz en pos de mí. Ruda es la senda que te espera, quiero me sigas por la abnegación y el sacrificio y esa cruz ha de ser el sello que te doy de predilección y amor de mi Corazón donde has de vivir escondida como yo en el Sagrario.

¡Oh mi Dios y Señor!, concédeme que ese código divino de vuestras palabras sean la norma de mi vida. Y para imitar vuestra vida paciente y amoldarme a esta nueva vida que acabáis de mostrarme, me concedáis la gracia de inclinar mi corazón a la práctica de vuestros divinos consejos, y renunciando a mí misma cargue con mi cruz y camine en pos de vos, Dios mío, por la escabrosa y dura senda de la abnegación y sacrificio, resignándome a las pruebas

que os dignéis enviarme, y que jamás olvide que la cruz es el lazo que ha de santificarme y unirme a vuestro Corazón adorable. ¡Jesús mío dulcísimo! ¡Oh Dios mío!, aun en vuestro sagrario, en donde tan amante y bondadoso sois en daros en comida, sois tan poco amado de los hombres ingratos.

Concédenos a estas vuestras hijas que os aman con ardor seráfico, aunque reducidas en número, acuden cada día a adoraros en espíritu y en verdad, y junto a vuestro tabernáculo quieren competir con los ángeles su amor y adoración, queriendo indemnizaros del olvido e ingratitud de las almas consagradas que cada día renuevan los dolores y penas de vuestra Pasión en el Santísimo Sacramento, vienen muchos Judas a venderos por viles y miserables pasiones. Concédenos que nuestros sacrificios y adoraciones sean la expiación y desagravio permanente de los sacrilegios que cada día se cometen en vuestro Sacramento de amor, sean vuestras humildes esclavas las reparadoras que expíen y desagravien vuestro Corazón adorable en el Santísimo Sacramento. De vos hemos recibido el honor de esclavas y víctimas.

¡Oh Virgen Inmaculada, nuestra Madre María Santísima, a vuestros pies postradas todas vuestras hijas que llevamos el nombre y lema que nos puso vuestro divino Hijo al aprobarnos la primera fundación: “Quiero seáis las hijas predilectas de la Madre de Dios, mi Madre Santísima”. Y desde entonces al nombre de víctimas y esclavas del Santísimo Sacramento (añadimos en el camarín de Nuestra Señora de Gádor) y de la Madre de Dios. El año 32 al salir las primeras religiosas con sus familias por orden del Sr. Obispo Auxiliar D. Lino Rodrigo, en oficio firmado por S. E. I., que dejase salir a las religiosas con sus familias... y aquel día memorable que vinieron por siete religiosas... postrada junto al sagrario, transida de dolor, pedía al Corazón divino de Jesús se apiadase de mi dolor y no me dejase esparcidos y desechos los rediles de sus esclavas adoradoras que tanto me costaban de penas y lágrimas, y apareció Jesús radiante de gloria con su Madre María Santísima y me dijo que “aquella su madre Santísima sería nuestra Madre y Maestra a quien quería copiásemos sus virtudes y su amor, que ella nos daría a torrentes sus gracias y su amor si nosotras, fieles a sus misericordias, imitásemos su vida desde la Encarnación al ofrecerse voluntariamente a la voluntad divina aceptando la maternidad divina, que como ella se entregó con aquel fiat eterno, nosotras aceptásemos el consejo de la santa Iglesia a ser madres de los niños pobres y desamparados, alimentándoles con el pan de la doctrina cristiana y mandamientos de la santa Iglesia y con la sagrada Eucaristía, y con su Purísima Madre María Santísima, que salió de su recogimiento para cuidar de su divino Hijo por orden del Eterno Padre; y a su castísimo esposo san José llevando las penalidades y trabajos que tenía que padecer hasta la pasión y muerte de su divino Hijo, confiadas a su Corazón Purísimo de Madre de Dios Hombre, era su voluntad que siendo esclavas de la sagrada Eucaristía y Madre de Dios, imitásemos en todo lo posible con todas las fuerzas de nuestra voluntad decidida y entregada a la obediencia y imitar sus

virtudes heroicas de abnegación, humildad, obediencia, mortificación, fe, fortaleza, caridad y amor en la pureza angelical de vida con que vivió hasta su gloriosísimo tránsito a los cielos...”

Este código divino que recibí del Corazón divino el día 31 de mayo 1932, *llevé sellado en mi alma, tal como la Santísima Trinidad lo imprimió*: como en las tablas de la Ley, quedó fuerte y ansiosa de hacerlo sentir en todas las almas de las hijas que veía desaparecer unas, y luchar otras cuando el mismo Señor me mandó ir a buscar lugar de refugio donde el Señor nos reservaba tan singularísimas gracias.

Y sin salir de aquel santuario donde me pareció ver a toda la Santísima Trinidad como si bajase el cielo a darme el nombre y encargo del Padre Eterno que me presentaba con el Hijo y el Espíritu Santo, a la más pura y santa de las criaturas, dándonos el Padre por Madre a su Hija predilecta y Santísima, el Hijo y el Espíritu Santo su Madre y Esposa. Nos llamó el Hijo con el Eterno Padre y el Espíritu Santo *ancilas de la sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios*, a quien debíamos imitar fielmente en sus virtudes heroicas y ardiente caridad que llevó hasta recibir en sus brazos purísimos el Cuerpo inmaculado de Jesús muerto en acervísimos tormentos... Y aquel Corazón del Hijo divino y de la Madre Inmaculada no conoció rencor, ni odio, ni antipatía, ni queja, ni murmuración... aceptó como su santísimo Hijo los tormentos y muerte ignominiosa perdonando, y amando, y favoreciendo e intercediendo al Eterno Padre para que perdonase y volviese a la gracia a los mismos verdugos que le dieron muerte... ¡Oh ejemplos admirables del poder divino en el Corazón de la más pura y Santísima de las madres!... Nuestra Madre María Santísima, ella nos prometió su amor y especial protección si la imitásemos y siguiésemos sus ejemplos, nos colmaría de sus gracias, de las ternuras maternales y Purísima de su corazón y nos guardaría de todo mal llevándonos a Jesús como en estuche de oro purísimo en su corazón inmaculado, llevándonos como Corte escogida de su Hijo santísimo y de toda la Santísima Trinidad, para que le hiciésemos en el cielo la Corte de Reina y Señora de cielos y tierra y a medida que en la tierra ejercitásemos con más fervor con los niños pequeños y abandonados las madres cariñosas y compasivas que formasen sus almas para Dios nuestro Señor, en el cielo sería junto a la Reina Madre de Dios nuestro Señor su Estado Mayor como Reina Soberana.

Esta promesa nos la hizo Dios nuestro Señor repetidas veces en los momentos de las mayores pruebas.

El día que salieron las religiosas de Berja. El día que el Señor me inspiró que salían de su santuario por aquellos infelices rojos que las querían profanar, me ofrecí víctima a padecer el martirio antes que cayesen en pecado.

El día que me dieron la noticia de la separación definitiva de Chauchina, la ofrecí gustosa por librarles de caer.

El día que me enviaron de Roma la negativa de concedernos la transformación de vida

como Orden y solo sería aprobada como Congregación, ¡oh Jesús mío!, quedé en agonías mortales tres días; y en la iglesia de Laveiras como para morir. Nuestra Madre María Santísima de los Dolores, a quien recurrí en aquella aflicción, que me sentía como abandonada del cielo y de la tierra, rodeada de grandes tribulaciones como si fuese echada de la morada íntima del Esposo, donde me parecía haber sido recibida en aquella vida íntima que durante 40 años había vivido.

En septiembre del año 42 la Virgen Santísima nuestra Madre oyó mis ruegos y me alcanzó de su hijo santísimo se repitiese las mismas gracias que acabo de manifestaros en el Santuario de Nuestra Señora de Gádor antes que lo destruyeran los rojos, y ella me prometió cuidaría de nosotras para que nadie las tocase, aunque permitiría para castigo de aquel pueblo ingrato, tan colmado de su amorosa providencia, sin que se volviese a Dios; y permitiría que desapareciese su sagrada imagen para que volviesen a restaurarla, restaurando su santuario y su fe y amor a Dios ante todas las cosas; para lo que nos pedía fuésemos madres de los niños pobres, enseñándoles amar a Dios y al prójimo: que es el camino que no conocen y el más corto y seguro, la caridad y amor de Dios.

Esta es la ciencia que Jesús y María nos piden a nosotras como si fuesen nuestros hijos inculcarles el trabajo y el amor y caridad de Jesucristo, que la Reina del cielo nos pide a sus esclavitas.

Sor Trinidad del C. de María

L8 C39 (85-90)

CÓDIGO PARA LAS CAPUCHINAS CLARISAS DE LA SAGRADA EUCARISTÍA Y MADRE DE DIOS

Adoremos a Dios en espíritu y verdad

Enero de 1943, Berja

Que estos pobres y desaliñados consejos lleven a todas mis amadas madres y hermanas el conocimiento claro y verdadero del espíritu de sumisión y obediencia a la santa Iglesia Católica Apostólica Romana, a la que nos sujetamos gustosísimas a recibir de ella la aprobación de nuestras nuevas Constituciones que nos da marcado el camino que hemos de seguir bajo la primera Regla de nuestra seráfica madre santa Clara, dada por el seráfico padre san Francisco, empezando a cumplir nuestra misión de esclavas o víctimas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios, nuestra madre María Santísima.

Aunque con el nombre de Capuchinas Clarisas todavía... Jesús nos ha escogido con especial predilección para formar una nueva familia eucarística mariana. El Corazón eucarístico de Jesús en la Natividad última del año 1899 quedamos todas rodeando el pesebre dulcísimo de aquel desierto de penitencia, y Jesús tiernecito en el corazón de una novicia que alcanzó de la Virgen Santísima la admitiese por *su esclavita*, la dijo Jesús: «Yo te daré un rebaño pequeñito que será muy combatido del demonio porque será el aprisco donde iré a recrearme en los días de mayores persecuciones... cuando me quieran arrancar del corazón de los niños, vosotras me cogeréis las almitas de los pequeñuelos y las atraeréis con el fuego eucarístico a mi Corazón que desea derramar sobre esas almas los tesoros infinitos de mi amor... y a vosotras se os dará la regalada distinción de mis esclavas eucarísticas siervas fidelísimas del Corazón Inmaculado de mi Madre, que *con ella* seréis corredentoras *conmigo* en atraerme las almas de los pequeños a mi Corazón, que tiene sed de reinar en todos los corazones del mundo». ¡Nos confió desde "ab eterno" esta misión!

Desde entonces esperábamos la promesa que vemos ya empezada a cumplir. Amen. Así sea[4].

[4] Aquí termina la letra de la madre Trinidad. Sigue la letra de de sor Aurora. No obstante, el contenido o la autoría de todo este escrito es de la madre Trinidad, quien dicta u ofrece un escrito o borrador para que se lo copie con buena letra, y después de copiado vuelve al escrito y hace correcciones de propia mano.

Día de los Santo Reyes, “Epifanía”. Qué hermosos misterios de nuestra sacra santa Religión. ¡Bendita sea!

¡Vénganos vuestro reino, Señor mío y Dios mío, vénganos vuestro reino! ¡Vénganos Señor y Dios mío vuestro reino!

¡Hágase vuestra voluntad altísima! así en la tierra como en el cielo. Amén.

¡Oh Jesús mío! Ayer tarde a la hora de cantar maitines de Epifanía con exposición solemne, privilegio que conservamos de nuestro convento de capuchinas de Jesús María de San Antón, recibí una carta de mi santo padre capuchino, que a penas si me conoció en Porto, en visita, y que de todos nuestros padres es el que con mayor interés nos aconsejó y ayudó en Porto para el cambio de casa, etc., y sigue con sus pláticas ayudando mucho a aquella comunidad, de quien tantos consuelos recibe mi alma. ¡Dios sea bendito!

Desde postulante por los años 93 ó 94 del siglo pasado, me mandó mi primer padre espiritual R. P. Ambrosio de Valencina escribiese los beneficios que recibía del Señor y sus inspiraciones y como correspondía. Muchísimo me costó obedecer, porque encontraba tan grandes miserias que confesar, para justificar las continuas misericordias del Señor, para guardarme de las furias del demonio, que desistía o escribía muy poco. Tan grande fue mi soberbia y amor propio, que no sabía ni gustaba escribir más que las dulzuras del amor de Jesús con mi alma y ocultaba mis pecados e ingratitudes.

Quince años después, el confesor me mandó quemar mis escritos, porque conocía mi mucha soberbia y quiso probar mi obediencia, quise obedecer *ciegamente*, quemando hasta las cartas preciosas de nuestro santo padre Ambrosio en donde me mandaba escribirle todos los meses cuanto el Señor me hiciese sentir (entonces me decía le ayudaba mucho porque empezaron a escribir “las de Sor Margarita” y estaba terminando las cartas de “Teófila”, y en las flores del claustro). Me intimó más le ayudara con mis cuentas de conciencia y, claro, la dirección de aquel santo, que vivía más en el cielo que en la tierra, me hizo grandísimo bien su santísima doctrina y consejos de vida espiritual.

Me parece que el Señor se valió de aquel santo varón para que perseverara fiel a mi primera vocación. Cuando el demonio intentó echarme de tantas maneras, y el buen padre me hablaba de los encantos y delicias de la cruz y de los sufrimientos, que llegué aficionarme tanto a las humillaciones y desprecios, que el día que no tenía alguna pena fuerte o trabajo, iba a la reja del coro y le lloraba recio, quejándome que me tenía olvidada mi Jesús, y me moría de hambre, pues me faltaban los frutos de su cruz bendita, que nutrían mi alma más que la leche de consuelos divinos de otras veces.

Así parece que me engaña delicioso divino, aquel santo con las delicias de amor que siente el alma en padecer humillaciones y desprecios por amor a Jesús y me repetía cuando le decía el mucho amor a Dios que sentía en la oración: “Hijita, obras son amores y no buenas razones; creeré que amas a Jesús, cuando te vea morir con Cristo-Jesús perseguida abandonada y alegre, sin quejas, sin murmuraciones, gozosa de padecer en silencio la muerte misma si él lo permitiera, ¡el martirio!”

Con estos alientos y ayuda, y de mi santa maestra, que era un alma humildísima, sumisa y identificada con madre abadesa, que concedió el permiso, escribí cuanto el Señor me concedió poder expresar lo que entonces sentí con todo el ardor de mi alma que ardía en deseos de santidad.

Pero al escribir quedaba tan seca y sola, que no podía encontrar a Jesús, como lo sentía, cuando a solas con Jesús solo mi corazón ardía en deseos que él me daba de padecer los dolores de su pasión y muerte para probarle mi fidelidad y amor. Si escribía aquellos sentimientos y luces especiales que del Señor recibía, quedaba el alma así, como queda un hambriento en la mesa abundante y rica y le mandan no comer.

Manifesté muchas veces esta prueba y resistencia durísima a escribir mi diario, y entonces el buenísimo padre me dijo lo hiciese los domingos, una hora, y ya no fue tan violento el sacrificio y la obediencia me fue suave, y casi me ayudaba más. Así continué hasta que me dieron el oficio de enfermera, después volví a reanudar por nuevo mandato siendo sacristana, que el Corazón dulcísimo [de Jesús] me aficionó tanto a la *“oficina predilecta”*. ¡Oh!, entonces Jesús dulcísimo, que me cargó de un trabajo superior, con dos compañeras mayores y enfermas a quien tenía que *atender y suplir*, con carácter y edad tan distintos, se me hubiese hecho insoportable la carga dado mi carácter fuerte e impetuoso, naturalmente, y soberbia, si el Corazón dulcísimo de Jesús no hubiera destilado sobre mi alma esas dulzuras que hace fuertes a la misma debilidad. ¡Bendita sea, Señor, la hora que me llamaste!

¡Los años más felices de mi vida!... *Durante mis quince años de vida religiosa, súbdita*, se deslizaron como un sueño; la obediencia era para mi alma un oasis de felicidad completa, descansaba en mi madre abadesa que la miraba como al mismo Dios y con esa mirada nada se me hacía difícil, sino dulce y llevadero por amor de Dios, y cuando la cosa que se me indicaba era más difícil, me sentía más feliz y dichosa. Un acto de fe. “*¡El Señor es!*, parecía oír al ángel de mi guarda que me avisaba cuando el demonio me decía: ¿No ves como no miran por ti?”; y las compañeras me decían: como calla su caridad, la cargan; para eso la quieren, para “mozo de cuerda”. Y una voz dulcísima que no daba lugar a oír al demonio me decía: *¡El Señor es!*, y allá me echaba a lo más duro y difícil por su amor, por darle gusto, por probarle mi amor.

¡Cuánto gozó mi alma!, *simple religiosa pendiente de la obediencia*, ¡qué tesoros recibí!

y qué lecciones tan dulcísimas aprendí al lado de tan santas y fervorosas religiosas, que me amaban como no merecía. Tenía una hermana de mi madre tan observante y penitente que la llamaban la monja “San Pedro de Alcántara” y ella me ejercitó y probó la vocación bien, obligándome a salir del convento y marcharme a otro; asegurándome que con aquellos trabajos excesivos enfermaría y me inutilizaría antes de tiempo por no estar acostumbrada aquella clase de trabajos tan fuertes.

¡Pobre mía tan buena y humilde, cuánto la hice sufrir! La tomé tal antipatía que no la quería, por parecerme se valía el demonio, de su cariño de tía, para robarme aquella felicidad tan grande que me proporcionaban aquellos trabajos que nunca hacía *sola ni a secas*, Jesús dulcísimo o su Madre purísima me ayudaban y venían en mi ayuda visiblemente, regalándome con su presencia soberana.

¡Oh dichosos trabajos y esfuerzos en los oficios más humildes!, pues había muchas anciana y enfermas que se alegraban cuando aparecía ofreciéndoles lavarles la ropa o limpiándoles las celdas y oficinas. Se alegraban tanto que unas me saludaban llenas de gratitud y cariño “mi ángel ha venido a consolarme”, *las enfermas*. Y en las oficinas lavadero y cocina me llamaban “la leoncilla que puede con todas”.

¡Oh entonces, era Jesús el que llevaba el peso de todo el trabajo, pues yo naturalmente flaquita y sin costumbre no hubiera resistido tantos años sin rendirme! Y los trabajos me daban salud, apetito y sueño y no supe lo que era un dolor de cabeza, a pesar que no dejé nunca de asistir a los maitines a media noche, ni a prima. Durante 20 años de observancia rigurosa no necesité dispensas, me sentía fuerte hasta los 37 años que enfermé, desde los 14 y medio que ingresé en el noviciado, sin descanso hasta que me dieron el cargo de abadesa a los 15 años del ingreso.

Si el Señor es servido y me da fuerzas para cumplir esta penosa obediencia que hoy me renuevan y que no puedo ya negarme por tenerlo pedido y recomendado por varios reverendos padres y confesores, he pedido a la Santísima Virgen, mi dulcísima madre y maestra, lleve mi pluma para que el Espíritu Santo, a quien invoco, me ilumine y me *detenga* antes de escribir una letra que no sea gratísima a sus divinos ojos, y que no descubra defectos de nadie, y los míos los confiese claramente como sean en mi conciencia, sin quitar ni poner cosa que no entienda ser verdad, como si Jesús mi divino Juez leyera en mi alma cuanto aparezca escrito en esta libreta que hoy día de la Epifanía ofrezco a Jesús María y José, como tres dones que con humildad le ofrezco: en mi obediencia humilde y sincera; en mi amor a Jesús dulcísimo en la Eucaristía, y en la mirra amarga de mis grandes miserias que quería olvidar para siempre en el océano inmenso de la divina misericordia, que ya me concedió el Señor en el jubileo de Santiago de Compostela, que quedaría en mi alma borrados mis pecados e ingratitudes y no me dejaría caer en manos del demonio que tanto me perseguía. ¡*Por siempre* sea bendito su

corazón misericordiosísimo que me perdona y ofrece quedarse conmigo para siempre! Amén.

Seguiré en artículo o como el Señor me facilita más, la historia de mi pobre peregrinación en el destierro con todos los casos que convengan a declarar mejor las miserias de una pobre pecadora llena de males y cargada de bienes del Señor misericordiosísimo que quiso ostentar más su poder y misericordia en este vaso quebradizo lleno de lodo y de pecados. El Señor me conceda saber obedecer aunque me cueste.

Nota: Para facilitar más lo que puedo decir desde que el Señor me trajo de la *nada al ser*, he de empezar por traer alguna relación de mi abuela materna que se encargó de mi educación, fue mi madrina en el *santo bautismo*, en mi santo hábito y profesión, y con ella casi pasé mis diez primeros años antes de ir al colegio, y los 8 meses después que estuve en el mundo al salir del colegio, el 21 de noviembre del año 1892 hasta el 28 de julio, que cumplía los catorce años y medio, del año 1893, en las capuchinas del desierto de penitencia de Jesús María, San Antón, de Granada.

Mis abuelos paternos no los conocí, pues mi padre era de Jaén y no tuvimos ocasión de conocernos, sólo por escrito y como vivimos con la familia de mi santa madre (que le llamaban los párrocos del pueblo rectores entonces del Seminario de San Cecilio de Granada donde estudiaban para sacerdotes los cuatro nietos mayores... En vacaciones iban a visitarnos los superiores de aquellos cuatro seminaristas y preguntaban “Por *la familia Levítica* de aquel pueblo”. Así tenía mi abuela acreditada su fe y amor de Dios que crió sus hijos y nietos mientras vivió, unidos como una sola familia bajo su discreta y prudente dirección a sus siete hijos, como veremos. ¡Dios sea bendito!)

L5 C12 (89-94)

INVOCACIÓN

¡Oh Virgen Santísima, nuestra dulcísima madre! ¡A vos consagro estas humildes advertencias y consejos que desearía grabasen en el corazón de vuestras fieles hijas, las Clarisas Capuchinas de la Sagrada Eucaristía y *de vos madre nuestra amantísima*!

Confío que, como madre y maestra divina, cuidéis de nosotras como vuestro Hijo santísimo os confió desde la Cruz, y desde ese altar, donde nos llevó en vuestro Corazón Inmaculado, para que, formadas en vuestro molde purísimo las víctimas que él nos pedía, fuésemos las adoradoras en espíritu y en verdad, en reparación y desagravio de las graves ofensas que recibís en este divino Sacramento de las almas consagradas... especialmente de las comuniones sacrílegas, y por los seminarios y santos sacerdotes que lleven con su fe y celo muchas almas a Cristo y su Iglesia.

¡Oh mi adorada Madre y Reina mía!, cuida de estas pequeñas víctimas de amor consagradas a la adoración y reparación de la sagrada Eucaristía por voto, que imitemos a vos Madre Santísima, y con vos unidas a Jesús en la sagrada Eucaristía atraigamos a torrentes las gracia de la Santísima Trinidad sobre la tierra, para que unidas las almas todas al espíritu de Jesucristo Señor nuestro, venga la paz y el reinado del Corazón de Jesús sobre el mundo entero. Que todos los países de la tierra lo proclamen y reconozcan la soberanía del reinado de Cristo.

Y vosotras, almas consagradas por vocación especialísima de Jesucristo, esposas fieles del Cordero inmaculado, a quien adoramos en espíritu y en verdad, recibid este sentimiento de mi alma que puse en el Corazón purísimo de nuestra madre María Santísima desde que por inspiración divina me pareció pedírmelo el Señor. Desde que me consagré a él solemnemente sentía la ilusión que vosotras daríais a Jesús lo que pide de nosotras sus pequeñas víctimas: amor, reparación, adoración y desagravio... ¡A cuánto nos obliga Jesús en la Eucaristía!

Amén.

El deseo de ayudaros, hijas mías, a cumplir nuestra misión de adoradoras es muy grande; pero mi incapacidad es tanta que nada de provecho os serviría si el Corazón dulcísimo de Jesús no diese la gracia e incremento que haga provechosa en vuestras almas las inspiraciones que transformaban la mía, de una roca en un serafín que me sentía morir de amor por el Amor Sacramentado cuando se dignaba bajar a la nada de este corazón y convertirlo en fuego vivo cuando más negro y crudo estaba.

Confío en [que] el Corazón eucarístico de nuestro dulcísimo Jesús se dignará inflamar vuestras almas convirtiendo estas desaliñadas letras en chispas de fuego de amor que de su divino Corazón prenda en nuestros corazones y haga de cada una de nosotras una hoguera de caridad donde se funda lo vil que hay de nosotros en purísimas obras de amor sacrificado y humilde con el seráfico padre san Francisco, que siguió paso a paso al divino maestro Jesús, *¡sin propio!* en obediencia y castidad, arrebató el cielo en tan pocos años!

¡Oh humildad hermosísima de Jesús que tantos imitadores siguieron y alcanzaron el Cielo! Amen.

L5 C14 (107-108)

A las reverendas madres del Consejo:

Carísimas y muy amadas madres en el Corazón eucarístico de Jesús, a quien pido siempre que me acerco a la divina Eucaristía a adorarle, que él sea nuestra vida y luz en la peregrinación de la tierra al cielo y nuestro amor eterno.

Viéndome próxima a morir, y queriendo atender a vuestros ruegos, y obligada por mi

propia conciencia, después de encomendarlo mucho al Espíritu Santo, a quien pido las virtudes y dones que derramó en el Colegio Apostólico en los cuarenta días que precedían a Pentecostés.

La idea fundamental de este Manual o Estatutos no es otra sino la que les sirvan de base al Instituto de Clarisas Capuchinas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios. La adoración, reparación y desagravio al Corazón eucarístico de Jesús Sacramentado, por el Purísimo de María nuestra dulcísima Madre: Superiora General y Maestra divina, que nos enseñe, nos una en seráfico y ardiente amor a ofrecernos víctimas de expiación y amor a Jesús Sacramentado, principio y fin de nuestra vida religiosa, cuyo espíritu e influencia se deja sentir tanto en nuestras almas, como en nuestras palabras y pensamientos.

Dígnese el Corazón eucarístico de Jesús, que desde el principio de nuestra vocación sentimos, nos dirija a nosotras aquellas palabras que dijo a sus amados discípulos: “Estaos quietos –les decía– en la ciudad hasta que seáis revestidos de la virtud de lo alto” (Lc 24,49), y obedientes perseveraron bajo la dirección y ejemplo de la celestial y purísima Reina y Maestra de la santa Iglesia Católica y de sus hijos debiendo a su maternal protección y amparo, la unión y perseverancia, unidos entre sí con un mismo corazón y una alma en la doctrina de Jesucristo y sus apóstoles en la comunión y oración.

¡Concédenos Señor y Dios mío por vuestra Inmaculada Madre que esta nueva Congregación, que confiasteis a ella nos comunique las gracias y dones que vuestro divino Espíritu derramó en tanta abundancia en los primeros Cristianos como lo asegura vuestro Evangelio: “Que la muchedumbre de los creyentes tenían un solo corazón y una sola ánima” (Hech 4,32).

Eran en verdad de diferentes naciones y costumbres, de diferentes sexos y condiciones, de distintos estados y educación. Pero el Espíritu Santo los tenía unidos entre sí con su virtud y poder en una misma voluntad y sentir, como lo hace el alma con los miembros del cuerpo, aunque diversos entre sí. Se cumplieron las palabra de Jeremías: “Yo les daré un corazón y un camino” (Jer 32,39).

Oh Divino Jesús Sacramentado, envía tus dones a esta nueva familia que con María Santísima, vuestra dulce Madre permanecen fieles, llenas de fe y amor en vuestras promesas, y que bendecida ya por tu santa Iglesia queremos empezar como vuestros apóstoles a trabajar por haceros conocer y amar con nuestro ejemplo, oraciones y sacrificios.

No permitáis Señor que nuestras tibiezas e ingratitudes corten las corrientes de vuestras gracias y misericordias sobre esta Congregación, confiada por vos a vuestra Inmaculada Madre y nuestra, María Santísima, y por ella consérvala siempre fiel y constante adorándoos “en espíritu y en verdad” como ella os adoró en la tierra desde el momento de la Encarnación.

Envíanos tu Espíritu, Jesús dulcísimo, y tus inspiraciones en la oración y meditación;

llena de tu amor y caridad esta familia eucarística y mariana, para que en unión de voluntades nuestros corazones con la fe y amor, que en el Cenáculo permanecieron reunidos tus discípulos merezcamos venga a nosotras vuestro espíritu de paz, y reine su amor y caridad en nuestras almas, pues tú Señor eres la misma caridad; la paz y caridad fue siempre el vínculo de unión de todas las ordenes y congregaciones nacidas en el seno de tu santa Iglesia.

Concédenos ahora, como entonces, Corazón eucarístico de Jesús por el purísimo de María santísima nuestra madre que esta tu congregación de Clarisas Capuchinas Eucarísticas... para que con un corazón te amemos y sirvamos y merezcamos la gloria que tienes prometida a tus fieles.

Oh Reina soberana y madre nuestra, alcánzanos de vuestro divino Hijo lo que necesitamos para cumplir fielmente vuestra ley divina en nuestras santas Regla y Constituciones. Haciéndonos violencia a nosotras mismas, venciéndonos, conseguiremos la victoria. No seremos las Clarisas Capuchinas víctimas, si no nos despojamos del propio yo haciéndonos fuerza en todo. Sujetando nuestras inclinaciones y voluntad a la de nuestros Superiores, viviremos con Cristo esposo dilectísimo de nuestras almas.

L5 C14 (109-111)

Fin de nuestra Congregación

Amar, adorar, reparar y servir a Dios nuestro Señor en la sagrada Eucaristía, en “espíritu y en verdad”. Estudiemos profundamente el fin y el espíritu de nuestra santa vocación, y comprenderemos perfectamente que debemos imitar a Jesús para identificarnos con él en la sagrada Eucaristía.

Clarisa capuchina eucarística de la Madre de Dios, ¿a qué nos obliga? El santo Evangelio nos da la respuesta: “El Reino de los Cielos se alcanza a viva fuerza” y el Kempis nos da la lección terminante: “Tantos mayores progresos harás en la virtud cuanto más te renuncies a ti mismo”. Y es cuanto los santos nos dejaron enseñado con su ejemplo, como el seráfico padre san Francisco decía a sus compañeros: “El seguir a Cristo es una guerra sin cuartel, cuyo fin es inmolar en nosotros mismos al hombre por medio de la abnegación, mortificación y desprendimiento de las cosas terrenas, Dios mío, y todas las cosas las encuentro en Dios por esa fe viva, cuyo punto de apoyo llevó a cabo tan grandes obras”.

La clarisa capuchina eucarística encuentra en la Sagrada Escritura la fuente de donde ella saca esa fuerza animosa que la eleva por cima de sí misma, que la transforma y se eleva sobre el mundo lleno de falsedad y mentira, muda su vida para vivir adorando y amando a Dios

en la sagrada Eucaristía, donde un día feliz, al contacto purísimo del Cuerpo de Cristo en la sagrada Comunión, se unió con lazo indisoluble para hacerse una misma cosa con él y busca ansiosa, como el ciervo herido la fuente de las aguas, a Jesús víctima hostia. Vivir adorándole en la tierra es participar de la vida divina de Jesucristo por la unión que atrae y domina el corazón. De tal manera lo llena de una convicción tan íntima y profunda, que la ilumina el alma con mirar en la Hostia santa, el sol de justicia, y cuanto más se acerca a Jesús se siente más unida... quiere solo lo que él quiere, y se le hace más viles y despreciables las cosas de este mundo al que le parece no le pertenece, y con un amor ardiente sólo Dios le parece grande, único que llena los vacíos inmensos del corazón, y como el seráfico padre san Francisco, sólo en él encuentra todas las cosas deseables, y con esa fe y amor actúa tan poderosamente en la voluntad, que nos mueve poco a poco a la entrega total de nuestra voluntad a seguirle en la vida religiosa eucarística, que dimana de su Evangelio en la perfecta imitación de Jesús en su vida mortal y eucarística, que sólo fijos en él nos parecería nada el momento presente.

L5 C14 (114-115)

Fin de nuestra vocación y espíritu de nuestras Constituciones

"Non vos me elegisteis" (Jn 15,16)

El espíritu de nuestro santo Instituto consiste esencialmente en trabajar con todas nuestras fuerzas por la más perfecta imitación de la vida de Jesús, María y José en el momento de dejar el trono de gloria, que en el Cielo gozaba, encarnando en las entrañas purísimas de la Santísima Virgen María, nuestra dulcísima madre, por obra del Espíritu Santo.

Por amor abrazó todas las penalidades de la vida, naciendo pobre y despreciado en un pesebre, huyendo a Egipto, trabajando en Nazaret, etc. Muriendo sólo y cubierto de sangre y de ignominia en la Cruz, no buscó en la tierra descanso ni consuelos de fieles seguidores hasta después de la venida del Espíritu Santo, ni vio en la tierra el fruto de su Pasión, murió desamparado del Cielo y de la tierra.

Oh Jesús dulcísimo, luz, camino, verdad y vida, cómo buscar después de vos rayitos de luz que nos guíen si en vos está esplendorosa y clara la senda que nos enseñaste de palabra y con ejemplos. Concédenos, dulcísimo y divino Maestro de mi alma, el fuego del divino amor que ardía en vuestro Corazón adorable para encender en tu amor cuantas almas pongan su pie en vuestros caminos que con tanta claridad nos mostráis en vuestro Evangelio, fuente de vida y

de gloria.

Este debe ser el distintivo de nuestra vida, el sello divino que nos dé a conocer las víctimas de amor que él se escogió para reparar los gravísimos males que lamentamos en estos tiempos de persecución y de odios. ¡*Incendios* de amor divino abrasarían a los hombres en la caridad y compasión cristiana, que su primer mandamiento nos enseña amarnos!

Nuestro amor de Dios ha de consistir en el sacrificio y entregamiento de nosotras mismas en la obediencia de nuestras sagradas Constituciones que nos dan con toda claridad expresa la voluntad de Dios.

La intervención directa del Santo Pontífice en su aprobación nos dio la luz más clara de que esa era su voluntad santa y adorable. El Señor nos venía pidiendo por medio de sus prelados esta vida que nos marcaron; vivíamos escondidas en un desierto de penitencia como en el cielo treintay tres años con el único anhelo de agradarle.

El año 1908, al ser elegida por primera vez superiora, el R. P. Ambrosio, provincial de capuchinos, escribía estas palabras de enhorabuena: “Hija mía esta es la voluntad de Dios, no para elevarte ni llenarte de glorias humanas, sino para que puesta en el candelero, alumbres con virtudes y santidad a las que están en tinieblas y trabajes sin descanso por hacer, con la ayuda de Dios, aquellas capuchinas adoradoras que soñabas en el noviciado. Ahora empieza a trabajar, aunque para que te lo apruebe la santa Iglesia pasarán cuarenta años”.

Trabajo me costó recordar lo que soñaba en el noviciado. Buscando apuntes encontré cartas y notas (que el año 1915 me mandó el confesor quemar todo cuanto tenía escrito). Encontré cartas escritas pidiendo el año 1895 a León XIII la unión de las comunidades bajo una superiora General y noviciado común, que atendiese al orden y buen gobierno de las comunidades, sin que las religiosas jóvenes e inexpertas tuviesen voto, ni parte en elecciones.

La primera elección que asistí, la refiere el mismo padre en sus “Cartas a Sor Margarita”, y si aquel padre lloraba junto al sagrario, y nos decía al día siguiente en una plática hermosísima que nunca olvidé: “Qué queréis os diga después de presenciar los hechos... En la oración anoche, cuando me veías gemir junto al sagrario, le decía: "Jesús mío si este jardín tan hermoso de retiro, penitencia y oración... que yo contemplé tan hermosas flores, separadas exhalaban escogido y rico aroma, y cuando las cogí para formarte un ramo de grato perfume, vos las rechazasteis de vuestro corazón divino". Donde no reina la caridad y unión no está Dios, ya nos lo explica el apóstol san Pablo en sus Epístolas...”

Así, aquel venerable y santo religioso me animó a pedir a Su Santidad, sin vacilar y sin descanso, el gobierno de los religiosos aplicado a nosotras. Cuarenta años de súplicas y ruegos a la Santa Sede por medio de cartas al Sumo Pontífice (Merry del Val me dirigía simplemente), después por el Sr. Cardenal Rinaldini, nuncio que fue en España, que nos visitó

el año 1903 y que después en Roma trabajó por alcanzarnos esta gracia.

Y veinte años después de súplicas y cartas a Roma, vino de arzobispo a Granada el obispo de Almería, D. Vicente Casanova y Marzol, y ya tenía conocimiento de peticiones, y entonces, después de íntimas y largas conferencias que examinaba mis grandes miserias y que no le oculté los más recónditos secretos de mi alma, me dijo: “Creo me trae el Señor a Granada para que le ayude, escriba V. unas Constituciones como el Señor le inspire, y después iremos a Roma”.

Hice ejercicios, pues me sentía aturdida ante una cosa que casi no sabía expresar ni la “a”. Rogué a S. E. R., por aquella venerable comunidad, que tanto amaba y me pedía no las abandonara nunca, confiase aquel encargo a alguna de las muchas religiosas de virtudes admirables, y volvió a mandarme por segunda y tercera vez (en distintas visitas) que le escribiese las Constituciones, que le entregué siempre sin conservar copia, y las terceras veces me resultaba el trabajo ímprobo.

El año 1922, estando escribiéndole, se presentó en el torno a contestarme a la carta que tenía sin terminar de escribir. Toda admirada alabé el poder de Dios cómo lleva a las almas por donde quiere, a pesar de nuestros esfuerzos en seguir nuestra vocación que creemos ser inspiradas por Dios, y con los mayores esfuerzos queremos mantener aquel llamamiento o inclinación del espíritu hacia un sacrificio, y Jesús nos impone otro mayor contrario en todo a nuestros proyectos o deseos.

Pedía humildemente aquel santo Prelado me dejase allí encerradica, pues nunca sentí vocación de fundadora y yo le ofrecí 15 ó 20 religiosas de las más fervorosas cuando insistió: “No me haga cosas nuevas en moldes viejos, que lejos de buscar la gloria de Dios no haría nada, sino agravar la situación. Dios quiere una obra nueva y yo quiero ayudarla”.

Entonces sentí estremecerse mi ser al pensar tenía que dejar aquellos claustros donde quería morir. Sentía un deseo de pedir a nuestro Señor me aplastasen los muros antes de dejar aquel recinto de paz y gozos espirituales, aquel coro y tribunas, donde tantas noches pasaba en la presencia adorable de Jesús Sacramentado, preparándome una tribuna junto al sagrario para pasar los últimos años de vida junto al sagrario adorándole continuamente.

Como buena vieja traigo aquellos recuerdos de mi vida religiosa escondida y llena de gratísimos recuerdos. Allí todo era dulcísimo lo más amargo, fáciles y ligeros los mayores trabajos; la enfermería me parecía ya el complemento de mi vida de víctima; la sacristía, ropería etc., todo se me hacía fácil, quería subir a la cruz con Jesús y morir con él, víctima de amor.

Así pasé mi primera etapa de mi vida religiosa, y cuando creía ya casi terminada mi misión en la tierra con una enfermedad gravísima, que me puso a morir, me parecía ver ya las puertas del Cielo abiertas.

Aquel primer día de setiembre del año 1915, cuando por varios médicos me daban por desahuciada y me preparaban a morir, la Extrema Unción santa, inundada mi alma de consuelos divinos, bañada con la sangre de Jesús al sentir el santo óleo en mis labios y en mis ojos, pregunté al sacerdote que me administraba los Sacramentos (que me parecía el mismo Jesús Maestro divino de mi alma): ¿Tiene el Señor algo conmigo que me detiene? “Pregúntelo a él”, me contestó el padre. Un momento de dolor inundó mi alma al pensamiento de no haber hecho toda la penitencia que mis pecados necesitaban expiar. Oh Jesús Dulcísimo, vuestra misericordia y los dolores de vuestra divina Madre al pie de la Cruz sean en este momento mi salvación. En aquel momento, el temor de no haber correspondido a lo que sentía me pedía el Señor de acercarle almas consagradas a la adoración del Santísimo Sacramento, almas víctimas que reparasen los pecados de los hombres, etc.

Entonces me ofrecí como él sabe y le dije: “¡Señor mío y Dios mío, si me das vida yo cumpliré tus encargos y trabajaré por seguiros como los prelados me lo indiquen, sin ser yo la que escoja el lugar, ni orden de las cosas. ¡Fiat, cumpliré vuestra voluntad santísima hasta que me digas: ¡Basta!" Y hasta hoy voy como los ciegos, cogida a la mano de mis prelados voy por donde Dios nuestro Señor me va señalando el camino. Pasé el mar de persecuciones en España durante los veinte años que salí de *mí misma y me entregué a él* para siempre.

Las mismas cruces y amarguras de los cargos, porque de súbdita fueron los años más felices de mi vida, ¡obedecer fue mi ilusión siempre!, quería seguir al divino Maestro y conocer su divina voluntad, y el primer director y padre espiritual al entrar en religión el año 1893 me dijo: “Si quieres ser religiosa santa, obedezca; si quieres aprender bien el camino de la santidad, obedece a tus superioras; si quieres conocer claramente la voluntad de Dios, obedece a tus superioras a quien el divino Maestro dijo: "El que a vosotros oye a mí me escucha y el que os desprecia a Mí me desprecia". Si me dices gustas obedecer, que ves a Dios en tu prelado etc., nada tienes que hacer más; obedece alegremente, prontamente sin quejas ni condiciones...”

Aquel santo padre habló a mi alma y alumbró mi espíritu con luces divinas tan celestiales, que en las largas jornadas que pasé por cavernas tenebrosas, preparadas de enemigos para aniquilarme, [no] me faltó aquella luz divina que me guiaba como de la mano sin que las fieras me devorasen, porque llevaba en mi alma grabadas estas palabras escritas con fuego: “Obediens usque ad mortem... *La verdadera víctima que os pido es un alma obediente a mi voluntad, y mi voluntad está definida*”. Esta me la dio a conocer por el Emmo. Sr. Cardenal Casanova cuando me mandó salir.

Sentía al fin de mi vida destrozada mi vocación de retiro, de abstracción, de contemplación; soñaba en aquel recogimiento y retiro del mundo de los trapenses y cartujos, y que busqué con verdaderas ansias; sentía triturar los más íntimos sentimientos de mi alma y

junto al sagrario pedía al Señor... y me *entregaba* a tomar aquella obediencia como el martirio, pues prefería el derramamiento de sangre y morir como san Esteban, a dejar mi vida de estrecha clausura que escogí, por creerla entonces ser la voluntad del Señor ¡y mi tabla de salvación! La obediencia me tiró la tabla dejándome en alta mar, en tempestades furiosas, y cuando me creí perecer sola, aparecía el Maestro dulcísimo Jesús serenando la tempestad y lleno de ternura parecía decirme: "¿Por qué temes si voy contigo y no te dejaré perecer? *Ten fe y sígueme.* Yo estaré contigo y te mostraré mi vida en mi Evangelio y este es el quiero que sigáis como yo os enseñé con mi ejemplo desde Belén hasta la Cruz. El camino del Cielo es estrecho, la senda que el divino Maestro nos dejó caminando él primero por ella, cargado con nuestras miserias por nuestro amor...

En cada página del santo Evangelio oímos al divino Maestro: "El que quiera ser mi discípulo renuncie a sí mismo cárguese su cruz y sígame" (Mt 16,24); y estas otras: "El mundo se regocijará y vosotras lloraréis, pero regocijaos cuando los hombres os persigan e insulten por causa mía, porque en el Cielo os está reservada una gran recompensa" (cf. Lc 6,22-23); "¡Oh cuán estrecha es la puerta que conduce a la vida"; "Bienaventurados los pobres de espíritu –dice Jesús al alma religiosa, a la capuchina clarisa eucarística–, porque el Reino de los Cielos será tu herencia" (Mt 5,3); bienaventurados los que lloran, nos dice desde la cruz, porque vosotras que lloráis conmigo los agravios que recibo en el tabernáculo[6]

L5 C14 (116-121)

---

[6] Así termina este apartado.

Gracias del beato Nuno

12 de Marzo de 1943

Hace tiempo nos ofrecieron unas habitaciones en el hospital de la O. T. del Carmen caso de tener que salir de S. Luis en donde el médico especialista me mandó ir.

No sé por que me resistía el que me llevasen allí y me excusé como podía, tal vez por miedo, pues me decía M. Clara que el beato Nuno no quería españolas y creí que tal vez en el cielo se admitiría esto, cuando juzgaban los santos allá como en la tierra.

En aquellos días de grandes dolores y enfermedad una señora me llevó una estampa del beato Nuno para que me encomendase y me curara que necesitaba un milagro, yo como no tenía interés de vivir y aceptaba la muerte con gusto, les dije me tienen encomendada ya al beato Brito... y para mis adentro decía: ¡Válgame Dios, el beato Nuno, que no quiere a los

españoles, me va a curar!

La noche fue angustiosa y con fiebre, me pareció veía junto a mi cama a los dos bienaventurados beato Brito y al beato Nuno que muy amable me preguntaba si quería curar... Yo, que lo mismo me daba vivir que morir, pues ya tenía ofrecidos aquellos dolores insoportables en expiación de mis muchos pecados, le contesté: lo que el Señor quiera quiero yo, pues solo deseo agradarle. Y poniéndome la mano sobre el corazón me dijo: si quieres curar, iros a mi casa y ofrecer adoración y desagravios a Jesús Sacramentado por Lisboa. Y el beato Brito me alentaba a venir diciéndome: no temas quiere curarte y hacer las paces con los españoles, pues en el cielo no hay más que una Patria, ¡Dios!, confía, ora y espera.

Desde entonces me siento tan amiga que cada día voy ante su imagen a rezar y me concede cuantas gracias le pido. ¡Qué caminos nos abre el Señor tan desconocidos a los hombres y así que cierto es escribe derecho en renglones torcidos. ¿Sí? Dios sea por siempre bendito, amado y glorificado por todos los corazones de sus criaturas y de este gusanillo.

Trinidad

L8 C40 (140-141)

AVISOS EN MI ÚLTIMA HORA

HospitalIglesia del Carmo
Lisboa, marzo del 18 al 20, año 1943

Carísimas madres y hermanas en el Corazón eucarístico de Jesús y en [el] purísimo y maternal de María Santísima, nuestra dulcísima madre María Inmaculada en el momento mismo de recibir el Espíritu Santo que encarnó en sus purísimas entrañas el Verbo divino hecho carne:

Al empezar estas líneas, que en esta agonía de tener que dejar esta casita de Laveiras por prescripción del doctor especialista, que estas reverendas madres queriéndome cortar el paso a la eternidad, buscan todos los remedios divinos, humanos para alcanzar de Dios nuestro Señor prolongue los días de mi destierro, y al Corazón eucarístico de Jesús y al purísimo de su madre María Santísima, me ofrezco de nuevo a padecer cuanto convenga al bien espiritual y progreso de nuestra amada Congregación, a quien consagro todo cuanto Jesús se digne darme para su mayor gloria y nos conceda la pronta aprobación de las Constituciones que han de regir “la obra de Dios” como la llamaba nuestro inolvidable protector y padre, el Emmo. Sr. Cardenal Casanova el año 25: "*Ni es V. ni soy yo, la Obra es de Dios*".

Como delante de Dios la veo tan grande... que me anonada y confunde sintiendo como san Pablo decía: "Mi vivir es Cristo y mi morir *ganancia*..." (Flp 1,21). He de resignarme a vivir

con Cristo Hostia, ya que con la muerte ganaría; que almas bien dispuestas y santas os mostrarán el camino que Jesucristo, mi Señor y mi Dios, me pone patente, claro y suyo el camino que repugna más a los sentimientos de mi alma, que busco siempre maestros, luz, dirección divina, para encontrar cómo cumplir la voluntad de Dios, y aquí, en este país casi pagano de Laveiras, en este encargo de restaurar el antiguo desagravio de Lisboa con siete venerables ancianas, *imposibles de ver más que lo suyo*, sin medios humanos. Llevamos un año de experimento y cada vez veo la noche más obscura. Una lamparita que arde toda la noche y la sagrada Eucaristía, con nuestra madre María Santísima en sus Dolores santísimos, son mi recreo durante las noches que me concede en esta tribuna, y siento como si al mostrarme el Señor nuestro camino, me dijera lo de san Pablo a los Romanos: "Os ruego, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, grata a Dios, que tal sea vuestro culto racional. Que no os conforméis a este siglo, sino que os conforméis por la renovación de la mente para que procuréis conocer cuál es la voluntad de Dios, buena, grata y perfecta" (Rom 12,1-2).

Sor Trinidad

L5 C10 (15-16)

SÚPLICA A LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Roma, Pascua de Resurrección año 1943

¡Oh Trinidad beatísima! Padre, Hijo y Espíritu Santo, a quien como Dios altísimo y bondad absoluta os consagro esta Congregación de almas eucarísticas que han comenzado su apostolado bajo el amparo y protección del Corazón Inmaculado de María Santísima, vuestra Inmaculada hija, la elegisteis por Madre de la segunda persona, del Verbo, vuestro divino Hijo, que nos la dio por madre nuestra y Reina de cielos y tierra. Tú, Padre santo, te miras en el Verbo desde la eternidad, imagen perfecta tuya. El Verbo queda extático al contemplar tu belleza y del éxtasis de los dos, surge el Espíritu Santo como un volcán de amor y encarna en el seno de una Virgen el Verbo divino, y con su *Fiat celestial*, queda Madre de Dios y de los hombres, Reina y Señora de cielos y tierra, la humildísima e Inmaculada Virgen María.

¡Oh santísima Trinidad! Tú eres la única vida interior perfecta y superabundante e infinita, porque sois la bondad sin límites que deseas difundir tu vida íntima en las almas de esta Congregación, que al llamamiento de tu voz divina sintieron las almas y al eco de vuestro

interior llamamiento, rindiéronse, adorándoos en la persona del Verbo Encarnado en la sagrada Eucaristía, haciéndose hostias con la divina Hostia en reparación y amor, en desagravio de los que no os conocen ni aman. Y esta pequeña nada, que quiso ser vuestra víctima de reparación y amor al conjuro de tu voz, sale esta obra de la nada y cogida en las manos purísimas de la Madre del Verbo divino, María Santísima, como madre nuestra, os la ofreció a vos, Trinidad beatísima, proclamando tus perfecciones y misericordias en darnos la Eucaristía por vida y alimento de nuestras almas, cantándoos himnos de gloria y acciones de gracias.

Así, merced al Espíritu de amor, hará de este barro amasado por tus manos, podrá ser deificado y tener parte en tu Bienaventuranza.

¡Oh dulcísimo Salvador, divino Jesús, "Dios con nosotros"! Tú entregas a tus apóstoles el Evangelio, tu Cruz y la Eucaristía, enviándoles a engendrar hijos de adopción para tu Padre.

¡Oh Espíritu divino, Espíritu de luz! Graba con caracteres indelebles el ardor que comunicasteis y transformó aquellos hombres dichosos que se congregaron en el Cenáculo bajo la eficaz protección de nuestra madre María Santísima, como maestra de esta Congregación que la recibió (como san Juan cuando la confió madre de los hombres) como madre y maestra. que nos enseñe que tú eres el principio soberano y Jesucristo la fuente.

¡Oh Espíritu de caridad infinita! Provoca en nuestras almas y corazones, presentes y futuros, una sed ardiente de vida interior, que tus suaves y poderosos efluvios penetren en nuestros corazones y voluntades, haciéndonos sentir que aún en este mundo no hay verdadera felicidad si no en esa vida interior, imitación y participación de la tuya, y del Corazón de Jesucristo divino modelo, en el seno del Padre de todas las misericordias y de todas las finezas de amor tierno y divino, de Jesucristo nuestro Señor.

Sor Trinidad

Secuencia

"Venid ¡oh Espíritu Santo! y derramar desde lo alto sobre nosotros un rayo de vuestra luz divina". Y sobre este nuevo rebaño, de vuestra celestial e Inmaculada Esposa, abrásalas en vuestro fuego divino.

"Venid, padre de los pobres, venid dispensador de dones celestiales, venid luz de los corazones". Y encender el fuego de vuestro amor en este santo Instituto para que nos hagamos dignas en nuestras obras de llamarnos vuestras hijas, de ser enriquecidas de vuestros celestiales dones y conducidas por vuestra divina luz al reino que nos tenéis prometido a los pobres de espíritu.

"Consolador admirable, dulce huésped del alma, nuestro dulce refrigerio". En esta vida

vive, oh Espíritu de consuelo, siempre en nuestras almas, para que refrigeradas por vos en este destierro lleguemos amparadas por vos a la bienaventuranza prometida.

"En los trabajos, vos sois descanso; en el ardor de las pasiones, sosiego; en la tristeza, consuelo". Que estas hijas de vuestra ardiente caridad, gocen sosegadas del amparo y consuelo de la celestial maestra María Santísima gustando los frutos dulcísimos de vuestro Santo Espíritu.

"¡Oh luz dichosísima!, inundad lo más íntimo de los corazones de los fieles". Y sean estas pequeñas hijas abrasadas en el fuego divino de vuestro purísimo amor.

"Sin vuestro auxilio nada es el hombre, y todo le atormenta". Únenos estrechamente a vos, para que alentadas con vuestro espíritu os demos el honor y gloria que nos tenéis obligadas con vuestras continuas misericordias.

"Lavad las manchas de nuestras almas, regad su aridez, curar sus llagas". ¡Oh Espíritu de caridad!, que sanáis las manchas y curáis nuestras enfermedades, os suplicamos humildemente que purifiquéis nuestras miserias. ¡Oh fuego y caridad divinas!, alúmbranos a esta pequeña Congregación eucarística que participa por gracia de tu apostolado en las almas de los pequeños el ardor que transformó a vuestros discípulos dichosos que se congregaron en el Cenáculo bajo la maternal mirada de María, vuestra Madre Inmaculada, para que no pierdan la vida interior que en la adoración perpetua de la sagrada Eucaristía reciben esa vida íntima, sobrenatural y divina, que reciben cada día de tu divino Corazón, de la cual eres la fuente donde recibimos la vida que hemos de dar a las almas. Enciende tú, oh Espíritu divino, en nuestras almas y graba como sello, ¡oh fuego divino!, una sed ardiente de la vida interior, que nos das en tanta abundancia en la adoración y Oficio divino, que os prometimos guardar con fidelidad hasta la muerte. Que tus suaves y poderosos efluvios penetren en nuestros corazones, que sintamos aún en este mundo, que no hay verdadera felicidad fuera de ti, en la imitación de tu vida íntima que allí recibimos tu Evangelio, la Cruz y la sagrada Eucaristía, dándoos gloria, alabanza y reparación. Amén. Amén.

L5 C10 (11-14)

[**Fin de las religiosas**]

El fin de las religiosas Capuchinas Adoradoras del Santísimo Sacramento, aprobadas por Decreto de la Sagrada Congregación de O. y R. el 30 de octubre de 1942 pedía como fin principal la adoración perpetua al Santísimo Sacramento en desagravio y reparación de los sacrilegios y profanaciones que recibe de las almas consagradas en el Santísimo Sacramento, y, con la gracia divina, intensamente dedicarse y procurar la salvación de las almas, recogiendo las niñitas pobres y abandonadas, procurándoles una educación intensamente piadosa que

sean el día de mañana las madres netamente cristianas en el hogar doméstico y con el fuego del amor divino derretir el hielo del corazón de la mujer que viven la mayoría con las malas doctrinas en una especie de paganismo, que lo menos que les importa es la educación de los hijos ni la piedad en el hogar, etc.

Nuestra vocación es para vivir en cualquier parte del mundo en donde se pueda dar a las almas una caridad sincera para acercarlas a Dios, que le den gloria, amor y reparación según las disposiciones de la santa obediencia.

No reciban aspirantes para el postulanado que no vengan con el decidido empeño de entregarse al servicio del Señor según el espíritu de nuestras Constituciones, excluyendo a cuantas no tengan decidido abandonar del todo el mundo y parientes para darse completamente a Dios, prometiendo la abnegación de su propio juicio y voluntad para hacer la obediencia y cooperar al fin de la Congregación, estando indiferente respecto de todos los lugares y ocupaciones a que se les destine.

L8 C37 (53)

[**Cargos de las religiosas**]

Veni Sancti Spiritus...

O María mi dulcísima madre poner en esta pluma vuestra mano Inmaculada para mostrarnos la voluntad de vuestro Hijo santísimo a quien deseamos servir y amar y darle gloria con todo el ardor de nuestras almas, caldeadas en el fuego Eucarístico del Corazón dulcísimo de Jesús. Amén.

Cargos que con la gracia y amor que con el amor que Jesús manda para seguirle con fidelidad hasta el sacrificio observarán con fe y confianza en la divina bondad. Septiembre empezará el 2º trienio, a ejercerlos con mucho amor y fidelidad a nuestra Congregación de Adoradoras de la Santísima Eucaristía Hijas de la Madre de Dios.

Superioras Regionales (Pro-Provincial) R. Madre Teresa de Jesús en España (con residencia en Granada, Carmen de Conchita).

Superiora Regional Pro-Provincial en Portugal (con residencia en Madrid, Escuela de los Dolores: Ramón de la Cruz 15. Madrid).

Maestras de Novicias:

En España, R. M. Mercedes del Sagrario.

En Portugal, Braga: M. Angelina de San Miguel.

Asistentas Generales: M. Inmaculada, M. Teresa, M. Concepción y M. Paz.

Admonitora de M. General: M. Luisa de la Ascensión.

Secretaria General: M. Inmaculada.

Procuradora General: M. Víctima.

Visitadora General: M. Víctima.

Instructora de la 3ª Probación: M. Teresita.

Superioras locales:

Berja: Madre Paz.
Granada: M.
Madrid: M. M. Víctima
Sobrado: M. M. Lourdes
Melias: M. M. Carmen
Bilbao: M. Luisa
Formia: M. Presentación
Braga (Portugal): M. Teresita
Oporto: M. Clara de Jesús María
Lisboa: M. Matilde
Laveiras: M. Concepción
Madrid (Don Ramón de la Cruz): M. Gertrudis

L8 C37 (54-55)

CONSIDERACIONES PRÁCTICAS SOBRE EL ESPÍRITU DE LA SANTA REGLA Y SAGRADAS CONSTITUCIONES

31 de mayo de 1943

Nuestra Señora del Amor Hermoso, Corazón Inmaculado de María, Señora nuestra.

¡*Madre de Dios y madre nuestra*!

¡*Medianera de todas las gracias*!

Consideraciones sobre nuestra vida de víctimas esclavas de Jesús Sacramentado y de la Madre de Dios

Fidelidad a la gracia de nuestra vocación.

El espíritu de nuestro Instituto.

Aspirar a la perfección por los medios que Dios nos da en las Constituciones.

La conciencia nos ha sido dada para que nos guíe.

Fidelidad a la gracia de nuestra vocación.

Abneget semetipsum, muerte de la propia voluntad.

Atractivos de apostolado en la misión que nos señalan las Constituciones.

Caracteres de la verdadera virtud: Dios y mi alma.

Cuidado en aspirar a la perfección en el camino comenzado.

La adoración y contemplación de nuestro santo Instituto.

Espíritu de soledad y recogimiento (en espíritu y en verdad).

Presencia de Dios.

Oficio divino y oración, santa Misa.

Excelencias de la comunión diaria.

Total abandono en manos de Dios.

Preciosas ventajas de la obediencia para la unión con Dios.

[Carta a sus religiosas. Lisboa, 31-5-1943]

J.M.J.

Lisboa, Hospital del Carmen, 31 de mayo de 1943.
Fiesta de Nuestra Madre del Amor Hermoso, Madre de Todas las Gracias.

Reverendas madres y hijas carísimas en Jesús Hostia:

19 de marzo, 33[4] aniversario de la misión recibida en la noche del 19 al 20 de marzo, que con toda solemnidad celebrábamos el VII Centenario de la Primera Regla de nuestra seráfica madre santa Clara y de su consagración a Dios en manos del gloriosísimo padre san Francisco.

***Prólogo* y recomendaciones**
a mis amadas hijas en Jesucristo

Reverendas madres y hermanas carísimas en nuestro Señor Sacramentado a quien nos consagramos con voto, a adorarle en el Santísimo Sacramento y de nuestra dulcísima madre María Santísima Madre de Jesús:

Desde el principio de nuestra vocación, nos abrió las puertas de sus monasterios nuestra seráfica madre santa Clara, ¡desde los diez años!, entré en un convento de clarisas (4 años de educanda). Al salir al mundo ¡*me axfisiaba*!, y a las lágrimas y repetidos ruegos de 6 meses en el mundo, convencido mi padre que ni con amenazas, ni cariños me podía sujetar, y en casa de mi abuela, que hizo de madre cariñosa, me dejan ir al convento de capuchinas, donde ingresé el mismo día que cumplía 14 años y 6 meses, el 28 de julio de 1893 (me parece).

¡Allí encontré el centro de mis ansias y mi cielo en la tierra! La penitencia y austeridad de aquella vida, el recogimiento y silencio riguroso con que vivían aquellas santas religiosas, me pareció el ideal de mi vocación, ¡con aquel culto casi diario de exposición, por lo menos dos horas de culto solemne y de misas diarias desde las 6 a la 1 del día, (por la atractiva tracción y piedad, de devoción, aquellos cultos y tener el convento en el centro de la capital). La vida aquella llenaba las aspiraciones de mi vida religiosa, ¡penitencia y abstracción de criaturas en la adoración y culto a Jesús Sacramentado!

---

[4] Estando fechada esta carta el 31 de mayo de 1943, debe ser el 30 aniversario, en vez de 33, de la noche del 19 al 20 de marzo de 1013.

Estudiaba la santa Regla, que no conocía (en el colegio nunca la conocí); allí me dediqué a estudiarla, y a pesar de mi complexión delicada de estómago, confiaba me daría el Señor la salud necesaria para los ayunos diarios y abstinencias de carne (sin lacticinios), sólo se comía de pescado hasta el año 99 que los padres capuchinos aconsejaron por la pobreza (porque la vigilia era casi diaria entonces), que se comiese de carne como pobres, menos los miércoles, viernes y sábados.

La vigilia me costaba mucho, pero pude observarla sin enfermar hasta el año 6 (que quedaron tres religiosas diarias que observaban el ayuno y vigilia, observándola con rigor la vigilia los domingos, por turno tres cada día, y como eran todas ancianas y enfermas, pues hacía 12 años no profesó ninguna ni habían entrado mas que dos leguitas, sor Angustias y sor Ventura, que ya murieron), tenía que ayunar siempre para que no faltasen las tres religiosas que observasen las abstinencias y ayuno diario; en estas penitencias y rigores sentía mi alma *verdadero gozo* y me encantaba aquella vida de silencio y abstracción que entonces se observaba con rigor.

Después que los padres capuchinos vinieron a fundar a Granada, y aconsejaban algunas mitigaciones... (que después las ancianas se lamentaban con dolor, llamando a las religiosas difuntas que viniesen a defender de la relajación aquellas capuchinas del desierto de penitencia que se llamaban).

¡Grandes luchas y penas se sufrieron en aquellos cambios!, y fueron para mi alma hermosas lecciones, pues no querían profesaran ni hiciesen monjas hasta pasada la prueba, y me tuvieron cuatro años y medio en el noviciado, y así ¡me dio el Señor muy hermosas enseñanzas!, que conservo con inmenso agradecimiento a la bondad amorosísima del Señor que me mostró el camino de víctima en aquellos primeros años de mi vida religiosa con prácticos ejemplos, que no son de entender, si no es pasándolos en sí mismos, o viéndolos prácticamente...

El confesor ordinario de la comunidad me veía empeñada en profesar allí, en tan difíciles circunstancias, que él me aconsejaba ir a las religiosas de la Presentación, que el *Fundador lo deseaba*; y yo me resistía, la vida mixta, por el peligro de perder mi vocación; me decía repetidas veces: "No me explico ese interés de ser religiosa aquí donde tan grandes dificultades hay... *sólo porque creo* te prepara el Señor para alguna cosa que nosotros no veamos, y te hacen tan feliz las dificultades y trabajos, solicitándote y favoreciéndote tanto en su Congregación el Sr. Obispo (de Teruel y después de Guadix), el Sr. Rincón". Y el R. P. Hitos tenía el mismo interés, fuese a la Compañía de María, que se fundaba en Santa Fe de Granada.

¡El Señor me prendió a su cruz y me quería víctima de amor y reparación adorándole en el Santísimo Sacramento!..., y después obedeciendo sin excusas a la Santa Iglesia que nos había de trazar el camino, por sus prelados y ministros, íbamos al fin principal de nuestra vocación

eucarística, reparadora, mariana, que hace tantos años venimos viviendo en medio de las mayores dificultades y pruebas.

I

En nuestras sagradas Constituciones, en el cap. XXI, 213-214, nos da muy bien expresado lo que ahora os quiero decir, al daros a conocer los deseos del Corazón Eucarístico de Jesús en este día memorable del 18 al 20, que el Señor grabó en mi alma su voluntad santísima, su ley para esta Congregación, que bendeciría el Señor con abundantes gracias si amamos y guardamos las Constituciones, que Él nos dio diciéndonos a todas en aquella noche dichosísima que como el Jueves Santo teníamos solemnemente expuesto el Santísimo Sacramento y se celebraron misas desde las 12 de la noche del 19 de marzo a las 12 del día 20 de marzo de 1913, aniversario de la seráfica madre santa Clara.

Las sagradas Constituciones, cap. 1º, dicen: "Las religiosas Capuchinas Clarisas de la Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios, observan la primitiva Regla de santa Clara, cuyo fin general es la perfección y santificación de las religiosas mediante los tres votos: de obediencia, castidad y pobreza, a los que se añade, como nota peculiar, la adoración perpetua al Santísimo Sacramento, en la que ofrezcamos nuestras oraciones por la salvación de las almas y en reparación de las injurias (sacrilegios y profanaciones de las almas consagradas) que tan frecuentemente se infieren a Jesucristo en la Santísima Eucaristía".

Como ven, mis amadísimas madres y hermanas en Jesucristo, esto hizo sentir el Señor en mi alma en esa primera fecha que os indico del 18 al 20 de marzo, y más tarde en Asís, el 21 de noviembre, me lo confirmó la seráfica madre santa Clara, cuando con muchas lágrimas le pedía me manifestase la voluntad del Señor en aceptar o no lo que en Roma me aconsejaron aquellos venerables prelados (a quien iba recomendada).

Después de tres largas horas de oración y lágrimas, el Corazón Eucarístico de Jesús oyó mis ruegos y lágrimas y por la seráfica madre santa Clara nos dio su voluntad santísima en estas palabras que dieron fortaleza y ánimo a mi acongojado espíritu (curó el dolor de costado que llevaba, que me hacía imposible seguir el viaje); me pareció que levantándose de su urna la gloriosísima madre santa Clara me abrazó y curó el dolor de costado, quedando completamente buena y bendiciendo los trabajos padecidos hasta entonces, me dijo: "Nuestro Señor Jesucristo, por su Madre Inmaculada, se ha dignado favoreceros con esta transformación de vida que, sin tú entenderla, ha de dar muchísima gloria a Dios y a la santa Iglesia, padecerás grandes penas y persecución, aún de aquellos más favorecidos... No vaciles y sigue el Espíritu Santo que te dirige, y Él, por sus legítimos prelados, te llevará al fin, y *éste es mi espíritu y mi voluntad, que aceptéis lo que la santa Iglesia os apruebe, y unidas, sumisas y obedientes a los prelados de la santa Iglesia*, me tendréis por madre, sierva bajo la protección y amparo de la Virgen Santísima

nuestra Soberana Reina de Cielos y Tierra, Madre de Jesús y madre nuestra María Santísima... Imítala siempre, que Ella cuidará de vosotras con especial predilección".

En aquel segundo de cielo, pues una luz clarísima y singular que iluminó aquel templo tan obscuro (llovía mucho y la compañera salió a ver si escampaba para irnos a visitar San Damián), parecíame ver a la Santísima Trinidad con la Santísima Virgen y la seráfica madre santa Clara y padre san Francisco (a quien acabábamos de visitar en su sepulcro) con muchos santos y ángeles... se parecía la gloria inefable del Cielo, que no se puede expresar ni por escrito, ni de palabra. Allí creí recibir del Espíritu Santo, que me envolvía en una nube de luz y me escondía en las llagas gloriosísimas y resplandecientes de Jesucristo... donde dentro de su divino corazón me hizo ver las innumerables almas que salvaríamos en recoger las pequeñitas abandonadas, para transformarlas en Cristo, para formar la nueva generación de cristianos verdaderos bajo la santa Iglesia Católica Romana. No sé deciros más... Nada pude explicaros cuando os decía que en Asís nos mostró el Señor su ley (como en Sinaí lo viera Moisés...). Sólo por *obediencia* escribo hoy estos sentimientos del alma, muy próxima a morir, y pensando que estas reflexiones que hoy quiero haceros, no las leeréis hasta después de mi muerte, con una luz especial del Señor, que por intercesión de nuestra dulcísima madre María Santísima del Amor Hermoso (de quien fui indigna camarera los 33 años que viví en San Antón), Medianera de Todas las Gracias, 31 de mayo de 1896, dentro de su corazón inmaculado a quien me consagré al hacer mi entrada en religión, y en el Consejo, por cedulitas que la santa y venerable Abadesa que me recibió, madre Bruna de la Soledad Collado (q.e.p.d.), me pusieron el nombre que había de llevar hasta la muerte, sor María Trinidad del Purísimo Corazón de María, y en sus sagradas imágenes, *en sus Dolores* y en la del Amor Hermoso, representaba su corazón inmaculado de madre amantísima, a Ella me acogí, y viví confiada en su maternal y purísimo corazón donde tantas veces me hacía sentir y ver a toda esta amada Congregación encerradas, las presentes y futuras, como las perlas en su preciosa concha de oro purísimo de caridad y amor con Jesús Eucaristía, allí nos tiene escondidas y presas la divina Madre, enseñándonos a adorar y reparar a Jesucristo Sacramentado en *espíritu y en verdad en el Santísimo Sacramento*, delante del tabernáculo por turno, y en los sacrificios de vida activa en las almitas de las pobres niñas abandonadas, que serán enseñadas a amar y adorar a Jesucristo Señor nuestro en la Sagrada Eucaristía, y en todos los momentos de la vida irán al trono de la Santísima Trinidad aquellos sacrificios que unidos en holocausto de reparación y amor a la vida de mortificación y adoración, recibirá la gloria y amor que de nuestro espíritu inmolado, espera Jesús, en la sagrada Eucaristía ¡fuente de vida de dichas y felicidad!, que no la da el mundo ciego que, lejos de Dios, quiere perder las almas...

¡*Animaos*!, madres y hermanas carísimas... llevar muchas almitas a la fuente de vida, a la Sagrada Eucaristía, que laven la lepra de tantas maldades, como las malas doctrinas envenenan

a los incautos e inocentes, grabar la fe y amor de Jesucristo en las almas pequeñas, procurar imprimir en ellas a Jesucristo "*camino verdad y vida*", y unido a la adoración y plegaria que dentro de casa se eleva al cielo, con las que adoran en el sacrificio y en el trabajo... haremos esa misión hermosísima que el Señor espera de nosotras.

S. Trinidad del P. C. de María.

L2 C3 (41-47)

Paz y Bien

Lisboa, 24 de junio de 1943

Fiesta del santísimo Corpus Christi

¡Nuestra gran Fiesta! ¡Día del Amor!

Muy reverendas madres y hermanas carísimas en las entrañas de caridad y amor del Corazón dulcísimo de Jesús camino verdad y vida, y en el de nuestra Inmaculada madre María Santísima, Señora nuestra.

Desde el 20 de noviembre que nos llegó la primera noticia de la aprobación de la santa Iglesia de nuestras Sagradas Constituciones el 31 de octubre en la cual aprobación intervino N. S. S. Padre Pío XII, me sentí tan impresionada y agradecida a la misericordia de Nuestro Señor que me dejaba ver en esta vida la aprobación que venía esperando llena de fe hacía cuarenta años.

No puedo ocultarles, hermanas carísimas, que el peso y la responsabilidad tremenda que vi venía sobre mí me aplastó ante mi inutilidad completa en todos sentidos para cumplir fielmente a la letra y sin excusas lo que Dios nuestro Señor nos pide hoy, no ya como un deseo o una inspiración, sino una ley salida del Corazón amorosísimo eucarístico de Jesús, nuestro divino y único modelo.

Jesús, víctima de amor, nos pide la perfecta unión con él entre sí, como a sus discípulos en el Cenáculo bajo la dirección y gobierno de su Madre purísima y madre nuestra, María Santísima.

Y Jesús mirando mi pequeñez y miseria parecía reprenderme misericordiosamente y levantándome de la postración en que creía morir bajo el peso que sentía, con esa mirada divina y misericordiosísima de Jesús me sentí alentada y fortalecida, llena de fe, que siendo obra suya y de su Madre Santísima a quien la encomendó mostrase a sus Capuchinas Clarisas Eucarísticas el camino de víctima y de adoración perpetua que ella andó desde su Encarnación hasta el Calvario: muriendo con él y viviendo en espíritu de inmolación, reparación y desagravio con Jesús en la Eucaristía adorándole perpetuamente, como le ofrecimos desde que nos mostró el camino a seguir; y que vosotras me seguisteis con tanta abnegación y fe hace veinte años a pesar de la guerra tremenda que nos hizo el infierno.

El Señor, en su misericordia y amor sin medida, os dio fortaleza amor y fe para pasar cuantas pruebas y dificultades aparecieron en nuestro camino de tantos años. Y ésta fue la mayor prueba que la obra era de Dios, al ver vuestra constancia y generosidad para esperar siempre contra toda esperanza. Vuestros ojos los vi siempre fijos en Jesucristo sacramentado y en la madre María Santísima que él nos legó en la santa Cruz al morir.

Ya hoy, carísimas madres y hermanas, nos entrega el Emmo. Sr. Cardenal Patriarca el hermoso Decreto aprobado, con un encargo especialísimo de que se cumplan a la letra y las haga cumplir, cargándome estrechamente la conciencia para velar su observancia y poner todo empeño en dar a Jesús Sacramentado muchas almas que le adoren y desagravien de los muchos pecados, sacrilegios que se cometen contra este augustísimo y adorable sacramento a quien adoramos en espíritu y en verdad desde que el inolvidable y santo Emmo. Sr. Cardenal Casanova lo pidió a Roma el año[7] la gracia singularísima de la adoración que ya empezamos por devoción el año 1912 por privilegio al Centenario de nuestra santa madre Clara en San Antón.

Al comunicaros ya, mis amadísimas hijas en el Corazón eucarístico de Jesús y el de nuestra madre María Santísima, que el Corazón de Jesús sacramentado, en su gran fiesta, nos entrega la ley que su divino Corazón nos da por su Vicario en la tierra aprobada y bendecida, y en su nombre el Emmo. Sr. Cardenal Patriarca, nuestro amado y santo Cardenal Protector Patriarca de Lisboa, con el mayor reconocimiento de la más profunda gratitud, después de unos días de acción de gracias a Jesús Sacramentado y nuestra Madre Santísima en esta iglesia de Nuestra Señora del Carmen, a los pies de su altar junto al sagrario donde tantas lágrimas he derramado en las horas de adoración, que a solas con Jesús solo en las altas horas de la noche, desahogando mi corazón agradecido a tanto amor y misericordia con que ha cubierto mis grandes miserias y pecados, poniendo el manto de su preciosísima Sangre y de su Madre Santísima sobre mis grandes pecados, para que no os asustéis y miréis con amor su divina voluntad manifestada tantas veces y de distintas maneras: “La sed de almas víctimas que le adoren en espíritu y en verdad en el Santísimo Sacramento, adorándole día y noche en reparación, expiación y desagravio de los pecados y sacrilegios que se cometen diariamente contra el Santísimo y augustísimo Sacramento del altar”.

Queriendo llegue esta carta a todos nuestros conventos, presentes y futuros, después de agradecer a Jesucristo, nuestro Señor y Padre misericordiosísimo, la dignación que tuvo al escogernos con un amor y predilección especialísima de su amantísimo Corazón hacia nosotras que nos eligió por sola su misericordia. Quiero agradeceros cuanto por esta causa habéis trabajado tantos años, con tanto fervor y amor de Dios, cooperando con tan ardiente celo a la cooperación de esta obra tan amada del Espíritu Santo, que unidas en espíritu y en un ideal, su amor, nos ha tenido reunidas junto a su sagrario de amor, hasta que llegó la hora

de su divina misericordia..

_____

7 Deja blanco para poner el año

Una cosa voy a pediros por el grande amor que tenéis a Jesús dulcísimo, a su adorable Corazón en la sagrada Eucaristía: “Amaos los unos a los otros, como yo mismo os he amado” (Jn 13,34; 15,12). Estas palabras dulcísimas del divino Maestro quisiera se grabaran en nuestras almas como dichas a nosotras mismas desde el augusto tabernáculo a quien adoramos y buscamos a cada hora del día para saciar la sed de amor que enciende en nuestras almas en esas horas felices de adoración que cada día y noche ofrecemos en reparación de tantos corazones que le odian y ofenden.

Pues así, hermanas carísimas, quiero pediros de rodillas, y por el Corazón Inmaculado de nuestra madre María Santísima os suplico con todo el amor que ella me da para amaros con entrañas de madre aunque indignísima menor sierva y esclava, os pido y repito os améis de verdad con amor humilde y paciente como Jesús nos amó; que viváis unidas siempre como esposas del que nos mandó amarle como el más grande y mayor de sus mandamientos, y que sus apóstoles y discípulos vivieron con un solo corazón y un espíritu.

Somos suyas, nos quiere y nos pide la imitación perfecta de su vida de víctima, y para cumplir sus mandamientos y su ley bendita nos escogió por sola su misericordia a esta dilectísima vocación eucarística donde tantos años venimos consolándole y haciéndole compañía.

Sí, quiero pediros y repito mis súplicas a vosotras todas mis carísimas madres y hermanas, amaos con la caridad de Jesús y María, nuestra dulce madre, amaros en obras, imitar al divino modelo Jesús, vuestra caridad sin egoísmos, sin quejas, sin murmuración, humilde y obediente como Jesús y María. ¿Con quién habló la santísima Virgen María, nuestra dulce madre, dónde dejó, ni de palabra, ni por escrito las grandes y heroicas virtudes de su vida?... ¡sus ejemplos santísimos!... en el Calvario. ¿A cuánto de aquellos crueles enemigos que daban muerte a su Hijo santísimo se quejó?

Hijas mías, acordaos bien llevar en la memoria y en el corazón las palabras que tantas veces rezamos: “Dios es caridad...” Pues hijas del alma, si somos de Dios y nos consagramos por voto a vivir con él víctimas de amor y reparación, aprendamos bien su doctrina hermosísima y siguiendo fielmente nuestra misión de adoradoras perpetuas de la sagrada Eucaristía, ya sea en el tabernáculo, en el altar, en el sagrario, o en nuestro propio corazón por la sagrada Comunión, tened fe, yo os lo aseguro en nombre de la Santísima Trinidad, que si obedientes y fieles al altísimo compromiso que hemos contraído al abrazarnos con los votos sagrados a este santo Instituto de Clarisas Capuchinas de la Sagrada Eucaristía, seréis

selladas en el Cielo con la marca del divino Esposo, su Sangre divina será la vestidura de boda, que las almas víctimas le seguirán con corona de gloria, cercando su trono harán alabanza y adoración en compañía de los ángeles y serafines que le adoran y alaban en el Cielo eternamente.

Únanse, pues, hermanas carísimas, con María, nuestra dulce madre al Corazón eucarístico de Jesús, únanse todas entre sí en espíritu y en verdad, como si fuésemos cada una Jesús víctima, como almas identificadas con él en la santa Eucaristía que cada día nos admite a su mesa, nos alimenta de sí mismo, nos calienta contra su corazón como calienta la gallina bajo las alas su polluelos, nos fortalece, nos enseña, nos consuela y alienta, únanse con él y con su divina Madre, y llenos de fe... con nuestros ojos fijos siempre en Jesús y María, no temáis, caminad llenas de santo orgullo tras él, como le seguían los discípulos atraídos por la fuerza suavísima e irresistible del divino Maestro Jesucristo.

Después de tantos trabajos padecidos por acercarle las almas consagradas a la sagrada Eucaristía, y cuando agotada de años y fuerzas me creo ya cerca de la patria y a las puertas de la eternidad espero a que él me abra la casa de mi Padre celestial, entonces me siento con una fuerza sobrenatural que me obliga a gritar, como el seráfico padre san Francisco decía: “Que el Amor no es amado”.

Yo os repetiría con aquel ardor seráfico que le pido siempre para todas sus hijas. Para seguir al divino Jesús, maestro dulcísimo, hemos de imitar sus ejemplos y cargar con su cruz y caminar tras él por la estrecha senda de la abnegación y la renunciación de nuestro gusto por la humilde obediencia. No nos engañemos, la vida de una clarisa capuchina víctima de Jesús no es vida de satisfacciones y gustos.

Sé que vuestra vida de mortificación y penitencia es gratísima al Corazón eucarístico de Jesús, que espera que vuestro ejemplo atraiga muchas almas generosas que sigan nuestra vida de mortificación, adoración y de víctima; conozco algo vuestras ansias de amor eucarístico y que a imitación del seráfico padre san Francisco, enamoradas de la divina víctima, queréis pagarle sacrificio por sacrificio, amor por amor y vida por vida. Que inmolándose en la cruz crucificadas con él por los santos votos, os sentís ansiosas de reparar con Jesús víctima de amor.

Y con grandes deseos de dar a Jesús almas reparadoras o víctimas de expiación y desagravio, os ruego no dejéis vuestra hora de adoración, que desde el principio, año 1925, venimos practicando con tanto fervor y entusiasmo.

Ya, gracias a su infinita misericordia, la santa Iglesia acaba de aprobarnos nuestro nuevo Instituto y es hora de renovarnos, de empezar con el mismo entusiasmo que el año 1925. Hijas mías, escuchar atentamente a Jesús en el fondo del sagrario, oculto en el sagrado copón como en el sepulcro, pero vivo y glorioso. No oís una voz dulcísima que os dice

mostrándonos su Corazón abierto: “Vosotras, dilectísimas, que escogisteis por mi amor la vida de adoración y mortificación, ¿no queréis cumplir lo que falta a mis padecimientos? y conmigo víctima constante inmolada en el altar renaciente todos los días y en el sagrario, siempre para aplacar la justicia de mi Padre pronta a estallar contra el mundo culpable”.

A nosotras, me parecía oír (cuando monseñor H. nos leía el hermoso Decreto de aprobación ejecutado) al divino Maestro desde el fondo del sagrario dirigirnos aquellas palabras de la Sagrada Escritura, sí a nosotras que muchos nos miran con desprecio, pareciéndoles a muchos... que nos hemos apartado de los caminos que marcaron nuestros gloriosos fundadores, padre san Francisco y madre santa Clara, ¡ahora!, cuando nos hemos internado dentro de sus seráficos espíritus y enamorados de la humildad y abnegación que la santa pobreza lleva en sí y con él y sello divino de Jesús en la Eucaristía, y como os digo, el dolor que mi corazón sentía al leer lo nuevo y parecer quedábamos nosotras así... al margen de las antiguas, que van apoyadas con gloria en lo antiguo, el Corazón eucarístico del divino Maestro tiró el velo de estos sentimientos humanos que anidaban en lo más íntimo de mi corazón y nos decía con Isaías: “Los restos de Sión y de Jerusalén vendrán a ser una nación santa y sus nombres serán escritos en el libro de la vida para siempre”. Ahora el Señor, por un soplo de justicia y de misericordia, y por un viento abrasador de amor ardentísimo y predilección amorosísima de su Corazón eucarístico, ha purificado a las hijas de Sión.

Estas hermosísimas palabras que había meditado hace días y que no comprendía por qué mi espíritu aturdido de tantas cosas contrarias *oraba* con Jesús en Getsemaní y en el Calvario durante algunos años, como una flecha o chispa de fuego me quemó los velos que ocultaban el misterio de amor que la Santísima Trinidad ocultaba en el Corazón Inmaculado de María santísima, nuestra dulcísima madre, esta predilección de amor a nosotras las Clarisas Capuchinas de la Sagrada Eucaristía para estos últimos tiempos, de confusión y de sacrilegios, a nosotras nos reservaba, nos escogía el Señor, de entre mil o sin número de almas santas que se consagran a su santo servicio, escogionos lo más pequeño y miserable para darnos la aprobación el mismo día 31 de octubre de 1942, que el Santo Padre, el Papa Pío XII, consagraba el mundo al Inmaculado Corazón de María. Nos firman la Sagrada Congregación la aprobación después de veinte años o más que tenía pedida al Emmo. Cardenal Arístides Rinaldini y por medio de tantos prelados...

Y hoy nuestro corazón, lleno de la más profunda gratitud, os comunico a todas, rogándoos hermanas carísimas de mi alma, os animéis y llenas de santo entusiasmo, empecemos con fe aquello de la misma Sagrada Escritura: “Bienaventurado aquel que va estudiando en su corazón los caminos de la santidad y entiende sus arcanos yendo detrás de ella como quien sigue su rastro pisando siempre sus huellas”.

En este sentido quiero deciros algo más, que agradezcamos este don inefable de Dios

que a nosotras, sus pequeñas adoradoras víctimas de amor y reparación, sus Clarisas Capuchinas de la Sagrada Eucaristía, con sentimientos de profunda humildad, imitando al seráfico padre san Francisco, humildísimo no de apariencia, sino verdadera, íntima, de espíritu y de corazón agradecido, viviendo crucificado con Cristo, moraba más en el cielo que en la tierra.

¡Oh Jesús!... Sin humildad no vendrá a nosotras la virtud del Espíritu Santo, que habita y llena de su amor los corazones humildes como el de nuestro seráfico padre san Francisco, su voluntario abatimiento y su baja estimación, es lo que atrajo a sí aquel torrente de amor y gracias que recibió en la impresión de las sagradas Llagas, que después de siete siglos vive el espíritu de humildad y amor en todos sus hijos.

Tenemos muy frecuentes ejemplos de grandes caídas, donde falta la humildad, mostrándonos la experiencia que donde no hay humildad verdadera, no mora ni está el Espíritu Santo y que allí donde está de asiento la humildad se halla, y que él busca para descansar los corazones humildes y vacíos.

Si pretendemos cumplir con los deberes que nos imponen las sagradas Constituciones, y damos al Corazón eucarístico de Jesús e Inmaculado de María la reparación y amor que nos pide a nosotras las Clarisas Capuchina de la Sagrada Eucaristía, por obligación debemos ser humildes y con nuestra mirada en su Corazón divino aprenderemos a seguirle, si queremos que Jesús descanse en nuestro corazón y sea nuestro ideal la virtud de la humildad que la Santísima Virgen María, nuestra dulce madre, practicó en toda su vida mortal, que mereció esa fecundidad divina que atrajo a sí las mayores gracias.

Pidan al Señor, mis amadas madres y hermanas, que cumplamos fielmente nuestras santas Constituciones como dadas por Dios nuestro Señor, pues su Vicario en la tierra ha bendecido.

Desaparezca ya de nosotros todo cuanto no se conforme para que renovándonos en el fuego eucarístico del Corazón sacramentado de Jesús, nuestro corazón, palabras y obras repitamos con la santa Iglesia en el oficio del santísimo Corpus Christi, a quien adoramos: “Recedant vetera, nova sint omnia, corda, voces et opera”. “Que desaparezca, que se borre, que se quite lo viejo para que todo se renueve el corazón, las palabras y las obras”.

Que así, carísimas hermanas de mi alma, pidan y hagan pedir esta gracia para todas nosotras presentes y futuras, y que junto con Jesús María y José nos presentemos ante el tribunal divino, pudiendo oír al divino Juez Esposo amantísimo de nuestras almas: “Venid benditos de mi Padre...” que por vosotras espero del Señor.

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María

[Carta a sus religiosas. Lisboa, 15-7-1943]

J.M.J.

"Mi vivir es Cristo y mi morir ganancia" (Flp 1,21).

Lisboa, 15 de Julio de 1943

A mis amadas madres y hermanas en Jesús Hostia:

En el cap. II de nuestras sagradas Constituciones, art. 11, 19 y 20, nos da muy detalladas las obligaciones que nuestra santa vocación nos impone, para formarnos según los deseos manifestados por Dios nuestro Señor y su Madre María Santísima en tantas ocasiones por medio de prelados y padres sapientísimos y santos, que el Señor puso en nuestro camino en los 53 años de vida religiosa, sin que ninguna contrariedad, persecución y lucha nos haya apartado de este camino tan marcado por el Espíritu Santo para nuestro provecho espiritual, bien de las almas de niñas pobres abandonadas, que tanta gloria darán al Señor en nuestro santo Instituto, que se consagra a la vida mixta: adoración al Santísimo Sacramento y con este fuego sellar en las almas pequeñitas el amor de Dios... para lo cual nos pide ser víctimas inmoladas, haciéndonos hostias con Jesucristo Hostia como fieles esclavas.

En el art. 11 dice: "Nuestra vocación nos obliga a desagraviar al Corazón Eucarístico de las ingratitudes de los hombres... adorándole nosotras en espíritu y en verdad, ya que nuestra vocación nos ha consagrado a la adoración y reparación de las injurias y agravios que Él recibe en el santo tabernáculo".

Aquí tienen, mis amadas hermanas e hijas carísimas, uno de los brazos que abraza nuestra unión con Jesucristo Hostia y nos pide hacernos hostia con Él en el santo sacrificio de la Misa, y en las escuelitas de las niñas pobres es el segundo brazo, qué nos pide para consumar con Él nuestro sacrificio e inmolación.

Primero: Nos quiere víctimas y cooperadoras en su sacrificio de Reparador y Redentor del género humano, en unión con el Corazón Inmaculado de su Madre María Santísima; nos pide el sacrificio que más nos cuesta, ofreciéndonos con Él en el Corazón Inmaculado de la Virgen, nuestra madre, al pie de la Cruz corredentoras, en la vida mixta y uniendo todas las almas a Jesucristo por María en la sagrada Eucaristía. Y aquí tenéis el art. 19 y 20. Nuestra

Congregación está siempre bajo el amparo y protección de la Santísima Virgen Madre de Dios y nuestra madre... "Procuren también las hermanas imitarla en su humildad y pobreza seráfica, y venerarla al pie de la Cruz, cuando ofreció su Hijo al Padre Eterno por la redención del mundo y la salvación de los pecadores", en sus manos pone la salvación de las almas y a nosotras nos pide más sacrificios e inmolación que es éste segundo brazo que nos pide.

Segundo: Nuestra vida mixta, en ayudar a las almas de las pequeñas en escuelas gratuitas o asilos, es para nosotras, llamadas por vocación especialísima del Señor a la vida de adoración al Santísimo Sacramento, *nos exige mayores sacrificios*... y sin un amor de Dios *a toda prueba*, temo mucho, no lleguemos a cumplir los designios del Señor en nuestro santo Instituto, pues sintiendo en nuestras almas esa fuerte abstracción a la vida de contemplación en la adoración del Santísimo Sacramento... tener que dejar a Dios por Dios y por su gloria, es la mayor prueba de nuestro amor... *es esa adoración en espíritu y en verdad que nos ofrecimos por voto*, es la vida de apostolado, de salvar esas almas pequeñitas que no conocen a Dios ni le pueden amar por el ambiente de vida que viven... trabajando con ellas por obediencia, formando el corazón de esas niñas abandonadas y pobres ¡*de Dios*!, y educándolas verdaderas cristianas en el santo temor de Dios, capaces de llenar santamente los deberes de la religión y de la piedad, según su estado, sin la cual instrucción y maternal enseñanza, serían cristianas indignas de este gran nombre, por la corrupción de costumbres y la indiferencia de sus padres, se criarían en vanidades, inmoralidades y libertades indecencias... tal vez escandalosas a la sociedad en que podrían dar ejemplos y edificación, bien formadas.

¡Hijas mías! Si lográsemos con nuestros sacrificios y trabajos darle a Jesucristo estas almas capaces de conocerle amarle y servirle espiritual y verdaderamente en el estado en que la divina Providencia las coloque, enseñadas y cultivadas con ese espíritu de fe y amor de Dios, serán predestinadas, dignas de glorificar a Dios eternamente que sin esta formación y cultivo, tal vez no se salvarían.

Pero como digo antes, *temo mucho* que nos entreguemos demasiado a esta vida activa, abandonando el espíritu de oración y recogimiento, creyéndonos desligadas de esa adoración y recogimiento interno en Dios que ha de darnos la fuerza y espíritu de apostolado, y aplico a nosotras aquella doctrina de los Santos Padres de la Iglesia. Según esto, cuando oímos decir *vida mixta*: no se engañe nadie pensando que esta mixtura se hace de recogimiento y de vagueación, de silencio y de conversación, de oración y de distracción; porque de mezcla de cosas tan contrarias no puede resultar sino pelea; ni puede tener la pelea otro fin sino la victoria de una parte con destrucción de la contraria. Esta mezcla se hace del trato con Dios, y del trato con los prójimos para llevarlos a Dios. Con esta diferencia, que el trato con los prójimos tiene su tasa, conforme a la medida que pone la obediencia y reglas de nuestro Instituto. Pero el trato con

Dios se mira como fin que se desea por sí mismo y así no tiene otra tasa; y para mayor luz de esta materia y para excusar engaños e inconvenientes que podían resultar declinando a cualquiera de los dos extremos, pondré aquí parte de una carta de nuestro P. Claudio: (hasta aquí el P. Palma)

"Y porque los puntos que hemos tocado son de mucho peso y momento, recogeré en pocas palabras lo que está dicho acerca de la diferencia que hay entre el modo de orar de uno de los nuestros (conviene a saber, de los que profesan la vida mixta) y de un puro contemplativo, como si dijéramos de un cartujo o de otro cualquiera. Porque lo primero, el tiempo en el uno y en el otro es diferente: porque éste gasta todo el tiempo que puede, supuesto que no tiene otros (ministerios) o negocios en que ocuparse, aquél con los muchos negocios que se dan la mano unos a otros, le es forzoso interrumpir el trato interior muchas veces".

Dios nuestro Señor, con una providencia admirable, por medio de los prelados, nos puso bajo la dirección de los padres de la Compañía de Jesús; cuando en la fundación de Portugal el Sr. Nuncio al bendecirnos paternalmente nos dijo: "Vayan a los padres jesuitas españoles y díganles de mi parte que las tomen bajo su dirección y les ayuden a conservar ese espíritu que las guía y que yo bendigo".

Después, al ir a Orense y pedirle al Sr. Arzobispo (Emmo. Sr. Cardenal Parrado) nos concediese trasladar el noviciado de Granada a Sobrado, nos dijo: "No les concederé el permiso mientras los padres jesuitas no me digan cuidarán y responderán de ustedes", y R. P. Hernández, S. J., le contestó aceptando su encargo.

Pruebas tan claras como éstas tengo de otros prelados, como el Emmo. Sr. Cardenal Patriarca, y en todas he visto clarísimamente, como la luz del día, ser esta la voluntad de Dios que deseo cumplamos fielmente, y siempre encontraremos claridad y luz para seguir este camino de esta transformación que por medio de la santa Iglesia nos dio el Corazón Eucarístico de Jesús por su Madre Inmaculada María Santísima.

En toda mi vida busqué con ansias conocer la voluntad de Dios y cumplirla fielmente, y todos los días al rezar el Pater noster (aun siendo niña) sentía especial fervor al repetir las palabras "hágase tu voluntad".

Con este fin, era muy inclinada a buscar directores sabios y santos, y el Señor me los dio muy santos y experimentados en la dirección de almas. Siendo educanda nos recomendó (mi primo el R. P. Hitos) a D. Maximino F. de Rincón, lectoral canónigo de la Catedral, que nos dio los primeros santos ejercicios y grabó en mi alma la meditación de la Pasión del Señor con tal fuerza y suavidad que de ella recibí la vocación religiosa; al poco tiempo le consagraron Obispo de Teruel y después de Guadix, donde murió, y nos pusieron a D. Hilario García Quintero, canónigo del Sacro Monte, tan espiritual y sabio que recuerdo me decía, "quiero hacer de ti una segunda santa Teresa", y ¿cómo me haría santa?... "amando a Dios con todo tu corazón, podrás

ser muy santa". Y aunque no conocía su vida, sí, su imagen (que tenía mi abuela en su oratorio) y pequeña le pedía la palma y gustaba tanto pasar muchos ratos mirando aquella preciosa imagen que la amaba sin conocerla. Después leí sus obras.

Pasados unos cinco o diez meses, ingresé como postulante en las capuchinas de San Antón y allí encontré al R. P. Ambrosio de Valencina, provincial entonces de Capuchinos, y desde la primera vez que me habló me repitió las mismas palabras que D. Hilario García Quintero: "Tienes que hacerte santa, hija mía, el Señor quiere de tu corazón amor como el de santa Teresa". Entonces le dije que pensaba si el Señor me quería carmelita; y muy enérgicamente me contestó: "*No*, no pienses en eso, tu madre será santa Clara y tu maestra santa Teresa; el Señor te mostró ya el camino y te puso en el, y has entrado con mucha rabia del demonio... ahora todos tus esfuerzos y tus ansias buscar a Dios, único amor que llenará los vacíos de tu corazón, y con ese amor sabrás sufrir con humildad las persecuciones y pruebas que serán muchas, y con ese amor correrás por el camino señalado por la divina Providencia..." etc. y termino con el último versículo del tercer Salmo de Prima: "Viam mandatorum tuorum cucurri..." (Sal 118,32).

Aquí me aparté de lo que deseaba pediros en esta carta, que quería contestar a todas las vuestras en una. Si todas y cada una pensáramos cómo nos llamó el Señor a su servicio en una vida de entregamiento y de inmolación, nos prepararíamos con oración para luchar en la pelea; pelea es la vida mixta que por amor de Dios hay que dejar las más de las veces a Dios por Dios... Pero si llenándonos en la fuente, al acercarnos cada día a la oración y hora de adoración, que tenemos de Constituciones, tenemos que obrar como dice el Señor: "Andad en mi presencia y ser perfectos".

Nosotras que pasamos la oración delante y en presencia de Jesús Sacramentado que nos es tan dulce y agradable, recordarle siempre donde quiera que estéis, y haceos cuenta que nos mira donde quiera que estemos, y con sus ojos divinos nos mira y nos sigue al través de los muros, sin nunca perdernos de vista... y obrando en su divina presencia conservaremos esa vida interior que Él nos pide y practicaron tantos santos, que en misiones y trabajos dieron su vida a los tormentos y a la muerte por salvarle almas, y con san Pablo podremos exclamar: "No vivo yo, sino que Cristo vive en mí" (Gal 2,20).

Hijas mías, como veis, escribo en esta libreta lo que siente mi alma, en ratos libres, que mi corazón siente necesidad de expansionar un poco mi espíritu con vosotras que conmigo vinimos buscando el tabor de la adoración, a Jesús Eucaristía, y nos encontramos en pleno calvario con su santa Madre María Santísima uniendo su sacrificio al de su santísimo Hijo en la cruz con Ella nos quiere cooperadoras de la salvación de las almas, y qué cosa más hermosa que seguir aquel que un día nos dijo: "Sígueme, y mira y obra según el ejemplar que te he mostrado".

Debemos santificarnos, pues con este fin vinimos a la religión, poniéndonos a ello seriamente hemos sido las primeras que nos llamó el Señor a esta nueva transformación de vida,

que por dignísimos prelados de la santa Iglesia nos fue aconsejada la voluntad de Dios clara y evidente en la aprobación que la santa Iglesia nos acaba de conceder, y ya no tenemos más Regla que las Constituciones aprobadas por la santa Iglesia y bendecidas por Su Santidad en la persona de nuestro santo prelado y Arzobispo de Granada, el Emmo. Cardenal Parrado, que acaba de decirnos a madre Teresa y a mí, que fuimos a visitarle con motivo de haber sido llamada por S. Emcia. Rvma. para decirnos fueron acogidas y bendecidas por Su Santidad Pío XII, a quien S. E. R. las recomendó con interés y intervino en nuestra aprobación con paternal benevolencia.

Como ven, amadas madres y hermanas en Jesucristo Señor nuestro, tenemos ya una Regla nueva, con el espíritu de pobreza y humildad de la seráfica Regla de la madre santa Clara; la que no podíamos observar ya, por algunas cosas derogadas y otras contrarían la misión de consagrarnos a llevar las almas de las niñas por medio de asilos y escuelas gratuitas de niñas pobres y abandonadas que parece era lo que el Corazón Eucarístico de Jesús nos pedía desde el principio; "¡Tengo sed de almas que me adoren, atraerme a la Eucaristía las almas de los niños pobres que me conozcan y amen".

Muchas almas de gran espíritu y alta contemplación decían en los principios de esta fundación: "No tengo vocación de vida activa, mi vocación es la que escogí, pero no puedo estar en la adoración media hora que no me sienta atraída por un celo ardiente como el de san Francisco Javier, que me echaría a las Indias y a tierra de infieles a salvarle almas".

En una ocasión otra de las nuestras que pidió permiso para retirarse 10 días de ejercicios para pedir luz y acierto a los directores de esta obra, y terminados decía llena de fe: "Madre, he conocido que Dios nuestro Señor la mueve, así me lo ha hecho ver el Señor, que como el Bautista en el desierto preparemos en la adoración y pobreza, nuestras almas con oración y penitencia, para atraer a las almas pequeñitas a la Eucaristía y grabar la fe y el amor de Dios en esas almas que serán las restauradoras del Cristianismo en la hora presente. 'La mies es mucha y los operarios pocos' (Mt 9,37). ¡Con nuestra madre María Santísima al pie de la Cruz y del tabernáculo cooperar a la salvación de las almas!... Trabajando en las niñas sin dejar nuestra vida de oración y penitencia, iremos hasta donde Dios nos pida ir... ¡Misionera eucarística iría a dar la vuelta al mundo!... buscándole las almas que los paganos tiran, las traería todas a V. R. para educarlas al calor de la Eucaristía". (Año 39. N. S. de N. Sra. de Gádor S. J. del C. de Jesús).

Una leguita que había padecido dos años de trabajos y destierro, venía como un apóstol, y trabajó incansable por llevarle las almas a Dios, haciendo lamparillas iba vendiéndolas para sustentarse al par que se servía de aquel invento para introducirse en las casas, y enseñarles con encantadora sencillez el Evangelio y la Doctrina cristiana.

Como les decía, y me aparto de lo que venía diciéndoles, a todas mis amadas hijas en Jesucristo que seguisteis al divino Maestro, acompañando a nuestra madre María Santísima en la pasión de su Hijo santísimo participando de sus dolores y trabajos por salvarnos.

¡Oh Jesús mío dulcísimo, tan amado de vuestras pequeñas esclavas víctimas de amor y reparación de la santa Eucaristía, donde queremos adoraros siempre en espíritu y verdad!... Concédenos la gracia especialísima de cumplir fielmente vuestra voluntad santísima, en esta nueva transformación de vida que nos dais, Señor, en las Constituciones aprobadas por la santa Iglesia, como Regla que amemos y cumplamos fielmente en este santo Instituto, *sin cambios, sin variaciones* y sin introducir en ellas nada extraño por santo que sea, que no esté en este pequeño librito que como ley del divino Corazón de Jesús nos dio en la adoración de la Sagrada Eucaristía a sus pequeñas e indignísimas esclavas víctimas de reparación y amor.

Pensad a lo que hemos venido a este santo Instituto. ¿Quién nos llamó [a] abrazar esta Congregación en los momentos más difíciles?... El Señor sin merecimiento ninguno nos abrió las puertas de su tabernáculo para que nos entregásemos de veras a su santo servicio... Que Él hiciese de nosotras, de nuestro corazón y alma, ese granito de trigo que en el fiel cumplimiento de estas Constituciones serían la piedra de molino, que dejándonos moler por inmolación generosa y voluntaria sería ese grano blanquísimo que Jesús busca con amor para hacer las pequeñas hostias que con Él se ofrecerían en el santo sacrificio de la Misa al Eterno Padre, que confió la masa al Corazón Inmaculado de María Santísima nuestra madre, para que modelara las hostias en su corazón purísimo y Ella nos ofreciera con su Hijo santísimo al Padre Celestial en reparación y desagravio.

¡*Esta es nuestra vida*! ¡*De esclavas víctimas de la Santísima Eucaristía y Madre de Dios*!, y es el modelo que nos dio el Corazón dulcísimo de Jesús al pedirmos le adorásemos en el Santísimo Sacramento, y le atrajésemos a la Eucaristía las almas de las pequeñitas abandonadas.

Observar, hijas carísimas, las sagradas Constituciones y cuanto sobre ellas os dejo escrito, en la multitud de cartas que os dejo escritas, y de palabra, cuánto os tengo encargado y suplicado sobre vuestro amor y fidelidad a nuestras Constituciones. *Estas son nuestra Regla* aprobada por la Sagrada Congregación y bendecida por su Santidad Pío XII. Practicar las virtudes que os enseña.

Debemos bendecir al Señor y darle gracias por la amorosa providencia que nos dirige a pesar de la humildad y pobreza con que va desarrollándose la Congregación, amadla de corazón como a madre que nos recibió en su seno, y nos alimenta como el pajarito que ni tiene donde guarecerse en los días de la tempestad... Ella nos lleva al Corazón Eucarístico de Jesús y nos esconde y libra de las astucias infernales, ocultándonos para formarnos en las virtudes y vida de abnegación y obediencia que hará atraer las gracias y bondad del Espíritu Santo que os

comunicará sus dones, se extenderá la Congregación, afluirán las vocaciones, si nosotras cumplimos las Constituciones amándolas como Regla dada por Dios y bendecida y aprobada por la santa Iglesia. Ella os guiará a la perfección, y observándola os santificaréis. Ella debe ser el alma y vida del Instituto, porque si toda sociedad consiste en la autoridad que es donde se encuentra su fuerza y su centro, quien no obedece y ama su Regla desarma la autoridad y mata la familia de la Madre de Dios, que es la Congregación que abrazamos, y nos obliga a serle fieles hijas que santifiquen la Regla con su observancia; y para que el Instituto atraiga vocaciones y almas de temple, tienen que ser como los rayos del sol y que comuniquen el calor y fuego de amor que extiende sus rayos de luz y que caldea los corazones más helados con el calor seráfico y eucarístico que las abrase, pues solo el ejemplo de vuestras virtudes, y seriedad de vuestra vida, atraerá esas vocaciones verdaderas que llenaron los conventos y desiertos de santos, cuanto más humildes y escondidos más resplandecieron en el cielo de la Iglesia Católica.

Próxima a morir, como sabéis, cargada de años y enfermedades os dejo mi última voluntad en carta, que querría firmarla con la sangre de mi corazón si el Señor me concediera la gracia del martirio que, como sabéis, iba en busca de él cuando embarqué en Tetuán para ir en busca de las ovejitas que el lobo infernal llevó de Berja a Almería el año 37. ¡Cómo sufría mi alma los dos años que el palomarcito de la patrona Nuestra Señora de Gádor quedó desierto y los gavilanes se hicieron dueños del palomar! Gracias a la divina Madre que las acogió bajo su manto y las libró de sus garras.

¡Cuántas gracias debemos al Señor, hijas de mi alma! y ¡cómo flotaba la pobre barquilla sobre las aguas del diluvio... sin que sus olas le tocasen para hundirla! *Jesús iba con ella y las confió a su Madre María Santísima*.

Hijas mías (repito), como os suplico para terminar, *amar y observar las Constituciones como vuestra Regla* (que conserva el espíritu de pobreza y humildad de nuestra seráfica madre santa Clara, en ella bebimos su espíritu y conservamos lo que la Santa nos reservó para estos tiempos ¡*la adoración y amor a la sagrada Eucaristía*! y su espíritu de humildad y pobreza, que tenéis en las Constituciones, que la Santa Iglesia acaba de aprobarnos.

Ahora nos pide nuestro Señor por su Madre Santísima, que abracemos su ley en las sagradas *Constituciones*, que la santa Iglesia acaba de aprobarnos, y no os dejéis engañar de los que van en contra de ellas; debéis prestar vuestro concurso, para hacerlas crecer y amar por las obras de caridad en educar y enseñar a las niñas pobres y abandonadas, llevándolas a la sagrada Eucaristía por nuestra madre María Santísima, formándolas corderitos de la Virgen Santísima, hijas de María, etc...

¡Que no permita el Señor que entre vosotras entre ese prurito de quererlo reformar todo y de *introducir* lo que vemos en otras congregaciones... Cada cual tiene su fin, su misión o vocación especial. No faltan personas que creen se debía modificar esto o aquello... aprovecharía más,

convendría de otro modo... etc... Es el gran peligro de los institutos... la falta de fe en la gracia primera. No dudo puedan personas de gran virtud y talento, como tropecé con algunos, que me aconsejaban cambiar algunas cosas que parecían esenciales, (teniéndoles todo respeto, y creyendo falta de humildad o terquedad) pedía consejo a los prelados donde me encontraba, y lo mismo los confesores que me dirigían y todos me aconsejaban: "*Nada cambiar, nada introducir a la letra, cumplir aquella luz y gracia que el Señor se dignó concedernos*", a la más inútil y despreciable de sus escogidas que merecía tantas veces el infierno.

Así que me despido repitiendo de todo corazón en esta carta que no leeréis hasta después de mi muerte.

Somos hijas y esclavas de nuestra madre María Santísima ¡*imitadla lo más posible*! Encomendaros a Ella en vuestras luchas y trabajos y decirle ¡madre mía, ayudarme!, para poder imitaros y ser grata a vuestro divino Hijo. Meditar con frecuencia en su Magnificat ¡que por su humildad y pureza mereció ser la Madre de Dios la más humilde de la criaturas, siendo Reina y Madre de Dios y de los hombres!, era humilde de corazón, humildad positiva, que consiste en la renuncia y entrega en manos de Dios con una abnegación sincera y perfecta de sí misma, para no vivir ni depender mas que de Dios por la obediencia y práctica de todas las virtudes, especialmente la humildad, que tanto necesitamos todos, muy particularmente las que nos consagramos a Dios, que en cualquier habilidad o gracia que el Señor nos da la apropiamos como cosa nuestra... y ¡cuántas religiosas y religiosos no han caído... sin darse cuenta en el abismo por la soberbia!... imitando a los ángeles rebeldes que cayeron, porque tuvieron por propias las gracias y gloria que gozaban, creyeron bastarse a sí mismos, siendo cuanto tenían de Dios. ¡*Grabad en vuestras almas las palabras de Jesucristo: "Sin mí no podéis nada"* (Jn 15,5). Y para que Él nos ayude *necesitamos, tenemos que negarnos en todo, "abneget semetipsum*" (Mt 16,24) y ¡qué de faltas de caridad se evitarían: desuniones, sospechas, desconfianzas, envidias, que turban de ordinario la paz y unión de las comunidades más unidas y observantes!... Hijas mías, por Dios y por vosotras mismas, ser humildes, pide y desea vuestra sierva y madre,

S. Trinidad del C. de María.

COMENTARIOS SOBRE NUESTRAS SAGRADAS CONSTITUCIONES

I

San Pablo hablando a los de Éfeso decíales: "Hermanos: renovaos en el espíritu de vuestra mente y revestíos del hombre nuevo criado según Dios en justicia y santidad verdadera" (Ef 4,23-24).

A nosotras nos fueron dichas estas palabras al imponernos Dios nuestro Señor su voluntad santísima, por medio de los prelados, que aprobaron la fundación de religiosas Clarisas Capuchinas de la Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios, y así con la aprobación de la Sagrada Congregación de O. y R., fuimos aprobadas por Decreto de Derecho Pontificio. N. 4713. G. 79

II

Estas Constituciones dadas por Dios nuestro Señor, en el Centenario de la madre santa Clara inspiradas y por varios prelados aprobadas, tuvieron muchos años de estudio y consultas, desde el año 13 el Excmo. Sr. D. José Meseguer y Costa, arzobispo de Granada, mandó se escribiesen como adiciones a las Constituciones que observaban las capuchinas de San Antón (donde nació en el Corazón Inmaculado de María Santísima de los Dolores como fruto de su Maternidad divina al pie de la Cruz, al confiarle el género humano su adorado Hijo Jesús al morir. "Ecce mater tua").

Después de muchos años de oraciones y penitencias, para que aquellas adiciones fuesen recibidas por la comunidad como una gracia especialísima del Señor, se presentaron serias dificultades, y S. E. R. Sr. Meseguer, dignísimo arzobispo de Granada, aprovechando la ida a Granada del Sr. obispo capuchino P. Francisco de Orihuela (dimisionario de Santa Marta, titular de Equino) le confió y autorizó para que en su nombre entrase en clausura el día 17 de septiembre del año 14 (que celebró de pontifical) y propusiera a la comunidad el deseo de que en aquella comunidad se adorase solemnemente expuesto diariamente el Santísimo Sacramento, cambiasen el hábito ceniciento por marrón, etc... Y las religiosas no aceptaron, siguiendo la comunidad en paz, sin cambios ni nuevas imposiciones.

La Abadesa y demás religiosas que sintieron aquel deseo de adoración y reparación se conformaron, creyendo fielmente ser aquella la voluntad de Dios, a pesar que todas se

impresionaron al oír las palabras, *como sentencias que el santo Obispo en sus dos o tres pláticas* hermosísimas profetizó a todas, especialmente a la madre Abadesa, que le anunció que aquella transformación de vida era tan clara y evidente voluntad del Señor, que si se negaban ella sacudiese el polvo de su sandalia y fuese al santuario que la Reina del Cielo nos diese, que Ella sería la madre y maestra que nos mostrara la voluntad de su divino Hijo.

Pasaron varios años y murió el R. P. Francisco de Orihuela y después S. E. R. el Sr. Meseguer, arzobispo de Granada, y quedó de Vicario de la Diócesis D. Ramón Pérez Rodríguez, obispo preconizado de Badajoz; y este venerable y santo prelado que conocía a las religiosas y había dirigido a la madre Abadesa en este tiempo de transmisiones con el Sr. Meseguer, le tenía aconsejado "*mano a la obra*" aunque tenga que salir para ir donde la obediencia de los prelados le aconsejaran el paso definitivo y que conocía su alma y sabía el supremo sacrificio que el Señor le exigía, la inmolación completa de su ser, para hacerse digno holocausto de reparación y amor. "*La Obra es de Dios*".

III

Era ya el año 21. Fue nombrado arzobispo de Granada el Sr. D. Vicente Casanova y Marzol, obispo de Almería. Desde el año 8, siendo aún párroco de Madrid vino a nuestro convento con visita especial del Sr. Obispo de Madrid, y la actual Abadesa, secretaria entonces de la madre Amalia del Pilar (muy anciana abadesa), entonces envió a la Secretaria a recibir la visita, después de decirnos la santa Misa estuvo en el locutorio, y aquellas dos almas se entendieron, y este santo Párroco, futuro obispo de Almería oyó a la Secretaria; y el Señor les hizo entender que reservaba aquella obra para que fuese el fruto de su episcopado, y, en efecto, pasaron los años de obispo de Almería y vino a Granada para que se cumpliese lo que le tenía prometido el Señor.

La obra parecía la venía el Señor preparando muchos años. ¡Quería una víctima!, y ésta estaba en las manos de Dios. Pues ya una santa religiosa, alma de mucha oración y de grandes virtudes (maestra de novicias) del convento donde se educó (la víctima de Jesús Sacramentado), la celaba de día y de noche aquella pequeña niña que no tenía más que un corazón lacerado de dolor, era huérfana, y al morir su madre, mirando a un cuadro de la Virgen de los Dolores le dijo la moribunda madre "¡Madre mía como tú, muero con 7 espadas de dolor, dejando estos 7 hijos pequeñitos, os los ofrezco madre mía, cuidar vos de ellos, especialmente sed vos la madre de mis dos niñas, que no se manchen sus almas con el pecado, a vos las confío".

En efecto, la Madre de Jesús las tomó de su cuenta; y las llevó a su Hijo Santísimo, las consagró a su divino Corazón, siendo muy niñas, y Jesús las recibió por esposas suyas, y una

de ellas, la más inútil y torpe, la preparó con su mano divina, pues solo aquel cincel pudo labrar *aquel bloque*, en víctima de amor y reparación.

Aquella santa religiosa le dijo lo que el Señor la preparaba... y aquella comunidad fue testigo de sus profecías que ella vio cumplidas antes de morir.

Todos aquellos años, que venían anunciando algo grande que la pobre niña no entendía, pensaba que aquellos vaticinios se los hacían a todas, hasta que en vísperas de su profesión, confesando con el R. P. Ambrosio, y diciéndole su cuenta de conciencia le preguntó qué sería aquello que le anunciaban y no entendía, qué es lo que el Señor quería de ella, y le repitió la misma cosa "*Que te hagas Santa* de verdad, ahora quiere Jesús de ti que te santifiques aquí; que si la casa amenaza caer, te apartes y sigas tu camino; comunión diaria será tu alimento, abrazada a la Cruz tu báculo, la estrella María tu luz y guía... y ¡adelante!, que para llegar hasta donde Jesús te llama pasarán 40 años".

Quedó en paz la pobre víctima, pues entendió por esa palabra de 40 años que no sería nunca, pues creyó que no los contaría con 18 años que tenía entonces, le pareció un modo de quitarle preocupaciones, cuando le dijeron que Dios la preparaba para grandes penas y trabajos.

IV

Llegaron los 40 años que le pronosticaron, y parecía llegar ya al calvario, y ¡cuántas veces... pensó llegada la hora del *consumatum est*!

Cumplía la pobre víctima sus 46 años y 33 de Religión, cuando el Señor le pidió el mayor sacrificio. El Sr. Cardenal Casanova y Marzol, arzobispo de Granada (el párroco de Madrid, obispo de Almería, que seguía la pequeña víctima en espíritu, arzobispo ya de Granada y Cardenal de la Santa Iglesia Romana), la dijo: ya estoy aquí, yo les daré la ermita de Nuestra Señora del (Pincho, vulgo) del Espino y allí empezaremos, yo le ayudaré hasta que llenemos [el] mundo de esas almas inmoladas en la adoración del Santísimo Sacramento, que Dios le pide, sujetas a la santa Iglesia, y que el Papa a quien he de pedir yo mismo la aprobación de esas Constituciones, que le mandé escribir tres veces, y siempre la vi fuerte y decidida a obedecer, cumpliendo así la voluntad del Señor, *que yo la toco*... hace muchos años de pruebas y humillaciones... os aprobará y bendecirá como yo las bendigo con toda mi alma.

Ahora aquí, en este nuevo santuario de Nuestra Señora de Gádor empieza para la formación de una obra, *que es de Dios*, y sólo Él la llevará adelante, y yo con usted iremos hasta donde su voluntad santísima nos lleve. De Chauchina no se amargue más, ahora empieza su pasión, allí todo fueron regalos, ahora a seguir a Jesucristo paso a paso y deje usted determinado su espíritu y cuanto el Señor le ha pedido... por escrito. Había dejado Chauchina con cinco años y medio,

todas jóvenes y de excelente espíritu, pero sin arraigar la semilla, y sufría... como si presintiera lo que iba a pasar... que los enemigos de la obra las atacarían y ellas, unas por miedo y otras por egoísmos, caerían en manos de los que le labraban la cruz, con expresa voluntad de Dios.

Murió el Sr. Cardenal el 24 de octubre, cuando llevaba las Constituciones para la aprobación, y fue un triunfo para el demonio que quería deshacernos del todo. ¡Oh Providencia amorosísima del Señor! Se levanta la revolución y cuando queman conventos y expulsan religiosos, me aconsejan salga de España y busque un lugar de refugio en Francia. Allí vamos tres religiosas y al pedirle la bendición y permiso al Sr. Nuncio, él nos hace desistir del viaje a París y nos aconseja ir a Portugal con encargo especialísimo vayamos a los jesuitas españoles y les roguemos de su parte que cuiden de nosotras. Las compañeras se oponían y les digo si quieren márchense a Berja que yo me voy a donde el Señor, por medio de su santo prelado, nos ordena ¡*y me voy sola*! Creo que obedeciendo el Señor nos ha de ayudar.

Fuimos a pedir cartas de recomendación y nos las negaron. pero yo entendí que el Señor en la persona del Sr. Nuncio nos enviaba y allí fuimos llenas de fe, y el Señor nos bendijo, como todas saben, y nada más sobre este punto, que termino con las palabras del Sr. Cardenal ¡Madre, *la obra es de Dios*!

V

"Buscar el reino de Dios y su justicia y las demás cosas se nos darán por añadidura" (Lc 12,31).

Llevaba presente dentro de mi alma este consejo y promesa de nuestro Señor Jesucristo y no encontré jamás dificultad alguna, buscando con toda mi alma y corazón el Reino de Dios y su gloria santísima, dentro y fuera de mí, *en todas las cosas*.

Aprobadas las Constituciones en primeros, o sea, el día de Todos los Santos, me llegaron los telegramas de Roma que habían sido aprobadas las Constituciones, en las que había intervenido el Papa Pío XII, nos decía el Emmo. Sr. Cardenal Parrado, y había pedido el Cardenal Patriarca de Lisboa.

La alegría y sorpresa de toda la Congregación fue inesperada, nadie creía que en aquella ocasión hubiesen sido aprobadas. Pero el Señor se valió de la Compañía de Jesús para que los dos Emmos. Cardenales las pidiesen, y al santo y R. P. Morán se le debe la resurrección (de Lázaro) después de muerto. La separación de Chauchina retiró de nosotras su protección y amparo el Sr. Cardenal Segura, que nos decía en una de sus cartas "Después de separada la primera fundación ¿cómo voy yo a apoyar su obra?... *conmigo no cuenten*". El Sr. Cardenal Casanova había muerto, nuestro amparo y protección, ¿qué esperábamos? ¡*En Dios*

Todopoderoso!, en el Sr. Cardenal Parrado, que nos dice "Si el R. P. Morán, S. J., las aprueba, yo nada más tengo que decir, están aprobadas por mí".

El Emmo. Cardenal Patriarca de Lisboa nos dice: "Si el R. P. Morán, S. J., que es un santo, me las recomienda, les pido la aprobación, él las conocerá y las aprueba y pide, *yo las pido*". y fue atendido en el mismo día de Cristo Rey, que consagra a Portugal al Corazón de María, *son aprobadas*. Y nuestro R. P. nos va preparando con reuniones y santos ejercicios, para conocerlas unidas y llevarnos a la observancia de las santas Constituciones que han de ser nuestra Regla, según el espíritu de la madre santa Clara, donde fui a visitarla y a orar delante de su sagrado cuerpo incorrupto.

VI

Tan amorosa y grande fue la divina Providencia en sus obras, que no podía dudarse faltase en esta ocasión que solo Él conocía el sacrificio que por su amor únicamente se podía hacer... El cambio de vida en todos sentidos era fuerte, la lucha del demonio ¡horrible! En un pueblo, lejos de la capital, en rigurosa clausura y primitiva austeridad y penitencia, ¿qué haría aquel débil y flaco instrumento, que tantos le hacían creer, era ilusión y trazas del demonio para echarlas a la calle?... y cuando el mismo Sr. Vicario decía públicamente: "Vinieron ustedes aquí porque yo no estaba en Granada, si yo estoy ustedes no vienen, yo digo al Sr. Cardenal que no es justo destruir un convento para fundar otro..., etc..."

¡Oh Dios mío, que escribís derecho con renglones torcidos... y abrís puertas de luz, cuando las criaturas tratan de acabarnos!... Pone en el alma del Emmo. Sr. Cardenal *su obra*, y se dedica a visitarlas todas las semanas. Se viene los domingos por las tardes a visitarnos y pasear por la huerta y, como si leyera las amarguras que padecía en lo más íntimo del alma ¡el debilísimo instrumento!, que se presentaba sonriente, la saludaba así: "¿No ve usted Madre la mano de Dios aquí?... No lo dude, la obra ni es de usted ni mía, ¡*la obra es de Dios*! Si V. supiera las monjas que me piden venirse... ya he dicho que no doy más permisos, que san Juan echó el cerrojo, pues tendríamos que vaciar los conventos y esto no lo quiere el Señor, ni usted tampoco ¿verdad madre?"

Con estos ánimos y alientos, la obra iba adelante y las vocaciones se aumentaban, y cuando hizo el número de 30, S. E. R. nos dijo: hay que buscar un nuevo palomar, un santuario de Nuestra Señora, la Santísima Virgen se ve las quiere y las prefiere, y ya me han pedido vayan a otro, ya las vendrán a buscar, mi permiso lo tienen si les conviene las proposiciones que le hará un Sr. Canónigo, me lo dicen. La Abadesa le puso dificultades de parecerle pronto aquella salida, estaban en formación y temía separarlas, pero S. E. R. insistió: "Tienen ustedes por madre a la

Madre de Dios y cuidará de su obra. Tenga fe que ellas seguirán a usted siempre". Estas fueron las Navidades del año 1929, y empezó el Señor [a] dar las gotas de su cáliz el día 27 de diciembre, día de san Juan Evangelista. El día 19 de enero de 1930 se presentó el Sr. D. Francisco González, canónigo magistral de Granada, a decirnos que ya tenía hablado al Sr. Cardenal para que fuésemos al santuario de Nuestra Señora de Gádor, a Berja, que ya había empezado la obra, a restaurar el antiguo convento de mínimas que sólo quedaban los muros, pero que había pedido al pueblo su ayuda, y algunos señores, especialmente la Señora de D. Adrián Salmerón, Dña. Concepción, que le dio la primera limosna y que quería fuésemos enseguida para el día de san José, a quien se lo tenía encomendado.

Las religiosas, que vivían todas unidas y fervorosas, con mucho espíritu de abnegación y obediencia, que parecía aquello un tabor de gloria y amor con nuestro Señor expuesto solemnemente todo el día, y con mucho recogimiento y observancia, había que temer que aquel paraíso donde se sentía a Jesús pasearse en las almas como Soberano Dueño, tenía que empezar su calvario, y esta fundación era la que vendría a separar las palomitas del palomar donde Jesús y María era todo nuestro consuelo y alegría.

Siguieron los trámites y la obra que el Sr. Magistral hacía con tanto cariño y entusiasmo, pero sin resolver quién iría, porque el Sr. Cardenal dijo que él escogería las que habían de ir, sin decir entonces quienes serían.

Llegó el tiempo que el Sr. Cardenal dijo: prepare 10 Monjas para el 22 de septiembre que irán al santuario de Nuestra Señora de Gádor, yo iré con ellas, o sea, me iré un día antes o después, para inaugurar el día 24, festividad de Nuestra Señora de las Mercedes que iré a celebrar de pontifical y se hará solemnemente la inauguración, ustedes conviene estén allí dos días antes para preparar la casa e iglesia.

VII

Llegó el solemne momento de la inauguración. Las religiosas preparaban el santuario con entusiasmo y fervor, que le ayudaba el amor que el M. I. Sr. magistral D. Francisco González, canónigo de la Catedral, profesaba a su adorada Virgencita de Gádor. Él nos hizo solemne entrega, con el Ayuntamiento y Sr. Párroco, del Santuario y de la Patrona; de Granada y Almería acudieron entusiasmados los devotos de nuestra madre María Santísima a esperar a Su Emcia. Sr. Cardenal Casanova, arzobispo de Granada, con el clero y canónigos de Granada, para el solemne acto de la inauguración, terminado el pontifical, que con tanto fervor le presentó al pueblo las gracias de la Santísima Virgen en traerles a su Santuario una comunidad de religiosa adoradoras del Santísimo Sacramento, que guardarían aquel Santuario siendo ellas las capellanas de Nuestra Señora, y llegó tal su entusiasmo que repitió en el sermón, cuando vio el numeroso auditorio que no cogía en la hermosa Iglesia de Nuestra Señora, estando la plaza

completamente llena, les dijo: "Os he traído lo mejor de lo mejor de mi Diócesis, para que os atraigan del Cielo las bendiciones de Dios"... Lo repitió en el espléndido almuerzo que la Excma. Sra. Vizcondesa de Termens obsequió a las autoridades eclesiásticas y civiles que con sus familias asistieron desde las primeras horas de la mañana. Fue celebrada con la solemnidad y esplendidez que el Sr. Magistral con la Sra. Vizcondesa prepararon todo. El día 24, festividad de Nuestra Señora de las Mercedes, fecha memorable de nuestra fundación del santuario de Nuestra Señora de Gádor, Berja (Almería), del año 1930.

El 32 expulsaron las congregaciones y vino la revolución a espantar, los gavilanes, los hermosos palomares eucarísticos donde se adoraba al Señor con espíritu de reparación y penitencia... y después de muchas tentativas aparecían las familias por las religiosas con orden del Sr. Vicario Obispo Auxiliar.

Sólo con mucha oración y lágrimas conservó nuestra Madre Santísima siete religiosas en clausura. Pero ante el temor viniesen por las que quedaban, un venerable Señor nos ofreció una fundación en París; y salimos el 14 de julio del año 33, con licencia del Sr. Nuncio de España, para París, tres religiosas, que al presentarnos a S. E. R. el día 19 de julio para recibir su bendición y despedida paternal, que nos recibió en audiencia particular tan paternal y cariñoso, que nos dio todos los permisos para ir a Italia y América, menos a Rusia ni Francia, porque creía nos pasaría en Francia la misma suerte de España.

Entonces, *muy paternal*, nos hizo desistir de la fundación en París; y nos aconsejó con luz del Espíritu Santo, pues se interesaba mucho por el amor que tuvo a nuestro Cardenal, y nos dijo: "Vayan a Portugal y digan a los padres jesuitas españoles, las envío y las recomiendo con todo interés, para que las dirijan y ayuden y tomen bajo su cuidado.., etc..." Que cumplieron caritativamente.

Después de estos encargos paternales que nos hizo, salimos de allí, (y la misma lucha con las dos religiosas que no querían ir y después hubo que despedirlas, la mayor volvió a nuestro primitivo convento de San Antón, y la segunda de votos simples, en cuanto cumplió se marchó).

Quedando en Portugal establecida la comunidad en la Rúa de Alcaide 100, después de haber andado en busca de casa a propósito quedamos allí provisionalmente, y después que recibimos del Sr. Cardenal Primado de España y Arzobispo de Toledo en Roma desterrado, Cardenal Segura, el Rescripto de la fundación en Braga, el 24 de diciembre del año 1933.

Recibimos una orden del Sr. Vicario Obispo Auxiliar por telegrama diciéndonos: "Véngase inmediatamente con las compañeras y reintégrense a su convento de Berja, aunque tengan concedido el permiso de fundación". Llevé el telegrama al Sr. Arzobispo Primado y le manifesté mis apuros, que bondadosamente me oyó y dijo: "Ustedes no deben irse, está concedida la fundación que yo pedí, y ya no son de aquella diócesis, fican aquí".

Al día siguiente, otro telegrama negándose a enviar las monjas pedidas. Volví al Sr. Arzobispo, que me autorizó ir por ellas a Almería y Granada.

Aprovechando la ida de la Sra. vizcondesa de Termens por nosotras, salimos el día primero de enero en su taxi, que no pude seguir por enfermedad. Quedé en las Terciarias Misioneras de María de Lisboa unos días y de allí salí acompañada con dos postulantes en el tren de Villa Real de Santo Antonio por Huelva a Sevilla y a Granada.

Historia de muchos libros se podían escribir de estas fundaciones, pero en esta no es historia, pues agotada de años y enfermedad llevo estos apuntes a la ligera, para quedar en el fin de lo que el Señor providencialmente quiera de nosotras después de haber derrochado los tesoros de su amor y misericordia sobre nosotras.

Y con la ayuda de su divina gracia, quiero dedicaros una hora por lo menos cada día, para dejaros en estas pobres cartas la sangre de mi alma. Pues el Señor Todopoderoso, al darme su obra y con ella su voluntad santísima, imprimió en mi corazón y en mi brazo el sello divino de su ley santa: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón con toda tu alma con todo tu ser... y al prójimo como a ti mismo" (Mt 22,37-39).

Aquí tenéis, mis reverendas madres y hermanas, todo cuanto pienso rogaros por escrito, ya que de palabra llevo más de 40 años de repetiros la misma doctrina. Pero no soy yo, hijas de mi alma, la que ha de hablaros, es Jesucristo el que por nuestra madre María Santísima, maestra sapientísima, ha de deciros lo que nos pide, alienta y anima a comunicarles sus ejemplos santísimos de Jesús, María y José, que junto a sus corazones purísimos quiere caldear los corazones de sus hijas.

Su pequeña esclava y víctima,

Sor Trinidad del P. C. de María.

[Carta a sus religiosas. Sin data]

Muy amadas madres y hermanas en el Corazón Eucarístico de Jesús:

Desde que entré en este período de vida, que me siento tan cerca de Dios, siento en mi alma una necesidad de hablaros, corazón a corazón, y despertaros de esa somnolencia espiritual que leo en vuestras cartas (no en todas), pero de ordinario no siento en vuestras comunicaciones, esas ansias de amor y perfección que respiraban vuestras cartas, y vuestras comunicaciones tan llenas de Dios.

No os desaniméis que os hable así, siento necesidad de comunicaros mi dolor, y querría repetiros las palabras de san Pablo a los Filipenses, no recuerdo bien, pues hace tiempo leí sus Epístolas y no las tengo aquí. Pero en estos dolores y penas que siente mi alma cuando no os veo crecer... recuerdo mucho las angustias del Apóstol, y quisiera copiaros sus palabras que expresan tan bien el dolor de mi alma con el amor que Jesús dulcísimo dio a mi corazón al confiarme vuestras almas. Dice el Santo (cf. Flp 3,12 y ss.): Hermanos míos, yo no me tengo por perfecto, no pienso que he alcanzado la perfección, empero procuro darme priesa para alcanzarla, olvídome de lo pasado, y pongo delante lo que me falta, y a eso me animo y lo procuro alcanzar; esto querría que mis buenas madres y hermanas se aplicaran, con energía y fervor, aprovechar de veras el tiempo que nos queda y emprender una nueva vida de humildad y amor al prójimo como a mí mismo. Que es la doctrina de Jesucristo: "Aprender de mí a ser mansos y humildes de corazón". Son sus palabras de sabiduría y ciencia divina[5]

5 La M. Trinidad deja incompleta esta carta. Se desconoce la causa. En el cuaderno siguen ocho páginas en blanco.

28 de octubre de 1943

Cuando el Señor se digna visitarnos en la tribulación y en la prueba... cuando todo se ve oscuro, sumida en amargas y dolorosas pruebas, casi sin esperanzas de remedio, Jesús misericordiosísimo llega al alma, la inunda de luz clarísima que se ve la realidad de la vida presente sin sombras... el alma crece y llena de Dios, se eleva y pierde en Dios mismo como si se perdiese en él... es la gotita de tinta en el Océano. El alma se siente como si rotos los lazos de la carne volase al cielo y como entonces, Dios mío, repetimos como san Pablo: Ni el ojo vio, ni sentido humano puede comprender lo que tú Señor das a las almas que te aman y sólo en ti esperan (cf. 1Cor 2,9).

¡Qué chica, qué pequeña me parece la tierra para el alma que vive de Dios, se asfixia y ahoga! Es Dios *tan grande* y tan fuerte y tan divino... que cuando pasa por el alma como un relámpago, si él no la fortalece y vivifica, no podría resistir los influjos de su caridad. ¡Qué grande es el Señor nuestro Dios! ¡Qué grande se siente el alma cuando él se digna alumbrarnos y nos atrae hacia sí! El corazón tan pequeño se enferma y dentro de este saco de miseria salta de gozo y alabanza como los niños del horno de Babilonia.

L5 C14 (122)

31 de octubre, primer aniversario de nuestra aprobación
19421943

Mis reverendas madres y hermanas carísimas de nuestra amada Congregación en Portugal y en España. ¡Paz, amor y gracia, en buena salud y espíritu de sacrificio, desea a todas vuestras caridades, presentes y futuras, vuestra pobre madre y sierva en J. C.

Carísimas madre y hermanas: Cada día me acerco mas al fin, y mis enfermedades son la mayor misericordia del Señor... Cura unas y me da otras, lo especial de esta predilección del Corazón de Jesús es tenerme en su cruz unida a su Corazón santísimo con el de su Madre María Santísima, para ofrecerme con todas mis amadas hijas en reparación y amor.

Es tan hermoso ese acicate que al oído del alma avisa, ¡voy a morir!... El cuerpo a veces se siente cadáver sostenido por una gracia de Dios... ¡Voy a morir!, me dice este cuerpo cargado de años y enfermedades, pero el alma despierta, y ansiosa llegue el Esposo, se prepara... *Se prepara, sí*... Horas de oración durante la noche. ¿Cuándo amanecerá el día?

Pues aunque amaneciese en la eternidad, no me fui de repente, no, que cada día, cada noche y cada hora la espero hace muchos años... que no vivo sin dolores.

Tan misericordiosísimo es Jesús Divino que da a mi alma, por solo su amor y misericordia, *una fe*... *un atractivo tan fuerte*, que no puedo separarme de su adorable presencia, que le veo en todas las cosas prósperas o adversas, siempre le siento dentro de mí, conmigo en el dolor y en el gozo, y me explico aquel "vivo yo, mas no yo, sino Cristo vive en mí" de san Pablo, de mi padre san Francisco, que comprende mejor que nadie mi pobreza y miserias con una cantidad de fuego que me inutiliza, para otros trabajos. (Esto ya es demás).

Carísimas, vine a pedir a vuestras reverencias, mis amadas madres, que las que el Señor nos llamó para su Obra, entremos de lleno en ella y con la *ley sellada* con la aprobación de la santa Iglesia en las nuevas *Constituciones*, las estudiemos, *punto por punto, las cumplamos y las hagamos cumplir con espíritu de fe y de amor* fiel hasta la muerte.

En Asís el año 35, hace 8 años, el día 21 de noviembre, delante de la seráfica Madre, al pie del altar mayor, 3 horas de súplica y con lágrimas le pedía nos alcanzase del Señor de darnos a conocer su voluntad santísima, pues me sentía sin alientos para seguir. Allí hubiese quedado ya, me sentía morir... y esperaba quedar en aquel bendito santuario, y renovando con todo el fervor de mi alma los votos solemnes *de esclavitud perpetua*, y porque me hallaba indigna de tan singular gracia y merced, rogué al santo Ángel de mi Guarda, nuestro patrono y padre san José, el seráfico padres san Francisco, madre santa Clara, san Ignacio y san Estanislao, patrono de mi niñez, los gloriosísimos apóstoles san Pedro y san Pablo, mi glorioso Santiago Apóstol, intercedieran por mí en aquellos momentos que deseaba morir antes de ir en contra de lo que creo o me parece será hacía 45 años que en aquel día y aquella hora recibí su santo hábito por el P. Francisco de Benamejí exProvincial de padres Capuchinos, primer Guardián del convento de Granada, y que con tanto amor mi Madre María Santísima quiso favorecerme con singular amor en su Presentación al Templo.

Tanta fuerza hizo la seráfica madre santa Clara que oí una voz dulcísima en el fondo del alma que me curó las enfermedades que allí llevaba y las agonías del alma y, como si la seráfica Madre se levantara de su urna, sentí que me abrazaba estrechamente y me decía: "Hija mía, os bendigo y felicito que siguiendo aquel aviso y bendición del glorioso padre nuestro san Francisco el 11 de abril del año 25, que alentándoos en el sacrificio que ofrecíais al Señor al dejar el convento de Granada para abrirle a Jesús Sacramentado la primera casa de adoración os bendecía, diciéndoos: "¡El Amor no es amado, el Amor no es amado!" Amarle sacrificándoos por acercarle almas que le conozcan y amen. Este, el amor que Jesucristo en la sagrada Eucaristía os pide. Adorarle en espíritu y en verdad y darle almas... Esto es amarle buscar las almas que no le conocen y librarlas del pecado antes de ofenderle, conservar el espíritu de humildad y sencillez en la santa pobreza y caridad que os dejé en la Regla, y

sujetas siempre a la santa Iglesia Católica Romana cumpliréis fielmente los santos votos al Romano Pontífice, Vicario de Jesucristo Señor nuestro, en sus prelados iréis seguras que cumplís mi voluntad de ganarle almas y encendéis el fuego de la caridad en sus almas tan apartadas de Dios por las malas doctrinas que los enemigos de Dios nuestro Señor esparcen por todo el mundo. Ahora vosotras, con el fuego de la Eucaristía prender el fuego de la caridad en los niños para que formen familias cristianas que renueven la fe y amor a Jesucristo nuestro Señor y a su Madre María Santísima.

Aquellas horas desde las 12 que llegamos hasta las 5 que teníamos que tomar el tren las pasé en aquella Iglesia de Asís, unos ratos de rodillas en las gradas del presbiterio delante del Sagrario y viendo por la rejita que en las gradas tenía la urna bajo el altar mayor (que se veía cómo aquel sagrado cuerpo, como relicario, contenía las sagradas y virginales reliquias de tan grande alma que al través de tantos siglos vive en sus hijas el amor seráfico y eucarístico de Jesús Eucaristía.

Entonces comprendí con más claridad que Jesús dulcísimo nos quería víctimas de amor y reparación en aquella transformación de vida que aún no conocía. Fui el débil instrumento que escogió Jesús para hacer lo que él quería *hacerlo todo, solamente él*. Cuando nosotras delineábamos... *su dedo divino escribía lo contrario*; queríamos seguir su voluntad santísima en adorarle día y noche con más penitencia y austeridad, con mayor retiro de criaturas, con estrecha clausura, con más vida de contemplación y retiro; y Jesucristo Sacramentado nos sostuvo en el tabor los 6 ó 7 primeros años... y vino la Revolución a echarnos de nuestros conventos y de nuestra Patria... para que entendiésemos su voluntad santísima manifestada por los hechos y por los prelados en Roma... y tan torpe que insistía hasta que el buenísimo P. Esteban Marcos me mandó Asís, y allí se descubrió el velo, y me ofrecí a beber el cáliz que Jesús dulcísimo me ofrecía y con *un fiat* arrancado del alma le dije: “¡Hágase, Señor y Dios mío como vos queréis de mí y de todas las hijas que fieles me siguen hasta darnos todas por entero a vos *sin reservarnos nada. Haced de nosotras como queráis; nos ofrecemos sin condiciones a vos para siempre*.

Muchas veces de palabra y por escrito me oyeron esto mismo, mis carísimas madres y hermanas, pero cuando me creo próxima a morir, y os veo deseosas de sacrificaros y hacer una vida espiritual todo lo más unidas a Dios y en la sagrada Eucaristía, tan fervorosas y ansiosas de adorarle en medio de los innumerables trabajos que en todas las casas nos rodean, me quisiera multiplicar y llegar a cada casa donde me llamáis con tanta insistencia y bondad, sin merecerlo, pues no encontraréis conmigo mas que un medio de practicar la caridad, ¡que tanto os premiará el Señor!

Como no me es posible llegar a todas las casas, como me piden vuestras reverencias y caridades, aprovecho algunos ratillos libres para repetiros las mismas cosas que siempre os

digo de corazón de madre porque del Señor es el grande amor que siento a todas y cada una de las que siguieron esta vocación, las llevo en mi alma como si el mismo Corazón dulcísimo de Jesús me las diese para deciros lo que quiere de nosotras.

Jesús dulcísimo, desde su Trono de amor, atraía mi corazón y mi alma a la sagrada Eucaristía con una fuerza irresistible y permanecía en su adorable presencia como la lamparilla que ardía día y noche delante de su sagrario. Casi sin luz y sin palabras muchas veces, como un palo seco, permanecía allí con una fe vivísima que el Señor estaba allí realmente oculto, como está en el cielo y me unía a los ángeles y serafines que le adora en el cielo.

Muchas veces que me escapaba del colegio para visitar a Jesús y me buscaba la madre Maestra, me preguntaba: ¿Qué esperas aquí tanto tiempo? Ver a Jesús que me llama a visitarle. ¿Lo ves tú? No lo veo pero sé que está ahí, y me oye cuando le llamo: y me mandaba salir, obedecía y hacía con todas el estudio y orden de labores, pero dentro del alma ardía un amor tan intenso e íntimo que creía sentían todas las niñas igual. ¿No vais a visitar a Jesús?, les decía a las compañeras más íntimas. Mi hermanita me decía: “Tú, Mercedes, no tienes amores, ¿no quieres a ningún primo o amigo?, y cuando te ven venir cambian la conversación o rezan; ¿qué quieres tú les diga yo de tu parte? Te quieren y gustan de estar contigo, pero querrían que les hablases tú de amores...” Diles que no conozco amores mas que al Niño Jesús, ¡es tan hermoso! ¿Lo ves tú? Sí lo veo porque creo firmemente está como está en el cielo, y sé que si le doy gusto y no peco, me dejarán recibirlo todos los días como los domingos que me siento en el cielo... Y ella tan pequeñica llena de candor me dice: ellas no lo entienden, porque como no las enseñó la abuelita como a ti; yo tampoco lo veo como tú, aunque rezo y le quiero mucho.

Creo que yo no lo veía con los ojos del cuerpo, lo veía con los ojos de la fe... y como mi abuela hablaba tanto de Dios con Antolín, tan santo siendo niño, como cuando murió (P. Hitos), fuimos los dos nietos que la abuela nos tenía con ella, y en aquel fuego prepararon mi alma para la sagrada Comunión, después en el colegio, y en las capuchinas de San Antón donde crecí en amor a la sagrada Eucaristía...

Ya pasaron más de 60 años, 50 de vida religiosa, y vivimos aún con el ansia de aprovechar lo que me queda de vida en pediros que una vez que la santa Iglesia, por sus prelados nos mandó escribir un Reglamento o Constituciones, estudiado por tantos santos padres y venerables prelados en los 20 años que llevamos en este molde que Jesús dulcísimo formó en la cruz, encomendándonos a su Madre Santísima para que como Madre y Maestra nos formase según los designios de su voluntad santísima, cortando cuanto había en mi alma de inclinación y amor a la vida retirada y penitente, dándonos una vocación tan especialmente suya eucarística y verdaderamente apostólica, que es difundir y prender este fuego de amor divino en las almas de los pequeñitos, de las niñas abandonadas y pobres, gratuitamente

educarlas en Cristo Señor nuestro, estas almitas que formarán las familias de mañana y atraerán el reinado de Jesucristo en las familias en la sociedad y en el mundo entero.

Cuando consultaba a mis padres o directores la sed ardiente que me consumía de morir en un acto de amor siendo pequeñita en el martirio, de niña soñaba en el desierto y en vivir lejos de los peligros; mayorcita, ya pedía la trapa; religiosa capuchina no anhelaba mas que hacer penitencia y vivir en una tribuna de la iglesia; siendo abadesa, perforé el muro de tribuna que daba al sagrario donde el Señor me hizo muy grandes mercedes y formó mi corazón de víctima para padecer por su amor en la cruz, y desde entonces sentía *internamente* la voz de Jesús dulcísimo que me pedía almas... ¡Cuántas veces muerto en brazos de su Purísima Madre al pie de la cruz, sentía que la divina Madre María Santísima en sus Angustias dejaba caer sobre mi corazón el cuerpo ensangrentado de Jesús y daba a beber en su divino costado su gracia y su amor que encendía en mi corazón su divino fuego que me pedía: "¡Dame almas... muchas almas que me adoren!" No entendía el misterio y aumentaba mis penitencias y mortificaciones por los misioneros, y pedía la conversión de los pecadores, y lo encomendaba a las religiosas pidieran y yo no descansaba... Cuanta más oración hacía con más intensidad oía la voz dulcísima de Jesús: "¡dame almas, tengo sed de almas!..."

Entonces repartían los niños de la guerra europea y preparé unos derribos para pedir 50 niños y formarlos para Dios y entonces me hicieron desistir, que no me lo concederían nunca; y aumenté mis oraciones y limosnas para las misiones que entonces el capellán D. Víctor Ruiz Casas, me alentaba mucho a las misiones. Al venir de Arzobispo de Granada, D. Vicente Casanova y Marzol (después Cardenal), le abrí mi alma, le di cuenta de mis deseos de dar a Jesús muchas almas que le adoren y me dijo: "Esa vocación es de Dios y yo le ayudaré a V. Ahora a orar mucho y escríbame V. unas Constituciones o Estatutos que después le servirán de Regla o Constituciones y mándelas V. a mí.

Hice unos santos ejercicios a este fin, y durante ellos rezaba y oraba al Señor me diese luz, pues no podía hacer ese Reglamento y le consulté si le parecía hiciese una adición a nuestras antiguas Constituciones que gustaba tanto de ellas. Me contestó, viniendo S. E. R. en persona, tan paternal y bondadoso: me insistió no mezclase lo nuevo que Dios me pedía, con lo antiguo, que hiciese unas Constituciones o Estatutos, que después nos sirviesen de Constituciones, y que a ese efecto nos daría una ermita de la Virgen de los Dolores que le llamaban (del Pincho) y que hacía muchos milagros y allí empezásemos la vida de adoración y ensayásemos los planes de Dios, para lo que él sentía impulsado y quería ser él, el que me ayudase; que no metiese a ningún padre, ni consultase a ninguno la forma de vida; que escribiese yo sola lo que sentía y Dios me daba a sentir, y él daría a consultarlo con otros prelados de la santa Iglesia (y no metiese al P. D. J., que aunque muy santo, querría meternos la Obra del P. F. de la D. J. que él no gustaba nada, y querría pidiese al Señor le sacase al P.

D. J. de la cabeza la D. J.

Me sometí a su obediencia y desde aquel momento me sometí a su obediencia, pareciéndome ver clara la voluntad del Señor en aquel santo Prelado, con quien traté espiritualmente de mis deseos por el año que vino a Granada, siendo párroco de Madrid, con un encargo del Sr. Obispo de Madrid D. José Salvador Barrera, que nos enviaba una visita y nos dijo la santa misa, y desde entonces conservó la memoria de aquella pequeña secretaria de la R. M. Amalia del Pilar, Abadesa (de San Antón) Capuchinas de Granada en 1906.

El año 22, después le envié con D. Víctor Ruiz, capellán, las Constituciones o Manual que hoy tenemos aprobado, después de hacérmelo *escribir por obediencia tres veces* pues decía se le perdían entre sus papeles, y mi apuro era que nunca dejé copia por falta de tiempo y porque me encargaba no lo comunicara a ninguna religiosa, que ya él vería de corregir o quitar.

Cuando volvió a San Antón, después de concedidas las preces, para la fundación en Chauchina le propuse renunciar al cargo de Abadesa, pero varias religiosas del Consejo le rogaron, no aceptase la renuncia hasta el día de salir, pero yo le pedí humildemente diese el cargo a M. Vicaria, pues no podía continuar en aquellos momentos de tantas amarguras, que no creí soportar el dolor de dejarme aquella comunidad que amaba como a madre cariñosa y santa, que con tanto amor correspondió al amor que el Señor me hacía sentir hacia tan santas religiosas.

El 10 de abril, Viernes Santo, por la mañana vino D. Ricardo Pérez Reche de parte de S. E. R. a leernos el Decreto de Fundación que tenía recibido S. E. R. pero que no pensaba hasta fines de año que marchásemos a la Fundación, que comprendía la situación de amargura en que se encontraban todas y la casa tenía local suficiente terminado para habitar las religiosas y ellas pedían dirigir el resto que quedaba según nuestros deseos.

Pero que no se podía insistir, únicamente si la señora que hospedaba a Monseñor que traía de Roma el birrete cardenalicio se lo pidiese que nos llevase ella. Como mi costumbre, me fui al pie de la imagen de Nuestra Señora de los Dolores que estaba en el coro alto en un altar, y arrodillada a sus pies le pedía me inspirase la forma de escribirle aquella señora (que yo conocía mucho), pero no acertaba qué decir y mi dulcísima Madre con su mirada divina encendía mi corazón y llenaba de luz mi alma tanto tiempo en tinieblas y me dijo: “Hija mía, ¿por qué sufres? *Soy tu madre* y contigo estaré donde quiera que vayas. Escribe al Sr. Cardenal, no mezcles recomendaciones humanas en las obras divinas que mi Hijo santísimo te encomienda y confía a mi Corazón maternal, dile de mi parte: quiero que os lleve a mi ermita en unión y memoria de las Marías que llegaron de madrugada al sepulcro y le recibáis Sacramentado la primera santa misa en el primer día que le ofrezcáis vuestras adoraciones y os ofrezcáis con mi Hijo santísimo al Eterno Padre como víctimas de reparación y desagravio,

cooperando al apostolado de las almas de los niños hasta la Primera Comunión y encendáis con el fuego de la sagrada Eucaristía las almas de las niñas abandonadas, formando en cada niña el corazón cristiano que atraerá el reinado del Corazón divino de mi Hijo santísimo y él os hará corredentoras con mi Corazón Inmaculado para salvar lo perdido... y con caridad y humildad unidas a Jesucristo, atraeréis al mundo la verdad del Evangelio".

Llena de un entusiasmo que no sentí nunca, me levanté radiante de fuego como si bajase del Sinaí... con las tablas de la ley en mi corazón esculpidas con el dedo de la Madre de Dios, mi Madre María Santísima. Me esperaba la tornera con unos encargos, y me dijo: "¿Qué tiene Madre?, parece tiene fuego en la cara, ¿será alguna congestión?, no baje". Se acababan los Oficios del Viernes Santo y no podía atender a los Sres. Magistrados como todos los años, y lo encargué a M. Vicaría... y me retiré al coro bajo junto al sagrario a que Jesús muerto, me diese vida y fortaleza. Escribí al Sr. Cardenal cuanto había pasado por mi alma y le llevaron la carta cuando estaba comiendo, cerca de las 3 de la tarde.

Después supe por D. Ricardo Pérez Reche, que lo tenía convidado a la mesa, que S. E. R. después de la comida leyó la carta emocionado y les dijo: Esta tarde a las 5 me preparan el coche y vamos a las Capuchinas de San Antón, pues creo es obra de Dios, muy de su gloria la fundación de Chauchina y mañana a las 4 saldrán las monjas y V., D. Ricardo, las acompañará, les dirá la santa misa, y les prepara la despensa a mi cuenta, *para dos meses*. Y V. cuide no les falte lo necesario, y tengan todo cuanto necesiten hasta que se establezcan, y me da cuenta de todo.

Allí fue para aquella Comunidad hasta entonces unida y fervorosa *un explosivo*. Las mayores con grande humildad y lágrimas le pedían llevasen las religiosas que eligiesen, pero nunca se llevasen la Madre que amaban en el Señor. ¡Qué amargas horas se pasaron desde la tarde del Viernes Santo a las 4 de la tarde del Sábado Santo que salíamos en automóvil las 12 religiosas que habían pedido acompañarnos!... ¡*Cuántas lágrimas* y quejas oía de todas al salir! Qué *dolor sentía mi alma* al despedirme de aquellas hijas tan amadas y tan fieles, que tenían que sacrificar por obediencia al Sr. Arzobispo, Cardenal Casanova, que tomó la fundación como suya y creía, podía darles yo, que sólo el amor de Dios me fortalecía para salir a los 33 años de aquella santa casa, que fue mi escuela y donde me consagré al Señor y recibí tantas pruebas de ternura y bondad del Corazón eucarístico de Jesús. Me hacía sentir el Señor un amor tan fuerte como la muerte y querría el martirio antes que salir de allí. Si el mismo Señor no me hubiese mostrado su voluntad santísima tantas veces, que los confesores me amenazaban con los castigos del Señor si por cobardía me negase aquel sacrificio enorme que se imponía por el Prelado... Yo veía sólo qué dejaba de paz y consuelos espirituales en todos sentidos... y por otra parte la pasión que me esperaba cómo aquellos más amigos y fieles desconfiados que no me quedaba, para obligarme más, aumentaban sus quejas... si no fuese

Madre y Madre tan querida, lo sufriríamos, pero que siendo nuestra Madre a quien tanto amamos (nos decían las ancianas, madres Filomena, Mercedes, Soledad, etc... El corazón me lo cogió la Santísima Virgen mi dulcísima Madre María Santísima de los Dolores al despedirme de ella con muchas lágrimas el Viernes Santo y pedirle me diese valor para el sacrificio de salir (que prefería la muerte antes de separarme de su sagrada Imagen que tan singulares favores había el Señor dado por su milagrosa Imagen a mi alma en los principios de mi vocación.

Aquella noche del Viernes Santo la Purísima Madre María Santísima "me pidió el corazón para ofrecerlo con el suyo Purísimo a su santísimo Hijo, que me quería esclava de su amor sacramentado, que víctima con él en la Hostia santa le ofreciésemos sacrificios de reparación y desagravio, consagradas a su amor sacramentado, y en darle almas abandonadas y pobres, en quien quería derramar los tesoros y riquezas infinitas de amor y misericordia sobre el mundo para reinar en todos los pueblos de la tierra".

¡Oh!, cómo querría poderles expresar de alguna manera las misericordias que nos ofrece el Corazón eucarístico de Jesús por su divina Madre, María Santísima, para ser como lo fueron sus discípulos después de recibido el Espíritu Santo bajo el amparo y dirección de su Santísima Madre, *Madre nuestra.*

Termino ya esta carta que empecé, y se ha convertido en historia, con el deseo ardiente que hagáis vosotras con Jesús eucaristía lo que yo no fui capaz, de llenar su misión altísima de reparación y amor, acercándole las almas abandonadas de los niños pobres que no conocen a Dios... y que le amen todas las almas y le adoren en el Santísimo Sacramento, que él será nuestra gloria y recompensa en el cielo.

Ruégoos, carísimas hermanas y madres mías en nuestra Madre María Santísima, viváis siempre en humildad y pobreza, sujetas a la santa obediencia con alegría del alma, con la fe cierta que vivimos cumpliendo la voluntad del Señor, que debe ser nuestro ideal hacer en todo su voluntad santísima sin réplica ni quejas ni murmuración, que nos hace la vida insoportable cuando el amor propio se pone como un velo que nos oculta al Señor. Así, no viendo a Dios nuestro Señor no daremos paso en la perfección. Con Dios nada se nos hace duro ni pesado, pues él ya nos dijo: "Mi yugo es suave y mi carga ligera..."

Hijas mías, la santidad exige combates y luchas, como dice un santo padre: "La virtud es una planta tomada en el Calvario, que Jesús nos confía para que la cultivemos con sangre y lágrimas. Su fuerza está en las raíces que penetran el suelo del alma. Cuando por tibieza se deja descubierta la raíz por pereza o hastío, la planta muere". ¡Qué verdad tan bien expresada y que viene a nosotras como anillo al dedo. Cuando decimos de todo para disculpar nuestra desidia y pereza en la oración, Oficio divino, mortificaciones, que perdemos tantas ocasiones de merecer y consolar el Corazón eucarístico que quedó con nosotras para fortalecer nuestra fe, aumentar el amor y consolarle por los que le ofenden y olvidan. Si él no nos hubiese pedido

tantas veces y tan distintas ocasiones el acercarle almas, como pidió al Bautista preparase sus caminos por la oración y penitencia, nadie de la vida me hubiese movido de mi desierto de penitencia donde me consideré feliz desde el momento de mi ingreso.

Pero allí, con todas las exigencias de una vida de penitencias, abstracción y clausura, no encontré violencias. Aquella Regla bendita fue el molde donde me encontraba en la tierra como en el cielo... Todo me ayudaba amar a Dios con toda intensidad, los trabajos y pobreza eran alas para remontarme al cielo, pues la tierra no la miraba.

Ahora, desde que salí del desierto para subir al calvario... pasé por esta babilonia como el que huye del fuego para no abrasarse... y comprendí que misericordiosamente me atrajo Jesucristo a padecer con él en Jerusalén su pasión para *salvarle almas*. Las almas de los pequeños, infundiendo en sus inteligencias y en su corazón el temor de Dios, y *su santa Ley*, por medio del Pan Eucarístico, pan de vida para los débiles.

Un día en la iglesia de san José en Gibraltar oraba llena de fe y confianza contra toda humana esperanza en los hombres... ¡Me sentí tan abandonada y sola para rescatar mis 10 monjitas que llevaban dos años entre los rojos!... Una pena interior de muchos meses reprimida se soltó en aquel día... y el fervoroso párroco, con quien me confesé, me alentaba al martirio más pequeño que el que llevaba en el alma. Y al recibirle en la sagrada Comunión, Jesús se mostró como entraba en el Cenáculo después de resucitado: “¡La paz os doy!... ¿Esperabas tu dos cielos? No sabías que para entrar conmigo resucitado en el cielo tendrías que padecer conmigo la pasión y muerte, que como cooperadora, con mi Madre María Santísima, tendrías que padecer y morir por la salvación de las almas, corredentoras de este apostolado que escogí en estos momentos que me echan de tantos corazones que fueron mis amigos... y colmé de beneficios... y me persiguen y me odian... En vosotras os escogí para recoger las almas de los niños y traerlos a mi mesa que yo les alimentaré con mi cuerpo y sangre... y atraeré a mi Corazón esos pequeños que preparen mi Reinado en el mundo...”

Allí quedé llena de Dios, pues una luz clarísima que disipaba mis tinieblas me mostró el camino de sus pequeñas esclavillas, víctimas de reparación y amor. ¡Oh Dios mío!, desde entonces comprendí que aquellos 40 años de vida de clausura, en la más rigurosa observancia, viví a satisfacción y mi corazón y mi alma se llenaban de Dios con el ejemplo de aquellas santas religiosas y nada se me hacía amargo ni penoso, me engolosiné con el Señor en sus bodegas... gusté a satisfacción de sus vinos y no cambiara mi dicha solo por el cielo que continuaba mi gloria... Tenía que dejar como él la gloria de su Padre por glorificarle en la tierra... y como me di a él desde chica... cogió tan fuertemente mi corazón, que no podía satisfacerle nada de la tierra y entonces me envió a su Madre María Santísima la que me prometió ser *nuestra Madre, Maestra y Reina* de sus pequeñas siervas y esclavas...

Bueno no sé acabar. Ya vieja achacosa y enferma, como me veis, ¡siento energías para

ir a padecer por su amor el martirio que él quiera enviarme, con tal que le vea siempre! ¡*Mi Dios y Salvador de mi alma*!, ¿cómo negarnos a padecer cuanto él quiera, con tal de darle a conocer en la morada eucarística, donde él me envía al camino a recoger, todos los pobres, ciegos, cojos y desvalidos que vengan a la Eucaristía a curar sus dolencias como fuente de agua viva y como convite que fortalezca las almas?

¡Oh Dios mío!... y cuánto espero de vuestras reverencias y caridades que en esta seriedad de vida nueva no os comparéis a otras congregaciones, grandes que tanto bien hacen a la santa Iglesia cada cual en su vocación. Nosotras no olvidemos nunca salimos del desierto de penitencia por orden de Dios a recoger las almas abandonadas de los niños pobres y partir con ellos nuestro pan y enseñarles el camino del cielo, acercándolos a la sagrada Eucaristía. Esta es nuestra misión, salvar las almas de los niños con sacrificios oración y espíritu de fe y amor a Jesucristo sacramentado. *Somos, como siervas o esclavas de la Eucaristía y de la Madre de Dios* fieles hasta la muerte. Llámenos el mundo como quiera, en el Libro de la Vida nos escribió el Rey desde su trono de amor: "Seréis mis siervas que me adoréis en espíritu y en verdad, a imitación de mi Madre María Santísima. Os llamáis las Esclavas y Siervas de la Sagrada Eucaristía y Madre de Dios. Haréis en la tierra la misión de recogerme las almas abandonadas de los niños y traerlos a mi mesa donde serán alimentados del Pan eucarístico... siguiendo a mi Madre Santísima imitando sus virtudes de humildad y pobreza seréis bendecidas de mi Padre que os dará la corona y gloria de mis apóstoles en el cielo".

Si el Señor nuestro Dios nos promete tan hermosa recompensa en el cielo, ¡por qué teméis a los dichos de los hombres que nos juzgan por razones humanas y no por los juicios de Dios! No, hijas mías, nuestra Congregación de adoradoras eucarísticas, desde el principio, como todas sabéis, no es vida activa como otras congregaciones; *es vida mixta* como nos la dio el Señor, mostrándonos su voluntad muchísimas veces por prelados santos, especialmente en Roma y en Asís. ¿Por qué os lleváis del juicio de los hombres y no de la voluntad expresa del Señor? Somos Eucarísticas con adoración perpetua por voto. ¿No es contemplación?... Somos madres de los niños abandonados para llevaros a Dios. *Es lo que somos*.

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María

L7 C32 (150-165)

DE LA NADA AL SER

"¡Dios mío y Señor mío, vénganos vuestro reino! Hágase vuestra voluntad así en la tierra como en el cielo".

¡Ave María Purísima! *en gracia concebida*!

En una pequeña aldea de la Vega de Granada *Monachil*, vivía en el santo temor de Dios cristianamente un piadoso matrimonio en la paz del Señor. Labradores con una desahogada fortuna que les hacía vivir y educar a sus hijos con todas las comodidades de una familia que vive de sus rentas, sin preocuparse mas que de la cristiana educación de sus hijos en el santo temor de Dios. Estos fueron mis abuelos maternos con quien viví los pocos años en el siglo a su cuidado.

D. José Hitos la Fuente y Dª Josefa Linares Arboleda tenían seis hijas y un hijo.

La mayor, llamada Rita, casó y quedó viuda a los dos años con un hijo, que nació unos meses después de muerto su padre y la abuela lo acogió por hijo, lo educó, estudió en el Seminario, se hizo jesuita y murió en olor de santidad. *Este fue el primer nieto*, P. Antolín Hitos, S.J. Como volvió a tomar segundas nupcias tuvo otros, dos hijas, que la mayor fue religiosa clarisa en el convento de la Encarnación de Granada. Después de la R. vino con R. de la S. C. a nuestra casa de Berja (actualmente abadesa en el convento casa noviciado de Braga (Portugal).

La segunda, hija llamada María de la Paz, la dotó el Señor de tal hermosura y raros dotes de virtud y talento, que temiendo algún peligro que manchara su alma la encomendó a una hermana suya (de mi abuela), que era religiosa clarisa en el convento de la Encarnación de Granada, donde después de educada, pidió ella ser religiosa, que lo fue observantísima y murió de abadesa después de haber reformado aquel convento y de clarisa de Guadix que le encomendaron.

La tercera hija, llamada Prudencia, casó viviendo una vida consagrada a Dios con una penitencia extraordinaria que su confesor dijo que muchas religiosas la envidiarían (si en el cielo pudiese haberla). Esto se lo oí yo varias veces al párroco, porque me unía mucho con mi madre, para sus ejercicios de piedad estaban juntas, que hacían mucho el ejercicio llamado “de madre antigua” y cuando hacían las penitencias se iban a un oratorio o cuarto que tenían en la casa con la Sagrada Familia con su lámpara encendida día y noche. Tuvo seis hijos, dos sacerdotes, el menor jesuita, y una monja clarisa en el convento de la Encarnación.

La cuarta, llamada Filomena, fue mi madre, de alma tan sufrida y prudente llevó su vida cortísima, pues murió a los 38 años dejándonos siete, el mayor con 14 años y el menor 30 días, y murió como una santa que algo podré decir a su tiempo.

Quinto el hijo José, que quiso darle carrera y no pudo, no estaba bien de salud, muy cristiano educó a sus hijos, y dio al Señor dos religiosas, una capuchina en San Antón, y la segunda clarisa en la Encarnación.

La sexta, llamada Rosa, tuvo seis hijos, una religiosa dominica, y todos muy piadosos.

Y la séptima, llamada Mercedes, cuando se preparaba todo para el matrimonio, que ambas familias les parecía una bendición de Dios, el Señor trocó su corazón cuando oraba delante de la amada Patrona, la Virgen de las Angustias, lloró mucho y pidió a sus padres la llevasen al convento de capuchinas de San Antón, en donde la llamaba la divina providencia se consagrase al Señor para siempre.

No dejó de contrariar grandemente a la familia que no le puso obstáculo por creerlo una vocación extraordinaria, pues decía (la abuela) no la pudo hacer ir a ver a su hermana y tía a las clarisas de la Encarnación, porque no quería la metiesen dentro, y de la noche a la mañana quiere encerrarse en el convento más austero y estrecho. ¡Oh juicios de Dios! ¡Bendito sea!

Esta es mi tía la que en el convento ejercitó mi vocación queriéndome enviar a otra parte que trabajase menos.

Queda explicado el por qué mi abuela cuidó de mí, como del primer nieto el P. Hitos, decía: "Son los dos únicos nietos que han vivido en mi casa". A pesar de quererlos a todos lo mismo, ella sintió que el P. Hitos (y Mercedes 12 años después) los educaría y tendría hecho un buen servicio al Señor, pues temía que en casa de mi madre, con el extremado amor de ellos a la primera niña, pues los tres primeros eran varones, y pidieron mucho al Señor viniese yo, mi misma madre que conocía mi condición traviesísima que no dejaba vivir a nadie tranquilo, por el carácter vivo y fuerte que hacía andasen todos pendiente de mí por las travesuras que hacía a mi madre en la cocina, en el comedor, en el cuarto de costura le quebré la máquina tirándola al suelo porque no alcanzaba a coser el vestido a la muñeca... y no sé si tendría 3 ó 4 años de edad, y mi abuela por aliviar a mi pobre madre de este tormento me llevó consigo, y ella de carácter entero y de una piedad poco común en una mujer, que sus nietos después la llamaban la mujer fuerte, domó la pequeña leoncilla, pues le hacía grandes travesuras, como fue un día mientras se fue a misa. Me dejó con la criada encargándole no me dejase sola y por socorrer a una pobre que llevaba un jarrito pidiendo aceite abrí un depósito que tenía no se las a. (pues en los bajos de la casa tenían una fábrica aceitera) y como abrí el grifo con mucho trabajo, después no lo pude cerrar y se vació todo ¡cuándo avisaron a mi madre que como era tan buena llorosa se encomendó a la Sagrada Familia y entrando descalza con una cubita en aquella sala que era un lago de aceite lo recogió todo y cuando mi abuelo, que era hombre de mucho carácter, vino a la casa no lo advirtió ni dijo nada... y después oía a mi madre decir a mi padre: “¡qué milagro nos hizo la Sagrada Familia hoy, sino es ella la travesura de la niña nos sale carísima, ¡gracias Dios mío que así nos favoreces!” La abuela en lugar de castigarme me escondió para que mi madre no me castigara como merecía ¡Dio sea bendito!

Así mi niñez fue deliciosa, me sentía amada de cuantos me rodeaban, me decía me parecía a mi madre y compartían conmigo el respeto y amor y simpatía que por ella sentían.

Sólo mi madre fue entera y nada de mimos, me castigaba mucho y me enseñaba a amar y conocer a Dios en todas las cosas, ver la mano divina que nos guiaba al cielo, dándonos educación, medios y doctrinas muy santas de la santa Iglesia y libros santos para sacar, aún de los males medios de santificación y de alabanza a Dios nuestro Señor y a nuestra Madre dulcísima y san José a quien nos tenía consagrados desde el momento de nacer, especialmente a mi que me repetía con frecuencia: "ya presentía que esta niña sería mi preocupación, pues es la que más fuerte vino". Estuvo a morir, pues me decía que el Sr. Cura al bautizarme y decirle tenía tres días les dijo a los padrinos: "Creo que así es, aunque sus apariencias son de más de tres meses". La abuela materna, que fue mi madrina, decía que nadie podía creerlo por lo fuerte y despierta que estuve.

Dios sea bendito que se valió de este gusanillo miserable parar traer la paz y alegría a la casa, pues mi madre sufría y pensó divorciarse si mi padre no se retiraba de la milicia, pues él quedó después del servicio militar de guardia civil, y mi madre quería se retirase y dedicase a sus pequeñas fincas que le daban más producto, le tenía mas padre de sus hijos y gozaba de más paz.

Esta lucha llegó a ser una realidad antes de yo nacer. Mi madre se vino con sus tres niños a casa de la abuela y dijo no saldría más de ella. Todos sorprendidos llegase de Guadalajara el mismo día y hora de mi nacimiento como si le hubiesen enviado un propio; decía él muchas veces a la familia, cómo no queréis sea de todos mis hijos la más querida, si antes de nacer me avisó como un ángel de paz que en las mayores penas de mi vida, que me viera solo y abandonado de los seres más amados de mi corazón, lejos de mi casa y país, "me vino ella, sin duda me la envió el Señor –decía un día a la madre abadesa del colegio donde ingresamos mi hermana pequeñita y yo a los 10 años, Santa Inés–. Turbado y desesperado sin saber que hacer entré en una iglesia que encontré abierta y como mi costumbre rezar todos los días a la Virgen Santísima, a quién amé con gran fe desde niño, y entré, me sentí feliz, pues la divina Madre de Dios me daba en mi primera hija la solución de todos mis problemas: unirme con lazo indisoluble a la que me dio ella por compañera y ángel en la tierra".

Así hablaba mi pobre padre en aquellos momentos de dolor que mi madre dejaba la tierra para subir al cielo dejando sus siete hijos pequeños confiados a su madre de una manera especial sus dos niñas; Mercedes era su preocupación y en sus últimos encargos, y sus últimas palabras repetía: "Cuida mucho a mi Mercedes, madre mía, y edúquela Vd. misma, me da miedo de los colegios, que pierdan la inocencia con otras niñas sin temor de Dios. Aquella madre mía vivía con un santo temor de Dios que parecía una santa.

Dios nuestro Señor aumente su gloria en el cielo y por ella nos conceda amarle y servirle como nos enseñó, y nos veamos todos en el cielo. Amén

L5 C12 (84-88)

LAS BIENAVENTURANZAS APLICADAS AL ESPÍRITU DE LAS RELIGIOSAS CAPUCHINAS CLARISAS DE LA SAGRADA EUCARISTÍA Y DE LA MADRE DE DIOS, PARA MEJOR COMPRENSIÓN Y OBSERVANCIA DE LAS NUEVAS CONSTITUCIONES

Señor, ¿a quien iremos? Tú tienes palabras de vida eterna (Jn 6,68)

CAPÍTULO I

BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU, PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS

Artículo 1

POBREZA

No queráis atesorar riquezas para vosotros en la tierra (Mt 6,19)

Para hacernos dignas de la promesa concedida por nuestro divino Maestro a los verdaderos pobres de espíritu, las religiosas Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios, que profesan la primera Regla de nuestra madre santa Clara, están obligadas a la observancia de la más estrecha pobreza.

Nuestro seráfico padre san Francisco la llama su esposa, y quería que sus hijos la amaran como a una madre.

Siempre nos aconsejó y amonestó con la palabra y el ejemplo a que perseverásemos en esta santa pobreza, y no contento con esto, nos escribió muchas cartas para que después de su muerte en ninguna manera nos apartásemos de ella.

«Por tanto, con las rodillas en tierra y el cuerpo inclinado, encomiendo a todas mis hermanas presentes y futuras a la santa madre Iglesia romana, al Sumo Pontífice y particularmente al señor cardenal protector que nos fuere dado para que por amor de aquel Señor que pobre fue puesto en el pesebre, pobre vivió en al mundo y quedó desnudo y colgado en la cruz, siempre aliente, favorezca y haga perseverar en la santa pobreza que al Señor prometimos a esta pequeña grey que el Padre Eterno engendró en su santa Iglesia» (Testamento de santa Clara, 7).

En nuestra santa Regla y Testamento de la seráfica Madre, tenemos las más perfectas normas de la santa pobreza, según el espíritu del santo Evangelio.[5]

---

[5] Tachado: *sin necesidad de recurrir a fuentes extrañas*.

Ningún elogio más digno se puede tributar a esta virtud que el ejemplo del Hijo de Dios, que bajó del cielo a desposarse con ella, que cual hermosa doncella, según la bellísima

parábola de nuestro seráfico padre san Francisco, estaba en el desierto abandonada, desconocida y despreciada de los hombres.

Las reglas del mundo son diametralmente opuestas a las reglas de Dios; en concepto del mundo las riquezas son el fundamento de la grandeza, y a los ojos de Dios la pobreza es el fundamento de la santidad.

No debemos contentarnos con cumplir el voto de pobreza, que consiste en la renuncia de los bienes temporales por amor de Dios, sino aspirar a la perfección de la virtud alegrándonos de carecer aun de lo necesario a imitación de nuestro divino Esposo.

¡Qué ejemplos tan sublimes nos ha dado el Señor en todas las cosas que son materia de pobreza! Escogió pobre Madre, pobre Patria, un pobrísimo portal para nacer, siendo reclinado en un pesebre; ejercitó pobre y despreciable oficio, ganando el sustento con el trabajo de sus manos; su alimento era pobre y no tenía casa propia, ni donde reclinar su cabeza.

Jesús escogió discípulos pobres, amó los desprecios, huyó las honras, desapropiose de su voluntad y de sí mismo con excelentísima pobreza interior, murió desnudo en una cruz y recibió de limosna la mortaja y sepultura.

Pone la pobreza por base y fundamento de la perfección y como condición necesaria para ser su discípulo y para animar y alentar nuestra corrompida naturaleza, nos promete el reino de los cielos que vale incomparablemente más que todos los reinos y riquezas de este despreciable mundo.

Y ¿cómo no abrazamos la pobreza de espíritu, pues la abrazó nuestro divino Maestro y tales premios se alcanzan con ella?

Arrojémonos confiadamente en sus manos, que no nos faltará su providencia ni dejará de cumplir su palabra: Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura (Mt 6,33).

Procuren las religiosas ser fieles a Dios, a su Regla y Constituciones, y despreocupadas del día de mañana; pensar solo en servirle y amarle con perfección, que el Señor si hace falta hará milagros; si no los hace sea entonces su gozo completo, al sentir los efectos de la santa pobreza y tendrán la dicha y el honor de asemejarse a su divino Esposo.

El tesoro de una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios debe estar en el cielo y usar de las cosas de la tierra por estricta necesidad, buscando y pidiendo para su uso las cosas más viles y despreciables.

Si son fieles al Señor, él les hará sentir ese amor a la santa pobreza y desprendimiento de las cosas de la tierra, haciéndolas comprender el fin más elevado y noble para que fueron criadas, porque si Dios es nuestra única posesión, miraremos con desprecio y desdén lo que

los mundanos llaman riquezas y comodidades, que el Apóstol compara muy acertadamente al estiércol y a la basura.

No seamos tan mezquinas y apocadas que quieramos comparar y elegir un manjar delicado, un hábito, un libro, una pluma y mil y una niñerías a que miserablemente pegamos nuestro corazón que ha sido creado para Dios, no queramos comparar esas nadas al Rey del cielo y tierra, que es eso hacerle una injuria. Aunque sean cosas chicas e insignificantes son siempre un impedimento para unirnos perfectamente al Esposo divino de nuestras almas.

Cuiden de las cosas que para su uso les conceda la santa obediencia, pero con desprendimiento y libertad de espíritu, pues ya que dejamos lo mucho no nos atemos ahora con hilillos que nos hacen esclavas de pequeñas aficiones, que son el mayor impedimiento del rápido vuelo a la santidad.

Si le niegan alguna cosa no se ofendan como quien realmente no tiene derecho a nada, antes bien, gócense de carecer de ella; si se la conceden recíbanla con gratitud como el pobre recibe una limosna. Las cosas de su uso mírenlas como propiedad de Dios y objetos consagrados a su servicio.

No retengan en las celdas cosas fútiles o inútiles, sino solamente aquello necesario que no desdiga de la pobreza y siempre bajo la dependencia de su superiora.

No se quejen ni murmuren de sus superioras sino les conceden lo que piden para su uso, porque se exponen a que la superiora, para condescender con su debilidad y poca virtud, les conceda lo que en conciencia debía negarles y entonces dichas súbditas no pueden excusarse en la presencia de Dios que cuentan con permiso y pecan contra la virtud de la pobreza.

Repasen con frecuencia revista a sus celdas y demás cosas de su uso, y si encuentran algo superfluo o a que siente alguna afición, entréguenlo sin demora a la superiora y guárdense de ocultarle algo por cualquier razón o motivo de las cosas que le han sido concedidas para su simples uso.

Debiera la religiosa portarse de tal manera respecto al uso de las cosas aún necesarias, que su superiora, sin darle cuenta, pudiera quitárselas y disponer de ellas sin que la súbdita se turbara o molestara por eso.

¿Tiene el pobre derecho a quejarse porque su bienhechor le despojó de un traje que caritativamente le había emprestado? ¿Se quejó o resistió Jesús cuando injustamente le despojaron los soldados de sus vestidos y los repartieron entre sí?

No se apropien nada, y tengan en cuenta que cuanto más chica y de menos valor es la cosa a que nos aficionamos más indignas y mezquinas nos mostramos.

Con cosas pequeñas nos vamos atando y el demonio se da por contento con vernos entretenidas con esas niñerías, porque más daño le hace un alma generosa que camina con

pasos agigantados a la santidad libre de todo impedimento, que mil almas de una virtud común que se contenta con evitar lo que es pecado.

La Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios debe vivir desligada de todo lo terreno sin prenderse a su patria o familia, a un convento, celda u oficina, a un hábito, un libro, un velo, etc., mas portarse como peregrina y extranjera en este mundo donde no tenemos patria fija, ni posesión segura y estable.

Las Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios deben procurar que en todo resplandezca en ellas la santa pobreza; el comer, vestir y dormir será como cosa de pobre y cada una se persuada que lo peor de casa ha de ser para ella.

Decía nuestro seráfico padre san Francisco que el desear cosas curiosas y no necesarias era señal de espíritu muerto, porque el espíritu tibio y resfriado del calor de la gracia ¿con qué -dice- se ha de cubrir y entretener sino con estas cosilla? Como no halla consuelo en las cosas espirituales, búscalos en estos entretenimiento exteriores.

Para merecer las divinas promesas que Jesús, maestro divino, hace a los pobres de espíritu, no tener nada, ni desear nada, cuanto más de veras deseemos imitar el modelo, Jesús pobre, menos cosas debes apetecer, ni hallar en ti, alma víctima, que merecistes oír el llamamiento y promesa de Jesús.

L4 C9 (77-81)

Artículo 2

DESPRENDIMIENTO DE LOS PARIENTES

He venido a separar al hijo de su padre y a la hija de su madre... (Mt 10,35)

La herencia del verdadero pobre de espíritu está en el cielo, donde Dios es nuestro Padre, María nuestra madre y los bienaventurados nuestros hermanos y familiares.

Si el apego a los parientes no acarrease grave daño no nos hubiera amonestado con tanto ahínco Jesucristo a desasirnos de ellos. Nos dice terminantemente que quien no le antepone a sus padres no merece ser su discípulo.

En otro lugar dice: A nadie llaméis padre en la tierra; uno solo es vuestro Padre que está en los cielos (Mt 23,9).

En este mundo la patria de una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía es la santa Iglesia romana; su pueblo natal la Congregación, donde ha renacido a una vida más perfecta por la vocación religiosa; sus padres, sus superioras; sus hermanas las religiosas miembros de

esta familia eucarística, y todas las almas redimidas con la preciosísima Sangre de Jesús, que debemos amar más que mediando la carne y la sangre.

Una grande obra de misericordia es enterrar a los muertos y, sin embargo, cuando aquel joven del evangelio pidió al Señor le dejara ir antes [a] enterrar a su padre, sabida es la contestación del divino Maestro: Dejad a los muertos que entierren a sus muertos (Mt 8,22).

Es muy difícil, a no mediar una virtud muy sólida y arraigada, que cuando se trata de remediar a los parientes nos mueva un amor sobrenatural, como nos recomienda el Salvador.

No puede ser feliz, ni santificarse una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía que tiene repartido su corazón entre Dios y su familia.

Era muy conveniente, para su mejor formación, que, por lo menos los primeros 20 años, las religiosas vivan lejos de su tierra natal y familia, para evitar distracciones y abusos, a no ser que el consejo lo vea muy conveniente y después que la religiosa haya dado pruebas de sólida y arraigada virtud.

Cuando la santa obediencia las llame de un convento a otro, con espíritu libre y magnánimo no se entretegan a dar cuenta de ello a sus familiares y mucho menos en despedidas que nada aprovecharán al espíritu.

Las superioras pueden disponer de una religiosa, tanto de votos temporales como perpetuos, sin dar ninguna razón a sus familias; la Congregación tiene absoluto derecho sobre las religiosas desde el momento de su consagración a Dios por la profesión.

Desde el instante que pronuncian sus votos, y según frase del apóstol, dan muerte al hombre viejo, las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía, víctimas de Jesús Sacramentado, empiezan a vivir una nueva vida y hacen parte de los miembros de una nueva familia según el espíritu del Instituto.

Imaginémonos que hemos nacido en medio de esta familia eucarística, donde Jesús por solo su amor y misericordia nos ha traído, y hagamos desentendidas de cuanto pasa fuera de la Congregación, como de cosas extrañas y desconocidas.

Amen [a] todas las almas y encomiéndelas al Señor para que todos se sometan a su santa ley y triunfe nuestra santa madre Iglesia en todos los pueblos y naciones, pero con amor espiritual sin mezcla de carne y sangre.

Dentro del vastísimo campo de nuestra santa madre Iglesia amen con particularidad el Instituto a que el Señor nos ha llamado, porque aunque todos son buenos y excelentísimos el mejor para nosotras es el de las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios.

Este aprecio, amor y estima a nuestro Instituto debe ser muy recomendado a nuestras religiosas porque amándolo se cumplen con fidelidad los deberes que él impone y se aleja la peligrosa tentación de disgusto o arrepentimiento.

En él debemos encontrar nuestro lleno y buscar todo el cariño y afecto de la familia.

Procuren, para eso, conservarse íntimamente unidas con sus superioras y entre sí, sin distinción de caracteres, nacionalidad o condición; somos hermanas, tenemos un mismo fin, profesamos una misma Regla y Constituciones, vestimos un mismo hábito, debemos ser todas un solo corazón y una sola alma.

Así se conservará el Instituto en unión y caridad sin que echemos de menos a nuestra familia de la que está expresamente prohibido aún hablar entre si. No refieran nada sobre su nacimiento, nobleza o condición de sus familias, origen siempre de turbaciones e intranquilidades.

Es igualmente conveniente que no vivan en la misma casa dos hermanas o parientas. Pueden verse cuando convenga, bien sea por traslados, en el capítulo, cuando se reúnan a hacer ejercicios espirituales, etc., pero nunca habitualmente.

Dice san Basilio que nos importa mucho huir el trato y comunicación con los parientes, porque al fin lo que ojos no ven corazón no quiebra, y añade el mismo santo: Gardáos de dejar vuestro puesto y vuestro sosiego y recogimiento por vuestros parientes, porque no dejéis con eso el espíritu y las buenas costumbres que es cosa que suele acontecer.

Dice también san Bernardo: ¿Cómo te hallaré, oh buen Jesús, entre mis parientes, pues entre los tuyos no se pudo hallar tu Santísima Madre?

No se halla nunca a Jesús entre los parientes.

L4 C9 (82-84)

Artículo 3

OBEDIENCIA

> *El reino de los cielos padece violencia y solo los esforzados la arrebatarán* (Mt 11,12)[6]

Y porque la perfección de la pobreza de espíritu exige el desprendimiento de nuestra propia voluntad, las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía debemos esmerarnos en llegar a la perfección de la virtud de la obediencia, pues por ella damos a Dios lo mejor que tenemos y más apreciamos, que es nuestro libre albedrío.

Tengamos siempre presente el ejemplo de nuestro divino Maestro, obediente hasta la muerte. La obediencia es la que nos une más con el fin de nuestro Instituto, ella es la que nos dice y manda que nos ejercitemos en las cosas que se ordenan para conseguir su fin.

De nada le servirá a una religiosa hacer mucha oración y penitencia y ejercitarse en todas las demás virtudes, sino renuncia su propia voluntad y sigue la voluntad de Dios manifestada claramente sin temor de engaño por sus legítimas superioras.

La perfecta obediencia es el camino más breve y más seguro para conseguir la perfección.

Si cada una no procura con ahínco conservar el espíritu de obediencia, sumisión y perfecta unión con sus superioras, no podrá conservarse ni durar mucho tiempo en el Instituto, pues según el mismo Evangelio, todo reino dividido será destruido (Mt 12,25).

No miren la persona de la superiora, sino a Dios a quien representa, y obedezcan con sencillez y docilidad, teniendo un mismo querer y no querer con ella. No juzguen sus mandatos, aunque le parezcan desatinados y mucho menos guárdense de murmurar de sus disposiciones, pues el Señor suele castigar estas faltas muy severamente aún en esta vida.

El perfecto obediente no espera la orden, mas procura adivinar el deseo de su superiora para ponerlo inmediatamente por obra sin dilaciones ni tardanzas, con alegría y docilidad.

Las súbditas que están siempre dispuestas y contentas con todo lo que manda la superiora, ya sea agradable o desagradable, fácil o dificultoso, honroso o humillante, hacen a Dios el más grato y sublime sacrificio que puede ofrecerle el hombre sobre la tierra y forman aquí las delicias del Señor.

---

[6] La madre Trinidad tacha: *Obedeced con simplicidad de corazón como obedeceríais a Cristo (Ef 6,5)*, y escribe: *El reino de los cielos padece violencia y solo los esforzados la arrebatarán (Mt 11,12)*.

¡Con qué complacencia y amor mirará Jesús a una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía que en nada obra según sus gustos y caprichos! Nosotras, almas adoradoras y víctimas, aprendamos de Jesús Eucaristía los ejemplos de obediencia que allí nos da.

Baja desde el cielo a las palabras de la consagración con la misma prontitud a un sacerdote santo o a un tibio e indiferente. Si le exponen en un trono magníficamente adornado no resiste y si le encierran en un sagrario no se queja ni respira. Le llevan y le traen, le sacan y le encierra, se deja recibir de un corazón en pecado mortal, le consumen y le privan de las delicias de vivir en un sagrario más, etc., etc. ¿Qué dice Jesús? ¿Qué hace?

No se queja, no murmura, no da señales de vida, parece un cuerpo muerto o un ser inanimado.

¡Que otro modelo quiere una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía para practicar perfectamente la obediencia que exige su dulcísimo Esposo desde el sagrario, siendo ella la víctima de adoración que él nos pide!

Sean muy puntuales a todos los actos de comunidad, haciéndose cargo que el sonido de la campana es la voz de Dios que las llama. A no estar impedidas por legítima causa, acudan

con presteza, dejando la letra comenzada, pues estas primicias las aprecia el Señor como los capullos de la flor.

Con la misma indiferencia deben dejar una ocupación por otra, si lo ordena o dispone su superiora, convencidas que no han venido a la religión a hacer esto o lo otro, sino a servir al Señor según su voluntad santísima.

Nos dice la santa Madre en su testamento: Las hermanas que son súbditas acuérdense que por amor de Dios negarán sus propias voluntades y así quiero que obedezcan a su madre como libre y voluntariamente prometieron al Señor (Testamento de santa Clara, 10).

Nuestra Congregación debe distinguirse por un espíritu de total renuncia de su propia voluntad y juicio y por la unión y caridad de unas con otras.

Esta es la verdadera adoración en espíritu y en verdad que nos pide Dios, la que más le agrada y le honra, la renuncia de nuestra propia voluntad y juicio en que le reconocemos como a nuestro dueño real y absoluto.

Nuestro divino Salvador se desapropió de su propia voluntad de tal manera que dijo que vino a hacer su voluntad y que no quería hacer nada sino lo que viese hacer a su Eterno Padre, con tal perfección y desnudez de espíritu, que tomó por precepto y mandamiento el morir por los hombres al ver que aquella era la voluntad y complacencia de su Eterno Padre.

La verdadera Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe dejar con presteza todo lo que tenga entre manos a la menor insinuación de su superiora como quien tiene más en cuenta la obediencia que todo lo demás.

Y para que esta obediencia les sea más suave y no carga pesada e insoportable, amen a su superiora como a una madre, mirando en ella a Dios a quien representa, un Dios suavísimo y amabilísimo, cuyo yugo es suave, para que obedezcan con amor y alegría, sin los cuales no hay perfecta obediencia.

Respeten y veneren sus superioras como representantes de Dios y si alguna se rebela contra sus órdenes y les falta al respeto con desedificación de las demás, sea severamente reprendida y castigada para evitar relajación en un punto tan delicado de nuestras Constituciones.

Guárdense de mostrar enfado o tristeza por lo que se ordena, de manera que dé motivo a que la superiora deje de mandar.

Si les repugna y es contra su naturaleza, no es falta sentirlo, al contrario, si lo disimulan interior y exteriormente puede ser causa de un vencimiento grande y de un acto de virtud heroica.

Aunque la obediencia sea dificultosa, si una alma tiene fe ¡qué paz! ¡qué satisfacción! ¡qué consuelo poder decir al Señor!: Señor yo no vine aquí por mi gusto, no hago en esto mi

voluntad propia, tú me trajiste aquí, tú me lo has mandado. De tu cuenta corre, ayudarme, defenderme y cumplir en mí tu palabra de hacer cantar victoria al obediente.

Un santo padre de la Iglesia dice: La obediencia es una excusa delante de Dios, navegación segura y camino que durmiendo se pasa. Así como el que va en un navío sentado y durmiendo va caminando y no tiene que tener cuidado de su camino, porque el piloto lo tiene; así el religioso que vive bajo la obediencia sin trabajo ni cuidado, va caminando al cielo y a la perfección, porque velan por él sus superiores. No es poco, sino mucho, pasar el golfo de este mundo en brazos y hombros ajenos, pues esa es la merced que hace Dios al alma religiosa que vive bajo la obediencia, que toda la carga la echa a cuestas del superior y ella va descansada y descuida de si seria mejor esto o lo otro.

L4 C9 (85-88)

Artículo 4

LA VIDA COMÚN

No queráis atesorar riquezas para vosotros en la tierra (Mt 6,19)

Una Comunidad de Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía, llamadas a imitar la vida de Jesús y de su santísima Madre, debe ser una casita de Nazaret o un Cenáculo donde los Apóstoles dejando sus casas y todo lo que poseían por seguir al divino Maestro participaban comúnmente de las limosnas y producto de sus trabajos.

Siempre seguían a su divino Maestro y con él participaban de los convites y de la necesidad, hasta llegar a coger unas pocas espigas para socorrerse.

Si hospedaban a su divino Maestro allí se recogían y si pasaba las noches en el desierto allí estaban con él, teniendo sus casas y pudiendo cada uno socorrerse por medio de sus familias.

Después de la Ascensión se recogieron al Cenáculo con la divina Madre y allí formaban con ella un solo corazón y una sola alma, en una unión completa de voluntades y sentimientos.

Es cierto que esto se hace muy difícil a nuestro amor propio, que es el enemigo capital de la vida común como el mismo nombre indica.

La vida común es un excelente medio de conservar la caridad fraterna por la que debe distinguirse una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía.

Un santo padre de la Iglesia dice: Donde hay mío y tuyo luego hay pleitos y ocasiones de contiendas y discordias. Así vemos que en la primitiva Iglesia había grande unión y

concordia entre los fieles, porque tenían un solo corazón y una sola alma, porque no había entre ellos mío ni tuyo sino que todas las cosas eran comunes.

Por lo tanto ya que la renuncia de todo lo bueno es un medio altísimo para alcanzar la perfección, fomentar el vivo amor de Dios y mantener la caridad, de tal suerte que disfrutando en la tierra la paz de los bienaventurados, merezcamos más fácilmente el reino de los cielos que ordena: que según lo establecido por nuestra santa madre Iglesias, en todas nuestras comunidades, todas las hermanas, tanto superioras como súbditas, observen santa y perfectamente la vida común.

La perfecta observancia de la pobreza evangélica, ese vivir *sin propio* que manda las Reglas y nuestras sagradas Constituciones y prometimos en la fórmula de nuestros votos, sería un imposible en esta vida mortal, sujeta a tantas necesidades, sin una perfecta y acabada vida común, que consiste en que todas las religiosas tengan el mismo régimen en la comida, vestido, habitación, muebles, etc., todas conformes y sujetas a una mesa común, sin la menor dispensa o privilegio en favor de nadie a no ser que una enfermedad u otra cosa razonable lo exija.

Esta vida común es la personificación del espíritu de pobreza, por eso las superioras estén firmemente obligadas a mantenerla con solicitud y todas las religiosas a observarla con puntualidad, huyendo toda singularidad sin una necesidad manifiesta, participando en común bajo la dependencia de su superiora de todos los trabajos y regalos de cada religiosa en particular.

En el hábito guarden completa uniformidad, para lo cual se ordena que en cada casa haya una habitación espaciosa y bien ventilada para ropería con cajones acomodados para guardar la ropa de todas las Religiosas.

Esta oficina debe estar cerrada a llave y cuidar de ella una religiosa de las mayores, de buen espíritu y amante de la santa pobreza.

Esta religiosa, que debe ser nombrada por el consejo para cada casa, llevará la dirección de dicha oficina, teniendo a su cargo dos o tres religiosas jóvenes que turnarán por semanas en el lavado, planchado y demás cuidado de la ropa, para que las religiosas se puedan entregar libremente al cumplimiento de sus oficios.

Ella dará cuenta a la superiora de las necesidades de cada religiosa y dirigirá el corte de hábitos, tocas, esclavinas y cuanto hayan de ponerse las religiosas para perfecta uniformidad, sometiéndose fielmente a los detalles y pormenores del hábito común.

A ninguna religiosa sea permitido cortar o hacerse alguna prenda nueva bajo ningún motivo, más que a la ropera nombrada y a las ayudantas bajo su dirección.

Procuren guardar igualmente completa uniformidad en el dormitorio, ropa de la cama, utensilios de las celdas, etc.

Ninguna se queje si no le agrada o no le gusta lo establecido, lo mismo que el corte y la costura, y si alguna se atreve a hacerlo, sea amonestada y corregida como la superiora vea conveniente.

Sólo a la ropera con la superiora compete renovar o cambiar alguna prenda de las religiosas que vean necesario.

Lo mismo en la sacristía, refectorio y cocina, las oficiales mayores o encargadas deben cuidar de sus respectivas ropas en la misma forma que la directora de la ropería.

Y porque la pobreza voluntaria nada posee, y en todas las cosas es rica y feliz, nada teme, nada desea y nada puede perder por haber puesto su tesoro en lugar segurísimo. Para quitar de hecho y verdad toda ocasión de propiedad se ordena: que ninguna religiosa tenga llave de celda, caja u otra cosa, excepto la superiora y las oficialas que guardan las cosas de comunidad con especial licencia de la superiora.

Sea severamente castigada la religiosa que no quiera sujetarse a la perfecta vida común, pretendiendo tener derecho a las limosnas de parientes o bienhechores, a las que ya renunció por el voto de pobreza.

L4 C9 (89-91)

CAPÍTULO II

BIENAVENTURADOS LOS MANSOS, PORQUE ELLOS POSEERÁN LA TIERRA

Artículo 1

HUMILDAD

> *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis descanso para vuestras almas* (Mt 11,29)

La vida de nuestro divino Esposo desde el pesebre hasta nuestros días en el Santísimo Sacramento, es un dechado de perfecta humildad y mansedumbre que no ha cesado de predicarnos con la palabra y el ejemplo.

El ejemplo de Jesús debe movernos más que la esperanza en sus divinas promesas.

¡Qué alma amante no se sentirá movida a humillarse, al ver a Jesús, Hijo de Dios reclinado en un pesebre, envuelto en pobres pañales, desconocido y desechado de los hombres!

La Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía contemple frecuentemente a Jesús, su divino Esposo, toda dulzura y amabilidad en la casita de Nazaret sujeto a José y a María y empleado en un vil oficio de carpintero.

Entre allí con fe y humildad y mírelo todo con los ojos del alma. ¿Qué ve?... Jesús, Sabiduría infinita, dejarse enseñar de un pobre y humilde oficial en una carpintería, que le dice con amor cuando a su orgullo le duele que la enseñen y corrijan: ¿sabes tú más que yo?...

Quizás reciba una instrucción de otra hermana con menos talento y aptitudes, pero si mira a Jesús, ¿sabía él menos que san José y la Virgen Santísima?

Nos duele porque nos anteponen una más joven, quizás recién profesa, llevando nosotras muchos años de religión, una de menos talento y capacidad, deseamos cargos, dignidades, etc. Entremos entonces en aquella santa casita, morada de paz y felicidad. ¿Quién gobierna y manda allí? ¿Quién obedece?

Según el dictamen humano, Jesús, siendo Dios Eterno, Sapientísimo, Poderosísimo, debía ser la cabeza, pero son muy distintos los juicios de Dios de los nuestros.

Allí el primero es el último. Y Jesús no se queja, no murmura, ni lo califica de injusticia.

Es esa la voluntad de su Padre celestial, hace falta para nuestro ejemplo y Jesús como un mansísimo Cordero, todo dulzura, humildad y afabilidad vive allí a las órdenes de José y María.

¡Y nuestra dulcísima Madre, Santísima, Sapientísima, con qué humildad y rendimiento se sometía a san José!

No le hirió ni se disgustó, porque el ángel avisó a san José huyeran a Egipto, sin darle a ella razones y con entero rendimiento de juicio que es hijo de una perfecta humildad, deja su descanso, su casa, su patria y se pone en camino.

Allí no hay ambiciones, rencillas ni puntillas de honor, ninguno desea ser, todos están contentos en el puesto que el Padre celestial les ha destinado en perfecta armonía; allí reina la paz, la unión, la caridad...

No nos creamos nunca con capacidad o derecho de algo. ¿Tenía Jesús derecho a morir en una cruz? ¿Era eso lo que Jesús merecía?

Pero una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe particularmente meditar el ejemplo de Jesús en el Sacramento de amor, que perfectamente adoramos y es el modelo que nos debemos proponer imitar.

¡Qué humildad y pequeñez la de Jesús, escondido, oculto bajo las apariencias de un poco de pan en un estrecho sagrario, sin aparatos ni esplendores, con una humilde y sencilla lámpara por compañera!

La verdadera Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, fiel a su promesa de adoración, si se acerca con fe a Jesús en el Sacramento de su amor, él le hará sentir y comprender esa vida de humildad práctica que nos manda aprender de su divino Corazón.

¿Qué somos nosotros si no la nada y el pecado? ¿Por qué entonces nos ensoberbecemos y creemos algo? ¿Qué merecemos más que el infierno si no contamos con los méritos de Jesús? ¿Entonces porqué pretendemos puestos elevados, dignidades etc.?

Si merecemos el infierno y estamos compenetradas de ello, nos parecerá una delicia el último lugar de la casa del Señor que no se puede comparar a ninguna dignidad mundana.

¿Qué mayor dignidad podemos aspirar que la de ser esposas del Rey del cielo, adoradoras y reparadoras de Jesús Sacramentado, de recibirle diariamente en nuestros corazones y comunicar con él íntimamente?

Según común opinión de los santos, la humildad es la base y fundamento de las virtudes.

Para ensalzarla y recomendarla a los hombres descendió del cielo el Hijo de Dios, anonadándose a si mismo y tomando la forma de siervo.

Decía san Agustín refiriéndose a los ejemplos de Jesús: Si esta medicina no ataja nuestra soberbia, ignoro qué medio puede haber más eficaz para curarla. Y añade: Cuando tú te humillas el Señor desciende hasta unirse contigo; si te ensoberbeces huye de ti.

Si quieres ser santo sé humilde; si quieres ser muy santo sé muy humilde.

Dios se complace en las almas humildes y en ellas obra sus maravillas. Ya lo dijo la divina Madre: Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava... ha hecho en mi cosas grandes el que es poderoso (Lc 1,48-49).

La humildad por grande que sea no puede causar temor de menoscabo alguno, mas por el contrario, mucho da que recelar la más ligera altivez de ánimo porque puede precipitarnos en un abismo de males.

Las Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, víctimas de Jesús Sacramentado, no debe permitirse más ambición que la de ser empleada en los más viles oficios del convento y ofrecerse espontáneamente a su superiora para ser empleada en las faenas más pesadas y repugnantes a la naturaleza.

Recibamos con humildad y alegría la corrección o amonestación que caritativamente nos hace nuestra superiora, pues dice el Espíritu Santo: el aborrecer la corrección es indicio manifiesto de hombre pecador.

Recibámosla con humildad interior y exterior y aunque alguna se juzgue inocente no se disculpe y pida humildemente perdón. Más inocente era Jesús y aunque hubiera podido con sus palabras librarse de la muerte, ¿qué dijo? Muy sencillamente nos lo declara el santo Evangelio: Jesús callaba.

La religiosa imperfecta no ama, sino antes aborrece a quien la avisa de sus defectos y le dice la verdad.

Algunas suelen decir claramente cuando las andan corrigiendo y avisando, que las andan persiguiendo y tienen ojeriza de ellas y se desconfían. Tales religiosas no podrán progresar jamás en la virtud.

Dice san Gregorio: estamos tan llenos de soberbia y la tenemos tan arraigada que no podemos oír nuestras faltas ni recibir la reprensión, porque nos parece que aquello es desestima nuestra y caso de menos valer; y como nos toca en lo vivo que es nuestra honra, luego saltamos y en lugar de agradecerlo lo tomamos por agravio, por injuria y por persecución.

L4 C9 (93-96)

Artículo 2

LA MANSEDUMBRE Y MODESTIA

Eis aquí el Cordero de Dios (Jn 1,29)

Las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios que adoramos perpetuamente al dulcísimo Jesús en el Sacramento de su amor, el mansísimo y divino Cordero que con su dulzura y encantos atrae y cultiva las almas, debemos resplandecer por una dulce modestia que nos hace amadas de Dios y sirve de mucha edificación al prójimo.

Tengamos presente las palabras de nuestras sagradas Constituciones: Procuren que todo su porte sea humildad y modestia. Eviten mover los ojos y la cabeza ligeramente y sin necesidad. Que su modo de hablar sea dulce y modesto (Art. 230 y 233).

Debemos guardarnos mucho de palabras picantes, que son muy perjudiciales a la dulzura y benignidad. Algunas suelen decirlas por gracia, pero si a cualquier gracia en boca de la religiosa la llama san Bernardo blasfemia y sacrilegio, ¿a las que son contra la caridad, cómo las llamará?

Estas gracias son muy indignas de las religiosas y deben estar muy lejos de una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía.

Nuestra boca, que todos los días es posada del dulce y amabilísimo Jesús, debiera al abrirse no destilar más que perlas preciosas, palabras dulces y divinas, encendidas en amor

divino y bien de las almas. Dice el Señor que las palabras dulces y afectuosas son panal de miel y dulzura del alma.

Guárdense de hablar de apodos o referir coplas que toquen a falta o descuido de alguna. Dice muy bien san Bernardo: Si de las palabras viciosas tenemos que dar cuenta a Dios, ¿qué será de las que tocan a nuestros hermanos?, ¿qué será de las perniciosas?

Debemos guardarnos también de porfiar y contradecir. Al siervo de Dios no le conviene porfiar sino ser manso y dulce con todos, dice el Apóstol. La que porfía, fuera de la desedificación que en eso da causa, pierde la paz y se siguen de ahí muchos inconvenientes.

A imitación de nuestro divino Maestro, seamos más dulces y afables con las más débiles e imperfectas, haciéndonos todas a todas por ganarlas todas a Cristo.

Algunas veces una palabra dulce y afable dicha con oportunidad y espíritu de caridad, puede ser causa de llamar al interior a una hermana, quizá poco edificante, y moverla a cambiar de vida.

Una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía modesta en su porte, afable en su trato, servicial con todas, es un estímulo para sus hermanas y puede hacerles más provecho que los sermones más elocuentes.

Cuando nos ejercitemos en algún servicio de caridad debemos hacerlo con buen modo, con blandura y suavidad en nuestras palabras, para que las demás entiendan que hacemos aquello con caridad y les sea grato nuestro servicio. Esta es la sal que dice san Pablo que ha de hacer gustoso y sabroso cuanto hacemos.

No demos nunca respuestas sacudidas y ásperas a nuestras hermanas, aunque estemos muy ocupadas y tengamos mucho que hacer.

Por el contrario, si nos pide alguna algún favor que por muchas ocupaciones no podamos atender, sea nuestra respuesta tan buena, dulce y agradable que ella se vaya tan contenta como si la atendiésemos. Si no podemos por carecer de permiso, digámosle amablemente: ahora mismo voy a pedir permiso.

Si nos ofendemos de alguna, devolvámosle dulzura y cariño. ¿Qué mansedumbre la de Jesús cuando recibió aquella bofetada del criado del Pontífice: Si he hablado mal, dime en qué y si bien, ¿por qué me hieres? (Jn 18,23).

No hablen nunca a voces y desde lejos y como dicen nuestras sagradas Constituciones, art. 233, cuando rían, háganlo modestamente y no se dejen llevar de la naturaleza por una risa excesiva o desmesurada.

En el art. 233 dice: Absténganse de tocar unas a otras, ni por juego, ni por señal de amistad.

Todo nuestro porte y modales deben respirar modestia y mansedumbre.

Cierto que esto es difícil a nuestra naturaleza y exige un sacrificio heroico de mortificación.

Nuestro andar sea moderado, ni ligero ni demasiado largo, evitando todo ruido y particularmente el pisar fuerte que es propio de personas ordinarias y de poca educación.

En el convento y siempre que la necesidad no lo obliga, conservemos nuestros ojos modestamente bajos, evitando toda curiosidad de querer verlo y oírlo todo.

Cuando se sienten no se recuesten cómodamente en la silla, ni se apoyen en nada si están de pie a no ser que una enfermedad o edad avanzada lo exijan. No crucen los pies ni los tengan muy separados uno del otro, evitando todo movimiento ligero y poco modesto.

Pregúntese cada una así misma ¿qué posición tomaría en mi lugar la Virgen Santísima?

¿Con qué modestia, recogimiento y comportamiento cuidaría, se sentaría, sin reír nunca a carcajadas, ni levantar la voz?

Aunque en nada se hacía singular y aparentemente parecía una mujer como otras, sin embargo su modestia y su dulzura la denunciaban de tal manera que cambiaba los corazones y era la alegría y admiración de la gente de Nazaret.

Dice un piadoso autor: Cuando hay allá dentro virtud sólida y maciza, luego hay gravedad y peso en los ojos y en la lengua y mucha madurez en el andar y en todos nuestros movimientos.

La gravedad y peso interior pone peso y madurez en lo interior.

Esta es la modestia que debe tener una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, que nazca de la paz y verdadera humildad del alma, no modestia compuesta y fingida, que esa repugna y no dura, sino una modestia nacida de un corazón compuesto, mortificado y humilde.

Sabéis, dice san Jerónimo, que un religioso con esta modestia y composición exterior, es una reprensión muy fuerte para el que anda con poca modestia y recogimiento. Todos son los que pueblan las casas de religión y los que las sustentan y conservan en virtud y santidad, porque con su ejemplo atraen y mueven a devoción a los demás y los despiertan a deseos del cielo.

L4 C9 (97-100)

CAPITULO III

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN,
PORQUE ELLOS SERÁN CONSOLADOS

Artículo 1

LA MORTIFICACIÓN

El que quiere venir en pos de mi niéguese a sí mismo tome su cruz y sígame (Lc 9,23)

El llorar que a los ojos del mundo es señal de miseria, a los ojos del Cristo lo es de bienaventuranza, prometiendo a los que lloran que serán consolados. ¡Oh dichosas lágrimas que tantos consuelos nos proporciona aún es esta vida!

La Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía encuentra en el sagrario el consuelo de su alma a medida que se entrega a una vida de continua mortificación interior y exterior, procurando particularmente sujetar y mortificar sus pasiones.

Con esta mortificación deben suplir las antiguas austeridades, mitigadas por las nuevas Constituciones según las necesidades de los tiempos actuales.

Nuestra vida está destinada a ser un combate continuo. La vida del hombre sobre la tierra es una continua lucha. Nuestras pasiones son una planta malvada que por más que las cortemos retoñan otra vez.

Nuestro corazón viene a ser como un huerto donde de continuo nacen hierbas silvestres y nocivas; por tanto es menester tener siempre a la mano la hoz de la santa mortificación para cortarlas y arrojarlas de sí.

San Ignacio de Loyola hacía más caso de un acto de mortificación interior que de muchas horas de oración, y cuando oía alabar alguna persona porque hacía mucha oración decía: Es señal que será persona de mucha mortificación. Decía más: Que un alma mortificada más se une a Dios en un cuarto de hora de oración que una no mortificada en muchas horas.

Tanto la mortificación interior como exterior son necesarias para la perfección, con la diferencia que la exterior debemos ejercitarla con discreción y la interior con mucho fervor y ningún miramiento.

Las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía debemos, antes de todo, procurar mortificar nuestro amor propio y nuestras malas inclinaciones, que es la mejor penitencia para hacernos santas sin peligro de perder la salud o de ensoberbecernos, porque Dios solo es testigo de los actos interiores.

Al superar en su nacimiento un deseo, una afición, una curiosidad, etc., ¡qué bella mies recogemos de méritos y virtudes!

Una alma que no sepa mortificar su curiosidad no adelantará nunca en la perfección.

¡Qué nos importa lo que va o lo que viene! ¿No venimos a santificarnos?

Atiende a ti mismo, escribió San Pablo a su amado amigo Timoteo. Así debemos decirnos a sí misma (1Tim 4,16).

El querer mezclarse en los asuntos de los otros, indicio es de un ánimo muy soberbio o por lo menos muy imprudente, cuando ni la caridad ni la necesidad lo requieren.

Es muy indigno de una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía aquel prurito de curiosidad en querer saber todo lo que ocurre en el convento y fuera.

¿A qué ha venido a la religión, entonces, si no es atender a su santificación y salvación de las almas? Atendamos a servir a Dios, que es nuestro oficio, y lo demás, *quid ad te?*

A ti ¿qué te importa?... Tú sígueme y procura amarme, nos dice Jesús como a San Pedro corrigiendo su curiosidad (Jn 21,21).

Qué manera miserable de perder el tiempo y hacerse daño la de una religiosa que está siempre atenta para saber cuanto se pasa, y que quiere enterarse, no sólo de cuanto se dice, sino aún, si posible fuera, de cuanto se piensa en la comunidad, que se entromete en el gobierno y disposiciones de sus superioras.

Pero, *quid ad te?* ¿A mí qué me importa lo que dicen, lo que piensan y lo que hacen?

¿Hago yo lo que me mandan? ¿Sé cuanto debo para santificarme y cumplir perfectamente mis obligaciones de una verdadera Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía?

Entonces *¡Atende tibi!* Atiende a ti misma, santifícate y encontrarás a Dios y un manantial de paz y felicidad, incomprensibles a las religiosas curiosas y entrometidas en todo.

Decía san José de Calasanz: El día que pasamos sin mortificarnos es un día perdido.

Para darnos Jesús a entender cuán necesaria nos es la mortificación, como en todas las virtudes, fue adelante con el ejemplo.

Podía nuestro divino Salvador redimir al mundo rodeado de honores y delicias y prefirió redimirlo entre dolores y desprecios. Habiéndosele ofrecido el gozo renunció a él y se abrazó con la cruz para darnos ejemplo.

Aunque no fuera necesario para nuestra salvación y santificación propias mortificarnos, hemos de mirar a nuestro ejemplar que es Cristo crucificado y deberíamos avergonzarnos de no enmendar nuestro corazón con las espinas del suyo, de no coronarle con su cruz de no herirle con su lanza, de no abrazarle con el cauterio de su divino dolor y de su divino amor.

Sería ignominioso que una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía no entendiese la filosofía de la cruz. Y lo más lamentable que por nuestra culpa el número de los justos fijados por el Señor en sus altos designios, fuese encontrado como el de Sodoma, falto de las precisas unidades para aplacar el justo enojo de Dios.

La mortificación es la custodia de todas las virtudes. El alma mortificada es grave, modesta, callada, caritativa, obediente, pura, humilde, etc., pues todos nuestros defectos dependen de no sabernos mortificar nuestros apetitos desordenados.

Lugar tenemos en el cielo para gozar y descansar, aquí trabajemos, mortifiquémonos y lloremos nuestros pecados y los del mundo entero.

Una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía no debería nunca entregarse a unos inmoderados y vanos placeres, como los que no consideran la gravedad y seriedad de la vida que pasa velozmente y por ligereza y vana alegría no nos fijamos en ello, ni lo meditamos profundamente en nuestro corazón.

Pensemos en el cielo que nos espera y que esta vida es lugar de llanto y de penitencia.

No se cansen ni se desanimen si el cuerpo o el espíritu desfallecen; una eternidad tenemos para descansar.

Es propio de los siervos de Dio el sufrir y llorar. Vosotros, dijo el Señor, lloraréis y plañiréis mientras el mundo gozará... (Jn 16,20).

No se refiere en el santo Evangelio que Jesús haya reído nunca y sin embargo sabemos que lloró varias veces.

¡Qué ejemplo! ¡Jesús llorando!... El que es la alegría del cielo, la delicia de los ángeles y el gozo de los bienaventurados.

Las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía debemos conservarnos siempre modestas y recogidas, con una sonrisa dulce y afable en nuestros labios que demuestre la paz y tranquilidad de conciencia.

Nuestra carne es demasiado delicada y si damos al cuerpo cuanto nos pide alimentaremos nuestras pasiones y nunca le tendremos satisfecho. A medida que debilitemos nuestra carne, se fortalece a nuestro espíritu.

Mas porque en las penitencias exteriores puede introducirse fácilmente el amor propio y engaños del demonio, huyan cuanto posible la singularidad.

Si cumplimos fiel y exactamente nuestras sagradas Constituciones, buena materia tenemos de mortificación y penitencia.

Una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía que desde la primera señal de la campana que la llama a despertar, hasta que la sagrada obediencia la manda recogerse a descansar, es fiel a las más pequeñas prácticas y observancias, sin mirar salud ni comodidad, dispuesta a todo trabajo y servicial con todas, encontrará un vastísimo campo de mortificación.

No miren por su salud corporal con demasiada solicitud, no hemos venido a la religión a vivir muchos años sino a morir por Cristo.

¡Somos víctimas! Y como velas que a los pies de Jesús Sacramentado se van consumiendo hasta reducirse a nada, debemos consumirnos y gastarnos en el servicio y adoración de Jesús Sacramentado.

Feliz mil veces feliz la religiosa que se acortara la vida en la fiel observancia de su santa Regla y Constituciones, en el ara de la santa obediencia.

Algunas religiosas no acaban de alabar las ventajas de la obediencia, camino seguro y fácil para llegar a la santidad, pero cuando ella pide un sacrificio, un trabajo pesado, la privación del sueño etc., no tienen bastante mortificación y lo excusan de mil maneras.

La obediencia fácil y agradable es siempre una flor hermosa cuando se hace con espíritu, pero le falta el perfume del sacrificio y vencimiento que hacen las delicias de Jesús.

Tengamos en cuenta que poco o nada aprovecha una disciplina o unas horas de cilio, aunque contemos con la debida licencia, si cuando la santa obediencia pide un sacrificio, contrario a nuestros gustos e inclinaciones naturales, no sabemos vencernos ni mortificarnos.

Tengamos siempre muy presentes las palabras de nuestras sagradas Constituciones, art. 211: Deben revestirse del espíritu de penitencia para espiar sus propios pecados y unir sus reparaciones y sacrificios a los de nuestro dulcísimo y adorable Señor en el Santísimo Sacramento por ellas mismas y por todos los pecadores.

Deben además aceptar los ayunos y austeridades de la vida religiosa y el ejercicio de las virtudes interiores, estimarlas y practicarlas en la medida de sus fuerzas cuando lo permita la obediencia.

El tiempo de nuestra morada aquí en la tierra es cortísimo. Nuestra habitación está en la eternidad, que ofrecerá mayores goces al que mayores mortificaciones haya pasado en esta vida.

Procuremos pues cada día hacernos nuevo caudal de mortificaciones, vedándonos, cuando menos, cierta satisfacciones de nuestro amor propio y no desperdiciando ninguna ocasión que se nos ofrezca para podernos decir con el apóstol: Llevo en mis miembros la mortificación de Jesucristo (Gal 6,17).

L4 C9 (101-106)

Artículo 2

AYUNO Y ABSTINENCIA

El que ama su alma la perderá mas el que aborrece su alma la conserva para la vida eterna (Jn 12,25)

Quien no sabe mortificar el gusto no puede conservar la inocencia, puesto que Adán la perdió por dar satisfacción a la gula.

Una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe tomar su alimento porque es la voluntad de Dios que por este medio conservemos la vida corporal a fin de emplearla en su servicio por todo el tiempo que nos tenga destinadas para habitar en este mundo.

El ayuno discreto y moderado predispone el alma a la contemplación de Dios y de los bienes eternos.

Los que atienden a mortificar el gusto progresan de continuo en la perfección del espíritu, pues por medio del ayuno el Señor robustece el alma para supeditar los vicios y practicar las virtudes.

Pero la mayor mortificación que debe practicar en la mesa una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía es seguir en todo la vida común.

Esquiven toda singularidad que es de ordinario origen de orgullo espiritual.

El que vive en comunidad dice san Bernardo, quizás halla más complacencia en hacer un ayuno a vista de los demás hermanos que están comiendo, que no en siete ayunos practicados en comunidad.

Nuestras sagradas Constituciones, en el art. 210, imponen el ayuno diciendo: Además de los días prescritos a todos los fieles que carecen de privilegio, ayunarán desde el 2 de noviembre hasta la fiesta de Navidad de nuestro Señor Jesucristo, los miércoles, viernes y sábados del año, la víspera del Corpus, del padre san Francisco y de la madre santa Clara.

Sin embargo, atendiendo a las circunstancias del tiempo, el ayuno del miércoles practicándose durante el año apenas el viernes y el sábado.

En los mencionados ayunos, las religiosas pueden atenerse cuanto a la calidad y cantidad de los alimentos, a las leyes de la Iglesia y a los especiales indultos concedidos por la Santa Sede para las regiones donde moran y legítimas costumbres de los mismos países.

Sin embargo hay que hacer notar que las religiosas que se dedican a la vida activa, están dispensadas de todo ayuno, lo mismo que las delicadas y jovencitas, si lo ve conveniente la superiora.

Para fomentar el espíritu de mortificación en la mesa, sírvase tan solo la comida adecuada y suficiente a nuestro pobre estado. No se dé nada especial, sino a las enfermas y débiles y piensen las religiosas que la necesidad se remedia con poco, pero nada es suficiente para dejar satisfecho el apetito.

No se quejen de la comida, acuérdense que para mantener este hermano asno, según esa expresión [de] nuestro padre san Francisco, cualquier cosa sirve, y a no mediar una

enfermedad o estado de salud delicado, es muy impropio de una religiosa la delicadeza en los manjares.

Dice san Alfonso María Ligorio: La buena religiosa acepta sin poner condiciones ni prorrumpir en quejas cuanto para su sustento le fuera dado, admitiendo cuanto le presentan como limosna de Dios.

L4 C9 (106-108)

Artículo 3

OFICIO DIVINO, ORACIÓN Y DEMÁS ACTOS DE PIEDAD

> «Vosotros al presente a la verdad padecéis tristeza, pero yo volveré a visitaros y vuestro corazón se bañará de gozo... Pedid y recibiréis para que vuestro gozo sea completo» (Jn 16,22 y 24)

Todo el gozo y consuelo de una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía en esta vida debe estar en Dios y en él solo deben buscarlo ardientemente, pues solo Dios puede darnos felicidad completa.

¿Y cómo encontraremos a Dios, sino por una continua oración y unión con él? Pedid y recibiréis para que vuestro gozo sea completo, dice el Señor (Jn 16,24).

La principal oración a que una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía está obligada, en virtud de las normas de las nuevas Constituciones, cap. 17, es el Oficio divino.

Las religiosas Capuchinas Clarisas deben rezar el Oficio divino tanto de día como de noche según el horario establecido (Art. 191).

Se ordena que todas las hermanas no dispensadas por la superiora, en cuanto oigan el toque acudan al coro prontamente para preparar el corazón y la mente a fin de que el Oficio divino se recite de un modo agradable a su divina Majestad. El rezo se haga con devoción, atención, íntegramente y con perfecta unión de voces y de espíritu (Art. 192).

Sean muy amantes del Oficio divino que es el oficio de los ángeles en el cielo, alabar y glorificar a Dios y tengan en cuenta que cien oraciones privadas no igualan en valor a una sola hecha en el Oficio divino.

Cuando oigan el primer toque de la campana dejarlo todo y corran presurosas al coro, pensando que a imitación de los ángeles van a alabar a Dios y a pedirle gracias para su santa Iglesia, nuestra madre.

Procuremos rezar con atención y reverencia, porque la oración que se hace con atención y afecto es un humo oloroso muy agradable a Dios y que nos proporciona tesoros de gracias.

Sea nuestra oración siempre tan devota y fervorosa que merezcamos que nuestro ángel la escriba siempre con letras de oro. No nos hagamos dignas por nuestra negligencia y distracciones que el Señor se queje de nosotras como de su pueblo escogido: Este pueblo me honra con la boca pero su corazón está lejos de mí (Mt 15,8).

La religiosa de votos perpetuos que no pueda asistir al coro, debe rezar las horas en particular, pero no falten nunca sin una necesidad manifiesta y con permiso de la superiora.

La que en esto faltara sea severamente reprendida y castigada según la gravedad de la culpa.

El coro tengan los bancos formando dos coros, colocados de manea que todas las religiosas miren al altar.

En los bancos de atrás se colocarán empezando desde el centro, a la derecha la superiora, a la izquierda la hebdomadaria; le siguen las religiosas de votos perpetuos por orden de mayoría, las religiosas de votos temporales, y en los bancos de delante las novicias y postulantes.

Para que se conserven mientras el rezo, más devotas y recogidas evitarán toda ceremonia que retenga la atención. Las cantoras entonarán los salmos y los versículos desde su sitio y solo irán al facistol para decir las lecciones en maitines, fratres en completas y leer el martirologio en prima.

En las comunidades donde no hay vida activa, recen las horas según indique la cartilla; los maitines deben rezarse a media noche.

Mas en las comunidades donde haya menos de diez, récenlos por la tarde con manifiesto para ganar la indulgencia plenaria, o por la noche después de la cena, en las casas donde no hay vida activa y no sea posibles rezarlos a la hora indicada.

Y, como dicen las sagradas Constituciones, porque la oración es necesaria particularmente a quien hace vida contemplativa y viva de la adoración al Santísimo Sacramento, para unirse de corazón con Dios y para progresar en el camino de la perfección, muchas religiosas se dedicarán a la oración en todo tiempo y se esforzarán por tener siempre la mente elevada y fija en Dios.

Por lo cual se ordena que diariamente, además de la hora de adoración que cada religiosa particularmente debe hacer a Jesús Sacramentado, mañana y noche se tenga una hora de oración mental o meditación (Art. 195).

Sean muy amantes de la oración pues no será nunca buena religiosa la que no haga buena oración.

No piensen que sólo pueden orar en el coro o en el retiro, pues el trabajo hecho por Dios y bendecido por la santa obediencia es una sublime oración.

Pero ora el que ora solamente cuando esta arrodillado dice un piadoso autor.

Una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe procurar tener siempre el alma íntimamente unida a Dios que es la mejor oración.

Para conseguir esto necesita mucha oración, mucho recogimiento y presencia de Dios en la que debe ejercitarse frecuentemente.

Esta es la adoración en espíritu y en verdad que prometimos al Señor, que debe llenar todos los momentos de nuestra existencia y no reducirse sólo a aquella hora pasada ante Jesús Sacramentado.

La adoración al Santísimo Sacramento es nuestra principal misión, la característica de nuestro Instituto y el fin peculiar de esta reforma.

Téngase en cuenta lo que sobre este particular ordenan muy detalladamente nuestras sagradas Constituciones en el capítulo II.

Cuando el número de casas y el personal lo permitan, procuren tener adoración perpetua con exposición mayor día y noche, alternando las noches por las diferentes casas en días no seguidos.

Así por ejemplo, una casa tenga las noches del 1, 8, 16, 25, etc., más o menos, para no cansar demasiado a las religiosas.

Las religiosas que se dedican a vida activa, aunque por sus ocupaciones están dispensadas de la adoración, procuren, sin embargo, hacer media hora cuando el tiempo se lo permita.

Procuren en esto ser muy fieles y fervorosas, pues a medida que se enamoren del espíritu de adoración serán más verdaderas Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía.

Nómbrensen dos o más religiosas que vigilen el turno de adoración, esclava y víctima, y estén obligadas a suplir las religiosas que por cualquier razón, contando con el debido permiso no la puedan hacer.

Era muy conveniente que en todas nuestras comunidades se guardase uniformidad en cuanto a los rezos y devociones comunes.

Y no nos engañe el demonio como a algunas almas que se creen llamadas a la contemplación y desprecian la oración vocal tan recomendadas por los santos y por la santa Iglesia.

Ojalá no nos moviera a decir esto el amor a nuestra comodidad y descanso de que el demonio se sirve para tentarnos de sueño y no hacemos una cosa ni otra.

Las dos maneras de oración son buenas y útiles y es menester saber unirlas para que no consista todo en palabras ni tampoco en comodidad y descanso.

Por la mañana, según el horario de cada comunidad, se hará una hora de oración empezando con las preces "veni Sancti Spiritu", el ángelus, la letanía de los santos y el ofrecimiento de obras.

Después de la meditación se rezarán las horas menores, todas en las casas donde hay vida activa o según indique la cartilla del rezo.

Y como nuestra Congregación está consagrada de una manera particular a la Virgen Santísima, nuestra dulcísima madre, procurar en todas nuestras comunidades rezar diariamente las tres partes del Rosario, incluyendo la corona seráfica que se suplirá los viernes por la corona de dolores.

La primera parte, o sea, la corona seráfica, se rezará por la mañana antes de misa; en el examen de mediodía la segunda, y la tercera por la tarde antes de ocultar.

Recen además, a la hora más conveniente, el Trisagio de la Santísima Trinidad, con tres gozos los días de semana y completo los domingos, la letanía de desagravio al Santísimo Sacramento y la oración por los sacerdotes.

Y porque la devoción a los Sagrados Corazones es prenda segura de eterna salvación y de nuestra santificación, hagan todos los meses como preparación a los primeros viernes y primeros sábados las novenas de confianza al Sagrado Corazón de Jesús y al Corazón Inmaculado de María.

Las vísperas se rezarán a las tres y en las comunidades de vida activa a la hora mas conveniente.

Por la noche después de maitines hagan media hora de oración que terminará con la oración de despedida al Santísimo Sacramento: "Oh Padre amorosísimo".

Todos los días después del refectorio y antes del recreo irán todas al coro rezando al mediodía el "Miserere", como indica el breviario, y por la noche, después de dar gracias, el Magníficat y los domingos el Tedeum. Allí rezarán en comunidad la estación al Santísimo Sacramento siguiendo media hora de recreo, a excepción de algún día de festividad que pueden alargarlo a juicio de la superiora, pero no más de una hora como indican las sagradas Constituciones.

Al terminar vísperas recen la antífona del Buen Pastor y consagración al Sagrado Corazón y después de maitines, antes de la oración, la conmemoración de la Virgen santísima de los Dolores del padre san Francisco y de la madre santa Clara.

Y porque nuestra vida está consagrada a Jesús Eucaristía para que todas nuestras devociones se hagan en espíritu de adoración se rezará la conmemoración del Santísimo Sacramento "O sacrum convivium" con la oración "Deus qui nobis" al empezar todos los actos de comunidad.

En memoria de la Pasión del Señor se hará el Vía crucis en Cuaresma y Adviento todos los días y los viernes durante el año.

Y a fin de que la carne no se revele contra el espíritu, en memoria de la flagelación de nuestro Señor Jesucristo haga la disciplina los lunes, miércoles y viernes en Cuaresma y Adviento y los viernes durante el año.

Procuren, finalmente, hacerlo todo con espíritu de fe, fervor y confianza, acordándonos de lo que dice el Apóstol: Teniendo un Pontífice y un medianero tan grande como a Jesucristo Hijo de Dios, que penetró los cielos y está a la diestra de Dios Padre, y es igual con él, acudamos al trono de su gracia con grande confianza que alcanzaremos misericordia y favor en todas nuestras necesidades (cf. Heb 4,14-16).

L4 C9 (108-113)

CAPÍTULO IV

BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA, PORQUE ELLOS SERÁN HARTOS

Artículo 1

OBSERVANCIA DE LA SAGRADAS REGLA Y SAGRADAS CONSTITUCIONES

> *Alégrate siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco te pondré y levantaré sobre lo mucho* (Mt 25,23)

Por hambre y sed de justicia se entiende desear cumplir todas las cosas que son de justicia y obligación. Para una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía está muy claramente manifiesta en sus sagradas Constituciones, en cuya exacta y fiel observancia se estriva su perfección.

Si guardamos las reglas y disciplina religiosa eso nos guardará a nosotras y nos conservará en virtud y perfección.

No seamos negligentes y descuidadas diciendo que nuestras Constituciones no obligan a pecado.

Ciertamente las mismas Constituciones lo declaran: Las Constituciones no obligan a pecado, excepto en lo que es materia de votos o se refiere a los Mandamientos de Dios y de la santa madre Iglesia (Art. 429).

Antes empero advierte: Todas y cada una de las religiosas deben no solo guardar fiel e íntegramente los votos que han emitido, sino conformar su vida a la Regla y Constituciones y de este modo tender a la perfección (Art. 428).

Para evitar sólamente lo que obliga bajo pecado, no haber venido a la religión que con esos propósitos muy buenas cristianas seríamos en el mundo, sin abrazar una vida tan perfecta como exige nuestra vocación de víctimas adoradoras.

Al que ama, bástale saber la voluntad del amado; al buen hijo bástale conocer los deseos de su padre sin otros miedos ni temores. Y la Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, que quebranta sus Constituciones porque no obligan a pecado, no es buena hija ni aún buena sierva del Señor.

¿Qué tal sería del siervo que no hiciere sino lo que su Señor le mandase, desenvainada la espada y so pena de muerte? Pues tal hacen las religiosas que quebrantan su Regla y Constituciones porque no obligan a pecado.

Eso es propio de esclavos que solo sirven por temor del azote y del castigo; y nosotras que le adoramos en el Sacramento de su amor, que vivimos con él bajo el mismo techo, que participamos de sus goces y consuelos, no somos ya siervas, sino amigas y esposas predilectas de su divino Corazón.

No desdigamos de la sublimidad y nobleza de nuestra vocación, que si no somos generosas con el Señor, tampoco él lo será con nosotras, pues: Por la misma medida que midiérades seréis medidos, dice el Señor (Mt 7,2).

Y si Jesús no es generoso con nosotras ¿qué haremos?, ¿qué diremos de nuestra cosecha si Jesús no derrama a raudales sus gracias sobre nuestras almas? Ay, ¡horror da pensarlo!...

Por eso, hay que temer mucho de aquellas religiosas negligentes y ligeras que descuidan sus obligaciones y los puntos de nuestras sagradas Constituciones porque no obligan a pecado.

Bastante tenemos con las innumerables faltas que diariamente cometemos por debilidad humana; no queramos añadir otras voluntarias que en este caso ya podrían llegar a pecado, pues, como nota santo Tomás de Aquino, aunque la regla de suyo no obligue a pecado, puede uno pecar cuando la quebranta por mezclarse allí alguna negligencia, pereza, desprecio o desestima de la Regla si otras cosas semejantes, como lo declaran de igual manera nuestras sagradas constituciones (Art. 429).

Y aunque no llegue sino a pecado venial, es este un mal tan grande que por no cometer uno deliberadamente deberíamos aceptar mil veces la muerte.

Además que por sí solo es una ofensa de Dios, y esto debería bastarnos para aborrecerle y detestarle con toda el alma, por el pecado venial va el alma poco a poco disponiéndose para caer en el mortal, porque el que desprecia las cosas pequeñas, tarde o temprano cae en las grandes, según sentencia del Espíritu Santo.

Dice san Buenaventura que faltar en las cosas pequeñas, tanto más nos condenan, cuanto más fácil fue evitarlas. La que no puede vencerse y cumplir las cosas pequeñas mucho menos lo podrá en las grandes. El que es fiel en lo poco, también lo será en lo mucho; y el que es infiel en lo poco, de igual manera lo será en lo mucho, dice el Señor (Lc 16,10).

Procuremos tener una delicadeza exquisita en la observancia de nuestras sagradas Constituciones.

Si el Oficio divino no obliga ya bajo pecado, la religiosa que sea fiel en rezarlo sin omitir un ápice, por amor de Jesús, por alabarle y darle gusto, ¿no le agradará mucho más que la que por estar obligada bajo pecado lo reza corriendo y sin devoción, por salir del paso y quitarse esa obligación que para ella es un peso?

Una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, que fuera de los casos en que la obediencia o la caridad lo exigen, huye de ver y ser vista, de tratar con los seglares, de evitar su entrada en la casa observando la clausura establecida por las sagradas Constituciones (Capítulo XV), solo por recrear a su divino Esposo y conservar su corazón y la comunidad de adoradoras, como huerto cerrado donde sólo Jesús penetre y encuentre sus delicias, para que se conserven mejor los frutos y flores aromáticas de este hermoso jardín plantado en su Iglesia, solo porque le ama, porque quiere ser una esposa delicada y fiel, ¿no agradará más a Jesús esa alma que otra que por evitar un sacrilegio no saca la mitad del cuerpo fuera del recinto sujeto a la ley de la clausura y que vive sin embargo con el espíritu más en el mundo que en el convento? A las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía no nos ata la ley del temor, sino los lazos dulcísimos del amor a nuestro dulcísimo Esposo Sacramentado.

Seamos, pues, tan fieles y observantes de nuestras más pequeñas reglas que merezcamos en aquel día dichoso de nuestro tránsito a la Patria celestial, ver a Jesús que complacido y amoroso nos abre sus divinos brazos para estrecharnos en un abrazo de eterno amor y nos diga: Ven esposa mía fidelísima y recibe la corona, que pues has sido fiel en lo poco, yo te levantaré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Dueño y Señor (Mt 25,23).

Artículo 2

LA SAGRADA COMUNIÓN

> *Yo soy el pan de vida; el que viene a mí no tendrá más hambre, y el que cree en mí, no tendrá más sed* (Jn 6,35)

Una verdadera Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, víctima de Jesús Sacramentado, no debe tener más hambre y deseo que recibir a Jesús diariamente como aconsejan nuestras sagradas Constituciones: Procuren todas las religiosas vivir con tal fuerza de mente y corazón que cuanto esté de su parte lleguen a hacerse dignas de recibir cada día la sagradas Comunión según los deseos de la Iglesia.

Mas para que la sagrada Comunión sea provechosa a sus almas y sea pan que las harte y alimente, deben comerle con hambre, con deseos vivísimos de unirse a su divino Esposo, aunque se hallen indignas, ya que ese es el deseo de Jesús y hasta tanto llegó su amor a nosotras.

Este pan, dice san Agustín, requiere hambre del hombre interior.

Si nos acercamos a esta divina mesa con hambre, ansiosas de unirnos a nuestro Dios, nos hará grande provecho, pues como dice nuestra sacratísima Madre y Reina: A los hambrientos colmó de bienes (Lc 1,53). Y el Señor los llama bienaventurados porque serán hartos (Mt 5,6).

Procuren prepararse debidamente y con fervor, pues solo las almas que a Jesús se llegan con fe serán curadas y llenas de gracias. Como en su vida pública, del cuerpo sacrosanto de Jesús sale una virtud que sana y santifica todas las almas que le reciben con fe y amor.

Una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe sacar de la sagradas Comunión la fuerza y energía para luchar, trabajar y sufrir por Dios, así que después de su acción de gracias debe decirse asimisma lo que Jesús, acabando de comulgar dijo a sus discípulos: Levantaos, vámonos de aquí (Jn 14,31).

Sí, alma mía, vámonos de aquí, que esta vida no es para gozar de Dios, mas para padecer y trabajar por Dios. Para gozar nos queda una eternidad. Una vez alimentada, vámonos a luchar con energía y valor, vámonos a luchar y trabajar por la causa de Dios y salvación de las almas, siempre con Jesús y unidas a Jesús, que si Dios está con nosotras, ¿quién contra nosotras?

La vida de una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, víctima de Jesús Sacramentado, debe ser una comunión continua, una unión perfecta con Jesús, unión de corazones, de voluntades, de espíritu, hasta conformar de tal manera su vida con la de Jesús, que pueda decir con el Apóstol: Vivo yo pero ya no yo, Cristo es el que vive en mí (Gal 2,20).

L4 C9 (118-119)

Artículo 3

CELO POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

Yo tengo para alimentarme un alimento que vosotros no sabéis (Jn 4,32)

Otra hambre que debe consumir una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía es la salvación de las almas.

¡Las almas! Las ama tanto Dios que no perdonó a su Unigénito Hijo y le entregó a la muerte por su salvación. Cada alma vale un precio infinito, cual es la sangre preciosísima de un Dios.

Este celo por la salvación de las almas en una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe ser tan ardiente y encendido que desee que todos amen, vivan y honren a Dios y pegar a todos el fuego de su divino amor, procurándolo en cuanto esté de su parte.

Podemos salvar almas orando, cosiendo, cavando en la huerta, cuidando animales, barriendo y guisando, cuidando enfermos, etc., y en todo lo que hagamos con espíritu de obediencia y amor de Dios.

En nuestro Instituto los trabajos más bajos y humildes son salvar almas, de manera que como miembros que somos de este cuerpo y de esta religión, haciendo cada una su oficio con humildad y sumisión, con espíritu de amor y solo por dar gusto a Jesús, seremos las salvaguardias del mundo, las conquistadoras de las almas y los apóstoles de nuestra santa madre Iglesia.

Así, cada una ha de estar muy contenta y satisfecha en su oficio, teniendo por grande merced del Señor ser miembro de esta santa religión cuyo fin es llevar las almas a Jesús eucaristía, y convertir almas es aquí tan fácil que lo mismo lo puede conseguir la cocinera, la enfermera, la sacristana, la superiora o las religiosas hablando con las niñas en las escuelas.

Estas, fácilmente deben abrasarse en celo por la salvación de las almas, trabajando sin desanimarse, no olvidando su santificación que está antes de todo y no debemos descuidar por atender a los prójimos.

La vida contemplativa es muy cómoda si no hay un verdadero espíritu de sacrificio y mortificación.

Una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, cuando la destinen a hablar con niñas, no resista, antes bien, procure entonces esparcir a su derredor ese fuego que debe consumirla y la anima en las horas de adoración, para que las almas se reanimen y emprendan una reforma de vida y costumbres en las familias de mañana, formando esas madres que han de ser los apóstoles de su hogar.

Y no teman exponer su alma por tener que dedicarse al apostolado, diciendo lo que algunas: no me quiero exponer a peligros, sino cuidar solamente de mi provecho y santificación y no es razón que por ganar a otros me exponga en peligro de perderme.

Teman esas hacerse dignas de la reprensión del Señor al siervo malo que enterró su talento por temer perderlo todo: Siervo malo y perezoso por tu boca te condeno (Mt 25,26).

Dice san Bernardo que mejor es y de más provecho y estima delante de Dios el procurar juntamente ayudar a otros, que tratar solamente de nuestro propio aprovechamiento y recogimiento.

Dice un piadoso autor: Aunque la vida contemplativa es más perfecta que la vida activa, si a esta vida contemplativa se le añade la vida activa de enseñar y ayudar a las almas, es mucho más perfecta que la vida contemplativa.

Sobre aquello del Apóstol: Deseaba ser anatema de Cristo por mis hermanos (Rom 9,3), dice san Crisóstomo: Era tan grande el celo que tenía por la salvación de las almas que deseaba algunos ratos apartarse de conversación y compañía de Cristo por atender al provecho del prójimo, y éste es el acto supremo de caridad.

No se crea ninguna que esto es pérdida, sino ganancia, y así es menester que nos persuadamos que por atender al provecho de las almas no perderemos nosotras nunca de nuestro propio aprovechamiento. El fuego por quemar y encender no pierde, sino antes gana y aumenta más.

Ama tanto Jesús las almas que daría otra vez su vida por ellas si posible fuera, y nosotras que somos sus consoladoras y reparadoras, ¿no daremos por el alma inocente de una niña, no digo ya la vida, sino unas horas de sacrificio y abnegación?

Oh, si amáramos a Jesús de veras, cómo arderíamos en ese celo, cómo nos consumiría esa hambre de salvar almas que consumiría a Jesús y le hizo exclamar: Con deseo he deseado comer estas Pascuas con vosotros (Lc 22,15). Y lo deseaba porque en ellas daría su vida por las almas en el ara de la cruz y les abriría las puertas del cielo.

Que sea nuestro grito el de san Francisco Javier: ¡Almas, Señor, almas! y muramos como Jesús clamando: ¡Tengo sed de almas! Grito éste que dio empuje a nuestra obra de adoración y reparación.

CAPÍTULO V

BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS, PORQUE ELLOS ALCANZARÁN MISERICORDIA

Artículo 1

VIDA ACTIVA

La mies verdaderamente es mucha y los obreros pocos (Lc 10,2)

La empresa de atender a las almas es tan alta y tan subida que para ello bajó el Hijo de Dios del cielo y se hizo hombre.

No quiere Dios la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, y así, la Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, a la que la santa obediencia confía el cuidado de las almas enseñando y formando las niñas, hace la cosa más alta y más agradable a Dios de cuantas los hombres pueden hacer en esta vida. Dice san Crisóstomo: Más hacéis si convertís a una alma que si dieseis toda vuestra hacienda a los pobres.

Cuidar y mirar por las almas es una obra de misericordia excelentísima y si con mucho trabajo conseguimos que haya más un hogar cristiano y se salve, no sólo aquella niña que educamos, sino toda su futura familia, el Señor que es fiel a su palabra de usar de misericordia con los misericordiosos, nos abrirá ciertamente de par en par aquella puerta de la bienaventuranza por la que tan ardientemente suspiramos.

No hay cosa tan agradable a Dios y de que él tenga más cuidado, que la salvación de las almas, y esto lo declaró el mismo Jesús cuando dijo: Por eso me ama mi Padre, porque doy mi vida por los hombres (Jn 10,17).

No se desanimen si su trabajo no produce fruto, si no recogen más que indiferencia e ingratitud, que si hacemos lo que está de nuestra parte, el Señor no nos pide más.

En la escuela y compañía del divino Salvador prevaricó Judas y se condenó.

Las almas son libres, y aunque nuestro trato es con niñas inocentes, esa tierra que se deja amoldar, es muy fácil que más tarde sus pasiones, el mundo y el demonio ahoguen la buena semilla que recibieran con nosotras, se ahogue, aunque la primera impresión siempre queda grabada en sus almas y hay esperanzas de reconducirlas al buen camino.

En nuestros colegios no se admitirán más que niñas chicas y mientras las religiosas permanezcan con ellas no penetrará en el recinto destinado a su educación y enseñanzas, persona alguna seglar.

Las religiosas evitarán el ver y ser vistas y sea su principal interés formar sus almas en el santo temor y amor de Dios, inculcarles amor y sumisión a nuestra santa madre Iglesia y al Papa y que salgan bien instruidas en el catecismo, sin lo cual no pueden ser buenas cristianas.

Las sagradas Constituciones dicen en el art. 3: Como fin especial toman a su cargo las religiosas designadas por la superiora General, el oficio de enseñar la doctrina cristiana y social, mediante la formación de las niñas que debe darse gratis.

Por indicación del Ordinario diocesano y según la necesidad de las regiones pueden encargarse de catequesis, asilos y otras obras de misericordia ya espirituales ya temporales, aún en las misiones extranjeras.

Debemos tener mucho en cuenta que el fin de nuestro Instituto en la parte activa es la enseñanza gratis, educar y enseñar a las niñas pobres.

Sería impropio de una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía tener miras humanas, atenciones o intereses materiales. Tengamos en cuenta que muchas veces y casi siempre las almas más nobles e inocentes se encuentran bajo pobres y despreciables vestidos.

Cuántas almas nobles por cultivar, cuántos talentos por desarrollar, porque le falta al pobre medios materiales para educar a sus hijos.

La niña más noble, más santa y más hermosa, que no hubo ni habrá jamás en el mundo, era pobre y despreciable a los ojos materialistas de los grandes de la tierra.

¿Quién diría al ver aquella niña tan sencilla y tan humilde que era la llena de gracia y bendita entre todas las niñas aún las más ricas y nobles del mundo?

¿Y quién nos dice a nosotras que esa niña pobre e ignorante, que una madre aún más pobre nos trae para que la eduquemos y formemos, no será el día de mañana una santa, la gloria de Dios y de nuestra santa madre la Iglesia?

No consta en las historias que la Virgen Santísima haya aparecido nunca a niños ricos y nobles, sino siempre a sencillos y humildes pastorcitos ignorantes en la ciencia humana y Divina. Ahí tenemos una santa Bernardita, los pastorcitos de Fátima, de la Salette, etc.

Si la clase pobre hasta ahora no ha dado satisfacción y hay de los pobres santa queja, la culpa es nuestra, porque ¿qué puede dar de sí un terreno aunque muy fértil si no es labrado y cultivado?

¡Qué hermosa es nuestra misión!, ¡qué bella y sublime!, que adorando a Jesús Sacramentado y sin salir de nuestro convento, podamos formar hogares cristianos, seamos cooperadoras quizás en la formación de santos Sacerdotes y Misioneros.

Viene a nosotras una niña que a no tener educación hubiera sido una infeliz y hubiera hecho infelices a muchas almas y porque una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, alma abnegada, ferviente y eucarística, ha sabido cultivar sus buenas cualidades, inculcarle amor a Dios y sumisión y amor a nuestra santa madre Iglesia, sale esa niña una joven piadosa

y ejemplar, forma un hogar cristianísimo, educa piadosamente a sus hijos y merece que Jesús escoja en su jardín uno o más sacerdotes o misioneros. Ahora bien ese sacerdote y misionero que no contando con la buena educación de su madre hubieran sido hombres depravados y perversos, ¿a quién deben su vocación? y aquellas innumerables almas que por su medio se convierten, ¿a quién deben su salvación?... ¿a quién? Oh, a una humilde Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, que quizá no viva ya en este mundo y por Dios y por las almas supo negar su gusto e inclinación natural de vivir encerrada atendiendo solo a su santificación.

La vida contemplativa es muy cómoda y tranquila y cuántas veces el amor propio disfrazado en celo de mayor perfección y seguridad nos engaña miserablemente.

Dice san Gregorio que no hay sacrificio que tanto agrade a Dios como el de trabajar por la salvación de las almas.

L4 C9 (123-126)

Artículo 2

DE LAS OBRAS DE MISERICORDIA

> *En verdad os digo que cuanto hicisteis con el más pequeño de los míos, conmigo lo hicisteis* (Mt 25,40)

De todas las obras de misericordia, las espirituales son más excelentes y meritorias por exigirnos más sacrificio y renuncia de nosotros mismos. Ellas son como el complemento de la perfección de la caridad. Puede un alma muy perfecta y aún en pecado ejercitar las obras de misericordia temporales, pero no así las espirituales.

Aunque todas deben estimar y practicar, una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe, sin embargo, procurar elevarse sobre todo lo material y con nobleza y magnanimidad de alma y corazón transportarse a las regiones elevadas del espíritu, donde no alcanzan las almas materialista o de mediana virtud, distinguiéndose en saber perdonar, soportar y consolar a sus hermanas.

Sufrir y hacer bien a todos son cosas muy importantes para conservar la unión y caridad de unas con otras, pues como creaturas todas tenemos harto que nos sufran; y por otra parte, como somos tan flacas y menesterosas, tenemos necesidad de que nos ayuden y nos hagan bien.

Este sufrirse, disimularse y ayudarse mutuamente es la obra de misericordia por excelencia y que Jesús pide y exige de sus víctimas adoradoras.

Sed misericordiosas y alcanzaréis misericordia; perdonar y se os perdonará; con la misma medida que midieredes seréis medidos.

¡Cómo anhelamos nosotras que el Señor nos perdone, disimule y olvide nuestras faltas, y a la hora de la muerte no mire nuestros pecados y nos reciba en sus divinos brazos!

Pues si lo queremos, cosa fácil es el conseguirlo; lo que hagamos con nuestros prójimos se hará en esa hora con nosotras.

Sabido es que por las obras de misericordia seremos juzgados y no temeremos que en esa hora nos diga el Señor: ¡Apártate de mí!... que si no has tenido entrañas de misericordia con tu hermana, tampoco las puedo tener contigo; si no has perdonado una pequeña injuria, no puedo yo perdonar los innumerables pecados.

Sin embargo, es conveniente saber discernir la verdadera de la falsa misericordia. Cuando una hermana está triste porque ha sido reprendida o castigada, podemos sí consolarla, pero con prudencia y discreción, no vayamos, que por tener misericordia y compasión del brazo, hiramos la cabeza que sería más peligroso e injurioso.

El ponerse en estas ocasiones del lado de la hermana ofendida no es agradable al Señor. Hay tantas maneras de consolar uniendo a la superiora, haciéndole comprender que lo hizo para su bien y justamente porque la quiere, recordándole cuánto más sufrió Jesús y que todo lo permite él para nuestra santificación, etc.

No hagamos con nuestros prójimos lo que no quisiéramos que hicieran con nosotras; y sólo lo que no hicieran con nosotras, sino que hagamos con nuestras hermanas lo que queremos que el Señor haga con nosotras. La misericordia de Dios tanto mayor será con nosotras, cuanto mayor fuere las que usemos con nuestro prójimo; y pues tenemos tantas miserias de las cuales Dios puede librarnos, ¿qué cosa más acertada podemos hacer que ser misericordiosas con nuestras hermanas para que el Señor lo sea con nosotras?

Si después que el Señor perdonó la deuda de nuestros pecados y pagó por ella con precio tan caro como fue dar su vida entre acerbísimos dolores, si nosotras no perdonamos a nuestra hermana de alma y corazón y no solo aparentemente un pequeño agravio, merecemos que el Señor nos diga lo que al siervo infiel: Toda la deuda te perdoné porque me lo suplicaste, siervo malvado ¿por qué no hiciste lo mismo con tu consiervo? (Mt 18,32-33).

Ninguna virtud más noble y sublime que esta misericordia y compasión con nuestros prójimos, llorando con los que lloran y sufriendo con los que sufren, pues dice el Señor que más le agrada y estima la misericordia que el sacrificio.

Si no somos misericordiosas seremos miserabilísimas, pues Dios nuestro Señor no se compadecerá de nosotras y como dijo el apóstol Santiago: Se hará juicio sin misericordia contra el que careció de ella (Sant 2,13).

¡Oh dichosos los misericordiosos, a quien el Padre de las misericordias librará de sus miserias!

Y no sea motivo para enfriarnos en usar de misericordia las antipatías, las ofensas, etc., pues, como dice el Señor, si amamos sólamente a quien nos ama, ¿qué recompensa tendremos? (Mt 5,46).

Con mayor motivo y tranquilidad debemos usar de misericordia con las que nos son más antipáticas, pues entonces sólo nos mueve el espíritu sobrenatural que nos hace ver a Dios en nuestras hermanas.

También debemos practicar las misericordias corporales como dice nuestra santa Regla: Si una madre ama y alimenta a su hija carnal ¡con cuanta mayor diligencia no debe la hermana amar y alimentar a su hermana espiritual!

Ayúdense mutuamente, procurando descargar a las demás y escoger para sí lo peor y más trabajoso.

Las que tienen más ocasiones de ejercitar esta misericordia son las enfermeras, que deben mirar a Cristo en las enfermas y tratarlas como las trataría el mismo Jesús.

En la parábola del buen Samaritano, que propuso el Señor para explicar quién es nuestro prójimo, tienen las enfermeras un perfecto modelo de caridad y compasión con las enfermas.

No se quejen nunca de sus impertinencias y no amarguen con un semblante serio y descontento la cruz, ya bien pesada, que el Señor pone sobre sus hombros. Bastante tienen las pobreticas con sus dolores y enfermedades, que quizás, si los tuviéramos nosotras no los sabríamos llevar con tanta paciencia y resignación.

Son los miembros dolidos de Cristo que debemos tratar y mirar con cariño, delicadeza, amor y reverencia; son almas muy amadas del Señor y probadas en el crisol de la tribulación.

En un miembro enfermo están puesto todos los sentidos del cuerpo, aunque sea muy pequeño, como un dedo, y el mal insignificante. Todos los miembros se olvidan de sí mismo para atender y aliviar la parte enferma.

Oh si nos amásemos y nos mirásemos como miembros, primero de la sana Iglesia y después de esta pequeña grey eucarística, cómo seríamos un solo corazón y una sola alma y nos olvidaríamos de nosotras por atender a nuestras hermanas, sin que nos mueva en esto el afecto natural, sino el Señor.

Dice el padre maestro Avila: Cuando vuestra carne os dijere: qué le debo yo a aquel para hacerle bien y cómo le amaré y usaré de misericordia habiéndome él hecho mal a mí y siéndome muy antipático, responded que quizás la oyérades si la causa de vuestro amor fuera el prójimo, mas pues es Cristo, el cual recibe el bien al prójimo hecho y el perdón al prójimo dado, como si a él mismo se diera, ¿qué parte puede ser para estorbar el amor y buenas

obras, el ser el prójimo quien fuere o hacerme el mal que quisiere, pues yo no tengo cuenta con él sino con Cristo?

Así nuestro amor al prójimo será perfecto, sólido y estable y usaremos con él misericordia con espíritu sobrenatural, que es el que nos hará dignas de las promesas del Señor: Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia (Mt 5,7).

L4 C9 (126-130)

CAPÍTULO VI

BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CORAZÓN, PORQUE ELLOS VERÁN A DIOS

Artículo 1

CASTIDAD. PUREZA DE INTENCIÓN

Todas las cosas son limpias para los limpios (Tit 1,15)

El alma de la Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, cercada de las espinas de la mortificación y penitencia, debe ser un verdadero lirio donde Jesús-Hostia se recree, ya que el Esposo celestial entre lirios se apacienta.

Casta en el cuerpo teniendo a raya sus apetitos, mortificando los sentidos y guardando con esmero la modestia exterior.

La modestia no es castidad, pero la guarda, y fomenta y una virgen ha de ser siempre moderada y compuesta en su exterior.

Su andar debe ser pausado, grave y callado. Sus posturas y movimientos compuestos, su hablar dulce y manso, su risa moderada y su alegría sin exceso. Su conversación ha de ser comedida y nunca acompañada de gestos y movimientos de rostro y manos y sus ojos de ordinario bajos y modestos no mirarán fijamente el rostro de nadie. Mucho menos se ha de mirar a personas fuera del convento, máxime siendo de distinto sexo. Sobre la guarda de la modestia han de trabajar las superioras con incansable celo, pues todo es poco para conservar con todo su perfume y hermosura, la flor y perla preciosa de la castidad.

Sea la Virgen Santísima el modelo de pureza que nos propongamos imitar, para que así como el Señor se recreó en su purísima alma, se recree y deleite entre sus víctimas adoradoras.

Y para ser más puras y agradables al Esposo divino las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía deben revestirse de esa pureza de intención que nos hace en todo ver a Dios y juzgar las cosas por el lado bueno.

¡Qué nobleza de sentimientos manifiesta un alma que todo lo juzga bien y a través de todo mira a Jesús! En las penas y alegrías, en lo dulce y amargo, en lo fácil y difícil dice como el discípulo virgen elevándose sobre esas miserias y fantasmas que aterrorizan y hace temblar las almas materiales: ¡*El Señor es*...!

No nos paremos como el cuervo en los cuerpos corrompidos, no nos entretengamos en mirar las faltas e imperfecciones de nuestras hermanas; una vez más levantemos nuestra mirada más alto, pongamos los ojos en sus cualidades y virtudes, que si nuestro ojo es puro y candoroso siempre las encontraremos.

Es también impropio de un alma consagrada a Jesús Sacramentado, de un alma espiritual, pararse en mirar la hermosura corporal que hoy es y mañana no es, criticando los defectos físicos de que no somos culpados, pues Dios nos hizo y no nosotros nos hicimos. ¡Qué materialismo indica esta manera de proceder!

El alma pura, el ojo simple e inocente no se para en esto sino que mira al interior que es donde reside la hermosura de la hija del Rey.

No permitan las superioras que entre las religiosas haya esta manera de hablar propia de los mundanos y materialistas.

¡Qué hermosa es un alma hecha a imagen y semejanza de Dios! ¡Por qué al amar a nuestra hermana no nos extasiamos contemplando la hermosura de su alma en vez de pararnos en mirar hito a hito la fisionomía de su cuerpo, cosa tan impropia y contraria a la modestia religiosa!

Si tu ojo es puro, todo tu cuerpo será iluminado. A medida que purifiquemos nuestros juicios y manera de mirar, nos santificaremos y espiritualizaremos.

Dice san Gregorio Niceno: La pureza es como una atmósfera transparente que permite ver todo cuanto abraza el horizonte.

Pero lo que Jesús más aprecia y estima en sus esposas son los afectos del corazón y le excitan a divinos celos cuando los ponen en las criaturas.

Solo el esposo tiene derecho al amor de su esposa y la que reparte su corazón entre Dios y las criaturas es esposa infiel que oirá ciertamente del Señor aquel terrible «no os conozco» (Mt 25,12).

Mire mucho la Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía donde posa los afectos de su corazón; si en el corazón de Jesús fuente de toda pureza, o en las creaturas, que por muy puras que sean, siempre nos dejan empañadas, presa y atada el alma si no las amamos sólo por Dios y para Dios.

Dice un piadoso autor: La conversión y trato, aún con personas del mismo sexo, es un grande enemigo de la castidad, porque de ahí suele nacer cierto cariño y afición que aunque al principio parezca buena y espiritual y lo sea, más tarde viene a degenerarse y convertirse en peligrosa si no está el alma muy sobre sí.

San Buenaventura aconseja al religioso que ande alerta con esas aficiones aunque se trate de personas virtuosas y recatadas y aunque la afición sea puramente espiritual, porque de lo contrario, si no hay vigilancia, el diablo sacará partido y saldrá con la suya.

L4 C9 (131-133)

Artículo 2

CLAUSURA

Entraron con el Esposo a las bodas y se cerró la puerta (Mt 25,10)

En la guarda de la clausura sean delicadísimas tanto la superiora como las oficialas encargada de su custodia y observen con exactitud cuanto ordenan nuestras sagradas Constituciones en el capítulo XIV, artículo 147 y siguientes.

No sean descuidadas y remisas porque la clausura no es papal y no obliga bajo pecado, teniendo en cuenta cuanto la encarecen y recomiendan nuestras sagradas Constituciones, amenazando gravemente a las superioras transgresoras.

La superiora que esto permitiere, admitiendo en la clausura a alguien sin la debida licencia sea privada de su cargo (art. 154).

El voto de clausura es el que convierte nuestras comunidades en un verdadero paraíso en la tierra, donde nuestro divino esposo sacramentado se deleita viviendo en medio de nosotras como en su propia heredad que quiere tener bien cercada para que los transeúntes no toquen sus frutos ni pisen su tierra. Por este voto sagrado nos vemos, por dicha nuestra, reservadas del mundo; la santa clausura es la defensa mejor que podemos poner a tan dañoso enemigo.

Vivimos en el mundo como si no viviésemos pudiendo decir con san Pablo: "Mortua sum..." Estamos muertas y nuestra vida está escondida en el sagrario donde no tenemos otra ocupación y preocupación que adorar y consolar a nuestro divino Esposo, prisionero de amor.

En el recinto santo de la clausura vive el alma más cerca de Dios y se siente amada de él y con el amparo y protección de su divina Madre y madre nuestra, como la paloma del diluvio que no encontró en toda la tierra un sitio para posar sino plantas, nos refugiamos en estos palomarcitos eucarísticos, bajo su manto celestial, para consolar y acompañar día y noche con

nuestras continuas adoraciones a Jesús, su Hijo amado, en compañía de los ángeles, cultivando con especial esmero la azucena fragantísima de la castidad que nos haga semejantes a ellas, para que seamos dignas custodias de Jesús Sacramentado.

La Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe amar tanto su encerramiento, evitando visitas inútiles con los del mundo, que solo la obediencia y caridad tendrán fuerza para ponerla breves momentos en comunicación con él, acordando de aquella hermosa máxima: *La clausura es la concha que guarda la perla preciosísima de la castidad*.

Así la vida de una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, olvidada de cuanto existe, recogida en esta cárcel bendita que ella misma escogió, se desliza dulcemente en torno del tabernáculo, donde preso también de amor está Jesús, Esposo amantísimo de nuestras almas. Y cuando la obediencia la aleje de su retiro, siga prestando sus adoraciones, amores y alabanzas a tan adorado Señor que nada de la tierra sea capaz de atraerla ni ocuparla fuera de Dios.

Las religiosas no están obligadas a guardar la clausura en los casos establecidos por las sagradas Constituciones, artículo 165, en que está permitido salir.

En estos y otros casos en que las religiosas se vean en la necesidad de abandonar la clausura material, han de encerrarse en sí mismas de tal modo, por medio del recogimiento y modestia, que nada ni nadie atraiga su atención, y mirando no vean y viendo no miren.

Tan enclaustrado ha de hallarse su espíritu en la celda u oratorio de su corazón que las cosas exteriores pasen a su alrededor sin que de ellas de aperciba.

Feliz la religiosa que sabe vivir siempre con Dios que habita en lo íntimo de su corazón.

Dichosa el alma cuya unión con su divino Esposo es tan constante y familiar que la impide vivir un instante fuera de él.

A esto eleva la Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía el voto de la clausura.

L4 C9 (134-135)

Artículo 3

CONFESIÓN

La confesión de necesidad para el pecador y de utilidad para el justo, es un medio excelentísimo para la santificación de las religiosas, pero en la forma que la Iglesia lo dispone y no de otra.

Nuestras sagradas Constituciones dicen: Para que la pureza de intención resplandezcan en la Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, mediante la adquisición de nuevas virtudes procurarán confesarse sacramentalmente al menos una por semana (art. 178).

Las superioras procuren con solicitud proveer la comunidad de confesores, ordinario, extraordinario y "ad casum", procurando escoger de los sacerdotes más ejemplares, de mucha virtud, buen entendimiento, discreción y prudencia que sepan cumplir perfectamente con sus obligaciones.

Sin un motivo de necesidad, que la superiora no debe procurar ni averiguar ni prohibir, sujetarse todas al confesor de comunidad para evitar los inconvenientes que resultan de tener confesor particular o de recorrer a unos y otros.

Dice san Alfonso María Ligorio que una religiosa con su Regla, Constituciones y su superiora no necesita más confesor que para recibir la absolución.

Particularmente guárdense de mezclar otras palabras fuera de las que se relacionan con el bien de sus almas como dice la sagradas Regla. Tengan en cuenta lo que dicen nuestras sagradas Constituciones sobre este particular: Procuren no decir nada superfluo en sus confesiones que deben ser breves, claras y sencillas.

Confiesen sus faltas con sencillez y humildad, sin llevar allí los defectos de sus superioras y hermanas, sino únicamente sus pecados y faltas. En este santo tribunal no se tratan más que los asuntos propios sin mezcla de defectos ajenos.

Una religiosa fiel a su Regla y Constituciones, unida a sus superioras, que atiende solamente a su alma sin mirar lo que va y lo que viene, no necesita mucho tiempo en sus confesiones y ojalá que en los ratos largos pasados con frecuencia en los confesionarios no profanemos tan santo sacramento y convirtamos en daño propio y ajeno lo que el Señor instituyó para nuestro remedio y provecho.

Tengan en cuenta que la misión de los confesores no es visitador para reformar las cosas de comunidad, sino solo y exclusivamente para las cosas de la propia conciencia.

Aviven la fe considerando en el confesor la persona de Jesucristo. Sean prudentes, guarden en su corazón las impresiones buenas o malas que reciban de los confesores, porque serán responsables delante de Dios de los malos efectos que esto sucede producir en las demás y evitarán muchas turbaciones en sí y en las otras y gozarán de constante y verdadera paz.

A los toques de confesor las religiosas se irán al coro, donde pedirán a Dios luz y gracia para hacer una buena confesión.

Como la confesión semanal está prescrita por las sagradas Constituciones no necesitan pedir permiso; solo lo harán cuando alguna haga alguna confesión en otro día distinto del de comunidad o con algún sacerdote particular.

Al acercarse el momento de entrar en el confesionario, se persignarán y dirán el “confiteor” y con las manos juntas dicen acercándose a la ventanilla: "Ave María Purísima. Jube donne benedícere". Recibida la bendición del confesor, se acusará humildemente de las faltas

cometidas contra Dios, contra el prójimo y contra sí misma; escucharán con atención las exhortaciones del confesor y la penitencia impuesta y postrada humildemente dirá el acto de contrición con todo el dolor y propósito de la enmienda mientras le da la absolución.

Terminada la confesión, volverá al coro para cumplir la penitencia con fervorosa contrición, renovando el dolor de sus pecados y dando gracias a Dios por haber sido renovada con su preciosa sangre; rezará la penitencia con los brazos en cruz y renovará los votos postrada.

Al salir del coro después de confesada procure encontrarse con la superiora y pídale perdón de rodillas diciéndole: "Madre perdóneme por amor de Dios". La superiora responderá: "Nuestro Señor nos perdona a todas".

Además el día de confesión, en el recreo con gravedad y compostura, pídanse perdón unas a otras en la forma acostumbrada, especialmente las compañeras de oficio, las enfermeras a las enfermas y así sucesivamente.

Se confesarán por orden, principiando por las postulantes, novicias, hermanas conversas siguiendo las profesas por su orden y la última la superiora.

L4 C9 (136-138)

Artículo 4

SENCILLEZ Y SINCERIDAD

He aquí un verdadero israelita en quien no hay doblez ni engaño (Jn 1,47)

Es propio de las almas puras la sinceridad, virtud tan amada del Señor.

¡Qué encantos tiene un alma verdadera y leal que dice lo que siente sin doblez ni engaño como si la astucia y malicia no penetrara en su corazón!

Aquí se nos pueden aplicar las palabras del Señor: Si no os hiciereis como niños no entraréis en el reino de los cielos (Lc 18,17), no os será permitido ver a Dios como a los puros de corazón.

Dios es la verdad y el alma doble está lejos de Dios.

Una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe ser un alma clara, límpida y transparente como el cristal, aunque tenga que imponerse sacrificios, puesta sola su mira en agradar a Dios que conoce nuestras más íntimas intenciones y a quien no podemos ocultar nada.

Dios aborrece y detesta un corazón doble y mentiroso.

Quizás nos exija esto muchas ocasiones de sufrir grandes desengaños, malas interpretaciones y duras humillaciones, pero ¿qué importa? Dios y no las creaturas nos han de juzgar.

No olvidemos nunca que el día del juicio no podremos ocultar ni disimular nada y mejor es confundirnos y humillarnos aquí, que al fin y al cabo esta vida es para sufrir, y podamos allí gozar de la luz de una conciencia recta y leal.

Un alma verídica y sincera no está lejos del reino de Dios por muchos defectos que la acusen, pues no conserva en su alma el veneno que puede darle la muerte y echa de su corazón el humor que manifiesta su enfermedad, facilitando su cura.

¿Cómo podrán vivir las almas cerradas y dobles? ¡Qué martirio y pesadelo, qué angustias e intranquilidades la atormentarán!

Huya de nuestras comunidades tan horrible pestilencia y que las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía, almas sanas, libres y nobles, llenas de sencillez y claridad que aunque padezcan otras enfermedades, al parecer más serias, si el alma es sincera y verídica no hay que temer.

Mucha humildad se necesita para esto, pues un carácter franco y leal por lo mismo que no sabe ocultar nada, tiene más a manifiesto sus faltas e imperfecciones, pero si el corazón doble puede disimular sus faltas ante los hombres no puede hacerlo ante Dios que es el que nos ha de juzgar y penetra lo más recóndito del corazón.

Cuando Jesús empezó su vida pública y reunió algunos discípulos, encontró a uno de estos, a Natanael y le dijo: Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley a Jesús de Nazaret. Respondió Natanael. ¿Acaso de Nazaret puede salir cosa buena? (Jn 1,45-46).

A primera vista parece esto como una injuria y desprecio de Jesús y como tal lo juzgaría una simple creatura. Quizás otros sentirían lo mismo, pero lo disimulaban y daban muestras de respeto y admiración de Jesús que se decía ser el Mesías.

Jesús debía haberse mostrado como sentido y agraviado de las palabras de Natanael, y, sin embargo, cómo ama y se complace en un corazón recto y sencillo le alabó públicamente diciendo: He ahí un verdadero israelita en quien no hay doblez ni engaño (Jn 1,47).

En cambio aborrecía los escribas y fariseos y los maldecía porque eran hipócritas y fingidos, cosas abominable a los ojos de Dios.

No se desanimen los que por su carácter franco y sincero tengan que sufrí humillaciones y desengaños de las creaturas, ni les parezca que las de condición cerrada y doble tienen mejor criterio y opinión entre sus superioras y hermanas, pues Dios, y no los hombres, nos ha de juzgar y lo que delante de Dios seamos, eso somos.

Dice el Espíritu Santo: El que habla y obra con doblez, fingimiento y equivocaciones es aborrecido.

Dijo David en los salmos: ¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Quién morará en su santo cielo? El inocente de manos y limpio de corazón, el que no recibió su alma en vano, ni trató a su prójimo con engaño (Sal 24,3-4).

Y pues ninguno manchado puede entrar en el cielo a ver a Dios, procuremos suma pureza y limpieza para que alcancemos esta dichosa vista.

L4 C9 (138-140)

CAPÍTULO VII

BIENAVENTURADOS LOS PACÍFICOS, PORQUE ELLOS SERÁN LLAMADOS HIJOS DE DIOS

Artículo 1

MISIÓN Y CARIDAD FRATERNA

> *Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado* (Jn 15,12)

El Señor quiere que por la unión y caridad de unos con otros se conozcan sus discípulos.

Nuestras sagradas Constituciones dicen: Las religiosas Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía se deben honrar, estimar y amar santamente en el Señor, ya que por la gracia santificante la Comunión eucarística y la compañía perpetua con Jesús Sacramentado forman una sola familia donde todos los miembros no son sino un solo corazón y una sola alma para amar el mismo Padre, servir los mismos intereses y aspirar a la misma patria celestial (Art. 221).

Así conservarán la unión y la paz en nuestras comunidades, mereciendo ser llamadas hijas de Dios, pues Dios es caridad y el que permanece en la caridad en Dios permanece y Dios en él.

Si conservamos la unión y caridad, que es la raíz de una paz duradera y real, el Señor nos mirará como a hijas predilectas, regalándonos y enriqueciéndonos con sus dones y dándonos cada día más su espíritu de verdaderas hijas suyas.

Quiere el Señor que amemos al prójimo con el mismo amor con que le amamos a él. Y así como Cristo nos amó puramente por Dios y para Dios, de igual manera quiere que nuestro amor al prójimo sea por Dios y para Dios.

Nuestras comunidades deben ser un cenáculo, recinto de paz y amor, y esto lo conseguiremos conservando la perfecta unión de unas con otras y con nuestras superioras.

Si cada una mira en su hermana a otro Cristo y la ama y estima como al mismo Dios, se conservará la paz y encontrará Jesús Sacramentado sus delicias entre nosotras, pues nadie aprecia y estima tanto como este amor y unión por él tan recomendada el mismo día que instituyó la Sagrada Eucaristía.

Una de las principales señales en que se verá si Dios ama nuestro Instituto con amor privilegiado y singular es en que nos dé la gracia y unión de caridad de unas con otras, como vemos que las dio y comunicó en la primitiva Iglesia a aquella gente que tenía las primicias de su espíritu.

Así dice san Juan, el discípulo del amor: Si nos amamos unos a otros, señal es que mora Dios en nosotras y nos ama mucho (1Jn 4,12).

Si donde están congregados dos o tres en nombre del Señor, dice que él está allí en medio de ellos (Mt 18,20). ¿Qué será donde están unidas y congregadas tantas almas en su nombre y por darle culto en el Sacramento de su amor?

Si entre nosotras hay esta unión y caridad, esta religión será un paraíso en la tierra y las religiosas ángeles, porque comenzarán acá a gozar de aquella paz y quietud de la que ellos gozan, pues allí no hay pleitos, envidias, contiendas, ni desensiones ningunas.

La unión y caridad de unas con otras debe procurarse con mucha diligencia y no permitir lo contrario, para que unidas espiritualmente entre sí puedan mejor emplearse en el servicio del Señor y bien de las almas, y sin esta unión no podrá el Instituto regirse ni conservarse mucho tiempo.

Dice san Bernardo, hablando con sus religiosas: ¿Qué cosa os podrá venir y suceder de fuera que os pueda turbar y entristecer si acá dentro os va bien y unidos gozáis de paz y caridad?

Mientras nosotras fuéremos lo que debemos y anduviéramos muy unidas unas con otras, ninguna persecución de fuera nos podrá dañar, antes nos ayudará para mayor bien y acrecentamiento nuestro, como las persecuciones de los primeros tiempos del cristianismo lo fueran para la santa Iglesia que con ellas se robusteció y fortificó.

Procuren ser muy exactas y fieles en la obediencia, porque ella traba y une las religiosas entre sí, hace de muchas voluntades una, y de muchos pareceres uno, porque quitada la propia voluntad y el propio juicio de los particulares, queda una voluntad y un parecer común

de la superiora que a todas une, y unidas las súbditas con sus superioras quedan unidas entre sí.

Dice un piadoso autor que los antiguos para significar la unión solían poner un jeroglífico, que era como una vihuela con muchas cuerdas que por razón de estar entre sí concordes y templadas, con la prima hacían una melodía suavísima.

Así nuestras comunidades, con tantas cuerdas templadas, con la prima, que es la superiora, hacen una suavísima consonancia y armonía a los oídos de Jesús Sacramentado que se deleitará entre sus adoradoras. Mas así como en la vihuela una sola cuerda que se destemple o se roce, se pierde y deshace toda aquella consonancia y armonía, así también en esta pequeña grey eucarística una sola que se destemple y no concorde con la superiora hará que se pierda la consonancia y armonía de esta unión.

Habemos de tener tanta estima de esta unión y caridad y la habemos de procurar con tanto cuidado, como si de ella dependiese, como efectivamente depende, todo el bien de la Congregación.

Oh, qué ciertamente Jesús desde el sagrario hará por nosotras al Eterno Padre aquella oración que hizo a la despedida, la noche de su pasión: Padre Santo guarda este pequeño rebaño que me diste para consuelo y compañía de mi soledad en este divino Sacramento y haz que estas almas privilegiadas y escogidas que llamaste a tributarme amor, adoración y reparación, sean una misma cosa por la caridad, como yo y vos lo somos por naturaleza. Guárdalas y asístelas, Padre mío, que son la porción escogida de mi corazón eucarístico y entre ellas busco el consuelo y amor que me niegan los hombres ingratos.

Mas este amor que Jesús pide para sus víctimas no es amor seco por cumplir con la ley y salir del paso sino como aconseja el apóstol de la caridad san Juan: Hijitos míos no amemos sólo con la lengua y con palabras, sino con obras que ese es el verdadero amor (1Jn 3,18).

Lo que pide la unión y caridad fraterna es que haya ejercicio de todas las virtudes, porque lo que la impide y hace guerra es la soberbia, la envidia, la ambición, la impaciencia, el amor propio, la inmortificación y otras cosas semejantes.

La caridad es paciente, es benigna, no tiene envidia de nadie, dice el Apóstol (1Cor 13,4).

El que de veras ama a otro, desea tanto su bien y se goza tanto con él, como si fuera propio. La envidia nos hace semejantes al diablo que por envidia perdió al hombre y causó con su caída todos los males que nos atormentan desde el pecado de Adán.

Para que nuestras comunidades sean un trasunto del cielo y se goce de paz y unión, deben desterrar el más pequeño sentimiento de envidia. En el Cielo no hay envidia de que otros sean mayores y se goza uno de la gloria del otro como si fuese suya propia.

Si aún en el mundo hace el amor natural que las madres se huelguen tanto del bien de los hijos como si fueran propios, entre nosotras el amor y caridad en Dios ha de hacer que nos gocemos del bien de nuestras hermanas como si fuese propio, porque ese es el efecto propio de la caridad.

Si una religiosa quiere honra y estimación para sí, si busca el mejor puesto, si anda buscando sus gustos y comodidades, por ahí vendrá la desunión con sus hermanas. Es lo que puede hacer más guerra a la caridad.

Una de las cosas que pide esta unión y caridad y nos ayudará mucho a conservarla y llevarla adelante es que tengamos mucha estima de nuestras hermanas. Este es el fundamento en que se funda todo el negocio de la caridad, pues el amor de la caridad no es pasión, ni antojo, ni de sola ternura y sentimiento, sino es amor de razón, amor espiritual de la parte superior del alma que mira las razones superiores y eternas.

De la estima y buena opinión que tiene una de sus hermanas, nace el amarlas, honrarlas y reverenciarlas y todos los demás oficios de la verdadera caridad.

No hay cosa que tanto conserve la paz y aumente la caridad como saber una que su hermana la ama, la quiere bien y habla bien de ella.

Guardémonos de todo lo que pueda ofender a nuestras hermanas, conservando la unión entre todas sin amistad particular con ninguna, pues las amistades particulares son siempre fuentes de turbación y discordias.

Dice san Basilio que los religiosos en ninguna manera amen más a unos que a otros, porque no hagan agravio a ninguno y ninguno dé ocasión de ofensión a nadie, sino que tengan un amor y caridad común y general a todos imitando en esto la bondad y caridad de Dios, el cual envía su sol y su lluvia sobre todas de igual manera.

Es menester que una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía se guarde mucho de las amistades particulares aunque sea bajo color de bien y de virtud, pues el demonio sabe muy bien disfrazar sus engaños para hacernos insensiblemente caer en la red.

Las amistades particulares son semillero de envidias, sospechas, odios y enemistades, y no podemos conservarlas sin herir e injuriar la caridad común. Nuestro amor ha de ser espiritual y extenderse a todos como a hijos de Dios y hermanos de Cristo.

No consintamos que nuestro corazón sea cautivo de creatura alguna, sino solo de Dios para disfrutar de la verdadera y sólida paz que nos constituirá hijas predilectas del Altísimo.

Artículo 2

SILENCIO

Si alguno piensa que es religioso y no refrena su lengua, engáñase que vana es su religión (Sant 1,26)

Uno de los medios que nos ayudará para provechar en la virtud y conseguir esa paz verdadera que nos hace bienaventurados es refrenar y mortificar la lengua.

Nuestras sagradas Constituciones nos recomiendan con mucho encarecimiento el silencio, que una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe amar con predilección para conservar mejor su unión con Dios y cumplir perfectamente su sagrada obligación de adoración perpetua en espíritu y verdad.

Dicen las nuevas Constituciones: El silencio es el termómetro de la observancia regular porque si hay silencio el alma con facilidad se une a Dios y recibe la paz. Es el silencio el que conserva el fervor de la devoción (Art. 236).

Grande y excelente cosa es el silencio, porque es madre de santos y elevados pensamientos. Si una religiosa, pues, quiere ser espiritual, alma de oración, y quiere tratar y conversar con Dios, guarde silencio. Si quiere tener siempre buenos pensamientos y oír las inspiraciones de Dios, tenga silencio y recogimiento, porque el ruido y estruendo de las palabras y cosas del mundo impide y nos hace sordas para oír las inspiraciones de Dios y caer en la cuenta de lo que nos conviene.

La religiosa que quiera andar siempre muy devota y recogida, bien dispuesta y preparada para entrar fácilmente en la oración, guarde silencio.

Decía un santo: Si te apartaras de pláticas superfluas y de andar en balde, de oír nuevas y murmuraciones, hallarías tiempo aparejado para pensar cosas buenas. Mas como somos amigas de parlar, derramar los sentidos y entretenernos en curiosidades, nos falta siempre tiempo para la oración.

Decía un santo padre de la Iglesia que para reformar una casa y toda una religión no era menester reformarla más que en el silencio. Cuando hay silencio cada una atiende al negocio a que ha venido a la religión, que es tratar de su aprovechamiento espiritual; mas, cuando no hay silencio, entonces son las quejas, los corrillos, la murmuraciones, las amistades particulares, que se fomentan con esas conversaciones y familiaridades, perdiendo tiempo y haciéndolo perder a otras, y otros mil inconvenientes, muy impropios de almas consagradas a la adoración y llamadas a imitar la vida escondida y silenciosa de Jesús en el sagrario.

No hay cosa más dulce y sabrosa para un alma espiritual que andar callada y recogida, y aunque a un alma disipada parezca esto vivir triste, no es, porque entonces está el alma más acompañada, más alegre y regocijada, pues lo que satisface y da verdadero contento al corazón es el tratar y conversar con Dios.

La alegría verdadera no está en lo exterior, sino en lo íntimo del corazón. Así como el oro y el metal fino no es lo que se halla en la superficie de la tierra, así la verdadera alegría y contento no está en lo que muestra una de fuera, parlando, riendo y conversando con unas y con otras, que eso no harta ni satisface al alma, sino el que está como oro fino, en las venas y entrañas del corazón.

En una buena conciencia y un ánimo generoso, despreciador de todas las cosas del mundo y levantado sobre todas ellas, está el verdadero gozo y contento.

La religiosa callada en cualquier parte hallará quietud y sosiego, pues no hay nada que dé tanta paz al alma como andar una recogida y hablar poco; en el mucho hablar hay siempre faltas e intranquilidades.

Pero si esto es de hablar cosas indiferentes y ociosas, ¿qué diremos de las murmuraciones y críticas? Según doctrina del Apóstol, los que murmuran son aborrecidos de Dios.

Dicen los doctores de la Iglesia que mayor y más grave es el pecado de la murmuración que el pecado del hurto, cuanto es de mayor estima la fama y buena opinión que la hacienda.

San Buenaventura aconseja a las religiosas: Siempre habéis de hablar del ausente como si estuviera presente. Entiendan todas las hermanas que tienen con nosotras guardadas las espaldas. Sean todos en nuestra boca buenos y honrados, y entienda el mundo que por nuestro dicho nadie ha de perder ni ser tenido en menos.

¡Qué ejemplo tan admirable nos da en esto Jesús! Nunca le vemos murmurar de nadie, y sí muchas veces defendiendo a los culpables como la Magdalena, la mujer adúltera y todos los pecadores que acudían a él.

Judas le traicionó. Había ya acordado con los príncipes de los sacerdotes entregar a su divino Maestro y Jesús aunque lo sabía no le denuncia ni habla de eso con nadie. Le admite en su compañía para no llamar la atención de los demás discípulos y para hacerle caer en la cuenta de su error, le habla en la última cena de manera que los demás apóstoles no entiendan su falta y su pecado y una vez salido del cenáculo para realizar sus malvados designios Jesús no habla más de él.

¡Oh si nosotras supiéramos imitar a Jesús disimulando y ocultando las faltas y defectos de nuestras hermanas!

Y no sólo nos habemos de guardar de murmurar sino evitar oír la murmuración, pues según doctrina de los teólogos, el que oye al que murmura y no le resiste peca mortal o venialmente según la gravedad de la culpa.

Debemos tener en tanto la honra y estima de nuestro prójimo que no nos impidan el volver por ella sin respetos humanos ni la pusilanimidad, pues si amamos al prójimo como lo manda el Señor, mi hermana es otro yo, y debo hacer con ella y su honra lo que quisiera hicieran conmigo.

Hay tantas faltas y pecados en el mucho hablar que con razón nos es tan recomendado el silencio, y sin saber callar no sabremos lo que es vida espiritual, serena y tranquila.

Dice el sabio que el que guarda su boca y su lengua, de angustias guarda su alma.

Si sabemos callar convenientemente como exige nuestra vocación evitaremos esas angustias y rebosaremos de tranquilidad, paz y alegría que sólo conocen las almas recogidas y concentradas en Dio.

L4 C9 (146-148)

CAPITULO VIII

BIENAVENTURADOS LOS QUE PADECEN PERSECUCIÓN POR LA JUSTICIA, PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS

Artículo 1

DE LA PACIENCIA Y RESIGNACIÓN

> *En el mundo tendréis grandes tribulaciones, pero tened confianza: yo he vencido al mundo* (Jn 16,33)

Esta vida es lugar de tribulaciones, persecuciones y luchas, y sin ellas no podremos jamás llegar al cielo. Si nos persiguen e injerían, antes persiguieron e injuriaron a Jesús y no es el discípulo más que su Maestro, ni un alma adoradora más que el Señor a quien adora.

Hay cosas en verdad muy difíciles de sobrellevar, pero así será mayor nuestro mérito.

Todo cuanto nos acontece es permitido por Dios y ningún hombre, ni el mismo demonio puede hacernos más daño que el que el Señor le permita.

Amemos el sufrir, apretémonos fuertemente contra la cruz, sea la cruz nuestro consuelo de aquí en adelante como es nuestra fortaleza.

Cuando en su bondad el Señor nos envíe alguna prueba, una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, víctima de Jesús Sacramentado, ha de exclamar con san Andrés: ¡Oh cruz dulce, tanto tiempo deseada y preparada ahora para mi alma que con tanto amor suspiro por ella!

Más delicias se encierran sin comparación en una lágrima vertida a los pies de Jesús Sacramentado, cuando el alma perseguida de las creaturas e incomprendida busca consuelo sólo en el sagrario, que en todos los placeres mundanos.

¡Qué suaves son y cuán llevaderas las cruces que envía el Señor cuando hay paz el alma! El reino de Dios está dentro de nosotras, y aunque haya perturbación y guerra al exterior, cuando reina la paz en la conciencia, hay tranquilidad en el interior.

Nosotras, que formamos una legión de víctimas eucarísticas, busquemos esa paz y abracemos la cruz que será para nosotras consuelo y tranquilidad.

Jesús va adelante, rastro de sangre deja a su paso, lleva la cruz para darnos ejemplo y nos anima con sus palabras. No nos desanimemos ni acobardemos con los juicios de los hombres, ni pongamos en ellos nuestros descanso, que sus juicios son vanos y movibles.

Los males y tribulaciones nos asemejan a Jesús y hacen subir de quilate nuestra virtud, poniéndonos en aptitud de recibir muchas mercedes y gracias del cielo.

El alma a quien el Señor dé parte de su cruz, de sus injurias y de su pasión toda entera, a esa le hace la mayor honra que le puede hacer en el mundo.

¡Oh si entendiéramos bien esta verdad!

¡Oh si miráramos la honra que Dios nos hace cuando nos envía males y tribulaciones! ¡Cuánta paz tendríamos y qué bien recibiríamos todas las penalidades de la vida! ¡Cómo bendeciríamos la mano que nos hiere y la lengua que nos maldice, el corazón que nos aborrece y la cabeza que maquina el modo de hacernos mal!

Si entre los ángeles y santos del Cielo pudiera haber envidia, la tendrían ciertamente de los justos que son afligidos y atribulados en esta vida, porque con esas tribulaciones merecen lo que ellos no pueden merecer.

¡Oh qué bien tan grande nos hace el Señor cuando nos envía tribulaciones! En esto muestra querernos bien y es la mayor y más señalada prueba de cariño que nos puede dar, la prenda más cierta y segura que tenemos entrada en su divino Corazón, pues porque nos ama nos prueba y regala para que hagamos asiento en la virtud. La virtud que no se prueba es de pocos quilates y poco valor, mientras que la muy probada es de mérito exquisito, mérito que acrecienta el derecho a nuevas gracias y a nuevas recompensas.

Valiendo, pues, tanto el padecer, ¿cómo tiene tan pocos amadores aún entre las esposas del Crucificado?...

No la despreciemos nosotras que somos víctimas, amémosla con fervor de espíritu; amemos las enfermedades, desprecios y humillaciones, vengan por donde vinieren; no nos quejemos jamás de vernos perseguidas o menospreciadas; sea nuestro consuelo en toda tribulación aquella sentencia del Apóstol: Lejos de mí gloriarme en otra cosa fuera de la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo (Gal 6,14).

L4 C9 (148-151)

Artículo 2

PRUEBAS Y TENTACIONES

> *Padre mío, no te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal* (Jn 17,15)

Las pruebas y tribulaciones de fuera no son nada si las comparamos con aquellas que dentro de nosotras sentimos. A las primeras se las resiste con todas las fuerzas unidas, pero tratándose de éstas las fuerzas están lánguidas y decaídas, pugnan en combate mutuo las potencias del alma, combate temible que el Apóstol describe en estos términos: No hago el bien que quiero, mas el mal que aborrezco (Rom 7,15).

Me gocé en la ley del Señor según el hombre interior y veo en mis miembros otra ley que repugna a la ley de mi espíritu (Rom 7,23).

Estado es este desolador para mi alma fiel, y guerra temible en que el miedo y discordia de las pasiones la dejan aturdida, confundida y humillada.

De ahí es que temblemos sin cesar temiendo sucumbir. Esto tenía a la vista el mismo Apóstol cuando exclamaba: ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom 7,24).

Es verdad que si no esperáramos en la misericordia Dios nuestro Señor y no nos animáramos con el ejemplo de tantos santos que sintieron tan horriblemente esta lucha de las pasiones contra la conciencia, el alma se desesperaría sin remedio.

Sin embargo, debemos animarnos y acudir confiadamente a Jesús Sacramentado, que nos está mirando y recreándose de vernos resistir, conservándonos fieles en medio de tantos enemigos.

Dice san Agustín: La vida del hombre justo en la tierra es pelea y no triunfo, y así oímos ahora voces de guerra cuales son las que da el Apóstol sintiendo la repugnancia y contradicción que la carne tiene a lo bueno y la inclinación tan grande que tiene a lo malo. Pero

la voz del triunfo oiráse después cuando este cuerpo corruptible y mortal se revista de incorrupción e inmortalidad. Y la voz de triunfo que entonces se oirá, será la del mismo Apóstol: ¿Dónde está muerte, tu victoria? ¿Dónde tu aguijón? (1Cor 15,55).

No nos espantemos ni atemoricemos de nuestras luchas; esta vida es tiempo de guerra y pelea y espantarse de las tentaciones es como si el soldado se espantara del sonido del tiro y del cañón y se quisiese volver de la guerra.

Dice san Gregorio que el tener tentaciones no es sólo cosa de hombres, sino muy propias de hombres espirituales y que tratan de virtud y perfección.

Y san Agustín como muy versado en esta prueba y pelea añade: En los buenos, que tratan de virtud y perfección, apetece la carne contra el espíritu, pero en los malos que no tratan de eso no tiene la carne contra quién apetecer, porque no hay espíritu que la contradiga ni pelee contra ella.

No hay, dice san Juan Climaco, más cierta señal que los demonios han sido vencidos de vosotros que ven que os hacen mucha guerra. Por eso os la hacen, porque os habéis revelado contra ellos y os habéis salido de su jurisdicción.

El Señor permite siempre las tentaciones para nuestro bien y provecho. Quiere Dios que sean tentados y atribulados en esta vida los buenos y escogidos, porque esta vida es un camino, o por mejor decir un destierro, por donde andamos caminando y peregrinando hasta llegar a nuestra patria celestial. Y para que no nos entretengamos, ni detengamos, quiso el Señor que esta vida fuera llena de trabajos y tentaciones, para que no pongamos nuestro corazón y amor en ellas ni tomemos el destierro por la patria.

Dios nuestro Señor pone amargura en las cosas de esta vida, para que los hombres se aparten de ellas y todo su corazón lo pongan en el cielo, pues los trabajos que nos fatigan y aprietan en esta vida, hace que nos volvamos y acudamos a Dios nuestro sumo y único bien.

Consolémonos y animémonos a pelear que aunque la tentación al principio nos parezca un león terrible, si peleamos varonilmente puesta nuestra confianza en Dios, hallaremos después en eso mismo una dulzura y suavidad muy grande.

No desfallezcamos, que por este mar tempestuoso han navegado todas las almas que han arribado al puerto de la santidad. Poco importa que no conozcamos el rumbo que llevamos, ni dónde nos arrastrará esta corriente impetuosa. Cristo es el piloto que conduce la barca y ésta no podrá perecer. Él conoce el derrotero y nos llevará a las ignotas playas del amor divino, y allí, después de probadas y purificadas como el oro en el crisol, tendremos por descanso el Corazón divino de Jesús.

Entonces, al sentir sus inefables caricias nos parecerá que hemos sufrido poco por su amor, y que la paga es mayor que el trabajo, y la bonanza más deliciosa que horrible fue la tormenta.

Oh bienaventurados, mil veces dichosos los que sufren trabajos y persecuciones, porque su recompensa es eterna y su gozo en el cielo donde veremos y gozaremos de Dios es indecible e inexplicable.

L4 C9 (151-154)

NOTAS

SOBRE EL JUNIORADO Y TERCERA APROBACIÓN(*)

Las sagradas Constituciones, Art. 93, cap. IX, dicen: "En el juniorado se perfecciona la formación espiritual comenzada en el noviciado".

1º. Esta formación ninguna como la madre maestra de novicias debe terminar, enteramente independiente del noviciado, teniendo un local apartado de la parte del noviciado donde las junioras puedan reunirse a las horas señaladas (distintas de las del noviciado), en la que la maestra dé las instrucciones y consejos necesarios para la perfecta formación de las junioras.

2º. En el art. 95 del mismo capítulo de las Constituciones dice: "Ninguna religiosa durante los tres años del juniorado está al frente de empleo alguno; pueden sin embargo ser nombradas oficialas subalternas". Como son perfectas religiosas, aunque no sean directoras ni primeras oficiales, son perfectas religiosas y por lo tanto, aunque en cierta manera quedan bajo la dirección de la maestra en las conferencias, consultas en sus dudas de observancia de votos, de Oficio divino y en el trato con las superioras, hermanas, compañeras de oficio y su actuación en las escuelas, etc... Deben seguir en todo a la comunidad y sumisión, obediencias y licencias de las superioras locales, a quienes desde que profesan están obligadas a su obediencia, sin tener que acudir a las maestras mas que a las horas señaladas por las maestras (establecidas ya por la madre General y su Consejo según el número personal al que tenga que atender en el noviciado.

3º. A las junioras sean atendidas siempre por la madre maestra pudiéndola suplir en el noviciado la Vicemaestra, pero nunca con las junioras, a quien necesitan más experiencia y estabilidad de carácter para hacerles comprender mejor la seriedad de vida de mayor perfección que necesitan a comenzar sus primeros pasos a la santidad de vida que nos obliga la profesión de verdaderas esclavas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios.

4º.[2]

La profesión religiosa es la muerte de sí misma para vivir con Cristo crucificado, como ya

---

(*)(*) Estas notas escritas al final de este cuaderno undécimo es de fecha muy posterior al resto del cuaderno.
2M. Trinidad pone el número de la nota pero no escribe más.

decía san Pablo: “No vivo yo: no más yo, Cristo sólo en mí” (Gal 2,20). *“¡Sed uno!”*, nos dice Cristo Jesús (cf. Jn 17,21-23). La solución no es posible sino suprimiendo a uno de los dos. Por eso san Pablo dice *“morid”* (cf. 8,13) y san Juan nos dice: “Conviene que yo mengüe para que él crezca” (Jn 3,30). Y esta doctrina, tomada en la misma fuente del divino Maestro que nos dejaron sus discípulos, *es*, hermanas y madres carísimas, la que os ruego apliquéis a vosotras mismas, es la que desde un principio nos mostró el divino Maestro “*Quiero* que copiéis en vosotras mi vida de víctima haciéndoos una hostia conmigo”.

La misma Madre de Dios, el Viernes Santo, metida bajo su manto, le pedía me concediera morir bajo sus miradas maternales y no me dejase salir de allí, y la soberana Reina consolando aquel dolor inexplicable que sentía mi alma pensando me echaba de su casa por indigna... La Señora y Madre Purísima mostrándome su Corazón Inmaculado como una concha de oro se abría delante del sagrario y me decía: “Así unidas a mi corazón quiero ofreceros a mi Hijo santísimo que quiere seáis una hostia con él para ofrecer vuestros sacrificios, pobreza humildad y obediencia a su Eterno Padre en expiación y desagravio... Sea vuestra pobreza y humildad, la oblación amarguísima que ofrezcáis por los pecadores; vuestro celo y amor, el incienso que con la adoración subirá al trono de Dios altísimo; vuestra entrega humilde y obediente en salvarle almas, el oro purísimo de caridad que él practicó y dejó como herencia a sus amados discípulos que formaron su Iglesia santa. ¡Almas quiere Jesús! ¡Muchas almas! que del calor eucarístico atraeréis a su divino Corazón”.

Si esta misión que recibí el año 1913, el Viernes Santo, y repetía el mismo Viernes Santo del año 1925, es la misión de nuestro apostolado que nos dio la transformación de vida, que tanto nos ha costado pasar de lo antiguo, a esta vida nueva, que no acabáis de aprender lo grande y hermosísimo de esta obra de Dios. Jesucristo nuestro Señor elije a sus almas adoradoras que escogió para seguirle en su vida sacramental en apóstoles que extiendan el reinado de su amor eucarístico en las almas de los pequeños pobres, que no conocen a Dios, ni la ruta que han de seguir, porque han perdido la fe y no conocen a Dios, y el Señor nos eligió para madres espirituales que alimentásemos sus almas de la Eucaristía.

¡Cuánto nos honra Jesús confiándonos esas pobres niñas. La educación nos la entrega para salvarle esas almas de los niños tan queridos de su Corazón divino, para preservarlos e instruirlos, a los pobres y abandonados, que son sus hijos más amados, y por otra parte vuestra Regla-Constituciones os da la plenitud de la gracia propia de vuestro apostolado eucarístico, hermosísimo y precioso entre todos los de la tierra. Debemos trabajar con todo el amor de nuestros corazones consagrado al amor y culto del Santísimo Sacramento, dándole nuestro amor sin condiciones ni reserva alguna, tomando en la hora de adoración el fuego para comunicarlo a las almas de los pequeños.

Tanto más estamos obligadas a cumplir nuestras Constituciones que nos da la Ley

divina y venís observando desde la fundación a pesar de las vicisitudes y penas que llevamos desde el principio de nuestro Instituto, valientes y fieles al Señor a pesar de las oposiciones y guerra que vinimos sosteniendo desde el principio de esta fundación, nos concedió al fin la santa Iglesia su aprobación en la que intervino personalmente nuestro Santísimo Padre, el Papa Pío XII, que habló con entusiasmo a nuestro actual arzobispo de Granada D. Agustín Parrado en su visita ad Limina, que se interesaba por ella, y más tarde el Emmo. Card. Patriarca de Lisboa lo alcanzó quedando de Cardenal Protector como todas sabéis.

No gozaréis aquí de tanta gloria como las que vengan después de vosotras, pero sí más méritos de tan largos y amargos trabajos como padecisteis. Vuestras sucesoras vivirán del fruto de vuestros trabajos y sacrificios, no lo dudéis; vosotras, desde el cielo gozaréis del crecimiento del Instituto y del número de almas que salvarán. Vosotras vivir con Jesús Hostia inmolándoos con amor ardiente por vuestro amado Instituto que tanta gloria dará al Señor, a medida que vuestra caridad sea más pura y abnegada. Si todavía la Congregación padece desprecios y humillaciones por su pobreza y porque todavía hay cosas indecisas a medio brotar, poco ordenadas por la escasez de personal y las mil dificultades que aparecen, amadla por eso mismo y porque lleva el sello del divino Maestro.

Gloria vuestra será haber vivido sin esplendor y sin lucir a los ojos del mundo, y al ver servido a Dios nuestro Señor en su obra entre dificultades y penas inherentes a la fundación que nació el Viernes Santo al calor purísimo del Corazón Inmaculado de María santísima Madre de Jesús. En el Calvario vimos nuestro camino en la Cruz ensangrentada, y allí con María Santísima, nuestra madre, quisimos beber el cáliz que Jesús compartía entre sus fieles discípulos con su Purísima Madre.

Ya decía un santo fundador a sus hijos: “Tened bien sabido que no se restablecerá el mundo sino por los pobres... el odio hacia los humildes, los que sufren sin Dios, amenaza devorarlo todo como espantoso incendio; urge extinguir ese odio, amasar nuevamente ese barro del pueblo sin fe e infundirle ese soplo de Jesucristo: es preciso llevar los pobres a Dios, y hacer que Dios sea devuelto a los pobres: y esta es vuestra misión. ¡Buscad a los pequeños y dadles a Jesucristo, Hermano, Padre y Salvador suyo!” (P. Eymard 4ª serie).

Para cumplir fielmente como Jesús nos pide este apostolado, acogeos siempre al Corazón Inmaculado de María Santísima. para que ella en sus manos nos presente a su divino Hijo, para que fortalezca nuestros desalientos en los momentos de la prueba y como rayo de sol recibamos cada día del sagrado viril que conserva la Hostia Sacrosanta que adoramos en el Santísimo Sacramento la ciencia de la verdadera caridad con que ganaremos las almas a Dios nuestro Señor para alcanzar venga a nosotros su reino de amor y paz.

¡Oh madre mía! Vos cuyo Corazón Inmaculado se abrasó en el más vivo y ardiente amor por Jesucristo, vuestro Hijo santísimo y vuestra vida entera no fue sino un holocausto ofrecido

al amor divino, hacernos con vuestro Corazón Inmaculado una ofrenda digna al Eterno Padre, agradable con vos, que atraiga el reinado del Corazón de vuestro Hijo santísimo a la tierra; vos, madre mía, al ser elevada a la dignidad de Madre de Dios, no tomasteis más título que el de esclava suya, obtenernos a todas vuestras hijas, presentes y futuras, que hoy os consagro con todo el amor de mi alma, rogándoos humildemente nos alcancéis del Señor esa humildad de esclava, sin la cual no es posible alcanzar la fiel imitación de vuestras virtudes para ser agradables a Jesús vuestro divino Hijo y llegar a la santidad que aspiramos desde el momento que nos consagramos al Señor al hacer nuestros votos.

¡Haced, madre mía, que todas las que han sido llamadas a esta vocación de adoradoras y esclavas de Jesús en la Eucaristía y madre nuestra, sean fieles hijas de vuestro Inmaculado Corazón, y que todas *unidas* en ese espíritu interior de amor y reparación, lo comuniquemos a medida de nuestros sacrificios de nuestra abnegación de los vencimientos y entrega de la voluntad a la vuestra que tenemos ofrecida por el voto de obediencia, que comprendamos el mérito de la obediencia que es tan grato a vuestro Jesús y a vos, madre dulcísima que por su amor aceptasteis a cooperar en la Redención humana.

Madre mía, que un solo corazón una sola voluntad y un solo amor nos identifique y una con vos a Jesús divino a quien sea toda la gloria, alabanza, amor y reparación en este santo Instituto y en el mundo entero, por los siglos de los siglos. Amén.

Día del Jueves Santo del año 1943

Sor Trinidad del Corazón de María

El espíritu que deben formarse desde su ingreso hasta el “terceronado” o última aprobación:

Que la Santísima Virgen, nuestra madre, sea ella el modelo de vuestra vida humilde recogida y aplicada a la vida interior siguiendo a su divino Hijo siguiendo las órdenes de san José, nuestro amado Procurador.

Adoremos a Dios en espíritu y en verdad

1943

R. M. Teresa de Jesús, Superiora de la casa Generalicia, y demás hermanas de esa casa y madres. Lisboa.

Hija mía en Jesucristo, vida de nuestra alma: tengo leídas sus cartas, y con más gusto las contestaría de palabra y esperando ocasión de hacerlo, recibo su segunda manifestándome sus luchas y tentaciones, que no tienen a mi parecer importancia. Bien sabe cuánto les pido se funden en humildad y abnegación para seguir tan de cerca como desea a Jesús dulcísmo y nuestra Madre Santísima y san José en su obediencia, silencio y humildad, en recibir las órdenes divinas sin queja ni razones, aceptando con fe y amor las órdenes de salir de noche con el divino Niño... etc. Pues este es el espíritu que debe infundir en las jóvenes.

Sé cuánto sufre en los traslados y cambio de superioras... ¿Porqué hija mía?... ¿Qué no ve a Jesús, no lo siente, querría sobreponerse a esa resistencia que quiere ocultar y no puede?... Pobrecita mía, acuérdese de aquello del Kempis: “Jesucristo tiene ahora muchos amigos en su reino celestial, mas muy poquitos que lleven su cruz; tiene muchos que desean la consolación y muy pocos que quieran la tribulación; muchos compañeros para la mesa, y pocos para la abstinencia; todos quieren gozar con Cristo, mas pocos quieren sufrir algo por él; muchos siguen a Jesús hasta el partir el pan, mas pocos están aparejados a beber el cáliz de la pasión... Muchos aman a Jesús cuando no tienen adversidades... mas si Jesús se escondiese y los dejase un poco, luego se quejarían o desaparecerían”. Estos son los flacos en la virtud, que viniendo la contradicción, todo cae por tierra.

Veo que esa tentación que en todas me dice: “Que no sabe gobernar y apetece ser súbdita para obedecer... pues conoce es lo que más le cuesta a todas incluso a las legas o auxiliares, que antiguamente se llamaban “hermanas de obediencia”. Por propia experiencia sé cuánto se desea obedecer cuando la cruz pesa... y cuando después de varios ensayos para conseguir ese rendimiento de juicio y de voluntad por la dulzura y ciertas condescendencias, que angustian la propia conciencia, en concederles ciertos caprichos que, sin ser malos... a veces muy espirituales, y creemos conseguir de ellas, que se entreguen a la perfecta obediencia, como nos enseñó el divino Maestro, y nuestra dulcísima Madre María Santísima. Nos encontramos en la ocasión de probarlo... y qué dolor se siente en el alma, cuando la ve cada vez más apegada a su propia voluntad en caprichos sin importancia, como niñas mal educadas, cuando por sus años debían ser maestras en virtudes... y viene enseguida aquello de san Pablo, que las virtudes verdaderas, no fingidas, hacen al que las posee justo y bueno, y si es justo no se le puede negar la entrada en el Reino de los cielos el cual, como dice el

Apóstol, es corona de justicia. Si las virtudes le hacen bueno por la entrega total de su voluntad en la de Dios, que es la obediencia a sus superiores, dará sin duda buen fruto, porque escrito está que todo árbol bueno da fruto bueno, y el fruto bueno, dice el Apóstol: “es la santificación, cuyo fin es la vida eterna”.

Esta es doctrina de un santo padre de la Iglesia. Como V. C. tiene leído mucho... a mí me da miedo de escribirles, porque no sé verdaderamente; Dios nuestro Señor, como le tengo comunicado, en las largas conferencias espirituales que como Secretaria tuve muchas veces con ocasión de casos como el que me consulta ahora. No me dejan tiempo para escribir cuando *recibo la luz* y después de aquellos rayos de luz clarísima, me prepara el Señor un viaje... una preocupación... y tantos impedimentos que queda todo en el fondo de mi alma, encomendándolo a la Madre y Maestra que nos dio el Señor en su Madre María Santísima. ¡Qué ella os enseñe y ponga en las superioras esa necesidad de *aspirar y trabajar* por perfeccionarnos cada día, practicando las virtudes que ya prometimos con los votos que hicimos al Señor: pobreza, castidad y obediencia; y en estas están *todas las virtudes* que nos son necesarias para santificarnos, dándole la gloria y reparación de verdaderas *víctimas*! ¿Estamos? Sí, hija mía, V. C. más que otras conoce mi inutilidad para regir, porque el ejemplo es el que predica, como hacía el seráfico padre san Francisco.

Y mirando año por año y día por día mis grandes miserias, y cómo el Señor perdonó mis grandes pecados y cubrió mis miserias con el velo de su preciosísima Sangre y las lágrimas de nuestra Madre Inmaculada, reprimo mi deseo de escribiros muchas cosas que dejaron escritas los santos y que yo aprendí en los 58 años de vida religiosa...

Así mi M. Teresa tomará de esta carta lo que le aproveche para sí y para las almas que él le confía en el cargo de Superiora, y lo que no, lo quema, pues ya a las puertas *de la Eternidad*, si os hablo como siento me temeréis, pues la experiencia de tantos años de vida religiosa vividos en 12 conventos, y hospedada (con motivo de las fundaciones, donde las superioras confidencialmente se me quejaban del mismo dolor (y mayores) que yo padecía... Como le digo: hablando con mis hermanas y hijas carísimas en Jesucristo, se me escapa el alma queriéndoos mostrar el grandísimo engaño que el demonio pone con una paz fingida *de amor propio* que vestimos la virtud del color que nos conviene, para cubrir los defectos de unas imperfecciones, que como polilla roen nuestra vida espiritual, pareciéndonos mejor y más perfecto aquello que nos da más libertad para obrar a muestro arbitrio, aunque haya que romper los lazos de obediencia, humildad, pobreza y perfecta castidad que ofrecimos al Señor y aquí quiero no os asustéis. Tomar lo que entendéis os aprovecha y dejar lo que os estorbe en vuestro camino para encomendarme al Señor, y sigo como empecé.

Decía san Pablo: “El que se gloria, gloríese en el Señor; porque no por eso es uno aprobado por que él se alabe a sí mismo, sino porque le alabe Dios”. Y ahora notamos que

cuando una religiosa la envía la obediencia a un encargo, o destina a pedir, enseñar, trabajar o cosas análogas... va contenta, trabaja bien y llega la prueba, entonces refiere sus trabajos como grandes sacrificios que las superioras ni reconocen ni agradecen... hacen un sermón de honras, ponen de manifiesto sus grandes proezas que no son reconocidas, etc... con un colorido de virtudes aparentes que las pobres superioras... cohibidas ante este proceder, renuncian o las dejan por imposibles, ante el temor de un procedimiento mas duro... y de aquí el mal ejemplo de las demás, los comentarios y acusaciones que resfrían la caridad y amor que debe reinar en nuestros conventos de vida interior y adoración al Santísimo Sacramento para pegar fuego en las almas, que han de encender la caridad de Cristo en las almas de los niños.

¿Qué fuego de amor divino prenderá un alma ciega de amor propio... que olvida su entrega a Dios por medio de los votos... que no se pertenece y que si obra el bien está *obligada* a servir al Señor en espíritu y en verdad, y que si trabaja para que aquí le recompensen con honras?, ¿qué le exigirá al Señor cuando le pida "la corona de justicia?" Ya tenemos las amenazas del divino Maestro, que yo querría, no nos toque a nosotras: "Todo árbol bueno da fruto bueno", que es la santificación cuyo fin es la vida eterna y si no es el fin la vida eterna, no es verdadera su santificación, ni pueden ser verdaderas sus virtudes, ni el fruto de este árbol puede ser bueno, y por consiguiente vendrá a ser cortado para el fuego, como dijo el divino Maestro. Porque la segur que está puesta a la raíz del árbol, no es para cortar los árboles buenos y que dan fruto, sino "aquel árbol tan solamente que no da fruto será cortado y echado en el fuego". Pues todos los que trabajan sin fe y sin caridad son finalmente castigados eternamente.

Como ve esto no es mío, es doctrina de Jesucristo en el santo Evangelio, y para V. C. y para todas las superioras va dirigida esta carta, para que estudiemos las causas de no formarse las almas en humildad y pobreza que tanto nos recomienda la madre santa Clara en su Regla y Testamento, era el espíritu de los seráficos y santos Padres que no imitamos sus hijas porque no nos desprendemos de nosotras mismas. El demonio estudia nuestro flaco, nos hace valer, aunque no podemos levantar una paja del suelo... Si el Señor no nos da su gracia... y se resfría el espíritu de devoción, nos cansa el coro, huimos de la mortificación... y nos encontramos solas... porque Jesús dulcísimo no entra en el interior de un alma llena de sí. Tenemos que vaciarnos de nosotras mismas, que Jesús vea nuestro corazón *humilde y pobre* de verdad, rendido a la obediencia... y él viene a tomar posesión de nuestra alma como Soberano dueño, y para seguirle varonílmente y nuestras obras sean dignas, sólidas y perfectas se han de fundar en la humildad y pobreza que es tanto como estar dispuestos a padecer injurias y afrentas por el nombre de Jesucristo. Esto pido todos los días en la sagrada Comunión, por mis amadas hijas en Jesucristo, que pedirán esto mismo para vuestra sierva inútil,

Sor Trinidad del P. C.

L7 C32 (128-133)

+

J.M.J.

15XII43, Lisboa

¡Paz y Bien!

M. Rvdas. Madres Superioras, Vicarias y Hijas carísimas en Jesús Sacramentado y en el Corazón Inmaculado de María Santísima Nuestra dulce Madre:

Esperando llegasen las Constituciones impresas, que nos ofreció gratuita y bondadosamente el R. P. Isacio Morán que tan grande parte tuvo en su aprobación y con mayor interés trabajó para adaptarlas de nuestros palotes al latín, y del latín aprobadas al castellano.

Si el Corazón eucarístico de Jesús no nos mirase con tan segura y paternal predilección y amor, ¿qué sería de esta pequeña Obra que él misericordiosamente preparaba y confió a vaso quebradizo y lleno de miserias, para que este santo varón de Dios, nos ordenase y pusiese en camino de ser bendecidas plenamente de su amorosísimo Corazón eucarístico y del Inmaculado de María nuestra dulcísima Madre, por quien la santa Iglesia aprobó el mismo día que consagró su Vicario en la tierra a Portugal al Corazón Inmaculado de María.

Ya deseaba felicitarlas con este regalo que supongo ya en su poder por no tener las dificultades de envío ahí, como aquí, que con la guerra todo se complica más. Querría, si fuese voluntad de Dios, ir yo en persona a llevaros el aguinaldo mejor que podíamos recibir... pero Jesús quiere de su indigna víctima otro nuevo sacrificio, que se lo ofrezco con todo el amor de mi alma a medida que es el deseo que siento de pasar a vuestro lado estos hermosísimos Misterios tan llenos de santos recuerdos desde que conocimos a Dios, por dicha nuestra, le amábamos y ansiábamos su venida, acompañando con grande fe a la Sagrada Familia en su jornada a Belén. Qué enseñanzas tan sublimes y altísimas encuentro yo ahora en estos Misterios. En la meditación de este santo Adviento voy recibiendo una nueva luz clarísima como la fe que nos enseña el santo Evangelio: El Verbo se hizo carne por nosotros pecadores.

Ahora que nuestra vida ha sufrido una verdadera transformación de vida, por disposición divina, que tenía ya decretado en sus altos designios hacernos pequeñas víctimas de reparación y amor a Jesucristo Sacramentado adorándole día y noche en espíritu y en verdad, recuerdo aquellas palabras proféticas que me repetía de palabra y por escrito un V. P. Superior de R. P. Redentoristas de Granada (director espiritual de mi R. M. Abadesa Amalia del Pilar). Siendo enfermera, quizá por el mucho trabajo de muchas enfermas y tener poca edad, me dieron unas fiebres altas en principio de Cuaresma y yo, con el deseo de seguir los ayunos y

penitencias, nada decía, pero el médico que visitaba todos los días la enfermería al aplicarle una inyección a una enferma me tocó en la mano a la hora de poner la aguja en otro sitio; conoció tenía fiebre y dijo a las madres me quitasen trabajo y me diesen comida. Sentí tanto que ya en Semana de Pasión me diesen caldo de gallina cuando en toda la Cuaresma no se probaba ni carne ni lacticinios; y las enfermas y ancianas ayunaban, tomaban lacticinios y nunca carne, y conmigo aquella penitencia que resultaba para mi corazón el regalo más que el ayuno.

El P. Director de la M. Abadesa nos confesó “ad casum” aquella semana, y me reprendió con las palabras de san Pablo: “Romper vuestro corazón y no vuestras vestiduras...” y me obligaba a que negase el deseo, ni lo manifestara, de penitencia hasta que estuviese tan entregada mi voluntad a la de los superiores, de tal manera que no tuviese en nada voluntad propia y mi mortificación la hiciera consistir en la perfecta *obediencia a mis superioras*; y compañeras; fuese como un instrumento que se moviese a la voluntad de la mayor; sin mala cara, sin excusas ni quejas.

Aquella mortificación era el romper el corazón y la que el Señor me pedía entonces. Muchos actos de fe y de amor me costaba aquella obediencia, pero hizo tan grandes bienes a mi alma, que el Señor, lleno de misericordia, cambió aquel fondo de querer sobresalir en penitencias de las más rigurosas que acababan con mi salud.

Pero un día la Madre me volvió a mandar ayunase y siguiese a la Comunidad en sus penitencias, que entonces eran muchas... y a los 6 meses volvió la fiebre y quejándome a Jesús que me privaba del consuelo de seguir a la Comunidad me dijo mi dulcísimo Jesús crucificado: “Tengo muchas almas que hagan penitencia, pero poquísimas víctimas de reparación y de amor; de ti quiero tu corazón entregado en mis manos, que quiero hacer de ti una hostia inmolada, que haga de ti mi voluntad enteramente dispuesta a padecer la pasión, que yo te mostraré mis caminos”.

¡Oh Jesús dulcísimo, cómo preparabais el granito de trigo que habíais de moler vos mismo... contrariando mis ansias de soledad y retiro, dándome cargos antes de tiempo, que me hizo salir de aquellos años felices de obediencia, que seguía tan segura que cumplía la voluntad del Señor! Entonces empezasteis a moler el trigo de las hostias que preparabais, Señor, al sacrificio, entrándonos antes en la confitería de vuestro santo tabernáculo encontrábamos en la adoración todos los bienes y dulzuras imaginables y así preparabais nuestras almas como la harina *sin paja*, limpia de nuestras propias miserias, para que metiéndonos *en este molde nuevo* que vos mismo nos preparabais saliese de las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía; metisteis la masa en la prensa que nos preparabais y salieron de cada capuchina una hostia que con vos y vuestra Madre Santísima nos ofrezcamos a la Santísima Trinidad para reparar y desagraviaros de los pecados que provocan vuestra ira

divina y envíes sobre la tierra el Reinado de vuestro divino Corazón por medio de los niños que nos mandáis os acerquemos a vos, Dios mío.

¿Quién más contemplativa e iluminada por el Espíritu Santo en los altísimo e inescrutables secretos de estos grandes Misterios de la Santísima Trinidad, que la Madre del Verbo divino hecho carne? ¿Quién más santa y llena de gracia, su alma purísima, que la que preparaba el Espíritu Santo para su celestial Esposa? ¿Quién más asistida del Eterno Padre, que la formó para Madre Purísima de su muy amado Hijo en el que complació?

¡Pues ella, nuestra Madre Santísima, sale de su recogimiento interior de Nazaret, para entrar en el interior de su alma con su Jesús dulcísimo que debía nacer en aquellos días... y tenía que abandonar *por orden Divina* su casita, sus *parientes*, sus descansos y alivios que en Nazaret le proporcionarían los suyos... Pero la víctima divina tenía que obedecer a la voluntad de su Eterno padre, y haciéndose pobre, busca dónde nacer el Mesías prometido, el primogénito del Padre, el Rey de cielos y tierra, peregrinando con tanto frío y tantas incomodidades y pobreza... Y aquellos Modelos que la Santísima Trinidad nos dio a la Clarisas Capuchinas de la Sagrada Eucaristía y Madre de Dios, nos enseñaba con el ejemplo a ser las pequeñas víctimas de reparación y amor que nos pide en este siglo de tantos odios y pecados; quiere sean sus fieles imitadoras de Jesús, María y José...

Obedeciendo a su divino llamamiento en continua y perfecta contemplación con Jesús, entrando en la mente, corazón y alma... aceptando la pobreza, la ingratitud, los oprobios de aquellos que más esperábamos ayuda, reconocimiento, amor... En silencio dulce y pacífico, en fidelidad y amor de Dios verdadero, en entregamiento absoluto a la Divina voluntad, llenas de caridad y de amor, confiadas, generosas, valientes hasta el fin...

¿Quién adoró a Jesús Sacramentado en el Purísimo Sagrario de las entrañas de María, que su Purísima y Santísima Madre y el patriarca castísimo san José? ¿Quién le adoró y amó más que ellos? ¿Quién reparó a la divina justicia? Se acercó la divina Madre María Santísima a esas apariencias externas que nosotras buscamos, para encubrir nuestras miserias y amor propio con exterioridades aparentes, que a veces dejamos helado y triste el divino Corazón del Prisionero del Sagrario de Jesús, víctima de amor.

Pues bien, mis buenísimas madres y hermanas carísimas de mi alma, no quiero que mi pobre felicitación de Pascua del Natal sea un aviso o capítulo; no hijas del alma, es que lo siento constantemente en mi alma, en la oración y cuando en la santa misa, unida a la Hostia santa os recojo a todas, presentes y futuras, en la patena, cuando el sacerdote en la santa misa ofrece la víctima divina, os acerco y me acerco en adoración, reparación, inmolación y amor... y en aquellos momentos solemnes que el alma libre de los cuidados y humanos sentimientos, siente el ansia vivísima de la unión... el hambre de recibirle sacramentado ¡adorándole en unión de la misma sagrada Víctima en el seno de la primera adoradora, su

Madre Santísima y san José, parece que mi alma entra de lleno en esa región en donde no oye más que esa inspiración que nos hizo empezar el camino de nuestro Calvario: “Imitar a mi Madre que os dejé por Madre y Maestra, sea ella vuestra guía y modelo para adorar, reparar y amar”.

¡Es tan hermoso el modelo que nos da Jesús!... Vamos unas horitas siquiera tras la Sagrada Familia... Acercar vuestros oídos a los purísimos labios de la Santísima Virgen nuestra Madre Purísima, escucharle ¿Qué dice la Reina del cielo de este viaje tan penoso? Preguntarle, ¿a qué ese cambio teniendo su pequeña casita de Nazaret... con tanto frío... y tantas molestias sin casa, sin avisar a nadie?, etc... Por qué es esa orden, si es el Hijo del Eterno Padre, Criador de cielos y tierra y mendigar dónde nacer... y teniendo su casita... Preguntarle a san José ¿cómo lo consiente?... Qué nos dice el santo Evangelio, los santos y los historiadores de estos viajeros contemplativas...

Confío que la Reina del cielo os dirá: imitar mi amor a Jesús divino que le llevo dichosísima en mis entrañas... obedeciendo su divina voluntad llevo conmigo la bienaventuranza alabándome porque he sido escogida entre millares para ser su Madre Santísima por que me entregué... y *en aquel fiat* me consagré suya completamente víctima de amor, y la víctima se inmola y vive la misma vida del que adora mi alma.

No son las exterioridades las que la Santísima Virgen, nuestra dulce Madre, nos pide en este Natal al entregarnos las sagradas Constituciones impresas. Nos pide el corazón vacío para llenarnos del verdadero amor de Dios, el alma entregada para darnos a Jesús entero al nacer, y la mente y el espíritu sujeto a su Divina voluntad no a la prudencia del mundo que nos juzga según él, si la sabiduría del Espíritu Santo que nos conducirá por la obediencia al Reino de Dios eternamente, donde todas unidas al Corazón Inmaculado de nuestra Purísima Madre María Santísima cantemos un Magnificat eterno, en donde espero que, llenas de gozo, daremos gracias porque nos preparó, como dice el santo Evangelio de san Lucas: “Yo preparo para vosotras como mi Padre me dispuso a mí el Reino, para que comáis y bebáis sobre mi mesa en mi Reino”, como dice san Buenaventura: “¡Oh que feliz aquel que en el reino de los cielos comerá aquel pan, que en el horno del vientre virginal de María Santísima se coció con el fuego del Espíritu Santo y la Sabiduría dice (a este fin): “Con comida de ángeles alimentaste a tu pueblo, y le diste un pan preparado del cielo sin trabajo, que contenía en sí el deleite y la suavidad de todo sabor, y servía a la voluntad de cada uno” y todo esto y mayores bienes nos dará el Señor si perseveramos fieles hasta la muerte, como dice san Juan E.: “Se fiel hasta la muerte y te daré la corona debida”. Es cuanto pido en mis pobres oraciones para vosotras y para mí,

Sor Trinidad

* * *

[Renovación de votos]

24-XII-43

Yo, sor Trinidad del Purísimo Corazón de María, (*renuevo*), *hago voto y prometo* a Dios Todopoderoso, que adoro con toda mi alma en el Santísimo Sacramento, a la bienaventurada Virgen María, nuestra dulcísima Madre, patriarca san José, padre san Francisco, madre santa Clara; a N.R.M. General de observar todo el tiempo de mi vida (o por años) la Regla y Vida de las Religiosas Pobres de Santa Clara dada a ella por el bienaventurado padre san Francisco aprobada por Inocencio IV, viviendo en obediencia y entrega de mi voluntad en la de Dios manifestada en mis legítimos superiores, sin propio y en castidad, adorando al Santísimo Sacramento en reparación, expiación y desagravio por los pecados e ingratitudes de las almas consagradas en unión con Jesús víctima divina en el santo Sacrificio de la Misa y de María Santísima nuestra Madre, guardando la clausura establecida en las presentes Constituciones y aprobadas por la santa Iglesia y por S.S. Pío XII. Amén.

Sor Trinidad del P. C. De María

L8 C40 (141-142)

* * *

[Notas sobre la clausura y adoración]

1º. Que en cada provincia se conserve un convento o más (según las necesidades de cada provincia) de clausura papal para aquellas almas que por especial llamamiento del Señor y probadas en noviciado y en los años de votos simples quieran y pidan la vida contemplativa en adoración perpetua al Santísimo Sacramento de la Eucaristía y emitir los votos solemnes (renovados los simples por el tiempo que prescribe las sagradas Constituciones), y a las que ya emitieron los votos solemnes, sujetas en todo a las misma sagradas Constituciones aprobadas el 31 de octubre de 1943.

2º. Que conceda al nuevo Instituto todas las gracias y privilegios de Orden Clarisas Franciscanas Misioneras con el privilegio de poder exponer solemnemente el Santísimo

Sacramento y reservar día y noche, la superiora de cada casa, para cuya gracia tendrán arreglado el expositorio con las normas que indiquen la concesión y pudiendo suplir la cera o aceite la electricidad cuando no podamos conseguirla, y pueda celebrarse la misa con exposición las ferias 5 y 6 y en los días de especial devoción.

L8 C40 (142)

Muy reverendas madres asistentes, vicaria general y superioras de nuestras casas de España y Portugal.

Reverendas madres y hermanas carísimas en Jesús Hostia: *¡Me siento tan acabada! ¡Voy a morir!* Mi muy amadas madres y hermanas en Jesucristo vida de las almas: ¡Qué pensamiento este tan hermoso! ¿Verdad? ¡Muy pronto me veré en aquel tribunal de la divina justicia! y mi alma *sola*, en su divina presencia, ha de contestar sin excusas ¡aquel interrogatorio!

¡Voy a morir!... En este pensamiento, la idea de las grandes misericordias del Señor durante tantos años, y que el divino Juez Esposo dilectísimo y Padre amorosísimo me cubrirá con el manto de su preciosa Sangre, *es la esperanza* que consuela y alienta mi alma. Y que la Santísima Virgen, nuestra madre santísima es Madre de mi Juez y *abogará por mí*... ¡Es el consuelo y la esperanza de toda alma cristiana que ha sido redimida con la Sangre del divino Cordero!

¡Hijas mías!... Pero, voy a morir y he de dar cuenta de cuanto he recibido de gracias con el santo bautismo y demás sacramentos de la santa Iglesia Católica. Y más, fui llamada por gracia especialísima del Señor a la vida religiosa, *me llamó él mismo* por su amorosísima misericordia compadecido de mi grande miseria, porque me *crió él*, me abrió los tesoros de su divino Corazón, me regala con su unión santísima en la sagrada Comunión, me colocó en su palacio real, me ofreció su Corazón dulcísimo por morada perpetua, donde me dio a gustar las delicias inefables de su amor, y a los diez años de edad se consumó el *compromiso eterno de ser él siempre mío y yo suya para siempre*.

¡Oh Jesús mío! Vos sabéis, en esta unión viví muchos años engolosinada en las delicias de la cruz, vos me pedíais y yo nada os negaba. Pero, ¡pobre de mí!, un lobo feroz quería devorarme, y dentro del aprisco quería darme muerte... ¡Cuánto os costó, Jesús dulcísimo de mi alma, que esta pobre ovejilla no fuese herida de muerte! ¡Qué ternuras y que amor de vuestro Corazón divino, de mi adorado Jesús! Vuestra bondad me vistió de fiesta, me coronasteis de reina y esposa vuestra tan pequeña, que no conocía... el ejército de secuaces que me rodeaban... y me encontré en medio de un ejército, me vi cargada con vuestra cruz, *en el monte Calvario al medio día*.

¡Oh Jesús mío dulcísimo! Me disteis a vuestra Madre santísima y *ella* cuidó de vuestra pequeña esposa, y desde entonces, ¡oh mi amor del alma!, cuánto me pedíais entonces, que renunciara aquel camino, que perdí, y os siguiese paso a paso en la senda de vuestra Pasión... ¡Nada os negué entonces, *Jesús de mi alma*! Tú lo sabes Señor y Dios mío, que os juré, hace 58 años, seros fiel hasta la muerte.

Aquí me tenéis cumpliendo vuestra voluntad santísima, trabajar con todas las fuerzas de

mi alma, conformarme en todo lo que creo es vuestro divino querer, y si os place probarme ocultándome la dulcísima mirada de vuestro divino rostro, que como luz clarísima guió mis pasos hacia vuestro divino Corazón, privándome ahora de la dulzura de vuestra presencia y de los consuelos sensibles de vuestro amor, dejándome en tinieblas y sequedad, y mi corazón árido y seco como tierra quemada por el ardor del sol, y no veo la hermosura de vuestro divino rostro, y no sé dónde hallaros, y sola y desamparada os busco y no os encuentro.

¡Oh Dios mío!, apiadaos de tu sierva que sedienta busca en ti su descanso, oiga vuestra dulcísima voz que me diga: "Ven bendita de mi Padre..." Y habiendo terminado mi peregrinación sobre la tierra y queriendo con todo el amor que os dignáis imprimir con fuego ardiente de sacrificarlo todo y cumplir fielmente su voluntad, pueda deciros con todo el amor de mi corazón: "consumatum est". Todo ha concluido, he cumplido fielmente vuestra voluntad santísima, Jesús mío, *he dado mi vida en vuestro servicio, sostenida por la santa* obediencia. Quiero repetiros, ¡Dios mío, cúmplase vuestra voluntad y no la mía!

Y vos, mi dulcísima madre María Santísima, presentarme a vuestro divino Jesús como hija vuestra con aquella túnica que vos me vestisteis en aquel día dichoso que admitida en el tálamo nupcial fui obsequiada por la Santísima Trinidad, regalándome el Padre como hija muy amada, el Hijo santísimo como esposa, y el Espíritu Santo cogiéndome entre sus alas me introdujo en vuestro Inmaculado Corazón para que como celestial madrina me guardaseis del enemigo infernal, para darle gloria y adoración y la misión que queráis ejerza en las almas de los niños de acercarlos a vuestro Corazón eucarístico y prepararlos a la sagrada Comunión limpios de pecado, con amor, fe y temor de ofenderos. No me sentí llamada ahora a esta misión, ¡soy tan débil, que el temor de caer y ofenderos me hacía huir a los desiertos, y esconderme en las concavidades de los claustros, y con tempestades y truenos de infierno me refugié en vuestras sagradas llagas, y con vuestra luz conocí caminos desconocidos para mí hasta entonces... Vuestra voluntad adorable que buscaba conocer como el sediento la fuente de agua viva me acercasteis a vuestro Corazón eucarístico y allí encontré vuestra luz divina y vuestra ley santa, oyendo de vos vuestra divina palabra: "Yo soy el camino, la verdad y la vida..." (Jn 14,6), si me sigues por él, me encontrarás; si crees en mí, encontrarás la vida.

Es, mis amadas madres y hermanas carísimas, lo que deseo exponeros en estas últimas cartas que os iré mostrando en estos días de agonías que paso lejos de nuestra amada morada de Laveiras, donde tan hermosas noches pasé frente al sagrario bajo la maternal mirada de nuestra madre María Santísima de los Dolores.

Espero que el Espíritu Santo os comunicará sus caminos y podré deciros alguna cosa: si os aprovecha y ayuda, *es él*; si no sentís lo que pido y deseo, por mi grande torpeza, eso sí es mío, perdonarme, y espero me encomendéis al Señor para alcanzarme gozarle eternamente en el Cielo, donde espero entrar por el Corazón purísimo de nuestra madre Inmaculada, Madre de

Jesús y de su pequeña Obra.

Así confío y espero entrar en el principio de una vida en Cristo Jesús; cómo deseo la muerte, quiero en este momento unirme a él y a su sacrificio, haciéndome desde el principio su víctima encontré en mis enfermedades muchas ocasiones que me hacía hostia, y así me ofrezco completamente con toda la Congregación, para que cumplamos su voluntad santísima en vida y en muerte, cumpliendo así sus amorosos designios.

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María.

Lisboa 25 de marzo de 1944

L5 C10 (17-20)

Lisboa, 3 de mayo de 1944

Carísimas madres en el Corazón eucarístico de Jesús: Meditaba esta mañana en aquellas palabras de Jesucristo: "Yo soy el camino verdad y vida..." (Jn 14,6) *Yo que soy la verdad, os digo que soy la Vida*. La vida de todo cristiano, especialmente la de una religiosa eucarística como somos nosotras por privilegio y gracia especialísima que con la vocación eucarística nos dio el Señor, es consoladora y sublime, ¡nos obliga a tanto!...

Nuestra vida debe ser a la vez vida y muerte, y ha de ser una negación de sí misma... una muerte, para poder ser esa vida en Jesucristo, vida por excelencia: *renunciar*; el "abneget semetipsum" (Mt 16,24) del divino Maestro.

Sacrificarse no es morir, sino destruir la muerte, *es suprimirse el yo* voluntariamente por amor de Dios, sin violencia, porque Dios lo quiere y Jesucristo nos enseñó con hermosísimos ejemplos, el sacrificio del amor propio, por amor de Dios; es la ciencia de la vida verdadera que es Cristo, sacrificando la pasión dominante, la sensación de momento, el capricho de vanos accidentes en la sustancia de la vida que se presenta a cada hora; es el misterio la cruz, el sacrificio de la religiosa víctima, la mortificación de la vida religiosa; es la muerte en Jesucristo.

"La negación no tiene sino una belleza relativa, vale por lo que da, no por lo que quita. Quita ciertos bienes sensibles, pero miramos más allá de lo sensible, y descubriremos las riquezas que son la recompensa del sacrificio; nuestra leve aflicción del momento produce para nosotros sobre toda medida un eterno peso de gloria". La religiosa que no ha practicado hoy el *"Quotidie morior"* ha perdido su día; y san Pablo, cuando decía a los Romanos lleno de gozo: "¿Quién nos separa del amor de Cristo?" (Rom 8,35), y el mismo a los Filipenses (1,23). Por lo menos desde aquí abajo hagámonos una nueva criatura en el Señor; que sirvamos a Cristo con gozo... Si este es el espíritu cristiano, ¡cuál debe ser el nuestro! espíritu de dilatación y alegría, espíritu de vida, el espíritu de mortificación y de sacrificio, es nuestra vida de adoración

y apostolado, fuente de donde brotarán las maravillas de la vida interior que nos pide Jesús.

No sé ocultarle las amarguras que siente mi espíritu cuando habiendo sido llamadas por vocación especialísima del Señor a esta transformación de vida eucarística, de adorar perpetuamente a Jesucristo, Dios y hombre verdadero en la sagrada Eucaristía, llevando el fuego del amor divino a las almas de las pobres niñas abandonadas y enseñarles a ser cristianas fervientes por lo menos. No comprendamos el espíritu y vida de nuestra Congregación, que es la imitación de Jesucristo en su vida mortal. Antes de ser aprobadas veía con consuelo la fe y amor con que deseaban y pedían todas la aprobación, y ahora que nos anuncian la aprobación como Congregación, se nota una impresión de descontento, como yo la tenía antes de nuestra visita a Roma, y en las conferencias que tuvimos con el R. P. Procurador General de los padres nuestros, a quien consulté, me alentó tanto "a que recibiese agradecida lo que la santa Iglesia nos ofrecía en vista de las actuales circunstancias, se veía la necesidad de acercar el fuego de la caridad y amor de Dios hacia las almas que no van a la iglesia ni oyen la palabra de Dios... todos debemos cooperar a buscar la oveja perdida, y traerle todas al redil de la santa Iglesia..."

Desde entonces me ofrecí al Señor para que nos enviase el martirio si es necesario para acercarle almas, ¡muchas almas!, sin apartarnos *nunca de nuestra vida con Jesús dulcísimo en el Santísimo Sacramento* y aquí está lo difícil: de caminar sin tropiezos por caminos muy difíciles que ni conocemos. Nada extraño tiene la repugnancia que encuentra para salir de nuestro recogimiento y clausura, y de ahí la necesidad que se impone, ya que aprendamos de Jesucristo nuestro Señor y de la Santísima Virgen nuestra amantísima madre María Santísima, modelo que todas debemos seguir.

Ella, recogida y silenciosa en la casa de Nazaret, recibe el Ángel que le anuncia ha de ser Madre de Dios, y se entrega con *aquel fiat eterno* que nos trajo el Salvador santísimo que nos había de redimir; y desde aquel momento dichosísimo y feliz empezó nuestra madre santísima su adoración perpetua al divino Verbo que venía a encarnar en su seno virginal por obra del Espíritu Santo decretado por la Santísima Trinidad, y al nacer Jesús divino, ella (con el patriarca benditísimo san José) adoró ofreciéndole con fe vivísima, *que era Dios verdadero*. Reconocía a su Hijo y a su Dios, y bajo ese velo oculto... confesaba la verdad del misterio con la fe más viva y perfecta, *le adora* y con sus actuaciones le dio más gloria que la que le pueden dar todos los ángeles y santos juntos.

Ella recibe el encargo de formarle la Congregación de adoradoras a su divino Hijo Sacramentado y formarle víctimas de amor y reparación en el Calvario al pie de la Cruz, como Belén en la santísima Eucaristía y *nos hizo esclavas*.

Vuestra humilde sierva y madre en Jesucristo,

Sor Trinidad del Corazón de María

Lisboa, 15 de agosto de 1944

L5 C10 (21--23)

J.M.J.

¡Paz y Bien!

Madrid, 8 de septiembre de 1944

M. R. M. Consuelo de Jesús, Superiora de Braga

Mi buena y amadísima en Jesús Sacramentado, mi Rvda. M. Consuelo de Jesús: Tengo sin contestar a dos suyas tan espirituales y llenas de humildad, que son para mi alma una lección y estímulo, que nunca sabré agradecer a V. R. el bien que hacen a mi alma sus hermosas cartas. Dios se lo pague y pido oraciones por el fruto de estos santos ejercicios, que parece Dios nuestro Señor nos da una prueba especialísima de predilección y amor en todos sentidos: en lo espiritual dándonos en este santo P. Morán que nos habla 5 veces al día, unos santos ejercicios como para hacernos santas... y en lo material un respeto y amor que nos tienen confundidas estas santas reparadoras, que querría probaseis siquiera una vez el hacer unos santos ejercicios completamente entregadas a ellos.

Vamos a contestar a la última que tengo delante de mí para contestarle por puntos: Ciertamente que la casa noviciado es hoy toda mi preocupación y cuidado, la formación de un *noviciado único* es mi continua petición al Señor hace muchos años hoy que lo tenemos aprobado por la santa Iglesia es mayor... y día y noche pido por intercesión de la Santísima Virgen, nuestra dulce Madre, nos dé maestras santas que sepan educar, imprimir y formar esas monjitas obedientes, puras, desprendidas, humildes, llenas de caridad, que nuestros conventos sean verdaderos cenáculos.

No quiero, Madre mía, porque no lo quiere Jesús, que sean doctoras de esas que sin conocer ni practicar la vida espiritual llevan un diario de virtudes y de cosas extraordinarias que soñaron tal vez embotadas en un amor propio, que a veces nos formamos una santidad a nuestro gusto, tomando de los santos lo que nos agrada hacemos historias muy bonitas para sostener nuestro criterio, y salir con lo nuestro con ribetes de doctoras capaces de luchar con los sabios de Salamanca, ya conoce V. C. algunas que tuvieron que abandonar el hábito... y no quiero hacerme pesada con mi madre Consuelo que tanto años de vida religiosa y Abadesa, que es donde mejor se ven las almas... porque ellas se abren... y entonces se nos descubren en ellas nuevos mundos de grandes virtudes y también de grandes peligros y miserias, que nos ponen en guardia para vigilar... y temer se introduzca el mal espíritu como capa de santidad... cumpliéndose en estas almas aquello “de lobos con piel de oveja”.

Hoy que el Espíritu Santo nos cubre con sus alas y que durante estos diez días de santos ejercicios me parecía ver sobre nuestras cabezas cubriéndonos con sus alas y abrazándonos en su amor... Somos 12 las que nos reunimos en esta capilla para oír su santa doctrina y llenarnos del Espíritu de amor y caridad, imitando el colegio apostólico para empezar la transformación de una vida mucho más perfecta, más santa, más de Dios. La imitación perfecta de Jesucristo por el santo Evangelio. Esto es lo que Jesucristo, *camino, verdad* y vida nos pidió desde que nos llamó a *seguirle*: "niégate a ti mismo, toma tu cruz... porque mi yugo es suave y mi carga ligera".

Aquí tiene mi M. Consuelo, mis ideales sentidos día por día desde que en aquel colegio de clarisas que parece abrió la divina Providencia para nosotras el año (o por los años) 88, si mal no recuerdo. Allí donde nos entran a educarnos exclusivamente, pues ni conocía entonces las monjas, ni mi madre quiso llevarnos nunca, para que no nos aficionásemos a serlo sin sentirlo ni conocerlo, tuvo el Señor que llevarse aquella madre tan santa para que la "leoncilla Merceditas", en una fiebre altísima de dolor en mi orfandad... Jesús dulcísimo me cogiese dormida y con su gracia cambiase aquella fiera en una ovejilla mansa, que junto aquellas santas religiosas encargadas de aquel nuevo colegio (*providencialmente*) nos diesen pastos delicadísimos de sólidas virtudes practicadas con un ardor y un fuego de aquella santa religiosa sor María Rosa Robles, atrajo mi corazón y mi alma que como de un sueño infantil e inocente, mimada y muy querida de la discretísima y santa abuelita, me cogió bajo su cuidado (esto lo hizo con su santo hermano P. Hitos) al morir mi madre... Empecé a verme en el mundo como el despertar de un sueño dulcísimo, nos vimos mi hermanita y yo *sin madre* y mi padre, que tanto nos amaba, con la abuela, creyeron conservaríamos la inocencia en un colegio de clausura, más que en la Corte de Cristo o Santo Domingo, que mi madre nos preparaba, desde que hicimos la Primera Comunión, nos decía iríamos.

Pues bien, mi M. Consuelo, que como nosotras disfrutamos la dicha de nacer y vivir en aquella familia levítica, como la llamaban entonces los superiores del Seminario cuando iban en vacaciones con su santo hermano, mío, y primos, que eran 4 los seminaristas que se reunían. Se abre mi alma al escribirle a V. C., pues nacimos y criamos en aquel invernadero de almas muy santas por dicha nuestra, como fueron los abuelos y tíos, especialmente tía Prudencia, Paz, Mercedes y su madre y la mía. ¡Qué hermosos y felices gozarán en el cielo aquella familia tan llena de fe y amor de Dios!...

Se me va las ideas entreteniéndome en lo que no es de nuestro caso, y voy a terminar, si puedo, concretándome a lo que me proponía en esta carta, aprovechando el fervor de estos santos ejercicios, que, como sabe V. R., nos reunimos todas las superioras que han podido asistir.

Le ruego, mi buenísima M. Consuelo, siga dirigiendo ese noviciado con el mismo interés

y espíritu que trabaja por las novicias y M. Maestra, hasta que llegue a la edad canónica, V. C. siga de Maestra directora y ella de Vice, aunque creo seguirá siéndolo al cumplir los 40 años. Aunque les parezca a muchas que es escrupulosa y dura para sí, no creo perjudique a la formación de las novicias la rigidez y estricta conciencia de un alma que desde su ingreso se le notó un ardiente deseo de santificarse con una intensa vida de fe y piedad... Prefiero estas almas que prácticamente observa hasta el presente en los diez años que va a hacer la recibimos, no se le ha notado un cambio, se la ve crecer en esa fe y amor de Dios que lo justifican su vida de abnegación y obediencia con una caridad que no la oí nunca ni una palabra ni niñería que desdiga de una vocación como la suya. Como V. C. misma tiene observado, según me dice en su carta de hoy, asegurándome esto mismo que le acabo de decir... y ya por las que van profesando se ve el fruto, pues ellas me agradecen la Maestra que les di, que su ejemplo las lleva más que nada a Jesucristo víctima de amor.

El noviciado tendrá sus normas para el buen orden y formación enteramente nueva en el santo Evangelio, y de ahí quiero beban en abundancia el espíritu de humildad, abnegación, obediencia, mortificación y caridad que practicó la Sagrada Familia desde la Encarnación hasta el Cenáculo. Esta es mi M. Consuelo, la voluntad expresa del Corazón divino de Jesús, y en que grabó en mi corazón el dulcísimo Jesús en aquel día feliz y dichoso del 12 de agosto de 1890. Tenía 11 años cuando al ir [a] visitar el Santísimo Sacramento, único amor de mi corazón y mi alma, durante el recreo me escapé de aquellas alegres fiestas de piano que las pequeñas saltábamos de gozo... pedí permiso a la M. Maestra para ir a ver a Jesús... ¡Quién me diera aquella dicha, qué goce salía del cielo en el antecoro, había un cuadro del Corazón de Jesús que brotaba de la sagrada llaga un raudal de sangre y una llama de fuego, sentí al pasar un dolor dulcísimo como si de aquel Corazón viniese una saeta de fuego que me privaba de la vida!... Quise subir a poner mis labios en aquella fuente divina y no alcanzaba, una mano delicadísima como de la Madre María Santísima me subió al costado de Jesús a beber aquel néctar dulcísimo que me perdí y quedé muchos días como fuera de mí, dejome en aquella divina Llaga del Corazón divino como palomita en su nido. ¡Oh Jesús dulcísimo, once años tenía y 6 meses cuando me subiste al cielo de vuestro Corazón adorable y os desposasteis conmigo, me llamaste tu esposa y yo os consagré mi vida entera!... Como no volvía en mí... perdida en él... estuve muchos días sin dar cuenta de mí, y aquella santa Maestra de novicias (observadora de mis visitas a Jesús dulcísimo) vino en mi busca cuando me echaban de menos las compañeras, M. Carmen Guervor, de un gran espíritu de oración, alma regaladísima de nuestro Señor, me encontró en el suelo, y creyendo por sus años y enfermedad no podría cogerme, llamó a otra religiosa me llevasen a la enfermería, y cuando me tocó caliente como un ascua y ligera como una pluma encargó no alarmase a las religiosas, que durmiendo despertaría buena, pues había saltado mucho con las niñas de mi edad, y en efecto eran las 11

de la mañana y me levantaron a las 5 de la tarde, no me encontraban nada particular, pero no tenía fuerza. La M. Carmen Guervor conoció por revelación divina lo que pasó en mi alma, que después me lo dijo ella todo lo que Jesús dulcísimo le manifestó, quería de su pobre sierva y las religiosas creyeron si tomé algún licor de los que había en ese día.

Su pobre sierva que otro día terminaré, si Dios quiere,

Sor Trinidad

L7 C32 (141-146)

+

Madrid, 16XII44

M. RR. MM. superioras y hermanas carísimas en nuestro Señor Jesucristo.

Grandes deseos tengo desde el día de nuestra Inmaculada Madre María Santísima de escribiros a todas y cada una, una cartica como me tenéis pedido y todas deseáis... Mucho tiempo llevo preparando una estampita para deciros a todas lo que el Señor me inspirase. Pero, hijas de mi alma, Jesús dulcísimo me clavó en su cruz bendita, y no me suelta. ¿Qué hago pues? Soy tan feliz en su Corazón misericordiosísimo que no me atrevo a pedirle me suelte... y viéndome ya hoy 16 sin poder escribir lo que deseaba, le empiezo la novenita de jornada a Jesús, María y José, y voy a escribiros a todas juntas todo cuanto Jesús quiera decirnos, pues yo no atino a deciros hoy ni el A.B.C. Estoy tan torpe, tan embebida a la cruz dulcísima, que fuera de ella ni palote.

Hoy, al empezar la meditación que la suelo hacer mientras las monjas rezan, formé el propósito de enviaros una chispita de amor del que Jesús dulcísmo me diese en la sagrada Comunión y puse la pluma en manos de María Santísima, nuestra dulcísima Madre, para que *ella*, nuestra Madre verdadera y Maestra divina, nos diese su amor y lo que quiere le llevemos al Niñito Jesús el día de su bendito nacimiento, para que en aquella escuela encantadora y divina aprendamos sus lecciones, pues nosotras tan pequeñitas no alcanzamos a aprender los ejemplos de Jesús, María y José.

Hijas carísimas. Al entrar Jesús dulcísimo hoy en mi pobre alma le pedía humildemente por el Corazón Inmaculado de nuestra Madre María Santísima, y el castísimo padre san José, pusiera en estas letras el obsequio que querría de nosotras y con toda devoción y fe abrí el Kempis, que llevo siempre conmigo y Jesús dulcísimo nos dijo: “Ten por cierto que te conviene vivir muriendo; y cuanto más muera cada uno a sí mismo, tanto más comenzará a vivir para Dios. Ninguno es suficiente para comprender cosas celestiales si no se humilla a sufrir

adversidades por Cristo. No está, pues, nuestro crecimiento, ni la perfección de nuestro estado en las muchas suavidades y consuelos, sino más bien en sufrir grandes penalidades y tribulaciones. Porque si alguna cosa fuera mejor y más útil para la salvación de los hombres que el padecer, Cristo lo hubiera declarado con su Doctrina y con su ejemplo pues manifiestamente exhorta a sus Discípulos, y a todos los que desean seguirle a que lleven la cruz, y dice: 'Si alguno quisiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame'. Así que leídas y bien consideradas todas las cosas, sea ésta la postrera conclusión: Que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios". Hasta aquí el Kempis. L.II.c.XII. v.14.

Hijas mías carísimas, mucho tenemos leído desde muy pequeñas (en este libro de oro, donde buscamos con ansias conocer la voluntad de Dios, cuando sentimos más fervor) y quedamos muy contentas al encontrarnos que es Jesús el que por aquella lectura habla a nuestras almas.

Hoy quería hablaros de la vocación y llamamiento de Jesús... y llevaros al pesebre, donde el seráfico padre san Francisco y madre santa Clara bebieron el espíritu que nos dejaron en su santa Regla.

No encontraba palabras para repetiros el "¡Abneget se metipsum!" que tantas veces os llevo dicho, y quería manifestaros cómo Jesús me hace sentir siempre, especialmente hoy, y en estos momentos que hace poco recibí la sagrada Comunión y siento el latir del Corazón amorosísimo de Jesús en mi alma cuando aún conservo en mi corazón las especies sacramentales.

Próxima a morir, ¡pienso tanto en vosotras!... me lleno de consuelo al veros fervorosas queriendo santificaros en medio de las penalidades y trabajos de la santa pobreza, sello y distintivo de nuestra Orden y santa Regla *¡la Pobreza!* con la que empieza la sumisión y filial adhesión a la santa Iglesia; la pobreza, humildad y sencillez, es el espíritu que el padre san Francisco tomó de Belén y allí, junto a Jesús dulcísimo María Santísima, nuestra Madre y el bienaventurado patriarca san José nuestro protector y administrador serán los testigos de esta conferencia íntima y espiritual. Quiero enviaros en estas Navidades, tal vez como último recuerdo del entrañable amor que para todas vosotras, presentes y futuras, me dio el Señor con su admirable Providencia al llamarnos "sus pequeñas víctimas de amor, reparación y adoración a Jesús Sacramentado".

Hijas mías, llegamos a Belén del año 44, con dos años y casi dos meses de la aprobación de las sagradas Constituciones, y casi 4 meses hicimos los santos ejercicios que el Corazón misericordiosísimo de Jesús nos concedió en los primeros días de septiembre, y que nos envió el Espíritu Santo y nuestra Madre Santísima en su nacimiento santísimo por medio de aquel santo Padre que con las luces especiales que recibió del Señor, nos explicase

nuestras obligaciones y transformación de vida, que tantos años nos pedía el Señor, y que de tantas maneras nos manifestó, por medio de buenísimos padres y prelados, hasta que por el *Emmo. Cardenal Casanova y Marzol nos ordenó la voluntad de Dios terminantemente*. En su primera visita a Granada, donde fue nombrado Arzobispo el año 20, (y como por revelación divina) aquel santo prelado me manifestó la voluntad de Dios. Desde el primer día me dijo: "Siento que Dios nuestro Señor me trae a Granada para ayudar a V. a la Obra que le tiene pedida: *no aquí, sino en moldes nuevos*, yo le ayudaré, cuente conmigo, y en esta trasformación de vida que el Señor le pide encontrará V. enemigos formidables, *prepárese*, pero no tema, *es Obra de Dios*, péguese a él y a su cruz y él será vuestra defensa. Escríbame V. las Constituciones; busque V. las jaulas para los pajaritos, que el Señor les dará el trigo. Con don Ricardo Pérez Reche entiéndase V. para que me tenga al corriente de todo; yo les doy la ermita de la Virgen de los Dolores de Chauchina y allí bajo su patrocinio y protección vamos a empezar; envíeme las Constituciones nuevas, nada de adiciones, yo las llevaré a Roma. Dios nuestro Señor me hace sentir le ayude y tome la Obra *como Suya*. Pero hay que salir de aquí"...

Cómo quedó mi alma traspasada de dolor, cuando le oí: "hay que salir de aquí". ¿A dónde me lleváis Señor, después de 33 años de vida religiosa en este convento en donde al entrar sentí ser aquella la morada de paz que me daba el Señor para santificarme y he vivido en él como un día de cielo?

Sentía desde el noviciado, y lo consultaba al bendito P. Ambrosio de Valencina, mis luchas y pruebas terribles... y él, como un santo, me contestó, lleno de paz y luz del cielo: "Hijita, esas monjas que tu deseas tanto las hay; hazte santa, muy santa y pronto santa, y tal vez seas tú la que las haga, pero no tardaría menos de 40 años la santa Iglesia y cambiar las normas que tiene establecidas para las comunidades de clausura. Si te haces santa lo conseguirás". Mis temores eran que aún no había empezado siquiera a ser santa, ni entonces me sentía con ilusión y fuerzas para empezar; ya pasaron las energías, y fuerzas que más joven hubiese emprendido... ya las enfermedades me llevaron a las puertas de la muerte y aquel día primero de septiembre del año 15, al verme delante del divino Juez, le pedía por intercesión de la Santísima Virgen, nuestra Madre: si me daba 10 años de vida, no me negaría a nada de cuanto me tenía pedido, aunque me costase la vida y padeciera el martirio, le seguiría hasta la muerte. Ya tenía hecha una promesa formal hacía 5 años al venir el Sr. Arzobispo hablarme en nombre de Dios ofreciéndome su dirección y ayuda. Me sentí obligada y *me entregué* a morir por su amor, pues me parecía que no resistiría mi corazón las súplicas de aquellas hijas, de aquella santa Comunidad que me recibió y formó para víctima de amor y reparación, y ahora debo ofrecerme esclava.

Perdí el hilo que llevaba en esta carta de felicitación, perdonarme por amor de Dios y

tomar de ella lo que pueda aprovecharos. Sólo quería llevaros conmigo a Belén y ofrecernos por entero a nuestra Madre, María Santísima, para servirle y tomar al Niño divino y consolarle, y estudiar allí profundamente en Jesús dulcísimo, la Madre Purísima y san José, nuestro espíritu y vida de víctima; y nos eduquen en su escuela con la perfección que nuestros seráficos padre san Francisco y santa Clara, aceptándonos por sus pequeñas esclavas para servirle aceptándolo...

Sí, hijas de mi alma, la hermosa pobreza (limpias como los ángeles...), la humildad y obediencia del Todopoderoso hecho Niño, el Dueño de cielos y tierra dador de todos los bienes: pobre, desnudito y lleno de frío... ¡Es Jesús divino que deja los cielos y se hace pobre por nosotros!... Sí, hermanas carísimas, tomad a Jesús en vuestros brazos pobres y desnudos... abrazarlo y él nos dará el calor y la fuerza, para renunciarlo todo por él, pobreza, humildad, obediencia... ¡Cuántos sacrificios le exigirá su Eterno Padre, para redimirnos a nosotras, sus pequeñas criaturas! De allí saldremos fuertes para lo mucho, y hacer por "*desaparecer para que él reine*".

Esta es nuestra misión, encender en los niños el fuego de la caridad y así preparad las almas para la sagrada Comunión, por medio de la formación cristiana llevar la fe y caridad de Cristo a los niños para que, creyendo en el augustísimo Santísimo Sacramento, le reciban como vida y salvación de nuestras almas, y este celo de llevar a Jesús y grabarlo en todas las almas debe crecer en el corazón de toda Clarisa Capuchina de la Sagrada Eucaristía en los días de retiro, en las horas de adoración, en el recogimiento de su celda, en las horas junto al santo tabernáculo, en los momentos sublimes de la sagrada Comunión...

Cuando el alma siente el contacto divino en las sagradas Especies y, transformada en otro Jesucristo cree que aquel Jesús dulcísimo, que es nuestro alimento y nuestro todo, comunica el amor ardiente que hemos de prender en las almas, la claridad y luz para conocerle más, pues es la misma caridad y verdad, que nos ilumina su luz y su calor abrasa nuestras entrañas como un suave centelleo que hiere la inteligencia y el corazón que lleno de fe nos dice: Este Jesús divino que contemplo ahora en el pesebre, pobre, pequeñito y tierno... vendrá sobre una nube para juzgarme, será mi Juez... le adoro oculto en las sagradas Especies... me recibe a cualquier hora, le buscamos con el amor de un padre que nos ama, *nos llama*; y nos da su Corazón dulcísmo donde nos refugiamos el día de la tribulación... Este Jesús misericordiosísimo Esposo dilectísimo de nuestra alma, que nos da en abundancia cuanto le pedimos y mucho más...

Pensad un segundo: este Jesús Niño, tan dulcísimo y tierno que cada día recibimos en la sagrada Comunión, que nos dice pedid y recibiréis, llamad y se os abrirá, buscad y encontraréis... ha de ser mi Juez justísimo que ha de pedirnos cuenta estrechísima de nuestras obras, y de los dones y favores que nos dio, que en aquel momento decisivo, no nos

engañemos, creyendo que con un acto de amor, que no contamos si nos será concedido, vamos a creernos que lo ganamos. Ahora sí, porque estamos a tiempo de esperar de su amor y misericordia, pues por eso nos dio la vocación de vida más perfecta, llamándonos graciosamente nos dice: "*Seguirme, negarse* y llevar vuestra cruz".

Entonces... si verdaderamente hemos correspondido a esta vocación divina de seguirle por la negación a nosotras mismas, cumpliendo nuestros votos, llenas de consuelo oiremos: "Venid benditas de mi Padre..."

Pero mi mayor pena es que nos descuidemos en imitar las virtudes y vida de Jesús, contentándonos, en hacer aquello que nuestro amor propio nos pinta más perfecto, y no seguimos en nada la obediencia que nos enseñó Jesucristo desde Belén a la cruz: "Obediens usque ad mortem" nos encontremos como las vírgenes necias, que ese Jesús tan dulce y tierno nos diga: "Necio vos no os conozco porque cuando os pedía negaseis vuestra voluntad, y me hicieseis votos de seguirme por la obediencia, castidad y pobreza, os formasteis por vuestro propio juicio, siguiendo el espíritu del mal, 'non serviam' y sería el mayor dolor del alma, creer que por hacer las obras del servicio del Señor sólo por su amor, oyéramos en un momento de esos labios divinos que nos hablaba en la oración, en la sagrada Comunión, en la adoración, y en los momentos de cualquier sacrificios que repetíamos solo por Dios, se puede sufrir y hacer lo que hacemos... perdamos el mérito de nuestras obras, porque nos olvidamos de aquella hermosísima promesa de su Evangelio al decirnos que tomemos su cruz... porque su yugo es suave y su carga ligera..."

Y todo lo que es obediencia y todo lo que es caridad... y todo lo que es vencerse y sacrificarse por su amor con humildad y silencio... pareciéndonos nada todo cuanto sufrimos por amor de Dios... Eso es amar. Pero nos llevamos del yo y a todos referimos nuestros méritos, como si aquí esperásemos la recompensa ¿Qué penas y trabajos padecidos, se pueden comparar con los dolores y penas de Jesús, y sus santos?... Si no hemos derramado la sangre por él, ¿cómo nos creemos mártires, porque no somos alabados, y bendecidos... porque no se reconocen nuestros trabajos... porque no agradecen nuestros servicios?, etc.

¡Oh hermanas carísimas!, pensad en esto junto a Jesús Niño en Belén... preguntándonos entonces: ¿soy tan pobre como tú, Jesús dulcísimo?... A la Santísima Virgen, decirle: ¿Madre mía, os imito en mi obediencia, mis viajes, penas y trabajos, los llevo en silencio con esa humildad que vos me enseñáis en vuestras jornadas? Y san José, ¿qué nos diría?... Y en el Santísimo Sacramento, ¡cuánto sufre, de abandonos, sacrilegios y profanaciones de almas consagradas! Y nosotras, ¿no sabremos ofrecerle, en desagravio, nuestros trabajitos de pobreza y obediencias, a veces tan contrarias a nuestra voluntad?... ¡Oh Jesús dulcísimo!, a quien todas seguimos con tanto amor y deseo de agradaros y serviros hasta morir, concédenos por vuestra Madre, María Santísima, y el glorioso patriarca san José,

que al salir de este valle de lágrimas merezcamos la inefable dicha de oíros: “Venid benditos de mi Padre... porque me seguisteis con amor y humildad... a poseerme y adorarme eternamente en el cielo...

Es, hijas de mi alma, el encargo que os hago antes de morir, en estas Navidades que creo serán las últimas, pues son muchas las enfermedades padecidas que los médicos, con tanta caridad me dicen no tengo cura, que moriré; hace muchos años me avisan para que me prepare bien. Es la mayor misericordia del Señor que me avisen llega la última, y nunca llega que tanto la deseo.

Carísimas, ruego por amor de Dios me perdonen todas las pesadumbres y malos ejemplos, cuanto os haga sufrir por mis indiscreciones y excesivo deseo de ayudaros, por el mucho amor que Jesús dulcísimo me hace sentir hacia vosotras, que tanto amo en el Señor que querría verlas a todas, presentes y futuras, en el Reino de los cielos. Es la petición que hago todos los días al recibirle en la sagrada Comunión. Jesús dulcísimo, que todas las almas que entran en esta Congregación se santifiquen con la imitación de vuestra vida divina y de nuestra Madre María santísima, vuestra Madre. ¡Que todas se salven!... que las llamadas por vos, Jesús dulcísimo, os sigamos fielmente hasta la muerte, que ninguna de cuantas llamasteis a vuestro servicio se condene, y que todas [estén] en el fiel cumplimiento de vuestra adorable voluntad por las *sagradas Constituciones aprobadas por la santa Iglesia y nuestro santísimo Papa Pío XII*. Que Jesús dulcísimo nos abrase en su divino amor para que llevemos muchas almas a su Reino, con nuestras plegarias, nuestras adoraciones y sacrificios poblemos el cielo de almas, sacadas de las garras del demonio y del pecado, haciendo conocer y sentir en el alma y corazón de los niños sois vos, Jesús dulcísimo, *el camino, verdad y vida*... y como fieles esclavas de los sagrados Corazones, Jesús, María y José, trabajemos con fervor...

Que Jesús dulcísimo y su Madre Santísima y el patriarca san José nos bendigan a todas plenamente en este hermoso Misterio. En el Portal de Belén unidas, me encomiendo a vuestras oraciones, rogándoos por el Corazón divino de Jesús, *os améis con caridad perfecta* unas a otras como Jesús nos amó; perdonándoos y muy unidas siempre, Jesús, María y José vivirán en nosotras y con nosotras. Acordaos de la Última Cena del divino Maestro, seguir su doctrina hermosísima: *Esta es vuestra ley*, amaos las unas a las otras como él nos amó y progresarán en virtudes y llegarán a ser lo que Jesús espera de nosotras, almas eucaríticas esclavas víctimas de amor y reparación de Jesús Sacramentado. Que él nos una en el cielo donde le demos gloria y adoración eternamente, pide vuestra humilde sierva y pobre Madre indignísima de vuestra grande caridad para conmigo, tan grande pecadora y esclava de Jesús y María, nuestra Madre santísima.

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María

+

J.M.J.

2II45

Lisboa, fiesta de la Purificación y Presentación de su divino Hijo al Templo

M. RR. MM. Superioras de nuestras casas de España y Portugal, muy amadas en el Corazón eucarístico de Jesús e Inmaculado de María, Señora nuestra, y san José, nuestro protector y amparo.

Ya han transcurrido tres años de la gracia singularísima de la aprobación, y ofreciéndome hoy a la Santísima Trinidad con todas y cada una de VV. RR., que con tanta fe y constancia siguieron este camino de prueba y de luchas para mostrarnos el Corazón eucarístico, su voluntad santísima en una vida de víctimas de inmolación y desagravio en salvarle las almas de las niñas abandonadas y pobres, educarlas en la caridad de Jesucristo, que sean las mónicas que salven la humanidad formando familias y hogares católicos verdaderos... aquellas que no sintiesen vocación al estado religioso. Así la Santísima Madre de Jesús me hacía sentir, llena de fe, al unirnos todas con la Sagrada Familia en esta hermosísima festividad donde la santa Iglesia nos pone el modelo en este misterio encantador de la vida de nuestra Madre María Santísima y Jesús tiernecito de 40 días. ¡Con ella, Madre y Maestra, vamos seguras en el camino!... Con las sagradas especies en mi corazón vengo a vuestras reverencias a pedirles, vengan conmigo a ofrecernos con la dulcísima Madre y Jesús, nuestro sacrificio al suyo. ¡Madre mía, aquí nos tenéis a vuestras hijas con vos ofreciéndonos voluntariamente al Padre celestial para que nos haga como a vos, Madre mía, *víctimas de expiación y reparación* y amor. En vuestro primer dolor me sentí fortalecida en aceptar cuanto exigís de nosotras, en una vida desconocida, pero dada por Jesús... *He sentido en mi alma a Jesús*, Madre mía, que imprimía como sello en mi corazón sus palabras: “Quiero sea la esclava de mi amor sacramentado, más parecida a mi Purísima Madre María Santísima desde el momento de la Encarnación... No me puso resistencia ni condiciones, aceptó plenamente la voluntad de mi Eterno Padre con aquel fiat, que la constituyó corredentora del linaje humano. ¡Imitadle!”... Entonces en alto más sublime que queda Señora Madre y Reina, exclama: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra”.

Esta ha de ser vuestra disposición, al recibir de la santa Iglesia esta transformación de vida; que haciéndoos esclavas de Amor sacramentado y de Madre Virgen, viváis en la fiel imitación de sus virtudes reparando con vuestra misión altísima de *las dos vidas*: Apostolado en las almas, por la Eucaristía, repararando en la educación de los niños pobres desamparados, me daréis la mayor gloria que espero de vosotras, mas misioneras humildes

que conquisten el corazón de los niños para Dios, que maestras doctoradas con salarios; imitar las virtudes y amor de mi Corazón eucarístico y de mi Madre María Santísima que hoy repite su fiat al ofrecer a su divino Hijo en el templo.

No sé expresar las dulcísimas lecciones que recibo en este hermosísimo misterio de dolor y gozo... Mi corazón, unido al de nuestra Madre María Santísima, me ofrecía y os ofrecía a todas para empezar desde este día a ser sus pequeñas esclavas, a padecer con Jesús dulcísimo cuanto se dignare enviarnos, y vivir consagradas en espíritu y en verdad a Jesús Sacramentado como víctimas de amor, para que venga su reinado de paz y amor sobre el mundo tendremos que ser esclavas humildes con María Santísima nuestra Madre. Amén.

Sor Trinidad del P. C. de M.

L7 C32 (180-182)

Lisboa, 11 de abril de 1945

¡Sagrado Corazón en vos confío!

M. R. M. Teresa de Jesús, Superiora del Carmen de Conchita

Muy amada en nuestro Señor:

Agradezco muchísimo sus carticas que me habla de la unión y alegría que sienten en ese Carmen, que dejó Conchita el perfume de su santidad y sobre todo, ¡qué consuelo recibió mi alma! en esas noches dichosa que faltándome el sueño por los dolores y angustias de la enfermedad, me regala el Señor con esa especie de abstracción... que yo le llamo sueños... porque sin saber cómo, cuando me vienen esas agonías que me parece voy a morir, miro a mi crucificado... muerto por mí... ¡Todo un Dios hombre!... y me *amó hasta derramar su sangre divina por salvarnos*!... Y yo, ¿no he de aceptar la muerte con sus dolores sin quejarme... por su amor?... Y siento que se me escapa el alma tras él... Y siento el alma *esconderse en Dios*, como si quedara el cuerpo separado de ella, sin sentir el peso que estorba con sus miserias, y más bien los dolores me sirven de alas para levantarse de las agonías y temores de muerte que el demonio me viene a veces (en las grandes sequedades del espíritu a quererme turbar con angustias y temores de muerte).

Como ve V. C. no soy mística, ya V. C. conoce que a pesar de haberme criado el Señor en un invernadero espiritual de sanas doctrinas y costumbres y vida de fervorosos cristianos, naturalmente por este defecto de llevar por corazón un leoncillo, me decía madre Bruna, la Abadesa que me recibió al entrar en San Antón, a la primera prueba dura que me hizo, me subió el color y ahogué mis lágrimas sin respirar. El 5 de agosto pedí me cortasen las trenzas

de pelo (que le tenía apego, era vanidosa) y se las ofrecí al Señor con alegría antes de empezar el postulantado. Y madre Maestra me dijo fuese a ofrecerlas a la madre Abadesa, que le daría mucha alegría de verme generosa. Y Jesús quiso sellarme por primera vez. La Madre con reprensión me dijo: "¿Por qué la madre Maestra permitió esto si las monjas no la quieren?"... ¡Como Jesús me quiere, espero en él me querrán también!...

Pero el amor propio, que quise ocultarlo, porque vi en aquel momento cómo me amaba el Señor... Me contestó la Madre dirigiéndose a madre Maestra: "Tenga cuidado con esta niña que tiene un leoncillo por corazón y que se forme bien para gloria de Dios y de esta comunidad que tanto necesita de monjicas santas".

Aquel primer escalón fue tan áspero que después me recordaba: "¡las monjas no te quieren y tendrás que salir pelada!..." ¡Dios mío! *Tu me amas* sí, por ti viviré pegada a tu cruz siendo siempre tu *pequeña esclava*... Quiero amaros y serviros siguiendo, Señor, vuestra senda ensangrentada hasta morir; hacerme vuestra pequeña hostia, recíbeme como víctima de reparación y que vuestra esclava se ofrezca a vos en holocausto de reparación y desagravio por los pecados de las almas consagradas que te reciben en pecado mortal...

Así el Señor guió desde entonces mis pasos, y cuando veía los trabajos que me esperaban, y mis pocas fuerzas para lo que aquellas pobres ancianas querían *¡gente fuerte!* que supiesen trabajar y servir. ¡Tantas enfermas!... y hacía 12 años que no había entrado vocación ninguna, y las más jóvenes, más enfermas. Apetecían 3 ó 4 muchachas de fuerzas y vocación, que haciendo las observancias las aliviaran en sus trabajos. Porque tenían un convento grandísimo y tan viejo... que el día que tocaban a barrer iban todas y no acababan; y cuando había que lavarlo empezaban a las 2 de la madrugada, al salir de maitines y oración, y se terminaba a las 10 de la noche.

Como era un antiguo convento de frailes, que desde la Exclaustración lo tomó el Gobierno para cuartel de caballería, tenían los claustros molidos, las losetas era como empedrados; y siempre me mandaban a mí a lavar los claustros del coro bajo, refectorio y enfermería, para que sacase de los agujeros la basura con un palito y después lavarlo muy bien; mientras contaba los pedazos que tenía cada loseta del piso de los caballos... y allí hacía mis meditaciones y ofrecía sacar un alma del purgatorio... salvar un alma... acercar a Jesús un chinico o un pagano, y cuando acababa a la noche, la madre Maestra, que era una santa, me examinaba con qué espíritu hacía aquellos trabajos y cuántas almas había ganado al Señor por medio de los misioneros, y yo sentía tanta alegría que por pequeños trabajos me diese el Señor darle muchas almas... Era tanta la felicidad, que gozaba enormemente, voy a salvaros almas, Jesús mío; mientras las monjas oran, yo, vuestra esclavilla, trabajaré por sacaros del purgatorio, de la incredulidad muchas almas, deseo salvarlas...

Así se deslizaban los primeros años de mi vida religiosa en las misiones unas veces, y

otras en el purgatorio. Quería librar aquellas almas del purgatorio y rezaba, oraba, ganaba indulgencias y en las festividades de la Santísima Virgen le pedía con todo el fervor que el Señor me daba, le pedía: Madre mía María Santísima, por vuestras agonías al pie de la cruz y muerte de tu divino Jesús, entrar en el purgatorio y dejar vacío como él hizo en el limbo con los santos Padres... sacar del purgatorio aquellas almas! para lo cual ayunaba muchos días (vacantes).

Me consolaba mucho el confesor, D. José María Reyes, canónigo. Me decía: esas almas por quien V. ora, lo mismo por las misiones, le acompañarán siempre hasta llevarle al cielo... Y ahora que tan mala me he sentido, y el demonio me atormentaba, venían a mi encuentro aquellas almas mis amigas a consolarme la pena de no poder hacer por ellas aquellas penitencias y ayunos que con licencia del confesor y de nuestra M. Abadesa daba satisfacción a mis deseos de salvarle muchas almas a Jesús Sacramentado a quien me sentía atraída por una fuerza irresistible, ¡como a toda la vida de nuestro Señor paciente! Con mi santo Cristo sobre mi corazón, que estrechaba con cariño a cada momento, me creía poderosa para abrazar todos los trabajos más penosos y repugnantes, y de noche me levantaba a lavar y limpiar las ropas de las enfermas cuando nadie me veía... y me sentía feliz acompañada de mi Madre María Santísima a quien me ofrecía su esclavilla. Aquellos 15 años primeros de mi vida religiosa me parecieron de cielo bajo la obediencia de mis buenísimas madres de quien tomaba sus ejemplos.

Después, que en los oficios que me encomendaba la obediencia no me dejaban tiempo para mis misiones espirituales en el purgatorio y países de infieles, ofrecía mis sacrificios al Corazón eucarístico de Jesús por el Corazón purísimo de su Madre Santísima, que me diese orar siempre porque muchas almas se consagrasen por entero a reparar y desagraviar su Corazón santísimo en las comuniones sacrílegas y en los agravios que recibía de almas consagradas para lo que permitió el Señor, en una temporada que por estar enferma pedí permiso a la M. Abadesa me dejase oír todas las misas que se decían en nuestra iglesia durante la quincena que la parroquia de la Magdalena celebraba en nuestra iglesia por ser mayor, y como los mayordomos pagaban grandes estipendios, venían sacerdotes de muchas aldeas, y había días de celebrarse de 30 a 40 misas diarias.

Muchísimo era el consuelo que sentía mi alma en ofrecer a las almas del purgatorio aquellas misas, que solía oír decir a las monjas: “¡Ahora dejamos limpio el purgatorio con tantas misicas!...” Qué contenta iba a oírlas. Un día que tenía que retirarme más pronto, no sé qué sentía, una fuerza me detenía allí. ¡Oh Jesús mío!, salían de 3 y 5 misas a la vez de media en media hora. ¡Qué pena sintió mi corazón, parcíame ver a Jesús como un leproso... ensangrentado su divino rostro, lleno de salivas y asquerosísimo, y me decía con queja de inmensa amargura: ven hija mía y límpiame con actos de amor y reparación mi rostro, y con un

acto de vencimiento el más costoso... entrégame almas puras que me adoren en el Santísimo Sacramento del altar, donde soy tan vilmente maltratado por los sacerdotes que me consagran en pecado mortal como acaban de pisotearme en este momento que tu has visto el corazón de ese desgraciado... Avisa al capellán que no le deje celebrar... Son tantos los que repiten en el santo sacrificio, renuevan con más crueldad los tormentos de mi pasión. Orar mucho y ofrecerme por las agonías que padeció mi Purísima Madre cuando la profecía de Simeón y en los tormentos de mi pasión ofrecerme a su Corazón Inmaculado todos vuestros corazones en reparación y desagravio de las ofensas que diariamente recibo en este sacramento de mi amor...”

Quedé tan angustiada que bajé inmediatamente al torno, pedí llamasen al capellán, y le dije cuanto me había ocurrido. Este capellán fue mi confesor los 5 años de postulantado y noviciado, mi primer confesor que me conocía íntimamente y que ya en aquellos primeros años, le decía que Jesús padecía dolores de muerte cuando algún sacerdote no celebraba en buena conciencia pudiendo él cerciorarse que aquellos, tales... estaban suspensos, y me lo agradecía mucho después.

Este último supimos al poco tiempo apostató y se hizo protestante, arrastrando muchas almas fervorosas que él guiaba en sus años de fervor y celo parrroquial. ¡Qué dolor de Jesús! Así en mis ansias de consolar a Jesús, no sentía necesidad de ninguna cosa; *solo de dar a Jesús* almas víctimas de reparación y desagravio que diariamente diesen adoración y consuelo a Jesús Sacramentado, entregadas completamente a dar reparación, culto, adoración y amor con una vida de imitación de la Virgen Santísima nuestra Madre, María Purísima desde su Encarnación hasta el Cenáculo... y ella nos admitió desde aquel Viernes Santo por sus esclavas de Jesús, fidelísimas siervas e hijas de su purísimo Corazón de Madre y Maestra de las esposas eucarísticas de su Hijo Jesús, Salvador nuestro.

Con este deseo ardentísimo de llevaros a él, pedía cada día en la sagrada Comunión llenase nuestras almas de aquella fe y amor con que le recibió en su seno purísimo su Madre Santísima, nos grabase en el alma sus virtudes de *humildad, dulzura, caridad*, mansedumbre, vida interior, silencio, recogimiento de sentidos para llevar la presencia de Dios continua, y vivir con tal pureza de intención que vea en la perfecta *obediencia* y entrega de nuestra voluntad en la de Dios, manifestada en nuestros legítimos superiores, sin quejas ni murmuraciones, alegremente como quien ve a Jesús, que le pide su entrega: “Niégate a ti...” conservando la unión que reinaba en Nazaret y en el Cenáculo con los discípulos de Jesús dulcísimo haciéndonos unas con él y su Santísima Madre *nuestra Madre*, la Madre de Dios hombre inmolado por nuestro amor en la Eucaristía.

Así, hijas mías, que tanto os amo en el Corazón dulcísimo de Jesús y en el de María, nuestra amantísima Madre, que me dio en cada una de vosotras un alma escogida por ella

para hacernos su familia escogida y predilecta, que de su Hijo recibió el encargo nos formase puras y humildes como ella, capaces de consolar y reparar las ofensas que recibe en el Santísimo Sacramento fuente purísima que nos lava y regenera en hijos de Dios. Seamos las esclavas fidelísimas que limpiemos con nuestra pureza de vida su rostro glorificado, pero expuesto en el Santísimo Sacramento a ser ultrajado y escupido de tantos blasfemos sacrílegos que profanan tan augusto Sacramento.

Vivamos, pues, amadísimas madres y hermanas carísimas, en este género de vida que Jesús dulcísimo nos viene pidiendo de tantos años... queriéndonos unir como rebaño de castas ovejitas bajo la mirada y protección del Corazón Inmaculado de María que nos alimenta y mima con el pasto divino de la santa Eucaristía, donde Jesús dulcísimo nos da a beber esas aguas purísimas que nos da en abundancia para darle a beber a las almas de los niños pobres y abandonados que no conocen a Dios, en esos asilos de caridad donde sin perder el espíritu de inmolación y de víctima, le formemos muchas almas que amen y lleven su fe y amor a todos los ciegos que no ven, y sus hijitas, mantenidas de ese pan y sangre de Jesús, no moriremos jamás... seremos trasladadas en brazos de nuestra Madre Santísima de la tierra al cielo si generosas y fieles *unidas* en el espíritu de nuestras sagradas Reglas y Constituciones observamos con amor y fidelidad las sagradas Constituciones que nos aprueba la santa Iglesia en este nuevo Instituto de Esclavas y Siervas de la Sagrada Eucaristía y Madre de Dios y Madre nuestra María Santísima.

Esta Purísima Madre nos dio el molde y figura de lo que su Hijo santísimo nos pedía y ella cogiendo en su Corazón Inmaculado los deseos de su Hijo divino, Hostia consagrada, quiere entremos en las sagradas Constituciones como en fragua de fuego eucarístico que al salir del molde del noviciado salgan como una pequeña hostia cada una que se inmole voluntariamente con su Jesús Hostia santa ofrecida al Eterno Padre por los pecados del mundo. Y este Jesús Salvador nuestro quiso fuésemos con su Purísima Madre corredentoras. En este siglo de impiedad nos asociemos a los misioneros, cogiendo a las almas abandonadas pequeñitas y grabemos con el fuego eucarístico en estas almas la vida de gracia y la destrucción de los vicios, que apagan la vida de la gracia en sus principios.

Las superioras, encargadas de la formación, como las maestras de novicias y directoras de los asilos, trabajen con celo y amor de Dios por la observancia de las sagradas Constituciones como Regla dada por Dios para esta nueva familia eucarística, con todo amor y encarecimiento nos dio en ellas la Regla viva, como su Evangelio. Nos las dio el Señor, no lo dudéis, y si las Reglas que nos dejaron los santos en los siglos pasados las amamos y veneramos como escritas de tan grandes santos y patriarcas como nuestro seráfico padre san Francisco y madre santa Clara, donde ella misma nos llevó en su Centenario a pedirnos la adoración al Santísimo Sacramento día y noche. Allí fuimos, ella nos mostró el camino como

expresa voluntad de Dios por medio de su Vicario en la tierra que intervino en su aprobación. Si es Jesucristo en la sagrada Eucaristía la que nos pidió fuésemos su pequeña hostia con él esclavas y siervas de su divino Corazón Sacramentado, que limpiásemos con nuestra pureza de vida su rostro afeado por las ofensas que el Santísimo Sacramento recibe y que bajo el amparo y protección de su Madre Santísima, formemos en cada casa, una casita de Nazaret, humilde, pequeña, pobre, trabajando para ganar el pan a esas almitas pequeñas, abandonadas que Jesús nos pide tanto... le llevemos las almitas de los pobrecitos para enriquecerlos y llenarlos de sus gracias y de su amor y darnos a nosotras la recompensa y gloria que a sus más fieles apóstoles dirigidos por su Espíritu Santo en el Corazón Inmaculado de María, nuestra Madre Santísima Maestra y Fundadora nuestra al pie de la cruz nos recibió, y envió a formar su cenáculo en pobreza y humildad. Metidas en este molde que nos da Jesús en su Madre Santísima tenemos que ser hostias de reparación con Jesús dulcísimo, y para serlo nos obliga la fiel observancia de las Constituciones que recibí de tan divina Madre nuestra, la Madre de Dios.

Sé que el demonio rabioso quiere turbar y pone en muchos que nos podrían ayudar, dificultades y no ven que la transformación de vida, que el Señor nos exigió, no fue cosa nuestra, que por nada de la vida hubiéramos cambiado sólo por el cielo... Mucho me avisaron, padres doctísimos y santos, que me esperaba un calvario amargo que pasar antes de llegar a la cima... Pero a los 21 años de pruebas durísimas, todavía pasamos la lucha, que no es la Regla de santa Clara la que abrazamos, que las Constituciones chocan... que no podremos observar una sin faltar a la otra... etc. Son ya tres años desde que nos aprobaron las Constituciones, de sufrir intensamente y ver aún en las mismas que me alentaban y seguían con fidelidad, que se apartaron del camino comenzado.

¡A los pies del Sagrario! he derramado mi corazón durante los santos ejercicios de 12 días, que como los discípulos de Jesús perseveraba constante con María Santísima, nuestra Madre en el Cenáculo, esperando la venida del Espíritu Santo que con viento fuerte estremecía los *más íntimos senos de mi alma* y el corazón como en una prensa se sentía en la cruz con mi Jesús dulcísimo crucificado que me hacía latir fuertemente y exprimiendo las gotas de sangre que quedaran del martirio (de 21 años de penas no interrumpidas). Vino Jesús con su divino Espíritu, que llenó de amor y fe mi alma, que durante 13 días no había experimentado mas que agonías de muerte... Me ofrecí a todo lo que él me pedía, morir a mí misma y a todos los sentimientos que hasta entonces amaba como recibidos de su poderosa mano, y dejarme conducir por lo que quiera de mí... me di toda... me entregué en manos de sus ministros (resistiendo la lucha de mi propio juicio, querer y voluntad). Di el corte definitivo, y con la maternal ayuda de mi Madre María Santísima me entregué con un *fiat eterno*, que sin una gracia sobrenatural no hubiese recobrado la paz y la tengo tan grande, que cuando en lo

humano nos falta todo. En lo divino se entra de lleno, y diré con verdad: “No soy yo la que vivo, que la Madre de Dios vive y responde por mí”.

Ella consolándome en lo más álgido de la prueba, el 2 de julio en la sagrada Comunión que le pedía me atase a la cruz de su divino Hijo, pues sentía una necesidad de soltarme de ella... que me hubiese escapado a Portugal aquel mismo día (me hubiese ido con M. Carmen que tan mal estaba), ido a Melias... mil caminos buscaba para soltar mi cruz.

¡Oh juicios inescrutables de Dios en las almas y cómo las transforma en un segundo, un rayito de luz vino a mi alma en el momento de comulgar, sentí que Jesús Víctima de amor me mostraba su Corazón manso y humilde que me mandaba entrar en él... y dentro me encontré al seráfico padre san Francisco y madre santa Clara que me alentaban a que siguiese agradecida, la vocación eucarística que ellos recibieron, como dado a ellos en nosotras, y bendecían al Señor que en su Madre Santísima nos daba la vida eucarística que ellos querrían para toda su Orden y aumentaría su gloria accidental que de su Orden nacieran las Esclavas Siervas Eucarísticas de la Madre de Dios.

Quedé tan en paz como si hubiese muerto... y empezara para mí una nueva vida, de sosiego espiritual... Todos los cargos los tomó Jesús, que confió a su Madre Santísima esta nueva familia para ser ella nuestra General, Fundadora y Madre, y san José nuestro Protector Tutor y Padre que nos ayude a cuidar de Jesús en la Eucaristía y en los niños pobres como él cuidó a Jesús y a María en la tierra.

Hablando con un padre, que quise confesar, porque no me conocía y podía aconsejarme, no quiso el Señor me acordase de nada. Y sigo apoyada en mi cruz... y con grande consuelo de mi alma recuerdo el consejo del P. Valencina el día de mi Profesión religiosa, me dijo: “Hijita no te ha concedido el Señor la muerte, que tanto deseabas entrar hoy en el cielo al hacer tus votos solemnes. Ahora empiezas a caminar hacia la Patria es muy largo y penoso el camino que te espera. Voy a darte las normas a seguir, y acuérdate entonces de quien quiere ser tu ángel que te guíe en este camino. Necesitas un báculo que te defienda y sea tu sostén, toma la cruz de Jesucristo en tu corazón y no la sueltes jamás. Necesitas un alimento fuerte que te alimente y dé vida en tan larga jornada, que has de pasar días y noches horribles, acosada de fieras que quieran devorarte. No dejes nunca la Comunión diaria, esta será tu fortaleza para vencer y llegar. Una estrella que te ilumine, como el sol en noche oscura, necesitas María Santísima, invócala como Madre y no perecerás. Ella te presentará al trono de la B. y Santa Trinidad que le dará la gloria que deseas en el cielo”.

Este consejo lo tengo que tomar muchas veces a pesar de los 50 años o más que me lo dio aquel primer director, tan santo, que intervino en mi entrada en el convento, que por su consejo me recibieron a pesar de estar completo el número de religiosas.

Pues solo me resta ya en esta última carta que os escribo, rogaros que miréis con fe que

Jesucristo nos confió a su Santísima Madre María Santísima, en sus manos pone su Obra y la salvación de las almas. Mirad cuánto nos ama y nos honra haciéndonos sus adoradoras y compañeras eucarísticas, nos confía la educación cristiana de los niños pobres y abandonados. Salvar almas, ser víctimas, para salvar las almas de los pobres niños abandonados; os confía todos esos pobres niños que no conocen a Dios, ni saben que existe.

La educación de personas amadas no se confía más que a maestros de entera confianza y experimentados, pues Jesucristo desde el tabernáculo que venimos a adorarle en espíritu y en verdad nos dice: “Os confío a los que más amo, a los pobres, mis hijos más queridos, para que los instruyáis y atraigáis a mi Corazón. Os daré la gracia propia de vuestro apostolado con toda la plenitud de dones que os daré donde mi Corazón os escogió para el más hermoso apostolado entre todos los de este siglo, he formado en vosotras con el Corazón Inmaculado de mi Madre este Instituto de Esclavas Siervas de mi Amor Sacramentado como fundamento y origen de este Instituto tan mío: vosotras vivid y trabajar por mi amor en estas almas de los pequeños pobres, inmolaos por vuestra Obra con generosidad y amor de Dios, que más gloria me daréis en el calvario de tantos trabajos que el tabor que gozaste en el retiro de 40 años”.

Debemos, pues, santificarnos poniéndonos seriamente y de verdad a ello como nos pide nuestra vocación altísima de víctimas de inmolación eucarísticas. ¿Cómo responderemos, hijas de mi alma, dígnamente al Señor el día de la cuenta?... Nos dio la alta misión de desterrar del mundo con el fuego de la sagrada Eucaristía que recibimos en la adoración, de atrerle los pobres niños que viven sin Dios y extinguir ese odio... Amasar ese barro del pueblo y infundirles el soplo de Jesucristo en sus almas. Jesús nos urge, hijas nuestras, hacer por devolver a los niños a Dios en sus almas, y Dios mismo será nuestra recompensa. Así sea!

Sor Trinidad

L7 C32 (183-195)

15 de septiembre de 1945

A todas nuestras madres y reverendas madres asistentes de nuestra Congregación.

A mis amadas madres y hermanas carísimas en el Corazón eucarístico de Jesús por el Inmaculado Corazón de nuestra madre María Santísima: Salud y gracia en el Corazón Eucarístico de Jesús.

Hijas mías en nuestro Señor Jesucristo. Al terminar estos santos Ejercicios que he procurado asistan todas las que puedan, y que el reverendo padre que los dirigió estuviese muy lleno de Dios nuestro Señor, como todas veían con grande edificación, que su tendencia únicamente estaba en encendernos en amor de Dios y vivir su vida divina: la necesidad de servir y adorar al Señor, sirviéndole por amor como se sirve a un Padre de quien todo lo hemos

recibido, como a nuestro Salvador para pagarle con amor lo muchísimo que nos amó quedándose con nosotros en el Santísimo Sacramento del altar, como compañero de nuestro destierro para alentarnos a padecer, como alimento para fortalecer nuestro amor y fe y como luz y fuego que nos ilumina en el camino escabroso y nos calienta con su divino amor para derretir el hielo de las almas que él nos confía. Sin la cual vida eucarística interior perderíamos miserablemente las mejores obras hechas con mucha preparación, quedarían deshechas sin esa vida interior que nos hace *unas con Dios nuestro Señor*, que nos ilumina para conocer sus divinas perfecciones y seguirlas como lo hicieron los santos, y lo acabamos de oír en las hermosas pláticas, que acabamos de oír, como de boca del divino Maestro sobre aquellas palabras de san Mateo. Sabéis, les dijo nuestro Señor a los apóstoles cuando queriendo éstos utilizar el apostolado para su provecho, descubrió su ambición y envidias y les dijo: “Mas entre vosotros, todo el que quiera ser el mayor, sea vuestro criado, y el que entre vosotros quiera ser el primero sea vuestro siervo” (Mt 20,26-27).

¡Hubiera querido que todas mis amadas hijas hubiesen oído tan hermosas pláticas de los santos Ejercicios que parecían inspiradas del Espíritu Santo para nosotras! En esta ocasión, que parece que el demonio viendo no ha podido deshacer la obra de Dios, llena el corazón de las que venían con deseos de santificarse de *egoísmos*, a *veces místicos*, de deseos de remediar males, que la humana naturaleza lleva consigo y que en las comunidades más observantes las hay, porque los que formamos la Congregación y comunidades llevamos el “fomis pecatum” y como no son ángeles, ni los que gobiernan, ni las que forman las comunidades, aunque las hay gracias a Dios muy buenas y santas. Miserias encontrarán siempre que corregir y remediar, y nadie puede evitar esas cosas que el Señor permite para que nos ejercitemos unas con otras en la virtud de la humildad y paciencia que nos ayudará a la santificación de nuestras almas y, como nos decía el padre: Cuanto más unidas estemos al Corazón dulcísimo del divino Maestro, cuando un alma humilde y sacrificada saborea en la oración la suavidad y dulzura de Jesús, llega a probar sus divinos efectos y se transforma en él; si era egoísta y dura por temperamento, estos defectos desaparecen al contacto, que la oración humilde y constante produce en alma ardiente que solo busca la gloria, alabanza y adoración al Salvador divino de nuestras almas a quien nos hemos consagrado.

Solo el aspecto de un alma religiosa humilde, revela su vida interior y su unión con Dios: no se alaba ni busca quien le haga lisonja, porque aparece y respira su dependencia de Dios en todas sus cosas, que huye de las alabanzas del mundo y busca en su Dios la luz, el consejo, ya para tomar una decisión, o para recibir algún consuelo en sus dificultades, o para tomar fuerzas y energías para triunfar en asuntos de gloria de Dios. Y esta dependencia de Dios, que se nota en una superiora o súbdita de mucha oración y vida interior, atrae a las almas a Dios. Así como al contrario, esa inclinación a querer cargos, a quejarse de todas las

que no estiman sus méritos, a protestar de que llevando tantos años y tantos servicios a la Congregación prefieren y anteponen a otras con menos méritos, peores cualidades, etc., es la prueba más convincente de sus faltas de virtud y vocación para el estado de perfección que el Señor pide a una religiosa Capuchina Clarisa Esclava de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios. Por lo que el divino Maestro que conocía las ambiciones de sus apóstoles, les decía lo que anteriormente les digo: “Mas entre vosotros, todo el que quiera ser el mayor, sea vuestro criado, y el que entre vosotros quiera ser el primero sea vuestro siervo” (Mt 20,26-27).

Así, hijas mías en el Corazón eucarístico de Jesús, ruego especialmente a las superioras, como a las que tienen cargos, directoras de almas, como son las directoras de las escuelas y superioras en las misiones o asilos, que el Señor por la santa obediencia le confía el cuidado de las almas. Termino afirmándoos que sin humildad no haréis fruto en las almas, ni podréis guardar el justo medio entre la tolerancia excesiva, ni en una aspereza que Dios nuestro Señor no pueda aprobar, porque la cobardía y con más frecuencia el orgullo, se manifestarán en su conducta de susceptibilidad y ese yo, de lo cual se seguirán las rivalidades, las antipatías, la desunión, las parcialidades, el afán de cargos y mil males que llevarían la Congregación a la relajación, lo que Dios no permita jamás por su infinita misericordia, que la soberbia y ambición ha traído a otras congregaciones la ruina de ella y el desequilibrio de sus miembros. Que oigamos siempre a Jesús que nos habla muy en el fondo de nuestras almas en los ratos de adoración, que por nada debemos dejar, hijas mías. La oración humilde hará vuestras adoraciones fervorosas. De ella sacaréis el fuego para encender las almas de las pequeñitas que tenéis que acercar a Dios, y a medida del calor de caridad y amor de Dios que os acerquéis a esas almitas, será el fruto que sacaréis de ellas y la gloria que daremos al Señor.

Sí, hijas de mi alma, mirar a Jesús en cada una de ellas y no temáis, que si conserváis el espíritu interior de la adoración, seréis poderosas en atraer a Jesús Sacramentado más almas, como dice Jesús: “Mi pequeñito rebaño, elegido para gloria de mi Corazón eucarístico”, que desea crezcamos siempre en humildad hasta el fin del mundo, llegando así al reino prometido a los humildes de corazón. Y espero que, mis reverendas madres e hijas todas en el Corazón eucarístico de Jesús, recordéis las palabras del padre especialmente a mí: “Tendréis la autoridad necesaria si sois humildes, lo humildes que debéis ser, porque si la humildad desaparece, la autoridad se torna onerosa e insoportable”.

Los santos no hacían más que copiar la vida del divino Maestro y de nuestra madre María Santísima a quien de todo corazón os encomiendo siempre y ruego imitéis sus virtudes, y pidan todas esta gracia para vuestra sierva y madre,

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María.

Día de Retiro

Sufriendo estaba cuanto, ¡no sé explicar!, cuando (en Reparadoras de Bilbao) recibí, el día 20, la noticia que "M. Consuelo acababa de morir tan santamente como había vivido". (*Murió el 19 de Sep del 45)*

Adorando la sagrada Hostia, expuesto [el Santísimo] en aquella iglesia solemnemente, al pie de Jesús Sacramentado estaba atormentada con un gran dolor de espalda como no recuerdo sentir más fuerte, el corazón parecía agonizar. En aquel momento de agonía, uniéndome a los de Jesús, quise ofrecerme con aquella alma tan amada de Jesús y pedirle tres cosas tan necesarias para conservarme la paz el tiempo que me quedase de vida: [1ª], la renuncia del cargo; [2ª], el cambio de nombre si cambiaba el espíritu de la obra como me lo tenía pedido el Señor, que de la vida de adoración hecha en espíritu y en verdad derivara la activa de enseñanza gratuita o obras, de las cuales nos se dejase como principal fin la adoración y secundario la activa, *dos vidas hermanas* dirigidas por la mayor, contemplativa, y mixta *unidas*; 3ª, el cambio de director que sacrificaría resignada, ante la resistencia que vengo sosteniendo con el actual, desde año 1933.

Me pareció que hoy 24, que ofrecía a la Santísima Virgen de las Mercedes, mi protectora y madre dulcísima, el alma de mi inolvidable M. Consuelo y del Excmo. Sr. Card. Casanova, nuestro fundador y padre, que en aquel día, hacía 15 años, celebraba de pontifical en Berja al inaugurar nuestra fundación en el Santuario de Nuestra Señora de Gádor, *¡hacía 15 años!*... Consideraba los 15 años de penas y tribulaciones al morir tan santo protector y dejarnos tan solas y desamparadas con su muerte en principios de la segunda fundación... El horrible calvario, que desde su muerte ocurrida un mes después, el 24 de octubre. *¡Quince años los ofrecía!*... llena de resignación y agradecida a la amorosísima providencia del Señor.

Sentía deseo de remediar mis miserias pidiendo al Señor me aumentase la fe y amor que entonces sentíamos todas. De pronto parecióme que el amor dulcísimo de Jesús Eucaristía envolvía mi alma y mi cuerpo en sí toda y se me aseguraba su amor divino, confortada con grande fe y amor, por grandes y fuertes que fuesen las luchas, y presentía un nuevo aliento y fortaleza para las luchas y trabajos que habría que padecer, que no me cambiaría ya el camino de calvario, que antes al contrario, conservaría con el mismo fervor y fe que comencé; quitando de mi corazón los desalientos me llenaría de dulce paz en las tribulaciones y trabajos como regalos de su misericordia.

Casi todo el día estaba como fuera de mí, no podía sacudir de mí una embriaguez, que no comprendía aquella suavidad íntima en lo más interior del alma, que se derretía como la cera al calor del fuego, sentía como derretirse el corazón y el alma. Sin que tomase determinación alguna, sentía la influencia del amor a la cruz y a morir sin consuelo con tal que no me volviese a dar el Señor lo que le había entregado, ¡todo el amor!, la Congregación para que hiciese de ella lo

que fuese de su agrado, con tal que él lo hiciese todo sin que quedara en ella nada mío...

Después parecía sentir a mi lado, de una manera, al parecer sensible, a M. Consuelo que me daba cuentas de lo que le encargué pidiese al Señor para paz y tranquilidad en mi espíritu, que preocupada sufría horrores... Sin luz, en tinieblas, y aunque la paz y serenidad interior que estaba en manos de Dios, mi Señor Padre amantísimo, que guiaría mis pasos por donde menos entendiese, y de cualquier manera que me dejase, vería cumplirse en mí su divina voluntad, había dentro de mí *un ansia* de conocer cuál sería la voluntad del Señor *en tres cosas* que encomendé mucho a las oraciones de M. Consuelo viva, y después de su muerte le ofrecí todo cuanto sufría de penas interiores y dolores de enfermedad y demás que él me envía para su gloria.

En este día 24, que renové a nuestra madre María Santísima mi voto y consagración, y que por su intercesión santísima el Señor, cuando menos preparada estaba, se dignó cogerme del fondo de mi grande amargura, considerando mi soledad y miseria, y *envolvióme* en sí, como si no perteneciera a la tierra, quedando como otras veces tan llena de Dios, que no podía ocuparme de otra cosa, ni de mí misma; gracias que ese día ni compañía tuve, encontrándome tan sola de criaturas en Deusto (fueron a las Arenas) y así pude quedar sosegada.

Como el Señor quería tenerme dentro de su divino Corazón, parecía sentir tal unión entre Dios y mi alma del sacramento indisoluble, que no podía haber separación entre los dos... Las humillaciones y repugnancias de los que me conducen por camino cierto que es la cruz más amarga que tortura el corazón; las enfermedades e ingratitudes, el no ser comprendida y las interpretaciones..., las aceptaba en desagravio de las que padeció el Corazón divino en Getsemaní, ofreciéndome a sufrirlo con alegría y paz, pues es dulcísimo al paladar del alma las hieles que Jesús da a gustar para probar el amor puro sin nada de mí misma, y crece esta fe y amor, en un conocimiento clarísimo que quiere le siga fiel, paso a paso su pasión santísima y no quiero negarle nada; *deseos vehementísimos me abrasa el alma* en seguirle a pesar de las resistencias y dificultades que siento a quedarme sola... ¡Sufro horas de agonía mortal!... Y la lucha mayor es ver que Dios nuestro Señor me muestra *lo quiere así*... Y ¿cómo resistirme más? Negárselo no puedo. Él me tiene dentro de su Corazón adorable. Aunque me cueste la vida se lo doy todo, y con su gracia divina cumpliré mis votos, que es cumplir *la divina voluntad*, y entregada a ella vivo descansada, que por mí hizo tan grandes misericordias y me atrajo a sí con paternal ternura. Y quiero vivir su vida, porque fuera de él no hay nada en la tierra que merezca mi atención, *solo él*, a quien amo *sobre todas las cosas, más que a mí propia vida*, que la daría por su amor consoladísima.

Cuando escribo estas líneas, antes de salir de esta casita de Deusto, donde en poquísimos días el Señor hizo a mi alma grandes misericordias, dulcificando las amarguras de mi alma del día 12, que *fueron de cruz*, el insigne bienhechor de mi alma, el hermano Gárate, me trajo a su tierra para llenarme el alma de Dios... Y este regalo, que hoy 24 de septiembre me hizo el Señor al

recibirle sacramentado y al ofrecerme a él con toda la Congregación para que la tomase dentro de su divino Corazón e hiciese de ella un relicario de santas, o las deshaga antes de apartarse de los amorosos designios de su providencia amorosísima...

La M. Consuelo me parecía sentir junto a mí muy hermosa, me parecía un ángel, y con su habitual dulzura y paz me consoló, agradeciéndome los tres días de ejercicios espirituales que le ofrecí, y que había pedido al Señor las tres necesidades que le tenía encomendadas con tanto interés, y el Señor se las había otorgado.

1ª. Que la Congregación era tan de su agrado que, a pesar de la guerra que le haría el infierno, la conservaría hasta el fin del mundo con mayor fervor (y grande progreso después de mi muerte). Que en ella se santificarían muchas almas, conservando el espíritu de adoración y reparación a Jesús Sacramentado, en vida contemplativa y activa, en la forma que nos la inspiró el Señor desde su principio: con *escuelas gratuitas, asilos y misiones*, obras que puedan, sean dirigidas por la parte contemplativa unida a la activa, como nos fue mostrado desde el principio, que han de ser mucho más fecundas de mayores frutos en las almas, que la de todo actividad. Que su Corazón divino pide de estas congregaciones más reparación y desagravio en un nuevo apostolado de mortificación, adoración, que repare los pecados ocultos de los religiosos sacerdotes y almas consagradas, por el escándalo de la mujer provocativa, que abandona la cristiana educación de las familias. Que hoy pide Jesucristo Señor esas víctimas de reparación y amor para salvar al mundo. ¡Hacer el bien a los niños es la más hermosa obra para renovar la fe de los pueblos! Que España se salvará si forman la piedad cristiana en el corazón de la niñez.

Que Jesucristo está padeciendo en su Cuerpo Místico de la santa Iglesia una cruenta pasión más horrible. Si la intercesión de su Madre María Santísima en unión de las almas de los justos que oran y se sacrifican no sostuviesen el brazo de la divina justicia, hubiera acabado con el mundo. Que esta nueva Congregación está llamada a vivir en unión con la Virgen Santísima, nuestra dulcísima madre, a continuar el oficio que ella hizo al pie de la cruz con su santísimo Hijo *unida a los dolores y sentimientos del Corazón santísimo de Jesús*, y ayudar a sus apóstoles y misioneros con oraciones y trabajos, alentándolos a la salvación de las almas y a la conquista del reino de Cristo en la tierra. Que no renunciase el cargo hasta que la obediencia me obligase a ello. Que le era más agradable que muriese en la cruz donde estaría más unida a las agonías de su divino y amorosísimo Corazón de Jesús.

2ª. Que no cambiase ni el nombre que tomamos en las Constituciones, *ni el espíritu que él nos inspiró* (del 18 al 19 de marzo del año 1913 y que después confirmó en Asís el año 1945 y en Porto el 1946). Que las humillaciones y luchas de ser una cosa tan nueva, unir el espíritu de pobreza y humildad de los seráficos padres Francisco y Clara con el gloriosísimo patriarca san Ignacio, de obediencia, abnegación y celo del bien de las almas y gloria de Dios, haría esas almas víctimas reparadoras de amor y adoración en la sagrada Eucaristía que él nos pidió desde el

principio: “Atráeme almas que me adoren en el santísimo Sacramento” (el 19 de marzo); “Tengo sed de almas víctimas que reparen y desagravien las ofensas que recibo en el Santísimo Sacramento, de mis almas consagradas” (en Asís el 21 de noviembre de 1935); “Atráeme muchas almas que me adoren en espíritu y en verdad..., tengo sed de almas víctimas que busquen mi gloria y atraigan mi reinado de amor sobre el mundo que provoca la justicia divina con tantos crímenes y odios; sembrar la fe y amor de mi Corazón en el alma de los niños, aunque costase los mayores sacrificios; encender mi amor en las almas inocentes, para que ellos, formados en ese fuego, resistan los embates del enemigo formidable que luchará contra ellos. Mi amor les dará fuerza para vencer o morir” (Porto 1936).

3ª. No quiere Jesús divino y su Madre Santísima que cambie de dirección espiritual, en llevar por su amor las humillaciones, despegos, antipatías y el no ser comprendida, es la prueba que recibe el Corazón divino con más amor, y la que ha de ayudarle a santificarse de verdad, es esa adoración hecha en espíritu y en verdad que Dios le envía para purificarle el corazón de cuanto haya podido desagradarle de su amor a las criaturas.

Hasta aquí entendí que el Señor hablaba a mi alma sin lugar a duda.

Cuando nuestro divino Redentor Jesucristo en la cruz fue herido con la lanza, la Madre Santísima sintió su purísimo Corazón traspasado de dolor... ¡Tantas veces le hemos clavado con nuestras ingratitudes, y traspasado su purísimo Corazón con tantos pecados!, que la divina Madre movida a compasión de los hijos extraviados que abandonando su vocación y consagración con las mismas gracias, le vuelven a ofender con mayor malicia y crueldad en el Santísimo Sacramento

Escogiónos la divina Madre para que con ella nos inmolemos sacrificándonos de corazón, le adoremos en espíritu y en verdad con la sagrada Eucaristía, donde Jesús nos da a torrentes el amor de su Corazón que llena nuestras almas de aquel seráfico ardor del seráfico padre san Francisco, que llenas de dolor exclamamos con él: *“El Amor no es amado, el Amor no es amado”*. Allí junto al sagrario cuántas veces nos pedía: “Atraerme almas, tengo sed de almas consagradas que me adoren en este Sacramento de amor, en espíritu y en verdad”.

¡Oh Jesús mío! Soy tan pobre y ciega, que teniendo en vuestro Corazón las riquezas y tesoros infinitos de gracias que dais en tanta abundancia a los que de veras os siguen, todavía ando en tinieblas... y no acabo de daros *todo* cuanto me tenéis pedido!

El veros ofendido, ultrajado y perseguido, me atormenta y llena de dolor, y saldría por el mundo entero dando ánimo a los que vacilan y os desconocen la ternura de vuestro Corazón para perdonar los pecadores arrepentidos, y la sed de atraer todas las almas a vuestros brazos divinos en el gremio de vuestra Iglesia santa.

Dios mío, mi corazón no sufre sin agonías de muerte veros ofendido... y que las almas

consagradas a vuestro servicio se hielan por no acercarse a vos, divino Salvador, a pediros agua de vuestro divino Costado, abierto para cuantos llegan a beber la felicidad y dicha de amaros... ¡Cuántas veces nos dirigís aquella queja!: ¡Si conocieseis el don de Dios! Haced, divino Jesús del alma mía, que todas estas Hijas que tanto amáis, y que trajisteis a vuestra casa para que fuésemos víctimas de reparación y amor, que estas hijas que con tanto amor os sacrifico, para que os den gloria, adoración y reparación, las santifiquéis Señor y Dios mío, que todas vivan de vuestro amor sacramentado..., que no dejéis al lobo infernal que toque a vuestro pequeño rebaño y que seamos presentadas a vos por vuestra Madre Inmaculada que nos acogió por Madre y Maestra en esta Congregación tan amada vuestra y que nació en la fuente purísima de la sagrada Eucaristía en aquel Jueves Santo... que vuestra purísima Madre María Santísima en sus Dolores santísimos nos tomó por sus hijas, compañeras de sus Dolores santísimos, que en su soledad fuésemos a su Santuario de Chauchina a recibirle Sacramentado en la mañana de Resurrección, para que en aquel primer paso, muriésemos al hombre viejo y nos vistiésemos del hombre nuevo de una vida santa de adoración, reparación y amor, para que con ese divino fuego trasformadas en el amor eucarístico, os llevásemos muchas almas a la sagrada Eucaristía, fuente dulcísima de caridad, que impregnadas de los deseos ardientísimos del divino Corazón de Jesús aprendiésemos la práctica de su santo Evangelio: vivir con Jesucristo crucificado siguiendo en nuestra vida la meditación de su pasión santísima, adorándole Sacramentado, con el deseo de imitarle y hacerse semejantes a él en sus oprobios y afrentas, como el seráfico padre san Francisco, loco de amor por la cruz y pasión de Cristo.

Sin la cual imitación, nuestro amor no será acepto a sus divinos ojos, y la intimidad con Dios nuestro Señor en la oración y adoración, nos dará la abnegación de sí mismas y de nuestra propia voluntad y juicio: la pronta y alegre obediencia en todas las cosas, la sinceridad con las superioras, y director espiritual... la indiferencia a todos los cargos u oficios que nos destine la obediencia, dejándonos gobernar de los superiores como un cuerpo muerto, mortificándonos y negando a nuestro cuerpo todo lo que debamos entender se necesita para sujetar nuestras pasiones al espíritu, etc., con licencia de la superiora, con intención recta en el divino servicio, y buscando disponer nuestras almas en el amor de Dios y caridad de Cristo atraerle muchas almas a su Corazón santísimo por medio de la adoración. Así sea, Señor.

Sor Trinidad.

L6 C19 (55-61)

Deusto, 24 de IX45

"Desear vivir desconocida y no querer ser docto sino humilde". (T. Kempis)

"No te importe mucho quién es por ti o contra ti; sino busca y procura que sea Dios contigo en todas las cosas..."

"Ten buena conciencia y Dios te defenderá".

"Si sabes callar y sufrir, sin duda verás el favor de Dios".

"Al que Dios quiere ayudar, no le podrá dañar la malicia de alguno".

"El humilde, recibida la afrenta, está en paz, porque está en Dios y no en el mundo".

"Dios defiende y libra al humilde; al humilde ama y consuela; al hombre humilde, se inclina; al humilde concede gracias y después de su abatimiento le levanta en gran honra".

L6 C18 (47)

REFLEXIONES PARA MI PROPIO APROVECHAMIENTO

El amor a Jesucristo verdadero no le pesan los trabajos, ama la cruz, desea más de lo que puede; no se queja que le manden lo imposible, porque todo lo puede y le conviene para ser verdadera esposa de Jesucristo; por su amor fatigada no se cansa, angustiada no se angustia, espantada no se espanta, sino como viva llama y ardiente luz sube a lo alto y se remonta con seguridad en Dios, su único y verdadero amor.

El verdadero amor a Dios es diligente y sincero, nunca se busca a sí misma, porque cuando una se busca a sí misma luego cae del amor, que es fuerte, sufrido, fiel, prudente, magnánimo, varonil, humilde y recto; es sumiso y obediente a los superiores; el amor que no está dispuesto a dejarse crucificar con el amado y con él y por él buscar su gloria, generosa a sufrirlo todo por el amado y hacer la voluntad del amado, no es digna de llamarse amante esposa del divino Crucificado.

El verdadero amor de Dios nada piensa fuera de aspirar a su eterna salvación: cuida solamente de agradar a Dios y de su gloria, sin preocuparse del juicio y estima de los hombres; procura conservar su corazón fiel y generoso a las inspiraciones de la gracia; guarda su corazón libre de todo afecto, a nada de la vida presente, que es falaz y engañosa, que hoy te estrecha y mañana te tira, como si beneficio alguno hubiese recibido, pagan con ingratitud todas tus obras hechas por Dios y aquella por quien tal vez te hayas sacrificado más, será tu mayor enemigo; guarda tu corazón siempre de toda criatura, libre de todo afecto...; levanta tu mirada fija siempre

en el divino Crucificado, tendrás en equilibrio los afectos de tu corazón en Dios a donde caminas velozmente, porque aquí no tienes ni patria ni domicilio permanente... te espera una bienaventuranza eterna... un amor que nunca cambia, y Dios es tu verdadera dicha en el cielo; y tu esperanza crecerá con ese amor que nunca dice basta. Tu Dios y tu Señor será tu gloria si muerta a ti misma te das por entero a su divino servicio.

El glorioso san Pablo Apóstol nos da las pruebas del verdadero amor cuando dice: Gózome y prefiero entrar a la parte de las tribulaciones y necesidades que padecía el Pueblo de Dios, que gozar de la abundancia y regalos que pudiera tener en el palacio del rey Faraón.

Es tan grande el bien espiritual que experimenta el alma cuando Dios nuestro Señor da gracia de poder sufrir humillaciones y deshonras por amor suyo, que lejos de huir ser humillada y despreciada por amor suyo, siente así como deseo de padecer cuanto el Señor se digna enviarnos.

Un santo padre, hablando de los efectos de la verdadera humildad, da varios consejos en esta materia tan importante al alma religiosa, que yo querría imprimir en el alma de mis religiosas, y dice: “Es verdadera humildad vivir por voluntad ajena, y pedir licencia siempre y en todos los casos que manda las Constituciones que se pida”.

Llevar con buena gana sin excusas ni murmuraciones las reprensiones, correcciones y penitencias que les fuese impuestas por sus faltas y descuidos, lo cual debemos aceptar de buena voluntad, con verdadero deseo de enmienda y aprovechamiento espiritual, aunque fuese por faltas menos culpable. Es el Señor. Él cuida de nosotros como verdadero Padre.

¡Por amor de Dios nuestro Señor, qué dulces nos deben parecer los trabajos y sacrificios!

L6 C18 (48-49)

[CAP. I].- DEL NOVICIADO

4 octubre 1945

Hijas mías tan amadas en el Corazón eucarístico de Jesús y de nuestra madre María Santísima.

¡Son tan variados los tiempos que el Señor envía en cada siglo, y en el presente!... Las que nacimos en el pasado, ¡nos parece todo tan extraño!... ¡Aquella sólida piedad de las familias cristianas... que practicaban la doctrina cristiana y consejos de los Santos Padres de la Iglesia con tanto rigor, como las religiosas observantes las santas reglas!...

¡Qué amor de Dios en los templos..., en las pruebas y enfermedades! ¡Con qué temor de Dios se vivía para no cometer faltas deliberadas!... Qué fe tan hermosa había en aquellos ancianos..., en nuestros padres y abuelos.

Como me pedís con tanta insistencia los Estatutos o Manual y aún no está expreso, os diré

si mal no recuerdo que poca cosa es, pues procuré fuese todo en las Constituciones... y como en la Sagrada Congregación, tal vez por suprimirlas algo, o por parecer demasiados detalles... encontré suprimidas cosas muy importantes que pedíamos, como dos años de noviciado, etc., que tan necesario nos parece para la formación especial que exige nuestro modo de vivir en los tiempos actuales.

1º. Es nuestro deseo que las aspirantes al santo hábito que desean ser coristas y no tienen el dote que exige el Consejo, tengan aprobado el ingreso válido para preparar la carrera del magisterio al profesar o de organista o cantoras que se les puede dispensar canónicamente el dote, etc.

2º. Las aspirantes que vienen sin estas condiciones y desean consagrarse al Señor en nuestra vida de adoración, como hermana, o como coadjutora o lega: no se le exija dote, sólo la ropa, cama y gastos de hábito o de profesión, según el reglamento; y éstas no cambiarán nunca de hermanas coadjutoras o legas o auxiliares. [No] podrán pasar a coristas, ni de coristas a legas ni auxiliar. La que es recibida para viceversa, no serán cambiadas nunca por ninguna causa.

Las coristas serán las directoras de los asilos o escuelitas, que tengan el título oficial de profesoras de escuela o de piano.

3º. a) Las hermanas de obediencia, coadjutoras o legas, tendrá a su cargo el arreglo y aseo de la capilla o iglesia, la portería, bajo la dirección de una religiosa corista de las mayores de edad, prudente y amante del orden y de la Congregación, que vigile la observancia en los recibidores y puertas, que se observen fielmente las Constituciones.

b) También saldrán a postular como la obediencia las ordene, no saliendo solas nunca... ni pernoctar fuera del convento, procurando llegar antes del toque de oraciones. Cuidando no decir fuera nada de casa sin permiso de la superiora. Por pequeña e indiferente que sea la pregunta, observen con sumo cuidado *esta obediencia*, que ya lo encargaba la santa Regla en aquellos tiempos de más fe. Y lo mismo, no referir a las religiosas ni llevar ni traer recados de familia que no autorice la superiora.

c) Las hermanas desempeñarán los oficios de enfermera, roperas, refectoleras y los que la obediencia les encomienda bajo la dependencia de alguna madre nombrada para estos cargos por el Consejo.

d) Las hermanas auxiliares observen fielmente el Estatuto aprobado ya por la Sagrada Congregación. No se hablen nunca de tú, ni otras palabras de intimidad, que la mucha confianza es causa de menosprecio. Trátense todas entre sí con mucho respeto aunque sean inferiores de usted o de caridad, como se acostumbra; y a las madres asistentas, visitadoras y superioras de su reverencia, y a la Madre General reverendísima.

CAP. II. DEL INGRESO EN RELIGIÓN

De las niñas educadas en nuestros colegios que se les note inclinación hacia nuestra vida. Por esos sentimientos de sólida piedad, en sus prácticas, se les nota esas inclinaciones de amor de Dios, y delicadeza de conciencia, se les debe ir formando en ellas sin que ellas noten se solicitan... y si se ve crecer en virtudes y en estudio, a los 14 años se les puede considerar como aspirantes y darles la educación y estudios según las disposiciones de talento y voluntad.

Procurando inclinarlas a lo que ellas sientan vocación de maestras de escuela, de organistas, lenguas, contabilidad, y demás instrucciones que puedan ser necesarias en nuestras escuelas, asilos y misiones...

Pueden estudiar hasta empezar el noviciado, que dedicarán a la perfección de la observancia y oficio divino y vida de comunidad, ejercitándolas en trabajos humildes como lavados de ropa, costuras, limpiezas y ayuda de cocina, hasta que se formen verdaderas siervas y esclavas de Jesucristo y de su Madre Santísima.

La entrada en el postulantado, ceremonia de imposición del santo hábito y profesión, como dice el Ritual aprobado para nuestro Instituto. Con los votos, como siguen:[93]

L6 C18 (52)

93 Aquí interrumpe la escritura la M. Trinidad.

+

J.M.J.

Paz y Bien

Madrid 6VI46

De conciencia

Sr. D. Fulgencio Soriano Martínez

Mi respetable y amado padre en nuestro Señor:

Después de la visita a las dos casas de Galicia llegué tan enferma que no me permitió escribirle a V. como deseaba invitándole como ya le dije de palabra, *tiene V. su casa a su disposición como todas las demás de la Congregación*, de la que tanta parte tiene V. por misericordia del Señor y de nuestra Madre Señora de Gádor.

Padre mío, no sé ocultarle a V. el deseo tan grande que tendría pasase en Berja una temporada y favoreciera con su presencia y santo consejo... aquella casita de la Santísima Virgen de Gádor, que al llevarse al Sr. Magistral (q.e.p.d.) y que *sentí hondamente*... la Virgen Santísima nuestra Madre Santísima de Gádor *¡reclama a V. ahora más que nunca!* y aunque los sueños no se pueden creer, los días que impresionada por la muerte del Sr. Magistral pensaba que para evitar las tareas de D. Sebastián y penas y *preocupaciones*, que me llegaban al alma... dudaba si convendría retirar de allí a las monjas... y busqué quién comprara la obra que hicimos: una congoja de corazón tuve toda la noche del 30 de mayo, y me pareció estaba en el camarín, rezándole a la Santísima Virgen (sin Niño). ¡Madre mía!, ¿quién se llevó de aquí al Niño Jesús? Y la Señora con una expresión de dolor me dijo: Tú que me prometías no me faltarían nunca almas fervorosas que adorasen a mi Hijo santísimo y me acompañasen en este Santuario donde quiero derramar a manos llenas *mis gracias* y bendiciones sobre mis amados hijos y devotos... y piensas dejarme sola... ¡Madre mía!, le dije: qué hago si no me das capellán y te llevas al cielo a D. Francisco, que aunque a nosotras nada, pero *¡cuidaba de ti, Madre mía¡* Y reprendiéndome me dijo: “Si tienes fe, si me amas, te traerá Jesús, mi amado siervo, *que os di desde el principio*, para que cuidase

de mi gloria en este Santuario, y *de vosotras... cooperando con él* en salvar e imprimir en el corazón de las niñas pobres, la fe y amor a Jesucristo mi divino Hijo, que quiere por mi medio salvar estos pueblos *abandonados sin creencias*... *¡Qué misión más hermosa y grata a mi Corazón y al de mi Hijo santísimo!*... ¡Padre mío!, sentí Padre mío, que reanimada de una fuerza sobrenatural que no podía contener... *le prometí que aquella casa será la Madre*

de toda la Congregación, si nos daba *un sacerdote apóstol* que trabajara con celo ardiente del bien de las almas por Dios y por su gloria. ¡Y apareció iluminado el camarín, y *subía V. como para decir misa* con el sagrado copón dándonos la sagrada Comunión a 9 monjitas... *muy venerables* y tomando del copón al *Niñito... ¡Jesús mío!, nos bendecía a todas* y V. colocó al Niño en los brazos de su Purísima Madre. "¡Ahí tenéis! (nos decía) mi amado siervo será el apóstol que me atraerá muchas almas a la Iglesia de Jesucristo siendo vosotras con él sus cooperadoras", y desapareció, quedando sin fuerzas y sin alientos. Tres días después no daba cuenta de mí.

Como era sueño... a nadie he comunicado lo que en estos días he meditado y hoy sin pensarlo, pues solo quería decirle lo esperábamos, que nos diga cuándo viene V. Rompa esta y bendiga a su h. h., que saluda a su madre y hermana.

Sor Trinidad

L7 C32 (216-218)

+

Madrid, 28 de noviembre de 1946

M. R. Madre Teresa de Jesús, superiora en Lisboa

Muy amada madre en nuestro Señor: Me da pena no contestar a sus cartas como fuese mi deseo... Pero son tantas las cartas y necesidades urgentes que cada día me llegan que voy dejando a V. C. para estar más tranquila y contestarle por puntos a su última que aunque más corta me toca unos puntos que no sé si no será prudente le conteste hoy.

De todas las casas me vienen quejas de lo difícil de la situación actual en todos sentidos... pero esta casa noviciado, *¡aún peor!*... sin confesores ni padre que dé los ejercicios a las postulantes, sin pan para alimentar a tantas jóvenes, hay que comprarlo de estraperlo, y lo peor... que la obra de la escuela sin pagar ya un año y el maestro reclama: son *treinta mil pesetas*... y nadie da de cuantos pedimos... y cómo quedamos con este señor (que creímos pagarle enseguida) pero esta casa todo lo consume... y la vida tan cara.

Ante Jesús santísimo Sacramento ¡me fui agobiada! A Jesús dulcísimo le expuse la necesidad... y pronto sentí la queja de Jesús: "Porqué no pedís a mi Padre por mis llagas santísimas, como ya sabes, todos los viernes, aplica la santa misa con exposición, y la comunidad ofrezca la meditación y penitencias a este fin..." Así lo hice y se empezó el primer viernes que se aplicó la santa misa y demás, al día siguiente vino un padre a los ejercicios, encontramos confesor. El segundo viernes nos dice Dña. Francisca pagan la obra... y se arregla la ida del capellán, y espero que lo de Berja y Sobrado se arreglará en el segundo quinario que deseo se haga en junio para terminarlo en la Preciosa Sangre de Jesús.

Espero que continuará el Señor derramando sobre su Congregación tan amada, sus

gracias y bendiciones. Estoy cierta que si todas nuestras comunidades rezaran con fe y acudiesen a las llagas de Jesús dulcísimo crucificado y muerto (¡por mí!...), nada nos faltaría y llegaría la unión y amor que Jesús espera, con el Purísimo e Inmaculado de nuestra Madre María Santísima ofreceríamos al Eterno Padre dentro del Corazón dulcísimo de Jesús, su Hijo el Verbo Encarnado a quien nos consagramos esclava y víctima.

¡Animo! Pues bien, hija mía, en la recetilla reservada voy a contestar. Comprendo su dolor al ver no son comprendidas ni amadas las sagradas Constituciones de muchas de nuestras religiosas que si de palabra no se atreven a decir lo que esa bendita S. del Señor: "Los traslados no son para todas las almas, no se resiste esto". Es verdad que Jesús no a todas pide el mismo género de vida y ya aquel santo Prelado Arzobispo de Granada, al darle cuenta de conciencia y ofrecerme su dirección y ayuda el año 22, en el locutorio de San Antón y pedirme cuenta de la comunidad y número de religiosas que había... al oírme estábamos 41, sin esperar más, me dijo: "A eso vengo yo hoy, he leído una solicitud presentada por V. pidiendo la adoración perpetua a Jesús Sacramentado en esta Iglesia. ¿Cuenta V. con la voluntad de todas? Póngalo en votos si ve que las discretas están conformes".

Procuré exponerlo, y encontré grandes dificultades, y alguna de las mayores me pidió no lo sometiera a votación, pues era violento la negativa y de poca edificación; y la comunidad ya tenía bastante con las Reglas y Constituciones que profesamos. Lo comunique a S. E. R. y pasado como un mes, volvió tan paternal y bondadoso como la vez primera y me dijo: "*No hagamos cosas nuevas en moldes viejos*, que nunca dieron resultado".

"Voy a dar a V. una ermita de la Virgen de los Dolores de Chauchina (que llevan mucha cera) y vamos a empezar la adoración y después iremos a los Santuarios de la Santísima Virgen que ella parece quiere ser la Madre y Maestra de estas Fundaciones que se extenderán por todo el mundo..." Yo le interrogué padre, si le parece a V. E. R. podían ir algunas religiosas naturales de Chauchina y algunas más que S. E. diga... Contestó *enérgicamente*: "No, de Chauchina en principios no deben ir, *irán después*, ahora es V. la que ha de ir delante con el ejemplo; pues es la que ha recibido la misión de lo que en nombre de Dios *hemos de emprender con valor y energías* por la gloria de Dios, sin acobardarse, pues la persecución y lucha con sus frailes la pondrá en grandes aprietos... *¡prepárese, que sufrirá mucho!* Yo mientras viva iré con V. y las defenderé en donde quiera que estén, pero, soy viejo y moriré pronto... *¡V. sea valiente!*... y una vez empezada la Obra a seguirla hasta el fin..." Será de Dios, padre mío, le dije estremecida de lo que me venía encima, según S. E. R. me pronosticaba y el confesor de la comunidad, el Sr. Reyes. Volvió a contestarme: "*La Obra es de Dios*, no queda la menor duda, como a V. que lo hace sentir el Señor".

Con esta fe en la obediencia que me dio el Señor desde que empecé mi vida religiosa, *me ofrecí* a lo que el Señor quisiera de mí, y me abracé a mi cruz... ¡Oh Jesús mío!, ¡cuántas

lágrimas derramé en aquella tribuna que hice junto al Sagrario, *testigo de todo cuanto el Señor me visitó* en los 33 años que viví en aquel desierto de penitencia y donde escribí las primeras *adiciones*, que por consejo de don Ramón Pérez (Obispo preconizado de Badajoz y después de Sión y de Cádiz) me mandó escribir en los años 14 y 15, siendo rector (y canónigo) del Seminario de Granada! ¡Cuántas veces escribí por mandato del Sr. Arzobispo!...

¡Sí, Jesús mío! y siempre en aquella tribuna pasaba los años de mi noviciado (cerrada con muros...), que después con rejas, que nos dejaban ver la santa misa. No puedo negar a V. C. reservadamente que aquella tribuna tubo para mi alma *grandes atractivos*... A mis pruebas prolongadas 3 años y medio negándome el darme el santo hábito desde el 28 de julio del año 1893 hasta el 21 de noviembre de 1897, fueron tan dulcísimos los trabajos y humillaciones que Jesús me exigía, que eran para mi corazón estos golpes que daba a mi grande soberbia que cuando me dejaba bruñir y limpiar mi corazón de la escoria y basura que le encubría pegaba un fuego que como chispas salían a mi alma de la sagrada Hostia... Y aquel muro se abría a mis ojos para adorarle en aquella novena que aprovechando los dos días últimos de año que teníamos jubileo de las 40 horas hasta el día 4 de enero, hacía la novena a Jesús Niño hasta la Epifanía, de ejercicios espirituales, yo sola, con Jesús sólo; las noches con licencia de la M. Maestra que nunca me lo negó. (Pues al coro no podíamos ir las postulantes ni novicias mas que en los actos de comunidad) y como no tenía compañeras, y la Maestra atendía a otros encargos, pues a mí me tenían siempre limpiando las escaleras y claustro del convento, por estar las dos leguitas muy enfermas. Me hacían la gracia que despachando los trabajos me retirase con Jesús en aquella tribuna (entonces ocupada con cosas viejas y después de abierta tan frecuentada de todas las religiosas con preferencia las enfermas... ¡Oh Jesús mío, cómo pensaba entonces que allí habitaría con Jesús dulcísimo todos los días de mi vida! Allí o donde él me desatinara, pues ya presentía mi alma... como en el noviciado... que aquella vida de abstracción era demasiado cómoda, y veía que el amor de los misioneros en países incultos y paganos amaban a Jesús más que yo... y como sentía deseos de amarle más que todas las criaturas juntas, a ser posible como le amara la Virgen Santísima y san José. Ellos me regalaban con el dulce nombre de esclava de eucaristía víctima de amor.

Así, cuando veía un cuadro de san Francisco Javier con los indios... y a veces aquel fuego de amor de Dios me conmovía... no me atrevía a quejarme de los trabajos que sentía al quebrar el hielo de los lebrillos para lavar las ropas que quedaban en el patio, y bajábamos un día después de los maitines y oración a las 3 de la mañana, mirando al cielo que chisporreaban las estrellas, que venían a mi corazón a calentarlo en el amor divino que traíamos de la oración... ¡Oh si fuésemos en espíritu a convertir las almas como san Francisco Javier, como no se quejaban del calor ni del frío, ni del hambre ni cansancio... “Tu serás mi esclava y te entregarás como víctima de reparación y amor con mi Madre!

¡Cuántas veces hablábamos las compañeras de ayudar a las misiones, y sobre todo recoger los niños que *tiran* para darle muchos corazones inocentes al Señor¡ *¡Eso era mis ideales!*... que sin salir, nos diesen niños que hiciésemos conocer la hermosura de Dios. ¡Oh amor *fuerte como la muerte*!... ¡Cómo daría mi vida por las almas de los niños! Y ahora que me los da el Señor, no puedo nada por mí. Y a V. C. tan fiel, voy.

Ya ve, mi M. Teresa, que como tanto deseo imprimir en las hijas fieles ese espíritu de abnegación de *sí*... con un amor *desinteresado y generoso a Jesús dulcísimo*, me expansiono sin darme cuenta con V. C., que siente como su pobre Madre y querría, que como historiadora o cronista, grabe ese espíritu que pido a todas desde hace muchos años... Desde que el año ocho me dijo el P. Valencina al elegirme Abadesa: "Ya estás en el candelero para que trabajes en hacer esas capuchinas eucarísticas *que Dios te pide*; y que encontrarás dificultades, que harán crecer en ti la fe y amor de Dios que te llevarán en brazos de la cruz al cielo".

Hija mía, nunca se separó de mi alma ni de mi vista Jesús Crucificado, que abrazaba tiernamente en mi corazón y pedía a la Santísima Virgen de los Dolores me tuviese de confidente y me hiciese sentir los dolores del Corazón amorosísimo de Jesús, su Hijo santísimo... Qué amor siente mi alma junto a su Corazón divino en esas noches dichosas que sola con él sólo son dulcísimos mis dolores. ¡Qué buenísimo es Jesús con las almas que se abrazan con amor a su cruz! Y me estremezco cuando acabamos de llegar de la nueva fundación de Deusto, Bilbao, donde he recibido del Señor gracias especialísimas y veo el amor del Corazón de Jesús y de María que al curarme de la ciática, nos dio Deusto. Sin conocerla apareció aquella señora que por distraer el tiempo en el tren habló a sor Inmaculada y ella creyó que el Señor nos *quería allí*... y aceptamos como V. C. tiene sabido por nuestra carta, que no repito. Pero si quiero decirle, para que lo encomiende al Señor, que hicimos varios viajes: me hospedé con sor Inmaculada en Reparadoras, la primera vez unos 6 días; allí procuré entregarme a Jesús y sentía aquella vida como la nuestra, la adoración a Jesús Sacramentado es nuestra vida. A par que sin salir se ocupan de hermosas misiones, de salvar almas y llevarlas a Dios... Como nuestra casa de Deusto no tenía camas, dormían las pobrecitas en el suelo no querían dejarme dormir así por temor se repitiese mi ciática. Quedé aprendiendo.

De allí fuimos a Vitoria a pedir los permisos al Sr. Obispo que nos recibió muy paternal y nos ofreció enviar el permiso; y murió en estos días M. Consuelo en Madrid y tuve pena no esperase a que yo volviese; y después vinimos a Burgos, donde me hospedé en las Esclavas del Sagrado Corazón. ¡Qué fervor se sentía allí! ¡Quién me diese poder establecernos y un palomarcito de adoración! ¡Cuántas palomitas vendrían a consagrarse al Señor!... ¡Qué almas encontré tan hermosas! ¡Qué fe! Y hablamos con el Sr. Arzobispo, que deseaba complacernos pero tres comunidades fueron a pedirle lo mismo y nos aplazó este deseo para otra ocasión, y

al ofrecerme a Jesús con todo lo que él quisiera de nosotras, me aceptó su pequeña esclava y víctima para se sirviese de nosotras.

Y sentí como otras veces bajar del trono de la Santísima Trinidad bajarse la Tercera Persona y cogiendo mi alma de la tierra bajo sus alas me parecía llevarme a una región de fuego, me parecía el infierno, pronto entendí era el mundo ardiendo en pecado que provocaban la divina [justicia]. ¡Sufría tanto!... Me parecía ver la Santísima Trinidad dispuesta a terminar con el mundo, que amenazaba destruirlo. Pero de aquel fuego subía de la tierra como unas nubecillas o globos que a medida se acercaban a Dios, se encendían en luz clarísima y se unían a los coros de apóstoles, misioneros, confesores y vírgenes que cantaban el himno: ¡Honor, gloria, adoración y amor, etc... Todos formaban un ejército fuerte, los santos del cielo y los justos y almas buenas de la tierra, con sus penitencias, sacrificios y trabajos ofrecidos en desagravio y reparación, como humo de incienso que acogía la Virgen Santísima que iba como Generala y cabeza de aquel ejército presentándolo al Etermo Padre. La cruz, el Corazón y Sangre derramada de su Hijo santísimo por la salvación del mundo unía la de todos los santos y justos de la tierra, y por ella sostenía la divina justicia provocada por los pecados y odios del mundo, especialmente de los malos cristianos y de las almas consagradas y favorecidas de su divino Corazón, y me parecía que los apóstoles y misioneros que iban con todos los coros de santos y justos, iban más cerca de la divina Reina y eran recibidos con mayor complacencia de el Eterno Padre por las muchas almas que acercaban a la santa Iglesia, siguiendo los pasos del divino Maestro Jesucristo. Me parecía más pequeño el grupo de las almas que solo practicaban una sola vida (activa o contemplativa) y de éstas parecía nos sacaba la Virgen Santísima, nuestra Madre María Purísima, poniéndonos entre los brazos a Jesús con almas pequeñitas, diciéndonos: “acercarle estas almas antes que el pecado endurezca sus corazones enseñarlas a amarle y le daréis mayor gloria...” Y nos colocaba en el coro de los apóstoles y misioneros que derramaron su sangre por Jesucristo nuestro Señor, ofreciéndole con la pobreza y penitencia y vida de mortificación *la mirra*: con la adoración y contemplación, el *incienso*, y el oro del amor purísimo de Dios en el apostolado de librar las almas del pecado, evitar en cuanto posible sea, y conozcan a Dios antes de ofenderle, evitando que el hábito de los vicios del ambiente en que viven manchen sus almas y sean las madres cristianas que renueven la faz del mundo corrompido por los vicios... y formen las familias cristianas que vivan en el santo temor de Dios y para ello nos ataba a la adoración como sus esclavitas.

Y de aquel coro de santos se oía una voz dulcísima... como del divino y dulcísimo Jesús que decía: “Si los que me aman conquistaran las almas de sus prójimos del demonio con oración y penitencias... abrazando la indigencia en la niñez, y levantando al caído, perdonando de corazón y devolviendo bien por mal, ¡el mundo se salvaría! Y parecía que los apóstoles, volviendo daban al mundo una voz de alerta que nos decían a todos a grandes voces: “¡*Si*

amáis a Dios, salvarle almas! ¡trabajar todos por darle gloria y atraeréis el perdón, y vendrá sobre vosotros el reinado de Jesucristo! Recogerle almas a Jesucristo Sacramentado y os salvaréis".

Quedé toda atónita, no podía volver en mí, y mi alma se sintió como transformada toda en Dios... En verdad que alabo el poder y misericordia del Señor, cómo deja viva esta alma... que ha pasado ya a otras regiones eternas; no se comprende sólo en los juicios inescrutables de Dios... Así no sé qué escribo, tengo tan impreso en el alma aquel estado de las almas redimidas... que tan mal le pagamos al Señor que por ellas daría mi vida y buscaría a Jesús muchos corazones que le amen. *¡Qué será de mí Dios mío!*...

Y basta por hoy, encomiéndeme al Señor, mi buena M. Teresa, que abrevie mi purgatorio cuando sepan mi partida. ¡Debo tanto al Señor!, pues no sé qué sentí el día que me mandaron a Burgos unas cartas de sor Eucaristía que me decía que nos pedían una fundación en Extremos y otra en Coimbra y les *contesté secamente que no quería más fundaciones* sin personal, ni fuerzas para más casas de tantos trabajos...

Una madre de Reparadoras (que me dio la vida de esa domina) y me aconsejó me encomendase al Señor y no me afligiese, que santa Teresa llevaba dos o tres monjas a cada fundación con idénticos trabajos, y el Señor es el que bendice y da incremento... que confiara en él solamente... Cuando volví a la tribuna pedía al Señor perdonase mi cobardía y poco espíritu, y después de la adoración, que más me parecía de agonía... ¡tenía tantas preocupaciones! Al salir de la Tribuna sentí como si me llamase sor Inmaculada y volví y me pareció ver a nuestra Inmaculada Madre María Santísima, que me decía: "No aceptes ahora esas Fundaciones, os quiero antes en *América, Roma"* quiero me abráis *allí una casita como ésta que pretendéis aquí*, que recojáis las almas pequeñas abandonadas y acercarles a la Eucaristía, quiero trabajéis allí en mi nación predilecta". No me atreví a decir palabra a ninguno, ni al padre, me parecía si deliraba, porque cuando el amor de Jesús absorbe, parece no está una por aquí abajo.

Como ya me venía, me pareció decirlo aquí, y como el día 8 sentía la misma petición de la Santísima Virgen, lo dije a una monjita, así como para que no me insistieran en las dos fundaciones que con tanto interés me pedía, le dije: Yo creo que la Santísima Virgen quiere primero vayamos a América, África y Roma; y muy asustada me dice: "Madre, ¡por Dios!, a Roma, no; ¡está destrozada! V. R. como no lee periódicos no sabe lo que hay en el mundo... Le contesté: por eso que lo sé querría tener muchas almas apóstoles que repartiese por todo él, recogiendo, salvando almas. Ahora no he pasado por Reparadoras. No salí de casa, sólo para el tren...

Y termino encomendándome a las oraciones de todas para que vaya donde Jesús quiera, si me deja aquí que le lleve almas a costa de mi propia vida por su amor y gloria; soy su

pequeña esclavilla, con vosotras.

Sor Trinidad

Copia de una carta de N. Rvdma. Madre al R. P. Confesor ordinario que fue en la Fundación de Berja. Año 1930[18]

---

18 La letra de la copia de esta carta es de otra religiosa

Notas 20-I-47

¡Oh mi madre María Santísima de los Dolores, que desde la cruz vuestro divino Hijo os eligió por madre nuestra, ofreciéndonos vuestras hijas fidelísimas, mi amado apóstol san Juan! A los nueve años, al morir mi madre, nos llamó para darnos sus últimos [consejos] y fijado sus ojos agonizantes en ti, Madre de dolor, ofreció a vuestros dolores sus *siete hijos que dejaba pequeños*, que enterneció a todos cuando nos dijo: "Desde hoy no tendréis ya más madre que esa... Esa es, hija mía, vuestra Madre rezarle siempre y recurrir a ella en vuestra orfandad que ella os salve a todos".

Acabamos de llegar a Lisboa, que todas sentían dolor viajase sin curar mi enfermedad que sufría harto penosa, y que el Señor conservaba mi vida esperando aprovecharía mejor sus gracias y predilecciones de amor.

Deseando cumplir la voluntad del Señor escojo por su amor lo que más me cuesta, ya que no puedo hacer otras penitencias hace tiempo; le ofrecí escoger por su amor lo más penoso, y los viajes me dan ocasión a lo que más *me cuesta*... *despedidas* que no me acostumbro a dejarlas cuando estoy en una casa, allí querría morir si fuese la voluntad del Señor. El ir con seglares que no sienten ni conocen a Dios, los gastos y cuidados que doy, constituyen los viajes a mis 68 años que voy a cumplir, un verdadero martirio... Pero el Señor me dulcifica esto pensando daré un sagrario en el centro de Madrid, donde reciba culto, amor y adoración el Santísimo Sacramento, vida de nuestras almas.

Así vine a ofrecerme a cuanto el Señor nos tenga reservado... teniendo tan escaso personal para nuevas casas... Parece que Jesús nos obliga a trabajar cuando buscando dificultades, él hace milagros y nos da los medios que no contábamos.

Pensaba que en esta casa de Madrid al encontrarme con vos, mi madre María Santísima de los Dolores como titular de la escuela y casa consagrada a vuestro nombre santísimo de los Dolores acabaría mis días sobre la tierra y me dispensaríais ya de salidas y viajes... Pero soy vuestra sierva y quiero ser la víctima de tu Jesús y no encontré sobre la tierra quien se compadeciera de mi impotencia, y encontraba el consejo firme: "si el Señor lo quiere le dará fuerza y vida".

Como era tanto el dinero que nos decían costaría el viaje y tan pobres, a vos mi dulcísima madre mía recurrí para que me dieseis medios de emprender este viaje que esperaba no hacerlo por falta de medios y dificultades en las compañeras que elegisteis vos, mi madre Santísima.

Aquella escuelita se veía crecer y aumentar trabajos y gastos, y pedía a nuestra madre María Santísima nos socorriese con alguna limosna buena que nos ayudase a pagar deudas y

ir a Roma donde nos tenían ofrecida una casa buena para escuela de niñas pobres. ¡Oh Jesús mío dulcisimo, que de las piedras sacas hijos de Abrahán y de la dura piedra una fuente de agua viva! Pues vuestro Corazón misericordioso dio a ellas ya medios para conocer vuestra divina voluntad y vino una señora que no conocíamos a traernos 5.000 pesetas que nos había dejado una señora, y vimos clara la voluntad del Señor de venir a Formia a abrir la escuelita que abriremos el día que vos tengáis decretado en vuestros amorosos designios.

Y aquí con otras muestras de bondad que me tiene preparado nos resolvimos a venir antes de empezar...

L8 C35 (23-24)

Recuerdos y fechas. De conciencia

Después de consuelos, madre mía Inmaculada Santísima, ruega por mí a Jesús.

Hoy[3]en la meditación que hago de doce a una de la noche, sobre la huida de la Sagrada Familia a Egipto, me pareció que la Virgen Santísima venía a mí con su divino Niño en sus brazos. No niño como otras veces se vino a mis brazos de su Santísima Madre, sino con el cadáver ensangrentado de Jesús, y cuando quise acercarme a besar sus sagrados pies sentía que me decía Jesús, lleno de dolor y angustia:

"Sígueme a Roma... allí me darás gloria y te daré a gustar mis penas... y de las riquezas de amor que tengo reservadas a la Congregación, que me dará mucha gloria, reparación y amor. En los últimos tiempos, será una de las que me darán mayor gloria, que yo recompensaré con la misma gloria que di a mis apóstoles y misioneros, que por salvarme almas dieron por ellas y por mi gloria su sangre. Si me amáis salvadme las almas que perecen y enseñarles mi Evangelio y mi amor... En la medida de vuestro amor serán vuestros trabajos y celo de mi gloria... Tengo sed ardiente de almas. Te di fe y amor no para regalarte con mis consuelos, sino para hacerte víctima de dolor con mi Corazón y el de mi Madre, María Santísima, que corredentora cooperó conmigo, alentando a mis apóstoles, rogando, aconsejando, fortaleciendo su fe y amor. Vosotras bajo su amparo imitando fielmente sus grandes virtudes, llevaréis el fuego de mi amor al corazón y al alma de tantas niñas abandonadas que se crían y crecen en la maldad y en los vicios que quieren acabar con la humanidad en el vicio y pecado. ¡*Salvar el alma de la mujer en las niñas*! A mi Madre encomendarle vuestros asilos y escuelas. Poner en ellas *todo mi amor*, educarlas, enseñarlas a ser mujeres cristianas y temerosas de Dios, y por medio de la oración, del sacrificio y la caridad, atraerlas a la Eucaristía y a la santa Iglesia Católica. Industriaros en mis escuelas, haciéndolas todo el bien, que convencidas más por amor que por la fuerza, sean honestas,

ingeniosas y creyentes, huyendo del vicio y del pecado que provoca la ira de mi Padre Celestial".

[3] Comienza este escrito el día 11 de febrero en la agenda de 1947

L8 C35 (25-26)

.

En Formia, Roma, 1-IV-47

M. R. M. Teresa de Jesús.

Recuerdo a *mi R. M. Teresa*, que me pidió algunos apuntes, y el R. P., a quien consulté, me dijo se lo hiciese en forma de carta; pero como no me traje papel suficiente y encontré esta libreta que tenía las direcciones, aquí le escribo lo que me acuerdo más, pues el Señor con quien me entendí siempre, me hizo muy grandes pruebas de amor y misericordia. ¡Así sea!

* * *

Oh Jesús dulcísimo todo este año lo consagro a vos completamente, para que me hagáis desaparecer y seáis vos el alma, el corazón y la vida; enteramente seáis vos el soberano dueño de la pequeña Congregación, ¡que vos formasteis a vuestro gusto!

No se haga mi voluntad sino la vuestra en todo. Amén.

¡Madre mía, María Santísima de los Dolores, por aquella dolorosa impresión que os causó la profecía del anciano Simeón, que vuestro Corazón Purísimo fue herido desde aquel momento, Madre mía, fue para vos un perpetuo martirio que ofrecisteis al Padre Eterno con resignación y amor por la gloria del Padre en la salvación de los hombres!... *Concédeme*, Madre mía, que *una* mis dolores a los vuestros por su gloria. Amén.

* * *

L7 C30 (79)

Súplica

Señor y Dios mío, os ruego en este primer viernes del año, que no haya un latido de mi corazón, ni un pensamiento en mi mente, ni una acción que no sea puramente por vos un acto de entrega, de reparación y amor. Amén.

Madre mía, María Santísima, en este primer sábado del año cogerme a mí y a todas vuestras hijas y cuantos han contribuido en ayudar a vuestra obra una bendición especialísima, una gracia de predilección y amor de Jesús y vuestro. Amén.

¡Jesús mío! que toméis mi corazón y mi alma y lo *amanséis con vuestras divinas manos*, y nos hagáis *una Hostia con vos y vuestra Madre Santísima*; *para* que santifiquéis v*uestra Obra* y sepamos corresponder a las finezas delicadísimas de vuestro Corazón Adorable con nosotras, escogiéndonos para secundar en la tierra vuestro apostolado de amor a los pobres niños abandonados antes que las malas doctrinas corrompan su corazón.

L7 C30 (80)

Mi R. P., por obediencia le digo: Queriéndome renovar de vida, al empezar el año 16, al salir de una gravísima enfermedad que me anunciaban una muerte repentina, y que me preparase para morir.

Se renovaron en mi alma los primeros deseos de mi vida: vivir consagrada completamente a Dios en un desierto haciendo penitencia; no pudiendo, y por la enfermedad, hacer ninguna penitencia ni observancia, pedí permiso a mi confesor y a R. M. Abadesa para dedicarme a la adoración del Santísimo Sacramento en aquella tribuna que yo preparé para los retiros y enfermas que no podían asistir al coro, y me fue concedido.

El día 6 de febrero, que empecé esta vida de cielo para mí, sin ningún cargo ni cuidado mas que el de adorar continuamente a Jesús en el Santísimo Sacramento, me sentía como en día de boda. Qué contenta y agradecida se sentía mi alma que quería aprovechar aquellos días de circular para empezar la vida que soñaba de recogimiento y adoración.

Una humillación manifiesta que amargó mucho a las religiosas abrió a mi alma el campo que durante mis años, 30, permaneció desconocido para mí.

Era lunes, a las 2 de la tarde, al empezar las vísperas me encontré trasladada a un campo desierto donde se levantaba un edificio hermosísimo, lleno de vírgenes, que con vestimentas blanquísimas nos invitaban a nosotras, en número de 12, humildísimas religiosas a tomar parte de aquella fiesta. Me pareció ver en el Corazón Inmaculado de María Santísima el

cordero Divino en la Hostia, que ella nos invitaba a recibir y adorar bebiendo de la Sangre de aquel Corderito, la Sangre divina para fortalecernos y entrásemos en aquel campo, donde ganado sin pastor andaban esparcidos. Había hombres fuertes que cogían los corderos y nos daban a nosotras las crías... que la Santísima Virgen nos confiaba a nosotras limpiásemos la roña y llevásemos a la fuente de Jesucristo a que se lavasen con su Sangre divina y los alimentásemos con su divino Cuerpo Sacramentado...

Veía los corderos muertos por los lobos y quedaban tendidos y heridos, ¡pocos curaban! En cambio las crías... que llevaban las 12 religiosas recibían con más ansias los pastos (de doctrina), vida... y parecía que la Santísima Virgen nos llevaba a la Sagrada Eucaristía donde quería bañásemos aquellos corderitos.

Solo Jesús me dio entonces una sed de ofrecer mi vida por los misioneros para que fortalecido por la fe y amor de Dios salvasen aquellas almas esparcidas y dispersas del aprisco de la santa Iglesia tan combatida por el masonismo. Pero aquella visión dio a mi alma un deseo ardentísimo de salvar los huerfanitos de las guerras que traían, y que querría hacer cristianos fervientes.

Y sentía un deseo de vencerme... una sed de sufrir humillaciones y padecer con el divino Jesús sus agonías y su muerte... y buscaba ratos de soledad para irme a los pies de la Santísima Virgen de los Dolores a pedirle me [hiciera] sentir sus dolores y me lavase con sus purísimas lágrimas mis pecados y me hiciese digna de llevar al Corazón de su divino Hijo algún consuelo y le ofrecía mis enfermedades y trabajos, durante tres años que me concedió el Señor enferma, para sanar mi alma, que con las alabanzas humanas creció en mí las grandes miserias de vanidad y soberbia, mis enemigos capitales... a quien consagré todas las energías que me dejó mi Señor y mi Dios para no rendirme ni dejarme enredar en sus lazos.

Bendito sea mi Señor y mi Dios que con su dedo divino quemó mis llagas y curó por la maternal intercesión de mi Madre María Santísima de los Dolores... Amén.

L7 C30 (80-82)

Recuerdos de consuelo

Por el año 1894 ó 93, que pretendí entrar en el convento de Capuchinas de Granada por consejo del R. P. Ambrosio de Valencina; ingresé el 28 de julio del mismo año.

Vino el R. P. [Ambrosio] a darnos un triduo al Sagrado Corazón para bendecir una hermosa imagen que regaló a la Comunidad la Sra. Marquesa de Blanco Hermoso, q.e.p.d.

Llevaba casi un año en el convento, y las monjas no querían darme el santo hábito. Les parecía no tendría fuerzas para observar el ayuno de rigurosa abstinencia (sin lacticinios) que entonces se observaba y alguna me lo decía, que debía irme porque enfermería, pudiendo ser

religiosa en otros conventos con menos rigor.

Aprovecharon la venida del R. P. Ambrosio y se lo dijeron para que me aconsejase me marchase de allí.

Me llamó el R. P. [Ambrosio] y me examinó cómo me encontraba. Le dije gustaba mucho de aquella vida de recogimiento y abstracción, que sentía gozo en las penitencias y me sentía bien. Pero las monjas me parecía no me querían y querían me fuese a otro convento.

Nada me dijo, que hiciese mucha oración aquellos tres días y le repitiese a Jesús delante del sagrario: "Jesús mío, ¿qué quieres de mí?, ¿qué quieres haga?, tuya soy, para vos nací, ¿qué quieres de mí?..." Y terminado el triduo me llamaría, que él se uniría a mi oración para decirme lo que fuese voluntad de Dios.

Terminados los tres días, cuando esperaba me llamase, les llamó a la comunidad para una plática, y cuál fue mi asombro al oírle lleno de fervor y gracia (que el Señor le dio mucha con mucha santidad).

Enterado por vosotras mismas que no pensáis dar el santo hábito a la postulante y examinadas las razones, he querido comprender que no queréis novicias con la actual maestra... y encomendado este asunto al Señor, en este triduo, anoche mientras rezabais maitines me veríais delante del sagrario rezando con vosotras y por vosotras... pues si el Señor no me daba luz no os sabría aconsejar. Como estaba tan cansado, me dormí y soñé que vi un campo hermosísimo que araban los ángeles y me parecía la Maestra en medio levantando el surco... y el divino Maestro iba echando la semilla en él, y oía cantar con mucha armonía a los ángeles aquellas dos últimas estrofas del salmo: "Euntes ibant et flebant mittentes semina sua... Venientes autem venient cum exultatione portantes manipulos suos".

Vi que la Reina del cielo cuidaba de aquel campo que su Hijo le confiara, y la Señora mandaba a los ángeles le custodiasen...

De aquel sueño saqué esta consecuencia: Si el Señor dueño de las almas que nos representa en aquel campo manda a M. Sacramento, como a otra cualquiera que le labre la tierra para echar él la semilla, qué importa el que lleve una yunta de bueyes o de mulos. Si él tiene la semilla, conoce la tierra que escogió... y él es, el que ha de dar incremento. ¿Porqué miráis las cosas tan humanamente, cuando debíais dar gracias al Señor os dé almas con tan buena vocación y educación de esta niña. Esperar que crezca más y a los 17 años le dais el hábito para que profese a los 18, que no tendréis que arrepentiros.

Todas le oyeron con mucha atención y desde entonces estuve tres años y medio, me parece, tan contenta sin tener más que sufrir, pues todas, me miraban con mucho respeto y cariño. ¡Dios nuestro Señor lo hizo así!

Roma, 3 de abril de 1947
Bon Salvatore. Leopardi 17

Reverendas madres asistentes del consejo, superioras locales e hijas carísimas todas en el Corazón eucarístico de Jesús.

Aquí, en la Ciudad Santa ha querido el Señor viniésemos a los pies de Su Santidad el Papa Pío XII a oír la voz del Señor, pues desde que me aconsejaban o proponían el cambio de vida de clausura o congregación y empezamos, suspiraba por hablar al Vicario de Jesucristo y preguntarle cuál era la voluntad del Señor.

Pues lo que me hacía sentir el Señor desde el principio de mi vocación, consultando siempre a los directores, los de ejercicios, mis inspiraciones y luchas, que me animaban a seguir y pedir cuando el Señor me pusiese en ocasión oportuna. *Tres eran las cosas* que sentía como necesidades en la vida de cualquier orden: *adoración al Santísimo Sacramento; suprimir las elecciones recibiendo las superioras elegidas en consejo general, con noviciado común*; y admitir un número de 15 ó 25 niñas abandonadas, huérfanas y pobres, para educarlas piadosamente desde la edad de 3 años a 15 lo más, para que las que no sintiesen vocación al estado religioso, pudiesen salir a estudiar o buscarse la vida honradamente como buena cristiana, confiándolas a familias católicas que se encargasen de ellas. Y dar así una ayuda a la santa Iglesia, a que me sentía estrechamente atraída y unida al espíritu genuino de la Iglesia Católica con deseo de salvar muchas almas por la oración y adoración a la sagrada Eucaristía por los progresos que veía en los días de jubileos, que eran muchos.

Como no es una historia que todas conocen, sino un sentimiento que me sale del alma, de gratitud inmensa a la bondad del Señor, quiero demostraros los caminos de su amorosa providencia trayéndonos a Roma, en momentos de verdadera angustia.

Hemos crecido mucho en años, y como se tardó en aprobar las Constituciones que por mandato del señor cardenal Casanova escribí hace muchos años, se han fundado varias casas, se han nombrado superioras jóvenes, de excelente espíritu, pero sin *experiencia práctica* de vida religiosa, y todas, que con tanta sumisión y bondad aceptaron la aprobación, se creyeron después habilitadas a dar *normas, formas, criterios*, y dar giros a las comunidades que se les confiaba, con normas equivocadas del espíritu de las Constituciones, queriendo echarnos de lleno a la vida activa, sin tener la preparación y espíritu interior que el Señor nos pide por medio de la adoración para llevar el fuego del divino amor a las almas que deseamos salvar, como si esta Congregación naciese sin alimento espiritual, sin espíritu interior que hemos de manifestar *en nuestras obras, en nuestras enseñanzas y con nuestro ejemplo*, de modestia religiosa con una formación especialísima que ninguna tenemos aún, y que son palabras de la Sagrada Escritura, "*que el que cree que todo lo sabe, todo lo ignora*"

¡Gracias a Dios nuestro Señor, que tanto nos ama y que nos escogió para una vida de apostolado bajo las enseñanzas del divino Maestro, que nos dio a su Madre María Santísima para que imitásemos sus ejemplos y la tuviésemos por Madre y Maestra sapientísima y ella sería nuestra luz y modelo, y nos trajo providencialmente a Roma para que oyésemos al Vicario de Cristo en la tierra!

¡Orábamos mucho! y *pedíamos una Audiencia particular*. Quería preguntar a Su Santidad ¿cuál sería la voluntad del Señor?... Si la vida mixta formada según nos fue pedida: "Ponme como un sello en tu corazón, como un sello en tu brazo" (Cant 8,6). El corazón lo pide Jesús como árbitro de la vida interior, eucarística, contemplativa, que lo llenamos de luz, de fuego, de caridad; el brazo como un instrumento en el celo de las almas, acercarlas a la mesa eucarística, alimentarlas de su amor divino y repartir con el prójimo el pan de cada día. (En los mandamientos de la Ley divina es "*el mandatum novo*").

Y el divino Salvador pensó en nuestro *corazón al ofrecerme su cáliz, el sello de la contemplación*, por ser el órgano más noble y necesario para él, que late cada día junto al suyo, día y noche orando, suplicando, desagraviando... *Este es el espíritu principal de la Congregación*. El brazo es la parte activa que hemos de dar al apostolado, que se mueve al calor del fuego que recibe, y de vez en cuando descansa en la quietud interior de la contemplación, bebiendo de la fuente eucarística la luz [con la] que hemos de iluminar las inteligencias de los pequeños, llevando a sus almas la sangre divina de Jesús. Merced a las luces y amor que el alma recibe en la adoración en esas intimidades de unión con Dios, vivifica las obras exteriores, la única capaz de comunicarles la utilidad efectiva...

Sin esta vida interior que Dios nos pide, os aseguro que acabamos sin espíritu de devoción, de abnegación, de amor y humildad; todo languidece, la luz se oculta, se esterilizan y se llenan de imperfecciones nuestras obras, que el Señor rechazaría muy pronto de sí.

Somos frágiles, si descuidamos la vida espiritual, pronto perdemos el gusto a la oración, al rezo del Breviario... las ocupaciones materiales nos embargan todo el tiempo, nos engolfamos en ellas y todos los esfuerzos de los superiores serán inútiles para convencerlas, que sin el espíritu interior de dar a la adoración y meditación el tiempo señalado en las obras de apostolado, y se echa de ver esa afición y sed de vida interior que no puede mitigar a placer en la oración y Oficio divino, que forman el mérito de la contemplación sacrificada; el alma realiza esa admirable y fecunda unión de las dos vidas, contemplativa y activa, que es como el Señor nos pide desde el principio de nuestra vocación, que sacrificándonos por las almas, el tiempo y horas señaladas por las Reglas, sintamos esa sed de vida interior aprovechando las horas de descanso para ir a la fuente divina de la sagrada Eucaristía, *unos minutos en su divina presencia donde quiera que nos encontremos*, acercar nuestros labios a sus sagradas llagas, pedirle el agua para mitigar nuestra sed de Dios a placer, y Jesús premia esas ansias

de amor, y en esos momentos de oración ferviente nuestro Señor le procura esos momentos de intimidad. A veces, inquieta y seca, le pedimos con humildad el agua. La da Jesús en abundancia, y exige la fidelidad; y en cambio le compensa de la brevedad de esos felices instantes de fervor, con favores y gracias, que la obligan a partirse por su amor en las almas que les lleva, y vive como abstraída en Dios, a quien servir desea en cada una de las almas que él confía.

Parece, madres y hermanas carísimas, que me aparto del fin que me proponía comunicaros, de los deseos y ansias de preguntar al Santo Padre me dijese cuál sería más agradable al Señor: seguir la vida eucarística de contemplación, con la enseñanza de las niñas pobres, sin perder el espíritu interior, o dejarlas de lleno en esa multiplicidad de obras que gastan todo el día fuera de casa para atender a las exigencias de imposiciones de asilos o patronatos, dispensándolas de todos los actos de comunidad, de oración, adoración, etc.

Toda preocupada pensaba, ¿cómo expresaría mis necesidades y deseos al Santo Padre? Lo encomendé a nuestra madre santísima, hablase ella por mí. ¡Oh Corazón Inmaculado y purísimo de nuestra madre María Santísima, ella manifestó mis deseos al Santo Padre, y como si estuviese preparado por ella... sin que nosotras hablásemos, nos contestó al decirle a lo que nos dedicábamos: “Mucha vida interior, mucha vida interior, mucha vida interior (dijo *tres veces* con los brazos en cruz y sus ojos elevados al Cielo) y mucho amor a la Iglesia”. *Nos bendijo* paternalmente encargándonos una bendición especialísima a todas nuestras religiosas de nuestra Congregación, a sus familias y bienhechores, etc. Besamos su pie y salí llena de gozo. Como si bajara del cielo salí de la audiencia privada del Papa, y me duró la impresión dulcísima que la Santísima Virgen nos daba por el Vicario de Jesucristo en la tierra *las normas a seguir, nuestra vida eucarística de contemplación* para hacer fecunda la misión altísima de acercarle las almas inocentes de las niñas pobres abandonadas a Dios con abundantes frutos.

Y estoy ciertísima, mis reverendas madres y hermanas, que la divina Providencia confirmó lo que hace muchos años reveló a una religiosa: “Que como recurso eficacísimo para atraer las almas a la Iglesia haría nacer obra de almas penitentes que saliesen del desierto como el Bautista a preparar las almas de los pequeños pobres y abandonados huerfanitos que restaurasen los hogares y familias cristianas donde reinase la paz y amor a Jesucristo, en la práctica seguir el santo Evangelio grabando en los corazones los ejemplos de la Sagrada Familia”.

Esta [es], mis reverendas madres y hermanas carísimas, nuestra misión altísima, os lo *repito siempre*. Seguir los ejemplos de humildad y amor del Corazón de Jesús, la sumisión, silencio y obediencia de la Virgen santísima nuestra Inmaculada Madre, la pureza y laboriosidad de san José, que trabajaba para alimentar a Jesús y María con la angelical pureza

y amor que recibió del Espíritu Santo cuando le confió guardián y tutor de la Madre de Dios y del Verbo hecho carne para salvarnos.

Ruego humildemente perdonen vuestras reverencias lo mal que expreso los encargos de Jesús y María, para todas, presentes y futuras, Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios, de quien es la Madre y Maestra de sus humildísimas esclavas y adoradoras de Jesús Sacramentado.

Solo ruego una oración fervorosa en vuestras adoraciones por vuestra inútil sierva que en Corazón dulcísimo de Jesús por María es vuestra madre,

Sor Trinidad

L5 C10 (28-32)

Roma, 2 de julio.

Nuestra Madre María Santísima en su Visitación a su prima santa Isabel, madre del Precursor, *San Juan Bautista, el mayor de los nacidos. ¡Magnificat anima mea Dominum*!

En vuestra divina presencia, mi Señor y Dios Omnipotente, después de invocar los dulcísimos nombres de Jesús, María y José, y poner por testigos *de mi consagración solemnemente* con todo el afecto de mi corazón, que pido a la Santísima Trinidad, *sea valedera en el tiempo* y *en la eternidad*. cómo yo hoy a los soberanos pies del Santísimo Sacramento, a quien yo adoro y amo con *todo el amor que vuestro divino Corazón se dignó favorecerme* con el don preciosísimo de mi Primera Comunión.

Vuestra es la Congregación que vos Señor elegiste para reparar y adorar vuestro augusto Sacramento de nuestros altares, acercando las almas de los niños que pedíais por medio de vuestra Madre María Santísima, madre nuestra, ofreciéndonos sus rosarios para las niñas que llevasen en su cuello (después de pasados por las manos purísimas de vuestra Inmaculada Madre) convirtiendo sus cuentas en tesoros de gracias y perlas de preciosísimas virtudes, formando de cada una los hogares cristianos que atrajeran al mundo el reinado de amor y de paz que nos tiene prometido.

Nosotras todas vuestras humildísimas esclavas de la Eucaristía y vuestra Madre, *queremos todas unidas bajo vuestra divina y amorosa mirada, elegir por nuestra Madre Maestra y Cooperadora* de la salvación de tantas almas abandonadas y pobres que recogemos para acercarlas a la sagrada mesa de vuestro Sacramento de amor, le suplicamos humildemente nos acepte por hijas, siervas y esclavas de nuestra madre María Santísima y del glorioso patrono y abogado san José, que todas unidas en amor y caridad, en vuestro santo servicio, *en lo más posible, copiar en nosotras vuestra vida íntima desde Belén, Nazaret y el*

Cenáculo; suplicándoos nos concedáis *vivir y morir trabajando fielmente por vuestra gloria en bien de las almas de los pequeños pobres y abandonados*.

Ofreciendo nuestra vida en acción de gracias a la Santísima Trinidad por todos lo privilegios y dones otorgados a nuestra excelsa Madre de Dios y Madre nuestra, pidiéndoos concedáis su mayor glorificación. Desde hoy para siempre nos consagramos todas incondicionalmente nuestros corazones, almas, sentidos y potencias, cuanto somos y nos pertenece, haciendo voto de glorificaros, Dios mío, en darle el honor, alabanza y gloria que como madre que vos nos disteis y de un modo especial nos confiasteis a su amorosa protección. Nos abandonamos en sus maternales brazos nuestras obras, casas y miembros, arrojándonos en su Inmaculado Corazón de Madre vuestra, que vos nos disteis como molde divino donde se forman nuestro espíritu, nuestros corazones y almas, humildes y abnegadas para glorificaros en el tiempo y en la eternidad, como nos tenéis encomendado al dárnosla por Maestra y Madre de nuestros santo Instituto. Amén.

S. Trinidad

Hoy primer viernes consagrado al Corazón de Jesús y Inmaculado Corazón de María en la salutación de santa Isabel, que sus purísimos labios pronunciaron: Magnificat anima mea Dominum.

S. Trinidad

L7 C26 (13-14)

Madrid 15 de Agosto de 1947

Muy reverendas madres asistentes, superioras y hermanas carísimas en el Corazón eucarístico de Jesús Sacramentado.

Desde que llegué de Roma deseaba dedicar unos ratos de expansión espiritual con vuestras reverencias, que el Señor me dio de ángeles de guarda y cirineos en la larga peregrinación de mi vida religiosa, 50 años de profesa. Hace unos días cumplía, el 28 de julio, 54 que ingresé en el noviciado de capuchinas del desierto de penitencia de San Antón de Granada y 4 de educanda en un convento de clarisas. Total 58 de vida en conventos de clausura, donde me enseñaron de educanda el amor a la Eucaristía donde me hacía creer la santa maestra que si era constante y fiel en visitarle y llamarlo muchas veces lo vería venir a jugar al esconder con Jesús niño divino; en las capuchinas las austeridades y amarguras dulcísimas de la cruz con Jesús y su Madre María Santísima. Gracias a Dios que me cogió pequeñita para que el amor a Jesús Eucaristía y la penitencia y austeridades de aquella vida

de cielo donde el silencio, el recogimiento y casi continua vida de oración, Oficio divino, trabajo y penitencia, no dejaban tiempo mas que para elevar el espíritu al Señor y repetirle muchas veces: ¡Todo por tu amor Jesús dulcísimo!

Esta formación de cerca de 40 años preparó y educó este corazón feroz para el grande sacrificio que me aguardaba... Yo, en horas de fervor que se dignaba darme el Corazón dulcísimo de Jesús, me entregaba a él incondicionalmente a ser su pequeña víctima, esclava indignísima de su Inmaculada Madre y él me cogió la palabra... *me aceptó*, no la muerte natural, sino a esa muerte de mí misma... ¡Que él se dignó escogerme para seguir su pasión santísima paso a paso por puro amor suyo, según sus pisadas ensangrentadas, muriendo he vivido 40 años, me parece, tirando de los trabajos que él me pedía, con la cruz de las enfermedades que él conoce, pues desde que empecé andar este calvario no recuerdo si pasé un día sin dolores y agonías.

¡El sea bendito por siempre! y a él sea la gloria el amor y reparación que de sus pequeñas esclavas espera en la salvación de las almas, atrayéndolas con su divina gracia a su Corazón eucarístico, llenándolas de las dulzuras de su amor, para lo cual me obliga a pediros en su nombre, que entréis con fe ardiente en su divino costado, y él derramará en nuestras almas los tesoros infinitos de su caridad y fortaleza para seguirle fieles hasta el fin.

L5 C10 (33-34)

[**Ejercicios espirituales**]

Empezamos los santos ejercicios anoche que nos dio el plan para empezarlos el 28[4] el R. P. Félix Zubillaga S.I.

Se reunieron 24 religiosas de los conventos de España y se empezaron con gran fervor y entusiasmo, oían al R. P. que parecía venía lleno del Espíritu Santo, hablaba con tanta claridad y fervor que las religiosas quedaban admiradas de la ciencia y experiencia de vida espiritual, parecía un san Ignacio.

Yo hice 6 días completos procurando aprovecharme de esta gracia del Señor.

---

[4] Empieza a escribir en el día 28 de agosto en la agenda de 1947.

L8 C35 (36)

[**Recuerdo de su enfermedad en el convento de San Antón**]

Hoy hacía 25 años[5] recibí el Viático en San Antón por primera vez y para mi alma fue un día completo de unión con Dios, en un continuo acto de acción de gracias, de contrición de mis pecados, y de abandono en sus divinas manos, con propósitos firmes de enmienda de total abandono en manos de Dios.

El Señor me cogió la palabra y me envió una gripe.

---

[5] Esto lo empieza a escribir en el día 1 de septiembre en la agenda de 1947, por lo que no pueden ser 25 años, sino más, pues la enfermedad y el viático a que se refiere fue el 1 de septiembre de 1915.

L8 C35 (37)

[**Muerte de la M. Teresa de Jesús**]

18 de noviembre 1947.

Falleció M. Teresa de Jesús. Carmen de Conchita. Granada.

¡Oh Jesús mío, que sois camino, verdad y vida, que me mostráis los pasos de vuestros juicios!

Acepto que escojáis de vuestro campo la flor y fruto que encontréis sazonado. ¡Tomadlo vos, ahí os ofrezco a M. Teresa que esperaba en vos le daríais el espíritu que os agrada en vuestra obra de adoración, reparación y amor, atrayendo las almas de los pequeños a vuestra Eucaristía a beber la pureza de vuestra santa doctrina y acercar las almas de la mujer a vuestra Iglesia santa para que críen una nueva generación en hogares católicos, donde reine el amor y la fe en ellos, para que abrevien el reinado de tu Corazón en la tierra desierta de vuestra España y del mundo corrompido por las malas doctrinas de las sectas impías que corrompen el corazón de la mujer con la soberbia y el lujo.

Espero Jesús mío en tu divina promesa, vos me escogisteis como el abono más abonado en miserias para preparar el campo donde queréis recoger frutos, escogidísimos de santidad.

Cuando me resistía a aceptar lo que me exigía la obediencia al salir de San Antón aquel Viernes Santo memorable. Oí vuestra voz dulcísima que me pedíais os siguiese en un nuevo calvario: “Soy yo el que exijo de ti este sacrificio. Mía es la Obra que pongo en tus manos. Sin ti la haría nacer a una nueva vida. Tus miserias servirán para abonar la tierra estéril de muchas almas, donde quiero ostentar los tesoros de mi amor y misericordia, dándoles la leche y miel de

mi santa doctrina, y el amor y ternura de mi Corazón a las almas de las niñas abandonados y pobres, que serán las madres cristianas que formarán los hogares cristianos y católicos, que atraerán a la tierra el Reinado de mi Corazón tan ultrajado por las falsas y diabólicas doctrinas de las sectas impías, que provocan la divina justicia. Tú trabaja sin descanso aunque todas te abandonen, nunca te faltará mi ayuda y auxilio y la protección amorosa y visible de mi Madre Inmaculada que será vuestra Madre".

Así me habló mi divino Jesús el Viernes Santo, cuando bajo el manto de nuestra Madre Santísima de los Dolores llevábamos en procesión por los claustros del convento, cuando le pedía con lágrimas fortaleza para dejarla allí. Ella me alentó diciéndome: "Yo estaré con vosotras donde quiera que os reunáis a adorar a Jesús sacramentado y trabajéis por las almas de las niñas que quiero atraigáis a la fuente viva de las purísimas aguas de la santa Iglesia Católica en sus Sacramentos".

Con estos alientos celestiales y divinos entré en el camino que él me mostró.

Sor Trinidad del P. Corazón de María

19-XI-1947

L8 C35 (38-39)

Recuerdos del viaje en el golfo de León y de Génova

¡Bendita seas Madre mía de los Dolores que nos habéis salvado! A las doce de la noche caí del camarote al suelo, parecía íbamos al fondo del mar, hubo viento que tendió el barco y cuando me vi sin aliento para levantarme, pues el mareo fue para expirar de angustia, sentí que me cogían de la mano y me levantaban (todo fue un abrir y cerrar de ojos). Me había ofrecido ya a morir en el Golfo como Jesús dulcísimo quisiera, y dije creyendo era M. Eucaristía la que me levantó: ¡nos morimos aquí hija mía! Y al contacto de la mano que me sostenía y levantaba abrí los ojos y vi la Virgen Santísima Dolorosa que con sus maternales ojos llenos de ternura me limpiaba el sudor de muerte que sentía, diciéndome: "las furias del infierno están contra ti, que buscas las almas que mi Hijo santísimo te pide; no temáis, estoy yo, vuestra madre, encargada de vosotras... mientras seáis fieles amantes de Jesús Divino que os confía la misión que más ama su divino Corazón. ¡Los niños salvarle almas y no temáis, voy con vosotras a Roma donde padeceréis mucho, pero no naufragaréis y llegaréis vivas y te conservaré para que le deis a mi Hijo santísimo la gloria que te tiene encomendada, mucha fe y ánimo para seguir conmigo en pos de Jesús, que os espera en Roma para que a imitación de los primeros discípulos enseñéis el Evangelio a los pobres y niños que han de atraer al mundo la paz y el Reinado de su Corazón divino".

¡Madre mía, dame a Jesús que no le puedo recibir! Y cogiendo de su Corazón Purísimo una Hostia blanquísima me hizo repetir tres veces con ella el "Señor mío Jesucristo, no soy digna ni merezco que vuestra divina Majestad entre en mi pobre morada, mas por vuestra divina palabra mis pecados serán perdonados y mi alma quedará sana y salva" y desapareció dejando a mi corazón y en mi alma una paz y dulzura inexplicables.

Llena de fe, al llegar M. Inmaculada le dije sin reflexionar más: la Santísima Virgen nuestra Madre ha venido esta noche y me asegura no naufragaremos, que llegaremos vivas a Roma, a pesar de las furias del infierno que luchará para hacernos desistir porque se le escaparán muchas almas... Le dije no sé si el soñar o fiebre que tengo, pero aun siendo así me siento bien y llena de consuelo, y creo es verdad que la Santísima Virgen, nuestra Madre María en sus Dolores santísimos, nos ha librado del naufragio. ¡Bendita seas, Madre mía, por siempre que nos habéis salvado por Jesús vuestro Hijo!

[Cuando estaba llegando a las costas italiana la M. Trinidad escribió una carta a la M. Clara de Jesús que completa y esclarece este viaje, y por ello se reproduce a continuación]

San Remo (pequeño puerto de Italia), comenzando por el golfo de Génova, 30 de marzo de 1947, Domingo de Ramos.

M. R. M. Clara de Jesús y demás hermanas de Porto

Muy amadas en el Señor: Deseando escribirles antes de terminar el viaje a Roma, lo hago desde el mismo barco horas antes de llegar a Génova, donde, Dios mediante., desembarcaremos yendo desde allí en tren.

Salimos de Madrid el día 24 por la noche pasándola muy mal por el balanceo y golpes del tren; mas, bien como siempre, a gusto de Dios, que me da con la enfermedad estas ocasiones de algún sufrimiento. Sea todo por su amor.

En Barcelona, a donde llegamos el día 25, fiesta de la Encarnación de nuestro Señor (a las once de la mañana) nos hospedamos en Reparadoras, que, tan amables como siempre con nosotras en todas partes nos dieron mil muestras de caridad y estima que sería largo decir. M. Inmaculada quiere escribir a VV.CC. sobre esto.

Los días que estuvimos en Barcelona, yo casi siempre en cama (resultas del viaje y viendo si me reponía algo para el que me esperaba, que me anunciaban sería muy difícil para mi estado de salud. M. Eucaristía y ella hicieron las gestiones del billete y pasaporte, comenzadas por D. Pedro J. Ribas por encargo del R. P. Antonio Jover, S.J., que tiene particular cariño a nuestro Instituto. Lo conocimos en Madrid por mediación del R. P. Ignacio Rom (sic), S.J., que nos recomendó a él diciéndonos la primera misa en la casa de calle de Don Ramón de la Cruz. Este señor D. Pedro J. Ribas tiene un cargo importante en la Compañía Trasmediterránea. Es digno de mención por su religiosidad y unión con la Compañía de Jesús, siendo seglar. Estamos edificadas de sus sentimientos, de los que dirá largamente M. Eucaristía y M. Imelda, y lo digo aquí para edificación nuestra siendo religiosas... al ver qué almas tiene el mundo, sin ser de él y para que sepáis que tenemos esta buena persona que se interesará por nosotras en cualquiera asuntos de estos viajes y otros que pueda. Nos puso también en comunicación con el R. P. Negro y hermano Masip, S.J., que entonces se hallaba en Orihuela.

Y no me detengo más en otros detalles (y conocimiento de personas que por nosotras se interesaron) por si no resultaba devoto que es lo que deseo.

Embarcamos a la una del día 28 en el barco “Ciudad de Valencia”, que es el nombre del barco.

Enseguida tocaron a comer, y las dos monjitas animándome para que no me mareara, pero no pude resistir y tuve que meterme en cama. Las dos por fin, también comenzaron a marearse, vomitando bastante. A mí esto me hubiera aliviado, pero no pude. El mar se fue poniendo bravío cada vez más, y yo me moría... Mas luego, nuestro Señor nos proporcionó un

alivio, aunque no llevábamos cruz tan pesada como la suya, y en tiempo de Pasión (salimos de Barcelona el Viernes de Dolores) profunda meditación podíamos hacer.

Sabiendo por la radio que mas adelante había mal tiempo, el Capitán del barco, que es muy compasivo, resolvió parar, lo que hizo en Palamós (puerto de Gerona, a las cinco de la tarde, pernoctando toda la noche, fondeados en bahía, hasta las once y media del día siguiente 29, vísperas del Domingo de Ramos.

El mar, recio... no se presentaba favorable, sin saber que hacer el Capitán. A eso de diez y media, que lo visitaron nuestras monjitas, les dijo: “No sé que resolver, si echar andar o cuanto tiempo esperarnos. Yo lo que quiero es no equivocarme. En toda la noche, ni ahora, ni hasta ver... me he acostado”. Le dijeron que pediríamos por el acierto y se alegró.

Por fin, a las once y media se puso el barco nuevamente en marcha. Fuimos regular hasta las cuatro de la tarde, que entramos en el golfo de León, cuya travesía duró hasta la una de la noche, nueve horas de angustia (que aun lo fueron para casi todos los viajeros).

De Palamós ya habíamos salido con mal tiempo, un viento bastante fuerte de bavar (sic), y gran oleaje, amenazando sufrir en el golfo. Cúmplase la voluntad de Dios. Sigamos nuestro rumbo. Muchos viajeros ansiosos de llegar, según entendimos por rumores, lo daban de su deseo y adelante.

Al verme tan mareada, comenzando el golfo, las dos religiosas preguntaron a un marinero cuanto tardaríamos en pasarlo; y éste, siguiendo al parecer cierta costumbre para dar ánimos, en vez de las nueve horas de navegación, que suele durar, nos dijo “hora y pico”; de lo que nos desengañó luego la camarera.

A vómitos también esa tarde las madres, no pudiendo resistir más... se acostaron. Qué noche pasé.

Gracias y a Dios gracias siempre en prosperidades y trabajos gracias digo que la anterior, la noche del viernes al sábado (la primera de nuestra navegación, viéndose peligro, la Santísima Virgen, hermosísima de los Dolores, tal vez en sueños... o por ilusión efecto de fiebre, que tenía, se me presentó; y entre lo que creo haberle oído a imitación de la Sagrada Familia, me decía: “No sufriréis naufragio, el barco llegará sin que perezcáis, pues quiero que lleguéis a Roma, cumpliendo allí la voluntad de Dios”.

A M. Inmaculada la recuerdo lo de san Pablo cuando en viaje, también a Roma y por el Mediterráneo, apareciéndosele un ángel le dijo: “No temas, Pablo: tú sin falta, has de comparecer ante el César; y he ahí que Dios te ha conservado la vida de todos los que navegan contigo”. Iba al César. Cuánto sufriría en la ciudad Eterna cautivo dos años el Apóstol.

Como M. Inmaculada sabe que me gusta en especial las cosas de san Pablo, antes de entregarnos al sueño, pues yo acostada ya estaba, sin poder más, se le ocurrió leernos este otro pasaje de su vida en que aparecieran trabajos que sufrió en sus viajes de navegación

apostólica. Abrió el Nuevo Testamento y buscando los Hechos de los Apóstoles dio la piadosa coincidencia de salirnos el capítulo 27 precisamente en que se completa la narración de este famoso viaje y su prisión en Roma, y reproduciendo en nuestra lectura leíamos también el 25 y 26 en que comienza relatando las mil dolorosas vicisitudes que el bendito Apóstol tuvo que pasar en manos de tantos enemigos todo por amor a nuestro Señor Jesucristo.

Quién le amará como él.

En Roma, sin embargo, espero también trabajos y con gusto los ofrezco todos a quién tantos padeció por nosotros.

Hace poco que en Madrid, en la casa de Don Ramón de la Cruz, en sueños viéndole fatigado con una cruz muy pesada sobre sus hombros divinos, le pedí que me la diera, para aliviarle, y me contestó: “No, que te espero en Roma”. A Roma, voy por amor de mi Señor y mi Dios.

Volviendo ahora a la relación de mi viaje el sábado y hoy (Domingo de Ramos) hubo misa en el barco, donde viajan tres sacerdotes. Las dos monjas subieron a oírla y comulgaron, teniendo este consuelo.

Yo, en mi cama, he tenido que pasar por este sacrificio que uno al de la Sagrada Familia. Como al Santísima Virgen había dejado a su Hijo, en medio de esta pena me sentía consolada también, dándome particular alegría aquellas palabras de que “en Roma cumpliría la voluntad de Dios”.

Encomendadme en vuestras oraciones. Confío en que todas me ayudaréis para que, hasta el fin, se realicen en el Instituto sus divinos designios. Muchas cosas os diré de palabra, reservándolas ahora en mi corazón. Ya estamos llegando a Génova y no tengo más tiempo.

Que el Señor por su Madre Santísima, nos bendiga y de su amor y paz que nos recomendó en su última cena, adorándole siempre en espíritu y en verdad.

Os abraza vuestra madre y sierva en Jesucristo. Adiós, hijas del alma.

Sor Trinidad del Santísimo Corazón de María.

L8 C35 (27-31)

Último viaje para ver la casa de Torres del Río

Salimos para Pamplona esta noche, M. Inmaculada con sor María San Ignacio.

Venía de Berja cansadísima, nuestro paso por Granada sólo de un día, en Berja tres, enferma con deseos de dar mi vida como él quiera...

Como retrasamos el viaje... no llegamos a tiempo, y salimos para Tarazona a recoger las Comendaticias del Sr. Obispo. Nos hospedamos en el Hospital de las Hermanas de Santa Ana (antiguo convento de nuestro padre san Francisco). Las hermanas nos recibieron llenas de caridad y el domingo oímos la santa misa en el coro con las hermanas enferma. Con un dolor de cabeza fuertísimo oí la primera misa por ser domingo el 25 de abril. Extrañada noté que la gente subía y bajaba detrás del altar como una romería. En el retablo estaba la Inmaculada Concepción, el padre san Francisco y santos de la Orden. No podía ver bien quiénes eran los santos.

Me pareció ver a la madre santa Clara que tenía un copón sobre el corazón y con la mano derecha señalaba el sitio donde la gente se acercaba y oía como si me tranquilizase mis dudas lo mismo que en Asís: “Si volviese a la vida, haría lo que tú, unida a la santa Iglesia Católica Romana, me consagraría a llevar almas a Jesús en esa forma como siervas y esclavas de Jesucristo adorándole en el Santísimo Sacramento, daría mi vida por salvarle muchas almas”.

Deseaba ardientemente bajar a la Iglesia y ver la reliquia que me pareció señalaba con su dedo y que los fieles pasaban a besarla.

Hasta la tarde no pudimos bajar por los muchos fieles que asistían a las misas los domingos.

No podía distraerme, que aquella visión misteriosa... no comprendía el misterio.

¡Cuál fue mi sorpresa al ver la bendita imagen de un Cristo muerto como si en realidad fuese de un cuerpo vivo!

Meditamos contemplando a Jesucristo muerto por mí... por nuestro amor... y tan mal correspondido besamos sus sagradas llagas y, atrevida puse mi mano sobre la de Jesús y metí mis dedos en sus sagradas llagas. Sentía tocar una mano viva... calor y algo sobrenatural... que no podía soltarle, quedaba mi mano como aprisionada con la de Jesús fuertemente y sentía que quería de nosotras grabásemos sus llagas y su muerte para vivir escondidas en su Corazón amorosísimo, para llevar aquel fuego a las almas de los pequeños pobres y abandonados que él bendeciría nuestros sacrificios para doctrinarlos con las gracias especialísimas de los apóstoles y misioneros... ofreciendo nuestras vidas por salvarle las almas de los pobrecitos pequeños que no conocen a Dios.

¡Qué misterios de amor, de ternura y celo por las almas... me dio el Señor en aquellos

minutos escasísimos que pasamos con Jesús muerto, con Jesús vivo en la sagrada Eucaristía junto al sagrario de aquella iglesia franciscana que hablaba a mi alma con recuerdos imborrables de mis primeros años! Clarisa o carmelita quería ser. Y ahora, Dios mío, ¿qué somos, al fin de mi vida, tan combatida y contrariada? Y antes de salir de aquella iglesia sentía en el fondo del alma: “Esclavas de Jesucristo Eucaristía”. Sí, somos, Señor y Dios mío, vuestras amantes siervas que deseamos adoraros en espíritu y en verdad y daros las almas que vengan a recibiros con fe y amor en la sagrada Eucaristía.

Cómo tengo grabada en mi alma la voz de Jesús muerto: ¡Tengo sed de almas! Atraerme las almas a la Eucaristía, consolarme con vuestros sacrificios y adoraciones... continuabais diciendo a mi alma en el Pilar, donde nuestra Madre Santísima recibió los corazones de estas hijas de nuestra Reina y Madre, María Santísima. En su unión con Jesús vivimos sus humildes hijas, las Clarisas Capuchinas de la Santísima Eucaristía y Madre de Dios.

Sor Trinidad

28-IV-48

L8 C35 (33-35)